

# GENIIT

— sociología —  
ciencia — literatura



Juan Lazarte: Hacia municipios autónomos y extensión del poder local. — A. Samblancat: El camión de lagartos. — Georges Vidal: Han Ryner. El hombre y la obra. — Eugen Relgis: Hombres y paisajes. — Puyol: Un poco de humor. — V. Muñoz: Estados Unidos. — Plácido Bravo: Nuestro destino. — Costa Iscar: Concepto biológico de la educación. — E. Armand: Notas sobre la emancipación femenina. — Salvador de Madariaga: Unidad en la variedad de España. — J. Ruiz: Ideas sobre educación. — José Aumente: Libertades concretas. — Morvan Lebesque: Horror supremo. — Heinrich Boll: La lengua, baluarte de la libertad. — Denis: La mujer guapa. — Iscar: La vida y los libros. — Suno: Microcultura

# 121

ENERO · 1961

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF

4° P 5523



## NUESTRA PORTADA

### "El terror de los campos"

Andalucía fué, desde tiempo inmemorial, campo de experimentación para los sátrapas de la Banca y del latifundismo. Los virreyes del agro tuvieron siempre en un puño, como en la época feudal, a los trabajadores de la tierra que les ganaban el predominio económico sudando sangre, y les aseguraban placeres en base a la sumisión que debían al amo. Y no ya en el tiempo del derecho de «pernada», sino muchos años después, los jerifaltes de la tierra tuvieron sometidos a régimen de privaciones de todo orden, al esclavo del terrazo, al paria, al desheredado.

Andalucía, esta parte del sur de España, soportó la inclemencia calcinante del astro rey, y lo mismo hacían los esclavos de la tierra a cambio de una mínima parte de lo que necesitaban para subsistir. Así el sol calcinaba la piel de estos modernos explotados hasta rendirlos y confundirlos en los surcos por ellos despejados.

Jerez de la Frontera y los hechos de «La Mano Negra» fueron el fruto de una gran rebeldía soportada por los campesinos andaluces. Y en premio a la sumisión parcial, y a la rebeldía naciente, de una y otra parte, los rentistas inventaron aquellos hechos que tantas víctimas causaron. Como corolario, cuando el campesino se rebelaba contra el tirano dueño de las inmensidades territoriales andaluzas, solía aparecer la Guardia Civil en los campos asfixiantes, y aprehendiendo a un esclavo lo presentaba ante el mundo oficial como «el terror de los campos». Este es el significado que puede darse a este cuadro de García Ramos, que no pudo ser más expresivo, si bien el agradecimiento a los señoritos chulos les indujo a bautizar su pintura genial con tal epíteto.

Bécquer había dicho: «En cada espiga, una gota de sangre».

# CENIT

## REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

*Redacción:*

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma.

*Colaboradores:*

José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Dr. Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

*Precios de suscripción.* — Francia: Trimestre, 3 NF.  
Semestre, 5,50 NF. Año, 11 NF.

Número suelto: 1 NF.

Paqueteros: 10 % de descuento.

Exterior: Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Giros: «CNT.», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort. TOULOUSE (Haute-Garonne).



# CÉNIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XI

Toulouse, Enero 1961

Nº 121

## Hacia municipios autónomos

## y extensión del poder local

por Juan LAZARTE



**N**O hay república que haya dejado de preocuparse, en los últimos cincuenta años, por el mejoramiento del régimen municipal; al mismo tiempo no existe un solo municipio que por este camino se haya liberado. Quiero decir que los deseos de reforma y las proposiciones prácticas chocan con algo incommovible que es la actual edificación política y económica de la sociedad estatizada.

De tal forma que para enumerar las buenas voluntades de los municipalistas se necesitarían docenas de tomos de formato grande y letra chica y por ello nos vamos a referir a unos escasos ejemplos solamente. En nuestro país es larga la lista anterior, que la iniciaremos con don Lisandro de la Torre, el que a fines del pasado siglo habló «de la comuna libre y natural por excelencia, la única que en la historia ha tenido éxito, no tiene nada que ver con la forma política de la nación, porque abandonada a su libertad e iniciativa ha de vivir bajo cualquier clima y bajo cualquier gobierno» (1).

Posteriormente, unos cuantos proyectos de leyes se ventilaron, por los cuales, las ciudades, villas y comunas serían «autónomas» en el desempeño de sus funciones sin que los gobiernos provinciales pudieran nombrar agentes, encargados o interventores, dejándoles funciones de policía, seguridad, justicia de paz, vialidad, higiene, beneficencia, registro civil, asistencia social, custodia de cárceles, educación (x), administración de bienes, establecimientos de impuestos, etc.

Fué en realidad en la Convención provincial (para

(1) de la Torre Lisandro, Tesis doctoral, Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires (Buenos Aires, 1888).

(x) La Constitución de Mendoza de 1854, que restableció las «municipalidades o cabildos» estableció: «... que las escuelas primarias, establecimientos de beneficencia, policía de salubridad y ornato, la distribución de las aguas y la justicia ordinaria de primera instancia serían de su resorte exclusivo.»

dictar la constitución de la provincia de Santa Fe, sancionada en el año 1921), donde se cristalizaron algunas medidas nuevas de ampliación. Constitución que había sufrido el fervor de los tiempos nuevos, de las revoluciones europeas y que mejoraba lo antiguo aunque no ponía término a los males sin remedio del régimen social establecido. Carta que al principio no se aplicó por ser «laica» y que después adoptó el gobierno demócrata progresista y eliminara en seguida la reacción poderosa de las fuerzas oscurantistas coaligadas.

Dividía a los municipios en tres categorías, según el número de sus habitantes; les devolvía sus bienes fiscales situados dentro de sus respectivos límites. Entre las atribuciones comunes municipales estaban: «las de su propia organización legal y libre funcionamiento, plan edilicio y todo lo referente a este capítulo, tráfico, vialidad, transporte, comunicaciones urbanas, edificación, servicios públicos urbanos, mataderos, mercados, cementerios, salud pública, moralidad, servicio doméstico, estética. Creación de recursos permanentes o transitorios impuestos, tasas, contribuciones de mejoras, teniendo en cuenta el beneficio recibido por los que iban a soportarlas». «Recaudar e invertir libremente sus recursos; imponer sanciones, requerir de los jueces las órdenes de llanamiento que estimen necesarias, declarar de utilidad pública a los efectos de la expropiación bienes que consideren necesarios, con autorización legislativa.»

Independiente de todo otro poder en el ejercicio de estas funciones, sus miembros eran responsables ante los magistrados del poder judicial. Votaban hombres y mujeres argentinos, mayores de edad y extranjeros contribuyentes en sufragio secreto. Descentralización de comicios. Las minorías tenían representación. Los miembros de las corporaciones municipales no podían ser detenidos durante el periodo de sus funciones. En las ciudades, la carta tenía que ser dictada por una convención municipal, convocada por la autoridad ejecutiva de la ciudad, y establecía otros postulados menores para los municipios de segunda y tercera categoría.



Esta Constitución, como dijimos, fué vetada y quedaron de nuevo esclavizados los municipios santafesinos; después de haber sido los creadores del Estado, terminaron por ser sus pobres víctimas, como en el resto del país.

La reforma de la situación actual estuvo en la mente de nuestros antecesores; entre las más importantes está la anteriormente citada y alguna otra de la provincia de Santa Fe, en torno a los años 1930 y siguientes.

Algunos proyectos de reforma tuvieron como modelo el gobierno local americano con sus autoridades urbanas y locales, donde los estados tienen sus sistemas y aun en cada Estado hay muchas diferencias entre ciudad y ciudad. Se miró con simpatía el Township, que se caracteriza por su unidad, existiendo en los seis Estados de Nueva Inglaterra. Se propagó el gobierno local del condado de los Estados del sur. Hubo entusiastas del sistema mixto de los Estados del centro y noroeste, que también es un sistema variado, siendo en conjunto tres tipos diferentes.

Conocido es el hecho de que en muchas comunas de los Estados Unidos norteamericanos hay asambleas primarias, formadas por habitantes libres, que son los que eligen. Ciertas villas son gobernadas por asambleas de electores, residentes en el territorio, que se reúnen una vez por año al menos; asamblea que elige los funcionarios y sanciona las ordenanzas.

En el gobierno de ciudades se encuentra en cadena el alcalde, jefe del poder ejecutivo, elegido directamente por electores de la ciudad. Algunos funcionarios de los departamentos ejecutivos son elegidos directamente por los electores de la ciudad y otros propuestos por el alcalde o elegidos por la legislatura (concejo) de la ciudad. La Legislatura (Concejo Municipal) está compuesta por dos cámaras unas veces, otras por una, elegida por electores que también eligen a sus jueces.

Don Enrique Thedy, y algunos de los que discutieron en la Convención de Santa Fe (provincial), sostuvieron que en los Estados Unidos, desde sus orígenes hasta principios del siglo XIX, existió la tendencia de concentrar el gobierno del municipio en una sola autoridad de origen popular: «El Concejo que asumía las facultades ejecutiva y las legislativas. El «Mayor» sólo era el presidente de la corporación. «Durante el siglo pasado se operó la transformación consistente en la división de los poderes, que se produce no sin resistencia del pueblo y en algunas ciudades se mantiene el «Council System», es decir, el Concejo como única autoridad. Los inconvenientes de la división de poderes se percibieron con la experiencia y los norteamericanos trataron de remediarlo invistiendo al «Mayor» o intendente de una suma considerable de atribuciones que le dieron un rol preponderante especialmente en «The Strong Mayor Type», que coloca al Concejo en lugar secundario. Como dice Munro, al terminar el siglo XIX el «Mayor» había logrado la mayoría de las posiciones y llegado a ser el jefe del sistema municipal. De manera que aun conservándose la división de los poderes, la evolución política tendía a la concentración de las autoridades comunales.»

«Desde el comienzo del siglo actual esa tendencia se acentúa enérgicamente y en los llamados gobiernos de comisión (Government by Commission) y de Gerente (City Manager Plan) que rigen en más de setecientas ciudades americanas, la división de poderes ha desaparecido y se han unificado en la comisión porque cuando

hay gerente, éste es nombrado y removido por aquélla en cualquier momento» (2).

Aquí hay una centralización de las funciones comunales, decíamos, la Comisión o Concejo nombra al gerente pero lo separa cuando quiere. La responsabilidad es, pues, del Concejo. Además, el pueblo ejerce el derecho de revocación y puede destituir al Gerente o a cualquier miembro de la Comisión. Las facultades ejecutivas y administrativas las ejerce el Gerente, sin que la Comisión se inmiscuya en sus funciones administrativas.

«El referendium», «La protesta» y «la iniciativa popular» están incorporados a este sistema... El conflicto entre democracia y eficiencia como entre Libertad y Organización no ha podido ser resuelto por la incertidumbre política y por la participación que toma en ello la economía capitalista. No pueden existir libertades de ninguna clase, comunales, obreras o culturales, con un Estado en crecimiento, ni puede haber correcta administración desde el punto de vista social, con un régimen de propiedad absoluta y privilegio creciente.

\*\*

#### EL COUNCIL MANGER PLAN

Volvamos a nuestro tema. «El objetivo esencial» del Council Manager Plan es resolver el conflicto aparente entre democracia y eficacia. Los principios democráticos están salvaguardados por la elección del sufragio universal, sobre una lista corta de un consejo restringido suficientemente como para que su funcionamiento, no pase las facultades de comprensión del elector. La eficacia está asegurada por el empleo de un «manager» que ha recibido una formación técnica, que le prepara para su puesto de administrador. A fin de evitar la creación de una burocracia que no sería responsable y que no respondería dócilmente a los deseos de la colectividad, la duración del mandato del manager», (como decíamos, está librada a la entera discriminación del concejo» (3).

En general los concejos de ciudad con «City Manager» tienen cinco concejales elegidos por representación proporcional. El «City Manager» se prepara en las universidades de la Unión y Canadá como carrera especial.

Se hacen los planes de la administración de la ciudad y entonces se busca un «City Manager»; éste y el Concejo colaboran en la administración. Los concejales y el «City Manager» (administrador de la ciudad) van a las reuniones públicas, informan y discuten, reciben y hacen sugerencias. Ambos tienen funciones administrativas; el City Manager tiene autoridad sobre el plan administrativo.

En ciudades americanas populosas, millares de obreros trabajan en las funciones propias del municipio y es de regla general que entre estos sindicatos obreros municipales (llamariamosle así), el «Manager» y el Concejo se creen conflictos a los que generalmente no se les da el valor profundo que tienen. Conflictos de naturaleza social pues la Comuna pertenece a una categoría institucional y los sindicatos a otra. En ambas instituciones no se ha realizado la unidad social pues ésta es imposible en el régimen crudamente capitalista.

(2) Thedy Enrique, «Régimen municipal y su reforma», Rosario, 1923).

(3) *Recent Council Manager Developments*, etc. (Documentos del Congreso de Ciencias Políticas L. G.).



El municipio, en todo caso, es órgano de gobierno-administración y patrón empleador, por la naturaleza distinta de sus funciones; permanentemente en este sistema ambos términos estarán en conflicto vivo o latente.

Los obreros municipales en todas las ciudades lucharán por tener representación en el Concejo; quieren estar representados en la municipalidad y en muy pocas partes lo consiguieron pues se trata de intereses opuestos, cuando en la cruda realidad de la vida deberían obedecer a una sola idealidad, la del hombre; ciudad para la vida social del hombre y de este principio se alejan cada vez más las instituciones antiguas.

Quedan vivas las aspiraciones sindicales de los obreros en general, que aspiran a tener su representante en los Concejos, como dijimos, y la de los obreros municipales que sostienen semejantes pretensiones específicas y locales.

Dificultades correspondientes directamente a su trabajo presentaría esta dualidad del municipio o comuna como órgano de gobierno, empleador y servidor de la colectividad, cuando ha de ser una sola entidad: Unidad en la vida económica y social (X').

En Inglaterra dice el profesor Chester, que el rasgo de base del gobierno local británico está en reposar sobre una neta distinción entre el estatuto y las funciones de representantes elegidos, tales como *Councillor* y *alderman* y los funcionarios locales como el *Town clerk* o el *Treasurer* (tesorero). Estos dos últimos especialmente el *Town clerk* aparecen como personajes revestidos de una gran autoridad.

«Cada «Borough council» debe designar una persona competente como *Town Clerk*. Este no puede ser miembro del Concejo ni acumular las funciones de tesorero y *Town Clerk*. Este último tiene las siguientes atribuciones: 1. Es secretario del Concejo y ya este título está encargado de establecer los procesos y las actas del Concejo y de todos sus comités.

2. Es consejero del Alcalde, en sus funciones de presidente del Concejo Municipal así como en el conjunto de dicho Concejo sobre todas las cuestiones tocantes a reglamento interno.

3. Dirige habitualmente el departamento jurídico del Concejo y a este título es el principal consejero jurídico del mismo e intenta toda acción jurídica en su nombre.

4. Salvo disposición contraria es a él que los departamentos gubernamentales dirigen toda la correspondencia relativa a los asuntos de «boroug» (villa).

Se dice a menudo del «town clerk» que es el principal funcionario administrativo o del distrito lo que no siempre significa que sea una suerte de «managing» (director) y que todos los otros «chief-officers» y sus subordinados estén bajo sus órdenes y deban conformarse con sus instrucciones. Cada «chief-officer» es responsable ante el Concejo del cual recibe las instrucciones o más generalmente delante del comité encargado de los asuntos de su departamento. Estos «jefes de sección o depar-

tamento» son designados por el Concejo y no pueden ser exonerados más que por dicho Concejo» (4).

Contribuyeron al esclarecimiento de muchos problemas internos comunales pero se cuidaron en general de tocar el fondo de la cuestión los numerosos congresos municipales realizados en el orden nacional e internacional, aunque ellos mismos den la pauta de la necesidad de la gran reforma...

Los postulados del «municipalismo americano» del Congreso reunido en Bahía (Brasil) en 1948, fueron los siguientes: 1º) Que se promueva una reorganización de los actuales regímenes de organización, orientándolos hacia un sistema de eficacia compatible con la soberanía popular (x); 2º) Que se haga efectiva la autonomía de los municipios con la mínima ingerencia del estado nacional o regional. 3º) Que el desiderátum de esa autonomía sólo podrá cumplirse mediante los postulados esenciales formulados por Wilcox: a) *Libertad de los habitantes de la ciudad para darse su organización político administrativa local* (sistema de la carta libre); b) *Libertad de los habitantes de la ciudad para elegir las autoridades del gobierno local*; c) *Libertad para que los habitantes de la ciudad determinen las atribuciones y esferas de acción del gobierno local y el gobierno estatal.* «Facultadas para establecer tasas correspondientes a los servicios y actividades a cargo del gobierno local; goce de impuestos de renta, genuinamente municipales; facultad de contraer empréstitos...; goce de un patrimonio propio e intangible.»

«Que se realicen periódicamente conferencias inter-americanas de municipios cuyas recomendaciones sean moralmente obligatorias en todos los estados americanos; que se cree una «unión de ciudades» de América que funcione como una dependencia de la Unión Panamericana. Los habitantes de las comunas deben disponer del 50 % de cuanto pagan en toda clase de impuestos» (x).

#### LA CARTA DE NUEVA ORLEANS

Existe en Estados Unidos una organización interamericana de cooperación intermunicipal que sesionó en Nueva Orleans en 1950, de donde salió la «Carta de Nueva Orleans» y que tuvo su segunda reunión en Montevideo en el año 1953; esta organización propuso como tema a estudiar: «determinación de lo que debe constituir materia municipal en la vida contemporánea de América. Las fuentes de recursos municipales de carácter financiero. Coordinación del planteamiento municipal con el regional y el nacional».

En realidad cuanto se trató en Bahía y en Nueva Orleans es semejante por no decir lo mismo y en torno a ello se viene hablando desde mediados del siglo pasado.

El inconveniente está en que los poderes municipales, hoy, no son verdaderamente poderes pues el poder es uno y hace lo que decide. Por consiguiente los poderes que mandan son los estatales y nacionales. Para que exista una organización de poderes municipales hay que

(4) Chester, D. N., *The English Borough Council* en *Bulletin International des Sciences Sociales*, Vol. V. N° 1, año 1953.

(x) A nuestras comunas se les lleva más del 85 % (Nación y provincia).

(x) Siempre el mito de la soberanía popular que ni remotamente se cumple.

(X') Para los antiguos sistemas ingleses ver: Jenks Edward: *Esquisse du Gouvernement local en Angleterre*; W. Eric ackson: *Local Gouvernement in England and Wales*. Pelican Books, 1945.



separar los municipios del Estado y si se hace esto, el Estado se disuelve. Los españoles vieron bien, pues como dejamos dicho definieron el Estado como formado por la «unión de municipios» (x'). Es esta unión de municipios cuanto ha de formarse en todas partes y empezar desde abajo en cualquier país. Entonces recién se podrá hablar de hacerlos eficientes quitando el resabio de la «soberanía» popular, porque sino el Estado impone su soberanía que es más concreta, pues lo es de fuerza. La soberanía popular, hay que declararlo, no existe ni existirá; la soberanía es del soberano, de quien tiene el poder real y las masas o el pueblo no mandaron ni mandarán nunca y menos en Rusia que en ninguna parte. No mandarán ni serán soberanas nunca pues eso de soberanía no es de imperio. Podrán llegar algún día a ser libres, hombres libres que actúen como tales, no habiendo lugar para la mentira convencional de la soberanía.

Y si la eficiencia es para él, el Estado será malo. De ser para la colectividad será bueno.

La importancia del problema comunal rebasa los estados dictatoriales, como asimismo los democráticos, pues asimismo los democráticos, pues la comuna libre y organizadora de la vida colectiva no tiene solución racional en ninguno de los dos sectores. Con el capitalismo por actuar en una economía que no le pertenece y en las dictaduras por ser simple instrumento del poder central, es decir, resorte sin responsabilidad, libertad o auto-determinación.

Teniendo en cuenta las circunstancias locales, la auto-determinación implica una descentralización material. Claro que si vienen las leyes del Estado o sus órdenes, perturban el funcionamiento; los problemas se complican y se centralizan automáticamente, los mismos servicios, órdenes u obediencias.

Por ello el antiguo problema del poder hoy está ubicado en las relaciones entre el poder central y el gobierno local. Sin embargo esto de las relaciones mutuas entre poderes tan grandes (estatales y otros pequeños, es francamente ilusorio si es que hablamos de igualdad o semejanza. No hay relaciones de equilibrio entre Estado y Comuna, hay solamente sujeción o dependencia.

La distribución de las funciones en todo sistema de fuerza las hace el poder central por medio de sus constituciones y la ejecución de dichas funciones es obligatoriedad para todas las comunas, como lo vemos en la Argentina; lo mismo en el orden económico que en el político-social. Sufrimos una inmensa dependencia en lo que se trata de ejecución de funciones, pues a éstas no las determinan los municipios sino los estados nacionales y sus satélites los provinciales. Y ello repercute en las relaciones del ciudadano o productor frente a la comuna. En tal sistema el ciudadano se convierte en ejecutor de órdenes que no sabe ni de dónde vienen.

Se ha trabajado y escrito sobre las posibilidades que el poder del control fuera representativo, mas aunque así fuese la representación no tiene función libre sino dirigida.

¿Cómo puede tener una comuna autonomía comercial o económica por así decirlo, si todo su poder se encuentra enajenado?

La concepción tradicional liberal del gobierno local fue la de supe-ditación a los estados provinciales y nacional.

(x') Constitución de la República Española, 1932.

Todo termina en la expoliación comunal. Nuestras comunas fueron en los últimos años saqueadas por vía impositiva y tuvieron que conformarse con esta situación de dependencia realizada en nombre del mito «nacional».

\*\*

#### LOS COMITES POPULARES

Experiencias serias en el ordenamiento comunal no faltan en algunos países del mundo antiguo y es de notar la nueva organización de las comunas yugoeslavas, en 1952, con el ingreso, ingerencia de los comités populares en la siguiente estructura. Por su artículo 4º «El comité popular de distrito se compone del Concejo de distrito y del Concejo de productores; el comité popular de la ciudad se compone del Concejo municipal y del Concejo de productores. El Concejo de distrito o el Concejo de ciudad constituyen el cuerpo representativo de los productores, es decir de trabajadores empleados en la producción, el transporte y el comercio que están representados en el Concejo proporcionalmente a su **distribución a la comunidad social** expresado en su participación respectiva al producto social del distrito o de la ciudad. Art. 5º. — El Concejo de distrito o de ciudad y el Concejo de productores deciden en igualdad de derechos todas las cuestiones de competencia de los comités populares que se traen a la repartición y al empleo de la plusvalía del trabajo y a todas las otras tareas económicas. Los Concejeros del Concejo de distrito o de ciudad y los consejeros del Concejo de productores proceden en sesión común a la elección de los organismos del comité popular así como a otras elecciones previstas por la ley que corresponde, dependiente de los comités populares. Art. 7º. — El comité popular de la comuna y el Concejo de distrito o de ciudades son elegidos por los ciudadanos de la comuna del distrito o de la ciudad por sufragio universal igual y directo; y el Concejo de productores es elegido por los trabajadores empleados en la producción, el transporte y el comercio, sea por sufragio directo sea por intermedio de sus cuerpos representativos. Las elecciones de consejeros se hacen por escrutinio secreto. El comité popular de la comuna es elegido por tres años. El Concejo de distrito y el Concejo de ciudad están elegidos por cuatro años y el Concejo de productores del comité popular está elegido por dos años».

#### LA INTERVENCION DEL ESTADO

La idea de comités populares en las comunas forma parte de la gran transformación de la corriente europea que sopla después del año 1917 y en realidad podrá ser limitada, pero es buena por ser funcionalmente integradora, en un clima de libertad. La competencia de estos comités populares son dadas por la ley del Estado y aquí está el talón de Aquiles de la reforma, pues el mismo Estado las desnaturaliza. Serían mejores si se dedujeran de las necesidades de las uniones sociales de los grupos, estableciendo una buena forma de descentralización o desconcentración del poder. Devolución del poder a sus derechos o fuentes originarias fundamentales. Como organismos representativos de comunas si se les restringe su funcionalidad por ley, su verdadero significado popular y auténticamente representativo, queda en la nada. Pero es un camino en ciertos aspectos dirigido hacia la unidad local y un retorno a la propia competencia, que en dictaduras o democracias ha desapare-

cido. El equilibrio se rompe cuando estas instituciones, los comités, han de realizar actos legales, cuya legalidad está equilibrada o juzgada por el Estado central. Como sabemos por experiencia, que lo legal lo determina el Estado a su favor, queda desnaturalizada una buena parte de la reforma. Esta supervigilancia del comité como de la comuna hay que situarla abajo, no arriba, como hasta ahora se hizo, con malos resultados, planteándose, una vez más la pregunta de: ¿quién vigila al vigilante?, ¿quién vigila al Estado? Salvo, si aceptamos que el Estado sea infalible o indiscutible como un Dios.

Aquí como en todas las instituciones el derecho de una supervigilancia por la burocracia estatal es malo y al final termina con todas las reformas que limitan su fuerza o hegemonía. Las poblaciones de las comunas como asimismo de los organismos productores, deben ser jueces de la legalidad de sus actos y más que de la legalidad, de la bondad. Si se equivocan serán los mismos gestores de la institución y probablemente en grado menor lo harán menos que quienes están alejados de la vida local y la realidad, o hayan perdido algunos aspectos de la sensibilidad humana como la burocracia en general y universalmente. Esta idea ha de ser ampliada. Es decir ampliación de la responsabilidad que, al final, en caso de error son sus componentes los que la sufren. En general hay una tendencia a aceptar que para los actos propios de la comuna el comité o la comuna son los únicos árbitros frente al poder central.

Esta interpretación parecerá rara. Más insano es el sistema de juzgar los actos de una comuna de Jujuy o Santa Cruz, por gente de Buenos Aires, 2.000 ó 3.000 kilómetros de distancia.

Árbitros para los actos propios y en la determinación de éstos darle la mayor extensión y universalidad dentro de sus límites, siempre que no perjudique a terceros. La responsabilidad son sus propios fines pero si se establecen poderes por encima de ella, se pueden considerar liquidadas las comunas, comités o sindicatos.

No puede haber síntesis entre «selfgovernment» y poder de Estado, ni abajo, ni arriba, ni en la comuna ni en la Nación, por ser dentro del terreno de las libertades, instituciones contrarias y no complementarias.

Es un grave error; el Estado suprimirá siempre autonomía y libertades comunales. Una comuna o Federación de comunas organiza el conglomerado social sin intervención estatal, pues el Estado separa al hombre de la comuna.

La responsabilidad es la comuna con sus propios fines, pero si existen poderes más arriba de ella y más fuertes, entonces son los fines de éstos los que priman, quedando absorbidas, comunas, cooperativas, sindicatos o concejos y al final los hombres en su vida de relación y persona.

#### LA EXPERIENCIA ESPAÑOLA

Algunas experiencias importantes, repetimos, tuvo la humanidad en el último medio siglo y en el orden institucional no fué menos original la española republicana, revolución desnaturalizada y ultimada por las fuerzas del nazismo, fascismo y sus simpatizantes internacionales.

En este proceso tan importante, algo se realizó popular y orgánicamente. No podemos referir a muchos ejemplos —que los hay— sino solamente a las colectividades

agrarias de Aragón, a la organización de las comunas de Lérida y a la marcha de los servicios de transporte de Barcelona.

Los habitantes de comunas estaban organizados lo mismo que los de ciudades, aldeas y campos, todos o casi todos, llenaban una función útil y necesaria: «vale decir una organización local de todos los factores útiles para la sociedad que va a entrar en vía nueva reconstruida como un conjunto armónico». No son sólo los obreros manuales los que interesan. Son los productores, los técnicos auxiliares, los que trabajan en oficinas, los que despachan mercaderías en los comercios, los agricultores, los criadores de ganados, los médicos, ingenieros, maestros, sabios, etc. Todos los que llenan una función social necesaria. Son éstas las fuerzas que deben organizarse —y se organizaron— para reconstruir la sociedad, para hacer de la sociedad una unidad de intereses, una coordinación magnífica de fuerzas y de anhelos en beneficio de todos y cada uno». La verdadera sociedad es el resultado de los organismos creados de abajo hacia arriba, por el pueblo desde los lugares de trabajo. «En ciertas regiones de España los pueblos se pusieron en marcha para organizar una vida distinta, para una producción amplia y para una distribución equitativa».

«En mano de la burguesía la comuna fué transformada en una unidad geográfica política de dignidad administrativa muerta, con funciones reducidas a la recaudación de impuestos y al ajuste político del régimen. Los españoles tomaron la tradición sana de la Comuna, reemplazaron su superestructura burguesa por las funciones sociales útiles haciendo de ella un órgano esencial de la democracia funcional, económica funcional» (6).

No habría sido completa nuestra enumeración si olvidáramos algo fundamental acontecido en la experiencia de la República Española; en alguna de cuyas comunas todo estaba colectivizado y donde las colectividades, creación genuina del movimiento español, suplantaron a los sindicatos y a los Concejos, y, si nos fijamos bien, estas colectividades son formas evolutivas de comunas organizadas y federadas libremente.



#### BINEFAR

«Binefar era ciertamente el centro más importante de las colectividades en la provincia de Huesca. Las condiciones de los habitantes de Binéfar la habían hecho la guía de un círculo de treinta y dos pueblos. De los 32, 28 estaban colectivizados total o parcialmente. Integramente como Balcarca y Almunia (dos mil habitantes). Peralta de la Sal contaba 1.500 colectivistas sobre 2.000 habitantes, Algayon 401 sobre 504. De 821 familias de agricultores Binéfar contaba 700 colectivistas y 121 individualistas.

«La décima parte de los 5.000 habitantes de esta localidad trabajaban en la pequeña industria local; molinos, fábricas de galletas, sastrería, zapatería, fundición, oficinas, talleres para la reparación de enseres agrícolas, etc. Pero esta exigua proporción de operarios de indus-

(6) Abad de Santillán, Diego: *El organismo económico de la Revolución. Cómo vivimos y cómo podríamos vivir en España*, ed. 3a., (1938).



tria no obstaculizaba la existencia de un movimiento social de cierta importancia»...

«Las dos mil hectáreas de tierras productivas fueron destinadas al cultivo intensivo: forrajes, remolacha de azúcar, hortalizas, olivos, son las principales fuentes de riqueza. De estas dos mil hectáreas la gran propiedad poseía 1.200. Las otras estaban divididas en pequeñas parcelas. Cada familia tenía la suya. Pero 100 de éstas tenían lo necesario para vivir. Algunos trabajaban la tierra de los ricos, como colonos o asalariados»...

«Fueron inmediatamente tomadas las medidas necesarias para la seguridad de cada ciudadano. La cosecha no fué recogida en los campos de los grandes propietarios que escaparon de Huesca. El comité asume su cargo y toma la dirección de todos los trabajos para la cosecha. Los trabajadores que habían cultivado la tierra para los propietarios, fueron convocados en Asamblea. Decidieron trabajar en interés de todos. Como en otras localidades se constituyeron los grupos que eligieron sus delegados. Estos se reunían todas las tardes al principio, después en la época de trabajo una vez solamente».

«Terminada la cosecha fué socializada la industria, más tarde el comercio.»

Reglamento aprobado por la Asamblea Popular:

Art. 1.º — El trabajo será ejecutado por grupos de diez personas; cada grupo nombrará su delegado. El delegado deberá organizar el trabajo y mantener las armonías necesarias entre los productores y podrá en caso de necesidad aplicar sanciones votadas por la asamblea.

Art. 2.º — Los delegados deberán presentar cada día a la Comisión de Agricultura un informe del trabajo realizado».

Art. 3.º — En la Asamblea General de la Comunidad de Binéfar será nombrado un comité central compuesto de un miembro de cada ramo de la producción y dará noticias de la colectividad en el resto de España.

Art. 4.º — Todos los dirigentes de la colectividad serán elegidos en la asamblea general de la colectividad.

Art. 5.º — Cada adherente recibirá una nota de aporte de sus bienes a la colectividad.

Art. 6.º — Los miembros de la colectividad sin excepción tendrán iguales deberes. No podrán ser obligados a inscribirse en una u otra organización sindical. Basta que acepten las decisiones tomadas por la colectividad.

Art. 7.º — Los fondos del activo no podrán ser repartidos. Formarán parte del patrimonio colectivo. Los alimentos serán racionados. Se reservará parte en previsión de un mal año agrícola.

Art. 8.º — Cuando las circunstancias lo exijan, por ejemplo para algunos trabajos agrícolas urgentes, la colectividad podrá hacer trabajar a las compañeras.

Art. 9.º — Ninguno trabajará antes de los 15 años. Tratándose de trabajos pesados la edad establecida es de 16 años.

Art. 10.º — Por lo que concierne a la organización de la colectividad y a la elección de la comisión administrativa, la Asamblea tomará la decisión necesaria. «La colectividad comprende la vida social porque se ocupa de la enseñanza, sanidad, servicios públicos, etc. En este caso el sindicato juega un papel completamente nulo». «No existe sin embargo una organización municipal en el sentido estricto de la palabra. Pero son las mismas fuerzas

que organizaron presente e históricamente los municipios con sus funciones, pudiendo llamarse una evolución de la organización municipal».

«El Soviet fué la organización típica de la Revolución Rusa». Hasta que el Estado y Partido le quitaron todo poder y lo esclavizaron.

«La colectividad es en general la organización típica de la Revolución española». «La producción y goce de bienes, trabajo y participación de productos son cosas conexas. Y los modos de repartición y los conceptos morales que las conforman influyen sobre la orientación del trabajo. Todo está encadenado. La sección de producción estaba engranada en un mecanismo general. La industria y agricultura tenían una cosa común. No había espíritu corporativo ni rivalidad, ni salario distinto. Cada ramo siendo complementario de las otras ramas del trabajo gozaba de la misma consideración. Una comisión administraba las actividades».

«La producción industrial fué unificada. Se hacían los trajes de hombres en una sola dependencia; el calzado en otra, etc.»

«En la agricultura el primer año la producción se aumentó en un 30 %. Cada día el delegado del grupo agrario o de la sección industrial firmaba en la libreta de cada uno su concurrencia al trabajo. El control se ejercía sobre todos». «El pan, aceite, asistencia médica y casa eran gratuitos. El resto se conseguía con el salario cuya escala era la siguiente: una persona sola 24 pesetas semanales. Los conyuges 30 pesetas y además tres pesetas por cada niño de más de 10 años. Un grupo compuesto de tres personas adultas de la cual una era capaz de trabajar y dos niños recibían 45 pesetas. En Binéfar como en muchas otras comunas la escala de salarios se adecuaba al número de personas según el principio que cuanto mayor es el número de personas competentes de una familia, tanto menor son los gastos por cabeza. El límite máximo era de 70 pesetas para una familia de 10 a 11 personas. Pero se debía decir que el valor de la moneda local no sufría como en otras comunas de la fluctuación de la peseta oficial». «Cada uno poseía un trozo de tierra donde cultivaba hortalizas que más le gustaran. El teléfono y la electricidad fueron instalados en toda la comarca».

«Viveres y mercaderías eran generalmente distribuidos en los depósitos municipales. Existían cooperativas, del vino, pan, aceite, tejidos, mercería, lechería (tres), carnicerías (tres), una herrería y una tienda de muebles.»

«Binéfar era capital de comarca y centralizaba el intercambio de 32 comunas».

«El principio jurídico de la colectividad era completamente nuevo, dice Carlos Doglio, todavía estaba más próximo el espíritu comunal que el sindical. La colectividad habría podido llamarse igualmente comunidad como en el caso de Binéfar y constituía verdaderamente un todo en el cual los grupos profesionales y corporativos, servicios públicos, intercambios, funciones municipales, estaban subordinados dependiendo del mismo, aunque cada uno gozase de autonomía en su estructura, en su funcionamiento interno y en la aplicación de sus objetivos particulares».

(Continuará)

Dr. Juan LAZARTE

**E**L inmenso Alfonso Junco, en un libro de su flor y nata — «Inquisición sobre la Inquisición» hace, no sólo la defensa, sino también el panegirico más arrebatado del instituto de Torquemada, Deza y san Domingo de Guzmán el maleta o malilla. Con las torticerías de la vela verde, la coroz de sapos y la hopa murciélagos, el gambeto de lagartones y los tostites en que se «cochinifrió» a media humanidad.

El autor del volumen antedicho niega, más fresco que un pepino holandés, que le animen negras intenciones, al recurrir a nueva instancia en un pleito hasta la saciedad fallado y de sentencia firmísima e imposible de concasar. Pero, lo cierto es que nuestro apologistico Tertuliano, muy juncal afirma que los tórculos en que antaño se nos apretó a los españoles el cerebro, no nos hicieron orujo o bagazo la mente; determinando nuestra decadencia político-científica sin rescatar aún; que los maticandelas del auto de fe no castraron los intelectos y los órganos de producción y fe; ni estorbaron entre nosotros el progreso y la cultura, porque no perseguían las ideas de los innovadores, sino la traición —¿a quién? — de los judaizantes y relapsos; que las cifras de las chicharradas que Llorente da las infló la pasión sectaria con canuto; que no se enjuició por el tribunal de la leña más intelectuales que a fray Luis de León, Aries Montano y 400 docenas más que se omite; que el Edicto de gracia no era la autoacusación del género insidioso más salaz, que los sádicos magines han montado nunca; que sabios y pueblo adoraban o poco menos que se los asase como sardinas, y llevaban a las hogueras de la purificación los tizones, sobre los que se les había de parrillar. *Et alia.*

Para hacer buenas estas especies de la gaudimos joela, el reportador non plus ultra convoca a un mitin de masas y monstrua manifestación a toda la carcundería del globo. Y no hay que decir que concurren al jarabe del proceso en instrucción sobre el libre pensameinto, y deponiendo contra él, la burra triste del Marcelino, pan y vino montañés; el rectoral y superdoctoral mochuelo Unamuno; el elegante y galántico don Juan Tenorio Valera, que fué un liberal, partidario decidido de la vara de Fresno con clavos de la perrunoria policiaca más cosaca, para los que no saben escribir, porque no se les enseña; Castelar, que no tuvo otro programa republicano contra el cantón cartagenero y la Internacional proletaria, que el de mucha infantería, plus caballería, magis o copia de artillería o tantaza tricornia. Con multitud de haitotes y torcaces de la reacción peninsular e interna-

# EL camisón DE lagartos

por A SAMBLANCAT

cional, todos a la sopa de convento y de cuartel.

Lo que a don Alfonsigo parece sacarle alborozado de sus casillas, es que Rodrigo Caro, el pajarón freidor de la elegía «A las ruinas de Itálica» (un churrete), hubiera sido consultor de la Inquisidora; Francisco de Rioja, aquel otro vinícola del insaborón madrigal «A la rosa» (si eso es rosa, mis ches son clavelitos), haya funcionado de calificador de la Santa Hermandad guisandera; y Lope de Vega Carpio aceptara los pendientes de familiar del tenebroso pretorio. Caro y Rioja son dos sombras «desinificancias», que tiramos a la «cestitis». En cuanto al ministro subalterno del trio, era un terzuelo halconario, al que vamos a pasarle la tosca, porque no fué en su vida trigo limpio ni siquiera una vez y clama por colada y lejía.

Lope padeció de diarrea rimica y carminosa mortal. Como enjambres de moscas, le zumbaban los consonantes; y los asonantes le acudían al oído sin llamarlos. Su sayona condición le hacía digno de morir con la cabeza partida por la coz de caballo, que espachurró a Des Sars. Por lo múltiparo, no obstante, el moderno Municipio de Madrid le ha consagrado una calle, que antiguamente se santiguó con el mote de Cantarranas. En esa charca hacia falta un comediógrafo, autor de dos mil piezas, una sola de las cuales («Fuenteovejuna») le sobrevive con honor. Se lee de él aún alguna que otra letrilla garbosa y el romance «A mis soledades voy». El fósforo no serpentea en continuos relámpagos por su metro lírico, ciertamente. Ni honra, pues, del todo literariamente el llamado Fénix de la ingeniería a nuestros sartenadores de maniqueos.

Moralmente, no se sabe quién hue-

le más a Dinamarca y su queso: si los gordones que lo tomaron a gaje, o el horacio flacuchento, que lo percibía sin náusea, de embargos, confiscaciones y chantajes inauditos (Lope viene de Lupo), perpetrados a la sombra de una injusticia, cuya estatua, para no morir de vergüenza, estaba reclamando velos del espesor de la chapa de un acorazado.

Fray Félix, antes de tomar órdenes y vestir talar, más harto de carne que el chacal de Gubbio, se casó dos veces, desgracia que le ocurre a cualquiera; y doñegó con todo el mucamaje feminal de su barrio. Nupció primero con Isabel de Urbina; y después convoló al yugo con Juana de Guardo, hija de un carnicero platurdo. De su numerosa colección de dulcineas del estropajo, se conocen los nombres de cinco de ellas. Son Elena de Osorio, Micaela de Luján, Lucía de Valcedo o Salcedo, Jeroma de Burgos y Marta de Navares. Isabel es la que el vate llama a sus endechadas Belisa. Filis es la Osorio. Camila y Lucinda son deformaciones apelativas de la Miguela. A Marta le aplica la designación virgiliana de Amarilis. De toda esta caterva amorosa se calcula que tuvo docena y media de hijos legitimables y bastardos. No más la Mica le dió siete, que de común acuerdo le encolomó la indelicada pareja al marido de la sosia, que gachupineaba en Indias. Mientras duró el lío con la Luján, firmaba Lope con la inicial de la querida delante de su filiación, como era de estilo entre la nobleza del siglo XVI. Así: (Migue) Lope de Vega Carpi. Aventuras y enredos ocasionales con hembrío de aluvión se le atribuyen tantos como a Lovelace y a Casanova; no más que del gremio del soplillo. En calidad de poblador en este Continente, no habría tenido precio el fuenteovejuno. Alceo, Apuleyo y Propercio se jactan de hallarse heridos por dos espinas de rosa a un tiempo. Meleagro, de estar transfizo por tres saetas cupídicas. Pero el corazón de Lope es un alfíltero; parece un cuartel de yegüería. Fué de otra parte, procurador amoroso del duque de Sesa. Para oír en el confesionario pecadoras de atractivos, tomó órdenes sagradas, a los 52 años. No; no sirvió a la Inquisición ninguna persona decente. Los que antier la elogian, lo hacen por miedo, por interés o por servilismo. Los que se dejaron asalariar de ella, demuestran la misma sordidez, que los sujetos desprezabilísimos, que ahora admiten rabimóviles, como la badea de Azorin, premios de 500 mil pesetas del pirata baleárico March, por silenciar sus contrabandos y los crímenes que comete con el pueblo español el Sparafuchila, Francho o Pancho bahorri-no Francucias.



# HAN RYNER

## El hombre y la obra

por Georges VIDAL

(Traducción del francés por V. Muñoz, miembro de la  
«Société des Amis de Han Ryner»)

*Il n'y a pas plus de cosmos  
que de dieu: nulle sagesse  
et nul amour en dehors du  
cœur de l'homme; nulle uni-  
té que dans notre esprit; et le  
ciel, comme la beauté, est une  
création de nos yeux.*

HAN RYNER

### I

#### LO PRIMERO, INDEPENDENCIA

¡Ser independiente! Hermosa cosa... No decir más que lo que se piensa y no hablar más de lo que se sabe. Enfrentar sin temor los malos clamores o el silencio hostil. Hacer don a los hombres de toda la bondad que se siente vibrar en uno. Desenmascarar a las mentiras, no importa donde se escondan. Denunciar a las fuerzas malvadas y a los deseos malsanos. Lanzar puñados de luz en las encrucijadas de las rutas de la vida. En verdad, qué hermosa cosa...

Y qué rara cosa...

Pues se precisa un valor sólido para ser independiente — y para decirlo.

Ya no es cosa fácil la de volverse independiente uno mismo. Nuestro espíritu es una vieja casa que ha albergado, unos tras otros, a los pensamientos de todas las generaciones humanas. ¡Y qué tarea la de remozar todo esto! Hay que sacudir el polvo acumulado durante siglos. Hay que desembarazar a la inteligencia de sus miles de prejuicios, grandes y pequeños, que a ella se pegan como la pelusa de las aves a los vestidos. Y por mucho que se haga, y por mucho que se sacuda, siempre queda en los rincones un grano de polvo o algunos ligeros residuos.

Pero mientras el hombre se contente con revolucionar su cerebro, puede en suma accionar en paz. Ocurre que a veces puede sufrir: algunas cosas están ancladas en nuestro corazón, en nuestra carne, que es bien doloroso el arrancarlas. Sin embargo, redoblando los esfuerzos, las malas hierbas son extirpadas. Luego, viene la recompensa: el paseo a través del campo de las ideas nuevas.

El hombre entonces se ha vuelto independiente.

Pero he aquí que no contento de haber liberado su cerebro, quiere ayudar a que los otros liberen el suyo.

Siente que en él rugen palabras de rebeldía. Siente clamar en su corazón una indignación amarga. Se vuelve apóstol o militante.

Y son estas cosas que la sociedad no perdona.

En tiempos lejanos, por haber osado enfrentarse al pensamiento oficial, Sócrates debió beber la cicuta y Jesús fué crucificado. Más tarde, desde Giordano Bruno a Francisco Ferrer, todos los pensadores independientes fueron martirizados.

Hoy, la sociedad tiene miedo.

Le parece que a veces tiembla el sol bajo sus pasos.

Cobarde, ya no tiene la audacia de sus atrocidades de antaño.

Pero sabe vengarse por lo bajo. No atreviéndose a golpear brutalmente; recurre a los pequeños medios y a las mezquinas combinaciones.

Trata de aplastar cruelmente a sus adversarios.

Se esfuerza en reducirlos mediante la miseria. Poco a poco, les deja entrever los honores, las riquezas. Hace brillar ante sus ojos de artistas o de pensadores, el vellocino de oro y la fama. Trata de prostituirlos halagando, una tras otra, a todas sus debilidades humanas.

Luego, cuando la sociedad se da cuenta de que su adversario sigue siendo intratable y que no se dejará comprar, entonces emplea su arma favorita: la conspiración del silencio. En lo sucesivo, el artista y el pensador rebeldes serán ignorados. Sus obras maestras como su vehemencia no encontrarán más que glacial indiferencia o desprecio altivo.

Y, como los artistas y pensadores son hombres, pobres hombres, también ellos, ocurre a menudo que se dejen seducir por el espejismo, y que se alejen...

No los despreciemos, pero estimemos, o mejor dicho amemos más que nunca a los que nos quedan y que no entristecen su vejez con una deserción.

\*\*

Han Ryner es uno de esos grandes hombres que, despreciando la suerte privilegiada de los «oficiales» y de los «semi oficiales», nos han quedado.

Hablemos de Han Ryner.

### II

¿El tonel de Diógenes? ¡Y por qué no! Cuando, en su apartamento del muelle de los Celestinos, se va a ver a Han Ryner, y cuando se sube lentamente una escalera vieja, negra y carcomida, pueden hacerse muy provechosas reflexiones sobre la vanidad de las cosas humanas.

Una puerta baja, un pequeño corredor sombrío, y, en un estrecho cuarto de trabajo, la acogida fraternal y sonriente del gran amigo.

Este filósofo de barba gris tiene, al primer momento, el aspecto tímido y casi dificultoso de los grandes pensadores.

En esta celda fría de muros desnudos, Han Ryner piensa. ¿El ambiente? ¡Bah! Es la fantasía de los poetas impotentes. ¿Qué importa el exterior a quien lleva en sí al más rico de los mundos? Los verdaderos poetas y los verdaderos filósofos siempre vivieron alejados de lo que llaman el ambiente.

Por otra parte, Han Ryner raramente trabaja en su casa. Cunado hace bueno, sale y trabaja en el campo.

A veces Han Ryner deja París. Pero ¡por desgracia! esta soledad rica y fecunda no dura nunca mucho. Han Ryner es pobre. Y el siglo es duro. Este filósofo, que ha publicado tantas obras asombrosas y geniales, ve hoy blanquear su barba gris sin que le sea posible trabajar en paz.

Pero ¿es que acaso no es un tesoro inestimable, para el hombre que envejece, el de conservar, intacta en sí, la probidad generosa de su juventud?

Verdad es, que entre los escritores «considerados» y «oficiales», muchos son los que sin reserva elogian la obra magnífica de Han Ryner. En cuanto a los otros, prefieren callarse: nunca perdonarán a Han Ryner el haber sido siempre él mismo, sin desfallecimiento, y de ningún modo haber, como ellos, vendido su conciencia y su pluma...

\*\*

La existencia de Han Ryner fué siempre sencilla, pero no carece, en algunos aspectos, de haber sido muy curiosa.

Han Ryner (cuyo verdadero nombre es Henri Ner) nació en Nemours (departamento de Orán), el 7 de diciembre de 1861, de padres catalanes.

Su padre fué un ejemplo original de autodidacta. Pertenece a una familia de tejedores, a los veinte años no sabía leer. El oficio Jacquard habiendo hecho imposible la vida a los tejedores, empezó un nuevo aprendizaje, el de zapatero. Al morir su padre, heredó 400 francos. A cambio de esta suma, el cartero del pueblo le cede su empleo (el retiro de los funcionarios no existía aún). En tal circunstancia le enseñaron a firmar y, durante los primeros tiempos, se le clasifican las cartas que debía distribuir. Hace su distribución montado en un asno, estudiando con tal voluntad y tal inteligencia que, al cabo de seis meses, abre una escuela nocturna. Aprendiz durante el día lo que debía enseñar por la noche. Cuando Han Ryner nació, su padre se había hecho director de Correos.

La madre de Han Ryner era hija de un oficial de sanidad que, bajo el gobierno de Luis Felipe, tomó parte en todas las sociedades secretas republicanas y bonapartistas (se distinguía mal y se decía *patriotas*). Era la hermana de Antonín Campdorás quien, en el golpe de Estado de 1851, fué uno de los cabecillas de la insurrección republicana del Var. En Draguignan — donde la rebelión fué definitivamente aplastada —, se batió contra las tropas del Príncipe Presidente, el que fué más tarde emperador, con una espada de honor que le había dado (¿en ocasión de qué?, es cosa que nunca se supo) el Príncipe Emperador. Este Campdorás era entonces médico de la marina militar. Después de la derrota de sus partidarios se refugió en Italia, luego en América, donde dejó descendencia.

Un mes después del nacimiento de Han Ryner, su padre fué trasladado y enviado a Montluçon, luego a Tarbes, y por fin a Rognac (cerca de Marsella). Aquí fué, cerca de la laguna de Berre, donde Han Ryner pasó su infancia. Y el filósofo ha guardado un potente recuerdo de la laguna salada y de las colinas provenzales que la rodean.

Cuando ya tenía dieciséis años, Han Ryner comenzó tardíos estudios latinos (tenía la intención de hacerse sacerdote, fenómeno muy corriente en los espíritus muy

sensibles), pero al descubrir las obras del siglo XVIII y, por otra parte, al enamorarse, se salvó del misticismo católico, abriéndose su corazón y su razón definitivamente a la vida.

Dos años de latín hizo en Forcalquier, en la institución San Luis de Gonzague, que ha descrito en «La muchacha malograda». Luego lo vemos estudiando retórica y filosofía en el colegio Borbón (hoy liceo Mignet) de Aix-en-Provence. En fin, es becario de licencia en la Facultad de Aix.

Obtenida la licencia, comienza su carrera de profesor. Enseña sucesivamente en Draguignan, Gray, Bourgoin y Nogent-le-Retrou. En seguida se le nombra profesor adjunto en los liceos Luis el Grande y Carlomagno, de París. El 1 de enero de 1922 tomó su jubilación.

\*\*

Si esta vida no aparece muy movida, sin embargo no ha dejado de estar cortado por algunas aventuras que muestran que Han Ryner, independiente en sus obras, lo era también en su vida.

Recordaremos dos o tres de estas anécdotas características.

Estamos ahora en 1884. Han Ryner es profesor en Sisteron y una epidemia de cólera arrasa la comarca. El pueblo Les Omergues está aislado por el mal. El médico de epidemias se niega a ir al lugar, pues, la epidemia pasada, había matado a cuantos habitantes se habían quedado en Les Omergues, lo mismo que a quienes habían querido ayudarles. Han Ryner no se dejó asustar. Arrastrar con él a un pobre diablo oficial desanidad sin clientela y a dos otros amigos. Los cuatro van a Les Omergues y, enfrentando al mal, cuidan a los enfermos, entierran a los muertos, desinfectan las casas y aseguran el abastecimiento de la población abandonada. Han Ryner se traslada a Sisteron y a Digne, hace vehementes reproches al subprefecto y al prefecto y acaba obteniendo viveres para Les Omergues, que había sido abandonado por el alcalde y las familias ricas. Vuelve al pueblo montado todavía, derriba las puertas de las casas donde sabe que hay alimentos y, exclamando: «Yo soy el Comité de Salud Pública», se ampara de todo lo que puede ser necesario a los habitantes de Les Omergues.

Gracias a estas enérgicas medidas decreció la epidemia en el pueblo, pero se extendió asta Sisteron. Han Ryner, sin desalentarse, vuelve en seguida a la ciudad y funda un activo Comité de Socorro que, pronto, contiene el mal.

Todo esto ocurría durante las vacaciones. A la entrada de las clases, el principal del colegio reprochó a Han Ryner el haber actuado así sin pedir permiso a la administración. Pero más inteligente que su subordinado, el rector de la academia hizo decorar a Han Ryner con las palmas académicas! Y Han Ryner recibía al mismo tiempo otra «recompensa»: una carta de felicitaciones del jefe del personal de la enseñanza secundaria. «El buen hombre, añade sonriendo Han Ryner, hacía quince días que había muerto antes de la fecho de la carta, pero ¡por si acaso, se ve que había dejado firmadas algunas hojas en blanco!»

En su calidad de profesor, Han Ryner varias veces tuvo que pronunciar «el discurso usual», que termina el año escolar, cuando se distribuyen los premios.

Con tal motivo ocurrieron algunas escaramuzas llenas de sabor.



He aquí algunas:

En Susterón, en el año 1884, Han Ryner, encargado de ese «discurso usual», había escogido comotema: «La lectura». Decía sobre todo, que no hay que condenar a un libro sin haberlo leído y que, si supuestos superiores nos aconsejan evitar una lectura, que no les conviene, tal lectura puede muy bien, convenirnos a nosotros. Naturalmente, la Academia había suprimido este párrafo y algunos otros, pero Han Ryner no se dejó intimidar. Leyó el texto completo, limpiando lo que la Academia había aceptado y valorizando lo que había suprimido. El principal del colegio, temiendo aparecer como «falto de autoridad» no señaló este hecho. Creyó poder vengarse más tarde, cuando las epidemias que hemos relatado, con los resultados conocidos.

Por lo tanto, en 1889, cuando en Gray fué de nuevo Han Ryner encargado de pronunciar el «discurso usual», les hizo una jugarreta a los de la Academia: ¡para que los cortes no fueran tan fáciles hizo su discurso en verso! «Versos que no siempre eran muy serios, confiesa Han Ryner, pero ¡la Academia tiene demasiado poco sentido del humor para apercibirlos!» El discurso principiaba con este deslumbrante alejandrino: «Señores y señoras, y ustedes, jóvenes alumnos...» Esta vez, la Academia, asombrada, nada suprimió, pero... le demandó que añadiera algo más. Han Ryner elogiaba, después de una rápida historia de la poesía francesa, a uno o dos poetas vivos. El inspector de la Academia le sugirió que debería añadir al «Señor Eugenio Manuel, una de las glorias de la universidad». Han Ryner nada dijo, pero al día siguiente, envió al inspector los cuatro versos siguientes, preguntando si podía publicarlos en su discurso:

*«La police faisant œuvre philosophique»  
Ce beau vers appartient à M. Manuel,  
Inspecteur général d'Instruction publique.  
Lisez-le nuit et jour: c'est un bon manuel.*

(«La policía haciendo obra filosófica».  
Este hermoso verso pertenece al señor Manuel,  
Inspector de Instrucción Pública.  
Leedlo noche y día: es un buen manual).

«Yo no sé por qué, sonríe maliciosamente Han Ryner, no me respondió el inspector de la Academia».

En Nogent-le-Retrou, a los tres o cuatro meses después de su llegada, varios padres de alumnos denunciaron a Han Ryner a la Administración como «voiteriano». Se le pidieron explicaciones escritas. Han Ryner escribió: «Mis acusadores se engañan: desprecio a Voltaire, que creía en Dios».

Algunos meses más tarde, Han Ryner fué encargado de pronunciar el discurso de la distribución de los pre-

mios. Lo hizo también en verso. Se leyó el trabajo con inquietud: ¿no se disimularía en él alguna impiedad? Su exordio quería decir: «Cuando estamos reunidos, busquemos lo que nos aproxima fraternalmente, no lo que nos divide». Y lo decía así:

En ce temps-là Jésus: «Si vous vous assemblez  
Et que —tels sous les vents s'inclinent les grands  
[blés—

Vous courbez tous le front sous la même prière,  
Vous aurez parmi vous la présence d'un Père».

(En aquel tiempo Jesús: «Si todos en conjunto  
Y que ?como bajo los vientos se inclinan los grandes  
[trigos—

Inclinaseis todos la frente con la misma oración,  
Tendréis entre vosotros la presencia de un Padre»).

Los espíritus aletrados (¡y tan perspicaces!) de los jefes vieron la impiedad que buscaban. Se pidió a Han Ryner que reemplazara estos cuatro versos. El filósofo, con guasa, los reemplazó por esta cuarteta que le divertía:

Le marcheur isolé se sent bien vite las.

On va plus loin, nombreux, chantant un air au pas,  
Et quand la foule court ou quand elle fait halte,

Le sentiment commun — bon ou mauvais — s'exalte.

(El caminante aislado se siente enseguida cansado.

Se va más lejos, numerosos, cantando una canción

[al paso,

Y cuando la muchedumbre corre o cuando se detiene,

El sentimiento común —bueno o malo— se exalta).

«Mi gusto, cuenta Han Ryner, no coincidía con el gusto del público: estos cuatro versos, que me parecían ridículos, fueron los más aplaudidos...»

\*\*\*

Y sin embargo Han Ryner no se contentaba con luchar día a día para defender su libertad individual. Luchaba también para defender la libertad amenazada de todos los pensadores o humildes militantes del mundo. Cada vez que se ha presentado una injusticia, cada vez que un hombre ha sufrido, Han Ryner se ha encontrado allí el primero, para elevar su voz y denunciar el crimen.

Un hecho es evidente: cuando la víctima de una injusticia es célebre, ocurre que algunos escritores, con quienes no se contaba, aportan también su protesta: son los que buscan la «vanagloria». En efecto, que la víctima sea oscura y esos mismos escritores enmudecen: ¿para qué les serviría protestar, si la opinión pública es indiferente y si no existe materia de publicidad?

Nada de semejante ocurre con Han Ryner: cuanto más infimo es el oprimido, más vehemente se eleva la voz del gran filósofo.

(Próximo artículo: «La obra de H. Ryner».)

# HOMBRES Y PAISAJES

por EUGEN RELGIS

Rusciuc - Sofia, 29 de agosto

**H**OJEO los apuntes del primer día de viaje. Es, en verdad, bastante y, sin embargo, poco para un modesto recorrido de ochenta kilómetros aproximadamente.

Hoy, para «interesar» al lector que se cree fastidiado, es necesario recorrer como el afortunado viajero diplomático Paul Morand cincuenta mil kilómetros, para luego anotar en doscientas páginas de grandes caracteres y líneas distanciadas algunos paisajes africanos o cubanos, algunos cuentos raros, algunos tipos excéntricos y algunas observaciones sin pretensiones sociológicas o etnográficas. La curiosidad del europeo, en este siglo de la velocidad, reclama perspectivas aéreas, imágenes sintéticas, sensaciones corrosivas —y también esa trepidante embriaguez de las capitales y de los grandes centros turísticos, para poder evadirse de la cotidiana mediocridad. Los *globetrotteurs* de la literatura terminan a plazo fijo el cuaderno de sus apuntes a lápiz, ilustrándolo con algunas fotografías tomadas desde arriba hacia abajo —y buscan un nuevo itinerario y también un editor que adelante, por lo menos, un recorrido por la mitad de la circunferencia del planeta.

¿Quién tiene hoy la paciencia de un De Maistre, de hacer una jira imaginaria alrededor de su cuarto? Si Joyce ha llenado ochocientas páginas con las peregrinaciones en espiral de su Ulises introspectivo, durante veinticuatro horas, —Gobineau necesitó tres años para describir algunos aspectos del Asia, mientras que Hermann con Kayserling viajó detenidamente por la India y América para escribir gruesos volúmenes de especulaciones éticas y metafísicas. Este podría haber meditado en la misma forma cómoda, en su gabinete de la «Escuela de Sabiduría» de Darmstadt.

En las rutas recorridas por Goethe a través las armonías soleadas de Italia, para glorificar la eternidad del arte y de la poesía; en el país donde Byron ha querido suprimir su romántico *spleen* mediante una muerte de «héroe de la libertad»; en el país de las pirámides —a cuya sombra Napoleón clamó con su desvergüenza de aventurero: «¡Soldados! cuatro mil años os contemplau desde aquí!»— deambulan en autocarros los rebaños en vestidos cuadrículados, conducidos por los papagayos del turismo. Millares de inteligencias mediocres, sobre cuyos anteojos se reflejan, fugazmente, paisajes y ciudades arruinadas; hombres de negocios en diversiones bien organizadas, que no son capaces de apreciar una estatuilla o una pintura, si no se les indica el equivalente palpable de las mismas en liras o dólares... Siniestros necios, que no conocen su propio país, que ignoran la puesta de sol a la cual podrían contemplar desde la ventana de su dormitorio decorado con oro, que se niegan a cambiar un saludo con su vecino necesitado, pero que cruzan océanos y continentes para comprarse algunos vasos chinos y fetiches sudaneses. Ellos creen que «han visto el mundo», y reanudan su trabajo estúpido y feroz en la bolsa, en las usinas. Seguramente, ¡que no como empleados con codos lustrosos, ni como anexos taylorizados de las máquinas implacables!

El pueblo permanece en sus rincones de labor y no emigra sino cuando la desocupación o la persecución lo obligan a la búsqueda del pan —o cuando los gobernantes tienen a bien enviarlo a tierras «enemigas», con la mochila sobre las espaldas y con una flor en el caño del fusil, para defender «el derecho y la civilización» y perecer, finalmente, en las artificiales catástrofes del Odio...

## LA MISMA TAREA

Si mis páginas de viajero no son atractivas (como cree el señor Fulano, cazador de becas, pero también secretario de una gaceta literaria, y que piensa que el público lector es más tonto que él) ellas son, sin embargo, verdicadas. Esto es suficiente. He iniciado el viaje para trabajar y enseñar. No para entretener a mis lectores, sino para convencerlos de que existen realidades «interesantes» precisamente al lado de ellos, en su propio hogar o en el patio de sus vecinos. Bástame subir en el tren, para que el horizonte adquiriera amplitud planetaria. Bástame bajar en la primera ciudad fronteriza, para descubrir un mundo: hombres e ideas, acontecimientos y problemas, espectáculos y luchas que me rodean como un calidoscopio giratorio, que me solicitan, se me entregan, me formulan preguntas y me contestan.

En efecto, es demasiado lleno un día de vida para el que quiere ver, oír y pensar. Sobre todo, cuando el viajero se ha llevado la profesión consigo. En esta tierra mañana, aguijoneado por el sol todavía de verano, debo retardar la salida; trabajo como de costumbre en la mesa del cuarto de hotel: cartas y carpetas con manuscritos que no caben ya en la valija y reclaman ser despachados; el artículo debe llegar a tiempo a la revista; el cuaderno de una novela es mi pesadilla, como un edificio aún no terminado, con los materiales en desorden. En el astillero de al lado retumban los cánticos de los martillos y de la hormigonera.

Pero los compañeros vinieron para llevarme con ellos. Es el segundo día del congreso. Recorremos calles largas, con abundantes almacenes pero con escasa clientela, la que elige los artículos con cautela, haciendo ordenadamente sus compras. La gente provinciana vive sosegada, sin prisa. Dispone de tiempo para leer —sentada en el umbral de sus tiendas o en sus pequeños jardines con ciruelos— los diarios locales (son tres) o grandes libros con las hojas ajadas por haber pasado de mano en mano. Un carro, que parece una cuna tirada por búfalos, lleva algunas mujeres hacinadas, cuyas cabezas están cubiertas con un velo negro. Vendedores de semillas y de avellanas tostadas, como también fotógrafos ambulantes esperan con paciencia infinita. Un automóvil pasa vertiginosamente como un fantasma zumbador. En el jardín público, los niños se hamanan y resbalan por el tobogán, profiriendo gritos prolongados y victoriosos. Los aldeanos, con su aplastada gorra de piel de oveja y calzando botas hechas de fieltro, pisan pesadamente sobre el camino empedrado, habiendo abandonado por algunas horas las humildes tareas del campo. Un turco con faja colorada que sujeta las bombachas flotantes, chaleco polí-cromo y fez con el turbante amarillo, maneja pausada-



mente una escobita en medio de la calle; es un barrero, pero tan limpio y rubicundo, que da la impresión de ser un pachá satisfecho de ganarse entre los *ghuaures* (1) — sus ex súbditos — el pan que Kemal, el dictador de la nueva Turquía, le negaría si antes no se despoja del fez y no aprende el abecedario latino... El comerciante, en cuyo negocio me he detenido para comprar un poco de uva — como grandes granos de ámbar — está dispuesto a explicarme, en un idioma más o menos alemán, el por qué le pago la mitad de lo que cuesta en Rumania. No solamente la uva, sino que todas las cosas necesarias.

#### ENSEÑANZAS, TESTIMONIOS... ESPERANTO, IDIOMA DE LA FRATERNIDAD

Pero los compañeros me invitan a seguir el camino. La sesión se ha reanudado. Y de nuevo me encuentro en la penumbra de la gran sala del Teatro Comunal, lleno de idealistas que no esperan que el ideal les sea servido sobre una bandeja, como un pollo dorado en el horno, sino que ya empezaron a ponerlo en práctica en su vida cotidiana, en una sociedad que perdura todavía sobre sus viejos cimientos, agrietados por las sacudidas y ruidos por el moho y los parásitos.

Anoto algunas conferencias que han sido oídas con incansable atención, con el mismo interés que pone de relieve la pasión por la cultura. Pero no por esa cultura abstracta de que están invidiosos los occidentales, sino de enseñanza moral, apoyada por la ciencia positiva y puesta al servicio del pueblo.

El doctor K. Iordanoff Ganeff, de Varna, habló por espacio de dos horas sobre la conservación de la salud por el método curativo natural: «Naturheilkunde». Documentado y elocuente, expuso las investigaciones de la ciencia, demostrando que el hombre se enferma por ignorancia, agravando después su enfermedad por la misma causa. Si la medicina no debe ser un secreto para la mayoría, ella tampoco debe alejarse de la naturaleza, cuyos elementos tónicos están al alcance de todos. El hombre falsifica su alimentación, tiende a aislarse en el urbanismo insalubre, abandonando la montaña, el mar, el huerto, el bosque. El deporte moderno es más bien un paliativo que un correctivo.

El doctor L. Karaivanoff disertó detenidamente sobre la cura por el aire y el sol, ilustrando su conferencia con proyecciones en un cinematógrafo repleto de padres y niños. Tampoco faltaron allí los problemas éticos. Elías Enceff, profesor y dramaturgo — quien fundó, en las cercanías de Plovdiv, una colonia para los intelectuales, donde la labor manual se alterna y armoniza con la actividad cultural — habló sobre el tema «El Iris del alma». La vida interior: la mirada que escudriña la también los ilimitados reinos del espíritu, que son tan reales como la luz del sol y los frutos de la tierra.

Un maestro rural abandonó por un día el campo — el cual él solo aró, sembró y cosechó sus mieses — para hablar sobre «la fuerza de la infancia». Es el problema de la educación, puesto en el centro de la realidad social. Este Neniu Gancheff, labrador y letrado, con las manos encallecidas, con lentos ademanes, pronunciaba palabras sensatas que los sabios pedagogos del Occidente despreciarían por su desnuda sencillez. Yo sentía, empero, la solidez de su humilde experiencia y, una vez más, me he convencido que todas las esperanzas de liberación social, de salud colectiva, de paz entre los pueblos, están ligadas a la educación. El maestro-campesino sabe, sin duda, que cosecha de acuerdo con lo que siembra. Y los niños son semillas, las cuales, colocadas en tierra buena, cuidadas con cariño, crecerán sanas y florecerán en abundancia.

(1) Nombre despectivo que los turcos daban a los cristianos.

En estas conferencias también ha observado al público. Ninguna figura aburrada, ningún cuchicheo impaciente. Respeto por la idea, voluntad de conocer, convicción que cumple o que cumplirá la enseñanza recibida. Muchos jóvenes, pero sin escasear los hombres maduros, luchadores que saben forcejear con la maldad y la ignorancia.

En el vestíbulo se improvisó una librería. Las obras de Tolstói y Tagore, de Kropotkin y Rolland, de Gandhi y Zola se encontraban allí, traducidas en su integridad, en ediciones populares. No faltaba el anaquele de las ediciones en esperanto. Quien en Occidente u Oriente contribuyó con una verdad viva, con una concepción social, con una obra moral, es traducido al búlgaro, a veces también al esperanto, por lo menos en un folleto que puede procurárselo cualquiera.

La mayor parte de los suscriptores de revistas y diarios son de zonas rurales. Allí, sólo el 4 % son analfabetos. Se lee con persistencia, pero no cualquier cosa. Me sorprendió el pedido de un congresal, agricultor de la aldea Cadichioi, para enviarme mi revista «Umanitarismul», la que no aparecía ya desde hace un año.

—¿Pero usted lee el rumano?

—He vivido algunos años en Dobrogea.

Después de mi partida, el mismo pedido me fue hecho por otros. De las cartas recibidas, bastará citar una, firmada por Costa T. Hadgieff, hortelano de la aldea Crehovitza:

«Tengo que decirle una novedad, señor Relgis. He tomado una sala de nuestra escuela, en la que nos reunimos 50 (cincuenta) amigos, entre los cuales hay 10 muchachas, para aprender el esperanto. Le ruego nos envíe una carta en la cual diga usted algo a todos mis alumnos. No le he dicho que en ese curso yo soy el maestro.

¿Cincuenta discípulos del esperanto en una aldea búlgara! Y todos campesinos... Supe más tarde, cuando hice un alto en un pueblo de los alrededores de Rusciuc, cuán natural es para los campesinos la necesidad de un idioma internacional. Me decía un labrador despejado, con irónicos centelleos en los ojos:

—Cuando, por azar, se encuentran aquí, sobre el Danubio o bien en algún bosquecillo, un búlgaro, un servio, un rumano, todos campesinos ¿en qué lengua se entienden? Es posible que alguno conozca unas pocas palabras del idioma de los otros, pero muy raras veces se comprenden igual que aquellos que hablan la misma lengua... Y me he convencido que el esperanto se puede aprender más fácilmente que la lengua del vecino o la de uno de los grandes países del Occidente. Todo radica en convencer a los hombres para que ellos comiencen a aprender una lengua común. ¡El hombre es más testarudo que el asno! Pero mi asno, y el asno del rumano, y el asno del servio, si ocurre que se encuentran, ellos también, se entienden de inmediato. Es que ellos hablan el mismo idioma: el idioma burreo, por así decirlo, ¡pero el caso es que se entienden a las mil maravillas! ¿Por qué nosotros, los hombres, no nos entendemos en un idioma que nos sea común?

En el mismo congreso vegetariano, Ivan Duiceff, uno de esos estudiantes demacrados por el intenso trabajo mental, ávidos de ciencia, entusiastas pero clarividentes, camaradas del profesor y pioneros en terrenos que están aún en barbecho, me pidió mis libros:

—Todos. Quiero conocerlo. Aprenderé el rumano. Antes lo he leído en esperanto. Empero, muy poco se me revela ahora a través de este idioma internacional que, finalmente, llegará a ser corriente, igual que el lenguaje materno. Algunas veces me exaspero por esas mudas mudas de los idiomas desconocidos — sabiendo, sin embargo, que bajo los textos de diferente resonancia existen verdades y bellezas. ¿Por qué ignorarlas, si ellas pueden enriquecerme, si ellas pueden hacer prosperar a mi pequeña patria, fusionándola con las demás en un

gran patria sin fronteras, de la cultura y de la solidaridad humana?

## POST - SCRIPTUM 1945

A estos viejos testimonios, desde hace tres lustros, agrego las impresiones compartidas por uno de los delegados rumanos al congreso de los Sindicatos Unidos de Bulgaria. Era en marzo de 1945. Parecería que después de años de dictadura fascista, después de la ocupación alemana y la guerra de liberación los movimientos progresistas estaban por lo menos agotados, debiendo recuperar paulatinamente las fuerzas de lucha. Por el contrario, la cruel opresión templó las voluntades. Todas las organizaciones que representaban una idea, una creencia, un imperativo de la cultura, de la justicia y de la dignidad humana, volvieron a las viejas posiciones: contaron sus muertos, pero otros luchadores, más numerosos, aparecieron en su lugar. En todas partes, en cualquier sector político, social y espiritual. Hasta el mismo movimiento esperantista adquirió nuevo impulso.

Ion Bunescu, zapatero de profesión, pero amante del libro, no habla sino el rumano y el esperanto. Me contó cuán bien se entendió en el congreso de Sofía, porque muchísimos compañeros búlgaros saben el esperanto, que es más fácil de aprender que un idioma «cultural». En

todas las fábricas, encontró a decenas de trabajadores que en la solapa llevaban la estrella verde. En las vitrinas de las librerías reaparecieron obras traducidas o escritas directamente en esperanto. En las relaciones con los países balcánicos, esta lengua es considerada por muchos como un «auxiliar» extraordinariamente práctico.

—No me sentía extraño allí, me decía Ion Bunescu. Nos une la misma finalidad en la lucha social, pero hablamos también un idioma común. No olvidaré la emoción que yo sentí en las minas de carbón de Pernik. He bajado con los demás delegados en un pozo y he caminado seis kilómetros bajo tierra. Uno de los mineros, que trabajaba duramente quién sabe desde cuántos años en las negras galerías, medio desnudo en el húmedo calor, al observar a la luz turbia la estrella verde que llevaba sobre mi chaqueta, arrojó el pico y corrió hacia mí con el rostro iluminado y los brazos abiertos.

—*Cu vi parolas esperanto, kamarado?*

—*Jes, mi parolas la fratecan lingvon...*

Y nos abrazamos con la alegría de una hermandad que encontró su lenguaje más natural, entre tantos idiomas nacionales, en las pétreas entrañas de las minas de Pernik.

EUGEN RELGIS

## \* Un poco de humor \*

**A** MANECER de un día de Enero. Viene helando. Me avisan de casa de una vecina que va a estar de matanza para que presencie la ejecución. En calidad de hombre bueno asisto. Yo no quería, pero es obligado que represente en acto tan solemne a mi clase (todo sea por la democracia), evitando que señora Gila se «amontone».

El personal —hay más gente que en Vera — repartióse entre la cocina y la corrada. Bajamos a este punto con candiles: las cuatro y media, y sereno. Tan presto el cortil antójaseme circo taurino como cueva de Sierra Morena. Lo primero por la fosqueta, parecida al toril; lo segundo por los siete que somos, como los niños de Ecija, en plan de una acción propia de bandidos. Nos ven las gallinas amagadas en el palo, y los pavos transidos de miedo, y los conejos temerosos y temblorosos, y el ruco por el tragaluz de la cuadra.

—Gente atrás — ordena muy serio el matachín —. Y usted, señora Gila, écheme el tocino, que aquí lo espero.

A ello va decidida señora Gila, que dice:

—Tomadme el candil para que abra la fosqueta.

Sale el cerdo. Un señor cerdo blan-

co y rosa. El matachín que lo ve, al punto cifra el peso. Lo toma con el garfio y al banco lo lleva a tirón limpio.

—«Empujáile»... Más... Más «entavía»...

Todos cooperan al degüello. Señora Gila — ¡quién lo dijera! —, mientras aparecen en el caldero la sangre humante y abundante, filosofa. Los clamores del gorrino a consecuencia del puñalón deben oírse en Manila.

Está la mujer reprochando a la víctima sus alaridos. En efecto, el do de pecho no tiene tanta enjundia.

—Un buen cerdo no dice esta boca es mía cuando lo aptolan.

—Señora Gila — replica el niño de Ecija más viejo —, si no le dan el cloroformo ¿qué hace?

—El buen cerdo vive para poner arrobos, que son, en el transcurso del año, el arreglo de la casa y el avío de la familia. El perfecto cerdo viene de grado al banco de la cuchillada y de la chamusquina en vez de resistirse y escandalizar a la del alba, demostrando ser un «voceras». Esto no es querer a su ama, tan solícita y generosa con su cerdo, que si buenas arrobos pesas, buenos dornajos de salvado engulliste, pues más que hijo de toledano mercader

cuestas. Vamos, resignación cristiana. Las gallinas también tienen su corazoncito, y en trance semejante no chistan. ¿Vociferan las palomas? ¿Arman este galimatías los conejos? Opino que no es para tanto.

El de antes:

—Remítase a la prueba, que usted tampoco está de mal año.

—El cerdo cabal consistente que lo degüellen, socarren y resuren con raedera; que lo abran en canal para que digan de él «hermoso cerdo», contemplando sus codiciadas mantecas; da la sangre para morcillas, da el lomo para chorizos; va en trozos a las casas a título de presente. Los jamones, la cabezada, el espinazo, el gordo y el magro, las exquisitas costillas, las sustanciosas pezuñas, el apetitoso rabo...

—Señora Gila — ataja el matachín, tinto en sangre —, menos música.

★

**E**N mi casa estarán pronto de matanza. Por los preparativos — arroz, piñones, alcamonias — lo deduzco. Antes haré la maleta, y, para no oír la apología del asesinato, me iré. Me iré adonde no haya cerdos.

PUYOL



# ESTADOS UNIDOS

**A**TENIENDONOS al pensamiento de Cervantes de que «no hay libro tan malo que no tenga algo de bueno», al procurar leer de todo un poco, acabamos de terminar la última página del volumen de Marie-Thérèse Genin «Scènes de la vie présente: Etats-Unis» (Edit. Genin. Paris, 1959). La autora, en la que adivinamos a una persona de la clase «acomodada» efectuó dicho año un viaje de dos meses por el vasto país norteno del continente americano, de costa a costa, es decir, que partiendo de Nueva York fué a San Francisco, volviendo de nuevo a la antigua Nueva Amsterdam. Su viaje fué, diríamos universitario, pues principalmente tiene que ver en los ámbitos de los claustros del saber.

Desde luego, las imágenes que en el exterior nos hacemos del hombre común estadounidense, parecen falsas según las claras exposiciones de la autora. Gente inculta, sólo atenta al todopoderoso dólar, insensible ante la belleza estética, materialista cien por cien, etcétera. Vasto país donde impera el gangsterismo, el rock-and-roll, el jazz y otras enfermedades. Nosotros ya comprendíamos que, en cuanto al dirigismo estatal, el sentimiento del pueblo no estaba de acuerdo con las administraciones que se han sucedido hasta ahora, de apoyo a dictaduras (en Europa, la de Franco, es un ejemplo). Leyendo las substanciales crónicas mensuales que en «Voluntad» de Montevideo escribe Don Nadie desde Estados Unidos, poseíamos una imagen más o menos exacta sobre lo que allí acontece.

El pueblo de dicho país es el que posee el más alto nivel material del mundo. Es cosa ya sabida. Lo cual no quiere decir que posea el más amplio margen de libertad en sus vidas, polo de las ideas de Thoreau, pues es un pueblo que debido a su afán (o esclavitud moderna por el trabajo) ni siquiera hace la siesta en el caluroso verano. Pero el nivel material alcanzado, o sea, más posesión de objetos para facilitar las tareas materiales, se debe principalmente a que es una vasta federación de Estados, surgiendo de esa unión un emporio de riquezas. Figurémonos que toda América Latina, o si se quiere Sudamérica, estuviera asimismo federada, pues no cabe duda que sería tan rica materialmente como el coloso del norte. Figurémonos aún a una Europa unida de tal modo, ¿qué podrían los europeos desear que no estuviera a su alcance de lo que actualmente tienen los Estados Unidos? Si ante los ojos atónitos que contemplan la maravilla del puente colgante que atraviesa la bahía de San Francisco, pudiese aparecer la visión del magnífico puente proyectado para unir Inglaterra con Francia (último proyecto de 1960), con calzada de ida y vuelta para ferrocarriles y automóviles, el puente de San Francisco parecería como cualquier puente del Sena en la urbe parisina.

El internacionalismo nacionalista (antes que desaparezca el actual sistema nacionalista) será cada vez más una necesidad económica. Políticamente, parece que hoy las naciones pequeñas son remansos de paz a salvo de

las marejadas antagonistas que quieren configurar el correr del mundo. Pero, luego de esto son un fracaso. Naciones diminutas (comparándolas con sus vecinos) como el Uruguay, véñese actualmente en un atolladero económico que, inexistente sería en parte si existieran los países unidos de Sudamérica.

Un viejo amigo mío (un anciano casi octogenario) siempre joven aún en el aspecto físico, me escribe desde Nueva York que acaba de llegar a aquella urbe, desde un villorrio campestre en donde reside, para visitar una vez más algunos de los museos (Nueva York es el emporio del arte en el mundo); darse luego un paseo por Concord, el pueblo donde surgió la independencia nacional de los Estados Unidos, cuna de los trascendentalistas; volar luego en seis horas hasta Los Angeles, desde donde luego de dos meses se trasladará a Florida, para regresar de nuevo al jardín experimental que honorariamente (por su edad se habrá comprendido que está ya retirado de la población activa trabajadora) cuida. Algún lector habrá pensado que se trata de algún banquero retirado. Pues se equivoca, era un cartero de Filadelfia. Esto no deja de ser un sueño para cualquier trabajador de las naciones territorialmente pequeñas (del tamaño de España, por ejemplo). Ejemplo bien claro del alcance material de aquel pueblo.

En «Mis experimentos en el arte de vivir» de W. Wellocq, notable artículo aparecido en la revista ghandiana «Sardovaya», que aparece en India (agosto de 1960), dedicado por entero a los Estados Unidos, se escribe: «Cuando solía alojarme en un hogar americano y comunicaba allí que quería salir a caminar un poco, parecía que las gentes aquéllas no me entendían. ¿A caminar? Pero usted está loco? ¿Adónde demonios quiere usted ir caminando? Espérese, que yo lo lleve en mi auto. Y una agradable tarde de un sábado, vi con grande consternación a una saludable jovencita de once años, persuadir a su padre para que la prestara el auto con el fin de ir a doscientos metros de distancia a la casa de su amiga». En Wáshington, me comunicaba otro amigo que residió allí, casi todo el mundo tiene su auto, es difícil ver autobuses repletos de gente como en las urbes capitalinas sudamericanas y casi nadie camina por las calles, como en las últimas urbes puede verse. El auto se ha vuelto un hábito. Igual ocurre en las otras capitales sudamericanas, existe la autonomía, el vicio del auto, con la diferencia de que no es asequible más que a los privilegiados en general. Igual ocurre en cuanto a deseo en las demás capitales europeas, aunque nos imaginamos que tampoco es accesible para el poverrío, excepto en una élite económica de trabajadores (como en Alemania occidental ahora, por ejemplo). Todo esto está desde luego bien alejado de las ideas expuestas por el más profundo de todos los pensadores norteamericanos, Thoreau, quien en su ensayo «Caminando» (Walking), expone no estar bien en su centro si no dedica por lo menos cuatro horas diarias al arte de caminar. El notable ensayo «Caminando» puede leerse en «Henry

David Thoreau, escritos selectos sobre Naturaleza y Libertad», Editorial Agora, Buenos Aires, 1960; una compilación de Oscar Cargill, reciente traducida y publicada en castellano. El auge del auto en Norteamérica se parece al auge del caballo tiempos pasados en las pampas sudamericanas. «Como desde la infancia viven sobre el caballo, las piernas se les ponen muy arqueadas con el hábito temprano y constante y apenas si saben hacer uso de ellas para caminar» (Beaumont en «Viajes por Buenos Aires, Entreríos y La Banda Oriental», efectuados en 1826). Aun hoy, donde en general es el campesino tan miserable en Sudamérica (ídem el proletariado urbano) muchos no tienen otro medio de locomoción que los caballos.

Existe otro error en el terreno político. Por cierto. Estados Unidos es el país donde se sacrificaron a los Mártires de Chicago, a Sacco y Vanzetti, etc., pero también en otros países se ha aniquilado a miles de luchadores. Estados Unidos no tienen el solo emporio del crimen estatal. Los hombres públicos de más relieve, hechos « ídolos » ahora por los dirigentes contemporáneos, tenían ideas mucho más claras sobre el Estado que los europeos, todos ellos discípulos de Maquiavelo. La figura número uno, Washington, aseveraba: «El gobierno no no es la razón ni la elocuencia, es la fuerza. Como el fuego, es un servidor peligroso y un amo terrible. Ni por un momento se le habría de permitir la acción irresponsable». Para Jefferson «sólo el error necesita el apoyo gubernamental». En cuanto para Lincoln eran «los políticos una clase de hombres que tienen intereses al margen de los intereses del pueblo y que están, la mayoría de ellos, tomados en conjunto, distanciados un largo trecho de los hombres honestos» (pensamientos citados por Rocker en «El Pensamiento Liberal en los Estados Unidos», Buenos Aires, 1944).

Por supuesto que hay la cuestión racial negro-blanca en algunos lugares sureños, pero poco a poco tenderá a desaparecer y, dicha misma cuestión en el ámbito nacional no es tan preponderante como parece en el exterior. Estados Unidos tienen también, como todos los países sus lacras. Es un país oficialmente religioso y, oficialmente se siente extrañeza hacia el ateo o hacia el agnóstico. Celedonio Nin y Silva, un historiador uruguayo que ha dejado inconclusa una monumental historia de la religión judía decía que en Estados Unidos era incomprensible la misma existencia del no creyente. El fanatismo religioso es sin embargo liberal en los Estados Unidos, comparándolo con el de los países latinos con religiones a sentido único. La misma preponderancia de las numerosas religiones hace que existe cierta liberalidad en el ambiente, que es por completa desconocido en países, pongamos por ejemplo, como Italia y España. En uno de los últimos números de «Selecciones» (Reader's Digest) para América Latina, en la condensación de un libro sobre el «unionismo» (sindicalismo) su autor estadounidense hacía ver la enorme lacra que representa para su país el que los sindicatos estén controlados por una especie de camarilla gangsteriana. Muchos lectores recordarán sin duda el film «In the Waterfront» (Nido de Ratas) que especifica muy bien lo que ocurre al respecto en el sindicato neoyorkino de obreros portuarios.

Grandes masas de fanáticos evacuan su hastiado tedio en los monumentales deportes de los Estados Unidos. Cosa que viene ocurriendo en todas partes. En el

Uruguay el noventa por ciento de la población (incluyendo niños y mujeres) están superfanatizados por la tontería del fútbol. En España los estadios de Bernabeu o Chamartín vense repletísimos de imbéciles a quienes la inteligencia parece haberseles bajado a los pies. Igual cosa ocurre en el estadio del Dinamo moscovita o en el coliseo Maracaná del carioca Botafogo.

En realidad, ni más ni menos, lo que ocurre en Estados Unidos ocurre en todas partes. Se dice que a los estadounidenses les gusta mucho el dólar. Y a los que no son estadounidenses. Sabido es la cantidad de gobiernos mendigos que acuden a Wall Street en busca de los préstamos dolarianos. En todos los países sin distinción existe el amor al dinero local o extranjero, el dios metálico de todo el mundo. Los norteamericanos son también bobalicones, como los europeos que creen que América es la meca del bien vivir. Como si el bien vivir consistiera en el materialismo. Como si el bien vivir no consistiera en la sabiduría, cual nos lo ha enseñado el filósofo Han Ryner. Los norteamericanos padecen la sensiblería del francesismo. Hay mamás que les dicen a sus bebés que si son buenos irán a París y a los niños que preguntan dónde se va después de la muerte, pues a París. Herencia sin duda del apoyo gubernamental galo en días de la independencia.

Sí, Estados Unidos es la meca de la televisión, de los westerns y de otras mil complicaciones más, porque les ha ocurrido a los de ese país lo que vaticinaba Thoreau: «que los hombres habrían de ser instrumentos de sus propios instrumentos». Pero también es el país del desinterés, de las más grandes universidades del mundo (en comparación son muy pocas las controladas por el Estado), de las bibliotecas públicas (como la de Nueva York y sus filiales) nutridas al día, y en donde la cultura especulativa florece con más magnificencia que en ninguna parte actualmente, pues los investigadores eruditos poseen los medios y el tiempo para dedicarse a ella. Posiblemente en Rusia el tecnicismo dirigido prepondera sobre el de Estados Unidos, pero la cultura, al estar controlada por el Estado es sofocada y ahogada (el caso de Pasternak lo ilustra). Ningún país del occidente europeo puede compararse ahora con Estados Unidos en este aspecto. Los grandes historiadores alemanes de tiempos pasados no se han renovado. Parece que de las prensas editoriales no surgen grandes producciones. O al menos (incluimos colecciones como la Payot parisien) no son por nosotros conocidas.

María Teresa Genin en su libro ágil y bien escrito ha tenido el mérito de abrirnos los ojos sobre la cultura estadounidense. Por su libro desfilan las conocidas universidades de Princeton, Yale, Harvard, etc., que, comparadas a las otras famosas europeas (como Salamanca) son verdaderos emporios del saber. Sobre Harvard nos dice (pág. 64): «Me contentaré en señalar el espíritu tradicionalmente anticonformista que prevalece aquí. La educación reposa en la controversia. Nadie en principio está de acuerdo, y la verdad, esa verdad que Harvard posee en su blasón, debe surgir de los pozos de la contradicción». Algo así como un Hyde Park universitario.

Todos los pueblos del mundo, incluyendo al ruso y al estadounidense, deben de tratar el hermanarse, el limar asperezas fomentadas por la política separatista y el fanatismo de la religión que mercantiza lo desconocido en un formidable «modus vivendi». El suprimir las fronteras nacionales, en hacer los países unidos al mun-



# NUESTRO DESTINO

**H**OMBRES que sufrieron agudo narcisismo, siempre los hubo; vivieron en todo momento y en cualquiera de las latitudes. Creyéndose el ombligo del orbe, sus propias muecas se les antojaron gestos ampulosos de apóstol, y tomaron sus balbuceos impregnados de lirismo como sacras e inspiradas profecías. Mas lo triste no son sus ridiculas creencias; lo que hierde es que otros se las hicieran suyas.

Así también suele ocurrir que muchos historiadores nos vengan, cada dos por tres, con la leyenda de épocas determinantes, horas decisivas y momentos estelares, culminándose a tales desatinos con hechos verídicos, pero de poca trascendencia sin la salsa dialéctica con que nos lo sirven. Para algunos, el puñal de Ravailac acabó con el reformismo religioso en Francia; para otros, Carlota Corday fué la heroína que puso final al extremismo revolucionario encarnado por el más demagogo del triunvirato terrorífico. Muchos siguen creyendo que en Waterloo se jugó el destino de Europa en tanto que unidad económica y política. Quien descabalgó de la vieja jaca imperialista a Napoleón III, dicen algunos que fué la entereza de Victor Hugo, observada a lo largo de su prolongado y volunta-

rio exilio. En fin, no pocos idolatras que a menudo se jactan de iconoclastia, atribuyen la pérdida de la revolución juliana, a la muerte accidental de nuestro modesto compañero Durruti.

Puesto que estamos en trotes proféticos, cabe señalar el rol trascendental que, para otros historiadores, significa la vertical caída de la manzana de Newton, la adaptación del vapor para movilizar la máquina según la teoría del joven mecánico británico, los descubrimientos profilácticos de Pasteur o la teoría del célebre Voronoff, pretendiendo acabar con la senilidad. En fin, por qué no atribuir semejante trascendencia a un soneto de Quevedo, a una máxima de Gracián o a un chiste de Ramper?

Cifrar, en un hecho de esta naturaleza, mínimo o de envergadura, todas las esperanzas de nuestro futuro, es demostrar nuestra pobreza intelectual y, a la vez, nuestra mezquindad moral.

Sin querer minimizar el alcance de ciertas gestas, ni tampoco invertir la escala de valores, pensamos que el destino de un hombre —cuanto más el del hombre— es algo más complejo. Concurren en él una cantidad tan enorme de factores — conocidos unos, desconocidos otros — que ha-

blar de revelaciones del destino humano hoy, es tanto como colocarse al nivel de la gitana que por dos reales os suelta una buenaventura, la que raramente es mala si pagáis con efectos retroactivos.

Hechos que nos pueden hacer variar el rumbo los hallamos a cada uno de nuestros pasos inseguros, sin contar los escollos y tempestades que desgraciadamente hallamos en nuestras voluntarias rutas, tenemos que enfrentarnos con fenómenos contradictorios que no sabremos extraer las enseñanzas precisas en el momento exigido; factores afines que por negligencia dejaremos que cada uno se vaya por su lado; mandatos centrifugos que se nos aparecerán como imposiciones externas y a los cuales haremos forcejeo inútil, y viceversa, cantos de sirena a los que escucharemos con suma devoción creyendo que son el eco de nuestra inexpressiva conciencia. Raíces profundamente arraigadas en pasados remotos por las cuales nos mantenemos de pie, y antenas que captan utopías presentes, o lo que es igual, realidades futuras que nos ayudan a progresar.

¿Nuestro destino? Un punto de intersección entre lo que podemos y queremos. Punto oscuro que nadie puede vanagloriarse de situar con mano segura. Porque, ¿qué sabemos de la fuerza de nuestros deseos? Y ¿qué conocemos de los secretos designios de estas fuerzas que se niegan en el momento más álgido de nuestros deseos?

¿Cuántas veces la teoría de un sabio, racional, armónica, científica, fué puesta en cuarentena por un grupo de cretinos? Y también experiencias fructíferas fueron malogradas, tras mucho esfuerzo y empeño colectivo, por un cualquier supino endicado y sentado en un olimpo.

No negamos que hay épocas de eclosión, como las hay de gestación. Espectaculares las primeras, anónimas las segundas. En importancia equivalentes. Pero lo que si rechazamos es que alguna de ellas lleve el signo o distintivo determinante o finalista.

¿La nuestra? Una suma de valores de la que tenemos que deducir un cúmulo de nulidades. Mas convergamos, sin excesivo optimismo, que jamás la humanidad había sido tan rica, en medios, para llegar a feliz destino. Pero a los ricos, la ruina agazapada les espera a la vuelta de cada esquina.

do. Cosa que (según la historia viene enseñando) no ocurrirá mientras existan las estructuraciones autoritarias actuales.

Para lograr la fraternización mundial, el sistema marxista orientado desde Moscú es un verdadero fracaso, pues aunque el hombre vive desde la caverna en vastos hormigueros, por condiciones etnológicas y económicas en el mundo moderno, es en esencia individualista y tiende al florecimiento de su personalidad, dejando que se expansionen idénticamente las del prójimo. También el sistema llamado del «mundo libre» (el mundo actualmente es por doquier esclavo), que parece centrarse en la también llamada Meca de las democracias, es otro ruidoso fracaso, pues tiende a perpetuar la vergonzosa explotación económica de unos hombres hacia otros. Los «terceristas» titistas, nasseristas y nerhuristas, que quieren hacer de países amortiguadores, no reflejan la realidad del mundo. La liberación del orbe y la fraternización del mismo está en los ideales reclusianos, de los cuales parece que estamos ahora algo alejados, debido a la incultura (en este aspecto) por doquier imperante; pero que, sin duda, son la única salida al atoladero en que nos hallamos.

Tales son los pensamientos que, luego de leer el libro precitado, nos han venido a la mente.

V. MUNOZ

Plácido BRAVO

# Concepto biológico de la educación

*Las castas sociales mantienen el privilegio y el autoritarismo de la violencia, oponiéndose así al estricto sentido evolutivo de la unidad de la especie y de la cultura universal. Este ideal práctico se enfrenta con todos los seudos ideales que se disputan el ejercicio del poder.*

*Sobre la actuación del maestro, es oportuno exponer sintéticamente lo que estudia el eminente pedagogo en su obra «La crianza humana».*

## CONCEPTO BIOLÓGICO COMO BASE DE LA EDUCACION

En el cuerpo existe una estrecha relación entre los órganos que lo forman, que muestra con claridad la unidad del ser vivo en su constitución y en sus manifestaciones en el universo con el cual tiene que armonizarse en la mayor posibilidad.

También las condiciones biológicas deberían establecer las bases en que se hiciese posible una virtual transformación social.

El mundo tiende a la armonía por acciones físicas, intelectuales y económicas, aproximando a los individuos y a los pueblos, como en la célula el núcleo central mantiene en equilibrio los átomos periféricos, como en el cosmos se armonizan el sol y los astros.

Los pueblos limitados por fronteras naturales o artificiales tienen su planeta; el hombre, hasta en sus actividades profundas, es el testigo de la solidaridad universal para el bien o para el mal.

El hombre consciente podría vivir en paz y no prestarse jamás a la matanza de sus semejantes.

La tendencia a la armonía entre el hombre y el mundo es la revelación de la conciencia de esa armonía que, aunque precaria, se manifiesta asimismo en los movimientos siderales y en las acciones que se tienen por virtuosas.

Hay un ideal moral, que consiste en la adaptación de la conducta al ritmo universal, y así se establece una filosofía de la vida.

La ciencia podría transformar la tierra en un ser colectivo ordenado y unido por medio de una red de verdadero sistema nervioso y un aparato circulatorio perfeccionado.

Si el hombre es uno, el mundo podría serlo en la unidad de todos los pueblos. El cambio de pensamientos e ideas, aguzados por la sensibilidad racional, el conocimiento de los sucesos mundiales, la comprensión de sus causas y consecuencias son factores que podrían trabajar en pro de la mejor vida civilizada en toda la tierra con la tendencia acentuada de un dinamismo eficaz para la mayor comprensión solidaria.

Los humanos más inteligentes pronto se desprenden de los prejuicios de nación y patria para hacerse universales, lo que está de acuerdo con la rapidez de las comunicaciones que envuelven al planeta. Ven al mundo desde lo alto, como en avión, uniéndose así con los diversos aspectos de los seres y de sus objetos.

La célula orgánica, ampliación del átomo, colectividad ideal, es comparable a un pequeño sistema solar con

cierto equilibrio. El mundo salido de la célula está en relación con la unidad de su origen.

## CIENTIFICAMENTE, LA UNIDAD DEL MUNDO ES LÓGICA E INDISPENSABLE

El estudio de las radiaciones diversas y los progresos de la aviación y radiodifusión dan paso a un optimismo constructivo, de pacífica realización.

Económicamente también los hombres podrían unirse en un interés común. El pan, el caucho, el petróleo, el hierro, la hulla, circulan a través del mundo como la sangre en el cuerpo. Las necesidades económicas unen a todos los países. La ciencia, el arte, la industria, el progreso técnico, son internacionales, a pesar de las aduanas restrictivas.

«La verdad es mi verdadero país», dice el hombre universal, y así destruye idealmente todas las ficticias barreras que separan a los semejantes por el interés desvergonzado de una pequeña minoría de egoístas ególatras.

La verdadera cultura positiva tiende a transformar radicalmente la mentalidad humana y social y sólo la escuela racional puede lograr esta eficacia.

El hombre digno, de una minoría inteligente y constructiva se halla asqueado de las torpezas, los errores y los crímenes del mundo actual. Aspira a un mundo nuevo, esclarecido de luz natural, bajo las condiciones positivas de su substancia y no imbuido de las lucubraciones divinas, religiosas, místicas y, en suma, metafísicas.

El determinismo universal limita forzosamente la libertad individual y la ciencia carcome el prestigio de los dioses, que no son sino ficciones que velan la realidad a los ojos de las multitudes ignorantes y crédulas.

La ciencia, que escudriña el secreto del mecanismo de todas las formas de vida, a fin de dirigir los efectos de los fenómenos naturales, hace entrever la unión humana por el consentimiento de la razón y su sentido biológico.

El mundo vale por lo que valen los hombres en educación, en ciencia, en solidaridad y en sabiduría. No puede seguir en el blando abandono de un sueño de felicidad resuelta de antemano por todas las doctrinas, sino que ha de depender de la enérgica contribución consciente de todos a la parte de dicha felicidad que es posible dentro de un claro concepto de justicia.

Para realizar esta síntesis profunda, es preciso dirigir a las jóvenes generaciones por la senda de la ciencia positiva hacia el completo y racional desarrollo de la personalidad.

# Notas sobre la Emancipación Femenina

CUANDO me preguntaron hace algún tiempo los motivos de mi disensión de la tesis que afirma que «la monogamia es la base, desenvolvimiento y fortuna de la vida en su más alta expresión» emité la opinión siguiente:

No puede haber emancipación individual ahí donde se presenta como norma sexual superior a todas las otras, una forma *dada* de unión. Esto es ensayar de convencer «a priori» al individuo de la excelencia de una práctica de vida con relación a las otras, es dogmatizar y no emancipar. Que el individuo, hombre o mujer, «a posteriori», tras experiencia, se decida por una u otra forma de vida sexual mejor que por otra, a causa de su temperamento o de su determinismo, es comprensible, pero esta decisión debe producirse «después» y no antes de haber realizado la experiencia si acaso queremos hablar de emancipación. Por otra parte, el argumento es el mismo si se trata del dominio económico, intelectual, sentimental-sexual: si el individuo no goza de libertad de elección no se puede hablar de emancipación. Aceptar o adaptarse a una teoría, sin previa experiencia, quizá mediante varias tentativas para saber si ella conviene o no a la naturaleza del individuo es colocarse en el plano de servidumbre, del creyente que acepta un dogma porque es el cura quien le garantiza que es superior a tal otro dogma propuesto por tal o cual religión.

Cabe preguntarse si la monogamia es un factor de emancipación individual. Desde luego, es evidente que en

esta forma de unión sexual el individuo se diluye al formar pareja, perdiendo así su individualidad. ¿Quién puede sostener la forma razonada que la formación de la pareja favorece la emancipación de la unidad? La cohabitación obliga a los que viven en común a una serie de concesiones que para mí, tienen mucho de servidumbre. Para que la cohabitación pierda su fisonomía esclavista, es necesario que los interesados conserven su autonomía. Autonomía de pensamiento, de acción, de libre disposición corporal y de movimiento. Hágase cuanto lirismo se quiera: toda pareja cuyas partes estén coaligados mutuamente a rendirse cuentas, constituyen una escuela de tiranía y no de emancipación individual.

No se puede negar que en las circunstancias actuales, las condiciones de orden económico hacen más beneficiosa la cohabitación. Pero, aún teniendo en cuenta ese factor, cabe preguntarse qué anarquista puede exigir de su compañía (hombre o mujer), la fidelidad o explicación de sus acciones. Si así lo hace, en qué la mentalidad de ese «emancipado», diferirá de la del patrono, el cual, porque paga, reclama de su «asalarado» que vaya a misa o el voto para el partido de la patronal?

De la pareja asociada (la asociación más restringida), a la asociación de promiscuidad sexual (la más vergonzosa) se extiende toda una gama de asociaciones sexuales diferentes, no siendo «a priori», ni inferiores ni superiores, una sa otras. Querer *jerarquizarlas* no tiene nada de anarquista en sí. Forzosamente existe incom-

patibilidad entre anarquía y jerarquía. Importa poco que *en anarquía*, una forma de vida sexual, una realización sentimental-sexual esté o no de acuerdo con la moralidad, con las hipótesis societarias, religiosas o científicas, nos importa poco que en los medios anarquistas esa u otra forma sea simpática o antipática, lo que nos interesa es que todas las formas de vida y de realización sexual puedan ser propuestas y experimentadas, cuyos riesgos correrán a cargo de los experimentantes. Es la anarquía y no la jerarquía lo que para nosotros representa la medida de las cosas, de los sentimientos, de los pensamientos como de todos los valores orgánicos.

Al problema sexual nosotros ofrecemos la solución de la *camaradería amorosa*, que sitúa la mujer y al hombre en el mismo plano de igualdad, haciendo de sus relaciones, no ya un producto extra-terrestre, metafísico, sino una utilidad de consumo parecido a las otras relaciones humanas. En fin, nosotros consideramos las relaciones de orden sentimental-sexuales como un gesto o un factor de camaradería en concordancia con los otros gestos o factores de compañerismo.

Nosotros no afirmamos que la camaradería amorosa sea la única forma de vida o de realización sexual. La presentamos y la proponemos a quienes ella pueda convenir, como un contrato que se puede rescindir a partir del momento que conviene al asociado.

Y puesto que en el fondo se trata de «emancipación femenina», noso-

Las filosofías, las religiones y los sistemas de moral han lanzado siempre unos hombres contra otros. La ciencia quiere unirlos en una común aspiración de redención social.

La ciencia podría triunfar un día en el mundo, acabando con las religiones, cerrando las iglesias y estableciendo como norma el positivismo biológico.

De la «muerte» de todos los dioses podría nacer la verdadera vida de todos los hombres.

Antes de la edad de razón, sin libre examen, la imposición de una creencia al niño le imprime ideas confectionadas a medida de los intereses que dicen educarlo, y éste es el poder de las Iglesias, que domesticar en sus dogmas las maleables mentes infantiles. La educación religiosa es principio de intolerancia; es fuente de bienestar para los poderosos, de miseria y de servidumbre resignada para los desheredados.

La educación racionalista está exenta de dogma y propende a la satisfacción armoniosa de las necesidades reales del humano.

El principio universal de la ciencia, que la razón acepta, es rechazar a un creador increado él mismo, y afirmar un porvenir sin principio ni fin, una acción jamás interrumpida de causas y efectos. No se pueden concretar los fantásticos proyectos de los religiosos ni de los místicos. Las abstracciones subjetivas no tienen realidad objetiva. La energía vital es eterna y la nada es inconcebible.

Conforme con la razón y la ciencia, hay que estudiar la naturaleza humana, descubrir en el niño los gérmenes originales, a fin de llegar a conformarlos a su completo desarrollo y llegar así a una vida más natural, más bella, más sana y más propicia para la mejor preparación de nuevas unidades sociales.

Esta es la verdadera educación racional, que aunque quisieran, no pueden seguir los maestros dependientes del Estado, y éste es incapaz de aceptar un programa de emancipación escolar.

En esta exposición hay muchas ideas sintetizadas del libro «la crianza humana» de Isidore Poiry.

COSTA ISCAR



## Unidad en la variedad de España

tros estimamos que no basta con arrancar a la mujer de la influencia del Estado, del cura, de la familia. Nada será efectivo si ella no se ha liberado de la influencia del marido o de su compañero.

La mujer emancipada es la que trata con el hombre, de igual a igual, dentro como fuera de la cohabitación. Y la cohabitación no debe impedir a la compañera a que frecuente otros grupos o círculos que los de su compañero, de formar parte de asociaciones de la que está ausente su esposo o su compañero, de interesarse por otras actividades, otras propagandas y de tener relaciones con otros hombres que su compañero, si tal es su deseo. Yo interpreto que la cohabitación entre anarquistas debe tener como objetivo, el consolidar la autonomía de los que viven unidos. Si la cohabitación restringe o adolece a la autonomía de la persona, en lugar de ampliarla, no se traduce sino por un instrumento de opresión.

Lo que el hombre en muchos casos ha llamado hasta aquí la emancipación de la mujer, es hacerla servir a sus designios. El político quiere que la mujer obtenga el voto. Ello sirve para reforzar el sistema masculino de la dominación del número, la opresión de las minorías por medio de las mayorías. El obrero lucha para que la mujer obtenga idéntico salario que el suyo, pero no siempre para ayudarla a emanciparse totalmente. El revolucionario pide a su compañera que guarde los hijos mientras él acude a reuniones y manifestaciones, que se ocupe del hogar mientras él lee o recibe en «su» casa a sus compañeros con quienes dialoga. Si cae víctima de la autoridad, y su compañera defiende su memoria, es presentada como el tipo ideal, perfecto.

En realidad, esa mujer no vivió su vida autónoma; acaso vivió la de su compañero; ella facilitó la propaganda evitándole los trabajos del hogar, pero jamás hizo obra personal, no siendo sino un reflejo, un fonógrafo, una repetición: ella no fué jamás ella misma.

Para nosotros, la mujer emancipada no es la que hallamos al lado del hombre porque ella mantiene con él relaciones sexuales o sentimentales, es la que combate, como él, para la desaparición de todos los prejuicios que quieren que el ser humano permanezca siendo obediente y resignado.

La mujer que es anarquista porque lo es su compañero no nos interesa ni más ni menos que la que defiende otras concepciones porque son las que defiende su marido. A nosotros nos interesa la mujer que es anarquista por ella misma y para ella misma. Tal es nuestro concepto de la mujer emancipada.

(Trad.: F. Ferrer) E. ARMAND



L Norte y al Sur, al Este y al Oeste de la Meseta Central, y en contraste con sus vastas monotonías, presenta España al viajero todas las variedades posibles de paisajes. Portugal es una Normandía soleada. Noruega no tiene « fiords » más pintorescos que Galicia, ni Suiza picos más impresionantes que los de las montañas nevadas de Asturias y Santander; el escocés que se adentra por el industrioso valle del Nervión puede imaginarse viajando hacia Glasgow por el concurrido Clyde; los arbolados bosques de Navarra compiten con los de la Floresta Negra; el valle del Ebro, con sus alternativas de acantilados rojizos, quebrados y secos, y de fértiles oasis, es quizá puramente español, pero la de Cataluña baja es un país mediterráneo, que podría ser lo mismo italiano que griego; Valencia y Murcia, cuyos ríos van secos para que florezcan sus vegas, son todavía moras y ponen de cuando en cuando en el paisaje un toque de Palestina (la palmera y el pozo bíblico); Andalucía es también quizá puramente española, aunque bien pudiera ser un sueño de Persia o de las páginas de «Las Mil y una Noches». Y, sin embargo, toda esta variedad se halla, por decirlo así, envuelta en una atmósfera de unidad. Desde la dulce y ensoñadora Galicia a la clara y seca Murcia, donde brilla un sol ardiente; desde los picos nevados de Asturias a las polvorientas palmeras de Alicante; desde los valles estrechos y puritanos de la gris Guipúzcoa a las vegas floridas de la Andalucía oriental, el mismo aire, el mismo ambiente parece emanar de la naturaleza. España es una bajo las Españas, y éste es el primer misterio que habrá que resolver. ¿Qué calidad es ésta que unifica todas las cualidades? ¿Qué impresión más profunda la que cubre y colorea las demás impresiones? Una especie de vigor estático, primitivo e inexpresado. Un vigor pasivo, nunca quizá mejor observado que en la vegetación silvestre que cubre las tierras secas e incultas y, sobre todo, los territorios quebrados que el viajero más emprendedor descubre para su goce en los nudos menos accesibles de las montañas españolas. El suelo que pisa es acaso esa arena gruesa que procede del granito casi todo el año seco, a veces recocado por el sol, otras contractado por las heladas del luminoso invierno. Pero esta tierra, arena gruesa, se mantiene pegada a la ladera y alimenta en su sequedad plantas vigorosas y primitivas, matas que parecen de alambre, con florecillas que ningún rocío viene a refrescar, florecillas de infinitas variedades y de fuerte aroma, que una vez conocidas, hacen de cualquier otro país cosa sin atractivo alguno para el sentido del olfato, el más cercano a la imaginación. Dicen los botánicos que de las 10.000 flores conocidas en Europa, más de la mitad se encuentran en España; los navegantes, que el aroma de España se percibe desde alta mar antes de que se vean sus costas. Tal es la fertilidad primitiva de la Península, fertilidad que viene a ser el signo, el símbolo de la calidad que andamos buscando para explicar lo uno en lo vario de nuestra tierra. Su fuerza tranquila, su vitalidad permanente es el origen de esta impresión que el viajero encuentra por doquier en la Península y que es la esencia española bajo sus formas catalana, aragonesa, castellana o andaluza. Ruda, primitiva, seca, pero rica en aroma, espontánea en vegetación silvestre, en gracia sin apresto, la Península es de por sí, y aparte del pueblo que la habita, una gran potencia y una gran presencia.

Salvador de MADARIAGA

# Ideas sobre educación

## VII

En Francia, a pesar de su proximidad a Italia, el humanismo fué lento en sentar bases por la obstinada resistencia de ciertos sectores de la sociedad. Uno de los puntales más firmes en que se apoyó esta resistencia a la introducción del humanismo en el país gallo fué el que opuso la universidad de París que con la autoridad que ejercía sobre los hombres de letras consiguió el que éstos se aferraran a los estudios de la Edad Media. Como en Italia, el apoyo al estudio de los clásicos vino más bien de la corte que de las universidades. Así cuando Francisco I subió al trono de Francia en 1515, los humanistas vieron una posibilidad de que sus ideas hallaran un camino más expedito para su propagación y al mismo tiempo un apoyo por

parte del príncipe quien, en realidad, no les desilusionó del todo, pues al aspirar a ser el protector de las humanidades al estilo de la corte italiana, cogió a los profesores del nuevo movimiento bajo su custodia y desde entonces el renacimiento literario empezó a ocupar una posición segura. No obstante, el movimiento reaccionario no cejó en su empeño de obstaculizar los progresos del pensamiento liberal, pero esta oposición no sirvió más que para estimular el espíritu humanista hasta alcanzar una fuerza considerable, tal vez como no había alcanzado en ningún otro país ya que hicieron de Francia el país por excelencia para los estudios clásicos durante los siglos venideros.

### GUILLAUME BUDE Y ANDRÉS GOUVEA

Guillaume Budé, uno de los más distinguidos humanistas franceses, con su trabajo «La educación del Príncipe», dedicado a Francisco I, se ganó las simpatías de la corte contra la oposición de la iglesia y de la universidad. En 1530, con el apoyo del rey fundó el College de France, una institución humanista, con cátedra de griego, latín, hebreo y matemáticas, desde donde atacó al escolasticismo el cual se atrincheraba en sus últimos fuertes de resistencias. Andrés Gouvea, casi al mismo tiempo, fundaba el College de Guyenne, en

Burdeos, una escuela notablemente humanista con un sentido amplio de la tolerancia y de la libertad. Al mismo tiempo las instituciones del antiguo orden continuaron manteniéndose firmes, haciendo oposición desesperada a cualquier idea que fuera una novedad, pero como decimos antes, esta oposición fué el incentivo que llevó a los ánimos humanistas la fe y pasión por la libertad individual y este espíritu es llevado a las ideas sobre educación en los primeros años del siglo dieciséis por los escritos de Ramus, Rabelais, Montaigne, etc.

### FRANÇOIS RABELAIS

François Rabelais nació en Chinon, Francia, en 1495. A la edad de nueve años entró en un convento franciscano donde a pesar de la ignorancia que reinaba entre los monjes, por sus propios esfuerzos, empezó los estudios del griego. Su clara inteligencia y ansias de saber crea en los que le rodean una fuerte hostilidad, teniendo que soportar continuas molestias. Para evitar esto, fué transferido por orden del Papa a una abadía de benedictinos donde halló libertad para poder continuar sus estudios. En 1530 cogió los hábitos de cura y se dedicó al estudio de la medicina, así el resto de su vida lo empleó como médico y como escritor. Rabelais, fuera de sus disertaciones sobre medicina y anatomía, no practicó la enseñanza, no obstante sus relaciones y contactos con los grandes maestros de la época, así como su enciclopédica cultura, le proporcionaron un gran interés en la educación, como se revela en sus obras. Sus ideas tienen mucho de común con las de sus contemporáneos, pero con una diferencia muy marcada, y ésta es la conciencia viva del valor del individuo que caracterizó los principios del Renacimiento. Este espíritu, estos sentimientos mejor dicho, afectan todas sus concepciones de la vida social. La sociedad ideal para él es aquella donde todos los

seres humanos puedan vivir y gozar una vida de libertad perfecta.

«Toda la vida estaba planeada», dice refiriéndose a la «Utópica Abadía de Thelema», «no por las leyes, estatutos o reglas, sino de acuerdo con los deseos y libre satisfacción de todos. Sus habitantes se levantaban de la cama cuando les parecía bien; bebían, comían, trabajaban y dormían cuando sentían deseos para ello. En sus reglamentos no había más que una cláusula: «Haz lo que quieras», porque los hombres libres, bien nacidos, bien criados y versados en las buenas compañías, por naturaleza, tienen un instinto y un espíritu que les hace inclinar hacia las acciones virtuosas y al mismo tiempo les aleja de los vicios. Y a esto llaman honor».

En el plan de enseñanza que establece para los principales caracteres de su obra «Gargantúa y Pantagruel» parece haber llegado a la conclusión de que la libertad no fuera necesaria para la adquisición de conocimientos ya que Gargantúa en su estado de estudiante es forzado continuamente a que ni por un momento pueda apartarse del estricto sistema que se le impone. Gargantúa se levanta a las cuatro de la mañana y mientras se lava, un page llamado Anagnostes, le lee algunos capi-

tulos de la Biblia. A continuación se le hace anotar las principales características del cielo en las primeras horas de la mañana y compararlas con las que había observado la noche anterior; esto tenía lugar mientras iba y venía «a los lugares secretos» a hacer la excreción de sus digestiones naturales. Hecho lo que antecede se le peinaba, vestía, etc., y al mismo tiempo su maestro le repetía la lección del día anterior y a su vez él recitaba de memoria, haciendo comentarios y sacando algunas consecuencias de lo aprendido. A continuación seguían tres horas de estudio serias en las que tenía que oír la lectura de varios libros. Después unos momentos de juegos, durante los cuales se discutían las lecciones. Comía a eso de las dos sin que la instrucción se interrumpiera por ello, pues no solamente se le leía libro sino que se le obligaba a hacer comentarios sobre los alimentos: el pan, la sal, los vinos y utensilios que cubrían la mesa. Así sin un momento de reposo, va de una disciplina a la otra; de un juego a otro; de una observación a un recital, hasta que al final de la jornada, antes de irse a acostar se le llevaba al campo a estudiar el cielo y a continuación a recapitular lo aprendido durante el día.

En un espíritu tan libre como el de Rabelais, estos principios de educación suenan un tanto fuera de su órbita por lo que tienen de coercitivo, de antiliberal que se diría hoy; esta exposición no puede ser otra cosa que una crítica acerva de los métodos de enseñanza medioevales, los cuales con su arcaica repetición y machaqueo sobre lo estudiado, llevaban al estudiante a un estado de inoperancia e idiotéz que no le dejaba pensar ni obrar por sí propio.

Rabelais da fe de lo que acabamos de decir cuando desde Utopía escribe a su hijo Pantagruel explicándole la diferencia de métodos, etc., en la enseñanza de los que fueron sus tiempos y los presentes, y sin exageraciones, con los pies bien hundidos en la tierra y en la realidad, dice: «Aunque mi difunto padre de feliz memoria, Grangousier, hizo todo lo posible para que yo me educara en todos los sentidos y mis esfuerzos y estudios correspondieron completamente con ello, e incluso rebasaron sus deseos, no obstante, como tú bien comprenderás, aquellos tiempos no eran tan adecuados y propios para aprender como son los presentes, ni tampoco tuve yo tan buenos maestros como has tenido tú. Pues aquellos tiempos eran sombríos, oscurecidos con las nubes de la ignorancia, y sabiendo un poco a la desgracia y calamidad de los godos que donde quiera que pusieron los pies destruyeron la buena literatura que existía en mi tiempo; hoy, restaurada a su primitiva luz y dignidad, y con tal enmienda y resurgir de conocimientos, que a duras penas yo podría ser admitido en los primeros cursos de los niños en la enseñanza secundaria. Yo digo, que en mis días de joven tenía reputación, y en justicia de ser el más sabio de la época...»

Gargantúa elogia el esfuerzo que los hombres han hecho para resucitar toda clase de conocimientos; las ciencias, las artes, los idiomas. En este renacer él mismo se ve forzado, o mejor di-

cho, influenciado por esta tremenda corriente donde «incluso las mujeres y niños han aspirado a encomiar este maná celestial de la buena enseñanza» y sigue contándole a su hijo: «Y helo ahí que a la edad que tengo hoy, me he visto obligado a estudiar la lengua griega, la cual despreciaba, no como lo hacía Catón, sino porque no tuve el placer en mis años jóvenes de atender al estudio de la misma. Hoy tengo el gran placer de deleitarme leyendo la Moral de Plutarco, los deliciosos Diálogos de Platón, etc...» Después de amonestar a Pantagruel para que aproveche su juventud lo mejor que pueda en sus estudios y en la virtud, continúa: «Tengo la intención, y haré para que así sea, de que tú aprendas los idiomas perfectamente; primeramente, el griego, como mandaba Quintiliano; segundo, el latín; después, el hebreo, por amor a las Sagradas Escrituras; y a continuación el caldeo y el árabe también, así podrás amoldar tu estilo en griego a imitación de Platón y en latín a imitación de Cicerón. Que no haya historia que tú no tengas presta en tu memoria y como una ayuda a estos estudios, los libros de cosmología contribuirán enormemente. De las artes liberales la geometría, la aritmética y la música, te di algún incentivo cuando aún eras pequeño, probablemente cuando no tenías más de cinco o seis años. Continúa con ellas y aprende el resto si puedes. **En cuanto a la astronomía, estudia las reglas que la gobiernan, pero te suplico no hagas caso de la divina y judicial astrología y el arte de Lulio, por no ser más que plenos abusos y vanidades.** En cuanto a la ley civil, quisiera lo aprendieras de memoria para que puedas mezclarla a la filosofía. Por lo que respecta al conocimiento de la obra de la naturaleza, desearía la estudiaras con exactitud; para que no haya río, fuente o mar, cuyos peces no conozcas; todas las aves del aire, todas las variedades de matas y árboles, bien en bosques o en huertos; todas las clases de hierbas y flores que crecen sobre la tierra, juntamente con la diversidad de metales que se esconde en sus entrañas y la variedad de piedras preciosas que pueden verse en el oriente y la parte sur del mundo; no te pierdas ver nada de estas cosas.»

«Estudia con detenimiento los libros de los médicos griegos, árabes y latinos, y por medio de disecciones frecuentes adquiridas un conocimiento perfecto del otro mundo, del microcosmo que es el hombre. En una palabra, que yo pueda ver en ti el mismo abismo de conocimientos.»

La carta termina con unas reflexiones que a la vez que religiosas son consejos sobre la inutilidad de los conocimientos cuando éstos son adquiridos «con una mente mal dispuesta y sin una conciencia puesta en ellos.»

Las ideas de Rabelais no parece haber influenciado mucho en los procedimientos y métodos de enseñanza de su tiempo y él por su parte no se cuidó gran cosa para que fuera de otra forma, pero no cabe duda que éstas tuvieron mucho que decir en las de aquellos que la sucedieron y se ocuparon de la educación, desde Montaigne a Rousseau.



## PIERRE RAMUS

Pierre La Ramée (Ramus como se le conoce también, 1515-1572), nacido en Cuts, Vermandois, hijo de campesinos, fué a la Universidad de París a la edad de doce años como sirviente de un estudiante rico. Allí tuvo la suerte de asistir a las clases de elocuencia y filosofía que el gran J. Sturm daba por aquella época en dicha institución. Como Rabelais, Ramus se distinguió combatiendo las prácticas y métodos de educación medioevales que aún prevalecían y tratando de liberar la cultura de su tiempo de los lazos que le ataban a las tradiciones de aquel pasado. Él se revuelve contra la muda aceptación de los grandes maestros de la antigüedad, no porque creyera no hallar en ellos nada aprovechable o instructivo, sino porque quería que prevaleciera la libertad de pensar para él como para los demás sin tener que seguir ciegamente y sin derechos a contradecir lo que habían dicho Aristóteles, Cicerón, Quintiliano, etc. En sus libros «Animadversión sobre Aristóteles» y «La Institución de la Dialéctica», atacó a Aristóteles fuertemente y como esto representaba al mismo tiempo una afrenta a las instituciones que enseñaban a éste, los libros fueron condenados por decreto real y a él se le prohibió que enseñara filosofía. Este contratiempo duró poco; con el advenimiento

del nuevo rey y la ayuda de sus amigos, fué al Real Colegio de Francia a ocupar una cátedra de Elocuencia y Filosofía creada especialmente para él, donde pudo desarrollar y exponer sus ideas revolucionarias sin grandes inconvenientes. Ramus era considerado por sus oponentes como un positivista. Para él las materias de instrucción eran artes, todas artes en el sentido estricto de la palabra. La gramática, el arte de hablar correctamente, la retórica el arte de la correcta oratoria: la lógica, el arte de argumentar, etc. Toda enseñanza, a su forma de ver, era necesario reformarla a fin de que los estudios pudieran ponerse al nivel de las corrientes de la vida diaria. Los maestros por su parte deberían desprenderse de la carga que representaban las opiniones de los antiguos y basar sus exposiciones en la naturaleza. Es decir, la gramática por ejemplo debería estudiarse de acuerdo con el verdadero uso del idioma; lo mismo la física y otras disciplinas.

Todos sus trabajos fueron paralizados súbitamente por la persecución que terminó en su muerte en la matanza de protestantes el día de San Bartolomé, no obstante su obra tal y como quedó, dió gran impulso a la educación y a las ciencias de siglos venideros.

## MONTAIGNE

Michel Eyquem o de Montaigne, nació el último día de febrero de 1533 en el castillo de Montaigne, hijo de Pierre Eyquem que fué alcalde de Burdeos y de Anthony de Lopez. Su madre descendía de judíos españoles, comerciantes, pero parece que ella profesaba la religión protestante, y al casarse con Pierre Eyquem entró en el seno de una familia de comerciantes bordeleses, bien acomodada, y de origen portugués. Montaigne nos ha referido con detalles los años de su infancia en el campo, su primera educación, del latín que aprendió en los brazos de un tutor extranjero, quien tenía la orden de no hablar al pequeño más que en la «lengua de Cicerón y de Tito Livio», del cariño y ternura de su padre que le hacía despertar siempre al son de un instrumento de música «para que cada mañana la vida le pareciera dulce» y que quería que las horas pasaran para Michel «sin lágrima y sin lágrimas». Después, de los seis a los trece años, nos relata los años pasados en el colegio de Guyenne, en Burdeos, dirigido en aquellos días por el humanista André Govea. Como la enseñanza se daba toda en latín y ésta se puede decir era la lengua materna del joven Eyquem, el muchacho asombró a los maestros por la facilidad con que se expresaba y progresaba en todos los ejercicios de clases; de forma que cuando salió de aquella institución en 1546, había asimilado todo lo que pudo enseñársele, habiendo leído además las obras de Ovidio, Virgilio, etc., amén bastante de la literatura italiana, por la cual sentía también gran admiración. No obstante, el latín sería la lengua que usaría toda su vida como lengua natural.

A los veintiún años fué nombrado consejero del tribunal administrativo de Perigueux y tres años más tarde fué a ocupar cargo similar al gobierno

de Burdeos donde permanecería por un período de 15 años. Aquí encontró por primera vez a Etienne de la Boetie ya considerado gran humanista y quien muy joven aún había publicado su «Discurso de la Esclavitud Voluntaria», un verdadero canto a la libertad cívica. La amistad de Michel y Etienne duraría hasta la muerte prematura de este último en 1563. La personalidad e ideas de La Boetie se traslucen en la vida y la obra de Eyquem al cual le parecía imposible su desaparición hasta el extremo que cuando en reuniones oía mencionar su nombre «se sumía en la más profunda tristeza».

En 1565 casó con la hija de uno de sus colegas en el gobierno de Burdeos quien le aportó una buena dote, y, en el transcurso de los años, le daría también cinco hijas. Poco después moría su padre y al ser el mayor de los hijos vivos, heredó una gran fortuna además de la bella propiedad de Montaigne. No tardó mucho en que ya por este motivo, que ponía en sus manos la administración y cuidado de sus tierras y poderosa fortuna, ya porque estaba cansado de la administración pública o porque quería dedicarse de lleno a la meditación y a escribir, presentó la dimisión de consejero y marchó a París donde después de una estancia de seis meses que le permitieron publicar la obra póstuma de su inolvidable La Boetie, vino a retirarse al castillo de Montaigne «a pasar tranquilamente el resto de sus días.»

En 1571 pone una inscripción en la pared de su biblioteca que decía: «A la edad de 38 años, estaba escrito, la víspera de las calendas de Marzo, cumpleaños de su nacimiento, Michel de Montaigne, cansado desde hace tiempo de la servidumbre del gobierno y de los servicios públicos, sintiéndose aún ágil, viene a reposarse al seno de las doctas

Virgenes en la paz y la seguridad y allí pasara los dias que le quedan que vivir. Creyendo que el destino le permitira perfeccionar esta habitacion. él dedica esos dulces retiros paternales a su libertad, a su tranquilidad y a sus placeres.»

Esto no quiere decir que la vida de Montaigne desde aquel momento se iba a convertir en la vida de un ermitaño, nada de eso. Allí vivia con su madre, su mujer, su hija, y además recibia frecuentes visitas y consumia gran parte de su tiempo en tertulias y reuniones tanto familiares como de amigos, haciendo alguna que otra excursión de vez en cuando, pero sus mejores horas las dedicaba al estudio y a la meditacion.

En el segundo piso del castillo, en una habitacion que «en tiempos pasados habia sido el lugar más inútil» se hizo instalar su biblioteca. La mesa de trabajo en el centro y «un millar de libros alrededor parecian inclinarse hacia ella para ofrecerle mejor vista». Para dar más efectividad a lo que habia sido destinada, cubrió las cuarenta y dos vigas del techo con pensamientos morales sacados de autores antiguos e hizo gravar en la pared una inscripcion dedicada a La Boétie. «Aquí, en este rincón apartado de todos, estuvo el retiro habitual, libresco y familiar de Michel de Montaigne: fué allí donde él pasó la mayor parte de los dias de su vida y la mayor parte de las horas del dia. leyendo y releendo, meditando y soñando; allí, donde adquirió la costumbre de acostarse para escribir, a veces sobre los mismos libros que acababa de leer, la impresion que ese libro le dejaba y para encuadrar en sus propias reflexiones tal párrafo del autor que le habia impresionado». De esta forma empezó a escribir los primeros capitulos de esa obra monumental que tituló Ensayos, de los cuales alguien ha dicho que era «no el pasatiempo de los aprendices, sino la lección de los maestros. Es el breviario de los semidioses, el antidoto del error, las páginas maestras de las almas, la resurrección de la verdad, el aliciente del sentido humano y de la razón.» Unas palabras un poco inflamadas, tal vez, por venir de quien venian. de su hija adoptiva Mlle. de Gournay; pero no hay que dudar que los Ensayos son un tesoro que encierra extractos del pensamiento de aquellos hombres que fueron los pilares de la cultura, desde sus principios hasta los dias en que éstos fueron escritos. Todos esos pensamientos se hallan allí agrupados por la mano maestra de Montaigne y amalgamados en un todo por la savia de la mente genial de éste, cada uno puesto en el lugar más apropiado, para que pudieran hablar y guiar al hombre cuando éste se hallara en estado de escuchar y meditar.

Al igual que los demás humanistas, Montaigne censuró el antiguo sistema de educacion y el de sus dias, con más o menos las mismas palabras que usara Rabelais, pero de una forma más directa, más personal.

«En realidad», dice, «el interés y objetivo de nuestros padres, no tienen otro fin que el de atiborrar nuestra cabeza con la ciencia, con meras opiniones y con la virtud, pero con poca informa-

cion». La educacion según la opinion de Montaigne estaba organizada de tal forma que no podia producir más que una legión de pedantes. «Constantemente preguntamos sobre una persona, ¿sabe latin o griego? ¿Sabe escribir prosa o verso? Pero lo que importa, si se ha hecho mejor o más sabio, se deja para lo último. Dirigimos todos nuestros esfuerzos a la memoria y dejamos vacios la conciencia y el entendimiento. Como los pájaros que salen a buscar grano y lo traen en el pico a sus polluelos sin haberlo probado, nuestros pedantes van reuniendo conocimientos de los libros y no los llevan más lejos de sus labios antes de soltarlos.

Y lo que es peor, sus maestros y pequeños no están mejor alimentados que lo están ellos mismos.»

Montaigne se rebelaba contra los métodos de educacion porque veia que los muchachos, después de haberse pasado todo un período de quince o más años acumulando conocimientos, éstos no habian penetrado en lo profundo de sus conciencias lo suficiente para darles un átomo de independencia intelectual. En contraposición cita a Jenofonte exponiendo las ideas de educacion de los persas. «Los persas», dice, «trataron de reducir la educacion al mínimo. Y como cuando más, las ciencias sólo pueden enseñar prudencia, integridad y determinación, aun cuando se empleen los mejores métodos, ellos enseñaban a sus hijos desde el comienzo no de oído o con la palabra, sino por la acción, formándolos y moldeándolos no tanto con discursos y reglas como por ejemplos y hechos a fin de que adquirieran no un mero conocimiento en la imaginación, sino un hábito e inclinación, no una adquisicion sino una posesion natural.»

La costumbre es una de las fuerzas que operan con más tenacidad en la formación de la personalidad y carácter del hombre; aplicada desde la infancia hace de éste un juguete de sí misma. «En realidad la costumbre es una maestra triste y violenta. Ella establece en nosotros, a hurtadillas, la fuerza de su autoridad y por ese principio humilde y dulce, habiéndola impuesto con la ayuda del tiempo, nos descubre luego una cara furiosa y tiránica contra la cual no podemos alzar los ojos siquiera». Por eso recomienda que la nodriza y tutor que se hagan cargo del infante tenga cualidades ya que de ellos «depende el efecto de su instrucción». «Me doy cuenta», continúa, «que los mayores vicios toman ventaja de nuestra tierna infancia, y que nuestra principal inclinación se halla en manos de nuestra nodriza. Para algunas madres es un pasatiempo el ver a un niño torcer el cuello de una gallina, el lanzarse a apalear a un perro o a un gato, como hay padres idiotas que toman como buen agüero de un alma marcial, cuando ven a sus hijos maltratar a un campesino o a un criado que no se defiende, y como hombría cuando engaña a sus compañeros con maliciosas deslealtad y supercheria.

«Esas son las verdaderas semillas y raíces de la crueldad, de la tiranía, de la traición; ellas germinan allí, crecen gallardemente y adquieren fuerzas en manos de la costumbre. Es un principio muy peligroso el de excusar esas inclinaciones villanas atribuyéndolas a la corta edad y a lo futil

de la cosa. Es preciso enseñar a los niños cuidadosamente a que aborrezcan los vicios por su propia

naturaleza y hacerles ver sus deformidades naturales.»

### SOBRE LOS METODOS

Expresándose en sentido general sobre la enseñanza dice Montaigne que no existe un método que pueda adaptarse por completo a todos los estudiantes. La costumbre general de querer enseñar a inteligencias de diferentes grados de capacidad y naturaleza con la misma lección y la misma disciplina, está condenada al fracaso, con pequeñas excepciones. Las inclinaciones del niño son tan inciertas y su verdadera naturaleza tan presta al cambio por las reglas de las costumbres, que el maestro sólo puede esperar obtener éxito si se adapta a las cualidades especiales de cada uno. «En vista de esto — dice — mi inclinación va siempre encaminada hacia lo mejor y más provechoso y a no dar mucha importancia a las previsiones que hicimos del carácter por las tendencias infantiles.» Con esto quiere decir que el maestro debe trazar un plan de enseñanza para cada alumno de acuerdo con los detalles que recoja de ellos sobre sus inclinaciones y aptitudes. De aquí se deduce que al niño debe dársele libertad en su instrucción, guiándole en sus inclinaciones, evitando la fuerza y la violencia sobre él. Montaigne no sólo se opone al castigo porque degrada y embrutece la inteligencia natural, sino porque destruye todo deseo de aprender. «El mejor método de llevar al niño a que haga del conocimiento una posesión personal es la de convertir cada lección en una ocasión para el ejercicio de su propio juicio». Continúa diciendo: «No es suficiente que el alumno repita lo que se le ha dicho, lo aprendido de memoria no es conocimiento.» El maestro, desde el principio debe hacer lo posible para que la inclinación mental del niño se desarrolle permitiéndole que examine los hechos por sí mismo.

Aun dándole bastante importancia a la obra de

la educación en las escuelas ordinarias, Montaigne considera que el verdadero principio de la educación debe establecerse por medio de las relaciones humanas. Por esto recomienda que desde su niñez el niño debe viajar y ver el mundo. «Los viajes al extranjero tienen grandes ventajas para la educación; éstos confrontan al alumno con otros idiomas diferentes al suyo a una edad cuando se halla en condiciones muy especiales para aprenderlos bien.» Pero no sólo ayudan los viajes al conocimiento por el contacto, de otros idiomas y costumbres del género humano en otras partes del mundo, sino al conocimiento de la naturaleza misma. «Sólo el hombre que se retrata a sí mismo nuestra madre naturaleza en toda su majestad y observa la eterna variedad de su cara, que se considera no sólo a sí mismo sino incluso a un reino como un mero punto, estima las cosas en su verdadero valor. En definitiva, yo tomaría al mundo como mi libro escolar. Las diferentes ocasiones, lugares, juicios, opiniones, leyes y costumbres que nos presenta nos enseñan a juzgar los nuestros propios con sentido común, y enseñan a nuestros juicios a reconocer su propia imperfección y debilidades naturales.»

Sólo después de unos cimientos bien establecidos con la experiencia que dan a la vida los viajes, la historia, etc., debe emprenderse un plan de educación más amplio, «Es entonces cuando al niño habrá de enseñársele todo lo necesario para que sea más sensato y mejor, y después se le explicará la lógica, la física, la geometría y la retórica y como se le habrá preparado de antemano, pronto asimilará los conocimientos de su elección.»

J. RUIZ

## BUZON DE LA REVISTA

P. FOIX: Recibido tu libro sobre Villa. Agradecidos por el envío y por la dedicación.

E. RELGIS: Recibidos «En un lugar de los Andes», «El barco varado», y «La Escuela Moderna». Agradécidísimos de todo ello y de las líneas de aliento que has escrito. Esperamos que Ana estará a estas horas completamente restablecida de salud. Lo mismo decimos del hijo. Ello es nuestro mayor deseo. Tu nota sobre los envíos fué pasada al Servicio de Librería. Suponemos habrás tenido noticias directas.

FERREIRA DA SILVA: En nuestro poder «Cooperativa sin lúcras». Muy contentos del estudio y agradecidos. Será comentada.

C. RAMA: Recibida tu carta. Tu proyecto de libro será examinado pronto. Volveremos.

J. M. PUYOL: Dispensa nuestro silencio a tus cartas. No veas en ello indiferencia a tus simpáticas y valiosas líneas a nosotros dirigidas. Tu colaboración es muy estimada por los lectores de CENIT. Verdaderamente es una lástima la errata en la poesía de Pedro Luis de Gálvez. Te sugerimos hagas un estudio sobre el hombre y su obra en el que se podría aprovechar la ocasión para enmendar la página. Manos a la obra. Otra cosa: No olvides saludar a Gil y que perdone nuestra ingratitud hacia él, muy involuntaria.

C. MUNOZ: Tus sugerencias han sido tomadas en consideración y serán tenidas en cuenta cuando el tiempo y la ocasión lo permitan.



VOCES EN ESPAÑA

# Libertades concretas



I querido amigo:

Aunque solamente fuese por el hecho de haber provocado esta magnífica «carta abierta» tuya, bien merece la pena —y puedo sentirme satisfecho— de haber publicado la recensión de mi Conferencia. Con tu texto quedan ampliados algunos puntos que, dada la obligada limitación de un resumen, y la concreción del tema que me fué propuesto, apenas pude mencionar siquiera. Y sin embargo... sin embargo también yo quisiera ampliar algunos de los aspectos del problema de los cuales disiento levemente de ti.

De acuerdo, por supuesto, con la gran significación histórica que «en su día» tuvo en otros países el advenimiento y triunfo de la burguesía. Ha sido —evidentemente— la base de todo el actual florecimiento industrial, y representa un indudable avance político y social. Estoy, pues, completamente de acuerdo contigo. Pero ello no tiene nada que ver con el otro aspecto por mí tratado en dicha conferencia: crítica de su actual estructura social. Aparte de que hoy, cumplido por la burguesía su ciclo histórico, y percatados de las contradicciones que entraña su sistema, estamos en condiciones —incluso obligados— a insistir en la clásica e implacable crítica que desde tantos sectores se le ha prodigado. Y solamente esto fué lo que me propuse.

Pero, a lo que deduzco, tu objeción fundamental no afecta a la crítica en sí de la estructura social burguesa, cuyas razones aceptas, sino a la oportunidad táctica de hacerla «aquí y ahora». Y aunque en buena parte me siento solidario con tus temores, y hasta los comparto, mi opinión difiere ligeramente de la tuya. Intentaré, pues, aclararme. Yello, pese a que, sin embargo, puede resultar pueril, casi inútil hablar aquí, públicamente, de este aspecto del problema. Pero reconozco que es fundamental no desorientar a los lectores, confundirlos o despistarlos; de aquí que, incluso afrontando el riesgo que supone, me atreva a dialogar contigo.

El problema es difícil, amigo Paco. Porque precisamente teniendo en cuenta estas **coordenadas espacio-temporales** de que hablas, el momento presente, y las escasas posibilidades que se nos ofrecen, es por lo que, al menos, pretendo realizar esta labor formativa, a largo plazo, preparatoria, despertando conciencias y planteando situaciones equívocas. ¿Debemos acaso, por el contrario, cruzarnos de brazos? Es absurdo, por lo demás, pensar ahora en las conveniencias inmediatas de otra tarea intelectual —por otra parte, absolutamente imposible— y con objetivos que sean simplemente políticos.

Pero además, y en segundo lugar, la crítica de lo existente— y más, incluso, entre nosotros, que carecemos de las conquistas políticas de la burguesía triunfante en otros países— ha de ser fase

primera, casi obligada, en esa dialéctica que habríamos de seguir para buscar «lo nuevo». El que entre nosotros se trate de una burguesía semi-embrionaria y semi-feudal— que quiere decir con contradicciones aún más caricaturescas por llamarse cristiana— no es razón suficiente para abstenerse sino que obliga aún más a resaltar sus grandes contradicciones.

Independientemente de todo esto, juzgo importante dejar sentados unos cuantos puntos aclaratorios:

## I

En mi opinión, el objetivo fundamental que debiera movernos es la **revolución social**, y no la **política**. Apenas debiera interesarnos, por tanto, la forma política que adopte un Estado, puesto que, al fin y al cabo, se trata de una superestructura, algo sobreañadido a la propia sociedad que en cierto modo «lo padece». Lo que cuenta, y debe contar, es que este Estado haga o se oponga a la revolución social que es imprescindible, a las reformas de estructura que son necesarias, a la gran transformación de las relaciones del trabajo que son ineludibles. Cifrarlo todo en las revoluciones políticas corresponde a una idea tradicional de la clase media, que ha predominado, no obstante, durante los últimos 200 años(1). Los cambios políticos deben ser **medios**, instrumentos, de las modificaciones sociales, porque hasta ahora, que sepamos, estas últimas se han realizado siempre desde el poder. Pero no convertirse, a la inversa, en fines en sí mismos; en simple conquista del poder por el poder.

Ahora bien; la **revolución burguesa**— revolución francesa— es una revolución política que, indirectamente, como consecuencia, consigue unos cambios sociales que nadie duda han sido considerables. Pero ellos no fueron sus objetivos últimos. La **revolución proletaria** — revolución rusa — por el contrario, pretendía ser una revolución social que usa de la política transitoriamente, como medio de realizar aquella. No se trata ahora de dilucidar si lo ha conseguido o lo ha desvirtuado. El hecho es que, en este sentido, significa ya un gran avance, puesto que supone una mayor conciencia del núcleo del problema.

Todo esto lo cito ahora porque la experiencia histórica internacional de los últimos tiempos revela un hecho en contradicción evidente con algunas aseveraciones contenidas en tu carta: las verdaderas revoluciones sociales se han realizado más radical y profundamente en aquellos países de estructura social más retrasada. Y ello, sin un trán-

(1) Por favor, amigo, no pienses de nuevo que ya estoy dando armas, otra vez, a aquellos que, no sólo niegan las libertades políticas, sino que así lo hacen, precisamente, para impedir la revolución social. Intento solamente hablar con toda sinceridad, a la altura de lo que creo nuestra actual conciencia histórica.

sito que sea obligado por la etapa democrático-burguesa.

Ello plantea un importante problema que sería interesante dilucidar entre todos. La experiencia histórica de los últimos años, por lo que se refiere a los países de democracia burguesa, parece demostrar que, cuando existe toda una serie de libertades políticas, incluso sindicales, pueden éstas servir a modo de una válvula de seguridad o cortina de humo, para que no se sienta agudamente la necesidad de unas libertades reales, sociales, cuya carencia pasa así más desapercibida. Sea o no cierto, la realidad es que los partidos socialistas pequeños-burgueses, han servido siempre en todos aquellos países como vacuna que inmunizase el cuerpo social para la verdadera revolución. Incluso parece que en todos estos países en que el proletariado ha estado organizado en forma de partido socialista, incluso ocupando el poder (Francia, Inglaterra, Países escandinavos) las mejoras sociales conseguidas sólo han servido de amortiguadores, a modo de remiendos que, atenuando las consecuencias de la explotación, aseguraban su supervivencia.

Seamos, pues, optimistas pese a todo. El cuerpo social reacciona, casi siempre, por la ley del «todo o nada». Es como un organismo biológico. Una pequeña mejora, una «válvula de seguridad» cualquiera, puede inmunizar para más radicales transformaciones, y seguir así tirando.

## II

El objetivo último de una verdadera revolución social, no consiste solamente — como digo en un trabajo en prensa, primer suplemento de la revista «Praxis» — en amortiguar o hacer más llevaderas, cómodas o confortables, las consecuencias de la explotación, sino en suprimir radicalmente ésta. No se trata, pues, de conseguir un nivel alto de vida civilizada, sino de liberar al trabajador de la enajenación que lo ciega a él y sus compañeros, por causa de un sistema social que los hace esclavos. Los trabajadores deben aprender a poner la libertad por encima de la comodidad, a sentirse avergonzados del hecho en sí de ser explotados, independientemente de las mejoras sociales que consigan.

No se niega con ello, sin embargo, que a la sociedad democrático-burguesa le debamos la forma de permitir en su seno a todos los que disienten. Es una adquisición indudable que hay que incorporar a cualquier proyecto. Pero la libertad es algo más que la simple posibilidad de disentir de palabra y ser tolerada. Me parece poco, a estas alturas, contentarse con una libertad de expresión, de poder adquirir el periódico que a cada uno se le antoje; aunque ello sea, por sí deseable, pero no suficiente. En el plano empírico, social, la libertad significa la posibilidad de liberarse de la esclavitud, de la represión o de la tiranía. En el plano concreto, individual, la posibilidad de desarrollar todos los recursos de su personalidad. Es decir, libertad para que cada uno pueda ser él mismo; libertad para ser productivo, para poder hacer y ser aquello que realmente se desea ser. Como he dicho en un artículo anterior (**Libertad**

en la Justicia (CENIT, núm. 115), no existe, pues, una libertad en abstracto y si una serie de libertades diversas; y lo verdaderamente importante es estudiar qué es posible hacer y qué es imprescindible realizar para que los hombres seamos más libres de lo que venimos siendo hasta el presente.

## III

Existe una contradicción — y me satisface así lo reconozcas — que es fundamental a la democracia burguesa: aunque en principio todos los ciudadanos tienen los mismos **derechos**, muy pocos tienen, de hecho, los medios para usarlos. Aunque jurídica y políticamente todo el mundo goza de grandes posibilidades nominales, desde el momento en que la clase social y el dinero son medios **indispensables** para adquirir bienes y servicios, quedan aquellas posibilidades limitadas o imposibilitadas por estos otros.

Que esto es así en ciertos países de democracia burguesa (Francia, EE. UU., Inglaterra) apenas necesita demostración. Y ello, aún en Norteamérica, modelo de «libre» sociedad burguesa-capitalista, puesto que en Europa aún se ofrecen más rasgos feudales. Anoto los siguientes datos:

200 compañías mayores no bancarias controlan en EE. UU. la mitad de toda la riqueza corporativa no bancaria, mientras la otra mitad es propiedad de 300.000 compañías menores. Lo cual quiere decir que 2.000 individuos aproximadamente de una población de 150 millones, están en condiciones de dominar y dirigir la mitad de la industria nacional, y, tras ello, las decisiones políticas. (Estos datos corresponden a 1930, y están publicados en *The modern Corporation and Private Property*. A. A. Berle, Jr. y G. C. Means. New York, 1940.) Aunque después, a partir de la Gran guerra, y de la pequeña de Corea — tan beneficiosa para las grandes empresas — la riqueza ha seguido concentrándose aún más.

Por otra parte, he criticado y seguiré criticando la «famosa libertad» burguesa, siempre que sirva para ocultar otros hechos, y sea usada como argumento frente a toda posible conquista proletaria. Porque la realidad es que en los países occidentales la libertad la limitan al derecho de propiedad privada, a la libertad comercial e industrial. Y me parece muy escasa concesión a cambio, la de una libertad de expresión y de pensamiento, cuando la hay, que no es siempre.

En el texto íntegro de mi conferencia recojo un hecho concreto, demostrativo de este mal uso de la libertad burguesa. El senador norteamericano Keating ha afirmado recientemente: «Cuba es un beligerante sombrío, armado de una ideología extranjera, y ansioso de lanzarse contra la libertad y la democracia para atacar y destruir». Y sin embargo, el digno defensor de la «libertad americana», oculta tras sus palabras estas otras realidades concretas:

A) La mitad de la superficie laborable de Cuba. unas 317.000 caballerías (una caballería equivale a 13,6 Ha.), está en manos de los grandes estancieros norteamericanos.

B) Las compañías azucareras americanas poseen 160.000 caballerías, con 36 grandes centrales, que

ASI VA EL MUNDO

# HORROR SUPREMO

**I**BIEN!, nosotros, los rescatados de la última hecatombe, podemos decir que nos hemos librado de una buena. Hemos sufrido, hemos tenido miedo, hemos asistido a una matanza colectiva única en la historia, pero otra cosa, mucho más horrorosa, ha sido evitada. La mención de este inimaginable peligro, que se descubre en los periódicos y en los archivos años después de terminada la guerra, hace temblar. Porque en fin, los papeles surgen, los testigos hablan. Y nosotros nos enteramos de que en 1943, en el momento mismo que la comisión de la guerra atómica informaba al presidente Roosevelt que la « obra » iba a estar presta pronto, otra comisión, en una oficina vecina, discutía sobre otro medio de hundir al enemigo de tal forma que si este último procedimiento hubiese sido empleado, los inventores de la bomba atómica se habrían cubierto la cara de vergüenza y estupor.

¡AMERICA POSEÍA OTRA ARMA SECRETA! Un escritor, John Steinbeck era el autor. Este había imaginado lo siguiente: ¿Qué es lo que se necesitaba para vencer a Alemania? ¿Combatir contra su ejército? ¿Matar sus poblaciones civiles? Sin duda, pero antes, desorganizar su sistema económico. Porque el dinero, esto se sabe, es el nervio de la guerra. Pues bien, nada más fácil: era preciso irritar a Alemania. Y para ello, Steinbeck proponía simplemente que los aliados imprimiesen varias toneladas de falsos billetes de Banca perfectamente imitados, los cuales serían arrojados a profusión, día y noche, sobre los países del Eje. Todos los

producen el 40 por 100 del azúcar cubano, y las inversiones alcanzan a 900 millones de dólares.

C) La compañía «Cuban Atlantic Sugar» posee 20.000 caballerías y debido a la reforma agraria en curso sólo podrá disponer de 30.

En definitiva — y con esto termino, amigo Paco — creo que no puede haber libertad sino en la justicia. Es decir, libertad sí, para que cada uno pueda hacer lo que quiera de sí mismo y de su trabajo; pero no para que cada uno pueda hacer lo que quiera con los otros hombres y con los productos del trabajo ajeno. Por tanto, mientras existan clases, monopolios, privilegios, hablar de libertad seguirá siendo una evidente tomadura de pelo. se haga en Francia o en Pekin...

Después de estas aclaraciones, tuyas y mías, creo que nuestra coincidencia de puntos de vista se habrá intensificado, y, lo que es más importante, el posible equivoco creado a nuestros lectores habrá quedado suficientemente dilucidado.

Un abrazo de tu buen amigo.

JOSE AUMENTE

que recogieran los billetes se volverían millonarios. El circuito monetario quedaba sin control. Una inflación gigantesca paralizaba el esfuerzo de guerra. En un mes el Eje se quedaba sin Hacienda.

Faltó un pelo, digo yo. Steinbeck había previsto todo, todo estaba a punto y su infame proyecto iba a ver el día cuando el gobierno de los EE. UU. le impuso una restricción: el acuerdo del responsable, del técnico, es decir, del Ministerio de Hacienda, señor Morgenthau. Entonces tuvo lugar una entrevista histórica: Steinbeck expuso su plan a Morgenthau, y éste, pálido como la cera, contestó:

— Este proyecto es imposible, dijo. Lo rechazo y me opondré a su realización con todas mis fuerzas.

— ¿Por qué, lo juzga irrealizable?

— No, por cierto.

— ¿Ineficaz?

— Dios mío, no.

— ¿Entonces?

— Lo rechazo, dijo Morgenthau, PORQUE ES INMORAL.

No conozco al señor Morgenthau más que de nombre. Pero esto basta, y a partir de hoy propongo que su nombre se guarde en lo más profundo de nuestro corazón. Humanizó la guerra y preservó lo esencial. En plena matanza, el señor Morgenthau, tal un santo, recordó que todo no puede permitirse, y que había crímenes que la victoria incluso no podía absolver. Y ese día, con una serenidad que la historia recordará, este hombre de fe, solo éste, cual último defensor de la civilización, prohibió el supremo crimen de guerra y el supremo horror: la desorganización de la hacienda pública del enemigo y su Hiroshima bursátil.

INMORAL: Y esta simple palabra de tres sílabas redujo a polvo el proyecto infernal. INMORAL, y la guerra, en fin, pudo continuarse según las leyes impredecibles. INMORAL, y lo peor pudo evitarse: el desorden de la moneda, el caos de los valores sociales, la confusión de ricos y pobres. Lo repito, nos salvamos de buena, nosotros y nuestras conciencias. INMORAL, y nosotros pertenecemos, gracias al señor Morgenthau, al clan de los vencedores.

Yo creo en la justicia inmanente, me place pensar que este genial rechazo tuvo su recompensa. Y no me sorprendería si se dijese un día que por haber rechazado sin vacilar la abyecta hecatombe de billetes de Banca, la gran América fué bendecida en sus obras y pudo en fin acabar en pocos meses esta otra arma secundaria, insignificante, benigna y, para decir todo, moral: una bomba, con la que asesinó, en una sola noche, más de doscientas mil personas.

MORVAN LEBESQUE

(1) (De «Chroniques du Canard Enchaîné»)



# La lengua, baluarte de la libertad

por Heinrich BOLL



A honra que se me depara hoy obliga al feliz agraciado a comparecer ante la única autoridad capaz de decidir si esta distinción es adecuada a sus méritos, es decir, ante la conciencia. Pero no teman que vaya a renunciar la recompensa, para eso ya no soy lo bastante joven, ni tampoco he llegado aún a ser lo bastante viejo; pero también lamentaría que me considerasen modesto, pues no lo soy. No sólo me halaga, como a todo mortal, que se haga aprecio de mis merecimientos, sino que ello me infunde nuevas fuerzas. Y si digo que esta honra sólo puede ser relativamente merecida, me apresuro a añadir que nunca puede ni debe ser de otro modo, ya que es condición inherente al arte no pasar de la fase experimental. Es cierto que siempre se aprende algo y, en definitiva, el escritor lo aprende a costa suya y por sí mismo; pero precisamente este convencimiento de «haber aprendido algo» consolida la impresión, que todo artista podría confirmar, de que lo único que se aprende es el oficio. Se llega a descubrir lo que pudiera calificarse de habilidades de la profesión y hasta es posible que se adquiera una maestría. Y no obstante, todo artista sabe que si consigue crear una obra maestra jamás lo hace a plena conciencia. Nada podría explicarnos mejor lo que es el arte que las obras malogradas de aquellos que ostentan o han ostentado el título de maestros. La decisión depende siempre de un cabello, y todos sabemos cuán insignificante es el espesor de un cabello, cuán exiguo es como base; y sin embargo, el honor que se me confiere hoy se levanta sobre tan mínima base, por lo menos en lo que a mi arte se refiere. El que tiene por costumbre manejar el idioma con pasión, como reconozco que es mi caso, va haciéndose más reflexivo a medida que avanza en su conocimiento, porque indefectiblemente acabará por convencerse de que en nuestro mundo las palabras son seres dotados de múltiples sentidos. Apenas pronunciadas o escritas, se transforman, y cargan sobre el que las pronunció o escribió una responsabilidad, cuyo peso total rara vez puede soportar. El que escribe o pronuncia la palabra pan ignora lo que con ella puede desencadenar. Con motivo de este vocablo se han declarado guerras y cometido asesinatos. Esta voz alberga en su seno una herencia abrumadora, y el que la utiliza debería saber cuál es esta herencia y conocer las diversas acepciones que a la palabra pueden darse. Si tuviéramos conciencia de los valores contenidos en los vocablos, si estudiásemos el diccionario, ese catálogo de nuestra riqueza idiomática, descubriríamos el universo que cada uno de ellos encierra. Por consiguiente, todo el que se dedica

al manejo del idioma, sea para redactar un informe periodístico, sea para llevar al papel un verso de un poema, debería saber que al hacerlo pone en movimiento un universo y libera a seres capaces de adoptar las formas más diversas, que, si bien a veces pueden representar consuelo para unos, pueden causar también a otros heridas de muerte.

Entre dos líneas, en esa angosta trayectoria blanca que deja el impresor, se puede acumular suficiente dinamita para hacer volar el mundo. El idioma puede ser el último bastión de la libertad. Sabemos que una conversación, una poesía poligráfica y distribuida clandestinamente, pueden ser más valiosas que ese pan, por el que claman los rebeldes en todas las revoluciones.

**D**ESPUES de estas aclaraciones quizás lleguen ustedes a comprender por qué, en mi calidad de ciudadano libre de esta libre ciudad, al verme honrado como hombre dedicado a manipular el idioma, haya mencionado a una autoridad que, al parecer, no guarda relación alguna con el arte. Me refiero a la conciencia, pero no a la conciencia artística, que todo autor ha de consultar a diario en el silencio de su fuero interno, para cerciorarse de que no se ha apartado de su arte, saltando por encima de ese abismo de la anchura de un cabello, sino a la conciencia del hombre como ser social. Sabemos que las palabras pueden producir determinados efectos por haberlo experimentado en nuestra propia carne. Pueden preparar y desencadenar las guerras, pero no siempre constituyen el fundamento de la paz. La palabra entregada al demagogo sin conciencia, al estratega o al oportunista puede convertirse en instrumento de muerte para millones de seres. Los mecanismos destinados a formar la opinión pueden lanzarlas como la ametralladora dispara sus proyectiles: cuatrocientas, seiscientas, ochocientas por minuto. Ciertas palabras representan a veces la perdición para un grupo de conciudadanos. Bastará citar como ejemplo la de judío. Mañana podrán ser otras: ateo, cristiano, comunista, conformista o no conformista. La frase: «si las palabras matasen...» ha pasado hace tiempo del subjuntivo al indicativo. Las palabras pueden matar efectivamente, y el que lleguen a deslizarse por derroteros donde se convierten en armas mortíferas depende tan sólo de la conciencia del que las emplea. Algunas expresiones de nuestro vocabulario político llevan en sí un estigma que se cierne como una maldición sobre nuestros hijos, que ahora crecen libres y contentos. Sólo citaré dos de ellas: Oder-Neisse, dos palabras combinadas que, en boca de un demagogo o entregadas a los instrumentos dedicados a formar la opinión, pueden producir un efecto más destructor que varios trenes cargados de nitroglicerina.

**A** CASO les parezca extraño que un hombre que confiesa amar con pasión el idioma pronuncie aquí un discurso que sólo parece contener sombríos presagios políticos y escoja expresiones del pasado y del presente, que han sido y podrían llegar a ser fatales, o conjure con palabras el porvenir. Pero el acento político de esos recuerdos y de esos conjuros, lo que hay en ellos de advertencia o de amenaza, nace de la convicción de que la política se hace con palabras, de que las palabras que se pronuncian o se imprimen convierten al hombre en objeto de la política y le hacen sufrir las vicisitudes de la historia. Y además por saber que, para formar la opinión y crear los estados de ánimo es preciso servirse de palabras. Tenemos instrumentos, como la prensa, la radio y la televisión que, puestos en manos de hombres libres, son, al parecer, inofensivos y se limitan a la propaganda comercial y al entretenimiento... Pero si diéramos una ligera vuelta al resorte del poder, pronto advertiríamos que la inocuidad de esos instrumentos es sólo aparente. Hoy nos recomiendan un producto de limpieza o una marca de cigarrillos, pero ¿qué sucedería, si con la misma tenacidad o con la misma machaconería, nos repitiesen a nosotros, ateos o cristianos, confismistas o comunistas: Oder-Neisse, que no son sino palabras también?

**E** L que honra a un escritor libre honra al escritor y a su obra; honra la promesa que puede encerrar su arte, pero al mismo tiempo honra la libertad y los posibles errores o torpezas nacidos quizás como efecto de esa libertad. Mas esos errores y esas torpezas no serán nunca mortíferos, mientras el lenguaje y la conciencia sigan unidos y no se produzca la esquizofrenia que permite, al que dispone de esa inmensa riqueza que es el idioma, darse por satisfecho con la miserable moneda con que los poderosos suelen remunerar al que se muestra propenso a enajenar a las palabras del caudal de su herencia; la que no deposite en esa angosta trayectoria blanca que el impresor deja entre las líneas para el escritor, todo lo que el idioma, nuestro bien natural máspreciado, puede representar, es decir, todo el universo que nos brinda el diccionario, ese catálogo de nuestra riqueza. El escritor que se inclina ante el poderoso, o incluso se pone a su servicio, se convierte en un criminal de la especie más espantosa, porque su delito es peor que el robo y el asesinato. Para estos crímenes la ley tiene unos preceptos terminantes y concede al delincuente condenado un medio de expiación. El reo paga una deuda, aunque estas cuentas no pueden liquidarse con exactitud matemática. Pero no se puede castigar al escritor que traiciona a todos los que hablan su misma lengua, ya que las leyes a que están sometidos su arte y su conciencia no figuran en ningún código escrito. Sólo le queda una alternativa: o dar todo lo que pueda, o no dar nada, es decir, callar. Incluso puede equivocarse, pero en el instante en que exterioriza lo que más adelante pudiere aparecer como un error, está obligado a creer que es la verdad pura. No le está permitido llevar el posible error en el bolsillo como

un perpetuo salvoconducto, pues se encontraría en la situación desesperadamente insincera del que, aún antes de pecar, sabe lo que dirá cuando se confiese. De nada sirve aquí la astucia dialéctica de la llamada autocrítica, la sumisión a un tribunal de penitencia que varía constantemente, ni el aislamiento voluntario en la celda donde son posibles todas las argucias. Esta libertad no es siquiera la extravagancia permitida al bufón. La vida del bufón, que recibe de vez en cuando un palo de un amo caprichoso en castigo de sus insolencias, que ha de llevar constantemente los símbolos de su condición —el gorro y los cascabeles— es digna y humana, si se la compara con la del escritor que en el tablado de la opinión pública se agita como un pelele siempre dispuesto a la pirueta.

**H** AY procedimientos terribles para despojar al hombre de su dignidad: los palos, la tortura, la muerte lenta... Pero imagino que para mí el peor sería aquel que, como una enfermedad traicionera, se apoderase de mi espíritu y me obligase a pronunciar o a escribir una frase que me impidiera luego presentarme ante el tribunal de que hablé antes: la conciencia del escritor libre que se ha hecho o pueda hacerse culpable de errores y negligencias y que, en la celda silenciosa donde no le será dado introducirlos, habrá de analizar su obra, expuesta de manera indeleble, tanto desde el punto de vista de la publicación, como desde otro más grave. En su calidad de autor no sometido a ningún señor de este mundo habrá de examinar su arte, cuya libertad no se asemeja ni a las audacias del bufón ni tiene nada de común con las escasas sutilezas que su lenguaje le consiente. Su libertad no tiene más limitaciones que las fronteras de su arte.

**E** N un grado difícil de determinar, y que sólo puede definirse circunstancialmente, la libertad requiere también cierta independencia material. Por esta razón me permito mencionar el don que va unido a este honor y que representa una porción de libertad sin condiciones. Este don puede ser una recompensa por mis trabajos pretéritos, pero de él se beneficiarán sin duda los venideros. Ahora bien: al entregármelo, asumen ustedes una parte del riesgo a que todo artista se halla expuesto. De ahí que únicamente me sea posible aceptar este honor, si se me atribuye, no sólo en mi calidad de hombre, sino también —permitítanme esta abstracción— como representante de una institución: la del escritor libre, que únicamente es posible en una sociedad libre y que, valiéndose de la palabra, muestra a esta sociedad sus riquezas y sus miserias. Pero esta institución, por no estar destinada a servirle de pasatiempo y por no trabajar siempre con resultados satisfactorios, no puede ofrecer sino aquello que el arte le permite dar: el consuelo, ingrediente precioso de nuestra vida, que nunca se obtiene de barato, y cuyo precio es tan elevado como el de la desesperación. Al

# La mujer guapa

por DENIS

**E**RASE una mujer guapa, guapa, sin otros bienes que su espléndida hermosura. Los mozos ricos la deseaban, pero era disparate pensar casarse con ella: una mujer sin fortuna. Los mozos pobres no se creían con derecho a poseer belleza tan extraordinaria. La mujer guapa, por guapa, estaba en trance de quedar soltera.

Un estudiante de otra ciudad, en quien el deseo fué mayor que la razón, la llevó a los altares. Al padre del estudiante, hombre bien acomodado, le pareció una ofensa el casamiento, y nada quiso saber de la nuera. Dos años después, como el hijo quisiera volver a su lado, le escribió una carta que, traducida a lenguaje inteligible, decía: «Sé que tu mujer es muy guapa y muy decente, pero que no tiene un céntimo. Preferiría que fuera menos guapa y menos decente, y que tuviera algunos cuartos. Si quieres venir, tu hijo y tú (tenía el matrimonio ya un hijo) tenéis mis puertas abiertas. Tu mujer, no». El estudiante, que todavía era estudiante, marchó, con su hijo, a casa del padre, y abandonó a la mujer. Esta le siguió, no por él, (le conocía ya), sino por el hijo. Como el suegro no la admitiera en su casa, alquiló otra y se puso a trabajar: quería estar cerca de su hijo.

El cacique de la ciudad, el amo político de la ciudad, protegido de diputados y ministros, se entró un atardecer en la casa de la mujer abandonada y cerró la puerta tras de sí. Inútiles fueron los gritos de la infeliz en demanda de socorro. Todo el mundo sabía que quien había entrado era el cacique, que podía llevar a la cárcel a quien quisiera, cuando quisiera.

Las cosas no pasaron a mayores porque el cacique, viejo, viejo, no era quién para que pasaran a mayores; pero el escándalo estaba dado,

y eso era lo que él quería. Todo el mundo señalaría en lo sucesivo a la mujer guapa como amante suya.

Abandonada, despreciada, dudosa de que hubiera para ella otro camino, accedió a vivir con el cacique, segura de que así nadie le faltaría al respeto. No se engañaba: pasó a ser como la mujer del cacique, y éste se dió el placer a que aspiraba: mostrar como suya en todas partes a la mujer guapa.

El marido y el suegro, al ver que ya no era tan decente, a su juicio, y que podía disponer de dinero y de influencia, empezaron a tener para ella, en lo íntimo de su ser, toda clase de consideraciones. Ella, antes tan robusta y sana, desmejoró: flor que se marchitaba. Cayó, al fin, enferma. El cacique la llevó a un pueblo vecino para que se repusiera. Allí la fué a buscar el marido. Era, para ella, quien tenía todos los derechos. Al casarla se lo habían dicho. El marido le hizo otro hijo, y, al descubrir que aún no había sabido obtener dinero del cacique, la abandonó de nuevo. El cacique la recogió otra vez y volvió a lucirla. Pronto el marido intimó con él y fué visita asidua de la casa. No mucho tiempo después hizo otra criatura a su mujer, ahora sin llevársela del lado del amante (llamémosle así), y comenzó a obtener dinero de éste. El suegro estaba en sus glorias.

Sin saber cómo, tal vez porque había nacido para traer criaturas al mundo, la mujer que el cacique lucía y el marido gozaba, recuperó la salud y estaba cada día más guapa.

Los hombres de la ciudad, todos los hombres de la ciudad, sentían el sobresalto del deseo al verla. Los pobres se contentaban con relinchar. No así los ricos. Formaron un cerco alrededor suyo: un cerco de instantos desatados, que se transformaban en halagos, en amenazas, en coaccio-

nes; pero si ella, aunque lo aborrecía, seguía entregándose a su marido, al que se juzgaba ligada por las leyes, como si él no hubiera roto todas las ligaduras, y se dejaba manosear, claro está que nada más que manosear, por el cacique, al que también se juzgaba ligada por la fatalidad, rechazaba iracunda a todos los demás. Tuvo que defenderse, a arañazos, del gobernador, nada menos, y un magistrado, nuevo en la ciudad, sin temor a la cólera del cacique, le amenazó con encarcelarla (siempre se encuentran pretextos para meter en la cárcel a no importa quién) si no se entregaba a él. La mujer guapa, ahora más fuerte que cuando la sorprendió el cacique, luchó, a solas, con el magistrado, que, fallada la amenaza, recurrió a la fuerza, y el magistrado tuvo que retirarse en franca derrota.

En toda la ciudad no había otro tema de conversación que la mujer guapa y su tropel de pretendientes. En cuanto al amante y al marido, se les despreciaba, con matices diferentes. Más al marido que al amante. Tenía ya aquél una querida, a la que pagaba con el dinero de éste.

Muchas puertas se le cerraron al marido, y muchas gentes, antes amigas suyas, procuraban no encontrarle, para no verse obligadas a cambiar el saludo con él. En las raras ocasiones en que tropezaba con un conocido, se desvivía por disculparse. Y eran, sus disculpas, un tratado de moral privada:

— Hay mujeres — dijo un día a un amigo, sobre el que se echó al volver una esquina —, galanteadas constantemente por Don Juanes, amigos de sus maridos, que nada dicen a éstos por temor a males mayores que el de soportar ellas los galanteos. La mayor parte de esas mujeres sufrirían crueles desengaños si informaran a sus maridos de lo que

otorgar este premio honran también ustedes a la sociedad en la que todavía pueden existir el escritor y el artista libres, y por ello les expreso de todo corazón mi gratitud, ya que aquí soy yo la persona a quien han querido honrar, como representante de la institución, que, por estar supeditada a esa ley tácita de que hablábamos anteriormente, no reconoce por encima de ella a ningún señor, y guarda y defiende en la palabra la dignidad del hombre.

*Encender una vela es más importante que maldecir la oscuridad.*

CONFUCIO



les sucede. Sobre todo, si el Don Juan tiene dinero. En lugar de indignación encontrarían en ellos, velada o franca, cierta conformidad con los galanteos y con algo más que los galanteos, puesto el pensamiento en los beneficios que esto podría reportarles. Eso no es obstáculo para que se grite en torno a la honra. Pura retórica. La madera de que están hechos la mayoría de los hombres es propia para ese acomodamiento. Lo inconcebible, para ellos, es una falta desinteresada en la mujer.

Y como el amigo se escandalizara, añadió:

— Sé que me cuento entre esa mayoría. Una de mis virtudes es no ser hipócrita. Pocos lo reconocen con la franqueza que yo. Y son muchos los que se hallan en el caso que yo. Son muchos los que, como yo, viven del dinero que la mujer recibe del amante. Y muchos son también los que, como yo, con ese dinero se pagan una querida. Sucede que mi caso es público, y que no todos los otros lo son. Es toda la diferencia. Si mi mujer viviera conmigo, como las otras viven con sus maridos, se murmuraría menos de mí.

El amigo quiso, sin contestarle,

alejarse de él. Lo cogió por el brazo y lo retuvo: tenía necesidad de explicarse de una vez para siempre.

— ¿A qué — continuó — debe nuestro último gobernador haber llegado a ministro? ¿A qué debe el capitán que fué contertulio nuestro su ascenso? ¿A qué debe el empleado del Banco que todos conocemos, su salto a la gerencia? ¿A qué debe el actor que tanto hemos silbado, ser ahora un primer actor? ¿A qué debe su taller el obrero, de todos conocido, que antes era tan revolucionario? ¿A qué debe ser director del periódico más leído de la ciudad un periodista que apenas sabe escribir una carta? Créeme, casi todos hemos nacido para eso que a mí me llaman. Al único que no puede llamarse eso que a mí me llaman es al marido que nada sabe, que es raro que lo haya, pero que puede haberlo. En ese caso, el amante es eso que a mí me llaman, sólo el amante. Porque éste sabe que la mujer que posee es poseída por otro, cosa que el marido ignora. No se es lo que se me llama sino cuando nada se ignora. Lo cual es reconocer, lo confieso, para qué el rubor, que soy lo que se me llama tanto por mi mujer como por mi

querida. Ve a buscar quien te haga una confesión semejante, hallándose en el mismo caso que yo — ya te he dicho que voy por el mundo en compañía numerosa —, y entonces soportaré todas las censuras.

El amigo logró desprenderse de él y huir, sin decir una palabra. Sólo al alejarse no pudo reprimir una exclamación ofensiva: llamarle como le llamaban.

El marido de la mujer guapa, que lo oyó, no se dió por ofendido. Sonrió, como si compadeciera a su amigo, y le contestó, en voz alta, porque el amigo estaba ya lejos:

— Soy, por eso que me llaman, por ser eso que me has llamado, un testimonio, entre millones — no se olvide que nuestro personaje tenía sus humanidades —, de la única explicación que tiene la Historia. Todo eso del materialismo histórico, todo eso de los héroes hacedores de la historia, son cuentos para niños. La Historia no tiene otro motor que las mujeres guapas.

Y terminó, en voz más alta aún:

— Ya fué dicho para siempre: Si la nariz de Cleopatra hubiera sido otra, otra habría sido la historia del mundo.

## LA VIDA Y LOS LIBROS

«COLAS BREUGNON»  
por Romain Rolland

¡Una gran obra de arte! La ironía, la gracia, el humor, la malicia, vuelan a gran altura después de haber visto de cerca las farsas de los hombres... Y, entre ellas brillan, igual que estrellas, también las cosas bellas: el reír placentero, las delicias del cuerpo, los momentos fugaces de la ansiada alegría...

Nos limpia de las brumas este sol tan radiante que lleva a nuestras vidas desenfado y placer. La risa franca se alía finamente con la burla sarcástica y nos deja sumidos en viva comprensión.

Se disipan las dudas; nada puede arredrarnos, porque hemos visto claro el horizonte que nos muestra grandeza y pequeñez.

Es un licor bravio y es un néctar

de amor lo que ofrece, jocosos, este dilecto autor. Con sus rimas pausadas y su decir gracioso nos lleva hasta las cumbres del pensar y sentir.

Obra desprejuiciada, la poesía vibra en sus hermosas páginas y jamás frunce el ceño quien lee con vista aguda y clara.

¡Gracias, Romain Rolland!, por este regalo espléndido con que agasajas a quienes saben distinguir la joya fina entre la ganga de nuestra sociedad degenerada.

Sin alharacas, sin desplantes, sin gritos subversivos, tú manejas, con maestría innata, el arma poderosa del arte que penetra y no hiera en la morralla humana.

Tu verbo inimitable es un estímulo para los pocos que en el mundo marchan con la frente erguida y el cuerpo ardiente en la ingente llama.

Este fuego que agosta a los rebeldes seguirá atizando el porvenir que brilla en lontananza.

Que se frustré o prospere el ansia de una vida menos mala... todo es igual... Nada sabemos de lo que será, en el correr del tiempo, la esperanza de los que forjan futuros ideales. Lo que sabemos todos los que aspiramos a vivir es que no se estanque el hoy seguro por el mañana incierto...

Vivamos el momento que se fuga con ritmo acelerado y no perdamos la sonrisa y el decir irónicos en el sombrío rostro de la angustia.

Ser uno mismo. Ahí está el secreto de una felicidad siempre precaria. De sechemos a dioses y creencias y así conseguiremos ver a los títeres sociales que aparentan ser hombres y son sólo esperpentos de un convivir terrible y deleznable.

ISCAR



# MICROCULTURA

591. — Los árboles más pequeños del mundo son los sauces de las montañas más altas y de las regiones árticas, que a veces miden menos de treinta centímetros y medio de altura al llegar a su completo desarrollo.
592. — Contrariamente a lo que se cree, los tornados no vuelan los techos de las casas, lo que sucede es que el tornado hace disminuir la presión fuera de la casa, y al expandirse el aire del interior de aquélla, hace que vuele el techo.
593. — La primera bandera que se conoce la usó Dinamarca en 1219, como «emblemata nacional».
594. — El mirlo acuático es el ave que construye su nido detrás de las cataratas, para protegerse a sí mismo y a su familia de sus enemigos. Puede volar bajo la cascada de agua y hasta caminar por el fondo para buscar insectos.
595. — El primer periódico publicado diariamente en el mundo fué el «*Zeitung*» de Francfort, Alemania, que vivió la luz en 1615.
596. — El elefante africano duerme de pie, pero el asiático se echa para dormir.
597. — La milla acuática mide 800 pies más que la milla terrestre (doscientos cuarenta y tres metros, ochenta y cuatro centímetros).
598. — La de vicuña es la lana de mejor calidad en el mundo.
599. — Charles Blondin fué el acróbata francés que cruzó las cataratas del Niágara en una cuerda floja, en 1859 y en 1860, una vez con un hombre a cuestas y otra vez con las piernas metidas en un saco.
600. — La revista *Selecciones del «Reader's Digest»* (edición hispanoamericana) correspondiente al mes de abril de 1958, en un artículo sobre «Hyde Park o los pulmones de Londres» asevera: «A un extremo de esta calle de un millón de palabras, bajo la sombra benévola de los plátanos, el Grupo Anarquista londinense trata de convencer a un atento auditorio de que los gobiernos cometerían menos dislates si no existieran. Sus reuniones, especialmente cuando ocupa la tribuna miss Rita Milton, guapa muchacha escocesa, son las más ordenadas y más dulcemente razonables en todo Hyde Park. «Este no es un mitin del partido conservador, dice miss Milton. Aquí estamos en una reunión de anarquistas y todos somos muy bien educados».
601. — El 25 de febrero de 1842 nació en Montigny-le-Roi el célebre astrónomo francés Camilo Flammarion, verdadero apóstol de la astronomía, porque tendió a que esta ciencia llegara a todas las capas sociales.
602. — Tubos hechos con nylon y orlon han sido empleados para reemplazar trozos de vasos sanguíneos humanos.
603. — A fines de febrero de 1959 había en los Estados Unidos cinco millones de obreros industriales desocupados.
604. — La «canelita» es una especie de roca meteórica.
605. — El ídolo militarista de los nacionalistas argentinos, general José de San Martín, murió en febrero de 1778 en Boulogne-sur-Mer, Francia.
606. — El itrio, incorporado al hierro, parece excelente para los núcleos magnéticos de aparatos de televisión.
607. — El 1 de mayo de 1936 los fascistas italianos invadieron Abisinia.
608. — En 1841 nace en Limoges Augusto Renoir, gloria de la pintura francesa.
609. — La «deligación» es el método de hacer vendajes y apósitos.
610. — A los dieciséis años se hizo famoso Flammarion con su libro sobre astronomía titulado «La pluralidad de los mundos habitados».
611. — En febrero de 1948 los bolcheviques obligaron al presidente Benes a nombrar un gobierno satélite de Rusia en Checoslovaquia.
612. — Pedro Camper, anatomista holandés, en 1770, propuso la medida del ángulo facial.
613. — El 19 de febrero de 1473 nació el gran astrónomo polaco Nicolás Copérnico.
614. — Un «caña huate» es un árbol de Colombia, especie de guayaco.
615. — La república independiente de San Marino se halla en el corazón de Italia.
616. — Una «ectopia» es la anomalía de situaciones de un órgano, especialmente de las vísceras.
617. — Se ha logrado obtener un producto de hongos que se considera más sabroso que el hongo mismo, cultivando en una dieta líquida especial, las partes del hongo semejantes a raíces.
618. — Los japoneses militaristas entraron en Manila el 2 de enero de 1942.
619. — Una «lacra» es una señal de enfermedad o achaque.
620. — Se entiende por «indicán» a la substancia incolora que se encuentra en casi todas las plantas que dan el indigo azul.
621. — La ópera «La bella Elena» fué compuesta por Jacobo Offenbach, compositor francés de origen alemán.
622. — La «mielastenia» es sinónimo de neurastenia espinal.
623. — Los diarios matutinos de Londres se leen ahora de tardécita en Buenos Aires, al ser transportados por los aviones a reacción «Comet».
624. — Se entiende por «sofreir» freir un poco o ligeramente alguna cosa.
625. — El 26 de febrero de 1959 se terminó el racionamiento de café y azúcar en Israel.
626. — El «telepate» es un insecto áptero muy molesto.
627. — El día 25 de febrero de 1959 celebró cincuenta años de edad en Brescia, Italia, el caballo «Topolino», al parecer el más viejo del mundo.
628. — El manganeso fué descubierto por Juan Gottlieb Gahn, mineralogista sueco, en 1774.

SUNO

## POETAS DE AYER Y DE HOY

### Espagne assassinée

Vingt et un après, j'ai sù la vérité,  
Et pù apprécier ton courage farouche  
Je n'avais que trois ans quand tout s'est décidé,  
Quand la presse nazie te peignait tout en rouge.  
Rien ne peut m'empêcher, d'honorer ta mémoire,  
Je suis ton petit fils, je prendrai ta défense,  
Abandonnée, trahie, ton combat fut ta gloire,  
Et je prendrai ton deuil, pour relever l'offense.  
J'admire les héros, les nouveaux fantassins  
A qui j'aurai voulu pouvoir porter secours;  
Je ne tairai jamais le nom des assassins  
De tes rêves sacrés qui n'ont pu voir le jour.  
A l'heure de l'amour tué par la mitraille  
Ta jeunesse d'ouvriers tombait à Têrue!,  
Tes espoirs les plus chers, passaient à travers maille;  
Ton sang de poignardée, coulait dans tes ruelles.  
Espagne! Ce jour-là tu étais le taureau,  
A qui trois matadors voulaient régler le sort;  
La «Non Intervention» criait aux bourreaux  
Depuis tous les gradins de te donner la mort.  
J'entends Madrid chanter, dresser des barricades;  
Ses foules enivrées, crier pour la victoire,  
Placer des sacs de sable, et tirer des arcales;  
Monter sur des camions, pour se couvrir de gloire.  
Comme une vague humaine, un mot d'ordre partit,  
Une onde saccadée remontant l'Alcala,  
Qui de bouche à oreille, enflamma tout Madrid.  
Une rumeur scandée balayait la Gran Via.  
C'est un tambour humain remplissant sa mission:  
Boum, boum, dong, boum, plan, rataplan, boum, no  
[saran

Un peuple décidé hurlant l'indignation,  
Un flux de colère, criant: «No pasaran».  
Quand le soir, descendait de la Sierra boisée,  
Les vampires chrétiens laissaient pleuvoir des bombes:  
Roses de calcium, faisant la nuit moirée;  
Four châtier Madrid, en faire une hécatombe.  
Couchée dans les tranchées, ta noble capitale,  
Arrêtait de son corps amaigrit par la faim  
Les tanks fascistes, les passions féodales;  
La miègne de ce temps, jouait à la catin.  
Contre les affameurs, sur tout le territoire,  
Par la boue, la neige, des êtres surhumains,  
Sacrifiaient leur vie, mouraient pour la victoire  
Qui devait couronner de meilleurs lendemains.  
Ton sol buvait partout le sang de tes enfants,  
Comme un tableau célèbre, une rose mystique  
Saturne de Goya, tous ses fils dévorant;  
D'un élan sublime, morts pour la REPUBLIQUE.

R. ANTONIO



# Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es el guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

## INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

### OBRAS EN ESPAÑOL

«Justicia», L. Reymont, 3.— NF. — «Manual del aspirante cinematográfico», 1,50. — «El Mar», Michelet, 3,50. — «La música en España», A. Salazar, 15.— — «Muelle de las brumas», Mac Orlan, 5.— — Manual del fabricante de bolas de sebo, 2.— — «Manual de Lechería», 2.— — «Adelgace, con inteligencia», Hauser, 5,50. — «Cuadro hemático del cáncer», Gruner, 4.— — «Fundamentos de la caracterología», L. Klages, 9,50. — «Cómo curé mi tuberculosis», Hevia, 1,50. — «El autoanálisis», K. Horney, 7,80. — «Vida del diabético», Cañadell, 5,60. — «Úlcera gástrica», 2,25. — «Colitis», 2,25. — «Alergia alimenticia», 2,25. — «Corazón», 2,25. — «Tuberculosis», Vander, 5.— — «La historia tiene la palabra», Teresa León, 1,50. — «Pablo Iglesias», Isaac Pacheco, 1,50. — «Frente al mañana», S. Albornoz, 1,50. — «José Mazzini», B. King, 5,25. — «Los mejores cuentos», 3,75. — «Memorias de la duquesa de Abrantes», 1,50. — «Mercurial eclesiástico Montalvo», 2,50. — «Madres famosas», Chandler, 5.— — «Murillo», P. Gargol, 2,50. — «Elementos de Psicología», Titchener, 3.— — «Emen Hetan», R. J. Sender, 4.— — «La familia Cardinal», L. Halévy, 2,10. — «Los falsos redentores», G. Piovene, 8.— — «Desde el fondo de la tierra», L. Castro, 9,50. — «La amargura de la Patagonia», R. Dario, 7,50. — «Felicidad», K. Mansfield, 1,20. — «La gente alegre», J. Ohnet, 2,50. — «El humanisferio», J. Dejacque, 1,50. — «Historia de San Michele», Axel Munthe, 7.— — «Historia de la literatura rusa», Wallisewski, 7,50. — «El intelecto helénico», P. Gener, 4,50. — «Italia fuera de combate», I. Herrera, 2.— — «Ideario de Quevedo», Astrana Marín, 6,50. — «Obras escogidas de Heine», 8,50. — Poesías de Flárido, 3,80. — «Pensamiento vivo de Nietzsche», H. Mann, 6,50. — «Imitación de Cristo», Kempis, 7,50. — «Plumero salvaje», Samblancat, 3.— — «Puerto cholo», M. Puga, 3,50. — «Realización del hombre», Stieben, 0,75. — «Perspectivas culturales en Sudamérica», E. Relgis, 3.— — «Del presente y del futuro», P. Gener, 3.— — «Fensamiento vivo de Schopenhauer», T. Mann, 4,20. — «Problemas sociales de derecho penal», P. Foix, 5,50. — «Pasión de Justicia», I. Favon, 2,60. — «Profeta del hombre», Cordero, 4,50. — «La novela de Roger de Flor», 3,60. — «Reivindicación de la libertad», Ernestan, 1,50. — «Rojo y negro», Stendhal, 3,75. — «La reina Margarita», Dumas (2 tomos), 5.— — «Reconstrucción de Europa», P. Benoit, 3,40. — «Sorolla», Pantorba, 2,50. — «Versos de Rafael de León», 9.— — «Don Segundo Sombra», Guiraldes, 3.— — «Sombras del mal», D. Macardlé, 3,50. — «Epistolario amoroso», 5.— — «Titanes de la oratoria», 5.— — «Shilina», Turgueniev, 1,50. — «Sinfonía de los siglos», Figola, 1,50. — «Teatro de Jacinto Benavente», 3,50. — El tema de nuestro tiempo», Gasset, 3,75. — «Tolledo», F. del Valle, 1.—

### LIBROS EN FRANCES

«La bible d'un anarchiste», R. Wagner, 2,50. — «Satan et l'amour», R. Gagey, 7,50. — «Superstitions politiques», H. Dagan, 4,40. — «Homage a Georges Eekhoud», Hem Day, 1,80. — «Servitude volontaire», E. de la Boetie, 3,30. — «L'inevitable révolution», un Proscrit, 3,20. — «Prêtres et moines», G. Dubois, 5.— — «Le cooperatisme», 3.— — «Anthologie de l'objection de conscience», H. Day, 3,30. — «La flagellation et les perversions sexuelles», Lorulot, 6,50. — «L'Emancipation sexuelle de la femme», M. Pelletier, 1,10. — «Tino Costa», Arbo, 7,20. — «Quai aux fleurs», Salvy, 1,90. — «Science et materialisme», Letourneau, 2.— — «Socialisme révolutionnaire», 1,80. — «Les mystères des couvents de Naples», Princesse Fortino, 4.— — «Catechisme positiviste», A. Comte, 2.— — «Faust», Goethe, 2,50. — «La cité future», Tarbourden, 4.— — «Gargantua et Pantagruel», Rabelais, 4.— — «Four assurer la paix», P. Bernard, 2.— — «Superstitions politiques», H. Dagan, 4,40. — «Mandatelli Lassou», L. Galleani, 2.— — «Recherches sur les forces inconnués», Barbedette, 1.— — «Les bandits tragiques», V. Meric, 2,90. — «Dalmés de la guerre», Monolin, 2.— — «Un drame politique», M. Dommanget, 2,40. — «Armoires frigorifiques», Degoux, 5,80. — «La ceramique», Giacomotti (2 tomes), 3,80. — «Jours d'Exil», Courderoy (3 tomes), 9.— — «Cours d'économie politique», Gide, 6.— — «Errico Malatesta», Fedeli, 2,20. — «L'Incubation artificielle», Paulau, 3,10. — «Traité du pavsage», Floury, 1.— — «Sociologie générale», Dupreel, 6,70. — «Zo'a», A. Zevaes, 2,50. — «L'Hérité Psychologique», Ribot, 2.— — «L'Amour heureux», Dubal, 0,80. — «La physiologie morale», Hill, 1.— — «L'Hypnotisme à distance», Jagot, 2.— — «La grande metamorphose», Gille, 1,50. — «Les grandes Jorasses», Frenco, 2.— — «Chauffage Central», Buroier, 5,40. — «Bahia de tous les Saints», Amado, 3,40. — «Les camps d'internement en Grece», 4,50. — «Histoire de la Coopération en France», Gauthmont (2 tomes), 15.— — «La révolution inconnue», Voline, 3,50. — «La Révolution sociale», 2,50. — «Contes d'un rebelde», Delvadés, 1.— — «L'Amour libre», C. Albert, 3,50. — «L'Etat de siège», Camus, 5,50. — «William Gorwin, philosophe de la liberté», 1,80. — «Histoire des Temps modernes» (3 tomes encuadernados), 6,75. — «Four vaincre», B. de Ligt, 1,50. — «Vie de Franklin», Mignet, 1,50. — «Histoire de Charles V», Robertson (2 tomes encuadernados), 5,50. — «Essai sur l'imagination créatrice», Ribot, 1,50. — «La coutume ouvrière», M. Leroy (dos tomes), 5.— — «L'Evolution des idées générales», Ribot, 1,50. — «La vie amoureuse de Casanova», 6,50. — «Serenades sans guitare», Villeboeuf, 7,50. — «Juan de Mairena», Machado, 6,90. — «Les caractères», La Bruyère, 5,60. — «Mauvaise graine», M. Azuela, 2,50. — «Anglais, Français, Espagnols», S. de Mada-riaga, 5,20. — «Le sang plus vite», V. Garcia, 3,75

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a F. Olaya. — Servicio de Librería del Movimiento. — 4, rue de Belfort - TOULOUSE (Haute-Garonne)  
GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)



# CENIT

sociología  
ciencia - literatura



UNIVERSITÉ DE PARIS  
Bibliothèque de  
documentation  
internationale  
contemporaine

BIBLIOTHEQUE  
9  
Sumario

Arrivistas y hombres consecuentes. — **Juan Lazarte:** Hacia municipios autónomos y extensión del poder local. — **Georges Vidal:** Han Ryner, el hombre y la obra. — **Carlos M. Rama:** Israel, laboratorio social. — **Friedrich Durrenmat:** Diálogo nocturno con un hombre abyecto. — **E. Armand:** La evolución en las opiniones. — **Victor Hugo:** España. — **Alaiz:** España económica. — **V. Muñoz:** América de los indios. — **J. M. Puyol:** Viñetas de... — **A. Vidal y Planas:** Cuéntenos Ud. algo. — **A. Samblancat:** Miñotos de Sierra abajo. — **Plácido Bravo:** El hombre y la máquina. — **M. Celma:** La vida y los libros. — **Denis:** El educador. — **Liberto Callejas:** La dura prueba del destierro. — **Suno:** Microcultura. — **José Peirats:** La Sión hispánica (folletón encuadernable).

122

FEBRERO - 1961

4° P 5523  
REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF



## NUESTRA PORTADA



# Paisaje de invierno

Nuestra portada es una reproducción fotográfica. Tiene, sin embargo, el valor poético de un cuadro. Evoca una de esas estampas norteñas, que los pintores ingleses llevaron tantas veces en sus lienzos.

Y es un paisaje de la Saboya. Un rincón familiar para algunos. Algo vivo, delicado, luminoso, pedazo de vida, sobre el que el sol, sobre la nieve, pone una luz irreal, una magnificencia que jamás podrá superar la mano del hombre.

Sigue siendo la Naturaleza la mayor creadora de arte existente. Basta sólo contemplar sus múltiples manifestaciones, en invierno, en primavera, en verano, en otoño, cuando se viste con sus más suntuosos, sus más insuperables colores.

Renoir, Corot, Manet, más tarde Van Gogh y Gruguin; nuestro Rusiñol y nuestro Sorolla en España, lucharon con esta luz de las cosas, con esa riqueza de los colores naturales, que la paleta transpone, lleva al arte, pero que no siempre realiza y supera.

Hoy la fotografía ha conseguido maravillosas transposiciones de belleza naturales, brindándolas como regalo a la mirada de los hombres...

Y en este mundo muchas veces inhospitalario, frío, desabrido, injusto, cruel, aún son la Naturaleza y sus bellezas el mejor de los refugios y la más grata de las evasiones.

# CENIT

**REVISTA MENSUAL  
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA**

*Redacción:*

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma.

*Colaboradores:*

José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Hector R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Dr. Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

*Precios de suscripción.* — Francia: Trimestre, 3 NF.  
Semestre, 5,50 NF. Año, 11 NF

Número suelto: 1 NF.

Paqueteros: 10 % de descuento.

Exterior: Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Giros: «CNT.», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort. TOULOUSE (Haute-Garonne).



# CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XI

Toulouse, Febrero 1961

Nº 122

## ARRIVISTAS Y HOMBRES CONSECUENTES

No son los arrivistas los que dan. Hoy podemos también observar todo el interés de los sindicatos americanos reformistas en entender la influencia de su orientación en los medios obreros de Europa y sobre todo en los de España. En la Península Ibérica, bolcheviques, americanos, nazis y vaticanistas juegan fuerte.

G. E.

**T**ODO el interés del capitalismo y del Estado, lo mismo en Norteamérica, en Argentina, en Gran Bretaña, en Francia, en España, que en U.R.S.S. y en todas partes, es de tener domesticados a los trabajadores, ahogar su espíritu revolucionario, neutralizar su acción directa transformadora. Y en todos los países hay el empeño, por parte de los que gobiernan y de los que explotan y viven del sudor ajeno, de que los sindicatos y organizaciones obreras, por vía directa o indirecta, sean sus dóciles instrumentos. Por ello favorecen el desarrollo de las organizaciones de tipo reformista y persiguen a las revolucionarias. Por ello tienden a dividir a los trabajadores. En la historia de las luchas sociales, las terribles persecuciones sufridas por la FORA, central sindical anarquista, y por la Confederación Nacional del Trabajo de España, principalmente, son muy ilustrativas y aleccionadoras al respecto. Y lo mismo en España que en la Argentina, quienes tiranizan a estos pueblos manifiestan el decidido propósito de ahogar dichas organizaciones revolucionarias. Sabiendo el arraigo que tienen entre los trabajadores, comprendiendo que no pueden destruirlas, intentan vanamente corromperlas. Y los mandarines ponen en juego todas sus malas artes, emplean los más sutiles medios. En Portugal y otras partes, ocurre algo parecido con las organizaciones obreras.

El empeño de los bolcheviques y de los reformistas en todos los países para ejercer el tutelaje de los sindicatos obreros, es también grande. Y de él se resiente toda la acción revolucionaria de los trabajadores que cada día, internacionalmente, se ven más divididos y más impotentes. Ya en muchos lugares no son los trabajadores los que disponen en los sindicatos y orientan sus luchas, sino los propios políticos y los elementos que les secun-

dad de los sindicatos americanos reformistas en entender la influencia de su orientación en los medios obreros de Europa y sobre todo en los de España. En la Península Ibérica, bolcheviques, americanos, nazis y vaticanistas juegan fuerte.

Hoy más que nunca las organizaciones sindicalistas evolucionarias han de velar por la integridad de sus efectivos. Tienen necesidad de militantes seguros y probados. De hombres que no se desvían y que tengan tras de sí una limpia ejecutoria de lucha.

Son los grandes ideales los que dan origen a los movimientos colectivos. También los factores económicos y las necesidades humanas. El sindicalismo revolucionario tiene en cuenta precisamente esos factores económicos y esas necesidades humanas, pero asocia la idea motriz transformadora antiestatal y anticapitalista al movimiento sindical y a la acción de los trabajadores, porque tiene conciencia de que ella es indispensable para evitar la propia degeneración de la organización sindicalista y de la lucha obrera. Y para que esa lucha se mantenga firme y consecuente, el hombre sano, el luchador consciente y sincero, es uno de los factores principales. No es indiferente que una organización esté constituida, animada, orientada por estos o aquellos hombres. Los hombres cuentan como tales en todo lo humano, en todo lo que tiene carácter colectivo. Ya en España mismo, en épocas de apogeo del sindicalismo, se habían denunciado por críticos tan ponderados como José Prat y otros, por militantes obreros calificados, los peligros que acechan al sindicalismo. Y no son de olvidar las campañas hechas a favor de la calidad más que de la cantidad de los componentes de la organización. Durante el mismo período de la lucha del 1936-39, la C.N.T. también tuvo que preocuparse del problema. El militante es uno de los más firmes sostenes de la organización y conviene que sea hombre probado.

No son los «arrivistas» los que mantendrán en el movimiento y en la organización obrera sindica-



lista el espíritu revolucionario. Todo lo que descanse sobre hombres «arrivistas», acomodaticios, inconsecuentes y faltos de probidad personal e ideal, no tendrá ninguna consistencia. Precisamente el gran tesoro de la C.N.T. y del Movimiento Libertario Español es la legión de hombres abnegados, rectos, honrados con que cuenta y que constituyen una de sus reservas vitales más poderosas. Y este valor ético del hombre militante es lo que debe saber siempre conservar nuestra Organización. Es la mejor manera de prevenirla de los estragos que causa en toda colectividad la inconsecuencia.

Anselmo Lorenzo, José Negre, Evelio Boal, entre unos centenares de luchadores más que podríamos citar, son ejemplos de probidad en las filas del sindicalismo español. No pueden serlo los Delaville, los Moix, los Clara, Vidiella, tráfugas. No pueden serlo los Fornells, Corbella, etc., peor que tráfugas. No puede ser abonada la inconsecuencia de un Pestaña. Y no citamos más nombres entre los españoles, y evitamos hasta de pronunciar uno solo de los contemporáneos. En Francia, ejemplo de probidad y consecuencia, por citar alguno, es el de Fernando Pelloutier; el de inconsecuencia, basta recordar la historia de la C.G.T. y la conducta de muchos de los hombres que se han distinguido en ella. En Suiza, el contraste entre la conducta ejemplar de Luis Bertoni y la del tráfuga Tronchet. En Italia... No creemos que haya necesidad de presentar muestras de todos los países.

La organización obrera sindicalista revolucionaria, el Movimiento Libertario internacional, debe contar con hombres seguros. La vida de la propia Organización en cada país lo exige. Con elementos averiados o dudosos, no se va a parte alguna. No puede haber una actitud de conllevancia con los «arrivistas» o ventajistas. Con los que se acomodan a todas las situaciones. Con los que en los momentos más difíciles no saben mantener digna y consecuentemente el ideal o la causa que dicen abrazar y defender. Con el propio ejemplo por delante es necesario siempre exigir de todos y de cada uno consecuencia en la conducta individual y colectiva.

Y esta garantía de la condición segura de sus militantes es indispensable a todas las organizaciones que pertenecen a la Asociación Internacional de Trabajadores si queremos que el sindicalismo revolucionario extienda su influencia y se desarrolle en vez de degenerar o de ser maleado por las infiltraciones sutiles del reformismo, del bolchevismo y aun de aquellos elementos que emplean una fraseología más o menos revolucionaria siendo marxistas y autoritarios y de cuantas fuerzas trabajan para impedir la marcha del proletariado consciente hacia su total emancipación, que ha de significar también la de la Humanidad entera, puesto que la acción de los trabajadores conscientes no ha de tender a crear nuevos privilegios ni a forjar nuevas cadenas, sino a asegurar sólidamente el pan y la libertad para todos los humanos.



# Hacia municipios autónomos y extensión del poder local

(Continuación)

## SU CARACTER FEDERATIVO LIBERTARIO

«A pesar de su denominación, las colectividades eran prácticamente organismos libertarios que aplicaban las reglas de, cada uno según sus fuerzas y a cada uno según sus necesidades, sea por la cantidad de recursos materiales asegurados a cada uno donde el dinero estaba mantenido. El método técnico difería, pero el principio moral y los resultados prácticos eran los mismos».

«Se extendía continuamente la armonía en la producción y en la coordinación de los cambios así como la unidad del sistema de repartición. La unificación comarcal se completaba con la unificación regional. La Federación Nacional había nacido».

«En la base la comarca organizaba el intercambio. Excepcionalmente la practicaba la comuna aislada, pero bajo la autorización de la Federación comarcal que tomaba nota de los cambios y podía interrumpirlos si perjudicaba a la economía general. Así sucedía con la colectividad aislada de Castilla que no vendía grano por su cuenta, pero en vez mandaba al cliente a la oficina de granos de Madrid».

«En Aragón la Federación de las colectividades fundada en enero de 1937, cuya residencia central estaba en Caspe, comenzó a coordinar los intercambios entre todas las comunas de la región, como práctica del apoyo mutuo».

«La tendencia a la unidad estaba hecha más clara con la adopción de un carnet de productor único y de un carnet de consumidor igualmente único, que implicaba la supresión de toda la moneda local o no, según la resolución tomada en el congreso constitutivo de febrero de 1937».

Con relación a los cambios con otras regiones y a las ventas al exterior la coordinación mejoraba cada vez más. En caso de utilidades por diferencia de cambios o por obtener precios superiores a los precios bases o a excedentes, la Federación Regional los emplea para ayudar a las colectividades más pobres. La solidaridad sobrepasaba el ámbito comarcal». (7)

La comuna en la experiencia española, desgraciadamente muy corta, y bajo la presión anormal de la guerra, fué el centro de los servicios públicos: locomoción, transporte, luz, fuerza, limpieza. Se organizaron en ella sindicatos del crédito e intercambio, depósito del intercambio. Organizó el crédito y tuvo depósitos de abastecimientos; sindicatos de industrias rurales funcionaron en su distrito así como consejos de fábrica y de empresas cooperativas, consejos de estancia, de granjas y de chacaras, de sanidad (maternidad, hospitales, guarderías, servicios de asistencia médica y quirúrgica preventiva y curativa).

Consejo de cultura (primera, segunda enseñanza, instituciones especiales, espectáculos públicos, etc.).

Vimos la formación del consejo de economía y también de la existencia de federaciones comarcales de comunas.

Este movimiento no fué utópico sino real y efectivo; mostró la capacidad del pueblo para su organización y libre administración comunal unidas por supuesto en muchos puntos a los sindicatos obreros en sus organizaciones modernas de trabajo». «Las fábricas creaban sus nuevos organismos administrativos, con su personal total se asociaban en el orden local y formaban la federación local de industrias. La agrupación de todas las industrias constituía el consejo local de la economía donde están representados todos los centros de producción de relaciones, de intercambio, transporte, etc. Se unían esos dos consejos locales de economía en el orden regional y se unían las federaciones locales de cada industria también regionalmente; luego se establecía una vinculación de las regiones por industrias y por sus consejos regionales de economía» (8).

Con el estudio de este movimiento de comunas (9) como proceso y estructura, se ve cuan importante fué el papel de las comunas libres, la unión del campo y ciudad, sin lo cual no puede ningún país desenvolverse en equilibrio y ordenamiento. Al revés de cuanto pasa hoy con las grandes ciudades que establecen un imperio, que podríamos llamar aquí, política imperial urbana de Buenos Aires.

Las instituciones son viables si dieron buenos resultados en el ensayo creador, para los pueblos o grupos sociales que las crearon o adoptaron, por trasplante cultural. En España republicana y en los sectores enunciados, hubo aumento de la producción, mejoramiento del standard de vida posible, seguridad, libertades esenciales y conformidad general. De haberse comprobado el aumento de la población, disminución de la mortalidad infantil y elevación del promedio de vida hubieran resultado ideales para la humanidad. Lo último no se pudo comprobar pues faltó tiempo...

Lo esencial es que la sociedad no estuvo en peligro con el cambio de régimen; sus relaciones interindividuales y con otros grupos se acrecentó. El Estado, si no se puede decir que desapareció (aunque sí en muchas comunidades) fué reducido a una mínima expresión, en el mismo momento que en Alemania, Rusia, Italia, etc., tomaba el máximo volumen a través de una burocracia espantosa.

(7) Doglio, Carlos, *L'equivoco de la citta giardino*, en Volonta, Nápoles, 15-9-53.

Leval, Gastón, *Ne Franco ne Stalin...* (Milano, 1952).

(8) Abad de Santillán, Diego, *¿Por qué perdimos la guerra?*, pág. 82.

(9) Algo original tuvieron las comunas húngaras. Ver Pierre Ganivet, *La comuna húngara*, en «Imán», Buenos Aires, 1937.



El comercio dejó de ser individual y egoísta, para hacerse principalmente comunal sin haber por ello desaparecido los intercambios individuales. La industria unióse a la agricultura como decíamos, pero verdaderamente, no en la letra. Mejor dicho no se divorció de ella.

El campo y la ciudad formaron su unidad complicada, partiendo de formas primarias ya superadas por el progreso y civilización. Producción y distribución. Se integraron y trataron de resolver el problema autárquico del consumo, parejo a la producción, dejando por supuesto camino libre a los futuros intercambios con otras federaciones de comunas, allende o aquende los mares.

Hay mucho que espigar en la experiencia española y verdaderamente ese gran sacrificio de este noble pueblo no está perdido.

Comunas libres, colectividades libres, federaciones de comunas agrícolas, industriales, mineras, ganaderas, ciudades autónomas, etc., como el artista utopiano William Morris en «Noticias de ninguna parte» lo hubiera soñado...

Los municipios llegaron aquí y allí a tener autonomía efectiva mientras entre nosotros no podrán tenerla jamás por la naturaleza del régimen estatal, que no es de autonomía, pues encontramos desde un principio que las partes que forman el Estado no son libres y el Estado con relación a sus partes, si lo es, por cuanto impone o puede siempre imponer su poder. Esto está demostrado en los Estados totalitarios habidos y los democráticos que van camino de serlo.

La mínima ingerencia del Estado nacional y regional también pertenece a los credos del pasado, es decir, a los milagros. La mínima ingerencia no puede salir de la máxima intervención. No queremos ninguna intervención, ni máxima ni mínima. Cuando demos entrada a esa intervención habremos perdido a los municipios. Hace años que se viene repitiendo teóricamente, máximo de local y mínimo de nacional y los resultados son completamente inversos.

Ahora bien, si los habitantes de la ciudad son libres para darse su administración local, es de presumir que no querrán una carta de esclavización y ya podrían empezar a hacerlo, pero el profesor Wilcox y demás, saben que esto es imposible, pues las cartas y habitantes de la ciudad, dependen y obedecen al Estado y están convencidos de que no pueden vivir sin Estado totalitario, supremo Dios de la nueva creencia en la «Soberanía Popular».

Si los habitantes de una ciudad determinaran la esfera de sus gestiones, claro está, no lo podrían hacer nunca en un régimen estatal, pues la fuerza se lo impide. Son estructuras contrarias. Miren ustedes si se deciden a no pagar los impuestos nacionales o quedarse sólo con el 50 por 100 de su producción ¿qué desbarajuste se armaría?

Que se empezara a crear la unión de comunas es muy bueno, pero esto forma parte del fundamento de la futura federación o confederación de comunas o ciudades y a esta creación habrá de dársele un nuevo sentido federalista de libertad, como vimos. Tales uniones no pueden depender de uniones estatales, sino de ellas mismas y de sus componentes.

Un estudio a fondo viene a parar en lo mismo. La determinación de cuanto es municipal o no, tendrá que

hacerlo el municipio mismo, pues si dejamos al Estado la solución de tal cuestión ya lo estamos viendo... hasta nuestras vidas le pertenecen.

Intentos de mejoramiento y ampliación de funciones son en general, inobjetables, siempre que se separa el poder central que impide sus realizaciones. Si lo mezclamos con el poder estatal hemos perdido lamentablemente el tiempo, engañando a los hombres de buena voluntad y afirmando — es lo peor — la creencia en el «monstruo» que nos está destruyendo y al cual le rendimos homenaje; no lo tocamos, lo cuidamos bien, y obedecemos en todos los momentos.

### EL DILEMA

LOS verdaderos municipalistas deberán plantear valientemente y de una vez por todas, defender el postulado: Estado totalitario o Municipios libres. Este es el dilema de nuestra generación, que levantará como bandera en sus luchas por las libertades municipales y sindicales...

Al pasar revista a la posición de los municipios en las diversas partes del mundo vimos a muchas naciones suprimir sus funciones adosándose al Estado, en otras dejándoles unas cuantas menores y, finalmente, regiones donde hay un renacimiento de los derechos municipales.

En países en que fueron absorbidas las comunas y gobiernos de ciudad, por el concentrado estatal, se realiza un esfuerzo por ampliar o restaurar las funciones antiguas.

Esto fué completamente inútil, pues aunque transitoriamente se haya conseguido algo, al cabo de poco tiempo se nota un retroceso mayor que el del punto de partida.

En regímenes dictatoriales las comunas, funcionalmente y desde el punto de vista de la libertad, han muerto. No existen ni derechos, ni libertades comunales, ni porvenir o vida propia: éstas agonizan o han desaparecido. La rica tradición está cubierta de una gran capa de cenizas, como la que cubriría a Pompeya después de la erupción del Vesubio.

En algunas naciones americanas queda algo de la tradición comunitaria indohispana. Las grandes ciudades no se cuentan, pues su gobierno lo ejerce directamente el Estado por medio de un jefe por él nombrado. En este campo la nueva democracia va librando batalla para extender el poder comunal, aunque sus resultados sean inciertos y frente a la estatización tengan la misma suerte que el grupo anterior.

Queda el tercer conjunto, entre los cuales colocáramos a Norteamérica, Canadá, Francia, Bélgica, Nueva Zelanda, Australia, etc. Aquí es donde principalmente se retorna a creencias y luchas por las libertades comunales. Falta saber si en estos países fuertemente estatizados y en idéntico proceso acelerado, las libertades comunales y los derechos populares, el autogobierno y autodeterminación, no terminan por morir definitivamente. Somos optimistas y creemos que en la rica variedad societaria humana, resucitarán de sus cenizas las viejas tradiciones libertarias de la cultura de las ciudades, en nuevas formas, ambiente y destino, que aquella que originaron éstas abolidas, que hoy añoran los hombres, pero por las cuales siguen pensando y luchando.

DR. JUAN LAZARTE

# HAN RYNER

## El hombre y la obra

por Georges VIDAL

(Traducción del francés por V. Muñoz, miembro de la «Société des Amis de Han Ryner»)

### III

#### LA OBRA DE HAN RYNER

Han Ryner fué un día coronado el Príncipe de los narradores filosóficos (Prince des Conteurs philosophiques). Nadie mejor que él, merecía tal título.

Hay en la obra de Han Ryner dos genios: el genio de la narración y el genio de la filosofía. A veces predomina uno, a veces el otro. Pero son inseparables. Y sobre estos dos genios planea una poesía serena, asombrosa de delicadeza y de frescura.

Una filosofía graciosa, como una joven muchacha, nos conduce, a pesar nuestro, hacia el borde de los más profundos abismos del pensamiento. Y toda la sabiduría de la antigüedad sonríe a través de la poesía fluida de la ficción.

El talento —para no repetir la palabra «genio», aunque este término cuadre mejor con mi espíritu— de Han Ryner es original entre todos. Ha despojado a las filosofías oficiales, de las fórmulas pedantes, para ocuparse de la glorificación sana y natural de la vida.

Todo lo que sirve para la vida es bueno, todo lo que dificulta a la vida es malo, podría resumirse al hablar de la filosofía de Han Ryner, si no hubiera la filosofía, y con razón, borrado de su diccionario las nociones arbitrarias del «bien» y del «mal».

Para expresarme mejor, la filosofía de Han Ryner es indefinible, porque es nueva.

¿Nueva? ¡Bah! diréis vosotros. Sí, ciertamente, nueva, aunque se nutra de las esencias de la antigüedad. Pues es en la antigüedad donde sin cesar se ha inspirado. Dándole una vida nueva Han Ryner ha creado a Diógenes, como el sabio desvela una fuerza desconocida. Esta fuerza sin duda existía antes de que viniera el sabio, pero dormía en lo desconocido. El sabio, al descubrirla, ha hecho obra de creador. Lo mismo Han Ryner. De las sabidurías antiguas que dormían bajo el mito, ha extraído una filosofía nueva y de la estatua muerta ha hecho una carne vibrante. ¿Qué más se pide a un creador?

Ha ocurrido con frecuencia que Han Ryner haya sido simplemente un hombre, un hombre doloroso. Basta leer *El libro de Pedro* (1) y se

verá, en esta obra maestra que ningún padre podría leer sin que las lágrimas acudieran a sus ojos, se verá cuán humano es el corazón del filósofo y cuanta sensibilidad se esconde entre las parábolas «cínicas».

Pero Han Ryner ha escogido. Ha interrumpido su obra ya muy vasta de novelista, para no dedicarse más que a la filosofía.

Algunas de sus obras han quedado, podría decirse, suspendidas entre los periodos, como *El Hombre Hormiga* en donde la ficción del cuento —que no está lejos de ser un cuento de hadas—, atenúa la ironía pesimista del filósofo.

Otras, como *Las Apariciones de Ahasvero*, son inmensos poemas, vastos y temblorosos, y de los cuales a veces se levanta el aliento de la epopeya.

Otras salen de todos los cuadros conocidos, tal *La Torre de los Pueblos*, relato que, también, se avecina a la epopeya, y cuyo pesimismo hace mal.

Otras son aún menos fácilmente catalogables (¡oh, qué palabra tan fea!), tal *El Hijo del Silencio*, odisea maravillosa de Pitágoras; tal *Los Viajes de Psicodoro*, en donde se abren extrañas ventanas hacia lo desconocido; tal *El Quinto Evangelio*, ese libro inimitable que deja atrás a todos los ensayos análogos; tal *Las Parábolas Cínicas*, que se me permitirá considerar como la obra maestra de Han Ryner (aunque sea difícil escoger entre las obras definitivas que acabo de mencionar).

Algunos libros, como *Diógenes de Platanópolis*, curiosos y bien hechos, nos dejan adivinar al novelista sabroso que hubiera sido Han Ryner de haber querido.

Y no hablemos de los estudios, como los dedicados a *Julio Renard*, *Claudio Tillier*, *Banville d'Hostel*, etc., que el filósofo quiso escribir sobre escritores que le parecían ser demasiado desconocidos.

### IV

#### HAN RYNER Y LA VIDA

Han Ryner es el apóstol de la vida natural y sana. Para él, todo lo que impide el libre florecimiento del hombre es obstáculo que debe suprimirse.

Han Ryner odia lo artificial y lo convenido. A menudo envidia la existencia sencilla de los sabios de antaño que con el zurrón en la espalda y el cayado en la mano, caminaban al azar por las rutas y comían lo que el día les

ofrecía. Diógenes en nuestro siglo de las máquinas, este nuevo filósofo cínico tiene la fobia del progreso: «El sabio, escribe, se da cuenta que los progresos materiales tienen por objeto acrecer las necesidades materiales de unos y el trabajo de otros. Ve al progreso material como un peso creciente que hunde de más en más a la humanidad en el lodo y en el dolor... La invención de las máquinas ha agravado siempre el trabajo. Lo ha hecho más penoso y menos armonioso. Ha reemplazado a la iniciativa libre e inteligente por la precisión servil y temerosa. Hace del obrero, en otros tiempos dueño sonriente de la herramienta, el esclavo tembloroso de la máquina» (2). Nosotros no iremos tan lejos como el sabio, y sin embargo, ¡cuántas verdades encierra esta declaración!

Además, esto es ocuparse del lado material de la vida, y Han Ryner, como todos los filósofos, se ocupa sobre todo del lado moral, que posee también su importancia.

Por lo tanto, ya que el filósofo quiere ver al hombre realizarse con toda la libertad, se precisa que este hombre tenga una mentalidad libre, como también le es necesario evolucionar en un medio libre o liberado.

Así es que, todo cuanto ayude a esta liberación mental y a esta liberación social, será buscado, mientras que serán combatidas todas las influencias dominadoras.

Una cosa importa, antes que ninguna otra: es el **conócete a ti mismo**.

Cada hombre contiene en sí un tesoro. Cada hombre lleva en él, la explicación del mundo. Y debe decirse: «Todo lo que sé, es que, del exterior nada sé. Mi espíritu no sale de mi espíritu y las cosas no entran en él. Nunca conoceré otro universo que el mío, el subjetivo» (3). Y este conocimiento del universo subjetivo es ya lo bastante arduo y lo suficiente complejo para satisfacerle. El hombre es la medida de todas las cosas. Cuando el hombre ha aprendido a conocerse, ha empezado a conocer el mundo, tanto como éste puede ser conocido. Pero que, ante el problema de su vida interior, no sea intransigente y exclusivo: «El hombre es un tejido que no se analiza sin un poco de mentira

y de destrucción. Existe conocimiento y creencia en el terreno en donde se hunden las raíces de la acción; y le es necesario a la creencia y al conocimiento un principio activo, deseo o tendencia. No se vuelve el gesto una precisión armoniosa más que en la sencilla luz del pensamiento; y un esfuerzo constante y feliz hacia la ciencia presupone una cierta disciplina de la vida» (4).

Pero que sepa el hombre preservarse o des-  
embarazarse de las influencias ajenas: «Toda influencia es mala para quien la soporta o para quien la ejerce. Si trato de influenciar a un destino ajeno, hago que este destino influya mi propia suerte» (5).

Y es así como Han Ryner llega al individualismo más absoluto. ¿El individualismo? Sí, «la doctrina moral que, no apoyándose en ningún dogma, en ninguna tradición, en ninguna voluntad exterior, sólo se basa en la conciencia individual» (6).

¿Y la vida?

¿Tiene razón el estoico cuando dice: «La vida nunca te da más que el presente, fragmento de pétalo demasiado minúsculo para tener un perfume o fragmento de especia demasiado triturada para picar. Reduce cada fragmento a lo que lo compone en último análisis —por ejemplo, la sílaba, desprovista de sentidos por sí misma, que tú oyes o que tú pronuncias— y el presente, tu solo bien o tu solo mal, te se vuelve indiferente. Excepto la belleza esférica del sabio y la belleza esférica del cosmos, nada vale una sonrisa de complacencia, de desdén o de amargura?» (7). No. El universo que crea el filósofo cínico es más rico que todo eso. Llevando en él la fuente de sus alegrías, no podría sufrir la tiranía caprichosa de las cosas exteriores. El valor que da a esas mismas cosas es bastante relativo para que no pueda sufrir y la simpatía que siente por las grandes manifestaciones de la naturaleza es bastante subjetiva para que nunca se sienta decepcionado.

El cínico es un sabio. No sofisticada la vida. Vive.

(Próximo artículo: Han Ryner, las religiones.)

El ingenio y la cultura corrigen las fáciles ilusiones primitivas impuestas por la sociedad al individuo. La amplitud del saber permite a los hombres formarse ideas propias. Vivir arrastrado por las ajenas equivale a no vivir. Los mediocres son obra de los demás y están en todas partes: manera de no ser nadie y no estar en ninguna. ¡Cuántos hay que sólo valen por las posiciones alcanzadas! Vistos de cerca son menos que nada, valores negativos. Sombras.

JOSE INGENIEROS



# Israel, laboratorio social

por Carlos M. RAMA

La antigua teoría de la ciencia negaba que las ciencias sociales tuvieran la oportunidad de la experimentación, al contrario de lo que sucede con las ciencias naturales *strictu sensu*. Esa aseveración ha sido teóricamente contestada, pero en la práctica cuando se visita Israel se piensa vivir una experiencia de laboratorio, una suerte de experimentación social en términos colectivos y se comprende hasta qué punto es posible en materia de sociología, e incluso de historia, tener los elementos que derivan del directo conocimiento de un mundo social en formación.

## I

Quando en 1948 se inició la experiencia estatal israelita, sus fundadores se propusieron metas tan difíciles como las siguientes:

- a) Hacer un nuevo Estado artificialmente y luchando con las armas en la mano.
- b) Hacerlo con una población heterogénea, proveniente de distintos ambientes y condiciones de civilización.
- c) Tener necesariamente que utilizar poblaciones presumiblemente inaptas. Por ejemplo, gentes de ciudades para tareas rurales, etc.
- d) En definitiva crear un nuevo tipo humano, socialmente integrado en un territorio nuevo, y con exigencias originales.

La tarea, aun siendo inmensa, ha sido cabalmente cumplida en estos primeros doce años, y el Estado de Israel es una realidad social con características propias, y una auténtica conciencia nacional. Ha surgido una nueva forma societaria, naturalmente distinta de los demás países del Cercano Oriente, pero también de las tradiciones históricas judías en que se arraiga. El nuevo Israel es absolutamente distinto de la vieja Palestina árabe, o del mandato inglés, pero lo es también de los ghettos o de las comunidades judías del mundo entero, de que provienen sus integrantes.

Lo interesante, lo apasionante, es descubrir que esa creación social, se hace sin olvidar el antecedente histórico; al contrario, valorizando el factor del pasado, recordando siempre los orígenes. En ningún otro país del mundo actual debe haber el interés por los asuntos históricos que existe en Israel contemporáneo. La arqueología es una pasión nacional. Un reciente congreso agrupó a diez mil personas provenientes de todas las capas de la población. El descubrimiento, y la posterior compra de los manuscritos del Mar Muerto, ha sido considerado como un hecho fundamental de importancia histórica, anunciado personalmente por el primer ministro, Ben Gurión. Las gentes más inesperadas que se encuentran en una ciudad como Jerusalén, estudian la Biblia de tal forma, que la conocen de memoria, a la manera que los italianos saben su Dante, o nosotros debiéramos

saber nuestro Cervantes o por lo menos — nos acota un amigo — el rioplatense «Martín Fierro».

Como en el Renacimiento humanista, es frecuente que los integrantes cambien sus nombres para hebraizarlos, borrando los rastros de su pasaje por el resto del mundo.

La construcción del país es ante todo una admirable obra de la tenacidad. El país es casi siempre espantoso. Desierto en Néguev, pétreo en casi todas partes, con pequeñas llanuras de relativa profundidad y con recursos minerales limitados. No es el vergel de que habla el Antiguo Testamento, y si en cambio, la dura y conveniente escuela de civilización a que se refiere Toynbee. Los israelíes contemporáneos han tomado ese marco geológico y están construyendo un nuevo territorio, tal como los holandeses han hecho su país. En todas las rutas hay bosques artificiales que no tienen más de diez años. A veces cada arbolito ha costado nueve dólares instalarlo y hacerlo vivir los primeros años.

Junto a los pequeños arbolitos, la segunda presencia nunca olvidada en la ruta son los caños. Inacabables tuberías llevan el agua desde el norte al sur y desde la cuenca del Jordán al interior. Incluso en el desierto del Néguev, se aprecian los puestos de bombeo que dan presión a las cañerías. Termina de descubrirse en la Universidad de Jerusalem un nuevo procedimiento para utilizar las aguas marinas, y esto implicará una nueva posibilidad para irrigar el desierto, posiblemente desde el Mar Rojo.

Pero junto a la tenacidad y el esfuerzo, se aprecia disciplinándolo y aprovechándolo los beneficios de la planificación. El desarrollo económico y social se ha previsto, y los esfuerzos de la colectividad — en la medida que lo permite una comunidad democrática — están coordinados e incluidos en planes generales. Las grandes empresas nacionales cuentan con la adhesión unánime. Primero la instalación agrícola, especialmente bajo la forma del Kibbutz. En segundo lugar la implantación de la masa de inmigrantes llegados después de la independencia. Entonces todo el país contaba con 655.000 habitantes y hoy son algo más de dos millones, de los cuales 1.800.000 judíos. Para absorber estas cifras ha sido necesario al mismo tiempo duplicar la superficie cultivada (incluyendo la cuadruplicación de la superficie irrigada). Ciudades como Veer-Sheba, que tenía en 1948 unos doscientos habitantes, hoy cuenta con 32.000, etc.

## II

Por imperio de la misma dinámica social, la solución del primer y gran problema de la instalación de un nuevo Estado, junto a su triunfo, trae aparejado el resurgimiento de otros problemas. Israel tiene — aparte de los problemas de sus relaciones exteriores — un conjunto de situaciones que derivan de sus orígenes, y que

le plantean interrogantes y al mismo tiempo una suerte de desafío a su porvenir.

El país pudo definirse como un Estado socialista, naturalmente nacional y ajustado a circunstancias históricas locales. Así lo entendían sus fundadores e incluso los observadores. Los sindicalistas norteamericanos en la famosa entrevista con Jrushov le preguntan: «¿Qué opina del socialismo de Israel?» Algunas cifras parecen confirmar el aserto. El sector de la producción dominado por particulares es todavía hoy del 40 por 100 y del 60 por 100 público restante, la mitad corresponde a la Histadrut (central obrera mayoritaria). Sectores como la agricultura, la construcción, la marina, la aviación, parte de la Banca, etc., están nacionalizados o sindicalizados.

En el plano político el conjunto de los partidos socializantes cubre el 86,8 por 100 del electorado.

En el terreno sindical la importancia de la Histadrut no puede disimularse con su control no solamente del sindicalismo, sino asimismo de parte de las grandes empresas colectivas de valor económico que hay en el país.

Pero hay síntomas que muestran las flaquezas del régimen, o la iniciación de procesos que anulen o retraen las conquistas anteriores. El admirable movimiento de los kibboutz hoy sólo representa el 5 por 100 del total de la población, aunque naturalmente, produce económicamente por un porcentaje mayor. El mismo primer ministro Ben Gurión declaró su alarma por el hecho de que en los últimos años se fundan menos kibboutz, mientras crece más rápido el número de aldeas cooperativas (mochav) en que cada familia constituye una unidad independiente que explota una granja personal.

Por otra parte, en la medida en que el país se afirma, el capitalismo encuentra que puede ser un excelente negocio instalarse en el medio Oriente. El número y la importancia de las empresas comerciales e industriales capitalistas se acrece casi cotidianamente, y por cierto más rápidamente que las empresas nacionales o sindicales: Israel vende actualmente automóviles a Colombia, cemento o potasa en todas partes, neumáticos en África y diamantes y cítricos en Europa Occidental. Pero también productos farmacéuticos, químicos, artículos eléctricos en Turquía, Irán, etc.

El desenvolvimiento de una burguesía autóctona es posiblemente más importante que la activa intervención de la Banca americana y europea en la promoción del país. Finalmente el país exporta técnicos, gentes capaces de administrar o producir en los dominios más diversos. Los nuevos países de África y Asia, encuentran en Israel un proveedor siempre dispuesto a la promoción de sus recursos. En definitiva el país se convierte en un centro activo de comercio, y esto significa un nuevo sesgo respecto a su estructura social, hasta ayer agraria predominantemente.

Otro problema interesante es el religioso. Todo Israel, pero especialmente Jerusalem, es un mundo por excelencia para las religiones. Allí surgieron grandes religiones

mundiales, y los nombres de las ciudades y de las regiones nos recuerdan con insistencia los textos bíblicos o coránicos. También las misiones venidas de muchos países a los Lugares Sagrados, y no falta el intento de los distintos sectores cristianos de convertir a sus ideas a los mismos judíos. Finalmente éstos, de nuevo en la tierra de sus antepasados, reviven en las preocupaciones religiosas. Por ejemplo, en Israel no existe el matrimonio civil, e incluso en el caso de ateos deben intervenir los rabinos. Estos tienden a organizarse en una Iglesia, y se vinculan orgánicamente en una suerte de Vaticano judío. Los judíos que en Occidente son desinteresados en este tipo de asuntos, una vez en Jerusalem se sienten obligados a la ortodoxia. Ciertos grupos de fanáticos, llegan incluso a oponerse al nuevo Estado, y reivindican la tradición fariseica opuesta a la política, negándose por ejemplo, al servicio militar o a la participación en la vida cívica.

### III

El problema de la orientación de la estructura económica o el problema de las creencias, son simplemente dos casos concretos. Podríanse citar otros muchos de su misma importancia o mayor. Así por ejemplo, el impacto que ha significado la creación del ejército y los usos militares en un pueblo de tradición pacifista, y como en ocasiones entra en conflicto esta nueva fuerza con antiguos núcleos. El reciente asunto Lavin muestra justamente uno de los puntos de fricción.

También la creciente importancia de la Universidad en la vida social del país, así como de la política. Se ha dicho — y debe de haber algo de cierto — que la generación anterior tenía como ideal la vida colectivista en los kibboutz, mientras hoy los jóvenes piensan como ideal ingresar en el Ejército, la Política o la Universidad. En el fondo, se podría aducir que antes no había siquiera país y era necesario hacerlo partiendo desde el agro, y hoy casi un 90 por 100 de la población vive en ciudades y tiene ideales urbanos.

El país todavía se está haciendo. A la fecha las exportaciones sólo representan el 34,5 por 100 de las importaciones, pues el país está capitalizándose y necesita bienes y servicios para asegurar su instalación definitiva. La absorción de los nuevos inmigrantes es un proceso en marcha, que presenta graves problemas de asimilación.

Pero mientras los principales y primitivos problemas siguen en pie, se agregan a Israel los problemas derivados de su misma existencia como Estado y que apuntan muy directamente a su futuro.

A su solución, y esto es típico de Israel, se ponen todos los recursos de la inteligencia colectiva, de un patriotismo auténtico, y de una decisión firme para conservar estos 20 mil kilómetros cuadrados para la comunidad judía. Viendo este prodigio de trabajo y creación política, se piensa en otros pequeños países y sus problemas para los cuales la solidaria y tenaz actitud de Israel puede ser ejemplar.

# Diálogo nocturno con un hombre abyecto

(Una lección para contemporáneos)



IBRA el cristal de una ventana.

EL HOMBRE, (sosegado y hablando fuerte): Entre usted, por favor.

EL HOMBRE: Entre usted. No tiene objeto que permanezca usted al borde de la ventana y a una altura tan incómoda, una vez que ya ha trepado hasta aquí. Le veo bien.

Ahi fuera el cielo, en su oscuridad, es todavía más claro que las tinieblas de esta habitación.

(Cae un objeto al suelo).

EL HOMBRE: Ha dejado usted caer la lámpara de bolsillo.

EL OTRO: ¡Maldita sea!

EL HOMBRE: Es inútil que la busque en el suelo. Voy a encender la luz...

(Se oye el ruido de un interruptor).

EL OTRO: Muchas gracias, señor.

EL HOMBRE: Vaya, ya está usted aquí. Viéndonos, la situación resulta ya menos desagradable. Es usted un viejo.

EL OTRO: ¿Esperaba usted a un joven?

EL HOMBRE: En todo caso, es lo que esperaba. Recoja su lámpara. Está a la derecha de la silla.

EL OTRO: Perdone.

(Un jarrón cae y se hace añicos).

EL OTRO: ¡Maldita sea! Ahora he derribado un jarrón chino.

EL HOMBRE: No, es un cántaro de vino griego.

EL OTRO: Está roto. Lo siento mucho.

EL HOMBRE: No importa. Apenas tendré ocasión de echarlo de menos.

EL OTRO: Después de todo, mi profesión no es escalar fachadas y hacer irrupción en las casas. ¡Lo que se exige ahora de las gentes, sólo el diablo...! ¡Lamento de veras mi torpeza, señor!

EL HOMBRE: Eso ocurre...

EL OTRO: Yo creí...

EL HOMBRE: Pensaba usted que yo dormía en otra habitación. Ya comprendo. No podía saber que a estas horas estaba todavía sentado ante mi escritorio.

EL OTRO: Los hombres normales están acostados a estas horas.

EL HOMBRE: Cuando los tiempos son normales.

EL OTRO: ¿Y su mujer?

EL HOMBRE: No se preocupe. Mi mujer ha muerto.

EL OTRO: ¿Tiene usted hijos?

EL HOMBRE: Mi hijo está en algún campo de concentración.

EL OTRO: ¿Y su hija?

EL HOMBRE: No tengo ninguna hija.

EL OTRO: ¿Escribe usted libros? Este cuarto está lleno de ellos.

EL HOMBRE: Soy escritor.

EL OTRO: ¿Lee alguien los libros que usted escribe?

EL HOMBRE: Los leen en todas partes donde están prohibidos.

EL OTRO: ¿Y dónde no están prohibidos...?

EL HOMBRE: Se los odia.

EL OTRO: ¿Tiene usted un secretario o una secretaria?

EL HOMBRE: En el medio donde usted vive deben circular noticias muy extrañas acerca de las ganancias de los escritores.

EL OTRO: Entonces en la casa no hay nadie más que usted.

EL HOMBRE: Estoy solo.

EL OTRO: Eso está bien. Necesitamos una tranquilidad absoluta. Ya puede usted comprenderlo

EL HOMBRE: Claro.

EL OTRO: Es usted discreto no creándome dificultades.

EL HOMBRE: ¿Ha venido para matarme?

EL OTRO: Tengo este encargo.

EL HOMBRE: ¿Asesina usted por encargo?

EL OTRO: Es mi profesión.

EL HOMBRE: Siempre he tenido una vaga impresión de que en este Estado debe haber ahora también asesinos profesionales.

EL OTRO: Siempre ha sido así, señor. Soy el verdugo de este Estado, desde hace cincuenta años. (Silencio).

EL HOMBRE: ¡Ah, eres el verdugo!

EL OTRO: ¿Esperaba usted a otro?

EL HOMBRE: No... En realidad, no.

EL OTRO: Usted acepta su destino con dignidad.

EL HOMBRE: Te expresas en un lenguaje muy escogido.

EL OTRO: Hoy en día trato sobre todo con personas instruidas.

EL HOMBRE: Es consolador que la instrucción vuelva a ser una cosa peligrosa. ¿No quieres sentarte?

EL OTRO: Me sentaré un poco al borde del escritorio, si no le molesta.

EL HOMBRE: Haz como si estuvieras en tu casa. ¿Puedo ofrecerte una copa de coñac?

EL OTRO: Gracias... Déjelo para luego. Antes no bebo, para que la mano conserve su firmeza.

EL HOMBRE: Ya comprendo. Pero tendrás que servirte tú mismo. Lo he comprado expresamente para ti.

EL OTRO: ¿Sabía usted que había sido condenado a muerte?

EL HOMBRE: En este Estado, todos estamos condenados a muerte; y no tenemos más solución que contemplar fijamente el cielo inmenso a través de la ventana, y esperar.

EL OTRO: ¿La muerte?

EL HOMBRE: Al asesino. ¿A quién, si no? En este maldito país puede esperarse todo, pues sólo lo primitivo es realmente comprensible. Las cosas toman un sesgo lógico, como si hubiésemos en-



- trado en una máquina de trinchar. El Presidente del Consejo de Ministros me ha atacado, y ya sabemos lo que esto significa; los discursos de Su Excelencia suelen tener consecuencias antiestéticas. Mis amigos han decidido vivir, y se han retirado, ya que todo el que me visita se condena a muerte. El Estado me ha encerrado en la cárcel de su respeto. Pero alguna vez tenía que irrumpir en los muros de mi soledad. Alguna vez tenía que enviarme a un hombre, aunque sólo fuera para darme la muerte. Y a este hombre es a quien he estado esperando. A uno que piensa como piensan los verdaderos asesinos. A este hombre quería demostrarle lo que es la libertad; quería probarle que un hombre libre no tiembla. Y al fin has venido.
- EL OTRO: El verdugo.
- EL HOMBRE: Con el cual es inútil hablar.
- EL OTRO: ¿Me desprecia usted?
- EL HOMBRE: ¿Quién podría apreciarte, si eres el más abyecto de todos los hombres?
- EL OTRO: ¿Hubiera usted apreciado a un asesino?
- EL HOMBRE: Le hubiese amado como a un hermano, y hubiese luchado con él como un hermano. Mi espíritu le hubiera vencido en la hora triunfal de mi muerte. Pero he ahí que ha escalado mi muro y ha entrado por la ventana un funcionario que mata, y que algún día se jubilará con una pensión, por haber matado, y podrá dormir sobre un sofá como una araña ahita. ¡Sé bienvenido, verdugo!
- EL OTRO: Gracias.
- EL HOMBRE: Estás perplejo. Se comprende. Un verdugo no puede contestar: Celebro haberle conocido.
- EL OTRO: ¿No tiene usted miedo?
- EL HOMBRE: Es evidente. Hay que guardar cierta consideración a las familias que aún viven en esta casa.
- EL OTRO: Traigo un puñal.
- EL HOMBRE: Una operación quirúrgica, en cierto modo. ¿Será doloroso?
- EL OTRO: Será rápido. Cosa de unos segundos.
- EL HOMBRE: ¿Has matado ya a muchos así?
- EL OTRO: Sí, a muchos.
- EL HOMBRE: Celebro que el Estado haya mandado al menos a un experto y no a un principiante. ¿He de hacer aún algo especial?
- EL OTRO: Si quisiera usted desabrocharse el cuello...
- EL HOMBRE: ¿Puedo fumar antes un pitillo?
- EL OTRO: Claro. Es una cuestión de honor. Lo concedo a todos. Tampoco tengo mucha prisa con los demás.
- EL HOMBRE: Un «Camel». ¿Quieres fumar uno?
- EL OTRO: Después.
- EL HOMBRE: Naturalmente. Todo lo haces después. A causa de la mano. Lo pongo junto al coñac.
- EL OTRO: Es usted muy bueno.
- EL HOMBRE: Siempre se es bueno con un perro.
- EL OTRO: ¿Quiere fuego?
- EL HOMBRE: Gracias. Y ya está también desabrochado el cuello.
- EL OTRO: Le compadezco de veras, señor.
- EL HOMBRE: Yo también lo encuentro lamentable.
- EL OTRO: Ya puede considerarse dichoso de que suceda discretamente en esta noche.
- EL HOMBRE: Me estimo extraordinariamente favorecido.
- EL OTRO: Es usted un escritor.
- EL HOMBRE: ¿Y qué?
- EL OTRO: Debe ser usted partidario de la libertad.
- EL HOMBRE: Ya...
- EL OTRO: Los que he de matar ahora lo son todos.
- EL HOMBRE: ¿Qué entiende un verdugo de libertad?
- EL OTRO: Nada, señor.
- EL HOMBRE: Por eso.
- EL OTRO: Ha apagado usted el cigarrillo.
- EL HOMBRE: Estoy algo nervioso.
- EL OTRO: ¿Quiere morir ahora?
- EL HOMBRE: Otro cigarrillo, si me lo permites.
- EL OTRO: Fume usted. La mayoría fuman un cigarrillo, y luego otro. Ahora son americanos e ingleses. Antes eran franceses y rusos.
- EL HOMBRE: Lo comprendo fácilmente. Dos cigarrillos antes de morir y una conversación contigo: no quisiera perderme eso.
- EL OTRO: ¿A pesar de despreciarme?
- EL HOMBRE: Uno se acostumbra hasta a lo despreciable. Pero después habrá llegado el momento de morir.
- EL OTRO: Aquí tiene otra vez fuego, señor.
- EL HOMBRE: Gracias.
- EL OTRO: Todos tienen un poco de miedo.
- EL HOMBRE: Sí, un poco.
- EL OTRO: Y a nadie le gusta dejar la vida.
- EL HOMBRE: Cuando ya no hay justicia, es fácil abandonarla. Pero tampoco entenderás tú nada de justicia.
- EL OTRO: Tampoco, señor.
- EL HOMBRE: Te aseguro que nunca he supuesto lo contrario.
- EL OTRO: Me figuro que la justicia es cosa de los que estáis aquí fuera. Cualquiera entiende esos líos. Nunca tenéis la misma. Hace cincuenta años que vivo en un presidio. Sólo en los últimos tiempos me mandan fuera, y aun eso, sólo de noche. De vez en cuando leo un periódico. De vez en cuando, escucho la radio. Entonces me entero de la rapidez con que se suceden los acontecimientos, del incesante hundirse y emerger de los fuertes y gloriosos, del paso atronador de sus séquitos, de la desaparición silenciosa de los débiles; pero, para mí, todo sigue igual. Siempre los mismos muros grises, el mismo rezumar de humedad, el mismo rincón mohoso debajo del tejado, que tiene casi la misma forma que Europa en el atlas; el mismo caminar hacia el patio, por los largos y sombríos corredores, en los amaneceres lívidos; siempre las mismas siluetas pálidas, un pantalón y mangas de camisa, que conducen siempre hacia mí, siempre la misma vacilación cuando me ven, golpear siempre sin distinción a culpables e inocentes. Golpear, golpear como un martillo, gol-

pear como un hacha a la que no se pregunta nada.

EL HOMBRE: Para eso eres el verdugo.

EL OTRO: Para eso soy el verdugo.

EL HOMBRE: ¿Qué puede importar a un verdugo?

EL OTRO: La manera de morir el reo, señor.

EL HOMBRE: Querrás decir, la manera de reventar.

EL OTRO: Hay diferencias enormes.

EL HOMBRE: Explicame esas diferencias.

EL OTRO: Lo que usted quiere saber es, en cierto modo, el arte de morir.

EL HOMBRE: Al parecer, es el único arte que hemos de aprender hoy.

EL OTRO: No sé si puede aprenderse este arte, ni cómo se aprende. Sólo veo que algunos lo dominan, y muchos, no; vienen a mí muchos que ignoran este arte, pero también, algunos grandes maestros. Mire, señor; tal vez me sería más fácil comprender esas cosas, si conociera mejor a los hombres, cómo se conducen en la vida. qué cosas hacen en realidad, hasta que vienen a mí; qué es casarse, tener hijos, hacer negocios, tener honor, manejar una máquina, jugar y beber; conducir un arado, ocuparse de política, sacrificarse por unas ideas o por una patria, luchar por el poder y todo lo demás. Pueden ser individuos buenos o malos, vulgares o distinguidos, según entendamos la vida, según sean las circunstancias, el origen, la religión o el dinero de que se disponga; o a la fuerza del hambre. De ahí que no conozca yo tampoco toda la verdad acerca del hombre, sino sólo mi verdad.

EL HOMBRE: A ver, muéstrame tu verdad de verdugo.

EL OTRO: Al principio, todo me parecía muy sencillo. Yo era poco más que un animal insensible, una fuerza bruta, destinada a la función de verdugo. Entonces pensé: lo más que se puede perder es la vida, pues no hay otra cosa que la vida; y el que pierde esta vida es un pobre diablo. Por eso me hice verdugo, hace cincuenta años, para reconquistar la vida que, por haber vivido como un pedazo de bestia, había perdido ante el tribunal. Y a cambio de ella, se me pidió que me convirtiese en verdugo profesional. La vida había que merecerla también. Me hice verdugo como cualquiera de vosotros que está en libertad se hace panadero o general: para vivir. Y mi vida fué matar, ahorcar. ¿Acaso no era una intención laudable?

EL HOMBRE: En efecto.

EL OTRO: Nada me parecía más natural que se defendiese un tipo que iba a morir; que entablase una lucha feroz conmigo, hasta que yo lograra colocar su cabeza sobre el cadalso. Así murieron esos jovencuelos salvajes que habían matado en un acceso de cólera, o para robar el dinero necesario para comprar una falda roja a su amiguita. Yo les comprendía, y comprendía sus pasiones, y les quería, puesto que yo era uno de ellos. Sus acciones eran criminales, pero mi manera de matarlos era justa. La cuenta estaba clara. Sucumbiría a una muerte saludable.

EL HOMBRE: Te comprendo.

EL OTRO: Y después hubo otros que murieron de modo distinto, aun cuando a veces pienso que, después de todo, la muerte era siempre la misma. Estos me trataban con desprecio y morían con altivez, señor, no sin haber pronunciado antes magníficos discursos sobre la libertad y la justicia, haberse mofado del Gobierno y atacado a los ricos o a los tiranos en una forma que daba escalofríos oírlo. Imagino que morían así, porque creían tener razón, y es posible, que la tuvieran en efecto, y querían demostrar que les era indiferente morir. Aquí también la cuenta estaba clara y justa; era la guerra entre ellos y yo. Morían llenos de cólera y desprecio, y yo, enfurecido, les asestaba el golpe mortal. Yo creo que ellos y yo servíamos a la justicia. Su muerte era majestuosa.

EL HOMBRE: ¡Caían valerosamente! ¡Ojalá pudiesen morir muchos así!

EL OTRO: Sí, señor; y esto es precisamente lo asombroso. Hoy ya nadie muere de este modo.

EL HOMBRE: ¿Qué dices, miserable? Todo el que muere hoy a tus manos es un rebelde.

EL OTRO: Yo también creo que muchos quisieran morir así.

EL HOMBRE: Cada cual es libre de morir como quiera.

EL OTRO: No, con esta clase de muerte, señor. Para ello es menester que haya público. Eso sucedía bajo los Gobiernos anteriores. Una ejecución daba lugar a un despliegue de magnificencias: allí acudían el juez, el fiscal, el defensor, el cura, algunos periodistas y curiosos, todos con levitas negras, como para una ceremonia oficial, y a veces había incluso redobles de tambor, para dar más solemnidad al acto. Entonces valía la pena que el condenado pronunciase un discurso injurioso, que indignaba y hacía mordirse los labios al fiscal. Pero ahora todo es distinto. Mueren a solas conmigo. Ni siquiera asiste un cura a la ejecución, ni se les juzga antes. Como me desprecian, ya no hablan; y en este caso, la muerte es un error, porque la cuenta no es justa y el reo pierde en el negocio. De este modo mueren como bestias, con indiferencia y esto tampoco tiene mérito. Cuando ha habido un proceso, porque el Estado necesita que los haya de vez en cuando, y cuando el fiscal y el defensor aparecen, el reo es ya un hombre derrotado, que se deja hacer cualquier cosa. Esto es una muerte triste. Los tiempos han cambiado, señor.

EL HOMBRE: ¡Los tiempos han cambiado! ¡Hasta el verdugo lo advierte!

EL OTRO: No me explico lo que pasa realmente en el mundo.

EL HOMBRE: ¡El verdugo anda suelto, amigo! Yo también hubiera querido morir como un héroe. Y ahora estoy solo contigo.

EL OTRO: Solo conmigo, en el silencio de esta noche.

EL HOMBRE: Tampoco me queda más solución que morir como una bestia.

EL OTRO: Hay otra muerte, señor.

- EL HOMBRE: Explicame cómo puede morirse en nuestro tiempo, de manera distinta que las bestias.
- EL OTRO: Muriendo con humildad, señor.
- EL HOMBRE: ¡Tu sabiduría es digna de un verdugo! ¡En esta época no hay que ser humilde, miserable! Hoy, esta virtud es inmortal. Hasta el último suspiro hay que protestar contra los crímenes que se cometen contra la humanidad.
- EL OTRO: Esta es la misión de los vivos; pero la de los que van a morir es otra.
- EL HOMBRE: La misión de los que van a morir es la misma. Yo he de morir esta noche, en este aposento, rodeado de mis libros, producto de mi espíritu, y a manos de un hombre abyecto, antes de que apunte el día; he de morir sin acusación, ni juicio, ni defensa, sin sentencia e incluso sin un sacerdote, privado de todo lo que se concede a los delincuentes. He de morir secretamente, como dice la orden, sin que lo sepan siquiera las personas que duermen en esta casa. ¡Y pretendes que debo ser humilde! ¡Insensato, la infamia de esta época, que convierte a los asesinos en hombres de Estado, y a los verdugos en jueces, obliga a los justos a morir como criminales! Tú has dicho que los criminales luchan. ¡Bien dicho, verdugo! ¡Yo lucharé contigo!
- EL OTRO: No tiene objeto luchar conmigo.
- EL HOMBRE: El mismo hecho de la inutilidad de luchar con el verdugo es el que caracteriza la barbarie de nuestra época.
- EL OTRO: Se dirige usted hacia la ventana.
- EL HOMBRE: Mi muerte no debe sumergirse en esta noche, como se hunde una piedra, silenciosamente, sin un grito. Mi lucha habrá de oírse. Quiero gritar por esta ventana abierta sobre esta ciudad aherrojada.
- (Grita): ¡Oid, ciudadanos, aquí lucha un hombre con su verdugo! ¡Aquí se sacrifica a un hombre como si fuera una bestia! ¡Ciudadanos, salid de vuestras camas! ¡Venid a contemplar en qué Estado vivimos hoy!
- (Silencio).
- EL HOMBRE: ¿No me lo impides?
- EL OTRO: No.
- EL HOMBRE: Seguiré gritando.
- EL OTRO: Como quiera.
- EL HOMBRE, vacilando: ¿No quieres luchar conmigo?
- EL OTRO: La lucha empezará cuando mis brazos te rodeen.
- EL HOMBRE: ¡Ya veo! El gato juega con el ratón. ¡Socorro!
- (Silencio).
- EL OTRO: La calle sigue silenciosa.
- EL HOMBRE: Como si no hubiese gritado.
- EL OTRO: Nadie viene.
- EL HOMBRE: Nadie.
- EL OTRO: Ni siquiera en esta casa se oye nada.
- EL HOMBRE: Ni un paso.
- (Silencio).
- EL OTRO: Puede volver a gritar, si quiere.
- EL HOMBRE: Es inútil.
- EL OTRO: Cada noche grita alguno como usted en las calles de esta ciudad, y nadie viene en su ayuda.
- EL HOMBRE: Hoy se muere solo. El miedo es demasiado grande.
- (Silencio).
- EL OTRO: ¿No quiere volver a sentarse?
- EL HOMBRE: Probablemente no me queda otra solución.
- EL OTRO: Beba coñac.
- EL HOMBRE: Esto alivia cuando hay que prepararse a luchar contigo, ¡canalla!
- (Escupe).
- EL OTRO: Está usted desesperado.
- EL HOMBRE: Te escupo el coñac en la cara y no te inmutas. Nada te altera.
- EL OTRO: No soy yo quien ha de morir esta noche, señor.
- EL HOMBRE: El verdugo vive eternamente. Hasta ahora he combatido con las armas de un hombre, con las armas del espíritu. Yo era un Don Quijote que se precipitaba, con una buena prosa, sobre una bestia inmunda. ¡Qué ridículo! Y ahora que ya estoy vencido y desgarrado por sus zarpazos, he de luchar a dentelladas. ¡Es una empresa prometedora! ¡Qué comedia! Luchó por la libertad y no tengo siquiera un arma para matar a tiros al verdugo en mi propia casa. ¿Puedo fumar otro pitillo?
- EL OTRO: No necesita preguntar, señor, si al fin quiere luchar conmigo.
- Silencio.
- EL HOMBRE, en voz baja: Ya no puedo luchar.
- EL OTRO: No debe usted hacerlo.
- EL HOMBRE: Estoy cansado.
- EL OTRO: Todo el mundo llega a cansarse, señor.
- EL HOMBRE: ¡Perdóname, por haberte escupido el coñac en la cara!
- EL OTRO: Lo comprendo.
- EL HOMBRE: Habrás de tener paciencia conmigo. Morir es un arte demasiado difícil.
- EL OTRO: Tiembla usted y las cerillas se le rompen en la mano. Yo le daré fuego.
- EL HOMBRE: Como las dos veces anteriores.
- EL OTRO: Exactamente.
- EL HOMBRE: Gracias. Sólo éste. Después ya no te crearé más dificultades. Me doy por vencido.
- EL OTRO: ¿Como los humildes, señor?
- EL HOMBRE: ¿Qué quieres decir?
- EL OTRO: Nadie es tan difícil de comprender como los humildes, señor. Sólo para llegar a conocerlos, hace falta mucho tiempo. Al principio, yo les despreciaba, hasta que descubrí que eran los grandes maestros en el arte de morir. Cuando se muere como un animal indiferente, hay que entregarse sin defensa y dejarse ejecutar. Es lo que hacen los humildes y, sin embargo, es distinto. No es una entrega por cansancio. Antes pensaba yo: es por miedo. Pero, se da el caso que los humildes no tienen miedo. Al fin creí descubrir la verdad: los humildes eran delincuentes que aceptaban la muerte como un castigo. Lo extraordinario es que también morían así los inocentes, los hombres de los que yo sabía exactamente que era una injusticia matarlos.



EL HOMBRE: No lo entiendo.

EL OTRO: A mí me inducía en error, señor. Cuando el humilde era un criminal, me lo explicaba fácilmente; pero que un inocente pudiera morir de este modo, era incomprensible para mí, y no obstante, morían si no se cometiese un crimen con ellos, como si su muerte fuese justa. Durante algún tiempo, me asustaba tener que matarles, y cuando lo hacía, llegaba a detestarme, tan insensata e incomprensible era la muerte a mi entender. La ejecución carecía de sentido.

EL HOMBRE, (*cansado y triste*): ¡Locos! ¡Eran unos locos! ¿De qué sirve una muerte así? Cuando se está ante el verdugo es indiferente la actitud que se adopta para morir. Se ha perdido la partida.

EL OTRO: No lo creo.

EL HOMBRE: Eres modesto, verdugo. Al fin y al cabo, tú eres hoy el gran vencedor.

EL OTRO: Sólo sé decirte lo que aprendí de los que murieron inocentes y humildes, señor.

EL HOMBRE: ¿Tú aprendes también de los inocentes que matas? ¡A esto lo llamo yo ser aprovechado!

EL OTRO: No he olvidado ninguna de esas muertes.

EL HOMBRE: Debes de tener una memoria fenomenal.

EL OTRO: No puedo pensar en otra cosa.

EL HOMBRE: ¿Qué te enseñaron los inocentes y humildes?

EL OTRO: ¿Tu poder no tiene fin?  
(*Silencio*).

EL HOMBRE: ¿Cómo? ¿Vacilas? Cuando llegamos al extremo de que ya sólo los verdugos razonan como filósofos... ¡Explícate!

EL OTRO: Señor, el poder que se me ha conferido y que yo ejerzo con mis manos, el semicírculo plateado del hacha que cae, el destello del puñal que clavo en las tinieblas de la noche o el suave nudo corredizo que paso alrededor del cuello no son sino una pequeña parte de la fuerza de los que atropellan al ser humano en esta tierra. Todas las violencias se parecen, y por eso mi poder es el de los poderosos: cuando mato, son ellos los que matan por mi mano. Ellos están arriba y yo estoy abajo. Los pretextos varían; van del más espiritual y más noble al más vil, pero yo no tengo pretextos. Ellos mueven el mundo; yo soy el eje inmóvil, alrededor del cual gira su terrible rueda. Ellos dominan y, en el fondo de su terror, se halla mi rostro silencioso; en mis manos enrojecidas, encontró su poder la forma definitiva, como el pus que se acumula en una pústula. Yo existo porque toda acción violenta es mala y así, mientras estoy sentado en este escritorio, bajo el resplandor de esta lámpara, ante mi víctima, estrechando con mi mano un puñal, debajo de esta capa de paño usado, empapado de sangre de inocentes, se me desprecia, porque así se descarga sobre mis hombros la ignominia de los poderosos, a fin de que toda su deshonra recaiga sobre mí. Yo soy temido; pero a los poderosos no sólo no se les teme, sino que además se les admira. Disfru-

tan de sus tesoros, provocando la envidia, pues el poder es engañoso, y hace amar lo que debería odiarse. Así sucede que los compinches y los cómplices se adhieren a los poderosos, y saltan como perros para atrapar las migajas que el déspota les echa para servirse de ellos. El que está arriba vive de la fuerza arrebatada a los de abajo, y viceversa; es una tenebrosa amalgama de violencia y de miedo, de codicia y de infamia que lo envuelve todo y, al fin, engendra un verdugo, al que se teme más que a mí: es la tiranía, que precipita a diario a las masas, en filas interminables, al degolladero, a la guerra que se avecina, a la guerra estúpida, que no cambia nada y sólo destruye, porque un crimen da origen a otro crimen, una tiranía a otra tiranía, y así, hasta el infinito, como las espaldas que se hunden en el infierno!

EL HOMBRE: ¡Calla!

EL OTRO: Usted quiso que hablase, señor.

EL HOMBRE, (*desesperado*): ¿Cómo escapar de ti?

EL OTRO: Yo puedo apoderarme de su cuerpo, señor, vencido por la fuerza, que se impone por la fuerza a todo lo que está destinado a convertirse en polvo, pero mi poder no alcanza a la causa por la que usted ha luchado. Sobre ella no tengo poder alguno, porque no se disuelve en polvo. Esto es lo que yo, verdugo, hombre despreciado, he aprendido de los inocentes que cayeron bajo mi hacha y que no se defendieron. El que a la hora de la muerte injusta depone su orgullo, su miedo y hasta su derecho, para morir como un niño, sin maldecir al mundo, obtiene un triunfo como jamás consiguió otro igual ningún déspota. La muerte, silenciosa de los humildes, su serenidad, que también me ha envuelto como una oración, la monstruosidad de su ejecución, contraria al buen sentido; esa cosa que, ante el mundo, no es sino una carcajada, menos aún, un encogimiento de hombros, me reveló la impotencia de los injustos, la irrealdad de la muerte y la realidad de lo existente; esa cosa sobre la que no tengo ningún poder, a la que ningún esbirro puede prender, ni ninguna cárcel encerrar, de la que sólo sé que existe, ya que todo criminal está preso en la sombría mazmorra de su propio ser. Si el hombre no fuese más que un cuerpo, señor, todo sería muy sencillo para los tiranos. Podrían levantar sus imperios, como se levantan los muros, sillar sobre sillar, para formar un mundo de piedra. Pero, cualquiera que sea su manera de construir, por grandiosos que sean sus palacios, por inmensos que sean sus medios, por audaces que sean sus planes y por ingeniosas que sean sus intrigas, en los cuerpos de los ajusticiados, que son el material empleado en sus construcciones, en ese material tan endeble, está latente el conocimiento de cómo debería ser el mundo y la conciencia de cómo es; en él se encierra el propósito de Dios, al crear al hombre, la creencia de que este mundo habrá de ser destruido para que venga Su reino, destruido por una fuerza explosiva más enorme que la del átomo, y que siempre vuelve a modelar al hombre, como si en su masa inerte hu-

blese una levadura que acaba siempre por hacer saltar los reductos del despotismo, lo mismo que el agua tranquila desintegra las rocas y pulveriza sus bloques, transformándolos en la arena que se escurrirá entre los dedos de un niño.

EL HOMBRE: ¡Trivialidades! ¡Nada más que trivialidades!

EL OTRO: Hoy sólo tienen importancia las trivialidades, señor.

*Silencio.*

EL HOMBRE: Se acabó el cigarrillo.

EL OTRO: ¿Quiere otro?

EL HOMBRE: No, ya no quiero más.

EL OTRO: ¿Coñac?

EL HOMBRE: Tampoco.

EL OTRO: ¿Entonces...?

EL HOMBRE: Cierra la ventana. Ya pasa el primer tranvía.

EL OTRO: La ventana está cerrada, señor.

EL HOMBRE: Quise decir cosas elevadas a mi asesino, y ha sido el verdugo quien me ha hablado de cosas sencillas. Yo he luchado por una vida mejor sobre esta tierra, para que no se nos explotara como a las acémilas, a las que se unce el arado. ¡Hala, avanza! ¡Produce pan para los ricos! Y para que prevaleciese la verdad, para que pudiéramos ser no sólo taimados como las serpientes, sino también dulces, como saben ser las palomas y, finalmente, para que no tuviésemos

que reventar en un desolladero cualquiera, en un campo enlodado o entre tus manos ensangrentadas; para que no fuese necesario pasar por este miedo, este miedo envilecedor que inspira tu oficio. Era una lucha por las cosas evidentes, y es triste una época en la que hay que luchar por ellas. Pero cuando llega el momento en que tu cuerpo monstruoso se introduce por sorpresa en nuestra morada, como llovido del cielo, entonces se puede ser humilde de nuevo; lo que importa entonces no es lo evidente, sino el perdón de nuestros pecados y la paz en nuestra alma. Lo demás ya no es cosa nuestra, porque se nos quita de las manos. Nuestra lucha era buena, pero nuestra derrota es todavía mejor. Nada de lo que hicimos se pierde. Siempre se reanuda el combate, siempre, en cualquier parte, en un momento dado, alguien toma la iniciativa. ¡Anda, verdugo! Apaga la luz. El primer resplandor del alba guiará tus manos.

EL OTRO: Como usted quiera, señor.

EL HOMBRE: Está bien.

EL OTRO: Se levanta usted...

EL HOMBRE: No tengo nada más que decir. Ya llegó el momento. Toma el puñal.

EL OTRO: ¿Se siente bien en mi brazo, señor?

EL HOMBRE: Muy bien. ¡Clava!

Friedrich DURRENMAT

## La evolución en las opiniones

*Un anarquista puede modificar su opinión acerca de esto o aquello en la vida y la actividad individualista, en todo.*

*Su experiencia, un juicio madurado, el conjunto de sus observaciones, pueden aconsejarle modificar la interpretación sobre un punto determinado y a «sentir», sin posibilidad de controversia, que si no lo modificara, sería por debilidad, por temor al «qué dirán» en su propio ambiente, y que en todo caso esa actitud de duda equivaldría a considerarse infeliz.*

*Pues bien, un hombre no debe consentir jamás hacerse esclavo de una opinión que no comparte.*

*Se comprende, pues, que un hombre pueda cambiar de opinión acerca de la practicabilidad del ilegalismo; la unidad o la pluralidad en amor, la libre disposición del producto personal, etc. Se pueden adquirir, a medida que transcurre el tiempo, conocimientos y convicciones que no se habían previsto en el momento de formarse la opinión sobre eso o aquello. Lo que interesa es que la opinión que se manifiesta, no se transforme luego en obligación o violencia; que ésta sea presentada como una proposición, jamás como una imposición.*

*Poco importa que un compañero cambie de opinión o de práctica, sobre un punto cualquiera de la vida, tantas cuantas veces sea necesario, lo que interesa es que no se le ocurra presentar su punto de vista como siendo el «único acertado». Lo que interesa es que cuando se entre en contacto con él, se le halle en tanto que negador de la autoridad, un secuaz y un practicante, hasta donde sea posible, de la filosofía del antiautoritarismo, un individualista anárquico viviente y activo.*

E. ARMAND

(Trad.: F. Ferrer).

VII de Toledo» (Altamira: «Manual de Historia de España»). Mas no puede hacerse extensiva esta benevolencia a la mayoría de los preladados y a la misma Iglesia española, cuyos primeros concilios fueron de ciega obcecación contra toda herejía. Una de las primeras víctimas de este furor intolerante fué Prisciliano (340-418), obispo de Avila, condenado por un concilio y ejecutado por Máximo.

Durante la época goda, en particular a partir de la ascensión al trono por Recaredo, la Iglesia asume en España un poder teocrático absoluto. Para solemnizar su conversión al cristianismo Recaredo convocó el III concilio de Toledo (589), en el cual la católica fué proclamada religión del Estado, lo que dió lugar a persecuciones contra los judíos. El clero católico adquirió una gran preponderancia en los negocios eclesiásticos y políticos. Recaredo es el Constantino español. Antes de Recaredo los concilios de la Iglesia habían tratado siempre de asuntos religiosos exclusivamente; desde Recaredo pasan a ocuparse también de los temporales. Esta siembra dió su pleno fruto en el reinado de Sisebuto (612), uno de cuyos edictos ponía a los judíos ante la alternativa de convertirse por el bautismo en el plazo de un año o ser rapados (la mayor humillación entre godos), azotados, confiscados y expulsados. Rudolf Rucker estima en 90 mil los judíos que se sometieron al bautismo, y en unos 200 mil los emigrados a Africa y Francia (Rucker: «Nacionalismo y Cultura»). Por su parte Lafuente califica el suceso de nueva dispersión del pueblo judío, y añade: «La Iglesia comenzaba a hacerse intolerante». En 633, otro concilio, bajo Sisenando, moderó en parte el edicto de Sisebuto, pero establecía que les fuesen arrancados los hijos a los judíos no conversos para ser educados católicamente. Los judíos casados con cristianas debían optar entre la conversión y la separación de cuerpos. Chintila convocó los concilios V y VI. Este decretó que no se diese posesión del reino a quien no jurase intolerancia al judaísmo. El no cristiano sería considerado como esclavo. Recesvinto (VIII concilio) remachó las leyes antisemitas. Y si Wamba restauró la tolerancia religiosa, Ervigio permitió que los obispos restablecieran la segregación religiosa. Finalmente, Egica, so pretexto de que los judíos complotaban con sus correligionarios de allende el Estrecho, puso en vigor nuevas leyes antihebraicas. Por éstas los judíos eran declarados perpetuamente esclavos, y sus hijos debían serles arrancados desde los siete años de edad. Cerremos este capítulo señalando que uno de los monumentos jurídicos orgullo de los próceres cristianos es el «Fuero Juzgo». Pues bien, esta compilación de leyes romanas, germánicas y visigodas, que causó la hilaridad de Montesquieu, dedica uno de sus doce libros a propiciar el exterminio del judaísmo (Lafuente, obra citada).

JOSÉ PEIRATS

# La Sión hispanica

(Ensayo sobre el judaísmo español)

“CENIT”

Toulouse 1961



debemos discernir dos hechos. Primero, la segunda destrucción de Jerusalem por Tito, hijo del emperador romano Vespasiano, en el año 70 de nuestra era, y el concilio de Iliberis, celebrado en el año 300. Don Modesto Lafuente, en su «Historia de España», nos cuenta que en el reinado de Vespasiano se realizó una de las profecías de los libros sagrados: la destrucción de Jerusalem y la dispersión de los judíos por todas las naciones de la tierra. Millón y medio de israelitas perecieron en aquella terrible hazaña de Tito, 97 mil fueron hechos cautivos. Judea dejó de existir como nación, y España, concretamente Mérida, fué uno de los lugares de su confinamiento. Sin embargo, el problema judío toma cuerpo por primera vez en nuestras crónicas a través del concilio de Iliberis (o Elvira, cerca de Granada). El canon 49 de aquel concilio dice: «Se advierte a los dueños de haciendas que no permitan a los judíos bendecir los frutos que dios les ha dado para no hacer superflua nuestra bendición. El clérigo o fiel que coma con los judíos deberá ser alejado de la comunidad para que se corrija.»

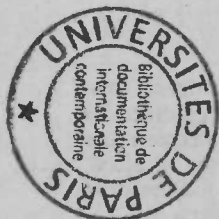
Esta hostilidad parece más bien represalia de los primeros cristianos por la traición de Judas Iscariote. Pero el antijudaísmo toma cuerpo en nuestra península avanzada la época visigoda. Los bárbaros nos invaden en 409: vándalos, suevos y alanos. Los visigodos en 414. «Ya hubo entonces también, como sabemos, problema judío, que llevó otro rumbo, puesto que se les persiguió y desterró (no obstante la protesta del clero católico), si bien la expulsión completa no se pudo conseguir» (Rafael Altamira: «Los elementos de la civilización y el carácter de los españoles»). Según Sánchez-Albornoz («Españoles ante la historia»), los judíos sólo fueron importantes en los reinos cristianos a partir del siglo XII. Dice Gonzalo de Reparaz («La trágica lucha entre el Korán y el Evangelio»): «Los godos, gente inculta e intrusa, no del todo germánica y recién cristianizada, perseguían a los judíos, antiguos habitantes de Iberia (desde muchos siglos antes de Cristo), laboriosos, conquistadores por las artes de la paz, no por la espada, constructores, no destructores, y usaban contra ellos la acusación de la muerte de aquel Cristo de quien los acusados no tenían más noticia que la que sus perseguidores les daban.»

Rafael Altamira tiene mucho interés en señalar que los judíos vivían respetados gracias a la doctrina de la Iglesia defendida por San Isidoro, quien aconsejaba convertirlos mediante la persuasión y la predicación: «Algunos reyes (Sisebuto, Chintila, Recesvinto y Egica) procedieron en contra de esta doctrina, aunque no siempre por motivos religiosos, sino, a veces, políticos, y fueron censurados o contenidos en sus violencias por los obispos y por los concilios IV, VI y

Los judíos no pudieron conquistar jamás completamente aquel verde país prometido por Jehová. Ocupaban el litoral otros pueblos organizados en ciudades independientes: filisteos, cananeos y fenicios. Para colmo de infortunio la tierra de Canaán era un vasto « no man's land » por el que se producía el vaivén de los ejércitos de los dos poderosos Estados de la época: Asiria y Egipto. La situación de los judíos, según frase feliz de H. G. Wells, podría compararse a la de una tribu de gitanos que osase campar en plena Quinta Avenida neoyorquina. En 604 A-J los vencedores de turno castigaron su complicidad con los egipcios vencidos con su deportación en masa a Babilonia (destrucción de Jerusalén por Nabucodonosor II).

De su cautiverio de 70 años regresaron los judíos civilizados. Antes no habían sido más que una tribu de bárbaros. En Babilonia se familiarizaron con las ciencias, la industria y el comercio. Se supone también que forjaron allí la mayor parte de los materiales del Antiguo Testamento, copia, en gran parte, de las tradiciones caldeas. Para Rechús los judíos deben a los babilonios el nombre de su dios: Yaveh o Jehová. El acervo religioso-racista quedaba plasmado en estos principios: Que constituye el pueblo judío una sola raza. Superioridad de la raza judía sobre las demás, según revelación de Yaveh. El mismo Yaveh no era sólo un dios sino el único dios. Que en consecuencia el pueblo judío era el escogido por dios en la tierra. (Monoteísmo y mesianismo).

Estos principios serían exacerbados por las persecuciones y destierros a partir de la primera dispersión o diáspora. Después de la catastrófica gestión de los reyes judíos se inauguraría la fase de los profetas o sacerdotes. (Profeta significa «hablar en nombre de dios»). Estos empezaron a anunciar un salvador o « mesías ». El gran crimen de Jesús fue creerse este enviado de dios. Entre sus compatriotas los había petrificados por el dogma (los fariseos) y helinizados, que hasta llegaban a negar la inmortalidad del alma. Los primeros no perdonaron al reformador haber expulsado a los mercaderes del templo. Por otra parte temían las consecuencias revolucionarias de aquellas predicaciones tan atrevidas. Temían los caifases posibles represiones de las autoridades romanas contra toda población judía. De ahí la denuncia y entrega de aquel perturbador.



**S**I intentamos explicarnos el origen de los conflictos entre los pueblos de la antigüedad nos encontramos con que fueron originados por un proceso laborioso de adaptación a las condiciones del medio geográfico. Tal o cual tribu errante, pastoril y trasahumante, se sitúa en un valle fértil, surcado por el cauce de un río más o menos caudaloso, planta allí sus tiendas, construye los primeros rudimentos de una población, empieza a cultivar la tierra, planta sus árboles, eleva sus templos, inicia, en fin, las bases de una civilización poniendo en práctica instituciones políticas, económicas, sociales y militares. Estas para defenderse de las incursiones o piraterías de otras tribus aún errantes. El nomadismo parece haber sido la más primitiva condición del hombre. La lucha entre nómadas y sedentarios ensangrienta las primeras páginas de la historia. El espíritu guerrero, militarista o colonialista de nuestros días es una reminiscencia de un proceso de adaptación al medio todavía no conseguido por el hombre. El sedentarismo significa la civilización, pero también el sacrilego principio de propiedad de la tierra, del que se desprende el no menos sacrilego prejuicio de casta; el nomadismo es sinónimo de barbarismo, pero lleva gérmenes de universalismo y de libertad. La historia de las primeras civilizaciones en la confluencia del Tigris y el Eufrates tiene este mismo sentido. Los sedentarios pasan de la condición de pastores a la de agricultores e industriales. La sociedad toma cuerpo, pues la adaptación a un medio determinado permite la práctica de refinamientos imposibles en la vida errante: los más sublimes la iniciación en las artes y las ciencias, la especulación filosófica hija de la preocupación religiosa. La civilización doma el furor belicoso en beneficio de otras cualidades más sutiles. Los pueblos nómadas, reacios al sedentarismo por incapacidad de adaptación, desarrollan, en cambio, una enorme capacidad militar. Las primeras civilizaciones caen a pedazos al empuje de los discolos nómadas; pero los victoriosos, seducidos a su vez por sus conquistas, son en realidad vencidos por la civilización, en la que quedan presos irresistiblemente. Otros bárbaros les atacarán a su vez para ser seguidamente asimilados. Un núcleo de civilización cualquiera se compone de capas superpuestas que significan otras

tantas tentativas de destrucción frustrada. Los actores, vencidos y vencedores, son diferentes, pero la civilización es una sola. En realidad las hordas bárbaras no destruyen las civilizaciones, sino que la civilización los destruye a ellos. Los espacios libres van poblándose de ciudades, los baldíos sufren la santa profanación del arado, a la guerra de rapiña sucede el comercio de trueque, elemento del equilibrio futuro. Este equilibrio está todavía por realizarse.

Però de la misma manera que existen en el organismo humano reminiscencias de órganos ya sin función fisiológica aparente, existen pueblos que por razones muy complicadas, difíciles de discernir, conservan hondos resabios de su estructura social-religiosa primitiva. Uno de estos pueblos, entre tantos, es el judío. El pueblo judío figura entre los más antiguos. El que se considera su patriarca, Abraham vivió miles de años antes de la era vulgar. Abraham es un jefe nómada que recorre las llanuras del alto Eufrates haciendo pastar a sus rebaños. Los hebreos habían vivido muchos años en las llanuras donde serpentean los afluentes de este gran río. Llevados de su vida trashumante, rechazados por otras tribus, huyendo quizás de la sequía, abordaron las tierras fértiles del Jordán. Rechazados tal vez por su primer ocupante pidieron asilo al rey de Egipto, quien les permitió establecerse en el valle del Nilo. En Egipto cambiaron sus costumbres. De pueblo nómada convirtiéronse los judíos en sedentarios; de pastores en agricultores. Mas recibidos como huéspedes no tardaron en ser considerados como esclavos. Como tales tuvieron que edificar ciudades, abrir canales, levantar diques para regar las huertas de sus dominadores. ¿Explicación a todo esto? Arriesguemos una hipótesis confirmada por acontecimientos muy posteriores. Los hebreos, imbuídos ya en aquellos tiempos de un acendrado espíritu de comunidad racial, no se dejarían asimilar. El espíritu racial sería reforzado por un sentimiento religioso no menos hondo. La religión está quizás en el origen del pueblo judío. Según Reclús el mismo Abraham se confunde con Orkham, rey de la ciudad de Ur, en Caldea, gran reformador religioso que suprimió los sacrificios humanos. Esto se reproduce en la biblia, donde un ángel detiene el brazo de Abraham en el momento en que iba a apuñalar a Isaac y una cabra ocupa el lugar de sacrificio. El mismo Abraham es oriundo de Ur. Los hebreos cautivos en Egipto formarían ya un pueblo religioso. Moisés les arrancó de este cautiverio mediante una fuga espectacular a través del desierto, el Mar Rojo, la península de Sinaí y la tierra de Canaán. Cerraban así un vasto periplo del Eufrates al Nilo y de éste al Jordán. La sola permanencia en Egipto había durado cuatro siglos o cuatro generaciones, que en esto no concuerdan los textos bíblicos.

II

¿Cuándo llegaron los primeros judíos a España? Según Gonzalo de Reparaz habitaban Iberia muchos años antes de Cristo. Claudio Sánchez-Albornoz cree que de antes de la diáspora. Salvador de Madariaga supone que vinieron en la época del rey Salomón y presta cierto crédito a que serían los fundadores de Toledo (del vocablo hebreo «Tholedoth», «La Sión Hispánica»). Eliseo Reclús los supone introducidos por los galeones fenicios (de mil a mil quinientos años antes de Cristo). Dice este autor en el primer tomo de «El hombre y la tierra»:

«Así la evolución moral de los judíos había terminado representando el conjunto del movimiento que se había producido ya en todas las comarcas del derredor; pero este estado de cosas habría conservado su carácter local y no habría llevado la evolución a los destinos comunes de la humanidad si el pequeño pueblo de Israel hubiese quedado encerrado en el estrecho enclave conquistado a los cananeos. Pero mucho antes de la dispersión de los judíos ordenada por los reyes de Asiria, ya se habían esparcido individualmente por familias y hasta por grupos considerables, por todos los países ribereños del Mediterráneo. Gracias al comercio fenicio, vehículo del elemento judaico, se habían insinuado en todos los países del mundo afectos a la civilización occidental. Igual que las otras naciones de Siria, los judíos figuraron prominentemente entre la clientela de los ricos negociantes fenicios y, de generación en generación, gran cantidad de estos clientes siguió a los aventureros mercaderes hasta las estaciones extranjeras. Unos, de buen grado, otros como esclavos o cautivos, habían «emigrado» a los países lejanos y fundaron por todas partes pequeñas comunidades israelitas que debían, en los períodos decisivos, recibir el impacto de los acontecimientos ocurridos en la madre patria...»

De lo que se desprende que los maestros de los judíos en su cara ciencia especulativa fueron los fenicios. (Los judíos serían aprendices de los fenicios establecidos por su cuenta). Teniendo en cuenta el importante papel fenicio en la colonización de Iberia, quizás sus primeros colonizadores, tenemos un indicio seguro de la fecha de su trasplante en nuestro país. Pero considerada históricamente esta cuestión



# España

Este texto es de Victor Hugo. Lo escribió el año 1868, cuando en España empezaba a desarrollarse la Primera Internacional obrera. Por considerarlo de sumo interés y todavía actual, CENIT lo ofrece hoy a sus lectores.

**U**N pueblo ha sido durante mil años (del sexto al décimosexto siglos) el primer pueblo de Europa, como Grecia por la epopeya, como Italia por el arte, como Francia por la filosofía. Este pueblo tuvo un Leónidas bajo el nombre de Pelayo y un Aquiles bajo el nombre de Cid. Este pueblo comenzó en Viriato y ha terminado en Riego; ha tenido Lepanto como los griegos tuvieron Salamina; sin él Corneille no habría creado la tragedia y Cristóbal Colón no habría descubierto América; este pueblo es el pueblo indomable del Fuero-Juzgo; tiene defensas naturales casi como las de Suiza por su relieve geológico, porque el Mulhacem es para el Mont-Blanc como 18 es a 24; ha tenido su parlamento de los bosques, contemporáneo del foro de Roma, mitin del bosque en el que el pueblo reinaba dos veces por mes, en la luna nueva y plenilunio; ha tenido las Cortes de León setenta años antes que tuvieran los ingleses su parlamento; desde 1133, en las Cortes de Borja tuvo su tercer Estado preponderante y se ha visto en la Asamblea de esta nación una ciudad como Zaragoza enviar 15 representantes al parlamento; en 1307, bajo Alfonso III, proclamó que la insurrección popular era un derecho y un deber; en Aragón instituyó el hombre llamado el Justicia, superior al hombre llamado Rey; frente al trono ha erigido el temible SINO NO; a Carlos V le rechazó los impuestos; adolescente aún, ese pueblo tuvo en jaque a Carlomagno y moribundo a Napolén. Ese pueblo ha sufrido terribles enfermedades y pestes, pero en fin de cuentas no ha sido más deshonrado por los monjes que los leones por los pijos. No le ha faltado a ese pueblo más que dos cosas: SABER PRESCINDIR DEL PAPA Y SABER VIVIR SIN REY.

**E**N la navegación, en la aventura, en la industria, en el comercio, en la invención aplicada al universo, en la creación de itinerarios desconocidos, en la iniciativa, ha sido como Inglaterra, con el aislamiento de menos y el sol de más. Ha tenido doctores, poetas, profetas, héroes, sabios. Tiene la Alhambra, como Atenas tiene el Partenón, y a Cervantes como Francia tuvo a Voltaire. El alma inmensa de este pueblo ha producido tanta luz que para apagarla ha sido necesario un Torquemada; sobre ese faro los papas colocaron su tiara, productora de tinieblas. El papismo y el absolutismo se han unido para reducir a nada esta nación. Toda su luz la han convertido en llamas y hemos visto a España atada a la hoguera. Este quemadero inconmensurable ha cubierto el mundo, su humo ha sido la nube amenazadora de la civilización durante tres siglos y el suplicio terminado, consumada la quemadura, puede decirse: estas cenizas son ese pueblo.

**D**E esas cenizas vuelve a surgir hoy esa nación. Este pueblo renace. ¿Surgirá grande? ¿Surgirá pequeño? He ahí la cuestión.

España puede volver a su puesto. Volver a ser igual que Inglaterra o Francia. La ocasión es buena. ¿Sabrá aprovecharla? ¿Para qué una monarquía más en el mundo? España sujeta a un rey prisionero de otras potencias: ¡qué empequeñecimiento! Además, debido al poco tiempo que duraría una monarquía no merecía la pena esforzarse por su restauración. El decoro va a cambiar. Todo lo que sea decir ¡abajo los reyes! es decir ¡viva la paz!, es decir ¡fuera el militarismo!

Una España regenerada por la fuerza de su pueblo,

sería la posibilidad de vida para sí misma y que ha reinado, en el Mediterráneo antes que Venecia y en el Océano antes que Inglaterra;

sería la industria próspera allí donde sólo hay miseria;

sería Cádiz equiparado a Southampton, Barcelona igual que Liverpool y Madrid igual que París;

sería la probabilidad de que Portugal se uniese al resto de Iberia atraído por su luz y por su prosperidad. La libertad es un imán de anexiones.

Una República en España sería:

la constatación pura y simple de la soberanía del hombre sobre sí mismo, soberanía indiscutible que no puede ponerse a votación;

la producción sin tasas, el consumo sin aduanas, la circulación sin restricción, el taller sin proletariado, la riqueza sin parasitismo, la conciencia sin prejuicios, la palabra sin sordina, la ley sin la fuerza, sin ejército, la fraternidad sin Cain.

Sería:

el trabajo para todos, la instrucción para todos, la justicia para todos, el cadalso para nadie;

sería el ideal convertido en algo real y palpable.

Lo mismo que hay una golondrina que guía a las otras, habría una nación que sería ejemplo de las demás.

**L**a República en España sería la probidad para administrar, la verdad para gobernar, la libertad para reinar; sería la soberana realidad invulnerable; la libertad es pacífica porque es invencible, y es invencible porque es contagiosa. El ejército lanzado contra ella se vuelve contra el déspota. La República en España sería en horizonte la irradiación de lo verdadero, promesa general para todos; como amenaza lo sería solamente para el mal. España sería un gigante, el gigante del derecho atrincherado en los Pirineos.

Si España se levanta monárquica, será pequeña, solamente con una República verdadera podrá demostrar su grandeza de alma.

¡Que elija!

VICTOR HUGO

## ECONOMIA

# España económica

L
 A cosecha total de España puede cifrarse en 10.000 millones al año por término medio, a base del cálculo quinquenal de 1927 a 1931, ambos inclusive, correspondiendo de aquéllos 10.000 millones unos 1.000 millones a Cataluña. Dividiendo el valor de la cosecha total de España entre los 25 millones de hectáreas de suelo productivo, resulta un cociente de 400 pesetas por hectárea y año. O lo que es igual: que el trabajo de 400 pesetas por cada hectárea al año, y que esa misma unidad superficial — la hectárea — sólo vale en el mercado 300. Por consiguiente, lo que hacen los agricultores con su trabajo es volver a comprar cada año el suelo español a los propietarios a más alto precio del que éstos mismos lo tasan para sus transacciones.

¿Y qué mejoras realizaron los propietarios en sus fincas? Ninguna. Plantaciones, caminos, riegos, nivelación de parcelas, defensa contra las corrientes iluviales, aclimatación de especies nuevas, injertos, fruta selecta, lucha contra el salitre y el paludismo, lo que supone incremento de valor se ha hecho sin que el propietario pusiera nada, ni siquiera la iniciativa.

Los trabajadores han sido protagonistas de la transformación agrícola. Ellos extendieron las zonas de humedad cavando y dragando acequias, grandes y pequeños perfiles de riego. Ellos organizaron como regantes el régimen del agua con turnos adecuados. Puede decirse que racionalizaron el riego una vez abandonado el monocultivo cerealista.

En las tierras del viejo regadío se llevó también a cabo por los cultivadores el incremento de valor, poblándolas de frutales, viña y olivar.

Si el suelo español cultivado se pusiera hoy en venta y de la totalidad del precio se dedujera el importe de las mejoras efectuadas por los trabajadores, no quedaría nada para los propietarios.

Hubo tierras que renacieron en pocos años, convirtiendo su calidad pantanosa y abarrancada en espléndido vergel. Los propietarios, cuando valía veinte o treinta mil duros lo que dos lustros antes no valía — en el mercado — ni mil, lo vendían, capitalizando las mejoras hechas en la tierra como si las hubieran efectuado ellos. Esta maniobra les dió unos años de euforia al finalizar el siglo pasado, cuando todavía creía la generalidad de los españoles que la propiedad era intangible y divina.

Los propietarios de tierras mejoradas no abonaron las mejoras que moral y legalmente pertenecen a quienes la realizaron. Tales mejoras equivalen a la cuantía en que cifran los propietarios el importe de las tierras que suponen suyas.

Estos cálculos y estas experiencias se deben a los trabajadores del campo que saben calcular. Son incorporadas a este ensayo porque para todos pueden ser ejemplo de probidad y anhelo justiciero. Por encima de la metafísica marxista y de cualquier otra sociología de buenaventura, los campesinos autores de estos estudios sienten el estímulo de demostrar que no caben interpretaciones librescas para justificar, plantear y resolver el problema social. Y respecto a la crítica de la propiedad y de la renta, ni el propio Proudhon llegó a calibrar con tanta agudeza la bancarrota del capital, sus taras y sus trampas.

Decid ahora si estos grupos españoles del agro no hubieran vertebrado España. El proceso fatal de la guerra perdida por el Estado, interrumpió la vertebración en camino de justificarse:

Ningún filósofo ha sido capaz de plantear problemas de tanta envergadura como nuestros modestos labradores los plantaron después de trabajar jornadas agotadoras y atender a la prole.

Los plantearon con sencillez, incluso con austera belleza de cifra y prueba, que nadie habrá de desconocer. Para que no se desconozca aportación tan clara, es preciso archivar estos datos y tenerlos en cuenta cuando el charlatanismo político quiera desnaturalizarlos y falsificarlos mañana o transferir al Estado la rapiña de la propiedad.

Resulta:

Primero. — Que el valor comercial — promedio de la hectárea — era, en plena República, de 300 pesetas.

Segundo. — Que los créditos hipotecarios y la capitalización por impuestos, representaban, con gastos de titulación, derechos notariales y sucesorios, más incremento de valor por obras públicas, 300 pesetas. O sea, que los propietarios, en realidad, no poseían nada.

Tercero. — Que el promedio de rendimiento por hectárea era de 400 pesetas al año, mientras que la tasación de la misma hectárea no pasaba de 300; o sea, como afirmamos antes, que los agricultores, con su trabajo, volvían a comprar cada año el suelo español a más alto precio del que los propietarios mismos y los peritos lo tasaban para las transacciones corrientes, y que además habían valorizado la tierra con mejoras no compensadas.

A ver quién se atreve a proponer que los trabajadores tengan que abonar un sólo céntimo para llevar en sus manos los destinos del agro, que han comprado — ellos y sus laboriosos descendientes — más de mil veces.

ALAIZ

# América de los indios

**L'** AMERIQUE AUX INDIENS!, por Yves Gandon (Éditions Kent, Paris, sept. 1960), tal es el último libro que he leído. La América de los indios hace pensar que podría cambiarse la preposición «de» y sustituirla con la otra: «para», lo cual no sería del agrado de los occidentalistas, que afirman la doctrina de Monroe: «América para los americanos» o los orientalistas marxistas, que refutando esta última pretensión, imponen la suya: «América soviética».

Gandon hace un viaje de dos meses por las naciones sudamericanas más saturadas con el problema indio: Venezuela, Colombia, Ecuador y Perú. Por supuesto, en el llamado sexto continente, Sudamérica, hay países como el Brasil y Bolivia que también tienen un acentuado problema indio. Otros como Chile y Argentina lo tienen en menor grado. Si extendemos el problema a Latinoamérica en general, entonces hay que incluir el gigante México y a las otras naciones enanas que desde su frontera meridional se extienden hasta el canal de Panamá.

De los indios de Norteamérica, dejemos expresarse al autor: «Los españoles de la conquista, a pesar de su reputación de crueldad, se han mostrado infinitamente más clementes hacia los pueblos sometidos a su tutela, que los fanáticos hermanos peregrinos del «Mayflower» con los pueblos de la Pradera. Mientras que, de Carolina del Sur hasta el Maine y de Virginia hasta Oregón, los implacables granjeros anglosajones, no importando que enarbolaran sus biblias, masacraron sin piedad a los Pieleros Negros, los Sioux, a los Chippeway, a los Cheyennes o a los Comanches; bajo la corona bondadosa de los virreyes católicos los indios de Nueva Granada o de Nueva Castilla llevaban una vida puede ser miserable, pero que el vencedor no pensaba quitarles» (p. 10). Aquí hay un error que conviene aclarar. Los sajones no se encontraron con vastas comunidades indias como los españoles en Méjico o en Perú, donde actualmente los indios constituyen aún más del cincuenta por ciento de la población. Alvar Núñez Cabeza de Vaca, con unos naufragos, fué el primer blanco que atravesó el sud desde Florida a Méjico, de los Estados Unidos de hoy, relatando en su cautivante libro «Naufragios», que en aquellas vastas soledades los pocos indios encontrados eran nómadas y estaban muy dispersos. En el Uruguay, por ejemplo, donde los indios charrúas vivían una existencia nómada en el sud del país y eran en general muy escasos, fueron también aniquilados sin piedad por los españoles y los portugueses, no habiendo quedado, valga esta edpresión corriente, «ni uno para semilla». Hacer una distinción entre la humanidad de la raza latina o la pretendida «inhumanidad» de la raza sajona, no está de acuerdo con la realidad. Inhumanos por igual lo han sido todos los blancos con los indígenas, primero por apoderarse de una tierra inmensa que en su mayor parte a nadie pertenecía y por lo tanto era de todos, segundo, por haber impuesto el simplismo del dogma cristiano a unas mentes casi todas más evolucionadas que los blancos en materia cósmica, y tercero, por el salvajis-

mo del aniquilamiento del indio. Estos tres apartados pueden ratificarse con la serena lectura de la obra de Cieza de León «Crónica del Perú», un español viajero que fué testigo ocular de la época «conquistadora».

A punto viene ahora el afirmar aquí, a pesar de todos los colombófilos, que Cristóbal (o Cristóforo: portador de Cristo) Colón (o Columbus, etc.), «Almirante del Mar Océano», megalómano cien por cien, fué el primer esclavista americano. Dos días después del descubrimiento (o del pretendido descubrimiento, pues antes que Colón otros blancos habían arribado al llamado Nuevo Mundo), es decir, el 14 de octubre de 1492, Colón escribía estas líneas inquietantes en su diario de bordo: «Tengo siete indígenas a bordo. Más tarde los llevaré a España para enseñarles nuestra lengua. Además sus Altezas podrían traerlos a todos y tenerlos cautivos, pues bastarían cincuenta hombres para hacerles hacer todo lo que se quisiera» (p. 78 del libro de Marianne Mahn, Lot titulado «Christophe Colom». Ed. Seuil, Paris). Bartolomé Las Casas, religioso gran defensor de los indios, critica en su obra escrita el esclavismo de Colón, el que más tarde llevó a la península hasta embarcaciones llenas de esclavos indígenas. Pero Las Casas, también tiene por qué callarse, pues es el principal responsable de la «esclavitud negra» en América, es decir, es el negro número uno de lo que fué en todo el continente americano una vergonzosa mancha, el mercado de compra y venta de la población negra arrebatada por piratas oficiales en las costas africanas. En el hermoso libro «Buenos Aires desde setenta años atrás» (ahora de ciento cuarenta años atrás, pues hace exactamente otros setenta que fué escrito) su autor José Antonio Wilde transcribe algunos «avisos» aleccionadores: «Se vende una mulata de todo servicio sin vicio conocido; es esclava de don Celedonio Garay», «El que quiera comprar una criada negra de 28 años, general en su servicio, pero embarazada, ocurra a esta imprenta de los expositos, que darán razón», etc. Como el indio, el negro sigue siendo menospreciado por los arrivistas blancos, existiendo siempre un fuerte racismo, principalmente, en el sud de los Estados Unidos, pretendida meca de los «países libres». No, «Colón no los ha matado a todos» (los indios) dice el impresor de Gandon, en gruesos caracteres impresos en la etiqueta bermeja del libro. Los negros, gracias a su supervivencia y a su salud más floreciente que la de los blancos, también han sobrevivido a los malos tratos...

Llegado a Venezuela, país militarista que siempre está sobre un barril de pólvora, trasladándose a Caracas, desde su aeropuerto constata (lo ve hasta un ciego), los chichriles llamados ranchitos en donde se hacina el exceso de población de los parias capitalinos. País pobrísimo (uno de los niveles más bajos de América) a pesar de las inmensas riquezas de Maracaibo, que van a las cajas fuertes de sus amos extranjeros, es un lugar donde la vida es insegura. Creemos que nadie mejor que Rómulo Gallegos en su novelística ha expresado más bien el drama venezolano.

Países militaristas puede decirse que lo son la mayo-



ría de los latinoamericanos. La espada siempre está desenvainada y pendiente sobre la cabeza de los gobernantes civiles, cuando no es el mismo sable el que se instala en el Poder. Colombia, segunda etapa de Gandon, es un ejemplo vivo de ello. Pero no solamente es la espada la que caotiza a esos países, sino también la cruz. Bogotá está repletísima de iglesias de un lujo exagerado. «Cuanto más ricas son las iglesias, más miserable es el pueblo» (p. 43), le dice un bogotaño. «Toda América del sud ha heredado de España esa religión teatral que se complace en las más crueles imágenes» (p. 44), dirá aún al observar las velas que por doquier arden iluminando Cristos de un realismo terrible. Un abate francés (al parecer en desacuerdo con el gangsterismo del clero hispanoamericano) le relata «con indignación la historia de ese cura que, habiendo perdido todo su dinero en el juego, el de la parroquia y hasta el de la oficina de beneficencia que tenía bajo su custodia, ha sido sin embargo absuelto por sus superiores» (p. 45). Todos los países latinoamericanos cordilleranos ofrecen el bárbaro espectáculo de la infancia abandonada. El ejemplo de ello que nos ofrece Gandon merece párrafo aparte.

«No sería completo mi cuadro si callase otra escena de que fui testigo cierto domingo, en la hora donde las bellas devotas de Bogotá van a la misma. Un gran automóvil americano se detiene delante de la iglesia. En seguida un «chino» de una docena de años, de rostro despierto, pero vestido de harapos, se precipita para abrir la puerta, con el fin de cosechar una propina. Una dama muy bonita y perfumada, desciende del auto. Su mirada pasa por encima del «chino», que se inclina respetuosamente delante de ella. No, ese pequeño golfo no tendrá nada si antes no se lava la cara. En aquel momento, uno de esos mercachifles que se ven en todas las calles de Bogotá, con un perrito en cada brazo, presenta a la altiva criatura un delicioso pequeño can, muy blanquito y que se diría recién planchado. Creedlo, la

bella tiene el corazón sensible. Se humaniza, una sonrisa se dibuja en sus labios, acaricia con su mano al gracioso animal y pronuncia con ternura: «¡Pobrecito!». Mientras tanto el asombrado chino contempla la escena, con la cara aturdida: ¡Qué lástima no ser perro! (p. 47). Baste decir, para el lector no advertido, que un chino en Colombia es un niño abandonado.

El capítulo segundo, «Las estaciones de la violencia», es un documento primerísimo en el drama social contemporáneo. Los partidos políticos principales (liberal, y conservador) alquilaron asesinos a sueldo para autoeliminarse en visperas electoreras. Luego de cierta práctica, estos bandoleros campean ahora por su cuenta y practican el asesinato en serie por oficio. Es el caso que pueblos enteros son saqueados, familias enteras residentes en casas de campo aisladas, sacrificadas por esos criminales, ante los cuales ni las mismas fuerzas represivas del Estado, pueden ahora frenar, debido al «matto grosso» colombiano.

En el tórrido Ecuador, territorio casi todo del imperio inca antes de la conquista, idéntico problema eclesiástico y militar. Miseria india y latifundismo blanco, etcétera. Henos ahora en Perú, la nación más cautivadora de la América del Sur, por su problema indio, en cuyos capítulos acertados asistimos a descripciones de altura. El Cuzco y Machu Picchu, hablan clara ante la pasada grandeza de la organización incaica. Este hermoso libro de 236 páginas se lee con placer y sugiere multitud de ideas.

No es relegando al indio, tratándole como clase inferior, desconociéndole, ignorándole, como puede marchar en armonía el mundo americano. Tanto el indio, como nuestro hermano el negro, merecen incorporarse en nuestros afectos fraternales. Sus corazones, como los nuestros, laten, buscando la armonía que embelleza nuestras vidas.

V. MUÑOZ

El vocablo anarcosindicalismo es inadecuado pero define el tipo de doctrina anarquista de nuestros días

Herbert READ

# Viñetas de...

## JUGUETES DE LUJO



**Q**UIZA este señor tiene razón al decir que los juguetes que Papá Noel trae a los niños no son regalos prácticos. Un babero, unos zapatos, unas medias de lana, sí, desde luego. Pero no se juega con el babero, los zapatos ni las medias, y los niños, sin diferencias de clase, tienen que jugar. Siendo superfluos los juguetes y no estando al alcance de los niños pobres lo superfluo, por fuerza habrán de consolarse con el «practicismo». ¿Y qué consuelo es el del babero o el de las medias? El de ser hombre y mujer sin tiempo. Aquí puede acabar la alegría del infante, al choque con la primera injusticia. Para unos niños papá Noel es padre, para otros padraastro. ¡Imaginad la desolación del niño pobre que esperaba juguetes y papá Noel solo alguna cosa «práctica» le deja! Ya tenemos aquí, en embrión, un anarquista. El niño ha comprendido que hay entre los niños clases, se le quitan las ganas de jugar y le entran las de ser hombre. Papá Noel ha matado a mano airada, su ilusión infantil.

## JUGUETES DE CARNE

¡Muchos, muchos juguetes en los escaparates! ¿Tienen salida, tienen venta? Porque los buenos alcanzan precios fabulosos. Será que ha desaparecido la pobreza. Será que todos tenemos los mismos medios de adquisición. Será que la igualdad empieza en los niños y acaba en los hombres. No ha caído aún esta breva: desgraciadamente, hay pobres y pobrísimos. Dejad las calles céntricas, con sus tiendas de lujo y sus escaparates atestados de juguetes y de golosinas, y venid a la de Dufour conmigo. Al principio, hay una calle costerosa que sube a la de Mostaganem. En el Cantón, en un escaparate sin cristal, porque está al aire libre, hay una muñeca vestida de luto que mueve los labios y no se sabe si reza o jura. Vieja, con el pelo blanco, y el alma — porque esta muñeca tiene alma —, del color de sus sufrimientos. Está ciega. Aparece sentada en el banquillo... de los acusados, que no sólo este banquillo forma parte de las audiencias, diciendo no se qué entre dientes. Los ojos, a oscuras, como dos pozos muy profundos, y en el fondo de los mismos, dos estrellas muertas. El bastón puede ser una llama que va carbonizando su mano. Entronizada en la acera, aparenta una virgen negra — Nuestra Señora de la Necesidad —, de cara al puñetero mundo, en un pedestal de cenizas. Para que se vea cómo, «afortunadamente», hay pobres.

## RIQUEZAS

Tú, muchacho indigente, no desesperes, no mates tu ilusión, no quieras ser hombre sin tiempo. Papá Noel nada te trajo porque a ti, que te falta todo, todo te sobra. Tuyos los barcos «de verdad» que andan por la mar: tuyos el sol de oro y los luceros de plata; tuyos los trenes raudos de las de las líneas siderales; tuyos los hipógrifos con alas de viento y chorros de fuente; tuyos los pájaros canoros, que los instrumentos de música no lo gran superar; tuyos el día y la noche, para que sepas que el que sólo el día y la noche tiene es millonario. Y si me preguntas que posees en la tierra, te contestaré que en la tierra posees la verdad, y que esta verdad se llama sepultura. Muchacho amigo, llena tus bolsillos de constelaciones.

## AZOTACALLES

Hay mucha afición en Orán a la lotería. Lotería Nacional y Algerienne, entre sí diferentes. Tan difícil es hacerse rico con una como con otra. Esta pasión me recuerda la de los «iguales» en Valencia, cuyo sorteo se verifica diariamente en la Plaza Redonda (no se si Redonda o de la Pelota, a la postre redonda. Sin contar que en Valencia — como en el resto de España — se juega bastante a la lotería. El resultado de los «iguales» se conoce a las seis de la tarde. Y vuelta a las andadas. Aquí hay una nube de vendedores de billetes entre moros y cristianos, sanos e inválidos, jóvenes y viejos, refugiados y no refugiados. El ciego Dimas, agudo salmantino, que a tientas recorre todo Orán, es el que bate el «record» de la popularidad: después, Cuartero, hombre de carrera, ya metido en años, que de todos los refugiados que a este negocio se dedican es el más antiguo; luego el simpático Bartolo, que manquea. Y otros inútiles de nuestra guerra, cuyo impedimento a honra lo tienen. Honoradamente se ganan la vida, sin ser un lastre para nadie. Claro, hay que dar muchas voces, muchas patadas, desde el alba hasta las tantas de la noche, en todo tiempo, bueno o malo que lo haga. Algunos han dado premios gordos, siendo refugiados los favorecidos. Por Papá Noel, hacen los vendedores de lotería su Agosto.

## «...MI DESCANSO PELEAR»

Siquiera esto no es humillante. El vendedor de lotería está escuetamente a la comisión de la venta, porque aquí no hay costumbre de dar propina. Se diferencia del músico callejero a plato aparado o pasándolo de mesa en mesa en bares y restaurantes, lo cual tampoco desdora. Harta pena causa la coplera ciega que por veces se pone en la Plaza

# Cuéntenos usted algo

**H**AY muchos libros en que se trata de cómo puede uno hacerse rico. Yo podría publicar un libro que sería, por lo menos, mucho más original: El libro sobre numerosos y diferentes modos que hay de hacerse pobre.

Yo no sé si habrá alguien que entienda mi clara filosofía sobre esto de rico y pobre. Las cosas demasiado claras pueden resultar confusas por deslumbramiento. Entre ser rico o ser pobre, quizá sea preferible lo primero a lo segundo; pero entre «hacerse rico o hacerse pobre», creo sinceramente que lo segundo es preferible a lo primero. Yo no sé explicarme, pero estoy convencido de que la avaricia de riqueza es pobre avaricia, mientras que la avaricia de pobreza es rica avaricia. Las verdaderas grandes fortunas se amasan acumulando pobreza. Pero, repito que no sé explicarme, y lo mejor será que apague la luz de mi filosofía, porque mucho más conveniente es estar a oscuras que alumbrarse con algo que deslumbré...

Es imposible que yo llegue alguna vez a ser rico de dinero, porque con el dinero no hago más que tonterías. Voy a contarle, con mucho gusto, dos o tres de tales tonterías.

de Juana de Arco y otras en las Galerías de Francia, en la rue Arzew, y cantando a palo seco y a grito pelado se desgañita. Si yo no sembrara finezas en el asfalto como acostumbro, me brindase a escribirle unas cantigas de mejor traza, aunque menos bonitas que las del rey Sabio: como no doy una en el clavo, temo causarle un mal y que me mande a paseo. Pena dan también el hombre y la mujer españoles, a los que abriga la mugre — y seguramente algo más... — que de recitar la oración del ánima en pena y de otros destajos piadosos viven. Ya van cuesta abajo, salmodian por partes, no se sabe si rezan o explican el crimen de Cuenca de tan rápido como dicen.

## A MAL TIEMPO, BUENA CARA

La necesidad de vivir todo lo justifica, máxime si se es viejo o se está inválido. Gran parte de las filosofías quiebran a la hora de ir al restaurante. Y al restaurante hay que ir todos los días aunque no se vaya más que una vez al día. El agudo Dimas, el culto Cuartero, el simpático Bartolo y los demás vendedores de lotería inútiles de nuestra guerra no son un lastre para nadie y ostentan su invalidez como un timbre de gloria. A ellos, ayer soldados de la Libertad y hoy expatriados, van dirigidas estas líneas.

... J. M. PUYOL

Una vez, en Barcelona de mi alma, llevaba yo en el bolsillo veintitrés pesetas justas. Mi dinero, señor, siempre es justo, porque con él nunca hago daño a nadie, ni a mí mismo, y, además, porque es bueno... Me dirá usted que todo el dinero, no tratándose de moneda falsa, es bueno. ¡Que se cree usted eso! Hay mucho dinero malo, aun siendo moneda legítima. ¡Usted ya me entiende, señor!...

Hace ya muchos años de esto que le estoy contando. Creo que era en 1927... ¡Entonces sí que estaba yo loco de veras!...

En la vieja y solemne plaza del Rey, de la bella Ciudad Condal, vi a un hombre de pie al lado de una gran jaula llena de jilgueros, que son pajarines tan lindos y que tan bonitamente cantan...

Hacia, por cierto, un esplendorosísimo sol de gloria que me animaba a realizar hazañas incomprendibles, que son las grandes de veras. Lo que no recuerdo bien ahora es si era a media mañana o media tarde de un día de verano. De que era verano sí estoy seguro, porque yo iba en mangas de camisa y abanicándome con un «pay-pay» de anuncios, y tales cosas yo no las hacía sino en verano. ¡Alguna «cordura» había yo de tener!...

Conque me dirigí resueltamente al tío aquel de la jaula y le pregunté con exaltación:

— ¿Por qué tiene usted a esos jilguerillos en una jaula cerrada? ¿No comprende usted que los pobres no pueden volar?...

El tipo me miró con odio:

— ¡Oiga usted, caballero! — me dijo, dentellando las palabras, por no poder morderme a mí la punta de la nariz —: ¡Si tiene usted ganas de broma, tirele de la corbata al gobernador civil, pero a mí déjeme usted tranquilo, que yo soy de Manresa y no me meto con nadie! ¡Ya lo sabe usted!...

Y en seguida se puso una mano junto a la boca, a modo de bocina, y pregonó sin mirarme:

— ¡A peseta el pajarillo!

¡Qué bien canta y qué bonito!

— ¡Ah! — exclamé, «comprendiendo» —: ¡Sin duda usted los vende!

— ¡Naturalmente! — me contestó con desprecio el hombre —: ¿Creía usted que los había traído aquí a tomar el aire?...

— ¿Cuántos me daría usted por veintitrés pesetas? — interrogué a mi antipático congénere.

— ¡Veintitrés! — me respondió secamente —:

¡A peseta el pajarito!

— ¿No me los daría usted todos? — le pregunté suplicante —: ¡Es que no tengo más dinero!...

— ¿Todos — extrañó él, indignado. — ¡Pero si hay treinta y nueve!... ¡Hombre, usted está loco!...

Y pregonó de nuevo, gritando a rabiar:

— ¡A peseta el pajarito!

— ¡Qué bien canta y qué bonito!

Me parece que aún le estoy oyendo...

— ¡Veintitrés pesetas, veintitrés jilguerines!



añadió, mirándome por encima del hombro — ¡Ni una peseta menos, ni un jilguerín más!

— ¡Por San Pancracio! — le imploré casi con lágrimas — ¡Venda usted pájaros, pero no diga usted jilguerín! ¡Usted no tiene derecho a decir jilguerín!

— ¡Oiga, señor! ¿de qué manicomio se ha escapado usted? — me preguntó, nerviosísimo, el odioso tipo aquel, policía, carcelero y tratante, a la vez, de vivos y alados cánticos.

— ¡Bueno, déme usted un pajarito! — le dije, sin ganas de bronca.

— ¡Venga la pesetita por delante! — me pidió él.

Conque se la di; y el tío, después de guardársela en el bolsillo del pantalón, se agachó, abrió con cuidado la jaula, metió en ella la mano, sacó uno de aquellos jilguerines y me lo entregó. Yo, así que lo tuve, abrí la mano y el pajarito echó a volar con alguna torpeza y con mucho gozo; se detuvo un instante en la barandilla de un balcón y desde allí me gorjeó sus más emocionadas gracias; por fin, flechó los altos y claros aires, con vuelo seguro... ¡Oh, qué gozo divino el de dar la libertad a alguien, aunque sea a un pajarín...

— ¡Déme usted otro! — dije al tipo.

— ¡La pesetita primero! — me contestó él.

Se la tiré, la recogió, embolsósela, me entregó el segundo pajarín, y lo solté igualmente... ¡Qué felicidad! ¡Y aun dicen que no existe!...

— ¡Otro! — pedí, anhelosísimo.

— ¡La pesetita! — me exigió el tipejo.

Y lo mismo.

Y luego el tercero, y después el cuarto y a continuación el quinto, y acto seguido el sexto... Y así hasta que se me acabaron las veintitrés pesetas.

— ¡Jilguerines amadisimos! — dije a los dieciséis que aún quedaban en la jaula — ¡siento muchísimo no poder daros a vosotros la libertad! Pero, ¡ya no tengo más dinero! ¡Maldita sea mi pobreza!...

— ¡Déme a mí otro! pidió al tío un caballero.

— ¡Y otro a mí! — codició angelicalmente una preciosa niña, de la trémula mano de un anciano.

— ¡Y a mí! — reclamó un joven sargento de Infantería, del brazo de su novia.

— ¡Y a mí!...

— ¡Y a mí!...

— ¡Y a mí!...

— ¡Y a mí!...

El siniestro tipo aquél iba entregando los pajarines, y los compradores se apresuraban a soltarlos...

— ¡Un loco hace ciento! — exclamó el vendedor de pájaros, mientras me miraba como con ganas de matarme.

Y se marchó, con la jaula vacía.

Desde entonces hasta hoy, en los treintaitantos años transcurridos, yo he sido en la vida, muchas veces, pajarín en la jaula o en el cepo, y siempre ha venido algún loco a libertarme...

A. VIDAL Y PLANAS

## Miñotos de Sierra Abajo

por Angel SAMBLANCAT

**A** la herpe o a la tiña que le roe la ingle y le bebe la sangre a la retaguardia de Iberia, no le hemos ajustado aún las cuentas debidamente. ¿No dijo el bien asado san Lorenzo de Terreiro do Paso, que el país cuya piel él escoriaba, era una piolheira, esto es, una lendrera? Pues el parásito más cebedo y más hinchado de chupar todo lo succionable era el Braganza o bragazas en cuestión. Se había dorado como una pularda y por eso lo echaron al horno. Estaba tan infuloso como Franco en España ahora. Y completa la terna de pendones del Calvario peninsular ese perinclito Oliveira, a quien nadie cuelga de una rama de su apellido.

Bajo la férula del pringoso y mugroso domine de Coimbra, a la argonáutica nación de los lusos se la acaba de comer, al arroz que le granula la cabeza, la maliciosa roña fascioide. Como al resto de la piel de vaca, tendida a los quesos de la Europa feudal, reñida con la higiene.

El pobre Luis de Camoens, ciego y viejo, vióse por la miseria obligado a deshonorar sus canas, mandando a

una criada negra a implorar caridad para su amo en las esquinas. Y eso, cuando las naves del Brasil volcaban montañas de café en las banquetas del estuario del Tajo, y Lisboa era la capital occidental de la canela.

Esa buena mucama, color de zapato, del autor de Os Lusíadas, fué la única persona que acompañó al cementerio el cadáver del poeta, por quien el nombre de Portugal no es hoy sólo un chiste. Con el mismo lucido cortejo fueron inhumados los restos mortales de Leibnitz. Como yo no tengo quien me friegue los platos, ya veo que me tendré que ir a la fosa sola. Mejor. Así no habré de escupir por última vez a cielo y tierra, de asco.

Bajo el preconulado de «Salacidad» y el imperio de los Laburus ingleses, la Iberia atlántica aún se ha encogido, como la piel de zapa, más sí cabe. Es un hormiguero de soplonés, de pinchos de galón y de tocadores de pito o flauta.

*Me han contado que hoy, en pleno Rocío, no se puede penetrar en el urinario de un café, como no sea vestido de guerrero gótico, porque el penetrado resulta el que se pone a hacer operaciones de números primos, de cara a la pared. Los garrochistas de Oliveira lo toman por un Lord, recién salido de la cárcel de Reading, de cumplir la pena de estar dos años trenzando esparto, como Oscar Wilde, y por los mismos méritos que él. Y naturalmente: atizan al que es objeto de ese equivoco. Y donde las dan, las toman.*

Los veraneantes totoanuos de Estoril y los sidanios y petronilos de la Ceda, en plan de conspiradores de guinól, han contribuido a hacer prosperar la petroniana y elegante industria. Hasta Lerroux salió del zarzal ardiente con la inocencia en pérdida.

Cuando Queipo pipón les ofrecía a los aficionados del país hermano en Cain, corridas de rojos en el ruedo taurino de Badajoz, todo Elvas y Vila Real de Santo Antonio se vaciaban en el tendido de las sangrientas arenas.

Se anunciaba el atroz espectáculo en los centros de farra y de vicio de la capital. Y allá que te van en furgoneta o en fotingo de cuatrocientas

## EL HOMBRE y la máquina

Contra la máquina, el hombre ha lanzado groseras invectivas, ha escrito agriados panfletos, ha llevado a cabo acciones irracionales.

Casos como el de la joven sirvienta del telar mecánico, polvoriento — que se traga el enmadrado hilo por arrobos — son frecuentes. La veo agobiada por la voracidad de la máquina; abrumada por el ruido del gramófono a través de los potentes altavoces, lanzando al aire enrarecido y sofocante las notas estridentes, el ritmo endiablado de un «swing». La veo apabullada por los gritos del capataz; con los nervios hechos cisco, neurasténica perdida. Y la oigo aún gritando: «¡Maldita tu alma cabrón!»

Era al telar a quien el exábrupto iba dirigido. Puede que las cosas tengan su alma. Y puede que a los hombres les falte espíritu. No sé. Lo cierto es que el telar hizo caso omiso de la castiza maldición. Siguió devorando. De lo que si estoy cierto es de una cosa. Esta suerte de funciones jamás crearán un órgano apropiado para realizarlas; acabarán, si no se pone coto a ciertos desmanes, con el sistema nervioso mejor equilibrado.

Es una consecuencia del maquinismo el estado neurótico de los obreros, que alcanza inclusive a los parásitos que no pueden vivir sin servirse de las máquinas. De ahí tantas sensibilidades atrofiadas, deformadas e invertidas.

El esfuerzo muscular de antaño hacía curvar el espinazo del hombre. El esfuerzo nervioso de hogaño les convierte en candidatos a la casa de orates. Cuando sepamos la importancia que tiene la red nerviosa respecto a las funciones fisiológicas y psicológicas, y por lo tanto intelectuales del hombre, comprenderemos la tragedia actual de la sociedad.

La digresión consumada, volvamos al cauce normal.

Son famosos los artículos y ensayos que Spengler escribió contra la industrialización y el maquinismo. Propugnaba por volver a la caverna antes que ser víctimas del susodicho automatismo.

La acción de los coolies chinos contra el camión, introducido por los blancos en las tierras sacras del Yan Tse; la de los braceros andaluces contra las cosechadoras impuestas por los feudelistas de la campiña bética, son harta conocidas de todos; evitaremos, pues, la narración detallada. Inútil decir que, en la ausencia de un blanco bien visible, fallan las punterías mejor ajustadas.

Eterna confusión de los medios y los fines. ¡Cuántas veces la velocidad pura se nos antojará aún macizo tocino!

Ahora bien: el péndulo nunca se detuvo en un extremo de su arqueada trayectoria. Las loas cantadas a las máquinas son tan voluminosas cuan disparatadas.

¿No sentó Marx sobre sus cimientos todo el edificio socialista científico? El y casi todos los sociólogos de gabinete del pasado siglo, vieron en la máquina el fin de la esclavitud, el principio de la emancipación económica y el vehículo de la justicia social. hombres de tanta probidad científica y entereza moral como Nicolai, cifraron excesivas ilusiones en este instrumento técnico industrial. Más aún, en un reciente ensayo publicado, dicho sabio trataba de justificar la esclavitud de Atenas y Roma debido a la ausencia de la máquina. ¿Y la servidumbre de la Edad Media, y el asalariado actual? ¿Es también una cuestión mecánica?

Si la abundancia tuviera la

virtud de hacernos justos, si el sórdido materialismo del hombre pudiera colmarse, si nuestra liberación dependiera de unas arrobos más de pan y de unos cuantos pares más de zapatos, entonces quizás. Pero lo cierto es que los pudientes no se distinguen por lo justos, como tampoco puede satisfacerse la avaricia. De las sobras del señor ningún esclavo digno se contento jamás. Aprecio el mendrugo paternalmente compartido con el amigo, y desprecio el muslo de pollo lanzado despectivamente por el hacendado. Dignidad de los pobres y altivez de los ricos, ne ahí lo irreconciliable. Y las columnas que deben sostener el futuro edificio social, son las de la dignidad, o se vendrá abajo pese a todas las máquinas y las maquinaciones.

Desgraciadamente, hoy, las catástrofes que originan los ociosos preocupados son de temer por la indignidad de los laboriosos despreocupados.

Dudo que un poeta sea capaz de escribir un soneto inspirado por las gracias de una máquina en movimiento, pero ahí están las estadísticas, que son todo un poema en marcha. Número falaces que sólo sois sensibles a lo cuantioso, importándonos un bledo lo calitativo. El hombre tiende a calcular e inculcar lo imponderable con sólo los números.

Con lo dicho hay bastante. Resumiendo: la máquina es un medio acelerativo de nuestro destino. Del hombre depende el que sirva para un fregado o para un barrido. Terrible destruyendo, es portento de construcción. Podemos quizás humanizarla; lo que si de cierto debemos, antes que sea demasiado tarde, es no dejarnos mecanizar por su automatismo.

Si el hombre fuera tan chico, se revelaría tan infimo como para no dominar y dirigir la máquina, ¿cómo iba jamás a dominarse y dirigirse a sí mismo?

Lo cierto es que ello no implica renuncia a la tecnología; además resulta imposible desandar un siglo de ciencia; estamos en pleno océano y debemos salvar el barco para salvarnos nosotros mismos.

Lo dicho por el fabulista griego respecto a la lengua, encaja perfectamente con la máquina. Lo mejor y lo peor a la vez.

No se puede renunciar a la expresión pese al asco que nos causan ciertos lenguaraces y el respeto que debemos a ciertos mudos.

PLACIDO BRAVO

*patas de caballo, a ver sacrificar obreros extremeños y andaluces, como reses, los aiduos de Chave d'Ouro y de Havana.*

*Muchas veces, la carga del «camión de la carne» (sic) la habían proporcionado los escarpas fronterizos Mattos y Moura, regresando o devolviendo a las jerarquías de la facción y al ventrílocuo de Radio Sevilla, los fugitivos del viento en los olivares y los salvados de las quemadas del Oeste de España.*

*Los testaferros y la dependencia de confianza de los Bancos Pinto Sotomayor y del Santo Espíritu, proveedores de fondos a Sanjurjo, no falta*

*ban nunca a la fiesta.*

*Viendo las muecas que hacían fusilados y ametrallados, los señoritos y las señoritas de aquende y allende la raya, reían, silbaban o aplaudían, según era el humor.*

*Y esa morralla se iba luego a bogar por los 7 mares del pecado capital, y a revolcarse y descebollarse por parejas de un mismo sexo o de ambos a las camas de los hoteles, sin que un rayo de cielo la pulverizase, en la única polvoreda padreterna, reclamada en circunstancia tan hermosa, como chuzo, digo chucho, digo chuzo — ya no sé de indignación lo que me digo — por perra salida.*

# LA VIDA Y LOS LIBROS

« EN MEDIO DE LOS ESCOMBROS » (1)

Por **Conrado Lizcano**

**Y** O sé lo mucho que se añora el terruño entre los españoles. Sé que quien más quien menos se ha hecho una idea de la situación de España una vez haya caído el tirano, una vez que, «girada la tortilla», se haya producido la vuelta. Por eso deduzco que el hermoso libro de Lizcano, tras enternecer el alma del más valiente y rudo de los exilados, gustará a todo aquél que formó parte de la gran caravana. La caravana nazarena, que dijera Samblancat.

«En medio de los escombros» dice su autor que es una novela. De acuerdo, pero nos permitimos recordar la diferencia que Vidal y Planas hacía de la novela y del relato histórico. Para este poeta todo pertenece a la historia. Si se refiere al ayer porque ha pasado, y si no porque puede pasar. Cuestión de calendario y de reloj, pero tras estos razonamientos, en efecto, todo es historia. La novela de Lizcano, escrito anticipacionista, viene a dar la razón a Vidal y Planas. El mismo autor corrobora su idea cuando dice: hacer novela es imaginar la realidad y no realizar la imaginación. Novela y todo, su desarrollo, su motor, su eje y su timón, lo constituye «la vuelta». La vuelta del expatriado y las peripecias que le aguardan.

Y esto es muy importante. Lo es por dos motivos que convergen hacia el refugiado y sus ilusiones. ¿Qué refugiado no habrá soñado, imaginado y «creado» su vuelta? Este, pensando en la colectividad que dejó el año 38; ése, pensando en el puesto de tornero que tuvo; aquél, en el del aula que le ofrecían siendo estudiante. Todos han pensado, hemos acariciado, la vuelta, nuestra vuelta.

«La vuelta» le habría ido muy bien como título al libro de Lizcano porque es ella la idea dominante.

Empero no es sobre este aspecto único que se desarrolla la novela. Escrita con garbo castellano como todo lo que sale de nuestro amigo, por ejemplo, opina sobre la bandera: «Tras la enseña rojigualda se escondía el piquete de ejecución o el suplicio del garrote». De las banderas dijo Samblancat que no valían ni para echarlas al estercolero.

Me es agradable constatar en Lizcano que tiene presente buena parte de los problemas que diariamente viven los trabajadores, los idealistas. Una de ellas, de la máxima importancia, que ha dado ocasión a agrios debates, es la de justificar o explicar el suicidio en tanto que acto supremo. Se trata de saber si es cobardía o si es la expresión fiel de lo más valeroso del individuo. Y «En medio de los escombros» nos dice que el suicidio es «una fuerza enfermiza del ánimo». Tema éste sobre el que valdría la pena abrir una encuesta internacional en la que se explicase y se examinase la situación psicológica del suicida. Porque no es fácil comprender cómo

es posible que hombres tan llenos de vida, de talento y de virilidad, como Larra, Daguerman, Ganivet y otros muchos más, hayan llegado a suicidarse.

Acaso todo ello escapa al entendimiento. Mucho me temo que así sea por lo menos hasta que se encuentren, de manera incontrovertible, «las raíces biológicas del temperamento, de la moral, de la fisonomía y del comportamiento social del hombre». Hay teóricos que es precisamente en estos hechos en donde justifican la idea de dios. Peruida la fe en el hombre, inventan una quimera donde posar alguna esperanza. Falsa esperanza, pero eficaz, dicen, en los cerebros deteriorados. Nosotros, ateos que somos, no dejamos de reconocer que posiblemente la creencia en una divinidad pueda jugar un papel saludable en las mentes enfermas. En todo caso, debe ser gran desespero no tener, no poder contar, con una mano amiga que te ayude o un horizonte más amplio que abra perspectivas. Sólo considerando estas verdades puede uno imaginarse el efecto moral y reconfortante que produjo en Inocencio, protagonista del libro, la calurosa acogida de su hermana a la que ni la presión del régimen fascista, ni la de su marido hizo mella en su dignidad. Así lo reconoce Lizcano, es decir, Inocencio, el desterrado que vuelve, y a su fiel Andrea le dice: «Una de las más grandes satisfacciones que he percibido en mi vida me la acabas de dar ahora. Tu temple y tu grandeza de alma, que representan tus palabras y tus actos valen mucho más que cuanto pudiera representar mi parte del patrimonio familiar. Desprecio la hacienda, pero no la honra.» Y más adelante, rozando otro problema de palpitante actualidad, muy general por cierto, dice: «En cuanto a las críticas y calumnias de la gente, hay que aceptarlo como una consecuencia natural de los muchos años y postración de la conciencia popular sometida a una propaganda tendenciosa.» Y aquí surge el hombre: «Los hombres valen, no por lo que oscuramente se diga de ellos, sino por lo que hacen al sol de cada día.»

Efectivamente, no hay que prestar atención a los ladridos de los perros; escuchándolos no se llega nunca al término de la jornada (Machado).

Y Lizcano establece una escala de responsabilidades que salta a la vista del lector en cuanto lo lee y se para a meditar la lectura. Hay la responsabilidad del hombre fundada en sus actos y no en sus palabras y la responsabilidad sindical: defensa del obrero en las fábricas llevada a cabo tras examen de los comités de la C.N.T. y de la U.G.T. No quiere decirse que éstos hayan de acertar siempre en sus conclusiones. Más bien, a la vuelta a España nos encontraremos, se dice en el libro, con actitudes un tanto desplazadas de los comités sindicales. Lo que para Inocencio, llegado del destierro, era «dignidad humana», que había que defender, para los comités no pasaba de ser «sentimentalismo», y que como tal no podía tomarse en consideración. Matices e interpretaciones que anulan el mejor texto, el más claro de los acuerdos y la voluntad más recia. Todo puede torcerse cuando se tiene la intención de torcerlo. ¿Acaso en el exilio no se ven situaciones parecidas? Las

(1) 151 páginas. Precio 3 NF. Pedidos a nuestro Servicio de Librería.



palabras «sentimentalismo», «héroe» o «personalismo», juegan el mismo papel que en los deístas la palabra dios. Sale uno en defensa de una idea sublime, surge otro diciendo que esa defensa esconde una intención personalista y ¡zas!, puedes retirarte. Ejemplos hay a montones registrados en reuniones de todas las escalas. Y Lizcano llega a más. El refugiado encuentra a su vuelta un secretario cenetista poseído y flamenca cuyo nombre es todo un símbolo: Fidel Delamo. Por inverosímil que parezca, ello puede ocurrir. Puede ocurrir que haya un secretario que llegue a llamarse Fidel Delamo. Invito al lector a que lea el libro y que se detenga a examinar al personaje que responde a este de por sí explícito nombre, que hasta en bautizar ha tenido acierto el autor.

Pero la verdad y la razón no se dan por vencidas. Aunque parezcan nimiedades, estas cosas de la calumnia aceptada como verdad real y de la verdad real tomada cual si fuese calumnia, es quizá uno de los aspectos más graves con los que han debido enfrentarse siempre los militantes de toda sociedad humana, en particular dentro de los medios sindicales. Por eso no debía faltar el lenguaje honrado utilizado por Inocencio. Con un acierto y una clarividencia sin par, el que volvía del destierro, siempre correcto, incluso para con los calumniadores, sentaba posición fundamentándose en un «decíamos ayer» digno, sencillo y realista. Y en la batalla atroz y desgarradora que oponía frente a frente dos hombres de una misma Organización, dos hombres, dos actitudes y dos corazones: el uno podrido y el otro, puro y noble, lo doloroso es que muy a menudo, defendiendo cosas, ideas y hombres completamente opuestos, el uno y el otro empleaban el mismo lenguaje. Es aquello de degollar a dios en nombre de dios; es aquello de hundir la libertad en nombre de la libertad.

Y, cervantista fiel, bien puede imaginarse el lector que Lizcano no podía callar el augusto nombre de Cervantes, a quien los avechuchos de la Junta de Burgos habrían asesinado como asesinaron a un Lorca o a un Miguel Hernández, citados también con mucho acierto. Adelanta incluso un título de periódico que gustoso brindo para que se tenga en cuenta cuando «la vuelta» llegue: «Letra confederal». En virtud del papel que forzosamente ha de jugar el cerebro en las futuras luchas, «Letra confederal» podría ya desde hoy retenerse para título del periódico destinado a ese campo especial de las letras.

En la concepción «cenetista» de la dignidad humana, el libro constituye una lucecilla de gran valor que sin aguardar a «la vuelta» puede sernos eficaz. «Los hombres que se precian de un ideal de justicia y de libertad tiene que abocarse siempre a donde se comete un atropello». Si, esto hace, debe hacer, todo hombre, aunque el enemigo recurra a la calumnia para hacerle callar, aunque el enemigo se defienda con la potente arma del «personalismo», del «sentimentalismo», de la provocación, que hasta esto llega el Delamo en cuestión para desprestigiar a los que llegan del destierro. De todo ello es acusado Inocencio por los que lo reciben. Sólo algunos escasos militantes le escuchan. Algunos militantes y su hermana, que era la persona que más lo conocía. Suerte, no obstante, de él al lado de otros para los que, ¡ya veréis!, no habrá ni hermana ni nada. Y no apuntar esto como nota pesimista. Nadie que sepa lo que vale y lo que es el hombre se dejará invadir por el pesimismo. Como dice Lizcano: «más que nuestra fuerza y

nuestra razón...», lo que importa es que no haya contradicción entre «lo que fuimos, lo que hacemos y lo que queremos». Con este bagaje, el cenetista debe sentirse optimista.

Mitad novela, mitad historia, es este libro. Relata una huelga magnífica que se parece como una gota de agua a otra gota de agua con una que tuvo lugar en el bajo Aragón allá por los años 1933 al ser despedido en los trabajos del ferrocarril Teruel-Alcañiz un muchacho de 14 años. Por él, por este muchacho, se declararon en huelga, los compañeros de tajo y todos los tajos de la misma empresa, y siguiéronles por solidaridad, los campesinos, los albañiles, los barberos, las sirvientas, los herreros... Y se ganó. ¡No faltaba más!

Ejemplo de huelga auténtica que al lado de las que por doquier tienen lugar hoy día, es un «volver a vivir» reconfortante y feliz.

No faltará, al volver, queda ello por descontado, la silueta trágica del Guardia in-Civil. Mas no se llamara — hasta eso ha previsto Lizcano — como el guardia de la maldita Benemérita. Encontraremos destacados de la Policía Nueva... Naturalmente, de comportamiento viejo. Une especie de cambiar de matón... porque el otro está cansado. Y será como gritar «¡Viva el cansao!»

Encontraremos aún la imagen de la guerra por las consecuencias degeneradoras que todavía sufren los que la vivieron: dementes, esquizofrénicos...; situaciones de compromiso de orden social con las que Delamo y su comité frena el espíritu reivindicativo de las clases trabajadoras, etc.

Cosas con las que Inocencio no pensaba cuando, terminado el destierro, en viaje aún oyó un «¡España a la vista!», emocionante y esperanzador. Como te encontrarás tú, lector, y yo; como nos encontraremos todos el día ése... porque un día u otro llegará. Si, llegará. Y tendremos que ir con mucha cautela para, en primer lugar, ni fiarnos del primero que llegue ni desconfiar de nadie por sistema o por escarmiento.

Si, llegará el día en que, desbautizado o no, tendremos frente a nosotros al civilón a las cuatro de la mañana, quien tras dar unos golpes en la puerta de casa y responderles con un «¿Quién va?» contestará con la tétrica frase: «¡Es la Guardia Civil!», y «pasarán si quieren pasar», sin llorar, porque aún llevarán «de plomo las calaveras». Llegará, y encontraremos un trasporte desorganizado y vehículos desvencijados que habrá que poner «a tono» a fuer de sudar y de pensar, sin que los holgazanes hayan desaparecido... ni los parásitos... ni los «perros»... Aún se nos distinguirá con el epíteto de «rojos», y esto por nuestros más allegados; se violará nuestra correspondencia; trabajo tendremos para buscar empleo y colocación. Habrá que saber discernir, como siempre, desde luego, al bueno del mal compañero; enfrentarse con los que no sabrán más que acusar incluso para evitar que se les acuse. Compleja, muy compleja, será la situación. Los sindicatos en España tendrán que empezar de nuevo su vida y su reorganización, a cuyo efecto tendremos que saber distinguir entre lo que es disciplina castrense introducida en la clase obrera, y respeto al pacto establecido y a la palabra dada; entre lo que es respeto y conformismo; entre lo que es revuelta y revolución. Habrá que saber distinguir pronto dónde termina el inconformista y dónde empieza el discolo y el tremendista. Por justa que sea nuestra posición y nuestra conducta, hay que esperar que en la polémica habrá contrincantes que no vacilarán en utili-

## VERSIONES

## EL EDUCADOR

por DENIS

**E**RASE un educador como un árbol es un árbol y una piedra una piedra: porque sí. Ni maestro de escuela, ni profesor de universidad: educador. Sin muchas cosas que enseñar. Derramaba las que sabía, pocas, pero esenciales, y no aprendidas, como una fuente derrama sus aguas.

No trataba de deramarlas sobre nadie, modo seguro de que no fueran antipáticas. Surgían en él conversando, de paseo, en reunión con sus amigos, dondequiera, dulcemente, dulcemente.

Jamás buscaba a los niños para aleccionarles, que así, aun educador, le habrían aborrecido. Si tropezaba con uno le hundía la mano en los cabellos, caricia entrañable. Eran los niños quienes le buscaban, para jugar cerca de él, en espera de su caricia, o de sus palabras, que también eran caricias.

Como todos los educadores porque sí, con las más altas cualidades masculinas, poseía las cualidades femeninas más delicadas. No había quien no se sintiera a su lado protegido. Como bajo un árbol tupido de los rayos del sol, como junto al fuego del

frío. Era sombra y calor, y siempre refugio abierto a todo desamparo.

Nadie que a él se acercara era ya como antes de haberse acercado a él. Forjador de hombres hasta con materia no manejable. Impregnaba, hasta en la no manejable, substancia que la transformaba, nunca empuñeciéndola.

No era bien visto por los encargados de instruir, no de educar. Ni por los encargados de mantener el desorden en que vivimos. Nada podían intentar contra él. Su vida era clara, como su palabra. A nadie arrastraba a nada. No sembraba ninguna buena nueva, ni se juzgaba apóstol de ningún futuro. Si hacía que los hombres fueran otros, era porque él se había hecho otro, por sí solo. Todo se había transformado fuera, para él, porque él mismo se había transformado. No iba a la caza de los demás para que le siguieran: les infundía, cuando los encontraba, calor que les reanimaba. Todo era más claro para ellos cuando le escuchaban. Ellos mismos se veían como antes no se habían visto.

Todo se había transformado fuera, porque él se había transformado. Las cosas no eran como se

zar los más bajos argumentos antes que dejarse vencer por la argumentación y la honradez de propósitos. En la lucha, habrá altibajos, veremos cómo crece nuestra influencia y nuestro prestigio hasta el día en que, cual a Inocencio, el mismo pueblo que nos admirará se dejará convencer, dentro de su ignorancia, por el virus de la cizaña sembrada por el enemigo, cuanto más camuflado más eficaz. Se verá también en nuestros sindicatos la ausencia de aquellos compañeros que, sin ser peores que nosotros, decidieron quedarse en el exilio adaptados como estarán a su condición de «extranjeros»; veremos también erguidos unos potentes sindicatos, de orientación religiosa unos, de ideas dictatoriales otros, a los cuales será difícil combatir porque además de un lenguaje demagogo y muy estudiado, tendrán la argucia de Maquiavelo, el dinero que todo ablanda y el recurso, en último término, al meercenario del crimen, a quien pagarán y armarán aunque después acompañen al muerto y hagan elogios de su persona... para mejor ir «campando» y prosiguiendo sus fechorías; fechorías que los mismos autores intentarán endilgar al buen militante para molerlo a palos, sembrar la duda entre sus aflines y, después, si se descubre su inocencia... pedirle excusas. Si al volver aún tenemos dieciocho años, amaremos locamente a una muchacha que nos habrá repentinamente seducido, y... si no hemos tenido en cuenta su condición social ¿cómo lo va a tener el amor?, filiación política o credo religioso, aunque ella nos ame con la misma locura, tendremos que renunciar al amor o emprender una ingrata batalla; tendremos que hacer como

el labrador de más aire que nos ofrece Miguel Hernández.

Con todo esto y más se enfrenta el protagonista de «En medio de los escombros». Se encontró incluso con un arzobispo que, dada la inteligencia y la influencia de Inocencio, decidió convencerlo para convertirlo. Para ello aprovechó la enfermedad del muchacho y encargó de esa misión a una monja. Por cierto que le falló, pues que de hermana de la Caridad pasó a ser madre de un hermoso niño.

Por fin, veremos la triste situación de la nación española con su mercado de brazos «la más ignominiosa muestra de la miseria y de la decadencia moral en que ha sumido a España el régimen fascista» y que proseguirá en el nuevo régimen. Habrá tarea, muchos disgustos, muchas ocupaciones personales, familiares, sociales...

Y, después, al término de un tiempo de esfuerzos y de sinsabores, otra generación, o la nuestra ¿quién sabe?, recogerá los frutos de la actual, los sindicatos no tendrán traidores, una confianza merecida, no ciega, reinará entre los trabajadores, los Fidel Delamo habrán desaparecido y una era creadora y feliz empezará, gracias a los trabajadores y a los revolucionarios, para el pueblo español y para todos los demás pueblos. Dicho esto último, aun a trueque de romper con el final de «En medio de los escombros», libro bueno y apasionador, el primero que nos da Lizcano y del cual deseamos no sea el último.

M. CELMA

decía que eran. Eran de otro modo. Lo había descubierto. Las veía como eran y volvía la mirada de como se decía que eran. Con repugnancia. El, que iba para ser como se decía que eran los hombres, se sobresaltó. Fruto de ese sobresalto fué el encontrarse a sí mismo, el transformarse en el ser que era, en camino antes de desaparecer como el ser de las cosas, y de tantos y tantos hombres.

Comunicaba ese sobresalto, sin proponérselo, a todo el que con él tropezaba. Tan dulcemente, que los sobresaltados se sentían gozosos. No tenían sed. Habían pasado junto a un manantial y se habían inclinado a saborear el agua cristalina. Y el gustarla había provocado la sed. ¡Era tan pura!

Rehacía los hombres sin deshacerlos. No hay otra educación. No les adaptaba a nada. Tarea de los instructores, nunca bastante condenada. Les hacía verse como eran, para que abandonaran lo que les empequeñecía, para que cultivaran lo que les elevaba. Sin consejos, siempre inoportunos. Sin una palabra que domine. Nadie es cera para que la moldee nadie. Con nua sonrisa luminosa que se metía en la sangre y la hacía circular más de prisa.

No que se privara de juzgar mal lo digno de ser mal juzgado. La injusticia, particular o general, era para él signo como ninguna de imperfección. A nadie decía no hagas eso. Mostraba cuán feo era hacerlo. Pocos repitieron, después de oírle, actos por él considerados feos.

Educador, educador, mal ejemplo para quienes instruían y ordenaban. Que seguían sus pasos, dispuestos a caer sobre él. No tenía escuela que cerrarle, no se había alzado contra nada estatuido. Pero los niños escapaban más frecuentemente cada vez de la escuela para jugar junto a él, o con él, porque era tan poco serio que jugaba con los niños en plena calle, y los hombres descontentos de su suerte, que aumentaban, que aumentaban escandalosamente, apenas tenían ya otro solar, terminado su trabajo, que ir a visitarle, no importa con qué pretexto, para conversar con él. Tal vez algún día, con éstos, perpetrara alguna barrabasada. Y entonces habría llegado la hora de librarse de él.

Porque había que librarse de él. Antes, por la noche, las tabernas estaban llenas, y algunos trabajadores, deseosos de instruirse, iban a la escuela después del trabajo. Ni un trabajador visitaba ya aquellos establecimientos honorables, puesto que las leyes los autorizan, ni uno iba ya a la escuela. Se cometía también, antes, de vez en cuando, tal o cual crimen, condenable, desde luego, pero normal, en una sociedad normal. No había ya crímenes, cosa, sin duda, no normal. Cuando un pueblo llega a eso, seguramente está en decadencia.

De todos esos males: de que las tabernas estuvieran vacías, de que por la escuela no apareciera ningún trabajador, de que los crímenes hubieran cesado, era responsable el educador, el mal ejemplo. Habría, si no llegaba la barrabasada esperada, que pedir consejo a las autoridades superiores: académicas y políticas. Acaso encontrarán, unas u otras, medio de desterrarle, de que fuera con su

mal ejemplo a otra parte. Ya lo desterrarían allí más tarde, si hacía lo que aquí hacía. Y luego, de la otra parte a que fuera. Sería una solución. Una buena solución. No hay lugar para hombres semejantes en la tierra. Han venido a ella por error. Nada, nada tienen que hacer aquí. ¿Qué es eso de hacer que los niños escapen de la escuela, que los hombres dejen de consolarse de su trabajo bebiendo con sus compañeros un vaso de vino? ¿Qué es eso de impedir que la pasión y la vitalidad estallen en un hecho sangriento, que aviva en todos sensaciones tan profundas?

Ignorante, aunque no por completo — percibía el aire que para él corría —, de la amenaza sobre él inclinada, el educador continuaba ofreciendo el refugio de su palabra a cuantos a él acudían. Refugio, y consuelo. No sabía muchas cosas. Sabía, las que sabía, hondamente. Todos podían asomarse a aquella hondura. Hundir la mirada en ella. Y sentirse, después, mejores. Como transfigurados. Era descanso incomparable de sus fatigas oírle. Y verle. ¡Tan dulce, tan cerca de todos, tan como metido en la entraña de todos! Padre y madre de cada uno a la vez. Nunca padre severo. Pero reclamando, sin reclamarlo, respeto. Y al propio tiempo ternura. Todos se sentían niños ante él. Y casi volaban, como los niños, en torno a él. Porque los niños, en torno a él, cuando jugaban, era como si volaran. Pajarillos saltarines, alegres, olvidado todo cuidado. Entregados a sus juegos, y a él, protector seguro. Que cuando les cogía de la mano parecía salvarles para siempre de todo peligro.

Una boda hizo al educador pasar varias horas entre sus amigos. Corteses, pero lejanos. No tanto como él, lejos, muy lejos de ellos. Mostraban ellos lejanía. No tenía él que mostrarla. La llevaba consigo. Se había revestido de ella, como con un manto, para ir allí, donde todas sus palabras habrían sido vanas. Sabían más cosas que él los allí reunidos. Más cosas de las que se aprenden, apenas carne de nuestra carne. Lo que él sabía no se enseña. Se bebe, o no se bebe. Nadie estaba dispuesto a beberlo allí.

Esperaba, en silencio, la hora de escapar, como de una prisión. Tardaba, tardaba esa hora. Porque la comida se prolongaba. Llegó, por fin, el café. Y con él, una discusión sin sentido para el educador. Muy importante, al parecer, para los demás. Sobre lo más precioso que sale de las minas. Para unos era el carbón, para otros el hierro, para otros el oro. Casi habían vencido ya éstos cuando uno dijo que era el petróleo. Perdieron los del oro algunos partidarios, no encontraron ya argumentos los del carbón y el hierro.

El educador se sintió ahogado por su silencio y murmuró:

—Se engañan ustedes, se engañan ustedes, y me avergüenzo de su engaño.

Y como nadie le interrumpiera, concluyó:

—Lo más precioso que sale de las minas, es el minero.





RECORDANDO A QUINET

# La dura prueba del destierro

por LIBERTO CALLEJAS

**E**N esta época de defecciones, de claudicaciones bochornosas y de situaciones «privilegiadas», es bueno recordar para el espíritu la vida firme, entera y maravillosa de un hombre abierto y generoso: Edgar Quinet. Ha caído en nuestras manos un libro de este portentoso escritor. Se titula «Cartas del destierro». ¡Con qué fruición lo hemos leído!

Edgar Quinet estuvo ausente de Francia durante dieciocho años. Expatriado, desterrado, extrañado. Napoleón III, el César omnipotente, lo expulsó y proscribió. El pequeño déspota concedió una amplia amnistía a todas las víctimas que tenía esparcidas por el mundo. Edgar Quinet, uno de los más puros e ilustres republicanos de Francia, rechazó con indignación la «gracia» del tirano y sólo entraba en Francia cuando salía de ella el sumo representante del imperialismo galo.

Al protestar, en 1859, contra el indulto, escribía en una carta dirigida a su amigo Michelet: «Me parece hoy que sé por qué se suicidó Catón. Matóse, no sólo por librarse del yugo, como se ha dicho, sino también por librarse de la clemencia del César». Quinet evocaba a Catón en el destierro porque el célebre romano mantuvo de toda opinión irreconciliable.

¡Qué energía la de Quinet, y qué altísimo concepto de la dignidad al rechazar la «clemencia» del César! El, escritor francés, con una entereza de ánimo admirable sufrió el largo destierro. La derrota no influyó para nada en su ánimo. Se mantuvo fuerte y enérgico como antes. Afianzó la integridad de sus ideas sin doblar la rodilla ni bajar su frente. Trabajó intensamente, tenazmente; y en el trabajo encontró la dulce compensación a las amarguras del exilio. A esta época pertenece su valiosa obra: «Merlin el Encantador», una de las mejores poesías en prosa que haya creado la mente humana. Por sus páginas desfila toda la filosofía de la historia, toda la grandeza y la influencia de las ideas capitales que han agitado a la Humanidad. Al tra-

vés de este libro puede estudiarse a Quinet de cuerpo entero. Es toda su vida ideológica y sentimental. Quien conozca a Quinet como escritor, podrá observar, al leer «Merlin», esa indecisión del autor, esa vaga indeterminación que tenía al exponer los múltiples problemas que bullían en su cabeza. No obstante, en «La Revolución», otro libro suyo, combate y destruye multitud de juicios falsos, atacando los vicios y los errores que hicieron fracasar aquel glorioso levantamiento.

Pero lo interesante de Edgar Quinet, y lo que nos conviene hacer resaltar de él, en estos momentos, es su fortaleza en el destierro, su integridad, su valentía. El término derrota no asomó ni una vez a su pensamiento.

El destierro fué para él un oasis de serenidad y de austeridad. Unamuno gritó como un desesperado, al borde de la frontera española, corroído por el mal de la ausencia; Goya se revolvió furioso al pensar que no podía regresar a su país. Quinet meditaba y pensaba, se recogía en sí mismo y escribía páginas demoledoras contra la tiranía que reinaba en su país.

En la adversidad, en el dolor, es

donde se puede aquilatar la entereza del hombre. Los hombres que no sienten con toda profundidad una idea cualquiera, fácilmente la abandonan si la prueba es demasiado dura para mantenerla.

El amigo Peiró, víctima de la vesania franquista, tuvo esta frase lapidaria a raíz de nuestro embarque para el Continente Americano: «América matará moralmente a muchos de nuestros compañeros».

¡Tenía razón el viejo militante de la CNT!

Pocos se han salvado en esta tierra materializada y desquiciada. El individuo se ha desligado de ese imperativo moral que normaba el cauce de su vida. Ha tirado por la borda el sentido ético que presidía su conducta, resbalando por la pendiente del descrédito y de la perversidad. ¡Se han salvado pocos, muy pocos, y se han perdido muchos, muchísimos...!

Al evocar a Quinet, recordando su inquebrantable fortaleza en la dura prueba del destierro, sentimos una pesadumbre infinita ante el cuadro bochornoso de la emigración española, que se derrumba estrepitosamente, y se diluye en medio del fango de la ignominia...

El gran acontecimiento del siglo XX ha sido el abandono de los valores de la libertad por parte del movimiento revolucionario, el continuo retroceso del socialismo libertario frente al socialismo cesarista y militarizado. Desde entonces una esperanza ha desaparecido del mundo y ha comenzado una soledad para todo hombre libre.

ALBERT CAMUS



# MICROCULTURA

629. — En 1468 murió en Magucia Juan Gutenberg, patricio alemán inventor de la imprenta.
630. — Cuauhtémoc, indio que simboliza en México la resistencia contra el invasor, fué asesinado en 1522 por la soldadesca del criminal imperialista Hernán Cortés.
631. — El 26 de febrero de 1802 nació en Besançon Victor Hugo, uno de los escritores más ilustres del siglo diecinueve.
632. — En 1815 Napoleón se escap  de la isla de Elba y desembarcó en Francia, estableciendo su nuevo reinado de « los cien días ».
633. — Según lo formuló recientemente el doctor Johannes Huxzeler del «Natur Historisches Museum» de Basilea (Suiza), el origen del hombre ha sido anticipado a la era primaria.
634. — El mes de febrero del corriente año en Melbourne (Australia) se consideró «que la Atlántida debe ser poblada para aminorar el creciente problema de la superpoblación».
635. —El perioftalmo (del griego «peri», alrededor; y «ophthalmos», ojos, que abarca amplio campo visual, es el más curioso de los peces anfibios, al punto de que vive más tiempo fuera del agua que en su seno.
636. — Ser tan pobre «como un ratón de sacristia» alude al hecho de que, puesto que en una sacristia no se mantienen alimentos, el ratón que tenga la idea de vivir all  se verá en dificultades para alimentarse.
637. — Los hombres de ciencia est n estudiando extraños peces tropicales que emiten constantemente impulsos eléctricos, y los cuales permiten que los peces se rodeen de un campo magnético.
638. — El astrónomo William A. Baum, de los observatorios Wilson y Palomar, ha puesto en práctica un método para estudiar la velocidad a que las muy distantes galaxias se alejan del sistema solar y de todas las otras galaxias.
639. — Se entiende por « pseudoenfisema » la enfermedad debida a la obstrucción de algunos bronquios.
640. — Los solsticios son dos puntos en que el sol se halla más distante del ecuador, y los equinoccios son las dos épocas del año en que el sol corta de plano al ecuador.
641. — El día 6 de enero de 1927 la soldadesca estadounidense invadió Nicaragua.
642. — Las ciudades principales de Bélgica son Bruselas, Amberes y Lieja.
643. — La « cinteta » es una red que se usa para pescar en las costas del Mediterráneo.
644. — La religión es un conjunto de creencias que el hombre profesa acerca de un fantasma llamado Ser Supremo.
645. — En general, la Tierra recibe constantemente del sol la misma cantidad de calor; pero la cantidad recibida por cada región varía según que los días sean más o menos largos, la altura del Sol sobre el horizonte, el estado de la atmósfera y varias circunstancias locales.
646. — Se entiende por « deprecación » ruego, súplica, petición.
647. — Existen cinco zonas: una t rrida, dos templadas y dos glaciales o frías.
648. — Las religiones que admiten a un solo dios se llaman monoteistas y las que admiten a varios, politeistas.
649. — El boniato (patata dulce) tiene más vitaminas A que la patata.
650. — Los americanos de lengua inglesa llaman al otoño « Fall », que significa caída, refiriéndose por ahí, a la caída de las hojas de los árboles.
651. — Los geógrafos antiguos, según se ve por sus mapas, consideraban a la Tierra más extensa de este a oeste que de norte a sur.
652. — El « cinqu n » era una antigua moneda castellana que valía medio cornado.
653. . . El cristianismo reconoce por su autor a «Nuestro Señor Jesucristo», hijo del supuesto verdadero Dios hecho hombre, de cuya doctrina es depositaria la Iglesia Católica.
655. — La forma verdadera de la órbita lunar es una elipse cerrada, ni siquiera una curva plana, sino muy complicada.
656. — El navegante español Juan de la Cosa murió el 23 de febrero de 1510.
657. — El Mahometismo sigue la doctrina del seudoprofeta Mahoma, expuesta en el Corán.
658. . . Una « seta » es cualquier especie de hongo que tenga forma de sombrero o casquete.
659. — La Tierra en su movimiento de revolución arrastra consigo a la Luna y la hace describir una curva llamada epicicloide.
660. — El viento no es más que el aire puesto en movimiento.
661. — El Judaismo espera aún la venida del «Mesias»: su código religioso y civil es el Talmud y el profesado por los judíos (o hebreos) del mundo entero.
662. — Las ciudades principales de Canadá son Montreal, Toronto, Winnipeg, Quebec y Ottawa.
663. — El drama « Amorios » fué escrito por Arturo Schnitzler y dramaturgo austriaco.
664. — El ciclón es un viento impetuoso, que se desarrolla en forma de grandes torbellinos, y va acompañado de lluvia y granizo.
665. — El Brahmanismo adora al dios Brahma, personificado en innumerables dioses y predomina en el Indostán.
666. — La América Central está compuesta por Guatemala, Honduras, Honduras Británica, Salvador, Nicaragua, Costa Rica y Panamá.
667. — La tromba es una gran masa de aire que recorre los espacios, girando en forma de cono invertido, cuya base parece perderse en las nubes.
667. — Las ciudades principales de Bolivia son La Paz, Sucre, Cochabamba y Potosí.
668. — El libro de José Prat titulado «Crónicas Demoledoras» fué prologado por el sociólogo español Ricardo Mella.

## POETAS DE AYER Y DE HOY

### INRI

Asciende el vano incienso deseando  
el seno de la Luz que, sola, herida,  
su mano descarnada, ya la brida  
de célicas promesas va olvidando.

¡A Dios se elevan gracias, machacando  
la carne lacerada de la vida!

Y Dios se oculta, esquivo en su guarida,  
dejándoles su nombre pronunciado.

No llegará el incienso más que al vuelo  
de la mosca verdosa y repugnante  
que se engrie a tres palmos de este suelo.

La Paz nunca volvió con su semblante  
de eterna libertad abierta al cielo...

¡La Paz murió en aquel preciso instante!

No estaba escrito en piedra, ni en madera;  
ni en pasta de papel, ni en pergamino.

¡No escribe el Dios de Luz un desatino,  
ni el cielo se distrae con la quimera!

La sangre lo escribió; porque sangre era  
lo que manchó en España aquel Camino  
en que el pueblo marchaba a su destino  
con sol de amanecer, ¡no con hoguera!...

Lo escribió la codicia farisea,  
el señor opulento y palaciego,  
el déspota apegado a los cuarteles.

Y al son del cornetín, prendió la tea  
el sumo sacerdote, de odio ciego,  
y harengó con las llamas a sus fieles.

Pues que el amor no mata, ni zahiere,  
ni acosa encadenando libertades,  
ni transforma en divinas las maldades,  
¡nadie diga que mata porque quiere!

Por odio sí, que es odio lo que hiere  
a un pueblo desgajado en dos mitades.  
¡Matando, una venció! ¡Y, en soledades,  
sólo España desangra mientras muere!

La eterna libertad del Dios Eterno,  
que escapa a las doctrinas de los hombres  
en brillantes disfraces se acoraza.

Con religión de errores, el infierno  
confunde y desvanece en tantos nombres  
la Fuerza del Amor, que lo embaraza.

Ni fátimas, Marias o Dianas  
se opondrán al designio en que se ceba  
la ambición desmedida que amanceba  
a los pueblos con prácticas paganas.

Se opone AMOR, con dádivas galanas,  
con actitud de Paz que pone a prueba  
su calidad de luz, su vida nueva,  
que espera levantar vidas humanas.

Se opone con su esencia y su sustancia,  
con su Verbo en acciones pronunciado  
el Cristo que ellos matan con las gentes.

Se opone la Bondad y su fragancia,  
el gesto de ese Amor crucificado  
en cárceles de Estados impotentes.

ABARRATEGUI



# Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es él guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

## INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

### OBRAS EN ESPAÑOL

«Justicia», L. Reymont, 3.— NF.— «Manual del aspirante cinematográfico», 1,50.— «El Mar», Michelet, 3,50.— «La música en España», A. Salazar, 15.— «Muelle de las brumas», Mac Orlan, 5.— «Manual del fabricante de bolas de sebo», 2.— «Manual de Lechería», 2.— «Adelgace con inteligencia», Hauser, 5,50.— «Cuadro hemático del cáncer», Gruner, 4.— «Fundamentos de la caracterología», L. Klages, 9,50.— «Cómo curé mi tuberculosis», Hevia, 1,50.— «El autoanálisis», K. Horney, 7,80.— «Vida del diabético», Cañadell, 5,60.— «Úlcera gástrica», 2,25.— «Colitis», 2,25.— «Alergia alimenticia», 2,25.— «Corazón», 2,25.— «Tuberculosis», Vander, 5.— «La historia tiene la palabra», Teresa León, 1,50.— «Pablo Iglesias», Isaac Pacheco, 1,50.— «Frente al mañana», S. Albornoz, 1,50.— «José Mazzini», B. King, 5,25.— «Los mejores cuentos», 3,75.— «Memorias de la duquesa de Abrantes», 1,50.— «Mercurial eclesiástica Montalvo», 2,50.— «Madres famosas», Chandler, 5.— «Murillo», P. Gargol, 2,50.— «Elementos de Psicología», Titchener, 3.— «Emen Hetan», R. J. Sender, 4.— «La familia Cardinal», L. Halévy, 2,10.— «Los falsos redentores», G. Piovene, 8.— «Desde el fondo de la tierra», L. Castro, 9,50.— «La amargura de la Patagonia», R. Dario, 7,50.— «Felicidad», K. Mansfield, 1,20.— «La gente alegre», J. Ohnet, 2,50.— «El humanisferio», J. Dejacque, 1,50.— «Historia de San Michele», Axel Munthe, 7.— «Historia de la literatura rusa», Wallisewski, 7,50.— «El intelecto helénico», P. Gener, 4,50.— «Italia fuera de combate», I. Herráiz, 2.— «Ideario de Quevedo», Astrana Marin, 6,50.— «Obras escogidas de Heine», 8,50.— «Poesías de Plácido», 3,80.— «Pensamiento vivo de Nietzsche», H. Mann, 6,50.— «Imitación de Cristo», Kempis, 7,50.— «Plumero salvaje», Samblancat, 3.— «Puerto cholo», M. Puga, 3,50.— «Realización del hombre», Stieben, 0,75.— «Perspectivas culturales en Sudamérica», E. Relgis, 3.— «Del presente y del futuro», P. Gener, 3.— «Pensamiento vivo de Schopenhauer», T. Mann, 4,20.— «Problemas sociales de derecho penal», P. Foix, 5,50.— «Pasión de Justicia», I. Pavon, 2,60.— «Profeta del hombre», Cordero, 4,50.— «La novela de Roger de Flor», 3,60.— «Reivindicación de la libertad», Ernestan, 1,50.— «Rojo y negro», Stendhal, 3,75.— «La reina Margarita», Dumas (2 tomos), 5.— «Reconstrucción de Europa», P. Benoit, 3,40.— «Sorolla», Pantorba, 2,50.— «Versos de Rafael de León», 9.— «Don Segundo Sombra», Guiraldes, 3.— «Sombras del mal», D. Macardie, 3,50.— «Epistolario amoroso», 5.— «Titanes de la oratoria», 5.— «Sehilia», Turgueniev, 1,50.— «Sinfonía de los siglos», Figola, 1,50.— «Teatro de Jacinto Benavente», 3,50.— «El tema de nuestro tiempo», Gasset, 3,75.— «Toledo», F. del Valle, 1.—

### LIBROS EN FRANCÉS

«La bible d'un anarchiste», R. Wagner, 2,50.— «Satan et l'amour», R. Gagey, 7,50.— «Superstitutions politiques», H. Dagan, 4,40.— «Hommage a Georges Eekhoud», Hem Day, 1,80.— «Servitude volontaire», E. de la Boetie, 3,30.— «L'inevitable révolution», un Proscrit, 3,20.— «Prêtres et moines», G. Dubois, 5.— «Le cooperatisme», 3.— «Anthologie de l'objection de conscience», H. Dey, 3,30.— «La flagellation et les perversions sexuelles», Lorulot, 6,50.— «L'Emancipation sexuelle de la femme», M. Pelletier, 1,10.— «Tino Costa», Arbo, 7,20.— «Quai aux fleurs», Salvy, 1,90.— «Science et materialisme», Letorneau, 2.— «Socialisme révolutionnaire», 1,80.— «Les mystères des couvents de Naples», Princesse Fortino, 4.— «Catechisme positiviste», A. Comte, 2.— «Faust», Goethe, 2,50.— «La cité future», Tarbourden, 4.— «Gargantua et Pantagruel», Rabelais, 4.— «Pour assurer la paix», P. Besnard, 2.— «Superstitions politiques», H. Dagan, 4,40.— «Mandatelli Lassu», L. Galleani, 2.— «Recherches sur les forces inconcues», Barbedette, 1.— «Les bandits tragiques», V. Meric, 2,90.— «Dainés de la guerre», Monolin, 2.— «Un drame politique», M. Dommanget, 2,40.— «Armoires frigorifiques», Degoix, 5,80.— «La ceramique», Giacomotti (2 tomes), 3,80.— «Jours d'Exil», Courderoy (3 tomes), 9.— «Cours d'économie politique», Gide, 6.— «Errico Malatesta», Fedeli, 2,20.— «L'Incubation artificielle», Paulau, 3,10.— «Traité du paysage», Floury, 1.— «Sociologie générale», Dupreel, 6,70.— «Zola», A. Zevas, 2,50.— «L'Heredité Psychologique», Ribot, 2.— «L'Amour heureux», Dubal, 0,80.— «La physiologie morale», Hill, 1.— «L'Hipnotisme à distance», Jágot, 2.— «La grande metamorphose», Gille, 1,50.— «Les grandes Jorasses», Frenco, 2.— «Chauffage Central», Bguroier, 5,40.— «Bahia de tous les Saints», Amado, 3,40.— «Les camps d'internement en Grece», 4,50.— «Histoire de la Coopération en France», Gaumont (2 tomes), 15.— «La révolution inconnue», Voline, 3,50.— «La Révolution sociale», 2,50.— «Contes d'un rebelde», Delvadás, 1.— «L'Amour libre», C. Albert, 3,50.— «L'Etat de siège», Camus, 5,50.— «William Gorwin, philosophe de la liberté», 1,80.— «Histoire des Temps modernes» (3 tomos encuadernados), 6,75.— «Pour vaincre», B. de Ligt, 1,50.— «Vie de Franklin», Mignet, 1,50.— «Histoire de Charles V», Robertson (2 tomos encuadernados), 5,50.— «Essai sur l'imagination créatrice», Ribot, 1,50.— «La coutume ouvrière», M. Leroy (dos tomes), 5.— «L'Evolution des idées générales», Ribot, 1,50.— «La vie amoureuse de Casanova», 6,50.— «Serenades sans guitare», Villeboeuf, 7,50.— «Juan de Mairena», Machado, 6,90.— «Les caractères», La Bruyère, 5,60.— «Mauvaise graine», M. Azuela, 2,50.— «Anglais, Français, Espagnols», S. de Madariaga, 5,20.— «Le sang plus vite», V. Garcia, 3,75

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a F. Olaya. — Servicio de Librería del Movimiento. — 4, rue de Belfort - TOULOUSE (Haute-Garonne)  
GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)



# CENIT

sociología  
ciencia — literatura

9  
Sumario

Ana María Matute : Las mujeres. — Pedro de Alcántara García : Los españoles. — Cosme Paules : Tríptico humano. — Pedro Vallina : El verdugo de Málaga y sus descendientes. — Aldous Huxley : La elocuencia. — T. Salvador ; Ali Bey. — J. Dejacques : Contra las dictaduras. — Floreal Ocaña : Educadores, sí; verdugos, no. — Conrado Lizcano : La cuasi imperceptible guerrilla del espíritu. — Georges Vidal : Han Ryner. El hombre y la obra. — J. Ruiz : Ideas sobre educación. — Denis. — El galeote. — Suno : Microcultura. — José Peirats : La Sión Hispánica (folletón encuadernable)

123

MARZO · 1961

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF

408 5523





## NUESTRA PORTADA

Los ojos enigmáticos de este gato, son el símbolo de la esfera en que está comprendida la existencia presente y futura del mundo.

Los egipcios daban a sus esfinges la expresión profunda de los ojos del gato. El fotógrafo, recogiendo esta instantánea, el gato junto a la esfera, quiere expresar la misma idea de enigma, de misterio y de destino.

Al reproducirla, nosotros también queremos expresar algo con ello. Queremos, en primer lugar, introducir una innovación en el ritmo de las portadas de CENIT. ¿Por qué este hermoso gato sereno y pensativo no había de tener derecho a los honores de nuestra portada? ¿Y por qué el símbolo de su presencia al lado de la bola de este mundo en que vivimos, no había de inspirar cuanto de sugestivo, de interesante, de inquieto y de misterioso hay en los ojos de un gato y en el porvenir del universo?

Ambos — gato y cosmos — se confunden, en nuestro espíritu, bajo una idéntica impresión de incertidumbre, de esperanza y de curiosidad. Si nos fuese dado ahondar en lo que será el mañana, individual y colectivo, la vida perdería muchos atractivos; es posible que se hiciese monótona y terrible.

Preferimos el misterio del gato, junto al misterio del mundo: sus ojos luminosos e insondables, al lado de lo que imaginamos de esa carrera vertiginosa de nuestro mundo, en medio de miríadas de mundos, en una ronda infinita hacia un fin tan desconocido como el origen; en una transformación incesante de la energía cósmica, que creó la vida y que va dando la muerte.



### **REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA**

*Redacción:*

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

*Colaboradores:*

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,  
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert  
Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio,  
Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman,  
J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina,  
Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esglesas, Osmán  
Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet,  
A. Prudhommeaux

*Precios de suscripción.* — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros: « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,  
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)



# CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XI

Toulouse, Marzo 1961

Nº 123

Otra dignidad que acusa

## LAS MUJERES



**H**E vivido tiempo cerca de un campo de prisioneros, de los llamados redimidos por el trabajo. Era casi niña, y me fijaba mucho en ellos. Pero aun más que en ellos, en aquellas mujeres suyas, que no podían vivir en el pueblo, que acampaban en las afueras del campo, un poco más allá de la empalizada, junto al río en chabolas de piedra, ladrillos viejos y latas. Más de un domingo por la mañana vi llegar a la camioneta con los presos que se dirigían a la iglesia del pueblo. En aquellas mañanas de domingo, después de la misa, se permitía entrar a los presos en la taberna del pueblo y beber algún vaso de vino. Durante unos veinte minutos, la taberna se llenaba de aquellos hombres vestidos de franela marrón, húmedas aún las cabezas rapadas, con las camisas limpias. Algunos se sentaban a las mesas de madera, junto a sus mujeres e hijos, y pedían cerveza. Otros permanecían apartados, silenciosos, como con timidez y hurañía. Recuerdo que el domingo pesaba, se sentía, en aquellas mañanas de sol. Miraba aquellas mujeres, aquellos niños quemados por el sol, subidos a las rodillas de sus padres que acaso torpemente les llenaban las manos de aceitunas negras y manchosas. Miraba aquellas manos, aquellos ojos, y por un momento parecía que el tiempo no sucedía, que no existía. Sobre todo en las manos y en los ojos de las mujeres, que nunca o casi nunca sonreían, ni tenían palabra amable alguna. Ellos sí, decían chistes, reían, y nombraban algo —o a un niño, o a un árbol, o algún incidente— con cariño. Ellas no. Eran concretas y certeras, duras, pero no amargas. Más amargura había en la risa o en el amor con que los hombres cogían en brazos a sus hijos. Me inquietaban aquellas mujeres, aquellos domingos, que podría decirse, les pertenecían a ellas, sólo a ellas. Aquel vino o aquella cerveza eran domingo, aquel calor, aquellos niños con su trajecillo a duras penas planchado,

que pedían aceitunas, eran domingo. Pero ellas lo presidían todo desde fuera, al borde de aquella fiesta, fuera de aquella fiesta que sin ellas, evidentemente, no existía. Con su mirada honda —no triste—, de antes y de después, miraban a su preso, a sus hijos, que habían seguido andando la camioneta, volverían a las chabolas detrás de la camioneta, seguían, seguían siempre, por un largo camino que no se quiere perder. A una orden del oficial, los presos se ponían las chaquetas, se alineaban y subían al camión, que arrancaba entre nubes de polvo. Y ellas detrás, andando, con sus niños, con su corte de perrillos, sin raza, a los que se olvidaban poner nombre. Alguna, si se puso medias y zapatos para entrar en la iglesia, se sentaba ahora al borde de la cuneta, se descalzaba con cuidado y se volvía a poner las alpargatas. Había en todas ellas un gesto tan cotidiano, tan, acaso, lleno de esperanza. También aquellos hombres que se alejaban en la camioneta, guardarían dentro de sí un tiempo de esperanza, hacia su trabajo, llamado de redención. De la extraña, sorprendente redención de los hombres. Con sus crímenes, o su mala suerte, su desprecio, su cobardía, su odio, su fanatismo o su apatía. ¿Quién podría saberlo, quién podría juzgarlos? Las mujeres que seguían a los presos cocinaban en hornillos hechos con piedras o ladrillos viejos. Bajaban al río a beber agua, a recogerla en cántaros, a lavar la ropa. Dormían bajo los techos de cañizo, latas vacías y cartón embreado. Esperaban.

Y a la noche, muchas veces, me sorprendía pensando en aquellas mujeres. Y me decía: «Snn muy extrañas las mujeres». Las mujeres que pegaban ferozmente a sus hijos, que les gritaban, enfurecidas. Yo vi a más de una de ellas pegar a un niño pequeño: lo cogían, en el mejor de los casos, por un brazo, y con el puño les golpeaban, en la espalda, en la cabeza, donde mejor pudieran. «Pero ellas le aman», me decía yo. Y vi una vez a una

cargando con su hijo, carretera adelante, debajo de un gran sol. Un niño bastante crecido, que se había clavado algo en un pie. Recuerdo aquel pie desnudo, de color castaño, con una oscura gota roja, que iba dejando minúsculas manchas en el suelo. Ella iba despacio, como deleitándose en sus propios pasos, llevaba al niño abrazado a su cuello, oyendo en el calor del mediodía su gemido leve, tal vez exagerado. Lo llevaba con la cabeza apoyada, vencida, sobre su hombro, en el hueco cálido del cuello, junto a la oreja. Iba despacio, tenso el brazo izquierdo por el peso de la bolsa; venía del pueblo, de comprar aceite y pan, y el sol arrancaba un brillo verde a la botella, y el pan tenía algo bárbaro y apacible, dentro de la malla. El polvo empañaba sus tobillos, sus alpargatas, le brillaban de sudor la frente y los brazos, tenía el borde de los labios cubiertos de gotas fosforescentes. Y sin embargo, no había nada vencido en ella. Caminaba distinta, como si resplandeciera, igual que una lámpara. «¿Cuál será su felicidad?», me pre-

gunté. Me lo he preguntado y me lo pregunto, muchas veces. Sólo era un pobre animal confuso sobre la tierra, llevaba los ojos entrecerrados, como en un sueño profundo, la boca entreabierta, toda ella como abandonada; con su cabeza contra aquella otra cabeza del hijo que se hirió en un pie. Lo llevaba despacio, como se lleva una vasija llena. Aquel que luego cargaría de leña, al que gritaría, al que daría de golpes y maldeciría, entre gritos. Cuánto pienso y pensé en aquellas mujeres, con sus gritos, sus hijos, su paciencia, su cólera, su docilidad, su fidelidad. Su fidelidad que iba más allá del amor, del rencor, del sexo. Con sus manos quemadas por el sol y el agua, agrietadas y duras para el golpe y el trabajo. Las manos que de repente se detenían sobre una cabeza dormida, o fatigada. Y se quedaban inesperadamente así: apretadas, calientes, largas. Como si dijese: «Descansa». Eran extrañas, las mujeres,

ANA MARIA MATUTE

# Los españoles

**L**OS españoles pertenecemos al tronco caucásico o blanco, cuyos caracteres distintivos son: cráneo muy desarrollado y convexo; cara ovalada; frente ancha; cejas bien arqueadas; ojos rasgados y horizontales; nariz recta; pómulos y mandíbulas poco salientes; labios y orejas pequeños; dientes verticales; barba poblada y fuerte; cabello largo, sedoso, liso y rizado, y piel transparente y blanca o morena, y brazos cortos; sólo en esta raza hay cabellos rubios y ojos azules. Todos estos caracteres distinguen, tomados en general, a las subrazas o familias y pueblos que se originan del tronco blanco o caucásico y su conjunto indica la superioridad intelectual de estas razas que marchan a la cabeza de la civilización.

Las subrazas o familias de dicho tronco son: la indo-europea o asiática, la semita, la hamita y la éuscara.

El pueblo español (como el portugués, francés, italiano y griego) pertenece a la familia indo-europea y de ella a la rama latina (salvo, se entiende, los vascos que proceden directamente de la familia éuscara); por ello nos decimos hijos de la raza latina. Mas debe tenerse en cuenta que por virtud de las inmigraciones e invasiones de que ha sido objeto nuestro país, nos hemos apropiado mucho los españoles de otras razas. Así, pues, sobre el fondo primitivo y esencial de los antiguos iberos y celtíberos, se distinguen en nosotros, con los propios de la familia latina, rasgos de la germana, de la eslava y aún de la semita, de la que la dominación árabe nos dejó huellas al parecer imborrables. Pero, con las alteraciones debidas a las influencias de esas razas, lo que predomina en los españoles es el carácter propio de la latina.

El pueblo español se ha distinguido siempre por su amor a la independencia y su sentido democrático e individualista, su valor heroico y su grandeza de alma en la adversidad.

A estas prendas características hay que añadir la viveza de ingenio, propia de las razas meridionales y una imaginación exuberante que, saturada de un pronunciado sentimentalismo romántico, ha creado una gran literatura, a lo cual ha contribuido poderosamente la rica, sonora, flexible y majestuosa habla de Cervantes, la lengua castellana que es el idioma oficial de España y que ha prevalecido sobre los demás que, a modo de dialectos, se hablan en nuestra patria. Por virtud de las mismas condiciones hemos sobresalido siempre en las otras Bellas Artes (Arquitectura, Escultura y Pintura) en las que el genio español se ha revelado por modo maravilloso, y, a manera de grandes luminarias, ha dejado sembrada la patria de obras imperecederas y grandiosos monumentos.

Pero si los españoles descollamos en todo lo que exige mucha fantasía, mucho corazón, mucho sentimiento, nos quedamos, en cambio, muy a la zaga de casi todos los pueblos europeos y del norte americano, en cuanto requiere talentos prácticos. Seducidos por lo poético e ideal, huimos de la prosa y la realidad de la vida, que con deplorable frecuencia perdemos de vista. Dominados por la fantasía (la loca de la casa, como con razón se la llama) somos poco reflexivos, muy impresionables, muy soñadores, muy proyectistas y nada prácticos.

Fantasear es el defecto capital de los españoles que sin él formarían el primer pueblo de la familia indo-europea, que a su vez es la primera de la raza blanca, o sea de la que marcha a la cabeza de la civilización del mundo.

PEDRO DE ALCANTARA GARCIA

# TRIPTICO HUMANO

por Cosme Paules

El hombre asciende  
desde la raíz del fango  
o de la llama;  
nace y renace,  
se analiza y vive;  
es valiente y osado  
y ni a la muerte teme:  
sólo tiene temor  
a su conciencia.

TOLSTOI



**N**ADA vale la prédica sin el ejemplo puro, le dicta la conciencia y obedece tenaz, insuperable. Y el dogmatismo en pleno, como una roca gélida, se le desprende encima. ¡Cuánto debió sufrir! Desde cerca y de lejos le llegan los zarpazos de las garras felinas que dominan la tierra. Intereses creados, religiones de engaño, las razones de Estado: todos a una se revuelven violentos contra el amor del sabio. ¿Practicar la enseñanza del Comunismo Anárquico? ¡Horror, mil veces seguidas horror! — claman los turiferarios —. Que los campesinos mueran entre el asco y la miseria, bien; pero repartir las tierras de uno, eso es un crimen. Y ninguna autoridad se lo perdona; ni siquiera los que juegan con el arte o la **cultura**.

Tolstoi, no obstante, continúa impertérrito hasta el fin. La valentía genial que lo conmueve, podría durar mil años o bien una eternidad. Sucumbir es palabra desechada de su peculiar lenguaje. por eso triunfa, porque es más fuerte que todos los poderes artificiales que feroces se le oponen. ¿Dónde están las calaveras que sostenían los centros de todos los poderosos de entonces? Sin embargo, ahí está Tolstoi, más gigante cada día. Es

único y verdadero entre los únicos; fué de ayer, es de hoy y lo será de mañana. Los grandes equívocos no fenecen.

Su obra — todo bondad — sostenida con su ejemplo palpitante, es la cosecha segura de su noble corazón. Con Tolstoi se anuncia clara la aurora de un nuevo día para los desheredados. ¿Para cuándo? — preguntará algún escéptico. Puede ser hoy, podría serlo este siglo o dentro de diez mil años; todo esto es asunto nuestro, y también de los que — ¡cafres! — modernizan las retranscas del progreso. Pero tengamos confianza, porque un Tolstoi, la humanidad no le pare por el gusto de parirlo. Ella tuvo sus razones.

La tragedia de su vida y de su muerte — junto a aquéllos que lo amaron — poco importa, a pesar de importar tanto. ¿Podía esperarse menos, frente a un contraste tan puro en medio de tanto ciego? Una sociedad de odio que ve surgir del pantano una flor todo bondad, la pisotea con saña; y si no puede arrancarla, la maltrata hasta el cansancio. Así fué siempre o casi siempre; porque pocas veces hubo motivos para gloriarnos de una sociedad humana. Y seguimos en lo mismo: hagamos, pues, que germinen las flores de la justicia, la libertad y el amor.





KROPOTKIN

Es ciencia activa — ¡qué bien ha dicho Peirats! — y vació sobre la mesa una torrentada de pruebas: «El apoyo mutuo». Si, sí, las pruebas de que el comunismo anárquico no es una absurda quimera. Es un hecho realizable, demostrado por la ciencia con conciencia de este príncipe genial: Kropotkin. Su nombre es todo un símbolo.

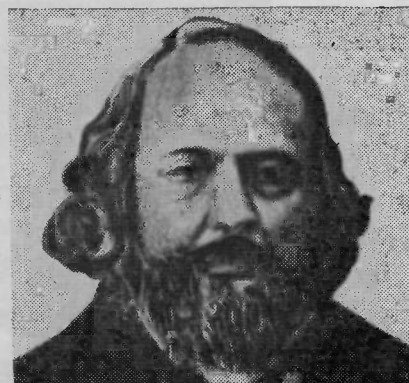
Kropotkin parte de cero y llega hasta el infinito; su recorrido es completo. En la meta que se para todos pueden hacer algo; pero antes, lo que se hace es destruir y no crear cosa útil de manera suficiente para que haya para todos. El lo afirma y verifica: Falta solidaridad, «apoyo mutuo», voluntad de conjunción.

Muchos sabios han querido llevar a cabo una obra que alcanzase hasta ese punto; pero todos han quedado en el camino, salvo raras excepciones que en esencia contuvieron los materiales sintéticos de que se sirve el gran ruso. ¿Hace falta señalar a estos portentos? No, no hace falta para nuestro propósito.

En su vida de rebelde nada tiene tanta fuerza como el claro desmentido que fué para el bolchevismo su proscripción y su muerte en un momento supremo de terremoto social que pretendía ampararse en mejoras proletarias. Con su suplicio final fué el primero en demostrar prácticamente que el partido dictador era un feto monstruoso que sin duda acabaría por hacer del gran combate un mar de sangre en suspenso. Y así fué. Bien sabía Kropotkin que su mayor enseñanza radicaba en su estoicismo. Podría haberse evitado la tortura permaneciendo alejado de la boca del volcán, pero no quiso, a sabiendas de lo que se proponía: desmentir de un solo gesto lo que en el fondo ocultaba, para el mundo proletario el bacilo bolchevique que él había descubierto, pesado y analizado, con su fino microscopio. Pocos supieron entonces comprender su gran gestión, pero él no hi-

zo caso de esto. Todo lo dejó a su tiempo. Y ese tiempo ya ha llegado: fué un pionero de la ciencia constructiva que supo entregarlo todo en aras del ideal.

El zarismo y otros ismos le dieron tan mal remedio como el propio bolchevismo. Pero él nunca se inmutó. Sereno, firme y seguro, sin prisa, pero sin pausa, puso en tensión su cerebro para aclarar el camino de la lucha proletaria. Con Tolstói se complementa; nunca podría encauzarse la corriente del amor en los tiempos que nos llevan, si no tuviese el apoyo de la ciencia verdadera, partiendo desde la meta propuesta por Kropotkin.



BAKUNIN

El impulso consecuente, toda energía y acción, viene a completar el tríptico: el enorme Bakunin. Genio revolucionario, por el lado de la vida, destructor de negativos. «Destruir es crear, sin duda, cuando lo que se destruye es aquello que las bestias, los guerreros, el fanatismo y el odio, crearon para dominar al hombre. No se puede construir sobre el pantano. O en todo caso, muy necesario será cavar hasta lo profundo, hasta el fondo de lo vivo; que cadáveres y fango no son base positiva para una gran creación. Eso dijo Bakunin en síntesis. Eso y mucho, mucho más, naturalmente; pero su fuerte no son, con serlo tanto, sus dichos, sino sus hechos.

Es un gran desconocido todavía a estas alturas y también un calumniado sin reparos. Todo el autoritarismo, el de todas las tendencias, tuvo ocasión de vomitar sobre él sus inmundicias; montañas de sapos y culebras que debió sobrellevar sobre sus anchas espaldas hasta casi desmayarlo; pero no lo consiguieron. Enfermo el titán rugía y hasta en el último extremo sostuvo el presentimiento de no haber nacido en vano. Y era cierto, porque Bakunin, ahora, es la única salida para todo, mientras tanto... Cerramos aquí este tríptico, pues el solo nombre humano de Bakunin humaniza a la vez los tres gigantes.

# El verdugo de Málaga y sus descendientes

por Pedro VALLINA

**C**UANDO medito sobre los episodios revolucionarios pasados, el sacrificio de los mejores en la lucha por el triunfo de la libertad y de la justicia social, entristece profundamente mi espíritu. Aquellos hombres de bien deberían haber tenido otra recompensa en la vida, ya que no hay nada después de la muerte. Sin embargo, sembraron con sus huesos el camino que después recorrieron los otros. Ahora bien, si Dios no premia a los buenos porque no existe, hay un dios verdadero, el Pueblo, que nunca los olvida y que pronto o tarde les hace la justicia debida, castigando al mismo tiempo a sus verdugos. El Pueblo guarda cuidadosamente las esencias del bien, y todos los esfuerzos hechos por los malvados para robárselas o adulterarlas, han sido estériles. Por lo tanto, no hay que desesperar, por negro que aparezca el horizonte, como en el caso de nuestra España. Rindamos culto a la acción y luchemos sin reposo, porque un día el Pueblo rasgará la cortina de sombras y volverá a brillar el sol de la libertad, que hoy sufre un eclipse pasajero.

De los episodios que más impresionaron mi espíritu, allá en mi juventud, es sin duda, el fusilamiento del general Torrijos y los nobles caballeros que lo acompañaban en su expedición libertadora. Más de una vez visité en Madrid el Museo de Arte Moderno para contemplar el famoso cuadro de Antonio Gilbert, una de las mejores pinturas de la escuela española moderna. El soneto de Espronceda «A la muerte de Torrijos y sus compañeros», que comienza así: «Vedlos ahí junto a la mar bravía, — cadáveres no más...» llegué a recitarlo de memoria. La esposa de Torrijos, la condesa María Luisa Sáenz de Vinuesa, escribió la historia de la expedición y muerte de Torrijos en una obra que lleva por título «La vida del General Torrijos».

Torrijos, como es sabido, cayó en una celada que le tendió el general González Moreno, gobernador militar en Málaga, que mientras pretendía conspirar con la Junta Revolucionaria de Londres, trasladada a Gibraltar, se entendía para la traición y el crimen con el repugnante Fernando VII, el rey-hiena, como le llamó Victor Hugo. El 11 de diciembre de 1831 fueron sacrificados aquellos héroes, atraídos por una combinación policiaca, dígame engaño. Los liberales conocieron desde entonces al general reaccionario por el mote del Verdugo de Málaga, que le ha quedado en la historia de España.

El general González Moreno, hombre sin escrúpulos, traicionó más tarde a la reina María Cris-

tina, pasándose a las filas del carlismo. Por cierto que su influencia en la Corte de don Carlos fue de lo más nefasto, poniendo su sello repulsivo. Más tarde, cuando el abrazo de Vergara, temiendo por su vida y el fruto de sus rapiñas, se unió a un grupo de carlistas recalcitrantes y se dispuso a internarse en Francia. Pronto se dieron cuenta los fugitivos de la presencia del reptil y le dieron muerte degollándole como a un cerdo, después de tenderlo sobre una peña, allá en tierras de Navarra.

¿Cómo iba a figurarse Torrijos en el instante supremo de su muerte, cuando invocaba en su mente una justicia que parecía ausente, que los hombres del Pueblo, los campesinos extremeños, habían de vengarle, muchos años después hasta en la cuarta generación?

..

Uno de los descendientes del Verdugo de Málaga, militar también, llegó a la Siberia Extremeña con motivo de una de las asonadas carlistas de la época. Por lo visto, allí contrajo matrimonio y fijó su residencia. Tuvo un hijo, Gustavo, que suprimió de su apellido el González, y se quedó con el Moreno. Quería borrar las huellas de una ascendencia infame. Gustavo Moreno casó con una hacendada rica y tuvo numerosa prole. Fue cacique político, alternando con otro tunante, así aumentó sus bienes. Conocí a su señora, ya viuda, y era una mujer todavía arrogante y altanera, a pesar de su ancianidad. La asistí algún tiempo con motivo de la fractura del cuello de un fémur. Los hijos de este matrimonio se repartieron por la comarca, y como habían heredado el espíritu perverso del abuelo, hicieron fortuna y ocuparon una posición privilegiada. Por algún tiempo los tuve como clientes y siempre me enaltecieron como médico. Después se agriaron las cosas y rompimos las relaciones, a causa de una traición que me hicieron. A pesar de sus esfuerzos para ocultar su origen, el Pueblo no ignoraba su procedencia. Por cierto que en una época se cantaban allí unas coplas que empezaban así:

Hubo en Málaga un Verdugo  
que a Torrijos fusiló;  
hay en Siruela un cacique  
que a Don Pedro desterró...

Arturo Moreno era el prototipo de aquella familia de miserables. Alto, moreno, enjuto de carnes, con bigote negro y lacio, los ojos pardos inquietos, el alma de Judas. Casó con una hacendada extre-

meña, que poseía muchas tierras, unas robadas y otras adquiridas a bajo precio cuando la desamortización. Era charlatán e intrigante en extremo. Se hizo político pueblerino por exigencias de su espíritu turbio. En la época de la dictadura de Primo de Rivera era el cacique máximo de la comarca. Entonces se le ocurrió organizar a los campesinos, para servirse de aquel rebaño como un partido a sus órdenes. Así se constituyó la «Sociedad de Campesinos Católicos», con la virgen de Alta-gracia como patrona y el cura de la localidad como consejero. Pero le salió el tiro por la culata, como vulgarmente se dice. Porque allí estaba yo y conmigo el ideal anarquista, cuyo soplo había refrescado el frente de aquellos parias. Así que cuando el viejo presidente de la sociedad de campesinos le dijo de sopetón lo que pensaban los asociados, el tunante cacique se desplomó en su sillón.

— «Sí, usted nos ha organizado, le dijo, para que como otras veces sirvamos los intereses de los ricos; está en un gran error. Esta vez vamos a trabajar por nuestra cuenta y en contra de ustedes hasta abolir sus privilegios y alcanzar nuestra emancipación total».

Pronto comprendieron de donde partía la piedra y se dispusieron a anular mi influencia haciéndome desaparecer, y al mismo tiempo intimidar a los campesinos con las persecuciones y las cárceles.

Y aquí viene la obra maestra de Arturo Moreno, cualidad que había heredado de su bisabuelo, el Verdugo de Málaga. No perdió tiempo y se dirigió a Madrid a visitar a Federico Carlos Bas, diputado, acompañado por el alcalde de Siruela, un verdadero alcornoque, y dos campesinos sinvergüenzas, que traicionaron a sus compañeros, ofreciéndose a los manejos del cacique. Esta comisión pidió encarecidamente al diputado que los librara de mi presencia y se me trasladase a un lugar lo más lejano posible. Federico Carlos Bas se negó resueltamente a lo que se le pedía, pero cedió pronto ante el razonamiento que le hizo el ladino Arturo Moreno, engañándole como a un niño.

— «Yo soy el diputado provincial, este señor el alcalde de Siruela, y estos dos campesinos representan a su sociedad. El pueblo en masa no tolera un día más la presencia de un revolucionario tan peligroso, y está dispuesto a matarlo si no se lo llevan pronto».

— «Si es así, respondió el diputado, para salvarle la vida haré las gestiones necesarias, cerca de mi amigo el general Mola, director de Seguridad, y no dudo de que vuestros deseos serán cumplidos para que renazca la tranquilidad en aquel vecindario».

Aquellos hombres se equivocaron por completo, porque no contaban con la presencia de un pueblo valiente.

## LA ELOCUENCIA

Hay quienes tienen un sólido talento que se expresa por medio de una cualidad que puede ser también la más deslumbrante y peligrosa: la elocuencia.

Todo gran predicador, todo abogado y político, que disfruten de renombre, además de ser consumados actores, suelen poseer un gran dominio en el lenguaje oratorio. Saben que las palabras pueden ejercer un efecto casi mágico sobre el auditorio.

La esencial irracionalidad de este poder probablemente lo torna más maligno que benigno, incluso en los oradores mejor intencionados.

Cuando un orador, por la mera magia de las palabras y de una voz bien timbrada, persuade a su auditorio de la justicia de una mala causa, nos sentimos honestamente desagradados.

Deberíamos experimentar el mismo desagrado cada vez que las mismas triquiñuelas son puestas en práctica para persuadir a la gente de la justicia de una buena causa.

La creencia que así se provoca puede ser loable, pero el terreno en el cual ésta germina es intrínsecamente malo, y los que apelan a las tretas de la oratoria para inspirar incluso justas opiniones son culpables de adular a los elementos menos estimables de la naturaleza humana.

Al ejercer sus desastrosas dotes de charlatanes, agudizan el trance casi hipnótico en el que la mayoría de los seres viven y del que toda verdadera filosofía genuinamente humanista intenta liberarlos.

No hay oratoria eficaz sin una extrema simplificación. Y es imposible llegar sin desvirtuar los hechos.

Hasta cuando hace todo lo que puede para decir la verdad, el orador, el orador elocuente es un mentiroso.

La mayoría de los oradores elocuentes no siempre tratan de decir la verdad, sino de despertar la simpatía en sus amigos y antipatía en sus adversarios. En suma, la elocuencia, como todas las artes sugestivas, se dirige más a la emoción sentimental que al razonamiento crítico, que no pierde la sonrisa incrédula.

Aldous HUXLEY en «Los demonios de Loudun».  
(Pág. 31)

(Transcrito por C. Iscar).



# ALI BEY

**S**IEMPRE que he especulado sobre el carácter catalán, los criterios puestos en danza en torno al tema se han centrado en dos prototipos, casi ya tópicos: el «senyor» Esteve y Ali Bey. Sospecho a veces que mis amigos catalanes, cuando hablo de estos dos extremos, se rien bajo cuerda, sin delatarlo en su compostura facial, salvo quizá un chisporroteo de luz amable en los ojos. Con todo, navegar entre dos extremos siempre faculta para quedarse en los medios. Y por eso me gustan estos dos tipos catalanes: el «señor» Esteve y Domingo Badia. El que uno sea creación literaria y el otro de carne y hueso, no importa. Sin meternos en honduras críticas, es obvio que Rusiñol actuaba dentro del mayor pleno realismo cuando escribía y del más vago idealismo cuando pintaba.

El mercero, representando el sanchopancismo, y el geógrafo, la quirotada, abren al observador un amplio margen. Pero no es cosa de contraponerles, entre otras razones porque sería muy fácil. Queríamos, en este momento perdido, hablar del barcelonés Domingo Badia Leblisch, del cual escribió el valido Godoy las siguientes palabras: «Badia era el hombre para el caso. Valiente, arrojado como pocos, disimulado, astuto, de carácter emprendedor, amigo de aventuras, hombre de fantasía y verdadero original donde la poesía pudiera haber sacado muchos rasgos para sus héroes fabulosos, hasta sus mismas faltas, la violencia de sus pasiones y la genial intemperancia de su espíritu le hacían apto para aquel designio».

Se refería Godoy a un viejo proyecto de enviar un aventurero estudioso por la costa africana, inquirendo los medios de fomentar el comercio y organizar un tráfico directo de mercancías y dinero, con independencia de Francia e Inglaterra. Supongamos, también, que unos cuantos planos y estudios militares no estorbarían nada al favorito y primer ministro. Corrían los primeros años del siglo XIX. Domingo Badia, nacido el 1 de abril de 1766, en Barcelona, tenía menos de cuarenta años.

Pero es que Domingo Badia se había destacado mucho antes. Como cita Diaz Plaja en su «Silueta de Ali Bey el Abbassi», Badia a los trece años era «administrador de utensilios» con Carlos III, en la costa de Granada; a los diecinueve «contador de guerra con honores de comisario», y a los veintiséis, administrador de Tabacos en Córdoba.

Se supone que tan prolongada estancia en Andalucía le hizo tomar a Badia afición a lo morisco. El caso es que en 1797 está en Madrid estudiando árabe y temas orientales y africanos. África, en-

tonces, hasta que Napoleón descubrió las pirámides, era un inquieto y vago continente, en plena Edad Media, nido de piratas, imperio de la Sublime Puerta. África, a las puertas de Europa, era casi desconocida. Y a las grandes potencias les entró de repente una prisa tremenda por conocer las interioridades de aquel gran muerto que se mantenía en pie, esperando el empujón. Sólo que las guerras napoleónicas aplazaron treinta años la aventura.

Domingo Badia propone un viaje de estudios. Le es aceptado. Le acompañará su profesor de árabe, Simón de Rojas. Badia, en Londres, se hace circuncidar. Ya es, en espíritu y forma, un precursor de Lawrence de Arabia. Adopta la personalidad del príncipe Abbassi Ben Otoman, descendiente por línea recta del Profeta. Domingo Badia ya es Ali Bey. Corre el año 1802. Su primer periplo nace y muere en las ciudades marroquíes, sin esconderse, recitando suras del Libro en las coranias, practicando las abluciones en las mezquitas, enseñando ciencias y, de paso, levantando croquis y planos militares. Es un árabe en toda la extensión política de la palabra. Solimán le regala un palacio, tierras y un harén. Ali Bey, para los musulmanes o muslines añorantes de Granada y Córdoba puede ser el que devuelva a los antiguos poseedores las bellezas de Al-Andalus. Está a punto de abrir las puertas del Mogreb a los españoles, adelantándose cincuenta años a la expansión africana de Europa. El rebelde Heschem ofrece el reino de Fez, Tánger, Larache y Tetuán a cambio de la ayuda española que consolide su rebelión en el Atlas.

Fracasa el golpe porque al rey Carlos le da por ser caballeroso y no quiere conspirar contra Muley Solimán, su buen amigo. Pese a la insistencia de Godoy, el monarca incide por los caminos de la rectitud. Se pierde la gran ocasión. Ali Bey, desconcertado, viaja, siempre en príncipe árabe. Como Ulises, recorre el Mediterráneo, visitando Grecia; misión en Alejandría y gran viaje, fabuloso viaje, a la ciudad santa: La Meca. Este santuario máximo del mundo islámico está vedado a los occidentales. Ali Bey peregrina, levanta planos, narra y continúa viajando por Siria, Palestina, Turquía, donde un criado le descubre. Año 1807, dos años después de Trafalgar, cuando ya Napoleón prepara sus planes imperiales. Cinco años de aventuras, los suficientes para pasar a la Historia.

Y cuando con el fruto de tanto riesgo y audacia se acerca al monarca, el mismo que tenía dengues

para la aventura africana, éste le dice, después de una ojeada formularia al botín, que España ha pasado al dominio de Francia y que vaya a ver al Emperador, para quedar a las órdenes de su Majestad Imperial y Real. Badia (ya es otra vez el catalán Domingo Badia) consciente del valor que tiene en las manos, acude al Emperador, que le escucha, le atiende y le recomienda al rey José. Y por donde ahí que el españolísimo y catalán Domingo Badia se convierte en un afrancesado, en un colaboracionista, que debe huir cuando la península se libera.

Quiere rehabilitarse, ruega a Fernando VII, que se le niega. Y Domingo Badia, un gran hombre, muere en el exilio. Mejor dicho, muere en Damasco—unos dicen que envenenado, otros que a causa de la disenteria—, al servicio de Francia, a los cin-

cuenta y cuatro años. En Francia, pues, publicó su famoso libro «Viajes», tres tomos de narración y un cuarto de mapas, que tardó veinte años en traducirse al español. Como siempre, español haciendo historia, francés para escribirla.

Este fué, a grandes rasgos, Domingo Badia, barcelonés, sabio viajero, filántropo aventurero, gran tipo humano hasta en sus equivocaciones, vinculado, para su desgracia, a una época de decadencia. ¿Puede considerarse prototipo de uno de los aspectos fundamentales del hombre catalán? Yo creo que sí. Entre Francia y Africa del Norte han fluctuado y fluctúan muchos catalanes. ¿Que es un tópico...? ¡Ojalá tuviéramos muchos tópicos como Domingo Badia, por cinco años llamado Alí Bey el Abbasi...!

**T. SALVADOR**



Hace cerca de un siglo se decía...

# Contra las dictaduras



**N**O estamos ya en los tiempos fabulosos en que el padre devoraba a sus propios hijos, ni en aquel tiempo judaico en que Herodes o Legión mataba toda una generación de débiles inocentes, cosa que, a pesar de todo, no impidió que Jesús escapara de la matanza y que Júpiter no fuese devorado. Vivimos en una época que no mata ya a los niños a cuchilladas y en que nos parece muy natural que los jóvenes entierren a los viejos. Enterremos, pues, todo lo trasnochado. Hércules ha muerto; ¿por qué empeñarnos en resucitarlo? Todo lo más que podríamos hacer es galvanizarlo. El palo es menos tuerté que la idea.

**S**ALUD a la idea presente y futura — La autoridad ha reinado tanto tiempo sobre los hombres, ha tomado tanta posesión de la humanidad, que en todas partes ha dejado una guarnición en su espíritu. Aún hoy es difícil, fuera de en teoría, desterrarla por completo. Cada uno de los civilizados es para ella una fortaleza que bajo la guardia de los prejuicios, se yergue como un enemigo frente al paso de la libertad, invasora amazona que se lo disputa. Así tenemos los individuos que, creyéndose revolucionarios y jurando a todo trapo por la libertad, proclaman nada menos que la necesidad de la dictadura, como si la dictadura no excluyese la libertad y la libertad la dictadura. ¡Cuántos niños grandes, a decir verdad, entre los revolucionarios! Y niños grandes que tienen apego a su manía; niños grandes que quieren la República democrática y social, sin duda, pero con un emperador o un dictador, lo que es todo uno, para gobernarla; gentes montadas de cara a la grupa, y que con la vista fija sobre la perspectiva del progreso, se alejan de él tanto más cuando más caminan para acercarse, galopando de espaldas a la cabeza de la bestia que montan. Estos revolucionarios, politicastros de poco pelaje, han conservado, con la señal del collar de esclavos, la mancha moral de la servidumbre, el torticolis del despotismo. Desgraciadamente ¡ay! son muy numerosos entre nosotros. Se llaman republicanos, demócratas y socialistas y no tienen más inclinación y otros amores que los de una autoridad de puños de acero, de cerebro de hierro, de corazón de hierro; más monárquicos que los monárquicos que, en realidad, a su lado podrían pasar por an... arquistas.

**L**A dictadura, sea una hidra de cien cabezas o de cien colas, sea autocrática o demagógica, nada puede hacer en beneficio de la libertad; no puede hacer más que perpetuar la esclavitud, tanto moral como físicamente. No es regimentando un pueblo de ilotas bajo un yugo de

hierro, puesto que de hierro se trata, aprisionándolo en una uniformidad de voluntades proconulares, como pueden formarse hombres inteligentes y libres. La libertad no es una cosa que pueda otorgarse. No pertenece a la fantasía de un personaje o de un comité de salvación pública el poder decretarla y repartirla. La dictadura puede cortar cabezas de hombres, pero no podrá hacerlas crecer ni multiplicar; puede transformar las inteligencias en cadáveres; puede hacer arrastrarse y hormiguar debajo de sus botas y ante su látigo a los esclavos como si fuesen gusanos u orugas; las aplanará con su pesado paso, pero únicamente la libertad podría darles alas. Únicamente por el trabajo libre, el trabajo intelectual y moral, nuestra generación, civilización o crisálida, podrá metamorfosearse en viva y brillante mariposa, revestir el tipo humano y florecer ampliamente en armonía.

**Y**A sé que hay mucha gente que habla de la libertad sin comprenderla, sin tener de ella ni la ciencia ni el sentimiento. En la demolición de la autoridad reinante no ven más que una sustitución de nombre o de personas; no se imaginan que una sociedad pueda funcionar sin amos ni criados, sin jefes ni soldados. En esto se parecen a aquellos reaccionarios que dicen: «siempre ha habido ricos y pobres y los habrá siempre. ¿Qué sería el pobre sin el rico? Se moriría de hambre.» Los demagogos no dicen precisamente esto, pero dicen: «Siempre hubo gobernantes y gobernados y los habrá siempre. ¿Qué sería del pueblo sin gobierno? Viviría en la esclavitud.» Todos estos anticuarios, los rojos y los blancos, son un poco compadres y compañeros: la anarquía, el liberalismo, trastorna su miserable entendimiento, entendimiento lleno de prejuicios ignaros, de tontas vanidades, de cretinismo: Plagiarios del pasado, los revolucionarios retrospectivos y retroactivos, los **dictaturistas**, los enchufados a la fuerza brutal, todos estos autoritarios de mil colores que reclaman un poder salvador, croarán toda la vida sin encontrar lo que desean. Parecidos a las ranas que pedían un rey, se les ve y se les verá siempre cambiar el oro por la calderilla, el gobierno de julio por el gobierno de febrero, los **masacradores** de Rohan por los asesinos de junio, Cavaignac por Bonaparte, y mañana, tal vez, Bonaparte por Blanqui... si un día gritan: ¡abajo la guardia municipal! es para gritar pocos instantes después: ¡viva la guardia móvil! O bien truecan la guardia móvil por la guardia imperial, como trocarían la guardia imperial por los **batallones revolucionarios**. Súbditos eran, súbditos son, súbditos serán. No saben lo que quieren ni lo que hacen. Hoy se quejan de que no tienen el hombre de sus amores y



mañana se quejarán de que lo tienen en demasía. En fin, a cada instante y por cualquier motivo invocan la autoridad de pico de cuervo y luego se extrañan de que les picotee y les mate y devore.

Todo individuo que se llame revolucionario y hable de dictadura es un iluso o un granuja, un imbécil o un traidor; imbécil o iluso si la preconiza como auxiliar de la Revolución social, como un modo de transición entre el pasado y el futuro, puesto que esto siempre equivale a conjugar la autoridad en indicativo presente; granuja y traidor si no la considera más que como un medio de situarse en el presupuesto y jugar a gobernantes en todos los modos y en todos los tiempos.

**M**UCHOS enanos hay, ciertamente, que no desean sino que se les conceda un título oficial, buenos emolumentos, una representación cualquiera que les saque del pantano donde chapotea el común de los mortales y poder darse de este modo aires de gigante. ¿Serán los hombres bastante necios para darles un pedestal a estos pigmeos? ¿Oiremos siempre el estribillo: «nos hablais de suprimir los elegidos del sufragio universal, de que tiremos por la ventana la representación nacional y democrática, pero ¿a quién pondremos en su lugar? Porque en última instancia alguno tiene que mandar... un comité de salvación pública, siquiera... No quereis un emperador, un tirano, lo comprendemos, ¿pero quién le sustituye? ¿Un dictador? Porque no todo el mundo sabe gobernarse y alguno tiene que sacrificarse para gobernar a los demás...» Señores y ciudadanos, replico yo, ¿por qué suprimirnos el gobierno si tenemos que sustituirle? Lo necesario es destruir el mal y no cambiarlo de sitio. ¡Qué me importa que lleve tal o cual nombre, que esté aquí o allí, si bajo esta máscara y con este aspecto se atraviesa y se atravesará siempre en mi camino? Se suprime a un enemigo, pero no se le da un sucesor. La dictadura, la magistratura soberana, es reconocer que la autoridad, que es el mal, puede hacer el bien, y esto equivale a declararse monárquico, sancionar el despotismo y apostatar la Revolución. Si preguntamos a estos partidarios absolutos de la fuerza bruta, a estos ensalzadores de la autoridad demagógica y obligatoria, cómo la ejercerán, de qué modo van a organizar este poder fuerte, los unos os responden, como el difunto Marat, que quieren un dictador con grillos en los pies y condenado por el pueblo a trabajar para el pueblo.

**D**ISTINGAMOS ante todo: o este dictador obrará por voluntad del pueblo y entonces no será realmente un dictador, sino la quinta rueda de una carreta, o bien será realmente un dictador, tendrá en sus manos riendas y látigo, y entonces obrará como se le antoje, es decir, en provecho exclusivo de su divina persona. Obrar en nombre del pueblo, es obrar en nombre de todo el mundo. ¿no es esto? Y todo el mundo no es científicamente, armónicamente, inteligentemente revolucionario. Pero admito, conformándome al pensamiento de los blanquistas, por ejemplo, que hay pueblo y pueblo, el pueblo de los hermanos iniciados, los discípulos del gran arquitecto, y el pueblo turba de los profanos. Estos afiliados, estos cons-

piradores escogidos, ¿andarán siempre de acuerdo? ¿Lo estarán siempre en todas las cuestiones y en todos sus partidos? Que salga un decreto sobre la propiedad o sobre la familia o sobre cualquier otra cosa, y los unos lo encontrarán demasiado radical y los otros que no lo es bastante. Ya veremos, pues, mil puñales levantados contra el forzado dictador. Ni dos minutos podría vivir el que aceptara este papel. No lo aceptará en serio; tendrá su camarilla, todos los hombres que se apretujarán a su lado y le formarán un batallón sagrado de lacayos para mendigarle los restos de su autoridad, las migajas del poder. Y entonces podrá ordenar muy bien en nombre del pueblo, no lo niego, pero seguramente contra el pueblo. Fusilará y hará deportar a todos los que tengan veleidades libertarias. Como Carlomagno, o no sé qué otro rey, que medía a los hombres por la altura de su espada, hará decapitar todas las inteligencias que sobresalgan de su nivel, prohibirá todos los progresos que no se le alcancen a su magín. Hará como todos los hombres de «salvación pública», como los políticos del 93, émulos de los jesuitas de la Inquisición, propagará la bestialización general, iniciará la iniciativa particular, extenderá las tinieblas sobre la aurora, sobre la idea social, nos hundirá, muertos o vivos, en el estercolero de la civilización, hará del pueblo, en lugar de una autonomía intelectual y moral, una automatía de carne y huesos, un cuerpo de brutos, pues para un dictador político, como para un director jesuita, lo que hay mejor en el hombre es el cadáver...

Otros hay que en sus sueños de dictadura difieren poco de los primeros en el sentido de que no quieren la dictadura de uno solo, de un Sansón de una sola cabeza, sino de mil cabezas, la dictadura de esas pequeñas maravillas del proletariado reputadas inteligentes porque en prosa o en verso declamaron unas cuantas trivialidades o inscribieron su firma en alguna pequeña capillita político-revolucionaria; la dictadura, en fin, de las cabezas y de los brazos peludos que compita con la de los calvos y con la misión, claro está, de exterminar a los aristócratas y a los que no piensen como ellos. Como los otros creen que el mal no está tanto en las instituciones liberticidas como en la elección de los hombres tiránicos. Igualitarios de nombre, están, en principio, por las castas. Y poniendo a los obreros en el poder en lugar de los burgueses, no dudan que todo marchará divinamente en el mejor de los mundos posibles.

**L**OS obreros en el poder! Es necesario no tener memoria. ¿No tuvimos a Albert en el gobierno provisional? ¿Es posible ver otro hombre tan cretino como él? En la Asamblea constituyente o legislativa tuvimos los representantes lyoneses, y si fuésemos a juzgar a los representados por los representantes sería una triste muestra de la inteligencia de los obreros de Lyon lo que nos trajeron. París nos gratificó con Nadaud, naturaleza espesa, inteligencia de mortero, que soñaba transformar su llana de albañil en cetro presidencial. Y después, Corbon, el reverendo de Atelier, acaso el menos jesuita, pues éste siquiera no tardó en tirar la máscara y situarse entre los reaccio-

**S**EMEJANTES a los cortesanos que en las gradas del trono son más realistas que el rey, en las gradas de la autoridad oficial y legal los obreros son más burgueses que los burgueses. Y se comprende: el esclavo emancipado y convertido en amo exagera siempre los vicios del planificador que le educó. Está tanto más dispuesto a abusar del mando cuando más inclinado o forzado estuvo a la sumisión y a las bajezas con los que le mandaban. Un comité dictatorial compuesto de obreros es ciertamente lo que podría hallarse más hinchado de vanidad, insuficiencia y nulidad y, por consiguiente, más antirrevolucionario. Si se quiere tomar en serio las palabras **salvación pública**, lo primero que debe hacerse, siempre, es apartar a los obreros de toda autoridad gubernamental, y luego, siempre, desterrar lo más posible de la sociedad la autoridad gubernamental. (Vale más en el poder enemigos sospechosos que amigos dudosos.)

**L**A autoridad oficial o legal, sea cual fuere el nombre con que se la decore, es siempre engañosa y malhechora. No hay verdad ni **beneficiencia** más que en la autoridad natural o anárquica. ¿Quién fué autoridad de hecho y de derecho en 1848? ¿Fué el gobierno provisional, la comisión ejecutiva, Cavaignac o Bonaparte? De ningún modo. Pues si bien tuvieron en sus manos la fuerza bruta, no fueron más que instrumentos, los rodajes de la reacción; no fueron motores, sino máquinas. Todas las autoridades gubernamentales, hasta las más autocráticas, no son más que esto, máquinas. Funcionan por la voluntad de una facción y al servicio de esta facción, salvo los accidentes de las intrigas y las explosiones de ambición comprimida. La verdadera autoridad en 1848, la autoridad de salvación universal, no estuvo, pues, en el gobierno, sino, como siempre, fuera del gobierno, en la iniciativa individual: Proudhon fué su más eminente representante (en el pueblo y no en la Cámara, claro está). En él se personificó la agitación revolucionaria de las masas. Y para esta representación no hubo necesidad de títulos ni de mandatos legalizados. Su único título, le venía de su trabajo; era su ciencia, su genio. Su mandato no lo tenía de los demás, de los sufragios arbitrarios de la fuerza bruta, sino de sí solo, de la conciencia y de la espontaneidad de su fuerza intelectual. Autoridad natural y anárquica que ejerció toda la parte de influencia a que podía pretender. Una autoridad que no necesita pretorianos, porque es la dictadura de la inteligencia; autoridad que caldea y vivifica. Su misión no consiste en **agarrotar** ni recortar a los hombres, sino en elevarles más alto que su propia cabeza, desarrollarlos con toda la fuerza de expansión de su naturaleza mental. Autoridad que no produce, como la otra, esclavos en nombre de la libertad pública, sino que destruye la esclavitud en nombre de la autoridad privada. No se impone a la plebe arrellenándose en los sillones de un palacio, acorazándose con mallas de acero, cabalgando entre arqueros, como los barones feudales, sino que se afirma en el pueblo, como se afirman los astros en el firmamento, radiando sobre sus satélites.

**¿Q**UE mayor poder habría podido tener Proudhon siendo gobernante? No solamente no lo habría tenido mayor, sino que lo habría tenido menor, hasta suponiendo que hubiese podido conservar en el poder sus pasiones revolucionarias. Viniéndole su poderío del cerebro, todo lo que habría dificultado el trabajo de su cerebro habría sido un atentado a su poderío. Si hubiese sido un dictador con espuelas, armado de pies a cabeza, habría perdido politiquando con los que le habrían rodeado todo el tiempo que empleó socializando las masas. En lugar de revolución habría hecho reacción. Ved lo ocurrido con Luis Blanc, morador del Luxemburgo, el mejor intencionado tal vez de todo el gobierno provisional, y, no obstante, el más pérfido, el que sacó las castañas del fuego para la reacción, el que entregó a los obreros sermoneados a los burgueses armados, el que hizo lo que todos los predicadores autoritarios, el que predicó la caridad cristiana a los pobres a fin de salvar a los ricos.

**L**OS títulos, los mandatos gubernamentales, no son buenos más que para las nulidades que, demasiado cobardes para ser algo por sí mismos, quieren parecer algo. No tienen más razón de ser que la razón de que son unos abortos. El hombre fuerte, el hombre de inteligencia, el hombre que lo es todo por el trabajo y nada por la intriga, el hombre que es hijo de sus obras y no el hijo de su padre, nada tiene que ver con estas atribuciones carnavalescas; las desprecia y las odia como un disfraz que mancharía su dignidad, como algo obscuro e infamante. El hombre débil, el hombre ignorante, pero que tiene el sentimiento de la humanidad, debe temer a estas nulidades; hasta un poco de buen sentido para adivinarlas. Pues si toda arlequinada es ridícula, también es odiosa.

**T**ODO gobierno dictatorial, entendido en singular como en plural, todo poder demagógico no hará más que retardar el advenimiento de la revolución social sustituyendo por su iniciativa, sea la que fuere, por su razón omnipotente, por su voluntad cívica y forzada a la iniciativa anárquica, a la voluntad razonada, a la autonomía individual. La revolución social no puede hacerse sino por el órgano de todos individualmente; de otro modo no será la revolución social. Lo que es necesario hacer, pues, hacía lo que debe tenderse, es a colocar a todo el mundo y a cada uno en la posibilidad, es decir, en la necesidad de obrar, a fin de que el movimiento, al comunicarse de unos a otros, dé y reciba el impulso del progreso y decuplique y centuplique de este modo su fuerza.

**L**O que se necesita, pues, en fin, es tantos dictadores como seres pensantes haya, hombres o mujeres, en la sociedad, a fin de agitarla, de sublevarla, de sacarla de su inercia, y no un Loyola con gorro frigio, un general político para disciplinar, es decir, inmovilizar unos y otros y pensar sobre su pecho, sobre su corazón, como una pesadilla, a fin de ahogar sus latidos; y sobre su frente, sobre su cerebro, como una instrucción obligatoria o **catecismal**, a fin de torturar el pensamiento.

LA autoridad gubernamental, la dictadura, se llame imperio o república, trono o sillón, salvador del orden o comité de salvación pública; que hoy exista con el nombre de Bonaparte o mañana con el de Blanqui; que salga de Ham o de Belle-Île, que lleve en sus insignias un águila o un león disecado... la dictadura será siempre la violación de la libertad por la virilidad corrompida, por los sífilíticos del pensamiento; es el mal cesáreo inoculado con semillas de reproducción en los órganos intelectuales es de la generación popular. No es un ósculo de emancipación, una natural y fecunda manifestación de la pubertad; es la formación de la virginidad con la decrepitud, un atentado al pudor, un crimen de abuso de tutor con su pupila... es un homicidio.

NO hay más que una dictadura revolucionaria que sea humanitaria; es la dictadura intelectual y moral. ¿Acaso todo el mundo no es libre de participar en ella? Basta quererlo para poderlo. Para hacerse reconocer, esta dictadura no tiene necesidad de batallones de lectores ni de trofeos de bayonetas; no marcha escoltada sino por sus pensamientos libres, no tiene más cetro que la luz que irradia. No hace la ley, la descubre; no es autoridad, hace autoridad. Existe no más que por la voluntad del trabajo y el derecho de la ciencia. Quien la niegue hoy, la afirmará ma-

ñana. Porque ella no manda la maniobra abotándose en su inercia, como un coronel de regimiento, sino que ordena el movimiento predicando con el ejemplo, demuestra el progreso por el progreso.

— ¡Todo el mundo al mismo paso!, dice la autoridad, y es la dictadura de la fuerza bruta, la dictadura animal.

— ¡El que me ame que me siga! dice la otra, y es la dictadura de la fuerza intelectualizada, la dictadura nominal.

La primera tiene por apoyo todos los hombres pastores, todos los hombres rebaños, todo lo que manda u obedece, todo lo que está domiciliado en la civilización.

La segunda tiene a su lado las individualidades hechos hombres, las inteligencias descivilizadas.

La una es la última representación del paganismo, la sesión de clausura definitiva, sus adiós al público.

La otra es el principio de una nueva era, su entrada en escena, el triunfo del socialismo.

Una es tan vieja que toca la tumba; la otra es tan joven que toca la cuna.

— ¡Vieja autoridad! es ley que mueras.

— ¡Libertad naciente! es ley de la naturaleza que crezcas.

J. DEJACQUES

## Buzón de la Revista

C. LIZCANO. — Recibida tu carta y los libros. De las noticias que das estábamos en antecedentes. Las cosas son así, pero... no hay que perder los estribos. Ya sabes que la educación social puede hacer hasta « milagros ». Con ésta y con perseverancia, no hay mulo que resista.

¿Que falta formación? Pues... educación, educación, educación, y verás cómo todos seremos mejores.

Otra cosa: Sigue «pulseando».

J. M. PUYOL. — Escabroso o no, ¡adelante!

C. M. RAMA. — Dispensa nuestro silencio. Sigue carta. Tienes razón, sobre Cuba hay que informar y decir toda la verdad.

E. RELGIS. — Recibidos los libros dedicados. Agradecidos. Ni que decir que los tendremos en cuenta.



v

Entre los motivos de persecución antisemita, además de los expuestos destaca el de la responsabilidad judaica en la invasión musulmana de nuestra península. Algunos autores modernos dan un cierto crédito a la leyenda, y afirman que hubo complot judío para traer a España a los árabes, ya conquistadores del Norte de Africa. El complot sería un compromiso entre judíos y musulmanes por el que los primeros entregarían a los segundos las llaves del Estrecho a condición de que les permitieran practicar libremente sus creencias. El mismo Salvador de Madariaga da como probado que los judíos abrieron a los árabes las puertas de las fortalezas españolas prestándose encima a guarnecer, en función de policía de retaguardia, el territorio conquistado, lo que nos parecen demasiadas llaves en poder de los cancerberos hebraicos. El único indicio serio es que el rey godo Egica, como habrása visto, dictó duras leyes contra los judíos bajo supuesto de que mantenían relaciones conspirativas con sus compatriotas de más allá del Estrecho. ¿Qué cosa más natural siendo aquéllos expulsados, o descendientes de los expulsados por Sisebuto, parientes próximos de los que quedaron en España? A este respecto Reparaz afirma:

«Eran los judíos numerosos a uno y otro lado del Estrecho. Comerciabán entre sí. Entendiéndose en lo mercantil también habían de comunicarse las calamidades que la persecución de los de España traían aparejadas, y los recelos de un porvenir aún más doloroso. Acusáronles más tarde los fabricantes de leyendas de haber abierto las puertas de España, en venganza a los mahometanos. Lafuente recoge la imputación. La verdad es que no fueron ellos sino los nobles godos, para quienes la falsa historia de España reserva las mayores alabanzas, los que tales puertas franquearon» (Reparaz: obra citada).

El mismo Reparaz sostiene el punto de vista de que los godos del bando de Witiza, muerto éste, solicitaron la ayuda árabe para evitar la subida al trono de Don Rodrigo (último rey godo, batido en Guadalete), candidato triunfante de

JOSÉ PEIRATS

# La Sión hispanica

(Ensayo sobre el judaismo español)

"CENIT"

Toulouse 1961

mentar el continuo fluir de los impuestos, éstos eran recaudados y reunidos primero en las arcas de los kahales. La comunidad respondía de todos los contribuyentes morosos, de todos los impuestos adeudados y de todo gravamen decretado. Por eso los rabinos hacían del pago de los impuestos un caso de conciencia... Los kahales hacían negocios complicados con el rey. Adelantaban amenudo sumas considerables a la corona; el monarca, en cambio, empeñaba a la comunidad los ingresos de distritos cristianos. Los kahales tenían que cobrar ellos mismos el dinero, y esta recaudación era siempre causa de grandes movimientos antijudíos... Aún fuera de todo cálculo de impuestos, los kahales tenían que prestar dinero a la corona. Ajustaban operaciones formando en verdaderos establecimientos bancarios del monarca...»

tro. Los otros cubrirían de vergüenza a San Francisco de Asís.

Los reyes cristianos, salvo raras excepciones, odiaban posiblemente a los judíos, pero no podían pasarse sin ellos, pues se hallaban éstos enquistados en la máquina administrativa, muy especialmente en el ramo de Hacienda. En el reinado de Alfonso XI el tesoro público era administrado por uno de éstos, Tusap de Ecija. El médico del mismo rey llamábase Samuel Abenhuer. Bajo su hijo Pedro I el administrador de los bienes de la corona era Samuel Levi. Los reyes les confiaban también, por razones que veremos después, la cobranza de las rentas reales, cargo odioso para el pueblo, que odia los impuestos y a quienes los cobran. Todos estos hechos hinchaban la nube siniestra sobre las cabezas de todos los hijos de Israel sin distinción. Cuando se presentaba la oportunidad estallaba la tormenta. Los reyes utilizaban también el dinero de préstamo judío en sus tremolinas contra los nobles indisciplinados; cuando cambiaba la decoración se producían terribles venganzas en cabeza judía. Tales las violencias antijudías de Enrique de Trastámara, antes y después de subir al trono bastardo por haber asesinado al rey Pedro I, su hermanastro. Madariaga añade que una de las causas de la impopularidad de los judíos se debía a que los judíos se dedicaron también a la intriga política. Hay huella judaica en muchas negociaciones secretas, económicas y políticas, religiosas y laicas. Una de las más sonadas sería el casamiento reservado de Fernando de Aragón con Isabel de Castilla.

Sobre las razones de protección de los judíos por los reyes cristianos léase lo que escribe Valeriu Marcu en su interesante libro «La expulsión de los judíos de España» (Buenos Aires, 1945):

«Los judíos de los kahales (juderías) pagaban cada día el derecho de entrada para poder ver a España. Pagaban la capitación, impuestos colectivos directos e indirectos y el peaje. Pagaban derechos de exportación y de comercio en proporción más elevada que los cristianos, pagaban un elevado porcentaje de sus negocios a crédito y estaban obligados en algunas comunidades a efectuar pagos en especie y a dar alojamiento. A todo esto venía a añadirse amenudo una contribución especial fijada en treinta dineros en concepto de restitución de los denarios que uno de los suyos (Judas) habría cobrado en una época pasada. «Debéis —dice una ordenanza del rey Fernando IV— pagar en oro en recuerdo de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo, que fué crucificado por los judíos, y ordeno que no hagáis en moneda de buena ley y que tenga el más alto valor»... Para regla-

**S**I intentamos explicarnos el origen de los conflictos entre los pueblos de la antigüedad nos encontramos con que fueron originados por un proceso laborioso de adaptación a las condiciones del medio geográfico. Tal o cual tribu errante, pastoril y trashumante, se sitúa en un valle fértil, surcado por el cauce de un río más o menos caudaloso, planta allí sus tiendas, construye los primeros rudimentos de una población, empieza a cultivar la tierra, planta sus árboles, eleva sus templos, inicia, en fin, las bases de una civilización poniendo en práctica instituciones políticas, económicas, sociales y militares. Estas para defenderse de las incursiones o piraterías de otras tribus aún errantes. El nomadismo parece haber sido la más primitiva condición del hombre. La lucha entre nómadas y sedentarios ensangrienta las primeras páginas de la historia. El espíritu guerrero, militarista o colonialista de nuestros días es una reminiscencia de un proceso de adaptación al medio todavía no conseguido por el hombre. El sedentarismo significa la civilización, pero también el sacrilego principio de propiedad de la tierra, del que se desprende el no menos sacrilego prejuicio de casta; el nomadismo es sinónimo de barbarismo, pero lleva gérmenes de universalismo y de libertad. La historia de las primeras civilizaciones en la confluencia del Tigris y el Eufrates tiene este mismo sentido. Los sedentarios pasan de la condición de pastores a la de agricultores e industriales. La sociedad toma cuerpo, pues la adaptación a un medio determinado permite la práctica de refinamientos imposibles en la vida errante: los más sublimes la iniciación en las artes y las ciencias, la especulación filosófica hija de la preocupación religiosa. La civilización domeña el furor belicoso en beneficio de otras cualidades más sutiles. Los pueblos nómadas, reacios al sedentarismo por incapacidad de adaptación, desarrollan, en cambio, una enorme capacidad militar. Las primeras civilizaciones caen a pedazos al empuje de los discolos nómadas; pero los victoriosos, seducidos a su vez por sus conquistas, son en realidad vencidos por la civilización, en la que quedan presos irresistiblemente. Otros bárbaros les atacarán a su vez para ser seguidamente asimilados. Un núcleo de civilización cualquiera se compone de capas superpuestas que significan otras



tantas tentativas de destrucción frustrada. Los actores, vencidos y vencedores, son diferentes, pero la civilización es una sola. En realidad las hordas bárbaras no destruyen las civilizaciones, sino que la civilización los destruye a ellos. Los espacios libres van poblándose de ciudades, los baldíos sufren la santa profanación del arado, a la guerra de rapiña sucede el comercio de trueque, elemento del equilibrio futuro. Este equilibrio está todavía por realizarse.

Pero de la misma manera que existen en el organismo humano reminiscencias de órganos ya sin función fisiológica aparente, existen pueblos que por razones muy complicadas, difíciles de discernir, conservan hondos resabios de su estructura social-religiosa primitiva. Uno de estos pueblos, entre tantos, es el judío. El pueblo judío figura entre los más antiguos. El que se considera su patriarca, Abraham vivió miles de años antes de la era vulgar. Abraham es un jefe nómada que recorre las llanuras del alto Eufrates haciendo pastar a sus rebaños. Los hebreos habían vivido muchos años en las llanuras donde serpentean los afluentes de este gran río. Llevados de su vida trashumante, rechazados por otras tribus, huyendo quizás de la sequía, abordaron las tierras fértiles del Jordán. Rechazados tal vez por su primer ocupante pidieron asilo al rey de Egipto, quien les permitió establecerse en el valle del Nilo. En Egipto cambiaron sus costumbres. De pueblo nómada convirtieron los judíos en sedentarios; de pastores en agricultores. Mas recibidos como huéspedes no tardaron en ser considerados como esclavos. Como tales tuvieron que edificar ciudades, abrir canales, levantar diques para regar las huertas de sus dominadores. ¿Explicación a todo esto? Arrieguemos una hipótesis confirmada por acontecimientos muy posteriores. Los hebreos, imbuidos ya en aquellos tiempos de un acendrado espíritu de comunidad racial, no se dejarían asimilar. El espíritu racial sería reforzado por un sentimiento religioso no menos hondo. La religión está quizás en el origen del pueblo judío. Según Reclus el mismo Abraham se confunde con Orkham, rey de la ciudad de Ur, en Caldea, gran reformador religioso que suprimió los sacrificios humanos. Esto se reproduce en la biblia, donde un ángel detiene el brazo de Abraham en el momento en que iba a apuñalar a Isaac y una cabra ocupa el lugar de sacrificio. El mismo Abraham es oriundo de Ur. Los hebreos cautivos en Egipto formarían ya un pueblo religioso. Moisés les arrancó de este cautiverio mediante una fuga espectacular a través del desierto, el Mar Rojo, la península de Sinaí y la tierra de Canaán. Cerraban así un vasto periplo del Eufrates al Nilo y de éste al Jordán. La sola permanencia en Egipto había durado cuatro siglos o cuatro generaciones, que en esto no concuerdan los textos bíblicos.

#### IV

Los pogroms, puestos de moda en Europa, debían forzosamente repercutir en España. Ellos obedecían no solamente a resentimientos de tipo religioso, sino que también a la envidia y a la codicia. Distráidos los reyes, protectores tradicionales de los judíos por razones que hemos de ver pronto, se ocupaban menos que antes de éstos, que pudieron trabajar y afirmarse más en los sitios estratégicos de la nueva sociedad con sustanciales ventajas de todos los órdenes. Porque la nobleza y gran parte de los españoles desdeñaban por prejuicios de sangre ciertas ocupaciones y dedicábanse casi exclusivamente a la milicia y a la Iglesia en desdoro de las tareas de paz. De ahí el empobrecimiento de los cristianos y el enriquecimiento de los judíos que a estos útiles menesteres atendían. A este complejo de inferioridad uniase otro. Los judíos consagrábanse al estudio de las ciencias y sus progresos eran tales que los cristianos, faltos de otro consuelo, ignorantes y supersticiosos, dieron en acusarles de brujos. Parece que ya hubo quema de « brujos » en los principios de la Edad Media.

En el siglo XI desencadenóse una ofensiva en toda Europa a causa de los desafueros del fanatismo musulmán contra el santo sepulcro de Jerusalem. Otras veces eran las pestes, los desastres de la naturaleza y las sequías que desataban la furia popular contra las juderías. Todos estos acontecimientos tuvieron más o menos repercusión en España. La situación se agravó al predicarse las famosas cruzadas. Los primeros cruzados, incapaces de otros heroísmos, devastaban los países cristianos por donde pasaban y hasta tomaron por infieles a los confiados habitantes de Constantinopla pasándolos a cuchillo. Según Alfonso Torres de Castilla («Historia de las persecuciones») el arcediano de Sevilla, Hernán Martínez, decía a sus feligreses en uno de sus sermones: «¿No es una locura alistarse a las cruzadas de Oriente para combatir a los enemigos de Jesucristo cuando están entre nosotros los descendientes de quienes le crucificaron?» Los frailes que más se distinguirían en estas incitaciones populares al homicidio serían dominicos y franciscanos. Los siervos de Santo Domingo de Guzmán serían cantera de inquisidores, como dignos discípulos del maes-

tidas», resumen del saber jurídico al par que monumento literario de la lengua castellana, que empieza a levantar su raudo vuelo. Se escriben o se traducen libros de cosmografía, astronomía y química y se redacta la famosa «Crónica general de España» que termina en el reinado de Fernando III, el futuro San Fernando. Algunos de estos sabios judíos y musulmanes eran habitantes de Toledo cuando la conquista de esta ciudad por los cristianos. En las capitulaciones de estas ciudades conquistadas figuraban cláusulas de tolerancia política y religiosa, aunque más tarde no fueron respetadas. Quiere decir que con ligeras variantes prevaleció en general en las zonas recuperadas por los cristianos un ambiente de benevolencia para los judíos y musulmanes oriundos e inmigrados, casamientos mixtos e iglesias comunes.

En la legislación de Fernando III y Alfonso X esta tónica de tolerancia es objeto de códigos y leyes según la buena tradición isidoriana (conversión por la persuasión). La tolerancia no sería igual para judíos y musulmanes y fué mayor para los mudéjares que para los moriscos. Posiblemente por esto las relaciones entre judíos y cristianos no fueron nunca completamente cordiales. La tirantez se acentuaba al calor de las discusiones religiosas más frecuentes y borrascosas a medida que los ejércitos cristianos avanzaban hacia el reducto granadino. Por otra parte, frailes fanáticos encendían otra guerra santa antes de que terminase la que iba a durar cerca de ocho siglos. La seguridad de la victoria y la euforia de unidad étnica y religiosa desquiciaba y arrebatava a predicadores epilépticos, curas trabucaires de la época, que escapando del convento como locos del manicomio, caían en tromba, la espada homicida y el hacha incendiaria en una mano y otra, sobre los indefensos habitantes de las juderías.



Los judíos no pudieron conquistar jamás completamente aquel verde país prometido por Jehová. Ocupaban el litoral otros pueblos organizados en ciudades independientes: filisteos, cananeos y fenicios. Para colmo de infortunio la tierra de Canaán era un vasto « no man's land » por el que se producía el vaivén de los ejércitos de los dos poderosos Estados de la época: Asiria y Egipto. La situación de los judíos, según frase feliz de H. G. Wells, podría compararse a la de una tribu de gitanos que osase campar en plena Quinta Avenida neoyorquina. En 604 A-J los vencedores de turno castigaron su complicidad con los egipcios vencidos con su deportación en masa a Babilonia (destrucción de Jerusalén por Nabucodonosor II).

De su cautiverio de 70 años regresaron los judíos civilizados. Antes no habían sido más que una tribu de bárbaros. En Babilonia se familiarizaron con las ciencias, la industria y el comercio. Se supone también que forjaron allí la mayor parte de los materiales del Antiguo Testamento, copia, en gran parte, de las tradiciones caldeas. Para Reclús los judíos deben a los babilonios el nombre de su dios: Yaveh o Jehová. El acervo religioso-racista quedaba plasmado en estos principios: Que constituye el pueblo judío una sola raza. Superioridad de la raza judía sobre las demás, según revelación de Yaveh. El mismo Yaveh no era sólo un dios sino el único dios. Que en consecuencia el pueblo judío era el escogido por dios en la tierra. (Monoteísmo y mesianismo).

Estos principios serían exacerbados por las persecuciones y destierros a partir de la primera dispersión o diáspora. Después de la catastrófica gestión de los reyes judíos se inauguraría la fase de los profetas o sacerdotes. (Profeta significa «hablar en nombre de dios»). Estos empezaron a anunciar un salvador o « mesías ». El gran crimen de Jesús fué creerse este enviado de dios. Entre sus compatriotas los había petrificados por el dogma (los fariseos) y helinizados, que hasta llegaban a negar la inmortalidad del alma. Los primeros no perdonaron al reformador haber expulsado a los mercaderes del templo. Por otra parte tenían las consecuencias revolucionarias de aquellas predicaciones tan atrevidas. Temían los caifases posibles represiones de las autoridades romanas contra toda población judía. De ahí la denuncia y entrega de aquel perturbador.

## II

¿Cuándo llegaron los primeros judíos a España? Según Gonzalo de Reparaz habitaban Iberia muchos años antes de Cristo. Claudio Sánchez-Albornoz cree que de antes de la diáspora. Salvador de Madariaga supone que vinieron en la época del rey Salomón y presta cierto crédito a que serían los fundadores de Toledo (del vocablo hebreo «Tholedoth», «La Sión Hispánica»). Eliseo Reclús los supone introducidos por los galeones fenicios (de mil a mil quinientos años antes de Cristo). Dice este autor en el primer tomo de «El hombre y la tierra»:

«Así la evolución moral de los judíos había terminado representando el conjunto del movimiento que se había producido ya en todas las comarcas del derredor; pero este estado de cosas habría conservado su carácter local y no habría llevado la evolución a los destinos comunes de la humanidad si el pequeño pueblo de Israel hubiese quedado encerrado en el estrecho enclave conquistado a los cananeos. Pero mucho antes de la dispersión de los judíos ordenada por los reyes de Asiria, ya se habían esparcido individualmente por familias y hasta por grupos considerables, por todos los países ribereños del Mediterráneo. Gracias al comercio fenicio, vehículo del elemento judaico, se habían insinuado en todos los países del mundo afectos a la civilización occidental. Igual que las otras naciones de Siria, los judíos figuraron prominentemente entre la clientela de los ricos negociantes fenicios y, de generación en generación, gran cantidad de estos clientes siguió a los aventureros mercaderes hasta las estaciones extranjeras. Unos, de buen grado, otros como esclavos o cautivos, habían «emigrado» a los países lejanos y fundaron por todas partes pequeñas comunidades israelitas que debían, en los períodos decisivos, recibir el impacto de los acontecimientos ocurridos en la madre patria...»

De lo que se desprende que los maestros de los judíos en su cara ciencia especulativa fueron los fenicios. (Los judíos serían aprendices de los fenicios establecidos por su cuenta). Teniendo en cuenta el importante papel fenicio en la colonización de Iberia, quizás sus primeros colonizadores, tenemos un indicio seguro de la fecha de su trasplante en nuestro país. Pero considerada históricamente esta cuestión

Esta serie de hechos explica una de las perplejidades del historiador al constatar la emigración judaica hacia los reinos cristianos que se produce entre los siglos XII y XIII. Es posible y hasta probado, que por una condición muy propia del ente judío, se encontraban elementos de esta raza en los territorios fluctuantes ocupados por los reyezuelos cristianos en pleno auge de la civilización cordobesa; pero es incuestionable que el grueso de la población judía convergía en la zona dominada por el árabe. El judío ortodoxo se sentía aquí más seguro y el heterodoxo encontraba más estímulos. Por otra parte el ambiente propicio del Andalus atraía constantemente a contingentes judíos que podríamos llamar internacionales, unos procedentes de Oriente, barridos por la hostilidad del califa Kadar, otros de Francia y otros países europeos, huyendo del espectro del pogrom. Los hebreos más sabios del mundo acudían a Córdoba, y más tarde, al iniciarse el predominio militar cristiano, a Toledo. Los proscritos, y los que podríamos tildar a justo título de nativos, se dedicaban a la difusión de la filosofía griega clásica. Se distinguieron también en el cultivo de la poesía, pero muy principalmente en medicina, con una competencia en esto tan sobresaliente que los propios príncipes cristianos acudían expresamente a tratarse a Córdoba.

Pero la emigración más importante hacia los reinos cristianos se debe principalmente a la desintegración del califato cordobés y a la intransigencia religiosa de almorávides y almohades cuya importancia hemos señalado. Allí fueron en principio bien acogidos. El eje de la cultura emigró también de Córdoba a Toledo. (1) La España musulmana se desintegra en los reinos de taifas, lo que por otra parte produjo una descentralización beneficiosa que remontó el ascendente de Sevilla y Granada. Aragón y Cataluña se beneficiaron también de este desplazamiento de la civilización. En Zaragoza brilla el filósofo hebraico Avampace; en Barcelona el poeta Isaac ben Reuben y los filósofos Judá ben Barzilai y Hardai Cresques, el teólogo Salomón ben Adret y el matemático Abraham bar Hiya. En Castilla el rey Alfonso X se rodea de un equipo de sabios musulmanes y judíos. En esta época se fragua la enciclopedia «Las siete par-

(1) Toledo era un reino de taifas cuando lo conquistó Alfonso VI en 1080. Sus poblaciones árabes y judías permanecieron en la ciudad bajo ciertas garantías que no siempre se respetaron. Por lo tanto Toledo no fué propiamente un receptáculo de cultura emigrada, sino que ya la tenía muy añeja al producirse el éxodo judaico a los territorios cristianos huyendo del fanatismo bereber.



car su dictadura sostuvo un estado de guerra permanente. Empezó durante 26 años de campañas 52 incursiones en territorio cristiano. Estos saludaron su muerte con una exclamación de alivio: «En el año 1002 murió Almanzor; está enterrado en los infiernos». Todas las dictaduras dejan al desaparecer un inmenso vacío, prueba de lo artificioso de su existencia aparatosa. Consecuencia de la de Almanzor el imperio musulmán cruje, y para apuntalarlo se solicita la ayuda de los fanáticos almoravides del Africa. Pero el Islam paga en su espíritu una ayuda fugaz vencida en las Navas de Tolosa (1212). Bajo el feroz dogmatismo de almoravides y almohades los astros de la ciencia y la filosofía fueron sañudamente perseguidos. Veamos de cerca los hechos a través de la pluma de Juan G. Draper («Historia de los conflictos entre la religión y la ciencia»):

«Almanzor, que usurpó el califato en perjuicio del hijo de Hakem, pensó que su usurpación sería apoyada si se ponía a la cabeza del partido ortodoxo. Hizo buscar, por lo tanto, en la biblioteca de Hakem, todos los libros de filosofía o ciencias, los que fueron arrojados a la plaza y quemados, o arrojados a los subterráneos de palacio. Por una revolución cortesana de la misma índole, Averroes, ya anciano (murió en 1198), fué expulsado de España por traidor a la religión. El partido religioso había triunfado del filósofo...» «Averroes en su doctrina blasfema, niega la creación, la Providencia, la revelación, la Trinidad, la eficacia de la oración, de las limosnas y de las letanías; no cree en la resurrección ni en la inmortalidad, y coloca la suprema felicidad en el placer...» «También entre los judíos, que eran entonces los portaestandartes de la inteligencia del mundo, se había propagado considerablemente el averroísmo. Su gran escritor Maimónides lo aceptó por completo y su escuela lo extendía en todas direcciones. Una persecución furiosa se levantó por parte de los judíos ortodoxos, y Maimónides, a quien antes habían declarado ellos mismos, con placer, «el águila de los doctores, el gran sabio, gloria de Occidente, luz de Oriente, inferior solamente a Moisés», fué considerado como apóstata de la fe de Abraham. Había negado la posibilidad de la creación y creído en la eternidad del mundo, se había entregado al ateísmo y privado a dios de sus atributos, haciendo de él un vacío, declarándolo inaccesible a la oración y extraño al gobierno del universo. Las obras de Maimónides fueron quemadas por las sinagogas de Montpellier, Barcelona y Toledo...»

Aquí surge a la palestra un segundo elemento negativo: el partido ortodoxo, una de las calamidades suplementarias para el judaísmo, como veremos más adelante.

debemos discernir dos hechos. Primero, la segunda destrucción de Jerusalem por Tito, hijo del emperador romano Vespasiano, en el año 70 de nuestra era, y el concilio de Iliberis, celebrado en el año 300. Don Modesto Lafuente, en su «Historia de España», nos cuenta que en el reinado de Vespasiano se realizó una de las profecías de los libros sagrados: la destrucción de Jerusalem y la dispersión de los judíos por todas las naciones de la tierra. Millón y medio de israelitas perecieron en aquella terrible hazaña de Tito, 97 mil fueron hechos cautivos. Judea dejó de existir como nación, y España, concretamente Mérida, fué uno de los lugares de su confinamiento. Sin embargo, el problema judío toma cuerpo por primera vez en nuestras crónicas a través del concilio de Iliberis (o Elvira, cerca de Granada). El canon 49 de aquel concilio dice: «Se advierte a los dueños de haciendas que no permitan a los judíos bendecir los frutos que dios les ha dado para no hacer superflua nuestra bendición. El clérigo o fiel que coma con los judíos deberá ser alejado de la comunidad para que se corrija.»

Esta hostilidad parece más bien represalia de los primeros cristianos por la traición de Judas Iscariote. Pero el antijudaísmo toma cuerpo en nuestra península avanzada la época visigoda. Los bárbaros nos invaden en 409: vándalos, suevos y alanos. Los visigodos en 414. «Ya hubo entonces también, como sabemos, problema judío, que llevó otro rumbo, puesto que se les persiguió y desterró (no obstante la protesta del clero católico), si bien la expulsión completa no se pudo conseguir» (Rafael Altamira: «Los elementos de la civilización y el carácter de los españoles»). Según Sánchez-Albornoz («Españoles ante la historia»), los judíos sólo fueron importantes en los reinos cristianos a partir del siglo XII. Dice Gonzalo de Reparaz («La trágica lucha entre el Korán y el Evangelio»): «Los godos, gente inculca e intrusa, no del todo germánica y recién cristianizada, perseguían a los judíos, antiguos habitantes de Iberia (desde muchos siglos antes de Cristo), laboriosos, conquistadores por las artes de la paz, no por la espada, constructores, no destructores, y usaban contra ellos la acusación de la muerte de aquel Cristo de quien los acusados no tenían más noticia que la que sus perseguidores les daban.»

Rafael Altamira tiene mucho interés en señalar que los judíos vivían respetados gracias a la doctrina de la Iglesia defendida por San Isidoro, quien aconsejaba convertirlos mediante la persuasión y la predicación: «Algunos reyes (Sisebuto, Chintila, Recesvinto y Egica) procedieron en contra de esta doctrina, aunque no siempre por motivos religiosos, sino, a veces, políticos, y fueron censurados o contenidos en sus violencias por los obispos y por los concilios IV, VI y

VII de Toledo» (Altamira: «Manual de Historia de España»). Mas no puede hacerse extensiva esta benevolencia a la mayoría de los prelados y a la misma Iglesia española, cuyos primeros concilios fueron de ciega obcecación contra toda herejía. Una de las primeras víctimas de este furor intolerante fué Prisciliano (340-418), obispo de Avila, condenado por un concilio y ejecutado por Máximo.

Durante la época goda, en particular a partir de la ascensión al trono por Recaredo, la Iglesia asume en España un poder teocrático absoluto. Para solemnizar su conversión al cristianismo Recaredo convocó el III concilio de Toledo (589), en el cual la católica fué proclamada religión del Estado, lo que dió lugar a persecuciones contra los judíos. El clero católico adquirió una gran preponderancia en los negocios eclesiásticos y políticos. Recaredo es el Constantino español. Antes de Recaredo los concilios de la Iglesia habían tratado siempre de asuntos religiosos exclusivamente; desde Recaredo pasan a ocuparse también de los temporales. Esta siembra dió su pleno fruto en el reinado de Sisebuto (612), uno de cuyos edictos ponía a los judíos ante la alternativa de convertirse por el bautismo en el plazo de un año o ser rapados (la mayor humillación entre godos), azotados, confiscados y expulsados. Rudolf Rocker estima en 90 mil los judíos que se sometieron al bautismo, y en unos 200 mil los emigrados a Africa y Francia (Rocker: «Nacionalismo y Cultura»). Por su parte Lafuente califica el suceso de nueva dispersión del pueblo judío, y añade: «La Iglesia comenzaba a hacerse intolerante». En 633, otro concilio, bajo Sisenando, moderó en parte el edicto de Sisebuto, pero establecía que les fuesen arrancados los hijos a los judíos no conversos para ser educados católicamente. Los judíos casados con cristianas debían optar entre la conversión y la separación de cuerpos. Chintila convocó los concilios V y VI. Este decretó que no se diese posesión del reino a quien no jurase intolerancia al judaísmo. El no cristiano sería considerado como esclavo. Recesvinto (VIII concilio) remachó las leyes antisemitas. Y si Wamba restauró la tolerancia religiosa, Ervigio permitió que los obispos restablecieran la segregación religiosa. Finalmente, Egica, so pretexto de que los judíos complotaban con sus correligionarios de allende el Estrecho, puso en vigor nuevas leyes antihebraicas. Por éstas los judíos eran declarados perpetuamente esclavos, y sus hijos debían serles arrancados desde los siete años de edad. Cerremos este capítulo señalando que uno de los monumentos jurídicos orgullo de los próceres cristianos es el «Fuero Juzgo». Pues bien, esta compilación de leyes romanas, germánicas y visigodas, que causó la hilaridad de Montesquieu, dedica uno de sus doce libros a propiciar el exterminio del judaísmo (Lafuente, obra citada).

### III

En 711 se desploma el imperio goda español como un castillo de naipes, minado por la división de la nobleza y ante la indiferencia del pueblo, harto de tanta corruptela y dolorido por la opresión. La política de los invasores orientales fué de amplia tolerancia religiosa. Los primeros emires habían dado instrucciones a este respecto a sus aguerridas huestes. Bajo el emirato independiente y el califato de Córdoba conviven en buen vecindaje la iglesia, la mezquita y la sinagoga. Los matrimonios son mixtos y el idioma popular bilingüe. Judíos y cristianos viven respetados en sus prácticas religiosas. Sólo era castigado el escarnio y la intolerancia. El insulto a Mahoma se castigaba severamente, a veces con la muerte. En este clima de tolerancia los mozárabes (cristianos en tierra de moros) vivían entre los mahometanos con su fe cristiana, sus leyes visigóticas, sus obispos y condes. Lafuente reconoce este clima de tolerancia y se admira de la pacífica coexistencia del escapulario y el turbante, de la campana convocando a sus fieles y de los ministros del profeta llamando a los suyos al culto. Pero reconoce también que hubo con el tiempo persecución religiosa anticristiana, aunque la provocaron los obispos cristianos «como medio de atajar la propensión que en los mozárabes se notaba a dejarse arrastrar del ascendente de una más alta civilización: la fusión por el idioma, por la literatura, por el matrimonio». Y dice de aquellos obispos provocadores: «Si tal fué su intento, lograronlo cumplidamente, pues la sangre de los mártires abrió de nuevo un abismo entre los dos cultos y entre los dos pueblos».

Hubo, pues, un idilio judío-musulmán y hasta un idilio musulmán-cristiano en la civilización califal cordobesa. Desgraciadamente la decadencia de esta civilización empezó a manifestarse con las luchas de camarillas ambiciosas que abocaron al «pronunciamento» de Almanzor. Era éste de abolengo hispano-árabe. De humilde empleado del Estado trepó a los altos rangos del ejército merced al favor de la sultana Aurora, de ascendencia vasco-navarra. La muerte del sultán y la minoría de edad del heredero facilitaron tan funesta tentación usurpadora. Se rodeó el caudillo de una camarilla militar ávida de trofeos y de botín. Para justifi-

**H** AGAMOS comprender al niño que si exigimos obediencia las órdenes que le damos, y algunas veces lo castigamos es porque lo queremos, por afectación y en su propio interés». Este es el criterio que defienden y practican los pedagogos inspirados en el principio de autoridad y que aprueban, desgraciadamente, la inmensa mayoría de los padres. Por nuestra parte, lo rechazamos considerándolo, cuando menos erróneo... Aunque bien sabemos que es opinión gestada, conscientemente, por la malignidad autoritaria empeñada en cultivarla a través de los tiempos para que subsista la Autoridad... que es el Mal dañando permanentemente al género humano.

No olvidamos los años de la niñez y de la juventud. Son páginas de la vida real que encierran grandes enseñanzas..., más lecciones pedagógicas que todos los tratados de educación. Si se releyeran a menudo, si los adultos recordaran que fueron niños, si no olvidaran cuanto detestaban y odiaban lo que les hacían los mayores, seguramente no harían sufrir las mismas amargas experiencias a los pequeños que hoy crecen a su lado. Pero educados por y para el castigo, continúan castigando. Exigen a los educados que hagan, a las buenas o a las malas, labores manuales y artísticas y estudios que a su misma edad física y pedagógica, resistiéndose a hacer por ser contrarios a sus tendencias más nobles, a sus gustos, aficiones, en fin, en pocas palabras: a sus peculiares necesidades biológicas y de saber.

Combatida y descuidada la educación racionalista-humanitaria escasean los educadores capaces de ejercer las funciones educativas empezando por lo primordial: descubrir la capacidad individual de cada niño; es decir: averiguar para qué está bien dotado. «Aprender» antes de enseñar. Las individualidades de los niños son distintas en muchos aspectos. Imposible hallar dos educandos con idénticas aptitudes especiales. Individualizar la enseñanza significa, pues, aceptar al ser humano, desde que nace, como presente biológico que es, como es y no como desearíamos fuese: con particularidades biológicas y psíquicas diferentes a las de sus semejantes que la instrucción y la educación pueden mejorar sirviéndolas y no intentando sustituirlas por las que constituyen nuestra personalidad: la de los progenitores, vecinos, maestros o de otras personas que admiramos. Esta es la ayuda que el niño necesita: que favorezcan su natural desarrollo orgánico e intelectual y formación ética de modo que aumenten sus energías físicas, sociales y psicológicas y determinen su mayor

## Educadores, sí verdugos, no!

bienestar, su dicha y la longevidad feliz de la misma especie humana.

A la precitada tesis de libertad en la enseñanza se oponen argumentos como el siguiente: «Quien bien te quiere te hará llorar, y quien mal te quiere reír te hará.» Repítese de generación en generación el esfuerzo supremo por justificar lo injustificable, lo irracional: el método de comprensión, de violencia que en la escuela y en el hogar adóptase para «educar» — entiéndase disciplinar, domar — a los niños. Hoy, víctimas; mañana, victimarios. Víctimas y verdugos... ¡Verdugos y víctimas!... Sucesión ininterrumpida de víctimas y víctima-

por Floreal OCAÑA

rios frutos únicos que puede producir la educación autoritaria. A la vista de sus detestables resultados es hora que, rotundamente, declaremos falsa y nociva la máxima tradicional que más arriba citamos porque, *quien bien ama a otro sólo alegrías procurará darle, y quien mal quiere únicamente penas puede dar*. Reconocemos que gran número de maestros admiten esta opinión desde lo más hondo de sus corazones y de sus íntimos pensares, pero no la exteriorizan, y continúan repitiendo: «Quien bien te quiere te hará llorar... Así «responden» a los reproches de sus conciencias que condenanlos por oponerse a las maravillosas eclosiones de la naturaleza de cada niño. Cierto que, con él, son menos duros y crueles que otros colegas del magisterio. Mas no cesan de serlo del todo. Carecen de valor moral para confesar sus errores y modificar sus conductas. Temen al ambiente autoritario que los «produjo», y les asusta el pensar que perderían el salario que reciben para actuar de demonios domesticadores de voluntades humanas. Siguen la corriente de defectos educativos y aumentan su caudal, contrayendo la misma o mayor responsabilidad que los convencidos y decididos propagadores y practicadores sistemáticos de la pedagogía autoritaria — antibiológica. Nosotros, que hemos comprobado su ineficacia y su nocividad en la tarea de instruir y educar, a padres y a maestros, a todos los adultos educadores que se niegan o no se atreven a ocupar un lugar entre los defensores de los niños, les decimos que son unos perfectos cobar-

des. Cobardía, la más grande e inexcusable de las cobardías es rechazar defender al niño, y la cobardía del pusilánime «educador» se agiganta, se multiplica, alcanza el *Summum* cuando además de su conducta insolidaria e innoble castiga, de obra ó de palabra, a esa tierna y débil criatura que contrariada y maltratada crece raquítica llorando su desventura.

Maestros y padres, creednos: perdéis el tiempo esforzándoos por vencer al niño que es necesario se someta y se deje *dirigir* por vosotros porque «más que él sabéis qué le conviene». En vuestro método de castigo el educando ve mal y no bien, porque mal y no bien recibe. El «premio» posterior que le ofrecéis—doble filo del Castigo que debiera herir vuestra sensibilidad porque significa soborno de su voluntad y cultivo de prostitución de su conciencia — tan pronto se somete y os obedece «ciegamente», tampoco le convence. Para evitar el castigo se «vende...»; pero la verdad es que sólo comprende lo que experimenta en sus carnes: que lo violentan, que retuercen cruel y despiadadamente su voluntad, que humillan su personalidad, que lo torturan obligándolo a conducirse, casi siempre, opuestamente a como siente y piensa. El Castigo sella sus labios, mas aunque éstos no se atreven a decirlo con su silencio, con sus gestos y con sus ojos proclama que el repressor es malo. Y el daño que éste le hace es inmenso cuando cree que ha logrado que acate sus rígidas disposiciones «educativas». Derrotado en la lucha desigual, vencido, se entrega «buenamente», deja de ofrecer resistencia como el tierno arbolillo torcido por maligna mano humana — ¡inhumana! — que se «resigna» a conservar su figura contrahecha, deformada hasta el fin de su existencia.

«Quien bien te quiere te hará llorar...» ¡Mentira! Por mi parte confieso que por amar a mi hijita, por querer a varios hermanos huérfanos que tuve a mi cargo unos años, hasta que formaron hogar; que por estimar bien a centenares de alumnos y alumnas de «mi» escuela, que era su escuela, jamás los hice sufrir, ni castigué y procuré evitarles todos los dolores posibles combatiendo las intoxicaciones del medio con el mejor y más eficaz antídoto: la alegría de ser tratados con amor. Si el educando se convence que comportándose mal, perjudicándose y perjudicando a los demás, difícilmente obtendrá nuestra absoluta amistad y que, en cambio, obrando bien la conseguirá con creces, en justa reciprocidad; si comprueba, una y mil veces, que cuando intenta hacer prevalecer sus evgenias autoritarias y de la mala educación, en vez de imponernos, contamos con muy superior fuerza física,



# Pulso del mes

## La cuasi imperceptible guerrilla del espíritu

Cuando las energías populares yacen bajo la losa de un régimen tiránico, la acción de la cultura adquiere relieves insospechados. La cultura puede aceptar la opresión, pero no se somete definitivamente. Don superior del hombre es, respecto a las energías sociales, lo que la noche para nuestro descanso. Mientras el cuerpo exhausto se repone de la dura faena cotidiana, el mundo de la inteligencia vibra y se agita incansablemente en la meditación, la preocupación o el ensueño. Si el cuerpo duerme, el espíritu vigila. El espíritu (o la inteligencia) es como un eterno centinela apostado voluntariamente en las barricadas de nuestra existencia individual y colectiva.

Por eso los tiranos y los usurpadores le tienen tanto miedo a la inteligencia. El grito troglodita de Millán Astray es todo un poema, y una lección de filosofía política para los incorregibles amantes del principio de autoridad. En efecto, los verdugos pudieron matar en España «hasta la quinta generación». El terror gubernamental hizo milagros, pero la inteligencia se salvó (como siempre) del horroroso «sanbartolomé» franquista. «El venceréis pero no convenceréis» de Unamuno significó el primer «acto oficial» de la «guerrilla del espíritu». Quizás sin querer él fué su inspirador y organizador. Le precedió Isaac Puente, pero el martirologio de Isaac lo hizo ansia y sangre del pueblo en vez de quedar en símbolo inmanente de la inteligencia, una inteligencia que continuó allí, que incluso callaba, pero que no se sometía.

¡Y no se sometió, ni murió! El esperpento físico de Millán Astray no pudo salirse con la suya. Al fin y al cabo un burdo legionario del Rif no va a negar, no puede anegar con el barro de una sentencia absurda y bravucona las albas corrientes naturales del progreso y la civilización que tienen en la inteligencia su mejor exponente.

Y allí está la «guerrilla del espíritu» actuando, desde hace más de veinte años, en las propias narices del régimen fascista. No son como los guerrilleros clásicos que se batan a tiro limpio y dan la cara. Su lucha es más compleja, más diluida. Están en todas partes pero no se muestran materialmente en ninguna. Tratando de capturarlos el enemigo da palos de ciego y resulta que los palos le vienen, de rechazo, sobre sus propias nalgas. ¿Cómo combatir a los que carecen de filiación, a quienes no son anarquistas, socialistas, comunistas, masones, ni siquiera monárquicos liberales?

Los sabuesos del dictador vacilan, se alarman, se irritan. ¡No hay nada que hacer! Toda la culpa la tienen los que, medrosos, no siguieron al pie de la letra la «magnífica» consigna lanzada por Millán Astray en el Paraninfo de la Universidad salmantina. «¡Muera la inteligencia!» Igual que a la clase trabajadora, había que haber «diquidado» también a todos los escritores, absolutamente a todos los escritores, los filósofos, los poetas y a sus propios familiares. Porque resulta que ahora, al cabo de los años, son los hijos de quienes patrocinaron la «Cruzada» los mismos que militan en las filas difusas y confusas de la «guerrilla del espíritu».

Y si no que se lo pregunten al poeta Ridruejo y al catedrático salmantino Tierno Galván que hoy se sientan tranquilamente en el banquillo de los acusados. Aunque políticos definidos su delito es intrínsecamente cultural. «El proceso de los intelectuales».

Ya dijo Bonaparte, eminente guerrero y carnicero que, en última instancia, lo que realmente valían eran las victorias del espíritu y no las de las armas.  
Orán, 1961.

Conrado LIZCANO

simplemente, sin ostentación, nos resistimos a ser dominados, rechazando sufrir el mal que para el mismo no queremos, terminará pronunciándose, espontáneamente, por la amistad abierta, sincera, generosa que le ofrecemos. Convencido — y no sometido — de su error, gozoso nos brinda-

ré la suya alegre, optimista, franca, cantarina, alada y plena de gracia como avecilla que no teme y a nosotros se confía seguro que seremos su justo y abnegado defensor. En educación el recurso de la amenaza o del castigo corporal, de la fuerza, dicho en una palabra, significa el

fracaso estrepitoso del «educador» que lo usa. La personalidad del niño en ningún caso hemos de comprimirla, avasallarla y menos destruirla someténdola a los dictados de la nuestra. ¡Educadores, sí; verdugos, no!  
México (D.F.).

Floreál Ocaña

# HAN RYNER El hombre y la obra

por Georges VIDAL

(Traducido del francés por V. Muñoz, miembro de la  
« Société des Amis de Han Ryner »)

(Continuación)

V

## HAN RYNER Y LAS RELIGIONES

**H**AN RYNER odia las religiones. No los mitos en sí, sino las deformaciones de los mitos. No es a Jesucristo al que discute, lejos de eso: combate contra los impostores que de él se reclaman.

Han Ryner odia las religiones porque deforman la vida y solamente son un medio de dominación en manos de los ambiciosos. Las odia porque anatematizan lo bello y santifican lo feo, porque se complacen en las tinieblas pestíferas de los dogmatismos.

«Cuando una tontería, escribe, es demasiado absurda y tiránica para que los hombres la confiesen, hacen de ella una cosa sagrada; y es para esto que sirven los dioses. Las locuras que la Ley, que como se sabe es tan desvergonzada, no se atreve a reconocerse responsable, las carga sobre su hermana, la Religión» (8).

Y no está lejos de compartir la vehemencia de Nietzsche al exclamar: «Llamo al cristianismo la única gran calamidad, la única gran perversión interior, el único gran instinto de odio, que no encuentra los medios bastante subterráneos, bastante pequeños; yo lo llamo la única e inmortal deshonra de la humanidad».

Nietzsche hubiera podido extender su maldición a todos los cultos, en lugar de hacerla pesar únicamente sobre el cristianismo. ¡Pues se asemejan tanto, todas las religiones! El mismo espíritu, los mismos procedimientos. Los paganos martirizaban a los cristianos en los tiempos de Roma, pero los cristianos, los «puros», torturaban a los herejes en el tiempo de la Inquisición. Los ídolos, no importa cuáles sean, tienen sed de sangre. Y cuando las religiones se combaten, no hay que ir a buscar muy lejos la razón: «Concurrencia desleal», diría sonriendo Han Ryner. De ahí, el conflicto.

Pero la sonrisa no suaviza el rostro del filósofo. A veces, el tono se vuelve duro: «Dios, yo no estoy seguro de tu existencia y, si tú eres, no sé lo que eres ni lo que quieres. Tus intérpretes ¿mediante qué medios saben más que yo? Si afirman cuando yo dudo, es que en unos se halla la sinceridad del eco, pero en los otros se ve la ambición de manejarme y la avidez de explotarme...»

Schopenhauer decía ya: «Quien a la verdad ama, odia a Dios y a los dioses». Y añadía: «Se puede

muy bien creer que un ser individual ha creado el mundo, pero no se le puede pensar» (9). Y Han Ryner piensa.

Sin duda aprueba el verbo tumultuoso de un León Daudet (*quantus mutatus*) cuando escribe: «Primero tenemos al papa, innoble faz carcomida por el vicio y la gangrena en el centro de las caries romanas, y la legión de monstruos rojos ante la hoguera de los llamados cardenales. Babeemos encima de todos ellos. Luego tenemos a los pútridos hijos de Loyola, de ese Ignacio desencadenado, desmadejado, que sabe excusar el crimen con un gesto y ampara con un signo de la cruz todos los sacrilegios. Babeemos encima de todos ellos» (10).

★

El problema de Jesucristo ha apasionado a Han Ryner y ha escrito esa obra inimitable que es «El Quinto Evangelio». El elogio más entusiasta apenas si podría ofrecer una idea de esta poesía majestuosa.

¿Jesús? ¿Dios u hombre? Durante siglos numerosos buscadores, teólogos y filósofos, se han lanzado a la cara los mismos argumentos, mil veces arreglados y triturados.

«Antes de Han Ryner, escribe mi amigo Paul Vigné d'Octon, a quien dejaré el cuidado de trazar lo histórico de la cuestión, otros cuya alma generosa y su genio claro no habían podido admitir al Jesús-Dios creado por los sacerdotes, los parásitos y los sicofantes para dominar y explotar a la humanidad, habían ido a buscarlo a las perdidas comarcas de la Judea misteriosa, donde se decía que había vivido y donde su pretendida palabra debía irradiar sobre el mundo entero. El primero, si hemos de creer al profesor Guignebert, fue Reimarus, un filósofo y teólogo alemán muerto en 1768. A los sabios asombrados de su tiempo, mostraba como resultado de sus búsquedas «un Jesús político, ambicioso, cuya conspiración fue un fracaso; hombre de talento seguramente y eminente profesor de moral, completamente compenetrado con las verdades de la religión natural, pero astuciosamente adaptado a las costumbres de espíritu y a los prejuicios de su tiempo».

«Siguiendo las huellas de Reimarus, un poco más tarde caminó el mismo Kant y todos los grandes críticos kantianos, desde Fichte hasta David Federico Strauss, pasando por Hegel y Schelling.

»Kant el maestro de todos, dió la señal de una nueva «exégesis» que coloca a Jesús fuera de la historia; Fichte es más negativo aún, mientras que Schelling se esfuerza en dar su valor real tanto metafísico como histórico a los símbolos evangélicos, con Feuerbach y Strauss.

»La verdad sobre Jesús y los evangelios sufrió de más cerca un rudo asalto, como así toda la vieja escuela teológica ya bien desfalleciente. Con su crítica verdaderamente científica, el mito aparece y toma, dentro de la nueva exégesis, un lugar que ya no perderá hasta nuestros días. Con una audacia muy grande para la época, pero que justificaban una erudición y una profundidad crítica sin paralelo, Strauss aplica la teoría mítica no solamente a la persona de Jesús, sino a todo el relato evangélico.

»Entre toda esa gran pléyade alemana de teólogos y filósofos, que han hecho a la humanidad pensante el gran servicio de reemplazar a la revelación divina por una fría, segura e implacable exégesis, la figura del gran profesor de Tübingen se destaca con un relieve imponente, al cual el mundo sabio nunca ha cesado de rendir homenaje. Strauss ha escrito dos «Vida de Jesús». Todo el mundo está de acuerdo para reconocer que la primera, aparecida en 1835-36, marca un jalón en la historia; la emoción que levantó fué una de las más grandes que haya registrado la historia del pensamiento humano. Entre los teólogos trascendentes, luchando duramente por la ortodoxia secular, y sus adversarios críticos despiadados, la zanja era profunda, pero ni unos ni otros llegaban a interpretar razonablemente los textos evangélicos; y fué entonces cuando ante ellos se levantó Strauss, lanzando en las tinieblas de sus discusiones la luz de su interpretación mítica.

»Mostraba que si Dios no está encarnado en el hombre-Jesús, la idea del Cristo encarnado contiene sin embargo una verdad profunda; ese Dios hecho carne, según él, no es más que la Humanidad haciendo milagros al domar poco a poco los ciegos elementos, que se halla sin pecado, pues las manchas solamente caen sobre los individuos y el constante progreso de la especie las borra, que muere y resucita por la sucesión de las generaciones, que se eleva poco a poco por encima de las contingencias individuales, con una verdadera ascensión hacia el principio espiritual y divino, al cual tiende a identificarse, como Jesús ha terminado identificándose con Dios el Padre. «Quien cree, escribe Strauss, en el Cristo humanizado participa verdaderamente en la vida divina que encarna la especie. La persona y la vida de Jesús han dado a la Humanidad representada por las primeras generaciones de cristianos la ocasión de dibujar el retrato de su Cristo, tal como se lo representa, partiendo de la idea de sus propias relaciones con la divinidad».

»Tal es la nueva doctrina que Strauss ha tenido la audacia de lanzar al mundo en una época y en una Alemania en donde el papismo y el pietismo místicos eran las dos grandes fuerzas morales existentes.

»Transcurrieron treinta años, dedicados a luchar y a sufrir persecuciones por ella; durante ese tiempo, en la sombra estudiantil de un gran seminario de París, un joven bretón leía esta «Vida de Jesús» con una pasión contenida, sintiendo un sacudimiento profundo en su espíritu y en su alma. Al mismo tiempo que veía desvanecerse ante esa

gran luminosidad las nebulosidades de su alma mística, una indecible tristeza lo acongojaba con la idea de ese ensueño, ese Jesús que él se había hecho, a pesar de su divinidad, un retrato humano tan noble y tan hermoso, no era más que la expresión concreta de un mito.

»Y se puede decir que desde este momento, por una reacción natural, surgida de su herencia religiosa, la silueta de «su» Jesús se había levantado bien viva y bien real ante los ojos de su alma.

»Fué en 1864, es decir treinta años después de la primera «Vida de Jesús» de Strauss, cuando Ernesto Renán publicó la suya.

»Los ecos de la tempestad que levantó aún zumbaban en nuestras orejas. Muchos, entre los creyentes, perdonaban más fácilmente al filósofo alemán su mito, que a Ernesto Renán lo que llamaban «sacrilegio» de su Jesús privado de divinidad, y vuelto, aunque la más noble, una simple criatura perecedera.

»Hoy el tiempo ha pasado por encima de las ruidosas maldiciones. El nuevo siglo ha puesto una sordina a los anatemas que repercutieron en el siglo muerto, y el Jesús de Renán se erige siempre inefablemente hermoso y mira, con su dulce sonrisa desilusionada, a nuestra época no menos vil y tormentosa que la suya y que de nuevo lo crucificaría si entre nosotros viniera a predicar su doctrina anarquizante...» (11).

Es también ese Jesús el que Han Ryner ha levantado el trágico fantasma.

Y el filósofo escribe: «Jesús vivió libre y errante, alejado de todo lazo social. Fué el enemigo de los sacerdotes, de los cultos exteriores y, en general, de todas las organizaciones. Perseguido por los sacerdotes, abandonado por la autoridad judicial, murió crucificado por la soldadesca. Ha sido, junto a Sócrates, la más célebre víctima de la Religión y el más ilustre mártir del individualismo. Los sacerdotes han crucificado luego su doctrina como hicieron con su cuerpo. Han transformado en veneno la bebida tonificante. Y con las falseadas palabras del enemigo de las organizaciones y de los cultos exteriores, han fundado la más organizada y la más pomposamente vacía de las religiones» (1). Y del mismo modo que se esforzó en darnos la verdadera figura socrática, en «Las verdaderas pláticas de Sócrates», de nuevo Han Ryner ensaya, en «El quinto evangelio», de hacer revivir al verdadero Nazareno.

He aquí al apóstol predicando al azar de los caminos. Escuchémosle: «¿He venido a destruir la Ley o a cumplirla? Pero ¿qué es esa Ley? ¿Es el pueblo al cual debo llegar? ¿Es solamente un camino que puede seguirse? ¿Es la Ley un camino hacia la justicia?»

«Que los que han llegado al pueblo no sigan ya el camino. No importa por qué medio hayan llegado, es como si lo hubieran recorrido.

»Los que han llegado a la justicia que destruyen a la Ley de su corazón. Pues ya son justos y no puede servirles, y podría perjudicarles.

»El camino va hasta la puerta del pueblo. Pero el pueblo ya no es el camino.



»No os quedéis fuera de los muros, sino entrad en seguida en el pueblo, y no salgáis más para perderos en los meandros del camino, y no sufráis los ardores del sol en la aridez del camino.

»Al contrario, lavad vuestros pies para que no quede en ellos ni una sola partícula de polvo del camino.

»Pues en verdad os digo que, si vuestra justicia no va más allá que la de los escribas y los fariseos, no penetraréis en el reinado de los cielos» (13).

Y, más tarde, a los fariseos que le interrogan: «Es malo el preocuparse de las tradiciones de nuestros antepasados o de la Ley.

»Pues así se aprende a no pedir ya más al corazón lo que debe hacerse; y se obedece a escrituras y tradiciones que, en sí mismas, a veces son buenas y a veces malas.

»Pero son siempre malas cuando hacen olvidar el camino del manantial de la verdad y de la vida...

»Y entonces ya no sois más seres vivos, sino que sois meras máquinas que solamente se mueven bajo los resortes de la Ley y con los nervios de la Tradición...» (14).

Y así iba el Nazareno, predicando la liberación, el amor y la justicia. «Pues enseñaba las grandes cosas que se pueden escuchar con el corazón; pero no enseñaba, como los escribas y los sacerdotes, las pequeñas cosas que divierten y dificultan al espíritu.

»Y no enseñaba, como hacen los escribas y los sacerdotes, con servidumbre y con autoridad, igual que el esclavo que repite a otros esclavos los datos del amo.

»Pues enseñaba con libertad, como un hombre que habla a los hombres, como un corazón que se desborda hacia los otros corazones» (15).

Pero, por desgracia, siempre llegan los impostores: «En las llanuras o en las orillas de los lagos, éstos proclamaron muy alto el evangelio de la locura que llama y acepta al milagro.

«O a veces, en la montaña, han balbuceado tus primeras palabras, Evangelio de la pobreza alegre, de la abnegación y del amor.

»Pero muy a menudo por senderos de credulidad, han llevado a Jesús bajo cielos que se abren, bajo voces que bajan de lo alto, sobre Thabors de luces teatrales.

»Y así han hecho de él un Profeta, un Cristo, un Verbo de Dios.

»Y en el rodar de los tiempos, otros, más insensatos, han hecho de él un Dios.

»Por eso yo te invito, oh, hijo del hombre, a una ascensión nueva. Para que, en la sincera claridad del sol, asciendas hacia la cúspide verdadera, y para que al fin te vuelvas un Hombre, oh, hijo del Hombre...» (16).

Tal es el Jesús de Han Ryner.

Próximo artículo: «Han Ryner y las filosofías».

#### NOTAS DE LOS 5 PRIMEROS CAPITULOS

(Ver CENIT nos. 121 y 122)

(1) *Le Livre de Pierre*, 1919, ediciones de los *Humbles* (Paris), extractos de *Ce qui meurt*, obra aparecida en 1893 y hoy agotada.

(2) *Le Petit Manuel Individualiste*, págs. 18-19. Ed. Athéna (Paris).

(3) *Le Subjectivisme*, p. 27. Ed. del «Fauconnier» (Paris).

(4) *Le Sujetivisme*, págs. 21-22.

(5) *La Philosophie d'Ibsen*, p. 13. Ed. de «L'Idée Libre», Conflans-Honorine (Seine et Oise).

(6) *Le Petit Manuel Individualiste*, p. 3.

(7) *Les Apparitions d'Ahasvérus*, p. 66. Ed. *Figuiere* (Paris).

(8) *Les Paraboles cyniques*, p. 119. Ed. *Figuiere*.

(9) Schopenhauer: *La vie, l'amour, la mort*. Ed. Dentu (Paris).

(10) León Daudet: *Le voyage de Shakespeare*, p. 123. Ed. Plon-Nourrit (Paris).

(11) Etude sur Han Ryner, *La Revue Anarchiste*, n. 15, 20 de marzo de 1923 (Paris).

(12) *Le Petit Manuel Individualiste*, p. 5.

(13) *Le Cinquième Evangile*, p. 100. Ed. «Athéna».

(14) *Le Cinquième Evangile*, págs. 157 y 159.

(15) *Le Cinquième Evangile*, p. 111.

(16) *Le Cinquième Evangile*, págs. 2, 3.

## Lo que cuenta es la conducta

Bajo las palabras « ductilidad », « sicología », « necesidades superiores », etc., o bajo el manto de la duda, hay quien aconseja templanza en el hacer como en el decir. Pero sobre este asunto delicado, no todo el mundo opina lo mismo. Por ejemplo, célebre es la sentencia de Unamuno cuando, tanto para sí mismo como para los demás, dijo:

— ¿Tropezáis con uno que miente? gritadle a la cara: ¡MENTIRA!

— ¿Tropezáis con uno que dice tonterías, a quien oye una muchedumbre con la boca abierta? gritadles: ¡ESTUPIDOS!

O sea, que se puede — y se debe — ser correcto, pero llamarle pan a lo que es pan y vino a lo que es vino.

# Ideas sobre educación

## — VIII —

**U**NO de los acontecimientos de mayor importancia del siglo XVI y que hizo estremecer todos los cimientos políticos, económicos y religiosos de la sociedad, fué la Reforma. Las causas que abocaron a los pueblos hacia este movimiento fueron varias.

Entre éstas, la creación de las nacionalidades, cuyos intereses chocaban con los de la iglesia romana, puede contarse como una de las principales. La rivalidad política, económica y de otras índoles, entre las naciones, daba lugar a guerras interminables, como por ejemplo la guerra de cien años (1337-1453) entre Francia e Inglaterra. Estas guerras, como todas las guerras, desangraban a las naciones que se veían envueltas en ellas, y como el único medio de subvencionarlas era el impuesto sobre tierras, industrias y toda clase de propiedad del país, los gobiernos se veían en grandes dificultades para recabar los medios necesarios. Como sabemos la iglesia tenía inmensas propiedades en tierras y demás, ninguna de ellas sujeta a impuesto nacional, y, además, el papa dentro de esas naciones donde la iglesia reinaba soberana, se aseguraba formidables riquezas por medio de diezmos, venta de indulgencias y otros impuestos. Todo esto provenía de la misma gente donde el rey tenía que recurrir a sacar fondos para el mantenimiento de su gobierno. Naturalmente toda riqueza que el papa sacara del país no importa en concepto de qué, unida a las propiedades de la Iglesia todas exentas de gravámenes, eran recursos que no podían ser usados por el gobierno, y esto de ninguna forma podía agradar a los reyes. En 1302 el rey de Francia convocó los Estados Generales e hizo votar un decreto contra los derechos que el papa tenía de interferir en los asuntos interiores de la nación, especialmente en asuntos de impuestos y cuestiones fiscales. La opinión pública, bien porque no existiera en el sentido que hoy tenemos de ésta o porque no creyera oportuno tomar partido, no apoyó la actitud del rey, no obstante parece haber atraído a una gran mayoría del pueblo, lo cual venía a demostrar que el poder político bien organizado podía desafiar el poder papal en asuntos domésticos. Esta acción del gobierno francés se reflejó también en casi todos los estados europeos, pues muchísimos salieron con limitaciones a los que la iglesia consideraba sus derechos inalienables y propios.

**L**A iglesia nunca se sometió a la pérdida de los que consideró sus intereses materiales con evangélica! sumisión, de ninguna manera, pero como se suele decir en todos los tiempos ha sabido nadar y guardar la ropa y en estos que

corrían, supo hacer honor a su ¡honor! En definitiva esta institución no es humilde más que ante la fuerza; ante la humildad es arrogante y tirana, por eso damos una ojeada al estado en que se hallaba cuando estas reivindicaciones nacionales tenían lugar. Por esos tiempos ocupaba la sede romana Bonifacio VIII autor de las bulas «Unam Sanctum» y «Clericis Laicos», en esta última prohibía a las autoridades civiles cobrar impuestos del clero que él de antemano no hubiese autorizado. Autor también del año Santo especial de indulgencias y perdones para todos aquellos que fueran a Roma en el año 1300, lo cual, a decir de algunos historiadores, le fué de tanto provecho que pudieron recoger el dinero «con rastrillos y palas». A esto pudieron agregar la inmensa fortuna que les proporcionó la venta de reliquias, medallas e historias que se llevaron los peregrinos. La inescrupulosidad de Bonifacio le llevó a la pelea con los nobles de Roma quienes ayudados por los franceses en 1303 lo depusieron con acusaciones espantosas. De antemano había huido a Anagni y dicen que le mató la furia a que le llevó la noticia de su deposición.

En 1304 después de una lucha larga y furiosa entre los cardenales franceses e italianos, el obispo de Burdeos cogió la tiara y ascendió a la sede papal la cual por la preponderante influencia de Francia sobre el papado, fué trasladada a Aviñón, valle del Ródano, en la frontera francesa en donde permanecería más de setenta años. A este periodo de interferencia e imposición del rey francés en los asuntos y política del papa se le conoce en la historia como la «Cautividad Babilónica» de la iglesia. El nuevo papa se llamó Clemente V y al parecer se entendía perfectamente con el rey de Francia, pues tan pronto fué coronado en Lyon empezó a agasajarlo absolviéndolo de todas las cargas y anatemas que volcaron sobre él papas anteriores, concediéndole al mismo tiempo un diezmo por cinco años sobre el clero. Naturalmente con esta influencia gala el colegio de cardenales se hallaba infestado de eclesiásticos franceses y hay que agregar que todos los papas que reinaron durante estos setenta años fueron pro franceses. No cabe dudar que Inglaterra, habiendo estado todo este periodo en guerra con Francia, consideraba a los papas de Aviñón como aliados del enemigo. No sólo Inglaterra sino Alemania también fué, con el tiempo, adquiriendo igual sentimiento a este respecto; pues la Dieta de Frankfort, en 1338, declaró solemnemente que el rey adquiriría los derechos de soberanía directamente de Dios y no a través del papa. En adelante esta doctrina del derecho divino de los reyes se usaría como un arma contra el papado en interés de la independencia nacional.

EN 1377 el papa Gregorio XI volvió a Roma a recobrar el poder y autoridad sobre los estados papales en Italia. A la muerte de éste la lucha se entabla nuevamente sobre la elección del nuevo papa y ante la imposibilidad de reconciliación entre los cardenales franceses e italianos cada bando trata de imponer su albedrío sobre el otro: primeramente eligen a Urbano VI, un italiano, y a continuación a Clemente VII, un francés. Urbano quedó en Roma con sus partidarios italianos, y Clemente se fué a Aviñón con los suyos. Esto daría comienzo al Gran Cisma (no el primero por cierto en la historia papal) que tendría al cristianismo en suspenso casi cuarenta años esperando siempre a ver cual de los rivales, al parecer ambos expertos en la intriga y juegos de la época, se atraía la gracia del Espíritu Santo. Mientras tanto Francia y sus aliados, con Nápoles y Escocia, apoyaban a Clemente, mientras que Inglaterra capitaneaba al grupo que apoyaba a Urbano. Con todo lo que entrañaba esta división hubieron varios planes para tratar de reconciliar los ánimos, tales como parlamentaciones, abdicación forzada o voluntaria, la desobediencia tanto a un lado como a otro, etc., pero nada llegaba a ponerse en práctica. Hasta que unos cuantos prelados se reunieron en Concilio en Pisa, destituyeron a los papas reinantes, Gregorio XII y Benedicto XIII y eligieron a Alejandro V y ahora en vez de dos había tres vicarios de Cristo ya que los dos primeros se negaron a abdicar. Alejandro murió enseguida y Baldassare Cossa cogió la tiara bajo el nombre de Juan XXIII. Esta situación duró hasta que Segismundo de Hungría tomó el asunto del cisma como cosa propia y convocó un Concilio de la iglesia en Constanza para juzgar a los tres papas, esto fué en los primeros días del año 1415. Los tres papas fueron destituidos y el «Espíritu Santo favoreció a Martín V, quien tenía otros concilios regularmente para ver que la reforma se iba haciendo...»

TODAS estas luchas internas y divisiones en las altas esferas de la iglesia católica no tendrían otra importancia y significación que las que se les pueden aplicar a las imperfecciones del género humano aunque se diga inspirado por el Espíritu Santo o por el mismo Dios, si los contendientes hubiesen obrado bajo el impulso de unos principios dignos de lo que se decían representar, pero los hechos demostraban que tanto los unos como los otros no perseguían más que la acumulación de poder, riquezas y autoridad que les permitieran proseguir la vida licenciosa y corrupta que con tanta impunidad (y sin ella) y tan eficientemente se disipaba bajo el manto papal.

Como muestra de lo que representaban estas luchas sin cuartel por la consecución de la sede de San Pedro y a los fines que la mayoría de los que ascendieron a ellas la emplearon, demos algunas de las pruebas que reunió el Concilio de Constanza en el sumario contra Juan XXIII, las cuales retratan a una gran mayoría de los que le precedieron como vicario de Cristo bien por usurpación o elección pacífica. Nos dice un historiador: «En la acusación había cincuenta y cinco ar-

tículos, pero yo debo resumir. El Santo Padre fué presentado como «perverso, irreverente, impúdico, embustero, desobediente e infecto con infinidad de vicios». Cuando leemos las páginas de detalles llegamos a la conclusión de que sería mucho más simple enumerar los vicios, si hubiesen algunos, que no llegaron a afectarle. El amasó una inmensa fortuna por medio de simonías y de esta forma pudo comprar el cardenalato. Como cardenal legado en Bolonia fué «inhumano, injusto y cruel». Obtuvo el papado por la violencia y el fraude, aunque ridiculizó la misa, el ayuno, etc., de la iglesia. Como papa fué un opresor del pobre, perseguidor de la justicia, pilar de los malvados, estatua de los simoníacos, adicto a la magia, la hez del vicio, todo dado al sueño y a los deseos carnales, un espejo de infamia, un profundo inventor de toda clase de maldades. El vendió prebendas, bulas, sacramentos, indulgencias, consagraciones, en una palabra, todo aquello que podía proporcionarle algún dinero. Practicó el sacrilegio, el adulterio, el asesinato, la espoliación, la violación y el robo.»

Al llenar el vacío de casi un siglo en la sucesión de Padres Santos desde esta época hasta llegar a los acontecimientos que dieron nombre a la Reforma, vinieron entre otros, la familia española de los Borgias cuyos excesos en todos las artes de la corrupción supieron sobrepasar con méritos en su clase.

Si de esta forma se conducían los prohombres de la iglesia el estado llano de ella vemos que se movía en un ambiente de degeneración tan bajo como el estado de su educación permitía. Sobre esta corrupción general se encontrarán muchísimos escritos de la época de autores de todas las nacionalidades. Nuestro Fr. Prudencio de Sandoval escribiendo sobre los monasterios dice «que tienen vasallos y muchas rentas y cuyos prelados, como se hallan señores, antes se hinchan y tienen soberbia y vana gloria de que se precian y danse a comer y beberes, e tratan mal a sus súbditos y vasallos, siendo por ventura mejores que ellos...» Le parece un insulto «que hereden y compren, porque de lo que en su poder entra, ni pagan diezmo, ni primicia ni alcabala y si así se deja, presto será todo de los monasterios». Al hablar de los obispos dice «si tienen un obispado de dos cuentos de rentas, no se contentan con ellos; antes gastan aquellos sirviendo a privados de los reyes para que los favorezcan para haber otro obispado de cuatro cuentos. E otros algunos tienen respecto a hacer mayorazgo para sus hijos, a quienes llaman sobrinos, y así gastan las retas de la Santa Iglesia malamente». «Ya por nuestros pecados todos los malos ejemplos hay en eclesiásticos y no hay quien los corrija y castigue».

«Obispos llenos de buenos bocados y de puerros y especia, sin vergüenza de gastar el mantenimiento de los pobres en usos de soberbia y lujuria; el día de la muerte hará en ellos gran jira el demonio», dice Fr. F. de Osuna. Pablo de León blasfema contra los prelados y curas que «nunca ven sus ovejas, sino ponen unos ladrones por provisores que a ninguno absuelven por dinero, ni dis-



pensan sin pagarlo, que guardan el pan como lo greros y lo más caro que se vende en la tierra es suyo». Que la iglesia no tiene hoy mayores lobos, ni enemigos, ni tiranos, ni robadores, que los que son pastores de ánimas y tienen mayores rentas... Toda la iglesia, por nuestros pecados, está llena, o de los que sirvieron o fueron criados en Roma, o de obispos o de hijos o de parientes o sobrinos, o de los que entran por ruegos como hijos de grandes, o entran por dinero o cosa que valga dinero, y por maravilla entra uno por letra o buena vida. Y así como dinero los metió en la iglesia, nunca buscan sino dinero, no tienen otro intento que acrecentar la renta, que de aquella tienen cuidado y no de las ánimas.»

**A**LFONSO de Valdés en el «Diálogo de las cosas ocurridas en Roma», Latancio y el Arcidiano discuten las causas que motivaron el saqueo de Roma por las fuerzas del emperador Carlos V lo cual les lleva a las inmoralidades del alto y bajo clero entre otras al insaciable afán de hacer dinero a toda costa. Y dice Latancio: «Veo, por una parte, que Cristo loa la pobreza y nos convida, con perfectísimo ejemplo, a que la sigamos, y por otra, veo que la mayor parte de sus ministro ninguna santa ni profana podemos alcanzar sino por dineros. Al bautismo, dineros, a la confirmación, dineros; al matrimonio, dineros; a las sacras órdenes, dineros; para confesar, dineros; para comulgar, dineros. No os darán la Extrema Unción sino por dineros, no tañerán campanas sino por dineros, ni os enterrarán en la iglesia sino por dineros, no oiréis misa en tiempo de entredicho sino por dinero; de manera que parece estar el paraíso cerrado a los que no tienen dineros. ¿Qué es esto, que el rico se entierra en la iglesia y el pobre en el cementerio? ¿Que el rico entre en la iglesia en tiempo de entredicho y al pobre den con la puerta en los ojos? ¿Que por los ricos hagan oraciones públicas y por los pobres ni pensarlo? ¿Jesucristo quiso que su iglesia fuese más parcial a los ricos que no a los pobres? ¿Por qué nos aconsejó que siguiésemos la pobreza? Pues allende de esto, el rico se casa con su prima o parienta, y el pobre no, aunque le vaya la vida en ello; el rico come carne en cuaresma, y el pobre no, aunque le cueste el pescado los ojos de la cara; el rico alcanza ocho carretadas de indulgencias, y el pobre no, porque no tiene con qué pagarlas, y de esta manera hallaréis otras infinitas cosas...»

Pero el escritor contemporáneo que por su autoridad en la república de las letras, contribuyó a que la Reforma fuera un hecho, hasta el extremo de que se llegara a decir que él fué el que puso el huevo de ésta, fué Erasmo de Rotterdam. Erasmo atacó los abusos de la iglesia con toda franqueza, fuerza y libertad que le proporcionaba la impunidad que gozaba por ser autoridad intelectual internacional, pues ni rey, ni papa ni jefe de Estado atacaba ni permitía a ninguno de sus súbditos que atacara a esta águila del pensamiento por miedo a que hiciera volcar la balanza del lado contrario. Esta crítica la expuso en infinidad de libros de breve contenido, «de amenas formas, salpicados de chistes y cuentecillos contra

frailes y monjes», que diría nuestro Menéndez Pelayo. Allí hace pasar por su agudo y espeso tamiz el estado moral de los religiosos y religiosas, pequeños y grandes. Estas obras se llaman, «Elogio de la locura», «Los coloquios», «El inchiridión», etc., etc., en las cuales critica no sólo los excesos y corrupción de la Iglesia, sino su doctrina y hasta el dogma mismo. Censura a papas, obispos, órdenes religiosas, y arremete contra lo que llama «vulgo, religiosos y monjes, execrados y aborrecidos por todo el mundo, que huye de ellos como de la peste; los cuales, con voces asininas repiten los Salmos en el templo y venden muy caras sus inmundicias y mendicidad, haciendo de ellas ostentación en calles y plazas; y todo lo tienen por regla y precepto, hasta el color del hábito y las horas de dormir.»

**E**L grito de reforma no cabe duda era universal, pero no en todos los países significaba lo mismo en extensión y profundidad, pues mientras en los países del sur europeo ésta iba dirigida a los vicios y escándalos que habían traído a la religión católica a confundirse con la hez de la sociedad, los países del norte apuntaban no sólo a este mal sino a las supersticiones, ritos, reliquias, mitos, etc., que a su forma de ver desvirtuaban el texto de la Biblia. Amparándose en estas creencias muchos grupos y órdenes plantaron cara a la iglesia, la cual, calificándolos de heréticos, los persiguió y exterminó cuando pudo.

Los ataques de Lutero contra el papado como pretexto por la venta de indulgencias y terminaron el edicto de 1517 en el cual declaraba, contra la creencia de que la indulgencia podía descargar la culpa y temperar el castigo de los pecados, que el verdadero tesoro de las virtudes se encerraba en los evangelios. Este edicto se propagó como el fuego por toda Alemania, y las consecuencias que esto trajo fueron mucho más lejos que lo que el mismo Lutero esperaba y, sin duda alguna, deseaba.

Lo que creyó que sólo daría pie a una discusión entre amigos, se convirtió en un movimiento que poco a poco le condujo a la ruptura con la Iglesia de Roma. El papa no podía ignorar esta rebelión y menos al que de una forma tan casual se hallaba a la cabeza de ella, y bien para que se explicara sobre las quejas de sus escritos o para una vez allí deshacerse de él, llamó a Lutero a Roma. Este no se presentó y recurrió a la ayuda del príncipe Federico, quien no solamente le apoyó sino que él mismo tomó una parte activa en el movimiento. Lo mismo hicieron los jóvenes humanistas alemanes unidos a todos aquéllos que deseaban una Iglesia nacional libre. Roma entonces recurrió al poder del emperador, pero éste tenía muchas más cosas a que atender y antes de que pudiera desligarse de tanto compromiso, el protestantismo había triunfado en toda la parte norte de Europa donde tenía ya establecidas iglesias y escuelas.

**E**L protestantismo sostenía que a todo el mundo deberían enseñarse «las Sagradas Escrituras» como bases de su fe y su vida, de sus propias inclinaciones y participación en la vene-

ración pública, y de sus deberes como miembro de la Iglesia. Una de las preocupaciones de la nueva Iglesia fué la educación de los líderes y miembros de ésta haciéndola al mismo tiempo extensiva a la sociedad en general, hombres y mujeres. Las lenguas vernáculas, que ya se iban imponiendo desde hacía bastante tiempo, también obtuvieron la consideración de los protestantes y en todos los pueblos donde dominaban, muchachos y muchachas, recibían, a través de éstas, una educación elemental. Pero hay que tener en cuenta que a pesar de las buenas intenciones del nuevo movimiento y de individuos cuyas actividades principales se dedicaban al mejoramiento de la educación del pueblo, ésta en el trascurso del período revolucionario sufrió terribles daños que fueron difíciles de reparar. Irremisiblemente muchas escuelas hubieron de cerrar sus puertas por falta de alumnos unas veces, por falta de profesores otras, por falta de ambos en muchas ocasiones. Es lógico que esto ocurra cuando las opiniones se hallaban divididas; por tanto unas veces eran los maestros los que abandonaban las escuelas por no querer enseñar principios opuestos a los suyos, y otras eran los padres de los alumnos quienes retiraban a éstos de ellas para evitar contagios con opiniones opuestas.

**L**A actividad de Lutero fué enorme, escribiendo folletos, manifiestos y libros dirigidos tanto a gobernantes, autoridades civiles y al pueblo pidiendo ayuda para llevar a cabo la reforma y el programa de organización en las escuelas y en la iglesia. En Lutero se halla por primera vez la idea de la asistencia forzosa a la escuela y la sugerencia de que el Estado debería legislar para reforzarla. Esta idea no la veríamos en acción en la mayoría de las naciones hasta bien entrado el siglo diecinueve, no obstante en el pequeño Estado de Weimar se pidió la educación obligatoria para todos los niños, y en lengua vernácula, en 1619.

En las escuelas donde se enseñaba en lengua vernácula, el programa de enseñanza consistía generalmente en lectura, escritura y aritmética y Lutero propuso la introducción de la música, la poesía y la historia. Ponia marcado interés en la labor del maestro y decía que la vocación de éste era la más próxima a la de ministerio, «la más elevada y la mejor». Aspiraba a que las escuelas fueran lugares donde reinara la alegría para que los niños pudieran gozar en la adquisición de conocimientos. A ejemplo de los hombres encuadra-

dos en el humanismo, Lutero atacó violentamente el sistema de escuelas de la Edad Media, calificándolas de «infiernos y purgatorios donde se torturaba a los niños, y donde después de tanto castigo y molestia los chicos no aprendían nada.» Creía Lutero que con sólo dos horas de clase al día, los chicos podían adquirir una buena educación, dedicando el resto de la jornada a aprender un oficio cualquiera. En otros sentidos siguió más o menos las corrientes de la época, dando su aquiescencia sobre los estudios de las lenguas clásicas, latín, griego y hebreo, por considerarse estudios sagrados, esenciales y necesarios para el conocimiento de las Sagradas Escrituras.

En el norte de Alemania trabajaba fuertemente J. Bugenhagen, organizando escuelas de latín y escuelas parroquiales donde se enseñaba a leer y a escribir. Realizando la misma labor estuvo en Dinamarca y su ejemplo cundió con la organización de escuelas en todos los países escandinavos para la gente del pueblo. Melanchthon, por su parte, organizó las escuelas de Sajonia, sacando a luz escuelas elementales y especialmente las de latín, en las cuales tenía gran interés. J. Sturm en 1538 abre su primer «Gymnasium» protestante humanista, el primero de este tipo y que llegaría a ser la escuela secundaria dominante en todo Alemania desde entonces hasta nuestros días.

**U**NO de los factores más importantes sobre éste y otros tipos de escuelas de la Reforma, es que tanto el Estado como la Iglesia, cooperaron por igual en su establecimiento y mantenimiento. Este sería también el primer paso en la «entrega», que se irá realizando a través de los años, de las funciones de la educación de manos de la Iglesia a las del Estado. Parece que desde entonces las actividades del Estado sobre la educación van en aumento, hasta que en los siglos dieciocho y diecinueve, los Estados toman a su cargo la mayoría de las instituciones de enseñanza.

En Suiza, al mismo tiempo que en los otros Estados protestantes se trabajaba asiduamente para llenar esta necesidad de sistemas de educación que había creado el movimiento, y el joven Ulrich Zwingli, que se había alzado contra Roma al mismo tiempo que Lutero, se encargaba de esta labor, publicando un pequeño tratado en 1523, titulado «La Educación de los Niños», el cual fué el primer libro sobre educación escrito bajo un punto de vista protestante.

(Continuará)

# Valores auténticos

Se cuenta que un joven preguntó a Mozart cómo componer una sinfonía.

— Es usted muy joven — le respondió el gran músico —. ¿Por qué no comenzaría con baladas?

— De acuerdo, pero ¿no escribió usted sinfonías a la edad de 10 años?

— Es cierto — dijo Mozart —, pero yo no pregunté cómo hacerlas.

# EL GALEOTE

por DENIS



RASE un hombre que se había encaminado, desde la juventud, hacia su perdición.

Nada juzgó, en cuanto tuvo uso de razón, razonable. E incapaz de hipocresía, proclamó su juicio. Como supo y pudo. Se le hacía, por esa actitud, difícil la vida, muy difícil, pero la prefería difícil a indigna. Fué a parar, al fin, por su preferencia a la cárcel.

~

No salió de la cárcel vencido. No vence la cárcel al hombre. Le infunde hombría nueva. Si por ver feas las cosas se obtiene ese premio, es que eran más feas de como se veían. Salta a los ojos, entre los muros del encierro, su fealdad mayor. Que al salir del encierro se pregona, sin temor a ser encerrado de nuevo. Vuelven la espalda a deber tan alto los no nacidos por él.

Fué su prisión corta. No le llevó, el verse libre, a evitar otra. Le salía al encuentro, en cada esquina, la fealdad del mundo. El ir y venir de los hombres a la caza de modos de vivir innobles le ponía fuera de sí. Y no siempre le era posible retener sus palabras indignadas. Apenas escuchadas.

No sentía nostalgia de la prisión, pero no podía impedir que sus pasos le encaminaran a ella de nuevo. Todo estaba ordenado para ir tras la vida innoble con más facilidad que tras la vida digna. Conducía la dignidad a la miseria, la falta de nobleza a la fortuna. No era tarea hacendera llevar a elegir la ruta difícil y a abandonar la fácil. Quien no explotaba a nadie, quien no engañaba a nadie, quien no se rebajaba ante nadie, sólo tenía ante sí infortunios. Se abrían las puertas más cerradas al que explotaba a otros, al que engañaba a otros, al que se rebajaba ante otros. No se perseguían, así, otros fines que la explotación, el engaño y la bajeza, que colmaban de bienes. Predicaba, cuando predicaba, en desierto. Poblado, pero desierto.

Era, como hijo de su país y de su tiempo, cristiano. Pero escandalosamente. Calumniaba al fundador del cristianismo. Ponia en su boca herejías intolerables. Leyendas que desequilibrados habían puesto en circulación, las tomaba por realidades. No era cierto, como decían esas leyendas, que el fundador del cristianismo hubiera combatido la autoridad, y la propiedad. Era el fundador del cristianismo un salvador, y no hay salvación posible sin autoridad, y sin propiedad. A la vista estaba. Los representantes de la autoridad, y los propietarios, se habían salvado.

No era ese el lenguaje que ante él se usaba, pero era ese. Y oírlo le enrojecía. Malos cristianos, para él, todos los que así hablaban. Falsificados sin conciencia que iban a acabar, que habían acabado ya con el cristianismo. ¿O sería él el mal

cristiano? Le asaltó esta duda. ¿Es que las doctrinas no son para vividas? ¿Es que todas están condenadas a dar paso a realidades monstruosas que lleven su nombre? No quería admitir que así fuera. Se aferraba a su cristianismo, al que creía deber la repugnancia que sentía por cuanto le rodeaba. No eran los otros cristianos, ni malos. Eran no sabía qué. En todo caso, innobles. Corriendo siempre tras la riqueza o el poder, por no importa qué medios. Y contentos cuando, por no importa qué medios, alcanzaban la riqueza o el poder.

Había ido siempre a las iglesias a conversar, a monologar con el fundador del cristianismo. Dejó de ir a ellas para no encontrarse, en lugar para él sagrado, con tanta criatura que no podía dirigirse como él al que él se dirigía. ¿Qué monólogo podían tener con el fundador del cristianismo los que explotaban a otros hombres, los que engañaban a otros hombres, los que se rebajaban ante otros hombres? ¿Qué podían decirle los que vivían holgadamente a costa de la miseria de sus semejantes, los que vendían por diez lo que les costaba uno, los que se humillaban para poder más tarde humillar a su vez?

No pudo escoger camino más recto para perderse. Era ya mal mirado por sus prédicas. Se acogió con gozo su impiedad. Y sin sorpresa. Sólo un impio podía permitirse las censuras que él se había permitido. El orden en que se vivía había sido establecido por Dios mismo. Unos nacían para gozar, otros para trabajar. Unos habían venido al mundo para mandar, otros para obedecer. Poner en duda que aquellos que gozaban no merecieran los goces, que aquellos que mandaban no merecieran el mando, era poner en duda la sabiduría de Dios. No bastaba, para el que tal duda abrigaba, el infierno a que estaba condenado. Debía ya ser llevado al infierno aquí.

Había sido llevado a prisión — al infierno —, tras la primera vez, varias veces. Pero siempre por delitos leves. La primera vez se había permitido imitar al fundador del cristianismo: al salir de la iglesia, había arrebatado el látigo a un carretero y se había lanzado con él en alto sobre una multitud de mercaderes establecidos, con sus puestos de estampas, y de medallas, y de libros de oraciones, en las mismas puertas del templo. Rieron, por suerte suya, los encargados de juzgarle, que no apreciaban a los mercaderes miserables. Y el encierro duró poco.

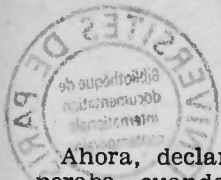
Siempre, en lo sucesivo, duró poco. Se creían tan fuera de su alcance los que le encerraban, que no le encerraban sino por no dar mal ejemplo. Divertidos por sus extravagancias.

—Encerrariais igualmente — les dijo una vez — a aquel a quien imito.

Sincero, uno de los jueces murmuró:

—Sin duda, sin duda.





Ahora, declarado ya impío por todos, no le esperaba, cuando llegara, condena insignificante.

Llegó, inesperadamente, lo por tantos deseado. Una vecina del hereje, vieja, devota y avara, había sido asesinada y robada. Nadie, sino él, podía ser el asesino y el ladrón. Toda su vida abonaba en favor de esta hipótesis. No había en la ciudad persona que no fuera devota, salvo él. Y era increíble, e inadmisiblemente, que un devoto hubiera asesinado a la devota. El, que había dejado de ser devoto, que seguramente no lo había sido nunca, aunque lo pareciera, era el asesino.

No se encontró prueba alguna que le acusara. No hacía falta. Estaba allí toda la ciudad, acusándole. Había llegado la hora de vengarse de todos sus ataques, injustos, injustos, injustos. Cada cual vivía su vida como podía. ¿Quién era él para censurarles? ¿Qué autoridad tenía para juzgar mal sus esfuerzos por vivir vida mejor? ¿Es que no está permitido por las leyes, que si no vienen de Dios Dios aprueba, saltar de un peldaño a otro de la fortuna? Si no siempre los medios de dar el salto son fáciles, ¿qué culpa tiene nadie?

Fué condenada, por acusación tan unánime, a galeras. Para toda la vida. Salía de una prisión para entrar en otra. Mirando a sus jueces, y a sus acusadores, con mirada que les habría hecho, a todos, bajar la mirada.

Y en el barco a que fué llevado, para remar hasta la muerte, no encontró sociedad distinta a la que tras sí dejaba. También allí, atados a su trabajo, había explotadores, y enredadores, y hombres bajos. No los despreciaba por sus delitos, tal vez semejantes al que a él le había llevado allí, o en todo caso no más graves que os perpetrados por los hombres con quienes había convivido hasta entonces, sino por explotadores — miserables, pero explotadores —, por enredadores y por bajos.

Podía, en la calle, huir la presencia que le repugnaba. Le habían robado, al condenarle, esa li-

bertad. No tenía otro remedio, en el barco, que sufrir compañía no deseada. Si no hubiera ocultado sus compañeros de galera los delitos que a la galera los habían conducido, y hubieran tratado de explicarlos, estaba seguro de haberlos mirado con simpatía. Aunque su explicación no fuera explicación. No pregonaba sino inocencia. Hipócritas, aunque inocentes, si lo eran.

El país estaba, por azares de guerras para él desdichadas, en manos de otro país, y regido por un virrey. Altanero, el de entonces, con madera de dictador, pero con cualidades que los dictadores no tienen: un aprecio sin límites por el hombre, aunque fuera enemigo.

Era costumbre que el virrey visitara a los presos, de tarde en tarde, para escuchar sus quejas. Llegado a la ciudad en cuyo puerto se hallaba, de paso, el barco en que el galeote sufría su condena, se dispuso a cumplir su misión. Hubo en el barco, de súbito, revuelto insólito. Los carceleros, increíblemente amables, desataron las cadenas. Y permitieron subir a cubierta a recibir —regaló inesperado —la caricia del sol.

Subió el virrey al barco, en un silencio imponente. Y a todos los presos, uno tras otro, fué preguntando por qué estaban allí.

Todos, todos estaban por error, a creer su respuesta.

Al llegar al galeote, que era el último, por ser el último condenado, el virrey modificó su pregunta:

—¿Tú estás aquí también por error?

—No — respondió el galeote, igual, en altanería, al altanero virrey —. Yo soy el autor de todos los delitos de que son acusados esos infelices.

El virrey se sintió pequeño, pequeño, o tal vez a la altura del hombre que tenía ante sí, y ordenó a los carceleros:

—Libertad a ese hombre. Echaría a perder, con su ejemplo, a sus inocentes compañeros.

## Más sobre la conducta



No es aconsejable adquirir demasiados « deberes ». En materia social, desde el momento que uno se siente obligado y comprometido al cumplimiento de un deber, suele cogerlo con tanta pasión que llega hasta lo insaciable. En ello se fundamenta el origen de muchas desavenencias humanas. Una de ellas, la que surge en el trabajo colectivo. Mientras el individuo se considera asalariado sus preocupaciones se reducen a: cumplir su misión conscientemente y obtener mejor retribución cada día. Si ese mismo trabajo, en lugar de ejecutarlo en tanto que asalariado lo hace como asociado, como colectivista, como cooperador y, como tal, defensor del conjunto, la cosa cambia; a las dos preocupaciones citadas se suma la de que cada uno ha de «velar» por los intereses de todos. Buen arranque para ejercer el papel de policía — aun sin saberlo — a veces tiránico, y aquello que fué magno al inicio pasa después a ser ruín, para terminar haciéndole insoportable a cada uno. Las palabras dan paso al insulto y éste, como dijo R. Tagore, crea deseos y venganza. He ahí una dificultad de orden psicológico del colectivismo.



# MICROCULTURA

669. — Una « cisión » es una cisura o una incisión.
670. — El Budismo, reforma del Brahmanismo, adorador de Buda, predomina en China, Japón y Birmania.
671. — La lengua más difundida del mundo es el chino, hablado por la cuarta parte de la población del globo.
672. — En el desierto del Sahara en Africa, en el Gobi en Asia y en las costas del Perú no llueve nunca.
673. — Las nubes cirros son las que se presentan bajo la forma de largos filamentos blancuzcos, semejantes a la lana cardada.
674. — Las Antillas, región insular de América Central, está compuesta por Cuba, Haití, Santo Domingo e islas menores norteamericanas, inglesas, francesas y holandesas.
675. — Cuba produce la cuarta parte de la producción mundial de azúcar.
676. — Gran parte del Japón sigue también la religión del místico Sinto.
677. — Los diferentes idiomas que se hablan en el mundo ascienden a unos 860; sin contar las variaciones accidentales de los mismos (dialectos), los cuales llegan a unos cinco mil.
678. — La capital de Honduras es Tegucigalpa y la de Nicaragua es Managua.
679. — C mulus son las nubes agrupadas en forma de montañas, de contornos redondeados.
680. — La nutrición y la respiración de las plantas fué descubierta por Juan Ingenhousz, médico, químico y naturalista holandés, en 1779.
681. — El Arco Iris es un arco luminoso compuesto de siete colores, que aparece en las nubes opuestas al sol, cuando se transforman en lluvia.
682. — Hasta ahora la gente « culta » de China y Japón ha profesado el Confucianismo, religión que sigue los dogmas de este filósofo chino.
683. — Demostrando la parte sensualista de la Biblia el escritor francés Mirbeau escribió hace dos siglos el libro « Erotika Biblion ».
684. — Las principales ciudades de Venezuela son Caracas, Valencia, Puerto Cabello y Maracaibo.
685. — En Norteamérica hay 70.000 aviones privados.
686. — Se entiende por « detonar » producir estampido o trueno.
697. — Las nubes Estratos son las que est n formadas de largas tiras, casi siempre rectas y superpuestas.
688. — Los halos o coronas son círculos luminosos que rodean algunas veces al Sol y a la Luna.
689. — El primer piano fué fabricado por Cristofori en 1709.
690. — El Fetichismo (adoración de objetos o fetiches) es la religión que predomina en Africa y Oceanía.
691. — El estudioso A. López Rodrigo fué el principal traductor del ilustre Eliseo Reclus en España.
692. — El « cirt metro » es un aparato que sirve para medir la amplitud de los movimientos del torax, durante la respiración.
693. — Después del chino, el árabe es el lenguaje más difundido.
694. — Los grados de la civilización han sido cuatro: vida salvaje, vida pastoril, vida agrícola y vida industrial.
695. — En los últimos cuatro siglos más de 200.000 personas han perecido bajo las erupciones volcánicas.
697. — Los Nimbos, son unas nubes parecidas a los C mulus, pero de un color gris oscuro.
698. — La Aurora Boreal es una superficie de corona luminosa que aparece en el cielo de las regiones polares, supliendo en parte la falta del Sol.
699. — La raza cobriza (frente inclinada hacia atrás, boca grande, ojos negros y hundidos) poblaba América antes de la llegada de Cristóbal Colón.
700. — Las ciudades principales de Francia son Paris, Lyon, Marsella, Burdeos, Lille, San Esteban, Tolosa y Ru n.
701. — En EE. UU. se acaba de probar (febrero de 1959) una extraordinaria técnica para diagnosticar enfermedades contagiosas.
702. — El jefe de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana (la más antigua de las sociedades) es el Sumo Pontifice de Roma, « Vicario Infalible de N. S. Jesucristo », elegido por mayoría absoluta de los cardenales.
703. — Las ciudades más importantes de Paraguay son Asunción, Villa Rica, Concepción y Encarnación.
704. — Los fuegos fatuos son unas r fagas luminosas que se ven en los campos de bxtalla, cementerios y pantanos, las cuales son producidas por exhalaciones inflamables que provienen de la putrefacción.
705. — El fiordo de S nefiord en Noruega tiene 180 kilómetros de longitud.
706. — Gringo es en Argentina todo extranjero que no habla la lengua del país.
707. — La etimología de « Uruguay » viene del guarani urugua (caracol e i (río), río de los caracoles).
708. — En 1857 se inauguró en Buenos Aires el ferrocarril del Oeste, primera va férrea que se construyó en aquel país.
709. — Las ciudades más importantes de Uruguay son Montevideo, Salto y Paysandú.
710. — Al Papa o « padre santo » corresponde crear los cardenales, que constituyen su corte (Sagrado Colegio).
711. — El Fuego de Santo Telmo, que aparece en las mástiles de las embarcaciones, y algunas veces en las veletas de las torres, en forma de ráfaga de luz azulada, es una acumulación de electricidad en aquellos puntos.
712. — Casi todos los escritos que de los estoicos nos quedan, est n compilados en la obra de Hans von Arnim: Stoicorum Veterum Fragmenta.
713. — Los fiordos son tan numerosos en Noruega que el desarrollo total de sus costas alcanza trece mil kilómetros.
714. — Rada (o ensenada, fondeadero, cala, anclaje, anclon, surgidero, etc.), es una porción de mar donde pueden guarecerse de los vientos las embarcaciones.
715. — En el año 500 A. C., los grandes filósofos Parménides y Zenón de Elea visitaron Atenas.

## POETAS DE AYER Y DE HOY

# Romance de Libertad López

El aire cae en la calleja  
más apartada del puerto,  
donde siete luces solas,  
aisladas y sin destellos,  
denuncian la oscuridad  
y le ponen siete velos.  
Entre sombras, carne impura,  
Libertad López Romero,  
apunta con su mirada  
al borde obtuso del cielo  
que se ofrece, desmayado,  
picado por los luceros.  
Libertad tiene la carne  
como el polvo del cemento  
cuando el agua de la mezcla  
sangre muerta lleva dentro.  
Sus ojos fijos, anclados  
a las miserias del puerto,  
buscan en vano deleites  
donde sólo existe el cieno.  
Se gana la vida así:  
comerciendo con su cuerpo,  
y el pan que se come sabe  
a pan para pordioseros.  
Libertad se nizo en amores  
furtivos, locos y efimeros.  
Después de matar a Amor,  
su marido verdadero,  
buscó su amante y sostén  
en germánico consuelo,  
y desde entonces se da  
sin pudor, al extranjero,  
por unos dólares verdes  
o ciertos marcos rehechos,  
por unas libras hinchadas  
o algunos francos ligeros.  
¡Libertad ya tiene a gala  
dar su carne por dinero!  
Y el crucifijo sombrío  
que en el valle de sus senos  
quiere en vano redimirla,  
¿no la condena primero?  
Pero Libertad no sabe

qué tiene su nombre dentro;  
le basta ver que, por fuera,  
es postre de bucaneros  
y que todos solicitan  
compartir su mismo lecho  
en la oscura callejuela,  
al borde torvo del cielo,  
donde la López se libra  
a quien paga mejor precio.  
Libertad tiene dos hijos  
del primer marido, el muerto.  
Cautivo vive con ella;  
Exilio, en el destierro,  
llora por la madre innoble  
que, crucifijo en el pecho,  
a cambio de unas divisas  
da sin reservas su cuerpo.  
El aire cae en la calleja  
con peso brutal de viento,  
y en una noche infinita,  
carcomida de luceros,  
mientras Cautivo se duerme  
en un jergón de silencios,  
Libertad se entrega, entera,  
al abrazo de extranjeros.  
¡Ay, Libertad Española!  
¡Ay, Manola sin Torero!  
¡Ay, flor marchita y sin luz!  
Con tu crucifijo negro,  
con tu misal de quimeras  
y tus acres sahumeros,  
no ocultarás la ramera  
que te ha prendido tan dentro.  
Tus hijos claman por ti  
de muy cerca y de muy lejos:  
mejor te quisieran muerta  
que revolcada en tu lecho  
con quien te compra el amor  
para hacerte esclava luego...  
¡Pobre viuda, manceba,  
Libertad López Romero!

ABARRATEGUI



# Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es él guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

## INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

### OBRAS EN ESPAÑOL

«Justicia», L. Reymont, 3,— NF. — «Manual del aspirante cinematográfico», 1,50. — «El Mar», Michelet, 3,50. — «La música en España», A. Salazar, 15,—. — «Muelle de las brumas», Mac Orlan, 5,—. — Manual del fabricante de bolas de sebo», 2,—. — «Manual de Lechería», 2,—. — «Adelgace con inteligencia», Hauser, 5,50. — «Cuadro hemático del cáncer», Gruner, 4,—. — «Fundamentos de la caracterología», L. Klages, 9,50. — «Cómo curé mi tuberculosis», Hevia, 1,50. — «El autoanálisis», K. Horney, 7,80. — «Vida del diabético», Cañadell, 5,60. — «Úlcera gástrica», 2,25. — «Colitis», 2,25. — «Alergia alimenticia», 2,25. — «Corazón», 2,25. — «Tuberculosis», Vander, 5,—. — «La historia tiene la palabra», Teresa León, 1,50. — «Pablo Iglesias», Isaac Pacheco, 1,50. — «Frente al mañana», S. Albornoz, 1,50. — «José Mazzini», B. King, 5,25. — «Los mejores cuentos», 3,75. — «Memorias de la duquesa de Abrantes», 1,50. — «Mercurial eclesiástica Montalvo», 2,50. — «Madres famosas», Chandler, 5,—. — «Murillo», P. Gargol, 2,50. — «Elementos de Psicología», Titchener, 3,—. — «Emen Hetan», R. J. Sender, 4,—. — «La familia Cardinal», L. Halévy, 2,10. — «Los falsos redentores», G. Piovene, 8,—. — «Desde el fondo de la tierra», L. Castro, 9,50. — «La amargura de la Patagonia», R. Darío, 7,50. — «Felicidad», K. Mansfield, 1,20. — «La gente alegre», J. Ohnet, 2,50. — «El humanisferio», J. Dejacque, 1,50. — «Historia de San Michele», Axel Munthe, 7,—. — «Historia de la literatura rusa», Walissewski, 7,50. — «El intelecto helénico», P. Gener, 4,50. — «Italia fuera de combate», I. Herráiz, 2,—. — «Ideario de Quevedo», Astrana Marín, 6,50. — «Obras escogidas de Heine», 8,50. — «Poemas de Plácido», 3,80. — «Pensamiento vivo de Nietzsche», H. Mann, 6,50. — «Imitación de Cristo», Kempis, 7,50. — «Plumero salvaje», Samblancat, 3,—. — «Puerto cholo», M. Puga, 3,50. — «Realización del hombre», Stieben, 0,75. — «Perspectivas culturales en Sudamérica», E. Relgis, 3,—. — «Del presente y del futuro», P. Gener, 3,—. — «Pensamiento vivo de Schopenhauer», T. Mann, 4,20. — «Problemas sociales de derecho penal», P. Foix, 5,50. — «Pasión de Justicia», I. Pavon, 2,60. — «Profeta del hombre», Cordero, 4,50. — «La novela de Roger de Flor», 3,60. — «Reivindicación de la libertad», Ernestan, 1,50. — «Rojo y negro», Stendhal, 3,75. — «La reina Margarita», Dumas (2 tomos), 5,—. — «Reconstrucción de Europa», P. Benoit, 3,40. — «Sorolla», Pantorba, 2,50. — «Versos de Rafael de León», 9,—. — «Don Segundo Sombra», Guiraldes, 3,—. — «Sombras del mal», D. Macardle, 3,50. — «Epistolario amoroso», 5,—. — «Titanes de la oratoria», 5,—. — «Schíliá», Turgueniev, 1,50. — «Sinfonía de los siglos», Figola, 1,50. — «Teatro de Jacinto Benavente», 3,50. — «El tema de nuestro tiempo», Gasset, 3,75. — «Tolledo», F. del Valle, 1,—.

### LIBROS EN FRANCÉS

«La bible d'un anarchiste», R. Wagner, 2,50. — «Satan et l'amour», R. Gagey, 7,50. — «Superstitions politiques», H. Dagan, 4,40. — «Hommage a Georges Eeqhoud», Hem Day, 1,80. — «Servitude volontaire», E. de la Boetie, 3,30. — «L'inevitable révolution», un Proscrit, 3,20. — «Prêtres et moines», G. Dubois, 5,—. — «Le cooperatisme», 3,—. — «Anthologie de l'objection de conscience», H. Day, 3,30. — «La flagellation et les perversions sexuelles», Lorulot, 6,50. — «L'Emancipation sexuelle de la femme», M. Pelletier, 1,ñ. — «Tino Costa», Arbo, 7,20. — «Quai aux fleurs», Salvy, 1,90. — «Science et materialisme», Letorneau, 2,—. — «Socialisme révolutionnaire», 1,80. — «Les mistères des couvents de Naples», Princesse Forno, 4,—. — «Catechisme positiviste», A. Comte, 2,—. — «Faust», Goethe, 2,50. — «La cité future», Tarbourden, 4,—. — «Gargantua et Pantagruel», Rabelais, 4,—. — «Pour assurer la paix», P. Besnard, 2,—. — «Superstitions politiques», H. Dagan, 4,40. — «Mandatelli Lassus», L. Galleani, 2,—. — «Recherches sur les forces inconcues», Barbedette, 1,—. — «Les bandits tragiques», V. Meric, 2,90. — «Dalnès de la guerre», Monolin, 2,—. — «Un drame politique», M. Dommaget, 2,40. — «Armoires frigorifiques», Degoix, 5,80. — «La ceramique», Giacomotti (2 tomes), 3,80. — «Jours d'Exil», Courderoy (3 tomes), 9,—. — «Cours d'économie politique», Gide, 6,—. — «Errico Malatesta», Fedeli, 2,20. — «L'Incubation artificielle», Paulau, 3,10. — «Traité du paysage», Floury, 1,—. — «Sociologie générale», Dupreel, 6,70. — «Zola», A. Zevaes, 2,50. — «L'Heredité Psychologique», R'bot, 2,—. — «L'Amour heureux», Dubal, 0,80. — «La physiologie morale», Hill, 1,—. — «L'Hipnotisme à distance», Jagot, 2,—. — «La grande metamorphose», Gille, 1,50. — «Les grandes Jorasses», Frenco, 2,—. — «Chauffage Central», Bourioier, 5,40. — «Bahia de tous les Saints», Amado, 3,40. — «Les camps d'internement en Grece», 4,50. — «Histoire de la Cooperation en France», Gaudmont (2 tomes), 15,—. — «La révolution inconnue», Voline, 3,50. — «La Révolution sociale», 2,50. — «Contes d'un rebelde», Delvadés, 1,—. — «L'Amour libre», C. Albert, 3,50. — «L'Etat de siège», Camus, 5,50. — «William Gorwin, philosophe de la liberté», 1,80. — «Histoire des Temps modernes» (3 tomos encuadernados), 6,75. — «Pour vaincre», B. de Ligt, 1,50. — «Vie de Franklin», Mignet, 1,50. — «Histoire de Charles V», Robertson (2 tomos encuadernados), 5,50. — «Essai sur l'imagination créatrice», Ribot, 1,50. — «La coutume ouvrière», M. Leroy (dos tomes), 5,—. — «L'Evolution des idées générales», Ribot, 1,50. — «La vie amoureuse de Casanova», 6,50. — «Serenades sans guitare», Villeboeuf, 7,50. — «Juan de Mairena», Machado, 6,90. — «Les caractères», La Bruyère, 5,60. — «Mauvaise graine», M. Azuela, 2,50. — «Anglais, Français, Espagnols», S. de Mada-riaga, 5,20. — «Le sang plus vite», V. Garcia, 3,75

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a F. Olaya. — Servicio de Librería del Movimiento. — 4, rue de Belfort - TOULOUSE (Haute-Garonne)  
GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)



# CENIT

sociología  
ciencia - literatura



**Plácido Brave** : La inhibición de las « élites ». — **Carlos M. Rama** : La obra cultural de la Revolución Cubana. — **J. Ruiz** : ideas sobre educación. — **Edwin Way Teale** : Thoreau y el tiempo. — **Jorge Uscatecu** : El tiempo de Ulises. — **Abarrategui** : Alas sin cielo. — **Celta Luz** : La mañana luminosa. — **A. Camus** : Manuales e intelectuales. — **C. Iscar** : La comida del hombre. — **Georges Vidal** : Han Ryner. El nombre y la obra. — **Gérard de Lacaze-Duthiers** : Mediocracia y aristocracia. — **Puyol** : El afilador de Trives. — **M. Celma** : La vida y los libros. — **Costa Iscar** : Sociedades animales. Sociedad humana. — **Alaiz** : Mundo al revés. — **Denis** : El maestro. — **Jean Cassou** : Picasso. — **Suno** : Microcultura. — **José Peirats** : La Sión Hispánica (folletón encuadernable)



# 124

ABRIL - 1961

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF

## Fidel Castro, en los buenos tiempos de la Sierra Maestra

He aquí una foto que evoca a Fidel Castro, en los días heroicos de la lucha contra la tiranía de Batista, cuando, con un puñado de intrépidos guerrilleros, se batía contra las fuerzas del dictador.

(El que está marcado con una X, es nuestro compañero **Ciro**).

41 P 55 23



## Una página de Jacinto Grau

La pasividad, la indiferencia y la estulticia de los que, pudiendo hacerlo, no hacen nada por el teatro, de tan amplio alcance social, que tiene también, como todo, un coeficiente económico, es un síntoma más de la profunda crisis que sacude al viejo mundo, forzosamente destinado a mejor estructura o a inevitable renovación, o a caducar en su vejez.

Todo esto no justifica, ni explica, como se cree superficialmente, que dejen de producir los nacidos con alma auténtica de creador teatral. Estos no se quedan nunca con la obra dentro. El tiempo, en cierto plano, es inexistente. Hebbel, en su famoso « Diario », nos habla del gusano de seda, que produce ésta por instinto, sin filosofía. El que no tiene, contra toda enemiga circunstancial de su época, la fuerza bastante de afirmarse a sí mismo, es que nació ya destinado al fracaso. Las mariposas de Darwin, que volaron contra el viento, constituyeron la especie que duró. No hay filosofía ni religión que pueda contra la voluntad de vivir, de ser y de crear. No hay excusa ante el renunciamiento de sí mismo. Un momento de la vida humana puede engendrar resonancias de siglos. A veces, en segundos, se producen semillas para infinitos. Los hombres que han removido el mundo y han hecho la historia, la ciencia, el arte y lo que llamamos civilización, han venido a la tierra por unos instantes de placer o de deseo cumplido, a veces del más bajo y animal.

# CENIT

**REVISTA MENSUAL  
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA**

*Redacción:*

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

*Colaboradores:*

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lambert, A. Prudhommeaux

*Precios de suscripción.* — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros: « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,

4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)



# GENIUS

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XI

Toulouse, Abril 1961

Nº 124

## La inhibición de las «élites»

por Plácido BRAVO

**N**O deja de ser un fenómeno extraordinario el hecho acuciante que domina parte de nuestra época. Por un lado asistimos al triunfo de la relatividad científica evidenciada por Einstein; por otro, el acoso de problemas morales, políticos, filosóficos, económicos, etcétera, que reclaman soluciones urgentes.

Con el triunfo del relativismo vemos desmoronarse principios caducos de añeja vigencia, apoyados en las teorías carcomidas del gran geómetra que fué Euclides. Por otro lado, los problemas enunciados más arriba, preténdese solucionar con tópicos usados, prejuicios obstinados, obtusas teorías que nos los hacen ver como dilemas herméticos. De espaldas a la ciencia renovacionista revolucionaria siempre, síguese repitiendo hasta la saciedad el sobado estribillo de «adaptarse o morir».

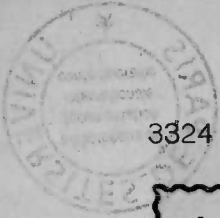
Que muchos de estos dilemas son elucubraciones ficticias, es un hecho indiscutible. Hábiles demagogos, con sabia dialéctica, se empecinan en tornar negro lo blanco y viceversa, y la multitud encandilada acaba por verlo todo gris. Deformación visual previo desequilibrio mental. Juego de prestidigitadores muy bien orquestado. Y puesto que las élites, los que conocen el truco se callan, murmuran o sonríen, se pregunta el vulgo ¿será verdad tal maravilla?

Mañana será demasiado tarde. El soporífero cerrará todas las puertas que hoy permiten revelar el infundio y demostrar la impostura. Multitudes amnésicas que todo lo olvidaron, abúllicas que no podréis movilizar, ciegas para ver, sordas para oír; que habrán perdido el gusto para paladear la verdad y el tacto para pulsar lo positivo. Vosotros mismos tendréis que escoger entre dos verdades ficticias si no tenéis temple heroico para gritar la verdad pura mañana, cuando dicho grito signifique la mudez eterna, y cuando el heroísmo sea estéril.

Pocos tendrán esta hombría. Cercados, achicharrados por un fogueo circular, renunciarán a la verdad para vivir. Los más afortunados escaparían a los cuernos del toro enfurecido con una pirueta hábil; otros se librarán dándose con fingido fervor al saqueo de las reliquias ayer por ellos veneradas; los más, bailarían al son de los que tocan, sintiéndose felices si pueden adoptar la máscara de rigor o el antifaz normativo que les permita cubrir sus propias vergüenzas.

La historia está llena de ejemplos. Citaremos:

Cuéntase que Leibnitz, el inventor del cálculo diferencial, gran filósofo, historiador y no sé cuántas cosas más entre las que le honran, vióse en cierta ocasión muy apurado por la ignorancia circundante. En efecto. Para atravesar el Adriático tuvo que embarcarse a bordo de un pequeño velero. Levantóse una gran borrasca durante la travesía. Los pasajeros empezaron a agitarse más que el mismo mar. Miedo en los rostros de los marinos, en tanto que él, Leibnitz, conservaba su serenidad estoica. Lo que extrañó a todos. En esto oyó al piloto dirigirse en italiano a la tripulación y demás pasajeros, en tales términos: «Este hombre impasible, taciturno y vestido de negro es seguramente un herético; los elementos se han desencadenado bajo su influencia, y lo más lógico sería echarlo por la borda, con el fin de conjurar el maleficio y así salir indemnes de tan comprometida situación.»



La Habana

# La obra cultural de ...

Escribe Carlos M. RAMA. — Especial para CENIT

**H**ACE un mes que Cuba festeja el Carnaval tarareando la canción de moda: «Yo no bailo con Juana»; pero hace también cuatro domingos que «el Caballo» corta caña en las cooperativas; los milicianos terminan de limpiar de los últimos contrarrevolucionarios la sierra de Escambray y el país entero participa de las tareas que impone para 1961 el Año de la Educación.

Infatigable en la guerra, como en la paz («un verdadero caballo», dicen con admiración los cubanos) el Dr. Fidel Castro prometió a la Asamblea General de las Naciones Unidas que Cuba terminaría definitivamente con el analfabetismo en solamente un año.

De acuerdo a ese proyecto la isla antillana se colocaría a la cabeza de los pueblos latinos y al nivel de Escandinavia e Inglaterra, etc., en materia de educación popular. La empresa adquiere su verdadera dimensión cuando se reflexiona que de acuerdo al censo de 1953 Cuba tenía oficialmente un 30 por 100 de analfabetos en su población total, habiendo provincias donde alcanzaba al 50 por 100, y regiones como las serranas donde era del 100 por 100. Además tenía un sistema escolar corrompido, pues miles de maestros no ejercían sus

cargos, había una excesiva burocracia, las escuelas estaban irregularmente situadas, al punto que las estadísticas mostraban que el porcentaje de analfabetos en vez de decrecer crecía a partir de 1910.

En los primeros meses de 1959 el nuevo orden revolucionario cubano procedió a sanear el sistema escolar, y aumentó en varios miles el número de aulas efectivas disponibles, especialmente en las zonas agrícolas, pero ahora se trata de algo distinto.

El plan puesto en práctica en 1961 consiste en recurrir a los alfabetizadores voluntarios, reclutados en el magisterio, pero más esencialmente entre los estudiantes, las profesiones liberales, los funcionarios, etc. Se trata de enseñar las primeras letras a un millón ochocientos mil individuos aproximadamente, en su mayoría campesinos. El gobierno ha comprado una fábrica de lápices en Europa, se dispone de una gran imprenta para libros, propaganda, etc., y en la empresa participa toda la red de sindicatos, cooperativas, centros culturales y sociales, clubs comunales, y, naturalmente, escuelas, liceos, universidades, etc. Es una empresa que honra a la América Latina y que somete a una difícil experiencia a la revolución cubana.

Leibnitz, que comprendía el italiano, así como varias lenguas, sin parecer haber comprendido la arenga airada del piloto, comprendió el peligro que corría si seguía distinguiéndose tan insolentemente. Así que, con fingido fervor, sacando de su faltriquera un viejo rosario, empezó a desgranarlo como un consumado devoto, pese a que rezara litúrgicamente cálculos a guisa de rezos.

Baltasar Gracián, el jesuita más irreverente, agudo filósofo e irónico mordaz de la Península, quien se hizo famoso con sus máximas y su cautela, se hizo suya ésta: «Hay que servirse de los medios humanos como si los divinos no existieran...», pero después, como si temiera la blasfemia, añade: «... y de los divinos ignorando los humanos igualmente».

Esta duplicidad o confusa agudeza suya, tratando de bienquistarse con el hombre sin irritar a Dios, podemos darla por buena pensando en la potencia inquisitiva de aquellos tiempos. Pero ello no fué bastante para librarse del brazo secular amenazante. Menos afortunado que Pascal y los discípulos de Port-Royal, la mudez prematura y su muerte, se la debió a sus jerarcas, verdaderos generales en potencia de su tiempo.

En fin, las amenazas veladas y abiertas que llovieran sobre los activos pacifistas en el curso de la guerra europea son elocuentes.

Romain Rolland debe expatriarse a Suiza para seguir una campaña minimizada.

Kropotkin firma un manifiesto en contradicción con toda su vida de militante y sus propias teorías.

Anatole France se retira y se encierra en su torre de la Touraine. Suyas son estas palabras escépticas: «La estupidez es grande. En tiempos ordinarios tiene cien cabezas. Pero en tiempos de guerra tiene mil, y todas muerden».

Sobre todos estos hombres pesaba la muerte trágica de Jaurès.

Y lo más grave del caso es que todos ellos pagaban, como excepciones, la inhibición de las élites, a veces de las élites de otras generaciones. Gran verdad es que las herencias son levaduras para amasar el presente las que, a todos los precursorer, ajustan las cuentas.

La experiencia educacional en los países platenes hace pensar que sería necesaria la duplicación absoluta de las cifras presupuestales que corresponden al rubro de enseñanza para cumplir empresas similares. Lo cierto es que el observador se pregunta si en circunstancias normales es posible hacerle ese lugar, reservar tales porcentajes a la enseñanza, que naturalmente deberían quitarse a los presupuestos militares, policiales, etcétera.

Cuba lleva adelante su proyecto apoyada en una mística revolucionaria, en razón del clima fervoroso de entusiasmo popular en que está viviendo, y alentada por una propaganda gigantesca.

Fidel Castro ha promovido la iniciativa, pero esta marcha adelante y se espera que triunfe porque por primera vez cientos de miles de analfabetos han comprendido la necesidad de alfabetizarse, sienten la urgencia de participar en las empresas colectivas que propone el gobierno.



Otro proyecto en marcha de la nueva Cuba es la Ciudad Escolar Camilio Cienfuegos, primera de una serie de diez ciudades que se propone erigir en la isla. Esta primera tendrá como objetivo albergar en sistema de internado a 20.000 niños de la zona de Sierra Maestra, junto con 5.000 maestros y técnicos. Se trata de educar una élite de superdotados campesinos, los mejores alumnos de las escuelas ordinarias de la Sierra, entre los 10 y los 18 años. Recibirán enseñanza media y técnica, y atenderán al sustentamiento de la misma colonia produciendo los alimentos, y otros artículos necesarios. La ciudad C. Cienfuegos se empezó hace seis meses, y está construida la primera unidad, que alberga 500 niños, por ahora, reclutados entre los analfabetos mayores de 10 años como una contribución a la campaña pro-alfabetización total.

Pero la obra cultural de la revolución cubana se manifiesta no solamente en el plano de las primeras letras, o de la superación del campesinado, sino que apunta a promover una auténtica cultu-

ra de masas en una escuela absolutamente inusual no solamente en América Latina, sino en el mundo contemporáneo.

Por ejemplo, se están preparando tres mil instructores artísticos (de teatro, de música y de danza) para formar en las cooperativas campesinas conjuntos de aficionados que organicen espectáculos culturales para las aldeas.

Hay una verdadera fiebre de lectura. La Imprenta Nacional ha publicado en un año la suma de tresmillones de volúmenes a precios ínfimos. Por la décima parte del salario diario de un campesino se puede comprar «Don Quijote de la Mancha» o los discursos de Fidel Castro. De los libros de Selser sobre Sandino se han editado ciento cincuenta mil ejemplares. Durante el año 1961 la Imprenta Nacional se propone publicar doscientos títulos, en su mayoría novelas realistas al gusto popular (Hugo, Zola, Maupassant, los rusos, pero también latinoamericanos como Quiroga, Amorin, etcétera).

Hay más. Se ha anunciado la edición de la llamada Enciclopedia Popular, seguramente la empresa más ambiciosa de educación de masas por el libro que se conozca. Se trata de una biblioteca de cien títulos que tratan desde el origen de la Tierra, la Historia universal, la técnica moderna, las ideas contemporáneas, temas cubanos hasta el conocimiento de América Latina. Estos libros los escribirán autores como J. P. Sartre, P. Bettelheim, Silva Herzog, destacados autores chinos, rusos, norteamericanos, latinoamericanos, etcétera, de manera de hacerlos accesibles a los siete millones de cubanos, incluso a los recién alfabetizados. Cada ejemplar se editará en la suma de medio millón de ejemplares. Repetimos, el tiraje por título es de 500.000 ejemplares, lo que hace que la Enciclopedia Popular tendrá al cabo de los tres años en que tardará en publicarse, un total de cincuenta millones de libros. Esto debe ser equivalente al total de libros publicados en español durante cincuenta años.

Para hacer todo esto Cuba pone en juego sus valores del entusiasmo, la espontaneidad, la iniciativa individual y toma ejemplo en el atleta de la energía que tiene por líder, que después de trabajar 14 o 15 horas diarias durante la semana, descansa los domingos cortando la caña de azúcar junto a los guajiros. Le faltan en cambio cuadros técnicos, expertos científicos, artistas, maestros, profesores, escritores. América Latina debería proporcionarlos, y si no lo hace, mañana no tendrá derecho a recriminar a los cubanos por aceptar otras colaboraciones.

CARLOS M. RAMA

(Próximo artículo: «Nacionalización de la Cultura»)

# ... la Revolución Cubana





# Ideas sobre educación

CALVINO

Posteriormente se formaría otro movimiento cultural en Génova que extendería sus raíces a Francia, Holanda, Inglaterra, etc. La cabeza principal de este movimiento era J. Calvino (1509-1569), tan obstinado como Lutero aunque con más autoridad tanto en las letras como en los asuntos de Estado. Calvino fué a París a la edad de catorce años a estudiar arte y bajo la dirección de M. Cordier hizo estudios avanzados en humanidades; posteriormente fué a estudiar leyes a Orléans. Todos sus pasos iban encaminados hacia el sacerdocio, pero los acontecimientos le precipitaron hacia el protestantismo y radicalmente cambió los estudios clásicos por los de la Biblia. En 1536 sale perseguido de Francia y se va a Génova donde ayuda al establecimiento de la nueva corriente que ya se hallaba triunfante en la ciudad.

Calvino ve en este movimiento la posibilidad de que el Estado pueda ser manejado por unos principios religiosos, donde la Iglesia podía tener control en todo aquello que estuviese relacionado con la religión y la moral, para lo cual considera a la educación de primordial importancia para inculcar la religión en el individuo y en la vida social. «Los niños, no sólo han de dedicarse a cantar salmos una hora al día en la escuela a fin de que puedan guiar a la congregación en las oraciones públicas, sino que se les debe enseñar una parte breve y sencilla de la fe cristiana en casa, sobre la cual serán catequizados más tarde los ministros.» Tolera Calvino la educación secular, aunque siempre con la mira puesta en el bien de la Iglesia. «Aunque colocamos en primer término el Verbo de Dios, no despreciamos la buena educación. El Verbo de Dios es en realidad la base de todo saber, pero las artes liberales ayudan a conocer el Verbo y no a despreciarlo. La educación es necesaria para el sostenimiento seguro de la Iglesia y el mantenimiento del humanismo entre los hombres.» Las doctrinas calvinianas sobre educación las propagarían los huguenotes en Francia, la Iglesia Reformada en Holanda, en Inglaterra, los puritanos, en Escocia los presbiterianos.

IGNACIO DE LOYOLA

**A** contrarrestar esta obra de los protestantes y hasta donde fuera posible pararla y hacerla retroceder, vino la Compañía de Jesús, formada en París en 1534 por el vasco español Ignacio de Loyola. Su objeto principal, decían, eran las peregrinaciones a los lugares santos y misiones a todos los confines del mundo, y en la lucha contra el protestantismo actuaron como guerrilleros de la Iglesia católica infiltrándose en los países en que aquél ya había triunfado, plantando escollos en el camino de conquista ha-

por J. RUIZ

cia otros y sentando bases firmes en donde aún no había conseguido llegar. Sus servicios a la batalla perdida que libraba el catolicismo contra los protestantes los valoró el papa en lo que valían y en 1540 Roma reconocía oficialmente a la Compañía. A Ignacio lo nombraron general y fué reconocido como tal por todos sus compañeros. Esta nueva fuerza de choque de la Iglesia se regía (y se rige) por una disciplina militar de la más estricta rigidez. Divididos en clases: novicios, escolásticos, coadjutores, etc., los jesuitas eran un conglomerado de hombres escogidos y bien pasados por el tamiz de los estrictos reglamentos de la asociación. La constitución daba al general poder absoluto sobre las vidas, conciencias y actividades de todos los miembros. Además, por medio del confesonario, imponía una vigilancia severa sobre todos, evitando de esta forma rebeliones inesperadas contra los reglamentos u órdenes emanadas. La sociedad es en suma autocrática y absoluta, y el general de la misma, dictador todopoderoso.

Las armas empleadas en esta lucha por los jesuitas, cuyos objetivos eran tanto para un bando como para el otro la catequización de los creyentes que se hallaban nadando en la confusión y caos que habían creado los vicios y corrupción de las organizaciones religiosas, eran más o menos las de los protestantes, si hacemos excepción de las doctrinas, claro está. Es decir, ambos consideraban que para ganar las conciencias era necesario ganar la batalla de la educación, los protestantes haciéndola extensiva hasta cierto punto a todas las capas de la sociedad; los jesuitas haciendo de cada uno de los miembros un almacén de conocimientos y doctrinas para que pudieran imponerse o mejor dicho imponer éstas últimas sobre todo.

La Compañía hizo rápidos progresos en Italia y Portugal; en España éstos fueron más lentos por la oposición que encontraron en los dominicos, no obstante en todos estos países crearon escuelas y colegios, así como en Francia, Austria, etc. Sus escuelas estaban bien organizadas y mejor dotadas y sus maestros eran debidamente seleccionados y educados según los métodos y disciplina jesuítica. Todo les era impuesto, no sólo las disciplinas y métodos, sino hasta la forma de interpretarlos. Así, ni tenían libertad ni les eran permitidas innovaciones ni experimentos. Se les imponía un objetivo, y éste había que alcanzarlo por los medios que fueran. Las escuelas jesuíticas eran escuelas de segunda enseñanza e instituciones superiores, aunque Loyola había dedi-

cado algo más de sus esfuerzos a la reforma social. En Roma creó un orfanato para niños y niñas en el que se atendía a doscientos chicos. La educación que éstos recibían allí consistía en trabajos manuales y otros trabajos de vocación; pero esta labor no duró mucho y salvo algunas acciones de caridad, Loyola volcó todos sus esfuerzos a la educación clásica y teológica de los jóvenes. Las escuelas para niñas no tuvieron lugar alguno en los planes docentes jesuitas. Los colegios se hallaban divididos en grados inferior y superior. El grado inferior tenía un curso de seis años dedicado a la gramática latina, literatura y retórica, y el superior cuatro años de literatura, retórica y lógica. El alumno, al salir de estos dos cursos, pasaba dos años en actividades religiosas, después era consagrado durante unos cuantos años como cadete o practicando la enseñanza bajo vigilancia. Todos los estudios y prácticas de la sociedad no se terminaban hasta después de haber alcanzado los treinta años o más, entonces se era miembro efectivo y al mismo tiempo profesor. En los colegios superiores en un curso que duraba seis años se enseñaban matemáticas, lógica, filosofía y teología, incluyendo griego y latín, aunque el esfuerzo principal iba hacia éste último. El latín era la lengua usada fuera y dentro de la escuela, aunque se toleraba también la len-

gua vernácula para la enseñanza de los principiantes. Se daba gran importancia a la capacidad polémica, al desarrollo de un carácter fuerte, a un conocimiento profundo de la filosofía y de la teología y a la devoción incondicional a la Compañía y a la Iglesia. Otras de las características de la enseñanza jesuita, si no original, al menos practicada por la sociedad, era la de la repetición de las lecciones. Así, se ordenaba que «al final de cada lección, algunos estudiantes, en número de diez más o menos, repetirán lo que han oído durante media hora, y de ser posible poner de encargado a uno de ellos por cada grupo de diez.» La disciplina en las escuelas, siendo una disciplina firme, no era dura comparada con el standard de crueldad de las escuelas del siglo dieciséis, pero por el régimen de éstas ya era bastante. La conducta de los alumnos en clase, en los juegos y en los momentos libres, y con ésta la de los maestros mismos, era estrictamente vigilada por el rector de cada colegio, jefe de estudios y jefe de disciplina. Los castigos los suplían la amenaza constante de una red de espionaje magníficamente montada que todo lo veía y de todo daba cuentas. Sin miedo a equivocarnos podemos decir que las escuelas jesuitas eran las mejores para los fines que fueron creadas.



## DE VICTOR HUGO

«Todos, mientras vivamos, tenemos deberes de varias clases. Debemos en el interés de todos los hombres, luchar; debemos combatir a los fuertes y los poderosos, los fuertes cuando abusan de su fuerza y los poderosos cuando emplean su potencia para servir al mal; debemos coger por el cuello al déspota, sea el que sea, desde el carretero que maltrata a su caballo hasta el rey que oprime a su pueblo. Resistir y luchar son dos necesidades insoslayables.

# Thoreau y el tiempo

«Pídemme algunos dólares, pero no me pidas mis tardes».

H. THOREAU

**P**ARA muchos de nosotros que hemos encontrado en los escritos de Henry Thoreau algo de especial y duradera importancia, existe algún día, alguna hora que podemos recordar como ligada a nuestra mente con el memorable primer encuentro, con el aspecto y el espíritu del autor de *Walden*. En cuanto a mi puedo recordarlo muy bien.

Fué el año después que me gradué en el colegio —en donde Emerson gozó de un semestre entero en un curso y Henry Thoreau raramente era mencionado. Aquel mes de junio me embarqué con un compañero de clase en un bote a remos, para remar cuatrocientas millas río abajo por el Ohio, desde Louisville, Kentucky, hasta el Mississippi. Al término del segundo día pensó mi amigo en algo urgente que lo condujo hacia otra parte, mientras yo continué remando solo las trescientas millas que faltaban.

En alguna parte del camino desembarqué en un pequeño pueblo ribereño cuyo nombre no puedo recordar. En su calle principal encontré una pequeña librería de viejo. Allí en una polvorienta mesa repleta de libros usados, encontré un pequeño libro de bolsillo con pensamientos de Henry David Thoreau. Remando río abajo en los días que siguieron, solía poner el bote en medio de la corriente, dejándolo a su merced por una media hora, leyendo mientras me deslizaba —un proceso de educación que rivaliza en atractivo con aquellas legendarias caminatas de los filósofos y sus discípulos entre las alamedas atenienses.

Fué entonces cuando leí un párrafo de los escritos de Thoreau que estuvo siempre presente en mi mente en los años que siguieron. Porque a cada uno de nosotros, sin duda, alguna faceta diferente del multiforme carácter de Thoreau nos impresionó primero. Para mí fueron estas frases de una carta dirigida a su amigo de Worcester, Harrison Blake:

«Acabo de poner otro leño en mi estufa... Me parece que esta noche ya he quemado un árbol de buen tamaño y ¿para qué? Fui a buscarlo con Mr. Tarbell el otro día; pero no fué ésa la búsqueda final. Creo que perdimos el tiempo. Al fin, uno podría decir: «Vamos a ver ¿cuánta leña quemó usted, señor?» Y me estremecería al pensar que la pregunta siguiente sería: ¿qué hacía usted mientras se calentaba?»

Estas palabras fueron escritas cuatro meses y diez días después de la publicación de *Walden* —y seis días antes de navidad—, el 19 de diciembre de 1854. Expresan su continua preocupación por

el tiempo y por el uso del tiempo, siempre presentes en los escritos de Thoreau.

Algunas de sus más hermosas frases se refieren al tiempo. «El tiempo no es sino la corriente donde voy a pescar. Bebo en ella; pero mientras bebo veo el lecho arenoso y me doy cuenta cuán poco profundo es. Su fina corriente se pierde a lo lejos, pero la eternidad permanece. Quisiera beber más profundo; pescar en el cielo cuya profundidad está empedrada de estrellas».

Los que han leído por completo el quinto volumen de su *Diario*, recordarán la divertida entrada que hizo el 28 de marzo de 1853. «Mi tía María me pidió que leyera la vida de Chalmers, lo que no prometí de todos modos hacer. Ayer, domingo, se le oyó decir en la partición gritando a mi tía Juana, que es sorda: «¡Figúrese! se pasó media hora escuchando el croar de las ranas y no ha querido leer la vida de Chalmers».

En muy pocas cosas difería Henry Thoreau de la mayoría de sus vecinos como en sus ideas sobre el empleo del tiempo. Para ellos parecía errante, sin aplicarse a nada, perdiendo el tiempo. Para él eran ellos quienes malgastaban su tiempo, esparciendo por todas partes sus vidas en detalle, muriendo sin haber nunca vivido.

«Es tiempo ya», escribió en su *Diario* varios años antes que pidiera prestada un hacha para cortar las maderas con que haría su cabaña de *Walden*, «que empiece a vivir». En *Walden*, como ha sido señalado innumerables veces, sus gastos sólo eran veintisiete centavos por semana. También, más tarde, pensando en su experimento al lado de la laguna, anotó: «Mi intención no fué vivir más económicamente, sino vivir como pudiera, sin dedicar mucho tiempo en ganarme la vida».

Hace un año, en junio, volví al colegio donde ocurrió aquel acontecimiento del bote a remos, para recibir un cargo honorario. El discurso inicial fué dado por un líder del industrialismo americano. El tema era: Prepondera la educación en los negocios. ¿Por qué? Pues porque **un hombre educado, ha sido educado para tener más necesidades que un hombre que no lo ha sido.**

Estoy seguro que si Henry Thoreau hubiera estado presente en esa ocasión, dicha idea hubiera sido un tema para pensar en sus solitarias caminatas por Concord como inspector de tormentas de nieve o yendo a una entrevista con una haya. Para nosotros hoy también debería ser un tema de pensamiento. «Si mis necesidades debieran ser aumentadas», anotaba en el segundo volumen de su *Diario*, «el trabajo requerido para lograrlas se hubiera vuelto una estafa». Y de nuevo: «Malo es ya tener un veedor sureño; peor es tener uno noroesteño; pero lo más malo de todo es cuando usted mismo es el esclavista». Por cierto que hay algún



mejor investimento de tiempo, que el emplearlo en soportar la infinita multiplicación de muestras estimuladas necesidades artificiales.

Aprendemos pronto, si es que lo aprendemos, que si hacemos esto no podemos hacer aquello. El eterno problema es cómo emplear nuestro tiempo. La vieja expresión «gastar el tiempo» (spending time) es válida. Gastamos horas como centavos y lo que escogemos para comprar es fundamentalmente lo que nos concierne. Puede ser gastado el tiempo pero no puede ser perdido. No puede ser despilfarrado, comprimido o tenido por perdido. Los adelantos tecnológicos, ahorrándonos tiempo en algunos aspectos, en otros aumentan considerablemente nuestro tiempo. Podemos querer hacer otras cosas mientras escuchamos la radio, pero ya es imposible si escuchamos la televisión. En el reinado del tiempo, lo mismo que en el reinado de las finanzas existe un problema de inflación. También las cosas parecen valer más en tiempo.

Mientras hacia este lugar venía el último julio, me encontraba en la mitad de un viaje por la Unión que abarcaba unos treinta Estados. Por todas partes que pasé, encontré al mundo enredando más las madejas de las grandes complicaciones. Precisamente el día que aquí llegaba encontré en la supercarretera un letrero que decía: «Antes de volverse a la izquierda, vuélvase dos veces a la derecha». Ustedes y yo queremos gozar en la laguna de Walden y ¿qué ocurre? Que nos encontramos combatiendo para preservar una laguna en que gozar. Si el mundo está demasiado con nosotros, consideremos ahora el hecho que la población de los Estados Unidos aumentará de diez mil seres al fin de nuestra reunión, pues crece en un término medio de diez mil por hora.

Thoreau tenía sus distracciones. Pero ante sus ventanas no veía máquinas de cortar el césped, encima de su techo no había aviones de reacción, no existían ruidosos teléfonos, ni radios con rock-and-roll, ni tiroteos de vaqueros del lejano oeste en la televisión. En los años que le sucedieron, se ha dividido el mundo en miles de medios de distracción, para arrebatarnos nuestro tiempo.

«Matar el tiempo ya no es más una necesaria meta, pues para nosotros está muerto. «Si usted quiere pídamle algunos dólares» escribía Thoreau, «pero no me pida mis tardes». Quién no se ha sentido a veces como un hombre rodeado por una biblioteca conteniendo miles de volúmenes, pero con tiempo para leer unos pocos? Debiendo añadir, que a veces, nos sentimos como si toda la biblioteca se estuviera quemando y sólo tuviéramos tiempo de rescatar un solo volumen.

Dice Thoreau que fué a Walden porque tenía miedo que al morir descubriera que nunca había vivido. Pero, ¿qué es vivir? ¿Cuál es el mejor empleo de nuestro tiempo, el modo mejor de pasar nuestras horas? En cada uno debe estar su propia respuesta. Al caminar hace unos años por la Quinta Avenida con el presidente de una empresa publicitaria neoyorkina, me dijo éste: «Al fin he podido descubrir para qué estamos en el mundo». Y al contestarle que estaría muy interesado en conocerlo también, me explicó con toda seriedad: «Sólo

para una cosa estamos en el mundo, conseguir lo mejor de los otros, antes que los demás consigan lo mejor nuestro. Y solamente tenemos una oportunidad y una vida para hacerlos.

Seguro estoy que ésta no hubiera sido la contestación del autor de Walden. Pero ¿cuál hubiera sido? ¿Cuáles eran sus ideas concerniendo al empleo del tiempo? La cuestión del momento siempre es: «¿Por qué comerciamos ahora nuestras vidas?» ¿Qué consideraba de primordial importancia en el empleo de nuestro tiempo? Una cosa, extraída de sus palabras y actos, era que pasaba muchas de sus horas alejado de las distracciones de la sociedad, entre las realidades básicas de la naturaleza. «Me parece», escribió, «que no puedo preservar mi salud y mi pensamiento al menos que cada día pase cuatro horas —y comúnmente es más tiempo—, caminando a través de bosques, colinas y praderas, absolutamente libre de todo compromiso mundano». Pero en esos paseos Henry Thoreau hizo mucho más que pasear. Durante aquellas horas campo afuera los grandes acontecimientos eran sus pensamientos, las épocas, como el decía, de su vida. Ponia sus trampas para atrapar hechos e ideas. Y cuidaba y almacenaba con cuidado sus adquisiciones. Pero por encima de todo, me parece a mí, que la clave del concepto de Thoreau en el más sabio empleo del tiempo, está contenida en su penetrante observación, de que los inventos y esfuerzos del hombre, están principalmente orientados a encontrar medios mejores para peores fines.

Aun recorremos el mundo para contar los gatos de Zanzibar, sólo que viajamos más rápido. En los días de Thoreau, la carrera de los hombres se orientaba hacia los campos auríferos del oeste. «La mayor empresa de esta nación» comentaba, «no es hacia arriba sino hacia el poniente». Hoy, con cohetes y satélites, y planes para llegar a Marte y a la Luna, nuestro progreso es hacia arriba, al menos en un sentido físico. Sin embargo, nos sentimos peor que nunca, más inseguros, puesto que mejores medios para desmejorados fines han sido tan evidentemente avanzados.

El desarrollo de un cohete mejor para alcanzar la Luna o Marte es una gran empresa. Cautiva la imaginación. Pero el desarrollo de mejores hombres para ir a Marte la cautivaría más. Sería un noble fin. Bueno es recordar, que en el hermoso cuento, era el ogro quien calzaba las botas de siete leguas. Ir más lejos y más rápido sin mejorar los fines para ir hacia allá, es meramente otra demostración de medios mejores para fines peores. Si hemos de volar hacia otro planeta con nuestros lanzallamas, gases venenosos y bombas nuestro tiempo empleada en mejorar los fines —no meramente los medios— es, en el sentido thoreauiano, el más sabiamente empleado.

Específicamente cómo vivimos día a día, qué empresas emprendemos, cómo gastamos los centavos del tiempo, son cosas que debemos decidir por nosotros mismos. Pero siempre nos enfrentamos al mismo problema que Thoreau se enfrentó al confrontarse con el reinado del tiempo. Podemos hoy calentarnos con combustible líquido en vez de hacerlo con leña. Quizás no tengamos que

# EL TIEMPO DE ULISES

**C**ADA época posee su símbolo mítico. El encarna inquietudes y anhelos, evasiones anímicas, angustias y esperanzas del hombre; en él encuentran reflejado su destino miles de seres en su atormentada peregrinación terrenal. Fausto, Prometeo, Hamlet, plantean en cuanto símbolos, una vez más el problema de la autonomía de la creación artística y se convierten en personajes arquetipos, los únicos que puedan contemplar en un fantástico espejo su propia imagen y en cuyos perfiles los hombres reales que sufren, padecen y gozan humanamente de las alegrías de la vida puedan contemplar a su vez su existencia entendida como anhelo y voluntad de trascenderse.

Durante mucho tiempo, el destino del hombre occidental se ha visto encarnado en el mito de Fausto. También a los mitos de Prometeo y Hamlet se les ha atribuido esta virtud representativa. El «hombre fáustico», la cultura fáustica, el destino prometeico o el simbolismo del Dulce Príncipe, como destino peculiar de nuestra angustia existencial, han sido y en parte siguen siendo fórmulas definidoras permanentemente de moda.

Pero nuestro tiempo no encuentra ya sus perfiles ni en Fausto, ni en Hamlet, ni en Prometeo. Nuestro tiempo es el tiempo de Ulises, tiempo de exilio, de búsqueda incesante de un hogar perdido, tiempo de profundos anhelos humanos, de soledad. Tiempo de hombres sin patria, que sin cesar buscan sobre los horizontes de los

poner otro leño a nuestro fuego. Nos basta con atómicas, para quemar, sofocar y desintegrar con el fin de avasallar a los posibles habitantes que encontrásemos, emplearíamos medios fantásticamente avanzados para lograr medios no muy diferentes a los de Atila el Huno. La porción de hacer subir un poco el termostato. Pero a pesar de eso, aun hoy en un mundo tan cambiado, nuestra responsabilidad es la misma en cuanto al empleo de nuestro tiempo. La misma voz nos habla, preguntando idéntica pregunta: «¿qué hacía usted mientras se calentaba?»

EDWIN WAY TEALE

Trad. V. Muñoz

NOTA. — Lo que acaba de leerse es la traducción de una conferencia leída (en inglés *lecture*) ante un auditorio de simpatizantes de las ideas de Thhoreau, en su villorrio natal de Concord, EE. UU.

El autor, es uno de los más sobresalientes naturalistas americanos de lengua inglesa, autor de hermosos libros como: «Los bosques perdidos», «Rumbo al norte con la primavera», «Insectos amigos», «A través de América en otoño», «El círculo de las estaciones», «El chico de las dunas», «Aventuras en la naturaleza», etc., siendo además editor de una de las mejores ediciones de WALDEN, ilustrada con más de un centenar de fotografías y prefaciada por el mismo.

El tema desarrollado es de suma importancia, visto que los hombres malgastan miserablemente el tiempo vital que les es disponible y, en realidad, mueren sin haber vistumbrado la belleza de la vida. V. M.

mares míticos las orillas de una isla amada, que es la patria. Su paisaje no el de la «Walpurgisnacht» tenebrosa, ni el del Cáucaso lleno de desafiantes ecos de dolor, ni del castillo que gesta, rodeado de brumas, pensamientos de venganza y angustiosas dudas. Nuestro paisaje ideal es Itaca, otra vez Itaca, isla soleada y familiar, donde nos espera siempre una esposa, un hijo, unos muros, un perro, unos amigos fieles. Es largo y misterioso el camino del retorno a la isla feliz, con sus playas y sus cipreses y sus colinas doradas. Antes había que enfrentarse con los Ciclopes y vencerlos con la astucia. Los Ciclopes son el poder y sólo con la astucia el nuevo Ulises puede salvarse de la fuerza brutal y despiadada del poder. Habrá que vencer igualmente todas las tentaciones que el mítico mar ofrece eternamente al eterno Ulises: la voz de las Sirenas, Calipso, Nausicaa.

«¿Qué me dice de Fausto? ¿Y Hamlet?», preguntaba Frank Budgen, el pintor, amigo del autor de «Ulises», según el libro que ahora vuelve a publicarse con el título de «James Joyce and the making of Ulisses». «Fausto — decía Joyce —, lejos de ser un hombre completo, no es en definitiva un hombre como los hombres. ¿Es acaso un hombre viejo o un hombre joven? ¿Dónde están su casa y su familia? No lo sabemos. Y no puede ser completo porque nunca está solo. Melistófeles le ronda siempre en torno. Nosotros nos percatamos sólo de una parte de él, continúa Joyce. Fausto no está solo. Su destino creador estriba en un pacto demoníaco, que implica no volver a encontrar nunca la soledad. El precio de la juventud y el amor es la renuncia a la soledad. En cuanto a Hamlet, tampoco podría ser nuestro símbolo, el mito típico de nuestro tiempo. No es un hombre, sus límites humanos no abarcan la plenitud. Hamlet no es un ser humano; es solamente un hijo, lleno de amor y de dudas, de fidelidad y de venganza, de amistad y de odio, pero todo dominado por el sentimiento de hijo; hijo de su padre asesinado y de su madre adúltera. Ulises, en cambio, es un hombre completo. El hombre no sólo creado por la literatura, sino un hombre que simboliza el destino de nuestro tiempo, en el cual los hombres se sienten una vez más ligados a su hogar perdido, tienen una familia, amigos, afectos profundos, a la vez que una fecunda necesidad de estar solos en compañía consigo mismo.

Ulises, decía Joyce, es un hombre completo. Es «hijo de Laertes, pero al mismo tiempo es padre de Telémaco, esposo de Penélope, amante de Calipso, y compañero de armas de los soldados griegos en torno a Troya y rey de Itaca». Su historia no empieza ni termina con las gestas guerreras. Sino después de la victoria suya y de los suyos. Cuando los demás vuelven a la vida y a la paz de los hogares, empieza la verdadera aventura de Ulises. La del exilio, del navegar sin rumbo por los mares míticos, de las dificultades sin número diseminadas por una caprichosa y dura mano vengadora en el camino del retorno a la patria.

Nuestro tiempo es el tiempo de Ulises. Su figura nos es familiar. En su compañía nos encontramos a gusto, porque su destino es nuestro destino, su astucia, su fuerza, su melancolía, nos gustan y nos ayudan a encontrarnos a nosotros mismos.

JORGE USCATESCU

*¡Muestra ahora tus virtudes de cabrón, reúne ahora a tus compadres falangistas y pregona a los cuatro vientos que vengo de casta de hechiceros y prostitutas!*

# ALAS SIN CIELO por Abarrategui

## (Fragmento del tercer capítulo)

BERNARDO. — ¡Bien sabes que no te dejaré nunca! ¡Yo no puedo negarte!

ELVIRA. — (Con habitual exaltación). ¡Cuando fusilaron a Benito comenzaron a decirse también otras cosas! Todavía no habían venido a por tí. Ibamos a casarnos tú y yo. Te echaron el guante al día siguiente de nuestra boda. Pero ya aquella noche yo había comprendido que si te faltaba calor para mi necesidad de amarte, te faltaría siempre calor para todo; para mujeres como para ideales. Se burlaron de tí tres veces y tú cediste hasta postrarte a los pies de sus cristos muertos y levantar al sol de sus pretensiones el brazo que debió mantenerse protegiendo valerosamente la hombría... ¡Mientras tanto, corrían rumores de que Benito había desaparecido, de que estaba muerto, de que alguien lo había visto en Gibraltar con uniforme de las fuerzas voluntarias aliadas! ¡No me hubiera extrañado nunca eso en mi Benito quien tanto amaba su libertad y la libertad de los suyos! Pero también se decía, con intenciones lacerantes, que Benito había quedado, con una mueca violenta y vigorosa, a dos pasos del agujero de tierra común que él mismo se había preparado para su muerte. Pero yo creí, he creído y sigo creyendo lo que conviene a mi esperanzada ilusión, y entre dar su recuerdo como vida consumada o prometedora posibilidad de ver realizados mis ensueños, he preferido lo segundo, Bernardo. He preferido lo segundo porque el torrente de amor que adivinas en mí, aquí lo tengo aún, delirante y exquisito, para ofrecérselo a un hombre. ¡Y el hombre no está en un solo hombre sino en el instante en que algunos hombres han sabido vivir como tales! ¡No sé si tú me comprendes! ¡Esos hombres de que te hablo, entre los que debía estar Benito, son mi ideal, porque el ideal de ellos es el de afirmarse a la hombría con tesón incorruptible. ¿En qué ideal pienso? ¡No importa qué ideal! ¡Cualquiera! El ideal no se manifiesta con colores, ni con ropas, ni con hojas de condecoraciones. El ideal verdadero es el que se estampa en la vida con la garantía de la vida: la muerte si es preciso, cuando son sometidos a la prueba del soborno con la amenaza de esa muerte. La calidad del ideal no estriba en un arte convencional de palabras, sino en una actitud de corazón que se afirma en realidades... ¡Y porque yo amo a un hombre, símbolo de ideal, es por lo que yo no puedo contigo, es por lo que me contento con mi leyenda de gaviota que no busca peces en el mar, sino hombres, ¡si los hay!

BERNARDO. — ¡Para qué Elvira? (Y se enciende en un sórdido rencor).

ELVIRA. — (Digna, valiente). Para amarlos.

BERNARDO. — ¡Hasta dónde!

ELVIRA. — ¡Hasta donde, sin abandonar la hombría, ellos me han pedido!

BERNARDO. — ¿Quieres decir que soy un cornudo?

ELVIRA. — Si así interpretas mi leyenda, sí; pero eres un cornudo de modo que no envilece y que por lo tanto no puedes merecer.

BERNARDO. — ¡Maldita! ¡Eres una bruja! ¡Eres un monstruo de perversión! ¿Cómo soportar las confesiones de una loca? ¡Esto no hay quien lo aguante!

ELVIRA. — ¡Tú sí! El dragón azul de vuestro convencionalismo te obliga. Tú ya lo aguantas todo: hasta el agua hirviendo de la ignominia. Sólo podrías escapar de tí mismo por la puerta de la muerte, y la muerte te horroriza. ¡Aguanta, pues, Bernardo, como yo estoy aguantando la realidad de mi existencia por muy irreal que te parezca!

BERNARDO. — ¡Estás loca! Tú disfrizas la impudicia con trapos de ideales. Mi madre tiene razón: ¡las novelas por entregas te han vuelto loca! Pero voy a ser yo, ¿me oyes? quien te enderece. No te voy a matar. Voy a vivir contigo. Y tú conmigo. Vas a conocer la disciplina que mereces, vas a beber aceite de ricino hasta que reventes. ¡Y esa hermosa cabellera, mañana estará quemada! ¡Te vamos a pelar al rape! ¡Esto lo arreglo yo! ¡Maldita, maldita! (Sale).

ELVIRA. — (Gozosamente exaltada). ¡Corre, corre, defiéndete con las armas que te han dado! ¡Mis palabras han promovido en tí lo que eres: ¡un cobarde! ¡Muestra ahora tus virtudes de cabrón! Reune ahora a tus compadres falangistas y pregona a los cuatro vientos que vengo de casta de hechiceros y prostitutas! ¡Está bien! Me sentaré en el mugriento taburete de la comarcal, frente a la silueta de la efigie que capitanea vuestras oscuras ambiciones, y mientras cortéis los bucles de mi cabellera, me deleitaré en libar en mi alma un sentimiento gigantesco de comiseración. ¡Corre, porque yo estoy volando sobre el mar de los acantilados! ¡Allí abajo veo, perdidos sobre sus botes que brincan por los arrecifes, dos o tres desahuciados! Puesto que en tí no lo hay voy a ver si encuentro en ellos el gesto viril que debió tener mi novio cuando vosotros le quitabáis la vida con un alarido de fusiles. Sus carnes laceradas no desean, como tú, esta carne mía. ¡Necesitan mi alma, mi consuelo, mi caricia, una caricia de esperanza y un encuentro de miradas donde por un instante se puedan identificar los goces eternos y perfectos de la vida! ¡Los veré partir gozosamente, conscientes de que alguien los ha amado con amor incorruptible e imperecedero! ¡En esta existencia llena de aberraciones, aún me queda a mí un beso purísimo que dar! ¡A cambio de mi postura tengo que soportar el aguijón de vuestras calumnias! ¡Yo no puedo impedir, ni quiero, desde mi alma ansiosa de goces perfectos, la podrida visión ni las patrañas sin tino que os forjáis de mí, de Elvira, de la Gaviota...!



Transpirenaica

# La mañana luminosa ★

**C**OMO una alborada de fiesta grande, vino la mañana envuelta en suaves ecos a los que se sumaron todas las voces de la Naturaleza para amenizarla: pájaros, cigarras, murmurios, siseos, cromos, canciones del hombre madrugador que siente el gozo del feliz amanecer. Las perlas del rocío, cabalgando en las hojas o en las briznas, tiñéronse de ondas irisadas y, moviéndose al compás de suave brisa ondularon en cadentes torsiones. Primero no era más que un leve foco de luz pálida tiñendo el horizonte y, en sucesión cronométrica sincronizado con las leyes cósmicas, surgieron, cual aparición, los bellos cromos pintados al rojo vivo, que cual correo palaciego anunciara al astro rey; asomó su orondo rostro embadurnado de subido carmín y se elevó lentamente grave y majestuoso.

Se incendiaron los picachos batiendo gradualmente las sombras de los declives y la vida despertó de su somnolencia. Siguió la eterna canción vital que jamás se apaga y el tic-tac del reloj del tiempo continuó midiendo la eternidad. Era una mañana luminosa, límpida, suave, capaz de emocionar al corazón más insensible.

El Sol se elevó en el azul purísimo del cielo comunicando al paisaje sus tonos cromáticos de pureza inigualada. En el ambiente flota algo maravilloso que sólo se encuentra en plena Naturaleza, lejos del tumulto embrutecedor de las aglomeraciones populosas donde moran las fuerzas del cuerpo y del alma tristes y enfermizas. Aquí junto al purísimo cielo azul corre un airecillo tan puro como el mismo cielo, cargado de los perfumes de la plantas aromáticas, que infla el pulmón como un globo, llevando a la sangre la salud y la alegría, esa sana alegría que ennoblece el alma, abre anchuroso cauce en la sociedad y sirve de brújula en las relaciones humanas. ¡Oh, cuán preciso es dar al hombre el consuelo de la sana alegría que le ennoblezca y le arranque del abismo en que se debate.

De pronto en la mañana luminosa todo ha cambiado en el alma tanto como hemos remontado a las alturas. La personalidad crece, se agiganta, a la vez que se humillan las fuerzas espirituales hasta ser sutiles como el aire que va siempre en pos de la aventura, de la aventura grandiosa que transporta la voz del cosmos como un eco de los siglos que pasaron y de los que seguirán en el incansable crear de los universos. Aquí nos libramos de la decrepitud, estulticia y chabacanería terráqueas, y, revolviendo de pronto en el infame almacén de los odios, las envidias, las bajas pasiones, los egoísmos, avaricias, intransigencias y otros detritus anímicos, hallamos medio asfixiado allá en un triste rincón, un débil retoño de amor

resto de nuestra noble personalidad, lo único que nos mantiene con alguna dignidad en esta sociedad humana rencorosa y enferma, que vive bajo los efectos del miedo, de la inseguridad, de la ignorancia, de la incredulidad y la desesperanza. Ese débil retoño de amor que de golpe anula nuestra innoble personalidad, aquí nos hace buenos. Si encontramos un ser humano en nuestro camino, un pastor que cantando conduce alegre su paciente rebaño, un labriego de rudo semblante y alma virgen azada al hombro, no hallamos diferencia entre ellos y cualquier ser de la Naturaleza. El ambiente sano nos ha transformado, y lo mismo que no osamos aplastar bajo nuestro pie una linda mariposa o una laboriosa hormiga, nos sentimos con el ser que cruza nuestro camino como peregrino de opuesta senda hacia su destino. De este destino nos hablan estas rocas pulidas y brillantes unas, heridas y maltrechas otras por los agentes meteóricos cuyo motor es el Sol. Lo miro en lo alto del cielo fulgurante y aureolado El Sol, ese horno atómico cuyo volumen equivale a 1.300.000 Tierras, está en pleno paroxismo enviando implacable el aterrador calor de 6.000 grados acumulados en su superficie. El Sol, que nos da vida y también puede quitárnosla, hoy nos aplanan y nos confunde estrellándose sus potentes rayos contra las rocas en deslumbrante reverberación. Si siempre somos deudores a sus beneficios, también permanecemos inconscientes bajo su amenaza, y lo mismo que una de sus fragorosas llamaradas es capaz de suspender nuestras relaciones radiofónicas, puede asimismo aniquilarnos en un momento dado si una cualquiera de las leyes cósmicas que nos rigen alterara su equilibrada función. Pero no; no sentimos miedo ante el cuadro maravilloso alumbrado por el Sol, cuya luz no se difunde en la crestería salvaje desde la que se otea la lejanía hena de vida y de esplendor. Lejos de comunicar miedo, el Sol, padre de la vida, dios del universo comunica fe y esperanza.

Sentado en una roca me he puesto a pensar. Estas sinuosas, salvajes y bellas montañas recortadas en perfectas capas de sedimentación conservando asombrosamente su primitiva posición horizontal, estuvieron un día invadidas por las aguas del mar, en cuyas facies ha grabado su huella perenne como un grandioso calendario donde quedaron impresas las fechas de los siglos. Intentando robar sus secretos geológicos, las escenas terriblemente maravillosas que en estas peñas sucedieron en las remotas edades, he bosquejado un cuadro imaginativo: todo estaba envuelto en terrible sombra. Horrisonos bramidos del agua hirviente elevaba a los sombríos espacios el eco de su trueno infernal y devastadoras trombas de ardientes gases que caían con frenético delirio cho-

caban en el líquido bullente formando un aquellare que, ni el más desastroso fenómeno natural conocido por el hombre puede darle una idea.

Por fin estaba consolidada la nebulosa y los procesos geológicos irrumpieron sucesivamente. Aquí dejó el mar sus sedimentos, estas rocas altivas que un día eran no más gases ardientes gravitando en una parte misteriosa del cosmos. El mar se retiró y volvió a abalanzarse hizo y deshizo emigrando por fin a otros parajes. Se arrugó la débil costra de la Tierra; eleváronse los montes y crecieron impulsados por los fenómenos de plegamiento tendentes a conservar el equilibrio de la figura de la Tierra y después el calor interno y los rayos del Sol consolidaron en la forma que hoy estoy contemplando. Pero antes el Sol trabó combate con las tinieblas rasgando siglo a siglo las negras cortinas de la atmósfera primitiva y alumbró estos picachos les infundió la vida que ha venido desarrollándose en diversas formas hasta nuestros días.

¡Oh, Sol! Tú volverás a cavar la tumba de estos montes, tú, que ayudado por tus fuerzas auxiliares fuiste su artífice. Antes de que penetres en la curva de tu declive, antes habrás modelado

de nuevo estos montes dándoles nuevas formas y, donde ahora se estrellan tus ardientes rayos en matices que recorren toda la gama de la luz, tal vez sea no más un infausto llano por el que cabalguen escalofriantes los caballos del Apocalipsis, o una sima cuya negrura paraliza el corazón, o una estéril estepa, o un alud de hielo corredizo.

Y cuando ya ¡oh, Sol!, viejo y decrepito, tus débiles fuerzas, tu luz y tu calor vayan extendiendo sobre la Tierra las sombras de la muerte, y los azules mares y los verdes ríos, espejos infinitos de tu omnipotencia sean como las cuencas vacías de un agran calavera, ¿hacia dónde tenderá su mirada implorante y desesperada la vida de tu sistema planetario? ¿Hacia la constelación de Hércules, donde nos arrastras a la velocidad de 20 kilómetros por segundo cruzando regiones de diferente densidad en millones de años? ¿Podrá acariarse la esperanza de ver encendido de nuevo tu poder radiante y su trasmisión a la Tierra? ¿Será acaso en la absorción de una nebulosa donde quedarás prendido de sus encantos?

CELTA LUZ

Barcelona, abril 1961.



## Manuales e intelectuales

«La derrota del movimiento obrero en Europa deriva en parte del hecho de que el mismo ha perdido su verdadera patria, aquélla que le devolvía fuerzas después de cada batalla perdida, la fe en la libertad. Igualmente, el confucionismo que domina a los intelectuales de Europa deriva del hecho de la doble mistificación, burguesa y seudorevolucionaria, que los ha separado de su única fuente de autenticidad, el trabajo y el sufrimiento de todos y los ha separado de sus aliados naturales, los trabajadores. Yo he reconocido siempre sólo dos aristocracias: la del trabajo y la de la inteligencia y ahora sé que es insensato y criminal someter la una a la otra; sé que ellas constituyen la única nobleza, que su verdad y su eficacia están en su unión; que separadas se dejarán someter por la fuerza de la barbarie y que unidas legislarán el mundo. Por eso, toda empresa que tienda a romper su solidaridad y separarlas, es una empresa dirigida contra el hombre y sus esperanzas más sublimes. El primer esfuerzo de una empresa dictatorial consiste en la esclavización simultánea del trabajo y de la cultura. Hay que reducir a silencio a ambos, pues de lo contrario, los tiranos lo saben bien, el uno hablará por el otro.»

(Pasa a la pág. 3345)

# La comida del hombre

por Costa ISCAR

**P**OR psicosis mística, iluminación religiosa o maceración estética, el hombre se enajena de su cuerpo para divagar en el ámbito de lo incongruente. No obstante, en todo tiempo y latitud, el hombre se desvive por los goces de su cuerpo y se despreocupa de su salud con tal de que su presente inmediato le dé sensaciones groseras o refinamientos rebuscados en su amor propio, quizá mal orientado en su perecedero complejo orgánico.

Ya que ni los médicos saben si es posible la «salud perfecta», el hombre sigue siendo un animal enfermo en un conglomerado monstruoso, que se denomina «civilización» y se rige por las ficciones, las «bellas mentiras» y el arsenal de drogas que, siendo intoxicantes, dan la sensación de una euforia loca.

*El hombre, paradoja viviente, el animal más desequilibrado en el desequilibrio general del torbellino cósmico. Por su cogitación intelectual presenta una sucesión de cuadros patológicos que no alcanzan a los demás bichos y bestias que con él conviven.*

*La selva inexplorada, en la que no ha podido aún plantar el hombre su destructor dominio, cuenta asimismo con sus trágicas luchas, silenciosas y frías, o rugientes y cálidas.*

*La cultura de las civilizaciones, que tanta sangre ha derramado, ha debilitado al hombre y lo ha hecho astuto, con premeditación y alevosía, para preservarse de otras fuerzas que lo acechan para aniquilarlo. Inventó la cirugía y la farmacopea y empleó lo cruento y después los analgésicos, los anestésicos, los desinfectantes, los reconstituyentes y las mágicas inyecciones que todo lo curan.*

La enfermedad endémica, epidémica o pandémica sufre la influencia de diversos factores individuales y sociales. Pero los naturistas han establecido el dogma de que «el origen de la mayor parte de las enfermedades reside en la alimentación carnívora y omnívora». Y hacen ascos ante todo alimento no frugívoro.

La inmensa mayoría, no pudiendo dominar sus inclinaciones sibiríticas, rinde culto a la cocina, a la bodega y al alambique. Además, sabe que sus excesos o vicios de glotonería pueden obtener paliativos en la medicina complaciente.

Ante la ingenua fe naturista se enfrenta la experiencia que afirma: «Todas las enfermedades y disturbios provienen en gran proporción de un sistema social inarmónico y atentatorio contra la razón individual y colectiva». El que no se acomoda al permanente fratricidio social ve con claridad las aglomeraciones ciudadanas, las iglesias, los cuarteles, las cárceles y los hospitales... Estos organismos, en que proliferan tantos parasitismos, caracterizan la civilización explotadora de los débiles y de los adaptados, que aniquila toda semilla de rebeldía libertaria con la voracidad autoritaria en que el hombre nace, crece y muere.

*La violación de las «Leyes Naturales», la tendencia fantástica de la felicidad y la perfección divina son*

*otros tantos mitos que consuelan al hombre de su permanente insatisfacción.*

*El hombre ha conseguido encauzar, de acuerdo con sus ambiciones e inquietudes sociales, las fuerzas de la naturaleza indiferente; sigue penetrando en lo incógnito mas no ha sido capaz de aplicar sus conocimientos al bienestar de la especie, sin excepciones de clases.*

*Esta digresión sirve para situar al naturista doctrinario, quien, en vez de identificarse con la madre tierra, prefiere pasearse sobre el asfalto urbano y teorizar acerca de los beneficios del naturismo de salón.*

*En sus actividades de hombre engranado en la sociedad parece olvidarse de que la selva no da los magníficos frutos, legumbres y verduras que se comercian para deleitar con sus colores, perfumes y gustos variados, tanto a los vegetarianos como a los omnívoros. Se producen todas estas delicias por la ciencia botánica y no por la generosa naturaleza agreste, y gracias al esfuerzo del agricultor y del esclavo de la tierra y con la ayuda permanente de los campos experimentales de agronomía. Así se crean las dulces fragancias campesinas, que han de pudrirse en los mercados y en el consumo de las grandes urbes.*

*No hay naturista «ciudadano» que se atreva a aventurarse solo en la selva virgen o apenas violada para recibir «los divinos dones de la amantísima madre tierra»... Con este ditirambo ensalzan los panteístas a la fuerza ciega y multiforme de la naturaleza, la que crea y derrocha infinitos gérmenes y se muestra tan pronto generosa como avara; a veces ofrece aspectos placenteros y otras encrespamientos de tempestad y cataclismo.*

El hombre medianamente razonable cuida su alimentación y acepta la sobriedad sin ascetismo. Cada uno puede dominar sus inclinaciones gastronómicas sin violentar demasiado su modo de ser, que son sus apetencias, sus ideas y sus costumbres de paladeo más o menos refinado.

El hombre doméstico ya no lucha por tierra y libertad. Se adapta a los apremios económicos de su clase social y pocas veces conoce los aullidos del hambre.

*El hambre siempre acecha a todo animal prolífico y el hombre no se libra de ese peligro. Siempre hubo pueblos hambrientos y clases ahitas que predicaban la resignación a los que sufren. Causas naturales y causas sociales. Exceso de población, terrenos áridos, agricultura primitiva, comercialismo de los alimentos, escasez premeditada para mantener los precios de la explotación de todos los «señores», que sangran a los pueblos.*

*Se está viviendo un período de agotamiento dentro de la abundancia. Se imponen restricciones y la gente sin privilegios debe formar colas animalescas para conseguir lo necesario y obedecer las disposiciones de los magnates del mundo...*

*En estas circunstancias, predicar el naturismo con mesas frugales y agua fresca a multitudes famélicas y desesperadas es lo mismo que hacer discursos ante las arenas del desierto...*

(Continuará)



HAN  
RYNER

# El hombre y la obra

por Georges VIDAL

(Traducido del francés por V. Muñoz, miembro de la  
« Société des Amis de Han Ryner »)

(Continuación)

VI

## HAN RYNER Y LAS FILOSOFÍAS

HAN RYNER odia al dogmatismo tanto como a la religión, que no es otra cosa que la forma más estrecha y la concepción más rígida del dogmatismo. «La verdad, escribe, imagen múltiple en las metamorfosis del capricho, el dogmático la ve como un sistema de bloques que sus manos creen agarrar. Luces flotantes y sombras que danzan, todo ese feliz derramamiento, se imagina poder disponerlo en un orden inmutable y asentarlo en una construcción de eternidad y de necesidad. Al oírlo, nunca deja tras él el menor desequilibrio, el más ligero estrechamiento, sino que su argamasa de lógica une sólidas piedras encima de las cuales discípulos y sucesores subirán sin peligro y edificarán aún.

»Sin esfuerzo, la crítica enseña que cualquiera de esas pretendidas piedras es sólo bruma o nada: símbolo lejano de la intangible e infalible Realidad o ensueño enfermizo y pesantez vacía de pesadilla. El pretensioso edificio ni siquiera tiene suficiente consistencia para derribarse; ninguna ruina yace en el lugar en donde se creyó edificarle y no impide que se intenten construir allí monumentos sucesivos; y el viento que, unos tras otros, se los lleva, no se carga tampoco con su recuerdo...» (17).

Este odio contra la rigidez y el principio es además cosa muy natural, cuando se sabe, como ya lo hemos dicho, que Han Ryner es el filósofo de la vida, de esta vida fluida y armoniosa que se hermana con la *stream of consciousness* del gran William James.

Y cuando se plantea el problema: ¿libertad o determinismo? Han Ryner responde: «Mirados de frente, los pretendidos argumentos retroceden, balbucean, acaban por mendigar humildemente al determinismo como un postulado de la ciencia; a la libertad, como un postulado de la acción. Yo quiero vivir armonioso y no me niego al saber: tentado estoy por armonizarlo todo en seguida, aquí como allí, sin preocuparme mucho por la contradicción. Aparente o real, insoluble o hecha de una bruma inconsistente, la contradicción, después de todo, se produce en las profundidades metafísicas, alegre dominio de las antinomias. Pronto yo sonrío, divertido: mi actitud contradictoria, sin que me dé cuenta de ella, es la de todos los

*Buscar en la metafísica la regla de la vida, es pedir al espejismo el agua que se quiere beber.*

hombres. Sus negaciones verbales están hechas de inconsciencia. Cada uno de sus gestos es un acto de fe al determinismo y en conjunto un himno a la libertad. Si el determinismo tuviera el rigor negativo que postulan ciertos sabios y que les parece necesario a la ciencia, he aquí que la misma ciencia no sería posible. Construir la ciencia, es accionar. Si de antemano todo es determinismo, también lo será la dirección de tu mirada, ¡oh, físico!, que sin embargo te propones observar tal fenómeno como si estuvieras enteramente libre de mirar hacia donde quisieras. Tu esfuerzo por estudiar el mundo afirma la libertad, exactamente en la misma medida que mi esfuerzo para conocerme a mí mismo. De la ley observada, extraes tú consecuencias industriales; pero haces un gesto tan libre como el mío cuando el conocimiento de mi ser, procuro yo que surja el perfeccionamiento y la armonía del mismo. Hasta tu misma aplicación por probar el determinismo es un desmentido a la omnipotencia del determinismo. Para convencerme, en lugar de dejar tus pensamientos en el desorden primero, henos ahora que, como un general que alinea a su ejército, tu voluntad los ordena según una lógica malhumorada. Toda tentativa de razonamiento contiene una afirmación de la libertad. Mediante el determinismo lógico — forma tal vez un poco basta de la libertad intelectual — escapas tú al determinismo psicológico que te imponía ideas dispersas, desarmadas e imprecisas. Así es que la ciencia, madre del determinismo, es hija de la libertad» (18).

Solución ésta elegante y que escapa a todo dogmatismo.

Han Ryner rechaza la noción de Deber con la misma vehemencia que empleaba en rechazar la idea de Dios. «Deber, exclama, ¿no serás un nombre austero y algo así como una sombra abstracta del fantasma divino? ¿Es que acaso Kant no te ha proclamado imperativo categórico, con el pensamiento oculto de descubrir detrás de ti al Dios cuyo Verbo eres tú? Sea como fuere, eres el nombre de un amo, y yo no quiero amos. Obedecer es siempre fealdad y cobardía. Atrás, las morales con trabas; atrás todos los servilismos...» (19).

Cuando se pronuncia sobre la Lógica, Han Ryner es severo, pero justo. «La lógica, escribe, es posiblemente menos el arte de pensar que el arte de hablar. La lógica es un capítulo de la estética. Enseña los medios para crear esa clase de belleza que llamamos unidad. Permite ver de una ojeada a los pensamientos que, sin ella, seguirían siendo

lejanos y sucesivos. Sabe de los felices puntos de vista que reúnen el detalle del paisaje y disminuyen las distancias aparentes. Algunos ingenios creen que las distancias reales han disminuido, y caminan...

»La lógica obtiene éxitos oratorios, pedagógicos y mnemotécnicos. Las perlas con las cuales hace el collar que sostengo con mi mano, sin dejarlas escapar, fueron a menudo arrancadas en los corales de las mares más diversas.

»Respeto a la lógica: se me ha dicho que debía respetar a la religión de las gentes y la lógica es la última religión de muchos. Además, el lazo es visible y es cierto que los granos están juntos; demasiados espíritus me despreciarían si osara creer que el lazo no es tan antiguo como los granos y que la aproximación es obra humana.

»Cuando alguien quiere demostrar, no le dejo ver que yo sonrío.

»Cuando alguien cree demostrar, no le confieso que desconfío de él» (20).

Lo que no impide que Han Ryner reconozca los servicios que la lógica hace a los sabios de hoy. «Les conduce a hipótesis que verifican con cuidado, y que lealmente rechazan tres veces por cuatro». Pero el filósofo se da cuenta de que: «En otros tiempos les conducía hacia afirmaciones contra las cuales la experiencia en vano gritaba su falsedad». Entonces...

En cuanto a la metafísica, Han Ryner no titubea: «Buscar en la metafísica la regla de la vida, es pedir al espejismo el agua que se quiere beber. Es modelar la vida encima del sueño y transformar la conducta humana en no sé ya qué especie de sonambulismo. Es querer modelar y tapiar las piedras del refugio indispensable encima del incierto flotamiento de una nube» (21).

Lo que de ningún modo impide a Han Ryner, a veces, el saborear las metafísicas como se saborea la poesía diversa de un sueño o de un mundo de hadas.

Es interesante decir al terminar este capítulo, qué sabios y filósofos ama particularmente Han Ryner.

¿Sócrates? Sí, Han Ryner ama al verdadero Sócrates, pues: «No enseñaba una verdad exterior a los que le escuchaban, sino que les enseñaba a que encontraran la verdad en ellos mismos. Murió condenado por la ley y por los jueces, asesinado por la Ciudad, mártir del individualismo».

¿Epicuro? También. «Bajo su elegancia indolente, fué un héroe... Liberó a sus discípulos del temor de los dioses o de Dios, que es el principio de la locura... Su gran virtud fué la temperancia. Sabía distinguir entre las necesidades naturales y las imaginarias. Enseñaba que basta muy poca cosa para satisfacer el hambre y aplacar la sed, para defenderse contra el calor y el frío. Y de este

modo se liberaba de todas las otras necesidades, es decir, de casi todos los deseos y de casi todos los temores que esclavizan a los hombres. Murió de una larga y dolorosa enfermedad diciendo que gozaba de una felicidad perfecta... Más tarde, discípulos infieles cubrieron su doctrina con sus vicios, como se esconde una úlcera bajo un manto robado».

No es necesario que de nuevo mencionemos lo que de Jesús piensa Han Ryner.

También Epiceto es querido al filósofo. «El estoico Epiceto soportó valerosamente la pobreza y la esclavitud. Fué perfectamente feliz en las situaciones más penosas a los hombres ordinarios. Su discípulo Arriano ha recogido algunas de sus palabras en un pequeño libro titulado el **Manual de Epiceto**. Su nobleza precisa y sin desfallecimiento, su sencillez exenta de todo charlatanismo, hacen que para mí sea más precioso que los Evangelios. El **Manual de Epiceto** es el más hermoso y liberador de todos los libros» (22).

Y Han Ryner no olvida, entre los que ama, a Antístenes, Diógenes, Zenón de Citium, etc., y más tarde a La Boétie. A algunos, por el contrario, los desenmascara, como a Montaigne, «egoísta cobarde» y no un individualista verdadero, y a otros que le parecen «egoístas conquistadores y agresivos», como Stendhal y Nietzsche.

Citemos aún dos juicios más, uno sobre Descartes: «Descartes fué un individualista intelectual. No fué bastante netamente un individualista moral. Su verdadera moral parece haber sido estoica. Pero no se atrevió a hacerla pública. Hizo conocer solamente una «moral provisoria» en la cual se recomienda obedecer a las leyes y costumbres de su país, que es lo contrario del individualismo. Y parece que en otras circunstancias ha carecido del valor filosófico».

El segundo juicio es sobre Spinoza: «La vida de Spinoza fué admirable. Vivía sobriamente, con algunos granos de harina de trigo mondada y un poco de sopa con leche. Rechazando cátedras que se le ofrecían, ganó siempre su existencia mediante un trabajo manual. Su doctrina moral es un misticismo estoico. Pero, demasiado exclusivamente intelectual, profesa una extraña política absolutista y no se reserva contra el poder más que la libertad de pensar. Su nombre hace pensar además en una gran potencia metafísica más que en una gran belleza moral».

17.—Les Paraboles cyniques, prefacio.

18.—Le Subjetivisme, págs. 31-33.

19.—Idem, p. 48.

20.—Idem, págs. 11-12.

21.—Idem, p. 28.

22.—Du Petit Manuel Individualiste, págs. 315.

Próximo artículo: «H. Ryner y las fuerzas malas de la Sociedad».





### VIII

Hay, pues, una tenaz resistencia en el ente judío a la asimilación. Como hemos visto, desde la más remota antigüedad tienden a formar comunidades con marcado distintivo religioso-racial. H. G. Wells sostiene que después de la diáspora las comunidades judías esparcidas por el mundo eran demográficamente más importantes que el foco permanente de Palestina. Las relaciones, incluso solidarias, de estos emigrados o desterrados con la Meca judaica no fueron jamás echadas en olvido. Las trágicas tribulaciones de la historia de este pueblo le hace alérgico a una religiosidad concentrada y a una forma de vivir hermética. No hay que darle vueltas, la comunidad religiosa-racial judía es la antesala del ghetto. El criptojudaismo ha sido petrificado por la mística religiosa, y ésta ha sido cada vez más endurecida por la hostilidad exterior. ¿Qué fué primero, el huevo o la gallina?

No hay más que evocar los kahales o alhamas de la Edad Media para darse cuenta de este callejón sin salida. Valeriu Marcu, en su obra citada, nos ofrece ejemplos luminosos: «Los elementos estacionarios del judaísmo, los lazos de su alma que desde hacía milenios les hacían posible el existir, se concretaron en el rabinismo, se petrificaron en él. Estos son los bastiones del hebraísmo, tan áridos como resistentes». Y sigue: «Por su ritual y su culto los judíos siempre propenden a formar ghetto. Diez judíos con un recitador y sus preceptos dietéticos constituyen ya el núcleo de la comunidad». El mismo Talmud es menos un libro de oraciones que una enciclopedia que le marca al judío los quehaceres de su vida: forma de vivir, elementos de instrucción para las profesiones y negocios, contabilidad, preceptos morales ortodoxos, alimentación, etc. El ghetto forma, pues, una nación, casi una satrapía bajo la autoridad suprema del rabino. Véase a grandes rasgos lo que era la judería en España en los siglos XIV y XV.

Se hallaba enclavado en la parte interior de la muralla de la ciudad. Las calles estaban cerradas por puertas allí donde empezaba la judería. Administrativamente hablando ésta era una especie de ciudad autónoma dentro del recinto

obispos y magnates. Al parecer el mediador fué el conde Don Julián, que aparece como traidor de lesa patria en el romancero patriótico. Witiza ha sido el blanco de las iras del clero tradicional y de los historiadores palaciegos. Estos especulan con sus crímenes (si exceptuamos a Wamba, ¿qué rey godo no ha sido un monstruo?), pues hizo arrancar los ojos al hijo de Teodofredo y dió muerte a Fávila, duque de Cantabria. El ensañamiento de la Iglesia también se comprende. El mismo Lafuente afirma que Witiza se malquistó con los obispos por su intransigencia frente a las pretensiones absorcionistas de la Santa Sede, uno de cuyos enviados despachó a cajas destempladas. Por otra parte Witiza estableció medidas clementes para con la grey judaica.

Por nuestra parte hemos de decir que no es la primera vez que se producen en España invasiones, en todos los tiempos de su agitada historia, con complicidades interiores. Los cartagineses llegaron a España llamados por los fenicios en momentos difíciles de sus relaciones con los nativos. Los bizantinos fueron requeridos por Atanagildo para derribar a Agila. Los almoravides fueron solicitados por los reinos de taifas, y así los almohades y los benemerines. Más hacia nuestros días Godoy pidió auxilio a los franceses. En época de triste recuerdo el general Franco rogó a italianos y alemanes que viniesen a socorrerle de los republicanos, y éstos apelaron a los rusos para restablecer el equilibrio militar. En todos estos casos los auxiliantes se impusieron a los auxiliados. A Franco le salvó la derrota nazi de 1944.



## VI

La persecución antijudia empieza a sistematizarse desde el siglo XIII. Obsérvese que es el siglo de predominio de las armas cristianas. La conveniencia de utilizar la sabiduría y pericia judía había puesto tregua a la intolerancia. Los judíos, como buenos judíos, se aprovecharon de la tregua enriqueciéndose y ganando posiciones en el aparato del Estado, en el comercio y en la usura.

El cliché típico de Alfonso el Sabio, benefactor de los judíos, tiene su negativo. No supo este rey dar carpetazo a los acuerdos del IV Concilio de Letrán (1215) que prohíbe a los judíos predicar públicamente sus doctrinas, reunirse el viernes santo y abandonar dicho día sus casas y juderías. Les impuso también el tributo que exigían todas las iglesias del orbe: los treinta dineros herencia de la traición de Judas, que debía pagar todo judío desde la edad de diez años. Prohibióles, además, la convivencia con los cristianos y tener a éstos por domésticos. Los israelitas estaban obligados a llevar una marca de su condición racial visible que permitiera identificarles en el acto (Alfonso Torres de Castilla: obra citada).

Desde el siglo XIV la intolerancia subió de tono no obstante una cierta condescendencia a la tradición isidoriana. En esta tendencia militaba fray Vicente Ferrer a quien se atribuye la conversión de cuatro mil judíos mediante predicaciones en Toledo. Ya hablaremos de estos conversos. Estaban de moda entonces las controversias con fines proselitistas. Algunas eran públicas y en ellas contendían rabinos y prelados de la Iglesia mano a mano. Una de las más famosas abrióse en Tortosa el 7 de febrero de 1413 bajo la presidencia de nuestro antipapa Benedicto XIII. Abarcó 69 sesiones y se prolongó durante 21 meses. Parece que se convirtieron a resultados de ella varios rabinos. Otros se mantuvieron tercamente en sus posiciones. El buen resultado fué probatorio, no obstante, los cristianos se envalentonaron con sus triunfos y exacerbaron más y más la pasión antijudaica. La explicación es que se vislumbraba entonces un fin victorioso en la guerra secular contra el último reducto musulmán. Razón por la cual lo ocurrido seguidamente no puede ya situarse en la línea isidoriana y ferreriana.

En mayo de 1415 el mismo Benedicto XIII expidió una bula

gel, genio de las finanzas de los reyes católicos y verdadero paladín de la empresa de Cristóbal Colón. Este, según los historiadores modernos, sería una especie de sefardí catalán, como fué de descendencia española el gran filósofo Spinoza.

Es pues incuestionable que al margen de los conversos se había operado una fusión importantísima entre ambas razas. Catorce siglos de permanencia judía en España no se anulan con la facilidad de un plumazo. Los apellidos topónimicos, artesanales y muy sonoros de catolicismo ortodoxo son sospechosos de judaísmo. Ferrer y Albo (Alba después) llamábanse dos de los judíos que no dieron su brazo a torcer en la gran controversia medioeval de Tortosa. Jerónimo de Santa Fe, autor del «Azote de los judíos», llamábase antes de la conversión Josué de Lorca. Pablo de Santamaría, que fué después obispo, había sido rabino y talmudista del kahal de Burgos. Por otra parte hay una huella más indeleble. Según Madariaga esta huella está en todas las disciplinas españolas, en lo civil, político, religioso, científico «repletas de hechos y nombres judíos». Una autoridad española en temas hebraicos sostiene que no se puede escribir la historia de España en ningún aspecto sin contar con los judíos.

Pero queda el hecho de una amputación del cuerpo español por fracaso de un proceso de asimilación. Y, sin embargo, España es un excelente asimilador de cuerpos extraños. Compuesta de un muestrario de elementos raciales, sin contar las innumerables inmigraciones menores, hay que confesar que no se plantearon en ella problemas de incompatibilidad racial sino políticas y religiosas. Los invasores, militares o pacíficos, fueron asimilados desde la segunda generación (Séneca, Averroes, Maimónides) o asimiláronse los españoles las maneras de los advenedizos, caso de los mozárabes. Otro aspecto interesante del problema es la gran flexibilidad del español ante los invasores de procedencia oriental. Los romanos tardaron siglos en someternos; los árabes conquistaron a España en unos pocos años, diez o doce.

## VII

No se sabe exactamente el número de judíos expatriados en aquella triste fecha. Las estimaciones oscilan entre 210 mil y medio millón. De esos expatriados descienden los sefarditas del Este de Europa y Norte de Africa, que a pesar de los años siguen conservando con amor el idioma castellano.

Enrique Tomás Buckle («Historia de la civilización española», Londres, 1861, confiesa su impotencia para desentrañar el enigma. «No he podido encontrar —dice— una exacta noticia del número de judíos expulsados, puesto que unos suponen que fueron 160 mil y otros los elevan a 800 mil». El mismo recoge una cita de Dávila, de su «Vida de Felipe II», que reza así: «Y es digno de poner en consideración el celo que los reyes de España tuvieron en todo tiempo de sustentar la fe católica, pues en diferentes expulsiones que han hecho han sacado de sus reinos tres millones de moros y dos millones de judíos, enemigos de nuestra Iglesia. El mismo Prescott («Historia del reino de los reyes católicos», cita de Buckle) cifra el número de los judíos españoles en la época de su expulsión en un diez por ciento de la población total. ¿A cuánto montaba esta población total? Gonzalo de Reparaz («Nuestra casa solariega», Valencia, 1930) dice que la población de España era en los tiempos de los reyes católicos de ocho millones y medio de habitantes. Lo que daría 850 mil judíos. Pero el problema queda en el aire. ¿Cuántos de éstos rechazaron el bautismo y optaron por el destierro?

Nadie es capaz de explicarnos exactamente la cantidad de judíos expulsados y los incorporados a la nación española por traumático procedimiento. No se pueden, pues, arriesgar cifras pero sí llegar a conclusiones razonables. Sabemos que gran cantidad de judíos se habían enquistado en los altos puestos de la administración y que habían mezclado su sangre por el matrimonio con la de los cristianos. El impacto mayor lo recibió la nobleza. En Aragón la mezcla tomó proporciones vastísimas. El complot urdido contra el inquisidor Pedro Arbúes (1485) fué incubado en la nobleza zaragozana. Complicados con aquel acto justiciero estuvieron los Santángel, parientes próximos del valenciano Santán-

que en lenguaje moderno podríamos calificar de «ultimatum». Se prohibía enseñar en público y en privado las doctrinas del Talmud, y se ordenaba recoger en el término de un mes todo texto sagrado de este mismo género. Los infractores serían castigados con toda severidad. Ningún judío podría ejercer cargo de juez ni siquiera entre los de su raza. Donde hubiese varias sinagogas debía subsistir una sola, «a condición de que no sea lujosa». La que se probase que antes había sido iglesia debía desaparecer pura y simplemente. Ningún judío podía ser médico, cirujano, boticario, droguero, comerciante o empleado público. Las judías no podían ser comadronas ni maestras de niños cristianos. Debían vivir en barrios reservados y llevar una divisa distintiva, los hombres en la frente, las mujeres en el pecho. A partir de los 12 años de edad se obligaría a todo judío a escuchar los sermones llamados a persuadirlos de la venida al mundo del verdadero mesías (Jesucristo) y de los errores y herejías contenidos en el Talmud, etc.

Resultado de esta declaración de guerra fué una serie de conversiones, añadidas a otras producidas anteriormente cuyos resultados veremos. Una parte de conversos aceptó el bautismo para preservar su hacienda, su posición social y salvar su vida. Es natural que siguieran practicando clandestinamente los ritos de sus mayores. Confirmada la deslealtad religiosa el clero y los frailes intolerantes extremaron su celo. Así quedó abierto en España el negro capítulo de la que llamábase «nueva Inquisición». Otros conversos tomaron tan a pechos su nueva religión que constituyeron terribles flagelos contra sus hermanos de raza desleales o relapsos. Véase una breve muestra biográfica:

Jerónimo de Santa Fe (antes Josué de Lorca). Fué amigo íntimo del papa Luna (Benedicto XIII). Tuvo una actuación destacada en las controversias de Tortosa del lado de los obispos. Después de su conversión escribió un libro: «Azote de los judíos», que fué un verdadero azote en manos de todo antisemita. Alonso de Espina, famoso talmudista renegado de la fe de Moisés. Pedía más que la conversión de los judíos su exterminio. Propuso al papa que el que matase un judío fuese eximido de pecado. Fué miembro del Consejo Supremo de la Inquisición antes que Torquemada (éste de sangre judía) y predicó desde el púlpito el exterminio por el fuego de todo asomo de herejía. Pablo de Santamaría (convertido por San Vicente Ferrer). Pasó de rabino del ghetto de Burgos a obispo de la misma ciudad mediante meritorios servicios a la fe católica. Recabó graves ordenanzas antihebraicas y se convirtió en tronco de una brillante dinastía eclesiástica. Varios de sus vástagos fueron purpurados e inquisidores. Y así por el estilo. Salomón de Mont-

pellier, rabino de la misma ciudad, escribió al tribunal que juzgaba a los albigenses: «Si extirpáis a vuestros herejes extirpad juntamente con ellos a los nuestros».

La Inquisición había sido implantada a principios del siglo XIII en el reino de Aragón como repercusión de la cruzada desencadenada por Inocencio IV (1248) contra la secta albigense del sur de Francia. La Nueva Inquisición, instaurada por auto real y bulas de los papas en el siglo XIV iba encaminada a perseguir la herejía (deslealtad) de los relapsos o «marranos». Torquemada, confesor de los reyes católicos y gran inquisidor nombrado por Sixto IV, estableció las primeras instrucciones en 1488 (Altamira: «Manual de Historia de España»).

Frailes manicomiales hostigaban la superstición del populacho contra los falsos conversos, ya denunciando sus infidelidades, ya presentándoles como hechiceros, ya como asesinos de niños cristianos. Alternábanse los autos de fe con las masacres de juderías. A veces los pogroms tenían por objeto la codicia del oro judío. El supuesto sacrificio ritual de niños cristianos dió lugar a procesos espectaculares. El más famoso llevó a la hoguera, en Avila, a varios miembros de la dinastía judía de los Franco. Perseguían estas campañas mover a los reyes católicos a expulsar del territorio a los judíos no convertidos. El objetivo fué finalmente logrado el 31 de marzo de 1492, fecha del decreto de expulsión que puso a todos los judíos reacios al bautismo ante el terrible espectro del éxodo. He aquí el funesto decreto:

«Vosotros sabéis y debéis saber que, como fuimos informados que en nuestros reinos hay y habrá algunos malos cristianos, ordenamos en las Cortes, que reunimos en la ciudad de Toledo el año pasado de 1489, separar los judíos en todas las ciudades, villas y lugares de nuestros territorios y señoríos, dándoles «juderías» y lugares reservados donde podrían vivir en su pecado, a fin de que en su retiro se arrepintiesen, y además hemos decidido y dado orden, como hacía la Inquisición en nuestros reinos y señoríos, la cual, como vos sabéis, desde hace doce años está instruída y que funciona, ha encontrado gran número de culpables, como es notorio, y de lo que estamos informados por muchos inquisidores y personas piadosas, eclesiásticas y seculares; es manifiesto y parece que es muy grande el daño que sufren y han sufrido los cristianos, por las relaciones, conversaciones y comunicaciones que han tenido y tienen todavía con los judíos, los cuales se jactan de los esfuerzos que hacen siempre por todas las vías y medios que están a su alcance para apartar a los cristianos de nuestra Santa Fe Católica... Y a fin de que dichos judíos durante el dicho tiempo, hasta el fin de julio, puedan disponer lo que mejor

les convenga respecto a sus bienes y haciendas, por la presente les tomamos y recibimos bajo nuestro amparo y protección y defensa real; y aseguramos ellos y sus bienes, a fin que durante el dicho tiempo hasta el dicho día, fin del dicho mes de julio, puedan ir y estar en toda seguridad, a fin de que puedan vender, cambiar y enajenar todos sus bienes muebles, y que durante el dicho tiempo no se les haga mal alguno, ni perjuicio, ni ofensa en sus personas ni en sus bienes, contra la injusticia, bajo las penas en que incurran los que violen nuestra protección real. Y de la misma manera damos licencia y permiso a los dichos judíos y judías para hacer salir de nuestros reinos y señoríos todos los bienes que posean por mar y por tierra, siempre que no sean de oro, ni plata, ni moneda acuñada, ni otras cosas prohibidas por las leyes de nuestros reinos...» (Alfonso Torres de Castilla: «Historia de las persecuciones».)

Véase este hecho. En el intervalo de la publicación de este decreto y la fecha tope de su entrada en vigor, cuatro meses, los judíos estaban facultados para vender, cambiar y enajenar todos sus bienes muebles, cuyo provecho podían sacar con ellos, siempre que no fuera oro ni plata ni moneda acuñada. Lo que quiere decir que podían vender sus bienes pero no podían llevar consigo el producto de la venta. Por otra parte, los cristianos, que entre otras acusaciones tenían a los judíos por avaros y especuladores, no quisieron entrar en tratos con los vendedores hasta última hora, pues sabían que esperando hasta esta hora crítica comprarían dichas haciendas casi por nada. Y así fué en efecto. Los expulsados tuvieron que vender una casa por un burro y unas viñas por unas varas de paño. ¿Quiénes eran más «judíos», los que se iban o los que quedaban?

Lo que fué el viacrucis de este éxodo: largas columnas de seres humanos cruzando el territorio español hacia los puertos y fronteras, con sus alaridos y sollozos, cayendo aquí y levantándose allá, muriendo y naciendo por el camino, los asaltos que sufrieron en su trágica peregrinación y travesías, acosados por los bandoleros y los piratas berberiscos, lo sasesinatos seguidos de robo, ha sido narrado con más competencia y fidelidad por plumas más hábiles que la mía. Prescott, por ejemplo, ha hecho este comentario: «Es por consecuencia inverosímil que una parte tan considerable de la nación, notable además por sus riquezas y por su ilustración, fuera estimada en tan poco (...) o que el gobierno español, en fin, se decidiera a tomar una determinación tan atrevida, como era el destierro de clase tan opulenta, y esto con tan pocas precauciones, al menos en apariencia, cual si se hubiese tratado de arrojar del país a una horda errante de gitanos».



# MEDIOCRACIA Y ARTISTOCRACIA

**D**OS humanidades hay: la humanidad cobarde y estúpida que marcha encorvada hacia la tierra, y la humanidad que levanta su frente hacia las cúspides... Hay que situarse en pro o en contra de la belleza. Por la belleza están todos los espíritus libres; contra ella están todos los esclavos. No de otra manera se debe dividir diferentemente a la humanidad, después de los clanes, las castas, las clases fronterizas que las políticas y las morales tienen interés en mantener. No hay en verdad « clases » en la humanidad; nada prueban todas las distinciones. Las sociedades jerarquizadas y etiquetadas, son invenciones absurdas. Existen hombres que están por la belleza y hombres que están en contra de la belleza. Tal es la única distinción que importa establecer entre ellos. De ella procede el resto.

El pensamiento que la belleza ha metamorfoseado concibe la vida ampliamente. Rechaza las clasificaciones que mutilan a la vida, a las categorías arbitrarias que restringen su impulso. Si hay un hombre verdaderamente superior — semejante sin embargo a los otros hombres —, es porque lejos de él ha rechazado el fardo de los prejuicios y de las fealdades. La humanidad que no piensa se embrutece en las alegrías inferiores del egoísmo, es diferente a la humanidad que crea su vida de belleza, siendo ambas dos mundos inconciliables. Sin embargo, existen lado a lado, lo que no impide que la distancia se vea más clara. La humanidad que habita los bajos fondos y la que asciende lentamente hacia las cimas no se parecen. Una y otra siguen su destino, y atañe a cada uno de nosotros el decidirse por la una o por la otra. A cada uno atañe el ser un hombre libre o el ser un esclavo. La casualidad nos ha hecho surgir en el seno de una humanidad inferior: tratemos de salir de ella. Rompamos con la tradición de la impotencia y la moral de los mediocres. Rompamos con el arte estúpido de las academias. Rompamos con el diletantismo abyecto y el espíritu sectario. Rompamos con la fealdad estúpida que, bajo todas las formas y con mil rostros, irónicamente nos llama. Está ahí, preparando en la sombra sus golpes, disfrazándose con mil máscaras para mejor cautivarnos, tiene su habilidad y su cinismo. Nunca se cansa de destruir, de desorganizar, de sabotear la vida y el pensamiento. Es todopoderoso y sus triunfos son ruidosos. Es despiadada y no perdona a quien se niega a responder a sus pedidos. No, jamás se lo perdona. El amontonamiento de las fealdades que se halla en la vida es la obra de las vidas inferiores que el espíritu crítico no domina, que dominan solamente lo superfluo y la intriga. Tales vidas son un insulto al progreso, al arte y a la misma vida. Representan la inacción y la impotencia; destru-

yen, pretendiendo conservar lo que existe, pues sólo retienen los residuos de la tradición y de la evolución; lo que posee un sentido vivo y positivo es por ellas despreciado y condenado. Siempre habrá pensamientos ávidos de armonía y de belleza para volverse hacia las cimas; para aniquilar la obra de la impotencia, para realizar sus vidas y las que las circundan; siempre existirán conciencias abnegadas a la causa de la verdad para sacar de la barbarie a la civilización. La sabiduría que impregna ciertos pensamientos los preserva de la mentira y del error; fieles a la razón, saben disciplinar sus sentimientos y sus actos, son siempre la expresión de la verdad interior que los inspira. Por eso tenemos el deber de volvernos del lado de los sabios y no del de los mediocres, cuyos consejos perversos pueden perdernos, mientras que el ejemplo de los sabios es para nosotros un aliado precioso. Pues son los elegidos de la vida entre los hombres; sólo ellos han llegado a las cúspides luminosas en donde no existe mentira ni equívoco.

El ideal de la mediocracia, es la fealdad; el ideal de la artistocracia, es la belleza. La vida está hecha de servilismo y heroísmo, de cobardía y de entusiasmo. Sin cesar la muerte se mezcla con la vida y la falsifica.

Los seres más libres, los seres más nobles son los más hermosos. Los individuos que aspiran a la independencia absoluta, que quieren vivir su sueño de armonía y de luz, son los más hermosos. Los seres en que todos los pensamientos, en que todos los movimientos tienden a la realización de una humanidad superior, y poseen bastante independencia para vivir por encima de los prejuicios, pasando por encima de las morales caducas y de los preceptos estúpidos de la impotencia y la tontería, son los más hermosos. La belleza habita en el corazón e irradia en la inteligencia. La belleza no es un mito, es una realidad. Expresa al ser liberado de todo dogma, amo solo de su destino, creando su vida armoniosamente tal como la concibe, llegando a equilibrar todas las pasiones y todas las ideas, y a rejuvenecerse, a renovarse por su acción incesante, por su búsqueda de lo imprevisto, por su reflexión sobre toda cosa, por su interpretación nueva y osada de las formas más diversas y más completas de la vida, esta vida misma, los sentimientos e ideas que inspira a los hombres, su concepto de la piedad, la bondad, el amor y la justicia. Siempre crear de lo nuevo mediante el pensamiento y la acción, sacar de la vida los elementos que la modifican sin alterar su sentido profundo, sino con el fin de revelarla a todos, tal es la tarea del escritor y del artista. Mientras que la masa amorfa y cobarde no sospecha la existencia de una vida más rica y más bella, sin ningún punto de contacto con la vida in-

# El afilador de Trives

por PUYOL

**A**L sentir la voz del afilador, la vieja criada de la casa corre a la ventana. ¡Eh...! Comprende el afilador que van a darle trabajo: pone a sombra de balcones la rueda, se limpia el sudor, que es mucho el calor que hace, y aguarda.

Mozo entre los veinticinco y los treinta años, ni rubio ni moreno, entreverado, más alto que bajo, prieto de carnes, un dorado bigotillo, que es a la boca grande lo que la tilde a la eñe: en la cabeza, un cabezo de fieltro con mucha mugre y profundas troneras: calzones de pana acuchillados: gruesos botrancos... Se le da que es hombre de leguas.

La vieja sirvienta desea afilar los útiles cortantes de cocina: tres o cuatro herramientas.

—Puédese, sí, señora.

Planta un zapatón en el pedal y el queso de piedra comienza a dar vueltas. Miriadas de chispas lanza el queso girando. Por veces, el afilador introduce la pieza en un bote con agua y pasa a probarla. Los útiles afilados quedan como nuevos. Va con el cuchillo corvo de capolar y aún quedan unas grandes tijeras.

Este hombre salió de Galicia

dos años ha con la rueda a hombros. Ha comido pan de muchas tahonas, pernoctó en no pocos paradores, le azotó el sol, le reseco el polvo de los caminos, le ladraron los canes, le aventaron las tormentas, le caló la lluvia, amoló cuchillos y tijeras en diversas partes... Habla del Bierzo y de Tierra de Campos, y de que, enfermando en la de Burgos, hubo de hospitalizarse en Brivesca. Otro encarecería el trabajo elevando la tarifa a tenor de sus duelos: él, no. Le gustan los pueblos de cabe al Ebro por la abundancia rayana en el derroche, teniendo a sus habitantes por indios.

—Diga usted: ¿Su tierra por dónde cae?



—¿Miña terra?... ¡Oh miña terra...!

Hasta el momento de formular esta pregunta la vieja, tal vez el afilador no paró mientes en lo distante que está de aquí Puebla de Trives, y hablando para sí en barallete, que es el lenguaje de los afiladores, acorta la distancia con esta expresión en gallego:

—Lejiños... lejiños...

Los amoladores son gallegos, los castradores extremeños, los apañacencos, avergüelo Vargas, los saltimbanquis, los gitanos o egipcianos de la carretera, los algemifaos o merceros de los atajos, los feriantes de todas partes.

Hecho el trabajo, el afilador empuja la rueda, que va dando saltos por la calle pedregullada.

—¡Afilas cuchillos y tixeiras!

Ahora es el esquilador quien le toma la voz y le proporciona faena. Gira otra vez el queso lanzando miadadas de chispas. No se sabe si afilan o sierran: parece como si cantara la cigarra. Después la rueda va dando tumbos por el empedrado.

Ya no se ve al hombre que con su «lejiños, lejiños», menos que lejos acortó la distancia entre la región del Ebro y la de Galicia.

consciente y vegetativa, que nos ofrece como espectáculo, quien la belleza ha revelado a sí mismo revelándole el sentido de la vida, no tiene más que un deseo: el deseo de expresarse en una obra digna de la vida, de proclamar a los cuatro vientos su amor por la vida de dejar algo tras él que atestiguará indefinidamente que no pensó con el rebaño. Yo descubro en la vida de arte el testimonio de los individuos que han pasado por la vida comprendiéndola y amándola, el testamento de su pensamiento, la prueba de su heroísmo y de su acción; en ese gesto individual que es arte, veo en la inmensa muchedumbre de los anónimos, encontrar su castigo o su recompensa: es toda la humanidad, fijada o retenida, en sus diversos aspectos,

a horas diferentes; son las razas enteras de hombres magnificados y eternizados por algunos (1).

GERARD DE LACAZE-DUTHIERS

(Trad. V. Muñoz).

(1) La aristocracia (no vaya a confundirse como a menudo ligeros copistas han hecho, con el vocablo aristocracia) fué un vocablo creado por el autor, para indicar la preponderancia artística de la belleza por encima de la mediocridad ambiental, tan bien radiografiada, además, por ese libro capital que se rotula «El hombre mediocre», de José Ingenieros. — N. del T.

# LA VIDA Y LOS LIBROS

## "Pancho Villa"

por P. FOIX

*«Entre vivir agachado a la tierra en provecho del prójimo, llevando una vida miserable, y los peligros de la montaña, es preferible burlar la justicia de los ricos, echarse al monte y responder a la guerra con la guerra.»*

PANCHO VILLA

**S**I «La vida y los libros» ha de ser una rúbrica en la que el tema desarrollado guarde relación con éstos y aquélla, raro libro se encontrará más adecuado para ello porque el «Pancho Villa» de Pere Foix es todo un libro en el que el autor ha estampado, con léxico muy lozano y vigoroso, toda una vida. Una vida plena, desinteresada, apasionadamente llevada, heroicamente defendida y gloriosamente terminada. Así es la que responde al nombre célebre de Francisco Villa, el Bandolero Divino, el Centauro del Norte, a cuyo alrededor giran cual planeta humano, Madero, Huertas, Porfirio Díaz, Carranza, sin olvidar toda una «recua de generales», uno de los cuales terminará asesinandolo como si se tratase de un perro.

Hay en Pancho Villa mucho de Don Quijote — fué un «vengador de agravios» — y mucho de aquellos bandidos de Sierra Morena, que salían a robar a los ricos al grito de ¡Alto ladrones! Mucho hay en Villa de un Empecinado y de un Durruti. Su violencia aun en los momentos de arrebató no deja de ir, salvo escasas veces, revestida de cierta grandeza. Su ambición no le permitía la quietud, su generosidad impedía que dicha ambición fuese interesada. Por otra parte, si Zaragoza tuvo en Lanuza su Justicia titulado, México lo tuvo en Villa de hecho.

### LA PERSONALIDAD

El que de niño se llamó Doroteo Arango y después trocó su nombre por el de Pancho Villa — en honor a uno de sus más aguerridos amigos muerto en la pelea — hizo de su obligación, del cumplimiento de su obligación, una divinidad. Fiel incondicional de Madero, pero no fué lacayo de nadie. Fué fiel y leal con sus amistades mientras éstas trabajaban para el pueblo. Muchos le fueron traidores, ora unos, ora otros, pero no se conoce en él ni la idea de traicionar a nadie. A falta de instrucción y de palabras, convencia a las gentes con los hechos. Luchó tanto que no tenía tiempo para hablar. Su actitud es en este aspecto muy similar a la de Malatesta, quien al ser requerido para que escribiera sobre lo que sería la revolución social, contestó: «Hagámosla, después ya la escribiremos.» Nos dice Pere Foix que cuando Doroteo Arango conoció a Francisco Villa, éste tenía 35 años, el muchacho iba por los 20. Ambos eran el «terror de los propietarios, de los mayordomos, de los prefectos y de los jefes políticos, pero también la felicidad de los labriegos». En una de las refriegas con los rurales, Francisco Villa muere y ante su cadáver Doroteo promete seguir su camino con fidelidad hasta acabar con los tiranos. Y en este juramento funda-

mentó su personalidad combatiente, personalidad que habría de arreciarse y ampliarse en todos los conceptos con la idea puesta en el bienestar general. Sus enemigos inventan las mil calumnias, una de ellas, en cuya ocasión se supo portar con entereza y con nobleza, tuvo por origen las relaciones sexuales entre un cura y una muchacha de 15 años, culpando de la preñez a nuestro héroe. Enterado de todo Pancho Villa llamó al cura y a la muchacha y su única venganza fué el casarlos él mismo en medio de la plaza. Era, pues, una recia personalidad completa que sabía dominarse a sí mismo aun en trances de verse herido en su honorabilidad. El enemigo más grande de Pancho Villa, el que más mal le hizo y al que nunca descubrió como tal, fué el de los muchos aduladores que tuvo. Tanta adulación de los partidarios del guerrillero malogró a aquel hombre, venerado como un semidlós.

Se ha dudado siempre de las cualidades de Villa para vivir una vida pacífica. Siempre es aventurado hablar por hipótesis. Una cosa es incontestable: que la lucha le fué impuesta, que duró varios años, que llegó por fin el día en que consideró posible una vida tranquila y aceptó el retiro con sumo placer dedicándose al cultivo de las plantas y a la ganadería. Y aun así, retirado y laborioso, infundía sospechas a sus antiguos amigos de lucha elevados a puestos de mando, que así era de grande la influencia que ejercía en los ánimos tan extraordinaria personalidad, hasta el punto que llegaron a matarlo alevosamente.

### SU JUSTICIA ES LA NUESTRA

Doroteo Arango tiene una hermana, Martina, y por ella empezó su carrera de bandolero honrado, al dar muerte a López Negrete, su amo, potentado ricachón que violó a la muchacha.

Espíritu de justicia innato en él que nunca abandonará. Pere Foix no admite el epíteto de bandido que le endilgan las plumas mercenarias y cobardes coreadas por la gente que no tiene más preocupaciones que llenar la barriga y vivir en sosiego aun a trueque de consentir que, al lado, sus semejantes no tengan con qué comer. «Y siempre en el caso de Villa y otros parecidos, se verá al hombre acomodado cómo se desgañita insultando y apelando a la ley, a la policía, a los tribunales y a Dios, ante el solo temor de perder su holgada vida.»

Desfacedor de entuertos, su lema de lucha era: «Vengar para que nadie atropelle a nadie». Y esto cumplió mientras vivió. Fatalidad que nos deparan la existencia, ciertas casualidades, las circunstancias, mucha suerte y el genio indomable del hombre que no teme a la muer-



te, que la desprecia, que va al peligro, no por arte sino por deber, no obediendo a fuerzas extrañas, sino impulsado por su rebeldía y espíritu de justicia. La púrpura, la seda, los brocados, galones de oro, entorchados: he aquí la muestra de la usurpación y el robo. Contra ellos combatiría porque dicho combate era justo. El reclutamiento de combatientes le fué fácil porque la gente deseaba guerra contra la opresión. Sin analizar el porqué ni el para qué, el peonato deseaba un jefe y un combate, lo encontraron y tras Villa los esclavizados se batían ferozmente. Enemigo indiscutible e indiscutido: el mayordomo, el capataz, el jefe de tajo. ¡Glorioso e ilustre combate! A incorporarse a él fué Dcroteo Arango, dejando el arado en el campo, el barracón que servía de hogar, la familia... todo. ¿Qué español de los tiempos modernos no ve en este rompimiento con la vida del hogar el reflejo de su propia acción? ¿Quién de los que leerán estas líneas no recuerda la hora y el lugar en que por similares circunstancias debió dejar el hogar, la madre, la novia o los hijos para lanzarse al monte en donde le esperaban muchas aventuras sin ser aventurero? Consecuencia ineludible de todo aquél que quiere mayor justicia social, más igualdad, más fraternidad entre los humanos.

Dice Foix que: *«El régimen de Porfirio Díaz, además de cruel para los trabajadores, fué indiferente para las necesidades del pueblo. Los campesinos eran tratados como esclavos y morían de hambre. Percibían salarios mezquinos. De 18 a 35 centavos por un trabajo agotador en el que las horas no se contaban. Y gracias que pudieron trabajar, porque los mayordomos, con intento de atemorizar a los peones, seleccionaban a su gente, y, además, amenazaban con el despido ante la menor falta.»*

Y si uno echa una mirada por doquier en nuestros días, ¿qué ocurre? Pues que los mayordomos... etc., etc... Constatación que no le resta mérito a la acción de Pancho Villa, antes al contrario, abona en su favor, de tal forma, que si viviera hoy volvería por las mismas andadas, porque no han desaparecido las causas.

No será muy osado detenernos a examinar el paralelismo que resulta entre las circunstancias de hoy y las de entonces. A principios de siglo, mientras en Méjico se producían semejantes convulsiones de revuelta, en Europa y en otros países se discutían las ideas socialistas, las del economista Henri George y de todos los economistas, desde Marx y Ricardo, Cantillón y Adam Smith hasta Quesnay, Schomoller, Jovellanos y Joaquín Costa. Momentos de renovación eran aquéllos, momentos idénticos son los nuestros cuando por todas partes se vive ansiadamente la necesidad de una transformación social profunda y de una lucha contra la tiranía cuyos ejemplos son múltiples en la propia América e insoslayables para un futuro más o menos inmediato en la misma Iberia. En ésta última principalmente, como el tirano se empeña en no hacer caso de las quejas del pueblo «volverá a cabalgar el espíritu de Villa». Por eso el libro de Foix constituye un manual de lucha para todo español que sienta vergüenza de verse tratado cual si fuese de raza inferior por el más desleal de todos los tiranos: el Hitler español, el avechucho de los dos millones de muertos, el que se engaña si piensa que la quietud de la hora indica que ya puede dormir tranquilo, pues un día la valentía rugirá, las pasiones se desbordarán, los despojados se erguirán y el choque fe-

roz se producirá. Puede de ello estar seguro el buitre de las mil traiciones, al que, a falta de un Pancho Villa, los mismos amigos suyos despellejarán cuando ya no lo necesiten.

#### MADERO, APOSTOL DE VILLA

Estamos en 1910, el pueblo mejicano sufre la dictadura de Porfirio Díaz, el hombre que en su juventud fué liberal, discípulo de Juárez. Francisco Madero, era uno de los políticos que, al igual que muchos de los que registra la historia española, consentía todo, aunque también en todo era protestatario. Era uno de esos puritanos de la política que ni colaboraba con la maldad erigida en gobierno, ni con la violencia desencadenada para acabar con dicha maldad. Quería usar de la persuasión hasta para convencer a los tiranos. De tal forma que viendo a Díaz envejecerse, le rogó que creara un vicepresidencia, de elección popular, naturalmente, «única manera de evitar el estallido revolucionario». En las esferas oficiales no se tomó en consideración tal propuesta por entender que el vicepresidente tenía que ser una persona manejable por el porfirismo» (algo así como lo que sucede en España actualmente entre los tres sujetos: Paco y los dos Juanes.)

La moderación presidió todos sus actos. En cierta ocasión, Pancho Villa se concertó con Orozco para coger Ciudad Juárez, pueblo fronterizo en manos de los porfiristas. Todo ello contra la opinión de Madero; esto tenía lugar el 8 de mayo de 1911. El 10, ambos cabecillas entraban victoriosos en dicha ciudad. Al saberlo, Madero, rindiéndose a la evidencia, felicitó a Pancho Villa e hizo entrada en Ciudad Juárez, de la que hizo la capital provisional, como presidente de la República naciente. Fué su indisciplina el triunfo de la Revolución Mejicana, el triunfo de la libertad. Fué tan grande el acontecimiento que obligó al dictador a pactar con los partidarios de Madero. Este, llevado por su sentimentalismo bonachón, accedió y firmaron un acuerdo conocido por el Tratado de Ciudad Juárez. *En el mismo se estipulaba la dimisión del dictador y de su lugarteniente, dando paso a uno de sus ministros, León de la Barra, para que en un plazo prudencial convocara elecciones según la constitución de 1857* (Destacamos este proceso por lo que de similar puede ocurrir en España). *Por su parte Madero se comprometió a licenciar a todas sus tropas aceptando en su totalidad las del Ejército Federal, es decir, oficial.* Error grave del político, que constituyó su propia condena de muerte, para lo cual era libre, pero también la de la Revolución Mejicana, cosa que le estaba prohibida.

Una vez desarmados, el pacto fué roto por el dictador y Madero debió otra vez pasar a erigirse en gobierno representando a la rebelión en la que Pancho Villa era el cabecilla aguerrido. En este trance Madero fué alentado por el Gobierno de Washington, aliento que le valió mucho, pero lo que más le valió a Madero y a la revolución mejicana fué la fe ciega que Pancho Villa tenía depositada en el hombre que si cometió errores importantes, nunca cometió una deslealtad. Sus errores, aun graves, no hubiesen sido fatales sin la deslealtad con que se conducían algunos cabecillas de la revolución en la que se distinguió como traidor Victoriano Huerta. A instancias de éste e inspirado por el embajador yanqui Lane Wilson, el 22 de febrero de 1913, Francisco Madero y Pino Suárez eran asesinados.

Y Pere Foix de concluir: «La bondad de Madero perjudicó a la Revolución». «La actuación de Madero fué interpretada por la reacción como debilidad». De ahí la catástrofe: él perdió la vida y el país se ensangrentó.»

(Invitamos al lector a que pase en revista lo ocurrido en España entre la reacción y la blandura con que fué tratada por la República. La conclusión es contundente en tanto que lección política).

#### HUERTA, EL USURPADOR

Pero antes cae Porfirio Díaz, al que Madero destierra encomendando a Huerta que al mando de un destacamento protegiese su huida al extranjero. Y aquí empieza a surgir el siniestro personaje. A Madero no todo el mundo continuó teniéndole confianza por su conllevancia con los antiguos del régimen y falta de energía para satisfacer las aspiraciones populares. Zapata y Pascual Orozco se declararon rebeldes. En misión punitiva contra éste fué enviado Victoriano Huertas, general. Bajo su mando estaba Pancho Villa, coronel. Más tarde, por delito de indisciplina, Huerta empezó a odiar a Villa e hizo como David con el sargento Uri: lo enviaba a operaciones difíciles con el solo objeto de que pereciera. Como esto no llegaba, lo asciende a general, sin abandonar, por eso, la idea de asesinarlo. Inventó robos, conspiraciones, y dió órdenes de que Pancho Villa fuese pasado por las armas, no logrando más que el encarcelamiento, del cual fué responsable principal el propio Madero, influenciado como estaba por el general Huerta.

Este torvo personaje, tras ejercer influencia para lograr de Madero el encarcelamiento de Pancho Villa, pasó a ser amo de la voluntad del presidente, que al fin asesinó; mató primero al hermano, Gustavo Madero, y terminó con el presidente y el vicepresidente. Crímenes que fueron concertados en la propia embajada de los Estados Unidos de Norteamérica.

Tras estos hechos la antorcha de la revuelta fué encendida por Venustiano Carranza, quien acabó con Huerta, general asesino, político sin regla de conducta y hombre sin moral. Todo un caudillo.

#### VICTORIANO CARRANZA

Firmado por Carranza y varias personalidades de la Revolución, apareció el Plan de Guadalete, tendente a combatir al usurpador Victoriano Huertas. Los firmantes sabían que tras el siniestro individuo se escondían los terratenientes, el clero y los grandes industriales. Y abordaron el tema, que también tuvimos en la revolución española, es decir: hacer la guerra al fascismo sin tocar a los que lo sostenían, o hacer la guerra y la revolución a la vez. Según Carranza el clero, los terratenientes y los grandes industriales recibirían su merecido después. Ello como táctica, a fin de limitar la fuerza del enemigo. A un llamamiento dirigido a los oficiales del ejército, respondieron cuatro generales y algunos oficiales. Entre estos últimos se encontraban Alvaro Obregón y Calles. Pero el vencedor de batallas continuaba siendo Pancho Villa quien, debido a otra indisciplina conquistó a los huertistas el pueblo de Zacatecas y fué el primer signo del declive de Huerta. Con la toma de Guadalajara por Obregón, se finalizó el reino del mismo el 13 de agosto de 1914, asumió la presidencia por interino Venustiano Carranza. Días antes éste había menospreciado los acuerdos llamados de Torreón, por cuyo motivo, tan pronto subió al poder,

Francisco Villa se declaró en rebeldía. La primera decisión del gobierno carrancista fué la de acabar con Zapata en el sur y con Pancho Villa en el norte. Contra este último envió al general Obregón para negociar... y al general Calles para atacarle. De las conversaciones surgió la Convención de Aguascalientes con la que se solucionaba el conflicto vigente entre Carranza, Pancho Villa y Zapata.

Pero Carranza desaprobó la decisión de Aguascalientes y recabó acatamiento a sus órdenes. Zapata y Villa le declararon la guerra en virtud de la convención citada. Carranza debió huir de la capital y sentó su sede en Veracruz, en donde promulgó en parte la reforma agraria reclamada por Zapata a la vez quedaba orden de pasar por las armas al temible guerrillero del norte. En las refriegas, Villa perdía hombres.

Establecido en su puesto, Carranza convoca el Congreso Constituyente de Querétaro; éste dió a Méjico una constitución que aún rige hoy, tras lo cual Victoriano Carranza ha pasado a la historia como hombre que ha dotado a su país de un modo de convivencia política nunca visto en tierras mejicanas. El artífice de la Constitución, el que dió rango de nación independiente a Méjico, conoció también tiempos adversos hasta perecer asesinados por gentes que aún no se sabe quiénes fueron, pero es cierto que coincidió con la sublevación de Obregón al amparo de la que Calles empezó a subir en grado y en poder.

#### CONCLUSION

El porfirismo era el régimen de las oligarquías. Para ellos la paz y la satisfacción, para los otros la guerra y las necesidades. Los personajes que revisa P. Foix hacen la historia de Méjico, pues que en pocas naciones como en ésta la influencia de ciertas minorías e individualidades es tan total y marcada. Y el desespero del pueblo permitía que cualquiera fuese capaz de provocar una sublevación de labriegos y levantar varias ciudades en armas, sobre todo en donde imperaban los yanquis. En torpeza y ambiciones Díaz fué el modelo del actual Trujillo: el mismo gusto por las medallas, el mismo desprecio de la persona humana, el mismo desdén a todo lo que no fuera gente pudiente: obispos, terratenientes y rentistas. Fué el inventor de la ley de fugas. Todo Méjico era una paz de cementerio, como la de Franco. Sobre 15 millones de mejicanos, 13 millones eran analfabetos. Demagogo, émulo del otro sátrapa Santa Ana, 31 años de terror no le valieron y el pueblo lo echó, y sólo a la idiotéz de Madero se debe que no fuera colgado por las patas como más tarde lo fué Mussolini. Contra él se irguió un Pancho Villa. Contra él combatió Zapata, y con ellos todo el pueblo mejicano.

La figura central del libro de Foix es Pancho Villa. Expresamente nos hemos referido un poco a las otras porque es viendo la riqueza de detalles de éstas como el lector puede imaginarse el tesoro histórico que es «Pancho Villa» para conocer a Méjico en su pasado casi reciente. Muchas más páginas de texto se necesitarían para resumir someramente lo mucho que Foix dice de la recia personalidad, recia y completa, del infatigable combatiente, amigo de los desheredados. Los españoles antifascistas, como quiera que todos somos un poco panchovillas, agradecerán a Pere Foix la contribución valiosa que con su libro hace a la verdadera historia.

M. CELMA

# Sociedades animales, Sociedad humana

**E**S necesaria la orientación de una humanidad hacia normas biológicas que puedan adaptar todas sus expresiones al total concepto de la conservación y mejoramiento de la vida de la especie.

El sabio auténtico, en relación con sus conocimientos, no afirma algo que no pueda probar.

El número infinito de los tontos, que todo lo creen sin pruebas fidedignas, necesita depurar sus células cerebrales para que éstas funcionen en su propio bien armonizado con el bien general.

En la Colección *Cuadernos* de la Editorial Universitaria de Buenos Aires se ha publicado «Sociedades animales, Sociedad humana», de Paul Chauchard. En este estudio dice la presentación: «Se plantea el problema de la relación de las sociedades animales con los fenómenos sociales humanos, punto que no ha perdido su original dramática. Es un informe sobre el estado actual de esta investigación de la naturaleza íntima del proceso social».

Las orientaciones científicas, de pura observación analítica, se enturbian en una conclusión influida por ideas metafísicas, de religiosidad y de supuesta creación divina.

Así se comprueba que si la ciencia progresa mucho, las costumbres no dan un paso adelante en contra de los prejuicios y de las morales específicamente antibiológicas. Hay una impregnación «espiritualista» que oscurece la inteligencia solidaria de la unidad humana para disfrutar de los bienes creados por todos los hombres.

He aquí un parangón para que el lector analice y elija lo que le parezca más razonable, sin prejuicios:

## DICE EL AUTOR PAUL CHAUCHARD

*Es posible prever una nueva era, en la cual la humanidad, al tender hacia la unificación, adquirirá conciencia de los determinismos sociales y asegurará conscientemente la prosecución de la evolución, realizando una sociedad justa, sin clases, una sociedad reflexiva, en la cual nadie será sacrificado y en la cual desaparecerán los privilegios, una sociedad que habrá de ver la elevación de una comunidad realmente humana hacia un futuro cósmico.*

*Esta visión objetiva del fenómeno humano tiene el mérito de no imponer la opción de ninguna filosofía o metafísica; requiere renunciar a los puntos de vista fijos y caducos, pero enlaza perfectamente tanto con la tesis marxista, dotada por Marx y Engels de un profundo fundamento en la biología, como una visión cristiana de la historia.*

*La acentuación necesaria de la toma de conciencia de la responsabilidad personal había limitado durante mucho tiempo la visión religiosa del mundo a un cuadro estático, en el cual las sucesivas creaciones parecían una diversión del Creador; la había constreñido a una rigurosa separación del hombre y del animal, a una concepción idílica de una edad de oro de la humanidad primitiva, a un recogimiento del creyente sobre sí mismo en la esperanza de su salvación única resignado a sufrir en éste «valle de lágrimas», que sólo es temporal. Es ésta una forma prelógica del pensamiento religioso, que señala un Dios mágico, separado del mundo. Pero la depuración del sentimiento religioso por medio de la ciencia vuelve a encontrar valores mucho más conformes a la realidad incommunicable de la fe.*

*Un mundo creado no es un mundo mágico, es un mundo dependiente que no deja de ser autónomo en su plano, y la evolución en el sentido de una complejidad creciente, fuente del pensamiento, es la manera que tiene el espíritu de encarnarse, la manera en que la acción inmanente de Dios trascendente se realiza. Cada grado de organización traduce un grado de alma, y si el alma humana creada por Dios depende de El, las almas animales que emanan de una organización material más simple y son por ello menos complejas, dependen de El igualmente.*

## DICE EL COMENTARISTA

*Es posible prever una nueva forma de sociabilidad en la unificación de la especie por el aumento del esclarecimiento de los determinismos que agrupan a los hombres. Quizá así se proseguirá la evolución hacia una sociedad justa, sin clases, reflexiva, en la cual nadie será sacrificado y desaparecerán los privilegios a fin de llegar a la formación de una comunidad que se entienda en reciprocidad libertaria y pueda aspirar a un futuro cósmico sin límites autoritarios.*

*Esta probabilidad objetiva del fenómeno humano social no impone filosofía ni metafísica alguna, sino que requiere la renuncia individual a los puntos de vista fijos y caducos de las doctrinas para cimentar los razonamientos en todos los postulados biológicos que profunda y extensamente se hayan formulado o puedan formularse.*

*La visión religiosa del mundo es un cuadro estático, en el cual las sucesivas transformaciones se tenían por diversiones de un dios imaginario, que habría separado rigurosamente al hombre del animal en una concepción idílica de un arribo a la felicidad de la humanidad primitiva a una concentración del creyente sobre sí mismo, en la esperanza infantil de su salvación única, resignado a sufrir los dolores del mundo temporal para entrar de lleno en la vida eterna.*

*Comprobamos, ante la fe gregaria de la multitud, que la ciencia biológica ha hallado valores efectivos tendientes al equilibrio humano, más son muy pocas las probabilidades de que ellos tengan eco universal y aminoren hasta que desaparezcan, por consunción, los arraigos del absurdo religioso que impide la floración del hombre sobre su mundo terrestre, en el que dominan las creencias, las ilusiones de ultratumba y todo el influjo de las ideas de una compensación celestial en el páramo de la divinidad que no produce sino náuseas en la disposición vital de los pocos incrédulos que quieren vivir «aquí y ahora» y no se dejan estafar por las añagazas «espirituales» de seguir viviendo en el «más allá» que explota el sacerdocio de todos los templos que idolatran a dios (?).*



## DICE EL AUTOR PAUL CHAUCHARD

*En un mundo en creación evolutiva, en el cual las causas segundas, como el azar, o la libertad humana, tienen su juego autónomo que expresa la presencia de la causa primera, no hay ninguna dificultad para conciliar los datos de la ciencia y los auténticos datos de la fe, cuando se desprende a los valores permanentes de la vestidura ocasional con la cual se han presentado al hombre primitivo.*

*Nadie ha estado más acertado que Teilhard de Chardán al insistir sobre esta analogía entre las perspectivas futuras para la humanidad de los constructores de la ciudad terrestre y las visiones escatológicas del cristianismo: ir en el sentido de la historia equivale a completar la creación.*

Antes dijo el autor:

*El perfeccionamiento de las estructuras nerviosas en la evolución permite de este modo al animal tener un comportamiento cada vez más unificado, pero es menester que aparezca el cerebro más grande, el del hombre, para que la toma de conciencia y el control den un salto, un avance significativo que hace surgir cualidades nuevas.*

*Es la misma naturaleza para el animal y para el hombre. La diferencia está en la capacidad de invención del cerebro humano. Principalmente, el lenguaje permitió un progreso incesant y transmisibl.*

## DICE EL COMENTARISTA

*En un mundo enajenado, en plena transformación técnica, es una aberración y un anacronismo de algunos intelectuales y filósofos contemporáneos pretender conciliar los datos de la ciencia con los propósitos de la religión, que no deja de ser un camino tortuoso por el que viene caminando la historia de una humanidad angustiada y que parece hallarse en su fase de catástrofe final.*

*Si se desea intentar la ascensión por la abrupta senda de la razón biológica, es necesario atacar en sus tambaleantes puntales todo resabio religioso, aunque se haya desprendido de la vestidura ocasional con la cual se presentó al hombre primitivo y sigue operando con los hábitos talares.*

*Si se dice que es «abrupta la ascensión biológica» es en sentido metafórico, porque los hombres son tullidos y con las muletas de las creencias no pueden caminar normalmente y menos subir a la comprensión de la verdad biológica que, en realidad, es una ruta llana para todos los hombres que sepan caminar, manejar y pensar con sus propios medios cerebrales, manuales y pedestres... Dejemos que el «espíritu» contemple desde su espacio sideral las situaciones humanas sin mezclarse en ellas, ya que su intervención siempre ha sido detestable.*

## MUNDO AL REVES

**E**S fácil despertar al que duerme, pero no es tan fácil despertar al que se hace el dormido. Esta filosofía puede aplicarse experimentalmente a muchas dolencias que se padecen por sugestión. Se cura un enfermo o se alivia cuando no se muere. En todo caso el enfermo estaba real y verdaderamente enfermo. Pero ¿cómo será posible curar al que se hace el enfermo?

En un sainete español memorable figura en su papel de característica cierta mujer ya entrada en años de abuela, cuya manía consiste en atribuirse un repertorio imponente de padecimientos: reuma, aldabonazos cardíacos, desnivel nervioso, bronquitis, acritud de los jugos gástricos, virulencia sanguínea, insomnio, humor en constante desequilibrio, etc.

Todas sus conversaciones se refieren invariablemente a los cambios de tiempo por lo que alteran la salud, al intento de enriquecer con nuevos frascos y nuevos comprimidos su ya repleto botiquín casero, a explicar con abrumadores detalles las fases de un catarro, la traición de un aire colado y la perfidia de la humedad estadiza.

— ¿Cómo se encuentra hoy? — pregunta un visitante a la eterna enferma.

— Peor que ayer. Si un día puedo decir que estoy bien, pero bien del todo, seguro que me muero.

Rasgo molieresco que parece arrancado de «Le malade imaginaire».

Y, sin embargo, la mujer no dice ni por asomo que lo que tiene son achaques acumulados. No se le ocurre defenderse preventivamente contra las inclemencias del tiempo porque quiere presumir, ligera de ropa y de cabeza, en vez de evitar el mal. Mima sus enfermedades. En vez de evitarlas las prolonga y exagera con el intento exasperado de exhibirse y atraer la conmiseración ajena. La sugestión sin aliento hace que la paciente se administre remedios contradictorios, que acaban por postrarla realmente y hacer de su carácter un gemido desapacible.

Nada de salir al paso de un catarro incipiente, no prevenido, con ducha diaria, Nada de cortarlo aspirando alcohol de romero o de tomillo. El catarro domina el cuerpo cuando se desencadena, aturde la cabeza, remueve el látigo nervioso y estimula las corazonadas. Pues todo eso está en el programa de la doliente y lo va exhibiendo por tiempos para excitar lástima en vez de aficionarse a la ducha escocesa.

¿No habrá en el complejo de frivolidades que es el mundo actual cierta mentalidad parecida, impulsada por un deseo vehemente de exhibición para sugerir lástima? Si el mundo tuviera un paréntesis de paz para avanzar ¿no sobrevendría el colapso de las esferas? La ONU es un destemplado coro de estornudos y lástimas.

He aquí la raíz de la psicosis de guerra. Consiste en entretener dolencias — la política, el interés acumulativo, la autoridad, la pedantería sentimental, la misma lástima — para que la familia humana corra detrás de médicos y curanderos como la familia casera, y nadie sea tan osado que pueda pensar en tener salud y soportar la intemperie, es decir, la verdad curada por la sana revolución reclusiana de los cuatro vientos.

ALAIZ

# EL MAESTRO

por DENIS

**E**RASE un maestro de escuela de escasa cultura: de cultura de maestro de escuela. No tenía ningún deseo de aumentarla. Era mucho más agradable pasar el tiempo en la tertulia del cura, cuya ama preparaba un café exquisito.

Los habitantes del pueblo, salvo los que se reunían en la tertulia y algún que otro propietario de tierras, eran gentes rústicas, que no apreciaban su escaso saber ni habrían apreciado un saber mayor. Le enviaban sus hijos justamente hasta la edad en que podían empezar a trabajar: ni un día más. Sólo los de sus contertulios, nombres de carrera, como él, y los de los propietarios, permanecían en la escuela el tiempo indispensable para aprender lo poco que tenía que enseñarles: rudimentos de lectura y escritura, de aritmética y de geografía.

Los hijos de las gentes rústicas aborrecían la escuela casi tanto como el maestro. Si a éste le robaba horas que habría pasado mucho más a gusto charlando con el cura, que conocía como nadie los misterios del tresillo, a los niños les privaba de las correrías por el campo, goce que luego, sin salir del campo, no habían de volver a tener. En verano estaba allí el río, en cuyas aguas claras era delicia zambullirse, en invierno caía la nieve, tan blanca, tan blanca, y tan pura. Hundirse en ella, correr por ella, lanzarse al rostro su caricia, les daba un calor que en el hogar no había. No porque sus padres no les quisieran: es que la miseria no les dejaba tiempo ni para quererles.

En primavera comenzaban los árboles a ofrecerles el regalo de sus frutos, que sólo se saborean montando a las más altas ramas, sentándose en ellas, oculto entre el verdor, tan variado, de sus hojas. Y luego, en otoño, estaban las viñas, por dondequiera que se salía del pueblo.

A veces, se tropezaba con los dueños de los árboles, y de las viñas — porque tenían dueño —, pero era placer infinito burlarles, escapar de sus manos, cuando ya ellos creían tenerles en las manos. Hombres antipáticos, siempre dispuestos a perseguirles, hasta cuando jugaban con la nieve y se lanzaban a las aguas claras del río, como si la nieve y el río también fueran suyos.

El maestro, sencillamente, les odiaba. Por la cosa más insignificante, les ponía, con una palmeta — maldito instrumento —, moradas las manos. Y no siempre se contentaba con castigo tan odioso. Muchas veces usaba, para su instrucción, de una vara: que caía, inesperadamente, sin saber por qué, sobre las cabezas infantiles.

Los niños le devolvían, aunque no con creces — habría sido imposible —, su odio. Pronto — ¿para qué decirlo? — olvidado. Bastaba una sonrisa suya para que le rodearan, como sedientos de una palabra dulce. Rara vez pronunciada. No se les borraba de la memoria, cuando la pronunciaba. La llevaban, como un presente, a sus padres. El maestro me ha dicho... Y hasta dejaban, por unos días, de ser tan discolos. Pasta blanda que estaba allí para que un artífice la modelara, sin moles-

tarla. Cada cual, a su manera, era una promesa. No era el maestro quién para que la promesa se cumpliera. Ni nadie. El destino se les cerraba al empezar.

Había llegado el maestro al pueblo solo. Pronto le casaron. Y pronto le nació una niña. Que los revoltosos hijos de los hombres rústicos trataron, en cuanto comenzó a dar los primeros pasos, como ellos no eran tratados. Ni de una de sus excursiones predatorias volvían sin regalo para ella. Contenta, contenta de tan numerosa compañía.

Y a poco, como si las inquietudes de todos sus amiguitos se hubieran hecho carne en ella, fué el tormento de su padre. Porque le asaltaba, constantemente, de preguntas. Preguntas que habrían surgido, sin el odio de éste a los niños, de las bocas de todos los niños.

¿Por qué llueve? ¿Por qué hace viento? ¿Por qué las flores tienen colores tan distintos? ¿Por qué hay luna unas noches y otras no? ¿Por qué algunas veces no se ve el sol?

Había oído decir el maestro, no sabía a quién, que el niño es maestro del hombre. Se indignó de paradoja tan extravagante. Veía ahora que la paradoja no era paradoja ni, por tanto, extravagante. Su hija le estaba instruyendo a él. Porque, aunque contestaba a todas sus preguntas con evasivas, procuraba enterarse de qué habría podido contestarse.

No habría hecho jamás esfuerzo semejante si las preguntas hubieran sido de cualquiera de sus discípulos. ¿Para qué estaban allí la palmeta y la vara? El niño no tiene por qué preguntar nada, ni por qué querer enterarse de nada. Es misión del maestro suministrarle el conocimiento que juzgue pertinente. Y aun ningún conocimiento. Porque tampoco se lo han suministrado a él. Le han enseñado a enseñar a leer y escribir. Es todo.

Un maestro que contesta a las preguntas de los niños sería un maestro que no sería maestro. Es él quien debe preguntar, o no preguntar. Si un maestro hubiera de prepararse para responder a las mil cosas que a los niños se les ocurre preguntar, nunca acabaría sus estudios, nunca sería maestro.

Su hija estaba echando por tierra todas las ideas que el maestro se había formado sobre la instrucción. Porque a su hija, tan pequeña, tan tierna, tan graciosa — los otros niños no eran pequeños, ni tiernos, ni graciosos: eran hijos de los demás —, no podía responderle con la palmeta, ni con la vara. Y el caso era que su hija no se contentaba, poco a poco, con evasivas: exigía respuestas satisfactorias, que le parecieran satisfactorias.

Un día, cuando ya tenía su hija seis años, la llevó con él a la tertulia, porque reclamó ella ir con él a la tertulia, y el cura habló con ella, de que todos somos hermanos, hijos de un mismo padre. Al volver, tropezaron con uno de los amiguitos de la muchacha, que siempre iba descalzo, y la muchacha preguntó a su padre:

— ¿Por qué, si todos somos hijos de un mismo padre, voy yo calzada y él no?

Por primera vez, a falta de sus instrumentos escolares, el maestro contestó a su hija con una bofetada. Carriñosa, pero bofetada. No era, la bofetada, una respuesta. Se lo hizo ver la muchacha, llorosa. Porque repitió su pregunta, sin temor a nueva bofetada.

— ¿Por qué voy yo calzada y él no? ¿Es que nuestro padre me quiere a mí más que a él? ¿Es que está bien en un padre, querer a unos hijos y a otros no?

No encontró el maestro, dolorido, más que su hija, de la bofetada, ni evasivas con qué contestarle. Y en los días sucesivos meditó, meditó, meditando, que su concepción del mundo, que apenas era concepción del mundo, se desmoronaba. No sabía, si la pregunta de su hija se repetía, responder a ella de modo certero, pero el mundo ya no era para él el mundo de antes. Como si un cataclismo lo hubiera roto y lanzado a regiones distintas.

Llegó a huir de su hija, a la que tanto quería, temeroso de sus porqués, que le hacían la vida difícil. No tenía propensión alguna a pensar, pero su hija le obligaba a pensar con su asedio. Implacable. Todo despertaba la curiosidad de la criatura. Todo la lanzaba a interrogaciones sin fin. ¿Por qué cantan los pájaros? ¿Por qué ponen huevos las gallinas? ¿Por qué hay mosquitos.

que tanto pican? ¿Por qué los niños, en cuanto son un poco crecidos, no vienen más a la escuela?

Una noche de luna llena, preguntó, de súbito, a su padre:

— ¿Está muy lejos la luna?

— Sí, muy lejos — le respondió el padre.

Y a poco, como éste le hablara de su cumpleaños, que se acercaba, preguntó de nuevo:

— ¿Qué está más lejos, mi cumpleaños o la luna?

El padre no respondió nada, pero se vio obligado a pensar, sin querer, como tantas veces, y sin duda por primera vez en su vida, en el espacio y el tiempo.

Le instruía, le instruía su hija. Era verdad que el niño es maestro del hombre. Era verdad que el hombre no tiene, si quiere, mejor maestro.

El día del cumpleaños de la muchacha — día de fiesta señalada —, una de las preguntas de ésta a su padre fué inaudita. Y ya tantas veces obligado el maestro a pensar, acertó, no habría sabido decir cómo, a responder con ingenio:

— ¿En qué pensabais tú y mamá — le preguntó — cuando erais novios?

El maestro respondió:

— En tí, hija mía.



## Manuales e intelectuales

(Viene de la pág. 3333)

«Hay así, a mi juicio, para los intelectuales, dos modos de traicionar y en ambos casos la traición ocurre cuando se acepta una sola cosa: la separación del trabajo de la cultura. El primer modo caracteriza a los intelectuales burgueses que aceptan que sus privilegios sean pagados con la esclavización de los trabajadores. Ellos afirman a menudo que defienden la libertad, pero lo que defienden, sobre todo, son los privilegios que les da la libertad, y sólo a ellos. El segundo caracteriza a los intelectuales que se creen de izquierda y que, por desconfianza en la libertad, aceptan que la cultura y la libertad que ella supone, sean controladas, con el vano pretexto de servir a una justicia futura. En ambos casos, se acepta y se conserva la separación del trabajo intelectual y del trabajo manual, que constituye el verdadero escándalo de nuestra sociedad y que condena a la impotencia tanto al trabajo como a la cultura».

A CAMUS



Una traducción de SAMITIER



# PICASSO (1)



**P**ICASSO : en este nombre simbólico el público ha concentrado todo el asombro y toda la indignación que le inspira «el arte moderno». Y toda la gloria que Picasso ha adquirido, por brillante que sea —una de las más brillantes del siglo—, todavía es escandalosa, problemática y despierta una inquietud. «¿No creen ustedes, preguntan las señoras, que Picasso se burla de nosotras? A lo que no cabe más que una respuesta: «¡Espero que sí!» Señora, ¿por qué Picasso se preocuparía de usted? ¿Se burla de usted! Y, si esto puede consolarla, de mí también, y en suma, de todo el mundo.» Podríamos continuar diciendo que no es el único a proceder así, y que es el hecho de todo artista, Rembrandt o Leonardo de Vinci, de no preocuparse de la señora X..., sino exclusivamente de su pintura con la sola diferencia de que en la elaboración y en la preocupación de su pintura que absorben Rembrandt y Leonardo de Vinci, el poco caso que hacen de la señora X... es implícito y sobre entendido, mientras que Picasso parece darlo a entender. Es la única diferencia. Rembrandt y Leonardo de Vinci procuran no chocar al público con pasión demasiado aparente consagrada a su pintura y dan la impresión de que le tienen consideración y que desean su aprobación. Picasso, por sus transformaciones injuriosas, sus osadías incisivas, la desenvoltura de sus imaginaciones, no deja al público ninguna ilusión de este género, sino al contrario, la impresión de ser injuriado. Con este fenómeno, se produce en el público algo que molesta. Pero este malestar es, en sí mismo, ilusorio. Porque Picasso puede aparentar y subrayar la impertinencia que conlleva la práctica artística, a saber: que no es menos de lo que fundamental y realmente es, y la de Picasso es la misma que la de Rembrandt y la de Leonardo de Vinci. Picasso es un artista, como los demás. Es un artista. Tal es la conclusión, con la que, tras vueltas y más vueltas —y nadie puede inspirar más que este artista—, yo me paré en el trabajo que le consagré en 1940, en el capítulo final titulado: **En definitiva**. En definitiva, sí, a fin de que sea analizado, sometido a examen y puesto en discusión; todo tratado, dividido, distinguido, redarguido, argumentado; en fin, hay que llegar a considerar simplemente a Picasso como un artista todopoderoso, y en cuanto a la gente, no tiene más que decidirse: un artista es así. Un hombre ocupado en sus fabricaciones, empleando los materiales que quiere, íntegra y exclusivamente poseído por lo que nace bajo sus dedos, por lo que se inventa, que él inven-

ta, o según expresión suya, que el encuentra. No hay nada más serio; al menos así lo piensa él e incluso lo proclama, y esto es lo que causa paradoja, y es por esto que una verdad sobrepasa su efecto. Es justamente esta seriedad la que aparece como una farsa.

En definitiva, pues, hay que considerar el artista en Picasso, y en Picasso el artista tipo, porque pocos fueron más soberanos, más ricamente dotados más aptos a hacer, y hacer de todo, más ágiles de mano, de ojo, de curiosidad y de espíritu, más rápidos a utilizar con fines de creación el menor objeto encontrado, la menor tuerca, el menor papel, la menor ocasión. Pero hay que considerar también el humor que en Picasso exalta el genio de artista y hace de él gala y demostración, hasta el punto de conmover las gentes y de inducir las a ver en esta fatalidad de ser un artista y de crear obras de arte, una intencionada ofensa personal.

**E**STE humor es español. Consiste en usar de la libertad pero haciendo sentir dicho uso. En fundarse siempre en el libre albedrío mediante producciones arbitrarias. En manifestarse en tanto que artista, y artista prodigioso, pero advirtiendo que podría hacerse de otro modo si se quisiera, de manera que si se es artista por naturaleza, por esencia, y como hemos dicho por fatalidad, también por voluntad, y que si siéndolo se obedece a un capricho de la naturaleza, éste coincide con un capricho de la propia persona, e importa que no haya ninguna duda en esto ya que el honor está en juego. Así es como el capricho personal aparece constantemente en la carrera de Picasso, y que todo período durante el cual su genio de artista se encuentra poseído de una necesaria obsesión se termina bruscamente para dejar paso a otro período no menos imperioso. Pero este cambio será signo y prueba de la libertad del humor y del capricho del hombre.

Esto, estas metamorfosis, estas contradicciones, estos cambios de signo y de clave también ha parecido estorbar al público. Aquí todavía se ha visto malicia y burla. Es que, repitémoslo, el hecho de ser artista el artista debe hacérselo perdonar. ¿Cómo? Primero por la buena gracia con la que da la prueba de su naturaleza de artista —es decir produce obras de arte—, y sin repetir jamás que es un artista y que es cosa singular que le otorga todos los derechos. Después, produciendo sus obras de arte según un desarrollo continuo y con una especie de rigurosa lógica; esta actividad, siendo en sí misma bastante anormal, debería al menos manifestarse como respondiendo a un principio director y per-

ceptible y seguir siendo siempre la misma y en el mismo sentido y dirección. Pero en un hombre del humor de Picasso, se persigue en todas las direcciones. Y ello porque es ante todo manifestación de humor personal y de indomable libertad. Picasso es un artista, pero sería una insensatez pensar en obligarle a ser otro artista en lugar del que es. Es un artista y el que debe ser, a saber: el que la naturaleza ha dotado de los más ricos, de los más extraordinarios poderes, pero es también artista como quiere y como en tal otro momento querrá ser. Y éste ¿quién puede preverlo? Ni siquiera la fatalidad natural de su propio genio.

**P**ARA analizar el humor de Picasso hay que ascender a sus propios orígenes étnicos, como lo ha hecho Alexandre Cirici-Pellicer en su libro *Picasso antes de Picasso* y descubrir la fabulosa antigüedad de la orfebrería mallorquina, seguir la odisea de las infancias malagueñas, de la estancia en Galicia, y en fin —etapa determinante—, de la juventud barcelonesa. En efecto, no se le concede bastante importancia en la formación del genio de Picasso, al modernismo catalán y a la Barcelona de fines de siglo, con su bohemia, su anarquismo, su modernismo nietzscheo-ibseniano, su tumulto revolucionario, su gusto de la *paraula viva* proclamado por Maragall —el Mistral catalán—, y sobre todo, la presencia de este otro catalán glorioso cuyo extraño genio tantas analogías presenta con el de Picasso y del que hemos hablado a propósito del estilo 1900: el prodigioso arquitecto barroco —estilo moderno— Antonio Gaudí. Hay en todo esto una España muy particular —particular como cada una de las españas, y al mismo tiempo, profundamente, incontestablemente, inalienablemente española—, una España mediterránea, compuesta, subversiva, compasiva, humana, sin el conocimiento de la cual, no es posible comprender algo de las intimidades y de las originalidades del genio de Picasso.

Resulta imposible no evocar aquí otro ilustre extranjero, el Greco, y su periplo terminado en la ciudad imperial de Toledo. El itinerario mental de Picasso arranca de la misma región: el mediterráneo oriental. Y, portador de fábulas análogas y acarreando tan extraños mensajes desemboca en otro centro de imperio: París. Ciertamente es que además de las razones anteriormente expuestas, podemos caer en la tentación de atribuir a todas estas influencias exóticas el efecto de sorpresa causado en Francia por ciertos hechos del arte de Picasso. Yo creo que iremos más hacia el fondo de las cosas considerando en ellos no lo que tienen de sorprendentes sino la sorpresa misma. El repertorio plástico de Picasso es extranjero, pero lo más extranjero en él, es su *extranjerismo*. Sus obsesiones formas cornudas que encuentra en los manillares de bicicletas provienen del culto de Mitra y tienen primitivas y lejanas razones, pero lo más notable es la obsesión y la afección bravía que les tiene este genio refractario. Su potencia de choque nos abrumba. Si el genio de Picasso es español, lo que tiene en sí de más español es la manera irreductible de llevarlo y de soportarlo, cómo lo hace soportar a los demás y cómo lo im-

pone. Lo más español en él es su *manera de ser español* de identificarse a sí mismo; y lo más extraordinario de su naturaleza es su *naturalidad*.

**V**OLVAMOS al centro de su arte: el humor. Arte de artista, pero de un artista que no cesa en afirmar el irreductible carácter específico de ser artista, este humor es el mismo en todos los dominios que recorre, romántico o puramente especulativo e intelectual. Para empezar, ese mediterráneo barcelonés del que ha emergido su juventud es un dominio romántico y aparece en lo trastornante y patético de la época Lautrec, pero sobre todo de la época azul y de la época rosa, en toda esa poesía foránea y miserable que hace chirriar en nuestras orejas no sabemos qué estridencia de violín embrujado. Esos personajes famélicos, esas mujeres atrozmente encorvadas sobre su trabajo, esas maternidades ansiosas, esos sonambúlicos saltimbanquis en viaje imploran nuestro socorro y al mismo tiempo nos arrastran en sus fantásticos ensueños. Este mundo es un mundo de angustia, pero también, en su imposible colorido azul o rosa, un mundo extraño. Sin duda porque para una imaginación tan extrema como la de Picasso la angustia es extraña, con la que no sabríamos comunicar humanamente sin soportar al mismo tiempo un terror vertiginoso.

Con el periodo del «Bateau-Lavoir» y del Cubismo traspasamos las fronteras de un dominio diferente: el de una especulación estrictamente geométrica. Desde entonces Picasso contrae sus cualidades de gusto, de invención, e incluso de efusión al más acerbo hermetismo. De esta manera el humor pasa de lo humano a lo inhumano, continuando tan holgadamente como antes.

Mientras tanto algunos han querido hablar de un «cubismo español» y hacer de él una obra de tinieblas y de satánica fantasía, por oposición a la obra racional y cartesiana del «cubismo francés», obra de luz. Esta opinión es sin duda un poco simplista y presenta de buenas a primeras el inconveniente de menospreciar a Juan Gris, cubista español, enamorado de regla y de puro espíritu de geometría. Empero hay algo de verdad en ella en el sentido de que la marcha ha encontrado un método en el Cubismo. No. El Cubismo para Picasso ha sido el salto de un artista ansioso de crear. Una ocasión de crear sucede a otra a la que otra sucederá. Un capricho más. Una nueva escapatoria para el humor.

El humor, este fundamental e impaciente humor, ¿cómo no he de dirigirse hacia el lugar que más ocasiones ofrece, a saber, el teatro? Hay armonía preestablecida entre un temperamento como el de Picasso y las mil metamorfosis del teatro y los pretextos que ofrece a la florescencia de una virtuosidad. Virtuosa y comedianta, tal es en efecto la naturaleza profunda del genio picassiano y de ahí vienen su prestigio y éxito en los Ballets Rusos, y todas sus caras del saltimbanquis, de payasos y de arlequines, y esos periodos disfrazados a la italiana, e incluso, ese italianismo que se encuentra en todos los periodos de Picasso, «italianismo constante» notado por Eugenio d'Ors y que

abre mil salidas de gracia, de espontaneidad, de deslumbrante acierto a un humor que de lo contrario, y como ocurre a menudo con el variado humor español, se replegaría sobre sí mismo para no ser más que **malhumor**.

En la carrera de Picasso el descubrimiento del teatro no podía sino coincidir con el de Italia. En efecto, y aconsejado por Cocteau fué a Roma a entrevistarse con el empresario de las fiestas más bellas de nuestro siglo, Serge de Diaguilew. Y la más bella debía ser en 1917, en el Chatelet, aquella representación de los Ballets Rusos en la que se dió en medio de un sensacional alboroto, la primera **Parade**. Es evidente que durante estos años de teatro, de cubismo amable — o si se quiere de cubismo rococó —, de dibujo ingreso, de figuras clásicas de una perfecta belleza o hinchadas por juego, el humor de Picasso se divierte holgadamente en las mímicas más disparates. Después de las magníficas naturalezas muertas de 1924-25 el humor se inquieta de nuevo, inventa en pintura, en escultura y a menudo en metal, ingratos y extraños objetos rudimentarios, y se aventura en el camino de los monstruos.

¿Se pretenderá acaso, tras estas diversiones en apariencia agradables, que el humor de Picasso se ha retraído y replegado a riesgo de ahogarse? Más justo será reconocer que todavía se mantiene en ejercicio y siempre en estado de absoluta alacridad. De manera que si se hace mordaz no es por obligación, sino porque, capaz de todas las expresiones, es también capaz de ésta, a saber, la expresión del sarcasmo y de la cólera. Es pues con el mismo arte, la misma gracia, la misma facultad de juego y de invención que este humor se complace en imaginaciones feroces en combinaciones sacrílegas o que nos parecen tales porque no atestiguan ningún respeto por la ordenanza ordinaria de la fisionomía humana a la que profesamos la más alta veneración. Pero no quiero pensar que exista tanta perversidad en estas temibles imágenes, tanta **intención**. Una vez más, son el hecho del humor, es decir, una soberanía de artista. Y completemos esta noción de artista soberano a la que hay que volver incesantemente, por otra noción no menos brillante: la del **barroco**. Picasso es además de un artista español, es un artista barroco. Puede ser un artista barroco tan libre y tan potente, atreviéndose a todo, jugando con todo, capaz de todo, tranquilamente seguro de su orgullo, y por lo mismo, parezca despiadado y cruel. Aquí, como ocurre a menudo, hay que hacer la diferencia entre lo que un creador es para los otros y lo que es para sí. Y penetrando en su propia esfera, obtendremos la revelación de sus razones, de sus disposiciones, de sus comportamientos, de sus mecanismos, y cómo, trasponiendo esta realidad en **explicación**, le quitaremos parte de su sorpresa y de su agresividad. Una vez más ¿qué somos nosotros en este asunto para creernos objeto de agresividad? ¿Y esto no es estimarnos a un precio demasiado alto? De hecho debemos estimarnos en **nada** y **el universo con nosotros** si queremos medir la verdadera na-

turalidad del artista barroco, quien sin ayuda de nadie hace exactamente lo que quiere y llena toda la capacidad de sus posibilidades.

Bajo la inspiración de su espíritu barroco Picasso, en 1932-33 se enamora de las formas curvilíneas, enroscadas, envolventes, germinativas. Los años siguientes, en creciente delirio de colores al que le arastra el empleo frecuente de la pintura brillante, pinta mujeres insólitas, o mejor dicho metafóricamente mezcladas a las turbulencias de un interior. Tras la exasperación de **Guernica**, las fantasías anatómicas se hacen cada vez más ridículas y más blasfematorias los «retratos». La sangre ha corrido: la naturaleza está definitivamente violentada. Después, a medida que Picasso entra en edad, la estrepitosa celebridad de su persona va separando ésta de su genio, y le obliga a una soledad más secreta. Por paradójico que esto parezca, el genio queda intacto y todavía se da más libre curso. Y continúa imperturbablemente ejerciendo su potencial metafórico, unas veces agudo y seco en sus juegos de buhos, de erizos marinos y de faunos, otras enternecido en sus niños y sus juegos de niños, otras industrioso e insolente como de costumbre en sus esculturas compuestas por tornillos, por grifos, por todo lo que le cae en las manos, y en fin, otras veces rudo y rústico, verdaderamente goyesco — es decir, pariente de un genio que no le cede en nada a nadie, sino al fuego, a la tierra, a la rugosa altivez popular — en sus cerámicas de Vallauris.

Pero esto no impide que a esta máquina creadora, autónoma, indiferente, ininterrumpida y que no fija su presa nada más que para extraer una maravilla nueva, tengamos que atribuirle sentimientos como los nuestros. Esta máquina es humana y el humor, que es el motor central, significa la unidad de un hombre. Sin duda estamos en lo cierto, en lo cierto de Picasso, en su verdad para sí, cuando nos obligamos a no asustarnos ni ofendernos por sus maneras indiferentes — si no impertinentes — hacia nosotros, y admirar una fecundidad inventiva tan enérgica y la más extraordinaria de que jamás haya hecho prueba un artista. Pero el caso sería del orden de las anomalías inconcebibles si este artista no fuera superior a sus revuelos, a sus transformaciones, a sus fantasías, a sus operaciones, si no fuera consciente de su demiurgia, si no fuera voluntad, existencia, si no fuera un hombre. ¿Cómo designar al poseedor de una señoría, a quien todo le es igual, ya que todo le es posible, sino con el nombre de señor? Dicho esto, y en última posición, podemos admitir que en el despliegue de un tal genio haya parte de sarcasmo y de furor, no contra nosotros, contra el público — aunque insistiendo, el público no tiene por qué ponerse en escena — sino contra todo y contra nada. Sí, Este genio está animado de pasiones; pero éstas no van «acompañadas de la idea de la causa» como ordinariamente van las nuestras, según las define Espinosa. Lo son sin relación y estrictamente intrínsecas, como la violencia lo es al tigre y a la tempestad. Insisto en esta observación de que es a un genio que le



son intrínsecas, es decir, al estilo y a la actividad de un artista. Y después vayamos más lejos, y esta vez alcancemos a lo vivo del hombre en Picasso. Encontramos fragmentos de la obra múltiple e inmensa que ha producido en los que reconocemos claramente las causas de estas pasiones. Esta vez van acompañadas de su causa y ésta resulta ser accidente concreto. Esta vez hay asentimiento. Por ejemplo, en tales retratos aplicados — óleo o lápiz — legados para la eternidad. Recordemos únicamente el magnífico original de Gertrude Stein, la amiga de los primeros días, con quien se entendía tan bien el humor de Picasso. Otro en la fascinante fantasmagoría real de la época azul. Y como ejemplo final, en conclusión, volvamos a esa obra maestra de la pintura universal que es GUERNICA: en ella el demiurgo, dueño de sus medios, de sus técnicas, de su vocabulario, de toda su alquimia, ha lanzado un grito de garganta humana.

Y entonces, cabe una última pregunta: la inquietud que en fin de cuentas provoca Picasso ¿no sería la inquietud que provocan el poderío y la libertad? Nos atrincheramos tras las formas insólitas mediante las que se han expresado, en el caso de Picasso, el poderío y la libertad. Pero esto es una mala deducción. Porque en esta extremidad lo que extraña no es el poderío y la libertad. Y no porque sus manifestaciones sean asombro-

sas, sino porque jamás lo han sido producidas con tan insostenible fulgor tan esenciales y desnudos. De modo que, despojado a su vez de toda su argumentación, el asombro que suscita Picasso hay que verlo en lo esencial: no es más que la protesta de la mediocridad. Resulta imposible no evocar aquí un soneto de Mallarmé: ante tal aparición de poderío y de libertad, el horror del siglo y el vil sobresalto de la hidra no pueden más que refugiarse en la contenciosa e irrisoria explicación: algún filtro... un procedimiento de hechicero... algunos trucos... La respuesta debe ser perentoria: no hay nada de eso. Solamente el poderío y la libertad. En una palabra: la Poesía. Pero realizada de manera tan simple, tan bruta y abrupta, tan evidente, y mediante tan continuos, imprevistos y por lo tanto inexplicable ingenio, que no queda más que rendirse a la evidencia. Es aquí cómo el «espíritu de litigio» se resuelve con más dificultad. Pero es también hacia esto que se inclina una crítica enamorada de hechos positivos fundamentalmente inspirada por la necesidad de admirar y de amar, y cuya preocupación ingenua consiste en poder considerar al ser humano en su suprema dimensión.

JEAN CASSOU

(1) «Panorama de artes plásticas contemporáneas».





# MICROCULTURA

716. — Baqueano (argentinismo) es el hombre de campo que conoce prácticamente la campaña (campiña), pasos y vados de los ríos, picadas (senderos), pastos y aguas y sirve de guía en los viajes (travesías).

717. — Pilcomayo, viene del quich a « pilco », colorado, y del quich a « mayu », rio (Río Colorado).

718. — Pororog, nombre guaran  del maíz tostado, viene de « pororog » que significa estruendo, ruido de co a que revienta.

719. — Las ciudades más importantes de Argentina son Buenos Aires, Rosario, La Plata, Córdoba, Tucum s y Mendoza.

720. — En el 499 A. C., Mileto y las villas juntas se rebelan contra la dominación persa.

721. — El 11 de febrero de 1929 (Tratado de Letrán) el Vaticano obtuvo de nuevo la «soberan  territorial».

722. — Rancho (argentinismo) es la habitación del campesino, con techo pajizo y paredes de barro. Tapera, es un rancho abandonado en medio del campo.

723. — El rayo es la descarga eléctrica producida por las nubes cargadas de electricidad, siendo relámpago la luz que arroja el rayo y, trueno la detonación que produce el rayo.

724. — En la primavera del 480 A. C., el terrible ej cito de Jerjes cruzó el Helospono (los Dardanelos), iniciando así la segunda catastrófica guerra médica.

725. — Paraguay viene del guaran  «para» mar, «gua» sinuoso e «i» rio (Río sinuoso y grande como el mar).

726. — La mandioca es una planta sudamericana de dos o tres metros con una raíz grande y carnosa que pesa unos quince kilos.

727. — Los principales volcanes de América son: el Copiapó en Chile; el Arequipa en Perú; el Cotopaxi, el Pichincha y el Sangay en el Ecuador; el Tolima en Colombia, el Fuego en Guatemala y, el Popocatepetl y el Orizaba en México.

728. — Las ciudades más importantes de Grecia son Atenas y Salónica.

729. — En el 428 A. C. nació Platón.

730. — Se supone que Diógenes Laercio, el autor de los «Diez libros sobre las vidas y los dichos de los filósofos más ilustres» vivió en el siglo tercero después de Cristo.

731. — En el idioma inglés nunca se emplea el pronombre «t », sino siempre el «you» que significa «usted».

732. — Oce no, es la grande extensión de agua salada que cubre más de las dos terceras partes de la superficie de la tierra; siendo «mar», una porción de agua salada menor que un oce no.

733. — En los puertos el hombre completa la obra de la naturaleza construyendo diques, muelles, depósitos, astilleros, dársenas y faros.

734. — Poncho (argentinismo) es una manta (frazada) rectangular con una abertura en el medio por donde se introduce la cabeza, y que cubre los hombros, el pecho y los brazos.

735. — Iguazú, viene del guaran  «i» rio y «guaz » grande (Río Grande).

736. — Las cataratas del Iguazú son mucho más hermosas que las tan visitadas cataratas del Niágara.

737. — El arroz, que exige un sol ardiente y un suelo

húmedo, alimenta numerosas poblaciones en el Indostán y en la China.

738. — Al choclo (nombre del maíz en muchos lenguajes indios) «mil beneficios se deben; pues por él cocina el hombre; bebe, come, fuma y duerme».

739. — Los volcanes más grandes de Europa son: el Vesubio y el Etna en Italia; y el Hekla y otros ocho en Islandia.

740. — La Alhambra de Granada, monumento incomparable, obra maestra de la arquitectura árabe, es conocido y admirado en el mundo entero.

741. — Las ciudades más importantes de Suecia son Estocolmo, Gotemburgo y Malm e.

742. — En el año 480 A. C. con la pérdida de las Term polis toda la Grecia central es invadida por los bárbaros de Asia, siendo asaltada e incendiada la gran ciudad de Atenas.

743. — Tambo (argentinismo) es un corral de vacas donde se vende leche.

744. — Porongo (argentinismo) es una calabaza silvestre de pequeño tamaño.

745. — El panorama del lago Nahuel-Huapi (de nahuel, tigre y huapi, isla) en Argentina es sumamente grandioso: veintiseis islas cubiertas de una tupida vegetación surgen de sus aguas como montañas de verdura.

746. — La caña de azúcar (planta originaria de la India) contiene en sus tallos maduros, de dos y hasta tres metros de alto, una substancia esponjosa de zumo dulce, cuyo principal producto es el azúcar.

747. — Los lagos Ladoga y Omega en Rusia, son los mayores de Europa.

748. — Las ciudades más importantes de Portugal son Lisboa, Oporto, Coimbra y Braga.

749. — En el 480 A. C. nació el gran filósofo Eurípides.

750. — El estrecho (o canal, paso, b sforo, mancha, etc.) es un brazo de agua que une dos mares o dos porciones de mar.

751. — Las corrientes maritimas son los movimientos considerables de las aguas oceánicas en determinadas direcciones.

752. — Payador (argentinismo) es un poeta popular y errante que canta echando versos improvisados acompañado de la guitarra, y con frecuencia a competencia con otro.

753. — En América del Sur hay algunos ríos llamados Mirinay (del guaran  «miri» pequeño, « a» nuestro e «i» rio; nuestro pequeño rio).

754. — El l no es una planta de una vara de alto, de florecillas azules muy vistosas, y que se cultiva por las hilazas que da su tallo y el aceite de su semilla.

755. — Superficialmente, Europa es cuatro veces menor que América.

756. — Los ríos más importantes de Europa que desembocan en el mar Báltico son: el Niemen en Lituania; el Vistula en Polonia y el Oder en Alemania.

757. — Las ciudades más importantes de Holanda son Amsterdam, Rotterdam, La Haya y Utrecht.

758. — En el siglo pasado se llamaba a Concord, pueblo cercano a Boston, EE.UU., «la Atenas de América» por la floración de filósofos que all  hubo.

759. — En el 406 A. C. murieron Eurípides y Sófocles.

## POETAS DE AYER Y DE HOY

¡Ay! nuevos campos perdidos,  
campos de mi mala suerte;  
ahí se quedan tus olivos  
y tus naranjos nacientes;  
brilla el agua en tus acequias,  
surcan la tierra tus bueyes  
y yo cruzo tus caminos  
y jamás volveré a verte.  
Los tiernos brazos del trigo,  
entre tus vientos se mueren.  
¡Ay, los brazos de mi sangre,  
son molinos de mi muerte!  
No tengo casa ni amigo,  
ni tengo un lecho caliente,  
ni pan que calme mis hambres,  
ni palabra que me aliente.  
Mal cuerpo me ha dado el mundo;  
mal árbol que ni florece,  
ni puede tener seguro  
fruto que en su rama crece.  
¡Ay, el calor de mis manos!  
¡Ay, los ojos de mi frente!  
¡Ay, bajo la luz del alba!  
¡Ay, bajo la sombra fuerte!  
Ya siempre andarán despiertos,  
despiertos sin conocerme,  
que solo miran al viento  
por donde sus penas vienen.  
¡Ay campo, campo lejano,  
donde mi dolor se muere;  
nunca encontrarán mi olvido  
si he de olvidar el perderte!

**EMILIO PRADOS**



# Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vacies en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es él guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

## INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

### OBRAS EN ESPAÑOL

«Justicia», L. Reymont, 3.— NF. — «Manual del aspirante cinematográfico», 1,50. — «El Mar», Michelet, 3,50. — «La música en España», A. Salazar, 15.— — «Muelle de las brumas», Mac Orlan, 5.— — Manual del fabricante de bolas de sebo», 2.— — «Manual de Lechería», 2.— — «Adelgace con inteligencia», Hauser, 5,50. — «Cuadro hemático del cáncer», Gruner, 4.— — «Fundamentos de la caracterología», L. Klages, 9,50. — «Cómo curé mi tuberculosis», Hevia, 1,50. — «El autoanálisis», K. Horney, 7,80. — «Vida del diabético», Cañadell, 5,60. — «Úlcera gástrica», 2,25. — «Colitis», 2,25. — «Alergia alimenticia», 2,25. — «Corazón», 2,25. — «Tuberculosis», Vander, 5.— — «La historia tiene la palabra», Teresa León, 1,50. — «Pablo Iglesias», Isaac Pacheco, 1,50. — «Frente al mañana», S. Albornoz, 1,50. — «José Mazzini», B. King, 5,25. — «Los mejores cuentos», 3,75. — «Memorias de la duquesa de Abrantes», 1,50. — «Mercurial eclesiástica Montalvo», 2,50. — «Madres famosas», Chandler, 5.— — «Murillo», P. Gargol, 2,50. — «Elementos de Psicología» Titchener, 3.— — «Emen Hetan», R. J. Sender, 4.— — «La familia Cardinal», L. Halévy, 2,10. — «Los falsos redentores», G. Piovene, 8.— — «Desac el fondo de la tierra», L. Castro, 9,50. — «La amargura de la Patagonia», R. Darío, 7,50. — «Felicidad», K. Mansfield, 1,20. — «La gente alegre», J. Ohnet, 2,50. — «El humanisferio», J. Dejacque, 1,50. — «Historia de San Michele», Axel Munthe, 7.— — «Historia de la literatura rusa», Walissewski, 7,50. — «El intelecto helénico», P. Gener, 4,50. — «Italia fuera de combate», I. Herráiz, 2.— — «Ideario de Quevedo», Astrana Marín, 6,50. — «Obras escogidas de Heine», 8,50. — Poesías de Plácido, 3,80. — «Pensamiento vivo de Nietzsche», H. Mann, 6,50. — «Imitación de Cristo», Kempis, 7,50. — «Plumero salvaje», Samblancat, 3.— — «Puerto cholo», M. Puga, 3,50. — «Realización del hombre», Stieben, 0,75. — «Perspectivas culturales en Sudamérica», E. Relgis, 3.— — «Del presente y del futuro», P. Gener, 3.— — «Pensamiento vivo de Schopenhauer», T. Mann, 4,20. — «Problemas sociales de derecho penal», P. Foix, 5,50. — «Pasión de Justicia», I. Pavon, 2,60. — «Profeta del hombre», Cordero, 4,50. — «La novela de Roger de Flor», 3,60. — «Reivindicación de la libertad», Ernestan, 1,50. — «Rojo y negro», Stendhal, 3,75. — «La reina Margarita», Dumas (2 tomos), 5.— — «Reconstrucción de Europa», P. Benoit, 3,40. — «Sorolla», Pantorba, 2,50. — «Versos de Rafael de León», 9.— — «Don Segundo Sombra», Guiraldes, 3.— — «Sombras del mal», D. Macardle, 3,50. — «Epistolario amoroso», 5.— — «Titanes de la oratoria», 5.— — «Sehilia», Turgeniev, 1,50. — «Sinfonía de los siglos», Figola, 1,50. — «Teatro de Jacinto Benavente», 3,50. — «El tema de nuestro tiempo», Gasset, 3,75. — «Tolledo», F. del Valle, 1.—

### LIBROS EN FRANCÉS

«La bible d'un anarchiste», R. Wagner, 2,50. — «Satan et l'amour», R. Gagey, 7,50. — «Superstitions politiques», H. Dagan, 4,40. — «Hommage a Georges Eekhoud», Hen Day, 1,80. — «Servitude volontaire», E. de la Boetie, 3,30. — «L'inevitable révolution», un Proscrit, 3,20. — «Prêtres et moines», G. Dubois, 5.— — «Le cooperatisme», 3.— — «Anthologie de l'objection de conscience», H. Day, 3,30. — «La flagellation et les perversions sexuelles», Lorulot, 6,50. — «L'Emancipation sexuelle de la femme», M. Pelletier, 1,ñ. — «Tino Costa», Arbo, 7,20. — «Qual aux fleurs», Salvy, 1,90. — «Science et materialisme», Letorneau, 2.— — «Socialisme révolutionnaire», 1,80. — «Les mystères des couvents de Naples», Princesse Forno, 4.— — «Catechisme positiviste», A. Comte, 2.— — «Faust», Goethe, 2,50. — «La cité future», Tarbourden, 4.— — «Gargantua et Pantagruel», Rabelais, 4.— — «Pour assurer la paix», P. Besnard, 2.— — «Superstitions politiques», H. Dagan, 4,40. — «Mandatelli Lassu», L. Galleani, 2.— — «Recherches sur les forces inconcues», Barbedette, 1.— — «Les bandits tragiques», V. Meric, 2,90. — «Dalnés de la guerre», Monolin, 2.— — «Un drame politique», M. Dommanget, 2,40. — «Armoires frigorifiques», Degoix, 5,80. — «La ceramique», Giacomotti (2 tomes), 3,80. — «Jours d'Exil», Courderoy (3 tomes), 9.— — «Cours d'économie politique», Gide, 6.— — «Errico Malatesta», Fedeli, 2,20. — «L'Incubation artificielle», Paulau, 3,10. — «Traité du paysage», Floury, 1.— — «Sociologie générale», Dupreel, 6,70. — «Zola», A. Zevaes, 2,50. — «L'Heredité Psychologique», R'bot, 2.— — «L'Amour heureux», Dubal, 0,80. — «La physiologie morale», Hill, 1.— — «L'Hipnotisme à distance», Jagot, 2.— — «La grande metamorphose», Gille, 1,50. — «Les grandes Jorasses», Frenedo, 2.— — «Chauffage Central», Buroter, 5,40. — «Bahia de tous les Saints», Amado, 3,40. — «Les camps d'internement en Grece», 4,50. — «Histoire de la Coopération en France», Gauthmont (2 tomes), 15.— — «La révolution inconnue», Voline, 3,50. — «La Révolution sociale», 2,50. — «Contes d'un rebelle», Delvadés, 1.— — «L'Amour libre», C. Albert, 3,50. — «L'Etat de siège», Camus, 5,50. — «William Gorwin, philosophe de la liberté», 1,80. — «Histoire des Temps modernes» (3 tomes encuadernados), 6,75. — «Pour vaincre», B. de Ligt, 1,50. — «Vie de Franklin», Mignet, 1,50. — «Histoire de Charles V», Robertson (2 tomes encuadernados), 5,50. — «Essai sur l'imagination créatrice», Ribot, 1,50. — «La coutume ouvrière», M. Leroy (dos tomes), 5.— — «L'Evolution des idées générales», Ribot, 1,50. — «La vie amoureuse de Casanova», 6,50. — «Serenades sans guitare», Villeboeuf, 7,50. — «Juan de Mairena», Machado, 6,90. — «Les caractères», La Bruyère, 5,60. — «Mauvaise graine», M. Azuela, 2,50. — «Anglais, Français, Espagnols», S. de Madariaga, 5,20. — «Le sang plus vite», V. Garcia, 3,75

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a F. Olaya. — Servicio de Librería del Movimiento. — 4, rue de Belfort - TOULOUSE (Haute-Garonne)  
GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)



# CENIT

— sociología —  
ciencia — literatura



**Carlos M. Rama:** Nacionalización de la cultura cubana. — **F. F.-S.:** La derecha, su máscara y sus mitos. — **Liberto Callejas:** Unamuno en el destierro. — **Puyol:** Un asunto escabroso. — **Costa Iscar:** La comedia del hombre. — **Conrado Lizcano:** Afinidades en marcha. — **Celta Luz:** Cumbres luminosas. — **Georges Vidal:** Han Ryner, el hombre y la obra. — **Puyol:** Mi pueblo. — **Angel Samblancat:** El exutorio colonial. — **M. Celma:** La vida y los libros. — **Denis:** El propietario. — **Suno:** Microcultura. — **José Peirats:** La Sión Hispánica (folletón encuadernable).

# 125

MAYO - 1961

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF



4 P 5523

## Nuestra portada

He aquí a Platero, montado por un buen campesino, que encarna, con su tipo sano y simple, el agro español.

El burro es simpático, de expresión inteligente. Sabido es que los asnos no tienen un pelo de tonto.

Pero lo más curioso de esta imagen fotográfica, es el fondo de flechas que se yerguen en el paisaje. Piedras hacinadas, sobre las que las flechas falangistas, ponen su agresividad y su significación. Flechas levantadas sobre páramos, sobre campos secos y tristes perspectivas.

La única nota dinámica y alegre la dan Platero y su jinete, con el que avanza España, en su atraso y su miseria, con su paso cansino y su certidumbre de llegar.

El lector llenará de sugerencias, de evocaciones, de recuerdos y de esperanzas esta extraña, singular y simbólica fotografía que no hemos podido resistir al deseo de incorporar a la galería de CENT.

**CENT**

**REVISTA MENSUAL  
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA**

*Redacción:*

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

*Colaboradores:*

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,  
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert  
Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio,  
Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman,  
J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina,  
Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán  
Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet,  
A. Prudhommeaux

*Precios de suscripción.* — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros : « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,  
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)



# CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XI

Toulouse, Mayo 1961

Nº 125

La Habana



## Nacionalización de la cultura cubana

Escribe Carlos M. RAMA. — Especial para CENIT

**H**ACE unos diez años decía el uruguayo Couture que cuando el inglés se hablase desde Alaska a la Tierra de Fuego, entonces los Estados Unidos tendrían que enfrentarse al hecho de que México seguía hablando español y era fiel a su tradición histórica. Efectivamente, los mexicanos, a pesar de su vecindad con los norteamericanos, mantienen una fuerte personalidad cultural, fidelidad a su tradición histórica — en una palabra — a su latinoamericanismo.

El mismo fenómeno histórico-cultural se observa en estos momentos en Cuba, y es fácil concluir que su origen está en la revolución que vive desde 1959, como para México ha sido decisiva la experiencia revolucionaria de 1910.

Los cubanos, por efectos de su victoriosa lucha contra la tiranía, y después contra la intervención yanqui, han adquirido o readquirido una conciencia muy pronunciada de su latinidad, y más concretamente de su cubanidad, si así puede decirse.

Hay decenas de miles de banderas cubanas en la isla, no sólo en los edificios públicos, sino en lo alto de cualquier edificio, en medio del campo, en los ingenios azucareros, en los transportes y hasta en las casas particulares. Por cualquier pretexto las gentes cantan el Himno Nacional, incluso se le usa para acallar las multitudes que por victorear sus consignas impiden continuar a menudo la oratoria.

Siendo la revolución fidelista, en sus episodios más importantes, de origen campesino, ha promovido una suerte de «vuelta a la tierra», un renovado interés en todo el país por las cuestiones del agro, sus costumbres, sus problemas.

En el lema «Cuba sí, yanquis no», hay junto al elemento político, también una reafirmación nacionalista, emocional, independiente de la ideología.

Los ataques de los cubanos de Miami se interpretan como lesivos a la soberanía nacional en

complicidad con el enemigo extranjero. Junto a la defensa de los frutos de la revolución las gentes se sienten dispuestas a defender patrióticamente su tierra natal de la agresión foránea.

Se rinde verdadero culto a los héroes históricos, y en particular José Martí es leído, glosado y recordado prácticamente en forma cotidiana.

Pero si Cuba ha descubierto una vez más que es cubana, también vive la experiencia de sentirse culturalmente independiente, de nuevo en la vía cosmopolita que caracteriza al genio latino.

Un economista de la Universidad de Harvard ha escrito un libro sobre «nuestra colonia en Cuba», pero no existe una obra similar de un antropólogo que narre la aculturación cubana en la órbita norteamericana. También en el aspecto técnico, cultural, usos y costumbres, Cuba había terminado por ser después de Puerto Rico el país que seguía más fielmente las pautas de los Estados Unidos. Especialmente en La Habana las gentes vivían, pensaban, creaban, en la imitación casi exclusiva del modelo yanqui. Aparte de razones de elemental vecindad geográfica, el mismo hecho que el 85 por 100 del comercio exterior del país se hiciese con los EE. UU., facilitaba la introducción de todo tipo de artículos y costumbres.

El bloqueo norteamericano ha obligado a los cubanos a sustituir por sus mismas producciones, o por importaciones de Canadá, México, Inglaterra y los países del Este, los artículos americanos, incluyendo, naturalmente, las películas, libros, discos, etc. Pero además, los cubanos — igual que los mexicanos — cultivan actualmente un repudio categórico a los mismos cánones culturales a los que estaban sometidos hace tan poco. Descubren por ejemplo, que hasta estaban perdiendo el idioma, y con admirable ingenuidad sospechan la posibilidad de sustituir dentro del español los centenares de palabras inglesas o americanismos que cuenta la lengua cotidiana.

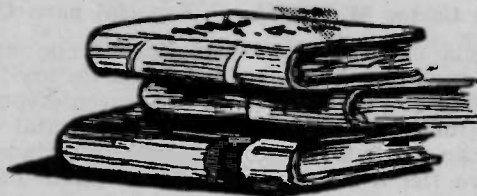
Descubren finalmente que estaban imitando a los yanquis incluso en sus defectos. En estos momentos se hace especial propaganda de la reciente ley revolucionaria que impone... el sistema métrico decimal. Se dejará de contar en galones, libras y yardas como hasta ahora, así como en las viejas unidades españolas de varas, arrobas y caballerías, para incorporarse al sistema universal de pesas y medidas.

Los universitarios antes leían casi más en inglés que en español, y hoy empezando por Cervantes hay una verdadera fiebre de lectura casi exclusivamente de obras de la lengua materna. Los poetas vernáculos, naturalmente revolucionarios, como Nicolás Guillén, Navarro Luna o Carlos Puebla, son casi tan populares como los «barbudos rebeldes» de la Sierra Maestra.

Cuba, por último, descubre que es una tierra fronteriza, y se vuelca en inmensa curiosidad por esa América Latina que había olvidado y que co-

noce muy poco. Nunca fué como hoy para Cuba, tan intenso el contacto con los intelectuales y los pueblos latinoamericanos, a pesar del repudio palaciego de los gobiernos de las pequeñas repúblicas. Por primera vez en su vida millares y millares de latinoamericanos están a su vez visitando Cuba, familiarizándose con su geografía y su historia. Cuba hoy, como ayer México, constituye una suerte de santo y seña de la América Latina progresista.

No puede menos que pensarse que independientemente del resultado final de la revolución cubana, esta afirmación nacional de la cultura latinoamericana en Cuba es definitiva. Si Cuba cayera, «que es un decir», no volvería, sin embargo, a ser colonia cultural americana. Pase lo que pase, el avance del inglés se ha detenido en esa frontera y la cultura latina se ha anotado un triunfo. Triunfo una vez más de los pueblos, y de pocos, muy pocos de los que se llaman intelectuales.



## Dulce libertad

En tallo de Verdad, subió la aurora  
a una corola abierta y perfumada,  
y allí encontré prendida, encadenada,  
la dulce libertad que mi alma añora.

Y ella era flor. También, ave canora,  
camino despejado y ensenada,  
puerta abierta y barquita que, varada,  
espera al marinero, soñadora.

Gozosa libertad, ¡quién te tuviera,  
tomándote del talle, dulcemente,  
como a esposa que entrega su virtud!

La noche me dejó, con su quimera,  
este ansia de estrecharte y, a tu mente,  
ajustar mi ancestral esclavitud.

ABARRATEGUI

Nueva generación española

# La derecha, su máscara y sus mitos

« **E**L peor truco que puede jugarnos el diablo es convencernos de que no existe». Parafraseando, para entrar directamente en nuestro tema, esta afirmación de Baudelaire, podríamos decir: el peor truco que puede jugarnos la derecha es convencernos de que no existe; es decir, que no existe ella en cuanto tal derecha y, por tanto, tampoco la izquierda en cuanto tal izquierda; dicho de otro modo, que la oposición izquierda-derecha no se da en la realidad, sino únicamente en la mente de algunos individuos «resentidos y demagogos», dispuestos a subvenir a toda costa un «orden natural» inmutable y casi perfecto. La literatura del derechismo clásico está llena de este tipo de mojigatería que, con gestos de predicador huero, trata de convencernos de que la sociedad es un todo homogéneo y unido, sin fisuras ni contradicciones internas, sin clases antagonistas ni intereses contrapuestos, donde todo puede resolverse sobre la base del «statu quo» reinante gracias a una serie de amaños de «buen gobierno» y donde los conflictos son sobre todo individuales, no sociales, y por tanto se hallan sometidos a la jurisdicción exclusiva de una ética individualizada y no al mecanismo de una lucha social histórica.

Esta red ideológica que la derecha tiende en torno a la sociedad — para mejor aprisionarla — resulta frecuentemente difícil de romper; la rutina de las costumbres sociales e intelectuales juega en su favor. La derecha cuenta — de ahí su fuerza — con la inercia aplastante de lo que es, de lo que ya está dado en la realidad presente. Los esfuerzos de orden práctico social y de orden intelectual, que desde la izquierda se hacen contra el **statu quo** de la sociedad tienen que chocar inevitablemente con esa inercia: de ahí su aparente fragilidad, incluso a veces su irrealismo — la izquierda se empeña en dar vida a lo que en cierto modo aún no es. Su tarea tiene, pues, que ser más esforzada y difícil, hasta que llega el momento privilegiado en que puede imponer su dinamismo transformador al peso inerte de lo existente. Para poder rasgar esa tupida red ideológica de la derecha a que antes nos referíamos, la izquierda tiene que esforzarse por producir en los sectores más o menos explotados de la sociedad una **toma de conciencia** de su propia situación y de la de los sectores privilegiados, de la naturaleza de la relación que a una y otra une y del carácter histórico contingente del orden actual, carácter que la derecha encubre bajo una capa de supuestas inmutabilidades. Esa toma de concien-

cia puede empezar en una crítica intelectual de los mitos protectores de la derecha, crítica que ponga al descubierto su realidad profunda de **ideología de combate**.

Dentro de la modestia de mis posibilidades, con la pretensión de simple reflexión orientadora, intentaré trazar un esquema elemental de esa crítica que pueda servir de punto de apoyo a ulteriores desarrollos.

Tres ideas o nociones esenciales en que suele apoyarse tanto la práctica como la especulación de la derecha son las siguientes: 1) la idea de un **orden natural**, basado en una «naturaleza humana», que, garantiza la legitimidad, la solidez y la estabilidad del presente estado de cosas (lo que ha hecho Dios o la Naturaleza no puede trastocarse sin peligro de muerte); 2) la idea de una **unidad esencial y superior** de la Nación (o de la Patria), unidad que en última instancia borra y anula las contradicciones, incluso abismos, que en el interior de esa Nación (o Patria) separan a un grupo de otro, a una clase de otra; y 3) la idea de que el gobierno de una colectividad humana es únicamente un problema de **orden y eficacia** en la superficie, de buenos gobernantes, y no de reforma y cambio en las estructuras básicas de la vida material y social de esa colectividad; en definitiva, de un **buen gobierno** de lo que ya está dado para siempre.

Veamos más de cerca estas tres ideas o puntos de apoyo ideológicos.

## EL « ORDEN NATURAL »

La idea de un **orden natural** subyace a toda la especulación política de la derecha, haciendo de apoyatura filosófica a la lucha en defensa de sus intereses. En cierto modo el concepto estático de «naturaleza» (en cuanto opuesto al dinámico de «historia») es patrimonio del pensar de la derecha. Este pensar se nos aparece lleno de «naturalidades», de «estados» o «estructuras naturales». Para él es **natural** el derecho de propiedad privada, el de herencia, la libertad individual (cuando conviene a sus intereses), la autoridad o incluso la dictadura (cuando también conviene a sus intereses), la división de la sociedad en clases, la distinción entre pobres y ricos, la familia tal como hoy se halla estructurada, los tabús sexuales vigentes, la religión (en cuanto sistema de prohibiciones que sustentan el buen orden de la ciudad), la existencia de razas inferiores y superiores como compartimentación ineluctable de la humanidad, la dialéctica poder-súbdito o dueño-esclavo... Todas las diferentes instituciones y ras-



gos que caracterizan a una sociedad históricamente determinada, en nuestro caso la burguesa, forma parte — para el pensar de la derecha — de un **orden natural**, de una naturaleza humana y social dada desde siempre y para siempre, inmutable y, desde luego, perfecta (en el sentido de que los hombres no pueden crear nada mejor).

Así, el pensar de derecha viene a ser profundamente « naturalista », y ello aunque, **pour les besoins de la cause**, se apoye en una existencia divina que en realidad viene a ser una trasposición sublimada de su propia conciencia social-natural. Si Dios es un concepto de derecha — y en cierto modo lo es —, ello se debe a que la mente conservadora de todos los tiempos y lugares le ha estructurado como un **fundamento metafísico** de un orden que se quiere natural e inmutable o, dicho de otro modo más llano, como una especie de **policía celeste** de una terrena, demasiado terrena realidad. De ahí que, en cierto modo, los hombres de temple religioso que sientan al mismo tiempo los ideales de la izquierda tengan que empezar por « reformar » el concepto de Dios **institucionalizado** por la derecha. Bien se puede decir que Dios, el concepto de Dios, vive encerrado en la camisa de fuerza que en torno a él ha ido tejiendo la **praxis** histórica sublimada de la derecha (1).

Evidentemente, este « naturalismo », franco o larvado de la derecha, no es más que un arma de guerra, un punto de apoyo para sí misma y un señuelo para el enemigo. El concepto de « naturaleza », de « orden natural » aplicado a las instituciones y estructuras de la sociedad de que se trate pretende encubrir la realidad fundamental de las mismas, es decir, que son obra del hombre, una creación histórica. Es fácil comprobar que todas esas instituciones y rasgos que la derecha considera como naturales — y que para la izquierda no son más que obra humana, resultado de un proceso de creación histórica — son precisamente los mismos en que se apoya el sistema de privilegio de que la derecha goza. Reducida a su esqueleto de cinismo, la especulación « naturalista » de la derecha consistiría en decirles a los despojados de todo privilegio: lo siento, hermanos, pero no es mía la culpa: la naturaleza (o

(1) Resulta, por ejemplo, curioso observar las reacciones de gran parte de la derecha religiosa tradicional frente a las ideas radicalmente evolucionistas del padre Teilhard de Chardin. A nadie se le ocurrirá dudar de la pureza del sentimiento religioso cristiano del gran científico y filósofo francés. Sin embargo, la derecha « cristiana » procura poner sordina a esas ideas, cuando no las rechaza a rajatabla: no se siente segura dentro de ellas. ¿Por qué?: el énfasis intelectual que Teilhard de Chardin pone en la idea del mundo como devenir (o, en su sentido religioso, del mundo como creación divina en devenir) viene a socavar la base de inmutabilidad en que esa derecha pretende apoyar su defensa del orden. No es, pues, de extrañar que la burguesía « cristiana » vea en el padre un peligroso Caballo de Troya de la izquierda, y ello a pesar de todo lo honda y bellamente cristiano que su pensamiento sea.

Dios) lo han dispuesto así, inexorablemente, y yo no puedo enmendarles la plana...

En los pueblos de España, cuando un mendigo llama a la puerta de una casa donde, si el pan es blando, el corazón es duro, se le despide diciéndole: ¡Dios le ampare, hermano! Del mismo modo, en las sociedades modernas la clase burguesa — u otra cualquiera que haga las veces de privilegiada — aparta con hipócrita compunción a las clases desposeídas con un: ¡la naturaleza (o Dios) os ayude, hermanos!, yo nada puedo hacer.

Pero, naturalmente, la clase privilegiada — la derecha de cualquier época o país — no suele enseñar tan rudamente su esqueleto de cinismo. Por el contrario, procura ocultarle bajo la máscara falaz de un cierto **optimismo naturalista**. La derecha quisiera hacer creer a los excluidos de su « orden natural » que todo es para bien en el mejor de los mundos. Fijaos — dicen los detentadores a los despojados —, nosotros poseemos riquezas, vosotros podéis poseerlas también. No hay más que trabajar. Trabajad y tendréis lo que tenemos nosotros. Es muy fácil, desde el momento en que nuestra sociedad garantiza el derecho de propiedad privada a todos los ciudadanos; fijaos bien, a todos los ciudadanos. No hay más que esforzarse un poco y...

He aquí un caso típico de sublimación « naturalista » en el pensar de de la derecha: el derecho « natural » de propiedad privada proclamado como general a todos los ciudadanos es su realísima negación en la práctica social; el « todos los hombres tienen naturalmente derecho a la propiedad privada » significa de verdad: « sólo unos cuantos hombres pueden gozar realmente de esa propiedad » (2). De este modo, lo que se proclama « naturaleza general humana » resulta ser sólo « condición histórica particular » de un grupo de hombres: los poseedores.

La derecha, pues, naturaliza (o diviniza: en el fondo es lo mismo; en ambos casos se trata de **deshistorizar lo histórico**, de inmutabilizar situaciones contingentes) naturaliza, digo, el orden histórico sobre que se asienta su posición dominante para convertirlo, a sus propios ojos y sobre todo a los de sus víctimas, en inmutable. La clase a quien la historia ha llevado a una situación de privilegio reniega de esa historia, del dinamismo de creación humana, y detiene al proceso en

(2) En apoyo de este hecho de experiencia sociológica podríamos traer aquí textos famosos de Marx; no es necesario porque más o menos son del dominio público. La crítica en ellos contenida sigue fundamentalmente en pie; la forma, realmente curiosa, en que la burguesía se esfuerza hoy por hacer creer en un supuesto « capitalismo popular » lo demuestra: aparte de que en la práctica no se trata más que de unas migajas echadas a un número más o menos amplio — para que se callen —, teóricamente el « capitalismo popular » es un contrasentido: si fuera verdaderamente popular, es decir general a todos los ciudadanos, dejaría de ser capitalismo para convertirse en cualquier otra cosa; por ejemplo, en socialismo.

el punto en que a ella le interesa. Una condición histórica contingente se convierte así en naturaleza humana inmutable, es decir, en una mixtificación.

Tomemos un ejemplo concreto. Cuántas veces no se les dijo a los cubanos por quienes nó querían que nada cambiara, cosas como éstas: Estáis fatalmente condenados a gravitar en torno a Norteamérica porque sois sus vecinos próximos y sobre todo porque vuestro suelo produce sólo azúcar y élla es quien os lo puede comprar. Se partía así de la doble premisa de que la cercanía geográfica y el monocultivo azucarero eran dos hechos naturales ineluctables, que producían consecuencias igualmente ineluctables. Pues bien, ha bastado con un estallido de dinamismo histórico, con una repulsa radical o, dicho más simplemente, con una revolución, para que semejante mixtificación naturalista vuele hecha pedazos: ni la cercanía geográfica tiene unas consecuencias ineluctables, predeterminadas, ni el monocultivo, al menos en Cuba, es un estado natural, sino histórico, adquirido, con el que se puede acabar a golpes de reforma agraria y de técnica agronómica.

Podríamos multiplicar los ejemplos de esta mixtificación « naturalista » con que la derecha pretende encubrir una praxis histórica inconfesada e inconfesable. Tomemos el racismo: se parte como de un hecho natural de la inferioridad de ciertas razas, por ejemplo la negra. Se habla, en tono despectivo, de « negritos », o según la miserable expresión de muchos blancos del Congo, de « carbón humano ». Establecida esta base natural, queda naturalmente justificada la explotación de una raza: lo inferior debe estar sometido a lo superior — no parece que quepa duda en esto. Pero examinemos el caso más de cerca, veamos por ejemplo el caso del Congo: en 1960, tras noventa años de explotación colonial, los belgas se ven forzados a conceder la independencia a su antigua colonia; lo hacen a regañadientes y muchos de ellos (los más reaccionarios) con la secreta esperanza de que el nuevo Estado se hunda en el caos. En efecto, el Congo se hunde en el caos. La tropa se amotina, se cometen asesinatos y saqueos, la administración se desintegra, algunas provincias entran en secesión... Entonces, la derecha

(3) Veanse por ejemplo los editoriales de «ABC» de Madrid. Cabe citar en particular, como modelo de insensatez, el editorial de 14 de septiembre de 1930, donde se pretende hacer un cóctel a base de «supremacía de la raza blanca» y de «espiritualidad cristiana» (¡pobre Cristo, hermano de todos los hombres!) que daría como resultado la «civilización occidental», todo ello como opuesto a los ideales de libertad y de emancipación de los pueblos que inspiraron la «horrenda» revolución francesa. Verdaderamente, cuando la historia quiere perder a un individuo o una clase...

Por otro lado, es curioso — y aleccionador — observar cómo una derecha ferreamente centralista en lo que a su propio país se refiere defiende cínicamente el separatismo en otros países « explotables ». ¡Vivir para ver!

mundial más reaccionaria (3) se frota secretamente las manos y pone el grito en el cielo: Era natural... ¿No lo decíamos nosotros? Esas gentes no son capaces de gobernarse a sí mismos. El colonialismo es una institución natural y benéfica (aunque no hayan sido exactamente éstas las expresiones empleadas, el pensamiento secreto sí era ése).

Era natural... Pero ¿qué es lo que era natural? ¿la inferioridad de los negros del Congo? Para una mirada medianamente imparcial, lo que detrás de esta batahola semi-racista hay es un hecho sencillo y claro que el enfurecido colonialismo en decadencia pretende ocultar: tras noventa años de colonización « benéfica » (¿para quién sobre todo?), sólo existían en el Congo, de raza negra, 30 suboficiales, 3 altos funcionarios y unos cuantos universitarios... ¿Inferioridad natural de la raza negra? Para responder, preguntemos simplemente esto: ¿qué ocurriría en Bélgica si de repente el país se encontrara en la situación de tener que apoyarse sobre un número semejante de suboficiales, funcionarios y graduados y se produjera una secesión de las provincias valonas, apoyada por ciertas potencias extranjeras? Es posible que, en tales circunstancias, unos cuantos batallones de negros africanos « inferiores » enviados por la O.N.U. a Bélgica vinieran al pelo para pacificar al país y poner orden en el caos.

Otro aspecto en el que la mixtificación naturalista de la derecha — o al menos de la ultraderecha — suele ejercearse con machaconería es el de violencia como médula natural del poder político y de la fascinación ante el hecho consumado, ante la realidad como inercia, es decir, lo que podemos llamar « hiper-realismo » (más adelante hemos de ver cómo la violencia y el realismo a ultranza pueden también contaminar a la izquierda, pero de todos modos la vocación original de ésta se orienta en un sentido exactamente opuesto). La mentalidad de derecha — sobre todo de ultraderecha — está formada para ver en la violencia del poder una condición natural, sin posible superación, de la vida política. La fascinación por el poder en sí — independientemente de lo que con ese poder se haga o se cree — es un rasgo casi automáticamente derechista (incluso cuando aparece en un individuo que se dice de izquierdas). Para ese tipo de mentalidad el poder como violencia es lo único real y efectivo en la vida política. De ahí el desprecio de la ultraderecha por los ideales del humanismo, en cuanto esfuerzo de superación de una situación social que hay que considerar dada pero no inmutable. Para ella, el auténtico esqueleto social de cualquier país lo forman los poderes constituidos como violencia; de ahí la admiración profunda por el ejército, no tanto por lo que haga o pueda hacer (un ejército puede también hacer una revolución: la historia lo demuestra en numerosos casos), sino por lo que en sí mismo es, estáticamente considerado...

Correlativo con esta fascinación por el poder como violencia es el hiper-realismo político: el hecho consumado vale más que todo ideal; la mo-

ral es un fenómeno totalmente ajeno a la vida política, gobernada por las fuerzas **naturales** que recorren la sociedad. Para la derecha, el **orden natural** de las cosas, inmutable, priva sobre todo ideal, sobre todo esfuerzo de superación; el pasado y el presente (en cuanto lo ya **dado**) prevalecen sobre el futuro (como lo que **aún no es**). Así, para la mentalidad de derecha (frecuentemente hegeliana sin saberlo) todo lo real es racional, por el simple hecho de existir; mientras para la izquierda (que suele ser más conscientemente hegeliana), frecuentemente nada de lo real es racional. De modo que lo que en la derecha es una aceptación más o menos hipócrita, en la izquierda es generalmente una repulsa airada (y a veces, reconozcámoslo, vana), es decir, una negación radical de una supuesta «naturaleza humana» inmutable.

#### LA « UNIDAD NACIONAL »

Veamos ahora el segundo punto de apoyo ideológico de la derecha a que aludimos al principio: la idea de la unidad esencial de la Nación (o Patria) como automáticamente superadora de toda contradicción o lucha interior.

Evidentemente, sería insensato negar pura y simplemente la realidad actuante e integradora de la Nación. La nación constituye una determinada unidad histórica, una totalización parcial dentro del proceso totalizador general que es la historia humana. La nación se asienta sobre una determinada realidad que viven como algo común todos y cada uno de los individuos abarcados por sus límites geográficos o históricos. Esa **vivencia actual** de una realidad común por todos los nacionales es lo que constituye la unidad histórica que es la nación. En esta vivencia se mezclan una serie de elementos estáticos (el sentido de apego a la tierra natal, la comunidad de lengua, la continuidad de un pasado común, ciertos matices diferenciales del temperamento social...) y dinámicos (el sentimiento de realizar una tarea común).

He aquí, pues, una realidad histórica viva: la nación. Ni desde la derecha ni desde la izquierda se la puede negar. Pero el problema no está en la afirmación o negación de esa realidad, sino en el manejo que para sus fines particulares hace de ella la derecha. Empíricamente, es decir, en la experiencia de la práctica político-social, puede decirse que el concepto « nación » o « patria » es frecuentemente un concepto de derecha: lo normal es que oigamos esas palabras de labios de ésta. ¿Por qué?

La explicación no debe ser muy difícil. La nación es una unidad histórica, no un monolito. Lo que quiere decir que, en cierto modo, se está haciendo y deshaciendo todos los días continuamente: es una realidad en proceso, en devenir, una totalización que se totaliza perpetuamente. Y, como tal, es una cristalización del devenir general humano. Tanto por encima como por debajo de ella, cristalizan otras unidades históricas, más o menos fuertes y totalizadas: la familia, los municipios, las regiones con un cierto grado de auto-

nomía histórica, los grupos, las clases sociales, los bloques de naciones, las « culturas », la humanidad... De modo que podríamos representar a la nación como un círculo incluido en otros círculos más amplios e integrado a su vez por otra serie de círculos de radio decreciente y diversa virtualidad. La nación no es, pues, más que uno de los múltiples círculos dentro de los cuales el hombre vive su materialidad, es decir, que condicionan su **vivir en el mundo**.

Ese círculo que es la nación es una realidad **contingente**, en el sentido de que, como todos los demás, se halla sujeto al proceso histórico de que nació. Se trata de una contingencia mutuamente condicionada, en la que cada círculo afirma y niega al mismo tiempo la realidad de los demás: unos tienden a disolverse en los otros, o bien a desintegrar o superponerse a los otros... en un proceso reversible de mutua atracción y repulsión que subyace a la historia humana. Todo depende del hombre en cuanto ser que vive con otros y en el mundo: él es quien los constituye viviéndolos. Ninguno de esos círculos es exclusivo, preponderante ni inmutable. Los intereses del individuo en su vivir la materialidad se trasladan continuamente de un círculo a otro, parcial o totalmente.

La nación es, pues, uno de esos círculos **materiales** contingentes dentro de los que el individuo vive sus intereses. Pero la derecha tiende a convertir ese círculo contingente de historicidad en una especie de **monolito metafísico-religioso**, de supernaturaleza de la sociedad que conforma esencialmente al hombre en cuanto ser social. Es decir, lo que es una pura tensión dinámica entre hombres, grupos y clases sobre la base de condiciones objetivas se transforma en una unidad extrínseca que se impone a ellos desde fuera.

La razón — más o menos consciente — de esta trasmutación es evidente: la derecha necesita constantemente una camisa de fuerza que impida el desencadenamiento de tensiones demasiado peligrosas para su situación de privilegio. Esa camisa de fuerza se teje, entre otras cosas, a base de « unidad nacional » monolítica. (Entiéndase: no es que yo niegue esa unidad nacional — ya he dicho antes que es una realidad vital —; me refiero aquí únicamente a la utilización que de ella **hace** la derecha).

Por ejemplo, para el pensamiento — fingido o no — de la derecha un proletario es **más nacional que** proletario. Es decir, que un obrero inglés, francés o español se define más por la relación con el cuerpo nacional dentro del cual ha nacido que por la clase social a que pertenece. Lo cual puede ser — y, dada la estructura de nuestra sociedad, casi siempre es — una notoria falsedad: es decir, que el obrero puede ver (si no siempre, sí en ciertas ocasiones de tensión) sus intereses materiales y, en general, humanos plasmados con mucho mayor vigor en el círculo de su clase social que en el de su nación.

La verdad es que hay una apropiación — práctica y teórica — del círculo « nación » por la clase privilegiada, que le adapta a sus intereses y le



utiliza como dique de contención frente al dinamismo amenazador de la otra o las otras clases más o menos explotadas.

De este modo, la «unidad de la nación», tal como la derecha la concibe y la impone, podría parangonarse sin exceso de parodia a la «unidad gusano-fruta» o a la «unidad carcoma-madera». La moraleja a sacar sería: quien devora necesita estar unido al devorado.

Cuando la derecha afirma que «por encima de la lucha de clases está el interés nacional», está cometiendo una mixtificación. Porque no hay un interés nacional en abstracto, que no tenga nada que ver con todas y cada una de las clases que componen la sociedad nacional; es decir, que el interés nacional no es más que el resultado de una determinada disposición del antagonismo clasista, o, lo que es lo mismo, dada la presente estructuración de la sociedad, el interés disimulado de la clase dominante, que puede o no coincidir con el interés general de la colectividad. Es como si la carcoma, para evitar la expulsión, dijera: «Por encima de mis propios intereses y de los de la madera, están los intereses de la puerta»; siendo así que su práctica devoradora es tan negación de la madera como de la puerta (puesto que ésta no es más que aquélla en una disposición determinada).

Con la proclamación de la «unidad nacional» como superadora de la lucha social, la derecha no suprime ni supera en modo alguno esta lucha: se limita a encadenar a las clases contendientes que se le enfrentan, consiguiendo así una «explotación pacífica». A ello se le llama «paz social».

Y es que el antagonismo de las clases no se le supera con ningún árbitro — simplemente porque no puede haber árbitro por encima de esas clases. Nadie puede impedir que en régimen capitalista un obrero sea **objetivamente** enemigo del capitalista (digo objetivamente porque, sea cual sea la conciencia que de ello tenga, sus intereses son en gran parte incompatibles con los de éste). La lucha entre las clases queda suprimida de verdad sólo cuando se suprime a éstas; aunque evidentemente se la pueda suavizar u ocultar de uno u otro modo (4).

En resumen, que la «unidad nacional» tal como la derecha la concibe y utiliza es simplemente una **unidad de devoración unilateral**. Es decir, una artimaña más de esa guerra que se dice suprimida.

(4) *Nada más regocijante — una hipocresía — que oír hablar a la derecha de cosas como «asociación capital-trabajo».*

*Nunca he podido concibir como  
un ser racional podría perseguir  
la felicidad ejerciendo el poder  
sobre los otros.*

JEFFERSON

## EL « BUEN GOBIERNO »

Y vamos con la tercera de las nociones en que la derecha apoya su especulación y su práctica social: la del **buen gobierno** de la colectividad. En realidad, esta noción es un corolario de la que examinamos en primer lugar, es decir, la idea de un **orden natural** como base del estado presente de la sociedad. Pues si en definitiva esa sociedad se asienta sobre un orden natural de las cosas, sobre una estructura suficientemente racional e inmutable, predeterminada por Dios o por la naturaleza, lo único que a la política le quedará por hacer es **administrar bien lo que ya existe**. No hay, pues, que transformar la base, que es la mejor posible, la más humana posible; sino simplemente implantar las instituciones y elegir los hombres más idóneos para un gobierno fructífero del «bien común» y una recta conducción de «la nave del Estado» (esa cursi expresión de la derecha tradicional).

Así, preocupación política fundamental de la derecha suele ser (no siempre lo es, claro está) el dar con **buenas leyes, administradores competentes y políticos honrados** (evidentemente, esto también preocupa a la izquierda, pero sin que en todo caso pueda constituir la meta de su esfuerzo principal, que apunta a una zona más profunda de la sociedad).

Desde el punto de vista de la izquierda, toda esta instrumentación jurídico-moral, sin duda útil, por si sola no es más que pura ortopedia, simple apuntalamiento de unos muros resquebrajados desde sus cimientos. Recurriendo otra vez a la comparación más o menos paródica: es como ponerle emplastos a un enfermo de cáncer.

Recurramos de nuevo, para mayor claridad, al ejemplo cubano: una cierta mentalidad de derecha pudo pensar a la caída de la dictadura de Batista, que la solución del problema de Cuba estaba en sustituir el desgobierno, la corrupción y la incompetencia característica de aquélla por un gobierno de **hombres honrados y competentes**. Este gobierno hubiera concentrado sus esfuerzos en depurar la administración, cerrar los casinos y las casas de prostitución, sanear la hacienda expoliada, fomentar el crecimiento económico..., en resumen, una serie de medidas de **buen gobierno** encaminadas a promover el «bien común». ¿Eran estas medidas malas? Todo lo contrario; lo único que ocurre es que, por sí solas, constituyen simplemente un típico programa de derecha (de derecha honrada, se entiende) y, por tanto, una mixtificación si con ellas se pretendía poder resolver el «problema de Cuba», así, en general. Porque «problemas de Cuba» podía haber, y había en efecto, varios, según se tomara como punto de vista los intereses de uno u otro grupo o clase. Había evidentemente un **problema de la derecha**, que podía seguramente resolverse gracias a las medidas a que antes aludíamos; pero había también un **problema de izquierda** que era imposible resolver con sólo eso (aunque eso fuera también necesario). La derecha veía la solución en el **buen gobierno**, sin modificar para na-

da el *statu quo* de base en que la sociedad se apoyaba; la izquierda trataba precisamente de modificar ese *statu quo*. El capitalista pedía orden, competencia y honradez; el obrero y el campesino exigían (es decir, lo exigían sus intereses, fuera cual fuera su conciencia de ellos) reforma agraria y nacionalizaciones. Con el monocultivo y la miseria campesina, así como con la grave dependencia respecto a los Estados Unidos que ello implicaba — pensaba la izquierda —, no se acaba a base de buen gobierno, sino a base de reformas...

En resumen, pues: que la noción de **buen gobierno**, se sitúa al mismo nivel, en la sociedad capitalista, que las de «orden natural», «interés nacional» y «bien común»: es decir, al nivel de los intereses de la clase privilegiada. A ese nivel, el «buen gobierno» viene a significar crudamente: yo en mi sitio, tú en el tuyo, y las manos quietas. Es decir, no modificaremos nada por debajo y tendremos paz por arriba. Lo malo —para la derecha— es cuando la clase o clases explotadas se niegan a aceptar el sitio que **naturalmente** (según aquélla) les corresponde y plantean la lucha y la contradicción en un nivel de profundidad social: desde abajo.

El peor truco —decíamos al principio— que puede jugarnos la derecha es convencernos de que no existe. Hemos visto, al hilo de estas reflexiones, algunos de los trucos o cortinas de humo ideológicos de que la derecha se vale para ocultar el bulto gravitante de su existencia. Truco desde su punto de vista perfectamente lógico, pues que su mejor manera de actuar es fingiendo que no existe como cuerpo de intereses sociales excluyentes y simulando encarnar el interés de la generalidad

colectiva. Al lobo —perdónesenos el simplismo maniqueo de la comparación— lo que más interesa es aparecer como cordero. ¿Hace falta explicar por qué?

En el campo de la derecha será fácil que oigamos expresar, con más o menos convicción, frases como éstas: «la distinción izquierda-derecha no tiene sentido» o «está superada» o, todavía, «es una maniobra de resentidos». Para replicar adecuadamente a este tipo de observaciones, hay que situarse simplemente en el terreno del análisis sociológico e histórico, para constatar la existencia, imposible de mixtificar, de dos o más grupos de intereses contradictorios que luchan entre sí. En cuanto a las palabras, no tienen importancia: no se trata de un problema de vocabulario, sino de realidades sociales actuantes. Llámeseles a los dos términos de la contradicción como se quiera: «conservadores» y «progresistas», «norte» y «sur», «x» y «z»; suprimase si se quiere toda la denominación; lo que no se podrá suprimir, al menos por procedimientos verbales, es la existencia real de una contradicción entre intereses, grupos o clases sociales.

La técnica de ocultación de la derecha se desmorona desde el momento en que la clase o clases más o menos explotadas toman conciencia de su situación de inferioridad y de que esa situación no tiene su origen en un «orden natural» o «divino», inmutable, sino en una pura creación histórica, y de que, por tanto, es una situación contingente.

¿En qué nociones o puntos de apoyo ideológicos se funda esa toma de conciencia?

F. F.-S.



*Si ningún político cree  
en la política de otro  
¿cómo hemos de creer  
en la política de ninguno?*

F. Alaiz

# UNAMUNO

**L**A situación de España en 1924 era una situación triste y al mismo tiempo indigna. Primo de Rivera se erigió en dictador. Barcelona acababa de pasar por un movimiento de reivindicación obrera y la sangre de muchos militantes de la C.N.T. permanecía aún fresca sobre el empedrado de las calles. El golpe de Estado militar empujó hacia la frontera francesa a infinidad de hombres amenazados con la cárcel o la persecución más desenfundada. Aquello fué una típica cuartelada y preparada en los cuartos de banderas, entre sorbos de olorosa manzanilla, bajo la efigie deleznable del monarca, y al compás lúgubre de un fandanguillo andaluz.

París nos acogió otra vez una tarde fría y gris de otoño, este otoño tan característicamente parisién, donde uno parece soñar con la sombra de Baudelaire, deslizándose a lo largo de los barandales del Sena bajo una lluvia persistente... El invierno vendría pronto, y, con él, la frialdad de todas las cosas. La « petite chambre » del Boulevard de la Chapelle sería nuestro refugio; quién sabe por cuánto tiempo... Comienza de nuevo la vida activa, la lucha por las ideas en todos los climas y en todos los países, en la inmensidad del mundo sin fronteras. Por primera vez conozco personalmente a Sebastián Faure, allá arriba, en los altos de Pixerecourt, en una pequeña imprenta. El viejo compañero, teórico profundo y orador brillante montaba pacientemente el armazón de la « Enciclopedia Anarquista » ligándolo con la solidez de sus pensamientos sublimes. Más tarde trabajábamos juntos. De esta imprenta salieron los primeros números de « Liberión », que fué un rayo, una saeta contra la tiranía militar-borbónica. Compañía conmigo el periódico Rafael Vidiella, de las « Artes Gráficas » de Barcelona, que estuvo también

con nosotros en Valencia editando « Solidaridad Obrera » y en compañía de Carbó, Alaiz, Viadiu, Bernal, Aragón y Salvador Seguí. Ahora, en este destierro infinito, Vidiella acaba de publicar un libro repleto de groserías contra los grupos anarquistas, pagado por el oro de Moscú. La redacción de « Liberión » estaba instalada en una mesa de Café. Este Café se hizo célebre entonces. Se llamaba « La Rotonde » y ocupaba un lugar en el Boulevard Montparnase, cruce con Raspail, muy cerca de la boca del Metro Vavin, en pleno barrio latino. « La Rotonde » era el cenáculo, la hospedería, el rincón espiritual de los refugiados españoles. Había también en aquel

## por Liberto CALLEJAS

Café una multitud abigarrada y confusa que llenaba el local: comediantes, músicos, poetas, pintores de Oriente y Occidente, mujeres tocadas con una clámide griega, entre ellas Isadora Duncan; y otras con un turbante egipcio. Todos estos bohemios comían en el « Foyer Vegetarien », restaurante a 1,50 francos el cubierto, donde actuaba de encargado Pere Foix, « De la Ville ». La Duncan, que se decía anarquista, alternaba mucho con nosotros. Unos años más tarde asistimos a la incineración de la autora de « Mi vida » en el Père Lachaise. Allí estaba Georges Ploch, Han Ryner, Henry Torrès y lo más selecto de la intelectualidad francesa.

**E**N « La Rotonde » se hablaban todas las lenguas del mundo y ardían todos los fuegos del Universo. En un rincón, siempre solo y siempre triste: don Miguel de Unamuno. Ha venido a pie desde su pensión



burguesa de la rue de Perouge, una de las largas calles transversales de los Campos Eliseos, cerca del Arco de la Estrella. Poco a poco van llegando los habituales de cada tarde: Ortega y Gasset, Carlos Esplá, Armengot, Casanovas, « el eterno Don Juan »; Ventura Gassol, con su chalina negra y su cabellera al aire. Más tarde irrumpen juntos Durruti, Ascaso, Jover, García Oliver, Aurelio Fernández y Alfonso de Miguel. Se dirigen a mi mesa. Muy cerca de nosotros habla reciamente Francisco Macià. Trueno contra la dictadura, y sus brazos trazan al infinito, problemas de estrategia militar para tomar Cataluña. Unamuno calla y apenas observa. La barba del viejo rabiño enmarca el rictus severo de su boca plegada. Un día Blasco Ibáñez lanzó esta frase en pleno Café: « Este don Miguel, con su aspecto levítico, debía ir a Norteamérica a fundar una religión y a hacerse rico ». Algunas veces el autor de « Nada menos que todo un hombre », dialoga con Paul Valery y Jean Cassou, que vienen a verle expresamente. Unamuno se apartaba de nosotros. Le estorbaba nuestro optimismo y nuestro afán de creación y de lucha. Porque Unamuno fué un desterrado con toda la amargura del destierro. No podía adaptarse a

## EN EL DESTIERRO



la luz tenue y opaca de la vieja Lutecia. Sufrió el «mal de España» y añoraba la llanura castellana extensa e intensa. De tanto en tanto desahogaba su bilis en el periódico «Hojas Libres». Sus artículos eran partículas de dinamita lanzadas contra el dictador jerezano a larga distancia, y estrofas ardientes para Salamanca, y cantos de amor al sol de España. El destierro fué para Unamuno una pesadilla atroz que inmovilizaba su pensamiento. Dió un cursillo de conferencias, muy breve, en el Colegio de Francia y rimó con rabia su «Cancionero del destierro», serie de terribles aforismos en verso. Y nada más. Su pereza mental, su abulia, su cansancio creó una enemistad profunda entre él y Rodrigo Soriano, que escribía entonces duro y cerrado en casi toda la prensa, y que trabajaba 'incansablemente p a r a ver a España libre de sotanas y espadas. Hay que decir, en recuerdo de Soriano, que fué un asiduo colaborador de nuestro periódico, donde escribió cosas bellas y punzantes.

Unamuno abandonó París lleno de melancolía y de excepticismo. «Esta ciudad — decía — es un montón de historia apagada». Y se marchó a la frontera vasca, a Hendaya, cerca de España. Allí todos los días ponía un pie en la península y otro en Francia como si cumpliera un rito sagrado. Era un desterrado triste, huraño, rencoroso, despiadado. Malos vientos de envidia y de despecho empujaron a Unamuno a Fuerteventura, y a Francia después. Si la dictadura hubiera repuesto a aquel hombre en su antiguo cargo de rector universitario, no habría-

mos contemplado en «La Rotonde» su perfil de águila caída. Era un desterrado sin ideas. Cassou, que tradujo al francés «La Agonía del Cristianismo», hacía resaltar en el prólogo una frase de don Miguel: «La ideología es la más terrible de las dictaduras». Muy conocida también aquella otra frase unamunesca: «Las ideas son productos de los hombres. Lo substancial es la persona humana». ¿No es todo eso una paradoja? ¿No es una contradicción? Si hay ideas, hay personas humanas que las sustentan, las presentan y las defienden. ¿Puede existir una cosa sin la otra? No obstante puede haber hombres sin ideas. Y uno de estos hombres era Unamuno, que fué la eterna paradoja y la infinita contradicción. Su manía paradójica lo persiguió hasta la muerte, hasta el borde de la tumba. Después de tratar con dureza la obra de Ferrer Guardia, después de insultar el ideal anárquico, después de atacar a la República y desprestigiar a sus hombres, después de llamar salvajes a los que purificaban con el fuego la infame podredumbre de las iglesias, después de burlarse de la revolución del pueblo y de la lucha que tiene entablada este mismo pueblo contra el clero, el capitalismo y el fascismo, tuvo que gritar como un poseído ante las mesnadas de Franco y Millán Astray: «¡Venceréis, pero no convenceréis!» Esta fué su última y definitiva paradoja.

**U**NAMUNO no sentía, no podía sentir la emoción del destierro, porque no era realmente un desterrado sino un despechado. Para los hombres que siguen un ideal la mayor as-

piración en el exilio es el deseo infinito de volver a organizar nuevamente la cruzada en favor de su ideal. Unamuno no poseía esta esperanza tan intensa que enciende en el hombre la antorcha del optimismo. Al través de su desesperación y de su amargura no tuvo siquiera el gesto febril de Ganivet, que un día, se arrojó de cabeza a las aguas heladas del río nórdico, para probar de abrazarse a la inmensidad. Ganivet poseía un caudal de pensamientos, de emociones, de sensaciones, de inquietudes. Era enemigo del método, del programa y del tradicionalismo castador. El autor de «Idearium» no temía a la muerte y supo emplearla como postrer recurso. Unamuno no quería morir, aferrado al temperamento cáustico y férreo de su estirpe vasca. Ganivet era andaluz-árabe y, por lo tanto, soñador y propenso al sacrificio.

No hay que negarle a Unamuno sus dotes de escritor, de gran criticista, de comentarista sagaz y avisado, y de buen poeta. Dominaba el panorama y el paisaje con maestría. Su obra literaria quedará fija en la historia de España, a pesar de su aparatosa disimilitud. Pero esto es aparte. Hemos hecho un pequeño estudio del hombre en sí mismo y frente a la adversidad.

Unamuno, en el destierro, pasó como una sombra fría. Sin dejar un rastro de luz, ni un recuerdo, ni una emoción, ni siquiera una ráfaga de simpatía. Una vez en España no se acordó jamás de aquellos días de París, brumosos y tristes, y a veces diáfanos y risueños, que, entre otras cosas, ayudan a formar este clima emocional del destierro.



# Un asunto escabroso

«La vérité d'une femme est l'erreur qu'elle adopte, car il faut penser pour atteindre à quelque vérité.»

ANDRÉ SUARES

Intervienen:

AUREA  
MARGOT  
LUIS MARIA  
CESAR  
MATIAS  
JOSE

*Dormitorio moderno. Luz rosa.  
MARGOT y JOSE, criados de confianza: él usa patillas y es más viejo que ella.*

MARGOT. — Novedad: la señora cambió de perfume. ¿El señor no?

JOSE. — Clavel siempre.

MARGOT. — Esto algo indica.

JOSE. — Coquetería.

MARGOT. — Ambar su perfume favorito.

JOSE. — ¿Y el nuevo?

MARGOT. — Espera... «La Hora Azul».

JOSE. — Dice bien don César: no hay quien titule como los perfumistas.

MARGOT. — ¿Por qué lo dice?

JOSE. — ¡Cuánto sabe! Escritor, crítico... Le he caído en gracia. Hablamos casi de igual a igual.

MARGOT. — No te confíes.

JOSE. — ¿Pues?

MARGOT. — ¡Yo qué sé! No es santo de mi devoción.

JOSE. — Estos americanos son tan llanos como inteligentes.

MARGOT. — Le ha tomado el gusto a la sopa boba.

JOSE. — Sopista más o menos...

MARGOT. — A todo estar, y ya tiempo, don César.

JOSE. — Mujer, bien que grande, la casa no presta lo que el Palax.

MARGOT. — ¿Sabes lo que te digo? Clientela de la Patro.

JOSE. — ¿De qué Patro?

MARGOT. — Esa de las judías.

JOSE. — Personajes, y llamados a serlo. La casa de los Urbina, el centro de la intelectualidad.

MARGOT. — El administrador está en lo firme al pronosticar la ruina de los señores.

JOSE. — No tienen hijos.

MARGOT. — Pero si gorriones.

JOSE. — Plumíferos.

MARGOT. — Si escriben como tragan...

JOSE. — ¡Qué hombres...! A don César le chocan mis patillas, orgullo mio.

MARGOT. — ¿Sí?

JOSE. — A no apellidarme Librea. Patillas mi abuelo, proveedor de palacio en tiempos de Alfonso XII (perdonado háyale Dios). Mi padre, criado de casa grande, usólas. Yo he salido a ellos, y el que a los suyos parece... No me hallaría sin patillas: sería como vivir para la causa de la domesticidad.

MARGOT. — ¿Sin otro afán?

JOSE. — Servir y amar a Dios...

MARGOT. — Criado es insulto.

JOSE. — Honra, amiguita. «Nadie es gran hombre para su ayuda de cámara».

MARGOT. — «Pero no porque el gran hombre lo sea, sino porque el ayuda de cámara es un ayuda de cámara».

JOSE. — Criado de usarced, dice la persona entendida en maneras.

MARGOT. — Ya no hay maneras: una generalizada.

JOSE. — Encerrado en mis patillas, no me entero.

MARGOT. — ¡Qué suerte!

JOSE. — Mi único pio: servir y amar a Dios...

MARGOT. — ¡Y dale!

JOSE. — Librea hasta el tuétano. Créeme: sirviente de buena casa, cuasi ario.

MARGOT. — ¿Ario?

JOSE. — Señor, sí.

MARGOT. — Hombre... por contagio. Aunque menos que tú, llevo tiempo con los señores. La señora difunta no se hacia sin mí. Yo la vesti para enterrarla. Después, el señorito Luis Maria, sin la contra que impedía su matrimonio... ya tú sabes.

JOSE. — El «no» para casarle con la farandulera.

MARGOT. — Por fin se casaron, y en la casa quedó de doncella.

JOSE. — Azafata, más elegante.

MARGOT. — La señora se confía de mí y este mote me ha puesto.

JOSE. — Margot.

MARGOT. — Ya no me hago a que me llamen Margarita. Tampoco a vivir fuera de aquí me acostumbra. No me casé por lo mismo. Sin ser mía esta casa, encuentro en ella un bienestar que me satisface, y nada más deseo.

JOSE. — Tampoco del cajero son los fondos que maneja; ¿mas quién tiene las llaves de la caja?

MATIAS.

*Cartapacio bajo el brazo, lápiz a la oreja, becoquín, espejuelos, chaqué antediluviano, corbata-plastrón, pantuflas...*

— Ahorrad luz: están todas encendidas.

JOSE. — Que es otro ahorro, dice, como el del chocolate del loro. Sabrá usted que había una familia...

MATIAS. — La familia acabó pidiendo limosna. ¿Y estos preparativos?

JOSE. — La «toilette» de cama.

MATIAS. — Innecesaria.

JOSE. — ¿Cómo quiere usted que se acuesten?

MATIAS. — Modelo Adán y Eva: como yo.

MARGOT. — ¡Qué horror!

MATIAS. — Haz números, Matias. Hila delgado, Matias. Economiza, Matias...

JOSE. — De aquí a cien años...

MATIAS. — Por lo menos, canosos. Quieren hacer siete y media, y pasan.

Estampa dramática, escrita por PUYOL

JOSE. — El que la sigue la mata.

MATIAS. — ¡Hum!... Prever vale más que curar.

JOSE. — Comparado con sus expresiones, el Apocalipsis es un cuento de color de rosa.

MATIAS. — José, el contador.

JOSE. — Diré que usted me lo ha mandado.

(Sale José).

MATIAS. — No se enteran de que este año se han helado los olivos. El trujal estará cerrado. No habrá tostadas de trujalero.

MARGOT. — ¡Con lo que a mí me gustan!

MATIAS. — Vengo a informar a los señores... a predicar en desierto. Los gastos aumentan y los ingresos disminuyen. Barrunto un cataclismo si forzamos la máquina.

MARGOT. — Tiene usted razón.

MATIAS. — Se gasta ahora en un mes lo que antes en un año, con ser tantos los pobres de la señora, y el renglón de iglesias y conventos tan importante. Cuesta más el diablo.

MARGOT. — Cuando usted lo dice...

MATIAS. — Partidas cantan. Puedo mostrar lo que importa un sermón por predicador de nota (algunos hemos pagado): una novena a gran orquesta (algunas hemos pagado): el mes de María, echando a volar la bandadada... Entre derechos y adehalas menos que un día de recepción, y en esta casa (que a la del Nuncio de Toledo va pareciéndose) para ello son aptos todos los días.

MARGOT. — ¡Si, señor! ¡Si, señor!!

MATIAS. — Me puede que echen a barato mis advertencias. Los años no prestan para derroches. Llevamos tres de escasez, y por lo que a mí atañe, sin soltar la brida de la mano. La tierra no puede con tanto: los terrones le pesan en el alma menos que las gabelas. El rentero no va al corriente. ¿Cómo, si falla la cosecha? Pide trabajo el sobrancero: pide pan, que en su casa el legón desocupado es hambre. ¿Qué le dices, no teniendo otro amparo que el tuyo?

MARGOT. — ¡Pobre gente!

MATIAS. — Más fuerte es una casa, tanto más necesita administrarse. El gobierno y desgobierno determinan su auge y decadencia. ¡Pobre de la casa que pierde el pulso! Si no hay equilibrio no hay pulso, si no hay pulso no hay salud, si no hay salud...

*Vuelve José conduciendo la mesita con emparedados, licores, habanos y cigarrillos. Repuesto de su estupor:*

¿Es para mí?

JOSE. — ¡Hombre...! No, señor: no es para usted.

MATIAS. — ¿Y ha mucho que este ambigü portátil funciona?

MARGOT. — Don Matias, un emparedado y una copita.

MATIAS. — Para un emparedamiento en el estómago.

JOSE. — A usted que no le saquen de sus tisanas.

MATIAS. — Confitería, botillería, estanco... Haz números, hila delgado, economiza...

*Sale mordiendo los puños.*

JOSE. — ¡Cualquiera le pide un favor!

MATIAS. — ¡¡Margarita!!

MARGOT. — ¡Don Matias!

MATIAS. — Un alfiler de cabeza negra en el suelo.

MARGOT. — Gracias.

MATIAS.

*(Reprimiéndose).*

— A Dios sean dadas.

*(Sale).*

JOSE. — Pensé que lo ibas a pagar tú.

MARGOT. — ¿Por un alfiler?

JOSE. — El origen de la fortuna de Rothschild, según el administrador. ¡Qué gran ministro de Hacienda haría!

MARGOT. — La señora y él salían siempre riendo.

JOSE. — Claro, un bastión: la tasa.

MARGOT. — Don Preciso, hoy más insustituible. La casa flotará mientras el timón lo lleve don Matias.

JOSE. — Manos únicas, eso sí.

MARGOT. — José, los señores.

*(Salen a recibirles).*

AUREA. — *(Fuera, a la camarista):* Acuéstate, no te necesito.

*(Y a José, que entra detrás del señor, desde el espejo).*

Sin seltz.

LUIS MARIA. — *(Prematuramente encanecido):* Bastante seltz.

JOSE. — Los señores están servidos.

*(Toma ella un adulla, un habano él. Prende el encendedor y se lo ofrece).*

Puedes retirarte.

*(Sale José).*

Habla.

AUREA. — Sólo una palabra en honor a tu inteligencia: Adiós.

LUIS MARIA. — Estamos toda la noche conversando por cifras.

AUREA. — ¿Entendidos?

LUIS MARIA. — Dejémoslos de teurgias.

AUREA. — No te amo, dura verdad que me abrumba. Quiero desconocerla, no gustarla, defenderte contra ella, vencerme a mí misma...

LUIS MARIA. — El batán de Sisifo.

AUREA. — Deseo dejarte. Ansio romper contigo. Anhelo desclavarme de ti y, entre los dos, levantar un muro con mi resolución de ser libre.

LUIS MARIA. — Original asunto: por el fin comienza.

AUREA. — He de expresarte mi agradecimiento.

LUIS MARIA. — ¡Enorme coscosa: Agradecimiento Lo perdono.

AUREA. — La verdad...

LUIS MARIA. — Sin cloroformo... Prosigue, prosigue.

AUREA. — No concibo la mujer infiel que engaña y se engaña.

LUIS MARIA. — Otros salvan el escándalo sacrificando la moral. Alecciona a la mujer el marido. Y la bajeza se trueca en seducción: a ella la realza, a él le da tono.

LUIS MARIA. — ¡Soberbia pareja! Aunque el término no es psicológico, dos sinvergüenzas.

AUREA. — El amor que afronta la contingencia del desamor, no encanalla.

LUIS MARIA. — Más llaneza, «*si l vous plait*».

AUREA. — Todo está dicho sin vulgares excusas ni golpes de teatro. Basta.

LUIS MARIA. — ¿Pero cómo se baja el telón no bien empezada la comedia, es lo que yo pregunto? ¿Cómo decir la representación no puede continuar porque la actriz predilecta sufre un pródromo de locura? Dime, tú que fuiste del teatro.

AUREA. — Nadie es insustituible.

LUIS MARIA. — Cansa todo, el bienestar, la dicha, el exceso de satisfacciones, y dan ganas de pasarlo peor a cambio de experimentar lo nuevo. Lo nuevo para Orfelia — ¿te acuerdas? — eran los ambientes de arrabal, y los de su agrado los más arrabaleros, e insistía en que se la llevara a las sentinas del vicio. A tí los interrogantes te atraen — mujer, curiosidad —, interrogantes que casi siempre defraudan. Tienes la obsesión del vértigo.

AUREA. — Esa mi dolencia, aire puro. El problema de revés o sea de cara, helo aquí: pertenecerte perteneciendo a otro, para mí tan ilegítimo como deberme a nadie debiéndome a tí. Un viceversa el conflicto. Fui tuya, soy suya.



LUIS MARIA. — ¿Materialmente? ¿Contra tu deber?

AUREA. — No todavía, mas te advierto que después de esta sincera confesión hay voluntad y no deber.

LUIS MARIA. — Cuando se tiene imaginación se peca con la fantasía y se corrige el pecado con la reflexión. Algo así dice un maestro. Goethe propugna por el papel y la pluma.

LUIS MARIA. — Arabesco, fruslería. ¡A lo práctico!

(Alzase la mujer ofendida. Frena Luis María y se sienta).

Comandita deshecha, pasaje de cuentas.

AUREA. — Todo es tuyo. Y la moneda con que te pago, que siendo la que más valor tiene, no circula, mía.

LUIS MARIA. — Desnudos nacemos. La criatura usufructúa lo que tiene. Entre amantes, las explicaciones crematísticas huelgan: la querida debe siempre. En cambio, entre marido y mujer, el alcanzado es el marido. Si en tu cabás cupiesen la mitad de mis ilusiones, te invitaría a partir. Pesa menos un cheque en blanco. De todos modos, ordena.

AUREA. — Me voy como vine. Gracias.

LUIS MARIA. — Tu crisis espiritual — pura psicología — no está reñida con la matemática. No me entra. Para mí el cero a la izquierda tiene un valor extraordinario: cuando más valor tiene. Años de matrimonio: tres. Un soplo, a través de Europa, el primero. Suma parcial: feicidad (la alarima del administrador no cuenta). El segundo, íntimo, recoleto — sierra y mar —, menos dispendios: buenos chicos. El tercero representa, económicamente, la suma de los anteriores. Dijérase establecimiento con acceso libre — cómicos, escritores, artistas de todo género — esta casa. Oprime don Matías el timbre de alarma. Vida docta, muelle, de «gentelmen». Yo, gentil señor, de nada te privo. Te obsequio con flores todas las mañanas. Empleo la tierra en sembrar atenciones para brindártelas, y las cosechadas nunca me satisfacen, nunca me parecen dignas de tí. Amor, la suma total. Descontenta tú...

AUREA. — Desenamorada toda yo.

LUIS MARIA. — ¡Ah!

(Sirve whisky. Aurea toma otro «adulla». Vuelve Luis María a ofrecerle el encendedor).

¿Desde cuándo? ¿De cuándo acá este proteísmo? ¿Acaso estriba en que yo voy para viejo? ¿A quién, pues, amas?

AUREA. — A César Fortún.

LUIS MARIA. — Nuestro huésped. Buen muchacho... indigno de mis celos.

AUREA. — Está ausente.

LUIS MARIA. — A pupilo graciosamente. No advertí que te cortejase. Tengo bastante con parecerle buen Mecenaz. A su arbitrio, mi ropa exterior o interior. Literato, zoilo, le trato con elegancia, lo más delicadamente que sé...

AUREA. — Cuidado... cuidado... Fortún no es un trasto.

LUIS MARIA. — ¿Y yo sí? ¿Se desprende eso de tu curta? Demasiado explícita, demasiado humana. Coloca en mi lugar a un impulsivo. Esta persona no conoce a Zenón ni a Schopenhauer. Llega del teatro con su mujer y en la alcoba «modern style» intenta agasajarla. La mujer plantea descaradamente su problema. Viene a decir: Renuncio al honor que hunde caprichosamente en la deshonor (misterios del sexo). Su premisa: haya que optar por vivir mal, si viviendo bien no se vive...

AUREA. — Hay que optar por vivir.

LUIS MARIA. — ¿Qué hace el marido sin el freno de la cultura?

AUREA. — Si carece de cultura, no hay marido y no hay problema.

LUIS MARIA. — Gracias.

AUREA. — Mi cuita, fuerte, pero llena de lealtad.

LUIS MARIA. — Logaritmo psicológico. Me doy por no enterado.

AUREA. — Mal hecho, pese a mí, tu supremacía terminó, dando paso a otra preferencia igualmente absoluta. ¿Sabemos el funcionamiento de la máquina que a obrar nos impele? No lo sabemos y limitamos nuestra conducta a una resignación cobarde, primero que levantar la bandera de rebelión. El espíritu tiene sus exigencias y el sexo las suyas: de un modo o de otro, a la criatura le toca jugar limpio.

LUIS MARIA. — La salud espiritual se recobra si el paciente se lo propone. Los viajes son un gran medio terapéutico. Cerraremos la casa. París, Londres...

AUREA. — ¡No!

LUIS MARIA. — Un gran hospital de almas: Suiza.

AUREA. — ¡No, no!

LUIS MARIA. — Acepto toda iniciativa tuya.

AUREA. — Dejarte.

LUIS MARIA.

(Alzase para tocar el timbre. A José):

— ¿El señorito César?

JOSE. — En la habitación.

LUIS MARIA. — ¿Mucho que llegó?

JOSE. — Ahora.

LUIS MARIA. — Que haga el favor de venir.

(Sale José).

AUREA. — ¿Para qué?

LUIS MARIA. — Para invitarle a un whisky. Para pedirle consejo.

AUREA. — No creo en su eficacia.

LUIS MARIA. — Yo sí.

AUREA. — Los consejos se dan para no tomarlos.

LUIS MARIA. — Menos los sabios de Fortún.

(Un silencio, que da a entender mucho).

CESAR. — ¿Se puede?

LUIS MARIA. — Adelante.

(Entran César y José).

¿Te molesté?

CESAR. — ¿Quieres calarte? Buenas noches.

AUREA. — Buenas noches.

CESAR. — Soy vuestro.

LUIS MARIA. —

(A José):

Una silla. ¿Te hace?

CESAR. — ¿Whisky? Prefiero Jerez. A la hora de lobar soy xenófobo.

(Sirve el criado a César y a los señores y se retira).

CESAR. — Decidme algo del estreno.

LUIS MARIA. — Te creía en el teatro. ¿No estuviste?

CESAR. — ¿Podía faltar habiendo de ocuparme de la obra?

LUIS MARIA. — Como inquieres...

CESAR. — Me interesa vuestro juicio.

LUIS MARIA. — Favorable.

AUREA. — Distinto del mío.

CESAR. — «Rara avis». Discrepáis y me admiro.

LUIS MARIA. — No siempre hemos de estar acordes.

CESAR. — ¿Cuándo no? ?

LUIS MARIA. — Esta noche. ¿Por ventura lo ignoras?

CESAR. — Te encuentro reticente. Requerí vuestra opinión: valiosa la de Aurea como actriz, autorizada, a fuer de profesional, la tuya. Cuanto a mí, la crónica en el cerebro. Tu interés por la obra decide.

LUIS MARIA. — No trato al autor.

CESAR. — Pierdes nada.

LUIS MARIA. — ¿Un cigarro?

*(De la caja lo toma César, un cigarrillo Aurea. Aquel oportuno y galante con el encendedor).*

AURÉA. — Gracias.

CESAR. — Tú dirás.

LUIS MARIA. — Para que me aconsejes.

CESAR. — Telémaco carece de experiencia.

LUIS MARIA. — Tú no eres Telémaco.

CESAR. — ¿Y Mentor sí?

LUIS MARIA. — Dejemos a Fenelón.

CESAR. — Me considero hombre abstracto.

LUIS MARIA. — Presunción.

CESAR. — Estoy pez en ciencia infusa... Empieza.

LUIS MARIA. — Un ser feliz con su mujer: yo. Toco todos los resortes para que ella lo sea. Cuando pulso el último de ellos en mi afán de tenerla contenta, me ataja como Mirabeau a su contrincante Barnave: «Te falta la divinidad. Un idolo derribado. ¿Qué hacer?»

CESAR. — Infundirte en la humanidad como hombre.

LUIS MARIA. — No concibo la misión de un exdiós.

CESAR. — La importancia de un idolo se deduce del culto en su derredor. La indiferencia origina las telarañas.

LUIS MARIA. — Estoy como el gobierno que a dimitir resiste. Aurea supone para mí más que cartera de ministro. Espero al que vendrá, como dice el Precursor, y como en política se aguarda al sustituto.

CESAR. — Para que se produzcan las presentaciones y los panegiricos.

LUIS MARIA. — Alabo el buen gusto de mi sucesor.

CESAR. — ¿Soy yo, maestro?

LUIS MARIA. — Tú mismo.

CESAR. — Aurea o toda de oro, que hable.

AUREA. — Rebajas la cuestión y das a entender que estamos en tu casa.

LUIS MARIA. — No se ha visto a un juez utilizar la guitarra u otro instrumento musical, en vez de la palabra, para notificarle a un reo la pena de muerte. ¿Tú qué dices?

CESAR. — Que entra por mucho el agradecimiento de hablar como corresponde: que no saldré a campo traviesa de tu casa: que no tengo ningún parecido con Calibán y menos con Judas.

AUREA. — Se nace y renace... ahora sin tu magia: se nace y renace a través de infinitos avatares: se nace y renace de distinto modo cada vez que se vive. Las estaciones inadvertidas del camino no se dejan contar. Se ha gastado tu magia y en su lugar sólo hay indiferencia. Yo misma no puedo soportar tanta indiferencia. He perdido la memoria de ti. Si en tu vida se hubiera operado el mismo cambio, todo sería común, y común el lecho; pero borrada tu imagen, como se borra lo escrito en una pizarra, me causas la impresión de un desconocido.

CESAR. — Sé como seas, enseña un maestro.

AUREA. — Dejemos que el viento barra estas cenizas.

CESAR. — Vida y muerte, actividades incesantes.

LUIS MARIA. — Fijo, inmutable, las patillas de mi criado. Me las dejaré yo, por si he de servirle. Los es-

píritus retardatarios nos exponemos a sorpresas. Estamos en un linde *tabú*. Estamos haciendo literatura. Soy menos que pozo de ciencia, apenas ignorante: «porque en la mucha sabiduría hay mucha molestia, y quien añade ciencia, añade dolor. Pero vislumbro la solución de este jeroglífico.

CESAR. — ¿Jeroglífico?... Las cosas que tienden el revés por cara son tan convincentes como la verdad.

LUIS MARIA. — Sofisma.

CESAR. — Los pasos del hombre tras la verdad llevan a decir que no se ha movido de su sitio.

LUIS MARIA. — La verdad estubo delante de Pílatos, y ahora se ha trasladado aquí.

CESAR. — La ley de cada uno conduce al despotismo. Hay esclavitud voluntaria, forma suprema de la libertad: cadenas de rosas. Y autarquía del matrimonio: cadenas. En tal caso, igual da marido que amo. Hasta la Iglesia distingue la compañera y la esclava: diferencia entre el valedor y los burgueses de la mujer, que como una propiedad más agregada a sus propiedades la miran. Las mentalidades superiores, prescritos unos derechos asaz convencionales, dejan que la mujer se las gobierne. Cómo prescriben estos derechos, tú lo sabes. El amor está sobre las leyes escritas. El amor impone su ley. Justo es que Aurea, sucesora de Aurea, disponga libremente de su corazón y que en él coloque a quien crea que lo merece.

LUIS MARIA. — ¿A tí? ¡Pobre peana! ¡Pobre corazón! Salto atrás, reaccionario a todas luces.

CESAR. — La reacción es atajo hacia la libertad.

LUIS MARIA. — Desconfío de la calle de en medio: la cruzo en coche.

CESAR. — Soy peatón.

LUIS MARIA. — ¿El o yo?

AUREA. — El.

*(Saca Luis Maria el talonario de cheques y corta el firmado en blanco. Cétere.*

AUREA. — ¡No! ¡¡No!!

LUIS MARIA. — ¿Para qué darle vueltas a la cuestión? Es el yerro de Sócrates. Comparto la teoría de Beaumarchais: reír de todo antes que echarse a llorar... Mi regalo interesado.

CESAR. — Bello gesto.

LUIS MARIA. — Ciencia aplicada.

CESAR. —

*(Guardándose el cheque).*

AUREA. —

*(Atónita, con todas sus potencias).*

¡¡Fortún!!

LUIS MARIA. —

*(En dirección al mirador).*

La que a tu Fortún le faltaba, estúpida.

*(Aurea, rauda, va a la mesita de luz, toma del cajón la pistola y volviéndola contra sí dispara. Acude José a levantarla del suelo).*

¡Uf! ¡Cuánto teatro en mi casa!...

*Así termina un asunto escabroso.*



habían sido expulsadas grandes masas de judíos a pesar de sus catorce siglos de presencia española a costas.

Como broche damos a continuación (entresacados del aludido estudio de Buckle) algunos textos relacionados con el epílogo de este drama:

«Los efectos que produjo la expulsión en la prosperidad de España pueden demostrarse en pocas palabras. De todas las comarcas del país desaparecieron de repente numerosas familias de industriales agricultores y artifices expertos. Los mejores sistemas de labranza entonces conocidos practicábanse por los moriscos, que en cultivar y regar las tierras eran infatigables. Consagrábanse al cultivo del arroz, algodón y azúcar y a la manufactura de seda y papel» (Buckle).

«Lo más triste según los españoles de aquel tiempo, era tener que ocuparse en cualquier trabajo productivo; el desprecio hacia toda clase de industria útil fué general» (Campanones).

«Pudo, pues, decirse con razón, de nuestra patria, que de Arabia Feliz se había convertido en Arabia Desierta, y de Valencia en particular, que el bello jardín de España se había convertido en páramo seco y deslucido. Dejose en breve sentir en todas partes el azote del hambre; y al alegre bullicio de las poblaciones sucedió el melancólico silencio de los despoblados, y al frecuente cruzar de los labradores y trajinantes por los caminos siguió el peligroso encuentro de los salteadores que los infestaban, abrigándose en las ruinas de los pueblos desiertos» (Janer).

En 1492, en 1609, en 1939, y en tantas y tantas ocasiones, el despotismo teocrático español se hace la ilusión de que expulsa fuera de sus fronteras una escoria de extranjeros o bastardos. La verdad es que expulsa a los mejores de los hijos de España, con lo que malogra las más fecundas energías del país y derrama la más rica de su sangre.

JOSE PEIRATS

Toulouse, 22 de mayo de 1961.



cristiano, con jurisdicción, ayuntamiento propio y administración de impuestos. Las diferentes juderías mantenían relaciones recíprocas, tenían sus comunes celebridades y sus centros espirituales, religiosos. Formaban un tejido cultural que abarcaba toda Iberia. Ahora bien, en la judería todo el poder estaba concentrado en el rabino, que era el elemento tradicional estacionario. El rabino era el juez de la grey judaica, el que dictaba los impuestos, el que velaba por la moral, el que censuraba los libros, el educador y maestro de la juventud. Era, pues, una doble cárcel para el judío que en estas condiciones vivía doblemente encarcelado. Este doble aislamiento le incapacitaba para asimilarse el mundo exterior y para ser asimilado (Valeriu Marcu: «La expulsión de los judíos de España»).

Para mayor abundamiento, de esta forma habitual de ser y de vivir, en parte consentida, se desprendían complicaciones que militaban, atenuadas con falsos optimismos transitorios, en su propia destrucción. Los reyes de Castilla y Aragón concedían aquellas autonomías por razones de discriminación religiosa y tributarias. «Durante siglos —confirma Valeriu Marcu— los ingresos más seguros de la corona procedían de las alhamas.» Ya hemos visto que la comunidad se hacía responsable hasta de los contribuyentes morosos y de los consiguientes gravámenes.

Veamos ahora otro aspecto. Como quiera que las comunidades se convertían en prestamistas de la corona, se convertían ipso facto en acreedores del rey. Este, agobiado por las deudas, caía en una especie de dependencia. Aquellas explotaban la situación para obtener toda suerte de garantías políticas. Estas operaciones financieras —obvio es señalarlo— eran ampliadas al plano particular o vecinal con criterio francamente usurario. Lo que añadido a la influencia política y financiera judaica cerca de la Corte formaba la nube de las futuras tempestades. Ya se dijo que los judíos llegaban al extremo imprudente, impopular, de convertirse en recaudadores de impuestos entre los impondibles cristianos. Estos impuestos eran a veces empeñados por la corona. Es decir: que cuando el rey no podía o no quería pagar su deuda a los judíos autorizaba a éstos a cobrarse en los contribuyentes cristianos. Lo que hacía estallar la nube popular antisemita. Los cobradores de impuestos siempre fueron impopulares, aun acompañados por los corchetes. Imaginemos el furor popular al verse expoliados por particulares a quienes detestaban por herejes y por usureros.

Para los judíos los períodos de seguridad y de poderío eran aparentes. Valeriu Marcu razona esto meridianamente: «Mas siempre que el poder central les retiraba por un momento su protección (...) todo este poder hebreo se desmem-



braba: entonces, la autonomía, la riqueza y la vida quedaban reducidas a polvos.

Estas alternativas de prepotencia y de ruina jalonan la historia de catorce siglos de presencia judía en España. No se daban cuenta de que la tierra se abría a sus pies a medida que la unidad nacional se abría camino; y si se daban cuenta eran incapaces de arbitrar medidas para precaverse contra la inminente caída. La empresa, dado el pesado lastre tradicional, era tal vez superior a sus fuerzas. Había que romper a tiempo el grillete de la tradición y del aislamiento. Había que somover la roca aplastante de la religión más antigua de la tierra. No tener tradición, como los pueblos americanos, tiene sus ventajas y sus inconvenientes; tenerla diluida en la sangre y en el tuétano de los huesos es a veces la mayor calamidad. Esta tradición enraizada, petrificada por la apisonadora de la religión, hizo del judío corriente un ente «diferente», irreductible y antipático. Algunos autores han resumido en el factor «diferencia» todo el drama español y su terrible desenlace. Citemos, para terminar, estas frases de Salvador de Madariaga: «A fines del siglo XIV el elemento cristiano había adquirido una tal preponderancia que no podía tolerar por más tiempo la diferencia... Guardaron intacto (los judíos) a través de los siglos un vigoroso espíritu particular. El cuerpo político de la nación española (...) no pudo asimilar a los judíos».

Los mascaba y no los tragaba. Y acabó por escupirlos.

sus bienes, exención de prestación de servicio militar, liberación de los cautivos.

Estas capitulaciones, a pesar de todas las promesas, fueron incumplidas. («Yo la reina y yo el rey aseguramos, prometemos y juramos por nuestra Santa Fe y sobre nuestra palabra real que cumpliremos estrictamente cada una de las condiciones de la capitulación, ahora y más tarde, hoy y siempre, y que las haremos cumplir fielmente a cada uno de nuestros súbditos, so pena de muerte.»)

Pero «Torquemada se dió cuenta de que si los moros violaban el tratado los monarcas quedarían libres de la ignominia de su firma. Había, pues, que incitar a los vencidos, por todos los medios, a la revuelta» (Valeriu Marcu: «La expulsión de los judíos de España»). Cisneros provocó la primera sublevación morisca y tras la victoria de las tropas reales se extremaron más las medidas de intolerancia. La segunda gran insurrección morisca se produjo en 1568, bajo Felipe II, y se prolongó hasta 1571. Los moriscos fueron llevados a rebelarse impulsados por la desesperación. Habían sido bautizados por la fuerza y, sin embargo, eran acusados de infidelidad religiosa por el ojo tenebroso de la Inquisición. Se les obligaba a hablar castellano hasta en la intimidad de sus hogares, no podían vestir a su manera, las mujeres debían ir sin velo y, para colmo de desdichas, se les prohibía bañarse en los baños públicos (que fueron demolidos) y en privado.

A pesar de la terrible represión no hubo entonces expulsión por oponerse a ello Felipe II. Pero los vencidos fueron esparcidos por varias provincias, expropiados de sus tierras y confiscados de sus bienes.

El epilogo de este drama se sitúa en 1609, bajo Felipe III. El clero había asumido un fuerte poderío en palacio. Los obispos empezaron a intrigar y a influir en el rey con versiones fantásticas. En sus memoriales se hablaba de inteligencia de los moriscos con los turcos; de que todos los desastres, así naturales como militares (la destrucción de la Escuadra Invencible incluso), debíanse al enojo de la divinidad, indignada por la presencia mahometana en el seno de la España cristiana. Según Buckle («Historia de la civilización en España», Londres 1861) el obispo de Valencia aconsejaba al monarca la expulsión de todos los moriscos mayores de siete años, exceptuando a los aptos para remar en las galeras o trabajar en las minas de América. Otros obispos, como el de Toledo, se oponían a toda medida de clemencia y sugerían que fuesen pasados a cuchillo los hombres, las mujeres y los niños musulmanes, para evitar así todo posible contagio con la grey de sus feligreses.

Finalmente, a propuesta del ministro Lerma, dispuso el rey: «La resolución es grande; podéis ejecutarla». Cerca de un millón de los habitantes más industrioses del país fueron expulsados de la misma manera que un siglo antes

abrazando por oposición el credo contrario, ¿por qué no serían, una vez más, campeones de la cruz contra la media luna? La tenacidad de estos guerrilleros es tan patente que el mismo Altamira, tan condescendiente a veces con los mitos nacionales, tiene que reconocer que «Los vascos estuvieron en continua sublevación desde el siglo V al VII».

Por lo que a Cataluña se refiere los iniciadores de la Reconquista fueron los ejércitos invasores de Carlomagno, que ya habían sido rechazados de las puertas de Zaragoza y batidos en Roncesvalles. Carlomagno pretendía restaurar el viejo imperio romano bajo el signo de la fe católica.

Del falseamiento de la verdadera historia nos habla largo y tendido el nada sospechoso canónigo Cardó («Histoire spirituelle des Espagnes», pp. 93-94): «Se suele presentar la Reconquista, desde su principio, como una empresa religiosa y patriótica con preponderancia del primer elemento. Sin duda alguna este primer elemento religioso — la lucha entre la cruz y la media luna — estaba comprendido, pero en proporción mucho más pequeña de lo pretendido por la retórica oficial... Parece hoy establecido que al principio de la Reconquista tendiase más a la buena vecindad, aun religiosa, con los musulmanes, que a la guerra santa para su exterminio».

Cardó insiste en la comprobada libertad de cultos que primaba entonces para mozárabes y mudéjares y en los casamientos mixtos. El espíritu de cruzada, afirma, fué promovido por la Iglesia Romana (España mantenía en materia de culto una amplia autonomía con respecto a Roma), muy preocupada entonces por el cerco mahometano que la agobiaba desde Siria, Egipto y España. De ahí las cruzadas a Oriente iniciadas por el papado desde fines del siglo XI. En España la guerra tiene ya forma de cruzada cuando la batalla de las Navas de Tolosa (1212). Se enfrentaron entonces una coalición europea con las olas de musulmanes integristas, extremadamente fanáticos en religión. Pero el problema tiene más hondura si se tiene en cuenta la influencia político-religiosa de Francia a través de Alfonso VI de Castilla, que casó con Constanza de Borgoña. Empezó así la conquista de España (so pretexto de la Reconquista) por los famosos frailes de Cluny (cuna de papas y cardenales) que consiguieron someter la Iglesia española a la férula vaticanista.

Añade el canónigo Cardó (pp. 95-96): «La participación de los barones franceses... a la Reconquista (tema poco estudiado o poco enseñado en España) fué ciertamente una de las causas más decisivas de la preponderancia del elemento religioso en esta empresa».

Volvamos al principio de este análisis. Al rendirse el último baluarte granadino el 2 de enero de 1492, se hizo según capitulaciones que establecían las siguientes garantías para los vencidos: seguridad para personas y bienes, libertad religiosa y para regirse según sus propias leyes, libertad para emigrar o permanecer en España en goce de

## LA EXPULSION DE LOS MORISCOS

La mañana del 2 de enero de 1492 las tropas de los Reyes Católicos ocupaban el último baluarte granadino. Según la historia oficial, había terminado la guerra de Reconquista empezada en 711. Los mahometanos habían conquistado a España en siete años. Los cristianos tardaron en reconquistarla 781 años. Lo primero que salta a la vista es que una guerra de cerca de ocho siglos no puede ser de Reconquista, sino una guerra simplemente. En cerca de ocho siglos el invasor ha quedado completamente diluido o, si se prefiere, asimilado por el invadido. Los antiguos invasores pueden exhibir sus títulos de españolidad apoyándose en una serie de generaciones que nacieron y murieron en tierra española. Actualmente no se necesita tanto para adquirir legal o naturalmente una nacionalidad. Los invasores mahometanos de 711 habían renunciado voluntariamente a la nacionalidad árabe en 756 en que el Emirato de España se declaró independiente de Damasco. Esta resolución había sido ratificada en 812 al convertirse el Emirato independiente en Califato de Córdoba.

La inmensa mayoría de la población indígena española se había sometido al invasor mediante garantías substanciales. Los mahometanos cumplieron sus promesas por las que se comprometían a respetar la religión, el idioma, leyes y autoridades de los vencidos con tal de que reconocieran éstos la suprema autoridad del califa. Por otra parte la conversión al mahometismo hacía libres a los esclavos y eximia de tributos a los ciudadanos libres. Como veremos más adelante no cumplieron los cristianos sus capitulaciones cuando la rendición de Granada.

Parece históricamente comprobado que los españoles son propicios a las invasiones de los pueblos semitas. Aquellos habían vivido trescientos años bajo el despotismo teocrático godo. Los invasores árabes fueron acogidos como liberadores. Va de suyo que los invasores cruzaron el Estrecho solicitados por el partido godo de la oposición (el de Witiza).

El resto fué obra de la mezcla de sangre, y del ambiente de tolerancia que hizo posible la coexistencia pacífica de tres religiones importantes: la cristiana, la mosaica y la mahometana.

Además, los invitados no eran meros receptores del patrimonio cultural de los invasores sino asociados mediante

la aportación de su vieja cultura hispanorromana. Cada día aparecen nuevas pruebas de esta afirmación. Hoy los árabes no son los creadores de la canalización de nuestras vegas sino los perfeccionadores de esta canalización, papel más modesto pero sin mengua de mérito. Sabemos también ahora que no les debemos la introducción del arco de herradura. El viejo tópico de la colonización cultural arábiga de España deja paso a la fusión de dos culturas. No se puede echar en olvido la vieja cultura hispanorromana so pretexto de la incultura de los dominadores godos. Estos mismos se civilizaron en España. El hecho que hoy se discute sobre la paternidad árabe o hispana de tal o cual aspecto cultural o científico de la España musulmana demuestra el grado de fusión de los aportes cristianos, judíos y musulmanes.

La idea de Reconquista supone dos campos demográficos y militares perfectamente delimitados en lucha sin tregua a través de ocho siglos. Sin embargo, la llamada campaña de Reconquista está repleta de treguas dilatadísimas, salpicada de alianzas de toda suerte, de enlaces y mezclas. No se conciben guerras largas sin treguas. Es caprichoso el concepto de una guerra de treinta, cien años u ocho siglos. Si se confundieron las huestes de Tarik con la población civil autóctona, con una personalidad cultural, ¿cómo no iban a ser absorbidos los ciudadanos de los reinos cristianos que se fueron creando después, partiendo demográfica, cultural y militarmente de casi cero?

La alianza por el matrimonio presenta un doble aspecto muy interesante. No se trata ya de que moros y cristianos, de toda condición social, debieron unirse, por ley de contraste, con mujer u hombre de raza opuesta. La verdad es que no había mujer de raza contraria. Los invasores mahometanos no trajeron mujeres consigo, pues no las trae nunca un ejército de conquista. Como no trajeron mujeres consigo los españoles conquistadores de América, que por esta razón dejaron de ser españoles para convertirse en mejicanos, colombianos, argentinos, chilenos, en fin, en americanos indiscutibles a la hora de la independencia de América (1810), a los 400 años solamente de la «reconquista» americana. Pues bien, por sí sola esta consideración supone que los hijos de los invasores musulmanes habidos con mujer española eran mitad españoles en el momento de nacer. Otro detallé a tener en cuenta es la proporción entre ocupantes y ocupados. Como quiera que los primeros representan una cantidad muchas veces inferior su españolidad resulta tanto más favorecida con el tiempo. Multipliquemos ahora este proceso de españolidad por 781 años, o si se prefiere por ocho siglos, o si se quiere aún por 31 generaciones que vió nacer la guerra de Reconquista y tendremos que la sangre mora casi ha desaparecido pese a las transfusiones almoravides, almohades, etc. Hay todavía a tener en cuenta el origen africano u oriental de los primeros pobladores de Iberia, factor que milita en pro de dos

pueblos pertenecientes al mismo grupo sanguíneo. Razón de más, si los invasores musulmanes que dimos en llamar árabes procedían en su mayor parte del Mogreb, cuna de nuestros primeros padres de la prehistoria.

Examinemos ahora el otro lado del problema. Según la historia oficial los «reconquistadores» empezaron siendo unos grupos de nobles y soldados visigodos huidos a las montañas del Norte y ayudados por los naturales de aquellas regiones. Digamos primero que estos grupos de visigodos eran menos españoles que los súbditos de Boabdil el Chico. Los godos habían invadido España hacia 300 años, con la desventaja de que procedían de las selvas germánicas. Los súbditos de Boabdil llevaban ocho siglos en España y procedían de África, es decir: eran primos hermanos de los españoles, ya en el momento de la invasión. Y sin embargo se sigue hablando de la sangre goda como del patrón oro de nuestra pureza racial. Nada prueba tampoco que aquellos grupos visigodos montaraces tuviesen el consentimiento o mandato de los españoles para la empresa de la Reconquista. Lo más seguro es que no se propusieran tal cosa, sino a lo sumo defenderse en un lugar natural inexpugnable.

Lo más digno de nuestra atención son esos naturales cantábricos o pirenaicos de quienes se afirma que ayudaron al legendario Pelayo en su hercúleo empeño. Es tradicional el feroz sentimiento de independencia de los núcleos del norte de España. Las legiones vencedoras de independencia del emperador Augusto fueron tenidas en jaque continuo por vascones, cántabros y astures. Nuestros irreductibles norteños no pudieron soportar nunca la servidumbre. Vencidos, se envenenaban, o formando dos grupos armados se acometían hasta la muerte. Eurico tuvo gran pena en reducir a los primitivos bárbaros germanos (los vándalos, suavos y alanos) unidos en frente único con nuestros norteños. Los trescientos años de dominación visigótica se hallan matizados con las insurrecciones de estos raciales. Su residencia admitía toda clase de apoyos tácticos. Contra el visigodo de religión arriana, vascones, astures y cántabros mostrábanse fervientes católicos. La monarquía visigoda es una retahíla de conspiraciones sangrientas a cuyo acecho se hallan los norteños para hablarnos de su corajuda rebeldía. Leovigildo, Recesvinto, Wamba y demás reyezuelos godos sudaron mares de tinta para reprimir las constantes insurrecciones cantábricas.

La pretendida guerra de Reconquista es un abuso histórico de confianza. Más verosímil parece la hipótesis siguiente: vascos, astures y cántabros, eternos francotiradores o aguafiestas de todos los invasores, aprovecharían la «pelayada» para levantarse una vez más contra el invasor de turno por los fueros de su independencia amenazada. El alma de la resistencia la representarían esos tenaces guerrilleros atrincherados en los riscos de los Pirineos y en los Picos de Europa. Si hostilizaron a todos los ocupantes



# La comida del hombre

(Continuación)

Las costumbres alimenticias, el hambre y la sed y la dura necesidad de ingerir no distinguen entre alimentos sanos y alimentos impuros. Se come de todo en esta tierra risueña y terrible; es un devorar incesante de conaunios agradables para unos y repugnantes para otros. Se come lo crudo y lo cocido, los insectos y las plantas, los animales sangrantes y los pútridos; se bebe sangre, se comen entranas corrompidas en maceración; se sorben huevos descompuestos y hasta se pueden tragar excrementos cuando la hambruna enseña su rostro demacrado. Describir todas las fantasías culinarias del suarritismo y toda la inescrupulosidad del hambre negra resulta pintoresco en el primer caso de la gula, y siniestro, trágico y escalofriante en el individuo o en los grupos familiares.

Los tragones de succulencias, para ocultar su vicio y los místicos frugívoros para hacer eficaz su doctrina, coinciden en estas sentencias:

«El exceso de comida y la gula producen más enfermedades que la falta de alimentos y hasta el hambre».

«El hombre se cava su fosa con sus dientes.»

La duda es el principio del conocimiento positivo, aunque no precisamente de la sabiduría y, ante el desfile de todas las criaturas familiares, en las que clavaron sus colmillos la miseria social y fisiológica, exclama indignada: ¡Pavorosa civilización, en que unos por exceso y otros por carencia de manducatoria reclaman la curación de su carne apestanda en el desequilibrio biológico!

¡Ah, los caldos substanciosos, los guisotes bien condimentados, las carnes aderezadas en el arte culinario! ¡Ah, el perfumado vino, en sus diversos fermentos de colorida ambrosía y los finos licores de quinta esencia! ¡Ah, las frutas esplendentes, la repostería decorativo, de dulzuras inefables, y las infusiones excitantes!... ¡Cuántas hambres podrían aplacarse con estas delicias!... Y, en todo caso, los tocados por la gracia del hartazgo, después de haber pasado por las flatulencias del ayuno forzado, podrían exclamar satisfechos: «De este mundo llevarás panza llena y nada más».

Las cátedras vivas de la naturaleza imparten doctrinas. Si el hombre se hubiese tumbado «a la bartola», ya hubiera sido aniquilado por esa «amantísima madre», a la que tiene que violar para que produzca lo que a él le agrada. En las llamadas civilizaciones, los gustos se los dan los moralistas y los poseedores de riquezas... Los disgustos son el patrimonio de los que trabajan y sufren esperando las compensaciones de ultratumba...

Si no se ven los dos lados de la naturaleza, se permanece en estado subconsciente... Hay que ver lo agradable y lo deleznable, lo productivo y lo aniquilante, lo placentero y lo doloroso, lo jocundo y lo nefasto o terrorífico.

por Costa ISCAR

El ayuno es un invento terapéutico del hombre. Por regla general, todo animal es voraz. Las aves no hacen más que tragar y excretar; los rumiantes comen por partida doble. El ayuno es bueno para los que tienen asegurado lo necesario y lo superfluo. La naturaleza del hombre lo inclina casi siempre al borde de los excesos. Es glotón, bebedor y además rijo. Quienes se empeñen en otro modelo se colocan en las nubes del ensueño ideal. Así se afirman las «bellas mentiras», en las que el sujeto es a la vez engañado y engañador.

*Si el cuerpo debe orientarse hacia la luz y necesita de ella para vivificarse, es absurdo que haya tantas sentinas en la civilización. Sólo la piqueta de una verdadera revolución justiciera sería capaz de internarse hasta los agujeros infectos en que parece el hombre desgraciado y sacarlo para recrearlo al sol y a los vientos salubres que aún pueden correr en este mundo cada día más intoxicado.*

El sol y el aire no penetran libremente en las aglomeraciones ciudadanas, en las que toda clase de lacras ulcera la convivencia... ¡Sociedad corrompida y corruptora!

Practicar el nudismo es una reacción saludable y es asimismo lamentable espectáculo colectivo. Es rara la pristina belleza sin afeites y toda la desnudez civilizada, en general, resulta un desfile de cuadros de anatomía patológica en sus diversas deformaciones... Es mejor que los cuerpos sigan encerrados en los adioses del vestido y en las extravagancias de la moda incómoda. Tan degenerado es un sexo como el otro y, por pudicia de ambos y para evitar escenas grotescas, es prudente que se desnuden y bañen en la soledad y en silencio.

*El aire matutino, el refrigerio de las madrugadas, son sanos y reconfortan... Hay mucha gente que madruga sin haber descansado de sus fatigas. El que vive uncido al salario tuerce el gesto en sus madrugones y se sobresalta por el recomenzar de tareas ingratas, rutinarias y agobiantes. En el zurrón de su alimento lleva siempre un trozo de amargo pesimismo, porque sabe que todos los días son iguales, de explotación y de miseria. En cambio, los poetas que pueden madrugar para respirar aire menos viciado, llevan su atadillo hacia el campo con su buena ración de optimismo, porque saben que no se uncen como bueyes, sino que pueden cantar en raudito vuelo, como pájaros que detestan la jaula.*

Si el desnudo de ambos sexos puede ser horripilante, el vestido, con todas sus variaciones ridiculas resulta sólo jocoso. ¡Lo natural debe ser enmascarado! En el escenario del mundo, todos son papeles aprendidos y na-

da es espontáneo. El cuello duro o blando, la infaltable corbata, que es el dogal y el símbolo de la ciudadanía; el cinturón y los tirantes para las bragas; los anillos y el reloj de pulsera, marcan la barbarie primitiva, el carácter infantil de los adultos y su estupidez imitativa. El empaque sigue siendo opresivo. La mujer se ha librado de muchos suplicios del atavio antiguo y, en general, es una constante excitación sexual que todos los transeúntes conocen. La mujer pintada, que usa pantalón apretado o vestidos ceñidos que dejan suponer más de lo que enseñan, la que nalguea por las calles con su escote provocativo, ésa es la hembra con que se aparea el macho siempre en celo para dar a la vida un sinfín de seres degenerados.

*Los apetitos humanos concuerdan con la civilización; si ésta no puede prescindir de los refinamientos del paladar ni de las drogas de laboratorio, ello se ha hecho necesario en la existencia artificial que se creó el hombre. Refinamientos gastronómicos, los estimulantes y los estupefacientes, son productos del ingenio que se alejó del todo de la naturaleza. Y al acecho las enfermedades latentes y las explosivas que multiplican médicos y hospitales. Todos los placeres que el hombre busca artificialmente son fugas de su permanente dualismo. De un lado busca a dios, cree en él y quiere identificarse con su perfección. Por oposición le tienta el diablo y le subyuga con el esplendor de los dulces pecados... Mientras el hombre no llegue a ser capaz de curarse de estos engendros fantásticos, no llegará tampoco a comprender la verdad que le conviene dentro de su especie.*

¿Dónde está la salud adámica? ¡Lindo es jugar con los mitos de los libracos «sagrados»! La biblia, inspiradora de verdades eternas, sólo es un cúmulo de mentiras plagiadas de otros textos no menos sagrados. En sus propias células, en el laberinto de su energía cósmica están los impulsos del guerrero, las enajenaciones del apóstol y las apatías del hombre vulgar. Es dudoso que todas esas fuerzas disgregantes puedan converger en la racionalidad efectiva para llegar a una unión fraterna... Seguirán las sugerencias de las jerarquías «espirituales» para ocultar deliberadamente la desigualdad económica de las clases y subclases en que se malogra la convivencia razonable en la que todos cooperen para el bien general biológico, fuera de todas las doctrinas.

*En la alimentación, como en todas las otras satisfacciones hay que usar de todo sin abusar de nada. Cada uno tiene que reconocer su fuerza de resistencia, para darse la medida adecuada contra las exageraciones. No debe ingerirse todo comestible o bebible si no hay capacidad para digerir y expeler. «Soy el dueño y no el esclavo de mis gustos»... Conducta individual y difícil de ser llevada a la práctica de cada día.*

El hombre es astuto y su naturaleza se ha hecho muy adaptable a cualquier circunstancia. Sin profundizar las causas de su carnivorismo, es probable que éste haya sido necesidad y deleite, aunque los teóricos del naturismo afirmen que su organismo es frugívoro. Lo cierto es que ahora, las grandes urbes y aun las medianas y pequeñas no podrían alimentarse todos los días sin las muertes de los animales dedicados a la matanza. Mataros y matarifes son una repugnante realidad que no

puede ser substituida por el vegetarianismo. No obstante existen otras realidades más vituperables, y son las organizaciones de la sociedad autoritaria con sus explotaciones, sus miserias en contraste con el derroche de los pudientes y sus muertes prematuras, ocasionadas por las hecatombes de la civilización. Y esta situación es combatida no sólo por los naturistas, que conocen las causas sociales de la infelicidad, sino también por los omnívoros que comen lo que pueden en la penuria fraguada universalmente.

*La medicina empírica conoce más al hombre por lo que expelle que por lo que ingiere y asimila. Y el hombre sigue viviendo con estreñimiento, con dispepsia y con las toxinas que su resistencia orgánica es capaz de aguantar. Los modos de juzgar al hombre en su mundo no sólo dependen de la ingestión y de la digestión, sino en el razonamiento de ver, estimar y comprender las realidades y no las abstracciones de la imaginación. Dividir al hombre en cuerpo y alma, o espíritu, es propio de la mística y de la poesía divina y pantelista. Todo es consubstancial y congénito y se manifiesta en fuerzas de la materia cambiante en sus formas.*

Ya sea el hombre devorador de cadáveres, o bien frugívoro y vegetariano y comedor de flores naturales, su anatomía orgánica intestinal es una cloaca sucia, que encrespa los sentidos.

*Las tradiciones comprometidas con los privilegios y la sabandía de pacotillo que imparten las universidades del Estado, remachan las cadenas de la esclavitud social... Y el hombre sigue paseando su estampa de cretino sobre la tierra que la engendró en su barro. No es con la fuerza muscular del hipopótamo, o del búfalo, ni con la hercúlea del gorila como podrá el humano lograr su crecimiento, o su última frustración. Sólo la razón podrá llevarlo a la cumbre de su bienestar social.*

¿Cómo vivía y se alimentaba el hombre primitivo?... Indicios paleontológicos, conjeturas de investigadores y exploradores, todo es sospechoso de parcialidad o error. Al hombre actual poco le interesa la existencia de sus lejanos antepasados, ni aun los de hace un siglo. No obstante todos los datos en controversia, parece incontestable que este animalucho tan extravagante y maligno, hecho a semejanza de dios (?), ha pasado por todas las etapas alimenticias: Comedor de raíces, plantas y frutas silvestres; cazador, pescador, agricultor, domesticador de animales, descubridor del fuego y cocinero, llegó al omnivorismo refinado, cuyo origen ya estaba en su edad primera, por necesidad mezclada con deleite. Afirmar que, por repugnancia instintiva cocinó y alió las carnes, no deja de ser una conjetura. Aun existen tribus que beben la sangre de sus enemigos y otras antropófagas. El civilizado, en casos de hambre también puede llegar a la antropofagia. Lo que interesa en nuestros días es cómo aplacar el hambre y el apetito de los 2.500 millones de habitantes terráqueos. Gracias al naturismo crudívoro, a las combinaciones culinarias y a la extensa industria alimenticia, que transforma y conserva las materias primas, todo en múltiples combinaciones, se puede disponer de un arsenal nutricional que se comercializa y no se distribuye equitativamente para la nutrición del género humano. Se producen alimentos para la ganancia comercial y no para satisfacer las perentorias necesidades... ¡No hay comida sino para los

que tienen solvencia económica!... El hambre está aullando en algunos ámbitos del planeta. Entretenerse en divagaciones idílicas de frugivorismo social es lo mismo que mirar al cielo para ver si cae el maná bíblico, o para que la vuelta de Cristo reproduzca el milagro del pan y de los peces.

*Para conservar la salud relativa no sólo hay que cuidar la manducatoria, sino todo el complejo universal de la convivencia pacífica. Para ello estorban los moralistas, los sacerdotes, los guerreros, los mercachifles, todos los parásitos sociales que desangran, debilitan y envilecen al hombre. Cuando éste sea capaz de gritar ¡basta! a toda esa plaga esquilmadora y la destruya o la adapte a una transfiguración total, entonces podrán entonar sus cantos edénicos y apasionados ante las maravillas del frugivorismo los naturistas. Pero que no olviden que las frutas apetitosas las cultiva el hombre con su esfuerzo y hasta con su sacrificio. Hasta ese momento feliz, ¡ay, demasiado lejano y demasiado incierto!, el hombre que no se resigna a ser esclavo de otros hombres o de otras cosas, seguirá su tendencia revolucionaria y combatirá sin tregua la vetusta superstición, el fanatismo autoritario, la desigualdad económica y todo lo que trabaja el*

*desarrollo del trabajo útil en la libre cooperación universal para el bien de todos. Impotente hoy para quebrar las cadenas de su vieja servidumbre, si dispone de su vida específica y saltar por encima de las etapas suficientes fuerzas vitales para vivir en armonía con sus semejantes, el hombre tendrá que organizar la defensa de la economía y de la política, de la moral, de la inteligencia, del amor y de la fraternidad. Si puede avanzar, aun salvando los mayores obstáculos, se salvará de las ignominias históricas y recreará su vida para conseguir la armonía, en la integridad de su ser, con sus semejantes, que ya serían sus prójimos «iguales».*

No perdiéndose en las nubes de la fantasía, el aspecto biológico de la humanidad es de evidente decadencia. Los estados patológicos van en aumento y las fuerzas destructoras están en su culminación, por lo cual se puede prever la pulverización de esta humanidad degenerada, en que tantos pacientes claman por su alivio. Quizá el único remedio consiste en evitar la generación de más degenerados. Cortar el chorro de la procreación para salvar la responsabilidad individual y no sufrir los denuestos de los que podrían nacer para aumentar miseria y el dolor del mundo...

## Afinidades en Marcha

Geográficamente España y Portugal constituyen un todo perfecto. Incluso antropológicamente. Al margen de la «pureza racial», que fué el gran mito de la monstruosa mentalidad nazi ¿qué diferencia puede haber entre un vecino de Coimbra y otro de Vigo? Hasta el deje sonoro de sus lenguas es idéntico. Los gallegos y los portugueses trabajan, luchan, cantan, lloran, rien y sueñan al ritmo que marca su origen étnico común. Lo único que los separa es la historia. La historia añeja elaborada a gusto de Reyes y Arzobispos; la historia escrita sobre la falsilla de unos acontecimientos y nos intereses que nada o muy poco tenían que ver con los imperativos de la tierra, los anhelos, las costumbres, las necesidades, las vocaciones y las tradiciones de los hombres que la pueblan.

Nada hay como la música para registrar los datos anímicos de la condición humana. Recuerdo que una noche en Orán, escuchando la dulce voz «portuguesa» de Amalia Rodríguez, sentí una conmoción moral tan honda y pura como cuando suenan, en la noche del destierro las notas vibrantes de una jota manchega o el profundo sentimiento del fandanguillo andaluz. Y es que las canciones de Amalia son alma, sangre y conciencia del pueblo portugués, hermano carnal del pueblo gallego, del astur, del castellano, andaluz, extremeño, catalán o vasco. En realidad Iberia no es más que una madre buena en cuyo regazo vive la familia numerosa de sus Regiones diversas, pero cuyo aire y donaire es propio de la peculiar e inconfundible genealogía que las distingue.

Estas afinidades naturales han saltado también al plano político y social, sobre todo en los últimos decenios. La burguesía liberal lusitana, como la española, ha vivido siempre de precario y en lucha tenaz contra el absolutismo político y religioso que tienen fuertes agallas. Por su parte la clase obrera ha seguido un común destino. Los avatares de sus luchas manumisoras tienen casi los mismos antecedentes y accidentes. Las diferencias son de forma y no de fondo. En este aspecto quienes mejor han visto el problema social hispano-portugués, los que han tenido más amplia perspectiva en el tiempo y en el espacio han sido la Federación Anarquista IBERICA, y la Federación IBERICA de Juventudes Libertarias. En sus anagramas se cruzan, armonizan y se tejen, como entre los bolillos de una encajera almagraña, los hilos de esa afinidad de pueblo y de destino que unen naturalmente a España y Portugal.

Los anagramas ácratas se adelantan en 50 años al D.R.I.L. de hoy que anima la acción de Galvao. Por eso mismo las dictaduras fascistas de Franco y Salazar se sienten también gemelas, e incluso fuérfanas de un mundo que parece empezar ahora a arrepentirse de haberlas amamantado como la Loba de Rómulo.

Mientras unas afinidades de progreso, de libertad y justicia marchan unidas cara al porvenir de la madre Iberia, otras declinan y se agarran fuertemente por la mano para morir juntas.

¡Salud a las primeras y tierra a las segundas!

CONRADO LIZCANO

Pulso

del

mes



*Transpirenaica*

por Celta LUZ

# CUMBRES LUMINOSAS



**D**ISCURREN las primeras horas de una mañana luminosa. Estoy en la cima del monte Puig Castellar, cerca del cielo. Barcelona duerme a mis pies sumida en el pesado fardo de su historia, tejida con girones de ideas, cultura y progresos. Sobre el brillo de sus catedrales, rascacielos, palacios, monumentos y bosque de altas chimeneas que marcan los hitos de su poderosa industria, tiéndese pertinaz el velo grisáceo de la neblina que envuelve las cosas en misterioso matiz. Pero, la gran ciudad de España rasga tenaz, con bravura espartana, las importunas telarañas de su espesa atmósfera saturada de gases, y el sol hiere con destellos luminosos los picos de sus altas torres y por fin las calles, la inmensa urbe se llena de luz.

Hacia el saliente «el Mioceno continental de Santa Coloma-Barcelona muestra sus cotas, sus colinas redondas de pendientes suaves, cuyas alturas oscilan entre los 60-90 metros». Al norte el «Pla del Vallés» extiende sus fértiles llanuras y sus blancos pueblos hasta unirse el macizo de San Llorenç del Munt y acariciar las faldas de Montserrat. El mar tras de la cordillera costera y el litoral, en la que forman las citadas colinas. tiembla seductor heridas sus ondas por los rayos de un Sol primaveral; miles de casuchas de modesta estructura, confúndense con el suelo rojizo-blancuzco, infecundo y árido. Un mundo de seres llegados de lejanas y miserables tierras, ha edificado aquí sus poblados trayendo su lengua, su cultura y sus costumbres, que luego serán deglutidos por la vorágine de la cultura catalana y absorbidos los grupos étnicos por el oleaje común.

En la cima y en las vertientes de Puig Castellar está enterrado un poblado ibérico. Aquí, además de inmensa luz y espacio infinito, se respira el remoto olor de los siglos que pasaron dejando su huella perenne. De estas alturas que comunican vértigo, sentimos la emoción de lo grande, de lo fabuloso en el tiempo y en el espacio, y sintiéndonos deudores de los antiguos seres que cabalgaron bravíos y ufanos por estas cumbres montañosas, como peldaños ascendentes de nuestra evolución, rendimos emocionados a estas tierras llenas del misterio de los iberos, el tributo de nuestro respeto y admiración. Las sendas, los apriscos, los caminos y las carreteras que se vislumbran desde aquí, tórnanse hilos tortuosos y serpenteantes que se pierden en la lejanía. Allá abajo los seres antójansenos hormigas del hormiguero humano que mantienen en vilo la marcha del progreso fecundo de los pueblos, provecho inmerecido de los zánganos.

Pero, ¿qué hacemos aquí? Excavar. Un grupo de hombres, picachón en mano, están removiendo las entrañas del monte, asiepto — repetimos — de un antiguo núcleo humano ibérico, intentando descubrir la historia de nuestros inmediatos antepasados. Estos hombres sencillos, ejemplo de laboriosidad y de honradez, sienten la noble ambición de saber y con sus picos y sus palas revuelven la prehistoria, la protohistoria y la historia misma, nimbada su frente de sudores y desvelos.

¿Cuál es la personalidad de estos excavadores, modestos pero apasionados aficionados a la arqueología y a la geología? Es el hombre de la fábrica, del taller y del despacho. Las fatigas de su dura lucha por la vida, las compensa con la noble afición a la ciencia, y, mientras en los días de cescanso la multitud vegeta en la inacción y se engolfa en los vicios degradantes, él va por los montes y los llanos dando cima a su ideal, regalando a la humanidad estudiosa el producto de sus hallazgos silenciosos y desinteresados, muchos de los cuales van a los museos nacionales que luego admiran las muchedumbres. ¿Cuál es su premio? La íntima satisfacción de contribuir a la cultura de los pueblos en marcha.

Al conjuro de la piqueta aparecen las habitaciones y los objetos de uso de los pueblos que nos antecedieron, objetos que el hombre moderno estudia y establece el curso de las civilizaciones; y caminando hacia atrás en busca del remoto origen humano, encuentra al homínido establecido en la caverna y en la selva fraguando inconsciente la historia de la humanidad.

Es frecuente que el arqueólogo, el astrónomo y el hombre de letras, que a la vez es digno, laborioso y « revolucionario », se halle envuelto en las mallas legales de Poncio. Galileo, Giordano Bruno, Arago, Cervantes y otros mártires del progreso, toparon en su tiempo con las oscuras fuerzas atávicas, estáticas y retrógradas y sufrieron persecución y muerte. Mas todo ello no es sino el tributo de dolor y de sangre que pagan los pueblos a la vida de dignidad y perfeccionamiento que han de conquistar. «Los mejores» son siempre objeto de persecución, lo que no les priva de seguir hundiendo la piqueta en los estratos geológicos y humanos estableciendo la verdad.

La orogenia ha esculpido sus formas continentales a estos contornos cual monumentos geológicos que abarcan la historia del planeta, y aunque el primitivo relieve ha sido modificado por los agentes meteóricos, hidrográficos, calóricos y demás agentes de la erosión, modificando a la vez la flora y la fauna, persiste el gran libro arqueológico

y geológico escrito al correr del tiempo en el que pueden leer todos los hombres de buena voluntad; por medio de la interpretación de sus páginas se sabe que el «Plá del Vallés, hoy fecunda llanura de gran riqueza agrícola, ayer era no más un lago interior y la montaña de Moncada estaba unida al macizo de Puig Castellar antes de que un poderoso hundimiento la separara precisamente por el cauce por donde discurre el río Besós.

Aquí se escribió una parte importante de la historia del recio pueblo ibérico, esta raza fuerte, inteligente e indómita, y al hundir el pico en la tierra que cubre celosa y voraz las habitaciones de las primitivas tribus, el humilde excavador siéntese invadido de profunda emoción al descubrir entre los escombros los primeros elementos étnicos que hicieron posible el brillo que en su tiempo alcanzó nuestra nación. Cuando su pico tropieza con el objeto, al parecer más simple, cual si tuviera ante sí la tumba de Tutankamon, o el tesoro de Priamo en las murallas de Troya, tiéndese en la tierra adoptando las posiciones más inverosímiles, y acariciándola con sus manos honradamente callosas la revuelve grano a grano hasta que aparece... una grosera pinza de carcomido bronce, tesoro arqueológico de indiscutible valor para la ciencia. Cuando el curioso visitante la contemple en el museo, catalogada en su vitrina impecable, estará muy lejos de sentir la emoción que sintió su descubridor, al despertarla del sueño de tres o cuatro mil años, debajo de dos o tres metros de tierra ensangrentada; porque el último aliento que animara a este poblado primitivo fué cortado violentamente por las espadas de Pompeyo y Catón.

Entonces cobran vida los objetos muertos, sumergidos en el silencio de los siglos y aparecen radiantes de luz y esplendor, luz y esplendor que sólo puede comprender el hombre apasionado por la arqueología. A la luz del Sol, que hoy nos confunde con sus ardientes rayos, este poblado vive de nuevo los momentos culminantes de su existencia remota; hablan las paredes de rústica piedra, caminan las sombras de los desaparecidos por las estrechas calles abiertas y en la cavidad de la habitación descubierta se oye el quedo murmullo de los seres que rieron y lloraron, sufrieron, gozaron y murieron.

Sería hermoso que se multiplicaran los grupos de hombres dispuestos a disolver la dura costra del atraso, de la incultura que abunda tristemente en las multitudes. Sin duda esto no llena la bolsa como dar patadas a la pelota de fútbol, o a un flamenco pase de pecho en el circo romano, o un buen puesto estratégico en la sociedad contemporánea, pero, quiérase o no, esos tumores malignos desarrollados en el organismo social degradado, es preciso extirparlos para salvar a la raza, mientras que la instrucción y la cultura constituyen la esperanza del porvenir hacia la cual han de tender sus manos implorantes los pueblos irredentos. Han desaparecido las «razones» que invocaba Tertuliano para la «necesidad» de mantener a los pueblos en la ignorancia.

Como ya sabemos sólo los pueblos trabajadores,

conscientes, cultos y buenos, elaboran su propio bienestar y alcanzan en la evolución el grado que les hace dignos, y cuando el hombre, dado su grado de cultura deje de ser pasto del engaño y la mentira y mire a su igual sin desconfianza, habrá comenzado a marchar hacia su destino glorioso; la confianza abrirá cauce a la fraternidad y ésta completará la obra que la cultura llevará a término. ¡Paz! Entonces la tristeza de las muchedumbres, engendradas por la incultura y el duro vivir, se transformará en alegría de vivir en medio de la luz.

Hemos de hacer un resumen histórico del poblado ibérico de Puig Castellar, mas para ello vamos a valernos del prestigio de A. Martínez Hualde, a quien copiamos literalmente:

«¿Quiénes fueron los iberos? Los indígenas que poblaron nuestra península en el período protohistórico son conocidos por el nombre de iberos. Fueron gentes de razas y culturas distintas (argárica, bronce, hierro), que ininterrumpidamente vivieron en el solar hispano, dejando un conjunto étnico humano bien definido por la influencia de las condiciones geográficas. Hallamos por primera vez el nombre de iberos en el libro «Obra marítima», de Avieno (siglo VI, a.de.J.C.), aplicado a los moradores de ambas orillas del Ebro (Iber), denominación que fué generalizándose a la población de toda la península.

Como consecuencia de las llamadas guerras púnicas entre romanos y cartagineses, que se disputaban por entonces la hegemonía del Mediterráneo, España fué invadida por los cartagineses en poco tiempo.

Los historiadores antiguos citan a los iberos como un pueblo duro, indómito y montaraz, siempre dispuesto a la caza y para la guerra; no obstante mantuvieron buenas relaciones con fenicios y griegos, especialmente con éstos últimos.

Aníbal, hijo de Amílcar, juró de joven odio eterno a los romanos, diciendo no amar el mando de los ejércitos más que para atacar el corazón del imperio romano. Marchó de España a Italia al frente de un poderoso ejército. El senado romano sabedor de la aventura mandó, para cortarles el paso, a Publio Escipión y a su hermano Cneo. Desembarcaron en Massilla (Marsella), pero habían llegado tarde; Aníbal pasaba ya los Alpes. Publio Escipión regresó a Roma para salirles al paso mandando a Cneo a España para impedir la retirada de sus tropas.

Desembarcó Cneo Escipión en Ampurias (año 219 a.d.J.C.), provisto de una escuadra de 60 navíos; juntó a sus tropas en alianzas 20 mil iberos descontentos de los cartagineses, tratando de mantener el dominio de los Pirineos hasta el Ebro. No todos los poblados se sumaron a la causa romana, máxime cuando los iberos se dieron cuenta de que los romanos pretendían establecerse como nuevos amos.

En el año 195 a.d.J.C. fué enviado a España Marco Poncio Catón, llamado el Censor, para someter a las tribus ribereñas rebeldes. Destruyó sus poblados para obligarles a descender al llano. Pompeyo y Catón se vanagloriaron de la conquista

ta de centenares de « ciudades », mientras que en realidad fueron tan sólo centenares de poblados, indisciplinados entre sí, reducidos a costa de heroicas resistencias, pero inútiles ante la fuerza numérica y disciplinada de los romanos.

El poblado ibérico de Puig Castellar no pudo eludir la suerte de los demás poblados, siendo destruido violentamente y, sin duda, incendiado por las huestes romanas.

En la época ibérica España estaba dividida en tribus. Nuestra comarca se denominaba Lavetania, nombre derivado de «Lave», poblado ibérico emplazado en la cima de Montjuich, hoy completamente desaparecido. Numerosos poblados vecinos estaban generalmente establecidos en las cumbres de las montañas cercanas, pero el de Puig Castellar ocupa la cumbre más alta que domina nuestra villa (300 m. de elevación).

Los iberos tenían contacto comercial con las colonias griegas de Campania (Italia), con los focios de Marsella, e incluso con fenicios y cartagineses. Se supone que fuese el promontorio de Montgat o una playa cercana donde se dirigían las naves orientales para ofrecer sus productos. Eran excelentes jinetes dedicándose a la rafiña en otros poblados y a la caza. Los iberos no fueron navegantes ni pescadores. Utilizaron animales domésticos, y la agricultura, el tejido y la manufactura de la cerámica eran ocupaciones especialmente de la mujer; cultivaban la vid y algunos cereales; la cerámica era de pasta grosera sin cerner, pero más tarde tratan de imitar la cerámica de importación más perfecta. De los iberos nos quedan las llamadas «fusavolas» (husos) y los «pondus» (pesas de telar), de tierra cocida que empleaban para tejer.

La fundición de los metales usada ya por los poblados preibéricos, fué incrementada por el uso del hierro introducido en nuestro país por los cel-

tas. A pesar de que el estado cultural de los pueblos iberos era de un relativo atraso, conocían un alfabeto especial no descifrado aún, del cual ciertos autores pretenden que guarda una relación filológica con el lenguaje vasco. Como sistema de comunicación parlamentaria o de aviso entre los poblados vecinos se encendían hogueras, sin duda utilizando el humo para las señales, tal como lo efectuaban últimamente los pieles rojas.

Por influencia de los celtas, los iberos incineraban sus muertos, depositando sus cenizas comúnmente en vasos funerarios, dentro de hoyos comunes, cistas y silos. Acompañaban a los restos incinerados enseres personales como armas y ornamentos, así como atuendos de caballo y vasos de ofrenda.

Las creencias religiosas de los obreros eran naturalistas, adorando al Sol y a la Luna. Dícese que festejaban a su dios las noches de plenilunio, bailando en familia ante las puertas de sus casas. Tenían también desarrollado el culto a los muertos.

Con toda seguridad el poblado ibérico de Puig Castellar data del siglo IV al III a.d.J.C., aunque posiblemente pueda remontarse hasta el V o VI.

Los objetos hallados en las distintas excavaciones consisten en hueso, piedra, cerámica y metal. Entre los diversos objetos de hueso constan cinco cráneos más o menos completos con señales de violencia, uno de los cuales estaba atravesado por un clavo de hierro de 23 centímetros, hundido en la parte superior frontal.

No pudiéndonos extender más en este brevísimo resumen, advertimos a nuestros amigos lectores que, además del poblado al que hemos dedicado nuestra atención, existen otros romanos y prehistóricos en nuestros alrededores esperando la acción del pico y de la pala.

Barcelona, mayo 1961.

## LA MUJER

La mujer reconcentra todas sus fuerzas en el amor, y la grandeza del alma femenina reclama un alma consciente para recoger esta consagración de su individualidad. No quiere que se la conquiste como una fortaleza ni que se la cace como a un jabali. Desea que se la considere como un lago en que desemboca la corriente de un río, como un torrente que busca su cauce.

Ellen KEY



Han  
Ryner

# El hombre y la obra

por Georges VIDAL

(Traducido del francés por V. Muñtz, miembro de la  
« Société des Amis de Han Ryner »)

(Continuación)

## VII

### Han Ryner y las fuerzas malas de la sociedad

Odiando las religiones, los prejuicios, las autoridades y el artificio, Han Ryner no podía dejar de sentir un profundo desprecio por la sociedad actual.

Y lo que es más grande, no tiene miedo en expresarlo.

Pero esta mala sociedad triunfa desde hace tanto tiempo que a veces parece desesperar. Todas las reformas son engaños y nada cambia. Un ejemplo: «Cuando los estoicos desenmascararon a la esclavitud como algo odioso ante las conciencias medias, se inventó la servidumbre, para satisfacer a estas medias conciencias. Hoy las conciencias medias se sienten felices y orgullosas por la supresión de la servidumbre y el asalariado, en su ingenua lengua, se llama libertad... El problema es siempre el mismo: separando las apariencias» (23).

Pero este desaliento pasajero no impide que el filósofo grite bien alto su pensamiento y denuncia a las instituciones responsables de semejante estado de cosas.

Vamos a ver, pues, lo que el filósofo piensa de las nociones de **patria**, **Estado** y **fuerza**.

Epicteto decía: «Si te preguntan de qué país eres, nunca digas que eres ateniense o corintiano; responde siempre que eres ciudadano del mundo». Hermosa palabra en verdad y que nos trae a través de los siglos el reconfortante ejemplo de un espíritu libre... Pero desde aquellos lejanos tiempos, por desgracia, y a pesar de aquellos raros sabios, la idea de patria, esa abominable catástrofe, ese *delirium tremens* del egoísmo dominador, la idea de patria ha destruido mil y mil veces al mundo entero.

En vano audaces hombres se enfrentaron contra el crimen de los líderes de esa locura y de la masa. ¿Comprendieron los contemporáneos de Pascal lo que éste quería decir cuando escribía: «¿Por qué me matáis? ¿Es que acaso no vive usted al otro lado de la línea divisoria? Amigo mío, si usted viviese en este lado, yo sería un asesino y sería injusto el mataros así; pero puesto que vive usted del otro lado, mi acción representa una valentía y es justa» (24). ¿Se podría de modo más magistral, gritar la terrible ineptia de la idea de patria?

Pero nadie lo comprendió.

Y la «patria» continuó su nefasta tarea, hasta el punto que arrancó este grito a Tolstoi: «Cuando pienso en todos los males que he visto y que he sufrido, provenientes de los odios nacionales, me digo que todo eso reposa en una mentira grosera: ¡el amor a la patria!» (25).

Bajo el manto de tal entidad se adivinan apetitos avarientos de gobernantes y sed histérica de sádicos. Urbain Gohier (*quantus mutatus*, también él...) se indignaba así a lo largo de una hermosa página:

«Me pregunto cómo se atreven a enseñar a nuestros hijos, en las escuelas, el deber de amar a la patria y el de defenderla hasta la muerte, cuando ustedes se apoderan de todas las patrias del mundo que están menos armadas. Despojados por los alemanes, más fuertes, os vengáis despojando a vuestra vez a los árabes, los anamitas, los ho-vas más débiles; los envilecéis con vuestros vicios y hacéis de ellos las víctimas de vuestros pretores engañosos. Tratáis como héroes a los que han combatido por nuestra patria, y de asesinos a los que los fusilaban; pero por otra parte tratáis de rebeldes, insurrectos, piratas, etc., y los fusiláis sin piedad, a los hombres que defienden contra vuestra avidez su independencia y los osarios de sus padres:

«¡Ah!, protestáis contra el triunfo de la fuerza brutal... ¿Invocáis el derecho? ¡Tartufos eternos! Cómo se ve que tenéis dos morales y dos justicias, una para los ricos, otra para los pobres, cómo también defendéis dos derechos, según seáis los robados o los ladrones.

«Enfáticamente habláis de la justicia inmanente de las cosas, y no comprendéis que las violencias que habéis sufrido, que tal vez sufráis otro día, ¡representan el castigo de las violencias que nuestros padres cometieron y que ustedes pretenden cometer aún!»

Y, más calmo, pero no menos categórico, Charles Richet escribía: «¿Se ha reflexionado que la idea de patria es una idea extremadamente contingente, variando según los lugares y el tiempo? Hace cuatro siglos, en Italia, Pisa era la patria de los pisanos y Luca de los luqueses. Un gascón no tenía la misma patria que un normando; un bávaro y un silesio eran de dos países absolutamente diferentes. Pero la noción de patria se ha agrandado poco a poco. Hoy hay una Francia y una patria francesa, una Alemania y una patria alemana, una Italia y una patria italiana. ¿Y por qué duraría esto siempre así? ¿Es que acaso se ha apagado el sentimiento de la patria a medida que la patria se engrandecía? ¿Es que si hubiera una patria europea no reclamaría el crecimiento de su

patriotismo y de su prosperidad de la misma manera que una patria francesa? (26).

Se piensa bien que Han Ryner no se ha quedado atrás en indignación cuando se ha tratado de decir sus cuatro verdades a los patriotas.

No podía dejar de sentir un estremecimiento de horror al evocar la guerra, ese fruto chancroso de la patria. «La guerra, pone en boca de La Boetie, es una escuela de injusticia, tiranía y crueldad. Ni la batalla puede ser madre de la paz profunda, ni la violencia madre de la justicia, ni el mal padre del bien» (27). Y aún más lejos afirma: «Una causa que necesita soldados es una mala causa» (28). Y, vehemente, escribe estas palabras que podrán leer los patriotas «humanitarios»: «No es verdad que amen a los hombres los que aceptan las cosas con las cuales los hombres se odian y se matan» (29).

«¡Ah! Matar sin que a uno lo llamen asesino, quemar sin que a uno lo lleven ante los tribunales, ¡desplegar libremente ante el clamor de las aclamaciones, todo el vigor y la potencia de uno! ¿En qué lugar una potencia semejante puede más magníficamente manifestarse y crecer, sino es en el estrépito y en el fragor que parece ascender de la vasta cortina flamígera de un incendio? ¡Esa catedral que ahí se está quemando es más exaltante que todas las trompetas de la victoria» (30).

Y Han Ryner concluye: «El espíritu militar requiere en seguida la ducha de agua fría y la camisa de fuerza». Excusa ésta que acaso sea demasiado débil ante el desencadenado sadismo de la soldadesca.

Pero existe una fuerza que está por encima de todo esto, que domina al ejército y que desencadena las guerras: el Estado. Y es la fuerza criminal por excelencia, puesto que es la más potente. «El Estado dice: «Yo soy el delegado del Pueblo ante el mismo Pueblo», como en otros tiempos decía: «Yo soy el delegado de Dios ante el Pueblo». Pues las mentiras se gastan en su marcha y de tiempo en tiempo se las reúne de nuevo. El Estado que ya no mentiría, es que habría dejado de existir» (31).

El Estado posee instrumentos: el más peligroso para los hombres es el de la «Justicia», impudente ficción. El que ha sido detenido por los guardias y conducido ante los tribunales, muy bien puede decir: «Hace doscientos años se me hubiese condenado en nombre del rey o de Dios. Hoy se me ahorrarán tales humillaciones y se me condenará en nombre de mí mismo; soy yo mismo el que habré de condenarme mediante el organismo de gentes que se expresan por mi propia voluntad soberana. Pensamiento que me hace sentirme más orgulloso de lo que a primera vista parece. Me glorifico pensando que mi voluntad soberana me roba con las manos de los ricos y me juzga con la voz de los jueces. Soy a la vez mi prisionero y mi carcelero: siento entre mis dedos el cerrojo y soy yo el que vigilo para que mi evasión sea imposible. Decididamente la sociología está en su apogeo. Sabe el Estado de hoy con qué magnificencia el Pueblo es idiota y en la explo-

tación de la estupidez inagotable, manifiesta la más osada y segura de las sutilezas» (32). En cuanto a los mismos jueces, cómo no despreciarlos lo suficiente. Razón tiene Han Ryner de escribir: «Los jueces que han obedecido a las leyes de su tiempo y de su país, desde que su tiempo ha pasado y sus formas de mentira, aparecen como los hombres más miserables y culpables» (33). Para ejemplarizar esto con un ejemplo sencillo y cerca de nosotros, basta pensar en los jueces de los últimos tiempos de Napoleón III, cuando condenaban al encarcelamiento a cuantos gritaban: «¡Viva la República!», y que, algunos meses después de la caída del emperador, condenaban con igual serenidad a los que gritaban: «¡Viva el emperador!»; ¡Oh, ironía!

Todas esas gentes, militares o jueces, que solamente saben dos cosas: mandar y condenar, deberían meditar este pensamiento: «No tengo el derecho de considerar a una persona como un medio. Cada persona es un fin. Sólo puedo pedir a las otras personas servicios que buenamente quieran concederme, por benevolencia y a cambio de servicios» (34).

En cuanto a la familia ¿vale la pena hablar de ella? ¿Qué ha sido de la familia en la sociedad actual? El hombre y la mujer trabajan todo el día, cada uno por su lado y solamente encontrándose a la noche. La broma de Edouard Drumont es justa cuando decía: «La familia sólo existe en la posición horizontal» (35). La familia se muere. ¿Será reemplazada por la fraternidad humana? A menudo, (por no decir generalmente) dos amigos pueden amarse más que dos hermanos, y Han Ryner tiene razón cuando hace decir a Rifat: «He dejado, en las mesetas de Merú, un hijo de mi padre y de mi madre que me odiaba. Pero en el camino, en la llanura de Senaar, he encontrado a varios hombres que me amaban. Estos son más hermanos para mí que el otro. Para mí que a todos los hombres amo, me siento el hermano de todos. Si me amas, me siento hermano tuyo. No es el lugar de donde procedes el que me importa, es el lugar a donde vas y lo que haces. No es tu origen lo que te pido, sino tu corazón» (36).

Esperemos...

Y Han Ryner, a pesar de sus horas pesimistas, espera una sociedad mejor cuando escribe: «Detenidos como los ríos en la época de los grandes lagos, se acumulan numerosos progresos inmóviles, montan, se irritan, siempre vencidos, en la masa inmovible de las montañas. ¿Estancamiento eterno? ¡No lo creo! Mañana tal vez el agua sutil encontrará una hendidura que el ojo no podría descubrir; o bien encontrará una arteria en la tierra para ensanchar. Pronto se deslizará, se insinuará y empezará a trabajar. Esfuerzos oscuros, que pronto serán vencedores, pero que aún ignoramos. Alerta, ya la tierra se precipita, cruje y cae cual una esperada avalancha. Las rocas caen, chocan, se desmenuzan como las gotas en el torrente de una catarata.

«Dejándolas bastante flotantes en cuanto a las fechas, todas las esperanzas humanas se vuelven

legítimas, todas las nobles profecías son promesas. Si el hombre dura lo suficiente, cada uno de sus ensueños puede ser una realidad futura» (37). Esperemos...

- 23.—Le subjectivisme, p. 60.  
 24.—Pascal: Pensées, artículo IV, pensamiento 3.  
 25.—Tolstoi: Avenir.  
 26.—Charles Richet: Les guerres et la Paix.  
 27.—Les Apparitions d'Ahasvérus, p. 126.  
 28.—Le Subjectivisme, p. 62.  
 29.—Idem, p. 69.

30.—La Revue Anarchiste, núm. 14, 20 de febrero de 1923.

- 31.—Le Père Diogène, p. 125. Ed. Figuière.  
 32.—Le Père Diogène, p. 127.  
 33.—Le Père Diogène, p. 133.  
 34.—Le Petit Manuel Individualiste, p. 13.  
 35.—Edouard Drumont: La fin d'un monde, página 166. Ed. Savine (París).  
 36.—La Tour des Peuples, p. 180. Ed. Figuière.  
 27.—La Revue Anarchiste, núm. 9. Set. de 1922.

(Próximo artículo: Han Ryner y la Rebeldía).

# MI PUEBLO

**E**STAN saliendo de las escuelas — antaño bajo la dirección de don Fidel y de doña Benigna — los alumnos y las alumnas, a la hora en que la gente del campo da de mano, y los pastores conducen a los corrales, y la dula, desparramada, atropella por todo al dirigirse los cuadrúpedos a su manida, muy bien sabida de cada uno. Los hombres desaparejan: las mujeres muyen, las mozas van a los huertos a cargar para la cena, solas si compromiso no tienen o si lo han con el « compromiso ». Faena de hombres y mujeres de fin del día. Aún hay sol, mas ya empieza a platear la tarde. El cielo tiene una azulidad lechosa, trasparente. Humean las chimeneas de las casas. A la hora de queda, la luz natural impide distinguir la artificial de los faroles, que en vez de enrojecer alumbrando amarillea y no luce. Agitación de recogida, de colmena cansada. Todos los rumores se condensan para extinguirse por junto. Todavía ladra un can.

Atravesaré por más abajo de la Tajada, a salir al Queiles, a junto del trujal de mi tío, para no ver otra cosa que allí teníamos y en la que nuestros sobrestantes vivían. A esta parte tan verde, tan amena — el cañar y el río, los huertos y la huerta de doña Mencía, las josas y los eucaliptos de Viamaniel —, le quitan alegría el hospital con su enrejado carcelario, el cuarto de autopsias y el cotarriello de indigentes. Para calmosamente el Queiles llevando en la corriente las expresiones del molino. Pasan a abreviar las recuas, y los ganapanes a caba-

llo cantan. Paso yo con los ojos cargados de sueño y la mente de ensueños, acercándome a mí conforme de estos lugares me alejo. Querría que todo fuese otra vez, que perdurase lo que antes me alegraba y ahora me entristece, que me supiese a buena la vida y no a lo que me sabe. Tan sólo en este pueblo se alegran de verme las calles, me conocen las piedras que piso y me dan la bienvenida. Las hueillo con tiento, con respeto, con gratitud, pareciéndome que tienen el palpito de mis juegos y como si rebotasen mil algaradas de muchacho travieso. El camino de la escuela, la plazuela del Taleguillo, el Boterón, en San Pedro, donde mi madre tenía una casa (tampoco, tampoco quiero verla). «Aquí habitaba el señor Juan « Peluco », el de la « seña » Matilde; aquí Pelegrin, orgulloso de su reata de mulas blancas; aquí el tío Melitón, en cuerpo y alma de la aurora, que debajo cantaba...» Se levantan de sus tumbas y andan al influjo de mi recuerdo. El reloj de la hora, hecha de las horas preteritas que vuelven. Están aseándose para dormir la cigüeña y sus hijos. Viene pasto la noche.

¡Pero es ésta aquella plaza grande, sobre todo grande, a una mano la colegiata y a otra la calle Mayor, el Concejo a un extremo y el casalicio de Nogales a otro? ¡Tan amplia como se me figuraba! No parece la misma. ¡Ya! El grandor se lo daban los pasos de estos tres peripatéticos filosofando: Pozo, Nogales y mi padre. Decido no hacer más gimnasia mental y retirarme a la posada.

PUYOL



# El exutorio colonial

**P**ARA los que estén duermes: exutorio es una úlcera, mantenida a posta y artificialmente por los médicos, para purgar a nuestro organismo de las virulencias, los humores podres y las nocuas toxinas, que la sangre carga. Una de las vías de autodrenaje más salubres, según el doctor Besanzón, son las almorranas. Tomen nota de ello los que padecen esa aflicción de espíritu: conllévenla y no se la curen, si no quieren que el diablo y Gayoso — un transportamueertos de aquí — arreen con su carroña.

La peste rojogualda de la sociedad son los galonudos de todas las divisas. Léase, para convencerse de verdad tan de pote o potísima, « El desafío » de Kuprin y « Pequeña guarnición » de Bilse. Véase, en un corral de la Pacheca, « El héroe » de Rusiñol. Y no se olvide lo que de nuestros montoneros de kepis o ros han escrito Eugenio Noel, Ciges Aparicio y Ramón Sender. El lorqueño « Romance de la Guardia civil española » no se despegas de este cuadro o tablar de sabrosa hortaliza. Cada civilón es un ex bandido del Tercio, retirado a la vida conventual o algo así. En la sierra, de día, y en la calle, de noche, prefiero encontrarme al « Vivillo » que a la Benemérita. Los cañes la quieren tanto, que con cada número harían una operación de dividir, partiéndolo en dos.

No temo al que me ofende — escribe el esvarizado Gracián — sino al que me defiende. El guardaespaldas se echa a comer a dos carrillos a costa del que le alquila el pelo del pecho. Pastando esa yerba y la del pubis, engorda como un canónigo el dueño de la granja de tal henar. El baratero vive de la patilla, como el sereno del farol, las llaves y el chuzo. El podrigón quiere rumboar: ir majo como un charro salmantino, vestir de pontifical, yantar como un prior, folgar como un preposito de novicios y trabajar menos que un abad. «Ha dicho el P. Prefecto que bajemos al huerto y que trabajéis, que luego merendaremos».

«España no es una nación que tiene un ejército — afirmaba otro gran Federico, pero menos grande que el asesinado en Granada — sino un ejército, que tiene una nación». Más poseída, disfrutada, calada y usada con abuso, de derecho y de revés, no ha habido madre del cordero nunca. Lo mismo le ocurre a Prusia con su felomariscalato, le pasaba a Francia con la « Grande Armée » y le sucede a Inglaterra con su « Home Fleet ». Los ases de bastos de la cristiandad no son los Gobiernos, sino los Estados Mayores. Capital que no pere-

ce o himen que no se abisma es que no lo ha desemboscado algún militar. De todas las Academias de una y otra arma, salen especialistas del cañonazo del millón de pesos. Para dar el quiebro al ataque de un enemigo eventual, aceptamos un invasor de nuestras decencias peor que Muza y una ocupación permanente del parapeto, en que por encima de la cabeza de Dios había de ser defendida nuestra dignidad. En nuestra flojera llevamos el castigo condigno. Al que no le hincan en los blandos una espuela, le clavan dos. El caso es que todos andamos con el empeine estrellado y nafrado, en trance de que se nos costure, más en sangre que si menstruásemos; con el hipocondrio y la mielsa a rastras.

Con el fin de echar fuera de sí ese mole perlesante, los curanderos del estatalismo han inventado el exutorio de las colonias. Las de Holanda dan caseína, para hacer pies de fraile. Inglaterra les hace sudar también café a sus negritos, malayos o del Namib. Pero el caño rifeño no fué nunca para España más que un exutorio, una canal por la que se descomía y desbebía el país. Se disparaban por allí los detritus de cuarteles y cuartos de banderas — Fernández el Silvestre, Pancho Franco, Millán Astroso — lo peor de cada casa. Por ese ojo sin luz se desencasernaba en parte la Península. Mahoma tiene la chilaba ancha; y recibía agradecido, como los cuernos que le ponía Kadidja, tahúres toxicómanos, chafarinos, patoteros, lectores de Belda; en fin, todos los que no pegan a su madre y no han dado estricnina a su padre, porque no los tienen conocidos.

Se facturaban y tranfretaban camino del Barranco del Lobo esas albañilerías, para ver si las liquidaba un « paco », o las exterminaba el paludismo, o las enrolaba en sus mejales el Califa o se las repartían como buenos hermanos el Profeta y Alá para fosfatar sus vastos dominios.

Pero, la pirámide estercoreal fermentó; reventó la cloaca; y hemos sido en España víctimas de nuestro propio nitrato. Por el exutorio ya se nos ha ido media vida. Y la otra mitad va a seguir el mismo camino. La alcantarilla se ha comido la calle, ha inundado la urbe y el campo. Y todo el vaso redondo ibérico no es más que un sagrario de dioses feciales, una patarata como un Cadi, un mar de urea, de ordura y de subproductos residuarios.

Angel Samblancat

# LA VIDA Y LOS LIBROS

«TESTIGO DE MI TIEMPO» y  
«EN UN LUGAR DE LOS ANDES»

por E. Relgis

Un apego al pasado, arma con la que abre ventanales al porvenir, una constancia por el sendero difícil de la dignidad y de la rebeldía; una claridad jamás decadente en la expresión y en las intenciones; un amor del mundo y del hombre; una sincera inclinación hacia la poesía que es delicadeza de alma, que es belleza y armonía; un apostolado de la paz; tal es la obra escrita por Relgis que, cual cirujano del cuerpo social, intenta extirpar de él los males que le oprimen, los padecimientos que le agobian, los quistes que lo matan. Más de treinta volúmenes, escritos y legados al mundo; treinta peldaños seguros y honrados que este internacionalista rumano ha colocado a los pies del hombre para que pueda subir más fácilmente hacia la meta del ideal y del bienestar hasta encontrar el sosiego que no tiene, la paz que aún no conoce, la plenitud de vida que tanto desea, por la que tanto lucha y hacia la cual tienden todos sus esfuerzos, tan baldíos y contradictorios a veces.

El humanismo que desgajan los poemas de «En un lugar de los Andes» no desmerecen en nada a la prosa dulce y edificadora de ninguno de sus libros en los cuales siempre se ve, diáfano, a Míron, el indesmentible, el tenaz, el consecuente: siempre sembrador y veraz, lo mismo cuando pronostica: «Perspectivas», «Albores de libertad», como cuando sienta posición: «El hombre libre», como cuando analiza: «El espíritu activo», como cuando traza: «Sendas en espiral», como cuando escudriña e interpreta al mundo: «Doce capitales», etc., sin que jamás en ningún momento deje de testimoniar: «Testigo de mi tiempo», todo con el anhelo de despertar las «cuerdas durmientes» que encierran al hombre.

Relgis declara su origen judío. De ahí que comprendamos mejor su perseverancia en los caminos elegidos y su inclinación, merecida, para enorgullecerse de su pueblo, cuya tenacidad sobrepasa lo imaginable. La consecución de la sociedad israelí — que tan bien ha descrito Agustín Souchy — después de dos mil años de persecución no es algo que permita contemplarlo indiferente y menos si te consideras carne de aquella carne.

Y no es que en Relgis veamos, muy al contrario, al fanático por tal o cual causa, no, vemos en él al analista que sin prejuicios ni apresuramientos, quiere llegar a conclusiones, y llega, tras las que aplica a su conducta, puliendo su pensar, su manera y su acción. Es el que, como Juvenal, *vitam impendere vere*, consagra la vida a la ver-

dad, lema que todo hombre debería tener. El mismo nos sentencia diciendo que «quien se empeña en falsear su propia naturaleza está preparándose a perecer».

Eugen Relgis es, pues, el que se reconoce como miembro de la diáspora sin dejar de ser parte íntegra de la humanidad. En «Testimonio de mi tiempo» roza, aunque ligeramente, la historia del pueblo judío cuyo organismo más representativo, casi tan representativo como el propio Estado de Ben Gurión es hoy la K. K. L., su motor y su alma.

Para Relgis, como para el pueblo judío en general, la existencia no es más que la imagen que une, cual puente inmutable, al ayer con el mañana. En sus poemas se encuentra inseparable y permanente la noción del tiempo «corriendo a raudales», el origen «que volverá», la vida semejante a un viaje, viaje de un instante frente a la eternidad del camino, y los sueños, la ausencia...

«Cruzo tamarindos y subo el barranco.

(Subir es su obsesión).

Bajo por la senda que corre al azar,  
y los siglos de oro se visten de blanco

(primavera eterna)

sobre el anfiteatro que crece al soñar».

Esto que reproduzco de Fray Bentos corrobora cada uno de sus escritos y completa su obra reflejo de su fe. Una fe que se hace inquebrantable aun hasta en los momentos más desesperanzados. A veces, como por ejemplo en «Casa de las crónicas» uno ve el equivalente de «Nocturno indiano», el mismo grito a la soledad y a la naturaleza, el mismo desgarrador gemido del hombre frente a todo y a todos... frente al destino.

«... sobre la cumbre saliendo de la hondonada...»

sin dejar el fardo cruel de los sueños que escudriñan el cerebro y agotan el corazón «que el enardecido errante levanta como un pendón».

Cada poema, cada línea, cada palabra de Relgis es una afirmación, un testimonio y una esperanza. La esperanza del que sabe quién es y a dónde va. Todo lo que puede y hace sólido un ser y una existencia porque ha descubierto que cruza el portal y

«al fondo espera  
sobre el zarzo la viña suspendida,  
y rodeando el zumbar de la caldera,  
madre, niños y abuela aún erguida».

M. CELMA

# EL PROPIETARIO

por DENIS

**E**RASE un campesino que tenía un hambre insaciable de propiedad. La tierra le era indiferente. Lo que anhelaba, con un anhelo sin medida, era la propiedad de la tierra. Un campo delicioso, pero limitado, no tenía ningún valor para él ante un erial extenso. Privándose y privando a su mujer de alimento y de sueño, y explotando a sus hijos, privados también de todo, desde que alcanzaban la edad de poder hacer algo, había logrado adquirir un pedazo de huerto. No comían, ni él, ni su mujer, ni sus hijos, de lo que el huerto producía, sino lo que no podía venderse: lo averiado, lo podrido. Apenas sus hijos llegaban a la adolescencia. La miseria los mataba antes. Poco importaba. Otros nacían, que los sustituían. El drama era cuando moría un animal comprado con el hambre de todos. Había que comprar otro para sustituirlo.

El huerto llegó a valer, al cabo de unos años, mucho más que cuando lo había adquirido. Se le ofreció ocasión de venderlo bien, y de hacerse propietario, no en malas condiciones, de una extensa finca de secano. Como con el dinero percibido por el huerto pudo pagarlo al contado, un Banco le ofreció crédito para los primeros trabajos. No podía ya realizar éstos él solo con su mujer y sus hijos. Contrató algunos trabajadores, que fueron a instalarse en la finca, con sus familias. Naturalmente, se albergaron en las mismas dependencias que los animales.

La explotación de los trabajadores era más productiva que la de la mujer y los hijos, y por lo tanto más gozosa. No tenía la responsabilidad de alimentarles, de vestirles, de calzarles, aunque fuera mal. Les entregaba unas monedas, las convenidas, y si no comían, ni se vestían, ni se calzaban, allá ellos. Ninguna culpa tenía él de que no fueran ahorradores, de que malgastaran, no se sabe en qué, lo que ganaban.

Un año después, el propietario no necesitó ya el crédito del Banco. Los trabajadores no sabían ahorrar. El, sí. Había ahorrado aquel año más que en toda su vida de privaciones y de explotación de sus hijos. Sabía, como que dos y dos son cuatro, que así como sus ahorros de los primeros tiempos, tan insignificantes, provenían de su hambre y la de los suyos, los de ahora, mucho mayores, no tenían otra fuente que el hambre de los trabajadores, y su carencia de todo. Pero si alguien se lo hubiera dicho, lo habría juzgado un insulto. No de otro modo lo habrían juzgado, ni lo juzgarían aún, casi sin excepción, todos los profesores de economía. Hombres sensatos, que saben, como nadie, el porqué de la riqueza.

El propietario pudo comprar, con los ahorros de aquel año, una tierra de regadío que lindaba con la suya. El agua era, en aquella tierra, abun-

dante. Hizo encauzar parte de ella hacia la finca de secano, y empezaron a surgir en éste frutos hasta entonces en ella desconocidos. Tuvo, para todo esto, inútil decirlo, que contratar nuevos trabajadores y que albergarlos con los otros y con los animales: no había tiempo de preparar nuevas dependencias. Ni era necesario. ¿Para qué gastos inútiles, no productivos?

Años más tarde, casi todas las tierras de los alrededores habían pasado a ser suyas. A medida que había ido creciendo su propiedad había ido aumentando el número de los trabajadores, y con el número de éstos la suma de sus ahorros. Era un fenómeno maravilloso. A veces la cosecha no era buena, pero entonces el precio de los frutos era más alto. Sin duda, cuando esto sucedía, algunos hombres, no se sabe dónde, podrían comer menos frutos, puesto que eran más caros, pero el propietario ahorraba en la proporción prevista. Y algunas veces más, lo que era curioso. Los años de más mala cosecha eran casi siempre los mejores. Si hubiera sido posible llegar a un acuerdo, entre todos los propietarios del mundo, para obtener malas cosechas, ¡qué manera asombrosa de enriquecerse se habría descubierto!

Nuestro propietario, sin embargo, no estaba satisfecho. Hacía ya dos o tres años que no había podido extender su propiedad. Nadie, en las cercanías, quería vender la tierra. Sus ahorros dormían, en sacos, escondidos sólo el sabía dónde. Al Banco había ido una vez por el dinero que le fué ofrecido, y otra vez a pagar ese dinero. Nunca más. Sus ahorros quería manejarlos él, no que los manejaran otros. Y para él no tenían otro objeto que la adquisición de tierra. Como no le era posible, en torno a su finca, adquirir más, estaba triste, triste. Su hambre de propiedad no se había saciado.

Un día supo que en otra comarca podía comprar tanta tierra como quisiera. Vendió en seguida cuanto poseía y partió.

Había redondeado la propiedad que dejaba. Todo el mundo se la envidiaba. La atravesaba un río; había en ella bosques, árboles frutales en multitud, llanuras donde se arrojaba el trigo, crecía y maduraba sin cuidado alguno, prados, fuentes; pero ya no podía añadir a ella otras tierras. No le interesaba, pues. Su amor no era un amor de la tierra; era un amor de la propiedad.

Partió por la noche. Ni un adiós, con la mirada a la tierra que abandonaba. Ni a los trabajadores, a los que nada debía. Todos los profesores de economía lo dirán. Les había pagado lo convenido. Cada cual era libre de irse, si lo convenido no le convenía.

Se instaló en la otra comarca, propietario de una extensión doble de terreno. Todo lo ahorrado y todo lo percibido por la finca fué empleado,



salvo la suma necesaria para empezar la explotación. Modo de no aceptar los nuevos ofrecimientos de los Bancos.

Se aseguró antes, de que en los años sucesivos podría comprar más tierra. No quería exponerse a nuevos límites en su hambre de propiedad.

Pero al año siguiente partió de nuevo. Por fin sería el propietario que quería ser. En una región lejana, despoblada, y que el gobierno quería poblar, se entregaba, por una miseria, a cada cual, tanta tierra como quería. Lo vendió todo y partió, sin vacilar.

Ya está el propietario en la región lejana, lejana. Era verdad que podía tomar no tanta tierra como quisiera, pero sí una grande, grandísima extensión. El límite lo había de señalar él, con su esfuerzo. Cuanto más se esforzara, más extensa sería su propiedad.

Había que partir, al salir el sol, de un lugar señalado, y estar de vuelta en él cuando el sol se pusiera. Todo el círculo trazado en ese tiempo sería suyo.

Partió, del lugar señalado, a la hora señalada. No hay que decir que corriendo. Pronto se percató de que no podría correr todo el día. Llegada la hora en que tenía costumbre de tomar algún alimento, se percató asimismo de que había olvidado llevar consigo algunas provisiones. Pero poco importaba. Ya comería por la noche. Lo desagradable era que acaso no podría marchar tan deprisa como si hubiera comido. En fin, ya no tenía remedio eso. No había que pensar más en ello. En lo que había que pensar era en la propiedad, en hacer que fuera grande la propiedad.

Marchaba, marchaba, tan deprisa como podía. Aquí encontraba un arroyuelo y lo rodeaba, para que quedase dentro de la propiedad; allá un bosquecillo, y hacía lo propio; más allá una tierra que le parecía buena, y nuevo rodeo.

A mediodía vió que se había alejado mucho del lugar a donde tenía que volver, y que tenía que apresurarse, si no quería llegar tarde. Una vez puesto el sol, toda su pena habría sido inútil. Y no podía volver en línea recta. ¿Qué figura tendría entonces su propiedad?

Emprendió el regreso, corriendo de nuevo, pero por pocos instantes. No podía correr ya sino unos minutos. El lugar de donde había partido estaba en una altura. Lo veía, lejos, lejos. Había que llegar a tiempo. Pero he aquí un trozo de tierra con agua cerca. Imposible dejarlo. Lo rodeó. Y corrió de nuevo, solamente unos pasos. Y así una y otra vez.

Ya estaba a un kilómetro del final. Tenía hambre, sudaba, se le doblaban las piernas. ¿Le daría tiempo, el sol, de llegar? Sí, llegaría, en el momento de su ocaso, y todo se podría dar por bien empleado. Tendría una inmensa propiedad, que jamás en otra ocasión podría recorrer en un día.

La mitad del sol se había ocultado ya en la lejanía, y aún quiso meter unos árboles centenarios en su propiedad. Un nuevo impulso, después, y llegó, con la puesta del sol, al lugar señalado. Pero llegar y caer, desvanecido, todo fué uno.

Como pasaran unos momentos sin que se moviera, el que había de entregarle sus títulos de propiedad se acercó a él, le miró, sin sorpresa, y dijo:

— Está muerto.

Estaba, en efecto, muerto.

No había que pensar en llevarlo a parte alguna. Se estaba en una región despoblada. Se cavó, pues, una fosa, a toda prisa, y se le enterró.

Cuando la fosa estuvo cubierta media, justamente, dos metros.

El que había de entregarle sus títulos de propiedad, dijo:

— Era toda la tierra que necesitaba.

**E**L arte no ha podido medrar nunca sino en pueblos libres. Entre las ciudades de Grecia Atenas; en Roma languideció y murió por haber sido entregado a los esclavos. Revivió al sentir herida su frente por la luz del Evangelio. Cayó bajo la mano tiránica del sacerdocio y retrocedió; fué puesto en libertad por las cruzadas y adelantó a pasos de gigante. Falto de asilo, se acogió a la sombra de las repúblicas de Italia. Salió de ellas, pero cuando estaba ya exportando el feudalismo, cuando empezaba a respirar el mundo. Penetró en España, en Francia, en Alemania; volvió la espalda a Rusia, dividida hoy en siervos y señores.

F. PI Y MARGALL



# MICROCULTURA

760. — Las corrientes marítimas que más se conocen desde lejanos tiempos son: el Gulf Stream (Corriente del golfo) que nace en el golfo de México y va hacia el N. de Europa; y el Kuro Sivo que nace en las costas del Japón y se dirige hacia el estrecho de Bering.

761. — Mareas son unos movimientos regulares y periódicos de las aguas del mar, que dos veces al día (cada 12 horas y 25 minutos) se acercan a la costa para luego retroceder, dejando en seco parte de la costa o playa.

762. — En América del Sur se designa con el nombre de «camalotes» a los islotes flotantes de plantas arrastradas por los grandes ríos.

763. — Una pequeña elevación de tierra toma los nombres de colina, altozano, cerro, loma, collado, montículo, otero, etc.

764. — En los países del Plata se da el nombre de «cuchilla» a una serie de colinas, el de «mogote» a un montículo aislado que remata en punta, y el de «albardón» a una pequeña elevación de tierra en medio de terrenos pantanosos.

765. — Pulperia (argentinitismo) es una especie de taberna de campo que vende al por menor artículos de abasto como aceite, grasa, yerba (hierba) mate, azúcar, botas, ponchos y sobre todo caña (aguardiente).

766. — En una montaña se observan la base o pie; la falda, vertiente, cuesta o ladera; la cumbre, cúspide, cima o cresta; y el punto culminante.

767. — Los platenses llaman también «isla» a un conjunto de árboles aislados en medio de una llanura, y que no está junto a río o arroyo.

768. — Desde el 404 hasta el 403 A. C., gobernaron en Atenas los «Treinta Tiranos».

769. — Se llama ventisquero o ventisca a una borrasca de viento y nieve que suele ser frecuente en la garganta de los montes.

770. — Las llanuras incultas se llaman, según los países, pampas, llanos, sábanas, desiertos, páramos, estepas, praderas, campos y campiñas.

771. — El «chiripá» (argentinitismo) es una pieza de género, rectangular, la cual pasada entre los muslos y asegurada a la cintura, hace las veces de pantalón entre la gente de campo (paisanos y gauchos).

772. — El maíz es originario de América, sabiéndose que los españoles al desembarcar en las playas del Río de la Plata encontraron sembrados de maíz.

773. — El maní, planta frondosa de flores amarillas y cuyos capullos contienen dos granos del grandor de un garbanzo, es conocido en España con el nombre de «cahuete» y en Francia con el de «pistache de terre»; la planta en América se llama «mandubí» y el fruto maní.

774. — El mármol verde de San Luis (Argentina), con vetas rojas y amarillas, es verdaderamente hermoso y no tiene quizás rival en el mundo.

775. — En el 400 A. C., se supone que murió Tucídides quien, después de Herodoto de Halicarnaso, es el historiador más grande de Grecia antigua.

776. — La isla más grande del Atlántico europeo es Gran Bretaña, la que junto con Irlanda forman las Islas Británicas.

777. — Las ciudades más grandes de Gran Bretaña son Londres, Edimburgo, Glasgow, Liverpool, Manchester y Birmingham.

778. — Cinco son los principales ríos de Africa: Nilo, Niger, Congo, Orange y Zambeza.

779. — En 1855 el temible «simún» (viento huracanado) sepultó en el Sahara a toda una caravana compuesta de dos mil personas y mil ochocientos camellos.

780. — Chacra (argentinitismo) es una propiedad rural destinada al cultivo y cierto número de chacras reunidas forma lo que se llama una «colonia».

781. — El paso, camino estrecho que dejan entre sí las montañas, se le da también el nombre de garganta, desfiladero, abra, cuello, hoz, boquete, angostura, puertas, puerto de tierra, portezuelo, portillo y quebrada.

782. — En el Plata se da el nombre de «tácruzal», a los terrenos anegadizos cubiertos de tierra blanquecina, que por lo general son hormigueros abandonados (tácrués).

783. — Al oasis, sitio cubierto de verdura y surtido de manantiales en medio de un desierto, llaman en Perú «aguada» o «joya».

784. — En Paraguay dan el nombre de «cangrejal» a un terreno húmedo, lleno de hoyuelos y surcos, ocasionados por cangrejillos negruzcos.

785. — Quien ha viajado por el campo del Plata se ha dado cuenta que llaman «puesto» a una pequeña construcción donde vive un peón (puestero) encargado de una parte de la «estancia» (establecimiento de ganadería).

786. — Paradero (argentinitismo) es un sitio en que hay vestigios arqueológicos de los indígenas del país, en el que abundan los utensilios y armas de piedra, fogones y residuos de comida, huesos quemados, etc.

787. — El empleo más útil del tabaco es para curar la sarna del ganado, aunque no pocos hombres (y no pocas mujeres) «gastan su dinero con él, del modo más tonto, más sucio y más perjudicial a la salud que se pueda imaginar» (reflexión de un campesino).

788. — Antes que Hitler, el canciller Von Bulow reclamó (1897) para Alemania su «espacio vital».

789. — Las ciudades más importantes de Rusia europea son Moscú, Leningrado, Kiev y Odesa.

790. — Hace dieciocho siglos una erupción del Vesubio sepultó a las ciudades de Pompeya y Herculano, junto a los habitantes que no pudieron huir de la catástrofe.

791. — Las ciudades más importantes de Italia son Roma, Milano, Nápoles, Génova, Turín y Florencia.

792. — La meseta es una llanura elevada que también se conoce por los nombres de altiplanicie y altillanura; llamándose la «puna» en algunos lugares sudamericanos.

793. — La tierra llana entre dos montañas, generalmente regada por un río o arroyo, se llama valle; si es de poca extensión toma el nombre de cañada y, si es de gran extensión el de vega.

794. — Potrero (argentinitismo) es un terreno cercado, o alambrado, con buenos pastos y aguadas para tener animales.

795. — En la producción mundial de caña de azúcar corresponde a Cuba el primer lugar, seguida de las Indias británicas, Java, Estados Unidos y Brasil.

796. — Los ríos más caudalosos que desembocan en el mar del Norte son el Elba y el Rin en Alemania, y el Támesis en Inglaterra.

797. — Las principales ciudades de Australia son Sidney y Melbourne.

798. — Pujio o cachimba, significa en los Andes, un manantial o pozo que hace el ganado en el terreno arenoso del lecho de ciertos ríos que a veces se quedan secos.

799. — Bagual (argentinitismo) es la vaca o caballo indómito; se le conoce también por animal «alzado».

# LA FILOSOFIA

La filosofía puede definirse desde luego diciendo que es: *La investigación de las cosas por el pensamiento*. Si es necesario — y lo es, en efecto — que el hombre se distinga de los animales por el pensamiento, todo lo que es humano no es tal sino porque es obra del pensamiento. Pero como la filosofía constituye un modo particular del pensamiento en virtud del cual éste viene a ser conocimiento, y conocimiento que penetra en lo íntimo de las cosas, el conocimiento filosófico tiene por lo mismo un carácter especial que le distingue de todas las demás formas de la actividad humana, aunque todos los productos del pensamiento humano lo son de un mismo y solo pensamiento. Porque el pensamiento permanece idéntico a sí mismo, y sus diferencias provienen de que la conciencia, que tiene su fundamento en el pensamiento, no afecta desde luego la forma de éste, sino la del sentimiento, la de la intuición y la de la representación, maneras de ser del espíritu que no se distinguen del pensamiento más que por su forma.

El contenido de la ciencia, de cualquier naturaleza que sea, puede determinarse como sentimiento, intuición, imagen, representación, fin, deber, o como pensamiento, noción, etc. Estas son diversas formas de un mismo y solo contenido, ya se piense, ya se quiera, ya se sienta un objeto, téngase un pensamiento con mezcla o sin mezcla de sentimiento, o un sentimiento con mezcla o sin mezcla de pensamiento. En cada una de estas formas o en sus mezclas, el contenido constituye el objeto de la conciencia. Pero pensando este objeto, las determinaciones propias de cada una de estas formas se presentan como diversos contenidos, lo que hace que el objeto parezca multiplicarse, y que lo que es idéntico en sí se muestre diferenciado.

Así, pues, la filosofía tendrá en primer lugar por objeto, relativamente a la conciencia vulgar, demostrar la necesidad de su modo especial de conocer y despertar esta necesidad; relativamente a la religión y a la verdad en general, probar que puede conocer por sí misma y por su virtud propia; relativamente a la diferencia que parece existir entre ella y la religión en su forma exterior, explicar y justificar las determinaciones que las distinguen.

Mas para darse desde luego más fácilmente cuenta de esa diferencia y del principio que con ella se liga; para comprender que transformándose en pensamiento y nociones puras es como el contenido de la conciencia toma su verdadera forma y, por decirlo así, se reviste de su propia luz, es necesario recordar la antigua opinión según la cual lo que hay de verdad en los objetos y en los acontecimientos, así como en los sentimientos, en las intuiciones y en las representaciones, etc., no puede percibirse sino por la reflexión; y precisamente lo que hace la reflexión, en todos los objetos, es transformar en pensamientos los sentimientos, las representaciones, etc.

Por lo mismo que el pensamiento es la forma y el objeto de la filosofía, y que por otra parte todo hombre dotado de la facultad de pensar, aparece como consecuencia de este punto de vista imperfecto y exclusivo, que omite la diferencia que hemos señalado anteriormente, una opinión contraria a la que ve en la filosofía una ciencia difícil y oscura, y por lo tanto se la considera desdeñosamente, y aun los mismos que no la han cultivado tienen la pretensión de conocer sin dificultad su objeto, y creen que para filosofar y para juzgar esta ciencia basta una ilustración ordinaria, y sobre todo el sentimiento religioso.

Respecto a las demás ciencias, se concede que es menester haberlas cultivado para conocerlas, y que sólo conociéndolas se pueden juzgar. Se conviene en que es necesario haber aprendido y ejercitado el oficio de zapatero para hacer zapatos, y eso que cada hombre tiene en su pie una regla propia para iniciarse en este oficio, así como manos y aptitud para ejercerlo. Sólo la filosofía no exigiría ni estudio ni trabajo. Esta opinión que por cierto es muy cómoda, ha encontrado en los últimos tiempos apoyo en la doctrina que admite una ciencia inmediata o por intuición.

Por otro lado, es muy importante penetrarse bien del siguiente principio, a saber, que el contenido de la filosofía no es más que el que se produce en el dominio del espíritu vivo para formar el mundo, así exterior como interior o de la conciencia; o, en otros términos, el contenido de la filosofía es la realidad misma. La conciencia inmediata de este contenido se llama *experiencia*. Una observación atenta del mundo distingue ya lo que en el vasto dominio de la existencia interna y externa es sólo apariencia fugaz e insignificante, y lo que tiene verdadera realidad. Como la filosofía no difiere sino por la forma de la conciencia vulgar, y de la manera como ésta percibe su contenido, la filosofía debe demostrar el acuerdo o conformidad de la realidad y de la experiencia. Sin duda este acuerdo puede considerarse como la justificación exterior de una doctrina filosófica; pero se puede también sentar como principio, colocándose en un punto de vista superior, que el fin más elevado de la ciencia consiste en verificar por medio del conocimiento este acuerdo; es decir, la conciliación de la razón reflexiva, de la razón vulgar y de la experiencia.

HEGEL



# Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es él guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

## INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

### OBRAS EN ESPAÑOL

«Justicia», L. Reymont, 3,— NF. — «Manual del aspirante cinematográfico», 1,50. — «El Mar», Michelet, 3,50. — «La música en España», A. Salazar, 15,—. — «Muelle de las brumas», Mac Orlan, 5,—. — Manual del fabricante de bolas de sebo», 2,—. — «Manual de Lechería», 2,—. — «Adelgace con inteligencia», Hauser, 5,50. — «Cuadro hemático del cáncer», Gruner, 4,—. — «Fundamentos de la caracterología», L. Klages, 9,50. — «Cómo curé mi tuberculosis», Hevia, 1,50. — «El autoanálisis», K. Horney, 7,80. — «Vida del diabético», Cañadell, 5,60. — «Úlcera gástrica», 2,25. — «Colitis», 2,25. — «Alergia alimenticia», 2,25. — «Corazón», 2,25. — «Tuberculosis», Vander, 5,—. — «La historia tiene la palabra», Teresa León, 1,50. — «Pablo Iglesias», Isaac Pacheco, 1,50. — «Frente al mañana», S. Albornoz, 1,50. — «José Mazzini», B. King, 5,25. — «Los mejores cuentos», 3,75. — «Memorias de la duquesa de Abrantes», 1,50. — «Mercurial eclesiástica Montalvo», 2,50. — «Madres famosas», Chandler, 5,—. — «Murillo», P. Gargol, 2,50. — «Elementos de Psicología» Titchener, 3,—. — «Emen Hetan», R. J. Sender, 4,—. — «La familia Cardinal», L. Halévy, 2,10. — «Los falsos redentores», G. Piovene, 8,—. — «Desae el fondo de la tierra», L. Castro, 9,50. — «La amargura de la Patagonia», R. Darío, 7,50. — «Felicidaia», K. Mansfield, 1,20. — «La gente alegre», J. Ohnet, 2,50. — «El humanisferio», J. Dejacque, 1,50. — «Historia de San Michele», Axel Munthe, 7,—. — «Historia de la literatura rusa», Walisewski, 7,50. — «El intelecto helénico», P. Gener, 4,50. — «Italia fuera de combate», I. Herraiz, 2,—. — «Ideario de Quevedo», Astrana Marin, 6,50. — «Obras escogidas de Heine», 8,50. — Poesías de Flárido, 3,80. — «Pensamiento vivo de Nietzsche», H. Mann, 6,50. — «Imitación de Cristo», Kempis, 7,50. — «Plumero salvaje», Samblancat, 3,—. — «Puerto cholo», M. Puga, 3,50. — «Realización del hombre», Stieben, 0,75. — «Perspectivas culturales en Sudamérica», E. Relgis, 3,—. — «Del presente y del futuro», P. Gener, 3,—. — «Pensamiento vivo de Schopenhauer», T. Mann, 4,20. — «Problemas sociales de derecho penal», P. Foix, 5,50. — «Pasión de Justicia», I. Pavon, 2,60. — «Profeta del hombre», Cordero, 4,50. — «La novela de Roger de Flor», 3,60. — «Reivindicación de la libertad», Ernestan, 1,50. — «Rojo y negro», Stendhal, 3,75. — «La reina Margarita», Dumas (2 tomos), 5,—. — «Reconstrucción de Europa», P. Benoit, 3,40. — «Sorolla», Pantorba, 2,50. — «Versos de Rafael de León», 9,—. — «Don Segundo Sombra», Guiraldes, 3,—. — «Sombras del mal», D. Macardle, 3,50. — «Epistolario amoroso», 5,—. — «Titanes de la oratoria», 5,—. — «Sehilia», Turgueniev, 1,50. — «Sinfonía de los siglos», Figola, 1,50. — «Teatro de Jacinto Benavente», 3,50. — «El tema de nuestro tiempo», Gasset, 3,75. — «Tolledo», F. del Valle, 1,—.

### LIBROS EN FRANCES

«La bible d'un anarchiste», R. Wagner, 2,50. — «Satan et l'amour», R. Gagey, 7,50. — «Superstitions politiques», H. Dagan, 4,40. — «Hommage a Georges Eekhoud», Hen Day, 1,80. — «Servitude volontaire», E. de la Boetie, 3,30. — «L'inevitable révolution», un Proscrit, 3,20. — «Prêtres et moines», G. Dubois, 5,—. — «Le cooperatisme», 3,—. — «Anthologie de l'objection de conscience», H. Day, 3,30. — «La flagellation et les perversions sexuelles», Lorulot, 6,50. — «L'Emancipation sexuelle de la femme», M. Pelletier, 1,ñ. — «Tino Costa», Arbo, 7,20. — «Quai aux fleurs», Salvy, 1,90. — «Science et materialisme», Letorneau, 2,—. — «Socialisme révolutionnaire», 1,80. — «Les mystères des couvents de Naples», Princesse Forno, 4,—. — «Catechisme positiviste», A. Comte, 2,—. — «Faust», Goethe, 2,50. — «La cité future», Tarbourden, 4,—. — «Gargantua et Pantagruel», Rabelais, 4,—. — «Pour assurer la paix», P. Besnard, 2,—. — «Superstitions politiques», H. Dagan, 4,40. — «Mandatelli Lassus», L. Galleani, 2,—. — «Recherches sur les forces inconscientes», Barbedette, 1,—. — «Les bandits tragiques», V. Meric, 2,90. — «Dalnès de la guerre», Monolin, 2,—. — «Un drame politique», M. Dommanget, 2,40. — «Armoires frigorifiques», Degoix, 5,80. — «La ceramique», Giacomotti (2 tomes), 3,80. — «Jours d'Exil», Courderoy (3 tomes), 9,—. — «Cours d'économie politique», Gide, 6,—. — «Errico Malatesta», Fedeli, 2,20. — «L'Incubation artificielle», Paulau, 3,10. — «Traité du paysage», Floury, 1,—. — «Sociologie générale», Dupreel, 6,70. — «Zola», A. Zevas, 2,50. — «L'Heredité Psychologique», R'bot, 2,—. — «L'Amour heureux», Dubal, 0,80. — «La physiologie morale», Hill, 1,—. — «L'Hipnotisme à distance», Jagot, 2,—. — «La grande metamorphose», Gille, 1,50. — «Les grandes Jorasses», Frenno, 2,—. — «Chauffage Central», Bouroier, 5,40. — «Bahia de tous les Saints», Amado, 3,40. — «Les camps d'internement en Grece», 4,50. — «Histoire de la Coopération en France», Gaudmont (2 tomes), 15,—. — «La révolution inconnue», Voline, 3,50. — «La Révolution sociale», 2,50. — «Contes d'un rebelde», Delvadés, 1,—. — «L'Amour libre», C. Albert, 3,50. — «L'Etat de siège», Camus, 5,50. — «William Gorwin, philosophe de la liberté», 1,80. — «Histoire des Temps modernes» (3 tomos encuadrados), 6,75. — «Pour vaincre», B. de Ligt, 1,50. — «Vie de Franklin», Mignet, 1,50. — «Histoire de Charles V», Robertson (2 tomos encuadrados), 5,50. — Essai sur l'imagination créatrice», Ribot, 1,50. — «La coutume ouvrière», M. Leroy (dos tomes), 5,—. — «L'Evolution des idées générales», Ribot, 1,50. — «La vie amoureuse de Casanova», 6,50. — «Serenades sans guitare», Villeboeuf, 7,50. — «Juan de Mairena», Machado, 6,90. — «Les caractères», La Bruyère, 5,60. — «Mauvaise graine», M. Azuela, 2,50. — «Anglais, Français, Espagnols», S. de Mada-riaga, 5,20. — «Le sang plus vite», V. García, 3,75.

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a F. Olaya. — Servicio de Librería del Movimiento. — 4, rue de Belfort - TOULOUSE (Haute-Garonne)  
GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)



# CENIT

sociología  
ciencia - literatura



Plácido Bravo: Si conociéramos al hombre. — Opinan 15 profesores: ¿Qué es la filosofía?. — Puyol: Viñetas de... — Alberto Carsi: El circo de Gavarnie. — Rodolfo Rocker: Las teorías de Marx y Bakunin. — Cosme Paules: Relgis y sus melodías del silencio. — Georges Vidal: Han Ryner. El hombre y la obra. — Luis Maldonado de Guevara: El tío Cavila. — Eugen Relgis: De mi calendario. — Gallego Morell: Víctor Hugo en España. — J. Ferrer: Ayúdate. — E. Armand: Ni Dios exterior, ni dueño interior. — El pensamiento vivo de Cervantes. — La vida y los libros. — Costa Iscar: ¿Es la oratoria un arte? — Celta Luz: El alcoholismo. — Denis: El escéptico. — Jesús López Pacheco: De la España que despierta. — Suno: Microcultura.

409 5593  
126

JUNIO · 1961

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF





## Nuestra portada

Ningún artista es capaz de superar las maravillas que la Naturaleza misma, espontáneamente, nos brinda. Contemplando este paisaje —un rincón del Ariège— comprendemos el amor profundo de Reclus por los bosques, los ríos, las montañas, el éxtasis en que le sumía la visión de un manantial, perdiéndose entre peñas, los juegos de la luz con sus aguas transparentes, la indecible melancolía de una puesta de sol en el monte, capaz de despertar, como la música, oleadas fulgurantes de recuerdos, de ideas, de sensaciones profundas.

Ningún cuadro, debido a la mano del hombre, puede superar la poesía de esta foto, que agregamos a la galería de CENIT. El lector sentirá, como nosotros, la emoción difusa de estos claroscuros; la gracia misteriosa de este fondo perdido entre brumas; la impresión de paz, de reposo, de frescor, de silencio que se desprende de este paisaje. Y estamos seguros de que nos felicitará por haberle dado lugar de preferencia en nuestra revista.

El amor de la Naturaleza, el amor a la vida ¿acaso no son lo más perdurable y lo más excelso del hombre? Gracias a ello, la especie sobrevive, evoluciona, se salva y se supera.



REVISTA MENSUAL  
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

*Redacción:*

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

*Colaboradores:*

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,  
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert  
Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio,  
Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman,  
J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina,  
Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán  
Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet,  
A. Prudhommeaux

*Precios de suscripción.* — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros : « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,  
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)



# GENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XI

Toulouse, Junio 1961

Nº 126

## Si conociéramos al hombre

**H**AY paradojas — parajodas decía un agudo y empedernido p'caresco — que nos desconciertan. En algunos casos son simples juegos de plumífero que, so pretexto de originalidad, resultan trocadas distinciones de un « snob ». Pero cuando dan en el clavo, son mazazos descomunales que pueden echar abajo de un solo golpe, el tinglado dialéctico mejor empotrado y amarrado. Culatazos de la lógica contra los que la manejan de forma unilateral. Notas agudas y profundas de la sinfonía orquestada que es la vida social, en la que cada hombre es una partícula de la partitura, pero que con sus instrumentos polifonos le es permitido tocar varios pitos a la vez, influenciando en la obra desde el principio al fin. Pero estas notas disonantes no deben hacernos perder el ritmo a los conscientes del principio contradictorio, que se evidencia en muchas manifestaciones del hombre.

Estas reflexiones desconcertantes obligan a concentrarnos. Además, toda la ironía — la que hace reír cuando se pone triste, y la que al ponerse alegre nos cosquillea el lagrimal, como ocurre con la inimitable mímica chaplinesca — tiene como base la paradoja. Nadie como Shaw para ridiculizar la rigidez protocolaria o el apego tradicionalista de sus conciudadanos insulares. ¿Cómo? Sirviéndose de la paradoja sutil y policroma, más aparentada al genio latino que a la grisácea y granítica Irlanda. Y nadie como Unamuno, con sus glaciales y contundentes paradojas, para pegar el bocinazo que hiere el tímpano de los justos, dormidos sobre la cama de la ignorancia, su cabeza reclinada sobre la almohada de la buena fe; áspera, además, que se clava en las entrañas de los soberbios y envane-

por Plácido BRAVO

cidos que se creen el ombligo del cosmos, y que por el hecho de llevar tonsura se creen aureolados por la gloria.

Malas las paradojas que emplean los bribones en sus astucias; arma ésta de dos filos que hiere al que la usa sin probidad.

Muchas veces, entre el sí y el no puestos en las equilibradas balanzas de la paradoja, hemos mirado el fiel, y perplejos hemos dicho: quizás. Pero este neutralismo nos ha llevado lejos, ayudados por la razón.

Tal fué el caso que me ocurrió al pesar esta paradoja de Bacon: «Para dirigir a la Naturaleza hay que obedecerla».

Al traducirla me acojo al término dirigir, pese a que la traducción mejor exigiría gobernar y aun someter.

Pues bien, es muy posible que sea imposible dirigir, gobernar o someter algo infringiendo o desobedeciendo a las fundamentales leyes de la naturaleza. Pero, ¿cuáles son estas leyes? ¿Es que ya están todas definidas y especificadas, comprendidas y asimiladas para poderlas obedecer primero y dirigir las, gobernarlas o someterlas después? Esta seguridad cuadrada que se desprende de la estricta obediencia a la naturaleza, léase a la ciencia, no podía rezar ayer ni cuadrar hoy pese a nuestros conocimientos. Lo que no quiere decir que el hombre deba actuar a su capricho sin tener en cuenta las leyes conocidas, pero lo que queremos significar es que le es imposible obedecer a lo que ignora, por lo menos conscientemente, es decir, con ciencia.

Pero el hombre es un pedazo de esta naturaleza, pedazo que no va-

mos a valorizar, al que sería absurdo negarle ciertas aptitudes directivas, de gobernante y déspota: frente a la materia inanimada, respecto a la flora y la fauna o fenómenos derivados de estos elementos.

¿Pero y frente al hombre? Porque es vis a vis de sus semejantes cuando el hombre se muestra más déspota, gobernándole y dirigiéndole a su antojo.

¿Qué conocimientos tenemos del hombre; qué representan estas deidades tiránicas que comen y evolucionan como otro hombre cualquiera y cuya masa encefálica es en algunos casos inferior a la de un hombre cualquiera?

Sí, saben una cosa: ser astutos, astucia de la que se sirven para descubrir las debilidades y forzar por ahí sus fortalezas. Simbólica Dalila cortando las melenas de Sansón o caballo de madera que abre brecha en la fortaleza de Troya. De ahí que el gobierno siempre sea sinónimo de lucha fratricida, de desorden y caos.

Porque si los hombres se conocieran y obedecieran sólo a la naturaleza, renunciarían los unos a mandar porque los otros se negarían a obedecer. Quizás con sólo comprender su miedo, menos aún, sin tener miedo al miedo. Bastaría con despojarse de esta ignorancia para volver el equilibrio a esta sociedad, si es que alguna vez lo tuvo. Porque es de la fuerza ignara, mercenaria, miedosa, de la que se valen los que nos gobiernan para imponernos sus designios crueles a guisa de leyes.

Pero sacudirse de esta ignorancia significa destrozarse huellas milenarias. Tendríamos que definir el miedo en sus múltiples aspectos, adentrarnos en la historia, zarandear no pocas religiones, y hasta destrozarse de la hidra científica, algunas cabezas.

# ¿Qué es la filosofía?

# Opinan 15 profesores

**E**N filosofía hay más definiciones y más disparidad de criterio que en cualquiera otra ciencia, abstracta o concreta. Debido a ello surge de vez en cuando la necesidad de definirla o de que alguien le dé una definición apropiada, si no a la época, si a las preocupaciones de los contemporáneos. Como ello es una satisfacción esencialmente intelectual, y en este terreno el hombre no conoce límites, rara vez las respuestas logran calmar la inquietud de los hombres que estudian. En esta ocasión, como en las anteriores, quizá haya ocurrido lo mismo. En todo caso, como entre nuestros lectores hay quienes viven esas mismas inquietudes, en ellos pensamos al insertar las definiciones y las opiniones autorizadas siguientes.

Helas aquí:

**Primera definición :** La filosofía es un modo de aproximarse a lo real enteramente autónomo, independiente de las ciencias naturales como de las ciencias humanas y que así continuará siéndolo.

**Segunda definición :** La filosofía es reflexión sobre las ciencias; capta el sentido y sintetiza las conclusiones. A pesar del desarrollo creciente del conocimiento científico, esta síntesis reflexiva continúa siendo posible.

**Tercera definición :** La filosofía coincide en adelante con el desarrollo de las ciencias humanas. De su transformación en ciencias tan exactas como posible dependen las únicas conclusiones « filosóficas » sólidas que pueden obtenerse en las condiciones modernas del saber.

Hasta aquí las opiniones. Veamos ahora las opiniones vertidas sobre ellas:

M. LACROZE, profesor de filosofía en la Facultad de Burdeos.

«¿Cómo reflexionar sobre las ciencias sin partir de un «a priori» filosófico (ej. el positivismo)? y ¿cómo las ciencias humanas podrían conducir a conclusiones filosóficas cuando ellas mismas suponen una filosofía (ejé. la historia marxista)? LA FILOSOFIA ES UNA DISCIPLINA AUTONOMA O NO ES FILOSOFIA.»

★

L. JUGNET, profesor en el Liceo de Toulouse.  
«El hombre no podría contentarse con medir vectores fisico-mecánicos: quiere comprender en profundidad... La filosofía es un saber distinto de las ciencias... y descansa sobre una experiencia fundamental mucho más estable que el universo científico. Hay el mundo de la metafísica, como hay el del creyente, como hay el del sabio, como hay el del artista.»

J. STOETZEL, profesor de Psicología social en la Facultad de París.

«El dominio de la filosofía es la experiencia humana total; la filosofía es autónoma, en el sentido de que no está limitada por ninguna especialización, ni en los métodos, ni en los problemas, ni en las materias. No obstante, no es de ninguna manera autónoma si por esta expresión hay que comprender que se separa de dominio alguno, de los intereses o de los problemas que se le plantean al hombre y a los hombres (etnología, biología, física, etc.)»

★

R. LEVEQUE, profesor de filosofía en la Facultad de Caen.

«... Nacida de un acto del espíritu cuya característica fundamental es la libertad, la filosofía no puede jamás recibir ni la ley ni el contenido de uno de los objetos que el espíritu ha colocado y articulado. No puede ser más que una profundización de este acto por él mismo; y es esta pro-

fundización, sobre la que siempre se trabaja y nunca se ve acabada, que permite «hacer la filosofía» de las ciencias naturales y humanas —es decir — de aclarar el sentido...»

★

G. BASTIDE, profesor de filosofía moral en la Facultad de Toulouse.

«La primera definición me parece la menos imperfecta en el sentido de que salva la autonomía de la filosofía en tanto que conocimiento orientado en sentido diferente a las ciencias positivas... Mientras que la ciencia busca a comprender las razones del ser del sujeto.»

★

G. DURAND, profesor en el Liceo Montaigne de Burdeos.

«Filosofía es reflexión sobre las ciencias, pero es algo más que eso... La filosofía debe considerar la actitud científica como una de las actitudes posibles ante el hombre y el mundo, pero no como la única actitud valedera, debilidad dogmática de todos los positivismos. La actitud moral, la artística, la religiosa son tan legítimas...»

★

G. GUSDORF, profesor de Filosofía general y Lógica en la Facultad de Estrasburgo.

«Una filosofía separada de las ciencias es una filosofía sin contenido, es decir, una racionalización en el vacío... Pero importa mucho terminar con la fascinación de las ciencias de la materia... Las ciencias humanas, hoy constituidas, contienen los materiales para un nuevo positivismo, que sería la auténtica metafísica, es decir, la explicación de la condición humana en el mundo presente.»

★

L. ROUGIER, profesor en la Facultad de Caen.

«A la primera definición se han adherido actualmente la mayoría de los profesores de filosofía de las facultades, cuya formación es sobre todo literaria... La segunda está muy en voga en Norteamérica. Me parece que para ella está reservado el porvenir, pero supone una formación científica suficientemente avanzada, lo que implicaría una transformación considerable de la licenciatura en filosofía...»

★

D. ARBOUSSE-BASTIDE, profesor de Psicología en la Facultad de Rennes.

«...La tercera definición me parece la menos mala a condición de tener en cuenta las reservas siguientes... Es indiscutible que la reflexión filosófica comienza con los problemas de significación... La búsqueda exclusiva de un rigor puramente cuantitativo sería nefasto para el resulta-

do de las ciencias humanas. Estas deben quedar desgajadas de todo postulado metodológico...»

★

Y. BRES, profesor en el Liceo de Orleans.

«Las ciencias humanas constituyen la gran obra de nuestro siglo, pero es absurdo... querer practicarlas rechazando a la filosofía... (En este caso) la reflexión filosófica no se coloca antes de la ciencia (como podría creerse ante una perspectiva clásica) ni después de la ciencia (como lo hubiera pensado A. Comte), está en el corazón mismo de la ciencia...»

★

G. BERGER, director de Enseñanza superior.

«La filosofía abarcando al conjunto de las cosas, de los seres y de las relaciones, no puede ni desinteresarse de las ciencias, físicas o humanas, ni reducir su campo. La opción a la cual se nos pide que admitamos debe rechazarse. El problema se aclararía si se distinguiese la Filosofía (ensayo de síntesis que rechaza «a priori» toda limitación exterior) de la Metafísica, cuya legitimidad hay que establecer, así como eventualmente los métodos.»

★

J. WAHL, profesor de Historia de la Filosofía antigua en la Sorbona.

«Ninguna de esas definiciones es satisfactoria. La más falsa, a mi juicio, es la tercera. La menos es la primera. Esto no me extraña. No creo que sea por la búsqueda de una definición de la filosofía por donde hay que comenzar.»

★

M. GUEROULT, profesor de Filosofía en el Colegio de Francia.

«Ninguna me parece satisfactoria. De una parte, la filosofía es una disciplina que implica un salto más allá de la ciencia... Pero la autonomía de la filosofía no significa que haya de ignorar la ciencia, so pena de hundirse en una mística más o menos gratuita.»

★

M. LEFEVRE, de la Facultad de Grenoble.

«La filosofía es una reflexión sobre el destino humano. Es, pues, autónoma, sin ser, desde luego, independiente de los estudios y averiguaciones especializados que abren surcos en la naturaleza. Es, pues, reflexión sobre las ciencias sin ser, por tanto, una simple síntesis de todas ellas. Está estrechamente unida al progreso de las ciencias humanas sin ser por tanto absorbida por sus frágiles conclusiones.»



# Viñetas de...

## EL BARRIO DE LOS JUDIOS

Las principales calles del barrio judío son las de la Revolución y la de Austerlitz. Arrancan como quien dice de la Plaza de Armas, con el Ayuntamiento y el Teatro. De este punto parte también el Boulevard Joffre, donde está la principal sinagoga. Poco o nada digno de mención: lo nuevo apenas destaca y lo viejo da la impresión de derrumbarse. Todo tiene una pátina oscura, húmeda, tonos favoritos de Nonell. Tendría que funcionar la piqueta: muchas casas no pueden ya con el maderaje. La calle de Austerlitz, paralela a la de la Revolución, con sus afluentes e «impases», angustia. Falta espacio, aire... La comodidad es aquí gollera y la higiene lujo. Mercado mixto, en condiciones insanas, ingrato a los ojos y desagradable a las narices. Hay como un vaho de humanidad que ensucia la luz. Hay muchas moscas. A derecha e izquierda, cubículos: sus habitantes renuncian al desahogo para que las mercancías lo tengan. El «ghetto» de los cachivaches (un barrio de novela de Zola), comejonera de artículos viejos. De segunda mano aparenta lo que es de comer, y así la carne, la fruta y la verdura no entran por los ojos, no apetecen. Nota típica de este barrio: la maraña. Y pare usted de contar.

## DEVANEANDO

En la Edad Media las calles tomaban el nombre de los gremios, y las tiendas estaban instaladas en los sótanos de las casas. Aún hay en muchas partes calles de Esparteros, de Tintoreros, de Boteros: en Zaragoza existe el barrio de Tenerías: las dos principales calles de Murcia se llaman Trapería y Platería: Alcaicería otra no menos importante de Sevilla: y por lo que andada la tengo y lo mucho que de ella me acuerdo cito Carretería en Málaga. Sugerentes son algunos nombres que las calles de esta población ostentan, tales como Austerlitz, Ratisbona, Zurich... Acude a mi mente parte de lo gustado leyendo a Dickens y a Dostoiewski, en cuanto a este clima y a estos tipos. No creo en la cacareada opulencia de los judíos, no creo que cada israelita es un Fúcar. Muchos de ellos discurren por aquí vendiendo a la menuda hortalizas y otros, para ganarse la vida, hacen de zapateros remendones. ¿Cómo es que andan sin patria desde milenios, desde la destrucción de Israel por Salmanasar, siendo los reyes del oro? (1) Con oro se abren incluso las puertas de la patria celestial, aunque cerradas a piedra y lodo se hallen.

(1) Al paso que va el país de Israel, hay que esperar que pronto no habrá un apatrida israelí o judío.

## LA VERDAD ES UNA

...Y, sin embargo, la mayoría de las tiendas elegantes de Orán pertenecen a los judíos, como judíos son los que explotan acá otros negocios importantes. ¡Bah! Todos los burgueses, sin diferencia de castas, tiran a lo mismo, a ricos. Si hubiera una ley, divina o humana, que suprimiera la miseria, yo me debería a ella. Igual hay pobres y ricos entre judíos que entre cristianos. Nadie codiciaría los bienes ajenos si no hubiese ajeno y todo fuese común. Por Moisés, legislador tarrajoso, los sefarditas, no pisan tierra propia. ¡Que le hubiesen descalabrado con las tablas llenas de nudos!

## ESTOLIDEZ

Bien está que hallándonos en país extranjero hablemos su idioma y nos hagamos a sus costumbres, demostrando así nuestra ductilidad: mas sin extranjerizarnos ni mistificarnos ridículamente hasta decir «oigo la radio y aprendo...» en lugar de «y me entero...», que es correcto español. Emplear a cada paso «defender» por prohibir es de españoles idiotas. El español que sabiendo decir cerda finge no saberlo y dice la «mujer del cerdo», para darse pisto o creyendo que hace gracia, merece que le llegue su San Martín. Muchos y muchas, como si se avergonzaran de su origen, han cambiado el tono nativo por el chinchín aquí en uso, siendo tanto lo que emplean el «voilà», el «alors» y el «bien cierto», que dan ganas de apretar a correr. Si vuelven a España con tales albarjas idiomáticas, las castizas y los castizos se van a mear de risa. Estos compatriotas, que en tanta estima debían tener el título de refugiados, parece como si cifraran su orgullo en hablar mal el español y en ir poco a poco arrancándose del alma de España.

## IGNORANCIA

Verdaderamente, appena ver desinteresarse a los jóvenes españoles por la cultura netamente española e interesarse con preferencia por lo que hasta cierto punto, no les va ni les viene. Ocurrió en la Cueva de Cervantes, con motivo de una charla, que preguntase un adolescente si el autor del «Quijote» era francés y hubo que decirle que Miguel de Cervantes, nacido en Alcalá de Henares, es de las cinco partes del mundo. Si nuestros hombres en vez de dilapidar politiquando, invirtieran aunque sólo fuese una mínima parte del numerario español en mantener vivo el sentimiento patrio de la juventud, lo que no queda por falta de maestros competentes, esto nos parecería a todos de perlas. Se da el triste caso de que los niños no españoles que asisten a las escuelas su-

periores conocen nuestros ingenios por los textos que llevan y por las explicaciones que de los profesores reciben, mientras los refugiaditos de ambos sexos poco o nada conocen de España. Problema de enseñanza, siempre abandonado por los de arriba con daño para los de abajo. El castellano que en Orán se habla, más que idioma es jergonza.

#### «PANE LUCRANDO»

La limpieza pública de la ciudad corre a cargo de moros. Barrido sin previo riego, arañando el macadán con la escoba. Como el sueldo debe de ser exiguo, a poco dinero poco meneo. Por Orán suele decirse: «trabajo moro, caro y malo». No tan caro ni tan malo: provechoso a quien lo manda hacer. Otra macana corriente y moliente: «El musulmán pasa con pan y cebolla». Sí... porque no puede comer perdices. Ponedle delante un barrero de «cuscús» o una pierna de cordero añoto y veréis a qué extremo llega su apetito. De todos modos, el pan es una cosa al paladar del mahometano distinta al nuestro: tiene otro gusto, otra nutrición... Hay que ser un Tolstoi o un Guerra Junqueiro para encontrarle al pan el sabor hierático que posee. Masar es un fasto día señalado donde tal faena ejecutan. Función de la mujer casera, más hembra hiñendo la masa, lo mismo que amamantando al hijo. Toda la casa huele a las anlagas del Sinaí. El pan convierte la mesa en ara. La mesa del moro, redonda, levanta apenas del suelo: en el suelo come, en el suelo reposa, sobre una alcatifa. Puede decirse que el árabe vive en cuclillas.

#### MENAGES

Horas tempraneras del día. Con la fresca, bandos de moras juvenes se alzan a la calle para hacer el « menage » en los establecimientos todavía cerrados. Los blancos alquiceles les dan apariencia de palomas. Tienen de la aurora la gracia cautivante de la doncellez y el atractivo sin igual de sus rosicleres. Píjan godeñamente, como ave-cillas en libertad: y así, poco a poco, la mañana va infundiéndose en la ciudad, ahora en pleno movimiento. Ya están las moras actuando con baldes, escobones y aljofifas. Ganan bien la vida, porque hoy la comodidad de tener criados cuesta dinero. Una modista a domicilio sale aquí por un sueldo decente. Ciertos oficios de mujer están mejor retribuidos que los de hombre. Puede que una bordadora en fino gane más que una taquimeca. Quizá una mora le saque mejor partido a la escoba que un moro al legón. Lo cierto es que no trabaja tanto.

#### ESAS «POUBELLES»

Por decoro, cuando no por higiene, debía estar prohibido el espectáculo harto depresivo de revolver los detritus hacinados en las «poubelles», mientras pasa el carro de la basura. Dice mal, porque la busca — título de una novela de Baroja — se hace a vistas de todos en la calle. Ofende a la dignidad humana y además repugna. Esto es más que coger un sabio las hojas que otro sabio arrojase. Esto es una porquería, que, aunque sólo sea por decencia, no debe tolerarse.

... P u y o l

«La soberbia en el débil es absurda; en el fuerte vil»

Concepción ARENAL

Bajo el signo de estudio y recreo, en recuerdo de Alberto CARSI

# El circo de Gavarnie

**G**AVARNIE es un pueblecito insignificante enclavado en una arruga de la vertiente francesa del Pirineo, pero que su nombre se ha universalizado por la existencia, en su proximidad de un fenómeno geológico: el Circo. Los «Circos Geológicos» son una consecuencia del relieve especial que toman las grandes cordilleras al formarse, y que se va acentuando al envejecer éstas. Los Andes, las Montañas Rocosas, La Cordillera Brasileña, en las Américas; el Himalaya y el Uras, en Asia; las cordilleras Africanas; los Alpes y los Pirineos, en Europa, todas adoptan las formas que, en acertado concepto y gráfica expresión, nuestro poeta de la Ciencia y científico de la Poesía, Jacinto Verdaguer, llamó «gigantescas hojas de helecho» modeladas por los hielos y por los torrentes, a base de las grietas que abren en las rocas, sean cristalinas, sean sedimentarias, las sacudidas que producen los movimientos de acomodación de la corteza planetaria al enfriarse y contraerse.

Pero no se detiene aquí este proceso, pues, a la destrucción sigue, infaliblemente, la reconstrucción, y el carbonato de cal procede a la soldadura de las piezas que la dinámica formó; por esto en la región quebrantada del Circo de Gavarnie, se recogen tantos ejemplares de rocas veteadas con ese estaño calizo con que las Leyes Naturales conservan la unidad de nuestro mundo.

Un singular atractivo tiene, para nosotros los españoles, la imponente depresión que constituye el « Circo », y éste es el pensar que, si desde el fondo de éste, regado por las innumerables fuentes que en él se vierten dando origen al río Gave que, más abajo acaricia los muros de Lourdes, abriésemos una galería orientada al Sur, iríamos a ver la luz de España en aquellos laberintos montañosos de la alta provincia de Huesca, donde tiene su origen el Cinca, tributario del Ebro, acompañado de otros, como Mequinzenza.

Las formaciones geológicas que existen en toda la región que nos ocupa, son las características de todo el Pirineo: Terrenos del Carbonífero, del Cretáceo, del Silúrico, y rocas Hipogénicas en Pórfidos y Granitos, que constituyen generalmente las aristas superiores y picos agudos, siendo los principales, por no citar más que los que sobrepasan los tres mil metros, los picos de Astasou, 3.024; Scum de Ramond, 3.245; el Cilindro de Marbre, 3.327, y el Mont Perdu, 3.352.

Hasta aquí la rigidez descriptiva de un mapa; pero hemos de pensar que la Naturaleza está viva y activa; que palpita, que vibra y se conduce

continuamente como si fuese un conglomerado de corazones llenos de energías. La luz, el aire, las aguas, los vegetales, las mismas rocas; todo es dinamismo y cambio que rechazan el estancamiento y la monotonía y buscan siempre la variedad que les ofrece el caleidoscopio de los colores, de las formas y de los movimientos.

Andando por el desfiladero que da acceso al « Circo de Gavarnie », en dirección a éste, siempre parece que se está llegando a él y se va a tocar con la mano. Cuando ya se ven claramente la forma del Circo, la gran cascada y la multitud de fuentes que allí vierten sus aguas, todavía faltan 5 kilómetros para que esto sea una cosa palpable. Camino abrupto, pedregoso y surcado por torrentes de agua cristalina y fresca, pero de engoroso cruzar. Pendientes y contrapendientes, curvas y contracurvas, traspies y torceduras, dificultades, en fin, sin cuento. Quien esto escribe tuvo la valiosa ofrenda de poder montar una caballería mayor, y con ello pudo, además de evital el cansancio, observar mejor los detalles del trayecto.

El Circo es un espacio de medio kilómetro de diámetro aproximadamente, y unos 700 metros de altura, estando sus muros escalonados por estrechas gradas y cornisas de roca, con las que chocan, produciendo efectos magníficos, las aguas que del borde superior se precipitan, especialmente la gran cascada, de 422 metros de altura, cuyas aguas se pulverizan y flotan en el espacio, produciendo nubes que descomponen la luz del sol en los siete colores del espectro durante plazos de tiempo, que, aun durando minutos, según las ondulaciones del viento, nos parecen fracciones de segundo por la esplendidez de su belleza y por su contraste con la oscuridad de las paredes y la negrura de las sombras. Nieves fósiles blanquean algunos rincones, las que, vaciadas por las aguas, forman cavernas y túneles con estalactitas de cristal que aportan nuevos atractivos al conjunto y pagan los esfuerzos realizados para visitarlas.

Este es el lugar más propio para nuestras reuniones, porque en él la Naturaleza nos colma de enseñanzas y de ejemplos con su grandeza. Grandeza en el espacio, grandeza en el tiempo, grandeza en sus procedimientos y en su sencillez y modestia. Estos trozos de roca que tengo en la mano son testimonio evidente de ello. Las contracciones planetarias, una de cuyas pruebas es este cráter inmenso del Circo de Gavarnie, rompieron las formaciones geológicas, y el carbonato de cal corrió a curar las heridas de las montañas. La oportuni-



dad, la eficacia, la constancia, la previsión naturales nos señalan nuestro camino.

Estamos a pocos pasos de esa línea arbitraria que se llama frontera, entre la cariñosa y acogedora Francia, una de cuyas bellezas máximas estamos admirando, y la bella y sufrida España. Es claro que a nosotros no nos dice nada esa línea de frontera porque somos internacionalistas, mejor dicho, universalistas, pero sí que nos es lícito recordar que, de aquel lado, aun están calientes nuestras cunas, y todavía no se han calcinado muertos en la desgracia, y no tenemos el derecho de prescindir de España y olvidarla, sino que, entiendo que tenemos el ineludible deber de ir a conducirla mejor; y sobre la destrucción, construir; sobre el delito, corregir; sobre la ignorancia, culturizar; sobre la miseria, crear riqueza; los huesos de nuestros familiares y compañeros sobre el materialismo, erigir el monumento de nuestros ideales de Libertad, de Justicia, de desinterés y de amor humano, basado todo en la honradez, la laboriosidad y el respeto mutuo.

Los elementos que han creado ese Circo de Gervanie: estos valles profundos, estos bosques extensos, esas corrientes de agua que son luz y son fuerza; estos árboles que son madera; estos mármoles que son edificios futuros; este aire que es salud y este sol que es vida, nos dan ejemplo, con su tenacidad y constancia guiados por el plan de la sabiduría natural, para que nos inspiremos en ellos, y mañana seamos dignos de nosotros mismos realizando la obra de regeneración social y humana que nos está esperando.

Todo esto es consecuencia de lo visto y lo presentado, pero es que hay algo más, ni visto ni presentado por la generalidad, pero que el naturalista ve y presente. Y este algo es el alma de la Naturaleza. Como ejemplo os diré que, mirando esos saltos de agua, me parecía oír diálogos entre las gotas; las gotas que produjo la nieve aquí prisionera eternidades y las gotas procedentes de las nubes, que han dado la vuelta al mundo, las cuales tenían concepciones distintas e idiomas diversos. Al tomar estas piedrecitas y granos de arena que tengo en la palma de mi mano, también adivinaba sus coloquios; de vejez y de rutina las de roca; de modernidad, tolerancia y comprensión las de calcita, que vinieron en ayuda de aquellas

soldando sus rupturas y consolidando su arquitectura. Al mirar el sol con que hoy nos favorece la suerte, y respirar el aire puro de estas alturas, me imaginaba confidencias sabias de esos elementos privilegiados que se dan la vuelta al mundo cada día... Debo acabar recomendándoos que, como yo hago, os mireis en este espejo de los hechos naturales, que no cuesta nada, con valer tanto como vale.

Y, a desandar lo andado; a tomar asiento en los autocares que se deslizan por estas pistas de ensueño, las que bordean el abismo del río por un lado, y por otro tienen los acantilados gigantes. En los anchurones los pueblecitos rancieros que son rejuvenecidos por los diques, los canales, las tuberías y los postes de las instalaciones hidroeléctricas. Puentes monumentales que cruzan la profunda hendidura del río. Por fin, Luz y Saint-Sauveur, estación de salida y de término de regreso de esta excursión memorable. Dos agrupaciones urbanas, también de contraste, que se miran de uno a otro lado de la profunda hendidura del río Gave. La primera Agrupación, vieja representante del clasicismo, con su castillo de los Templarios y su iglesia fortificada; la segunda, formación moderna de hoteles, organización en cadena de lugares para la salud o la holganza, siempre de rendimientos positivos, libro abierto de la experiencia por si queremos imitarlo mañana, más allá de aquella línea ideal que por otros motivos mencionábamos.

..

Viaje de regreso precipitado. Abrazos calurosos. Obsequios delicados. Palabras sinceras. Deseos de una repetición. Ternura. ¡Salud! Una lágrima furtiva... Ahí quedan las huellas de nuestros pasos que se borrarán pronto. En nuestra mente quedan otras huellas que sólo borrará la muerte. Se habla de productos sensibles. Después de estos actos se constata que lo más sensible del mundo es el alma de los amantes de la Naturaleza, porque en ella se encuentra la firmeza de la verdad de los hechos y la dulzura del sentimiento, que es una verdad más fuerte todavía.

Si hemos hecho notar la existencia de los «Preceptos Morales de la Naturaleza», nos damos por satisfechos.

**Las cosas no tienen fronteras; la ley quiere instituir las y el espíritu no puede consentirlo.**

**PASCAL**

**Si, toda sociedad humana necesita leyes; pero los hombres no son débiles, ni ignorantes, ni desesperados, los hombres libres, no piden esas leyes sino a la propia conciencia, que decide soberanamente.**

**Eliseo RECLUS**

Un artículo de Rodolfo Rocker

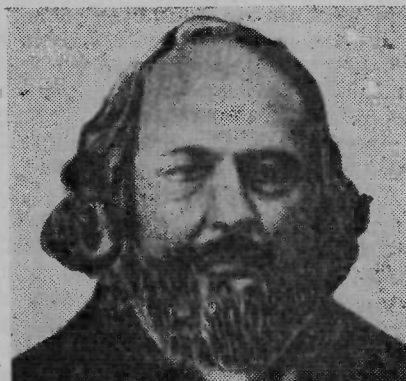
# Las teorías de Marx y Bakunin

**M**ARX no era un orador fascinante como Lasalle, que pudiera ejercer un influjo inmediato sobre el auditorio por medio de la palabra viva: las ideas de Marx sobrepasaban a menudo la facultad de comprensión incluso de los obreros más inteligentes, y sólo podían llegar a éste por medio de explicaciones populares de segunda mano. Además, vivió en el extranjero durante la mayor parte de su vida, mientras que Lasalle actuaba en Alemania, y, por tanto, podía apreciar mejor las necesidades inmediatas de su propaganda. Aparte de esto, había en las doctrinas de ambos hombres una serie de diferencias esenciales, que encontraban su expresión sobre todo en su posición respecto al Estado. También Marx tomaba como punto de partida determinados conceptos absolutos, puesto que condicionaba el desarrollo de la vida social a necesidades forzosas, fundadas en las condiciones de producción que prevalecen en una época dada. «El modo de producción de la vida material condiciona el proceso vital, social, político y espiritual, en general», como se expresa en su famosa introducción a la *Crítica de la economía política*.

Marx estaba firmemente convencido de haber descubierto las leyes del movimiento de la sociedad burguesa. Por tanto, se empeñaba en fundamentar las pretendidas leyes de la física social como « puras » y « absolutas ». En el primer tomo de *El Capital*, califica la llamada **acumulación del capital de ley absoluta y general**, según la cual « la riqueza de una nación está en proporción con su población; y la miseria, en proporción a su riqueza ». Como discípulo de Hegel, se representó ese proceso de desarrollo como una trilogía del acaecer, producida con necesidad rigurosa, automáticamente, por las condiciones económicas de vida. Así leemos en *El Capital*:

«El modo de producción capitalista tiende a la acumulación de capital. De aquí que la propiedad privada capitalista constituya la primera negación de la propiedad privada individual, basada en el propio trabajo. Pero, la producción capitalista engendra, con la necesidad de un proceso natural, su propia negación. Es la negación de la negación. Esta no restablece la propiedad privada sino la propiedad individual a partir de las conquistas de la era capitalista: sobre la base de la cooperación y la propiedad común del suelo y de los medios de producción, originados por el trabajo mismo».

Esa concepción mecanicista y fatalista de los



hechos históricos, que se presenta aquí como una verdad absoluta, produjo, al crecer la influencia del movimiento alemán sobre las tendencias socialistas de todos los países, un efecto paralizador en cuanto a la formación de la idea socialista, aunque Marx esperaba que con el desarrollo progresivo de los hechos económicos se llegaría a la superación de todos los poderes absolutistas del Estado. En el **Manifiesto comunista** se dice:

«En el curso del tiempo, una vez hayan desaparecido las diferencias de clase y esté concentrada toda la producción en manos de individuos asociados, el poder público perderá su carácter político. La fuerza política es, en verdad, la fuerza organizada de una clase para la opresión de otra clase. Si el proletariado, en su lucha contra la burguesía, se une necesariamente formando una clase, y, a través de una revolución, se convierte en clase dominante, poniendo fin por la fuerza a las antiguas condiciones de producción, entonces suprime junto con estas condiciones de producción, la existencia de la contradicción de clases, las clases mismas, y, con ellas, su propio dominio como clase... En lugar de la vieja sociedad burguesa con sus clases y contradicciones de clases, aparece una asociación, en la que el libre desarrollo de cada uno está condicionado por el libre desarrollo de todos.»

Incluso en el panfleto, lleno de odio, **L'Alliance de la Démocratie socialiste et l'Association Internationale des Travailleurs**, redactado por Marx, junto con Engels y Lafarge contra Bakunin y el ala libertaria de la Internacional, se repiten otra vez las palabras contenidas ya en aquella famosa Circular del Consejo General, **Les prétendues scissions de l'Internationale**: «Todos los socialistas

entienden por anarquía esto: una vez alcanzada la meta del movimiento proletario, es decir, la supresión de las clases, desaparecerá el poder del Estado, que sirve para mantener a la gran mayoría productora bajo el yugo de una minoría explotadora y las funciones de gobierno se convertirán en simples funciones administrativas.»

La meta política que Marx tenía a la vista era, pues, indudablemente, la eliminación del Estado en la vida de la sociedad. En este aspecto, estaba por completo bajo la influencia de las ideas de Proudhon. Sólo en la forma que pretende alcanzar esa meta se distinguía esencialmente de Bakunin y de las federaciones libertarias dentro de la Internacional. Bakunin y sus amigos defendían el punto de vista de que una transformación social había de suprimir el aparato político del Estado junto con las instituciones de explotación económica, a fin de hacer posible un libre desarrollo de la nueva vida social. Marx, por el contrario, quería utilizar el Estado, bajo la forma de «dictadura del proletariado», como medio para llevar a cabo prácticamente el socialismo, y suprimir las contradicciones de clases dentro de la sociedad. Sólo después de desaparecer las clases, habría de ser destinado el aparato político del Estado, para dar lugar a la mera administración. La oposición entre ambas opiniones y la tentativa de Marx y sus partidarios, en el Consejo General, de imponer una forma de organización centralizadora a las federaciones de la Internacional, y con normas fijas a su política, fueron las verdaderas causas que más tarde originaron la escisión y descomposición interna de la gran asociación obrera.

La Historia contemporánea ha decidido quién tuvo razón en esta controversia. El experimento del bolchevismo en Rusia ha demostrado claramente que por medio de la dictadura se puede llegar al capitalismo de Estado, pero nunca al socialismo. También una sociedad sin propiedad privada puede esclavizar a un pueblo. La dictadura puede suprimir una vieja clase, pero se verá obligada a acudir a una casta gobernante formada por sus partidarios, otorgándoles privilegios que el pueblo no posee. La dictadura como «movimiento de liberación» es impulsada por lógica de las circunstancias a ser un instrumento de opresión, sustituyendo cualquier forma antigua de esclavitud por otra nueva. También la llamada «dictadura del proletariado» no es, en realidad, sino una dictadura sobre el proletariado, incluso si es imaginada tan sólo como provisional como periodo de transición. Porque «todo gobierno provisional muestra la tendencia a convertirse en permanente». Como predijo Proudhon con su profunda comprensión de los fenómenos. El que este conocimiento tuviera que ser adquirido al

precio de tanta sangre, tantas lágrimas y tantas esperanzas perdidas, constituye, sin duda, uno de los aspectos más trágicos de la Historia.

El 20 de julio de 1870, Marx escribió a Engels estas palabras, tan expresivas de su carácter y de su personalidad:

«Los franceses necesitan azotes. Si ganan los prusianos, también la centralización del peor Estado, útil para la centralización de la clase obrera alemana. El predominio alemán cambiará, además, el centro de gravedad del movimiento obrero de Europa, de Francia a Alemania, y basta tan sólo comparar el movimiento de 1866, hasta hoy día, en ambos países, para advertir que la clase obrera alemana significaría, al mismo tiempo, el predominio de nuestra teoría sobre la de Proudhon.»

Marx tenía razón. La victoria de Alemania sobre Francia significó, en efecto, un punto crucial en la historia de Europa y del movimiento socialista internacional. El socialismo libertario de Proudhon fué postergado por la nueva situación, dejando el campo libre para la médula. La facultad de desarrollo vivo, creador e ilimitado, del socialismo, fué substituída, en los siguientes cincuenta años, por un dogmatismo rígido, que se presentó ante el mundo con la pretensión de ser una ciencia, pero que, en realidad, sólo descansa sobre un tejido de argucias teológicas y de erróneas conclusiones fatalistas que vinieron a sepultar a toda idea auténticamente socialista. Esta manía de superioridad tomaba a veces formas verdaderamente grotescas. Los alemanes se consideraban como guías del «socialismo científico» y como «maestros del movimiento obrero internacional», olvidando completamente que la Alemania de Bismarck era un Estado militar y policíaco semidespótico, que aún había de conquistar lo que otros países de Europa occidental poseían hacía mucho tiempo; conquistas con las que ni siquiera osaba soñar en el país de las marchas de parada, de la arbitrariedad policíaca y de la «obediencia de cadáver.»

El hecho de que un proletariado que no tenía tras sí las más mínimas tradiciones revolucionarias, que conocía la idea socialista tan sólo en la forma del fatalismo económico de Marx y a través de la fe ciega en el Estado de Lasalle, haya podido convertirse en el guía del movimiento socialista internacional, fué tan nefasto para el socialismo como lo fué la política de Bismarck para el destino de Europa. Mi inolvidable amigo, el poeta Erich Mühsan, asesinado por los nazis en el campo de Oranienburg, creó para esa tendencia singular la palabra «bismarxismo», la definición mejor y más acertada que se hubiera podido encontrar.





# Relgis y sus

por Cosme PAULES

**A** HORA que ya casi nadie lee y en un tiempo absurdo donde los que imaginan leer se meten delante de los ojos novelas y noveluchas de guerra, de policía o de bajos sexualismos muy indicados para los animales, pero muy poco recomendables para seres racionales y pensantes; cuando otros — no muchos tampoco —, juventudes entregadas por la falsa sociedad que soportamos al desconcerto y la inopia, dentro y fuera de colegios, liceos y universidades, y mayores que con ellas, por ese mismo motivo, piensan que la base de todo lo presente y lo futuro no está en el espíritu y la mente del hombre sino en los instrumentos de la técnica y la misma ciencia al servicio de los Estados y las fuerzas retrógradas que con careta de futuristas al máximo, ellos representan, bueno será insistir para aquéllos que todavía no han perdido el rumbo — pocos, pero valerosos —, en medio de aguas tan tempestuosas, turbulentas y sucias, sobre el verdadero, profundo y elevado pensamiento de los escritores que saben fijar metas de amplias posibilidades físicas y morales para la humanidad.

Eugen Relgis es uno de estos escasos pensadores que nos van quedando, con la agravante de que su reproducción, en un siglo como el que nos ha tocado en desgracia vivir, no es todo lo halagüeña que sería de desear. Muchos son los poetas y escritores que «despuntan», hoy como siempre; pero ¿qué cantidad de éstos no siguen los mismos pasos tortuosos que iniciaron, con tesón digno de mejor causa, la mayoría de los científicos y los técnicos, los diplomados a costa del sudor entero del proletariado que todo lo produce y permite así sus conocimientos, estudios y «grandezas» a ultranza. Es tan considerable este número de los desaprensivos que piensan con el estómago a pesar de poseer una excelente máquina de pensar, que vale más no señalarlo, para evitarles una vergüenza que con el tiempo, cada uno por su parte, si conciencia alguna les resta, no habrán de dejar de sentir en lo más hondo de sus cobardes existencias.

Y es una verdad tan grande como una catedral que en la actualidad son muy escasos los hombres de corazón que se han entregado de lleno a servir con su sabiduría y a ejemplarizar con el do-

*Un pueblo oprimido tiene derecho a levantarse y a romper las cadenas en cuanto pueda.*

Henry CLAY

minio de sus caracteres bien formados a sus semejantes. De ahí que debemos volver una vez más sobre este filósofo-poeta-novelistas, ensayista, escritor, periodista y sobre todo luchador imbatible e incansable por un mundo mejor, más humano, justo y libre. El libro sobre el que vamos a pergeñar unas modestas líneas de reconocimiento, por la satisfacción, el placer y la seguridad de que la salvación del hombre es posible por el espíritu, es una obra poética y de la mejor calidad y contenido. «Melodías de silencio» es su título y este título es tan decidor para esta obra que realmente, cuanto el comentarista pueda agregar, podrá tener un valor incitante para atraer hacia los pistilos de sus flores a los lectores capaces de saborear manjares de ambrosía, pero nada más. Hay ciertas obras del intelecto y del corazón humano que no necesitan presentación, ni tampoco se puede hacer de ellas un esquema donde se encierre el gran valor genial que las cubre y esto sólo puede lograrse mediante su lectura meditada, pero de una manera individual. En un mundo más armonioso y menos egoísta, este libro de Relgis («Melodías del silencio», 80 páginas. Cuadernos Julio Herrera y Reissing, número 51. Montevideo, 1957), sería distribuido en grandes cantidades a voluntad por todo el mundo. (Esta y otras obras del mismo autor también, así como las de unos pocos poetas y escritores de nuestro tiempo). Ese sería el mejor y el más justo homenaje y beneficio que tanto a nuestros semejantes como al autor de la obra podría hacerse. En la actualidad sería lo mismo que pedirle peras a un olmo, pretender semejante comprensión colectiva. Es por eso que debemos hacer las cosas como mejor podamos, y es por ello también que nos vemos en la necesidad de recomendar su adquisición y su lectura, con palabras sinceras de amor y de buena voluntad a todos aquéllos que no han perdido el gusto por lo que verdaderamente ayuda a superarse en la escala zoológica de los seres vivientes.

El libro que nos ocupa tiene además un subtítulo: «Poemas en prosa». ¿Qué significa este subtítulo en el fondo? ¿Qué ha querido expresar su autor con esas tres palabras? ¿Su modestia indimentada? ¿Su preocupación — no puede ser temor, puesto que el autor es un hombre sin duda muy valeroso — por los resoplidos de la «crítica» social? ¿Un sentimiento respetable y bello de que sus poesías, editadas en medio de los terribles avatares que supone un largo exilio de su país natal, pudieran contener lapsus de imperfección, dada la prisa, el afán y todo tipo de inconvenien-

# melodías del silencio

tes propios del que toma la pluma teniendo la espada a la vera de su brazo y debiendo abandonar ésta para emplear aquélla? Lo ignoramos, pero creemos que algo de todo lo señalado puede haber. Porque de ninguna manera son esas tres palabras una manera de quedar bien con el lector, ni de explicar cómodamente, vulgarmente diríamos mejor, donde empieza y terminan la prosa y el verso en esta obra terminada a base de pinceladas artísticas de un orden superior.

Quisiéramos dar una idea de la belleza contenida en este libro, citando para ello algunas de sus estrofas «en prosa»; ¿pero a cuál de sus páginas elegir para ello? ¿Sobre cuál de los temas que han servido al autor para hacer alarde de su capacidad para la expresión de sentimientos puros echar mano? ¿Mencionáramos, quizás, al intentarlo, algunos párrafos de su poema «El tísico»? ¿O de ese modelo acabado: « En el café », o « El billar »? ¿La canción del tren, acaso, podría servirnos mejor que ningún otro? ¿La capital, en fin, el «templo de la vanidad o en en «El puerto»? ¿Podría ser « El Gato »? Cerca de cuarenta temas más, todos los contenidos en sus ochenta maravillosas páginas, podrían servirnos muy bien para tal objeto; pero hacer notar la armonía y sobre todo la solidez de todos ellos es imposible. No obstante y haciendo un esfuerzo para tranquilizar el temor de no llegar a ser lo suficiente objetivos en este difícil momento de la elección, nos decidimos por transcribir del «Soliloquio del poeta», las siguientes armonías « en prosa », pág. 70:

«¡Oh, taciturnos ocultos en la noche que, sin embargo, no es la noche de la vida!

¡Oh, los sosegados ocultos en la paz que es otra cosa que la paz de la vida!

¡Oh, evadidos del cuerpo lastimero, y encarcelados en el seno de la tierra — en un infinito sin espacio y sin tiempo, sin dolores y, no obstante, sin dichas!

Yo les hablo en el mudo lenguaje de la eternidad — y rezo en lugar de los que, desde hace mucho, los olvidaron. Sólo yo me empeño en descifrar su destino terrestre; y sólo oigo el cuento de antaño, de cada uno y de todos:

— A las vírgenes que amaron en vano, les canto el epitalamio del Amor sin rostro, sin lágrimas, sin nuevas encarnaciones...

A las madres que contemplaban en sus niños todas sus esperanzas y recompensas, les digo que sus niños ya son hombres maduros. Ellos miran en los nuevos niños a los que fueron una vez y a los que vendrán, a los que padecieron en vano, a los que llegarán en vano a este mundo de apariencias fugaces...

A tantos jóvenes luchadores les canto un himno heroico, el himno de la gloria ansiada entre los humanos y encontrada, finalmente, en el olvido de sí mismos y de todos...

Y a los esclavos que llevaron las cadenas del duro trabajo para otros, les canto la eterna libertad que, en las tinieblas de la arcilla, los hermana con los que fueron esclavos del poder y de la holganza...

Y canto sin palabras de una tumba a otra, y sigo filosofando con los que crearon mundos imaginarios, con los que forjaron ideas e ideales, con los que escudriñaron tantos misterios — y que yacen ahora en el misterio final, que no tiene formas ni tentaciones.

Y a los que se revolcaron en el fango del crimen, a los que han servido a los ídolos horribles y a los falsos dioses, a los que vomitaron sus voluptuosidades en la embriaguez de la lujuria, sólo les arroja una palabra: peccavi — el desgarrador grito de los pescadores — pues Dios no está en el más allá, no está allí donde falta el fervor de la fe.»

Ha llegado el momento de preguntar, al decir de León Felipe, para quien fueron escritos estos versos de Walt Whitman: «Poets to come, arouse!, for you must justify me.» («Poetas de mañana ¡levantaos! porque sólo vosotros debeis justificarme.») Efectivamente: ¿Qué haría Walt Whitman, el gran «maestro de los atletas», americano, frente a este libro de Eugen Relgis? Por que no cabe duda alguna de que Relgis, aun si sólo fuese con el bellissimo y multitudinario poemario que acabamos de reseñar, es uno de esos poetas-pensadores que abarcando el sentir más íntimo de la Humanidad, — como el maestro lo deseaba — lo justifican con creces. Es al hombre en general de estos tiempos, al ser consciente y dispuesto a la reivindicación pura y simple de sí mismo y de sus semejantes a quien corresponde justificarlos a ambos, junto con la pequeña, pero grandiosa pléyade que avanza por la misma ruta, hacia las cumbres más altas de la vida, del amor, la libertad y la justicia.

Para vivir, para asegurar el progreso, para crear interés y ardor es preciso quebrantar los rangos, alterar las normas, cambiar la naturaleza de nuestra civilización.

HERBERT READ

Han  
Ryner

# El hombre y la obra

por Georges VIDAL

(Traducido del francés por V. Muñiz, miembro de la  
« Société des Amis de Han Ryner »)

## VIII

### Han Ryner y la rebeldía

**H**AN RYNER ama el amor y ama la justicia. Pero prefiere el amor a la justicia.

En La Torre de los Pueblos se asiste al derrumbe de un ensayo de fraternidad porque los hombres no supieron perdonar y no supieron hacer triunfante al amor.

Han Ryner, poniendo el amor por encima de todas las cosas, es por lo tanto enemigo de la violencia, aunque ésta fuese liberadora. Pero si Han Ryner rechaza a la rebelión violenta, otro sentimiento se mezcla en su odio de la misma violencia: Han Ryner cree que el pueblo no esté suficientemente listo. Conoce las tonterías de las muchedumbres: «El balido de los rebaños y de los pueblos aclama casi siempre a los carniceros y a los afiladores de cuchillos. Algunas veces sin embargo sus sentidos están indecisos, equivocados y oscuros. Algunos afirman que la voz del pueblo es la voz de los dioses. Tal vez tienen razón y — hasta que un sacerdote o un orador la traduzca de manera a complacer a los tiranos — el rugido del trueno, el vuelo de los pájaros, el balido de los carneros y los gritos discordes del pueblo no significan absolutamente nada» (1).

Sabe que hasta ahora las revoluciones y los golpes de Estado han derramado mucha sangre y sólo han servido en definitiva para satisfacer los apetitos de nuevos arrivistas. En este aspecto, escuchad una parábola, como diría Psicodoro :

«En el bosquecillo solitario situado en la extremidad del vasto dominio, hablaban los tres esclavos.

»Fuerte como Hércules era el primero y se llamaba Simón. decía a media voz, con un esfuerzo que se sabía contenido para no rugir:

»— Es cosa ridícula que yo, igual que diez hombres juntos, esté condenado a servir a un amo de cuerpo endeble. Según las leyes naturales, es él quien es mi esclavo. Yo espero bien que en el futuro, si vuestro apoyo no me falta, las cosas y las gentes estarán en su verdadero lugar.

»Pero Elafo, hábil y sutil como el mismo Odi-seo, tenía en su puntiaguda cabeza, parecido a la de un zorro, toda esa astucia que el vulgar o los poetas llaman saber vivir.

» — Los locos, afirmó, han nacido para obede-

cer al que más sabe. La naturaleza ha hecho de mí un jefe. Me ha dado, junto al arte de las astucias repentinas que sorprenden a la victoria como a una caza, las lentas maneras que hacen durar la dominación. Desprecio y odio al amo de espíritu grosero y brutal. Y por eso debo aliar mi potencia a tu fuerza, oh, Simón Hércules, pues nada resistirá a esas dos potencias reunidas y, te aseguro que sabré hacer de las riquezas conquistadas otro uso que el de su poseedor actual. Pues la voluptuosidad es una amante que no se da más que al más ingenioso de sus adoradores, a los que se muestran fértiles a la vez en malicias y en invenciones amables.

»Mientras los dos dialogaban, el tercer esclavo estaba silencioso. Escuchaba las palabras de sus compañeros con indiferencia y tal vez con algo de desprecio.

»Se llamaba Neokles. Pero a causa de su talla corta, de su nariz romana, de sus palabras osadas y fuertes, se le conocía a menudo como el pequeño Sócrates.

»Aquél cuyo espíritu era sutil y ávido lo interrogó al fin:

»— Más de una vez, oh Neokles, te he escuchado decir mal de los amos. Y te desaprobaba en mi corazón, porque tus palabras eran peligrosas, sin oportunidad y sin utilidad. Pero algunos te escuchaban con respeto y, viendo que tú estás con nosotros, se darán cuenta de que la justicia nos pertenece. Por eso te hemos hecho venir para que seas nuestro hermano en el trabajo y en la gloria.

»Neokles sacudió la cabeza y movió los hombros en un sentido de negación. Luego dijo: No.

»— Sin duda, continuó Elafo, no comprendes bien lo que te proponemos. O tal vez eres valiente en palabras, pero cobarde en la acción. Te proponemos el volverte un amo que mande a numerosos esclavos y a numerosas voluptuosidades.

»— Me indigno, dijo el pequeño Sócrates, no ciertamente porque yo sea esclavo, sino porque haya esclavos.

»Ni Elafo ni Simón respondieron, pues escuchaban ahora con inquietud un ruido que se aproximaba. De repente, vieron aparecer al amo. Cambiaron una mirada. El que era sutil reconoció que el que era fuerte estaba decidido a todo. Andocido venía solo y ya se había dado cuenta de la presencia de los esclavos. Los tres hombres esperaron, pues, inmóviles.

»— Cuán feliz me siento, dijo el amo, por encontrar reunidos a los que particularmente quiero en mi casa. Pues yo me complazco con tu fuerza, oh Simón, que eres tan fuerte como Hércules. Me gusta y admiro la sutileza de tu espíritu, oh



Elafo que igualas a Odiseo. En cuanto a tí, Neokles, o como te llaman, pequeño Sócrates, te debería odiar puesto que apruebo a los jueces que condenaron al verdadero Sócrates, enemigo de los dioses y de las leyes. Sin embargo, a pesar mío y no sabría decir bien el porqué, también te estimo. O más bien me parece querer de tí, ya que también me quieres y me alabas.

»El pequeño Sócrates tenía sobre los labios una sonrisa de malicia. Los otros dos bebían las palabras del amo como se bebe la esperanza.

»— He aquí, prosiguió, lo que he resuelto. Tendré tres amigos, con el fin de que seas, oh Hércules, mi fuerza; y tú Odiseo, mi espíritu y mi astucia; y tú, pequeño Sócrates, la maliciosa lengua que pique a mis enemigos.

»— Me parece que está hablando un loco, respondió Neokles.

»— Simón levantó contra él un puño que hubiera podido, de un solo golpe, abatir a un toro. Pero el amenazado midió con los ojos el vasto cuerpo y, levantando la cabeza, dijo:

»— Tú sólo eres un animal que tiene mucho apetito.

»Andocido detuvo el gesto de Simón.

»— Aquí el único juez soy yo, dijo con un tono firme, y te prohibo que pegues a nadie.

»— Te obedezco como al mismo Zeus, rugió el inepto y el terrible. Pero me gustaría más complacerte golpeando que sin golpear.

»— A los tres os haré libertos, siguió diciendo el amo. Además, daré a cada uno de vosotros un gran campo, con treinta esclavos para que lo trabajen.

»Simón y Elafo, olvidando el cuerpo endeble y el espíritu grosero de aquel hombre, se le arrojaron. Y con los brazos levantados, proclamaban:

»— ¡Oh grande, magnífico y bienhechor!... En verdad, eres Andocio un dios que visita la tierra.

»El pequeño Sócrates se callaba. Observaba con piedad la bajeza de unos y el hinchamiento vanidoso del otro.

»— Y tú, interrogó el amo ¿no puedes encontrar las palabras adecuadas para celebrar tan feliz circunstancia? Creía que la gratitud era una virtud filosófica.

»— ¿Qué podría decirte, insensato, que das lo que no te pertenece?

»— No te comprendo.

»— Un hombre no pertenece más que a sí mismo. Cualquiera que, con la apariencia de un hombre, lleva una naturaleza lo bastante bestial y servil para creerse amo o para reconocerse esclavo, es digno de desprecio.

»Elafo temblaba con el pensamiento de que Andocido retirara su decisión; se aproximó pues a Neokles y a media voz le dijo rápidamente:

»— Acepta y libera a los treinta esclavos que te darán. Así harás mucho bien.

»— Si conoce la dignidad humana, todo hombre es libre a pesar de las apariencias. Pero el verdadero esclavo es el que se proclama amo. Me

parecía que aquí solamente había un esclavo. Pero ahora me doy cuenta de que hay tres.

»— Yo te probaré, gritó Andocido, de que sólo queda uno. Lo que he prometido lo mantengo para éstos, cuyo corazón reconocido hace dignos de que se les liberte. En cuanto a tí, ingrato, serás crucificado.

»Neokles fué pues, puesto en la cruz. Y los diez mil esclavos de la vasta propiedad lo insultaban. Pues les habían dicho:

»— Con una sola palabra hubiera podido libertar a muchos de sus compañeros. Pero se negó a ello cruelmente. Y se ha mostrado contra vosotros el peor de los tiranos.

»Sin embargo, el maestro hizo que la multitud enmudeciera y declaró:

»— Yo soy bueno como un dios. Si aun ahora es capaz de reconocer mi potencia y mi bondad, lo haré desatar del árbol ignominioso. Pero que no se descuide, pues el agua y el frescor de la misericordia se agotan y ya casi la clepsidra se retorna para dejar paso a la hora ardiente de la justicia y de la venganza.

»El pequeño Sócrates miraba hacia lo alto y ni siquiera se dignaba mirar a los que estaban allí. En lugar de responder, empezó a cantar. Y su canto decía:

»— Siempre he vivido erguido como un hombre, sordo a los aullidos lastimeros y a los ladridos amenazadores de todos cuantos su alma camina a cuatro patas. Por eso obtengo esta recompensa de morir más alto aún de lo que he vivido, enteramente elevado hacia el cielo.

»El amo se encogió de hombros y se retiró.

»Entonces los esclavos, recogiendo piedras, comenzaron a lapidar al supliciado, entre las risotadas y los gritos.

»Pero el sutil Elafo dijo:

»— En todo juego debe haber orden.

»E hizo alinear los esclavos. Los que quisieron participar de la pedrea vinieron, cada uno a su vez, a colocarse en la distancia convenida para lanzar una piedra. Así es que fué para todos un día de fiesta y de risas, distribuyéndose luego premios para los más diestros en el lanzamiento» (39).

Esta maravillosa parábola es severa, pero es verdadera. Han Ryner duda.

Y para que sea más fecunda la sociedad próxima quiere que el pueblo se cultive y comprenda. Quiere una revolución interior antes que una revolución exterior.

¿Debemos criticarle? ¡De ningún modo! ¿No es evidente que el hombre que mucho pide a los otros debe exigir mucho a sí mismo? El nuevo edificio social no será nunca sólido si no se cimenta en bases sólidas y un mundo nuevo no puede ser armonioso y factible si no se basa en mentalidades nuevas y aspiraciones sanas.

Es por eso que Han Ryner, ese gran pensador, es un gran obrero de la sociedad futura.

## IX

## CONCLUSION

Han Ryner ha dicho que «la sabiduría es hacer de la acción y del ensueño o del pensamiento una armonía inseparable» (40). Es verdad, y esta fecunda armonía llevará los succulentos frutos del porvenir.

Sobre todo no nos desalentemos, parándonos al borde del camino como los peregrinos fatigados. Caminemos, caminemos sin cesar.

Y sigamos el último consejo de Han Ryner, el gran y querido Han Ryner: «Si caminas por el camino común, en medio del rebaño, entre el polvo que contribuyes a levantar, sólo verás lana por doquier y polvareda, respirarás aire viciado y sudor, escucharás el cencerro rebañero y el balido universal que le sigue, sólo pronunciarás una palabra del balido universal.

»Si, dejando el rebaño y alejándote de los caminos, intentas caminar, encontrarás espectáculos variados, a menudo estrechos y amenazantes, a veces amplios y magníficos.

»Pero ten cuidado. La alta montaña esconde tantas traiciones y perfidias como bellezas. Desconfía del precipicio que costean, de la roca que puede desprenderse y aplastarte, de la grieta invisible bajo las nieves en la avalancha que se precipita. Pero no te asustes: asciende. No seas ni imprudente ni soberbio: piensa que también tú puedes caerte.

»No pensar como los otros (esto solo ya merece el nombre de pensamiento) y no caer en la locura: he aquí la conquista verdaderamente humana...»

38. — *Les paraboles Cyniques*, p. 21.

39. — *Idem*, págs. 40-45.

40. — *Etude sur Banville d'Hostel*, p. 7. Editorial «Maison des Ecrivains» (Paris).

Nota final: Para conocer toda la bibliografía de Han Ryner desde 1889, fecha en que apareció su primera obra, *Chair Vaincue*, hasta 1959, año en que ve la luz la obra mayor del sabio, *La Sagesse qui Rit* y *Le Rire du Sage*, cuya segunda parte estaba aún inédita (las dos partes editadas ahora en un solo volumen), es indispensable consultar la colección completa de *Les Cahiers des Amis de Man Ryner*, que contiene más de 50 números trimestrales (3, Allée du Château, Les Pavillons sous Bois, Seine, France).

Título del original en francés: «Han Ryner — L'Homme et L'œuvre». Aux Editions Anarchistes, Librairie Internationale, 14, rue Petit, Paris, 19. Año 1924. Número cuatro de la «Collection des Ecrits Subversifs». Ochenta y cinco páginas. Contiene la conocida foto de Han Ryner hecha en los Estudios «Manuel» de París y un autógrafo del sabio. — V. M.



Nada positivo se ha hecho  
en la historia sin la acción  
directa.

Gandhi, (1920)

## Restablecimiento de España

# EL TIO CAVILA

**H**AY en tierra de Charros muchos «tíos Cavilas»; uno al menos, por cada pueblo.

El único personaje (iba a decir presonaje) de esta historieja es el tío Cavila, de Villamenor, hombre recio y sarmientososo, de más que mediana estatura, cabeza alta, frente despejada, ojos mortecinos, calzado de abarcas, embutido en un cinto viejo raído por las caderas y vestido de sayal pardo.

En el momento histórico, inicial de esta verídica narración, el tío Cavila, con la sembradora llena de trigo al hombro, se dispone a sembrar una «besana» de barbecho. Es una hermosa mañana de otoño; los rayos del sol caldean la tierra abierta, y a lo largo de los húmedos surcos se desprenden tenues vapores; el sembrador, de pie sobre la linde, contempla con mirada amorosa aquella superficie roturada, madre fecunda en cuyo seno va a arrojar la rica semilla; hace después la señal de la cruz, cuenta con la vista los surcos y comienza a caminar con aire cadencioso, voleando un puñado de trigo a cada paso.

Al arrojar los cinco primeros, acompaña su acción de sendas palabras sacramentales que pronuncia entre dientes de un modo solemne: «Pa los pájaros..., pal diezmo..., pal Fisco..., pa l'amo..., pa mí...»

Así recorre de largo a largo la besana, seguido de la yunta, que perezosamente va hundiendo el cerro y ocultando la semilla en lo hondo de los valles donde ha de realizarse el misterio de la germinación. Y cuando ya la tarea, en fuerza de repetirse, se ha hecho regular y mecánica, el tío Cavila da rienda suelta a la loca de la casa y comienza a cavilar.

—¡Por vía del susum coda!, ¿a qué mil pares de carlanças hemos de decir siempre la mesma cosa cuando escomenzamos a sembrar, sin saber por qué lo dicimos? ¡Tíe mucho que iñir eso de repetir toa la vía la mesma cantinela! Sepamos qué significa, y aluego se verá si se pernuncian o no se pernuncian esas palabras.

Pa los pájaros... Verdá es, pa los pájaros es lo primero; los endinos encetan la semilla, unos antes y otros dimpués de taparla. Es caso de risa eso de sembrar pa que coman los pardales y las alondras; pero hay que hacerse el cargo de que también son creaturas de Dios y comen los malos insetos y..., váyase lo comio por lo servio.

Y aluego viene el diezmo (1). ¡Hum!..., el diezmo..., esto es pa ellos, pa los curas, ¡corian bobis! Los hay de toas los colores; güenos, ver-

bin gracia, el de Caniellas y el de Forfolinda, y arremataos como el de Aldeamala, que dice que lo mesma da un ama de cuarenta que dos mozas de veinte; asina, asina, y que los vaigan aluego con peronias a estos cregos barraganes...

Pero, ven acá, Cavila; ¿qué tíe eso que ver con la Ilesia? ¿No tíes tú piara? Sí, ¿Y no te sale alguna oveja modorra de cuando en cuando? Sí. Pues entonces paga el diezmo y calla, que de la modorra de Aldeamala ya se cuidará quien deba, que tú no te has de quear en el mundo pa unguento é cojos, y si arrematas no querrás que te entierren sin gorin-gorin.

Pase lo de sembrar pa la Santa Ilesia; pero ¿y el Fisco? ¡Voto va bríos, que esto si que es una injuria grande!, porque, ¿quién es el Fisco, Cavila? Pus... «ladrones en el suelo, ladrones en el vuelo y ladrones en el entreseno», como suele decirse. ¿Y siembras tú pa tanto creminal?... ¡Ah, probe! ¡Tanto suor y tanto celo pa que cuando toque la campana a Concejo vayas con las orejas gachas y metas la mano en el cinto hasta lo más hondo, hasta que no te quée un chavo? ¿No valiera más que le aflojases el alzapón y te dejases dar una güena mano de azotes?... Porque con el Fisco no te puedes, probe Cavila; el Fisco son tóos menos tú: el Concejo, la Hacienda, la Deputación, la Curia... ¡y a tóos esos demonios del infierno mantienes tú, Cavila!... Pero..., bien ausentido. ¿Quién te mete a ti en esas honduras? Cuando Dios los deja vivir será porque convenga. ¿No deja vivir también a los escorpiones, a los lobos, y a los butres?... ¡Recontra!... Pus menos ve, ¿qué más da una cosa que otra?

Y el tío Cavila continuó sembrando para el Fisco, a lo largo de los curcos, levantando y hundiendo acompasadamente sus abarcas en la tierra mullida, y los granos que arrojaba su puño a cada voleo brillaban al sol como pepitas de oro.

—...¡ah!... pa los pájaros..., ¡ah!... pal diezmo..., ¡ah!... pal Fisco..., ¡ah!... —repétia con ritmo monótono, y cada vez que sacudía el brazo acezaba de fatiga, dejando escapar con el aliento entrecortado esos ¡ah!..., ¡ah!..., ¡ah!... que parecían quejidos.

En la sucesión ordenada con que las palabras del estribillo sugerían en su mente las ideas, apareció entonces el recuerdo del amo de aquella tierra que sembraba.

—¡Pa l'amo! —exclamó irritado—. ¡Pa l'amo! Buen ave está el amo, que me atosiga pa que le pague la renta, y aluego, mientras yo suo,



él al casino, ella con el cortejo, el chico, que es burriciego, en la bebicleta, y la chica, que es más alegre que una perra, manque sea mala comparanza, a pasear en la Plaza con el sombrero, llevando a la cola a toos los mesinquinós de la ciuá...

«Esto sí que no lo sufro» — dijo el hombre parando en seco la faena; y mirando con ávidos ojos a la tierra y aspirando a boca llena el vaho que despedían los húmedos terrones, la apostrofó como si fuera un ser vivo: «No —le decía—, tú no eres de ningún señor, tú eres mía, conto, pa eso te trabajo con mil fatigas, reconto; pa eso te labran estos balanes— y acariciaba el testuz de los bueyes—; pa eso te cogi hecha erial y te tengo ahora cernía como harina de flor...» — y decía esto cogiendo del suelo puñados de negro mantillo y haciéndolos polvo entre los dedos. Y luego, dejando caer los brazos a lo largo del cuerpo, continuó con acento en que se notaba una brusca transición de ideas:

—Con que tuya ¿eh? No fuera malo que fuese tuya; esas son leyes que tú quieres poner, Cavila; pero como tú no haces leyes, como las hacen los propetarios, de poco te sirve decir que es tuya la tierra, como no sea pa que te desahucien si llegan a saberlo. Ara y siembra pa l'amo, que es para lo que has nacido, y contentate con que no vengán mal dadas, y con que si quiá sea pa ti el fruto de ese puñado que vas ahora a coger..., ése..., el quinto..., el tuyo..., ¡gracias a Dios que llegaste a tu puñado, Cavila!...

Y el hombre, perfilándose de nuevo en la dirección de la arada al mismo tiempo que avanzaba la pierna derecha, metió mano a la sembradera para coger el puñado de simiente... Pero ¡oh sorpresa!, la sembradera estaba vacía; no había en ella más que aquel grano de trigo que miraba de hito en hito sobre la palma de la mano, ¡un grano!, ¡sólo un grano!, ¡sólo un grano para él! Aquello era de mal agüero y parecía un castigo providencial por sus cavilaciones; aquello era señal de que la tierra daría pan para todos menos para él..., para él, que la había arado y abonado; para él, que la sembraba; para él, que la había arrancado la ciña.

—¡Señor, perdóname!— dijo al fin el pobre Cavila, cayendo de rodillas sobre la blanda tierra—; ¡ten misericordia de mí y de mi gente; ya no volveré a cavilar más sobre las cosas del mundo, que, cuando Tú las dejas acaecer, güenas serán!... ¡Echa, Señor, tu bendición sobre este grano de trigo, que es la mi parte de la semilla, la de la mi mujer y los mis hijos...; es la última ya y la más pequeña, pero como Tú la bendigas dará cinco por uno y comeremos pan!...

Y luego, bajando la temblorosa mano a la tierra, hizo una cruz con el dedo y depositó en el centro de ella el grano, sobre el cual cayeron, juntas con sus lágrimas, gotas de sudor del tío Cavila.

El cual, incorporándose, llenó de simiente la sembradera, y continuó la faena interrumpida, repitiendo, penosamente, al arrojar los primeros puñados: «¡Ah!... pa los pájaros..., ¡ah!... pal diezmo..., ¡ah!... pal Fisco..., ¡ah!... pa l'amo..., ¡ah! pa mí...

Poco a poco se fué alejando aquella figura terrosa que apenas se destacaba de la parda llanura; pero, de pronto, al llegar a un altozano, se dibujó con trazos enérgicos en la claridad del horizonte, y, entonces, más que la silueta del pobre tío Cavila, parecía la imagen del Sembrador Eterno, derramando incesantemente sobre la tierra semillas de amor, de paz y de resignación.

## II

En medio de la era, amuelando el trigo limpio, el tío Cavila da suelta a sus «reflexiones», no menos hondas y sentidas que aquellas en que le dejamos antaño, cuando sembraba el pan que ahora trilla, al sol de agosto, en el dorado montón.

—¡Vaya una cosecha!; si parece que Dios ha dicho: ahí va eso, Cavila, pa que no güelyas a esconfiar y no mermures de las cosas del mundo.

Mientras se daba a estas cavilaciones, las manos sobre el mango del «briendo» y la barba sobre las manos, los pájaros, que revoloteaban en derredor, se acercaron dando saltitos, y, como no los oseaba, se pusieron a picar y a repicar en el suelo.

—Comei, comei, que en tá queda —dijo el tío Cavila mirándolos de reojo y sin moverse para no asustarlos—. Y hacen bien en comer, ¿no sembraste pa ellos?... Pus déjalos que arreojan, reontra, que tú también arrecoges.

Mientras tal pensaba iban acudiendo al montón todos los pájaros que había en la era, y la nube de ellos llegó a cubrir por completo la preciada semilla.

—Me pae que éstos ya llevan comía más de la su parte. Habrá que icirselo —Cavila dudó un poco—. ¿No son creaturas de Dios? —dijo—, pus déjalas hasta que Dios quiera, que se tupan bien los probitos— y el bueno del hombre continuó inmóvil, con la calva al sol, y el sudor le corría por las greñas, en medio de aquella planicie sobre la cual vibraba el ambiente caldeado, haciendo ondular las hacinas lejanas.

De pronto levantó el vuelo la alada nube, no porque el tío Cavila hiciese el menor movimiento, sino porque la espantó el sacristán con un costal vacío que a la mano traía y con el cual, después de perseguir a los pájaros, le sacudió las espaldas diciéndole:

—Espavila, hombre, que te comen los pájaros el trigo.

—Y tú ¿a qué vienes, hambrón, más que a comer? —dijo tranquilamente el tío Cavila.

—Vengo a que cumplas con los mandamientos de la Santa Madre Iglesia.

—Pues carga y vete, no sea que te lleves los mandamientos y me dejes los pecaos capitales.

El sacristán se descalzó y, hundiendo varias veces la media fanega, llenó el costal que Cavila le sostenía con ambas manos, diciéndole en tono de aviso amistoso:

—Mía, no seas tonto, no arrastres tanto la media; échala con cogüelmo.

Pero el sacristán que era un poco sordo y más de un poco avaro, continuó colmando aquélla antes de vaciarla, viendo lo cual, Cavila le dijo, ya amoscado:

—¡Eh!, tú, sordo del diantre, ¿para quién cogüelmas tanto, pa la llesia o pa la... güena del ama?

El interpelado, resoplando de mohino, cogió la boca del costal, ya repleto, le ató, cargó en una burra con el auxilio del interpelante y, cuando aquélla echó a andar, miró a éste de hito en hito, le cogió luego por los cabezones y lleno de ira le dijo al oído:

—Cogüelmo pa la... güena de tu mujer, que queó allá, a la sombra, palrando con el herrero.

Cavila se quedó petrificado con el insulto, y cuando volvió en sí, ansioso de vengarse, el agresor había desaparecido.

«¿Había de ser verdad lo que me ha dicho ese soplón volátil?», se preguntó, cediendo a la nativa desconfianza charruna.

«No, Cavila, no es verdad —se contestó—. La tu mujer no te engaña con nadie; pero es casi tan malo el que lo iga la gente; cuando ese ladrón lo ice será que está ya corruto por to el pueblo y que andarás en lenguas de tias en solanas y seranos, y te llamarán...; sufre, aguanta y consiente — y al pobre rústico le rodaban las lágrimas, juntas con las gotas de sudor, por las mejillas. Mas, de pronto, y como si cediese a una inspiración repentina, exclamó: Pero ven acá, Cavila, ¿eso es verdad? No, es mentira. ¿No mermuran lo mesmo de otras? ¿Vas tú a tapar la boca a tóos esos eslenguas? No. Pus alantre y pacencia, y si por un causal te topas con el sacristán, hinchale los morros por impostor. ¡Y cómo m'ha dejao el suelo el gran endino!...

Cavila cogió la pala y comenzó de nuevo su trabajo, aventando con ella el trigo del solar que caía después en lo más alto del rubio montón. Terminada la faena y dando al olvido sus penas, se recreó de nuevo en la cosecha.

«Si paece que está lo mesmo y que no han llevao nada. ¡Bendito sea Dios!»

En tan dulces pensamientos se hallaba embebido, cuando sintió que por detrás le tapaban los ojos, mientras que una voz fingida le preguntaba:

—¿Quién soy yo?

El tío Cavila, logrando desasirse, se encontró cara a cara con el herrero.

¡Y fué de ver la que puso nuestro hombre!

—Parece que pones cara de pocos amigos, Cavila.

—Pongo la que pongo — contestó éste sin-

tiendo como si por dentro le retorcieran los higados.

El herrero, que era hombre poco asombradizo, le preguntó:

—¿Y a motivo de qué?

—Al motivo de que si juese cierto lo que se ice, coino, no golvias a afilar más arreas.

—Bah, bah —interrumpió el herrero dándose por enterado—; déjate de cavilaciones y mídeme la iguala, que ahí viene el mi criaio con dos costales— y se echó a andar, dejando a nuestro hombre sumido en un mar de dudas.

—Otra que tal, dimpués de lo uno lo otro— se dijo—. Y éste querrá también que le midas con cogüelmo. Es natural, Cavila, bien te cogüelma él a ti, si es cierto lo que se corre.

Y echando todos sus alientos y acezando con unos ¡ah!, ¡ah!, ¡ah! como los de antaño, hundió en el suelo la media fanega y la levantó a pulso colmada de grano.

El mozo del herrero la recibió a boca de costal; se repitió la operación otras cuatro veces, y Cavila, volviendo las espaldas al cobrador y limpiándose el sudor de la frente con la manga de la camisa, reanudó sus «riflesiones».

«¡Buen golpe le ha dado éste al suelo! Pero en tá queda, y como no vinieran más...»

No había pasado mucho tiempo cuando llegó el boticario por su iguala, y el ermitaño del Viso por la ofrenda que había hecho a la Virgen, y el cobrador de contribuciones, que le había perdonado dos trimestres a cambio de grano, y el comprador de arandilla, que le dió para sembrar, y el de los abonos minerales, y... ¡el almenistraor!, que arrampló con lo que quedaba.

—A acabaste de verno, Cavila—dijo el hombre sentándose sobre la maza de una rueda, que era todo el lujo de sus eras—, ¿y qué te quea? Pus ahí lo ves: los granzones pal ganao y el terraguero pa ti, ¡cuidiao, no sus ahitéis! —y dejando caer la cabeza entre las manos, se echó a llorar, diciendo con acento entrecortado por los sollozos:

—Señor Dios, ¿y lo que sembré pa la mi mujer y los mis hijos?; y la mi parte de la cosecha, ¿dónde está? Tóos han cobrao sus mandas, y sus igualas, y sus rentas, y sus reutos. ¿las mías, Señor Dios? ¿Han de ser pa tóos las ganancias y pa mí sólo las perdas?... ¡Señor Dios, ten compasión de este probe..., de este probe!...

Los rayos del sol que le abrasaban la nuca derribaron al tío Cavila, que, tendido en el suelo de largo a largo, acezando con las últimas angustias mientras los pájaros picoteaban cantando a su alrededor el himno de los campos, parecía la estatua yacente de la agricultura castellana.

Pasado un buen rato, uno de los vecinos se acercó a él para pedirle prestado un apero; le golpeó inútilmente en la espalda, quiso después levantarle la cabeza y ésta cayó pesadamente en el suelo, rebotando en él de un modo siniestro.



# De mi calendario

6 de abril

I

**U**NA llamada telefónica me hizo acudir a un sanatorio de enfermedades nerviosas, en un barrio lejano de la Capital. La voz angustiosa de una desconocida me suplicaba venir enseguida. Hay que salvar una vida —la suya—, a una joven inocente internada por fuerza y astucia. Ha leído mis libros. Confiaba en mí. Insistentemente me imploraba. La voz temblaba. Un grito ahogado en lágrimas...

Ya estoy a su lado, sentados en un banco del jardín bajo un árbol frondoso. Menuda, frágil, pálida, de mirada azul, ella agita las manos, cierra los puños, los abre, enlaza los dedos. A cada pregunta contesta sonriendo, como a un viejo amigo que conociera todos los pormenores de su desgracia.

—Una mujer me hizo encerrar en el manicomio y de allí me trajeron aquí y ahora no me quieren dejar en libertad...

La vigilante, una monja, nos mira de reojo. Pero la joven, señalándola con el índice, la enfrenta:

—Me castigan... Le hablé por teléfono a escondidas... Me encierran en una celda oscura. Luego me arrastran, para la ducha fría...

La dejo hablar. Vuelve siempre a su «cuento». Confuso, contradictorio, pero de una conmovedora sinceridad.

—Hace poco empezó a pasar por la calle una mendiga de luto...

Y su mirada se fija, temerosa, en una mujer parada en la acera, tras las rejas del jardín. No, no es una «loca». Pero tiene miedo de sus «verdugos». Hasta de su madre, su padre, su hermana. Complejos de familia. Y con una sonrisa tan ingenua como inteligente, me ruega que la ayude a salir de su «prisión». Le prometo. Me despido, después de hablar con el médico y una enfermera.

El día siguiente, otra llamada —esta vez de su hermana— me avisa que la «loca» se fugó del sanatorio; subió a un árbol, cuyas ramas pendían del otro lado del muro circundante. Nadie la vió.

—¿No está acaso en su casa? pregunta la hermana, sospechosa.

No, no estaba. Pero algunas horas después la pobre joven apareció en la puerta de mi casa, con la misma sonrisa inocente. Lo que sucedió, f.é que hemos logrado, mi esposa y yo, convencer a sus padres que el único refugio para su hija está en su hogar. Y que hay que tratarla con cuidado y cariño, con bondad y comprensión. Su obsesión: la fatídica mujer «de luto» se desvanecerá finalmente.

Ya tengo una prueba de que la «enferma» va mejorando. Algunos versos que me envió por correo: «La

Cavila, el caviloso, había pasado a mejor vida. Y nunca tuvo aplicación más propia la frase:

Luis Maldonado de Guevara

por Eugen RELGIS

canción del peregrino». El título corresponde, quizás, al contenido. Se trata siempre de aquella mujer enigmática, proteica. Pero la joven ya no le tiene miedo. La desafía con despectiva conmiseración, desenmascarando así sus propias inhibiciones y confundiendo a veces su persona con las actitudes y los gestos de la otra.

*«¿Por qué agitas de tu falda  
colores tornasolados?  
¿por qué giras tan de prisa  
ondeando pliegues variados?»*

*Tú quieres deslumbrar todo  
con tu brillo imaginado,  
¡oh! gran mujer de oropeles,  
tu misma luz te ha falseado.*

*Tú has bailado mil formas  
y has seducción mil fieles,  
has engendrado mil versos  
y has partido mil auroras.*

*No me atraen los afeites  
de tu cara sojuzgada.  
Más allá de tus dos faces  
hay una cumbre elevada.*

*A esa cumbre me encamino  
con tus pies ensangrentados,  
y doblando mi destino  
hay mil perros acallados...*

Si se publicara esta poesía en una revista ultramodernista, sin comentario alguno, por cierto que parecería normal, anodino o absurdo, como tantas producciones de los aficionados que juntan en sus versos «palabras en libertad».

27 de abril

II

—En mi calendario, este día me ofrece la imagen de una graciosa niña en un jardín lozano: «una flor entre flores». Sucedió que este mismo día, mi amiga y traductora María Paulina Fernández Sanz — después de conversar sobre problemas «trascendentales» — pusiera en mis manos, inesperadamente, con una sonrisa algo irónica, un cuaderno de poesías para niños. Mejor dicho: un gran álbum con profusión de dibujos y colores. —Lea esto — me dijo —. Quizá le divierta, descubriendo un mundo olvidado o ignorado por los escritores serios, demasiado sabios, profundos y aún inaccesibles para la mayoría de los lectores llegados a la edad madura...

En verdad, los escritores que «se realizan a sí mismos», no piensan siempre en sus lectores: en su edad, su vocación, su preparación intelectual y profesional. Cada libro espera a su lector. Y el lector, el verdadero, que se busca a sí mismo en el libro, sabe encontrar — por ese magnetismo psíquico, espiritual o estético — lo que pueda satisfacer su curiosidad, su interés, su anhelo de conocimiento o de superación...

(Pasa a la página 3407)



# Victor Hugo, en España

**E**SPaña es para los románticos de puertas afuera una geografía exótica. En el siglo XIX España es el Oriente más próximo. Parece como si Napoleón con su invasión de 1808 y el duque de Angulema con la de 1823, no pretendiesen otro objetivo que abrir el camino de Andalucía a los escritores franceses. Mucho del orientalismo del Romanticismo europeo no es sino «españolada». De ahí que cuando al cabo de los años llegan a España las obras de Victor Hugo sean recibidas como algo propio. Por algo Juan Martínez Villergas afirmaba en 1854, en París, que «tan pronto como se popularizaron en España las « Orientales », de Hugo, todo el mundo hizo « Orientales ». Acaso lo que entendemos por « españolada » no fué nunca cocido en España, sino atropelladamente cocinado por románticos, preferentemente franceses, con elementos recogidos en nuestro país en rápidas visitas turísticas. Porque lo que si inaugura decididamente el Romanticismo es el sentido moderno del turismo.

Dentro de la literatura española del siglo XIX puede decirse que se produjo una fascinación por Victor Hugo; 1834 es el gran año del Romanticismo español, el año de los grandes estrenos románticos, que vienen así a coincidir con la publicación de «La Catedral de Sevilla», de López Soler, imitación de «Notre Dame de Paris», y con la traducción de García Villalta de «Le dernier jour d'un condamné». De 1834 a 1863 puede decirse que se mantiene esta fascinación por Hugo en las letras españolas, estudiada en su día por Adela Parker y E. Allison Peers. La influencia directa del autor de «Hernani» se produce de forma más evidente sobre los poetas menores del Romanticismo que sobre la gran trilogía de Rivas, Zorrilla y Espronceda. Acaso quien mayor admiración tuviese por Hugo fuese aquel loco escolapio, mitad catalán y mitad levantino, Juan Arolas, que con sus « Orientales » fué el gran adaptador a nuestra lengua de las del escritor francés. Una de ellas, «El robo de los piratas», está sacada de una de las « Orientales » de Hugo, y con «La ola», Arolas introduce brillantemente en nuestra literatura la métrica del romántico francés. Pero por encima de estas imitaciones formales está la identidad de ideas que hacen de Arolas el símbolo del Hugo español.

Y nuestra « Jorge Sand », la ardiente cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda, también supo traducir lo más tónico del Hugo lírico, «Los duendes», en una imitación de «Les Djinns». Otras veces la Avellaneda traduce algún poema concreto: «Le poète», «La tombe dit à la rose» o «Polonia».

Eugenio de Ochoa, Mora, Pastor Díaz, Barradas serían nombres a hilvanar dentro de una antología tejida desde España en honor del autor de «Hernani», estela que alcanza en nuestras letras hasta la fulgurante aparición de Rubén Darío, cuya irrupción borra momentáneamente todo otro recuerdo de posibles mentores literarios.

En cuanto a la novela no fué Hugo el autor francés preferido de los españoles; más prendió a este lado de los Pirineos el mundo de Dumas o el de Sue. «Notre Dame de Paris» fué la obra mejor conocida en España a través de la adaptación de López Soler en su «Catedral de Sevilla», con sus idénticos comienzos, con la titulación de los capítulos, con los casi idénticos nombres de personajes... Teodoro Llorente y Navarro Villoslada mantendrían un Hugo vigente que alcanzó hasta los días de la más joven condesa de Pardo Bazán, también fascinada por el Hugo de «Notre Dame de Paris».

Pero realmente el Hugo romántico es el del «Hernani». Sería interesante trazar la recepción del «Hernani» en el mapa tan vario de las literaturas europeas. La obra de Hugo condiciona en mucho la línea que ha de seguir el drama histórico, y el drama histórico es medio Romanticismo. Cuando Larra lanza su «Macías», en el año clave del Romanticismo español, se pregunta: «¿Es un débil destello siquiera de la colosal y desnuda escuela de Victor Hugo o Dumas? ¿Es un drama romántico?...» También la crítica de 1835 afirmaba que el «Don Alvaro» del duque de Rivas debía mucho a Hugo, acaso por el sentido del «sino» y por la desmesurada exageración de personajes y de situaciones. Por otra parte, el color local que el drama histórico del Romanticismo prodiga procede en gran parte de Hugo. «Cromwell» y «Marion de Lorme» actúan sobre el hacer literario de un Martínez de la Rosa o de un Bretón de los Herreros. Cuando García Gutiérrez aguiete desde Chiclana a saludar a un escenario madrileño, el público aplaude un nuevo concepto del drama, y se vislumbra entre bastidores la cabeza del Victor Hugo que Benjamín caricaturizó para «Le Charivari». Hartsenbusch, Gil y Zárate y Patricio de la Escosura mantienen vigente un Hugo que volverá con el teatro de Echegaray.

Mientras Cataluña se inclina por Walter Scott, en Madrid debía de triunfar el Victor Hugo de las más desatadas libertades artísticas. No es el Hugo de las «Odas» y de las «Baladas», que respondían al movimiento romántico de resucitar y embellecer todo un espíritu religioso y caballeresco; el Hugo que se imponía era el del «Hernani» y el de «Notre Dame de Paris», el Hugo de las barricadas.

Cuando en 1891 don Juan Valera discutía sobre la metafísica y la poesía, adelantaba el nombre de Victor Hugo al referirse a los líricos de gusto francés; 1.35 fué el gran año de Victor Hugo en nuestro país. En diez años encontramos más de dos docenas de traducciones al español del escritor francés, y Hugo viene también en la maleta de los emigrados. Lo que no sabemos es si lo que llega a España es un Hugo medio españolizado y si los españoles, al imitarlo, tenían conciencia de que Hugo era lo que al correr de los años se llamaría un hispanista. Porque los hispanistas nacen muchas veces tras un reposado viaje a Madrid y una

# AYUDATE

**S**ABIA y provechosa palabra: ayúdate a ser hombre, a formarte un carácter, a mejorar tus dotas humanas; no a ser un «hombre» al uso corriente, un sapo a dos patas forrado de dinero.

«Ayúdate» lo dijo un filósofo burgués, Samuel Smiles, después de los católicos haber dicho «ayúdate y Dios te ayudará», o «a quien madruga Dios le ayuda». ¿Ayuda en qué? A reprimir a la bestia inscintiva que llevamos dentro a fin de cautivar a una dama esquivo: la Fortuna, en posesión de la cual la bestia interior rugirá con más furia todavía...

Smiles, filósofo de lo práctico — de lo prácticamente burgués — aprovecha en la primera parte de su obra: la que incita al dominio de sí mismo. ¿Y luego? Luego entramos en el carrefour donde se cruzan dos morales: la ética y la capitalista. ¡Y hay que escoger!

Venid conmigo ahora y os enseñaré por un agujero al naturista que ayer consumió carne, tabaco, alcohol, y hoy rechaza sin dureza y sin esfuerzo estos aparentes «obsequios». ¡He aquí —sin sonrisillas— un hombre con dominio de sí mismo! Como

atropellada asomada a Andalucía, y años después España recibe, acepta y traduce sus obras. Algo así acontece en el siglo XIX con la literatura de Victor Hugo. El Quasimodo, de « Notre Dame de Paris », y el Triboulet, de « Le Roi s'amuse », son tipos que surgen en el mismo Madrid en que Velázquez había creado su pequeño mundo de enanos y bufones. Por eso cuando España leía a Hugo encontraba en su obra tipos y ocasiones a la española. Hugo era el gesto menos sereno del Romanticismo, y esto era comprendido en el Madrid que pretendía ser romántico. Le iba bien a los españoles la postura literaria de Victor Hugo, que en el fondo no era sino uno de los primeros turistas a la moderna que nos llegaban de Francia. El turismo de la máquina fotográfica y el asán gastronómico, el bajo fondo y la « élite » madrileña, el villano deforme y la mujer todo belleza. Victor Hugo fué un perfecto turista francés. Porque si en 1834 llegaba a Madrid el Victor Hugo del Romanticismo, el otro Hugo, el hijo del general Hugo, llegó a España en 1811, en una simple caravana jamaliar: Sofía, Abel, Eugenio y Victor más una doncella y un criado. Napoleón estaba abriendo la ruta de Andalucía a los escritores franceses. Si en Moscú redacta los Estatutos de la Comédie Française, en Bayona firma el Emperador el salvoconducto francés para la « española ».

GALLEGO MORELL

el hermano que distribuye entre los hermanos la fortuna paterna, y el amigo que se sacrifica por un amigo, el sabio que se quema los ojos, y las alas de la vida, en el crisol de sus estudios. He aquí a los hombres verdaderos.

Otros hombres existen cuya virtud aumenta o decrece en importancia según sea de crecida o menguada la cifra de pesetas que disponen en el Banco. Un virtuoso de esos lo fué un tío del que esto escribe. De pobre de solemnidad pasó a fabricante y a rico propietario. ¿Por cual arte? Por el de la retención. Empezó ahorrando lo suyo y terminó ahorrando lo de los demás. El, que quería verme millonario sin jamás deslizar una moneda en mi bolsillo, me lo contó infinidad de veces: empezó provocando la suerte recogiendo balas de plomo recién salidas de los fusiles liberales y carlistas. «¡Calientes tenían más estima!» Menos positivista, mi padre salía a tirarlas sin contar que su hermano estaría a recogerlas, y que a él quizás lo recogerían los camilleros.

Vendidas las balas resultaron unos cuartos, los cuartos se trocaron en isabelas y éstas en áuros de buena

ley. «Una peseta en mis manos vale cinco reales», solía decirme, y era verdad, cuando la peseta del vecino apurado no rebasaba el valor de setenta y cinco centimos.

Seducido, un día quise hacer la prueba: había encontrado una aguja y andé buscando por las calles hasta que tuve dos. Hice apuesta con una niña — yo también he sido niño — y le gané doce agujas y tres botones, todo lo cual vendí por cinco centimos, que fueron a morir en el mostrador del pastelero.

Ya mayorcito, las di por coleccionar los quince centimos semanales que mi buena madre me facilitaba para el cine, al cual fingía acudir para ahorrar, para espiar el vuelo de las mariposas, y donde se criaban los mejores melocotones. Pero cuando llegué a reunir quince pesetas — ¡las iniciales del primer millón! — mi hermano sufrió un revés sentimental y yo le entregué mis tres duros para aliviar con algo su pena. Desde entonces fui, para mi tío, un «cabeza rota».

Conozco a un tragaburgueses — o a dos, que voy a convertir en uno — que sólo lee de prestado, que roba lo que puede porque «está cansado de pillos», que por la noche come el pan que al mediodía ha lamido, que maldice todo lo militar, menos un capote de soldado que todavía usa, que duerme en barraca de campamento porque una «chambre cuesta dinero», que circula en tranvía hasta el preciso instante en que van a cobrarle el pasaje, que un día convidará a los amigos, que la próxima vez participará en la suscripción tal, etc.

No hay duda que la virtud del ahorro les sirve de freno a muchos individuos. Pero, ¡ay si los vicios se satisficieran gratos! No habría avaro sin borrachera y sin libar en el fondo más hediondo de las prostitutas.

Autodominio, convicción, fortaleza espiritual; desinterés, cifrar su amor y su bienestar en el amor y el bienestar de todos. Esto es filosofía práctica, social y definida. Que el misero que empezó en su niñez recogiendo especulativamente la primera aguja, atravesará una vida de sordideces coleccionando millones de agujas sin disponer jamás de una sola para echarse un remiendo en su gironeada conciencia.

J. FERRER



# Ni Dios exterior, ni dueño interior

**M**E viene a la memoria un artículo de un compañero quien a la vez que cuáquero se proclama anarquista. A mí me gusta esta valentona. Me gusta menos — debo confesarlo — la clasificación jerárquica de lo que él llama «las autoridades interiores». Examinemos pues, de más cerca sus definiciones.

No es tanto el uso corriente sino la lógica que define «anarquista» a quienquiera que niega o no reconoce la autoridad exterior. Toda autoridad que puede imponerse, en efecto, participa de la naturaleza del Estado o del Gobierno; el uno como el otro están en posesión de potencia o de influencia por el motivo escueto que están seguros de infligir sanciones a quienes no quieran obedecerles, sean o no de su gusto. Desprovisto de la capacidad de castigar los contraventores de sus decretos, un Estado o un Gobierno se reducen a una simple sociedad, sin más alcance que el que le quieran atribuir sus partidarios, lo que significa que entra en la categoría de las asociaciones «voluntarias». El impuesto, la aduana, el servicio militar, el estado civil, no son obligaciones que se cumplen más que en la medida en que existe un número suficiente de policías o de tal o cual categoría para arrestar a los recalcitrantes, jueces para condenarlos y cárceles para encerrarlos. Toda autoridad que se funda sobre la obligación o sobre la violencia ofensiva participa del carácter del Estado o del Gobierno. La definición etimológica y filosófica de la anarquía-negación o ausencia de la autoridad gubernamental — permanece, pues, entera.

Es evidente que un anarquista no hallará jamás objeción al funcionamiento de una asociación cuyos miembros se sujetan a las cláusulas de un contrato que ellos consideran el más apropiado al logro objetivo perseguido. Esas cláusulas podrán ser tan draconianas como se quiera imaginar; ellas no comprometen más que a sus interesados. El Estado o el Gobierno obran de distinta manera: *Exigen* de todos (es el «arcanismo»), la obediencia a los diver-

sos decretos, reglamentos, convenios, leyes, instituciones, etc.; y lo exigen incluso de aquéllos que consideran personalmente como irracionales, inútiles y desagradables o aun nocivos, los puntos indicados.

Todo lo que preceje puesto en claro, el compañero a quien aludo afirma que nadie puede sustraerse a una autoridad interior. Yo debo confesar que interior o exterior, toda autoridad que me es impuesta me es enemiga. El Gobierno o el Estado «interior», me oprimen tanto como el Gobierno o el Estado «exterior». Yo estoy en contra de todas las autoridades.

Y el amigo en cuestión se exclama que «procediendo desde abajo hacia arriba, sin autoridad interior no se puede existir.» Es así que existe la autoridad de los sentidos (la del cerdo o la del perro). Cuanto a mí respecta, creo que a esa autoridad nadie escapa, ni el filósofo, ni el católico, ni el protestante, ni el cuáquero — ni yo mismo, desde luego —. ¿Puede decirse que eso sea verdaderamente una autoridad? Yo me pregunto lo que sería un ser humano desprovisto de los nervios del tacto, de los nervios visuales, acústicos, olfativos, etc. Yo me pregunto cómo entraría en relación con el mundo exterior, el «non yo». Me pregunto también cómo, ignorando esos medios de relación, su cerebro podría elaborar imágenes y asociaciones de ideas. Me pregunto, además, cuáles serían las representaciones morales, intelectuales y espirituales del ser que no poseyera los medios de tocar, ver, oír, sentir, etc.

Se me dirá que existen ciegos y sordos. Es verdad. Pero ello no es sino un accidente y sus víctimas superan parcialmente esa privación por el desarrollo hipertrofiado de los otros sentidos.

Se me dirá que en el perro el olfato está mucho más desarrollado que en el hombre. Es cierto, pero yo ignoro su influencia sobre las revelaciones del «dios interior» canino.

Yo no veo que los sentidos ejerzan autoridad sobre sí, puesto que sin ellos yo no podría ser lo que soy. Ellos forman parte integrante de mi

organismo: ellos son «yo». Privado de mis sentidos, soy inconcebible e inimaginable, puesto que es gracias a ellos que yo me distingo conscientemente de mi ambiente exterior. Yo no apercibo nada, en el ejercicio de mis sentidos que participe de la naturaleza del Estado o del Gobierno. Ellos no ejercen sobre mí ninguna violencia, ninguna obligación, ninguna coacción.

Se puede, sin Estado o sin Gobierno, especular sobre el color, el sonido, el olor, la constitución del globo, la naturaleza del universo, la cosa en sí. ¿Podría hacerse si estuviéramos desprovistos de sentidos? Supongamos una humanidad insensible, ignorando la sensación, ¿cómo habría podido imaginar éticas, religiones, misterios? El hecho mismo que toda moral, toda religión, todo misterio tiende a organizar, a canalizar, a atrofiar el ejercicio de los sentidos demuestra su base sensual. No hay espíritu si no porque existe la carne. Y si existe lo espiritual es porque existe lo sensual. El «mundo moral» se sitúa siempre en oposición al «mundo material».

Pero en realidad eso es una quejella de palabras. El místico es tan sensual como otro ser cualquiera, si no lo es más aún. Que lean a Teresa de Avila o a la señora Guyon los que duden.

No veo, pues, en qué, los sentidos constituyen una «autoridad interior». El cerdo no sufre, como el perro tampoco lo sufre, la autoridad de sus sentidos. Ellos no están situados en la base de la escala en cuya cima estuviera un George Fox, por ejemplo. Unos y otros están situados en el grado que les es propio: ellos no pueden permanecer en equilibrio fuera de ese grado.

Cuando ese compañero a quien aludo al principio, se imagina estar bajo la autoridad de su dios interior, no obra, en realidad más que de acuerdo con su determinismo personal, dicho de otra forma, de acuerdo con la constitución químico-física de su cuerpo. Lo que toca, ve, oye, siente, gusta, lleva a su cerebro aflujos, excitaciones que ese aparato coordina, asocia, escoge,





El comenzar las cosas es tenerlas medio acabadas.

No es un hombre más que otro si no hace más que otro.

Las obras que se hacen declaran la voluntad que tiene el que las hace.

Siempre los malos son desagracedidos.

La alabanza propia envilece.

Es más el número de los simples que el de los prudentes, y es mejor ser loado de los pocos sabios que burlado de los muchos necios.

asimila en conformidad a lo heredado y a las nuevas adquisiciones de nuestro amigo, quien llama «dios interior» la manifestación de ese trabajo o de esa actividad que puede o no llamarse mecánica. Es una cuestión de vocabulario. Afortunadamente. De lo contrario en toda asamblea de cuáqueros donde cada uno se presenta con su «dios interior», tendríamos que ver, forzosamente, una manifestación de politeísmo.

Para volver a lo que me interesa, un anarquista individualista no acepta la autoridad interior más que la exterior como no acepta tampoco un Dios en él ni un Dios fuera de él. Internos, el gobernante, el juez y el carcelero son tan tiránicos como sus colegas del exterior. Si el individua-

El amor todas las cosas iguala.

El amor en los mozos, por la mayor parte no lo es, sino apetito, el cual, como tiene por último fin el deleite, en llegando a alcanzarlo se acaba, y ha de volver atrás aquello que parecía amor, porque no puede pasar adelante del término que le puso la naturaleza, el cual término no le puso a lo que es verdadero amor.

Sólo se vence la pasión amorosa con huirla.

Toda comparación es odiosa.

¿Quién hay en el mundo que se puede alabar que ha penetrado y sabido el confuso pensamiento y condición endeble de la mujer? Ninguno por cierto.

Es la mujer buena como espejo de cristal luciente y claro; pero está sujeto a empañarse y oscurecerse con cualquier aliento que le toque.

No déis consejos a quien no os los pide.

lista anarquista no quiere conducirse de manera tal que su actitud sea nociva a sus propios intereses y a los de «su mundo», no es porque se lo haya revelado un dios interior o que le haya obligado un imperativo interno, es porque el uso de sus sentidos le ha enseñado a evitar ciertos gestos nocivos, a él, contrarios al mantenimiento de sus relaciones de buena camaradería con los suyos. En la utilización de sus sentidos y no un «dios interior» lo que le permite escoger entre lo útil y lo inútil es decir, entre lo que es favorable o no a la expansión de su egoísmo en el buen sentido de la palabra.

E. ARMAND  
(Trad. de F. Ferrer)

# El pensamiento

No hay libro tan malo que no tenga algo bueno.

Ninguna historia es mala como no sea verdadera.

No hay memoria a quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no consuma.

No hay joya en el mundo que tanto valga como la mujer casta y honrada.

El hombre sin honra, peor es que un muerto.

No seas siempre riguroso ni siempre blando y escoge el medio entre estos dos extremos, que en esto está el punto de la discreción.

No hay en la tierra contento que se iguale a alcanzar la libertad perdida.

Querer atar las lenguas de los maldicientes es lo mismo que querer poner puertas al campo.

No es posible que el mal y el bien sean durables.

Siempre las desdichas persiguen al buen ingenio.

Las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias.

No han de dar los padres a los hijos estado contra su voluntad.

La mejor salsa del mundo es el hambre, y como ésta falta a los pobres, siempre comen con gusto.

La gente baldía y perezosa es en la república lo mismo que los zánganos en las colmenas, que se comen la miel que las trabajadoras abejas hacen.

# vivo de Cervantes



★  
De sabios es guardarse hoy para mañana y no aventurarse todo en un día.

★  
La abundancia de las cosas, aunque sean buenas, hacen que no se estimen.

★  
No hay refrán que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la misma experiencia, madre de las ciencias todas.

★  
El que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho.

★  
Procura conocerte a tí mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse.

★  
No es valentía la temeridad.

★  
El tiempo es devorador y consumidor de todas las cosas.

Los trabajos continuos y extraordinarios quitan la memoria al que los padece.

★  
El tiempo, descubridor de todas las cosas, no se deja ninguna que no la saque a la luz del sol, aunque esté escondida en los senos de la tierra.

★  
No hay cosa que menos cueste ni valga más barata que los buenos comedimentos.

★  
Anda despacio, habla con reposo, pero no de manera que parezca que te escuchas a tí mismo, que toda afectación es mala.

Vístete bien, que un palo comuesto no parece palo.

★  
El retirarse no es huir, ni el esperar es cordura, cuando el peligro sobrepuja a la esperanza.

Las grandes hazañas, para los grandes hombres están guardadas.

★  
La verdad ha de andar siem-

pre sobre la mentira, como el aceite sobre el agua.

★  
Come poco y cena más poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago.

★  
Letras sin virtud son perlas en el muladar.

★  
El principio de la salud está en conocer la enfermedad y en querer tomar el enfermo las medicinas que el médico le ordena.

★  
El decaimiento de los infortunados apoca la salud y acarrea la muerte.

★  
Haz gala de la humildad de tu linaje y préciate más de ser humilde virtuoso que pecador soberbio.

★  
Donde quiera que esté la virtud en eminente grado, es perseguida.

★  
La virtud más es perseguida de los malos que amada de los buenos.

★  
La verdadera nobleza consiste en la virtud.

★  
Bien vengas mal si vienes solo.

★  
Del dicho al hecho hay gran trecho.

★  
La diligencia es madre de la buena ventura.

★  
Más buena buena esperanza que ruin posesión.

★  
La libertad es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos: con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida (1).

(1) *Todos estos pensamientos han sido extraídos de «Don Quijote de la Mancha», verdadera cantera de ellos, obra indispensable en todo hogar y que no debe faltar en ninguna biblioteca. El Quijote es el símbolo del ideal « quijotesco », es decir, aventurado hacia horizontes bellos y libres.*

## LA ANARQUIA

La anarquía es el punto luminoso y lejano hacia donde nos dirigimos por una intrincada serie de curvas ascendentes. Aunque el punto luminoso fuese alejándose a medida que avanzáramos y aunque el establecimiento de una sociedad anárquica se redujera al sueño de un filántropo, nos quedaría la gran satisfacción de haber soñado: ¡Ojalá los hombres tuvieran siempre sueños tan hermosos!

M. GONZALEZ PRADA

# LA VIDA Y LOS LIBROS

## « COOPERATIVA SEM LUCROS » (1)

POR P. FERRERA DA SILVA

Los medios sindicalistas españoles, el cooperativismo ha sido y es un tema siempre discutido con cariño o por lo menos con simpatía. Nunca con animadversión. Pero precisamente por eso, porque ha sido examinado muy calurosamente, la fundación de cooperativas es algo que no apasiona al español. Con razón o sin ella, no ve en la cooperativa algo radicalmente trascendental o de una importancia de primer orden. Después de mil ensayos organizando cooperativas, colectividades, etc.; después de haber vivido en muchos pueblos algo muy cerca del comunismo libertario donde el privilegio y la coacción habían desaparecido; donde cada uno trabajaba, lo que podía, lo que buenamente podía, sin que nadie mandara; cuando se ha vivido una sociedad sin DIOS ni AMO, el cooperativismo forzosamente ha de estimarse como un aspecto secundario. El título del libro «Cooperativa sem lucros» contribuye aún más al desinterés del lector, pues que parece como si lo único que va a explicarnos es la manera de distribuir sin ganancias especulativas, y esto, siendo mucho vis a vis de la cooperativa capitalista, es muy poco para los que queremos una transformación social radicalmente revolucionaria y consciente.

Sin embargo, este libro debe explicar más cosas. Su verdadero título debió ser el subtítulo: «Una experiencia anarquista dentro de la sociedad capitalista». Por esto último es por lo que la idea de leerlo se afincó en mí tan pronto tuve el libro.

En efecto, además de su tema fundamental: la cooperativa, el libro toca otros aspectos muy importantes relacionados con la sociología y la filosofía anarquistas. Hay detalles por ejemplo sobre la juventud y su condición, sobre la violencia y la no violencia, sobre la acción directa, sobre la autoridad y sobre la anarquía en tanto que forma de vida eminentemente socialista; cosas éstas que si bien son inseparables del concepto anárquico de la vida, pueden guardar relación aunque lejana con la noción de cooperativa en su sentido intrínseco.

Mas, esto, lejos de causar decepción al lector estudioso le produce un buen efecto, ya que enriquece sus conocimientos en tanto que militante y hombre social y sociable. Según Roberto das Neves, que ha escrito el prefacio, el libro trata de la anarquía, en tanto que más alta expresión del orden, y de los medios para llegar a vivir anárquicamente, pues creemos, dice, «que ha de valer la pena teniendo en cuenta los efectos de la cooperación y la influencia que el cooperativismo libertario ejercía en la formación de una nueva conciencia económico-social».

De ahí que Ferreira conciba la cooperativa sin lucros como «base y método nuevo» para la reconstrucción del mundo. El fracaso del Estado, dice, para administrar el patrimonio general es evidente y concluyente, sobre todo en aquellos países donde la autoridad se muestra

más concentrada e implacable como ocurre en Rusia, España y Portugal. Y frente a ese fracaso debe erigirse el cooperativismo reivindicando su primitiva pureza, es decir exento de gangas y lejos del mercantilismo y de las normas impuestas por los usureros, ya sean capitalistas ya el Estado.

No es necesario leer muchas páginas para encontrar un examen sobre la historia de los pueblos y el determinismo que ha permitido que la reacción y el espíritu rutinario y conservador de las gentes, espíritu llevado por el clero a la categoría de ciencia, haya llamado Utopía a toda teoría de renovación. Sinónimo de Utopía fué la República, incluso de desorden y tumulto. Solo el Rey, elegido por Dios según los curas y la Biblia, tiene derecho a mando.

Hoy de utópico sólo es calificado el anarquista.

Sin embargo, hombres eminentes de todas las épocas se han declarado y han sido anarquistas. Das Neves coloca entre éstos a Cristo, Spencer, Zola, Carl Brandt, Relgis, Martin Fontes, Campos Lima, Lacerda de Moura, Han Ryner, sin olvidar a los reconocidos universalmente como tales. De algunos explica las teorías muy someramente. Benjamin Tucker, León Tolstoi, Malatesta, Emile Armand. También cita a Lenin como personaje original, por la tesis que mantiene en «El Estado y la Revolución», según la cual hay que implantar la dictadura del proletariado para llegar a la anarquía. Ni que decir tiene que Das Neves le replica diciendo que en lugar de Anarquía conseguirá una especie de patriarcado romano.

No opina lo mismo de las cooperativas, pues afirma — interviniendo contra los que dicen lo contrario, que el cooperativismo es de mucha utilidad para ir poco a poco administrando la sociedad al margen del Estado, sin que resulte de ninguna manera un perjuicio para el progreso de las ideas anarquistas.

Claro que para llegar a estas conclusiones Das Neves asegura mucho y a veces no se conforma con hablar del cooperativismo en si y lo remoja con el calificativo de anarquista: el cooperativismo anarquista ha de tener como base el íntimo entendimiento entre todos sus miembros, en donde se practique la solidaridad, la fraternidad y el apoyo mutuo sin que con nada se atente al espíritu de independencia integral que necesita la soberanía inalienable del individuo.

La cooperativa sin lucros ha de sernos doblemente útil por que sobre librarnos de la explotación comercial y del patronato, constituye un ensayo en el que impera el espíritu de ayuda, y el desprendimiento exponiendo y practicando ideas sin el veneno del egoísmo. «Una cooperativa así, dice, no es más que una experiencia anárquica y por vía de consecuencia, toda sociedad anárquica no será más que una inmensa cooperativa».

Por todo esto y mucho más es aconsejable la lectura de «Cooperativa sem lucros» a todo aquel que ha vivido las colectividades en España y todo el que piensa volverlas a ver. Nuestros compañeros los trabajadores de habla portuguesa encontrarán en él una excelente apología de la cooperación:

(1) Texto en portugués.



# ¿Es la oratoria un arte?

**N**O hay que confundir el arte con el artificio. En una sociedad de convencionalismos y mentiras, es difícil que haya sincera expresión de arte liberado, sin prejuicios, sin moralismos, sin intereses concretos o abstractos. La oratoria es uno de tantos espectáculos con que se disfraza la realidad, y el auditorio, que se deja adormecer por las sugerencias, se emociona ante el gesto, la voz y la apariencia de quien domina la palabra y sabe forjarla con elocuencia, que es la mejor y la peor expresión, según los fines que persiga. En general arrastra en su ritmo todos los crímenes que ha engendrado y sigue engendrando aún.

Actualmente, la oratoria tiene cinco brazos seculares: la cátedra, la tribuna, el foro, la academia y el militarismo, y es, además, un factor de popularidad. Quien habla exalta y persuade a la multitud, que se deja conducir más por los sentimientos que por la razón. Las bellas palabras adormecen al auditorio que no suele ejercer la crítica. «El modo de decir vale más que lo que se dice». Así se explica que hombres incapaces e ignorantes, o interesados y desprovistos de cualquier escrúpulo, pero maravillosamente dotados del artificio de la palabra, ocupen las más altas funciones y engañen a los que los rodean sobre sus propias cualidades y sus reales aspiraciones.

Ejerce tal influencia sobre el pueblo la elocuencia que siempre hubo cultores de ella. Si sirvió alguna vez para sublevar a los pueblos, si fué un factor de evolución transformadora, si desencadenó, a veces, el entusiasmo y provocó rebeliones fecundas, fué también y sigue siendo un arma terrible al servicio del error y de las fuerzas de la reacción y dominación social. Gracias a ella, la Iglesia, o las Iglesias, pudieron durante siglos tener prosternados bajo su yugo a muchos millones de hombres. Y hoy, con la oratoria, las nuevas religiones políticas persiguen su obra de servilismo, de violencia y de explotación.

No es la elocuencia «la expresión justa de un sentimiento verdadero». Puede ser raramente sincera y espontánea, pero hay siempre la elocuencia amañada, artificiosa, del comediante social, que no traduce sentimiento alguno vivaz, ni analítica inteligencia, y es, por el contrario, un medio de dominación, de extender el poder y afianzar el gobierno para dirigir a los hombres y servirse de ellos con fines oscuros, de que son siempre las víctimas propicias.

Un examen sintético de los brazos seculares de la oratoria podrá hacer sonreír a los incrédulos, indignar a los que aman la tradición y la leyenda y apasionar el impulso combativo de los inonoclastas.

## LA CATEDRA

En ella se enseña la pseudo ciencia infundida por los pseudo sabios. Se cultiva la erudición, se anotan y se glosan de infinitas maneras las palabras de los muertos ilustres; se dan lecciones magistrales y se hacen círculos concéntricos sobre las ideas admitidas. Aquí se elaboran los dogmas nuevos y se remiendan y conservan los caducos. La libre crítica y el discernimiento no rezan en estas cofradías de gentes enlevitadas y solemnes. El herético no puede penetrar, y si lo hace por sorpresa, rehuyendo la vigilancia de los cancerberos ¡guay de su integridad personal! si es osado y formula alguna disconformidad en este ambiente en que los sacerdotes desde su púlpito, o los profesores desde su estrado, exoneran sus verdades codificadas e inmutables, y miran por encima del hombro y de reojo a cualquiera que refleje en su rostro la burla o la ironía.

## EL FORO

He aquí la elocuencia forense hecha del derecho *torcido*. Argucias leguyescas, evasivas, sofismas, forman la trama del manto de la tan arrasada justicia, fundada aún en la vindicta pública y apoyada en legislaciones anacrónicas que tienen por misión la pena y el castigo, como si no fuese bastante el estar catalogado como delincuente. H ablar del foro y de todo lo forense es representarse la tragicomedia judicial e inquisitiva y los siniestros momentos de elocuencia jurídica que mueven la lengua de los que acusan y condenan con una frialdad de autómatas. Cualquiera que sea la causa en que intervienen los hombres de toga, los intereses de su profesión están en juego, y así no dudan en buscar el aplauso y el rendimiento aunque sea a costa de su honrra de bien.

## LA TRIBUNA

Aquí estamos en plena oratoria política. La voz grave, melodiosa, preñada de emoción, ha ascendido toda la gama del concierto social. Pero ¿ha sido inspirada por un deseo de paz verdadera, de amor fraternal? —No, sino que le ha dado el tono el deseo del político de elevarse por encima de sus semejantes y parecer como un superhombre entre los hombres, para conducirlos y salvarlos por medio del tinglado legislativo en que perora.

## LA ACADEMIA

Dilatado hemicycle de la demencia senil. Los jóvenes pueden sentarse en sus sillones y un aire enrarecido de putrefacción y muerte produce la

náusea. Todo es rigor y empaque y dictada elegancia. Aquí se ponen los puntos sobre las íes y nadie puede levantar la voz, ni reirse desmesuradamente. Todo está medido y meditado y los discursos producen un sopor ineludible. Los mismos señores académicos tienen que disimular el bostezo y se recrean pensando en los amorosos brazos de sus mantenidas y en que ellos los morderán después de la solemne sesión que les emberrenchina. He aquí una verdadera oratoria cadavérica, que es lo mismo que decir académica.

### EL MILITARISMO

Este es el quinto brazo secular, que muchas veces se convierte en el primero. De acero y de cemento armado sirve para toda arenga patriótica y dar el acento heroico a las palabras fervorosas. Sólo esta oratoria se despliega bajo el flamear de las banderas y el brillo de las espadas; rememora acciones gloriosas o futuras, en que la sangre, las lágrimas y la destrucción estratégica forman la escena macabra de todos los tiempos. Los ejércitos necesitan en la paz la oratoria disciplinaria; en la guerra, para vencer el instinto de conservación individual, los soldados deben marchar decididos a la gloriosa matanza; si no basta el encandilamiento de las proclamas y de las soflamas, se distribuye el tóxico alcohólico o quizá otra droga de las que anulan la voluntad rebelde del hombre y hacen de él un esclavo irredento. Entre las oratorias perniciosas, no es dudoso que está en primera fila la belicosa, y cuando ella se traduce en hechos, demuestra hasta a los cretinos que el cáncer de los pueblos del mundo es el militarismo.

La palabra sincera, accidental e intermitente, queda casi siempre vencida por el talento oratorio de un profesional de la tribuna. El expositor, exaltado por el amor humano, que deja libre expresión a sus sentimientos inteligentes, se ve reducido a la impotencia por el fogoso orador que conoce las sutilezas de la oratoria amañada.

Los hombres se dejan conducir por palabras y es preciso que ellas los orienten para disipar sus dudas y no para crear un estado de servidumbre o servilismo intelectual. No basta la sinceridad ni la buena voluntad para triunfar sobre la impostura y la tradición esclavista. La mentira bien dicha suele ser más elocuente que una verdad mal interpretada.

Bueno es saber hablar correctamente y aun brillar en la expresión oral, pero el propósito es reduciéndolo si no lo guía la acción fecunda, lograda

por la comprensión lentamente elaborada. La palabra puede hacer despertar a una conciencia, pero ésta sólo podrá adquirir su aplomo cuando sepa distinguir las razones que mueven la oratoria. El deseo y la acción para hacer un mundo mejor harán inocua la oratoria premeditada de todos los tribunos que, encaramados en la política, degradan y explotan la palabra que podría servir a la renovación humana.

El sacerdote que hizo y hace por la oratoria sagrada y reconsagrada a millones de ignorantes creyentes, es un anacronismo ante la ciencia experimental. Hay que seguir atacando la oratoria religiosa y la oratoria política, ambas nefastas a la comprensión inteligente de los fenómenos del mundo.

La oratoria no puede ser manantial de vida y recreación si no está inspirada en las necesidades reales del hombre y si no deja en absoluto el lucro de los intereses particulares en beneficio de la humanidad.

« Habla, hombre, para que te conozca » no es fórmula inequívoca. La conducta, a través de toda la vida individual, será más elocuente que todas las palabras. Pero son pocas las conductas ejemplares, si es que puede haber alguna en un sistema social en todo está prostituido y a todo se pone precio.

La oratoria que tiene el resorte de la elocuencia no resiste el análisis minucioso sobre el valor de las palabras y sobre los conceptos que ellas quieren expresar y que suelen disimularse en la niebla de los sofismas. Más que la elocuencia, en el monólogo, sirve la claridad del diálogo. La inteligencia científica, que es siempre analítica, quiere establecer siempre el diálogo y dejar como espectáculo el discurso para las gentes que prefieren las imágenes bellas, aunque sean falaces, a las realidades agobiantes que nos circundan.

¡Ojalá la oratoria bienhechora, crítica y esclarecida por la lógica, triunfe sobre la oratoria de los creyentes y de los metafísicos, llena de ambigüedades y ocultos designios!

Mas no hay que olvidar que los hechos tienen más elocuencia efectiva que las palabras, pero hechos y palabras podrían concretarse en realizaciones prácticas para el bien general (1).

COSTA ISCAR

(1) Para mayor ilustración consultar «Elocuencia» de la « Encyclopédie Anarchiste » (pág. 670) que aquí se glosa.

« Sería mejor no tener ley alguna que tantas como tenemos »

Montaigne

## Transpirenaica

por Celta LUZ

# EL ALCOHOLISMO

### Escena patética

**A**SISTI, hace más de 20 años, a una conferencia contra el alcoholismo, cuyo conferenciante, caso curioso, era alcohólico. En el momento mismo de ser iniciada, una copa rebosante de coñac pasó en rápido trasiego al estómago del tribuno, que había de poner en vilo al nutrido auditorio con su magnífica disertación contra el abuso del alcohol.

Todo parecía estar envuelto en la más trágica contradicción, pero cuando el conferenciante abrió de par en par su pecho llagado para que se pudieran ver las horribles heridas sangrantes, algo grandioso conmovió al público asistente.

Por allí desfilaron, con dramática franqueza, las lágrimas de sangre de sus hijos, la enternecedora peregrinación de su paciente esposa, y sus propias lágrimas que destilaban a la vez que amargura y desesperación, el desprecio hacia sí mismo por los restos de dignidad que aún moraban en su alma atormentada. Rodando hacia el abismo, luchaba por asirse a un cabo de salvación, pero el veneno siempre vencía empujándole hasta su total perdición. Aunque no se entregaba sin lucha en la desigual batalla al fantasma alcohólico, siempre caía en la misma trampa que intentaba rehuir. De ello, se deduce, que el abuso de las bebidas espirituosas conduce a un estado de suma debilidad tanto física, espiritual y moral, una especie de círculo vicioso de cuyo enredo es muy difícil salir sin el auxilio de la ciencia médica.

Detenido un momento en su caída fatal y aprovechando la gracia de inesperada lucidez, habló aquella noche para el mundo que aún amaba, al que quiso afreecer, como sumo sacrificio, la terrible experiencia de su lenta pero inevitable agonía. El alcohol — dijo, es el veneno más pérfido por cuanto envuelto en ropaje deslumbrante pasa directamente a la sangre destruyendo las células, esencia de la vida, y desde allí extiende su manto de muerte al organismo total. La voz de aquel hombre sincero y desgraciado, se alzó patéticamente advirtiendo a las posibles víctimas del alcoholismo.

### Los beodos del sábado y del domingo

Estos días están reservados a los trabajadores que descansan de la jornada semanal, a la pérdida de la vergüenza y de la dignidad. En cuadrilla, como manada inconsciente, va de establecimiento en establecimiento apurando las rondas de licor. Embruteado por un trabajo agotador, acaso por falta de escuela, de estímulos familiares, de luces en el cerebro y, puede ser por trágica herencia, trata de encubrir sus pesares con

los vapores del alcohol. No es necesario hacer inventario del hogar humilde del obrero dado a la bebida, pues es de sobra conocido: unos hijos desarrapados y tristes; una mujer abandonada, calladamente llorosa y una pobreza que espanta; junto a las copas y vasos de alcohol del sábado y del domingo, además de la vergüenza y el deshonra, quedó un buen pellizco de los escasos jornales de la semana ganados a pulso.

### Los hijos del alcohol, que también podemos llamar los hijos del sábado y del domingo

Ni que decir tiene, que el alcohol despierta en el ser los apetitos brutales. Aunque el beodo pierde la vergüenza no así el sentido, y el organismo activado por un estímulo pasajero reacciona con primitiva animalidad. Un falso poder energético predispone al bebedor a la euforia sexual y unos hijos, inocentes y víctimas de la inconsciencia, vienen al mundo a pagar las culpas de sus brutales progenitores: los miles de niños tarados es el trágico tributo que paga la humanidad a la existencia del alcohol.



### Noches populares de verbena

Como una riada incontenible la urbe abandona sus hogares, se hace dueña de la calle y del monte tradicional. Cada individuo es portador de su propia perdición interior y del bagaje alcohólico embotellado. Cuando al sorbo ha seguido el trago y al trago la impregnación, el ruido de la saturnal ha comenzado y con ella la pérdida de todos los valores morales. Un río de alcohol corre entre la multitud y, por si se agotara, se colocan reservas al alcance de su mano. Tampoco necesitamos hacer balance del desastre general: las bacanales mitológicas pueden ilustrarnos.

### La virgen caída

Cuando el cerebro impregnado de alcohol ha perdido la voz de mando, el individuo queda a merced de los instintos. Ya no manda, obedece a las fuerzas ciegas que salieron de su escondite para incitarle a todas las desvergüenzas. Como por otra parte, el sujeto desarrolló más las fuerzas



físicas que las espirituales, se yergue el bruto y acomete ferozmente. Unos meses después las lágrimas amargas de una ex-virgen y de un inocente niño, recuerdan el trágico espectáculo amenizado por un río de alcohol. Miles de ex-virgenes y de niños desgraciados hacen coro a la virgen caída.

#### En el garito penumbroso

Tragicómicos acodados los bebedores en el mostrador infame, se reparte a boleo el infamante veneno. También en las sucias mesas de los supuestos veladores marmóreos se empinan las botellas como pirámides vergantes. Un tumulto de roncas voces de seres siniestros, sumidos en espeluznante deshonor trasiegan miserablemente anestesiados. La promiscuidad de los sexos rezuma lascivia y las cópulas latentes venéreo social. El aire se hace irrespirable, el humo del tabaco y los vapores del alcohol quemán los pulmones. El rojo volcán envía sus escorias pendiente abajo, hasta hundirse en el abismo.

#### En el garito deslumbrante

Aquí, tal vez, es menos trágico el espectacular trasiego del alcohol. Envuelto todo en fascinadores lujos, el bebedor es el respetable señor o señora de la « buena sociedad », cuyas prerrogativas de clase les ponen a cubierto de irrespetuosidades. Entre los oprimidos hacen fácilmente los rencores. Agrada vengarse de los ultrajes del poderoso sobre el compañero del sufrimiento. Por eso no hay peor dictadura que la de los subalternos. Por eso, también, el beodo de las bajas capas del pueblo que se envenena con « chatos », « carajillos » y coñac de la « peor calidad », es motejado con los peores epítetos, mientras que el señor, por medio de una reminiscencia de esclavo, se le considera indulgentemente: el señor que se emborracha con espumoso champán de la « mejor calidad », es sólo un « señor divertido » y « simpático ».

#### Conjura contra la sociedad

Alrededor del comercio alcohólico han surgido poderosos intereses. Son tan vastos y tan profundos que no sabemos dónde empiezan y dónde terminan y, en tal caso interesa que el negocio se desarrolle floreciente, e importa que el alcohol corra a ríos. Al comerciante no le inquieta la moral del bebedor y le suenan mal las prevenciones de la ciencia médica que roba clientes. Tampoco le conmueven los llantos de los niños tarados hijos de padres alcohólicos, ni las transgresiones cívicas, legales, morales y jurídicas de los empedernidos trasegadores.

#### La inoportuna propaganda

Artísticos, costosos y vergonzantes anuncios campean estratégicamente por sus respetos y, hasta alguna propaganda pseudocientífica, incitan al hombre a alcoholizarse. Une propaganda « bien orientada » trata de ganar adeptos al trá-

gico vicio, presentando al veneno revestido de fascinante atractivo. Aquí no vamos contra el legítimo comercio de los intereses nacionales representados en la vid, pero sí contra el abuso del alcohol que produce trágicas consecuencias nacionales. El producto de la viña puede presentarse al consumo nacional sin el fermento alcohólico, y así la importante riqueza no sufriría menoscabo.

#### Nacidos de padres alcohólicos, los niños presentan taras físicas y morales

Miles de blancas cunitas y camas en los hospitales se alinean en dramático espectáculo. Allí los idiotas, los imbéciles, los deformados, los monstruosos física y moralmente, son el juez justiciero que acusa implacable al borracho, verdugo de los niños. Después de colmar él mismo las casas de alienados alcohólicos, envía allí también a sus hijos herederos. Terrible herencia, que aumenta la delincuencia infantil y la criminalidad adulta en proporciones aterradoras.

#### El mueble bar, el « bufet » y la alacena

Para llenar el vacío entre las estaciones del bar, la taberna, y los garitos, están los dichos muebles hogareños donde se guarda el veneno que mata lentamente después de producir una serie de lamentables desastres. Así, desde su propio hogar, le persigue al hombre el alcohol toda la vida desde el principio al fin de su recorrido. Puede faltar en el hogar, la biblioteca y hasta el menor indicio del libro y su lugar ocuparlo algunas colecciones del « Coyote » y de la Novela Rosa, pero la botella del alcohol difícilmente está ausente del hogar.

#### Estadística abrumadora

Por cada 286 habitantes, existe un establecimiento de bebidas en Alemania. Uno por cada 430 en Inglaterra. En Noruega, uno por cada 3.000, y en Francia, donde se bate el record, uno por cada 86. En Italia se consumen al año 9,3 litros por habitante; 8,7 en Suiza; 6,5 en Bélgica; 3,6 en Suecia y otro record en Francia con 22. En este último país sobre 6 niños tarados, 5 son hijos de padres alcohólicos, y sobre 100 niños idiotas, 60 fueron engendrados por personas dadas al abuso de bebidas espirituosas. En los manicomios de la vecina nación francesa, hay 110.000 enfermos y en las cárceles y los hospitales se amontonan las víctimas. El 15 por 100 de los hombres y 5 por 100 de las mujeres son alcohólicos, y en suma el 36 por 100 de los franceses beben con exceso.

#### El alcoholismo genera graves enfermedades

Desde la tuberculosis, el cáncer del estómago especialmente, y otras, pasando por los trastornos que producen el mayor porcentaje en los accidentes de la circulación, los del trabajo, las disputas, querellas, delincuencia y crímenes, llegamos al « delirium tremens » y cirrosis hepática las más

ligadas al exceso de la bebida alcohólica. He aquí una estadística de la progresión que alcanzan estas dos últimas enfermedades en Francia:

Año	Delirium	Cirrosis
1946	481	2.763
1948	1.330	4.530
1950	2.362	6.843
1952	2.838	9.727

Año	Delirium	Cirrosis
1953	3.905	11.871
1954	4.106	12.071
1955	4.955	13.101

#### En España

Carecemos de estadística, pero según el doctor J. Circuns, mueren unas 7.000 personas por ataque agudo alcohólico, y unas 27.000 por causas generales debidas al mismo. En las provincias donde se consume más alcohol, es también donde el cáncer del estómago hace más víctimas.

#### Pruebas concluyentes

Se ha hecho la prueba de restringir la venta del alcohol en algunos países, los días de fiesta, y ha dado el feliz resultado de disminuir notablemente los accidentes de la circulación y los demás accidentes ligados al consumo excesivo de las bebidas espirituosas.

#### Si mirásemos por el microscopio

Veríamos un mundo de pequeñísimos seres, el mundo infinitesimal de las células, base de nuestro organismo; son tan pequeñas, algunas de ellas una micra, que es preciso observarlas por medio de la óptica más perfeccionada. Pues bien, nuestro organismo está compuesto especialmente por estos infinitesimales seres sin los cuales la vida es imposible, hasta el punto que cuando degeneran y mueren, sucumbe asimismo el individuo. En la sangre se cuentan a miles y millones por centímetro cúbico, los glóbulos rojos, los glóbulos blancos, las plaquetas y otra suerte de células. Si el bebedor de alcohol viera cómo perecen cada vez que trasiega el poderoso veneno, posiblemente quedaría asustado de su propio suicidio. Mas, que sepan los que no quieren escuchar la voz de la razón, que una buena parte de las desdichas artificiales de la especie humana, son generadas de cerca o de lejos por el alcoholismo. Existen importantísimas cosas relacionadas con la sociedad cuya resolución implica grandes responsabilidades en quienes han de resolverlas y, a veces una copa tras otra puede torcer su verdadero curso.



# DE MI CALENDARIO

(Viene de la página 3396)

Hojeo el album, y siento mis pensamientos refrenados por una extraña sensación de retroceder en el tiempo, con más de medio siglo. Y me pregunto si yo también he leído una vez «cosas» tan sencillas e ingenuas como estos poemitas en los cuales abundan los diminutivos: estrellitas, sombrillita, honguito, corderillo y otros por el estilo. Ya he resumido, en algunas palabras el contenido de estas láminas de colores claros y versos para escolares desde el primer hasta el quinto grado, y que llevan el título: *Calesita*. Aprendí así una palabra más, que en francés se dice *carrousel* y en mi idioma natal *caishori* (caballitos). Trato de trasponerme en la mentalidad elemental del niño (1er grado) que, contemplando «la linda luna» y las «estrellas jugando a la ronda», quiere detenerlas:

*Alzo la manita  
y mis cinco dedos  
forman otra estrella...*

Y esta otra poesía, la canción del caracol, muy dormilón:

*Caracol, caracolito  
saca los cuernos al sol,*

¡cómo despierta en mí un recuerdo de infancia!

*Caracol  
col, col...*

Refrán que se oye igual en casi todos los idiomas, en rumano también:

*Melc, melc  
codoblec...*

Así, en pocos minutos, hojeando algunas láminas (que firma Silvestre Peciar Basiaco), alternando la imagen con el verso, la melodía con el color, lo real con lo fantástico, lo ingenuo y genuino con la sugestión de una sabiduría a la vez milenaria y cósmica, he leído estas diez poesías que — lo confieso — yo nunca podría escribir. Porque hay que ser tan tierno, fresco, puro y vivaz como los niños, para lograr acercarse a su sensibilidad e inteligencia. La autora: Marita Carpintero de Tutté, lo ha logrado. Hizo bien en dedicar sus «poemas inspirados por la flor de milagro que es el niño» al Maestro, ya que él tiene la noble tarea de «modelador del espíritu infantil».

Ojalá, que este espíritu infantil no sea del todo alterado o desvanecido en esta incipiente era atómica en que hasta el niño, «flor de milagro», se torna un precoz y feroz cazador de «imágenes» mecánicas que invaden el cielo de las «estrellitas» con estupendos cohetes y satélites, con astronaves en locas carreras interplanetarias, transplantando — por absurdas analogías, en los ilimitados reinos de la eternidad —, las terroríficas guerras entre los pueblos «civilizados». A esas guerras que asolan, en la tierra — «grano de arena» — a las multitudes humanas y sus obras verdaderamente bellas y útiles, creadas por el influjo siempre renovado del amor y de la paz...

EUGEN RELGIS

# EL ESCEPTICO

por DENIS



RASE un viejecillo extravagante, siempre en disputa con sus amigos, creyentes en cosas que él negaba. Le llamaban el escéptico. Lo era, sobre todo, en lo referente al progreso. No había, para él, progreso. «Progreso —decía— es ascensión, perfeccionamiento. ¿Dónde están la ascensión y el perfeccionamiento? ¿En las máquinas, en todo eso que hace abrir la boca a los simples —aunque sean cultos—, pasmados de admiración? Dejádme sonreír. Las invenciones mecánicas no han hecho dar un paso al hombre hacia la grandeza. Lo han disminuido. Es ahora menos hombre que cuando no disponía de tantos adelantos que no son, así, adelantos. ¿Qué ha traído al hombre el cine, la radio, el automóvil, el avión? Vivía perfectamente cuando esos artefactos no existían. Vivía perfectamente, y con más profundidad que ahora. Era más persona. Las invenciones han hecho la vida superficial. Nada es ya hondo en el hombre. Ni la barbarie. Es tan bárbaro como su antepasado, pero de otro modo. Es un bárbaro pervertido. Había en la barbarie primitiva un exceso de vida que se derramaba. La barbarie de hoy es barbarie de impotentes. Terrible, terrible barbarie.»

Vivía el escéptico fuera de la ciudad, en una casita rodeada de un huerto, que él mismo cultivaba. Allí iban a visitarle sus amigos, y muchos curiosos atraídos por su fama de estrafalario.

Con todos discutía, y las discusiones duraban horas y horas. Como otras muchas cosas, el tiempo no existía para él.

No había modo de que se entendiera con sus contradictores, con ninguno de sus contradictores. Para todos, adelantos y progreso eran sinónimos. Para todos el mal de las máquinas no estaba en las máquinas, sino en el uso que se hacía de ellas. El cine era un medio, como no se podía haber imaginado otro, de embotar el cerebro del hombre, pero podía ser en el porvenir medio de instrucción. Y lo mismo la radio. En cuanto al automóvil y el avión, ¿qué no podía esperarse de ellos?

El escéptico sonreía y miraba a sus contradictores como se mira a los niños todavía en la edad en que creen que un juguete puede, de repente, convertirse en cosa viva. Juzgaba todo eso justificaciones infantiles de cosas infantiles.

«El hombre —decía— no ha nacido para sentarse ante una pantalla, aunque fuera para instruirse (abundan los medios de instrucción y pocos se usan), ni para adormilarse escuchando la radio, ni para correr en un automóvil, ni para volar en un avión. Ha nacido para ser hombre, y el cine, la radio, el automóvil y el avión le hacen olvidar para qué ha nacido. Ahí está la condena-

ción de esos inventos que anulan y falsean, el verdadero sentido de la vida.» La existencia de esas cosas erigidas en complemento del hombre era, no progreso, sino perdición de lo humano. Sus reacciones frente a esos instrumentos eran irritantes. Negaba lo más evidente, cosas que hasta una criatura admitía, que estaban ahí, a la vista de todos. ¿Es que no vivimos mejor que nuestros abuelos? ¿Es que no estamos rodeados de comodidades que a ellos les habrían parecido irrealizables? ¿Es que las máquinas no nos han sustituido en multitud de trabajos penosos?

«Sí —reconocía—. Pero somos, por todo eso, menos hombres. Mirad a qué ha quedado reducido el ser humano. Nunca ha sido el juguete que ahora es. Nunca fué la insignificancia que es ahora. Jamás ha sido problema principal para el hombre el de su perfección. Pero nunca le había vuelto la espalda por completo, como ahora. Todo él está entregado a las perfecciones exteriores, tan relativas: más comodidad, más diversiones, más facilidades para viajar, que cualquier catástrofe, natural o provocada, echa por tierra. Ni un gesto encaminado a la perfección propia, única valedera.»

—Vives— le dijo un amigo cierto día que su insistencia en negar el progreso parecía excesiva — con los ojos puestos en el pasado, o en un porvenir de sueño, que no es más, en tu pensamiento, que una vuelta al pasado. El presente no existe para ti.

—Ni para nadie — repuso —. El minuto que vivimos, a medida que lo vivimos, pasa a ser pasado. El que va a llegar, es porvenir. Tránsito fugaz entre lo que fué y lo que va a ser, eso es presente. Un segundo, menos que un segundo, nada. Anclarse en él es anclarse en el vacío. Yo estoy anclado en la vida, que es recuerdo y esperanza. Lo gozado y lo que se va a gozar. Tengo dirigida la mirada al ayer, a lo que el ayer nos ha dejado — herencia incalculable —, y al mañana, a un mañana muy lejano, porvenir de sueño, lo admito, y un poco vuelta al pasado, lo admito también. Un poco vuelta a la hombría del pasado, hoy perdida, y sin la cual no hay que esperar porvenir alguno. En cuanto, al porvenir inmediato, me espanta. ¿Qué puede traernos el hombre disminuido que ha engendrado la civilización? Va a toda prisa hacia su aniquilamiento. Tal vez después luzca el sol. Pero tarde, muy tarde. Y si luce, será por haber vuelto a la hombría del pasado, porque el hombre se rehaga. Vivo del recuerdo de lo que el hombre fué —cuando no fué nada no dejó recuerdo—, y de la esperanza, que es deseo, de que sea otra vez, en grande, lo que fué. En cuanto a lo que es hoy, volvamos la mirada. ¡Qué desamparo!



Fué interrumpido más de una vez, pero de modo que no merece mención. Sólo cuando hubo terminado, el amigo que le reprochó negar el presente, dijo:

—No sé si el presente existe, pero está ahí, próximo de acontecimientos. Asistimos a invenciones en multitud, las guerras se suceden, y las revoluciones.

— Pruebas irrefutables del progreso — replicó el escéptico, sin disimular la ironía —. Asistimos a invenciones en multitud, que se aplican en seguida a la guerra, si no se hacen exclusivamente para la guerra, y las guerras se suceden. Es una marcha precipitada hacia la perfección. De las revoluciones, no digamos nada. El hecho de que sean necesarios trastornos semejantes, que no se sabe a dónde pueden conducir, que pueden conducir a aquello de que se huye, que conducen, generalmente, a aquello de que se huye, demuestra que el hombre no ha dado un paso por el camino del progreso. No que las revoluciones sean negación del progreso, de la ascensión, del perfeccionamiento que es el progreso, pero el progreso se adelantaría a ellas, traería lo que ellas quieren traer y no traen.

— Hemos dejado lejos el presente — observó uno de los que habían acudido por curiosidad —. Para mí, los términos mismos prueban su existencia. El pasado ha sido, el porvenir será, el presente es.

— Si logras inmovilizarlo — contestó el escéptico —. Si no, no. Y en inmovilidad, ya no habría pasado, ni presente, ni porvenir. Sería, el presente, a condición de dejar de ser.

— Sutilidades — comentó otro curioso.

— Es posible — dijo el escéptico, sin enfadarse (rara vez se enfadaba) —. Pero es así. No está en mi poder, ni en el de nadie, hacer que las cosas sean lo que no son.

Muchos amigos, y muchos curiosos, habían dejado de visitarle, por temor, principalmente, a que un día negara su existencia. No existe eran las palabras que más frecuentemente pronunciaba, y pocas veces era hacedero demostrar que existía aquello cuya existencia negaba.

Entre los que dejaron de visitarle figuraba un escritor insignificante, que iba, en su fuero íntimo, para pensador. El escéptico negó, en disputa con él, la existencia de pensadores en cualquier tiempo dado.

— Los que lo son — dijo —, nadie, en su tiempo, los juzga tales. Los que su tiempo juzga tales, mueren con su tiempo. Luego no eran pensadores. No tiene porvenir lo enteramente comprendido cuando nace.

Eso era negar aquello para lo que él, en su fuero íntimo, iba. Valía más no tener relación con persona tan poco complaciente.

Tiempo después el escritor insignificante publicó un libro sobre un pensador antiguo, sobre un gran pensador, y como tal desconocido en su época.

Llevó uno de sus amigos el libro al escéptico, y éste dijo:

— No existe.

— Está aquí, imposible negar su existencia.

— No existe. Existiría un libro del pensador sobre él — mi escepticismo no es absoluto —. Un libro de él sobre el pensador, no existe.

## De la España que despierta

### UNA CANCIÓN DE...

Las casas de Cudillero,  
que son como cabritillas  
verdes, blancas, coloradas  
y amarillas.

Una gota de sudor  
cayó al mar desde la frente  
del pescador.

Y regresando cantamos:  
—«No te puedes vaciar,  
mar hecho con los sudores  
de todos los pescadores  
que dan su sudor al mar».

Pesca a España, pescador,  
que está hundida.  
Péscale con tu sudor,  
sácale a flote la vida.  
¿Qué va a ser de España, di, pescador,  
si hasta tū te quieres ir  
a trabajar y a vivir  
donde te pagan mejor?

Ay, tú por mí, yo por ti,  
pescador.

¿Qué va a ser de España, di,  
si nadie le tiene amor?

De tanto afeitar las redes,  
una red de arrugas finas  
tiene en la cara.

¡Si un día viniera un viento  
del mar que se las borrara!

No siempre el viento sopla de mala forma.

Vendrán vientos mejores,  
días de luz, las aguas más claras...

¡Vendrán, sí, pescadores!

Compañeros de remo y de sudor,  
dejadme usar el título  
de pescador.

¡Compañeros, también yo compañero!

¡Pescadores, también yo pescador  
de Cudillero!

... Jesús López PACHECO

(Extraída de «Mi corazón se llama Cudillero»)

# MICROCULTURA

800. — La familia latina, de raza blanca, comprende a los italianos, franceses, españoles, portugueses y rumanos; y a los núcleos latinos esparcidos por todos los continentes del mundo.

801. — Se calcula que en la India la cosecha de trigo ha sido este año (1959) de trescientos ochenta millones de bushels (noventa millones más que el año pasado).

802. — Un «bushel» es una medida de áridos que en Gran Bretaña equivale a 36'35 litros y en Estados Unidos a 35 litros.

803. — Físicos y médicos británicos acaban de perfeccionar un «rayo X sónico», aparato que emplea las ondas del sonido para mirar el interior del cuerpo humano.

804. — En EE.UU. emplean azúcar radioactivo (azúcar mezclado con tritio) para seguir el desarrollo de reacciones químicas.

805. — Ha sido instalado en Gran Bretaña (1959) el telescopio «Isaac Newton», el mayor de ese país, cuya abertura es de 2,45 metros y la longitud de más de diez metros.

806. — Tenemos varias glándulas cuyo orificio es verter en la sangre unos «mensajeros químicos», las hormonas, substancias que actúan sobre diversas partes del organismo para orientar las funciones vitales.

807. — Herbert K. Cooper, de Lancaster (Pensilvania) acaba de inventar un aparato como sustituto de las cuerdas vocales en la formación de sonidos articulados.

808. — El «campano» es un árbol americano cuya madera se emplea en la construcción de buques.

809. — La balanza de torsión fue inventada por Enrique Cavendish, físico y químico inglés, en 1781.

810. — Se entiende por «descalcar» sacar las estopas viejas de la costura de un buque.

811. — La «elefancia» es una especie de lepra que pone la piel como la del elefante.

812. — La ópera *Ciro* fue compuesta por Javier de Seyfried, compositor austriaco.

813. — El camueco, es un árbol de la variedad del manzano, cuyo fruto es la camuesa.

814. — La pieza teatral «No habrá noche» fue escrita por Robert E. Aherwood, autor dramático norteamericano.

815. — Se entiende por «descodar» despuntar o deshilvanar las piezas de paño.

816. — De los nueve planetas conocidos solamente seis se ven a simple vista.

817. — La partícula más pequeña de la electricidad es el electrón, llamado también cuántum elemental de electricidad.

818. — Séptico, es lo que produce putrefacción.

819. — La máscara de gasa que el cirujano emplea en la sala de operaciones será pronto reemplazada en muchos hospitales por otra de goma plástica que ha sido ideada por dos médicos de Minneapolis.

820. — Los huterianos son los miembros de una secta religioso-comunista, fundada en 1533 por Jakob Hutter en Moravia.

821. — Suministradas a pequeñas dosis la «hipericina» es útil a los enfermos deprimidos y melancólicos.

822. — El 1 de marzo de 1932 fue secuestrado el primogénito del famoso aviador Charles A. Lindberg, que luego se materializó en un horrendo crimen que conmovió los sentimientos humanitarios de muchas gentes en el mundo entero.

823. — En marzo de 1954 un grupo de «patriotas» portorriqueños atacó a tiros la Cámara de Diputados de los EE. UU., causando varias víctimas.

824. — En marzo de 1945 los últimos militaristas japoneses fueron desalojados de Filipinas.

825. — El Sarre que hasta 1870 formaba parte de la Lorena retornó a Alemania en 1935; tiene 1.913 kilómetros cuadrados y unos ochocientos mil habitantes, siendo su capital la ciudad de Sarrebrücken.

826. — En marzo de 1947 los rusos bolcheviques borraron del mapa al Estado de Prusia Oriental.

827. — El obispo Dibelius, presidente del consejo de la Iglesia Evangélica Alemana, con sede en Berlín (1959), es el «jefe espiritual» de treinta y cinco millones de protestantes alemanes.

828. — Noruega es el país que produce la energía eléctrica más barata del mundo.

829. — Formosa es el segundo productor y exportador de azúcar en el mundo.

830. — En marzo de 1918 los comunistas rusos cedieron a Alemania gran parte del territorio ruso (Tratado de paz de Brest-Litowsk).

831. — En 1847 nació el ingeniero y físico americano Graham Bell, inventor del teléfono, la balanza de inducción, el fonógrafo y un fonógrafo, perfeccionando también el sistema vigente de enseñanza para sordomudos.

832. — En 1517 Diego Velázquez descubre el Yucatán, península del golfo de México.

833. — Según informa el profesor Monod, los seres humanos hunden cada año en el hermoso lago Lemán, 30 mil toneladas de «productos inquinados».

834. — Las observaciones hechas por los radioastrónomos mostraron que el núcleo o centro de la Vía Láctea se está expandiendo, lo cual indicaría que el gas hidrógeno neutro se escapa en la región nuclear.

835. — Oblongo es lo que es más largo que ancho.

836. — Se consiguió duplicar los pasos básicos de la fotosíntesis fuera de la célula vegetal viva, empleando cloroplastina.

837. — El 4 de noviembre de 1780 tuvo lugar en el Perú la sublevación del valiente Tupac Amaru.

838. — En la actualidad solamente el ocho por ciento de la población de los Estados Unidos gana la vida por la agricultura; a principios de siglo era el ochenta por ciento.

839. — Inyecciones experimentales de hormonas, aplicadas por veterinarios experimentados, permitieron que las vacas den leche sin haber tenido terneros.

SUNO

# LA SOCIEDAD

**E**S extraordinariamente difícil precisar el concepto de sociedad. En el lenguaje corriente viene siendo aplicado en los más varios sentidos; entre los más comunes mencionaremos : sociedad civil, sociedad occidental, sociedad de los pueblos europeos, sociedad de los últimos diez mil... Tonnies ha intentado formular un concepto más ajustado, planteando así la antítesis con la comunidad: la comunidad nace orgánicamente y se basa en la voluntad de ser; la sociedad, por el contrario, es un producto artificial de la cultura avanzada. No puede prestarse un pleno asentimiento a esta rígida distinción, pero es justo en el fondo y encuentra actualmente mayor aceptación que antes, aunque todavía es objeto de diversas críticas.

El tránsito de la comunidad a la sociedad se verifica paulatinamente; la vida social procede siempre mediante las más tenues transiciones. Con el progreso de la cultura se debilitan las mutuas influencias; el individuo alcanza una autonomía cada vez mayor. En esta fase progresiva de la sociedad falta la afinidad esencial de las tendencias valorativas propia de las comunidades; generalmente, el uno no conoce al otro. En lugar de afinidad esencial, hay paralelismo en las tendencias valorativas. Los socios aspiran al mismo fin, pero por separado. Mas bien «deben» aspirar al mismo fin: el ideal cultural. De todo ello resulta lo siguiente: la sociedad es la coincidencia (normativa) de las tendencias valorativas de toda la humanidad (cultura) en punto a finalidad, pero no la coincidencia real en la finalidad y en los medios.

La sociedad es, por tanto, frente a la comunidad, un «minus» sociológico, pero un «plus» cultural. Erróneamente se ha visto en la sociedad una decadencia de la cultura (Spengler), cuando lo único que ha disminuido es el sentir social propio de las comunidades. Antes bien, puede afirmarse que una posición más libre de los individuos permite una actuación cultural más intensa.

En efecto, sólo en la sociedad son posibles las grandes creaciones culturales. Arte y ciencia, religión y moral, sólo pueden cultivarse por el individuo en cuanto tal. Naturalmente, también dentro de una comunidad (como la familia, la clase, el Estado) pueden nacer y florecer valores culturales; pero la comunidad no interviene ahí como creadora en el mismo grado que en el derecho y la economía, por ejemplo. El creador es, propiamente, el individuo...

Decir que el proceso de la cultura va de la comunidad a la sociedad, no puede entenderse en el sentido de que la sociedad nazca de la comunidad o después de ella, algo así, por ejemplo, como si se dijese que el Estado, en una última fase de su evolución, pasase a convertirse en la sociedad (libre). Comunidad y sociedad coexisten, han coexistido siempre. Con ello se da a entender, tan sólo, que decae la importancia cultural de la comunidad y especialmente la de las comunidades pequeñas (hasta pensar en el linaje, el parentesco y los grupos locales) y que, correlativamente, asciende el valor de la sociedad para la cultura. Tal es, al menos, la tendencia de la cultura; de hecho, no faltarán nunca vacilaciones, retrocesos históricos: pero nada de esto hará variar lo más mínimo la trayectoria irresistible de la cultura.

Pero el proceso de la cultura se orienta hacia la gran «comunidad cultural» de la humanidad. Este es el ideal que, de hecho, nunca será alcanzado, porque no todos los pueblos lograrán cultura, y, cultura plena, ninguno. Adviértase, ante todo, que si la cultura se encierra dentro de una comunidad no puede desenvolver plenamente todas sus posibilidades virtuales. De otra parte, la ley fundamental de la filosofía social, exige como finalidad regulativa de las finalidades y tendencias humanas, así como para lograr una conclusión sistemática del pensamiento científico, un estado de perfección que en la realidad no es posible alcanzar. Por eso tanto el fin como el medio y los procedimientos tienen que constituir una unidad armónica. El ideal no puede limitarse a la perfección de algunas personas (como quería Nietzsche ni a la de algunos pueblos (como quiere el fanatismo nacionalista); exige la unión de todos los pueblos. Por otra parte, respondiendo a esta exigencia, la unión a que se aspira ha de ser perfecta; no puede satisfacer la que puede y quiere lograr una unión concreta de pueblos y de Estados. Es, pues, imprescindible, acudir a la idea de comunidad cultural de la humanidad.

En la sociedad, en la que falta la afinidad esencial de los medios, impera la discusión; en la comunidad cultural, en la que aquella afinidad es el ideal, reina la armonía. Todos los pueblos del mundo deben formar, como se dice con feliz simbolismo, una «gran familia»; y, en efecto, la familia es una de las formas más íntimas de comunidad y se pretende nada menos que ampliar su íntimo sentido a la humanidad entera. Pero éste es un ideal inasequible lo que no obsta para que los hombres deban esforzarse incesantemente por acercarse a él. Que avancen sólo algunos pasos en este camino, y ya habrán adelantado algo en la senda del ideal. La meta está situada en le lejano futuro, que siempre será futuro.

**WILHELM SAUER**



# Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es el guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

## INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

### OBRAS EN ESPAÑOL

«Justicia», L. Reymont, 3.— NF. — «Manual del aspirante cinematográfico», 1,50. — «El Mar», Michelet, 3,50. — «La música en España», A. Salazar, 15.— — «Muelle de las brumas», Mac Orlan, 5.— — Manual del fabricante de bolas de sebo», 2.— — «Manual de Lechería», 2.— — «Adelgace con inteligencia», Hauser, 5,50. — «Cuadro hemático del cáncer», Gruner, 4.— — «Fundamentos de la caracterología», L. Klages, 9,50. — «Cómo curé mi tuberculosis», Hevia, 1,50. — «El autoanálisis», K. Horney, 7,80. — «Vida del diabético», Cañadell, 5,60. — «Ulcera gástrica», 2,25. — «Colitis», 2,25. — «Alergia alimenticia», 2,25. — «Corazón», 2,25. — «Tuberculosis», Vander, 5.— — «La historia tiene la palabra», Teresa León, 1,50. — «Pablo Iglesias», Isaac Pacheco, 1,50. — «Frente al mañana», S. Albornoz, 1,50. — «José Mazzini», B. King, 5,25. — «Los mejores cuentos», 3,75. — «Memorias de la duquesa de Abrantes», 1,50. — «Mercurial eclesiástica Montalvo», 2,50. — «Madres famosas», Chandler, 5.— — «Murillo», P. Gargol, 2,50. — «Elementos de Psicología», Titchener, 3.— — «Emen Hetan», P. J. Sender, 4.— — «La familia Cardinal», L. Halévy, 2,10. — «Los falsos redentores», G. Piovene, 8.— — «Desde el fondo de la tierra», L. Castro, 9,50. — «La amargura de la Patagonia», R. Darío, 7,50. — «Felicidad», K. Mansfield, 1,20. — «La gente alegre», J. Ohnet, 2,50. — «El humanisferio», J. Dejacque, 1,50. — «Historia de San Michele», Axel Munthe, 7.— — «Historia de la literatura rusa», Walisewski, 7,50. — «El intelecto helénico», P. Gener, 4,50. — «Italia fuera de combate», I. Herraiz, 2.— — «Ideario de Quevedo», Astrana Marin, 6,50. — «Obras escogidas de Heine», 8,50. — «Poesías de Plácido», 3,80. — «Pensamiento vivo de Nietzsche», H. Mann, 6,50. — «Imitación de Cristo», Kempis, 7,50. — «Plumero salvajé», Samblancat, 3.— — «Puerto cholo», M. Fuga, 3,50. — «Realización del hombre», Stieben, 0,75. — «Perspectivas culturales en Sudamérica», E. Reigis, 3.— — «Del presente y del futuro», P. Gener, 3.— — «Pensamiento vivo de Schopenhauer», T. Mann, 4,20. — «Problemas sociales de derecho penal», P. Foix, 5,50. — «Pasión de Justicia», I. Pavón, 2,60. — «Profeta del hombre», Cordero, 4,50. — «La novela de Roger de Flor», 3,60. — «Reivindicación de la libertad», Ernestan, 1,50. — «Rojo y negro», Stendhal, 3,75. — «La reina Margarita», Dumas (2 tomos), 5.— — «Reconstrucción de Europa», P. Benoit, 3,40. — «Sorolla», Pantorba, 2,50. — «Versos de Rafael de León», 9.— — «Don Segundo Sombra», Guiraldes, 3.— — «Sombras del mal», D. Macardie, 3,50. — «Epistolario amoroso», 5.— — «Titanes de la oratoria», 5.— — «Sehilia», Turgueniev, 1,50. — «Sinfonía de los siglos», Figola, 1,50. — «Teatro de Jacinto Benavente», 3,50. — «El tema de nuestro tiempo», Gasset, 3,75. — «Toledo», F. del Valle, 1.—

### LIBROS EN FRANCES

«La bible d'un anarchiste», R. Wagner, 2,50. — «Satan et l'amour», R. Gagey, 7,50. — «Superstitions politiques», H. Dagan, 4,40. — «Hommage a Georges Esqhou», Hem Day, 1,80. — «Servitude volontaire», E. de la Boetie, 3,30. — «L'inevitable révolution», un Proscrit, 3,20. — «Prêtres et moines», G. Dubois, 5.— — «Le cooperatisme», 3.— — «Anthologie de l'objection de conscience», H. Day, 3,30. — «La flagellation et les perversions sexuelles», Lorulot, 6,50. — «L'Emancipation sexuelle de la femme», M. Pelletier, 1,ñ. — «Tino Costa», Arbo, 7,20. — «Quai aux fleurs», Salvy, 1,90. — «Science et materialisme», Letorneau, 2.— — «Socialisme révolutionnaire», 1,80. — «Les mistères des couvents de Naples», Princesse Forino, 4.— — «Catechisme positiviste», A. Comte, 2.— — «Faust», Goethe, 2,50. — «La cité future», Tarbourden, 4.— — «Gargantua et Pantagruel», Rabelais, 4.— — «Pour assurer la paix», P. Besnard, 2.— — «Superstitions politiques», H. Dagan, 4,40. — «Mandatelli Lassu», L. Galleani, 2.— — «Recherches sur les forces inconcues», Barbedette, 1.— — «Les bandits tragiques», V. Meric, 2,90. — «Dalnès de la guerre», Monolin, 2.— — «Un drame politique», M. Dommanget, 2,40. — «Armoires frigorifiques», Degoux, 5,80. — «La ceramique», Giacomotti (2 tomes), 3,80. — «Jours d'Exil», Courderoy (3 tomes), 9.— — «Cours d'économie politique», Gide, 6.— — «Errico Malatesta», Fedeli, 2,20. — «L'Incubation artificielle», Paulau, 3,10. — «Traité du paysage», Floury, 1.— — «Sociologie générale», Dupreel, 6,70. — «Zola», A. Zevaes, 2,50. — «L'Heredité Psychologique», Ribot, 2.— — «L'Amour heureux», Dubal, 0,80. — «La physiologie morale», Hill, 1.— — «L'Hipnotisme à distance», Jagot, 2.— — «La grande metamorphose», Gille, 1,50. — «Les grandes Jorasses», Frenco, 2.— — «Chauffage Central», Bcuroier, 5,40. — «Bahia de tous les Saints», Amado, 3,40. — «Les camps d'internement en Grece», 4,50. — «Histoire de la Coopération en France», Gaultmont (2 tomes), 15.— — «La révolution inconnue», Voline, 3,50. — «La Révolution sociale», 2,50. — «Contes d'un rebelle», Delvadés, 1.— — «L'Amour libre», C. Albert, 3,50. — «L'Etat de siège», Camus, 5,50. — «William Gorwin, philosophe de la liberté», 1,80. — «Histoire des Temps modernes» (3 tomos encuadernados), 6,75. — «Pour vaincre», B. de Ligt, 1,50. — «Vie de Franklin», Mignet, 1,50. — «Histoire de Charles V», Robertson (2 tomos encuadernados), 5,50. — Essai sur l'Imagination créatrice, Ribot, 1,50. — «La coutume ouvrière», M. Leroy (dos tomes), 5.— — «L'Evolution des idées générales», Ribot, 1,50. — «La vie amoureuse de Casanova», 6,50. — «Serenades sans guitare», Villeboeuf, 7,50. — «Juan de Mairena», Machado, 6,90. — «Les caractères», La Bruyère, 5,60. — «Mauvaise graine», M. Azuela, 2,50. — «Anglais, Français, Espagnols», S. de Mada-riaga, 5,20. — «Le sang plus vite», V. Garcia, 3,75

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a F. Olaya. — Servicio de Librería del Movimiento. — 4, rue de Belfort - TOULOUSE (Haute-Garonne)  
GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)



# CENIT

sociología  
ciencia - literatura



Aspectos constructivos de la Revolución Española. — **Julio Barco:** Colectivización y socialización. — **Angel Samblancat:** La justicia popular en nuestro 36. — **Carlos Rosselli:** Cataluña, baluarte de la revolución. — **Mme. Aurei:** Han Ryner. — **Juan Ferrer:** No es el hambre quien nos hizo revolucionarios. — Ensayos comunitarios en Norteamérica. — **Severino Campos:** La estatificación del hombre. — **Selección de W. Muñoz:** El Mar. — **A. V.:** De la revolución a la economía. — **Oliverio Thomas:** Luz y fuerza. Una empresa colectivizada. — **Cosme Paules:** Ficción, vislumbre o posibilidad. — **Denis:** El escritor. — **Pedro Garfias:** Entre España y México. — **Miguel Jiménez:** Ensayos y proyecciones. — Nunca se es demasiado antimilitarista. — **Plácido Bravo:** El cultivo del hombre. — **Suno:** Microcultura.



4'P 5523

127

JULIO - 1961

4'P 5523

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF



## Nuestra portada

El lápiz de Monrós ha recogido, con rápida y brillante ejecución, esta imagen de la « Benemérita », símbolo de la historia negra de España, encarnación, desde hace un siglo, de todos los atropechos, crímenes, abusos, desmanes, violencias del Poder del que ella es el cuerpo de élite.

En mala hora un gobernante republicano la llamó «el alma de España» de la España inquisitorial y negra; de la España feudal e intolerante; de la España de la reacción y la tiranía, sí. De esa España contra la que luchan el pensamiento y el corazón de la España auténtica, la perseguida, crucificada, proscrita, asesinada, sí.

Por haberla descrito en versos inmortales, perdió la vida García Lorca, asesinado en Granada por los sicarios del fascismo.

«Los caballos negros son,  
Las herraduras son negras.  
Sobre las capas relucen  
manchas de tinta y de cera.  
Tienen, por eso no lloran,  
de plomo las calaveras.  
Con el alma de charol  
vienen por la carretera.

Jorobados y nocturnos,  
por donde animan ordenan  
silencios de goma oscura  
y miedos de fina arena.  
Pasan, si quieren pasar,  
y ocultan en la cabeza  
una vaga astronomía  
de pistolas inconcretas.»

El lápiz del artista plasma en líneas lo que escribió, rubricándolo con su sangre, el poeta granadino.

España sólo será libre, cuando cesen de planear sobre ella los tricornos civileros y los siniestros sombreros de teja del clero que los justifica y bendice.

# CENT

**REVISTA MENSUAL  
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA**

*Redacción:*

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

*Colaboradores:*

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,  
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert  
Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio,  
Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman,  
J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina,  
Luçe Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osman  
Désiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet,  
A. Prudhommeaux

*Precios de suscripción.* — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros: « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,  
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)



# CÉNITT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XI

Toulouse, Julio 1961

Nº 127

Tal como se escribió entonces

## Aspectos constructivos de la Revolución Española



### ARTES GRAFICAS Y PAPEL

«¿C»

UALES fueron vuestros primeros trabajos para organizar la industria y poner en marcha las fábricas?

— Eso, precisamente: poner en marcha una cantidad de fábricas que los « amos » tenían abandonadas, algunas desde hacía más de diez años, con las máquinas arrinconadas y carcomidas por la herrumbre.

La Sociedad Anónima « La Forestal de Urgel », comprendía dos fábricas: una que producía pasta de paja, y otra pasta de madera. Un buen día, y para salvar de la bancarrota a los capitalistas que hasta entonces se habían hinchado a sus expensas, se estableció el monopolio. Las fábricas fueron subvencionadas y entonces los burgueses las cerraron. Es tan sencillo...

Pero después del movimiento sedicioso, la falta de papel se hizo sentir en forma aguda. ¿Qué hacer? Poner las fábricas en condiciones de producir, lo cual era menos sencillo.

Pero la voluntad de los trabajadores era grande, y a fuerza de ingentes sacrificios, las fábricas comenzaron a marchar.

Sólo una voluntad férrea, estimulada por un sincero y alto ideal de bien colectivo, pudo hacer el milagro de transformar un montón de hierros podridos en un centro de producción de primer orden, en condiciones mejores de trabajo, donde además de producir un material excelente, los obreros se decidan con entusiasmo y cariño a la labor diaria, al acrecentamiento y perfeccionamiento de una empresa que representa la plasmación concreta, material y moral de sus esfuerzos, de su inteligencia y capacidad.

— ¿Cuál era el estado económico de la fábrica cuando los trabajadores se apoderaron de ella?

— Catastrófico. Tal como suena. Había 19.000 pesetas en caja y una deuda enorme. Había que pagar cinco semanas de huelga. La colectividad puso el máximo empeño en normalizar las cosas. A los tres meses habíamos pagado las cinco semanas de salario, y durante el año se han reducido las deudas en un setenta por cien-

to. Actualmente dispone de un efectivo para hacer frente a todas las necesidades.

De enero a septiembre ha producido 5.600 toneladas de papel. En igual periodo del régimen burgués, año 1936, la producción fue de 4.800 toneladas, 12-11-37.

### CONDICIONES MORALES DE LA SOCIALIZACION

*El capital que posean las industrias socializadas será empleado para el desarrollo de la socialización.*

*La inversión del capital no tendrá otros fines que los de las necesidades de las Industrias Socializadas y servirá para mantener la nivelación de las mismas y ampliarlas en la medida de lo posible, hasta conseguir la total socialización de las industrias de la Alimentación e Industria Gastronómica.*

*Jubilación: a ella tendrán derecho los trabajadores de ambos sexos al cumplir los 55 años de edad, siempre que así lo deseen, disfrutando del sueldo íntegro que en el momento de la jubilación tuviera establecido la pensión.*

*La Industria Socializada poseerá una Policlínica de urgencia y un Sanatorio bajo la dirección del C. Administrativo. Podrán ser en ellos atendidos todos los afiliados del Sindicato que satisfagan una cuota mensual de 2,50 pesetas y si la enfermedad requiriese, previo dictamen médico, su ingreso en el Sanatorio, separarán del jornal diario que perciban — en caso de trabajar — la cuarta parte durante el lapso de hospitalización.*

*Se establecerá un cupón de parados, que relevará de abonar dicha cuota a los parados.*

*Los familiares que previamente hubieran sido inscritos tendrán derecho a beneficiar de la Policlínica y del Sanatorio.*

*Lo mismo rige para los trabajadores de las Industrias Socializadas y sus familiares, con la diferencia de que no tendrán que abonar la cuota mensual antes especificada.*

### LOS OBREROS DE LA INDUSTRIA DEL GAS

*«Las principales reformas redundan exclusivamente en beneficio del consumidor. Después del 19 de julio, no hemos aumentado las tarifas de la electricidad para las clases modestas.»*

Antes el consumidor pagaba alquiler por el contador. Ahora lo colocamos gratuitamente. Se suprimieron, también, los depósitos que en calidad de garantía depositaban los abonados, devolviéndoseles ese dinero. Quedaron también abolidos los sellos por «tasa de mutualidad», pues creemos que las pensiones por vejez, viudez, etc., de los obreros, deben pagarlas o las empresas o los mismos obreros empleados en ellas; nunca el consumidor.

Antes, el consumo diario de carbón para la producción de gas en Cataluña, era de 700 toneladas. Esta cantidad fué disminuyendo a medida que aumentaban las dificultades de aprovisionamiento. Casi todo el carbón se traía de Asturias. Antes, la tonelada valía, por término medio, 63 pesetas; hoy la pagamos a 300 pesetas.

— ¿De modo que fué preciso aumentar el precio del gas?

— No, cuesta lo mismo.»

3-9-37

Fuimos los primeros en establecer los equipos rápidos en los frentes. Ahora dependen de Intendencia. Podemos recordar con satisfacción los primeros que salieron para Azaila, Bujaraloz, Sástago, etc. Todos los que existen actualmente son montados por nosotros. Personas pertenecientes al ejército y conocedoras de la materia, nos han felicitado por los trabajos hechos en nuestros talleres, por la confección impecable, el material de primer orden y el buen gusto de los modelos.

11-12-37.

#### SINDICATO DE LA EDIFICACION — SECCION MADERA Y DECORACION

«Aunque parezca extraño, las ventas han aumentado con relación a antes del 19 de julio y tienden a aumentar más aún.

La nómina semanal, solamente para talleres, es de 469.000 pesetas, importe aproximado de materias primas empleadas 2.300.000 pesetas. Para administrar 353 talleres tenemos 160 compañeros, que cobran en conjunto 14.307 pesetas semanales; se reducen, pues, los gastos a la mitad de lo que eran antes.

Lo que impide desarrollar ampliamente nuestras actividades es: la falta de materia prima, la irregularidad y atraso en el pago de las compras por parte de algunos organismos oficiales, movilización de compañeros competentes, etc.

28-8-37.

#### INDUSTRIA DE LA ALIMENTACION

«Considerando algunas industrias separadamente, podríamos anotar verdaderas revoluciones industriales.

El capitalismo, atento solamente a los beneficios pecuniarios, indiferente al dolor y a la salud del pueblo, no se había preocupado jamás de introducir reformas que hicieran posible la observancia de la higiene. Es así como la mortalidad infantil llega a cifras sorprendentes, debido al consumo de leche en malas condiciones.

Lo que nunca hubiera hecho la empresa privada, porque ello significa la inversión de grandes sumas de dinero, y eso no entra en sus cálculos egoístas, lo realizaron los trabajadores en cuanto se hicieron cargo de la industria: la creación de estaciones refrigeradoras en las comarcas, donde se recibe la leche ordeñada, se analiza y refrigera y, perfectamente envasada, se traslada a los

establecimientos de pasteurización. Sintetizando: se han tomado todas las precauciones necesarias para que la leche llegue a los niños, a los enfermos y al pueblo todo, en perfectas condiciones y poseyendo todas sus cualidades nutritivas.

Es en la industria de la leche como en tantas otras donde los trabajadores han dado a la burguesía culta y diplomada, ostentosa de títulos técnicos y «monopolizadora de la inteligencia» la más estupenda lección de capacidad organizadora y de generosidad solidaria.

Cuando estalló el movimiento, hacia dos años que la Refinería no trabajaba, porque así les dió la gana a los señores capitalistas. Cuando no hallaron la forma de exprimir más a los trabajadores para arrancarles el fruto de su trabajo, la cerraron. Pues bien, el 19 de julio se apoderaron de ella y devuelven las 30.000 pesetas que habían solicitado en préstamo para ponerla en marcha. Hoy sigue trabajando admirablemente; sin esfuerzo, sin necesidad de imposición alguna, han conseguido los obreros doblar la producción».

#### INDUSTRIA MALTERA

«Cuando los obreros se apoderaron de la fábrica, después del levantamiento militar, existía un capital invertido «declarado» de 2.400.000 pesetas, el cual quedó reducido a 1.500.000; la diferencia consistía en saldos ficticios absolutamente incobrables. Al hacer el arqueo de Caja y el Balance, se encontraron los trabajadores con un efectivo en Caja de 600.000 pesetas y un déficit de 1.500.000 pesetas.

En 1935 producía la casa 68.518 hectolitros por año; en 1936-37, 80.000 hectolitros. Evidentemente, la producción va en aumento, pudiendo llegar hasta 150.000 hectolitros sin gran esfuerzo.

A pesar de las crecidas sumas que fué necesario invertir para poner la fábrica en condiciones de dar el máximo, a pesar del déficit gigantesco heredado de la administración burguesa, con un aumento de la materia prima de un doscientos por ciento, la fábrica expende la cerveza al mismo precio de antes.»

30-10-37.

#### LA OBRA CONSTRUCTIVA DE LA INDUSTRIA DEL TRANSPORTE

«Se ha instalado un grupo electrógeno con veinte derivaciones a otras tantas baterías. De modo que pueden cargar, simultáneamente, veinte coches de capacidades distintas. Antes no se podía cargar más que uno. Ahora las baterías se cargan automáticamente, lo cual evita grandes gastos propios de la instalación antigua.

Salvo los «chasis», en el taller se fabrica todo el material del autobús. Antes del 19 de julio se fabricaban los motores trayendo material y piezas de cinco naciones. Hoy todo se hace en la casa. Hasta el bronce que ya no se importa, ha sido sustituido por una aleación que reúne las mismas características del bronce.

Al incautarse los trabajadores existía un horno para cimentar piezas que necesitaba cuatro horas para llegar a una temperatura de 900°; ahora ha sido reformado, bastando una hora para el mismo resultado.

Debemos hacer notar un detalle interesantísimo: LA FABRICA NO TIENE INGENIEROS. Son los mismos obreros quienes van perfeccionando los medios y los sistemas.

Que no es verdad la incapacidad, la falta de prepara-

ción técnica que se atribuye a los trabajadores para negarles el derecho de dirigir por sí mismos su industria, lo prueba con creces esta fábrica. Hasta se ha conseguido perfeccionar la instalación eléctrica de los coches al punto de evitar cortacircuitos.

El Sindicato no puede lanzar a la circulación todos los coches necesarios debido a la falta de materia prima indispensable para su construcción.

### INDUSTRIAS QUIMICAS

«El Sindicato de las Industrias Químicas no tiene desocupados. Al contrario, desde el movimiento lleva acoplados a unos 1.500 trabajadores, entre hombres y mujeres de otros Sindicatos y refugiados. Quizás por sus características ha podido realizar esta labor. Además, hemos de tener en cuenta que muchas fábricas que controlamos, encuentran dificultades para desarrollar ampliamente sus labores, debido a falta de inteligencia con algunos organismos oficiales, que imponen impedimentos para la adquisición de materias primas fáciles de conseguir. No se quiere tener en cuenta la labor meritosa de los Sindicatos, y tanto más en éste que, tanto en la guerra como en la paz realiza la función más importante de la producción para la vida de una nación. Si estas fábricas trabajaran normalmente, un gran número de obreros hallarían ocupación en ellas.

Tenemos que hacer constar que existen bastantes fábricas que se desenvuelven con grandes dificultades. En las que tienen trabajo se efectúa el grado máximo de rendimiento. Las dificultades se refieren siempre a la escasez de materias primas y a las trabas opuestas para adquirirlas, cuando éstas existen en cantidad y se hallan en nuestro país.»

18-2-37.

### SINDICATO DE LA CONSTRUCCION

«Los inconvenientes con los que tropieza el Sindicato y las industrias que controla, aparte los que hay que salvar propios de los tiempos que vivimos, son varios. Falta de materias primas, como en todas las industrias, escasez de transportes y falta de cohesión entre nosotros y los centros oficiales, pues parece ser que sistemáticamente los organismos citados se niegan a pagar las facturaciones.

Sin embargo, si en ello se pusiera interés, se podrían construir infinidad de hospitales que faltan, mejores y más refugios, carreteras, canales, fortificaciones, etc. A nosotros nos sobra voluntad. Lo que nos falta es el apoyo y las facilidades de quien corresponde.»

### INDUSTRIA DEL VIDRIO

«Demás está decir que nuestra fábrica no se desenvuelve normalmente. La falta de materias primas constituye el obstáculo mayor. Algunas materias primas se importaban del extranjero. Pero las dificultades que hoy impiden adquirir fuera del país, no constituyen un mal mayor, por cuanto en la España leal existe material en abundancia. Además, aunque nos faltaran algunos elementos ya hemos visto cómo otras industrias han hallado materiales de sustitución sin gran quebranto. Lo malo es que habiendo materias primas en el país, no podamos disponer de ellas debido a las dificultades del transporte. Si ello dependiera exclusivamente de nosotros, también ese problema estaría resuelto, pero no

es así, y quien podría y debería ayudarnos en aras a las necesidades de la guerra, no solamente no lo resuelve, sino que parece empeñado en entorpecer la producción, que a duras penas, y con nuestros propios medios va saliendo.

Un día, para que la producción extranjera no invada nuestro mercado y arruine nuestra industria, nos someteremos a la prueba. Ya se verá entonces de lo que son capaces los trabajadores organizadores, administradores y directores de la industria y de su propia economía.

12-2-38.

### LA OBRA DEL SINDICATO DE LA ENSEÑANZA

«El CENU ha nombrado en seis meses 4.707 maestros en Cataluña. Ganaban antes un salario de 3.000 pesetas anuales. Hoy ganan 5.000 pesetas. En el mismo espacio de tiempo se han matriculado 82.415 niños contra 34.431 del año pasado en las escuelas oficiales. Y algo sumamente importante, hemos acabado con los «asilos». Los niños de esas instituciones otrora humillantes, focos de desviaciones y vicios, son hoy libres: concurren repartidos a varias escuelas, mezclados con los otros. No se hacen diferencias. La Revolución los sacó de esas cárceles, de esos antros de castigo y aislamiento, y los puso en pleno sol; les llevó la alegría de vivir, de jugar, de aprender; puso en sus corazones el cariño fraternal de los otros niños, y a su lado la mano amorosa, la mirada tierna de los maestros, en cada uno de los cuales hallaron al padre muerto o ignorado. ¡Hacemos felices a los niños, ésa es nuestra obra!»

### SINDICATO DE TRANVIAS

Fuimos de los primeros en normalizar los servicios. Vencidos los facciosos, los trabajadores del Transporte, reunidos en asamblea, resolvieron, en vista de la apremiante necesidad de restablecer el tráfico de pasajeros, reincorporarse inmediatamente al trabajo. El transporte fué también el primer servicio socializado que tuvo Barcelona.

Hubo forzosamente que modificar el trabajo, de acuerdo con las necesidades y la escasez de material. Así, en la Sección de Bobinaje, se construyeron los moldes para fabricar las bobinas, y en cuanto a las controlas, hubo que hacer algunas modificaciones para poder fabricarlas aquí.

Casi sin técnicos, careciendo por completo de material importado, solos, con sus propios medios, los compañeros tranviarios afrontan la responsabilidad de un servicio colectivo de primordial importancia.»

4-12-37.





# Colectivización y socialización

por Julio BARCO

**M**UCHOS hombres que después de la guerra del 14 descubrieron, por fin, las contradicciones insolubles del régimen capitalista — no había que esforzarse mucho para descubrirlas: bastaba abrir los ojos —, y que se inclinaron hacia el fascismo o hacia el comunismo — tan parecidos, con todas sus diferencias —, creyéndoles salidas del caos a que el capitalismo había llevado, han vuelto después la espalda al fascismo y al comunismo, no salidos del caos, sino continuación del caos bajo otra forma, y andan por ahí buscando asidero a que cogerse.

Si está permitido dudar de la sinceridad de los fascistas arrepentidos — se niega siempre al vencido, y si Rusia hubiera sido vencida en la pasada guerra apenas quedaría un comunista a la rusa en el mundo —, no es posible poner en entredicho la de los comunistas arrepentidos: no se abandona al vencedor sino por razones valederas.

Uno de éstos, preocupado, se ha acercado recientemente a la revolución española, en la que cree, con razón, que había otra cosa, tal vez, segura, cosa que buscaba y no ha encontrado en Rusia.

En su intento de saber qué fué la revolución española, dice: «Es imposible averiguar, por lo menos para mí, y por el momento, el papel representado en esa revolución por los anarquistas, no tanto por su intervención en las tareas gubernamentales, que no quiero juzgar, aunque me lo parezca, inexplicable, cuanto por su intervención constante, en las colectivizaciones. Creo que aquí se iban muy lejos de sus objetivos.»

Sin esperanza alguna de que me lea este respetable buscador de asidero, al que tendría gusto la mano, y dejando de lado, por hoy, el comentario de esa máquina de guerra ya formada, y otros comentarios que igualmente podrán hacerse otro día, o no hacerse, para no lanzar nuevas palabras al viento, voy a tratar de hacer menos imposible la averiguación que persigue.

Defendieron los anarquistas, en efecto, las colectivizaciones. No eran, sin embargo, colectivistas. Aunque el colectivismo tiene, en todo el mundo, y también en España, honrosa tradición, otras doctrinas parecieron a los anarquistas españoles, posteriormente, en sus líneas generales, más acordes con el anarquismo. ¿Por qué, pues, su equiescencia, aunque con reservas, a la colectivización? Las circunstancias mandaban. Se encontraron, a los pocos días de la sublevación militar, dentro de un bloque formado por todas las fuerzas opuestas a su triunfo. En ese bloque figuraban, con ellos, pequeños burgueses liberales y socialistas de diversos matices. Los pequeños burgueses, un poco o un mucho espantados por los acontecimientos aceptaban toda clase de innova-

ciones de carácter social; los socialistas eran partidarios de la nacionalización de todas las fuentes de riqueza, en unos casos, de la municipalización en otros; los anarquistas propugnaban simplemente la socialización. Estaban así dentro de su trayectoria, toda vez que al propugnar la socialización no tenían en cuenta para nada al Estado.

No había manera de entenderse. Entretanto, los trabajadores, con una visión clara de lo que por el momento podía lograrse, habían empezado a colectivizar las industrias abandonadas por los patronos. Los anarquistas se hicieron eco de ese movimiento popular y, ante la tendencia socialista, defensora de la nacionalización, que cerraba el paso a una socialización auténtica, defendieron la colectivización, que dejaba libre el campo para una futura socialización. Salieron adelante en su propósito. Eran instantes en que sus fuerzas, patentes, daban rumbo en la calle a la ofensiva contra la sublevación fascista. Su actitud se veía reforzada por ese hecho, decisivo, y los adversarios (aliados circunstanciales) transigían.

Firmes en defensa de las colectivizaciones, no se contentaron con que éstas alcanzaran solamente a las industrias abandonadas, sino que trataron de extenderlas para que nada importante quedara sin colectivizar. No sin tropiezos ni oposiciones. Pero el camino emprendido había que seguirlo. Se siguió, contra viento y marea. Era, para los anarquistas, el principio de la socialización puesto en marcha. No así, evidentemente, para algunos de los trabajadores a quienes se entregaban las industrias colectivizadas, los cuales juzgaban la colectivización mezquinamente, desde un punto de vista egoísta, particular, estrecho. Era de prever ese inconveniente, herencia de la sociedad podrida que había entrado en crisis el 19 de julio de 1936. Pero sobre él empezaron a hacer hincapié los adversarios de las colectivizaciones — todavía lo hacen —, como si lo anecdótico tuviera algún valor contra lo esencial. Y lo esencial era que el principio colectivista, pese a todos los errores que en su nombre pudieran perpetrarse, abría las puertas a la socialización. Contra ésta iban, en realidad, los tiros. No daban en el blanco, porque los defectos que la práctica ponía en evidencia — defectos de aplicación, que nada tenían que ver con el principio en sí — se iban superando, en la medida que era posible, en medio de la lucha contra los facciosos y de la oposición sorda, pero constante, de los que no querían en modo alguno que las colectivizaciones desembocaran en una socialización total. Así, contra el egoísmo de algunos trabajadores que tomaron la colectiviza-

ción por una especie singular de cooperación, surgió la agrupación de todas las industrias de un mismo ramo, ya lograda en bastantes localidades: modo de que no hubiera privilegiados entre los que se dedicaban a la misma faena; modo de que el obrero tal o cual no creyera que la fábrica en que trabajó hasta julio de 1936 había pasado a ser suya, aunque fuera en mínima parte, ni que los beneficios que se obtuvieran en la dicha fábrica pertenecían exclusivamente a los que en ella trabajaban. La agrupación colectivizaba, para todos los trabajadores, toda la industria; y así no había fábricas ricas y fábricas pobres, sino una industria totalmente en manos de todos los trabajadores en ella ocupados. Se acabó el pequeño interés particularista, burgués con otro nombre, de los primeros momentos. La colectivización entera trabajaba y vivía. No aquella o esta colectivización más afortunadas. Los mecánicos de una ciudad, por ejemplo, eran todos unos; no éstos de un taller que marchaba bien, y aquéllos de otro que no se desenvolvía fácilmente. Había que poner término, en lo hacedero, a la herencia del ayer.

Contra otro peligro, probable, se hizo también lo pertinente. Tal vez, ya las agrupaciones constituidas, la de tal o cual localidad sintiera la co-mezón de vivir mejor que la de tal o cual otra localidad. Y le hiciera la competencia, por cualquier medio, como antes se la hacían los burgueses. La competencia siempre es desleal, digan lo que quieran los que afirman que es un estímulo para producir más y mejor. Había que raer de la conciencia semejantes ideas del pasado capitalista. La competencia no ha llevado jamás a producir más y mejor, sino a llenar el mercado de muchedumbre de objetos radicalmente inútiles. Para evitar la desviación que supondría la competencia entre agrupaciones, se propuso y puso en mar-

cha la formación de consejos generales de industria. Y así como la agrupación reunía toda la industria de una localidad, los consejos trataban de hacer un bloque con la industria de toda una región, de delinear los planes de trabajo y de hacer que en cada pueblo o ciudad se produjera lo que correspondiese, y en la medida que correspondiese: el último vestigio de la burguesía, la posible competencia, quedaría así descartada. La producción se regularía con normas adecuadas, y no ya pensando exclusivamente en su venta, sino en las necesidades que tenía que satisfacer. Nuevo paso hacia la socialización venidera, si es que las cosas habían de ir por caminos a ésta conducentes. Para que la revolución no se frustrara, para que, desde una situación confusa, obligada por la heterogeneidad de las fuerzas que en un principio habían tomado parte en ella, se abriera paso hacia finalidades de tipo socialista, los anarquistas no vacilaron en defender y propugnar las colectivizaciones.

Claro está que, por el momento, por razones circunstanciales ineludibles, tanto las agrupaciones como los consejos generales adolecían de demasiadas intervenciones estatales. Pero de un Estado en crisis y, por lo tanto en trance de desaparecer. Si desaparecía, y a ello se tendía en cuanto intentaban y hacían los anarquistas, los consejos absolutamente libres ya, serían el instrumento, inmejorable, de la socialización. En manos de cada uno toda una rama de industria, las industrias todas podrían ser, sin obstáculo alguno ya, completamente socializadas, puestas al servicio de la colectividad entera, de acuerdo con las necesidades de ésta. Podría empezar el trabajo para el consumo, no para el mercado, como lo era a pesar de todo en aquellos momentos, no obstante el principio colectivista por el cual se regía la producción.



# La justicia popular en nuestro 36

Memorias de un magistrado de fortuna

por Angel Samblancat

## JUSTIFICANTE FORTUITO

**C**OMO fué a los piratas, que ejercían su arriscada profesión en el Caribe, en el Africa oriental y occidental y en el Océano Indico, a quienes se llamó caballeros de la gresca y gentiles hombres de fortuna, debo advertir para desahuciar al buen humor, que pudiera hacer tintinear sus cascabeles a mis costas, que aquí Oidor de fortuna no significa magistrado pirata, sino administrador de justicia *per accidens*, emergencial y como por chiripa.

Fué de ese modo, efectivamente, como vi aupada mi boina poblana a un sillón de barbero caudístico, en que jamás soñé sentarme y cómo subí de Presidente a estrados de Salas, en que la guardia civil me entrara tantas veces, y en que vestí en infinidad de ocasiones la toga de la defensa, llevada con menos prosopopeya que Cicerón y con menos pinturería que Hortensio, pero entre cuyos pliegues pataleé y me revolví más de un día como un loco dentro de su camisa de fuerza.

En un juicio, en que yo patrocinaba al acusado, dijo el Fiscal desbocándose por los trigos de Dios de su requisitoria:

— La condición del inculpado la puede el Tribunal colegir de la calidad del defensor, letrado número uno en la especialidad excriminatoria de atentadores y atracadores y toda la orquesta del pistolismo.

Yo, al quite de la molesta pulga:

— Se ñor Fiscal de S. M., no elijo yo a mis defendidos como Su Señoría, puede hacer con sus justiciables, sino que ellos me escogen a mí. Y no son los ángeles y los santos los que necesitan defensor, sino los ladrones y los asesinos, o los tildados de tales, siendo con frecuencia más inocentes que los policías que los traen aquí.

## CATEGOREMATICA DE LO ANECDOTICO

Los años que llevamos de destierro y de ir sembrando por el mundo pedazos de papel y de tripas, me impide redactar, como hubiera sido mi deseo, una monografía documentada de la justicia penal en nuestra Revolución. Un bagoño nos ha puesto a todos la casa boca abajo. Tejas y mahones salieron de estampia por las ventanas y por la chimenea. Y écheles usted un galgo. Pues idéntico *totum revolutum* produjo el simoún en los archivos de nuestra memoria. Los datos han volado de ella casi todos. Quedan en la misma las impresiones menos fugaces y fundidizas. Un oloroso ramillete de ellas es lo que quisiera ofrecer hoy.

## PATRULLA DE CONTROL AL OJE

Uno de los primeros días de agosto del 36, por la mañana, al franquear el portalón izquierdo del Palacio de Justicia de Barcelona, encontré a un responsable de milicias, que iba al frente de una pequeña partida armada, discutiendo acaloradamente con el teniente de la guardia civil, jefe del zaguanete del Palacio. El diálogo, que sostenían los interlocutores, era poco más o menos del tenor que sigue:

**Responsable de la patrulla:** Esta es la cueva más infecta de fascistas de Barcelona y vengo a limpiarla; a hacer en ella una ligera operación de policía, como dicen ustedes.

**Civilón:** Para practicar registros en este templo de los considerandos, necesitáis un volante del Consejero de Gobernación.

**Patrullero:** Los primeros traidores están en el Gobierno. Quien me ha comisionado es el Comité de Milicias. Saqué hecha una criba la chaqueta en las bagarres del 19 de julio y no estoy para pamplinas protocolarias. Conque yo barro con todas las armas que tenéis ocultas y me llevo amarrados a todos los pillos que desde detrás de la barricada de sus expedientes y sumarios hostilizan a la Revolución.

Conocía yo al buen mozo — espigado y dorado — que hablaba tan en plata y me atreví a terciar en la polémica, dirigiéndome al miliciano amistosamente.

— Permíteme, compañero. ¿Quieres suspender veinte minutos nada más las diligencias que te han encomendado, mientras voy a Pedralbes y vuelvo?

— En atención a ti, no hay inconveniente. Pero date prisa; que lo que he de hacer, no tiene espera.

## EN EL COMITE DE MILICIAS

Conté a Santillán y a los representantes de la C.N.T. lo que pasaba en el Palacio de Justicia, donde pululaban más tricornos que de costumbre.

— Estamos al tanto — me dijeron —. Los muchachos cumplen órdenes nuestras. Se ha de fumigar esa madriguera de reptiles, quiera o no la Generalidad. A propósito: ¿Por qué no te haces cargo tú de aquel caserón? Te extendemos el correspondiente oficio en seguida. Echanos de allí a todas las ratas. Ampárate en el personal nuevo, que hayas menester. Te vas a la Barriada Centro y Orts pondrá a tu disposición 30 fusiles. ¿Tienes bastante? Que te den lo que quieras. Toma tu credencial y este papelito para Orts. Te acompañará Patricio Navarro.



Me erigía el pueblo en armas, árbitro de la justicia de Cataluña; y había de hacerse su voluntad. Me uní en el Paralelo a la veteranía de la Barriada Centro y me encaminé al Palacio de Justicia.

— ¡Qué! exclamó triunfante, mi miliciano, al verme llegar con refuerzos de consideración.

— Continúa los cateos, ocupa todas las armas que encuentres y detén a los tunantes que llevas apuntados en la lista.

Al civilón, que, al ver las picas revolucionarias, se quedara ya demudado, se le acabó de perder en la garganta el timbre del metal laríngeo. Los tinterillos y roedores de los Juzgados ganaron la calle, saltando con la liga a la zoca por las ventanas, que daban al Salón de San Juan bendito. En las Relatorias descolgaban aprisa y corriendo los cristos y retratos del rey, que aún afrentaban allí a las Pandectas.

### EL COMITE SUPERIOR DE JUSTICIA DE CATALUNA

El Comité Nacional de la C.N.T. aprobó lo hecho por sus representantes en el Comité de Milicias. Dos delegados de la Organización Confederada — Batlle y Devesa — vinieron a integrarse en el Comité Superior de Justicia de Cataluña, que, a iniciativa de nuestros Nanos, se constituyó sobre la marcha.

Componíamos el Comité, Devesa, Batlle y yo. Algunos abogados de los Sindicatos Unicos nos ayudaban. No los nombro, porque, salvo Poblaciones, aún viven e ignoro si les puede inquietar la mención. Lo mismo digo de otras personas estimables, que no sé si les lisonjearía el aparecer aquí.

Batlle se puso inmediatamente en comunicación con la Villa, que se había pasado la vida haciendo el oso y ahora era más roja que un madroño; y llamó a nuestro lado al gran jurista Eduardo Barriobero, quien no tardó en hacerse visible.

Los comités obreros de las cercanías del Arco del Triunfo — Gas y Electricidad, estación del Norte, Puerto — nos enviaron emisarios con la consigna de que su inmensa fuerza se hallaba a nuestra disposición. Algunos nos preguntaban cuando quemábamos los archivos de la iniquidad. Cuando yo menos pensaba, me los vi arder con togas, birretes, libros pornográficos y otras gambainas.

El Comité de Fábrica de la Hispanosuíza nos proveyó de automóviles. El control del Mercado Central de frutas y verduras se encargó de nuestro abastecimiento.

Media docena de soplones de la Generalidad rondaban en torno a nuestros tráfgos, para husmear lo que se hacía e ir con chismes a Quero Molares. No les faltó qué oler.

Los Nanos venían con brazadas de armas cortas, largas y semi, cosechadas en la viña del Señor de los del «Compadezco y digo»: Walters, Colts, Parabellums; belgas, de Essen, checoslovacas.

Como la bandera de la F.A.I había sido izada en el pináculo de aquella Bastilla del privilegio,

los trabajadores que pasaban por delante de la sinistra fortaleza, saludaban con aplausos a la enseña rojinegra.

Los funcionarios que habíamos dejado sin colocación, poniéndolos *hors d'état de nuire*, tenían en el papo un migote, que no se podían tragar. Me hicieron notar a un juez de instrucción que nos miraba a la obra, desde detrás de un árbol del Parque. Aquella mañana se había decretado la cesantía fulminante de todo el personal judicial de la Región Autónoma.

Un ex Presidente de Sala, que nada era ya, vino a ponerse bajo mi protección. A todos los que se encomendaban a nosotros, les decíamos lo mismo: «Quien no sea enemigo del pueblo, nada tiene que temer de él». Amanecían soles nuevos, como si saliesen chorreando vivo cobre de la fragua.

### LA OFICINA JURIDICA

El Gobierno de Cataluña encajaba sin pestañear los bofetones que asestábamos a la caricatura, a que había quedado reducido. No podían, sin embargo, los consejeros de la Generalidad ver con peores ojos el seísmo que terremocianaba la caverna de Temis. Y eso que, por respeto a los Usatjes, no habíamos disuelto el megatérico Tribunal de Casación, cuyo Presidente — Gubern — y uno de cuyos mamuts-Comas — se habían largado, tocando el pito a la frontera, al estallar la conflagración. Las restantes momias amenóficas de tan alto Pretorio comen ahora, callados como frailes, rancho franquista.

Para borrar hasta del cristal de nuestros coches el nombre de Comité Superior de Justicia Catalán, que escandilazaba a las beatas del leguleyismo, se constituyó, por decreto del Gobierno de la Generalidad, la Oficina Jurídica.

Era este esperpento un organismo híbrido de apelación e instancia única, al que nosotros dimos carácter de Tribunal revolucionario civil, con facultad de revocar todos los fallos de Audiencia, Juzgados de primer resorte y Tribunal Industrial (de Trabajo), en que hubieran sido pisoteados los derechos del litigante sin padrinos, que es el que en la barra hoy se bautiza.

La Generalidad me nombró a mí Presidente o director de orquesta de tal murga gaditana; confiriéndome atribuciones para asociar a mi trabajo raticida dos letrados adjuntos. Me vi negro o de color de chocolate, para encontrar ni un coadjutor, que me asistiese. Toda la planilla de mascarones del Colegio de Abogados nos era hostil. El derecho, como de costumbre, se torcía cayendo del lado de los Hurtados y de los hurtos más rateros.

Al pasar yo al Tribunal Extraordinario, que tomó en mano robustamente el fuero militar, me sucedió en la Presidencia de la Oficina Jurídica Eduardo Barriobero. Este insigne jurisprudente, asesinado como Batlle y Devesa por la Cruzada, ensanchó la organización y la jurisdicción de la Oficina Jurídica, rodeándose de media docena de jueces poco afectos a la paja quodlibetal y de toda la influencia del jefe de tan importante Centro.

Recuerdo un Fiscal, que, los domingos, para

descansar; se iba al frente de Aragón a pegar tiros. El resto de la semana, cazaba fascistas en la capital.

### EL TRIBUNAL POPULAR EXTRAORDINARIO

Los facciosos, que tanto en Madrid como en Barcelona, teníamos presos, en contacto con la quinta columna de rejas afuera, amenazaban desde sus locutorios a nuestras guardias con un alzamiento general.

En la capital chulapa, la actitud provocadora de los detenidos motivó un asalto a las cárceles y la ejecución por la exasperada multitud de numerosos rehenes: de los que iban a hacer de camareros, cuando Mola y Queipo de Llano se sentasen en la mesa que se les había dispuesto en la Puerta del Sol, para servirles el soconusco. Entre los fusilados en la Celular de la Moncloa, figuraban el loro astur Melquiades Alvarez, la pepa agraria Martínez de Velasco y el compañero de juergas de Miguel Primo de Rivera, general Dabán.

Los presos fascistas de Cataluña eran particularmente peligrosos. De modo muy singular, los militares rebeldes de la guarnición de Barcelona, aprehendidos el 19 de julio con las armas en la mano, y que a buen recaudo fueron puestos en las bodegas del « Uruguay », vapor de 14.000 toneladas, arrumbado en una dársena del puerto, pero que aún se tenía encima del agua.

Ante el temor de que la osada soldadesca, desarmando a sus custodios y ayudada por cómplices zarpados de los muelles, consiguiera evadirse en algún lanchón y promover un conflicto grave en la Ciudad Condal, el pueblo hubo de conminar a las autoridades con hundir el barco-escuela, si no se castigaba rápidamente a las primeras figuras del cuartelazo del 19 de julio.

Como hacían oídos de mercader al público clamor los que estaban obligados a recogerlo, una patrulla incontrolada forzó la escalera del « Uruguay » y se llevó al general Legórburu, a los coroneles Moltó y Jiménez Arenas, al teniente coronel Sanféliz y a otros peces gordos del Estado Mayor de la 4a División. En número, creo que de siete. No se ha sabido nada más de ellos.

A los pocos días eran juzgados, condenados a muerte y baleados, en el mismo foso de Montjuich en que cayó Ferrer Guardia, los generales traidores Goded y Fernández Burriel; así como los cabecillas militares López Varela, López Belda, López Amor y Lizcano de la Rosa. Los tres famo-

sos López de la lobada infantescoartillera de Barcelona; y la florecita del ramillete.

Una semana más tarde, prohijado un decreto del Gobierno de la República, el de la Generalidad creó en Barcelona el Tribunal Popular que ya funcionaba en Madrid y que había mandado al pelotón al perico maromero lerrouxista Salazar Alonso, introductor del estraperlo en España, a pesar de lo cual viajaba como su jefe sin careta.

El Tribunal Popular de Barcelona instituyóse con carácter extraordinario, por serlo también los delitos de rebelión militar, en que había de entender exclusivamente.

Túvose intención de investirme a mí de la Fiscalía; pero, me quedé en primer adjunto. Todo ello, sin contar con mi opinión para nada, ni consultarme siquiera previamente porque era conocida mi incondicional adhesión a la causa del proletariado en armas.

Un mes después, al posesionarse del cargo de consejero de Justicia de la Generalidad Andrés Nin, reformó izquierdizándolos los Tribunales Populares de Cataluña y elevándome a mí a la Presidencia del Especial, suprimiendo los adjuntos técnicos y autorizándome para agregar cuatro compañeros del Ramo Fabril y Textil al núcleo de los jurados-jueces.

El Tribunal Especial o Extraordinario sesionó al principio a bordo del « Uruguay »; después, en el castillo de Montjuich — bajo el fuego de un bombardeo, esa noche —; y, finalmente, en la Sala primera de la Audiencia de Barcelona.

Vió y falló las causas de la plana mayor de siete regimientos de la capital; del 8º de artillería de Mataró y de numerosos jefes y oficiales de la Guardia civil y de asalto implicados en la rebelión.

Pronunció alrededor de 200 sentencias de muerte, a un centenar de las cuales se les dió cumplimiento en el Campo de la Bota, en presencia de millares de obreros y obreras de las fábricas de San Andrés, Pueblo Nuevo, Badalona y San Martín. Los graциados de perdón o conmutación de pena por el Gobierno de Cataluña no bajaron de otro centenar.

Muchos de los indultados lograron fugarse del presidio y de los campos de trabajo, con la complicidad de los elementos sospechosos que pudrían las alturas del régimen. En pocos días, esos saltatapias ganaban la frontera, se iban a Burgos y no tardaban en ocupar su puesto en los frentes fascistas, donde no se cansaron de hacernos fuego hasta el fin de la guerra.

De esas escapadas ninguna responsabilidad alcanza a la C.N.T. El Tribunal Extraordinario desatendió siempre toda clase de recomendaciones, incluso cuando el Presidente Companys se interesó personalmente por la suerte de un nieto de Joaquín Costa, que salió el 19 de julio a combatirnos en la calle al frente del 4º escuadrón de caballería de Santiago. A este pajarraco estimó el Tribunal que se le había de ajusticiar dos veces. Primeramente por desleal a la República. Y después por serlo también a la memoria de su gran abuelo.



## Capacidad constructiva del anarquismo

# Cataluña, baluarte de la revolución

*« Cataluña, en sólo tres meses, ha logrado sustituir al viejo orden, derrumbado por un nuevo orden social, revelando — ellos, los anarquistas — un gran sentido de la medida del realismo y de la organización».*

CARLOS ROSELLI

Este artículo —que reproducimos en fragmentos— fué escrito por Carlos Rosselli en noviembre de 1936 en el frente de Aragón, en donde actuó en compañía de los malogrados Angeloni y Fosco Faschi.

Un año después, Carlos Rosselli fué asesinado en las cercanías de París —en donde curaba sus heridas, recibidas en España—, en compañía de su hermano Nello. Autores de este crimen lo fueron los «cagoulards» franceses supeditados a las órdenes de Mussolini.

**C**ATALUNA tiene hoy en sus manos los destinos de toda España. Así creo poder resumir, después de dos meses y medio en el frente, mis impresiones sobre la situación española.

El pesimismo que domina en muchos ambientes amigos me parece injustificado o exagerado. Si Madrid está rodeado, si el sur está en gran parte en manos de los rebeldes, todo el litoral del Mediterráneo, toda Cataluña son entusiásticamente republicanos. Cataluña por sí sola significa el 24 por ciento de la población, la mitad de la riqueza, las tres cuartas partes de la industria y del comercio españoles. Desgraciadamente, Cataluña carece de industria pesada y de fábricas de armas y municiones.

En el frente aragonés, a 350 kilómetros del mar, un importante ejército catalán que cada día mejora en disciplina y eficiencia, está atacando. Franco está a 20 kilómetros de Madrid, pero Durruti está a 15 kilómetros de Zaragoza, la principal plaza española. Cataluña, en sólo tres meses, ha logrado substituir el viejo orden derrumbado por un nuevo orden social, revelando — ellos, los anarquistas — un gran sentido de la medida, del realismo y de la organización.

El que haya visitado a Barcelona en julio y agosto, no la reconoce ya hoy. Han desaparecido los civiles armados, las barricadas, la circu-

lación caótica, la multiplicidad de los controles. Barcelona tiene hoy inclusive los taxis, como así también los espectáculos.

Como es natural, hay más igualdad entre los ciudadanos. No se ven más sombreros femeninos ni joyas en paseos elegantes. El tono de la vida es más serio. Y en las oficinas públicas hierve intensísima la vida, la vida de una revolución efectiva y constructiva. Cataluña es el país donde todas las fuerzas revolucionarias se han unido en un programa socialista y sindical concreto: socialización de las grandes industrias y latifundios — con indemnización para las empresas extranjeras — respeto de la pequeña propiedad y de las pequeñas industrias, pero sometidas a control obrero.

No soy anarquista, pero creo que es un deber de justicia iluminar a la opinión acerca de las características del anarquismo catalán, (1) demasiadas veces presentado como una fuerza crítica y destructiva, y hasta criminal.

El anarquismo catalán es una de las grandes corrientes del socialismo occidental. Arranca de Bakunin y Proudhon, de la I Internacional, y ha seguido proclamando la virtud de la organización obrera. Y es justamente por su fe en la organización obrera y en la acción directa que ha combatido a los partidos políticos socialistas en los que veía, como Sorel, un peligro burocrático y reformista. Los socialistas libertarios de Cataluña pertenecen a la categoría de los voluntaristas, que creen que el progreso social no es el resultado mecánico del desarrollo de las fuerzas productivas, sino del esfuerzo creador y de las luchas de las masas. El socialismo marxista arranca de las masas, de la colectividad. El comunismo libertario, del individuo: quiere personalidades fuertes, conscientes, sociales, que sepan afirmar en el círculo de su vida interna y externa el hecho emancipador. La revolución tiene que hacer del individuo el instrumento, la medida, el fin. No concentración y regla burocrática: en su lugar, libre concentración de hombres libres, federalismo económico y político, libertad activa y positiva en todas las esferas de la existencia. Humanismo libertario, eso es el anarquismo catalán. Su pasión por la cultura es conocida. Su mártir máximo es un educador: Francisco Ferrer. Cataluña está llena de revistas y de periódicos.

Los anarquistas «expropiadores», los Durruti, los Ascaso, los Jover, los García Oliver en el



tiempo en que todos los trataban de bandidos, fundaban en París, una... librería editora. Entre paréntesis, Stalin, ¿no fué él también un «expropiador»? En Cataluña está haciendo una nueva forma de democracia social, síntesis teórica y práctica de la experiencia rusa con la herencia de Occidente.

El anarquismo catalán es una fuerza ingenua y fresca, en algunos aspectos seguramente primitiva, pero justamente por esto abierta hacia el porvenir. Sus hombres más destacados no son viejos personajes reblandecidos por 30 años de parlamentarismo. Son jóvenes revolucionarios, de 30 a 35 años, madurados en las cárceles, en el exilio, dotados de una visión amplia y práctica de la vida. No están atados por una doctrina meticulosa y estática. Su socialismo se alimenta de la experiencia y su personalidad es demasiado fuerte para no comprender las duras exigencias de la guerra y de la revolución.

.....  
 Revolucionarios doctrinarios, literatos, reformistas, hombres de la II y de la III Internacional, gobernantes de Madrid que torcéis la boca cuando os hablan de anarquismo catalán, acordaos del 19 y 20 de julio en Barcelona. Uno de los mejores generales españoles, Goded, ha-

bía preparado científicamente el asesinato de Cataluña. 40.000 hombres de la guarnición ocupan por sorpresa los puntos estratégicos; teóricamente, Barcelona había caído.

Pero Barcelona es la CNT, son miles de obreros revolucionarios, de conductores jóvenes y enérgicos, los que han aprendido que la revolución no es obra ni de la Historia, ni de la Economía, ni de un Partido, ni de un Comité: es obra del individuo, que lleva en sí mismo todas las posibilidades y todas las responsabilidades del porvenir. En un instante esos obreros, esos hombres, recordando las lecciones del 14 de abril de 1931 y del 6 de octubre de 1934, se arrojan a la lucha: atacan las ametralladoras, los cañones, con revólveres, cuchillos y camiones. En pocas horas el fascismo feudal es barrido, y toda Cataluña es libre. Y después de una semana las primeras columnas armadas toman la ofensiva en Aragón.

Concluyo de la misma manera que he empezado: Cataluña tiene en sus manos los destinos de España y de la revolución.

CARLOS ROSSELLI

(1) Rosselli conoció el anarquismo español en Cataluña.



# HAN RYNER

**Y**O no creo que un espíritu tan vasto —destructor de las leyes sociales—, haya llevado tan lejos como Han Ryner, la dulzura en su revolución.

Lo que en él, nos va al corazón, es esa mirada de infancia que sueña al hombre, que lo exige fraternal, y que, por amor, de él nos mana un encanto familiar, tan fácil, que verdaderamente ha inventado la fraternidad como estremecimiento en el arte.

¡Querido Han Ryner, qué placer tan grande fué trabajar contigo, y cuán hermoso fué nuestro desacuerdo!

¡Cómo me has fortificado en el arte de preferir por el espíritu y por el placer, mis adversarios a mis amigos!

Y además, tú, gran orador, el solo que me haya dado escuchar en el bajo cielo, ¡tan bajo!, siempre eres íntimo en elocuencia, y aunque la plática se cierre bajo la metralla de las miradas extrañas, sacas de la sombra tantos horizontes como capítulos. Y digo capítulos, porque tu lenguaje hace libros; felizmente, pues eres demasiado rico en hallazgos para tener tiempo de escribir, y se te debe estenografiar, captando así tu libro al vuelo de la palabra.

Has probado, a la inversa de lo que se creía, que el gran estilo directo y activo, es el de la conversación profunda. Pero has podido poner alas al diálogo, asombrándonos, pues donde los Antiguos empleaban la evidencia, has surcado la espontaneidad, agotando el tema cada vez, recomenzando así la poesía al volverte hacia otro auditor.

¡Cómo nos conmueve, tu universal cartica, encanto circular que a todo el mundo mece y consuela!

No olvido tus grandes palabras directrices de nuestro libro hecho a dos: tú me dijistes: El poema de la felicidad está en atraso, ¡avanzémosle! — Y has añadido: «Solo el amor arranca un ser al rebaño». ¿Quién pues mejor que tú mismo, ha podido coincidir con mi fe? Me has ayudado a pasionar el pensamiento, y a veces, a exaltar la alianza, por haberla acosado bien.

Demasiado es ya todo esto para que olvide todo lo que nos separa, para que lo olvide con alegría y triunfo.

Y ¡ha de quebrarse nuestra unión de pensamientos, si raramente estuvo en las praderas placenteras, al menos, mientras ha durado, nunca se ha marchitado.

Querido Han Ryner, cuán brillante has sido defendiéndome, sintiéndote más libre en mi casa que en las otras y, cómo tu gran dulzura ha centralizado todos tus dones heroicos.

¿Nos traes, querido Han Ryner, según nos dices, una voluntad de armonía? ¡Puede que así sea! Pero lo que sabemos bien, es que tú eres una fecha de la armonía.

Mme. AUREL

NOTA. — Mme. AUREL escribió un libro con HAN RYNER titulado EL DRAMA DE SER DOS (*Le drame d'être deux*). Fué editado en Lyon (Les Editions du Fleuve, 1924). V. M.

# No es el hambre quien nos hizo revolucionarios

**A**l hombre sometido a una premisa, o sujeto a error, le es difícil a veces reconocer el sentido de lo justo. Incluso compañeros no nacidos en España obedecen al prefijo de que los españoles somos revolucionarios acuciados por una necesidad de orden corporal. Y no es eso. Lo decimos tajantemente, en aras de la verdad. El movimiento anarcosindicalista español no es un movimiento de peones, exclusivamente. El revolucionarismo hispano se nutre, mayormente, de individualidades, de seres conscientes, no importa si gañanes, albañiles o ingenieros.

En el núcleo creador de la Sección Española de la Primera Internacional encontramos a Julio Rubandonadeu y a F. Córdoba, periodistas; a N. Rodríguez, lampista; a J. Fernández, broncista; a A. Cenegorta y E. Borrel, sastres; a M. Cano, M. Lángara, Q. Rodríguez, B. Rodríguez y J. Jalvo, pintores; a F. Mora y M. López, zapateros; a A. Cerrudo, dorador; a A. Lorenzo, J. Poysol, T. Fernández y T. González Velasco, tipógrafos; a J. Rubandonadeu, litógrafo; a J. Adsuar, cordelero; a A. Gimeno, equitador; a E. Simancas y T. González Morago, grabadores; a A. Mora, carpintero.

Miembros muy activos de dicha Internacional en su derivación anarquista, lo fueron Monturiol, inventor del submarino; García Viñas y Sentinón, doctores; C. Gomis, pedagogo; Fargas Pellicer, escritor, y el citado Lorenzo.

Inmediatamente después de éstos destacan como impulsores del anarquismo P. Esteve, Pellicer Parayre, J. Prat, F. Salvochea, L. Bonafulla, J. Llunas y J. Mir, publicistas; Teresa Mañé y J. Montseny, profesores; Tarrida del Marmol y R. Mella, ingenieros; P. Vallina, doctor. Y el albañil F. Tomás. He ahí, amigos que os dejáis equivocar, parte del honroso capítulo de voluntades a las cuales debe existencia el revolucionarismo español.

Modernamente, el anarquismo en España ha registrado la participación valiosa de Ferrer Guardia, A. Loredo, Sagrista, Teresa Claramunt, Sánchez Rosa, R. Macho, S. Oliva, V. Ballester, J. Villaverde, S. Seguí, I. Puente, hermanos Alcrudo, J. Peiró, C. Gracia, J. Arranz, Esgleas, Bajatierra, labriegos, artesanos, artistas e intelectuales que mantuvieron, y aumentaron, el calor espiritual de este revolucionarismo español que es consciente y libérrimo y no una mísera consecuencia del hambre...

Docenas de millares de compañeros profesionalmente capacitados atestiguan que el problema de la Revolución en España no es un trasunto de envidias y degluticiones. De seguir el consejo del es-

tómago, centenares y miles de entre ellos no habrían sufrido encierro, palizas y muerte en manos de los esbirros a sueldo del capitalismo.

Durante la guerra que sostuvimos con el fascismo, las industrias de paz fueron rápidamente transformadas en forjas y manufacturas de guerra gracias al esfuerzo de los trabajadores especializados, amén del servicio de la técnica, que no se reveló lo suficientemente entusiasta.

Después del desastre español, y en los inicios de la guerra mundial segunda, un centenar de compañeros metalúrgicos fueron trasladados de los campos de concentración a los talleres de Marsella, causando gran sorpresa entre el elemento metalario de aquella población debido al acabado profesionalismo de nuestro puñado de cenetistas. Cuando perdida la guerra el gobierno francés ordenó a los industriales desprenderse de la mano de obra extranjera, los burgueses metalúrgicos de Marsella resistieron lo más posible la orden que les privaba de unos operarios calificados. Sin trabajar, estos cien hombres percibieron íntegro su salario durante tres meses, por voluntad expresa de sus ex patronos.

Las huelgas generales conmemorativas del Primero de Mayo nada tuvieron que ver con el hambre de las masas obreras, ni la Revolución antimilitarista de 1909, ni la turbamulta de huelgas generales y parciales desarrolladas en España en el período que va del año 1910 al 1936. La propia Revolución de julio del último año citado fué una heroica réplica a la insubordinación fascista, mientras pueblos más hartos (?) abdicaban frente al fascismo a los primeros tiros o antes de que se disparara uno solo de ellos.

El fascismo arraigó y sostuvo al ejército de Franco en las tierras más miserables de España, en los predios más atrasados, en donde se ganaban salarios infames y el feudalismo seguía en pie. En cambio, la reacción contra el fascismo se levantó en Cataluña, en Levante, en el Norte y en el Centro en su parte más evolucionada. Puntos luminosos como Sevilla, Zaragoza, Valladolid, Logroño, Pamplona y Huelva, fueron extinguidos por la fuerzas africanas, por la periferia en atraso, o por la ola de rifeñismo y clericalismo sobre un lugar desatada.

No hay retórica en este trabajo; pero en su síntesis, encierra una indestructible verdad.

JUAN FERRER

# Ensayos comunitarios en Norteamérica

Las teorías del francés Carlos St. Simón, no hallaron eco en los Estados Unidos. La filosofía de Roberto Owen, ganó importancia arraigando en este país sin obtener el mismo grado de influencia que alcanzó en Inglaterra, país de su origen. Por otra parte, el sistema propagado por Carlos Fourier, se desarrolló con mayor entusiasmo y fuerza en Estados Unidos que en la misma Francia de su origen. Mientras tanto el movimiento ICARIO — puramente experimental — aun nacido en Francia, halló su aplicación práctica en los Estados Unidos.

Fueron múltiples las causas que contribuyeron a hacer de Estados Unidos el principal laboratorio experimental de ideas de todos los matices. «Por regla general — dice el historiador Morris Hilquit — los experimentadores abrigaban la esperanza de que sus colonias llegarían a desarrollarse gradualmente en una completa sociedad de alto grado de civilización. Para tal propósito necesitaban grandes extensiones de terreno alejados de las corruptoras influencias de la vida moderna. Esas clases de tierras existían en Estados Unidos a principios y hasta mediados del siglo XIX.»

No se conoce con exactitud el número de Colonias de carácter comunal fundadas en el país durante el siglo XIX. El autor de «Socialismo Americano», John Humphrey Noyes, nos dice que en 1869, el número de tales Colonias, exclusivamente del tipo denominado « Shakers » (sectarios) era de 60. En 1875, el historiador Nordhoff, añade 13 más, en las que existían 58 familias de carácter religioso. Continúan otros escritores como Marc. Shaw, que anota en 1884 cincuenta Comunidades, organizadas desde 1870 y el Reve. Mr. Kent, también contribuye en 1901, con su investigación a aumentar en número con 25, Comunidades y Hermandades, establecidas en nuestros días. Dice el autor.

Basándonos en las declaraciones, aunque fragmentarias, de varios autores puede asegurarse que, las comunidades existentes en diferentes partes del país durante el siglo XVIII, alcanzaban a varios centenares, y el número de personas que en un tiempo u otro participaron en estos experimentos alcanza a cientos de miles. De las diferentes escuelas que participaron en el desarrollo de las comunidades estadounidenses, sólo nos interesan aquéllas que, en una forma u otra, han contribuido al desarrollo del movimiento social, las que podemos dividir en cuatro grupos:

## 1° — COMUNIDADES SECTARIAS

Este grupo se componía de emigrantes alemanes y se daban el nombre de «Shakers» «Los perfeccionistas». Su principal objetivo era el de obtener libertad sin límites para el ejercicio de sus peculiares creencias religiosas. Su comunismo era secundario; en algunos casos introducido solamente en su sistema religioso, y en otros como medio de preservar la integridad de su secta, ausente de teorías de reconstrucción social. No hacían propaganda y sus colonias en vez de servir de ejemplo y lección a las demás eran más bien retiros para ellos mismos, que dominaban «Comunidades Religiosas», diferenciándose de otros del mismo título por la peculiaridad de su naturaleza sectaria. Estas comunidades fueron las más antiguas en relación al tiempo y las más fuertes en número. Aun hoy existen vestigios de ellas en el país. En la Historia del Movimiento Social ocuparon una parte secundaria e insignificante.

## 2° — « OWENISTAS »

De este grupo de comunidades unas fueron fundadas directamente por Owen y otras bajo su influencia y propaganda. Fueron las primeras comunidades organizadas en Estados Unidos con un fin general de progreso y teoría social. Sólo doce de ellas se salvaron del fracaso. El experimento de estas Colonias se extendió desde 1825 hasta 1830.

## 3° — Las « FOURIERISTAS »

Estas fueron organizadas por los americanos admiradores de Carlos Fourier. En su plan de organización se esforzaban para aproximarse, lo más posible, al ideal de las Comunas Industriales, designadas en el sistema de Fourier como «Falanges»; y muchas de ellas así fueron conocidas.

El « Fourierismo » fué el primer sistema que logró elevarse con dignidad a la categoría de Movimiento Nacional en los Estados Unidos. A pesar de su corta duración de 1840 hasta 1850, produjo en aquella década memorable una rica cosecha de experiencias sociales. Más de cuarenta surgieron en todo el país.

## 4° — LAS « ICARIAS »

Agrupaciones o Comunas, como se las quiera designar fueron una serie de constantes experimentos salidos de un simple proyecto francés de Etienne Cabet; y, a pesar de que su existencia era conocida en cinco Estados de la Unión, y ba-



jo diferentes nombres, deben considerarse como una sola comunidad. Dice H. Morris.

La Comuna original « Icaria » fué fundada en 1848, sus numerosas ramificaciones formaban un constante proceso de facciones e inmigraciones, prolongando así su existencia hasta cerca de medio siglo. A pesar de desarrollarse en suelo americano, el experimento fué puesto en práctica exclusivamente entre franceses, que muy poco o nada contribuyeron con su influencia en la reforma moderna de los movimientos sociales.

« The Harmony Society ». Esta es otra secta « comunista » que como otras ya anotadas, su comunismo no salía de los límites de sus dominios y se practicaba solamente entre sus miembros, y que por la tanto su contribución al desarrollo de los experimentos sociales de la época, ha sido nulo. Anoto estas líneas solamente como acontecimiento histórico.

A muy pocos kilómetros de distancia de la ciudad de Pittsburg, en el Estado de Pennsylvania, hay un villorrio compuesto por un centenar de casas propiedad de unos viejos autócratas de costumbres puritanas, que se atribuyen el derecho de supervisión estricta sobre las costumbres, hábitos y comportamiento de los demás habitantes: El nombre del lugar es « Economy » (economía). Oficialmente es conocida por Sociedad de la Armonía, « Harmony Society ». Pero es más popular el nombre de « Comunidad Rapista ». Por haber sido fundada, hace más de un siglo por George Rapp, principal promotor de una secta religiosa en Württemberg, Alemania, que denominaban « Separatista ».

Las creencias peculiares de esta secta provocaron la persecución tanto por parte del gobierno como de la Iglesia oficial, y George Rapp, con sus adherentes decidieron emigrar saliendo de Alemania 600, agricultores en 1804, con dirección a Estados Unidos, pasando por Baltimore y Filadelfia. Entre este grupo había hombres cultos de talento artístico y administrativo como Frederick Reichert, adpotado como hijo por el fanático Rapp. En muy pocos años lograron construir casas, escuela, iglesia, talleres y fábricas, preparando además centenares de hectáreas de terreno para cultivo. A pesar de su prosperidad decidieron buscar mejor terreno y en 1814 venden toda la propiedad por cien mil dólares y se encaminan a Indiana; adquieren gran extensión de terreno y empiezan de nuevo la tarea, llegando a desarrollarse un importante y próspero centro de poder y riqueza. En 1824 contaba con más de mil personas. En aquel mismo año la fiebre malaria invade la colonia y decidieron venderla. Después de esperar mucho tiempo se presenta un comprador; éste era Robert Owen. Fué entonces cuando adquirieron la propiedad de la « Economy », que aún poseen. En 1826, visita aquella colonia el duque de Saxe-Weimar y expresa gran admiración por cuanto allí se había hecho, pero sobre todo la visible felicidad de los colonizadores. En 1831, se presentó en la colonia un personaje llamado « Conde Maximiliano de León », vestido lujosamente con todo el atavío de noble, incluso del cor-

tejo que le acompañaba. Manifestó a aquellas simples gentes estar de completo acuerdo con sus creencias religiosas y deseaba ser admitido como miembro; aquellas gentes sin malicia lo recibieron muy cordialmente sin averiguación alguna. El « Conde de León » resultó ser aventurero impostor llamado Bernhard Müller, que pronto comenzó a minar las honradas creencias de aquellas simples gentes hasta que logró dividir las y la separación fué inevitable. Al contar los adherentes de cada facción, había 500 miembros fieles a los principios del padre Rapp, y 250 se adhirieron al « Conde » y recibieron por su parte de la propiedad 105.000 dólares. Con el « Conde » impostor al frente se mudaron para Phillipsburg, para establecer allí una nueva colonia; pero el astuto « Conde » los abandona y con el dinero se fué para Alejandria, en el Red River, donde le atrapa el cólera y fallece en 1833. Los seccionistas sin recursos se desbandan.

### LA SECTA DE LOS ZOAR

Esta comunidad igual a la « Economy » fué fundada por los separatistas emigrados de Württemberg. Los fundadores de esta secta habían sostenido obstinadas luchas contra el gobierno de su país, provocando la más violenta enemistad por su oposición a las doctrinas religiosas, y principalmente por su decisión negativa a servir en el ejército y educar a sus hijos en las escuelas públicas, por lo que eran repetidamente multados, encarcelados o expulsados de un pueblo a otro hasta que se determinaron a emigrar a Estados Unidos. El primer contingente de 200 llega a Filadelfia en 1817, llevando como dirigente a Joseph Baumeler, y establecen su colonia en el Condado de Tuscarawas, Ohio, la que denominaron ZOAR. Al principio no intentaban formar una comunidad, pero bien pronto se les presenta el problema de enfermos, viejos e incapacitados para el trabajo productivo, y en abril de 1819, deciden en favor de la comunidad y a partir de esa fecha empezaron a prosperar...

El director de esta secta, que se cambió el nombre y se hizo llamar Bimeler, era un analfabeto enamorado de su palabra, que pronunciaba discursos y sermones que fueron recopilados e impresos en tres volúmenes en octavo, que son el mejor tesoro de los zoaritas.

Esta secta prohibía el casamiento, pero después de doce años de celibato, descubrieron que no era nada agradable la vida en la soledad y revocaron el acuerdo. ¿ Aqué se debe tal cambio? Veamos: El jefe Bimeler cayó enfermo ya en su evanzada edad, y la comunidad nombró una hermosa joven para atenderlo; al parecer enamorado, fué el primero en aprovechar aquel acuerdo. El 1832 la Comunidad fué incorporada de acuerdo con las leyes del Estado y adquiere el nombre de « Sociedad Separatista de Zoar; contaba en esta fecha con 500 miembros, y el progreso era rápido. Según nos dice Nordhoff en 1874 todavía tenía 300 miembros y un millón de dólares de capital.

Todos sabemos que los pobres nos libramos de

muchos dolores de cabeza por no tener necesidad de discusiones sobre intereses. En esta comunidad, y podrían nombrarse otras, mientras fueron pobres existía la más perfecta armonía luchando contra las adversidades de la vida para subsistir, pero la acumulación de riqueza despertó la avaricia, de cuyo mal los religiosos no están exentos; y por fin en 1851 y después en 1852, piden a los tribunales de Ohio su intervención para obtener la disolución de la Comuna. A pesar de ello la lucha continuó otra vez con más ímpetu hasta que en 1898 fué finalmente solucionada por mayoría de votos, repartiéndose el capital, y cada miembro recibió la cantidad de 1.500 dólares.

Es curioso notar que en todas estas Comunidades primitivas era el afán de posesión de riqueza una fuerza dominante en aquellas gentes simples, entrando por lo tanto en ello la explotación y la avaricia, que alcanza hasta nuestros días.

### AMANA

Esta Comunidad, tratándose del número de miembros, es la más fuerte de todas las sociedades comunistas supervivientes: fué fundada por una secta que denominaban «Sociedad de Verdadera Inspiración» (The True Inspiration Society), teniendo origen en Alemania a principios del siglo XVIII. El dogma de esta fe estipula que **Dios, de tanto en tanto, inspiraba a ciertas personas, que luego venían a ser instrumentos directos de su deseo.** Esta, igual a otras sectas ya anotadas, era objeto de persecuciones constantes por parte del gobierno, y su estancia en Armensburg, se hacía cada día más imposible y deciden emigrar. Entre los años 1820 y 1840, un numeroso grupo de creyentes se reunió en torno a los inspiradores de esta secta, Christian Metz y Barbara Heynemann; y por **inspiración** se nombran para conducir la congregación hacia los Estados Unidos, desembarcando en Nueva York en 1842, y luego con otros emigrantes que llegan se establecen en Buffalo, dando el nombre de «Eben-Ezer» a su colonia.

Esta secta igual a la de Zoar, ya nombrada, no fué establecida como comuna, pero para la construcción de fábricas y talleres se necesitaba la cooperación de todos; y aquí copio de «Sociedades Comunistas», de Nordhoff: «A este punto fuimos comandados por inspiración — dijo uno de sus miembros — para juntar nuestros medios y vivir en comunidad; pronto hemos visto que no hubiéramos podido continuar adelante ni continuar juntos de ninguna manera». Lo que nos demuestra que todo este llamado «comunismo» fué una necesidad, la necesidad de vivir, y no una convicción.

No es de extrañar que con el rápido progreso de esta comunidad tuvieran nuevas **inspiraciones**, esta vez fué la de mudarse hacia el Oeste. En 1855 se establecían en Davenport, Estado de Iowa, en una gran extensión de terreno organizan la «Sociedad Amana», que todavía existe floreciente, doblando su población original, que consiste actualmente de siete pueblos separados con un total de 1.800 habitantes (1). Es curioso notar que cada uno de estos pueblos tiene por separado, iglesia,

taberna y escuela. «Cada familia vive por separado en su casa, pero hay varios comedores en el pueblo en donde los hombres usan mesas diferentes a las de las mujeres, para evitar tontas conversaciones y conducta inaceptable». Esta secta no prohíbe el matrimonio, pero tampoco lo apoya; consta en los registros de la organización la expulsión de uno de sus **divinos instrumentos**, Bárbara Heynemann, por «inclinarse demasiado su vista hacia los muchachos jóvenes».

El casamiento es permitido solamente con la aprobación de la comisión regente. Pero las ceremonias matrimoniales son tan desalentadoras y tristes, que dan algo que pensar a cualquier hombre antes de dar tal paso; tienen gran parecido a las ceremonias fúnebres.

### BETHEL Y AURORA

El pueblo de Bethel, en Sheby, Missouri, y aquel de Aurora, cerca de Portland, Oregón, eran comunidades hermanas; hijas gemelas de la imaginación del Dr. Keil, que resultó ser un megalómano charlatán, nacido en Prusia en 1812, donde practicó el oficio de sombrerero, hasta que decidió emigrar a los Estados Unidos. Después de una breve estancia en Nueva York aparece en Pittsburg proclamándose doctor, que según él, practicaba «curas magnéticas» guiado por un libro de recetas escritas con sangre humana. Bien pronto cambia de rumbo, quema su libro «milagroso» y se une a la Iglesia methodista, la que pronto abandonó para formar negocio aparte por cuenta propia con una nueva secta, llegando a reunir un considerable número de personas de muy poca inteligencia y menos iniciativa, en mayoría alemanes y holandeses, que aun hoy, se conocen con el nombre de «Pensylvania Dutchs» y algunos de los abandonados por el ya nombrado «Conde de León». En esta fecha, 1814, Keil y sus adherentes conciben la idea de formar colonias comunistas y se dirigen a Shelby, Missouri, donde a los diez años habían desarrollado un pueblo de 650 habitantes. El espíritu inquieto de Keil lo impulsa a emprender nuevos experimentos y en 1885 se dirige hacia las costas del Pacífico, al frente de 80 de los colonizadores de Bethel, y en el primer año organiza la colonia Aurora en Oregón; organiza nuevas industrias, duplicando algunas de las de Bethel. Estos no sólo apoyaban el matrimonio sino que lo animaban. Cada familia vivía en su casa por separado.

De todas las comunidades religiosas Bethel y Aurora, era la que tenía la organización más libre; se sostenía la unión por la influencia personal del doctor Keil. Al morir éste en 1876, Bethel se disolvía en 1880. Aurora sigue el mismo camino en 1881.

### «ONEIDA»

Fué la creación del mismo historiador del «Comunismo en los Estados Unidos», John Humphrey Noyes, nacido en Vermont en 1811; durante sus

(1) «Amana», estudio del Comunismo religioso», por Richard T. Ely.

estudios teológicos desarrolló la teoría de una serie de doctrinas religiosas que luego denominó «Perfeccionismo». En 1834 regresa a su pueblo natal, Putney, Vt. y entre su familia y amigos organiza la secta concebida por él. En 1847 contaba con cuarenta adherentes. Este movimiento era al principio puramente religioso, pues los «perfeccionistas» no tenían simpatías por la renovación social. Pero la evolución de sus doctrinas religiosas, unidas a la lectura del «Harbinger» y otras publicaciones de las teorías «fourieristas», los condujo gradualmente al comunismo, y en 1848 establecen la colonia «comunista» en Oneida, Estado de Nueva York. Durante los primeros años de experimento tuvieron que afrontar muchas dificultades y el éxito fué muy insignificante. Noyes y sus adherentes (al parecer gentes de medios económicos) en enero 1° habían invertido la suma de 107.000 dólares, mientras el valor total de la colonia era solamente de 67.000 dólares. Pero la experiencia adquirida les fué de gran valía. Organizan cuidadosamente nuevas industrias, y sus productos pronto obtienen favorable reconocimiento en el mercado y a fines de 1857, por primera vez salen sin pérdidas. Pero durante los diez años siguientes obtienen una ganancia de 180.000. Organizan nuevas colonias. En 1874 contaban con 300 miembros, que se concentraba en Oneida, Wallingford, Conn.

La Comunidad Oneida, fué la más importante de todas las comunidades sectarias de origen americano. Entre sus componentes había gran número de profesionales, y el grado de cultura adquirido se elevó a un grado muy superior a ninguna otra comunidad. El sistema de «casamiento» era una combinación de poligamia y poliandria. En los límites de la colonia, todos los hombres eran considerados los esposos de todas las mujeres, y viceversa, que cohabitaban en promiscuidad, sin que nadie fuera obligado a aceptar atenciones no deseadas. Condenaban el uso del alcohol, la posesión individual de bienes, y la práctica muy en boga de la posesión de seres humanos (la esclavitud). Para la propaganda de sus ideas publicaban libros y periódicos; el más popular que se conoce es la revista semanal «Oneida Circular».

#### ROBERT OWEN

Hombre de gran iniciativa y recursos materiales, sus experimentos, enseñanzas y teorías jugaron un papel muy importante en la historia y desarrollo de reformas sociales en Norteamérica. De la vida agitada de Robert Owen, hay mucho escrito, sus éxitos y fracasos creo sean de todos conocidos, por eso no me detengo a tomar notas de ello.

#### CARLOS FOURIER

Fué Albert Birsbane, nacido en Batavia, N. Y. 1809, hijo de rico terrateniente, quien introdujo en los EE.UU. el pensamiento y teorías de C. Fourier. En los primeros tiempos, Birsbane dedicó sus actividades y sus medios a la propaganda de los principios y teorías de St. Simón, pero estas teo-

rias no arraigaron por mucho tiempo en la mente de Birsbane, y cuando se produjo la escisión del movimiento causado por la rivalidad entre los cacemillas Enfantin y Bazard rompió toda relación con aquel movimiento. Poco después llegó a sus manos el libro de Fourier, «Tratado de Asociaciones Domésticas y agrícolas» libro que según dice Birsbane en su «Mental Biography» publicado por su esposa Redelia Birsbane, Boston 1893, «Me hallé frente a una idea que nunca había realizado antes; la idea de hacer atractivo y digno el trabajo manual del hombre. Trabajo considerado hasta ahora como un castigo divino impuesto al hombre.» En 1832, Birsbane fué a París, y allí permanece dos años estudiando el sistema Fourier bajo la dirección del mismo maestro, a la vez que tomando parte en el movimiento que comenzaba a desarrollarse. A su regreso a EE. UU. continúa la propaganda por sus ideas sociales hasta que en 1840 publica DESTINO SOCIAL DEL HOMBRE, que alcanzó gran éxito en todas las esferas sociales, y a su lectura se atribuye haber convertido a la causa del «fourierismo» al más elocuente e influyente apóstol Horace Greeley (se le honra en N. York con una estatua en una plaza que lleva su nombre). Greeley, organiza el diario «La Tribuna», que pone a disposición de Birsbane, y al servicio de la causa de los problemas sociales, alcanzando así gran circulación y prestigio. En uno de los primeros números aparece este titular: «Asociación; o Principios de la Verdadera Organización de la Sociedad». Al principio no se le daba mucha importancia. Nos dice Barton (1) pero cuando empezó a ser discutido seriamente en los editoriales entre H. Greeley, y Henry J. Raymond, en las columnas de «La Tribuna», y en el «New York Courier» and «Enquirer» alcanzó proporciones nunca soñadas que dejan permanentemente recuerdo impreso en folleto.

Sigue luego en importancia a esta controversia saludable en el movimiento, Parke Godwin, editor del «Evening Post», yerno del poeta William Cullen Bryant, editor en jefe del mismo periódico. Su folleto «Democracia Constructiva y Pacifica» 1843, llegó a ser el arma más eficaz en la propaganda del «Fourierismo».

Godwin continúa con entusiasmo su labor y da luz a nuevas publicaciones como «Vista Popular de la Doctrina de Carlos Fourier» y «Vida de Carlos Fourier». En 1843, Birsbane establece «Falange». Revista mensual editada por él con la cooperación de Osborne MacDaniel, a las que siguen muchas otras publicaciones como «Harbinger», Revista semanal de gran calibre intelectual. Entre los brillantes escritores que se adherían a la causa del «Fourierismo», se halla George Ripley, sacerdote que después de 14 años predicando la salvación de la humanidad allá en el «paraíso» llegó a la conclusión que su profesión era incompatible con sus puntos de vista éticos y sociales, y abandona los hábitos eclesiásticos para dedicarse por entero a la causa del «Fourierismo» y la revista «Harbinger» en los cuatro años de su existencia contiene 315 contribuciones literarias de su pluma. Era aquella época de

(1) Life of Horace Greeley, Boston 1869.



gran efervescencia literaria; nunca una nueva idea había atraído a su seno semejante entusiasmo. Charles Dana, fué otra notable figura que se adhirió al movimiento y contribuye a la Revista con 248 artículos. El más prolífico escritor de la Revista Harbinger, lo hallamos en John S. Dwight, que contribuye con 234 artículos. Este escritor famoso, igual a Ripley, estudió el sacerdocio, que abandonó voluntario; era un poeta amante de la literatura y la música. Otra figura prominente en el movimiento de aquella época memorable fué William Henry Channing, ministro Unitario famoso por su elocuencia y sabiduría.

Entre otros hombres y mujeres de fama nacional que se habían identificado con sus colaboraciones a este movimiento en Estados Unidos, podemos mencionar a Nathaniel Hawthorne, Ralph Emerson, Theodore Parker, T. W. Higginson, Henry James, Francis G. Shaw, James Russell Lowell y Margaret Fuller.

La Falange y el Harbinger, eran los órganos clásicos de «Fourierismo» pero no los únicos representantes en la literatura. Birsbane menciona una revista semanal publicada por él en colaboración con Greeley, antes del establecimiento de La Tribune. Birsbane a la vez contribuía con sus editoriales al diario «New York Chronicle», publicado por John Moore, y a la revista mensual «Democrat», publicada por John O Sullivan; ambos periódicos fueron convertidos a la causa del «Hourierismo». Mientras otros adeptos a la causa en Wisconsin, publicaban «Gleaner», y los de Michigan, publicaban el periódico «Future», mientras William Henry Channing, publicaba «Present». La propaganda que con tanto fervor había acogido el pueblo americano, no consistía solamente en buena literatura, sino que oradores elocuentes estaban siempre dispuestos a ocupar la tribuna para dar a conocer la nueva doctrina, y entre muchos otros de gran valía nombraremos a Birsbane, Greeley, Channing, Godwin, Dana y los que más frecuentemente viajaban a través del país eran John Allen, John Orvis y Charles A. Dana; según el historiador Charles Sotheman, en American Socialism, N. Y. 1892. Esta época histórica ha tenido una serie de factores que, entrelazados unos con otros, contribuyeron a formar en la mente humana nuevas creencias y deseos de mejoramiento. Por ejemplo: La propaganda contra la esclavitud empezaba a alborear y no tardó en alcanzar dimensiones inesperadas, desbordándose de los límites nunca soñados. A esta campaña se une, por razón lógica, la campaña contra la esclavitud del salario. Y en las elocuentes manifestaciones públicas, orales y escritas, de Wendell Phillips, y otros elocuentes tribunos de aquella época, se unen las dos demandas: Abolición de la esclavitud del hombre, y la esclavitud del salario. A esta coyuntura existía una espantosa crisis económica que amenazaba derrumbar los cimientos de la sociedad burguesa. Por estas razones expuestas a la ligera, las teorías de Fourier han tenido tan sorprendente éxito en los EE. UU.

#### «BROOK FARM»

La más brillante página de historia en el experimento Fourier, en N. América, se escribió en la

asociación «Brook Farm». Esta no empezó con el experimento Fourier; el origen fué un Club Filosófico y humanitario, que originó en los estados de Nueva Inglaterra en 1830, siendo Boston el centro intelectual de aquel movimiento.

Las figuras más notables, entre hombres y mujeres, asociados a aquel movimiento fueron George Ripley y su esposa Sophia Ripley; William Ellery Channing y su sobrino W. H. Channing; Margaret Fuller; Ralph Waldo Emerson; Henry Thoreau; Nathaniel Hawthorne; John S. Dwight; Elizabeth Peabody y muchos otros que son parte de la Historia Nacional de N. América. Eran todos ellos idealistas entusiastas, ardientes portavoces de los problemas político-sociales y religiosos que se agitaban en aquella época. La revista «The Dial» publicada por aquel excelente grupo ha hecho historia en el campo de la filosofía y las letras.

En la primavera de 1841, decidieron establecer una colonia en West Roxbury, a nueve millas de Boston; adquieren una extensa parcela de buena tierra y le dan el nombre de «Brook Farm» (Instituto de Agricultura y Educación). Los Estatutos de esta organización podrían muy bien ser adoptados en nuestros días sin cambio alguno; y de esta escuela salieron figuras brillantes conocidas internacionalmente en las ciencias y las letras. (Memorias personales e históricas de Brook Farm) por John Thomas Codman. Boston 1894.

A principios de 1844, después de un «Congreso Nacional de Asociaciones» Brook Farm, se declaró en favor del movimiento Fourier, y adoptó el nombre de «Brook Farm Falange». Este cambio no afectó absolutamente en nada la vida de la Colonia; al contrario, le dió más prestigio al decidir publicar allí la revista Harbinger, que abre un nuevo horizonte literario que se hizo famoso a través de todo el país. Cuando todo significaba prosperidad y alegría, al anochecer de un día de primavera de 1846, el palacio en construcción, próximo a terminarse, fué devorado por un incendio que fué fatal para la continuación de la asociación, desanimando a sus miembros; y en el otoño del mismo año decidieron disolver la organización. La Revista pasó a Nueva York. (Para detalles completos del experimento de «Brook Farm» véase: Lindsay Swift, N.Y. 1900).

#### LA FALANGE DE WISCONSIN

De todos los experimentos basados en las teorías de Fourier, en los EE. UU., éste fué el de mayor éxito material y mejor conducido bajo principios comerciales, debido a la capacidad administrativa y organizadora de Warren Chase. Esta fué fundada en Fond du Lac, Wisconsin, en mayo de 1844. Se mezclaron en asuntos políticos y no se ocuparon del desarrollo intelectual. Los desacuerdos entre sus componentes aumentaban de día en día, y en 1850, se efectuó la disolución.

#### EL GRUPO DE PENNSYLVANIA

La parte norte del estado de Pennsylvania, era a mediados del siglo pasado, un desierto pedregoso, la tierra más inhóspita de la región inapropiada para colonizadores. Pero el atractivo fué debido al

bajo precio de la tierra, siendo varias las colonias que allí tuvieron principio entre los años 1843 y 1845. Las más notables fueron la «Asociación Sylvania», «Colonia Unión y Paz», «Unidad y Reforma Social», «Falange de Leraysville».

\* La Asociación Sylvania, fué la primera Falange «Fourierista» en EE. UU. 1843, organizada por Thomas W. Whitley y Horace Greeley, acordando pagar la tierra a plazos; después del primer pago no pudieron afrontar el segundo y se disolvió.

\* La «Colonia Unión y Paz» situada en Waren County, organizada por Andreas Bernardus, Smolnikar, profesor de estudios bíblicos; su misión especial era establecer la paz universal en la tierra. Fracasaron después de algunos meses de rudo trabajo; los organizadores eran casi todos alemanes en extremada pobreza y sin experiencia en la agricultura.

\* La Falange de Leraysville, cerca de Bradford, nació de una manera única entre las demás Falanges ya en existencia. En aquella localidad existían siete haciendas, el personaje más influyente era el Dr. Lemnel C. Belding, pastor de una iglesia de la localidad. Cuando el fervor del entusiasmo del «Fourierismo» llegó a la congregación del Dr. Belding, éste con sus amigos decidieron entregar sus haciendas a los nuevos colonizadores y formar una sólida organización. Entre impresionantes ceremonias derribaron las vallas y entregan sus tierras a Falange. Nuevos adherentes llegan a la colonia, entre ellos varios doctores, abogados, sacerdotes y otra gente por el estilo que nunca había visto crecer una col. Toda la alegría de un principio se esfumó muy pronto, los desacuerdos entre los primeros y los últimos en llegar causó la disolución en ocho meses de experimento.

### EL GRUPO DE NUEVA YORK

En la parte del Oeste del estado de N. Y. fué donde más se propagó el experimento de esta organización, que según nos dice Noyes, se multiplicaban con gran entusiasmo, muy poca preparación y menos experiencia. Las Falanges más importantes de esta región fueron cuatro. Partiendo todas ellas del mismo principio y origen decidieron en un Congreso celebrado en Rochester, 1843, formar una Federación a la que dieron el nombre «American Industrial Union». Contaba entonces con mil miembros y 100.000 dólares de capital invertido. Su vida terminó antes de un año. Este fracaso sembró el desaliento en todas las colonias, por ser aquí donde se consideraba más fuerte la organización. Otros experimentos tuvieron lugar en Ohio, en 1844, hasta 1847. Los organizadores, con gran entusiasmo y fe pusieron sus ahorros a disposición de la Empresa pero la equivocada selección del terreno los llevó al fracaso.

Muchos otros experimentos se llevaron a cabo a través del país. En Michigan, Iowa, Illinois, y otras localidades. Siendo la más importante la de Michigan donde se publicó la revista «TOCSIN». Noyes nos dice que existían 41 Falanges anotadas por él en EE.UU., mientras en Francia sólo ha habido dos. Una sola durante la vida de Fourier.

### LAS COMUNIDADES «ICARIA»

Etienne Cabet, fundador y padre espiritual de las comunidades Icarie, en 1839 publica su novela «Voyage en Icarie». Animado por su éxito publicitario dedicó todas sus energías a la propaganda de sus ideas «comunistas» expresadas en el «Populaire» y en el Almanaque «Icaries» entre 1840 y 1847, sin pensar quizá, que un día serían puestas en práctica como experimento social en los EE.UU. despertando tan acalorada controversia entre los sectores pro-y-contra. Como en su proclama «Allons en Icarie» dirigida a los trabajadores de Francia, mayo de 1847, terminaba con una elocuente descripción del clima hermoso y el fértil suelo de América; se multiplicaba el entusiasmo, Cabet anuncia en el Populaire, que esperaba reunir más de un millón de hombres para su empresa. Como se hacía necesaria una descripción mejor de América, en septiembre de 1847, Cabet se entrevista con Roberto Owen, en Londres, para obtener su consejo sobre el particular. Owen le recomienda Tejas. En Londres se encuentra con un agente americano dedicado a la venta de tierras empleado por la compañía Peters Co. que se hallaba en Londres en aquella época, 1848, Cabet entusiasmado anuncia en el Populaire, que el primer contingente salía con destino a Tejas, febrero 1848, y entre impresionantes ceremonias en el muelle de Havre, despiden al barco Roma. Este contingente llega a Nueva Orleans, el 27 de marzo 1848, donde reciben su primera desilusión. Allí descubren que la «gran extensión» de terreno (según el agente americano) se hallaba a 25 millas en el interior sin señales de un sendero para poder llegar allí. Otra desilusión fué recibida al saber que la tierra estaba dividida en pequeñas parcelas, todas ellas separadas. Los intrépidos colonizadores no se detienen ante ningún obstáculo, pero al llegar debilitados por tan difícil viaje fueron presa de la malaria, pereciendo cuatro de ellos y el solo doctor que los acompañaba perdió la razón. El segundo contingente de 19 hombres sólo llegaron a Tejas, diez; los otros quedaron en el camino víctimas de enfermedades. (1)

Ante el fracaso deciden abandonar Tejas, y regresan a Nueva Orleans, en diciembre 1848, y en enero del 49, llega allí otro contingente con Cabet al frente. Deciden buscar otro lugar y el grupo se divide, unos se dirigen a Nauvoo, en el estado de Illinois, mientras otros deciden permanecer en Nueva Orleans. Cuando llegaron a su destino, marzo de 1849, habían perdido veinte hombres víctimas del cólera. Los de Nauvoo, prosperaron hasta en 1856, la discordia se produce y una fracción belicosa expulsa a Cabet, y en noviembre junto con 180 de sus fieles amigos salió para St. Luis, Mo., donde fallece una semana después de su llegada víctima de un ataque apopléjico el 8 de noviembre de 1856.

(1) Cabet, en buena fe, no cabe duda, pero desconocía el carácter del yanqui que siempre hace lo contrario de lo que promete, desconoce en absoluto aquello que tanto distingue al europeo: la «palabra de honor».

# La estatificación del hombre

por Severino CAMPOS

**T**ODAS cuantas observaciones hacemos nos muestran que el Estado es absorbente de los movimientos humanos. El pensamiento centralizador, desde el desenvolvimiento hogareño a la orientación política de contenido nacional, no concede facultad de independencia de ninguna clase, donde pueda ejercerse la propia voluntad del hombre.

Las tendencias de los Estados se orientan a superar sus facultades; la super-estructura es ambición de todos ellos. Quienes penetren en la intimidad de sus proyecciones, al instante se darán cuenta de los diseños modernos, cuyos alcances son de dimensión internacional.

Hasta muy recientemente, los Estados nacionales decían gozar de cierta independencia, en todo lo concerniente a su existencia, para orientar a su respectivo país; esta característica dejó de existir. Demócratas o dictadores, por grado o por fuerza, buscan trabazones que les fortalezcan, que garanticen sus dominios, que vitalicen su existencia. En busca de cuyo fin, el denominador que les es común es la centralización de todos los recursos humanos y naturales.

Todas esas prerrogativas tienden a establecer límites cada día más opresores para el hombre; lo que éste deja de sí, en sugerencias y libre determinación, el Estado lo gana para su propio robustecimiento. Es una función arrolladora que efectúa, en cumplimiento de su fundamental misión, tendente a fortalecerse, sin mirar si deteriora o no valores personales.

«Todo individuo debe disfrutar de un grado de libertad, todo lo perfecto que sea compatible con el privilegio igual que otros individuos».

Aunque Spencer quiso condicionar la existencia del Estado, jamás hizo patente en el hombre el derecho a ignorarlo. Si el pensamiento que acabamos de citar no tiene cabida en la estructura estatal, los opuestos se hallan fácilmente en la argumentación que establece.

Ningún sistema estatal comprenderá que los individuos pueden y deben ser equivalentes a sus libertades. Frente a ese razonamiento, a ese anhelo y a esa práctica, propia de hombres sensibles y descendientes en alto grado, se levanta la pretensión de un Poder que pretende serlo todo.

El pensamiento spenceriano, sobre la facultad del Estado para con los derechos y libertades del hombre, fué erróneo. Si bien el autor de «El Universo social» demostró ser agudo psicólogo, no alcanzó el grado de penetración que permite ver lo que el estatismo pretende y puede hacer. Sus bosquejos filosóficos tienen el extraordinario mérito de acuciar el pensamiento; pero sin llegar a comprender que el Estado no razona, que sólo confía en su fuerza, y que las condiciones que se

le antepongan las anulará tan pronto como pueda hacerlo.

La integridad estatal siempre descansará sobre la desintegridad individual; todo cuanto se cede al Estado se sustrae al individuo. Premisa inequívoca; ante ella, las aspiraciones de personas que sienten similares inquietudes, en aras a las prerrogativas del Estado, no pueden tener vínculos directos. De ahí que, la eficiencia de esa sociología del pensamiento humano, de ese calor entrañable que de hombre a hombre puede aplicarse, quede reducida y mixtificada por la intervención del factor estatal.

Los fundamentos de reciprocidad bienhechora, al interceder algo que impide la libre y espontánea trabazón, no se canalizan por las vías que pretenden aquéllos que más las sienten. Y esto equivale, a más de un retardo en realizaciones que el hombre puede efectuar para su comodidad, a una alteración psicológica que malea mucho.

Por los ejemplos que de tal guisa se dan, podemos persuadirnos de que la esfera de actividad estatal no puede originar y alentar pensamientos generosos; tampoco sentimientos benévolos. En aras al respeto que el hombre merece, jamás el Estado arbitrará límites donde sus prerrogativas queden inactivas; el estatismo se cree con facultad y derecho a serlo todo, a estar en todas partes, a dominarlo todo. Su misión es estatificar; y como quiera que el hombre constantemente se halla dentro de esa esfera estatal, el Estado lo juzga como propiedad suya, sin derecho a deliberar sobre mejores formas de existencia.

La teoría spenceriana, todo y admitiendo la evolución tendente a la desaparición del Estado, carece de lógica social para llegar a tal fin. En el supuesto de que históricamente hubiese sido indispensable la existencia del estatismo, ¿cuáles debieron ser sus atributos legítimos? Quienes estudiaron este fenómeno nunca se pusieron de acuerdo. El sociólogo Ward, contrariamente a Spencer, defensor de las más amplias y elevadas potestades estatales, estudiando la evolución de los fenómenos sociales llega a la conclusión de que el Estado llegará a hacerse innecesario.

Con el autor de «Compendio de Sociología» nos hallamos ante un caso curioso y sugestivo. La coherencia de sus análisis es única; y con tanta imparcialidad, aunque no con ritmo permanente de este sentimiento, que llega a la conclusión de que el Estado se hará innecesario, gracias a su método científico de estudio. En nuestro sentimiento toma asiento la impresión de que ese hombre, en cauces analíticos, y sin la salvedad



Han  
Ryner

# EL MAR

**E**L tierno Eubulo tenía una novia, la que también vino a escuchar a Psicodoro. Pero no oyó ninguna de sus palabras. Por lo cual se sintió asombrada y celosa por la afeción del joven hacia el filósofo.

Y dijo:

— Si me amas, ¿cómo te atreves a gozar cosas que yo no comparto?

Y dijo aún:

— Quiero por entero el corazón que me ama. Y no soportaré que quien me habla de amor, escuche con alegría una voz que no sea la mía.

Y dijo enfin:

— Escoge entre mí o ese viejo loco.

— Infelizmente, gimió Eubulo, tú has sido quien ha escogido, pues llamas locura a lo que para mí es sabiduría. Y no puedo asociarme a la de una extraña que no comprende mi lengua y que, en vez de ensayar subir por mi camino, se enorgullece de su falta de inteligencia y de su bajeza, insultando a las cúspides a que aspiro.

— Ya que así lo quieres, exclamó la joven, me voy para siempre, y eso te ha de costar muchas lágrimas.

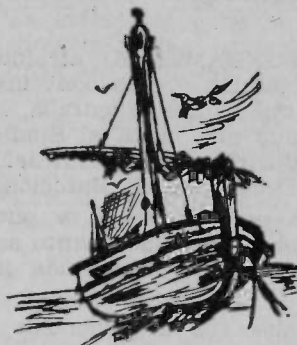
— Si lloro, replicó dulcemente Eubulo, al menos no lo sabrás.

Cuando se encontró solo, el abandonado maldijo a la que se había ido; pero, pronto, en efecto, lloró.

Varios días y varias noches transcurrieron inciertas. A veces el joven pronunciaba ante sí mismo, esos discursos valientes que montan y que se desearía seguir. A veces se escondía de todos para derramar sus lágrimas. Lo que lo hacía más desgraciado que todo, es que se avergonzaba de sus

permanente de que su persona se debía a un rango académico elevado de Estados Unidos, sus conclusiones habrían estado impregnadas de acratismo. Pero ya hemos quedado en que el Estado es absorbente.

La potencia que el Estado erige para sí se debe a múltiples factores. De todos ellos, el esencial es de carácter psicológico. Desde que el hombre nace, el interés preferente de todo estatismo es crearle un sólido complejo de obediencia; conseguido esto, el desenvolvimiento de todo sistema gubernamental resulta relativamente fácil. Lograda esa formación, que halla abono para su permanencia en todo el ámbito estatal, la rectificación de esa personalidad es tarea muy difícil. Liquidado ese período de existencia personal que permite una formación casi definitiva del hombre, sólo accidentes especiales de la vida podrán abrir la marcha de una rectificación que, por saludable que sea, nunca logrará depurar lo que el Estado le ha impuesto.



lágrimas y que hubiera querido escondérselas a sí mismo.

Y fue por fin a demandar consuelo a Psicodoro. Le contó su dolor y la causa de su dolor. Le explicó los combates que sostenía, y sus frecuentes derrotas, y como de nuevo se levantaba para caer en seguida derrotado, desgarrado y vencido.

— Me avergüenzo, suspiró. Pues, entre aspiraciones nobles y frágiles, se agita mi sufrimiento en sentimientos viles de los que no me creía ya capaz. Tengo vergüenza, pues, a veces, pienso y siento tan bajamente como el más cobarde de los hombres.

— Cobarde, dijo Psicodoro, no es el que cae; sino el que nunca se levanta.

Y prosiguió, abrazando a Eubulo:

— Escucha, hijo mío, esta parábola:

El mar así se quejaba:

— En vano levanto mis olas y las lanzo hacia el cielo inaccesible. Siempre, ¡oh, tristeza!, caen de nuevo. Siempre, ¡oh, vergüenza!, caen pesadamente al nivel de las charcas más infectas.

Y el viento respondió al mar:

— Eres cosa terrestre. En ti llevas ese yugo universal, el peso, que hace recaer hacia la tierra todo impulso que se apoya en ella. Pero eres la más fuerte, la más grande y la más vivificante de las cosas terrestres. No hagas a tus olas que danzan la injuria de compararlas a las aguas leprosas y estúpidas de los pantanos. La charca nunca levanta el orgullo magnífico de las tempestades y no envía hacia la tierra una brisa que purifica. Alégrate de ser el mar profundo y robusto. Pues eres lo que conozco de más hermoso: eres una lucha que nunca cede, un heroísmo que se levanta, una derrota que, puesto que vuelve a comenzar el combate, sigue invencible. Eres ¡oh, noble mar!, una armonía ascendiente de himnos, de esfuerzos y de aspiraciones.

Selección de W. Muñoz

(Próximo artículo: «El Piloto»).

## DOCUMENTOS

# De la revolución a la nueva economía



PROFUNDAMENTE atraídos por la curiosidad y para convencernos sobre lo que se nos aseguraba, hemos efectuado una visita al Sindicato de las Industrias de la Edificación, Madera y Decoración de Barcelona.

A primera vista ya pudimos comprobar que todo cuanto se nos había dicho con respecto a su ordenación interior era cierto.

Recorrimos todas sus dependencias acompañados de varios miembros de la junta administrativa los cuales, muy atentos y amables, nos dieron toda clase de facilidades.

¡Lástima de horas que, para informar a «Umbrales», perdieron aquellos compañeros, puesto que todo su afán y esmero lo dedican exclusivamente al beneficio común y al bienestar de los obreros que controlan a millares sin importarles que su obra permanezca en el anonimato!

A medida que nos íbamos informando, subiendo y bajando escaleras, admirando salas de actos, secretarías y otros departamentos, nos convencimos de la capacidad de los trabajadores en el aspecto de la organización sindical y de su responsabilidad.

Las horas que pasamos en aquel local eran horas de plena actividad, durante las cuales las consultas personales de comisiones, colectividades, delegados y otras personas por asuntos particulares y las llamadas telefónicas fueron continuas.

—¿...?

—Por término medio diario pueden calcularse en más de doscientas las consultas que se evacúan en la junta central incluyendo avales, autorizaciones, certificados, recomendaciones, etc., correspondiendo a la firma del presidente un treinta por ciento; a la del secretario un veinticinco por ciento; al secretario de Información Militar un cuarenta por ciento y un cinco por ciento al secretario jurídico.

Somos seis —nos dicen— los miembros de junta que nos vemos precisados a permanecer continuamente, durante todas las horas del día en el local social para atender medianamente todos los asuntos que se nos presentan.

Nuestro interés, desde un principio, era suprimir el gravamen que significa el que toda la junta estuviera permanente en el Sindicato, pero hasta ahora no ha sido posible debido al enorme trabajo que cada día se acumula en los diversos departamentos.

Se nos enseñó el Fichero General y el Registro de Asociados, modelo de ordenación, simplificación y buen gusto.

## AUTONOMIA DE LAS SECCIONES

Con gráficos a la vista, los camaradas de la junta central nos demostraron el desenvolvimiento interno del Sindicato y nos explicaron dónde empieza y termina la misión de cada Comisión de Sección de Oficio.

—¿...?

—Las secciones se desenvuelven en el círculo de una autonomía bastante amplia y bien definida por medio de unos Estatutos aprobados en asamblea general de todo el Sindicato. Cada una de ellas, por separado, tiene la completa libertad de proceder al nombramiento de los compañeros que deben representarla y la responsabilidad máxima de la misma recae en la persona del secretario. También nombran su representante, delegado a la junta central, el cual acude a las reuniones que mensualmente se celebran, en la que se da cuenta del estado económico en que se encuentra el Sindicato y se resuelven asuntos que, desde luego, no afectan al grueso de la Organización Confederal.

Cuando se trata de opinar con relación a problemas que presentan los comités superiores o los comités de la propia industria, o cuando se trata de juzgar la actitud o conducta de algún afiliado, entonces se recurre a las reuniones de militantes en las que se ha dado repetidas veces el caso de que las grandes salas de actos que acabáis de visitar han resultado insuficientes, y en último caso se recurre a la asamblea general.

Las secciones resuelven sus problemas interiores y cuando se trata de rebasar el marco de sus atribuciones o tengan que tratar algún problema exterior o cuestiones que rocen con los intereses morales y materiales de otras secciones, entonces recurren a la junta en la cual encuentran siempre solución favorable y justiciera en todos los aspectos.

Todavía no se ha dado el caso —agregan satisfechos— de que haya surgido conflicto alguno entre una Sección y la junta.

—¿...?

—Son veinticinco las secciones que componen el Sindicato, más diez barriadas las cuales tienen también su delegado a la junta central y que para dar facilidades y evitar desplazamientos a los cuarenta y cinco mil afiliados que controlamos representan una sucursal del Sindicato.

En fin, se sigue el mismo sistema de estructura interna antiguo, puesto que todavía no se ha descubierto nada mejor, pero refinado y formalizado en todos sus aspectos.

## INNOVACIONES EN EL ORDEN SOCIAL Y EN EL ORDEN TECNICO INDUSTRIAL

Después de las jornadas que siguieron al 19 de julio de 1936 el Sindicato de las Industrias de la Edificación, Madera y Decoración hizo exactamente igual que los demás sindicatos. Los obreros se lanzaron a conseguir las máximas conquistas y posibilidades de triunfo. Se apoderaron de todas las industrias, cosa que siempre había sido el ideal de los trabajadores revolucionarios encuadrados en la Confederación Nacional del Trabajo, y aprovecharon la oportunidad de que habían sido abandonadas, la mayoría por individuos contrarios al régimen, para ponerlas en marcha.

Es más, tenemos la absoluta seguridad de que este Sindicato cuenta con algunas secciones que han hecho un avance y una transformación, lo mismo en el orden social que en el orden técnico industrial, que será indestructible.

El acoplamiento de pequeños talleres formando grandes colectividades y centros de producción durante los primeros tiempos fué una cosa rápida y responsable. Existen colectividades y secciones completamente socializadas, como las de la Madera, Ladrilleros, Yeseros, Empapeladores, Aislamientos, todas ellas compuestas a base de obreros de la C. N. T., que pueden servir de modelo para las más arriesgadas empresas.

En ellas han sido acogidos los ancianos y algunos cobran el retiro de vejez que paga la colectividad de su fondo, se han tenido en cuenta todos aquellos casos de necesidad y desespero que la criminal guerra trae aparejados y se ayuda, en la medida de lo posible, a las familias de todos los movilizados.

Existe un Reglamento subsidiario del derecho sobre enfermedades mediante el cual, en el sesenta y cinco por ciento de los casos, el obrero que tiene la desgracia de contraer una enfermedad tiene derecho al jornal íntegro que pagan también las colectividades.

En otras muchas secciones como por ejemplo las de Albañiles y Peones, Pintores, Encofradores, Calefacción, Canteras, etc., se hizo la fusión con la sindical U. G. T. formando la Agrupación Colectiva de la Construcción, organismo que no ha dado los resultados que en principio se esperaban debido a los contratiempos y avatares de la contienda actual, a la infinidad de obstáculos que ha tenido que vencer y también a la gran discrepancia de apreciar los problemas, pero organismo al fin que después de la guerra es el más llamado para hacer progresos formidables.

—¿Ha sido valiosa la aportación de los técnicos en la obra constructiva que habéis llevado a cabo?

—Esta ha sido de apreciar y callada, Demasiado callada. Hasta fría. Los elementos técnicos no estaban bregados al batallar continuo como lo estaban los obreros manuales de la C. N. T. y ello influye mucho en su estado de ánimo. Estos estaban acostumbrados a respirar el ambiente de unas sociedades de tipo profesional y el Sindicato, para ellos, con su mecanismo por secciones, es una cosa nueva.

No obstante creemos que con el tiempo existirá más trabazón y rozamiento entre el técnico y el humilde peón.

El Sindicato cuenta con técnicos de gran valía encuadrados en las secciones de Arquitectos, Aparejadores, Técnicos y Delineantes, Ingenieros, Topógrafos, los cuales, todos, calladamente, han puesto en las industrias y en la guerra todo el caudal de conocimientos y experiencias que poseían. Han procurado renovar, sorteando toda clase de dificultades, los métodos y procedimientos de fabricación de varias materias, han puesto en perfecto funcionamiento las nuevas fábricas y talleres que se han montado, han aportado su colaboración técnica a la construcción de los centenares de refugios y defensas de que está dotada la ciudad y por último —y es prematuro decirlo— para después de la guerra tienen un proyecto maravilloso de nuevas viviendas.

## APORTACION A LA GUERRA

Este Sindicato, numéricamente, ha sido el que más ha contribuido en la lucha contra el fascismo.

Cuando la sublevación militar y de las clases poderosas del 19 de julio, fué el eje del movimiento que sirvió para aplastar la militarada. En sus anti-gueros locales —pues con la nueva estructuración de Sindicatos de Industria son dos los que componen el de la Edificación, Madera y Decoración— se fraguaron los planes más arriesgados para asegurar la derrota de las fuerzas y clases que se rebelaron contra el régimen constituido. De sus centros partieron todas las consignas porque allí estuvo con carácter permanente el Comité Revolucionario. Estos sindicatos contaban con hombres de mucha valía y fueron muy pocos los que no supieron cumplir con su deber.

—Pasado el fragor de la lucha de los primeros días, en las calles; de la lucha sin descanso tras las barricadas y comprendiendo que era preciso salvar a otros pueblos que habían caído bajo la bota del fascismo por culpa de unos traidores gobernantes, organizaron rápidamente las columnas «4 de Septiembre» y «Aserradores», marchando al frente de Aragón, sin plan, sin mandos, sin disciplina y medianamente equipados. Un solo pensamiento animaba a todos: ¡Aplastar a los fascistas fuera de Cataluña!

Más tarde, por iniciativa propia del Sindicato, se formaron los Batallones de Obras y Fortificaciones bajo el control y dirección de Junta especial compuesta por elementos técnicos de la propia Organización. Aquellos Batallones, que hoy ampliados dependen de la Inspección General de Ingenieros, llevaron a cabo una labor admirable de defensa y fortificaciones, de caminos y carreteras.

En este sentido los técnicos del Sindicato patentizaron su adhesión a la causa antifascista y su capacidad creadora toda vez que España se encontraba completamente abandonada al azar para el caso de una invasión.

Una demostración palpable de cuanto decimos lo es el libro que editó el Sindicato, titulado «La



Fortificación de Campaña», original del arquitecto Juan Capdevila, lo mejor que se ha publicado en fortificaciones y defensa, libro que ha merecido el elogio de todos cuantos lo han estudiado y que sobre su contenido actualmente se efectúan más del noventa por ciento de refugios y obras de guerra. La segunda edición del libro «está en máquina» pues la primera se agotó rápidamente.

—¿...?

—Nuestro tributo a la guerra ha sido muy crecido. Por la especialidad y característica de los oficios que integran el Sindicato, éste lleva movilizadas cuatro quintas más que cualquier otra industria.

Podemos calcular en conjunto en veinte mil los hombres que tenemos en los distintos frentes.

#### **SOLIDARIDAD Y AYUDA A LOS LUCHADORES**

A pesar de toda la convulsión revolucionaria que se ha llevado a cabo; a pesar de que se tienen que vencer tantos obstáculos para salir a flote; a pesar de estar absorbidas todas las actividades de los individuos para resolver sus problemas de orden económico, político y social de la retaguardia, no por eso han sido olvidados los hermanos que están en el frente unos contruyendo y otros defendiendo las trincheras.

¡Los que compartieron con nosotros —dicen los entrevistados— el trabajo en el taller y en la obra y las tareas del Sindicato no pueden ser abandonados a su suerte! ¡Seríamos unos ingratos!

Teniendo en cuenta que los movilizados para fortificaciones, en particular, son hombres que su edad oscila entre los treinta y seis a cuarenta años y que por lo tanto desde hace tiempo tienen su hogar constituido y partiendo de la base que la iniciativa y la incrementación a dicha movilización partió del Sindicato, éste ha procurado montar un Economato donde se surten de comestibles todas las familias de aquellos compañeros. Economato que desde ya hace varios meses funciona de acuerdo con la Inspección General de Ingenieros y que extiende su radio de acción a todos los pueblos de Cataluña en los cuales existen familiares de obreros que están incorporados en los Batallones de Obras y Fortificaciones del Ejército del Este y del Ebro.

¿...?

—Quisiéramos mencionar algunos de los nombres de los compañeros que más se han distinguido en llevar a término toda esta serie de trabajos, pero preferimos no nombrar a ninguno, pues causaríamos una ofensa a otros que se han distinguido en otros asuntos. ¡Son tantos los militantes que no duermen todas las horas que tienen sueño!

Además, el Sindicato tiene apadrinados a los Batallones 20, 21, 22, 24, 25, 26, 27, 37 y 38 de Obras y Fortificaciones y a la 24 División. Ha llevado a cabo el acto oficial de apadrinamiento en la 24 División, al 24, 27 y 37 Batallón de Obras y Fortificaciones haciéndoles entrega de las banderas y está organizando los restantes actos oficiales. Son más de veinte mil hombres los que el Sindicato tiene apadrinados y por tanto lleva esto la obligación moral de no olvidarlos. Cada visita que efec-

túa representa un gran dispendio para él, pero se ha impuesto el deber de no regatear sacrificios sino de aumentarlos. ¡Todas cuantas ropas de abrigo sea posible adquirir en la retaguardia serán mandadas al frente! Para ello, la primera quincena del mes de noviembre el Sindicato lanzó la consigna de la «Quincena de la Solidaridad y Ayuda a los valientes Fortificadores» recaudándose muchos fondos destinados a tal fin.

Y finalmente, haciendo causa común con la «Campaña Pro Invierno», todas las colectividades, empresas y comités de Control corresponden al «Día del Haber».

#### **PROPAGANDA, CULTURA Y CAPACITACION TECNICA INDUSTRIAL**

Aunque los tiempos no se prestan, como piensan la mayoría de los Sindicatos, para hacer ensayos, el de las Industrias de la Edificación, Madera y Decoración, no descuida la propaganda lo mismo en el aspecto cultural que ideológico y de capacitación técnica industrial.

Desde el mes de febrero de 1937 edita mensualmente un Boletín de orientación sindical, el cual es conocido en todos los medios confederales de la España antifascista y en varios países del extranjero.

Practica la enseñanza a los jóvenes aprendices que son la esperanza suprema del futuro, capacitándolos para que puedan reemplazar con ventaja a los técnicos que sólo estaban al servicio del capitalismo.

Semanalmente realiza visitas colectivas a centros de producción, los más importantes, para que aquéllos, además de la teoría, puedan gozar unas horas de la práctica. Las máquinas, los hornos, todos los instrumentos de trabajo se ponen en marcha para demostrarles los últimos adelantos de la mecánica aplicada a la industria.

Los experimentos que los aprendices deducen de esas visitas, como sea que de antemano se les ha dado una explicación de lo que van a visitar, son altamente provechosos para ellos y para todos, puesto que se hace la preparación para los futuros técnicos.

—¿...?

—No regateamos esfuerzo alguno en todo lo que se relaciona a la cultura intelectual y física de los jóvenes. El año pasado, antes de procederse al examen para el ingreso en el Instituto Obrero, el Sindicato, por mediación de unas clases nocturnas y de un cursillo de conferencias que versaron sobre «Historia de la vivienda humana desde la prehistoria hasta nuestros días», había preparado a los alumnos inscritos para ello y obtuvo un liasonero éxito. Un porcentaje elevadísimo fué aprobado para ingresar en el citado Instituto. De las doscientas plazas que se podían cubrir, treinta y cinco pertenecieron al Sindicato de las Industrias de la Edificación, Madera y Decoración.

Y este año, siguiendo la misma trayectoria del pasado, estamos preparando otros cuarenta alumnos y pensamos también poder ingresar en el Instituto, para cursar sus estudios, un buen número de alumnos.

Aunque la guerra sea lo principal que debe atenderse no por ello pueden quedar olvidados los demás problemas.

★

Otras muchas cosas podríamos decir de este Sindicato del cual tenemos la seguridad que ha hecho cuanto ha podido, prescindiendo hasta cierto punto de toda labor partidista, en pro de la guerra y de la nueva economía.

Lo relatado es fiel reflejo y exponente de que existe capacidad constructiva, temperamento dinámico, actividad y responsabilidad en los medios confederales.

Con organismos como el que ocupa hoy esta información, los trabajadores del Universo entero pueden fijar su vista para el futuro no lejano.

A. V.

(Publicado en «Umbral» del 17 de diciembre 1938)

## Luz y Fuerza. - Una empresa colectivizada

El abastecimiento de aguas de la ciudad de Barcelona y sus alrededores. — Captaciones e instalaciones elevatorias de suma importancia. — Datos de verdadero interés. — Potabilidad de las aguas.



ERA evidente que en la vida del obrero moderno sucediera un hecho de trascendental importancia. Consistía, generalmente, que no pudiera ocuparse en indagar el origen y la vida de las cosas que le rodeaba y que tenían una relación efectiva y directa en el desarrollo de su propia existencia, tales como el aire que respira, la electricidad, factor importante en su trabajo, el agua que consume, el gas, la fuerza hidráulica, etc., etc.

Y es que el verdadero productor, agobiado por el esfuerzo diario de su trabajo, se aclimatava inconscientemente a un sistema de vida que, sin darse cuenta, le convertía en un ser desgraciadamente rutinario y amorfo. No era extraño lo que le acontecía. Casi podríamos asegurar que era propio del ambiente del siglo, este siglo XX que hasta la mitad del año 36 fué tan plétórico en cambios políticos declarados en rebeldía constante contra la clase productora.

Cuantos obreros intentaron investigar en los difíciles aspectos científicos e industriales, indudablemente tenían que estrellarse contra el muro de contención de la burguesía y del capitalismo. La clase capitalista ponía especial cuidado en que el obrero, el productor, no penetrara más allá de los límites de sus negocios. Lo mantenía siempre a raya, sumiéndole en un letargo, en una inercia, en todo aquello que significara la imposición de la iniciativa individual o colectiva.

Pero el hecho revolucionario, consecuencia natural, provocado por la situación entre los factores capital y trabajo, se produjo. El capital, en descarado contubernio con el militarismo, intenta derrocar el Estado más o menos democrático para implantar una autarquía a semejanza de los Estados más oprimidos del mundo: Italia y Alemania, y surge el suceso más sangriento que se haya producido en nuestra Historia. El 19 de julio de 1936. Al alzamiento militarista responde adecuadamente la clase obrera española con las armas en la mano: La casta de militares traidores a su Pa-

tria es reducida a la nada en Cataluña, en Madrid y en otros sitios por las fuerzas populares, quedando el suelo de Iberia sumido en una espantosa convulsión. Los organismos de Ginebra, representados por los más genuinos servidores del capitalismo internacional, contemplan friamente cómo España se desangra por los cuatro lados, haciendo caso omiso a la descarada protección que los facciosos reciben de sus aliadas Alemania e Italia.

Pero, a pesar de la guerra, odiosa y trágica, el proletariado de las ciudades y pueblos, sacudidos del yugo fascista, crea en la retaguardia una nueva economía estructurada y dirigida por los Sindicatos de la Confederación Nacional del Trabajo y de la Unión General de Trabajadores, mientras lo más escogido de su juventud lucha en aras de una sociedad mejor, de un mundo completamente nuevo.

★

El productor despertó de su letargo, se sacudió su inercia. Por orden de sus Sindicatos procedió a incautarse de las industrias, mientras el capitalismo huía al extranjero. Era la hora suprema de la verdad, y los centros de producción pasaron a manos de los trabajadores.

Una de las industrias más importantes es la anterior Sociedad General de Aguas de Barcelona, que pasó a ser Sindicato Obrero de las Aguas. De análoga forma se crearon los Servicios Eléctricos Unificados de Cataluña, conjunto pleno de las Compañías de Gas, Electricidad y Combustibles.

Por una ley decretada por la Generalidad de Cataluña, ha pasado a ser automáticamente el Sindicato Obrero de las Aguas de Barcelona, «Aguas de Barcelona, Empresa Colectivizada».

El redactor de «Luz y Fuerza» logra penetrar en los terrenos de las Aguas de Barcelona y, pluma en ristre, se interna al mismo tiempo en los campos prodigiosos de la imaginación, reseñando en sus libros de notas lo que vieron sus ojos — algo digno de ver y elogiar — por su interés e importancia; las instalaciones y estaciones elevatorias que abastecen de agua a nuestra ciudad y a los pueblos cercanos. Además, le sirve de guión en su tarea informativa extensa Memoria publicada allá por el año 1925, documento de verdadero interés.

### Aguas de Barcelona abastece cerca de 1.500.000 habitantes

Es de suma importancia dedicar toda la atención que merece un problema tan impropio y difícil como el del abastecimiento de aguas y demostrar hasta dónde llega la inteligencia del hombre, en el aspecto, naturalmente, de proveer de este precioso como necesitado elemento a una ciudad de las características de Barcelona y que cuenta en la actualidad con un censo oficial de 1.500.000 habitantes, además de los millares de refugiados que en ella se encuentran. ¡Cuán difícil resulta contemplar todo esto! Instalaciones potentes de captación, conducción y elevación del agua que están bajo la vigilancia de expertos operarios, los cuales, atentos siempre a las órdenes de los técnicos, controlan y verifican...

Según los datos recogidos, existen varias instalaciones modernas que son dignas de apreciar, por ser hijas de la fecunda inteligencia del hombre. Son las siguientes:

#### Las estaciones elevatorias de aguas de Cornellá

En el cruce o bifurcación de las carreteras de San Baudilio y San Feliu de Llobregat están situadas las estaciones elevatorias de agua; una perteneció a la Empresa de Aguas Subterráneas del río Llobregat y la otra a la antigua Sociedad General de Aguas de Barcelona. La primera empresa extrae el agua de tres pozos y la impulsa hasta el depósito de Cornellá, de donde parte el acueducto de mampostería, llamado del Llobregat, y que la lleva hasta Coll-Blanch. De dicho acueducto parte un ramal que alimenta la estación elevatoria de Coll-Blanch y conduce el líquido elemento a los depósitos de Finestrellas. Estos depósitos son designados con el nombre de «tercera y cuarta elevación».

La segunda estación elevatoria, de la cual hemos recopilado datos interesantísimos, y que hoy pertenece a «Aguas de Barcelona, Empresa Colectivizada», es de condiciones sumamente extraordinarias. Extrae el agua de varios pozos filtrantes, sacándola a gran profundidad debajo de capas impermeables de un gran espesor. Es conducida, por medio de dos potentes grupos elevadores hasta los depósitos de Esplugas y San Pedro Martir. Están equipados los pozos con bombas de extracción que surten a grupos elevadores de extraordinaria potencia.

#### Potabilidad y calidad de las aguas

La potabilidad de las aguas es inmejorable en dos aspectos: el químico y el bacteriológico; así lo acreditan los dictámenes y certificados de los técnicos especializados, entre ellos los del Instituto Nacional de Higiene. Según la nota del **Boletín de la Consejería de Servicios Públicos**, acerca de la potabilidad de las aguas, dice así:

«Aguas de Barcelona, Empresa Colectivizada»,

facilita a la distribución su más importante caudal, sin haber sufrido tratamiento de depuración de ninguna clase, pues su pureza bacteriológica es tan extraordinaria que la exime de ello. Tal como se extrae de la capa subálvea de los ríos el agua, se eleva a los depósitos, y de éstos pasa a las tuberías de distribución, a presión sin contacto con el exterior que pudiera contaminarla.»

En otro párrafo dice:

«La buena calidad del agua no priva que la empresa colectivizada, consciente de su deber, tome sus medidas de garantía en cualquier momento. A esta finalidad tiene instalados sus laboratorios, dirigidos por personal facultativo y dotados de todo material de los aparatos más modernos que le son precisos para su cometido.

Diariamente llegan a estos laboratorios muestras de las diversas captaciones, así como también de los diferentes puntos de la distribución, y éstas, tan pronto se reciben, son sometidas a análisis bacteriológicos. Diariamente se hacen también análisis para comprobar si la composición salina del agua ha sufrido variaciones sensibles y poder indagar en este caso si el agente que las produce pudiera ser perturbador.

Asimismo esos laboratorios tienen como misión vigilar y regular constantemente los aparatos emplazados en los acueductos sometidos a esterilización y los de neutralización que los mismos traen aparejados.

El Laboratorio Municipal de Barcelona practica diariamente los mismos análisis y sus facultativos están en constante contacto con los de la empresa. La coincidencia entre ellos es completa.

#### Abaratamiento del agua. — Creación del precio único

Desde los primeros instantes de la Revolución: los responsables de la Empresa procedieron a abastecer de agua las innumerables casas de Barcelona que tenían un exiguo caudal, mantenido por propietarios y usureros y facilitar tan precioso elemento de suma necesidad para la higiene y la salud pública. Hoy puede decirse que, gracias al esfuerzo de los empleados de «Aguas de Barcelona», no existe casa en la actualidad que no tenga el agua suficiente, siempre de acuerdo con las normas dictadas por el departamento de Sanidad de la Generalidad de Cataluña.

Uno de los motivos principales que también privaba a los ciudadanos el adquirir mayor caudal era el precio elevado que mantenía la antigua Sociedad en el suministro del agua. Los precios oscilaban de 0,35, 0,70, 1, 1,50, etc., y hasta 2 pesetas el metro cúbico.

El primer acuerdo tomado por el Comité responsable fue el de abaratar automáticamente el precio de la misma, creando provisionalmente el precio único de 0,40 el metro cúbico.

OLIVERIO THOMAS



# Ficción, vislumbre o posibilidad

**E** N las páginas centrales del N.º 58 de «Voluntad» de Montevideo, aparece un objetivo ensayo de VERA ALEXANDROVA: «Juventud y Literatura Soviética», que luego de hincar profundamente el dedo en la llaga bolchevique, termina con esta parrafada de primer orden:

«Por primera vez este elemento activo y tan útil a la sociedad —se refiere a los escritores, sobre todo a las últimas promociones soviéticas y en especial a la juventud estudiantil—, no se ha dejado trastornar por las llamadas al orden que le ha lanzado el Partido, instándole a que se alinee sin segundas intenciones a la ortodoxia oficial. Antes al contrario, se ha afirmado decididamente contra el conformismo, quizás sin tan siquiera darse cuenta de que con ello amenazaba los mismos mismos de la dictadura comunista. No cabe ninguna especie de duda de que esta categoría de intelectuales está (según expresión del propio poeta Evtuchenko) «profundamente ligada a su generación». ¿Es ya o se convertirá en el «portavoz de las tendencias de todo el pueblo»? Esto nos lo dirá el porvenir.»

Todo el ensayo en cuestión se condensa en esas líneas, asada en una realidad sin tapujos, Vera Alexandrova nos va señalando, punto por punto, los hilos de una madeja que al final evidencia que después de más de 40 años de férrea y sangrienta dictadura, en Rusia y particularmente en los países satélites, supervive y se va recreando un sentimiento popular con tendencia a la oposición más decidida y terminante contra los amos del Kremlin, tendencia que sin duda persigue una imprescindible liberación humana, individual y colectiva, que más tarde o más temprano, al parecer, no podrá ser reprimida por más tiempo y estallará impulsada por la irrespirable atmósfera dominatriz que allí impera y cuyas consecuencias nadie puede prever. Es realmente extraordinaria la posibilidad que este ensayo nos pone al descubierto: ¿Ni siquiera la dictadura roja sería entonces capaz de matar la libertad y el anhelo de superación de un pueblo, su deseo de ser como es y no como los dementes que lo oprimen pretenden que sea? Eso mismo se desprende de los importantes pormenores que la autora nos señala, como producto de un afán de salvación de todo un pueblo, nacido y criado entre cadenas, las cuales estaría esperando poder trizar, lo que demostraría una vez más que el ser humano no es apto para desarrollarse en la esclavitud total, ni mucho menos la puede resistir sin fallecer o liberarse.

Aquí se presenta, pues, la duda; aquella esperanzada y gran pregunta: ¿Qué fué, exactamente, lo que Orwell quiso expresar en su raro mensaje: «1984»? ¿Su horripilante novela, carecerá, por ventura, de algún requisito indispensable para hacerse siniestra realidad un día? Ese cruel totalitarismo que maneja a los humanos como fichas de un tablero, ¿será, en resumidas cuentas, un imposible, y lo mismo que los monstruos del pasado, perecerá a la orilla misma de su peculiar gigantismo? ¿Será cierto o es mentira que el Estado tiene un límite abismal y que en llegando a él se despeñará, destruyéndose a sí mismo antes de haber logrado destruir la Humanidad? Más aún: ¿el ser humano representa y comprende la fuerza motriz que incontinentemente proporciona movimiento a la «inerencia» estatal hacia su fin?

Quien haya meditado la incomparable novela de George Orwell, si no es o ha sido transformado en piedra, no ha podido dejar de erizarse hasta la última fibra de su sensibilidad, con todo y suponiendo que su autor sólo quiso hacer de «1984», una especie de angustios llamada de atención que sirviera para acelerar, dentro de lo posible, la muerte definitiva del autoritarismo, tan púlgrosamente encarnado por el Estado Totalitario. Y teniendo en cuenta también que nadie parece más interesado que el propio autor, en hacer resaltar el carácter ficticio de su obra. Y aún cuando así no hubiese sido, su propio humanismo acrata, lógicamente asombrado frente al desenvolvimiento inmisericorde de un argumento tan desconsolador, y la extraña amplitud de su último pensamiento, lo hace esforzarse al máximo para lograr que esa floreciente ventana de lo imposible —lo indeseable porque repugna—, alumbrase las negras y tormentuosas escenas que desde el principio al fin de su novela se suceden.

El mencionado estudio de Vera Alexandrova, si bien es cierto que no consigue pulverizar completamente las nebulosidades inseparables a toda noción «pionera», podría ya aceptarse como un placentero epílogo real que a «1984» le falta. Quizás si Orwell no hubiese muerto tan tempranamente, él mismo escribiría hoy el necesario epílogo. Es posible que a pesar de todo, no haya alcanzado a vislumbrar ciertos imponderables que los días se van encargando de desentrañar. En 1950 —año de su deceso—, apenas había sido derrotado el nazi-fascismo de Hitler y Mussolini, con la agravante de que el totalitarismo rojo tenía demasiado endurecidos sus pies de barro, dada la multitudinaria inopia, al extremo de que para muchos era aún un misterio y lo que es peor, una esperanza. Hoy las cosas han cambiado en parte, y si para los ignorantes —desgraciadamente los más— que sólo ven la opresión más acá de la Cortina de Hierro, aquél es todavía un Dios que promete redención, al pie de cuyo sanguinolento altar se derrocha el incienso, se reza y sermonea, no son pocos los que ven con meridiana claridad, haciendo caso omiso de un espejismo «social» tan peligroso. Pero eso, con ser mucho, no sería bastante si, como Alexandrova contribuye a demostrar, dentro de la propia Rusia, el oleaje de la vida, siempre joven, no amenazase, lenta pero seguramente, echar a pique los diques que impiden su desarrollo normal. Es de verdad una pena que Orwell no tuviese tiempo de auscultar, de una manera directa y cercana, los latidos del alma popular, bolchevizada a la fuerza por los kremlinistas. Con toda seguridad que ello le habría proporcionado un rayo fiel de alegría mental y espiritual.

Todo lo anterior a un lado, una pregunta se impone y debe hacer meditar a todos los altruistas del mundo: ¿Es toda ficción la novela «1984»? ¿Acaso encierra, por el contrario, un vislumbre o una posibilidad, contra los que se puede y se debe luchar sin descanso, ya que es cuestión de vida o muerte? ¿Urge o no desconectar los exterminadores engranajes de la máquina estatal? He ahí la clave de todos los problemas.

**E**RASE un escritor que había nacido para escritor, solamente para escritor. Escribía, sin cuidarse de la fama presente ni de la futura. No tenía, por no cuidarse de ella, la fama presente. Y tendría, era seguro, por no cuidarse de ella, la gloria futura. Como todos sus pares, los escritores por vocación, tan contados.

No porque escribiera para los hombres de mañana. Ningún escritor escribe para los hombres de mañana. Ninguno de sus pares de otro tiempo había escrito para los hombres de un tiempo por venir. Habían escrito, como el escritor escribía, para sus contemporáneos. No les leyeron éstos. No leían sus contemporáneos al escritor. Leían a emborronadores de papel que no escribían para ellos, ni para nadie; que escribían por escribir, fabricantes de libros como otros fabrican objetos que nadie necesita, aunque se vendan.

Leerían al escritor los hombres futuros, unos pocos hombres futuros. Como hombres de hoy, unos pocos hombres de hoy, leen a sus pares de otro tiempo. Unica gloria de los escritores. No buscada por ellos. Salida a su encuentro, cuando ya no existen. Cualquiera otra no es gloria: es fama. Tan poco duradera como la existencia. Desaparece con el que de ella goza. No sobrevive. Le sobrevive, cuando más, unos años. Muchas veces, muere antes que él.

El escritor, desdeñoso de la fama y sin cuidado alguno de la gloria, que estaba allí, en el futuro, esperándole, escribía, escribía, como para sí, aunque para sus contemporáneos, cuando se le desbordaba el fruto de sus meditaciones. No perseguidas por él: que le asaltaban. Tumultuosamente. Y era para él, escribir, como un parto. Doloroso. Las cuartillas se ennegrecían, incansablemente, durante horas y horas, y en un puro tormento. No gritaba, pero era como si gritara, como si sus entrañas se estuvieran desgarrando. Paseando por la calle, en conversación con un amigo, sentado aquí o allá, le saltaba a los ojos un problema hasta entonces no advertido. Y en torno a ese problema, de súbito descubierto, se tejía una red de pensamientos que le ahogaba.

No escribía sino en tales circunstancias. Angustia sin nombre del parto. Y luego, cuando al fin todo había terminado, todo estaba por empezar. La creación estaba allí, pero caótica. Había que poner orden en ella. Arbol demasiado frondoso, no viviría. Era necesario cortar esta rama, y esta otra, enterrar bien sus raíces, lanzar al cielo la copa de su tallo. Trabajo penoso, no siempre con gusto hecho, pero siempre hecho. No para ocultar el dolor que le había costado traerlo al mundo: para que fuera digno de ese dolor.

«Todo está ya dicho — decía —. Sólo nos queda el recurso de decirlo de otro modo. El hombre no ha inventado ningún pecado nuevo, ningún crimen nuevo, ningún heroísmo nuevo. Sólo ha inventado formas distintas de ser pecador, o criminal, o heroico. Lo valioso que se dijo, en los primeros tiempos, del pecado, del crimen y del heroísmo, vale todavía. Para el pecado, el crimen y el heroísmo, y para las formas distintas de ser

# EL ESCRITOR

pecador, criminal o heroico. No hacemos otra cosa que repetir cosas mil veces dichas. Si no las repetimos con acento diferente, nada añadimos a lo poseído. Tanto valdría callar y dedicarse a otro menester. Si la flecha que lanzamos no va al blanco más certera que las lanzadas ayer, guardémosla en el arco, y arrojemos lejos, para no usarlos más, el arco y la flecha. Hay acentos diferentes para decir lo dicho mil veces. Dos palabras allí donde ayer se emplearon diez, o cien. O una. No porque a nuestros contemporáneos falte el tiempo para leer cuanto se ha escrito y se escribe. Nada de razones de utilidad. Quede eso para la técnica. Para huir de lo superfluo. En todo condenable. « La República » de Platón en un ensayo. Y « La Divina Comedia » en tres sonetos. Y las « Obras completas » de no importa qué escritor en un volumen de no muchas páginas. Esa es la tarea. Condensar, condensar. Sin nada, tampoco, de razones de velocidad, de la velocidad que arrastra a los hombres. Que los arrastre. Que los lleve a no sabén dónde. El escritor no debe dejar que la velocidad le arrastre. Ni nada. Su misión es estar quieto, contemplándolo todo: el pasado, el presente y, si puede, el porvenir. Para profetizarlo. Si no es profeta no es nada. No se profetiza con largas tiradas de prosa, ni de versos. Se profetiza titubeando. Lejos, lejos también del escritor la palabra dinamismo. No es el escritor una máquina, aunque haya escritores máquinas. Con su pan se comen su inexistencia.

## Entre España

*Qué hilo tan fino, qué delgado junco  
— de acero fiel — nos une y nos separa,  
con España presente en el recuerdo,  
con México presente en la esperanza...*

*Repite el mar sus cóncavos azules,  
repite el cielo sus tranquilas aguas,  
y entre el cielo y el mar ensayan vuelos  
de análoga ambición nuestras miradas...*

*España que perdimos, no nos pierdas,  
guárdanos en tu frente derrumbada,  
conserva a tu costado el hueco vivo*

*de nuestra ausencia amarga,  
que un día volveremos más veloces  
sobre la densa y poderosa espalta*

por DENIS

Porque no existen. Aunque estén ahí, triunfantes.

Se aplicaba, en lo que su pluma había derramado, porque era así, porque era escritor, nacido para escritor, para condensar. Y las cuartillas ennegrecidas se iban reduciendo, reduciendo. Apenas quedaban, de veinte, o treinta, o cincuenta, cuatro o cinco. De cada diez palabras, dos, o una. Las necesarias, las imprescindibles. Con todo el acento, sobre ellas, de las desechadas. No para facilitar la lectura a los faltos de tiempo, ni por culto a la velocidad, ni por dinamismo: porque sobraba todo lo desechado. Ramas muertas, aunque recién nacidas, que no tenía por qué lucir el árbol.

Las cuatro o cinco cuartillas salvadas se añaden a las que en otras ocasiones habían corrido igual suerte, se encadenaban con ellas, porque estaban ya encadenadas con ellas, y aparecían, cuando aparecían, en volúmenes, como escritos sin esfuerzo, como nacidos con la misma facilidad que nace el agua en una fuente. Y eran, esos volúmenes, inclasificables, de escritor por vocación. Mezcla de poema, de ensayo y de relato. Unos versos aquí, densos y ligeros, henchidos y alados; una meditación allá, sobre el hombre y su destino, o sobre la sociedad, absolutamente condenable, en todas sus formas pasadas y presentes, para él; una página como de novela acullá, en las que caracteres distintos se enfrentaban o se confundían, después de enfrentarse. Poeta unas veces, filósofo otras, moralista otras. O poeta, filósofo y moralista a la vez.

## y México

*de este mar, con los brazos ondeantes  
y el latido del mar en la garganta...*

*Y tú, México libre, pueblo abierto  
al ágil viento y a la luz del alba,  
indios de clara estirpe, campesinos  
con tierras, con simientes y con máquinas,  
proletarios gigantes de anchas manos  
que forjan el destino de la patria...*

*... pueblo libre de México:  
como otro tiempo por la mar salada  
te va un río español de sangre roja,  
de generosa sangre desbordada.  
Pero eres tú esta vez quien nos conquistas  
y para siempre, ¡oh, vieja y nueva España!*

PEDRO GARFÍAS

No se leían, sus volúmenes, o eran leídos por muy pocos, sabedores de su valía. Que proclamaban, aunque nadie les escuchara.

Uno de sus proclamadores acertó a proclamarla en presencia de famoso emborronado de cuartillas. Sonrió éste, como desde distancia infranqueable. No era difícil adivinar el sentido de su sonrisa. Sólo había para él un juez en esas materias: el público. Consumía el público, por millares, sus libros. Ni paraba la atención en los tan valiosos del autor que se elogiaba. No eran, por tanto, más valiosos que los suyos.

Prudente, no se aventuró a decir en voz alta lo que para sí se decía. Que le juzgaba, no como él se juzgaba. Que pregonaba su insignificancia. No hay piedra de toque más segura. El escritor muy leído no es un escritor. Está siempre el escritor, aunque no quiera, en otro plano que los lectores numerosos. Saboreadores de libros sin mañana.

Sin querer, porque ha sido y es así, y tal vez sea así siempre, el poeta, filósofo y moralista estaba en otro plano que los lectores numerosos. Aunque no hablaba sino de ellos, que estaban allí, delante de él. De ellos y de sus problemas, y de su destino, y de sus anhelos, y de sus pesares, y de sus pasiones, y de sus instintos, y de sus esperanzas, y de lo que deseaban olvidar, y de la sociedad que constituían, tan poco digno de respeto y de sus sueños, y de sus vigiliadas, y de sus vicisitudes, y de sus alegrías. No hablaba, no, de otros hombres: ni de los de ayer, ya muertos, ni de los de mañana, aun no nacidos. Hablaba de ellos y para ellos. No había palabra suya que no les estuviera destinada.

Sabía que no le leían aquéllos para quienes con tanto dolor paría. No experimentaba, por ello, ninguna amargura. En todo caso, por los que no le leían: no por él. Seguía la ruta para él trazada. Ni áspera ni llana: su ruta. No había otra para él. Tenía que escribir, como los árboles tienen que dar su fruto. No deja el árbol de darlo, porque se pudra alrededor de su tronco, cuando no hay quien lo recoja. No dejaba él tampoco de escribir, ajeno a si era o no leído. Era misión suya lanzar sobre las cuartillas el torbellino de sus pensamientos, y cortar luego, en selva tupida, las plantas parásitas. Allí estaba, por último, su voz más clara. Poco importaba que no fuera escuchada. El mal, en no escucharla, era para quienes no la escuchaban. A él, apenas le rozaba.

Recibió un día, cuando se preparaba para partir en viaje, carta angustiada de un amigo, que no permitía demora en la respuesta. Se inclinó sobre las cuartillas, y escribió, escribió, como siempre, el alma en los puntos de la pluma.

La hora de salir el tren se acercaba, estaba ya allí. Iba a cerrar la respuesta, extensa, caótica. Creación en desorden. Escribió tras la firma, en letra menudita, porque otra no cabía, estas palabras, cifra de su ser de escritor:

«Perdóname esta larga carta. No he tenido tiempo de escribirla más breve.»



# Ensayos y proyecciones

EN el calor de unos álgidos momentos pasados, el primero de una columna de fuerzas confederales milicianas no logró entenderse con el jefe militar del sector. El hermano del héroe de las Atarazanas de Barcelona, víctima más tarde de las balas marxistas, tuvo sumo afán sobre Almudévar, su villa natal. Como ésta no cayera de las manos franquistas, a pesar de afanes y esfuerzos y por falta artillera, cambios se produjeron en la ciudad del Vero, que afectaron también a los cuarteles nuevos de la artillería. De resultas, era en Barbastro donde, a la sazón, se encontraba, con dirección en los cuarteles de la plaza, el militante Cristóbal Aldebaldetrecu. Por aquel entonces abundaban las entrevistas, las tertulias y las discusiones. Conversaban compañeros. Examinaban milicianos y militares. Discurrían amigos de lo divino y de lo humano, como se dice. Se evocaba a Epicuro, salían a relucir Marx y Bakunin y se departía sobre todas las cuestiones importantes y candentes. Otrora, se echaba mano de la etimología, cual salían a brillar relatividades, especies, interpretaciones y neologismos. Asimismo, comentando carencias determinativas y disposiciones oficiales, se pronosticaban tiempos duros para obras, consejos y colectividades. Uno decía que las entidades colectivas distaban, fundamentalmente considerado, y generalmente, de capitales a pueblos y de región a región. Otro, que colectivizaciones industriales y de transportes tropezaban con el problema de las materias primas. Se argumentaba de industrias no imprescindibles, que ocupaban, distraían y gastaban, etc., perjudicando. Alguien argüía si las colectividades eran quizás prematuras. Otro replicaba que los animadores, en cambio y en puntos, a su juicio, habían sido parcos y demasiado prudentes. Los pueblos hallan los nuevos medios espontáneamente, se decía. Y se contraponaba, en cierto sentido, que había que ir radicalmente, pero como sobre seguro y por limitaciones esenciales, ya que a las vacilaciones reaccionan los contrarios, y la población igual podía darse por el radicalismo que por la pasividad, o bien por el paso atrás, ya por prevención o por no haber suficientemente comprendido. El compañero Aldebaldetrecu consideraba, y no por desestimación, que, para no insistir por el Nacional de defensa, la idea del Consejo regional debía haberse guardado o dejado para la toma de Huesca y mejor de la capital de Aragón. Como por aquel entonces se hablaba de un ofrecimiento de zaragozanos a entrar de nuevo en la capital y de unas operaciones, se añadió que con la ocupación de Zaragoza y por el impulso y desarrollo de la obra colectivizadora en la misma, podría no sólo acabarse con los efectos de la situación exterior, sino marcar una pauta solucionadora del problema en complemento

rural y ciudadano armónico o conjunto común libre de región.

Hay una necesidad. Es seguro. Empero, hay cierto encanto ante cuadros de tractores en el campo, de nuevas máquinas motorizadas industrializando y reduciendo el esfuerzo en el trabajo de la tierra. No se trata de combatir a la maquinaria. Eso sería absurdo. Pero la necesidad y el afán llevó a procurar máquinas en Barcelona y los campesinos, de Maella y otros puntos, sufrieron ante la condición de los pagos. Mas hay el problema de la bencina. Actualmente, en países que no quieren someterse a las exigencias de las potencias petroleras, la industria para la agricultura logra tractores de mínimo consumo de esencia. También, no abundan los abonos. Son convenientes las inclinaciones por las granjas. Y no sólo por la carne, lana, pieles, etc., es precisa la atención al desarrollo de los ganados. En tales casos, porque ello es fuerza y estiércol. No puede hablarse mal de las industrias siderometalúrgicas de la ciudad condal, dado su esfuerzo con respecto de la lucha armada. Las industrias férreas de Zaragoza, socializadas, hubieran satisfecho las necesidades de los pueblos. Con Zaragoza socialmente organizada, en Comunidad Territorial Autónoma y Colectividades Municipales Libres de los barrios externos y pueblecitos circundantes, agregados, encargadas de la orientación, relación e impulso de los distintos aspectos de la vida activa, pero dejando al Sindicato local todo lo relativo al trabajo y su organización, con la simplificación de las industrias y unificación de los medios y útiles y el aprovechamiento de todas las energías posibles en readaptación y reaplicaciones, con una industria de productos químicos importante y por el reagrupamiento de los técnicos en cuadros generales y la adaptación de los frutos de sus estudios y experimentaciones; tomando el Ateneo a su cuidado y florecimiento de los medios de la cultura, y dejando a la Cooperativa local todo lo concerniente a la general distribución de los productos y de los materiales de todo orden y su atención a las necesidades de las personas productoras, de las ancianas y de las impedidas, enfermas y de corta edad, hubiera podido dar la influyente muestra de que las nuevas fórmulas no sólo son factibles en las villas rurales, sino en las ciudades grandes, no obstante toda la indole vasta y complicada. En determinada ocasión de los tiempos idos, elementos gustosos de tomar partido, tomaron así el de combatir a la huelga general. Otras figuras menos contundentes al respecto, consideraron un tanto peligrosa la dicha práctica, manifestando que constituye un arma de dos filos. En España y en período recordable, las grandes huelgas, por causas justificadas, se sucedieron con bastante frecuencia. En tales movidos instantes también solió leerse que

toda acción entrena y estimula. Ello es verdad. La cara de la cuestión. El reverso está representado en la parte reaccionaria que observa y provoca. Desde luego, no es dable herir en lo mínimo a susceptibilidades, ya que en los conflictos hubo pasión noble y muchos sufrieron el calvario de los apaleamientos y prisiones. Zaragoza tuvo huelgas prolongadas y el fuerte movimiento del 8 de diciembre famoso. Quizá reside en esto lo que ha parecido inexplicable. Aparte, Zaragoza ha sido siempre una plaza superiormente guarnecida, debido al punto que ocupa. Además, el general Primo de Rivera, durante la dictadura, aumentó sus efectivos y sus pertrechos. Así, Zaragoza al norte, y la sufrida Sevilla al sur, al quedar dominadas, dieron a la fiera militar y falangista la idea de que aún podía vencer. Y las fuerzas reaccionarias se rehicieron. Apelaron a todos los medios y ayudas para reparar el golpe recibido en Cataluña, Centro, etc. El voluntariado no bastó, pero fué tan esforzado como hermoso. El franquismo mantuvo sus puntos y avanzó luego, por un material superior, pese a los heroísmos y a los esfuerzos.

En Barcelona, los Sindicatos verificaron la empresa de las transformaciones. Tratar de justificar a la organización obrera zaragozana, a nuestro parecer debilitada por sus anteriores hechos huelguísticos, y censurar a la organización sindical barcelonesa que jugó el fuerte rol de lucha conocido, sería lo inconcebible. Pero no hay de ello la menor intención. Sólo que, si se nos perdona, apuntaremos que así como el sindicato siderometalúrgico organizó las industrias de guerra, lo imprescindible el de construcción, químico, de alimentación, etc., si no se hubiera mantenido personal en ventas, óptica, muebles, litografía y en todo lo entonces superfluo, hubiera sido, sin tratar de enfadar a nadie, mucho mejor. En Aragón, la organización confederal era fuerte en muchas zonas; pero, en otras, no tanto. Con las Colectividades fueron logradas ventajas de asimilación. Por la Colectividad no dejaron de existir los sindicatos. En Caspe, etc., tenía el Sindicato local activida-

des y reuniones regulares. Así también, el Ateneo, con sus Juventudes Libertarias. En Benasque la Cooperativa se halla como punto de partida en la colectivización local. Zaragoza hubiera marcado un aspecto vario. Forzoso y lógico. La vida en los pueblos es simple y no hay cuestión. Ya resulta menos sencillo Barbastro, Alcañiz, etc. En conversaciones hemos oído decir que si las cooperativas, en obra socializadora y en el área nacional, hubieran tirado por un lado, los sindicatos por otro; esas cooperativas con un sentido apropiador del trabajo y del consumo de teóricos cooperativistas y sindicatos con el espíritu exclusivo sindicalista mismo del Congreso ampliado de Valencia, el conflicto de organismos pretendiendo toda la economía, a su manera, no hubiera sido nada pequeño. Claro que se hubiera establecido, por la fuerza misma de las cosas, una transacción de armonía. De aquí que son problemas en los que no hay más remedio que pensar. Los Estados actuales extendidos, en sus formas corrientes de multiformidad de instituciones, pesan sobre los pueblos. Empero, los Estados totalitarios, también abundantes, para mayor facilidad de control, procuran reducir la organización al máximo. Así, la coexistencia de más o menos corporaciones no implica para que exista el autoritarismo más o menos grande o exacerbado. Pero no conviene nunca un solo cuerpo o mecanismo administrativo y económico, llámese como se llame, comunidades, colectividades, sindicalismo o cooperativismo. Lo sindical por lo del trabajo, en su base de Agrupamientos Laborales en todo medio de producción; lo cooperativista en la distribución, en su asiento de Establecimientos Mancomunales del consumo y asistencia social; el Ateneo en lo cultural; más, Consejos simples, desde luego, para el enlace y coordinación de las actividades y de las cosas de general interés. Pero, eso sí, sobre todo, la propaganda de la libertad, sugerente, avivada y extendida por doquier.

Miguel JIMENEZ





# Nunca se es demasiado antimilitarista

**P**OR si fueran insuficientes los motivos humanistas y civilizadores para estar en contra de la política de guerra que tanto alimentan muchos hombres y muchas instituciones, a veces bajo el manto del pacifismo, a continuación incluimos una estadística y unas comparaciones con las que por sí solas se bastan para justificar y honrar a los hombres, a los trabajadores que quieren la paz, que se niegan a hacer la guerra, que rechazan de trabajar en las industrias de armamentos, que quieren que la razón sea la única arma de combate y el convencimiento el único medio que garantice la fraternidad y el bienestar humano.

Se ha calculado que con lo que costó a Francia la guerra de 1914-1918 se hubiera podido ofrecer una casa amueblada, con huerto y garaje a todas las familias de los beligerantes (Norteamérica, Francia, Bélgica, Inglaterra, Alemania y Rusia). Y aún hubieran quedado sumas para edificar en las poblaciones de más de 200.000 habitantes de cada uno de estos países, un hospital, una biblioteca, una universidad y un campo de recreo.

Pero la guerra no solamente destruye las riquezas materiales inmediatas, obstruye también la base, aniquilando hombre=energía y genio, y sueños.

La guerra de 14-18 mató entre nueve y diez millones de hombres. ¿Quién puede calcular cuántos

millones de toneladas de trigo, cuántos millones de hectolitros de vinos, cuántos trenes de carbón, cuántos puentes, vías férreas, carreteras, casas, fábricas, estos hombres, estos agricultores, estos obreros, estos ingenieros hubiesen podido crear? ¿Quién podrá calcular la pérdida de riquezas espirituales? La guerra del 14-18 dejó:

- 10 millones de muertos.
- 5 millones de mutilados.
- 15 millones de heridos.
- 9 millones de niños huérfanos.
- 10 millones de desamparados y sin techo.

El sentimiento de ruindad moral que pesa sobre la humanidad.

¿Y todo para qué?



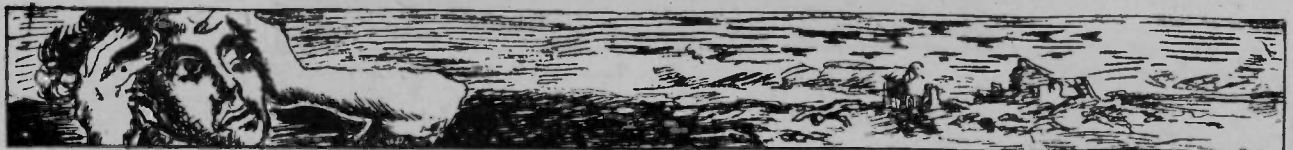
Pero el desastre de la guerra no empieza ni acaba con la pólvora que se enciende. En tiempos de paz también continúa haciendo estragos. Veámoslo:

Una ametralladora y las municiones que necesita para una hora de fuego.....	equivale a	a la comida que podrían comerse siete mil trabajadores.
Un avión de bombardeo y las bombas que necesita para un raid .....	equivale al	valor de cuarenta casas espaciales y modernas capaces de alojar cada una una familia de seis personas.
Un tanque ligero .....	equivale a	diez grandes tractores agrícolas.
El tonelaje de los navíos hundidos en la guerra 14-18 .....	equivale al	tonelaje de ciento sesenta y seis navíos como el famoso «Normandia».

¿Todo para qué?

Para que veinte años después se haya vuelto a empezar con más brío, más maldad y más violencia y, por tanto, más deshonra y más ruina moral y material.

Deplorable oficio el de militar. ¿Cuándo lo comprenderá la juventud?





**F**LORES son las ideas; los actos fructos. Y el hombre íntegro, es decir, vigoroso, inteligente y sensible, ¿qué es sino la imagen de ese árbol frondoso y siempre verde, engalanado de flores constantemente, brindando perennes y sazonados frutos?

Tal lo imaginaba, por lo menos, al observar su naturaleza exuberante, su raciocinio poderoso, su sensibilidad aguda.

Mas, lienzo fatídico, yo los he visto esqueléticos y desnutridos, degenerados por sus vicios, lisiados y enfermos.

Niños ya, privados de la savia materna; pechos lacios, exhaustos, repletos de miseria que tiende la madre dolorida a su vástago anémico; o rebosantes de este sacro néctar, madres que se los niegan por mor de una estética absurda, de una ética egoísta, que presupone a menudo infanticidio. Imberbes, adolescentes aún, viles partir gallardos, cargados de pertrechos fratricidas, hacia aventuras viles; en defensa de la patria de sus foragidos patricios o de sus farisaicos patriarcas; ellos, los desheredados, los anónimos, sin patrimonio alguno que defender y a los que hasta el nacional patronímico se les negaba. Y volver luego mutilados y embrutecidos todos, victoriosos o vencidos. Y proseguir su triste sino gastando sus menguadas energías en intensas y extensas jornadas sin serles retribuidas; sus espinazos moldeados por la esclavitud, doblados, describían semicírculos, en tanto sus propietarios los trazaban con sus abdomenes ahitos. Y como eptílogo, la llegada galopante de la tisis.

Y tras el cuerpo el pensamiento sigue. ¿Qué decir de estos cerebros vírgenes entregados inocentemente a

## El cultivo del hombre

los sátiros docentes del Estado o de la Iglesia? ¿Cómo contemplar impasibles la violación de estas conciencias infantiles? Víctimas de pedagogías ferreas, retrógradas, inicuas, clavan en sus cerebros los dardos del dogma, las espinas de ciencias infusas a fuer de confusas, y cercenan las flores que son las ideas libres o atrevidas. Espíritus enajenados, fanáticos o místicos, serán los futuros a un hombre providencial o a un fetiche milagroso.

De esos cerebros primarios y silvestres que no frecuentaron escuelas ni cátedra alguna. Inteligencias en ciernes, nubladas por la ignorancia, que se extinguen sin nociones siquiera rudimentarias de cuanto les rodea ni ideas aproximativas del valor oculto de sí mismos. Medrosos, encogidos, pasivos e instintivos, son las legiones protectoras del déspota, son las masas informes sobre las que el tirano sienta su poderío, las multitudes perches y cretinas.

En fin, hay aquellos que, cultivados con cierto esmero, medianamente instruidos, pero huérfanos de una voluntad recia o de una moral íntegra, no pueden soportar el vía-crucis que significa una vida íntegra. Decepción tras desilusión, unos se retiran, claustran en sí mismo; otros, claudicación tras concesión, se venden, prostituyen su saber cual vil mercancía. Son las inmensas cohortes de los escépticos, «desabusés» y

fatalistas, las catervas de demagogos, de pancistas y de cínicos.

Y ahora, como colofón, siquiera de paso, contemplad estos seres insensibles, embotados, que nada mueve ni conmueve, que aman lo indiferente, y lo odian todo por un igual, que es tanto como no sentir nada. Incapaces de interpretar una idea grande pese a que se la repitan hasta la saciedad, o de sentir las conmociones de las más grandes obras de arte. Aquellas frustradas o desviadas que, incapaces de amar lo grande se encaprichan de lo íntimo, que el todo no enternece y la nada estremece, cual aquella dama burguesa, miembro de una liga protectora de animales y a la vez ligada como accionista a una manufactura de material bélico; que se enfurece por la muerte accidental de una rata de cloaca, y que ante el asesinato intencionado del hijo de su portera se queda tan fresca. Romanticismo huero, diletantes, histéricos; es la degradación de la especie que llega al corazón y alcanza las raíces del instinto.

Y sin embargo, ¿cómo no sentirse optimista, eufórico casi?

Cuando el médico logra hacer del aborto un ser longevo y con plenitud de vida, equilibrar alienados y reemplazar vísceras.

Cuando el ingeniero hace que surta el agua en la abrasada estepa, también el prelude del músico hará vibrar las cuerdas, ablandar los corazones más resecos. Cuando el pedagogo llega a despertar inteligencias en letargo y abrir conciencias herméticas, cabe esperar, previo cultivo, consejos del más romo y ejemplos del más tonto.

Cultivo, cultura íntegra. Tarea ingente pero no imposible.

Plácido BRAVO

### “LA PROPIEDAD ES UN ROBO» Proudhon

Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro (que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima), se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de

TUYO Y MIO

«Quijote» cap. XI L. I.



# MICROCULTURA

840. — El pagro es un pez de la orden de los acantopterigios.
841. — Solamente el nueve por ciento de la tierra de todo el mundo está cultivado.
842. — Una «raquialgia» es el dolor de la columna vertebral.
843. — Para conservar los pescados en los barcos pesqueros se emplea agua de mar clorada.
844. — El lago Gatun, en Panamá, forma el río Chagres.
845. — Los Estados Unidos consumen el sesenta por ciento del papel mundial.
846. — Señuelo, es cualquier cosa que sirve para atraer, persuadir o inducir, con alguna falacia.
847. — Una hormona química conocida como ECP puede administrarse a las ovejas para que tengan corderos dos veces por año en vez de una vez, como es lo usual.
848. — El 27 de octubre de 1533 el sabio español Miguel Servet fué quemado por los fanáticos calvinistas.
849. — Pruebas recientes sugieren que durante el siglo XX grandes áreas del mundo se han ido tornando más cálidas.
850. — Se entiende por «obrepcción» la falsa narración de un hecho.
851. — El «padrejón» es el histerismo en el hombre.
852. — Los «Romances nuevamente sacados de las historias antiguas» fueron escritos por Lorenzo Sepúlveda, poeta español del siglo XVI.
853. — Dentro de pocos años entrarán en funcionamiento las primeras instalaciones mundiales para la calefacción de las casas por medio de la energía atómica.
854. — Un ceracate, es una especie de ágata de color de cera.
855. — Se entiende por «decalvar» rasurar a una persona todo el cabello.
856. — Una «afección» es una construcción geométrica de los problemas y de las ecuaciones.
857. — La ósmosis fué descubierta por Nollet en 1748.
858. — Uno de los reactores atómicos de Suecia caldea las casas de un nuevo suburbio al sur de Estocolmo.
859. — El longorón es un molusco marino de Cuba que vive en el cieno.
860. — Se entiende por «deflagar» arder una sustancia súbitamente con llama y sin explosión.
861. — Una «embrocación» es la acción de derramar un líquido sobre una parte enferma.
862. — El 21 de octubre de 1520 descubrió Magallanes el estrecho de su nombre.
863. — El terrible Pedro I El Grande, último zar de Moscovia y primer emperador de Rusia, falleció en 1725.
864. — Se ha comprobado en varias partes del mundo el aumento de la estatura humana en cada generación de nuestra época.
865. — Marcelo Malpighi, célebre médico y anatomista italiano, fué el primero en describir, en 1640, las papilas de la lengua que captan los sabores.
866. — Los hombres de ciencia creen que la amistad del perro y el hombre nació en el período mesolítico, hace uno cincuenta mil años.
867. — Las clorinas y rodinas, compuestos de clorófila, ayudan a salvar vidas humanas.
868. — Un seto es un cercado hecho de palos o varas entretrejidas.
869. — El 2 de junio de 1812 fué «coronado» Henri Christophe, rey negro de Haití.
870. — El «ahuichichi» es una planta cucurbitácea, más conocida por «Sandía de culebra».
871. — El precursor del impresionismo en la pintura fué Jorge Seurat, pintor francés.
872. — La «seudoescarlatina» es una enfermedad febril ocasionada por una intoxicación séptica.
873. — La «asintota» es toda tangente en un punto al infinito de una curva.
874. — Se entiende por silente a lo que es silencioso, tranquilo, sosegado.
875. — El Estado de Sergipe es el más pequeño del Brasil.
876. — El «sijú» es una planta herbácea de la familia de las rubiáceas.
877. — Se entiende por asintótico, lo que está conforme con las reglas de la sintaxis.
878. — Siete de diez causas principales de muerte y enfermedades que tullen están asociadas con el estado de obesidad.
879. — El «carfeno» es un hidrocarburo obtenido por destilación del alcanfor.
880. — El método usual para descontaminar la piel irritada es lavarla con agua y jabón, con soluciones de permanganato y sulfito.
881. — El 17 de febrero de 1537 fué fundada en el Perú la ciudad de Concepción.
882. — Se ha desarrollado un detector de radiación de bolsillo que permite que los trabajadores sepan cuándo han estado expuestos demasiado tiempo a los rayos de radar intensos que resultan muy dañinos.
883. — La dasocracia es una parte de la dasonomía, ciencia que trata de la ordenación de los bosques.
884. — El corazón de un toro desarrolla 75 kilogramos de fuerza cuando bombea la sangre; el de un perro sólo dos kilos y medio.
885. — La opereta «Adán y Eva» fué compuesto por Gastón Serpette, compositor francés.
886. — El principal cambio estructural en los huesos que contienen radio es la obturación de los canales que permiten el paso de la sangre.
887. — Se entiende por «efugio», evasión, salida, recurso para sortear una dificultad.
888. — Los estudios de la sangre muestran que la tendencia a tornarse anémicos aumenta con la edad, principalmente a causa de mala nutrición.
889. — La «damiana» es una planta turnerácea que vegeta en toda América.
890. — El plasma, a menudo considerado como el cuarto estado de la materia, es una mezcla de iones y electrones formada mediante la ionización, o carga, de un gas.
891. — La «estocardia» consiste en el cambio de lugar del corazón, ya sea congénito o adquirido.

SUNO

# Joyas del romancero

## LOS PEREGRINOS

Hacia Roma caminan  
dos peregrinos,  
a que los case el Papa  
porque son primos.  
Sombrecito de hule  
lleva el romero  
y la peregrinita  
de terciopelo.  
A la entrada de Roma  
piden posada  
para la peregrina  
que va cansada.  
Al llegar a Palacio  
suben arriba  
y en la sala del medio  
los desaniman.  
Ha preguntado el Papa  
qué edad tienen;  
ella dice que quince  
y él diecinueve.  
El sobrino del Papa  
hacia señas  
a la peregrinita,  
que no se fuera  
El peregrino entonces,  
cuando vió eso,  
en medio de la sala  
le ha dado un beso;  
a la peregrinita,  
que es vergonzosa,  
se le puso la cara  
como una rosa.  
El Padre Santo dice,  
con ser tan santo:  
—¡Quién fuera peregrino  
para otro tanto!  
—Peregrinita mía,  
vámonos de aquí,  
que por lo que veo  
me quedo sin ti.  
Las campanas de Roma  
ya han repicado  
porque los peregrinos  
ya se han casado.

## CONDE NIÑO

Conde Niño por amores  
es niño y pasó la mar:  
va a dar agua a su caballo  
la mañana de san Juan.  
Mientras el caballo bebe  
él canta dulce cantar;  
todas las aves del cielo  
se paraban a escuchar.  
caminante que camina  
olvida su caminar,  
navegante que navega  
la nave vuelve hacia allá.

La reina estaba labrando,  
la hija durmiendo está.  
—Levantaos, Albaniña,  
de vuestro dulce folgar,  
sentiréis cantar hermoso  
la sirenita del mar.  
—No es la sirenita, madre,  
la de tan bello cantar,  
sino es el conde Niño  
que por mí quiere finar.  
¡Quién le pudiese valer  
en su tan triste penar!  
—Si por tus amores pena,  
¡oh, malhaya su cantar!  
Y porque nunca los goce  
yo lo mandaré matar.  
—Si le manda matar, madre,  
juntos nos ha de enterrar.  
El murió a la media noche,  
ella a los gallos cantar;  
ella como hija de reyes,  
la entierran en el altar;  
a él, como hijo de conde,  
unos pasos más atrás.  
De ella nació un rosal blanco  
de él un espino albar,  
crece el uno, crece el otro,  
los dos se van a juntar;  
las ramitas que se alcanzan  
fuertes abrazos se dan,  
y las que no se alcanzan  
no dejan de suspirar.  
La reina, llena de envidia,  
ambos los mandó cortar;  
el galán que los cortaba  
no cesaba de llorar.  
Della naciera una garza,  
del un fuerte gavilán;  
juntos vuelan por el cielo,  
juntos vuelan par a par.

## DONA BEATRIZ

Bodas hacían en Francia  
Allá dentro de París;  
¡Cuán bien que guía la danza  
Esta doña Beatriz!  
¡Cuán bien que se la miraba  
El buen conde don Martín!  
—¿Qué miráis aquí, buen conde?  
Conde, ¿qué miráis aquí?  
Decid, si miráis la danza,  
O si me miráis a mí.  
—Que no miro yo la danza,  
Porque muchas danzas vi,  
Miro yo vuestra lindeza  
Que me hace penar a mí.  
—Si bien os parece, conde,  
Conde saquéisme de aquí,  
Que un marido me dan viejo  
Y no puede ir tras mí.



# Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es él guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

## INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

### OBRAS EN ESPAÑOL

«Justicia», L. Reymont, 3.— NF. — «Manual del aspirante cinematográfico», 1,50. — «El Mar», Michelet, 3,50. — «La música en España», A. Salazar, 15.— — «Muelle de las brumas», Mac Orlan, 5.— — «Manual del fabricante de bolas de sebo», 2.— — «Manual de Lechería», 2.— — «Adelgace con inteligencia», Hauser, 5,50. — «Cuadro hemático del cáncer», Gruner, 4.— — «Fundamentos de la caracterología», L. Klages, 9,50. — «Cómo curé mi tuberculosis», Hevia, 1,50. — «El autoanálisis», K. Horney, 7,80. — «Vida del diabético», Cañadell, 5,60. — «Úlcera gástrica», 2,25. — «Colitis», 2,25. — «Alergia alimenticia», 2,25. — «Corazón», 2,25. — «Tuberculosis», Vander, 5.— — «La historia tiene la palabra», Teresa León, 1,50. — «Pablo Iglesias», Isaac Pacheco, 1,50. — «Frente al mañana», S. Albornoz, 1,50. — «José Mazzini», B. King, 5,25. — «Los mejores cuentos», 3,75. — «Memorias de la duquesa de Abrantes», 1,50. — «Mercurial eclesiástica Montalvo», 2,50. — «Madres famosas», Chandler, 5.— — «Murillo», P. Gargol, 2,50. — «Elementos de Psicología» Titchener, 3.— — «Emen Hetan», R. J. Sender, 4.— — «La familia Cardinal», L. Halévy, 2,10. — «Los falsos redentores», G. Piovene, 8.— — «Desue el fondo de la tierra», L. Castro, 9,50. — «La amargura de la Patagonia», R. Dario, 7,50. — «Felicidad», K. Mansfield, 1,20. — «La gente alegre», J. Ohnet, 2,50. — «El humanisferio», J. Dejacque, 1,50. — «Historia de San Michele», Axel Munthe, 7.— — «Historia de la literatura rusa», Waliszewski, 7,50. — «El intelecto helénico», P. Gener, 4,50. — «Italia fuera de combate», I. Herraiz, 2.— — «Ideario de Quevedo», Astrana Marin, 6,50. — «Obras escogidas de Heine», 8,50. — «Poesías de Plácido», 3,80. — «Pensamiento vivo de Nietzsche», H. Mann, 6,50. — «Imitación de Cristo», Kempis, 7,50. — «Plumero salvaje», Samblancat, 3.— — «Puerto cholero», M. Puga, 3,50. — «Realización del hombre», Stieben, 0,75. — «Perspectivas culturales en Sudamérica», E. Relgis, 3.— — «Del presente y del futuro», P. Gener, 3.— — «Fensamiento vivo de Schopenhauer», T. Mann, 4,20. — «Problemas sociales de derecho penal», P. Foix, 5,50. — «Pasión de Justicia», I. Pavon, 2,60. — «Profeta del hombre», Cordero, 4,50. — «La novela de Roger de Flor», 3,60. — «Reivindicación de la libertad», Ernestan, 1,50. — «Rojo y negro», Stendhal, 3,75. — «La reina Margarita», Dumas (2 tomos), 5.— — «Reconstrucción de Europa», P. Benoit, 3,40. — «Sorolla», Pantorba, 2,50. — «Versos de Rafael de León», 9.— — «Don Segundo Sombra», Guiraldes, 3.— — «Sombras del mal», D. Macardle, 3,50. — «Epistolario amoroso», 5.— — «Titanes de la oratoria», 5.— — «Sehilia», Turgueniev, 1,50. — «Sinfonía de los siglos», Figola, 1,50. — «Teatro de Jacinto Benavente», 3,50. — El tema de nuestro tiempo», Gasset, 3,75. — «Tolledo», F. del Valle, 1.—

### LIBROS EN FRANCES

«La bible d'un anarchiste», R. Wagner, 2,50. — «Satan et l'amour», R. Gagey, 7,50. — «Superstitions politiques», H. Dagan, 4,40. — «Hommage a Georges Eekhoud», Hem Day, 1,80. — «Servitude volontaire», E. de la Boetie, 3,30. — «L'inevitable révolution», un Proscrit, 3,20. — «Prêtres et moines», G. Dubois, 5.— — «Le cooperatisme», 3.— — «Anthologie de l'objection de conscience», H. Day, 3,30. — «La flagellation et les perversions sexuelles», Lorulot, 6,50. — «L'Emancipation sexuelle de la femme», M. Pelletier, 1,ñ. — «Tino Costa», Arbo, 7,20. — «Quatre aux fleurs», Salvy, 1,90. — «Science et materialisme», Letorneau, 2.— — «Socialisme révolutionnaire», 1,80. — «Les mystères des couvents de Naples», Princesse Fortino, 4.— — «Catechisme positiviste», A. Comte, 2.— — «Faust», Goethe, 2,50. — «La cité future», Tarbourden, 4.— — «Gargantua et Pantagruel», Rabelais, 4.— — «Pour assurer la paix», P. Besnard, 2.— — «Superstitions politiques», H. Dagan, 4,40. — «Mandatell Lassu», L. Galleani, 2.— — «Recherches sur les forces inconnes», Barbedette, 1.— — «Les bandits tragiques», V. Meric, 2,90. — «Dalmés de la guerre», Monolin, 2.— — «Un drame politique», M. Dommanget, 2,40. — «Armoires frigorifiques», Degoix, 5,80. — «La ceramique», Giacomotti (2 tomes), 3,80. — «Jours d'Exil», Courderoy (3 tomes), 9.— — «Cours d'économie politique», Gide, 6.— — «Errico Malatesta», Fedeli, 2,20. — «L'Incubation artificielle», Paulau, 3,10. — «Traité du paysage», Ploury, 1.— — «Sociologie générale», Dupreul, 6,70. — «Zola», A. Zevaes, 2,50. — «L'Heredité Psychologique», Ribot, 2.— — «L'Amour heureux», Dubal, 0,80. — «La physiologie morale», Hill, 1.— — «L'Hipnotisme à distance», Jagot, 2.— — «La grande metamorphose», Gille, 1,50. — «Les grandes Jorasses», Frenedo, 2.— — «Chauffage Central», Bcueroier, 5,40. — «Bahia de tous les Saints», Amado, 3,40. — «Les camps d'internement en Grece», 4,50. — «Histoire de la Coopération en France», Gaudmont (2 tomes), 15.— — «La révolution inconnue», Voline, 3,50. — «La Révolution sociale», 2,50. — «Contes d'un rebelle», Delvadés, 1.— — «L'Amour libre», C. Albert, 3,50. — «L'Etat de siège», Camus, 5,50. — «William Gorwin, philosophe de la liberté», 1,80. — «Histoire des Temps modernes» (3 tomes encuadernados), 6,75. — «Pour vaincre», B. de Ligt, 1,50. — «Vie de Franklin», Mignet, 1,50. — «Histoire de Charles V», Robertson (2 tomes encuadernados), 5,50. — «Essai sur l'imagination créatrice», Ribot, 1,50. — «La coutume ouvrière», M. Leroy (dos tomes), 5.— — «L'Evolution des idées générales», Ribot, 1,50. — «La vie amoureuse de Casanova», 6,50. — «Serenades sans guitare», Villeboeuf, 7,50. — «Juan de Mairena», Machado, 6,90. — «Les caractères», La Bruyère, 5,60. — «Mauvaise graine», M. Azuela, 2,50. — «Anglais, Français, Espagnols», S. de Madariaga, 5,20. — «Le sang plus vite», V. Garcia, 3,75

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a F. Olaya. — Servicio de Librería del Movimiento. — 4, rue de Belfort - TOULOUSE (Haute-Garonne)  
GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)



# GENIIT

sociología  
ciencia - literatura



**Plácido Bravo** : De la historia, esta brújula de la Humanidad. — **H. Allen** : Historia y reminiscencia de los compiladores de Thoreau. — **Floreál Ocaña** : El indeterminismo y el Ser. — **E. Armand** : La demistificación del misterio. — **J. Ruiz** : Ideas sobre educación. — **Costa Iscar** : Análisis de la emoción. — **Puyol** : Acotaciones cervantinas. — **Krause** : El ideal. — Selección **W. Muñoz** : El piloto. — **Denis** : El Cronista. — **Suno** : Microcultura. — **Campio Carpio** : Poesía del Destierro (Folletón encuadernable)

# 128

AGOSTO - 1961

4º P 5523  
REVISTA MENSUAL

PRECIO : 1,00 NF





## Nuestra portada

El dibujante que recogió con sus trazos este símbolo del trabajo en sus diversas manifestaciones, supo plasmar cuanto representa el esfuerzo humano. El obrero del músculo, como el del intelecto; el minero, como el hombre de ciencia, son otros tantos eslabones en la obra de la producción, mediante la cual los hombres han conseguido mejorar sus condiciones de existencia.

Hoy nadie, ni aun el más retrógrado, niega la importancia del mundo del trabajo. Es él la riqueza de los pueblos y es por él que las comunidades humanas ascienden a concepciones sociales superiores.

El capital ya sólo se concibe como acumulación y usurpación de los beneficios del trabajo, que a todos pertenecen, porque son todos los que producen los que en el proceso de la producción intervienen.

Y una nueva aristocracia ha surgido de los talleres, los campos, las fábricas, los laboratorios, las universidades. La aristocracia del saber, de la capacidad productora; el hombre que tiene a gala ser útil a la sociedad y que lo es, por sus manos, su cerebro, su esfuerzo mental y físico. Terminó el mundo de los parásitos, en que el trabajo era estigma, no honor, como es ahora.

Aun antes de haberse materialmente transformado, la sociedad hoy ha sufrido una profunda subversión de valores.

¡Saludemos a la sociedad nueva, en germen moral; muy pronto realidad cotidiana de todos!



### REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

*Redacción:*

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

*Colaboradores:*

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux

*Precios de suscripción.* — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros: « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,  
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)



# CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XI

Toulouse, Agosto 1961

Nº 128

## De la Historia, esta brújula de la Humanidad

**T**ODO cuanto existió o existe tiene su historia. La de esta simple piedra, de asperezas pulidas, que yace en el lecho del arroyo; y aquel bloque granítico, esculpido por Fidias, del Partenón helénico. La del arbusto bravo, enraizado en las grietas de la mole alpina; y la de este pedazo de encina labrada por las manos de un artista, enmarcando, de Rafael, un recorvo, anónimo y mullido, mendigando el sustento entre tacaños y ricos; y la de este monarca erguido, célebre por sus desmanes y caprichos, exigiendo gabelas y diezmos de sus pobres sujetos para mantener el fausto serrallo de cortesanas, o la magnificencia de su corte sin pizca de cortesía.

Compleja, en su grandiosidad, la historia de estas crestas niveas de la cordillera andina. Y misteriosa la de aquella sima sumergida en el océano con su exótica flora marina. Historia impresionante la de la selva tropical, rumorosa y virgen; y no menos aquella enterrada en vida por un cataclismo desconocido: la historia de la mina.

En fin, qué decir de aquellas huellas borrosas, prehistóricas, dejadas sobre la superficie terráquea por las tribus errantes, rudimentarias, con armas de piedra y herramientas toscas, con hogares cavernarios y vestidos de piel. Comparadas con las de nuestra moderna sociedad instalada, aunque más instable que nunca, con sus grandes urbes y grandes vías de tránsito, con sus enormes archivos, sus vastos museos y sus múltiples bibliotecas; esta sociedad compleja y veloz, que vuela y navega sin alas ni remos, pero subyugada por un farrago de leyes, y que un laberinto de fronteras inmoviliza sobre el terreno estrecho de una nación o angosto de una aldea.

Un solo hecho, una acción simple, puede tener tantos móviles, proyectar tantos perfiles, ofrecer tantas perspectivas, que historiarla científicamente es obra de titanes. Ejemplo: el padre azota a su tierno hijo. Averiguad, ahora, el delito paterno — porque delito hubo, con o sin inocencia, puesto que era manifiesta la indefensa — sin otras referencias. Colocaros en su fuero interno e introspectivamente, dilucidad o intuíd, por lo menos, las causas determinantes de tal gesto. ¿Falsa noción ética sobre el valor del castigo corporal para enmendar una falta cualquiera? ¿Errónea opinión del derecho del padre sobre el hijo? ¿Tradicionalismo inconsciente? ¿Irrascible por abuso de alcohol? ¿Extenuado por una jornada intensiva? ¿Temperamento sensible a los cambios de clima repentinos? ¿Neurosis hereditaria? ¿Iracundo por incompreensión de la familia? ¿Complejo sexual en desequilibrio? ¿Humor alterado por estrechez económica? ¿...?

Retahila de interrogantes a los que consciente y científicamente sólo podemos dar una respuesta, no sé si más exclamativa que interrogativa: ¡Qué sé yo!

Escoged la razón fundamental que tal acto determina, luego añadidle las complementarias. Esta es historia. Y ahora, si os sentís atrevidos aún entrad en el alma del niño. Interpretad las razones de su travesura, induciéndole a romper una pieza de la vajilla hogareña. Adentraros en su recinto psicológico; desentrañad lo que se nos antoja instintos simples o primarios cuando en realidad son complejos e indefinidos. ¿Quién se atrevería a tamaña empresa descifrativa?

Para esta sociedad desorientada, la ausencia de una historia humana sin cuentos ni fábulas, científica y completa, es tan precisa como la brújula para el marino de largas travesías o para el piloto de largos vuelos. En tanto del brumoso valle prehistórico no se alumbró el foco que ilumine la cueva de nuestro origen y procedencia primero, y del seno de la humanidad no surja un ideal de altura hacia el cual nos dirijamos después, jamás sabremos por dónde andamos, y a tientas o a lozís, los coscorriones no dejarán de flotar sobre vuestras inexperimentadas testas.

Porque si la historia no se repite rigurosamente, matemática y geoméricamente, por lo menos tiene una «suite» lógica. «De aquella polvareda este lodazal». «De aquellos hechos, estos cohechos».

Y no es que pretenda que la historia a que aludo tenga que ser la pitonisa que, a varios siglos de vista, adivine nuestro destino, ni siquiera una entelegüa a la que haya que rendir pleitesía como hicieron los marxistas interpretándola a su guisa, pero por lo menos un guía que señale precipicios y evite repetidos extravíos.

PLACIDO BRAVO

# Historia y reminiscencia de los compiladores de Thoreau

**T**HOREAU, más que la mayoría de los autores, ha sido publicado ulteriormente, puesto que de los veinte volúmenes de sus obras completas sólo dos fueron publicados en su vida.

**EXCURSIONS (Excursiones)**, publicado en 1863, el primero de los volúmenes póstumos, fué compuesto con trabajos recogidos por Sofía Thoreau en **THE DIAL (La Esfera)**, **THE BOSTON MISCELLANY (La Miscelánea de Boston)**, **THE DEMOCRATIC REVIEW (La Revista Democrática)**, **THE NEW YORK TRIBUNE (La Tribuna de Nueva York)** y **THE ATLANTIC MONTHLY (El Atlántico Mensual)**.

Todos, excepto tres de esos trabajos hicieron su aparición por primera vez durante la vida de Thoreau, y los otros, según Sanborn, fueron corregidos por su propio autor en las pruebas, al menos en parte, durante su última enfermedad.

**THE MAINE WOODS (Los Bosques del Maine)**, publicado en 1864, fué compilado por Sofía Thoreau y William Ellery Channing, el joven. De sus tres partes, «Ktaadn», salió en **UNION MAGAZINE (Revista Sindical)**, y «Chesuncook» en el **ATLANTIC**, ambos durante la vida de Thoreau y por lo tanto no necesitan redacción, exceptuando la que los directores de dichas revistas hicieron. La última parte, «The Allegash and East Branch», no fué completada antes de la muerte de Thoreau y sufre de redacción descuidada. La pieza más seria de descuido por la parte de los compiladores, hasta donde yo sé, fué el trasapelar dos páginas y media de materia perteneciendo a la entrada del dos de agosto, la cual fué trasladada al final de la entrada del treinta de julio. Este mal descuido fué corregido por Horace E. Scudder al redactar la **Riverside Edition (Edición de la Ribera)**, publicada en 1893. Si fué o no Mr. Scudder el primero en descubrir dicha transposición, es cosa que ignoro. No fué hasta que yo compilaba mi **Bibliografía** que descubrí el error y su corrección. Cuidadosos lectores del libro se deben haber asombrado por la imposible secuencia de los acontecimientos resultando el conseguir tanta materia tres días fuera del camino, que siguió persistiendo a través de las numerosas ediciones de la primera publicación. Un error menor en esa materia trasapelada fué pasado por alto por Mr. Scudder, al leer mal el manuscrito de Thoreau, resultando la palabra impresa «former» (primero), donde probablemente había escrito «power» (poder).

Sofía era muy celosa por la integridad del trabajo de su hermano, pero por naturaleza y por práctica no era muy ducha en los deberes de un compilador, y es muy probable que dependiera ampliamente de Channing para orientación, y este

amigo y conocido de Thoreau era un poeta y un literato sin temperamento ni práctica, sospecho, para la exactitud de la erudición. El empleo que hizo de los diarios de Thoreau para extractarlos en su **THOREAU: EL POETA NATURALISTA** mostró cuan poco capaz era en dicha materia. Sus extractos son un revoltijo de entradas de varias fechas, sujetas a mucho parafrasear, además de contener obvios errores en las lecturas de los manuscritos de Thoreau. La edición revisada del libro de Channing hecha por Sanborn y publicada en 1902, veintinueve años después que apareció el original, es en general una mejora de la edición de 1873, pero perpetúa la mayoría de las faltas del original. Compréndase que estoy hablando sólo del empleo que hizo Channing del texto de Thoreau, pues reconozco el valor de su biografía de Thoreau.

En **CAPE COD (Cabo Cod)**, publicado en 1864, de nuevo encontramos a Sofía y Channing colaborando en la compilación, aunque el mismo Thoreau vió los primeros cuatro capítulos en la primera publicación que de ellos hizo **PUTNAM'S MAGAZINE (La Revista de Putnam)**. Channing acompañó a Thoreau en dos de sus cuatro visitas al Cabo, por lo tanto hubiera sido una elección natural como compilador asociado, aunque algún otro hubiera estado disponible. Supongo que Frank Sanborn entonces también lo estaba. Desde 1855 conocía a Thoreau y había sido pensionista en su casa, comiendo con él durante dos años casi diariamente, como él mismo dice, y a menudo juntándosele en sus paseos y viajes fluviales, y era un compilador de larga experiencia; pero no había gran cordialidad de sentimientos entre él y la familia de Thoreau, mientras que Channing era evidentemente persona grata. No fué hasta que después de 1894, cuando Blake produjo los cuatro volúmenes extraídos de los Diarios de Thoreau, que Sanborn apareció como compilador de no importa que escritos de Thoreau, aunque ya en 1882 había publicado su primera vida de Thoreau, habiendo así fundado una reputación como una autoridad en la vida y en la obra de Thoreau.

El quinto volumen de Thoreau que se publicó fué **LETTERS TO ARIOUS PERSONS (Cartas a varias personas)**, compilado por Emerson, quien parece haber encarado el presentar más bien una austera semblanza de la personalidad de Thoreau, haciendo de acuerdo con ella sus selecciones. Su compilación fué concienzuda, naturalmente, y no tengo razón para suponer que su transcripción de las cartas era de modo alguno inexacta. Al fin del volumen incluyó nueve poemas de Thoreau, que según él era lo que valía la pena de preservar. Demasiado severo era, por supuesto, juzgando de la poesía de Thoreau.

Carezco de información sobre quien compiló el volumen publicado en 1866 con el título *A YANKEE IN CANADA, WITH ANTISLAVERY AND REFORM PAPERS* (Un yanki en Canadá, con ensayos antiesclavistas y reformistas). Los tres primeros capítulos de la «Excursión al Canadá», fueron impresos en *PUTNAM'S MAGAZINE*, dirigida por George William Curtis, quien lo mismo que Lowell en el caso de «Chesuncook» objetó algunas de las herejías de Thoreau, por lo cual éste retiró el resto del manuscrito. Otro de los ensayos titulado «Prayers» (Oraciones), fué atribuido a Thoreau por error. Apareció sin firma en *THE DIAL*, donde también había un poema de Thoreau, pero todo excepto el verso era de Emerson. Aquí, como en algunos otros casos, resbalan los compiladores de Thoreau.

El próximo compilador de Thoreau que apareció fué Harrison G. O. Blake, con su *EARLY SPRING IN MASSACHUSETTS* (Primavera temprana en Mass.), extraída del Diario de Thoreau. Fué éste el primer considerable extracto de tan rica fuente, después de los extractos de Thoreau. La mayor parte del Diario fué naturalmente escrito, con el fin de una ulterior publicación por su autor, y sus posibilidades de ningún modo se habían extinguido cuando murió. James T. Fields y Thomas Wentworth Higginson a la vez, formaron el plan para publicar «los diarios»; pero, como Higginson escribió: «El intento fué deshecho por la falta de voluntad de miss Sofía Thoreau, la custodia de los libros, quien no se escribió (el 26 de setiembre de 1866) que aunque enteramente satisfecha por el proyecto de edición, aún no estaba dispuesta a hacerlo. «Esos papeles —nos decía—, son sagrados para mí, y me siento inclinada en diferir su entrega al público por el momento». Guardó los diarios manuscritos mientras vivió, pero al morir el 7 de octubre de 1876 se los legó al abnegado y constante amigo de Thoreau en Worcester, Blake. Este, como nos narra, formó el hábito de leer cada día las entradas del Diario correspondientes a la fecha en que se encontraba, junto a la de todos los años contenidos en el Diario, pudiendo así seguir el progreso de las estaciones. Cuando, en respuesta a una evidente demanda pública, se decidió a publicar el Diario en parte, siguió el plan que le había personalmente causado tanto placer, y el resultado fué *EARLY SPRING IN MASSACHUSETTS* (1881), *SUMMER, Verano* (1884), *WINTER, Invierno* (1887), y *AUTUMN, Otoño* (1892). Por alguna razón faltaban en la primera edición de *Primavera Temprana*, las entradas de los cuatro primeros días de abril, las cuales habían sido impresas en el *ATLANTIC* con el título de «April Days» (Días de abril) en abril de 1878, siendo luego incorporadas en la Edición de la Ribera cuando el libro fué publicado en 1893.

Blake era un compilador fiel que no se obstruía con anotaciones o enmiendas. La transcripción del Diario para su publicación in extenso muchos años más tarde, sacó a luz varios ejemplos de descuidada confusión de fechas y muchos errores en la lectura de Thoreau que uno no hubiera esperado de un corresponsal de tantos años; pero natural-

mente que la mayor falta que se puede encontrar en el trabajo de Blake, es la de no haber usado más el Diario.

Llegamos ahora a la primera regular y uniforme edición de las obras de Thoreau, la *Riverside Edition* (Edición de la Ribera), publicada en 1893, pero fechada en el año siguiente, como se acostumbraba hacer entonces cuando un libro aparecía en otoño. Fué compilada por Horace E. Scudder, la cabeza de lo que era entonces conocido por el Departamento Literario de la casa Houghton, Mifflin y Company, un concienzudo y erudito trabajador, quien escribió una nota introductora, biográfica en carácter, para cada uno de los diez volúmenes, y equipó el conjunto con un índice general, además de los índices de los tomos, que habían carecido las anteriores publicaciones, excepto en los cuatro volúmenes de las estaciones. La *WEEK* (Semana) fué también complementada con una lista de extractos compilada por Mark Anthony de Wolfe Howe.

El año de 1894, como ya he dicho, vió la primera aparición de Franklin B. Sanborn como compilador de Thoreau, aunque su primera Vida de nuestro autor apareció en 1882. Su *FAMILIAR LETTERS OF HENRY DAVID THOREAU* (Cartas Familiares de H. D. T.), fué publicada en ese año de 1894. Incluía todas las cartas que Emerson había recogido para su *LETTERS TO VARIOUS PERSONS* y además muchas más, siendo una valiosa adición el conectivo tejido de materia biográfica y explicativa. Conociendo la libertad con que Sanborn trataba la materia que extractaba, apenas puedo confiar en que las cartas que añadió sean copias de los originales al pie de la letra. Me atrevo a decir que personas habiendo tenido acceso a tales originales, o a los que aún existen hoy, han notado deslices de la estricta exactitud en el volumen impreso. Existe un caso de extracto descuidado que pude notar en el libro, pero no es en una carta de Thoreau, sino en un pasaje de los diarios de Alcott, describiendo la visita que Alcott y Thoreau hicieron a Walt Whitman en 1856. Odell Shepard en una nota de los *JOURNALS OF BRONSON ALCOTT* (Diarios de B. A.), publicados en 1938, llama a esto «una transcripción grotescamente falsa» de dichos pasajes. Y así es. Parecía que en tales casos Mr. Sanborn se descarrilaba en su parafrasear —y en su parafrasear inexactamente—, lo que debía haber sido mejor copiado que escrito.

*POEMS OF NATURE* (Poemas de la Naturaleza), compilado por Henry S. Salt y Frank B. Sanborn, fué publicado en 1895. El co-compilador de Sanborn era un admirador inglés cuya Vida de Thoreau fué publicada en 1890. Su selección de cincuenta de los setenta y cinco más o menos poemas que Thoreau había preservado, era juiciosa y omitía mucho verso que no añade lustre a la reputación del autor. Dice la Introducción: «Se ha hecho un retorno en la presente compilación de las enmiendas introducidas en el texto original por los compiladores de Thoreau». No he podido averiguar de qué enmiendas se trata. Desgraciadamente, ¡Cuán a menudo desearíamos que las propias en-



miendas de Thoreau pudieran ser similarmente detectadas y expurgadas!

Sanborn también compiló varios ensayos y piezas del diario manuscrito que cayeron en sus manos y que fueron publicadas privadamente o en ediciones limitadas. No creo necesario el nombrarlas ahora. La más ambiciosa, si no la más importante, pieza de compilación que hizo sobre Thoreau — casi he querido decir perpetrado contra Thoreau — fué la publicación de **Walden** en dos volúmenes impresos en 1909 por la **Bibliophile Society** (Sociedad Bibliófila); pero que nunca —tal vez afortunadamente— fué regularmente publicada. Esta bien presentada y asombrosa producción da a entender que **Walden** es como su autor lo quería; pero en cuanto he podido saber, no hay la menor evidencia de que el **Walden** que su autor vió a través de las prensas no fuera el final **Walden** de Thoreau. Lo que es bastante curioso es que este **Bibliófilo Walden** en sí mismo contiene dos diferentes relatos sobre su origen y composición. Mr. Henry H. Harper, que parece haber sido su **deus ex machina**, dice en la Introducción que el manuscrito fué descubierto como una completa entidad en los manuscritos de Thoreau, conteniendo doce mil palabras de materia que no contenía en la edición original, y que la inferencia estaba en que los editores habían cortado el manuscrito de Thoreau para retrotraerle a los límites físicos deseados. Sin embargo, Sanborn en su Introducción, dice francamente que el material colocado en sus manos era una miscelánea colección que él mismo arregló de la manera que le pareció mejor que la edición original.

Confieso que nunca tuve ganas de leer ese sanbornizado **Walden**, de manera que no puedo dar opinión de ese **tour de force**. Posiblemente tenga prejuicios, pero tengo la impresión de que ha habido poca demanda para que substituyera al libro que Thoreau paternalizó. Fué una característica realización para Franc Sanborn. ¡Qué placer debe haber sentido al mejorar a un tan gran autor como Thoreau!

La **LIFE OF HENRY DAVID THOREAU (Vida de H. D. T.)** de Sanborn, publicada después de su muerte en 1917, contenía muchos ensayos hasta entonces inéditos, principalmente temas de colegio, y un poema o dos. Como redactor de la casa Houghton Mifflin Company no fué sencillo el placer que tuve viendo en prensas a este libro y, encontrando que el autor había seguido su costumbre de usar gran libertad en el tratamiento de la materia extractada, le pregunté si no podría escribir algún informe en su prefacio que explicaría el por qué unas versiones de la materia impresa diferían de las formas previas. Consintió a esto, aparentemente sin disgusto y escribiendo; pero el informe nunca vino, pues murió el mismo día en que la prueba de su prefacio le fué enviada por correo; siendo el prefacio lo último que un autor ve en las pruebas y ahora siendo su última posibilidad de mantener su promesa. Esto nos dejó en una encrucijada. Mi lealtad hacia Thoreau y mi conciencia como redactor no me permitieron dejar las cosas como estaban; se trataba del libro

de Mr. Sanborn y me pareció que sus editores debían informar acerca de sus expresadas intenciones referente a su informe de manera a presentar la materia desde su punto de vista. Por lo tanto añadí abajo de la firma de su autor en el prefacio un breve informe sobre la situación y luego lo siguiente: «Mr. Sanborn no era un extractador esclavizado y al tratar con los Diarios de Thoreau, y con sus otros escritos que el mismo Thoreau no había preparado para su publicación, usó el privilegio de un compilador que está enteramente familiarizado con los temas del autor y con sus hábitos de pensamiento, para arreglar párrafos, omitir aquí, hacer allí breves interpolaciones, y tratar de otro modo las rústicas y no pulidas frases de los Diarios, cartas, etc., más que lo que supuestamente el mismo autor hubiera hecho si los hubiera preparado para las prensas. Si, no obstante, el lector encuentra ocasionales discrepancias entre los extractos de los Diarios de Thoreau como han de leerse aquí y las formas en que los mismos pasajes aparecen escrupulosa y exactamente transcritos en el contenido del Diario publicado, no debe culparse de descuido, sino más bien agradecer a Mr. Sanborn por haber hecho esos pasajes más ordenados y legibles». Una farsa, tal vez digáis, y casi estoy de acuerdo con vosotros. En realidad, la considero mi pieza maestra en tal campo.

Más tarde tendré algo más que decir de mis aventuras con Mr. Sanborn, usualmente muy agradables aventuras, de todos modos, pero debo ahora retornar al relato cronológico de la compilación de Thoreau. Retornamos hacia 1906 y a los tres o cuatro años que lo precedieron, cuando la más grande de esas empresas publicitarias estaba en camino. Bliss Perry, en su autobiografía **AND GLADLY TEACH (Y alegremente enseña)**, nombra dos culminaciones de las cuales en su capacidad de consejero literario de la casa Houghton Mifflin Company estaba, como dice, «desmedidamente orgulloso». Una de ellas fué cuando persuadió a la casa de «publicar el texto completo de los Diarios de Thoreau en catorce volúmenes, compilados por Bradford Torrey y F. H. Allen». No sé cuanta persuasión empleó, pero fué afortunado para la literatura americana de que tuviera éxito. Afortunado fué también el que Torrey fuese escogido como redactor en lugar de algún otro que hubiera abusado de su confianza, puesto que Torrey, con su experiencia de estudiante científico en la ornitología y la botánica, con su profundo respeto por los hechos y sin hacha que afilar, podía confiarse en que haría un trabajo erudito en una manera objetiva, sin introducir en el trabajo su propia personalidad. Además de la redacción textual, que fué confiada a uno más joven y menos experimentado, pero me parece no menos trabajador consciente, había la introducción, que discutía a Thoreau como un escritor y especialmente como un diarista y naturalista, con una competencia que posiblemente ningún otro redactor podría haber tenido. He dicho que la redacción textual había sido confiada a su compañero más joven, pero no quise decir que Mr. Torrey se lavara las manos en lo que a ella concernía. Lejos de tal cosa: el plan

entero del trabajo fué arreglado entre él y yo en conferencia, y leyó, pienso, toda la copia antes de que fuera a los impresores. Recuerdo que yo era partidario en usar notas para pequeñas correcciones, comentarios, informes de historia natural; pero él lo desaprobó, sabiamente como me parece ahora. La opinión de los redactores, de todos modos, se mantenía a un mínimo fuera de la Introducción. Mi propia mayor empresa durante tres años y medio fué el controlar la copia de los treinta y nueve volúmenes manuscritos del Diario, y verificarla mediante una lectura personal de cada palabra del manuscrito original, en total dos o tres millones de ellas. El Diario publicado contiene errores, naturalmente, pero no muchos que yo haya podido ver; y en cuanto a una posible imputación de descuido que se nos pudiera hacer por parte de los compiladores, mi conciencia se encuentra razonablemente clara.

Cuando los catorce volúmenes del Diario salieron formando parte de los veinte volúmenes de las obras completas, los hasta entonces publicados trabajos exclusivos de Blake, fueron reimpresos como los seis primeros volúmenes de las Ediciones Manuscrita y Walden. Se necesitó arreglar algo el contenido de los seis volúmenes y algunas omisiones se hicieron de materia duplicada; se añadieron también versos, de **Poemas de la Naturaleza**, y nuevas cartas fueron añadidas por Mr. Sanborn. Las introducciones de Scudder se reimprimieron de la Edición de la Rivera. Cualquiera detalle de la compilación recae sobre quien esto escribe.

Como ornitólogo tuve gran placer en leer las incomparables descripciones de Thoreau sobre el canto y la conducta de los pájaros, y en 1910 persuadí a la casa Houghton Mifflin Company el publicar **NOTES ON NEW ENGLAND BIRDS (Notas sobre los pájaros de Nueva Inglaterra)**, extraídas del Diario de Thoreau. Dichas notas fueron compiladas en lo que entonces se conocía por orden sistemático e incluían todo lo que el Diario contenía como interés científico o literario sobre los pájaros. Hicieron un libro de 441 páginas que tuvo un pequeño *succés d'estime* entre las gentes amantes de los pájaros; pero nunca fué vendido tan bien como esperaba, ya fuese en su título original o en su último de **THOREAU'S BIRD LORE (Los conocimientos ornitológicos de Thoreau)**.

Mi propósito en tratar los conocimientos humanos de Thoreau en un modo similar no tuvo éxito durante muchos años; pero cuando supe el constante interés por Thoreau del artista N. C. Wieth y su ambición por ilustrar un libro de selecciones de su propia elección, pude persuadir a él y a la casa Houghton Company de las posibilidades en un proyecto común, y **MEN OF CONCORD (Hombres de Concord)** fué el resultado. A menudo se me ha cumplimentado por este libro y especialmente por sus hermosas ilustraciones. Es verdad, naturalmente, que en gran parte hicieron el libro, y creo que a través de ellas muchos lectores han podido tener una mejor apreciación de Thoreau como hombre entre los hombres.

Continuando con mis propias aventuras de redacción, debo retornar a 1910, cuando en el mis-

mo año que **Notas sobre los pájaros de Nueva Inglaterra**, mi edición escolar de **Walden** fué publicada en las series de la Literatura de la Ribera. De la Introducción, escrita para este propósito especial, nada es necesario decir; pero de las notas, que después estuvieron al alcance del lector corriente en la Edición de los Visitantes de **Walden**, me permitió una oportunidad de gran tarea en muy agradables búsquedas, e hizo de ésta, la más agradable pieza de compilación que yo haya hecho. Está tan lleno **Walden** de citas y alusiones, muchas de las últimas apenas veladas, que muchas, pero muchas horas fueron pasadas en las bibliotecas, especialmente en el Boston Athenaeum (Ateneo de Boston), y en correspondencia con individualidades en la tarea de conseguir las; pero muchas no pudieron conseguirse después de todo. Por ejemplo, ahí estaba Tom Hyde, el pensador, y sus últimas palabras pronunciadas en la horca: «Decid a los sastres que recuerden el hacer un nudo en su hilo antes de dar la primera puntada». ¿Quién era ese Tom Hyde y cuándo y dónde dijo ese pensamiento? ¿Lo sabe alguien?

De todos modos, el libro contenía cincuenta y tres páginas de notas en buena impresión, y gocé todos los placeres de la búsqueda en reunir las. Fué publicado el libro en respuesta a una demanda de una edición de **Walden** para los requerimientos de la entrada del colegio, y naturalmente, al estar el libro fuera de derecho de reproducción, hubo ediciones competidoras. Uno de esos competidores merece especial mención. Fué usado por nuestro vendedor como un contraste para su propia oferta, y me ofreció a mí copia para un artículo en el «Contributors' Club» (Club de los colaboradores) que era entonces una columna del **ATLANTIC MONTHLY**. En cuanto al compilador sólo debo decir que la página del título lo proclamaba Maestro de Artes de Harvard. Debo ofrecer algunas pepitas extraídas de esa rica mina de falsa información, sólo unas pocas pues no tengo tiempo para ofrecer más. Al parecer Robin Goodfellow era un famoso héroe inglés al margen de la ley. La nota de «Old Parr» informa que su primer nombre era Catalina, y que era la sexta y última esposa de Henry el Octavo; pero tal nota está calificada por el informe de que tal vez se tratase de Thomas Parr, el renombrado centenario inglés. ¡El compilador era aquí generoso y en otros ejemplos ofrece a sus lectores el elegir! La más notable de todas las notas dice: «Mentors, Isaac, 1642 - 1727. Filósofo y matemático inglés; originador de la teoría de la luz, de los colores y de la gravedad». Parece esto una nota sobre Newton, y todavía la palabra anotada es siempre «mentors». Me parece que comprendo por qué «Mentors» fué cambiado de «Newton», para volverse de nuevo dicha anotación, pero no debo detenerme en esto ahora. De todos modos, pasamos momentos muy divertidos con esta particular edición competitiva.

No diré nada de las otras ediciones escolares de **Walden**, como tampoco de las otras ediciones de éste y de los otros libros y ensayos de Thoreau. Estos últimos casi siempre empleaban los textos regulares y poco tenían como anotaciones,

siendo una Introducción la sola contribución del compilador. Sin embargo, existe un volumen de selecciones que debo mencionar porque ilustra como ni Thoreau ni ningún otro autor debería ser compilado para el lector común. Se trata de HENRY DAVID THOREAU en la serie de «American Writers» (Escritores americanos), publicado en 1936 por la «American Book Company» (Compañía del libro americano). El compilador, Bartholow V. Crawford, hizo esta compilación con una erudita introducción y notas también eruditas; pero cayó en el error de reimprimir palabra por palabra las primeras ediciones de varias selecciones, cuando aparecieron en libros, revistas o diarios. Fue esto el resultado de la perpetuación de errores tipográficos que si Thoreau no era del todo responsable, era responsable en un grado menor. Pequeños errores de pronunciación y puntuación distraen y a menudo retardan al lector y, no causa beneficio alguno al autor el perpetuarlos. Las primeras ediciones, con todas sus máculas, sólo tienen interés para los coleccionadores y estudiantes, con el fin de poseer sus facsímiles fotográficos; pero tienen derecho los autores a la autorizada edición final de sus obras.

Tampoco diré nada de las hojas sueltas y folletos y fragmentos de los versos de Thoreau, ensayos y cartas, compilados e impresos por mi amigo Edwin B. Hill y otros, excepto para decir mi apreciación por lo que han hecho para los amantes de Thoreau.

De los COLLECTED POEMS OF HENRY DAVID THOREAU (Poemas compilados de H. D. T.) reunidos por Carl Bode, algo diré en otra parte. Me contentaré ahora yo mismo endorsando lo que de ellos dice Mr. Adams en el número de marzo de NEW ENGLAND QUARTERLY (Trimestral de Nueva Inglaterra) (1).

Con tres de los compiladores y biógrafos de Thoreau he tenido personal conocimiento: Bradford Torrey, Dr. Edward y Frank Sanborn (2). De éstos al que mejor conocí fue a Torrey. Lo conocí como ornitólogo y como escritor mucho antes que nos asociáramos en los diarios de Thoreau. En 1888 escalamos juntos el monte Lafayette y descubrimos cantando, y sin duda anidando, pico duro de los pinos en los más altos bosques, en interesante y memorable ocasión. Fue entonces también cuando vi por primera vez a los tordos de Bicknell, ese pájaro de las cúspides de las montañas que escuchado en el monte Washington, confundió a Thoreau con los tordos canoros (3). Torrey y yo correspondimos muchos años antes de que en 1912 muriera en Santa Bárbara. Era un delicioso compañero y corresponsal. Su trato hacia Thoreau como hombre y diarista en la Introducción del diario es, como era natural, muy amplio desde el punto de vista de la historia natural, no debiendo sorprender que Frank Sanborn, cuyo interés en Thoreau era biográfico, cuando revisó el diario en el «Chicago Dial» (La Esfera de Chicago), ignoró la Introducción por entero, diciendo solamente de la redacción: «Para la comprensión completa de esta parte (es decir, la parte biográfica) de la copiosa obra, muchas notas

y explicaciones son necesarias que las que los compiladores han podido permitirse, sabiendo como sabían cuán necesarias eran». Pienso que no se trata de un secreto, que se hubiera sentido muy contento Mr. Sanborn si la tarea de redactar el diario le hubiese sido asignada.

Por cierto que vi bastante a Mr. Sanborn a lo primero y a lo último. Fue muy servicial conmigo cuando estaba trabajando en la bibliografía, y me hizo conocer a Herbert Hosmer, de Concord, quien heredó de su hermano Alfred su gran colección thoreoviana. Muchas horas pasé en esta colección, tomando la hospitalidad de Mr. Hosmer más de una forma, porque uno de sus pasatiempos era hacer vinos caseros, que producía en una casi inconcebible variedad y de los cuales tuve el privilegio de catar más o menos muestras.

Nunca conocí intimamente a Mr. Sanborn; pero siempre pasé buenos ratos con él y escuchando sus cáusticos comentarios sobre los hombres y los libros. Debe de haber sido cuando estaba revisando sus FAMILIAR LETTERS en 1906 cuando corregí la pronunciación del nombre del corresponsal de Thoreau en Michigán, llamado Calvin Greene, citando al Dr. A. Jones como una competencia para la e final. Esto promovió por su parte el citar una parodia de Fitz-Greene Halleck en sus líneas familiares que, según puedo recordar, eran más o menos así:

«Greene be the name about him.  
Friend of my earlier days.  
E final — do without him?  
No! and to Jones be praise!»

Era su nombre Greene  
Amigo de mis más tempranos días.  
¿Podríamos pasarnos de la E final?  
¡No! ¡Alabado sea Jones!

Otra vez le notifiqué sobre un participio colgante que había en alguna prueba que se le enviaba; pero no estaba dispuesto a que ningún joven mequetrefe de cuarenta años más o menos mejorase su inglés y replicó algo amoscado que colgaba sus participios donde bien le parecía.

En mis archivos encuentro tres cartas de Sanborn que pueden interesar aquí. Las dos primeras muestran su aspecto servicial.

(Aquí el orador leyó las cartas de F. B. Sanborn a F. H. Allen fechadas el 10 de abril y el 7 de julio de 1916. Informaba la primera que el doctor Kennedy le había escrito que Thoreau había sido designado para el comité examinador de Historia Natural en Harvard en los años 1858, 1859 y 1860, pero que él (Sanborn) dudaba de que tal cosa hubiese servido para algo. La segunda copia toda una carta de Ellery Channing dirigida a Emerson, fechada el 4 de mayo de 1853, proponiendo extractar de los diarios de Emerson para un libro titulado provisionalmente «Country Walking» (Paseos campestres), debiendo pagar Channing cierta suma por el trabajo. El material así obtenido fue usado con otra materia veinte años más tarde en THOREAU, EL POETA NATURALISTA).



Probablemente porque me lo pidió él mismo, o porque me lo pidió su autor, el caso es que envié a Saborn las pruebas completas del libro HENRY DAVID THOREAU: A CRITICAL STUDY (Estudio crítico de H. D. T.) por Mark Van Doren, que la casa Houghton Mifflin Company publicó en 1916. No le agradó mucho el libro, como lo demuestran sus comentarios de las pruebas. (Aquí el orador leyó varios de esos condenatorios comentarios, los cuales, aunque característicos del lenguaje de Sanborn y divertidos para un lector no familiarizado, parecen mejor, para el bien de los que viven como de los que se han ido, que no los publicuemos). Tales reacciones contra el libro en pruebas explican lo que escribí en respuesta a una carta mía esperando una crítica suya del mismo (Carta del 16 de enero de 1917, criticando severamente al libro de Van Doren en un lenguaje similarmente despiadado).

No obstante lo mucho que pueda estar uno irritado contra la actitud de Sanborn, sobre su pertenencia a todo lo referente a Thoreau, se debe admitir que ocupa una posición única, pues era el solo biógrafo de Thoreau que había conocido personalmente a su biografiado, y que al mismo tiempo era un activo y energético buscador de información sobre su vida y su obra, como también que tenía una mente aguda y un don de expresión. Me parece que fue a comienzos de 1917, cuando mi viejo amigo Edwin B. Hill, ahora residiendo en Tempo, Arizona (3), me envió una fotografía de un retrato de Thoreau cuando era joven, que había recogido en alguna parte y que creía ser auténtico e inédito. A mí me parecía genuino y se lo entregué a Mr. Sanborn para su juicio. En seguida me contestó que era una falsificación, tal vez no usaba esta palabra, pero algo parecido. Sin embargo, se asemejaba tanto a Thoreau cuando era joven que me vino al pensamiento que era Sanborn quien estaba en un error. Y hasta llegué a expresar la opinión más o menos privadamente que Sanborn tal vez decía eso porque no había sido él quien la había descubierto. Se la envié entonces al Dr. Edward Emerson y su reacción fue mucho más favorable. Estaba entonces en Carolina del Norte, desde donde no podía consultar convenientemente a sus amigos de Concord, pero me escribió el 2 de marzo de 1917, que sentía un gran placer viendo al amigo de su infancia como en ningún otro retrato había podido recordarlo, y hablaba de él como «seguramente auténtico», siendo una confirmación del busto de Walto Ricketson, que, aunque idealizada, consideraba ser en conjunto la mejor representación de Thoreau. Expresaba la opinión de que el medallón suyo en donde podía verse al Thoreau de los últimos días, debía ser destruido, siendo como era «una representación de la tisis y nada más».

Poco tiempo después el Dr. Emerson nos trajo su manuscrito del libro HENRY THOREAU AS REMEMBERED BY A YOUNG FRIEND (Henry Thoreau recordado por un joven amigo), quedando de acuerdo que dicho retrato se pondría en el frontispicio. Afortunadamente para todos nosotros, se descubrió antes de la publicación del li-

bro, que no se trataba de un retrato original en vida, sino de un dibujo hecho por Henry K. Han nah a base de un esbozo supuestamente hecho por Sofia Thoreau, suplemento con un estudio de los daguerreotipos de Maxmen y otros retratos de Thoreau; y que también había sido impreso antes, en el libro de Georges Tolman: «Concord: Some of the Things to be seen there» (Concord y algunas de las cosas que en él pueden verse), publicado en 1903 en Concord. Aunque el Dr. Emerson estaba tan desalentado como yo por este acontecimiento, insistió en que se publicara en el libro, lo que se hizo, con un informe sobre su fuente verdadera. ¡Pero tuvimos que admitir que el juicio de Mr. Sanborn había sido mejor que el nuestro!

No puedo concluir estas notas reunidas al azar sobre la compilación de Thoreau en otra manera mejor que expresando mi admiración — que casi podría llamar afecto — hacia el Dr. Edward Emerson, el hijo del amigo más grande de Thoreau, que él mismo era un modesto y desafectado caballero con un tranquilo sentido del humor y con el cual era una verdadera delicia el conversar. Aún me parece escuchar su voz amable, algo balbuceada, y estoy en verdad contento porque puedo recordarlo mejor que a muchos de sus dogmáticos ciudadanos.

FRANCIS H. ALLEN  
(Trad. de V Muñoz)

#### NOTAS DEL AUTOR:

1.— Por mi parte hice un estudio crítico en la revista AMERICAN LITERATURE, ejemplar de noviembre de 1945.

2.— Fue esto escrito antes de que conociera a Edwin Way Teale, cuya edición de *Walden* está ilustrada con sus hermosas fotografías.

3.— En la entrada de su diario, que hizo el 8 de julio de 1858, Thoreau, acampado por la noche en «Hermit Lake» (Lago de los Ermitaños) situado en la «Tucker's Ravine» (Hondanada de T.), escribió: «El zorzal de los bosques, que Wentworth llama el ruiseñor, cantó al atardecer y al amanecer... también lo hizo el tordo canoro», y de nuevo el 9 de julio: «El zorzal de los bosques y el tordo canoro cantaron regularmente, especialmente por la tarde y al alba». El tordo oliváceo y el tordo de Blicknell son los solos pájaros que pueden ser encontrados en esa altitud (4.000 pies) de las White Mountains (Montañas Blancas). El canto del tordo de Blicknell se parece algo al del tordo canoro, y para Thoreau, que en Concord había escuchado a muchos zorzales ermitaños a los cuales denominaba zorzales de los bosques; el tordo oliváceo, el tordo más abundante de las Montañas Blancas, le debió haber parecido el raro sonido del zorzal de los bosques.

#### NOTAS DEL TRADUCTOR:

A.— Lo que acaba de leerse sobre los copiladores de las obras de Thoreau, ha sido el texto de una conferencia que el extinto publicista bostoniano Francis H. Allen pronunció en el pueblo natal de Thoreau, Concord, el 15 de julio de 1944.

B.— El coeditor de Allen, en la redacción del hermoso DIARIO y demás obras de Thoreau, era también

# Decíamos ayer El indeterminismo y el Ser

## I

**S**OBRE «el indeterminismo y el ser» escribiremos varios trabajos. Este lo empezamos recordando que las últimas dudas sobre la existencia de la causalidad y el determinismo las expusimos en el artículo titulado «Nuestro poder de decisión», que apareció en la revista CENIT, en el número correspondiente a octubre de 1957 (1). Pasó el tiempo, nos invadió una mayor serenidad y comprendemos que la defensa de la voluntad, del poder de decisión en el hombre lo escribimos con pasión, que no está demás, pero con excesiva agresividad que está de sobra, que es innecesaria, que procuraremos no volver a usar en la lucha ética e intelectual. Pero algunos de los conceptos que expusimos en el precitado trabajo coinciden con el pensamiento científico expresado hoy por

oriundo de Nueva Inglaterra. Torrey, hijo de un zapatero remendón, terminó por graduarse en las escuelas públicas. Naturalista de altura ha dejado bellos libros para todos los amantes de la bioestética natural, como lo ejemplarizan los siguientes títulos: *Con los pájaros de la región de Boston*, *Pájaros de los zarzales*, *Invitación hacia la naturaleza*, etc.

C. — La casa editora de Thoreau en Boston, ha sido principalmente la Houghton Mifflin, en la que trabajaba Allen; siendo su último libro publicado sobre nuestro autor, el de Sterling North, titulado *THOREAU OF WALDEN POND* (Thoreau de la laguna de Walden), escrito especialmente para los jóvenes, con magníficas ilustraciones del artista Harve Stein. Pulcramente escrito pone al alcance de las mentalidades juveniles las ideas naturalistas y sociales de Thoreau, sin omitir siquiera el paso del sabio por la cárcel del pueblo (hay ilustración al efecto) a causa de no haber querido pagar un impuesto al Estado. Se ha publicado en 1959.

D. — A partir de donde deja la pluma Allen en el precedente estudio, numerosas han sido las obras publicadas sobre y de Thoreau. Sería una injusticia el no mencionar aquí, por ejemplo, a las siguientes: *A THOREAU HANDBOOK* (Manual de Thoreau) escrito por Walter Harding y a la compilación de la correspondencia de Thoreau efectuada por W. Harding y Carl Bode en un grueso volumen. Ambas obras han sido editadas por la Universidad de Nueva York.

### Bibliografía

- History of American Socialisms, by John Humphrey Noyes.
- The Comunistic Societies of the U., S. by Charles Nordhoff.
- American Communities, by William A. Hindus.
- Icaria, a Chapter in History of Communism, by Albert Shaw, Ph. D.
- Cooperative Communities in the U.S., by Rev. Alexander Kent.

el sabio Werner Heisenberg en la fórmula que ha descubierto que explica todas las leyes físicas. De acuerdo con ésta — dice Heisenberg — «en la naturaleza no hay determinismo, ni continuidad, ni causalidad».

En CENIT, en la fecha precitada, dijimos: «Nada tiene principio, ni base, ni causa primera, ni procede de otra parte». Decir que «en la naturaleza no hay causalidad», como proclama el eminente científico Heisenberg, es igual a lo que afirmamos: que en aquella «no existe causa primera», como exponer que «nada tiene principio, ni procede de otra parte», es ratificar lo primero y señalar lo que actualmente manifiesta la Ciencia con razones físicas-matemáticas que desconocíamos en 1957: que «en la naturaleza no hay determinismo, ni continuidad.»

En el año de 1951, en «Cultura Proletaria», que aparecía en Nueva York, que recordamos con gran cariño, publicamos — hablo en nombre de los que así pensamos — unos trabajos sobre «Los determinismos y el deber de la hora», etc., etc. Y el muy estimado compañero y amigo Octavio Alberola, sin haberlos leído todos, contestó a uno de dichos artículos ignorando — es lo que suponemos — que en los demás se aclaraban algunos puntos que él criticó.

Fundamentalmente, Alberola creía que sólo nos referíamos al determinismo teológico e ignorábamos o soslayábamos el determinismo mecanicista. Y en su trabajo, que fué publicado en el número de «Soli» de México correspondiente al mes de junio de 1951, que entonces dirigía el activo compañero B. Cano Ruiz, empezó diciendo: «En uno de los últimos números de «Cultura Proletaria», el compañero Floreal Ocaña publicó un artículo con el humorístico título de «Bajo la amenaza atómica. Contra los determinismos habidos y por haber», que nos ha sugerido, sin ánimo de polémica, el presente: «Bajo la amenaza hidrógena, contra los «voluntarios»... habidos y por haber». En verdad este título nos pareció más «humorístico» que el nuestro, y nos lo tomamos con buen humor: Optamos por no contestar, sin importarnos que nos tomaran por mucho más ignorantes — al menos al que escribe — de lo que somos.

Octavio Alberola defendió, una vez más, el determinismo a rajatabla. Por nuestra parte, de responder, habríamos abundado en conceptos ya

(1) Otros trabajos de Floreal Ocaña publicados en la revista:

«Poder de decisión», núm. 82; «Conquistadores de niños», núm. 92; «Tradición autoritaria», número 100; «La pedagogía», num. 101; «Criterio y consecuencia anarquistas», núm. 112; «Pena de muerte», núm. 116. (N.D.L.R.).

emitidos. Ni él, ni nosotros, ni otros **deterministas** e **indeterministas** podíamos añadir algo nuevo. En la intervención pública del compañero Octavio, al que estimamos mucho, descubrimos sólo firme y decidido empeño en afirmar y defender, apasionadamente, pero sin malicia, los valores intrínsecos del **determinismo** clásico e «histórico», añadimos, de acuerdo con los conocimientos de la obra tenidos por verdaderos.

Han pasado diez años. Y hoy podemos decir: «Decíamos ayer»... Lo mismo diríamos si nos hubiésemos equivocado. ¡Rectificaríamos! Pero hoy consideramos que la Física, las Matemáticas y la Astronomía, entre otras ciencias, abonan la tesis que ayer no podíamos probar. Es gran lección que todos, absolutamente todos, recibimos nuevamente: que una «verdad» no hemos de aceptarla como absoluta cuando despierta algunas dudas como ocurría y ocurre con el **determinismo**. Una verdad ha de ser corroborada por otra verdad, clara y totalmente hasta confundirse con todas las verdades de la integración cósmica. En este sentido cósmico, universal el **determinismo** no existía. Este se nos mostraba como una verdad a medias, y esta parte no brillaba con la claridad sencilla que brilla lo verdadero iluminando su contenido lo suficiente para que todos los hombres admitan la realidad de su existencia comprobable.

Por otra parte, pese a la verdad nueva, «fabricada» o realmente descubierta, siempre hemos de exponer nuestra verdad, la que **sentimos**, porque por algo es **sentida**, y porque la conquista de lo nuevo reclama que nos decidamos a dar uno y otro salto intuitivo con valor humano: obrar sin miedo al «qué dirán», ni detenernos el pensar «qué harán» los demás semejantes que nos rodean en medio de una Revolución Social, de una Revolución Científica, de cualquier situación vital que vivamos que hemos contribuido a formar y desencadenar.

Por seguirse afirmando en el campo de la física que «en la naturaleza» no hay efecto sin causa», lo admitimos a regañadientes con más razón si cabe que cuando todo el mundo, generalmente hablando, aceptaba, hasta hace muy poco tiempo, la falsa idea sobre el átomo «compacto, indivisible, inmodificable, etc.». Pero dejando que «hablara» nuestra naturaleza, nuestro «espíritu», inquieto, la «voz interior», rebelde a la uniformidad, a lo estético, característica del **mecanicismo**, nos hizo comparar al hombre con los individuos de las demás especies animales y afirmar que aquél es la excepción en la «regla» **mecanicista**, añadiendo en el precitado trabajo de CENIT: «El hombre es el único, al parecer, capaz de superar el **mecanicismo** de las combinaciones físicas-químicas: crea sus mundos de ideas, de sentimientos y de pasiones. No se conformó permanecer mudo, tan mudamente como procedió la Naturaleza para «engendrarlo». Creó el lenguaje escrito y hablado, realizó conquistas técnicas y científicas, y en sus manos está hoy el **poder** desintegrar fuerzas, desequilibrar sistemas de movimientos, lograr efectos contrarios a los originados por

la mecánica universal aprovechándolos para los fines determinados por su **voluntad**. Para su bien o para su mal».

Cuanto conocemos como lo que ignoramos o inadvertimos que nos rodea, son, esencialmente, procesos energéticos de la materia que jamás «descansa», movimientos de **indeterminación**, de **inseguridad** en las formas de ser en el seno del Cosmos donde el nacer y el perecer no existen. Podemos reconocerlo o no con claridad; pero consideramos que cuando no lo reconocemos es simple ignorancia nuestra.

### SEAMOS CIRCUNSPECTOS

En cualquier terreno científico se obra con la cautela que observan los físicos y los astrónomos en presencia de los nuevos descubrimientos que realizan. Pero esta prudencia en adquirir una verdad, que se quiere corroborar con otras experiencias, es menor en muchos campos filosóficos y nula en los de carácter religioso por ser dogmáticos. Por eso antes de entrar de lleno en el tema en pro del **indeterminismo** es necesario recordar y contrastar, a grandes rasgos, algunas de las ideas, de las hipótesis y de las filosofías más opuestas a la filosofía racionalista con ética humana que abrazamos. No podemos eludirlos, porque representaron unas y representan otras todavía **realidades psicológicas** que nosotros **conceptuamos** negativas para el Progreso y la vida social de los pueblos.

La circunspección es peculiar en el pensamiento científico. Y en el campo que más ha de observarse es en el de la Psicología científica. Así lo aconseja el mismo Jung, médico y eminente psicólogo, que falleció en Suiza al principio del mes de junio del año en curso, y que hace dos años dijo: «Las ideas y dudas de la física teórica deben inducir al psicólogo a ser circunspecto. Pues al fin de cuentas la limitación del espacio desde el punto de vista filosófico ¿sólo significa la relatividad de la categoría espacio? Podría suceder otro tanto respecto a la categoría tiempo (y a la causalidad)».

En nuestros días la Astronomía y la Física, con la ayuda de otras ciencias, están haciendo liquidación de falsos principios, de leyes y fórmulas falsas y erróneas teorías cosmológicas. Van llenando algunas de las más importantes lagunas de la inteligencia expuestas por Jung y otros científicos. Sin embargo se mantienen, como ayer, las mismas controversias sobre **indeterminismo** o **determinismo** religioso o **mecanicista**. Estos dos últimos opuestos entre sí, pero combatiendo al primero, por separado, cada uno desde su particular campo de acción.

Los positivistas han estado llevando el principio de la **causalidad** al terreno de la experiencia puramente sensible. San Agustín, expresándose de acuerdo con la teología y la filosofía cristianas «entiende la necesidad causal a todo ser contingente», y para él «todo ser contingente lleva consigo una causa». Spinoza considera que no sólo todas las cosas tienen una causa sino que toda causa es una causa necesaria. Este filósofo, que



solamente acepta una substancia infinita, Dios, sostiene que la necesidad de la consecuencia lógica es debida a la necesidad del efecto. Por su parte Leibnitz, razón y causa no los admite como equivalentes, mientras Spinoza los considera iguales aunque, con aquél, acepta, claro, el principio de causalidad.

Hume, no creyendo que una experiencia de la causalidad bastara para justificar el principio de ésta trató de dar una explicación psíquica diciendo: «... la sucesión regular de dos fenómenos produce poco a poco en nosotros una inclinación psicológica a esperar un fenómeno de otro». Kant considera que «todo fenómeno supone otro al que sigue necesariamente otro». Bien que Kant, en su época, al carecer de los datos científicos del presente, como puro racionalista, se encerrara en su concepto de la experiencia estricta y redujera el principio metafísico a una especie de ley física que no podía probar. Pero hoy sería paradójico e incomprensible que racionalistas y científicistas que siempre han reducido el conocimiento verdadero al saber experimental o matemático continuaran, después del descubrimiento de Heisenberg, aferrados a sus ideas rigidamente **deterministas**.

El rigorismo mecanicista del **determinismo** exige, so pena de negarse, exactitud en todo: hasta en los movimientos y mediciones. Y estas condiciones nunca han cabido en la Física en la que hablar de mediciones precisas no tiene sentido. Werner Heisenberg, al estudiar la naturaleza cor-

púscular u ondulatoria halló que la oposición y el momento del electrón no pueden ser calculados, simultáneamente, con exactitud. Einstein, que modificó la física de Newton y estableció el famoso principio de la equivalencia entre la materia y la energía que rige las reacciones nucleares, consideró que se «hacían medidas de confianza». Pero el nuevo concepto de Heisenberg, válido en el estudio sobre las condiciones de medición de los corpúsculos, admitido hoy por todos los físicos, está en desacuerdo con la mecánica clásica que considera que todo puede ser determinado con precisión a un tiempo dado.

Nuestra impreparación científica nos impide profundizar en la teoría cuántica, en el **indeterminismo** y hasta en la ley llamada de **causalidad**. Confesamos nuestra ignorancia: no podemos defender el principio de **indeterminación** desde el punto de vista fisicomatemático. Mas ¿quién es capaz de atacarlo y negarlo? ¡No se escandalicen los deterministas materialistas, irreligiosos como nosotros; el **indeterminismo** viene a sustituir al **determinismo**!

Todas, si, todas las teorías religiosas, metafísicas y materialistas **deterministas** se vienen abajo al recibir el impacto de la nueva verdad. ¡Y qué bueno que así sea! ¡Alégrense todos los partidarios del pensamiento científico-humano!

FLOREAL OCAÑA

(Continuará)



# La demistificación del misterio

«Es la coherencia de la ciencia, de ninguna manera la evidencia de sus principios, lo que garantiza el valor. — Tannery.

**N**O cabe lugar a dudas que los hombres se han preocupado siempre por su porvenir, no ya del porvenir inmediato, de mañana, sino del porvenir a largo alcance. ¿Qué reservaban al hombre prehistórico el rayo iluminando el firmamento, el viento que magia a través de la llanura, el huracán desarraigando árboles, la tempestad levantando los mares? ¿Qué clase de animales y qué vegetación resistiría a las intemperies que hacían temblar a nuestros antepasados tan hambrientos como aterridos? El ruido del trueno, el rumor tumultuoso de las inundaciones, las erupciones volcánicas, los terremotos — todas estas manifestaciones imprevisibles e incontrolables — el «primitivo» se preguntaba de QUIEN era la obra. Sin duda de potencias exteriores, desconocidas, terribles, siendo importante conciliarse con ellas y ponerse a su favor o neutralizar la malevolencia. El origen de la religión, de la devoción, es el miedo. El semejante que se percibe en las inmediaciones de un bosque y que esgrime un gesto de amenaza, ¿cómo hará el hombre para protegerse de su garrote o de su flecha, si duda de su propio vigor y de su propia habilidad? ¿Qué será de él, envuelto como está de cosas inexplicables, nuestro bípedo enfermizo, frágil, incluso si está asociado a otros como él, tan expuestos como él a las enfermedades, a los accidentes de toda clase? Más tarde, mucho más tarde, ese ser de cerebro hipertrofiado se preguntó qué porvenir le estaba reservado (pero en una supervida mal definida, poco tranquilizadora), puesto que sus directores de conciencia le aseguraban que se hallaba en el algo de eterno que no aboliría su desagregación física. Nuevo motivo de inquietud: ¿Cuál sería su vida en esa existencia enigmática? Entretanto, puesto que, de todas formas la vida era referible a la muerte, y los peligros acompañando una civilización menos rudimentaria, ¿cómo conjurarlos, apartarlos y despojarlos de su temible imprecisión?

Yo pensaba en todos esos puntos de interrogación que se planteaban seguramente nuestros lejanos antepa-

sados — a juzgar por los que, actualmente se plantean nuestros contemporáneos y ello con motivo de dos libros recientes, cuyos títulos sitúan en los antipodas uno de otro, pero cuyo contenido les une singularmente, según mi opinión, desde luego. Se trata de: «Las Centurias de Nostradamus», por M. Faoull Auclair (1), y «Las ciencias ocultas no son ciencias», por M. R. Imbert-Nergal (2).

Las «Centurias de Nostradamus» constituyen un resumen de predicciones célebres, compuesta de una serie de cuartetos, escrito por un israelita médico y astrólogo perteneciente a una familia convertida al catolicismo. Ese trabajo fue dedicado a Enrique II mortalmente herido, como es sabido, en un torneo; él era considerado un príncipe preclaro, culto, como era costumbre entre los Valois. Es el caso, pero, que la falta de claridad es justamente lo que caracteriza esas famosas centurias, publicadas en marzo de 1557. M. Raoul Auclair se ha entregado a numerosos cálculos y ha gastado tesoros de ingeniosidad para disipar la obscuridad de esas cuartetos, en todo caso de cierto número de ellas, que él cree se relacionan con la época revolucionaria y sus causas «místicas», así como a sus consecuencias ulteriores. El nos da una obra de partidario realista, legitimista, entregado a la familia Capet, no albergando en su corazón ni los Templarios, ni los Masones, ni los republicanos, tanto y tan bien, que su escrito es el de un historiador más que de un exégeta, por lo menos según nuestra opinión. En aquellas de esas cuartetos tenebrosas que, según nuestro autor, anunciaban los acontecimientos que debían desarrollarse, él distingue la decapitación de Luis XVI y de María-Antonietta, el rapto de Luis XVII de su prisión del Templo (rapto que constituye, en lo que le concierne, acto de fe), el advenimiento de Bonaparte al trono, la Restauración, la usurpación orleanista, la negativa de Chambord de renunciar a la bandera

flor de lis, y otros hechos, entre los que figura el envenenamiento de Josefina en 1815 (esta realista impenitente sabía que el Delfín no había muerto en el Templo). Todo cuanto se ha sucedido en Francia desde el 9 Thermidor parece, si no caemos en el error, dominado por el hecho de que Luis XVII fue arrancado de su prisión.

Se notan curiosas coincidencias en algunas de esas Centurias: la presencia de vocablos como Varennes, Vitry (pero varias localidades en Francia llevan este nombre), Orléans-Vitry es el nombre del castillo que albergó, al parecer, a Luis XVII después del rapto del Templo. Pero yo creo que un «profano» no prevenido ni comprometido no apercibiría en esas cuartetos sibilinas más que el producto de una imaginación febril recogiendo en los vaticinios de los profetas hebreos, en el texto de la Apocalipsis, el anuncio de una serie de crímenes, de guerras, hambres, pestes, y horrores de toda clase. M. Raoul Auclair considera el año 1917, el año 1 de la revolución rusa, como la fecha de la entrada de los gentiles en su último día y ello concuerda muy bien con su manera de ver las cosas. Si lo he leído bien es en el año 1999 que tendrá lugar el «Advenimiento» que marcará el fin del «Tiempo de las Naciones» y la operación no dejará de ser dolorosa.

¿Y si Nostradamus (alias Michel de Notre Dame) no hubiese sido más que un mistificador de alta categoría, apoyándose sobre la obscuridad de sus cuartetos, su dedicatoria a Enrique II, la fuerza de sus conocimientos bíblicos y astronómicos para crear-se un renombre que se acordara perfectamente con la superstición que entonces dominaba (Catalina de Médicis, para no citar más que un ejemplo)?

Sobre nuestro planeta donde, al parecer, según las estadísticas de la UNESCO, se publican 35.000 cotidianos con 250 millones de ejemplares — donde por lo menos 25 países cuentan con doscientos aparatos receptores de radio por mil habitantes — sobre este planeta pues, Nostradamus no se sentiría extranjero. El se

(1) Ediciones de «Deux Rives».

(2) Publicaciones de la Unión Racionalista.

codearía con numerosos colegas astrólogos, anunciadores de buena ventura, muchos compañeros trabajando en el hermetismo y ocupándose de «pronósticos». El hallaría, en cada esquina, capillas en las que ofician los sirvientes de Nuestra Señora del Misterio y se daría cuenta que los que frecuentan esos antros forman legión.

Es por esto que hay que acoger con satisfacción una obra tal como «Las ciencias ocultas no son verdaderas ciencias», pues la astucia actual de los conjurados del Misterio estriba en decorar con el nombre «ciencia» los fenómenos que pretenden provocar o de los que ellos se proclaman haber sido testigos. Hace 25 años, las ediciones Georges-Anquetil editaban una Enciclopedia de «ciencias» ocultas, gran in8° de 630 páginas, introducción de C. M. Poinsoy, muy documentada, verdadero hormiguero de indicaciones históricas y filosóficas recogidas de buena fuente. Estas ciencias eran la astrología, la fisionomía, la quiromancia, la grafología, la oniromancia, la videncia, la magia (alta y baja) y algunas otras, pero no se trataba más que de describir, informar, en esa Enciclopedia, mientras que la obra de M. Imbert-Nergal se dedica a demostrar la inanidad de las experiencias y de las pruebas abundantes (demasiado abundantes a veces) por los hermetistas y ocultistas de toda disciplina— experiencias y pruebas que se hunden desde que se las somete a un control verdaderamente e indiscutiblemente científico que no deje lugar a ninguna posibilidad de fraude o truco. Que los fieles del culto del Misterio eludan un examen serio cada vez que se les propone, no puede ser considerado de ninguna de las maneras favorables a ellos.

No es cuestión de dudar de los ocultistas que nosotros calificaremos de convencidos para distinguirlos de los intrigantes que pululan en sus medios. Han existido y existen aún gentes sinceras entre los iluminados y los místicos. Personalmente estuve en relaciones directas de crítico a autor con el conocido inglés Montague Summers, fallecido hace algunos años, quien creía a pies juntillas en la brujería, los brujos, los demonios, en la existencia del espíritu del Mal, en el misticismo manifestado por signos físicos. Se le hallaba a veces, asistiendo como auditor a charlas anarquistas en Londres. Y siempre me he preguntado si en su fuero interno, no consideraba el Estado como la encarnación de Satán.

Pero volvamos a la obra de M. Imbert-Nergal que comienza con un prefacio de Jean Rostand, en el cual éste toma, una vez más, posición «contra el error, el galimatías, el absurdo, la mentalidad prelógica, la falta de sentido común, la experiencia mal realizada, la observación sin valor, la convicción sin fundamento, el charlatanismo explotador de credulidades y de la ignorancia»... Es inadmisible, en efecto, que se dé calidad de prueba a lo que en realidad no lo es, y el título de hecho a lo que no es un hecho.

Sin duda, «la libertad de expresión» no ha sido conquistada para garantizar el derecho de embrutecer a la multitud, pero se podría señalar al nuevo académico que si los que consideran el ocultismo como una peligrosa impostura hubiesen conjugado sus esfuerzos para multiplicar las conferencias (y ese tema llama la atención del público) en el curso de las cuales amigos ilusionistas demostraran con cuánta facilidad pueden

reproducirse los «fenómenos» arreglados por los ocultistas para cegar a los inadvertidos — es posible que se hubiera disminuido o se hubiera visto desaparecer la publicidad concedida por la prensa a las divagaciones irracionales. Sobre este punto, ¡cuán numerosos son los racionalistas a los que convendría un «mea culpa»!

Resumamos: El trabajo de M. Imbert-Nergal está concebido con mucha nitidez y continuidad de espíritu. Ni dogmático ni sectario, él expone en qué consiste el método científico: sea para resolver los problemas que está en condiciones de solucionar, o bien de esperar un suplemento de informaciones cuando la solución inmediata no se considera posible. Especulando sobre la obsesión de un número excesivo de personas solicitando y aprehendiendo a la vez la intervención de fuerzas secretas, dictatoriales, fantásticas: astrología, radio-estesia, clarividencia, telepatía, espiritismo de una u otra especie, magia pueril o nociva, y hasta las formas más inferiores de adivinación «turban» los espíritus inquietos, de los inciertos, de los angustiados, de todos aquellos que, temiendo lo que les espera en el porvenir, se abandonan, dejándose llevar por la corriente de la Fatalidad. El gran secreto no es la llamada a las dominaciones ocultas o misteriosas, sino de crearse una personalidad, una individualidad que no espere la salvación más que de uno mismo, el cerebro liberado de toda fe, el entendimiento liberado de toda tradición, de todo prejuicio tanto moral como intelectual, en unión, si es necesario, con los que piensen análogamente a uno mismo.

E. ARMAND

(Trad. de F. Ferrer)

Yo he descubierto el arte  
de engañar a la diplomacia.  
Digo la verdad y nunca soy  
creído.

CAVOUR



dad de descubrir otras formas literarias, otros conceptos que interpretaran la razón del hombre. Y así es que hubieron de rechazarse los conceptos dogmáticos e imponer la voluntad de sobreponerse a la tragedia y trazar un punto de partida por donde canalizar la herencia de su cultura humanística.

Los ensayos dieron por resultado el desencadenamiento de un materialismo romántico, ya de influencia rusa y norteamericana con sus novedades simbólicas, sustentador de lamentaciones, ya poseído de un dominio espiritual de lo trágico frente al optimismo. Exagerando detalles a través de figuras imaginativas, descendió hasta el gemido en tanto que acusaba al hombre como una negación de sí mismo. Abrió una soledad en el alma humana, creando un mundo de «désollados vivos», donde el sufrimiento, a la manera de los místicos de otros siglos, constituía el ideal del sacrificio temiendo el encuentro de una realidad que recién perfilamos al cabo de años. Las formas del espíritu, después de tanta exaltación y negación, se están definiendo como una voluntad de conciencia. Y es siempre el humanismo, sobre el pesimismo y la melancolía del arte de postguerra, el que muestra la grandeza del vivir colectivo, interpretando el sentimiento de nuestra generación como lo hiciera antes a través de las edades, reiniciando el camino perdido en un laberinto de convencionalismos.

Ciertamente que el hombre atraviesa por un período crucial, a tropezones diarios con obstáculos casi insalvables. Las formas de vida en nuestros tiempos imponen su condición de primacía en todos los problemas de la humanidad. Y las artes, como las ciencias, no han podido sustraerse a su influencia devastadora. Sulo aquellos espíritus selectos, que han resistido la acción de los vendabales, lograron mantenerse erectos y terminaron por imponer su voluntad. Dilapidando energías, más que inteligencia, nuestra generación desenvolvió su ciclo evolutivo entre una maraña de problemas económicos, políticos y estéticos, desarticulados de un centro nervioso por vía de los acontecimientos sangrientos, destruyendo la organización de un entendimiento cultural que hasta nosotros guiara la conducta de los pueblos. Generación desventurada, donde el hombre se confunde con lo absoluto y teme destruirlo con su presencia, es la nuestra. Dolorido, quemados sus ojos y sentidos, ha seguido el curso de los hechos rodeado de sangre y acosado por complicaciones que no alcanzaba a poner en claro. El fenómeno, que tenía como centro aquí o allá, a dos o veinte mil kilómetros distantes, terminó por envolvernos a todos entre los dientes de su mecanismo. Aquí se apagó el fuego sagrado de la eterna rebeldía, de la juventud que no es pasado, sino futuro

CAMPIO CARPIO

# POESIA DEL DESTIERRO



EDICIONES "CENIT"

Toulouse 1961

¡Apátridas, hombres — sombras,  
hermanos de mi desgracia,  
los que amais y odiais el mundo  
y odiais y amais una patria!

#### ESENCIA Y PRESENCIA DE MIGUEL HERNANDEZ

El último cuarto de siglo abrió al hombre un amplio campo de posibilidades para encontrar su propio destino. Las convulsiones tremendas que sacudieron la corteza terráquea provocaron un estremecimiento de horror, obligándolo a volver sobre sus pasos. Los campos regados con sangre de nuestros padres, recibieron a ríos la de sus hijos. Las mieses barridas por los fogonazos en la primera contienda, fueron triturados bajo las pesadas ruedas de los tanques en la segunda. El asalto a las fortalezas por ambos bandos, fué sucedido por el paso de los ejércitos motorizados, que no sólo reducían a informes montones de tierra y fango los caminos que abrían, sino que impusieron, en su brutal avance, la angustia, que es dolor lacerante. En sus profundas trincheras, los carros de guerra no depositaron la muerte, sino que redispusieron al hombre a morir en resignación, abandonado, cual despojo sin valor. El individualismo, que tenía una tradición histórica secular, con ese rasgo personalísimo que durante tantos años le caracterizó, fué sometido a la acción psicológica científicamente estudiada y aplicada con crueldad inaudita por el engranaje mecánico. Al término de cinco lustros los rasgos fisonómicos y espirituales del hombre europeo han experimentado una transformación tan pronunciada que su influencia repercutió en todas las partes del mundo.

La creación humanística, que en literatura había adquirido formas particulares, descendió al grado de volverse en algunos aspectos escéptica y pesimista, negativa de valores como para enfrentar los años futuros. La confianza, que alimentó por décadas el fuego viviente de una civilización que creía en la personalidad humana, por vía de los acontecimientos, se volvió oportunista y abrió combate en una sucesión de formas y estilos simbólicos en procura de un camino en que se había extraviado. De otra parte, se tornó violenta y soberbia. Y la resignación, que a la humildad levantara monumentos, apareció insolentada y desafiante, con indumentaria carnavalesca, abjurando del optimismo y de la fe en el progreso. Esa lucha permanente contra la lógica admitida en la literatura europea, tuvo también en suelo americano sus cultores, no como producto de un desequilibrio belicista, por cuya situación no atravesó totalmente esta parte de la tierra, sino porque existía la necesi-

por una senda de lágrimas.  
Lo mismo da ir a morir  
en una tierra lejana;  
mientras haya tiranía  
no hemos de volver a España.  
Aun hiede el charco de sangre  
de tantas sangres hermanas  
y aquel sol secar no puede  
el fango de las batallas.  
Y tú y yo, no somos hombres  
para soportar polainas!

Mi vida pasa en silencio,  
mis horas mueren en calma,  
mas lo que yo no mato nunca  
es el recuerdo de España!  
Qué tendrán sus aguafuertes,  
hoy sombrías pinceladas  
Pero... el calor de aquel tiempo  
de mi mocedad lejana!  
Los pensamientos son tantos  
que la pluma se me atasca.  
Vientos de muerte y de odio  
pasaron en cabalgata;  
mi campo de flores nuevas  
yermo es, de hierbas tronchadas;  
mi casita, blanca y limpia,  
yace por tierra, enlodada;  
en el rincón de mi estudio  
cuélga sus babas la araña  
y, en mi libro más amado  
deja su huella una zarpa.  
Todo lo que fué mío  
se hizo expolio o alcabala;  
escupieron mi memoria  
por no llegarme a la cara  
y no me queda allá abajo  
más que un recuerdo de lágrimas.  
¿Qué imán, acero a mi acero,  
puede atraernos aun a España?  
Romance del desterrado,  
balada del agua amarga  
que corre todos los mares  
errabunda y olvidada.  
Corriente murmuradora  
de su pena solitaria  
que se pierde por el mundo  
sin encontrar una playa!

## ENTRE ESPAÑA Y MEXICO

*Qué hilo tan fino, qué delgado junco  
— de acero fiel — nos une y nos separa,  
con España presente en el recuerdo,  
con México presente en la esperanza...*

*Repite el mar sus cóncavos azules,  
repite el cielo sus tranquilas aguas,  
y entre el cielo y el mar ensayan vuelos  
de análoga ambición nuestras miradas...*

*España que perdimos, no nos pierdas,  
guárdanos en tu frente derrumbada,  
conserva a tu costado el hueco vivo*

*de nuestra ausencia amarga,  
que un día volveremos más veloces  
sobre la densa y poderosa espalda  
de este mar, con los brazos ondeantes  
y el latido del mar en la garganta...*

*Y tú, México libre, pueblo abierto  
al ágil viento y a la luz del alba,  
indios de clara estirpe, campesinos  
con tierras, con simientes y con máquinas,  
proletarios gigantes de anchas manos  
que forjan el destino de la patria...*

*... pueblo libre de México:  
como otro tiempo por la mar salada  
te va un río español de sangre roja,  
de generosa sangre desbordada.  
Pero eres tú esta vez quien nos conquistas  
y para siempre, ¡oh, vieja y nueva España!*

PEDRO GARFIAS



## UNIVERSALIDAD DEL ARTE PRESENTE Y FUTURO

Todo acontecimiento repercute en las actividades de nuestra conciencia. En literatura, que es humanización de seres e ideas elevadas a categoría de arte, Grecia nos dió el ejemplo vivificante y divino de la belleza creadora. La revolución francesa, que conmovió al mundo en sus cuatro extremos, tuvo la gran virtud de abrir las puertas al pensamiento encadenado. A estos dos acontecimientos singulares en la formación de la cultura moderna, les somos deudores por los conceptos, arte por la verdad y belleza por la libertad que, invertidas, pueden permitirnos todas las especulaciones en el campo de la estética actual.

Prisionera la poesía española de influencia romántica, y cuya inspiración agotara en quince siglos de historia con sus luchas turbulentas, cuando América lanzóse a la conquista de su vida civil y trató de armonizar su propia existencia colectiva, carecía de vitalidad como para enfrentarse a estilos nuevos en que el continente reventaba de emoción. Tampoco pudo interponer diques de contención al torrente de ideas que surgían de aquella gesta magna, hoguera en que hervía el alma de todo un continente y que, en el corto lapso de meses, envolvió a veinte naciones dispuestas a conquistar su libertad. Y todas estas manifestaciones, convertidas en pensamiento, fueron apoderándose de sus propios tejidos para tronar más tarde en nuestra lengua viril, en el acontecimiento más grandioso que conmovió al mundo con sus explosiones de liberación como ningún otro, de tal magnitud, recuerda la historia del hombre.

De aquella epopeya surgió América, en cuerpo y espíritu, como producto de nobleza castellana, para encontrarse hoy, tal cual es, en su lento caminar por los derroteros de la cultura — sino con acentos perfectamente definidos como para señalar una ruta a la civilización — con ese inmenso afán liberador que no olvida, tan caros al corazón y al alma. Porque en aquella lucha los representantes de estas comunidades aprendieron a conocer la libertad de evasión hacia el hombre y las ideas, rayo de luz en las tinieblas, con ese concepto preciso del valor que le distingue dentro del concierto universal. Desde entonces, fuimos auscultando y desprendiéndonos del pasado para acercarnos al porvenir, en un estudio incesante que seguimos con cariño a la distancia del tiempo, identificándonos con todos los problemas de la vida humana, a ninguno de los cuales somos ajenos. Llegando aquí, colocados en la ruta del futuro, proseguimos esta labor con la mayor responsabilidad como testigos del destino.

en la mentalidad de sus hijos durante tantos siglos de la historia, dejando la nación vacía de mentalidades, entregada, por fuerza de conveniencias políticas europeas, en manos de la barbarie que recuerda la noche negra de los tiempos primitivos.

## SEGUNDO ROMANCE DEL DESTERRADO

POR GREGORIO OLIVAN

Ay, ay que ya no he de volver  
a aquella tierra de España!  
Que no te rompas cadena,  
cadena que así me atas;  
aquella de mi destierro  
la de los hombres sin patria!  
a aquellos campos de España!  
Ay, madre que te he perdido;  
ay, madre, madre del alma...  
Por caminos bien extraños,  
lleváronme una mañana,  
una mañana de enero  
nevada de almas heladas  
que iban conmigo llorando  
porque salieron de España.  
Ay, madre, madre, mi madre,  
¡y cómo lloraban!

Yo no sabía lo que era  
—el mal del país le llaman—  
ese sollozo que tengo  
cerrándome la garganta  
y que me troncha la frente  
y me abre en el pecho llaga.  
Yo que cuando era español  
nunca lloré por España  
hoy vivo de sus recuerdos  
y los cultivo en campana  
regados de mudo llanto  
y abonados con amarga  
penita de desterrado.  
¡Invernadero del alma!  
¿qué sol ha de calentarles  
si en esta tierra de Francia  
el sol — ¡ay, sol de allá abajo! —  
tiene la cara velada?

Hermano, huido conmigo,  
hermano de pueblo y casta;  
seguiremos en el mundo

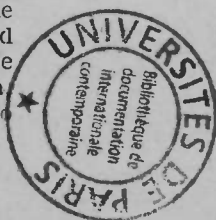
lancólica del indio, cuya vida tampoco era más feliz en este orden de ideas.

Y la literatura española clásica acusa signos evidentes de pesadumbre y disgusto en el orden del sentimiento que se ha convertido en causa en la poesía contemporánea. Ya hemos visto los grandes rasgos que han influido para originar esa particularidad general que sitúa la literatura española entre las más profundamente humanas, que lejos de menoscabo es virtud grande. Mas sirven para constatar el hecho que se transmite como por herencia a la poesía actual. Los sacudimientos operados en la vida política española, que han mantenido la nación en constante vaivén de sobresaltos, como buscando un centro de equilibrio que no encontró aún, no han ejercido mayor influencia en esta particularidad de su arte. Por el contrario, parece que con el transcurso del tiempo fué adquiriendo forma más precisa, no obstante haberse registrado últimamente una euforia de juventud que desembocó en los acontecimientos de la política como en ningún otro país de la vieja Europa.

Dos grandes líneas comprende la literatura española: la anterior al siglo que vivimos y la que surge desde entonces ubicada en lo que se entiende por la generación del 98. Con ser abundante y, por cierto, siempre henchida del humano ardor de que mana todo el arte español, adolece de grandes defectos, como el común de la literatura europea de su tiempo por representar temas de ordinario gastados y sin ascendiente superior por lo que debiera tener de constructiva. Se ha dicho que el arte responde a innumerables facetas de la vida ciudadana que anda y desanda conforme con el rumbo de la época. Trátase de un aserto acomodaticio bien visible, pero hasta el presente ha sido el que prevaleció, modificado últimamente de acuerdo con las nuevas preceptivas que en materia artística han tomado cuerpo en la literatura mundial. El otro sector, hijo del cual es esta generación, hoy desarticulado del centro generatriz por los acontecimientos que han trastornado la vida europea en los últimos años, supo ya encontrarse a sí mismo, trazando planos amplios de horizontes mundiales. La universalidad impresa a su obra se identificó con la cultura general de los pueblos civilizados, de los que pudo extraer nuevas normas de conducta y concepciones artísticas para modelar su obra a tono con el pensamiento actual y los nuevos sentimientos. Ciertamente que la península quedó huérfana de artistas, ya que cuanto de humano y grande en poesía y literatura España tiene, vióse en la necesidad de abandonar el país para trasladarse a un mundo en que apenas encontró asilo. Con ellos llevaron a tierra extranjera que tuvieron que hacer suya, el tesoro artístico acumulado

En arte, la conmoción europea de principios del siglo iluminó un camino que todavía también nosotros estamos recorriendo a tientas. Varios estilos y sentimientos estéticos nos sirven de lastre, sin que hasta hoy hayamos determinado con precisión una preferencia emotiva. Desde hace más de siete lustros, venimos discutiendo con pasión y nuestras miras se inclinan siempre hacia la libertad como punto central invariable en la vida del hombre. Y ésta es nuestra única verdad: abrir surcos profundos en la conciencia, aunque a flor de la piel aparezcan escozores distintos. Aquí hundimos nuestra reja porque sabemos que es lo permanente, lo que pervivirá a la acción devastadora del huracán.

La última contienda ha desilusionado a quienes esperábamos la alborada naciente en todos los confines. Aquella lucha de conciencias nos prometía en la paz el gran cometido de dignificar al arte y al hombre con la tierra, con la fuerza de la luz y demás agentes físicos, en esa necesidad de humanización implorada. Y la lucha continúa en distintos campos de batalla, con gradual descenso de la moral de nuestro siglo. La primera guerra grande pretendió influir en los espíritus, convirtiendo el dolor lacerante anterior a la muerte de nuestros padres, los mártires, en himno a la confianza en el mañana, la seguridad de que el hombre todavía podía y debía ser feliz sobre la tierra. El era el dueño de su propio destino y, como medida de todas las cosas, sólo tenía sobre sí la tarea de encauzarlo. El mundo parecía redimirse y una profunda reconciliación animaba las almas. Desde entonces, nuestras fibras han sido destrozadas por el estruendo de las bombas, porque el sufrimiento invadió todos los campos del espíritu, cercanos o lejanos al teatro de operaciones. Y lo que prometía convertirse en un renacimiento del espíritu en todas las actividades humanas, siete años de distancia del fin de las hostilidades, la noche va tendiendo su manto funerario sobre el alma; la promesa hablada y escrita, arrancada a la emoción de la contienda, en explosiones de marcado lirismo político, lentamente fué desvaneciéndose, y el hombre tornándose más adusto y huraño, desconfiado y egoísta. Y lo que fué calor al ruido de los cañones, y aliento en la palabra de los conductores de la guerra, se tornó frío cálculo, con rigidez de dictadura impávida como todas las tiranías. Y aquí estamos, clavados en la tierra, bien afirmadas nuestras extremidades, para resistir los mandobles de la fuerza que hasta, solapadamente, convierte al arte en instrumento de sus bajos menesteres, por medio de asalariados alquilados para tan indigna misión. Tan luego, el arte que es sacrilegio colocarlo bajo la bota del vencedor,



porque es la libertad misma que habla en su expresivo lenguaje. Olvidando y olvidados continuamos construyendo ese monumento, el espíritu sobre el interés, la dignidad sobre la mezquindad.

Ese estado mental preocupa nuestros sentimientos desde hace más de un cuarto de siglo en que los principios estéticos fueron marcando, a través de la discusión, los senderos por donde canalizar nuestros esfuerzos futuros. Hasta ahora no supimos sacar rendimiento de nuestras especulaciones filosóficas, ni imprimir al arte propiamente dicho todo el vigor necesario para enfrentarlo con los problemas que agitan la sangre en esta hora crucial de la historia. Nuestros pensamientos giran en torno de la libertad, de la verdad y de la belleza. Pero no le hemos levantado todavía monumentos que resplandezcan más que la luz del sol. Fuimos cándidos, poetas y pensadores, olvidándonos de que el mundo marcha, la máquina avanza y, entre sus engranajes, tritura cuerpos y almas. Por donde pasa aniquila. Y cerramos los ojos a la razón para no ver de cerca el rumbo que toman las ambiciones humanas, desproporcionalmente irritantes. Así nos encontramos, con un sistema maquinista, sin alma, frío y cruelmente materialista, con los trusts, corporaciones, sindicatos, monopolios, dictaduras sangrientas con insaciable sed de sangre y hediendo a carne asada, en detrimento de la democracia que va perdiendo siempre más y del hombre que pesa cada día menos en el concierto universal.

El problema del arte en cuanto a formas estéticas no está resuelto, pero sí definido en cuanto que la belleza puede y debe ser un instrumento de liberación. El hombre, como última palabra del reino de la creación, es el único componente alrededor del cual giran todas las actividades del universo. Por eso el arte también tiene el deber de contribuir a su reconstrucción, no como figura simplemente, sino como representación de su propia grandeza. No importa que, en la realidad, el hombre sea tal cual conocemos su contextura moral: el arte debe concebirlo como ejemplo, como paradigma de tipo consciente que actúa dentro del más riguroso plano estético, como parte de que es en la tierra, donde tenemos nuestra residencia, en la que debemos de construir la felicidad.

Europa ha convertido sus disputas en problemas universales. Durante siglos no ha podido digerir sus propios nómenos y complica al resto de las naciones en la solución. Como el mundo es pequeño, por gravitación, todos caemos en la misma esfera de actividades. Y de ahí que nos veamos envueltos en la maraña de sus especulaciones. Mas, en tanto allá la discusión asciende y desciende en inten-

literatura españolas, tiene no obstante una explicación bien lógica, que es preciso tener en cuenta cuando se trate de estudiar disciplinas de tanta preponderancia como lo es la poesía de ese país dentro del concierto artístico universal.

Lamentablemente, el dolor es común a todas las colectividades. La humanidad está esperando, desde muchas épocas anteriores, una generación de hombres genios que puedan expresar sus inquietudes, prescindiendo de esa emoción que el trastorno moral o sensorial produce en el alma humana. Ciertamente que nos sentiremos felices cuando ese momento histórico aparezca como guía de nuestros destinos futuros, olvidándonos de lo que somos como materia, como conjunto celular por vía del cual nos reproducimos. Traemos con nosotros en los dolores del parto que nos dieron vida el primer llanto, como un himno de los cielos a la creación. Apretujados en un mundo ancho, en que nos estorbamos todos por complicaciones absurdas inventadas artificialmente, justamente para dificultar nuestra existencia, encontramos toda suerte de enfermedades y desventuras. Cuando por medio de la cultura alcance el hombre a extirpar de su organismo físico el dolor y, en el orden de convivencia, abreviar los inconvenientes que se presenten sin que constituyan un contratiempo o alteración en el orden normal de la vida, seguramente entonces no habrá noche en el corazón de las personas sensibles, ni lágrimas que broten de ojos que jamás debieron estar tristes. No apesuremos demasiado el momento. Preferible que aparezca como consecuencia, naturalmente, del modo que se produce el movimiento de la sangre.

El camino recorrido es ya demasiado largo y el sentimiento de la humanidad está saturado de temores y de angustias. Los más aventurados exploradores que ha tenido la historia llevaron tras su esfuerzo esa siembra ingénita en el hombre de hoy. Cuando la aventura no ha sido real, sino producto de imaginación, el hombre tampoco pudo huir de la tristeza. Nuestro señor amo Don Quijote, Guzmán de Alfarache, Hamlet, Fausto, ¿qué son sino pobres caballeros que a pie o en cabalgadura, pasean a través del mundo su desconsolada tristeza, riqueza que esparcen a los vientos y a la luz del día? Los otros, como Pizarro, Cortés, Soto, Magallanes, que recorrieron la tierra y las aguas del globo en una hazaña sin similar por los tiempos de los tiempos, fuera de las alforjas de sus rocines o las bodegas de sus caravelas, ¿qué condujeron sino una angustia grande que pena parecía? Y ellos podían modificar las rutas físicas, conducir voluntades, abrir caminos desconocidos al porvenir. Pero siempre lo mortal, predominando sobre el materialismo, se fundió en la queja me-





en los otros pueblos del occidente europeo, que fueron formándose simultáneamente, sino por los mismos agentes físicos por otros cuya existencia ordinaria no era entonces muy distinta a la de los españoles. Indudablemente que, cuando nació el convento, con sus puertas cerradas y sus murallas, la vida interior era muy distinta que en el exterior, y los oficios religiosos cultivados en la oscuridad y el lamento quejumbroso, tan enfermizo en mentalidades vírgenes, ejerció poderosa influencia. Pero el hecho era común igual a las otras comunidades y en línea general la nota más pronunciada la presenta siempre España desde este punto de vista.

Desde luego que nunca la alegría se ha generado en situaciones de inquietud, bajo la presión de tormentas morales o tempestades físicas en que está en peligro la vida. Por principio natural, la vida es un disfrute tan preciado que sólo en muy escasos antipodas de sistema alterado prefiere a ella la muerte. Cada elemento viviente lucha por conservarla o hacerla tan larga como le sea posible. Para ello pone en juego todas sus energías físicas. Cuando circunstancias especiales alteran ese orden de convivencia, hay que recurrir a todas las reservas del ingenio y ponerlas en actividad. Y si, aparte del dolor moral que tal quebranto supone, los hechos imponen un castigo, entonces las fibras sensoriales se resienten y en el agotamiento y rotura aparece el dolor general que distribuye en el organismo esa catástrofe operada en el sistema físico del individuo. El dolor, que literariamente alguien ha considerado como constructivo, es una negación de actividad porque inmoviliza. Y el individuo inmovilizado está expuesto a la voluntad ajena. Cuando el hombre, en uso de sus facultades, encuéntrase impedido de actuar frente a circunstancias peligrosas que reclaman insistentemente un concurso que no puede prestar, estalla entonces en explosiones de dolor, que generalmente encuentran alivio en la secreción glandular.

Pero el dolor, acentuado y persistente, impidiendo al individuo olvidar, que es una de las más preciosas condiciones de que los sentidos dotaron al espíritu humano, vuélvele taciturno y huraño y, quiérase o no, por vía de reproducción natural o moral, se transmite a través de las generaciones. Llegamos así a la formación de caracteres que se enmarcan hoy día en grupos característicos que distinguen a un pueblo del otro por el trato personal, las costumbres y sus manifestaciones exteriores, ya sea artísticas o de otro orden. Por ello que, sin ofrecer ninguna particularidad desde el punto de vista literario, el fenómeno para el estudio del carácter fundamental impreso en la poesía y

sidad, aquí, en esta joven América, los hombres hacen suyos los problemas mundiales. Si su centro de gravitación todavía puede encontrarse alejado por distancias geográficas, la batalla del espíritu adquiere entre nosotros nuevos bríos. La palabra que no pudo pronunciarse allí, recorre el mundo entero por la vía de comunicación americana. Frente a la incertidumbre del porvenir, ante el temor de un nuevo cataclismo de contornos universales que Europa atiza, América trata de forjar los eslabones de su propia cultura. Y como resultante de ello, la nota más alta de la poesía continental es la que exprime un mayor contenido humano. No arte por arte, según el viejo concepto, sino en cuanto entrañe exaltación del espíritu.

Hasta hoy, el arte americano no siempre encuentra abiertas las fronteras, pese a sus preocupaciones por universalizarse y llevar ese mensaje fraterno a todos los rincones de la tierra. Hijo de la revolución, es de los albores de su emancipación política donde el arte adquiere carta de ciudadanía. Sus estrofas están forjadas con tan puros metales, prometiendo resistir los sacudones de las contiendas que el horizonte político anuncia con acento agorero. El maquinismo, con su rechinar de émbolos y bielas, nos presenta un panorama bien sombrío y la lucha entre la cultura y la civilización capitalista adquiere a veces caracteres trágicos. De un extremo a otro de los continentes, dos formas completamente opuestas en esencia pugnan por imponer su predominio estético, como resumen de este diálogo que trata de definir los destinos humanos. De un lado, el arte se ha humanizado, consciente de representar al hombre como ejemplo vivo de la grandeza. Poetas, pensadores y artistas imprimen a su obra esta nota singular que la técnica moderna aspira a envolver en sus engranajes. La idiosincrasia del espíritu latino que, a través de la historia, ha emprendido todas las hazañas, con olvido de un interés inmediato, cultivado en esta parte del mundo, con aclimatación en torno de ser definitiva, prosigue la obra secular de sus viejos maestros que cimentaron la cultura occidental en lo que tiene de vigoroso y reconfortante estímulo del alma. De ahí que se acerque a sus fuentes más puras en procura de la verdad dentro de la belleza, sin medir el tiempo y la distancia, con pasmosa impasividad, consciente de que sólo mediante los valores espirituales el hombre podrá ser grande y eterno. Con esa premisa, no interesa el tiempo en que podrá operarse el renacimiento efectivo de la cultura americana, culminación que ya se vislumbra en todos los sectores afines del arte en general, pero con la certidumbre de que cada uno va to-

mando parte activa en esa manifestación innegable que es toda una realidad.

Al otro extremo, por vía de sus propios agentes raciales y como consecuencia de un trasplante histórico, la técnica aplicada a la industria, trata de imponerse sobre el hombre, a quien considera un instrumento dócil de su fuerza avasalladora. Dominada por el interés, que todo lo reduce a metal, el arte es sacudido por la fiebre de un destino inmediato, que parece escapársele de las manos, como producto genuino de la civilización del dinero. El hombre es víctima del presagio funesto que amenaza con la destrucción del mundo y cada cual aspira a realizar su sueño dorado inmediatamente, destrozándose, envuelto en las redes de la economía y la política a cuya influencia, lejos de sustraerse y ofrecerle combate, negándole valores, atacándolas, abjurando de ella y de sus dioses.

### POESIA IBERICA DEL DESTIERRO

El arte español es, en general, representación del dolor, expresado a través de diversas facetas. Detrás de esa alegría aparente que en algunas veces le envuelve como débil caparazón, hay un fondo de amargura acentuado que se manifiesta de modos muy diferentes, según sea el origen telúrico del agente representativo en cada una de las naciones en que se divide la confederación ibérica. La historia de la poesía y literatura españolas no acusa sino esa nota sobresaliente, que no siempre es individual, sino colectiva, pero que aparece invariablemente como fuente de inspiración. La carga es tan pesada que aun en las artes menores se acumula y sirve de válvula que evita el estallido, en llanto abundante y lágrima copiosa.

El creador de Ruy Díaz ¿qué es si no un elemento triste que deambula sobre la estepa castellana y las vegas de Valencia con su bagaje de pesadumbre? Juan Ruiz, que en su retiro ha modelado en versos de melodía tantas emociones que llegan al fondo de las almas sensibles, es un genuino paradigma de ese estado espiritual que el claustro impuso, inundando de sombras la vida peninsular. Sin embargo, tal vez sea preciso ahondar algo más en el problema, ir hasta las fuentes mismas de la genealogía individual, para encontrar luces que nos lleven a la explicación de ese fenómeno.

Como fuentes de aluvión, agrupadas diferentes razas humanas en suelo ibérico, encontramos al semita que, si bien ha tenido poca influencia en la formación espiritual española, no por ello dejó de depositar su melancolía que se viene de los dolores agrupados en torno de sí por las in-

justicias del mundo desde milenios atrás. O bien del berberisco, azotado por las arenas del desierto, del simún y la distancia insalvable sobre un suelo calcinante que eleva la temperatura de la sangre a la altura del delirio. El camino de las caravanas era casi siempre la ruta sin retorno, con sus sedes terribles, sus días interminables, sin noche, que obligan a los más variados recursos del ingenio para huir, llegar y salir de tan gran tormento, que obligaba a reír, cantar o ulular, cuando no a morir, ya sin luz en los ojos. O del celta, que llegaba con sus brazos nervudos y velludos, corrido por las hordas salvajes de los fondos caucásicos, de los fiords noruegofinlandeses, de las riberas del Helesponto, en una carrera de siglos, enseñando a las tribus europeas los rudimentos del alfabeto, la construcción de monumentos con que honrar la memoria de sus antepasados en forma de dólmenes y columnatas y enseñándoles a laborar la tierra que produciría las mieses.

Inestables tanto unas como otras razas, expuestas siempre a la voluntad del invasor extranjero, que desarticulaba el orden de vida impuesto por costumbres, producto de evolución familiar, para imponer las del sucesor, ese desconcierto que alteró totalmente los sentimientos de la vida humana en todas las épocas de la historia, forzosamente había de dejar un sedimento de pesadumbre ante la esperanza incierta del mañana. Terriblemente insoportable es el dolor frente a la angustia de lo desconocido, entre dos enemigos feroces que, aun cuando adivinemos sus sentimientos, ambos son criminales. Y de aquí, en este caldo de angustias y pesadumbres, que terminaban casi siempre en huidas interminables, emigraciones colectivas, espoleadas por el bárbaro que de uno a otro extremo de Europa atravesaba el suelo teñido de sangre, la muerte aparecía como una reivindicación, un consuelo, una felicidad.

La madre, que debía llevar sus hijos a cuevas y las entrañas fecundadas; el padre, con sus bártulos bajo un cielo inclemente, con sus lluvias torrenciales que sepultan la tierra bajo el agua, las tormentas eléctricas, que retumban en la bóveda del cielo amenazando con sus ruidos romper la corteza terrestre o los rayos caniculares en otras zonas que agrietan la tierra quemada por el fuego, donde perecen pájaros y animales víctimas de la sed, todos estos elementos naturales y fenómenos circunstanciales en la formación espiritual de cada pueblo, no podían por menos que imprimir su sello, inconfundible por cierto, en la constitución de la vida española. No está determinado con precisión si en la materia religiosa, este sentimiento de humilde dolor que campea en las expresiones artísticas de los españoles, es más o menos acentuada en la península que

# Ideas sobre educación



## IX

### CONSECUENCIAS DE LA REFORMA

LOS augurios prometedores sobre la educación de los últimos años del siglo dieciséis en muchos países europeos, se vieron en gran parte defraudados por los golpes que estos pueblos sufrieron debido al terremoto de la Reforma. Las guerras de los Huguenotes en Francia; la Guerra de Treinta Años en Alemania y la Guerra Civil en Inglaterra, segaron las ilusiones de las corrientes que cara a la educación habían seguido estos países, los cuales iban quedando agotados casi por completo y no podían ocuparse de otra cosa sino de su propia defensa frente al enemigo tanto del exterior como del interior.

En los días católicos, por supuesto, también tuvieron sus dificultades por lo que de rechazo les alcanzaran las luchas exteriores y escarceos internos, pero sufrieron menos en este sentido y aquí los jesuitas, a pesar de la oposición que hallaban por parte del pueblo y por las mismas instituciones religiosas, tuvieron oportunidad para expansionarse y acaparar riquezas, hegemonía sobre centros de enseñanza, y lo más añorado por ellos: poder.

En los países protestantes, con las improvisaciones del nuevo sistema de educación y las dificultades económicas, fueron en aumento las deficiencias y defectos en los programas. La Iglesia reformada tendía a desentenderse un tanto de las escuelas con el desenvolvimiento del espíritu seglar, y aquella preocupación que durante la Reforma sintió por la educación, al no ser debidamente atendida por el Estado, o por la generosidad pública, resultó ser demasiado pobre para las necesidades de la época. Con las escuelas mal provistas y dotadas de maestros pobremente pagados, la educación decayó y sufrió grandes reveses, por lo que al final de siglo la mayoría de los países del norte y occidente de Europa una parálisis o estancamiento de los centros docentes.

Yendo de esta forma las cosas, no debe de extrañar que las escuelas del siglo precedente que se dedicaron a enseñar en latín y se ocuparon muy poco por la introducción en sus programas de la lengua vernácula y demás asignaturas modernas, mantuvieran sus cursos sin alteraciones de ninguna clase. Como se sabe el latín había dejado de ser la sola lengua en la que los hombres de letras expresaran sus puntos de vistas sobre no importa qué materia, por lo que fuera de un puñado de humanistas bastante reducido que se aferraba a la fe de los estudios clásicos como única salvación para la educación, todos escribían y hablaban en el idioma nacional. No obstante, las escuelas eran dueñas de la situación debido a las discrepancias y pugnas en los diferentes puntos de vista mantenidos por gru-

pos y sectas sobre la enseñanza, y de esta manera, defendiendo su posición, aunque en estado de decadencia permanente, aguantaría hasta la Revolución Francesa que una vez más hiciera estremecer los cimientos de Europa.

### OTRAS INSTITUCIONES DE ENSEÑANZA

#### Los oratorianos

Además de los jesuitas, llegaron a formarse otras sociedades católicas con miras a acaparar la enseñanza hasta donde les fuera posible. En Roma nace el Oratorio del Amor Divino, una asociación voluntaria con un número de clérigos y seglares que se interesaban en la reforma de la Iglesia y al mismo tiempo prestaban devoción al humanismo y a una vida pura dentro de los marcos de las doctrinas agustinianas. Influenciado tal vez por los oratorianos italianos, se constituye en Francia en 1911 el Oratorio francés por una congregación de clérigos, cuyo fundador fué Pierre Bérulle. En principio esta institución se proponía la formación sacerdotal del nuevo clero, pero poco a poco fué abrazando la enseñanza de la juventud, estableciendo numerosos colegios entre los cuales alcanzaría gran celebridad el de Juilly. Los escritos de Descartes influenciaron grandemente el espíritu y la obra de los oratorianos franceses, y como miembro de la orden el filósofo Malebranche, daría tonalidad también a los fines docentes de ésta. Los oratorianos se proponían fomentar estrechas relaciones entre alumnos y maestros por medio de la convivencia informal cotidiana.

El segundo Superior General de la orden C. de Condren formó el método de estudios, en que tomó muchas cosas de las costumbres didácticas comunes de entonces y otras de métodos puestos en práctica ya por otras instituciones de enseñanza. No obstante el método de los oratorianos franceses llevaba infinidad de cosas originales que pasarían después a otras escuelas y muchas de estas ideas han llegado a tomar carta de naturaleza en la enseñanza moderna.

La principal de éstas fué el dar mayor cabida al cultivo de la lengua nacional, llegándola a emplear no sólo para explicar, sino también para enseñar los primeros cursos de latín. Así las clases se daban en francés, enseñando matemáticas, física y ciencias naturales; además buenas maneras, danzas y juegos diferentes. Los oratorianos dedicaron gran interés al estudio de la música, por lo que eran conocidos como « les pères au beau chant ». Palestrina había sido partidario de San F. Neri, el fundador del oratorio italiano, y compuso música para la congregación, de aquí el nombre de oratorio a ciertas partituras. No olvidaron el estudio de las lenguas clásicas, pero sus escuelas tenían mu-



cho de realistas y si anteriormente la gramática se enseñaba desde el principio en latín, los oratorianos escribieron una gramática latina en francés, si bien hicieron obligatorio el uso de hablar latín en las clases de los cuatro cursos superiores. El griego tuvo menos énfasis en los cursos de sus escuelas que el latín, quedando reducido a la traducción de los buenos autores, dando más margen a las explicaciones en clases.

#### Los jansenistas

Los jansenistas tomaron su nombre de Cornelius Jansen, obispo de Yprès y autor del libro «Agustinus» en el que atacaba a la gracia divina y exponía conceptos contrarios a los de los católicos sobre el primitivo estado del hombre. Por estos motivos y más que nada por la competencia que hacían en materia de enseñanza a los jesuitas, éstos últimos les declararían la guerra sin cuartel. La secta jansenista se componía de hombres como el Abate de Saint Cyran, Nicole, Pascal, Arnauld, etc., y las escuelas establecidas por ellos se asemejaban a las del Oratorio. La teología tanto de un grupo como del otro se derivaba de San Agustín y su concepción ascética de la vida les llevó a la estrecha vigilancia de sus alumnos.

Esta secta se adueñó de la abadía cisterciense de Port-Royal des Champs gobernada por la abadesa Angélica Arnauld, y establecieron en sus alrededores, 1643, sus Petites Ecoles, las cuales no durarían más de una veintena de años. Pero a pesar de esta efímera existencia y del reducido número de niños educados en aquellos establecimientos, las escuelas de Port-Royal ejercieron cierta influencia en las tendencias de la pedagogía, bien por la importancia de hombres como Nicole, con su libro «La educación de un príncipe»; Lancelot, gran helenista, con su libro «Jardin de raíces griegas» y «Métodos de Port-Royal», o porque sus enseñanzas se adaptaban al espíritu de la época.

Las escuelas y clases eran pequeñas y generalmente los maestros vivían con los alumnos. En general los programas escolares eran parecidos a los de los oratorianos, sin clase de danzas como los de aquéllos. Los jansenistas introdujeron el método de la enseñanza de las lenguas clásicas en francés, lo mismo el latín que el griego, esto contra el uso antiguo de las escuelas humanistas. Claro que esta regla no fué invención de ellos, pues como hemos visto antes, los oratorianos la habían ya puesto en práctica; pero los port-royalistas pusieron gran énfasis en aquellos aspectos de los estudios clásicos que proporcionaban una mayor lucidez y facilidad para comprender la lengua nativa. Las traducciones a un francés correcto se consideraban más importantes que las traducciones del francés al latín o al griego; habían llegado, en una palabra, a considerar la lengua vernácula tan importante o más que las clásicas en el uso diario de la enseñanza.

Los principios y métodos de las Petites Ecoles se hallan bien expresados en el libro de Coustel titulado «Reglas para la Educación de los Niños» publicada en 1687.

Saint Cyran como su amigo Jansen seguía a San

Agustín en su doctrina de predestinación y si bien no creía en la educación por sí misma podría hacer al hombre más bueno, teológicamente la consideraba una necesidad. Sus ideas partían del principio de la malicia radical del niño, como del hombre. Creía que nada podía agradarle sino el mal moral, por lo cual aunque sintiendo gran compasión por ellos les era imposible guiarles con dulzura al fin deseado. «El diablo posee ya el alma del niño antes de nacer». Creía que el bautismo aportaría una restauración temporal de la bondad original que pertenece a los hombres antes del pecado, pero ésta no sería suficiente para conservarles la pureza. La única solución para evitar el alejamiento de la bondad era la estrecha vigilancia durante la niñez ejercida por los maestros cristianos. Por otra parte Saint Cyran sentía un afecto profundo por los niños y esto le llevaba a pensar que el mejor servicio que podía prestarle a Dios era empleándose en la educación de ellos.

La organización de las escuelas estaba determinada por sus concepciones teológicas, pues el miedo que sentía de las malas influencias al poder oponerse a las virtudes recibidas por el bautismo, le llevaba a aquel afán suyo de querer tener bajo su protección la vida entera del niño que le era confiado. Al entrar en la escuela era condición previa el que los padres hicieran entrega completa de sus hijos, sin permitir contacto alguno con la sociedad. Por esta razón las clases se componían de cinco o seis alumnos solamente confiados a un maestro quien hasta dormía con ellos en el mismo dormitorio. El mayor esfuerzo se dedicaba a la enseñanza religiosa hasta el extremo de atajar los estudios intelectuales de cualquier chico de inteligencia despejada si tales estudios peligraban la vida espiritual; así los libros que formaban parte de los estudios eran meticulosamente seleccionados de acuerdo con la moral y principios religiosos, por lo que cualquier frase o párrafo sospechoso se le hacía desaparecer.

Como puede verse no caben encontrarse opiniones más obtusas sobre educación, sino en otras congregaciones religiosas, como por ejemplo la de los jesuitas, y si Saint Cyran hubiese vivido hasta el final de las escuelas sin duda alguna éstas no se hubiesen podido sacudir esta miopía. A su muerte su obra pasó a manos de gentes jóvenes que aunque discípulos de él en lo que a la fe se refiere, sentían ya los aires de renovación del mundo y como resultado de ello los fundamentos del sistema sufrieron modificaciones considerables con la fusión de principios cartesianos y otras corrientes.

El fin perseguido por los jansenistas fué siempre la formación del carácter cristiano, pero con el tiempo los estudios intelectuales fueron tomando carta de naturaleza entre ellos; así fueron introduciendo la ciencia, las matemáticas, la historia, etc. Pero en lo que bien se diferenciaron de los demás fué en el estudio de las lenguas, especialmente la vernácula. Escribiendo sobre el método de las escuelas decía Coustel a este respecto: «Considerando el punto de perfección que ha alcanzado nuestra lengua, ésta merece que la cultivemos un poco. Desde luego nunca ha sido tan rica en expresiones, tan

noble en frases, tan precisa y tan preñada de epítetos, tan sutil en sus giros y circunloquios, tan majestuosa en sus movimientos, tan brillantes en sus metáforas, y finalmente, tan natural y tan perfectamente magnífica y suave en sus versos, como es en estos momentos. Sería vergonzoso para los niños ser bárbaros en su propio país cuando todas las naciones se disputan con las demás el aprender todas las bellezas de esta lengua y perfeccionarse en ella.»

### EL APORTE CARTESIANO

El amor a los niños que traen los fundadores de las escuelas a la congregación iría a mezclarse más tarde con las ideas cartesianas y esto daría lugar a que los sucesores de Saint Cyran buscaran más claridad y precisión en las ideas aplicables a su sistema, procurando obtener un conocimiento más íntimo de la naturaleza del niño como base para la labor docente y por otro lado buscando los métodos de instrucción que sin grandes dificultades allanaran el camino a sus educandos.

Al enunciar los principios que todo maestro debe tener en cuenta con las diferencias mentales de los alumnos, dice Coustel: «Si un médico no puede recetar los remedios apropiados para la cura del cuerpo sin el conocimiento de la diferencia de temperamentos, y si un campesino tiene que conocer las cualidades del suelo antes de empezar a sembrar, entonces no cabe duda de que un maestro de escuela debe conocer también las diferentes clases de intelectos que tiene que cultivar.»

Las escuelas de Port-Royal también ejercieron la enseñanza femenina. Una hermana de Pascal, Jacqueline, escribió en 1657 un reglamento para las educandas muy en consonancia por cierto con las ideas y la rigidez de la educación jansenistas. La enseñanza femenina se limitaba a leer, escribir y catecismo, confiando la mayor parte del trabajo a la memoria, «para ocupar el ánimo e impedir así los malos pensamientos». Recomienda a las alumnas que hagan siempre aquello que les desagradaba en extremo porque eso es más agradable a Dios, teniendo siempre presente que las niñas son hijas de la ira, inclinadas de suyo al mal solamente.

Impone silencio absoluto y exagerada modestia de los ojos; condena la familiaridad de actos amistosos, no sólo con las religiosas, sino también entre las mismas educandas. El ocio, la tranquilidad, la familiaridad, la distracción, todo lo placentero, lo consideraba un medio de perdición. Todas estas reglas se hallan impregnadas de ese sentimiento de predestinación cristiano que arrastran todas estas congregaciones.

Después de la celebración del Concilio de Trento (1545-1563), en el que, ante la avalancha de la Reforma que tanto desorden crea en las filas de la Iglesia católica, se acuerda dar una reorganización a las costumbres y prácticas del clero, no se descuida tampoco el control del pueblo que al fin y al cabo ha influido más que nadie en remover el mal que la degeneración de las costumbres eclesiásticas hacían en la moral de todos. Para ello había que empezarse con la pretendida reconstitución de la perturbada enseñanza, no olvidando en primerísimo

lugar que se enseñara la doctrina cristiana, o como ellos llaman, los fundamentos de la fe y la moral, no ya entre los seglares, sino a los eclesiásticos donde bien relajada andaba la una como la otra. Así en el decreto de reformación, el concilio disponía que se atendiera no sólo a los estudios de escritura sagrada en las catedrales y monasterios, sino también que se crearan cátedras de gramáticas. Esta propuesta enseñanza sería subvencionada por las Iglesias y donde éstas gozaran de escasas rentas, al maestro, que sería nombrado por el obispo, se le señalaría el beneficio de algunos honorarios que correrían a cargo del cabildo o del obispo.

Las disposiciones del concilio a este respecto dieron sus frutos. Fueron legiones las hermandades que surgieron para dedicarse a la enseñanza, claro está, a la enseñanza catequista. De forma que como colofón a los titubeos de algunos eclesiásticos en varias partes de Europa para dar forma a estas ideas, en 1560 Cusani se asocia a E. de Pietra y a César Baronio y con la ayuda de algunos seglares, forma en Roma una hermandad de la doctrina cristiana. A sus miembros se les conocería por el nombre de agatistas por haberles dado Gregorio XIII la iglesia de Santa Agueda. En Aviñón (Francia), César de Bus, fundaría en 1592, otra congregación llamada de padres doctrinarios, destinada según ellos a confirmar la fe de los franceses por medio del catecismo para así prepararlos contra los errores calvinistas.

### Los Escolapios

Pero todos estos ensayos de mera instrucción religiosa no dan los resultados apetecidos y la Iglesia tiene que mirar más allá de estos límites si quiere catequizar a quien se propone: al pueblo. Esta función la emprenderían congregaciones de más poder y organización que las que acabamos de enumerar más arriba. La secta que en España se llama de los escolapios y en otras partes piaristas, tiene por fundador a José de Calasanz, aragonés de la provincia de Huesca. Como la Compañía de Jesús, que tuvo por fundador a otro español, la «Congregación Paulina de los Clérigos Regulares Pobres de la Madre de Dios, de las Escuelas Pías», tampoco nació en España y como la primera halló gran oposición cuando quiso establecerse allí. Calasanz fué a Roma en 1592 y allí se dedicó a enseñar la doctrina en los templos, como miembro de la Hermandad de la Doctrina Cristiana, pero viendo que sus prédicas no alcanzaban a la población en la extensión deseada, con el apoyo de grandes y papas fundó escuelas que progresarían rápidamente. El fin de estas escuelas lo define bien el Breve de Paulo V de 6 de marzo de 1617 en el que eleva a la asociación de las escuelas pías el carácter de Congregación Religiosa y con la obligación «de instruir asiduamente a la juventud cristiana en las artes útiles, en la doctrina católica, en la piedad y en las buenas costumbres». Más tarde, en 1621, Calasanz sería nombrado general de la orden por nueve años. Las escuelas de esta congregación tomarían asiento en todos los países europeos. En cuanto a España se refiere, las Escuelas Pías no llegaron a establecer-

se hasta después de la muerte de su fundador, aunque ya en vida de éste se habían hecho tentativas por establecerlas que no llegaron a cuajar. La mayor oposición al establecimiento de los escolapios en España vino de otras congregaciones y hermandades religiosas, especialmente los jesuitas, que habían conseguido establecerse ya por casi toda la península. Todos se dedicaban a ganar almas para Dios desinteresadamente, pero por lo visto hasta en negocios tan poco «lucrativos» como éste hay quien quiere abrogarse la exclusiva. Por fin conseguirían romper la resistencia de la oposición y se establecerían, en el siglo XVIII, con continuidad hasta nuestros días.

En 1648 Jean Bautista de La Salle y sus discípulos formarían una congregación seglar llamada Société de Frères des Ecoles Chrétiennes, en Reims, Francia. Para las escuelas se trazaron ciertas reglas que sirvieron más o menos como bases para el método adoptado en la congregación. Se distribuyó el tiempo y se formuló que nunca se dejarían solos a los alumnos y se ejercería sobre ellos una estricta vigilancia. La instrucción versaba sobre el catecismo, las oraciones usuales y la historia sagrada; además, los alumnos oían misa todos los días y consagraban gran parte de sus horas de clase a la instrucción religiosa. Los principios pedagógicos de las

escuelas cristianas se hallan contenidos en la «Conduite» de La Salle, que entre otras cosas dice: «Cada escuela ha de tener por lo menos dos maestros y dos clases de salas separadas, pero contiguas. De esta manera se atiende a la vida religiosa de los hermanos y a la distribución de los niños, sin la cual sería imposible aplicar el método propio de las escuelas cristianas que consiste en substituir la enseñanza simultánea a la individual, y donde hubiere gran número de alumnos, se apoya el método simultáneo en el de la instrucción mutua. Nunca se permite que los niños permanezcan ociosos en la escuela, etc.» A pesar de estas innovaciones y la dada al entrenamiento de maestros, los métodos de estas escuelas eran atrasados, y los maestros se hallaban sujetos a órdenes rígidas y anticuadas como las de los mismos jesuitas. La disciplina concebida de tal forma también que en dureza no tenía que envidiar a la impuesta por ninguna otra comunidad de enseñanza religiosa.

Como podrá deducirse por lo expuesto anteriormente, estas congregaciones o sociedades de enseñanza estaban compuestas por hombres dedicados al servicio de Dios y de la Iglesia y su fin y objetivo no eran otros que los de ganar adeptos para su causa, no la educación.

J. RUIZ



## Análisis de la emoción

**A**NALIZAR la emoción ya es penetrar en el caos; nos basta la razón y su aplicación, como lógica universal, para guiarnos en estas tinieblas de lo inconsciente que la experiencia científica comienza a desgarrar para demostrar verdades evidentes. No tenemos otro instrumento, para comprender lo humano, que el raciocinio. Prescindiendo de lo romántico y amanerado por la sensiblería, podemos aclarar la índole de los sentimientos, ya que si conocemos los factores de su génesis y desarrollo, también conoceremos el producto de ellos en la convivencia.

Hacer dualismo entre el pensar y el sentir es caer en las redes metafísicas. Ambas expresiones se manifiestan en concordancia y no se pueden disociar totalmente. No hay un adentro y un afuera. Todo es interacción del individuo con su medio e influencia de ambos en los fenómenos sociales. Aunque parezca muy cierto para el vulgo que **pensamos para expresar** y **percibimos para sentir**, parece más razonable sentir y pensar simultáneamente. Sólo en

este equilibrio se puede llegar a la mayor comprensión.

Hay un fondo inconsciente, pero él se va haciendo diáfano en cada uno por medio de la parte deliberadamente consciente que ha creado el cultivo de la razón. Así, ya no podemos afirmar que sólo el pensamiento es la culminación de lo consciente. Si no hay experiencia, si la razón, que es la comparación y el análisis, no interviene para hacer cauto al pensamiento, éste se perderá en las divagaciones.

Las manifestaciones de amor y odio pueden estar orientadas por lo discriminativo de los impulsos íntimos, pero teniendo cuidado de no juzgar en absoluto, en cuyo caso, el hombre se extravía en dictados morales y doctrinarios que se plasman en los diversos grados de la tiranía social.

Las emociones, si nacen del choque de nuestra propia sensibilidad con las energías del ambiente o con otra sensibilidad individual, producen una escala de vibraciones que pueden ser placenteras o pueden oscurecer la personalidad. El hombre que



domina sus emociones y no se deja arrastrar por las que produce el gregarismo social, es un hombre fuerte y refractario a toda sugestión de obediencia. Es el rebelde consciente.

A mayor conciencia corresponde mayor comprensión intuitiva y analítica. Se puede odiar a la proyección de la violencia y del crimen.

En realidad, el hombre que se defiende solo o ayudado por sus afines contra la impostura y el daño sociales, no hace sino reaccionar lógica y naturalmente contra los males que lo cercan hasta aniquilarlo. La lucha es desigual y los verdaderos destructores forman la mayoría que hace las leyes y dicta las morales religiosas y laicas. Si el Estado pudiese ser pacífico y no fabricase armas, podría hablarse de una posible armonía. Pero como no puede haber Estado sin violencia, tampoco podrá haber entendimiento. Quizá lo pueda haber si se llega, por el despertar de la conciencia individual, a una relación anárquica.

El miedo es la más fuerte de las emociones y llega a paralizar la propia defensa; en él predomina la imaginación, que agranda el peligro real o supuesto en determinadas circunstancias en que juega la vida individual. Cuando el miedo, que en su primitivismo va unido al instinto de conservación, llega al paroxismo del pánico, sus efectos forzosamente producen las mayores catástrofes individuales y colectivas. Perdida la serenidad, el hombre, solo o agregado a otros, se convierte en fuerza avasallante; pierde el equilibrio y se lanza, engeguedo, a acciones desorientadas.

La sugestión, que tiene mucho de magia y que es manejada por los mandones para embrutecer a sus pueblos, es el primer elemento de la emoción colectiva, en el cual proliferan las mayores aberraciones sociales, presididas siempre por un sistema autoritario.

Es a causa de la disociación entre el sentir y el pensar que se promueven los choques de la convivencia. Al hombre estúpido, que es el verdadero animal clasificado como « hombre sabio », lo arrastran sus posiciones, que son sus múltiples y variados sentires, y lo pueden frenar sus pensamientos en sus desorbitadas apetencias.

Lo corriente es que cada uno halle disculpas dialécticas a sus comportamientos, y eso evidencia el cálculo y la especulación. Todo el mundo rutinario guarda las formas, que es lo mismo que « nadar y guardar la ropa ».

Para huir de su naturaleza animal, el hombre inventó los temas metafísicos; ya impregnados de supuestas esencias divinas o de un panteísmo cósmico que se identifica con la energía inmanente de la naturaleza. Aquí se ejercen los vuelos de la imaginación, por los cuales el hombre hace las más inverosímiles piruetas en el vacío espiritualista.

El arte, en sus diversas representaciones, individualizadas en el conjunto de las bellas artes, se inspira en parte en la emoción del intérprete, pero tiene asimismo una técnica y obedece, en su expresión, a un estudio, a una maestría y a ritmos personales que casi siempre se descomponen en el egoísmo egolátrico de la fama y de la fortuna. Son

muy raros los que se libran de la vanidad y muchos, en general, a quienes la celebridad y la gloria corrompen.

Es una afirmación sin demostración práctica, el rotular los ritmos del arte con los ditirambos divinos o con principios o leyes que el hombre imagina para su comodidad. Es evidente el caos y la indiferencia en toda la naturaleza y sólo un precario equilibrio se puede lograr en el hombre y en su sociedad civilizada, de relativa armonía. El vaivén de las fuerzas ciegas amenaza siempre ese equilibrio y acaba por triunfar sobre las creaciones humanas.

Otra frase muy sugestiva para los espiritualistas es la de que « las emociones han elevado y nutrido los valores morales de la humanidad ». Con mayor valor puede alegarse que sólo la razón, que desentraña los problemas humanos y penetra en las zonas oscuras de la sensibilidad y de las emociones con la luz de las ciencias experimentales, puede guiar al hombre en su efímera existencia, procurando una comprensión y una dignidad personales fuera de toda creencia y de todo dogma.

Las emociones inhiben el raciocinio, la comparación y el análisis y arrastran al hombre a cualquier pasión aniquilante. El hombre puede decir, desde su propio mirador, cuando contempla los espectáculos de su civilización: ¡Qué alegría, qué dolor, qué hermosa expresión, qué actitud horripilante!... Y siempre se hallará ante el examen de todo lo que es él mismo y todo lo que se mueve en su ambiente. Si no se deja emocionar, podrá penetrar en los misterios de lo bello y de lo feo y podrá elegir lo que convenga a su temperamento. Y se librará muy bien de pontificar sobre sus propias soluciones para extenderlas a todos: Esta actitud de serenidad, en que se excluye toda sugestión mítica, destruye asimismo toda ilusión, que es la máscara con que siempre se disfraza la lucha por... la muerte.

El hombre acepta la tragedia de vivir y procura no embriagarse con las mentiras convencionales, ni con ninguna otra nueva mentira. Contra todas se rebela, porque todas se originan en la fatua autoridad, que siempre pretende imponer doctrinas a la fuerza.

Razón y sentimiento son innatos y no es lógico disociarlos. Que cada uno los cultive a su modo, pero discerniendo la ayuda que le piden para esa entelequia llamada progreso y civilización.

La historia ha venido aglomerando conceptos confusos, costumbres arcaicas para cimentar una moral autoritaria sin base biológica, en la que tantas tendencias, normas, reglas y leyes y tantos caticismos se disputan la conducción del hombre, sin lograr que éste se ponga de acuerdo primero en su propio sentir y pensar, antes que hacerse adepto de teorías políticas, espirituales y demás anagazas que dejan siempre en el nebuloso futuro la realización de lo que ya podría lograrse hoy en beneficio de todos y sin disminuir en absoluto al individuo.

Si no hay mira y razón anárquica, no hay modo de llegar a entenderse y a sensibilizarse. Los fatuos dirán que éste es otro dogma. ¡Que aprendan a discernirlo antes de afirmarlo!

COSTA ISCAR

# Acotaciones cervantinas

**E**L cautiverio del P. Haedo en Argel duró desde 1578 a 1581. Redimido Cervantes en 1580, aún tuvieron tiempo de conocerse. No, porque desde la última tentativa de evasión, Miguel hallábase en una mazmorra y no se le veía. Si que el monje benedictino oyó a muchos cautivos elogiar la conducta valerosa de un gentilhomme llamado Cervantes Saavedra, el cual, por su coraje había llenado de admiración la ciudad de Argel. ESTE GENTILHOMBRE ERA NACIDO EN ALCALÁ DE HENARES, NO LEJOS DE MADRID. Pasan treinta y un años, y en 1612 — cuantro antes de la muerte de Cervantes — el P. Diego de Haedo publica, en Valladolid, su «Topografía e historia general de Argel, repartida en cinco tratados, no se verán casos extraños, muertes espantosas y tormentos exquisitos, que conviene entiendan en la Cristianidad: con mucha doctrina y elegancia curiosa». Aquí está el dato del lugar de nacimiento de Miguel de Cervantes Saavedra, de Alcalá de Henares. Transcurre un siglo bien cumplido hasta que comienzan las investigaciones cervantinas, posteriores a la biografía de Mayans referente al autor del « Quijote ». O los eruditos del siglo XVIII — Mayans y Siscar, el P. Sarmiento, Juan Antonio Pellicer, José Miguel Flores, Juan de Iriarte, Vicente de los Ríos, Martín Fernández de Navarrete, etc. — no conocían la Historia citada del abad de Frómista, arzobispo de Palermo y capitán general del reino de Sicilia, lo que no es creíble, o si la leyeron no se dieron cuenta de tan precisa, como preciosa referencia para descubrir el punto donde Cervantes naciera (pecado gordo, por cierto). ¿Resolverá el problema algún «curioso lector» sin ser erudito ni siquiera archivero-bibliotecario?

..

Según Fors, «antes del mes de octubre de 1568 en que Cervantes contaba 21 años y algunos días, nada absolutamente puede afirmarse de modo indubitable sobre los actos de su vida. Esta fecha es la que constituye el punto inicial desde donde puede empezarse a seguir con datos concretos y comprobados la existencia de nuestro personaje.» Sin negar que a los cervantistas les interesa todo lo de Cervantes, tengo para mí que les interesa menos el hombre que la obra, con emerger ésta de su vida. Puede decirse que Don Quijote tiene más personalidad que Cervantes: puede asegurarse que se ha hecho más crítica del « Quijote » que historia de Miguel de Cervantes. Lo mejor escrito de propio en este sentido es «Efemérides cervantinas», de Cotarelo; «El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra», de F. Navarro Ledesma, y algo de Azorín. Falta una vida de Cer-

vantes trazada con el corazón henchido de sentimiento y no con la cabeza atiborrada de erudición.

..

Cervantes casi no tuvo niñez: la infancia de Cervantes, desasosegada, errátil, sin holgura ni alegría, es el breve exordio de su inacabable tragedia de hombre. Andar y más andar... Esta desdichada familia dió mucho que ganar a los zapateros, por lo mucho que anduvo, no encontrando su Canaán donde establecerse definitivamente. Doña Leonor de Cortinal, natural de Barajas, perteneciente a una noble familia, debía de tener estomagado a don Rodrigo, quien para casarse fingióse médico, siendo tan sólo practicante... y no hábil como Jean Babelón en su libro «Cervantes» señala. No es menos expresivo lo que dice Juana de Minjaca en «Juez de los Divorcios»: «Señor juez, vuestra merced me oiga, y advierta, que si mi marido pide por cuatro causas divorcio, yo lo pido por cuatrocientas. La primera, porque cada vez que le veo, hago cuenta que veo al mismo Lucifer; la segunda, porque fui engañada cuando con él me casé; porque él dijo que era médico de pulso, y remaneó cirujano, y hombre que hace ligaduras, y cura otras enfermedades, que va a decir de esto a médico la mitad del justo precio...» Al final del capítulo XXIX del «Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra», el autor da las siguientes explicaciones: «A los cinco días de testar, murió el pobre cirujano Rodrigo de Cervantes y se le dió sepultura, según sus deseos, en el convento de sus amigos los mercaderos. No debió de ser inconsolable el dolor que su muerte produjo a la familia. Ni la de Rodrigo de Cervantes es, como se ha dicho, una noble y hermosa figura, ni en toda la obra de Miguel se ven como cosa sentida hondamente y personalmente grandes vestigios de amor filial. Rodrigo de Cervantes fué siempre un pobre hombre, cuya escasez espiritual aumentaba y remachaba la sordera. De él ni aprendió Miguel gran cosa y no es tan insignificante como parece el hecho de que cuantas veces nombra a los cirujanos, los llame de una manera despreciativa y hamperca «sacapotras», reservando en cambio toda su admiración y respeto para los médicos de facultad. Bien se ve que al hablar de los cirujanos se acordaba de su desdichado padre y al hablar de los médicos le venía a las mientes la bella figura magistral del sabio doctor Gregorio López, que le sacó de la muerte en el hospital de Mesina.» En esta casa hay, pues, un ambiente de contenida reprobación y sordo disgusto: obedecen de mala gana, mormullando... Aquí, en Alcalá de Henares, con-

traen matrimonio Rodrigo y Leonor: de aquí son Andrés, Andrea, Luisa, Miguel y Rodrigo, y de este punto parten, entre 1550 y 1554, para Valladolid — donde en 1555 nace Magdalena —, teniendo Miguel tres años y meses. Las primeras letras las aprendió Cervantes en Valladolid yendo a la escuela. También, congojas económicas: el santo de espaldas... Parte toda la familia a Madrid en 1556. ¿Qué hace Miguel en Madrid desde 1556 a 1562? Cursa en el Estudio de la Villa, donde recibe instrucción clásica, siendo alumno del licenciado Jerónimo Ramírez. Al siguiente año, o a los dos a más tardar, emprenden viaje a Sevilla, menos doña Leonor y Luisa, que va para monja. Cervantes tiene diez y siete años. En el colegio de jesuitas donde ingresa y que acaba de abrir sus puertas a la juventud, conoce al futuro personaje Mateo Vázquez de Leca, también alumno. Parada de dos años y retorno a Madrid teniendo Miguel 19. Corre el año 1567: el 68 muere la reina de España, con cuyo motivo Cervantes, «caro y amado discípulo» del P. López de Hoyos en el Estudio de la Villa y Corte, donde otra vez cursa, révelase como poeta inspiradísimo.

«¿A quién irá mi doloroso canto  
o en cuya oreja sonará su acento  
que no se deshaga el corazón en llanto?...»

El triunfo de Miguel — escribe Navarro Ledesma — fué, a no dudar, grandísimo, cuanto podía serlo en ocasión tan famosa. Se hombreaba aquel poeta principalmente con su propio maestro, con el gravísimo doctor Francisco Núñez Corriano y con otros escritores de nota y autoridad. Los versos, dedicados al presidente del Consejo, don Diego de Espinosa, por acuerdo del Estudio, figuran en la «Historia y relación verdadera de la enfermedad, felicísimo tránsito y sumptuosas exequias fúnebres de la Serenísima Reina de España doña Isabel de Valois, nuestra señora. Con los Sermones, Letras y Epitafios a su túmulo, etcétera, impresa en la muy noble y coronada villa de Madrid en casa de Pierre Cosin, el año 1569.» Resumiendo: el padre y la madre de Cervantes, en las jornadas de su infancia posteriores, fué su hermana Andrea, «esto es, lo que Miguel de Cervantes para Diego de Chaves en el cautiverio de Argel.

## EL IDEAL

**C**UANDO decimos «Ideal de la Humanidad», tomamos la palabra idea en un sentido preciso, a saber: concepto puro e inmediato del espíritu y concepto total, que no depende de experiencia sensible (aunque concierda **anticipadamente** con ésta), sino que es original y primero, como tal antecedente y regula toda idea particular. Fijada esta distinción, se puede, si se quiere, dar a tales conceptos inmediatos del espíritu el nombre de ideas puras o intuiciones, que con poca diferencia tienen el mismo sentido; nosotros conservamos el primer nombre.

Pero ¿se dan en el espíritu tales conceptos inmediatos o tales ideas primeras? Nosotros podemos dejar esta cuestión, como propia de la teoría, bastándonos la prueba de hecho: que el espíritu ejerce tales actos primeros intelectuales, puesto que los define y nombra, sobre lo cual no pudiera aquél remitirse a testimonio extraño. Cuando decimos: «Esas son mis ideas», expresamos con esto aquellos conceptos originales e inmediatos que anteceden a todo otro de su género y a la experiencia, y que determinan, según ellos **mismos**, todos los ulteriores: son **principios**.

Síguese de aquí que una idea encierra en sí un mundo de segundos conocimientos y aplicaciones, y tal es el sentido con que nos atribuimos o atribuimos a otros ideas. Una idea forma todo un hombre y todo un sistema de vida, y apenas luce ante el espíritu, quiere ser cumplida en tiempos y circunstancias; y, en efecto, nos insta y apremia poderosamente hasta que se ha convertido en efectiva realidad. Por esto pasa la idea en un segundo estado a convertirse en **Ideal**, esto es, en direcciones y formas ejemplares determinadas conforme a la idea primera. Demos, si se quiere, al ideal el nombre de plan, proyecto, regla, según el fin y esfera a que se dirige; siempre aquí se manifiesta a un estado siguiente a la concepción de la idea pura, y antecedente a la aplicación última de la misma. Por lo demás, este sentido de la idea o ideal ninguna limitación tiene aquí en el objeto: el acto más común de la vida es una obra hecha con arte, según los medios dados, bajo idea y plan previsto en forma de ley, para un fin racional hasta su entero cumplimiento: **el hecho racional**.

Aplicando esto a nuestro objeto, cuando decimos «Ideal de la Humanidad», suponemos ya la idea de la **Humanidad** deducida en un principio real y capaz de dar plan para lo que debe ser aquella en la historia conforme a su naturaleza y ley propia. Cuando esta idea de la humanidad es clara para el espíritu, y lo mueve interiormente a convertirla en hecho, entonces se determinan direcciones y planes prácticos de obrar, esto es, se forma un ideal al tenor de esta cuestión: ¿Cómo deben ordenarse las relaciones humanas, las tendencias y direcciones que la humanidad envuelve en sí, para que correspondan a su naturaleza y al cumplimiento de su destino?

Tiene, pues, la palabra **Ideal** un sentido práctico para la realización en el tiempo de una idea primera, no de otro modo que toda obra humana procede de un concepto primero y mediante un ideal cierto.

**KRAUSE**



# EL PILOTO

**H**ACIA mucho tiempo que Eubulo había perdido a su padre.

La muerte de su madre lo puso en posesión de una rica herencia. En secreto, pidió consejo a Psicodoro:

— Si considerara a las riquezas como bienes, ¿margamente lloraría ganando con la pérdida de mi madre. Pero yo sé, gracias a ti, que las riquezas son cosas indiferentes o más bien nocivas, y bajo los dedos del estatuario dichoso, la vida del rico es menos plástica que la vida del pobre. Dime, pues, ahora, ¿qué debo hacer con lo que me da la ley injusta?

— No levantaré yo tus piernas con mis manos para que camines. Tú eres el que debes accionar según seas y según puedas.

— Pero tú nunca me has negado darme consejos. Es para mí una alegría hacer una cosa que me parece bien. Mas hacer una cosa que tú me indiques, ¡oh, Psicodoro!, tú a quien yo admiro por encima de todo, representa para mí la más grande de las alegrías. ¿Por qué me niegas entonces, mientras mi corazón desborda de duelo, lo que para mí sería la más preciosa de las consolaciones?

— Hijo mío, que tu alegría de infancia y de docilidad para nada entre en un gesto que debe ser viril y libre. Si yo hiciera lo que me pides excedería mis derechos. Puedo a veces detener una mano que va a sembrar el arrepentimiento. Pero nunca me permito empujar a alguien hacia la acción. Ciertamente, nada más hermoso que el ser pobre, pero con la condición de que se ame la pobreza. El pobre voluntario, si siente alguna pena, se vuelve inferior al que ha seguido siendo rico. Se parece al hombre débil que ha querido ascender demasiado por la pendiente de una montaña difícil. Se ahoga, se fatiga, mira hacia abajo; su corazón se rebela deseando la llanura y su cabeza sufre el vértigo; en fin, su pie mal asegurado resbala encima de una piedra que se desliza. Y el presuntuoso cae, malherido más abajo aún que los compañeros que se sentaron a mitad del camino. Tú debes saber quién eres, preguntarte lo que eres, y luego, sin preguntar a los demás si tienen la fuerza para ir más lejos o para detenerse más cerca, caminar con tus propias piernas, conociéndote a ti mismo.

Eubulo, al oír estas palabras, corrió hacia la ciudad, vendió su herencia y distribuyó el dinero entre los pobres. De todos modos conservó, además de un asno y dos canastos, diversas monedas que en conjunto valían un talento.

Desde entonces, cada vez que atravesaban una aldea, Eubulo entraba en las ventas y cargaba el asno con algunas provisiones. En los campos, los que tenían hambre se acercaban para agarrar pan en el canasto de la derecha, higos o aceitunas en el canasto de la izquierda. Mas el asno nunca llevaba

bebidas inútiles: a Psicodoro y a sus discípulos les agradaba beber en la cuenca de los manantiales o en la punta de esas cañas que los pastores hacen parecidas a una flauta y que lentamente deslizan la frescura deliciosa del agua, como otras cañas dejan caer, gota tras gota, el continuo y delgado hilo de su música.

Exciclo, que era avaro, desaprobaba en el fondo de su corazón lo que había hecho Eubulo. Creía que Psicodoro había aconsejado esas cosas y se decía a veces a sí mismo: «¡Cuán peligroso es ese anciano para los que creen en las palabras!...» Cuando hablaba delante de otros, no se atrevía a proclamar una censura directa, pero bromeaba burlón comparando a Eubulo con Crates de Tebas y a Psicodoro con Diógenes de Sinopo.

— Crates de Tebas, el jorobado rico, estaba loco: se privó de sus riquezas para obedecer a un hombre que ni siquiera podía desembarazarle de su joroba. No supo darse cuenta que Diógenes de Sinopo, pobre y envidioso, se parecía al perro de la fábula que, atado al pesebre, no podía comer el heno ni soportar que otros lo comieran. Pero el caballo, menos inapto que Crates, no oía los envidiosos ladridos.

Exciclo añadía:

— A mí me parece que se puede filosofar más barato.

— Tú, dijo Eubulo, te cargas con piedras inútiles con la esperanza de subir más ligeramente a las cúspides más altas.

Y Psicodoro, sonriendo al discípulo preferido:

— En alguna parte he leído esta parábola:

★

Hacia dos días que la tempestad sacudía furiosamente los costados del barco. Los pasajeros lloraban y gritaban. En medio de aquella confusión sólo el piloto se mantenía en calma.

Alrededor de este hombre como alrededor de un dios las voces se elevaban múltiples; los brazos se extendían como en las oraciones; las inquietudes y los enloquecimientos se agitaban. De modo que los brazos, las actitudes, los movimientos y las palabras, exclamaban:

— ¡Sálvanos! ¡Sálvanos!

El piloto les dijo:

— El barco está perdido. Y los que quieran salvar sus vidas que se preparen, como yo, al inevitable naufragio.

Se despojó de sus vestidos y todos, imitándolo, se desvistieron.

Luego, no lejos del acantilado rocoso y alto, una hábil maniobra lanzó al barco encima de un banco de arena, varándolo. Pero se hundió la proa, mientras que una brusca ola arrancó la popa, la cual huyó rápidamente entre las agitadas aguas.

Dijo el piloto que los que supieran nadar se lanzasen al agua y se esforzasen por llegar a la orilla. A los otros distribuyó tabloncillos y tablas para que se sostuvieran. A todos, indicó la desembocadura de un río próximo que, escondido entre los roquedales, era el único lugar posible para ponerse a salvo.

Fué el último en abandonar el barco. Nadó hacia los más débiles, los sostuvo y los encaminó hacia la orilla salvadora.

Cuando llegaron a ella, vió que varios pasajeros lloraban desnudos ateridos por el cierzo que soplabá, mirando con ojos apenados lo que quedaba del barco.

El cual no tardó mucho en sumergirse entre las rugientes aguas.

Entonces los que habían salvado su vida gracias a la habilidad y a la abnegación del piloto, comenzaron a injuriarlo porque, según ellos, le había hecho perder los abundantes bienes que llevaba el barco.

Más el piloto conocía desde hace tiempo la injusta locura de los hombres. Y como se hallaba agotado por el tremendo esfuerzo, pasó, sin decir una palabra, en medio de los que contra él gritaban y, abrigándose entre unas rocas guarecidas del viento, se dispuso al reposo y al sueño.

Selección W. MUÑOZ

(Próximo artículo: « Los efímeros »)

## A los frailes y a los curas



Vosotros vendéis el día de nacimiento.  
Vosotros vendéis al pecador la inútil indulgencia.  
Vosotros vendéis a los difuntos la misa funeraria.  
Vosotros vendéis a los amantes el derecho de casarse.

Vosotros vendéis oraciones, misas y comuniones.  
Vosotros vendéis rosarios, cruces y bendiciones.  
Nada es sagrado para vosotros, todo para vosotros es mercadería.

Y no se puede dar un paso en vuestra iglesia sin pagar para sentarse, sin pagar para rezar.

El altar es un mostrador.

En cada poblado hay una antorcha encendida: el maestro, y una boca que sopla para extinguirla: el fraile.

VICTOR HUGO

# EL CRONISTA por DENIS

**E**RASE, hace siglos, allá cuando la Edad Media agonizaba, el cronista de una reina. Hombre de la Corte, no cortesano. Abundaban los cortesanos, aunque no tanto como ahora, que no hay Cortes: cortesanos, los de ahora, de dictadores o del pueblo, más despreciables que todos. El cronista no era un cortesano. Tenía por misión escribir los hechos de la reina. Sólo escribía los que a su juicio merecían pasar a la Historia. Sin bajeza. Con pocas alabanzas, y las pocas alabanzas, no excesivas: medidas. Espejo en que hoy nadie se mira.

A veces la alabanza, medida, era seguida de una censura: respetuosa. No había, para el cronista, persona que mereciera más respeto que la reina. Sin faltar a este respeto, le advertía, en la crónica de sus hechos, cuando sus hechos no eran acertados. Discretamente, pero claramente. No se limitaba al papel de anotar cuanto veía: lo juzgaba. Con independencia y dignidad ejemplares.

Claro varón, como se dijo, en la vida y en las letras. Estaba la reina más alta que él. No era más alta que él. La miraba, porque todo, hasta entonces, había estado dispuesto así, desde más abajo. Pero, mirándola, desde más abajo, saltaba a su altura. Y más arriba. Y desde más arriba, como persona de experiencia a un niño, la aconsejaba. Era quién para dar el consejo. Y no titubeaba en darlo.

La reina, impetuosa, creyente en que había venido al mundo, enviada por Dios, para poner orden en él, se excedía. En ninguna ocasión dejó el cronista de indicarle qué caminos eran dignos, qué otros no. Rara vez, aun por los caminos indignos, perseguía la reina fines mezquinos. Difícil, difícil la tarea de cronista tan escrupuloso.

Desprendida, sin nada suyo ni para sí, la ambición de la reina, inmensa, sólo despertaba, hasta en los enemigos contra los cuales combatía, admiración. No le regateaba su admiración el cronista, sin alabanza, ya se ha dicho, que no fuera medida, pero sus ojos no se cerraban o lo censuraba. Que hacía constar, sereno, por encima de lo pasajero, en su crónica: modelo de historia. Ni el respeto ni la admiración le cegaban. Rendía culto, que el respeto y la admiración no empañaban, a la justicia. Sin duda no a la justicia que hoy alienta en los mejores pechos, ¡tan pocos! Emparentada con ésta, a través del tiempo, por alentar el buen pecho.

Era el cronista — no habría podido serlo de otro modo — un noble. Más noble por su ser que por sus títulos, que otros lucían con él, no nobles como él. No cuentan hoy sus títulos. Le salva del olvido su nobleza. En todo sobresaliente. En sus consejos a la reina, desbordante. Hay ac-

ciones que no están permitidas. No por ser la reina podía permitírselas. Hay gentes de quienes nadie debe rodearse. No podía la reina tener en torno suyo a esas gentes. El enemigo, aun el peor, tiene nuestra misma figura. Nos tratamos deshonrosamente tratándole deshonrosamente. La vida es un camino áspero: más áspero para el que tiene en ella una misión, más áspero cuanto más alta es la misión. Se ha de seguir hasta el fin, sin huir ninguna de sus dificultades, sin volver el rostro a ninguno de sus peligros: sin salvar esas dificultades, ni descartar esos peligros, con menoscabo de la dignidad.

Casóse la reina con un rey vecino, intrigante y de ambiciones parejas a las suyas; pero en él mezquinas. Hasta lo injusto lo había perseguido ella creyéndolo justo. Hasta lo justo iba él por caminos de injusticia. Lo que en ella era ímpetu, era en él cálculo frío. Había dado ella muchos pasos sin saber a dónde la llevarían. No daba él uno sin trazar de antemano su destino. Le espantaba a ella el mal que traían como consecuencia sus actos. Contaba él con el mal, sin espanto, para realizarlos.

Todos los hombrecillos que no habían encontrado cobijo a la sombra de la reina, lo buscaron y lo encontraron a la sombra del rey. Hubo, en la Corte, dos Cortes. Apenas, en la de la reina, se habían desatado las pasiones. No cultivaba ella las rivalidades. Usaba de los hombres para sus designios, sin halagarles y sin dejarse halagar. Lanzada a poner orden en el mundo, que con sorpresa suya era a veces desorden, y entonces advertía cuán preciosos eran los consejos de su cronista, no tenía tiempo que dedicar a las miserias de los que buscaban acomodo en su protección. Con la llegada del rey, todo cambió. Se abrieron paso cosas antes no vistas. De no se sabía dónde saltaba un ombre a ocupar puesto destacado, de puesto destacado pasaba otro al olvido. Había de tener el rey, andando el tiempo, numerosos imitadores. En Cortes sin rey. En Cortes con tropel innumerable de cortesanos, no superiores a los que a él le rodeaban: inferiores. Con la alabanza siempre en la boca. Curvados, curvados como nunca estuvieron curvados. A mil grados, por debajo, en la bajeza.

El cronista continuó cumpliendo su misión como si nada hubiera cambiado en la Corte. Dió cuenta, sí, del casamiento de la reina. Era un ceso. Y sus censuras, para los actos de la reina, que ya no eran actos de la reina sola, menudearon más. Del rey, ni una palabra salía de su pluma. Como si no existiera. No existía, para él. Era para él, un advenedizo.

De las dos Cortes en que se dividió la Corte, quedó el cronista en la antigua. No por culto de la tradición: por decencia. Trajo el rey nuevas cos-



tumbres. Malas costumbres, a su juicio, siempre certero. No se estaba ya, con él, frente al enemigo, por encima del enemigo. Se estaba en su mismo terreno. La reina solía equivocarse, las más de las veces se equivocaba, pero con generosidad. Quería que el enemigo fuera mejor. Iba a combatirlo para que fuera mejor. Iba a conquistarle posiciones para que los habitantes de éstas se salvaran del modo que ella creía la única salvación. No dictaban al rey, su política, tales razones. Quería engrandecer su reino, sin más; quería conquistar posiciones para que estuvieran en sus manos, no en otras. Podía no equivocarse, en sus cálculos: toda su política era equivocada. Cualquiera otro rey podía desear conquistarle a él posiciones. Era un rey como cualquier otro. No su rey. Todos los actos son inmorales. No salva de su inmoralidad, a algunos, sino la intención moral. Sin ésta, no porque los perpetre son mejores que si los perpetra mi vecino. La intención moral puede ser errónea: errónea era, no pocas veces, la de la reina. Los salvaba la intención moral, aun errónea, de su inmoralidad. Los del rey, sin esa intención, eran absolutamente inmorales. Aunque engrandecieran el reino.

No existían, por tanto, para el cronista, como el rey mismo no existía, los actos del rey. No manchaban, con su inmoralidad, la limpidez de su crónica. Daba cuenta de ellos, sucesos que estaban allí, pero como de acontecimientos fortuitos, de que los hombres eran juguetes. Y si en esos actos la reina había representado un papel, seguía, al papel por la reina representado, la advertencia atinada, el juicio digno, la censura disimulada. Claro varón de clara conciencia, por nada enturbiada.

Molestó al rey no figurar en la crónica del rei-

no, salvo el día de su casamiento. Habían recibido, él y la reina, por ejemplo, al embajador de Inglaterra. El cronista escribía: «La reina ha recibido al embajador de Inglaterra». Habían ido, él y la reina, a visitar una provincia. El cronista escribía: «La reina ha ido a visitar tal provincia». Y así siempre, y así constantemente. Era demasiado. Pero el rey, tan hábil para tratar a los cortesanos, para hacer de ellos, de la noche a la mañana, hombres distintos de como eran, de como parecían ser, no sabía cómo abordar al cronista, ante el cual, las pocas veces que con él se había cruzado, casi había sentido que sus rodillas se doblaban, en signo de respeto, él a quien todos, para él, debían respetar. Altivo, sin altivez, el cronista estaba, sin colocarse él, en alto. Se sentía, viéndole, estar en presencia de un hombre. Rara, la presencia de un hombre, en todo tiempo. No menos rara hoy que ayer. Tal vez más rara.

Le abordó, por fin, de súbito, y como de paso, como para huir, delante de la reina.

— No es la reina — le dijo — quien recibe a los embajadores, quien va de visita a las provincias, quien hace esto o lo otro. Reciben a los embajadores, van a las provincias, hacen esto o lo otro, los reyes. No lo olvides.

Estuvo el cronista, después de esa escena, varios días enfermo. De otro que el rey, del rey mismo no delante de la reina, habría rechazado la lección. Le sobraban razones para rechazarla.

Volvió a su tarea, aunque no del todo restablecido, para consignar suceso esperado y deseado: había dado a luz la reina.

Se inclinó sobre su crónica, sonrió, al coger la pluma, noble pluma que jamás había escrito una lisonja, y escribió con su letra más bien perfilada:

«Ayer parieron Sus Majestades».

## Voces de España

«Los obreros, incluso los no cristianos, todos hemos cargado con nuestra cruz. Pero estamos cansados de que en nombre del cristianismo se nos haga cargar también con la cruz de los que se llaman cristianos. «El que crea en mí, distribuya sus riquezas, tome su cruz y sígame» — dijo Jesucristo —. Los obreros ya lo hemos hecho».

I. G.



# MICROCULTURA

892. — La historia, en sus albores, dos mil años antes del hipotético Cristo, ha podido registrar solamente unas 120 generaciones de seres humanos.
893. — Colón descubrió la isla de Concepción de las Lucayas el 5 de octubre de 1492.
894. — El « sepol » es una especie de tomillo de tallos rastreros.
895. — El cultivo chino de ostras se remonta a unos cien mil años atrás.
896. — La Cortina de Hierro (o Telón de Acero) es un término original de Churchill, quien por primera vez lo pronunció en un discurso (1946) que tuvo lugar en Fulton, Misuri, EE. UU.
897. — Las glándulas suprarrenales son importantes en la acomodación del organismo a las tensiones.
898. — Un sicario, es un asesino asalariado.
899. — Cantidades pequeñas de aminoácido lisina, agregadas a las dietas diarias de las personas de edad convecientes, mejoran significativamente el ritmo con que los tejidos agotados vuelven a la normalidad.
900. — El 9 de enero de 1896 fueron usados por primera vez los rayos X.
901. — El término medio de vida en Asia es de 30 a 40 años.
902. — El cocotero es una planta misteriosa, de origen desconocido, porque desde los tiempos más lejanos aparece en todas las costas tropicales del mundo.
903. — En suelos compactos disminuye la disponibilidad de nitrógeno para la vida vegetal.
904. — La « sinovectomía » es la extirpación de una parte de la glándula sinovial.
905. — La investigación mostró que el ruido promueve la fatiga, la tensión nerviosa, disminuye los reflejos y retarda la habilidad de pensar.
906. — La sobreceja es la parte de la frente inmediata a las cejas.
907. — Existen evidencias clínicas de que la terapia de vitaminas en los primeros tres meses de embarazo puede prevenir el labio leporino y el paladar hendido en niños cuyas madres ya han dado a luz otro niño con un defecto similar.
908. — La ciudad más grande del mundo griego fue Siracusa, en la isla de Sicilia.
909. — Fotografías tomadas con microscopios muestran que las células del corazón son como diminutos atardeones.
910. — El sincretismo es el sistema filosófico que trata de conciliar doctrinas diferentes.
911. — La electroiluminiscencia es un método por el cual se puede hacer producir luz a placas de vidrio, metal o plástico, revestidas especialmente.
912. — El sibaritismo es un género de vida regalada y sensual.
913. — Los niños miopes han sido ayudados por una dieta especial, bien equilibrada, rica en proteína de alta calidad.
914. — El erbal es un árbol de la familia de las rosáceas.
915. — El poema sinfónico « La Moldava » fue compuesto por Federico Smetana, compositor y pianista checo.
916. — Un nuevo instrumento permite realizar análisis completos de muestras de aminoácidos en 24 horas, o menos.
917. — Se entiende por « sequeroso » falta de jugo o de humedad.
918. — Un azagador es una vereda o paso para el ganado.
919. — El cocotero es una de las plantas llamadas « halófilas » del griego « halos »: sal y « phyton »: planta), pues prefiere los terrenos salinos.
920. — El terrible explosivo que es la nitroglicerina nos está diciendo lo que es: una combinación de ácido nítrico y de glicerina.
921. — Una « silera » es una casa pública destinada para la compra y venta del trigo.
922. — Al campo lleno de terrones se le llama « terregoso ».
923. — La hermosa ópera «El Tríptico» fue compuesta por Giacomo Puccini, compositor italiano.
924. — El « uruti » es cierto pajarillo argentino de varios colores.
925. — El primer pirómetro fue construido por Pedro de Musechembroek, físico holandés, en 1750.
926. — El « vanadismo » es la intoxicación crónica de los obreros que manipulan vanadio.
927. — El 17 de febrero de 1836 nació el célebre poeta Gustavo Adolfo Bécquer.
928. — El « yaquil » es un arbusto chileno de la familia de las ramíneas.
929. — Se entiende por « zaborar » tropezar, varar y encallar el barco en tierra.
930. — Un « sustentáculo » es el apoyo o sostén de una cosa.
931. — En los meses calurosos de verano aumentan las posibilidades de intoxicación por los alimentos.
932. — El 7 de septiembre de 1822 se proclamó la independencia colonial del Brasil (Grito de Ipiranga).
933. — en 1878 murió Victor Manuel II, primer rey de Italia; su sucesor, Humberto I, fue asesinado por el regicida Bresci en 1901.
934. — El 9 de enero de 1881 nace en Florencia Giovanni Papini, autor de numerosos libros, la mayoría de los cuales han sido traducidos a varios idiomas.
935. — El físico alemán Guillermo C. von Roetgen denominó a su invento « Rayos X », porque desconocía la naturaleza de sus emanaciones.
936. — La « endécada » es un periodo de once años.
937. — Se entiende por « feral » a lo que es cruel y sangriento.
938. — Los huevos son ricos en ácido linoleico, ácido graso esencial.

## POETAS DE AYER Y DE HOY

---

### *Nostalgia de Málaga*

Cómo te sueño, población marina,  
carnada fina en engañoso anzuelo;  
nácares de tu orilla y de tu cielo,  
cobalto que me inunda la retina.

Cómo te sueño, luz de mediodía,  
estallando en las flores del pencil,  
que en tu recacha el ánimo fatal  
muda la piel de su melancolía.

Ay, Paraíso de mi pensamiento...  
Allí la comba de la nube toma  
la gracia del perfil de la paloma,  
y el pecho de la vela a popa el viento...

En los labios las mieles de la higuera  
el recital del agua en el oído,  
el aroma del nardo en el sentido,  
y en el acto tu piel de primavera.

Barrio untado de pasos extranjeros,  
de emoriagueces a punta de cuchillos,  
de granujas que muerden los bolsillos,  
y de breves amores esquineros.

De mi cuerpo en prisión el alma empujo,  
redonda como luna de pandero,  
por la pendiente audaz del limonero  
de los pechos gitanos de tu embrujo...

Con mis canciones tu canción concuerdas  
sobre un lirio puente de guitarra;  
dulce nostalgia del amor que amarra  
las fibras de mis nervios a tus cuerdas.

Quien de gozo te llevara inmortal,  
como el beso de Venus en la boca;  
fina aventura de una noche loca  
perdido en el enredo de tu chal.

Me muero de tu engaño, y de no verte,  
y llevo con placer tu mordedura.  
Lo mejor de mi vida de esta impura  
manera de sentirte y de quererte.

No he de volver a desgustar tus mieles,  
no he de palpar el ritmo de tu pulso,  
no he de vivir por la pasión convulso  
unas horas de amor en tus vergeles.  
Y si por un azar me fuera dado  
vivir a mi placer un solo día,  
por morir de tu mal, te escogería,  
maravillosa tierra de pecado.



# Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es el guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

## INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

### OBRAS EN ESPAÑOL

«Justicia», L. Reymont, 3.— NF. — «Manual del aspirante cinematográfico», 1,50. — «El Mar», Michelet, 3,50. — «La música en España», A. Salazar, 15.— — «Muelle de las brumas», Mac Orlan, 5.— — «Manual del fabricante de bolas de sebo», 2.— — «Manual de Lechería», 2.— — «Adelgace con inteligencia», Hauser, 5,50. — «Cuadro hemático del cáncer», Gruner, 4.— — «Fundamentos de la caracterología», L. Klages, 9,50. — «Cómo curé mi tuberculosis», Hevia, 1,50. — «El autoanálisis», K. Horney, 7,80. — «Vida del diabético», Cañadeil, 5,60. — «Úlcera gástrica», 2,25. — «Colitis», 2,25. — «Alergia alimenticia», 2,25. — «Corazón», 2,25. — «Tuberculosis», Vander, -5.— — «La historia tiene la palabra», Teresa León, 1,50. — «Pablo Iglesias», Isaac Pacheco, 1,50. — «Frente al mañana», S. Albornoz, 1,50. — «José Mazzini», B. King, 5,25. — «Los mejores cuentos», 3,75. — «Memorias de la duquesa de Abrantes», 1,50. — «Mercurial eclesiástica Montalvo», 2,50. — «Madres famosas», Cananler, 5.— — «Murillo», P. Gargol, 2,50. — «Elementos de Psicología», Titchener, 3.— — «Emen Hetan», R. J. Sender, 4.— — «La familia Cardinal», L. Halévy, 2,10. — «Los falsos redentores», G. Piovene, 8.— — «Desde el fondo de la tierra», L. Castro, 9,50. — «La amargura de la Patagonia», R. Dario, 7,50. — «Felicidad», K. Mansfield, 1,20. — «La gente alegre», J. Ohnet, 2,50. — «El humanisferio», J. Dejacque, 1,50. — «Historia de San Michele», Axel Munthe, 7.— — «Historia de la literatura rusa», Walissewski, 7,50. — «El intelecto helénico», P. Gener, 4,50. — «Italia fuera de combate», I. Herreñiz, 2.— — «Ideario de Quevedo», Astrana Marin, 6,50. — «Obras escogidas de Heine», 8,50. — Poemas de Plácido, 3,80. — «Pensamiento vivo de Nietzsche», H. Mann, 6,50. — «Imitación de Cristo», Kempis, 7,50. — «Plumero salvaje», Samblancat, 3.— — «Puerto cñolo», M. Puga, 3,50. — «Realización del hombre», Stieben, 0,75. — «Perspectivas culturales en Sudamérica», E. Kelgis, 3.— — «Del presente y del futuro», P. Gener, 3.— — «Pensamiento vivo de Schopenhauer», T. Mann, 4,20. — «Problemas sociales de derecho penal», P. Fols, 5,50. — «Pasión de Justicia», I. Pavon, 2,60. — «Profeta del hombre», Cordero, 4,50. — «La novela de Roger de Flor», 3,60. — «Reivindicación de la libertad», Ernestan, 1,50. — «Rojo y negro», Stendhal, 3,75. — «La reina Margarita», Dumas (2 tomos), 5.— — «Reconstrucción de Europa», P. Benoit, 3,40. — «Sorolla», Pantorba, 2,50. — «Versos de Rafael de León», 9.— — «Don Segundo Sombra», Guiraldes, 3.— — «Sombras del mal», D. Macardle, 3,50. — «Epistolario amoroso», 5.— — «Titanes de la oratoria», 5.— — «Sehilia», Turgueniev, 1,50. — «Sinfonía de los siglos», Figola, 1,50. — «Teatro de Jacinto Benavente», 3,50. — «El tema de nuestro tiempo», Gasset, 3,75. — «Tolledo», F. del Valle, 1.—

### LIBROS EN FRANCES

«La bible d'un anarchiste», R. Wagner, 2,50. — «Satan et l'amour», R. Gagey, 7,50. — «Superstitions politiques», H. Dagan, 4,40. — «Hommage a Georges Bejhoud», H. Day, 1,80. — «Servitude volontaire», E. de la Boetie, 3,30. — «L'inevitable revolution», un Proscrit, 3,20. — «Prêtres et moines», G. Dubois, 5.— — «Le cooperatisme», 3.— — «Anthologie de l'objection de conscience», H. Day, 3,30. — «La flagellation et les perversions sexuelles», Lorulot, 6,50. — «L'Emancipation sexuelle de la femme», M. Pelletier, 1,ñ. — «Tino Costa», Arbo, 7,20. — «Qua aux fleurs», Salvy, 1,90. — «Science et materialisme», Letorneau, 2.— — «Socialisme révolutionnaire», 1,80. — «Les mystères des couvents de Naples», Princesse Forino, 4.— — «Catecnisme positivste», A. Comte, 2.— — «Faust», Goethe, 2,50. — «La cité future», Tarbourdeau, 4.— — «Gargantua et Pantagruel», Rabelais, 4.— — «Pour assurer la paix», P. Besnard, 2.— — «Superstitions politiques», H. Dagan, 4,40. — «Mandatell Lassu», L. Galleani, 2.— — «Recherches sur les forces inconnues», Barbedette, 1.— — «Les bandits tragiques», V. Meric, 2,90. — «Dalnés de la guerre», Monolin, 2.— — «Un drame politique», M. Dommanget, 2,40. — «Armoires frigorifiques», Degoix, 5,80. — «La ceramique», Giacomotti (2 tomes), 3,80. — «Jours d'Exil», Courderoy (3 tomes), 9.— — «Cours d'économie politique», Gide, 6.— — «Errico Malatesta», Fedeli, 2,20. — «L'Incubation artificielle», Paulau, 3,10. — «Traité du paysage», Floury, 1.— — «Sociologie générale», Dupreel, 6,70. — «Zola», A. Zevaes, 2,50. — «L'Heredité Psychologique», Ribot, 2.— — «L'Amour heureux», Dubal, 0,80. — «La physiologie morale», Hill, 1.— — «L'Hipnotisme à distance», Jagot, 2.— — «La grande metamorphose», Gille, 1,50. — «Les grandes Jorasses», Frenedo, 2.— — «Chauffage Central», Bouroier, 5,40. — «Bahia de tous les Saints», Amado, 3,40. — «Les camps d'internement en Grece», 4,50. — «Histoire de la Coopération en France», Gaudmont (2 tomes), 15.— — «La révolution inconnue», Voline, 3,50. — «La Révolution sociale», 2,50. — «Contes d'un rebelle», Delvadés, 1.— — «L'Amour libre», C. Albert, 3,50. — «L'Etat de siège», Camus, 5,50. — «William Gorwin, philosophe de la liberté», 1,80. — «Histoire des Temps modernes» (3 tomos encuadernados), 6,75. — «Pour vaincre», B. de Ligt, 1,50. — «Vie de Franklin», Mignet, 1,50. — «Histoire de Charles V», Robertson (2 tomos encuadernados), 5,50. — «Essai sur l'imagination créatrice», Ribot, 1,50. — «La coutume ouvrière», M. Leroy (dos tomes), 5.— — «L'Evolution des idées générales», Ribot, 1,50. — «La vie amoureuse de Casanova», 6,50. — «Serenades sans guitare», Villeboeuf, 7,50. — «Juan de Mairena», Machado, 6,90. — «Les caracteres», La Bruyère, 5,60. — «Mauvaise graine», M. Azuela, 2,50. — «Anglais, Français, Espagnols», S. de Mada-riaga, 5,20. — «Le sang plus vite», V. Garcia, 3,75

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a F. Olaya. — Servicio de Librería del Movimiento. — 4, rue de Belfort - TOULOUSE (Haute-Garonne)  
GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hébdqmadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)



# CENIT

— sociología —  
ciencia — literatura



Plácido Bravo: Saber comprender. — Floreal Ocaña: El indeterminismo y el ser. — Victor Alba: Regreso a la fuente. — Delta Luz: Alegría de la naturaleza. — Benito Milla: La guerra de España pasa a la Historia. — A. Rosell: Civilización y Barbarie. — Denis: El burgués. — Costa Iscar: Ciencias y mitos. — Puyol: Narcisa. — Miguel Jiménez Igualada: El soberano y los educadores. — Selección de W. Muñoz: El manantial. — Suno: Microcultura. — Campio Carpio: Poesía del destierro (folleton encuadernable)

4'P 5523

# 129

SEPTIEMBRE · 1961

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF





# Nuestra portada

He aquí una visión de Oradour-sur-Glane, pueblo mártir, destruido, un día trágico del mes de agosto de 1944, por las fuerzas alemanas en su retirada. Los hombres que destruyeron Oradour, con sus 1.500 habitantes y algunos que no habitaban allí, pero que allí se encontraban, eran los que constituían la terrible División «Das Reich». Personas que pudieron verles, a su paso antes o después del crimen cometido contra aquella infortunada población indefensa, afirman que esa división estaba constituida, en su mayor parte, por jovencuelos de 18 a 20 años. La famosa juventud hitleriana que constituyó las fuerzas de élite del tercer Reich alemán y que el nazismo educó, esto es castró, amputó, mutiló moralmente.

Los Congresistas del II Congreso Intercontinental de Federaciones Locales de la C.N.T. de España en el Exilio, al rendir homenaje a las víctimas de Oradour —entre las que había un buen puñado de españoles refugiados— testimoniaron, una vez más, su repudio vehemente de la ideología bárbara que el nazi-fascismo intentó imponer al mundo.

Al inclinarse sobre lo que queda de las infortunadas víctimas de la barbarie nazi, con ello quisieron expresar su repudio de todo cuanto significa empresa y voluntad reaccionaria, su afirmación constante de lucha y de oposición a los intereses monstruosos, que permitieron, ampararon, imbuieron al mundo crímenes semejantes.

Los muertos de Oradour son los muertos de Guernica, de la plaza de toros de Badajoz, de Alcalá de Guadaíra, de Espejo, de tantos y tantos pueblos españoles sacrificados por la misma bestia.

Hombres, mujeres, ancianos, niños, inmolados sin misericordia. Que la maldición de la historia persiga eternamente a los verdugos, sus jefes, sus teóricos y los que, para defender sus privilegios, prepararon las masacres pasadas y preparan las futuras.

**CNT**

## REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

*Redacción:*

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

*Colaboradores:*

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbrì, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lambert, A. Prudhommeaux

*Precios de suscripción.* — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros : « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,  
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)



# CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XI

Toulouse, Septiembre 1961

Nº 129



## SABER COMPRENDER

**D**OS verbos que se complementan; recíprocos. Dos acciones vinculadas, que se conjugan, se apoyan, mas no sinónimas.

Dos tiempos de un mismo proceso, que se alternan sin alterarse, que se funden sin confundirse. Pues que si falaz es aquella sabiduría que no entraña comprensión, triste es la ignorancia que no comprende todo el valor intrínseco del saber.

¿Perogulladas esto?

¿Disquisiciones aquello?

Puede que sean divagaciones de un cerebro amigo de la paradoja. No lo niego.

En todo caso —y esto lo afirmo— se me antoja principio transcendental de la humana psicología. Y de fundamento primordial de toda nuestra ética. Más aún: Alfa y Omega de la ciencia del hombre.

★

En el oscuro lecho de nuestro subconsciente hay, en revoltijo, ideas en letargo, pero que mandan. Frutos misteriosos de la psiquis donde se esconden y disimulan ignotos sentimientos, pero que ordenan. Profundidades oceánicas del espíritu donde pululan sensibles corpúsculos, de los que nada sabemos, pero que prescriben, esto, eso y aquello. Y a los que el hombre, sin verles, oírles ni comprenderles, obedece ciego y sordo cual demente. Mandamientos enigmáticos de los que somos juguetes.

Repliegues del alma humana; difusos, recónditos, profundos, lejanos, como el astro más remoto perdido en las alturas siderales; y que sólo mediante la lentejuela intelectual-psicológica llegamos a descubrir sus arcanas facetas poliformas, y a captar sus destellos irisados; situarlo en el firmamento científico, y conocer sus móviles y movimientos complejos; capaces de por sí, tanto para engendrar los más profundos genios como para hacer abortar los más agudos ingenios.

Fuentes manando gotas microscópicas: de bálsamo y ponzoña, antisépticas e infecciosas. Gotas infinitas e infinitesimales, capaces de gangrenar el cuerpo, de cabo a rabo, del más sano, y asi-

mismo enturbiar la límpida trayectoria moral del hombre más honesto y probo. Y viceversa, gotas capaces de vencer las dolencias más reacias, y redimir al hombre en sus acciones más perversas o procaces.

Surcar, explorar, llegar al corazón de esta selva amazónica de la psiquis humana; es esta la tarea primera, la proeza inmediata que se reclama. Es en estas covachas donde hay que cazar las fieras del odio y del rencor; en sus escondrijos, los reptiles de la envidia y de los celos; en sus nidos, las aves de presa de la avaricia y la usura; en sus cenagosos lagos, los insectos propagadores de fiebres negras o amarillas; pasiones que enajenan el juicio y quiebran la voluntad.

★

Para el hombre, conocer la naturaleza humana es una prioridad que se impone. ¿Acaso sus desventuras no le vienen del olvido de sí mismo? Como dice el refrán galo: «Mala faena colocar delante de los bueyes el arado». O cual lo confirma el hispano: «Pésima labor dar comienzo al edificio por el tejado».

Hay que reflexionar, replegarse en sí mismo, pero sin ensimismarse.

Contemplarse, pero sin pasmarse. Escucharse, pero sin dormirse. Pensar, mas sin creerse. Profundizar, aunque evitando el abismo.

Y conste que yo nada he dicho nuevo. Un oráculo, ha milenios que lo dijo: «Conócete a ti mismo». De esta máxima mis deducciones mínimas.

Cuando jovenzuelo dicen que oraba, citaba y recitaba cual singular portentoso. Sabía muchas cosas. Y solamente cuando llegué a comprender que nada valía lo que sabía, es cuando en realidad supe algo.

Entre otras cosas. Jamás supe explicarme lo que era la Libertad, en tanto no pude comprender los límites que, el respeto de los demás, me asignaba.

Lo positivo de toda ciencia reside en la conciencia de quienes la emplean.

No digo más.

Plácido BRAVO

# Decíamos ayer **El indeterminismo y el Ser**

## II (Continuación)

Desde hace años dudábamos de la validez «absoluta» de los clásicos conceptos sobre el **determinismo**, la **causalidad**, el espacio y el tiempo, dudas que también las había formulado, hasta cierto grado, la física teórica. No tenía que extrañar, pues, que no admitiéramos, en su totalidad, la concepción **determinista**, **conductista** o **mecanicista** para todos los fenómenos y procesos psicológicos en el ser humano.

El mismo Rafael Barret, hablando sobre lo viejo y lo nuevo, en un momento de exaltada e irreprimible rebeldía que se manifiesta en todo pensador que no puede silenciar lo que **siente** y **piensa** aunque choque con las costumbres y las ideas científicas y filosóficas de su época, tenidas por verdades exactísimas, dijo: «Me rebelo contra el mezquino **determinismo** que obliga al Universo a repetirse eternamente idéntico bajo sus más caras sucesivas».

El «espíritu» rebelde de Barret es el que alienta en nosotros, el que **sentimos**, el que nos hizo y nos hace ser defensores del **voluntarismo** sin que en la adopción de nuestra actitud mental intervengan factores ni elementos psicológicos que consideramos **negativos**: antipatías u odio hacia nuestros oponentes religiosos, políticos o filosóficos. Al contrario, a todos les agradecemos, en cierto modo, que nos hayan hecho dudar, pensar, estudiar y revisar nuestras propias ideas y las suyas, una y otra vez, a la luz de los nuevos conocimientos.

Con nuevas fuerzas que forman nuevas energías psicológicas voluntarias **positivas**, la **voluntad** nos «sacude» y nos hace salir de un largo silencio hasta cierto punto voluntario también, pero con contenido psicológico **negativo**. Después de brevisima deliberación, con plena **conciencia de libertad**, la **voluntad**, ligada siempre a la primera, impide que nos dominen los impulsos de otros motivos: doblega, vence a viejos **móviles** o tendencias y a viejas ideas que trataban de mantener su influencia y desviarnos de la meta que nos proponemos alcanzar.

Es la **voluntad**, sí, la **voluntad**, la que decide dar prioridad a las nuevas acciones que intentamos desarrollar de acuerdo con nuestras posibilidades psíquicas y mentales. En este acto de libre elección de **móviles** o motivos «registramos» la acción y la **voluntad**, una prueba más de su existencia. Nos traza el camino a seguir y nos decide, también, por la efectiva ejecución de nuestra particular forma de pensar y sentir en este instante dramático que vive el mundo social: por nuevos objetivos que, por serlo, no pueden ser fruto de «reflejos condicionados», de los que ya hablaremos aparte.

El nuevo pensamiento no se produjo por arte de birlibirloque. Como salta la chispa al chocar, fuertemente, con el pedernal, así nos pareció brotó la intuición al producirse el choque de nuestra psiquis con los nuevos descubrimientos realizados en los campos de la Química, de la Astronomía y de la Física, en particular. Al «hablarnos» de los procesos «simples y complejos» de la Vida Universal, todos han coincidido dando validez al factor **indeterminación**, y nos han producido las **sensaciones** y las **emociones** que necesitábamos para actuar. De estos factores tan esenciales en la Dinámica psíquica poco nos hablan los defensores del **conductismo** y del **determinismo**.

Hasta hoy, de acuerdo con la doctrina **determinista** se consideraba ley fundamental de la naturaleza que todo efecto tiene su causa y, por consecuencia, en el terreno de la Psicología los actos humanos considerábanse, simplemente, producto del encadenamiento de causas y efectos, reconociéndose la influencia irresistible (?) de los motivos de los que ya hablamos más arriba. Así opinan, con el derecho que no les discutimos, los **deterministas mecanicistas** que llamamos **estáticos**. Tampoco pueden negarnos el derecho a decir, con todo el respeto que nos merece el pensar ajeno sincero, que eso son, a nuestro entender, aunque se resistan a admitirlo: **estáticos**, en toda la acepción de la palabra, dada la rigidez del **mecanicismo** e interpretando el **determinismo** en el sentido más hondo, con extremo rigor científico.

De todas las maneras no dejaremos de exponer lo esencial de los valores cualitativos y cuantitativos del **determinismo** para compararlos, seguida y claramente, con los que defendemos en este modesto ensayo. Entre todas las objeciones que pueden hacernos los **deterministas-mecanicistas**, una puede resumir todas. Vamos a exponerla en su nombre para demostrarles cuánto hemos reflexionado al respecto: «que el principio de **indeterminación** por sí mismo origen y **significación** no puede dar como resultado un principio físico.» Este y todos los argumentos que pueden presentar son ahora insostenibles porque, precisamente, partiendo del **indeterminismo** se ha desembocado a una ley física universal. ¡Lo considerado imposible por los deterministas!

Aunque ya hemos hablado varias veces de ella vamos a hacerlo, en este momento, una vez más, con mayor precisión. En efecto, el sabio Werner Heisenberg hizo público, recientemente, en pocas líneas, que con la colaboración de otros miembros del Instituto Científico «Max Planck» ha elaborado la fórmula que explica todas las leyes físicas que gobiernan el Universo. Manifiesta que es básica para todos los aspectos de la naturaleza. «De acuerdo con la fórmula — dice Heisenberg — en la naturaleza no hay **determinismo**, ni

**continuidad, ni causalidad.**» Es decir, lo contrario de lo que el **determinismo** ha estado defendiendo, hasta nuestros días, como ley fundamental de la naturaleza. Y Heisenberg ha descubierto la fórmula no filosofando, ni tergiversando, ni deformando ideas ajenas, sino tratando de resolver los problemas de la física atómica recurriendo al microscopio, a la física y a las altas matemáticas, en el terreno, en fin, de la ciencia experimental.

«La fórmula descubierta — expresa Heisenberg — es básicamente sencilla y matemáticamente preciosa, pero por ser demasiado complicada para el profano no será hecha pública.» Desconocemos la fórmula que no publicarán; pero el valor extraordinario de la misma que puede explicarnos todos los fenómenos físicos, desde el átomo y sus partes al Universo, los profanos lo comprendemos al compararla con la teoría de la relatividad de Einstein que se limita a explicar sólo un caso particular. Además hoy todos los científicos están comprobando que el principio de **indeterminación** no puede ser eludido en ningún estudio serio que se haga en el campo de la Física.

La cuestión importante es que con el simple impacto de unas ecuaciones se derriba la vieja teoría **determinista**, pese al prestigio de sus años y a la autoridad que tenía en las corrientes científicas y filosóficas modernas. Casi obvia resulta la conclusión: que la Física y las Matemáticas dejan a las doctrinas **deterministas**, teológicas y ateas, sin las bases que les servían de apoyo. Traten de sostenerlas, si les place, religiosos y metafísicos, por razones obvias, y los **deterministas** rezagados en el camino científico por el que avanza, sin cesar, la Evolución Progresiva. Pero a unos y a otros les decimos que obrarán como los individuos humanos que al desplomarse un edificio sin cimientos o por haber tenido bases con pocos y malos materiales pretenden volver a construirlo del mismo modo utilizando los viejos y gastados componentes: se derrumbará más pronto y más estrepitosamente en razón de su menor solidez. Es un principio teórico y experimental aplicable a toda actividad humana constructiva de valor real transitorio o permanente, relativamente hablando: contar con los elementos y materiales adecuados para la menor o mayor estabilidad y durabilidad de la obra técnica, ideológica o científica.

Si «en la naturaleza no hay **determinismo, ni continuidad, ni causalidad**» tanto los **deterministas-mecanicistas** como los religiosos se quedan sin los elementos esenciales que servíanles para iniciar y sostener polémicas pro o contra el libre albedrío. La vieja controversia sobre este punto gastado ya no tiene, al parecer, razón de ser. Sin embargo los **deterministas** opuestos continúen polemizando, si tal es su gusto, pero nosotros, con más razón que ayer permanecemos «frente a todos los **determinismos** anquilosadores habidos y por haber». A sus defensores respectivos les preguntamos: ¿Quién puede explicar la causa, la razón o la necesidad de la existencia del Cosmos? Ni los teólogos y filósofos religiosos, ni los más

brillantes teóricos del **determinismo** clásico sabrían cómo empezar a explicarnos la causa, la razón o la necesidad de que exista la materia cósmica. Y si no existe ¿cómo pueden atreverse a sostener una ley universal de **causalidad** y de **continuidad** de lo que no ha tenido principio?

Proponemos, pues, romper, decididamente, con tradiciones **deterministas** de toda clase y color y establecer nuevas bases de investigación y de estudio que nos permiten penetrar, más hondamente, en el maravilloso mundo de las atracciones y las repulsiones de los materiales cósmicos y en las diversas psicologías humanas que integran el Universo Social. Esto último es lo que más nos importa y nos lleva a hacer la siguiente proposición: que al hablar del comportamiento del hombre y de la Sociedad nos refiramos a lo que beneficia o no a la vida psíquica individual y colectiva; que nos abstengamos de plantear discusiones sobre el libre albedrío, porque respecto al individuo humano y a sus relaciones con el medio social y cosmológico, a sus inter-relaciones e interacciones, a todas las influencias endógenas y exógenas que intervienen en sus dinámismos psíquicos sólo **necesitamos tener en cuenta conceptos psicológicos o no psicológicos**; que toda discusión sobre las conductas de los hombres se sitúe, pues, dentro de los límites de la Psicología, en su área propia, natural, estrictamente científica.

No somos científicos y, por lo tanto, no pretendemos hacer ciencia. Pero sí podemos atrevernos, a afirmar que en el terreno científico, de la verdad, de la verdad comprobable, no puede sostenerse la concepción teológica, religiosa o política — sumisión del hombre: a los representantes de Dios o del Estado —, estrecha, caprichosa, absurdamente limitada de la Libertad. En la materia cósmica todo es ser. La filosofía religiosa es negativa, porque se inspira en la «muerte», en el no ser, que es lo inconcebible, biológicamente hablando: en lo que nace — del mismo Cosmos — gracias a un autor o «creador» y dejará de ser por el hecho de haber nacido. Nuestra filosofía libertaria se basa, precisamente, en esa libertad de ser irreprimible, soberana, de todos los materiales cósmicos. Y es superior a éstos en el sentido que hace que los individuos humanos adquieran **conciencia de libertad**.

En ninguna otra manifestación de la Vida cabe mejor, más cabalmente, el concepto afirmativo de **ser o no ser realidad psicológica positiva** — véase que abandonamos la idea de libre albedrío — buena para todos los hombres, como expresión de bien — el mal es lo opuesto a la Libertad — para la totalidad o la inmensa mayoría de nuestros semejantes normales: la Libertad ha de ser integral, gozada por el hombre en todos sus aspectos biológicos y psicológicos, reconociendo a sus congéneres el mismo derecho a disfrutarla en el más justo equilibrio de derechos y deberes sociales, sin privilegios antinaturales, sin tener que someterse a la **voluntad** «divina», estatal o política.

México, junio 1961.

FLOREAL OCANA



# Regreso a la fuente

**V**ICTOR ALBA salió de España en 1945. Aunque estuvo desde 1939 la mayor parte del tiempo en la cárcel, pudo conocer los años heroicos de la primera oposición. Desde 1945, ha escrito mucho sobre España y ha mantenido un contacto constante con viejos compañeros y nuevos amigos. Recientemente, ha tenido ocasión de tomar brevemente el pulso a su país. Cuando nos anunció el envío de sus impresiones, dijo: «Harán rechinar de dientes a muchos. Pero no escribiré lo que escriba por deseo de sorprender o de molestar, sino por sinceridad. Y porque creo que al hacerlo presto un servicio al país y a la emigración». Con este mismo espíritu publicamos su artículo, sin que con ello expresemos ni acuerdo ni desacuerdo con las conclusiones a que llega Alba. Pero si estamos de acuerdo con él en que publicarlas es servir a los españoles.

## I. — ADIVINACION DE ESPAÑA

Estoy abrumado.

Estoy asombrado.

Estoy inquieto.

Los cambios en la topografía urbana, en las exclamaciones de moda, en la decoración de los escaparates, no bastan para darme la sensación de que hace quince años que he salido de España y no he regresado a ella. Tengo la impresión — muy en el fondo de mí y hasta en la epidermis — de que hace apenas quince días que pasé los Pirineos.

Esto es, personalmente, alentador. Cuando vuelva a vivir en Barcelona, no me sentiré fuera de ambiente, extranjero, pasado de moda o solitario. Es posible, como me aseguran unos, que esta reacción sea sólo mía, que no quepa generalizarla. Es posible que lo que he aprendido viviendo, escribiendo y leyendo en el extranjero y que mis interlocutores han tenido que inventar vegetando en España, sea muy parecido y que esto nos haga fácil el comprendernos. Poco importa. Lo cierto es que la impresión dominante sigue siendo la de que tengo veinte años y que España está en 1935.

Y esto, si personalmente es alentador y consolador, resulta también inquietante. Nada, pues, ha cambiado de veras en España. La guerra civil, veinte años de «nuevo orden», promesas y decepciones, todo ha pasado sobre el país como el agua sobre el asfalto.

Descubrir esto deprime, asusta y, al mismo tiempo, estimula. Por lo menos, éstas son mis reacciones.

Hoy sé que puedo volver a España. Lo de menos ayer era el permiso y lo de más el temor a encontrarme aislado, extraño, forastero.

Pero hoy sé también que la experiencia de este cuarto de siglo ha sido nula, que cuanto ha sucedido puede volver a ocurrir, que nada sirvió de nada. Y es terrible darse cuenta de que la sangre, los odios, las esperanzas, los entusiasmos, los sacrificios (y de todo esto había dosis mortales en ambos bandos), pueden manchar la piel o hacer temblar la voz, pero que nada de esto ha cambiado algo en el país. Y los odios, las esperanzas, los entusiasmos de hoy siguen siendo los de 1935. Con la ventaja de

por Victor ALBA

que están todos de un mismo lado y no divididos como antes. Pero con la desventaja de que, estando todos a un lado, del otro sólo quedan las cosas inconfesables y que en nombre de éstas se detenta el poder y se inmoviliza al país.

Durante la guerra civil y los primeros años del régimen franquista, había en el otro lado (cualquiera que éste fuese) gentes a las que se podía respetar o comprender. Hoy ya no.

Constatar esto puede ser alentador para quien necesita convencerse de que al mostrarse disconforme está en lo cierto; pero es desagradable para quien sabe por experiencia que la única lucha digna de librarse y la sola que puede ser fructífera es aquella en la que cada contendiente tiene una parte de la verdad y la razón, o cuando menos, lo cree de veras.

..

Ya sé que ha habido transformaciones en el país, que se ha formado una clase media numerosa, que las ciudades crecen, que el ser economista es ser algo. Pero todo esto son como los cambios en el cuerpo de una persona aprisionada dentro de una camisa de fuerza. Mientras no se quite la camisa de fuerza, ni la propia persona puede darse cuenta de que se arruga su piel o se encanecen sus pelos o se enferma su hígado; lo único que sabe, es que algo le duele.

Nada es más inquietante que comprobar que la ignorancia de España por los españoles es sólo comparable a la de los emigrados. Hay, es cierto, los economistas. Por primera vez, desde hace muchos años, se conocen datos exactos — nada menos que estadísticamente exactos — sobre muchas cosas. Pero los economistas formados bajo el régimen tienen un concepto deshumanizado de su especialidad. No ven a los españoles. Hablan en términos de exportaciones, productividad, reserva, inversiones, pero ninguno calcula las horas de diversión, descanso o estudio que todo esto significa para millones de obreros, de empleados, de campesinos, nadie estima el costo humano de cualquier medida que se adop-

te... Como antes, sólo que antes nos contentábamos con catedráticos de hacienda pública.

Nadie, digo, conoce a España. Un país se compone de sus problemas y de los prejuicios que derivan de estos problemas. No se puede gobernar un país sin conocer los problemas y sin saber sopesar la influencia de los prejuicios en la manera de solucionarlos. Hoy, como antaño, los problemas existen, pero nadie los conoce. No hay siquiera un Pascual Carrión para estudiar el latifundismo, un Costa para analizar el caciquismo, un Cánovas o un Maura (esos hombres de izquierda que tuvieron que gobernar como derechistas) para intentar estructurar un gobierno; no hay un Unamuno para describir al español y su soberbia. Tal vez por esto, España sigue siendo un país al que se le manda, pero que nadie gobierna, como nadie lo gobernó en los años bobos, en la dictadura o en la república.

\*\*

En España, durante dos decenios y medio, nadie ha podido aprovechar las lecciones de lo que acontece en el mundo. Esto explica, por ejemplo, que la gente crea que en la URSS las cosas han cambiado.

— Si — les decía a mis interlocutores —, como en España. Ningún emigrado habría tenido la idea de pedir el visado para ir a España en los tiempos de Serrano Suñer o a la URSS en los tiempos de Stalin. Y ahora es posible...

— No, — me contestaban —, en España nada ha cambiado en lo fundamental.

Nadie sabía decirme por qué razón algo fundamental podía haber cambiado en la URSS y no en España. Pero todos lo creían, sospecho que, simplemente, por la necesidad de aceptar como potable algo que la propaganda oficial quiere desprestigiar y que, en realidad, sólo realza. Porque es Franco quien ha blanqueado los sepulcros podridos del Kremlin... Franco y el deseo de muchos de tener a su «buen comunista», como bajo Vichy muchos franceses tenían a su «buen judío». Y el deseo también de contar con un refugio seguro futuro; de ahí que los falangistas acojan a los comunistas en la CNS y los aupen a puestos de dirección local y les permitan ser en gran número enlaces sindicales; hay que ponerlos en condiciones de formar rápidamente un partido, si llega el caso, con el fin de afiliarse a este partido en el cual se tendrán tantos amigos y cómplices, como ocurrió en Italia y en algunas «democracias populares».

Pero esto es una excepción, una especie de prejuicio utilitario. En lo restante, los españoles jóvenes han sido inventores de conceptos que fuera del país son moneda corriente. Los mismos conceptos, en el fondo, que llevaron a muchos jóvenes, en 1935, a aceptar la idea no sólo de morir, sino de matar: justicia social, libertad, patriotismo.

\*\*

Hay algo nuevo, que nunca había encontrado en España: la dependencia voluntaria del extranjero. No hablo de las bases y los préstamos norteamericanos, sino de la convicción casi general de que el porvenir inmediato del país no depende de los es-

pañoles, sino de dos elementos extraños a España: los Estados Unidos y Franco.

«Cuando Franco se muera», dicen unos... o «Cuando Franco se vaya»... Y otros: «Si Washington cambiara de actitud», o «si los Estados Unidos vieran que dentro de un tiempo ya nadie les tenderá simpatía...» Todo esto es cierto. Si Franco se muriera o se marchara, o si Washington quisiera echar a Franco, las cosas cambiarían: la camisa de fuerza se aflojaría. Pero habría que quitársela, de todos modos.

En don Juan nadie confía. Ese pretendiente que no pretende tendría hoy, precisamente por esto, una posibilidad única: la de plantarse en Badajoz y proclamarse rey. Si Franco mandara algunas fuerzas a cerrarle el paso, se agregarían a la caravana de don Juan. Y para una monarquía constitucional, la única perspectiva estriba en echar a Franco, en tomar el poder y en la posibilidad de que esto le daría de ocuparse de los problemas del país, de gobernar, por fin. Pero una monarquía que reciba el poder, que herede a Franco, es una monarquía condenada a no gobernar y a reinar muy poco tiempo. Esta falta de pretensiones de don Juan debe ser también una consecuencia de la presión de los problemas: son éstos tan fuertes, tan grandes que sólo un monarca con sentido de la historia podría considerarlos grandiosos. Don Juan, que posee un agudo sentido de la anécdota, los ve más bien como peligrosos. Y prefiere la paz — que ya es precaria — de Estoril.

\*\*

Nuestro problema, pues, — el de los españoles de dentro y de fuera — consiste justamente en que no hay problema.

**La verdad, querámosla o no, es ésta: no existe, hoy, en 1961, un problema español. Franco está ahí, en El Pardo, y bien o mal, el país vegeta y no hay Castros en la televisión. El hecho de que los Castros estén en la incubadora, para cuando Franco se muera o se vaya, no preocupa al Caudillo y no llega a penetrar en la insuficiente imaginación de los diplomáticos.**

Los españoles no se mueven. Tienen razón de no moverse. Toda la razón. No seré yo, desde la seguridad de la otra orilla del Atlántico, quien los incite a la acción. Por lo menos, mientras yo mismo no encuentre un motivo suficiente para dar el salto y regresar a España.

«Que se muevan los que no corren grandes riesgos», me decía un viejo militante sindicalista (18 años de prisión). «Nosotros conservemos nuestros cuadros y procuremos rejuvenecerlos, para estar listos cuando llegue el momento». Tiene razón. Porque en España hasta la justicia es de clase. El mismo día en que Ridruejo y Tierno Galván fueron absueltos, en el callejón del Reloj — donde tiene su tribunal el coronel Aymar — fueron sentenciados a ocho años de prisión dos obreros detenidos cuando repartían manifiestos contra el régimen. Uno de los propios absueltos me lo contó. Al decir esto no quiero disminuir el valor de quienes hacen oposición a Franco desde las filas de la clase dirigente

de la sociedad española (que ya no es, casi, la clase dirigente del Estado). El valor intelectual de esta gente es tanto como el de los viejos militantes y su actividad es tan útil como podría ser la de éstos.

Pero la masa de los españoles, que trabaja diez, doce, quince horas diarias ¿por qué se iba a mover, a correr riesgos? ¿Para darle el trono a un pretendiente que no se arriesga ni siquiera a tomarlo?

España — es decir, el país cuya situación es función, hoy de dos fuerzas extrañas a él: Franco y los Estados Unidos — necesita con urgencia dos cosas: constituirse en problema para los Estados Unidos y tener un programa para sustituir a Franco.

Hasta ahora, los emigrados y la oposición se han preocupado siempre de ofrecer combinaciones para suceder a Franco: monarquía, plebiscito, grupo de generales... Nada de esto tiene fuerza para arrastrar a la gente, para inducir a correr riesgos. La incomodidad de la situación presente es, precisamente porque abrumba a todos, menos insoportable que lo sería el deseo de hacer de España algo concreto, definido, y la imposibilidad de satisfacer este deseo. Franco estorba y molesta. Hay que conseguir que Franco sea un obstáculo al logro de unas aspiraciones bien claras y bien hondas. Es decir, hay que ofrecer a los españoles soluciones concretas por las que luchar.

Estas aspiraciones están ahí, en nuestras raíces mismas de españoles modernos: tierra, gobierno, derecho al pataleo, descentralización...

Crear que apaciguaremos a las derechas hasta el punto de que se decidan a echar a Franco a base de no plantear claramente los problemas de España, de no ofrecer soluciones a estos problemas, equivale a olvidarse de lo que es la política. Las derechas echarán a Franco el día que las izquierdas (desde Ridruejo a la CNT) estén en condiciones de poner término a su reinado. Y entonces podrán regatear más o menos, pero habrá la posibilidad de imponer soluciones.

Que esto haya de recordarlo en el año 1961 no es culpa de los españoles de España. No puede exigírseles que lo intenten todo. Es culpa de la emigración. Por muy clara que sea esta culpa, tal vez no resulte ocioso demostrarla.

#### ESPAÑA AL GARETE

La colonia española de refugiados de un país americano ha ofrecido al gobierno una escuela, que se llamará «República Española». La escuela cuesta una fuerte suma, reunida por suscripción entre los exiliados. El país ha sido con ellos muy acogedor y esta prueba de gratitud es merecida.

Pero los ciudadanos de ese país sin duda se preguntarán si el gesto es de simple gratitud o si en él hay una cierta dosis de halago convenenciero. Porque no es un secreto para nadie que en los veinte años que llevan viviendo en ese país, los refugiados españoles no han hecho ninguna de esas otras cosas que habrían dado muchísimo más realce a la escuela.

No crearon una editorial destinada a proporcionar obras que de otro modo no pudieran leerse en

España y a publicar libros de autores españoles que no se pudieran editar en España.

No han establecido ninguna escuela de cuadros o instituto de educación política o algo semejante, en el Sur de Francia, para formar a los jóvenes españoles que, por sí mismos, han llegado a ser oponentes del franquismo.

No han instalado ninguna estación de radio, más o menos clandestina (no habrían de faltar lugares para ella), que informe a los españoles y rompa el monopolio de que goza Radio Praga.

No han formado ninguna institución sólida, estable, que reúna a españoles de dentro y de fuera, para estudiar en equipo los problemas nacionales y buscarles soluciones viables.

No han establecido un fondo permanente para atender a los españoles que van a la cárcel o a los que, en el exilio, no pueden trabajar. Lo que se ha hecho, en este terreno, ha sido poco, partidista y muchas veces ha estado a cargo de instituciones no españolas.

No se ha creado un fondo permanente que permitiera sostener las actividades de la oposición. Hoy, los grupos que quieren publicar un simple boletín clandestino, mimeografiado, han de comprarse el mimeógrafo, el papel, los sobres y los sellos. Y es difícil que se pueda hacer más, porque faltan medios económicos.

No se ha participado activamente (so capa de que el ser refugiado impone una mal entendida neutralidad) en los movimientos revolucionarios de Hispanoamérica, no se toma parte en lo que se hace para una reforma social de Hispanoamérica.

Entonces, ¿es que la emigración republicana no ha hecho nada?

..

Muchos refugiados, en América, han amasado fortunas y otros hemos conseguido un nivel de vida acomodado.

Han estado hablando, durante decenios, de la necesidad de unidad, han publicado docenas de revistas confidenciales, muertas a los pocos números, y algunos semanarios de partido u organización que alcanzan ya larga vida, destinados a convencerse a sí mismos de algo evidente: que tienen razón.

Se han dedicado a criticar a los que regresan a España... hasta la víspera misma del día en que, por motivos familiares, nostalgia o intereses, emprenden también el viaje a la península.

Y, sobre todo (en especial los personajes del pasado) se han consagrado con estupenda perseverancia a la tarea nobilísima de olvidarse del presente para justificar el pasado. La cantidad de justificaciones de actuaciones de antaño, de escritos pro dno y de apologías producida por la emigración es asombrosa. Sólo cabe compararla a su inutilidad.

No quiero ser injusto. Hay muchas excepciones. Los emigrados en Francia no se han encontrado en condiciones económicas de emprender algunas de las cosas que debían haberse hecho y no se hicieron. Pero los refugiados en América, que en su inmensa mayoría gozan de una vida desahogada, no tienen perdón. Y conste que yo me cuento entre ellos. Probablemente, si los de Francia se hallaran en



América; se conducirían como los « americanos » y si éstos estuviesen en Francia, mostrarían la dignidad individual que la penuria impone.

Que esto es lo corriente en todas las emigraciones políticas, ya lo sé. Pero la emigración española era distinta de todas las restantes. Había en ella un hecho clave, ausente de las otras: la posibilidad de regresar al país.

Y la verdad, nos duela o no, es que después de haber perdido la guerra, hemos perdido el país.

Hemos dejado a España al garete, en un momento en que únicamente nosotros podíamos darle un rumbo.

..

Claro que nos consolamos — y con sospechosa facilidad: nos llamamos pomposamente la España peregrina, cuanto en realidad, somos los que huímos del país por miedo a las represalias, para salvar la piel. Y es bueno que así fuera. Pues si hubiésemos salido por una supuesta incompatibilidad con el régimen, seríamos imperdonables; nuestro deber era, de haberse podido cumplir sin riesgo extremo, el quedarnos a hacer frente, con otros medios, a un régimen que con las armas no habíamos podido evitar.

Pero nuestra vanidad quedó aplacada con lo de la España peregrina. Y, al mismo tiempo, se disimuló así el egocentrismo de unos, la estrechez de miras de otros, la falta de imaginación política de muchos, lo bajo de techo de no pocos... es decir, nuestra impotencia para proporcionar a España un rumbo.

Hubo una época en que no faltaban los medios. Cuando ese primer ministro de paja que se llamaba José Giral estableció en París un gobierno con ministros, subsecretarios, directores generales y jefes de negociado, las condiciones estaban maduras para dar a España un rumbo: habría bastado con saber decir lo que queríamos que España fuese. No habría caído Franco, pero la oposición habría podido crecer, disponer de medios y actuar. En vez de eso, los ministros, los subsecretarios, los directores generales y los jefes de negociado se pasaban los días calculando lo que el Estado les debería pagar de haberes atrasados, primas, gratificaciones y ascensos, el día en que las potencias democráticas les echaran a Franco... Se acabó el dinero, se acabaron los cargos y se quedó en París un membrete y en España quedaron millares de presos que habían actuado esperando la ayuda, la simpatía activa y hasta — ¿por qué no? — la lucha de los exilados.

Desde ese momento, el exilio ha sido una carga muerta para el país, mucho menos pesada, económicamente, que la del régimen franquista, pero tan grave como ella en el terreno de las ideas.

Ya sé que me expongo a que los franquistas me citen fuera de texto y aprovechen alguna de estas frases para llevar agua a su molino. Fero no voy a dejar que ese riesgo se convierta en una mordaza, sobre todo cuando ya no hay agua en el mundo que pueda mover al molino franquista.

..

He oído a algunos emigrados que han dicho, desvergonzadamente:

— ¿Por qué aquéllos que ponían bombas durante la república no las ponen ahora?

Y he tenido que contestarles:

— Porque ahora no tienen tiempo, han de trabajar quince horas diarias. Porque tú y otros, muchos otros, como tú, no sois capaces de sacrificar unos pesos para que en vez de trabajar se dediquen a fabricar bombas, o se compren pistolas con que defenderse de la policía, o puedan escuchar una radio amiga, o sepan que, si van a la cárcel, la miseria de los suyos no irá a aumentar la miseria de sus compañeros de lucha.

Lo vergonzoso es que esto deba todavía decirse al cabo de diez años (520 meses) de haberse repetido la misma escena de final de mes en millares de hogares de exilados: revisar la cuenta del Banco, planear la compra de una casa o de un coche, hablar de enviar « a la niña » a estudiar a Suiza o al Canadá, y luego saborear, junto con el coñac las estadísticas que demuestran, en cualquier artículo de cualquiera de nuestros periódicos, que en España la miseria es increíble, feroz, implacable.

Nuestra emigración es una emigración como cualquier cosa. Mejor reconocerlo y dejarnos de fanfarronadas. No hemos hecho nada por España — y lo escribo en primera persona —. Si pudiéramos regresar a España ¿cuántos no lo harían porque deberían atender a sus negocios! Esto es humano, ya lo sé. Lo que no es tolerable es que, siendo así las cosas, los exilados se consideren todavía con derecho a juzgar a los de dentro, a poner les vetos o fijarles conductas, y que pretendan dirigirlos.

Y esto es lo que los de dentro — incluso los más disciplinados de los viejos partidos y centrales — empiezan ya a no tolerar.

Tal vez esto nos baje los humos y cree las condiciones previas para que, entre todos, procuremos darle un rumbo a nuestro país.

..

La emigración ha tenido dos fallas fundamentales. Todavía es tiempo de repararlas aunque nadie podrá reparar los sufrimientos, muertes y miserias que estas fallas han causado en los veinte años de franquismo.

La primera falla fué la de no haber sabido nunca hacer de España un problema ni para los españoles ni para los extranjeros. Preferimos confiar primero en las potencias democráticas y recriminarlas después, posiciones ambas completamente estériles. Franco dice que él es el orden, pues hay que demostrar con hechos que no lo es. Dice que es la protección del país contra el comunismo; pues hay que demostrar que esta protección es falsa y que la única válida es la democracia con justicia social. Y, sobre todo, hay que hacer que para los países democráticos y para los españoles influyentes resulte menos peligroso librarse de Franco (con todos los riesgos que esto entraña) que dejarlo continuar en el poder.

La segunda falla de la emigración ha sido nuestra incapacidad teórica. No aprovechamos la lección de la República y de la guerra civil. Nos tapamos los oídos con el algodón de las frases hechas (ayuda nazi, nointervención, traición de las

democracias, mantenimiento de las instituciones), y no supimos escuchar los ruidos de la realidad viva del país. Nuestra experiencia, si hubiéramos sabido darla a los españoles nuevos de dentro, habría sido el fundamento sólido sobre el cual levantar un programa para el futuro, habría orientado como una brújula, en la búsqueda de un rumbo para el país.

Y, naturalmente, a estas dos fallas ha acompañado la ausencia de un esfuerzo económico sostenido (por quienes están en condiciones de hacerlo) para ayudar a los españoles de España.

¿O habrá que concluir que la España peregrina, que comenzó su peregrinación para salvar el pellejo, la acabó adorando la cuenta corriente?

Fallas subsidiarias ha habido muchas más: No hemos sabido hacer presente a España en América, mejor dicho, en la revolución americana. Nos hemos limitado (y no es poco) a aportaciones culturales. Nos hemos sometido al fetiche de la unidad (de esta unidad que siempre frena y que nunca estimula, que siempre da ventajas a los moderados y esteriliza a los radicales). Hemos olvidado que la única eficaz es

la que se hace en la acción... Renunciamos a la acción, nos hemos refugiado en la unidad retórica de pactos y alianzas que se hacen y deshacen como una sardana de nostalgias verbales.

No hemos sabido hacer surgir de nuestras filas a dirigentes jóvenes y nos hemos contentado con una bobalicona veneración por los «grandes nombres» que, con esta adoración, eluden su responsabilidad, se consuelan de su fracaso y que procuran mantener a la emigración inmóvil (lo cual les cuesta bien poco), para evitar que se demuestre que tal fracaso no fué producto sólo de las circunstancias.

Ya va siendo hora de que salgamos de este marasmo en que nos ha sumido la bonanza de la emigración en América, el frenesí de justificarse de los dirigentes y el temor a la acción por miedo a volver a fracasar.

Ya es hora de que la emigración vuelva a ser lo que potencialmente ha sido siempre: la única parte del país que conserva la memoria.

Lo que esta memoria puede dar a España, lo veremos en el próximo artículo.



## Buzón

ALICE LARDE DE VENTURINO: Recibidos sus dos libros en fecha 25 de septiembre, es decir, este mismo mes de 1961. Suponemos su impaciencia al observar nuestro silencio, por demás involuntario. Agradecidos de sus dedicatorias y prometemos que los dos tomos de «La electricidad en los fenómenos bio y psicológicos» serán tenidos en cuenta por esta redacción para su rúbrica correspondiente.

## Transpirenaica

# Alegría de la naturaleza

por Delta LUZ

SEA la expansión del Universo, después de la explosión nuclear, sean las nebulosas el origen de los mundos, esto no nos da más que una pálida idea de la inimaginable verdad. En todo caso de las leyendas universales el hombre no conoce más que lo que su potente energía cerebral ha logrado descifrar a fuerza de estudios prolongados, experimentos continuos, esforzando su gran espíritu y su incontenible curiosidad. Cada misterio descubierto, nuevos misterios le estimulan en la más animosa actividad. Comienza el genio humano seriamente a descifrar los arcanos, y a desentrañar las páginas más enmarañadas del gran libro de la Naturaleza, en cuyo empeño está su espíritu en dura lucha.

O la materia existió siempre, o tuvo un principio creador. Estas dos hipótesis que pugnan entre los hombres de ciencia y metafísica, amañan nuestra pobre, torpe y limitada inteligencia. El reloj nos da la idea del relojero, como la existencia de la maravillosa Naturaleza universal nos la da de un gran principio creador. Detenido el hombre en esa frontera infranqueable del momento, formula las hipótesis más atrevidas, ingeniosas y audaces, interin no alcanza la Verdad, tras la que camina velozmente. Pero hay ya una verdad: la de que las grandes quimeras humanas son relativas en su espíritu fundamental, y que a la ciencia está reservado el privilegio de descubrir por entero el origen de la vida, de dónde venimos y hacia dónde vamos.

Cuando del choque de los átomos se nos dice que nació el movimiento y le vemos correr a velocidades que nuestra pobre mente es incapaz de apreciar, la luz a 300.000 kms. segundo, algunas nebulosas a 253.000 kms. por segundo, comprendemos que algo inimaginable se mueve sobre nuestras cabezas, legando a la Humanidad el porvenir más fabuloso. Inmensos espacios inexplorados por la planta del hombre, son otros tantos tesoros que estimulan su sabiduría empujándole a desterrar de su alma los abrojos, asentando su vida sobre los fuertes cimientos de la bondad. Será entonces cuando penetrará en los misterios de una Naturaleza que aún no comprende y lamentará profundamente los daños que infligió a su igual, el hombre, cuando apasionado quería imbuirle en «sus verdades».

El número de nebulosas hoy conocidas por la Astronomía excede de más de mil millones, y cada nebulosa

es una galaxia semejante a la nuestra en la cual se mueve nuestro universo y nuestro sistema. Inmensos mundos en formación y en estado evolutivo se mueven en los espacios extragalácticos cuyos mundos están destinados a albergar la vida. La vida es el signo del movimiento y nada puede escapar a su colosal destino. La pequeña vida del hombre en el inmenso organismo, es como el infusorio en la gota de agua, vive en ella breves momentos agitando nervioso y se transforma para dar vida a otras vidas. Sujeto todo a inexorable transformación, nada perece en el gran Todo, y las miles de facetas con que se produce la vida en nuestro insignificante Globo representa sólo la matizada armonía de un Gran Plan general. Nada puede detener el brazo del imponente Ejecutor en la consecución de su gran fin que no puede ser otro que la armonía. La aparente desarmonía de su ejecución inconmensurable en el gran parto de la vida es la batalla de la materia caminando a su más alto desarrollo.

Nuestra Tierra, ese pequeño átomo del Universo, ha pasado por todos los grados evolutivos inherentes al Gran Plan incomprensible. Unos gases incandescentes moviéndose veloces en la ardiente nebulosa, llevaban en suspensión el germen que habían de comunicarla forma y vida, y, cuando a través de las miríadas de Cronos, Febo quiso admitirla en su corte, comenzó a solidificarse la materia recorriendo sus primeras eras tormentosas. El Globo ardiente elevaba a inmensas alturas su descomunal cabellera en densos gases atmosféricos, mientras que los materiales más pesados se movían en agitada fusión a unos grados de calor incalculables, y formaban los primeros elementos que dieron base al núcleo cuyo radio se calcula hoy, según Adams y Washington, en 3.400 kms. Cada 33 metros de profundidad la temperatura aumenta de un grado y, si este aumento progresivo es gradual, el calor del centro de la Tierra debe ser del orden de más de 100.000 grados. Un autor y Arrhenius llegaron a suponer temperaturas del orden de los 193.230 grados, pero hoy está generalizada la

creencia que sólo puede alcanzar los 3.000 a 4.000 grados.

El sucesivo enfriamiento de la nebulosa-Tierra hubo de condensarla, necesariamente, en masa líquida formando unos vapores que se elevaban a alturas muy superiores de las que hoy conocemos y, descendían en horribles diluvios sobre la apenas consolidada película, anegándola en agua como un mar inmenso inflamado. Agitado por enormes tempestades, no podemos ni imaginar —dice un autor— las escenas admirables, terribles, ocurridas en esas regiones, necesariamente sometidas a tormentas de las cuales, ni las violencias equinocciales nos dan la más ligera idea. Esas aguas, sales, metales y cuantos elementos conocemos hoy en forma de dura roca, no eran sino, vapores que el sucesivo enfriamiento ha consolidado. Nada hace dudar, nos dicen, que la Tierra en su segunda fase evolutiva ha permanecido en estado líquido y, su mayor prueba es el aplastamiento de los polos.

Las aguas del mar alcanzaron la temperatura y composición química convenientes y en su seno comenzó la vida. Las algas fueron sus primeros habitantes y de ellas arranca todo el proceso evolutivo hasta nosotros. El gran Organismo no cesa en crear y, cuando sobre los continentes emergidos aparece más favorable la situación, los vegetales y los animales dejan su huella primaria sobre el inseguro suelo. Pero ya las aves entonan sus canciones en los suburbios matutinos y vespertinos, sin que ninguna mente inteligente pueda contemplar aún tanta belleza. La Naturaleza está cocinando aún esa mente inteligente en su gran olla evolutiva, para que luego la cante en sublimes versos y en armónicas notas. Por fin de la retorta cuaternaria surge en la más apasionada evolución ese tipo animal, llamado hombre, en cuyo grupo zoológico había de colocar la maravillosa Naturaleza la coronación de su magna obra. El hombre, después de limar un poco su irracionalidad, toma en propiedad la Tierra y se encumbra en el sitial más alto.

Así, pues, el hombre y sus vanidades es sólo un poco de vapor y de gas microscópico consolidado a través de los tiempos, bajo el imperio de enormes violencias. Antes de asentarse su pie sobre un suelo firme y seguro, anduvo desnudo, perseguido y acosado como una alimaña. Cuando apenas había conseguido construir su cabaña en estériles jornadas, la tierra se abría para tragarlo en sus disformes fauces, y toda su paciente



obra evolutiva se sumergía bajo grandes capas de agua o tierra enfurecida. Grandes civilizaciones han desaparecido engullidas como por encanto, antes de que la Tierra alcanzara su relativo y aparente reposo. Inmensas y espesas nubes de cenizas y de polvo de origen volcánico cubría sus ciudades, torrentes de ardiente lava asolaban su casa y sus campos, destruyendo en breve espacio de tiempo el trabajo de generaciones.

Toda la superficie de la Tierra se compone de estos tres elementos principales: sílice, carbonato de cal o piedra calcárea y la albúmina o arcilla. Sobre estos tres elementos el hombre labra su felicidad que le dan, con su laboreo, el sustento y la vida. La tierra para ser altamente fértil —dice un autor— debe contener estos tres necesarios elementos; si uno de ellos falta, la fertilidad disminuye, y si alguno predomina con carácter exagerado sobre los demás, la vegetación languidece. Mas, como el hombre puede recurrir a enmiendas inteligentes, puede regular el grado de la fertilidad a placer y asegurar las cosechas para que las generaciones cubran sus necesidades animales a la par que se entregan al cultivo de las ciencias, de las artes y demás alimentos del espíritu.

De la tierra germinada arranca todo el proceso evolutivo del sinatropo moderno y, su genio ha creado una refinada y complicada existencia que le convierte en señor de la nebulosa consolidada. A tal grado relativo de perfección llega su genio, que pulsando un conmutador pone en movimiento potentes fuentes de energía, que a su vez mueven con impetuoso poder otras fuentes de inapreciable fuerza. Puede ya abandonar el suelo firme de la Tierra y remontarse a los millones de kms., en busca de otras humanidades, de otras vidas extraterrestres. Puede hundirse en los abismos de los mares y contemplar sus misterios. Tuerce el curso de los ríos, mueve las montañas, y si le impulsa su locura, puede apretar con el índice un botón y destruir la faz y la vida en la Tierra. A enormes distancias habla y ve a su semejante, repone la vida, detiene la muerte, recompone y transforma la propia naturaleza. Para el espíritu ha creado, también, maravillas rítmicas, bellas sinfonías, ideales sublimes, conciertos logrados, pero, ¡ay! ciertas lagunas en la circunvolución de su cerebro le torturan en la más descomunal locura. Esa es la causa de que además viva en una constante bacanal de sangre fraterna, y de que no consiga asentar decididamente su alma sobre el insoslayable respeto al prójimo. Es que aún es mitad australopiteco mitad hombre moderno. Tiene un pie

aún en el hogar de Chukutien o en las calizas de Rhodesia y el otro juega a modernidad.

En la Naturaleza, aunque a veces se comporta como una mala madrestra, todo es alegre, encantador, armonioso. El bosque canta y ríe, la montaña, la planicie, el valle, el río, ofrecen al hombre su tributo de alegría a través de sus naturales bellezas y por medio de millones de seres que cantan a la vida que les mueve. La rosaleda, la floración, la clorofila, proyectan al paisaje que inundan con sus penetrantes perfumes, con su cromática inimitable, el parto primaveral en la eclosión de sus maravillosos encantos. Si mira el hombre al cielo, su azul le conmueve, si al Sol, le deslumbró, y si se sienta en paz en la linde a pensar no puede menos de sentir la necesidad de ser bueno. ¿Por qué, pues, no lo es?

Sumergida la criatura humana en medio del concierto de la Naturaleza todas las fibras de su sensible alma se conmueven de alegría. Es más, a ella acude con sus quimeras, con sus pesares y ella le atiende como una buena madre solícita. Lo mismo da que se detenga a las orillas del mar escuchando su dulce mugido, como que se remonte a las cumbres bañándose en la luz. La alegría, el bienestar, siempre llegan a despertar en el corazón humano los sentimientos más nobles, la alegría de vivir.

Las noches de luna, o las centelleantes bajo las constelaciones remueven emocionalmente los sedimentos de su pobre alma atormentada. Un influjo bienhechor despierta en él nobles ideas. Le hace poeta, filósofo, padre, esposo, hijo y hermano buenos. Hasta tanto llega la reversión de su alma afligida, que en un momento de sinceridad consigo mismo quisiera borrar los dolores que aquejan al mundo, a la atormentada sociedad. ¿Por qué, pues — repetimos — no es bueno? ¿Por qué se olvida de golpe de las nobles ideas que despertaron de su letargo al conjuro de la alegría de la Naturaleza, cuando de nuevo está junto a la caja de caudales, en el tajo cotidiano de las diferentes profesiones y destajos, convirtiéndose en lobo del hermano lobo?

Todas las maravillas del Universo le son comunes y fueron creadas para que las goce en paz. Para eso fue dotado de un alma inteligente que no le disculpa de sus aberraciones. Difícil es poner orden en el alma del mundo actual, batido por todos los desórdenes anímicos. Difícil es conciliar los egoísmos insuperables, las avaricias descomunales, los intereses distintos creados en torno a los grupos y sus dioses. Difícil es, pero es necesario trabajar en paz para que el

pan alcance a todos sano y sabroso y la alegría de los pueblos sea la consecuencia del bienestar y la fraternidad.

«No más discordias». Todo se le ofrece al hombre en portentosa floración. Con sólo tender su mano desarmada de odios y armada de fraternidad, puede poner orden en el desorden general, en la lucha fratricida entablada alrededor de los intereses de los grupos y de los individuos. «No más discordias». Arriba los corazones limpios de ponzoña, capaces de orientar a esta sociedad perdida en la noche sin luz, en las tinieblas de los negocios más negros, a consecuencia de los cuales gimen millones de criaturas humanas en el más triste abandono.

«Animo, Hombres». Destierra del mundo esos hogares tristes y lóbregos, vivero implacable de cruentos males, y que las multitudes satisfechas sientan la alegría de vivir. La conciencia del mundo en su más alto nivel del derecho humano, condena airada a los malhechores que ponen lágrimas diarias en los ojos suplicantes de millones de seres sin amparo.

Para ricos y para pobres. Para todas las razas humanas. Para todo cuanto alienata, el final del drama siempre es el mismo. Devuelve el hombre a la Naturaleza los elementos que tomó de ella: al sol, la luz y el calor. El oxígeno, al aire. Los azúcares y las sales, a los vegetales. Y a la tierra, un puñadito de polvo gris, los minerales que luego arrastra y dispersa el viento. También nuestro Sistema un día caminará muerto y oscuro por los espacios siderales. Nada quedará en él de la obra de los hombres que vivieron en su seno. Lo bueno y lo malo de esa obra se perderá en el olvido de los tiempos, y si las almas sufrieran y gozaran según la dogmática de los teísmos, acaso el lamento de millones de esas almas se oíría en la constelación de Hércules, lugar donde, según la ciencia, arrastra el Sol a todo su sistema. El lamento de los malos podría infundir a los posibles habitantes de los mundos de aquellas vastas y lejanas regiones cósmicas impulsos de bondad, si por desgracia sus vidas fueran tan imperfectas como la nuestra. Esta lucubración teísta, sacada a colación por nosotros, no tiene otro valor concreto que la moraleja. El concepto teísta no puede abandonar al hombre en sus lucubraciones, desde el momento en que además de ser una de sus creaciones, es también un campo donde reinan los intereses creados.

En fin. Fraternidad, entendimiento y razón, o perecer. Esta es la encrucijada en que se debate hoy el mundo.

# La guerra de España pasa a la historia

**E**N julio de 1936, luego de un largo período convulsivo, las fuerzas sociales en presencia en España entran en violenta colisión, iniciándose una guerra civil que ensangrentó al país durante casi tres años. Guerra y revolución al mismo tiempo, la contienda española levantó en vilo a la opinión mundial, escindiéndola enconadamente en un fervoroso pro o contra que descartaba tajantemente los matices. Los conceptos de izquierda y derecha se perfilaron allí como nunca después, insuflados de un contenido militante y vigoroso.

Para los espíritus decaídos por el incesante apogeo del nazi-fascismo, victorioso en todos los chantajes diplomáticos, la respuesta armada del pueblo español a la sublevación militar significaba el comienzo de una recuperación impostergable por más tiempo. Pero desgraciadamente, todavía se dejó en manos de gobiernos tímidos, solapados o temerosos la decisión de ayudar al triunfo popular en España. Finalmente, el Pacto de Munich selló esa política que sólo podía desembocar en el desastre. Y así fue.

★

Perdida la guerra de España, su impacto emocional sobrevivió a lo largo de veinte años, reflejándose a través de numerosos testimonios literarios. Algunos escritores de primera fila en el ámbito mundial fueron marcados a fuego por aquel gran acontecimiento. Para ellos fue como vivir una primavera revolucionaria que prometía un porvenir espléndido.

Hemingway, que acaba de morir, fue uno de los que más rejuvenecidos salieron de aquel baño lustral. Hasta se ha llegado a decir que su madurez espiritual y su conciencia política nacieron entonces ante el espectáculo de todo un pueblo luchando enardecido por la libertad. El escribió en alguna parte que «es posible vivir en setenta horas una vida larga de setenta años».

La intensidad con que se vivieron los años de la guerra de España fue una experiencia inolvidable para los protagonistas. Esa experiencia la ha definido con estas significativas palabras el poeta americano Octavio Paz: «La guerra de España representa un acontecimiento capital en mi vida que me marcó para siempre. Descubrí entonces una posibilidad para el hombre, y entreví que allí se perdía algo cuya reconquista exigiría quizás siglos enteros: la tradición revolucionaria no marxista».

En la novelística contemporánea la impronta de la guerra de España es evidente y puede rastreadse en escritores de distintas latitudes y conviccio-

nes. El suizo Max Frisch, y el holandés Jeff Last; el italiano Pavese y el sueco Dagermann; los ingleses Auden y Spender, y los norteamericanos Mailer y Williams, entre otros muchos. Libros enteros tienen por escenario el fondo heroico de la guerra española. «La Esperanza», de Malraux; «Los niños de Guernica», de Kesten; «Los grandes cementerios bajo la luna», de Bernanos; «Por quién doblan las campanas», de Hemingway; «Homenaje a Cataluña», de Orwell; «El Muro», de Sartre; «Agente confidencial», de Greene...

★

Terminando la guerra civil, y paralelamente a esos testimonios literarios, cuya significación es más emotiva que histórica, empiezan a producirse algunos documentos que tratan de justificar actuaciones políticas, participaciones protagónicas en la conducción de los acontecimientos. Sin embargo, aún estamos por entonces lejos del rigor, y también de un afán legítimo de restablecer la verdad en sus más cabales dimensiones. Se trata de libros apresurados y demasiado personalistas, ajenos a toda perspectiva histórica — los hechos estaban demasiado calientes — y a la necesaria sedimentación y ecuanimidad. Incluso hoy puede discutirse su validez a título de testimonios parciales. Las nuevas investigaciones están demostrando que fueron inspirados por las prisas justificativas o por el no muy noble propósito de endosar errores y culpas sobre el vecino. Las causas perdidas son pródigas en este tipo de «documentos». Y la guerra de España no iba a ser la excepción.

Cada sector político encontró su estrategia de la justificación, que a veces hablaba por cuenta propia también, configurando ese galimatías literario sobre la guerra civil al que los nuevos historiadores sólo pueden acercarse con mucho cuidado. Un lector desprevenido que se asome actualmente a las páginas de «La velada de Benicarló», de Azaña, a las de «Yo fui ministro de Stalin», de Hernández, a las de «Por qué perdimos la guerra», de Santillán, o a las de «Historia de la Guerra de España», de Zugazagoitia, se sumirá en la más contradictoria perplejidad porque resulta que a través del testimonio de hombres representativos de aquella época las conclusiones son dispares y enemigas, los hechos aparecen con una significación plural y casi siempre antagónica. Pero es que esos testimonios fueron redactados en el *climax* de las pasiones y los enconos, o en la amargura de la derrota, cuando interesaba más una versión propia o partidista de los acontecimientos que el afán

por extraer una lección de los mismos. Esto sólo empieza a ocurrir ahora.

Sin embargo, el hecho mismo de que el conflicto español no se haya dado por clausurado definitivamente, aunque una nueva generación haya crecido en España y en el mundo, hace difícil que la tarea de historiar la guerra de España incite a ciertos especialistas desapasionados y objetivos. Más pronto los estudiosos que han emprendido esa tarea han sido movidos por la simpatía o la adhesión espiritual reforzadas por el evidente designio de ver más claro y más lejos que aquellos embanderados protagonistas cuyos libros no rebasaron una dudosa categoría personalista.

★

Todavía ahora — como confirmando que las heridas abiertas por la guerra de España no han sido cicatrizadas para todos — se publican algunos de esos testimonios personales, como es el caso del libro de Nenni — «La guerre d'Espagne» — serie de artículos y discursos del dirigente italiano escritos a lo largo de la guerra civil y, naturalmente, muy parciales y partidistas. La mayoría de los testigos de filiación marxista que fueron a la guerra de España nunca pudieron entender muy bien que una revolución se orientase por otros cauces que los prescritos en la doctrina y faltos de comprensión para ese fenómeno se han pasado la vida criticando lo que no entendieron. También se ha exhumado una serie de artículos de Saint-Exupéry, publicados recientemente en castellano con el título de «Un sentido de la vida», y en los que el gran aviador y escritor francés ofrece una visión cristiana, sentimental y dolorida de la lucha española, viéndola como una masacre fratricida y estéril.

Pero lo más importante en este renovado interés por la guerra de España, son los libros que, por fin, estudian las causas del conflicto y el conflicto mismo, además de sus derivaciones ulteriores. Incluso en los últimos años, en una universidad inglesa se ha estado preparando un estudio que promete ser amplio y profundo sobre el asunto, y a su recinto fueron llamados algunos de los prominentes *dramatis personae*, sin hacer caso de sus tendencias. Esa variedad comprende desde los falangistas a los anarquistas y es de esperar que el resultado de esas extensas investigaciones nos acerque a una comprensión definitiva y global del problema de España, uno de los más apasionantes de este siglo. Por ahora conformémonos con algunos libros dignos de tenerse en cuenta que han visto la luz en los últimos tiempos.

★

«La C.N.T. en la Revolución española», obra en tres tomos de José Peirats, es el primer intento de consignar documentalmente y con amplitud la trayectoria, la significación y las responsabilidades del anarco-sindicalismo español en la revolución y en la guerra. Como es sabido, el anarco-sindicalismo era, en número de afiliados, una de

las fuerzas sociales más importantes del país, y por su espíritu combativo, su cohesión orgánica y el dinamismo de sus militantes sin duda alguna la primera fuerza revolucionaria de España. La obra de Peirats es una imprescindible aportación crítica a la historia de ese movimiento, escrita, si no con objetividad absoluta, sí con honestidad intelectual y afán de servir a la verdad.

La tesis de Carlos M. Rama, publicada en México con el título de «La Crisis Española del Siglo XX», aporta infinidad de datos al esclarecimiento del drama español, aunque refiriéndose fundamentalmente al problema del Estado y estudiando, en ese sentido, las relaciones entre el Poder y la Revolución durante la guerra civil.

Otro libro que está dando que hablar es el de Burnett Bolloten, que fue corresponsal de «United Press» en España y cuya edición inglesa apareció este año con el título de «The grand camouflage». Este libro parece dirigido a establecer las responsabilidades de los comunistas en el desastre español. En principio se esperaba que el libro de Bolloten, que había tenido acceso a enormes cantidades de documentación sobre la guerra civil, viniera a ser una documentada historia política de la revolución y de la guerra de España. Al parecer los editores se han contentado con la selección de una parte del material y remitido a las calendas griegas la publicación del libro completo. El hecho de que acabe de traducirse y publicarse en España parece revelar que se trata de un libro furiosamente anticomunista redactado con material indiscriminadamente utilizable.

La última aportación en fecha a esta apasionante cuestión histórica es el grueso volumen de los franceses Pierre Broué y Emile Témime titulado «La Révolution et la Guerre d'Espagne», en el que los autores, que sólo tenían diez años de edad en 1936, se aplican a investigar el drama y a establecer sus concomitancias con la situación mundial en aquel tiempo. Es, junto al de Peirats, un estudio serio de causas y efectos, de las fuerzas en presencia, de las orientaciones, desviaciones y derivaciones de la Revolución, del desarrollo de la guerra y de las presiones a que estuvo sometida, tanto por las intrigas de los sectores que integraban el bando republicano como por las potencias extranjeras.

Broué y Témime no dejan de reconocer su simpatía por la causa popular y hasta puede apreciarse su orientación política en el libro. Por eso levantará objeciones, refutaciones y ajustes, que sin duda, necesita. Al fin y al cabo, es con estas obras que recién comienza a escribirse la historia de la revolución y de la guerra de España, acontecimiento demasiado próximo y explosivo como para que se le manipule con desapasionamiento y objetividad absolutas. En realidad, cuanto concierne a España es apasionante y polémico todavía, difícilmente encasillable y de ninguna manera definitivo.



y la escarcha, las rudas sequías y los estios abrasadores, tienen un sentido de devoción y no de desgracia. Los agentes de la naturaleza no son una maldición para el hombre de la tierra, sino una consecuencia, frente a cuya adversidad aparecerán próximas primaveras, con cantos de pájaros, silbidos de trenes y ranchitos con humo brotando de las chapas. Y entonces, volverá a roturarse la tierra, y en ella se depositará la semilla y la rastra pasará sus dientes acariciadores sobre el rastrojo labrado. Vendrá el brote asomando su delicada cabecita a la superficie, temeroso y descuidado, en procura de los rayos del sol y luego será planta que fructificará para llenar la casa de hartura, y para que todos los habitantes, olvidados de las privaciones, tengan una mesa abundante y unos domingos con siesta y picnic. Pedro Godoy, que es tan personal en su poesía, sabe que todo eso se lo debemos a los accidentes climáticos y por eso los trata con ardoroso cariño, con verdadero afán, volviéndolos casi humanos.

#### AL FRONDA

Indiferente, cálido, sensual,  
en aletazos lerdos atraviesas  
los narcóticos meses del verano.  
Y en las siestas...  
en tanto las viejitas a sus nietos  
a la sombra de un sauce les recuerdan  
a los duendes errantes  
deslizas, a los lejos, tu silueta  
en remolinos grises.  
Y te pierdes...  
en un tirabuzón de polvareda  
por las lagunas, que parecen llagas  
sobre la pie reseca de la tierra.  
Como un pobre sonámbulo en la noche,  
se levanta del lecho, y se contempla  
en el opaco espejo del aljibe  
con muda indiferencia...  
Desde lejos, del norte, conduciendo  
en el cóncavo molde de tu diestra  
el encendido beso de los trópicos  
lo depositas en las carnes hembras,  
en bocanadas de sensualidad  
que enerva las coyundas en las venas...  
Y hasta la misma tierra en sus entrañas  
se siente madre y su ardor se entrega  
a su deber supremo, fecundando  
los trigos y las selvas.

y el presente, paso transitorio, como simple frontera a través de lo desconocido hacia el ideal.

La muerte lenta, con los ojos abiertos, y los miembros inmovilizados, asoma sus dentazos a la mente dolorida. Y la duda, que hizo titubear a la generación anterior, asalta nuestra imaginación, invadiendo los campos del alma. Nos acusamos a nosotros mismos de haber destruido, en una lucha inútil, las únicas energías, con olvido de lo que representamos como promesa del porvenir. La novela, el poema y el ensayo carecen de la firmeza que impone la confianza, de la seguridad. El pulso tiembla y la imaginación no responde a las intenciones, presentándonos como los hombres más indiferentes del siglo.

En este lapso apenas si hemos construido determinado número de imágenes de las que pueda hablarse con respeto, con fuerza y vigor suficientes como para eternizarse. Los sentimientos apenas si adquieren proyecciones más allá del instante en que fueron despertados. La literatura es un problema de humanidad, como todo cuanto concierne al individuo y es el hombre quien debe alcanzar aquí su grandeza, por la libertad de poder realizar en su imaginación el instrumento que conduzca a la dicha. Por ello, una deuda hemos contraído con el futuro cuando el escritor y el poeta no cumplen con su misión. Los hombres son múltiples y la dimensión de sus sentimientos infinita. La temeridad de los juicios, la incertidumbre en las concepciones, el tanteo dudoso y el sentimiento trastornado, condicen a la deformación estética. Y el arte surge herido, siendo preciso un largo movimiento de reconstrucción que otrora duró siglos.

Pareciera que el destino traza su curva sobre la vida de las generaciones que dudan. El recorrido de oriente a occidente que sigue el sol, como símbolo de libertad e históricamente siguen las corrientes humanas, se detiene entonces. Y como todo el pasado no se reproduce ni repite con exactitud, sino en líneas generales, porque el hombre es un producto que evoluciona al compás de la historia de otras generaciones, es preciso volver los ojos a lo que fué, a las obras maestras y arrancar desde allí hacia una nueva reencarnación. De tal modo es que el simbolismo, como el más feliz de los ensayos de la pasada generación, no ha podido en fin de cuentas sustraerse a la influencia clásica ni olvidar la condición humana que inundó de ternura los siglos de oro del arte y de la poesía.

Aquí habríamos de llegar con nuestros bajelos destartados y la humanización resentida. El fenómeno es común, mas no ordinario. Los que nos han precedido crearon sus escuelas para desembocar en el romanticismo. Nosotros no somos sus continuadores simplemente, sino creadores de

futuro. En nosotros no se ha detenido el movimiento de la tierra: nosotros somos los forjadores de la historia nueva. El pasado no es combustible con suficientes calorías para trazar nuestro destino. Tendremos que cerrar las puertas de nuestras ciudades y echarnos a campo traviesa para debernos a nosotros mismos, ganando el pan estético por lo que somos y lo que valemos. Tendremos que incendiar las naves de escuelas y prejuicios y construirnos para demostrar nuestra capacidad creadora. El ancho mundo, con sus nebulosas inquietudes, ha de ser nuestro universo y representación. En él están los motivos que han de inspirarnos para volvernos grandes. Y el humanismo, que encierra sufrimiento y alegría, placeres y llantos, hasta aquí siguió nuestros pasos, incapaces de sobreponernos a su influjo poderoso, a su acción predominante.

De cuanto hemos realizado apenas si podemos presentar un pequeño balance esquemático, tomando como ejemplo algunos poetas y escritores, perdidos para el público en el tráfico de esta lucha imaginaria contra los molinos de viento de la literatura. El instinto que nos guía, presenta en este aspecto ejemplos magníficos que se destacan con rasgos particulares, por su sencillez y contenido poético, entre los cuales debe contarse a Miguel Hernández. En nuestra lengua, otros poetas contemporáneos como García Lorca, Rafael Alberti y César Vallejo establecieron un paréntesis luminoso por lo profundo de sus cantos y la anchura de sus concepciones. En ellos parece haberse cerrado un ciclo histórico. Y lo que pasa de aquí hacia adelante, no pasa de una simple continuación de imitadores en forma y estilo, aparentemente incapaces de independizarse por su propia iniciativa.

Aporte señalado a la literatura moderna lo constituye la producción de estas figuras sobresalientes en las nuevas concepciones de la poesía contemporánea. Su influencia llegó a los más apartados rincones del mundo latino porque su obra interpreta, en parte, un estado emotivo particular donde se confunde el humanismo con el simbolismo, la creación imaginativa con la belleza estética. Miguel Hernández, ajeno en parte a esa influencia, ha creado un estilo propio, si modernista en su fondo, con inmensas particularidades que le destacan entre sus contemporáneos.

Angustiado siempre, como producto de su siglo, las corrientes literarias se confundieron en este poeta, nutriéndose en sus fuentes al punto de establecer una lucha personal para romper con el escepticismo. Su arte es revolucionario y espiritualista. Atado a las normas poéticas que de la figura hicieron el centro nervioso, el idealismo le dió fuerzas para sobreponerse y trazar el ritmo de su poesía. De las

quitarlo. Con mucho de indio civilizado dentro de su piel, a sus ojos extraviados en lejanías, el paisaje porteño le proporciona muy pocas emociones. El pertenece a otro ambiente; sus poemas exhalan perfume de rosas y de trigo, a campo roturado, con rumor de vientos y de lluvias, a exuberante vegetación; recuerdan el ronquido del tractor y de las trilladoras, el rodar de carruajes, de cargamentos de cereales y de esa lucha eterna entre el hombre y la tierra, símbolo del trabajo fecundo que significa el esfuerzo, representante del genio creador.

Puso a prueba sus armas literarias desde muy joven. Sus primeros versos aparecieron en «El Trovador», periódico de la localidad de Junín que, como todos sus hermanos, aprenden para poetas. Desde entonces, ha llovido muchos días con sus noches y la bohemia experimentó grandes transformaciones. Producto de un siglo en que las batallas literarias se multiplicaron, discutiendo sobre las formas de elaborar las mejores bases de un mundo perfecto, para que el hombre sea hermano de su semejante, en aquellos poemas de corte romántico ya se perfilaba con singularidad meridiana el futuro vate que había de sentar notas imperecederas en la poesía rioplatense. Godoy era hombre que venía de afuera, de la lejanía, con tamaños ojazos como queriendo abarcarlo todo. En su bolsa de caminante empedernido traía las estrofas de un nuevo cancionero, con esa anchurosa dimensión de la campiña provincial que arranca desde las puertas de la ciudad porteña y avanza hacia el sur, hasta tierras del indio, conquistadas ayer por los procedimientos comunes a toda victoria ante un elemento más débil. Su poesía, sencilla como la vida del habitante de la campiña, no está hinchada de arrebatos épicos, con ruidos de sables ni clarines. No huele a pólvora, sino que es mansa y delicada, dulcemente lírica. Y va descendiendo hasta el fondo del alma y se nos hace querer, justamente por esas cualidades bucólicas. Hay en ella todo el amor, el dulce amor que nos consterna y contrita hasta hacernos suyo. Humanamente exuberante en imágenes, brotan de su verso como dardos luminosos figuras de agrado y sabor plásticos, que la hacen rica y auténticamente moderna.

Cuatro libros de poemas sirven de testigo insobornable para situar al poeta entre los más interesantes de su generación. Con Alvaro Yunque, César Tiempo y Francisca Luis Bernárdez, Pedro Godoy nos trae la voz legítima del campo, que encierra en un verso la pampa toda. Y nos la presenta sin artificios, en su plenitud, con su carácter agreste y bárbaro, con ese salvajismo de la civilización agraria de pureza y libertad. Su melodía es también distinta a la de sus contemporáneos, pues que el río y la lluvia, el viento

y gelatinoso, sin fuerzas como para salir a flote y navegar libremente. Invadido por los acontecimientos, sustrae su propia individualidad y, lejos de pronunciar su palabra con voz altiva que retumbe siquiera como la del pájaro, dominando la canción monocorde del ritmo urbano, se conforma con formar parte del conjunto en este periodo de crisis, terriblemente cauterizante de una muerte lenta. El verso delicado y frágil, excesivamente cortado a la última sílaba, adolece del brío y lozanía que distinguen al poeta y le hacen grande. Terriblemente mutilada, la estrofa lleva luto y es absorbida por la situación dominante, donde desaparece ante su destino. Cuando algunas células se resisten a la desaparición, es preciso recurrir a los motivos suburbanos y al campo. La ciudad se queda sin poetas que canten sus angustias, que eleven himnos a su magnificencia, epinicios al esfuerzo desarrollado para su construcción. Que pulse el ambiente y le haga propia carne, exaltando los sacrificios anónimos sepultados entre los rascacielos.

La poesía mira la anchura, la distancia. Por ello cuando resiste estas influencias, huye de los poblados para saturarse de su propio ambiente. Lo más recio y melodioso del verso argentino fué importado de las provincias, introducido en el suburbio como artículo de segunda categoría y finalmente logró conquistar su puesto de honor en la literatura. Las provincias aportaron al acervo del país genios como Sarmiento, Joaquín V. González, Florentino Ameghino, Joaquín Castellanos y el grande Almafuerte que llevaron su genio campesino al asfalto, al que le impusieron condiciones de triunfo. A éstos siguiéronle otros de tamaño y mejor estatura intelectual, pero actualmente también el hombre de provincia es víctima de las inquietudes e incertidumbres del momento histórico que le sitúan en decadencia, olvidándose de su pasado en la formación del país, renunciando a la sangre vertida en las épocas heroicas, que dieron por resultado la federación nacional. No es derrota, sino atonía, indiferencia por tanto contraste y agitación porque atraviesa el mundo, que también aquí la poesía experimente en esta hora trágica de los destinos humanos.

Entre los poetas de nuestra generación que se resisten a esa influencia, se salva de ser absorbido. Pedro Godoy, representante genuino de la poesía argentina en este momento en que pocos creen y piensan en poesía. Pedro Godoy, a quien con propiedad podemos dominar «Pedro el Panadero» como el cuento de Tolstoi, nació en la provincia de Buenos Aires, justamente en el mismo año en que remontaba la primera aurora nuestro siglo. Poeta por temperamento, arrastra consigo un título tan pesado que ni Buenos Aires con su apatía y sus ordenanzas municipales, lograron con-

más altas soledades, arrancó energías para traducirlas en poemas que, cuando no representan la esencia vivificante de la juventud, que no debiéramos abandonar nunca, se sumergen en el dualismo trágico, con su carga de pesadumbre que le llevó a la tumba. Poeta por temperamento, pronto hizo presente su ascendencia, por su fiebre sentimental como por su lirismo torturado que la tornan poesía del destierro.

### ELEGIA PRIMERA

A Federico García Lorca, poeta

Atraviesa la muerte con herrumbrosas lanzas,  
y en traje de cañón, las parameras  
donde cultiva el hombre raíces y esperanzas,  
y llueve sal, y esparce calaveras.

Verdura de las eras.  
¿Qué tiempo prevalece la alegría?  
El sol pudre la sangre, la cubre de asechanzas  
y hace brotar la sombra más sombría.

El dolor y su mantó  
vienen una vez más a nuestro encuentro.  
Y una vez más al callejón del llanto  
lloviosamente entro.

Siempre me veo dentro  
de esta sombra de acibar revocada,  
amasada con ojos y bordones,  
que un candil de agonía tiene puesto a la entrada  
y un rabioso collar de corazones.

Llorar dentro de un pozo,  
en la misma raíz desconsolada  
del agua, del sollozo,  
del corazón quisiera; donde nadie me viera ni la voz ni la  
[mirada,  
ni restos de mis lágrimas me viera.

Entro despacio, se me fué la frente  
despacio, el corazón se me desgarró  
despacio, y despaciota y negramente  
vuelvo a llorar al pie de una guitarra.

Entre todos los muertos de elegía,  
sin olvidar el eco de ninguno,  
por haber resonado más en el alma mía,  
la mano de mi llanto escoge uno.



Federico Garcia

hasta ayer se llamó: polvo se llama.  
Ayer tuvo un espacio bajo el día  
que hoy el hoyo le da bajo la grama.

¡Tanto fué! ¡Tanto fuiste y ya no eres!  
Tu agitada alegría,  
que agitaba columnas y alfileres  
de tus dientes arrancas y sacudes,  
ya ya te pones triste, y sólo quieres  
ya el paraíso de los ataúdes.

Vestido de esqueleto,  
durmiéndote de plomo,  
de indiferencia armado y de respeto  
te veo entre tus cejas si me asomo.

Se ha llevado tu vida de palomo,  
que ceñía de espuma  
y de arrullos el cielo y las ventanas,  
como un raudal de pluma  
el viento que se lleva las semanas.

Primo de las manzanas,  
no podrá con tu savia la carcoma,  
no podrá con tu muerte la lengua del gusano,  
y para dar salud fiera a su poma  
elegirá tus huesos el manzano.

Cegado el manantial de tu saliva,  
hijo de la paloma,  
nieto del ruiseñor y de la oliva;  
serás, mientras la tierra vaya y vuelva,  
esposo siempre de la siempreviva,  
estiércol padre de la madre selva.

¡Qué sencilla es la muerte, qué sencilla,  
pero qué injustamente arrebatada!  
No sabe andar despacio, y acuchilla  
cuando menos se espera su turbia cuchillada.

Tú, el más firme edificio, construido,  
tú, el gabilán más alto, desplomado,  
tú, el más grande rugido,  
callado, y más callado, y más callado.

Caiga tu alegre sangre de granado,  
como un derrumbamiento de martillos feroces,

no dentro de su propio mundo, del exterior. Toma pasión y posición partidista y discute por vanalidades, absorbido por las inclemencias de un estado anímico que se altera por virtud de la estrechez con que se desenvuelve. Es así que rara vez el poeta ciudadano logra imponerse en la historia con títulos perfectamente legítimos, si el campo, con sus múltiples emociones e inagotable frescura, no aporta, con sus mieses y costumbres, su caudal inagotable de inspiración.

El poeta de la ciudad tiene los barcos, el portuario, ese movimiento informe de masa en movimiento que supone el tránsito por sus calles; los edificios en construcción, en vano presurosos por llegar al cielo; las grúas, los aviones y el silencioso quejido humano, aprisionado entre las murallas de la edificación, como temas luminosos a los que arrancar estrofas. Porque también aquí la vida ruge y el hombre se destroza, quien por subir o simplemente por mantenerse erecto. Lucha emocionante, tragedia infinita que hace brotar ríos de sangre de las páginas de la historia contemporánea como jamás han podido imaginarla los viejos aedas, aquellos que cantaron las proezas del hombre en rudo combate, pecho contra pecho, poniendo el alma al servicio del honor. Este individuo no choca su escudo contra el adversario. Las armas que emplea son más útiles, casi invisibles al ojo profano. Los puentes, con sus enormes andamiajes, las fábricas humeantes donde chirria la carne que alimenta enormes calderones, el movimiento de complicadas maquinarias, en cuyos engranajes es triturado el cuerpo y el alma de los habitantes, infiernos sin fin que agotan la energía vital de millones de seres consagrados a la producción de cosas y objetos lanzados al mercado, esperan permanentemente el despertar de la épica que resucite y reivindique la angustia dolcificada del sufrimiento que aquí permanece ahogada.

Pero el drama inconmensurable que se desarrolla en el anónimo y arranca tanto suspiro entrecortado, muy raras veces trasciende las paredes y logra hacerse grito y tumulto. Cuando todos los elementos están a su alcance, desde las manifestaciones de la cultura hasta las más diversas expresiones sentimentales de la edad moderna, enlutada por motivos erróneos de convivencia, la poesía gime también cual atravesada por las bayonetas del sufrimiento. Y es así que nos parece artificiosa, sin alma, porque no tiembla al unísono de esta agitación, con esa rebeldía que levanta los pueblos, calcina las ciudades con el calor de todos los soles, como en el crisol donde se funde tanta pena irredenta. El poema decae por su falta de consistencia. El individuo se arrastra, conducido por la correntada de este mar confuso

Que saber por qué tiene la vida este perrazo,  
por qué lloro, por qué,  
cojón, inhábil, veleidoso, hube nacido  
gritando;  
saberlo, comprenderlo  
al son de un alfabeto competente,  
seria padecer por un ingrato.

¡Y no! ¡No! ¡Qué ardid mi paramento!  
Congoja, sí, con firme si frenético,  
coriáceo, rapaz, quiere y no quiere, cielo y pájaro;  
congoja, sí, con toda la bragueta.  
Contienda entre dos llantos, robo de una sola ventura,  
vía indolora en que padezco en chanclos  
de la velocidad de andar a ciegas.

CESAR VALLEJO

★

#### HIMNO DE PEDRO GODOY, POETA DE LA PAMPA

El hombre de provincia, habitante permanente de campos y cosechas, es la reserva vigorosa en que confía y descansa el poder físico de una nación. La ciudad, con sus paredes cuadrangulares, calles pavimentadas y olores putrefactos, representa una civilización de comerciantes, con sus problemas complicados, sus luchas tremendas. Como produzco educado de un ambiente, desde hace muchos siglos, con sus mercancías y agitaciones, en la ciudad se han incubado todos los detritus humanos y desórdenes del mundo. Centro del cual se expande la cultura por su comunicación con los adelantos científicos del universo, predomina, con su peso de conocimientos, sobre la actividad rural, dicta sus propias leyes y somete el derecho a su voluntad. El campo ha tenido que desenvolverse en lucha constante contra ese predominio, que atrapa sus riquezas, sustrae su acción, tiene formas y caracteres distintos y hasta habla una lengua distinta.

En poesía, el hombre de provincia se encuentra perdido en la ciudad, entre el laberinto de su tránsito el encandilamiento de sus luces, los lujos desbordantes de insolencia y los modales de sus habitantes. A la inversa del campo, en la ciudad no hay árboles ni cantan pájaros, no relincha el caballo ni el viento galopa a sus anchas. El verde de los pastos y el oro de las mieses son desconocidos para el ciudadano, embutido en oficinas, talleres y fábricas, agitado siempre por complicaciones guerreras o revolucionarias, si-

sobre quien te detuvo mortalmente. Salivazos y hoces caigan sobre la mancha de su frente.

Muere un poeta y la creación se siente herida y moribunda en las entrañas.  
Un cósmico temblor de escalofríos mueve terriblemente las montañas, un resplandor de muerte la matriz de los ríos.

Oigo pueblos de ayes y valles de lamentos, veo un bosque de ojos nunca enjutos, avenidas de lágrimas y mantos: y en torbellinos de hojas y de vientos, lutos tras otros lutos y otros lutos, llantos tras otros llantos y otros llantos.

No aventarán, no aventarán tus huesos, volcán de arroyo, trueno de panales. poeta entretrejado, dulce, amargo, que al calor de los besos sentiste, entre dos largas hileras de puñales, largo amor, muerte larga, fuego largo.

Por hacer a tu muerte compañía, vienen poblando todos los rincones del cielo y de la tierra bandadas de armonía, relámpagos de azules vibraciones. Crótalos granizados a montones, batallones de flautas, panderos y gitanos, réfagas de abejorros y violines, tormentas de guitarras y pianos, irrupciones de trompas y clarines.

Pero el silencio puede más que tanto instrumento.

Silencioso desierto, polvoriento en la muerte desierta, parece que tu lengua, que tu aliento, los ha cerrado el golpe de una puerta.

Como si paseara con tu sombra, paseo con la mía por una tierra que el silencio alfombra, que el ciprés apetece más sombría.

Rodea mi garganta tu agonía como un hierro de horca y pruebo una bebida funeraria. Tú sabes, Federico García Lorca, que soy de los que gozan una muerte diaria.



## ALMA Y ESTILO DE CESAR VALLEJO

El renacimiento del alma griega como el triunfo del cristianismo y la caída del imperio romano, son fenómenos de trascendencia universal en la vida del espíritu. El derrumbe del régimen medioeval y la constitución de las agrupaciones humanas en la edad moderna, con el florecimiento de las artes a mediados del siglo quince, señalan un gran avance en la conquista de los bienes materiales, porque dieron confianza al hombre en su valor y formaron convicciones en cuanto a su porvenir. El predominio del espíritu latino sobre la influencia islámica, ejercieron una función tan decisiva en el concierto de la humanidad, como el reformismo y los principios fundamentales sentados por los enciclopedistas, que al correr del tiempo ofrecen al hombre nuevos horizontes en la búsqueda permanente de sí mismo.

La caída de las monarquías europeas, que dió por resultado el triunfo del sistema republicano, cambiando el concepto del absolutismo divino por el establecimiento de una conciencia democrática de base popular, elegida por cada habitante, y la delimitación de las funciones religiosas, cuyos poderes fueron separados de la actividad civil, con el nacimiento de los grandes consorcios capitalistas que, por vía del régimen de la propiedad privada, establecieron nuevos campos de combate en los tiempos modernos, antes estaban reservados a los príncipes, señalan inequívocamente esa inquietud permanente del pensamiento del hombre, rebelde e insumiso frente al arcaísmo de las costumbres, formas e instituciones.

Al nacimiento del sistema capitalista como tal, sucedió en corto intervalo de años una nueva clase, la burguesía que, comprando cuanto es objeto de transacción, desde bienes patrimoniales, reales e industriales, hasta la misma conciencia individual en venta, se lanzó al combate con todos los restos de una civilización esclava al interés. Y con esa chatarra de bienes y conciencias estableció sus factorías, resultante de la revolución capitalista en las postrimerías del siglo pasado. Sus líneas de avance no encuentran obstáculos infranqueables. Asociado su poderío al de las instituciones republicanas, el estatismo estableció sus tentáculos sobre el individuo que no halló un medio de defensa adecuado para enfrentarse a tamaño poder. Se trata de una experiencia de contornos universales, no desdeñable para el estudio de las corrientes históricas del pensamiento.

La constitución de pequeños estados individuales dentro del complejo de las naciones, vino a suceder a los estados patriarcales del medioevo. Y su potencialidad dió vigor

Y, entre mí, digo:

ésta es mi inmensidad en bruto, a cántaros,  
éste es mi grato peso, que me busca abajo para pájaro;  
éste es mi brazo  
que por su cuenta rehusó ser ala;  
ésta son mis sagradas escrituras,  
éstos mis alarmados compañeros.

Lúgubre isla me alumbrará continental,  
mientras el capitolio se apoyó en mi íntimo derrumbe  
y la asamblea en lanzas clausure mi desfile.

Pero cuando yo muera  
de vida y no de tiempo,  
cuando lleguen a dos mis dos maletas,  
éste ha de ser mi estómago en que cupo mi lámpara en  
[pedazos,  
ésta, aquella cabeza que expiró los tormentos del círculo en  
[mis pasos,

éstos, esos gusanos que el corazón contó por unidades,  
éste ha de ser mi cuerpo solidario  
por el que vela el alma individual; éste ha de ser  
mi ombligo en que maté mis piojos natos,  
ésta, mi cosa, mi cosa tremebunda.

En tanto, convulsiva, ásperamente  
convalece mi freno,  
sufriendo como sufro del lenguaje directo del león;  
y, puesto que he existido entre dos potestades de ladrillo  
convalezco yo mismo sonriendo de mis labios.  
Quiere y no quiere su color mi pecho,  
por cuyas brascas vías voy, lloro con palo,  
trato de ser feliz, lloro en mi mano,  
recuerdo, escribo  
y remacho una lágrima en mi pómulo.

Quiere su rojo el mal, el bien su rojo enrojecido  
por el hacha suspensa,  
por el trote del ala a pie volando,  
y no quiere y sensiblemente  
no quiere aquesto el hombre:  
no quiere estar en su alma  
acostado, en la sien latidos de asta,  
el bimano el muy bruto, el muy filósofo.

Así, casi no soy, me vengo abajo  
desde el arado en que socorro a mi alma  
y casi, en proporción, casi enalézcome.



intensa emoción si predisponemos nuestra sensibilidad para interpretarlo.

Así también en poesía nos encontramos ante un período revolucionario de contornos inusitados. El modernismo, interpretado como conjunto de nuevas escuelas estéticas, alcanzó su casi plena madurez, después de un ensayo de años. Y un caso singular al operado en el campo de la pintura cubista lo encontramos en la poesía simbolista, uno de cuyos cultores más decididos lo representa el peruano César Vallejo, cuya estatura «sobrepasa las proporciones de la figura humana, del hombre limitado» entre su cerebro y su representación: En él encontramos la lírica de un hombre que se orienta «por los caminos de su propia sangre», huyendo del destino, que busca un equilibrio artístico de nuevas emociones estéticas entre lo pretérito y lo concreto de la vida moderna. Su poesía pertenece a él mismo, por su evasión de conducta hacia esa rebeldía que distingue a los profetas. Renunciando a las leyes de la conducta humana, a la ética social y a la moral burguesa que «son normas impuestas al ciudadano corriente para su sanidad y su control», construyó su arte poético, obedeciendo a la libertad de los sentidos, al libre albedrío, que le proporcionaron ese singular espíritu creador.

Hombre huido del mundo, su obra carece de la acostumbrada realidad. Las imágenes, vestidas a la usanza barroca, son el resultado de una leyenda en que están envueltos el poeta y su obra, ya cargado de pesadumbre, ya con acentos sombríos o borrascosos, llevando consigo la derrota del hombre indispuesto a la lucha. No encontramos aquí al Vallejo combativo que busque en la libertad un refugio de su tristeza, en cuya evasión lo encontraremos más tarde. Más bien aparece como un representante de la decadente bohemia latina que hace poesía por el arte mismo, por mera satisfacción, sin importarle el mundo material y egoísta con que salpicó la obra de sus primeros tiempos. Producto mestizo de una raza que encierra la rebeldía de su alma atormentada en el sentimiento, renunciando al combate abierto que constituye el motivo principal de la defensa por la vida, se concentra en sí mismo, como una coraza y espera. Y en vez de afrontar todas las consecuencias derivadas de una acción que ponga en movimiento el vigor de sus articulaciones y la capacidad de creación, se adormece en la angustia y en el dolor que lleva a sus espaldas como pesada carga.

#### EPISTOLA A LOS TRANSEUNTES

Reanudo mi día de conejo,  
mi noche de elefante en descanso,

funcional al mecanismo de la economía moderna y autoridad ilimitada en el aspecto jurídico de las naciones, creando un clima represivo de carácter social favoreciendo el nacimiento a los nacionalismos virulentos que, con voracidad feroz, arrollaron en los últimos tiempos los baluartes de la conciencia, con miras a la mejor explotación de la energía humana en pos de una mano de obra más barata. La oposición a esa fuerza ciega, que desconoce sentimientos, y para la cual los ojos no derraman lágrimas, no se hizo esperar, como un resultado natural de violencia individual, desembocando en los grandes movimientos colectivos que torcieron el curso ordinario de la historia, poniendo en libertad de movimientos las reservas espirituales.

Como vemos, el fenómeno se repite sin intermitencias. A un acontecimiento económico o religioso, por asociación de ideas, se le agrega otro de tipo social. Conceptos que el individuo sostenía como principio histórico, se derrumban con facilidad vertical al tropezar con una verdad que tomamos por indiscutible, pero que, establecida, se convierte ya en rémora por impulso de inconformidad. Así fueron desgajándose las dinastías, los imperios y las naciones. Las causas aparentes fueron distintas, pero las reales, tienen un motivo uniforme que es la inestabilidad del tiempo y las cosas, regidos por múltiples factores de diverso orden funcional del espíritu. En poco más de treinta siglos el hombre ha visto agotarse civilizaciones y contribuyó al establecimiento de nuevas formas de vida, de nuevos culfos y estados de conciencia. Así en el orden económico, como religioso o social, renunció a sistemas considerados anticuados para crear otros acordes con su estado de conciencia. En el terreno puramente intelectual, renunció a escuelas filosóficas, poéticas y literarias para ocomodar sus especulaciones conforme con su estado de comprensión de los hechos históricos.

Hasta aquí sabemos lo que fuimos. Trazando una curva, partimos de los albores de la civilización antigua para llegar a este siglo del industrialismo, donde la máquina regula los movimientos de la vida colectiva. Lo que seremos en el futuro está reservado a los poetas, que son visionarios y profetas del tiempo. Como siempre, son ellos los adivinadores de lo que vendrá. Dueños de los secretos del destino, por virtud de la fragilidad humana, son imprecisos y, a veces, inexactos, pero veraces y sinceros porque rompen con los moldes del arcaísmo. Nos prometen un futuro y ese es innegable, aunque confluyen los acontecimientos más dispares. En ese plano está colocada toda la humanidad, acosada por la fiebre inyectada por nuestra civilización industrial que abrió las válvulas del pensamiento.

Nos encontramos ubicados en la cúspide de la edad contemporánea donde el hombre alcanzó un grado de responsabilidad que le sitúa como dueño de sus destinos. A la revolución del espíritu medioeval debemos la adquisición de una conciencia que, en nosotros, actúa sincrónicamente en la vida ordinaria. A la revolución capitalista de hace apenas dos siglos, somos deudores de infinidad de descubrimientos que, si bien se operaron por interés material, constituyeron el aliciente necesario para impulsarlos. Sin redimir a ese sistema de sus crímenes, las fuerzas acumuladas para su desarrollo fueron el germen de hazañas cuya influencia revolucionó costumbres, conceptos e ideas. Negativa por su acción absorcionista, la función del Estado, hubo de ser iniciativa de pequeños grupos la que estableció leyes científicas y verdades históricas sobre cuya base se sostiene el andamiaje del mundo moderno.

Los grandes trasatlánticos, frente a los trirremes; los paquidermos de la guerra moderna, que surcan los mares como sombras piratas, frente a la nave griega de combate; el avión, que rasga las nubes con velocidad superior a la del sonido y la luz, en contraste con el sueño de Icaro; el ferrocarril, las construcciones de altos rascacielos; las comunicaciones inalámbricas que permiten la transmisión de imágenes y emisiones de la voz; el desarrollo de las artes gráficas y la variedad incommensurable de objetos de uso diverso provenientes de los plásticos, derivados del carbono, representan en la vida moderna una realidad indiscutible de valores tangibles a las que no renuncia nuestra sensibilidad. Y, en punto de comparación, con el desenvolvimiento del mundo de ayer, que en nuestro corto recorrido a través de la existencia apenas si cuenta cinco milenios de vida civilizada, el genio no se detiene. ¡Si eso alcanzamos llegando aquí, cómo cerrar los ojos a nuestro destino futuro!

De nosotros atrás queda un camino recorrido que constituye la historia de lo que fuimos. Por delante está todo lo que podremos ser, todo por realizar. En artes y ciencias, hasta aquí seguimos a tientas las lecciones de los viejos filósofos y alquimistas que pretendieron elaborar la felicidad humana y obtener el oro que proporciona las riquezas materiales en el orden de las satisfacciones corporales. A simple tanteo, escudriñando en esas doctrinas, el mundo físico y moral adquirió una independencia de tal magnitud y contornos que, en el curso de los últimos dos siglos, aventajó en conocimientos científicos cuanto el intelecto humano creó en toda su existencia desde la época cuaternaria a nuestros días. Sin establecer un paralelo en cuanto a la eficacia de los descubrimientos modernos, desde el punto de vista de la satisfacción moral concebida en sentido filosó-

fico, que fué preocupación de todas las escuelas intelectuales, podemos afirmar categóricamente que es el porvenir el que nos proporcionará los bienes materiales y morales que el hombre espera desde su nacimiento. Si por cierto todo ello está condicionado a nuestra capacidad, constancia y perseverancia activas a desarrollar, es una verdad incontestable que el futuro está al alcance de las manos, si nuestro corazón responde eficientemente a los latidos de la conciencia.

En materia de arte así lo comprenden los poetas y filósofos contemporáneos. Al establecer una línea divisoria entre el pasado y el presente, han debido aportar, al par que su espíritu crítico, la creación plástica o escrita que demostrara con elocuencia esa superación de métodos con su cúmulo de sentimientos, que son las características que denuncian la obra artística. En este aspecto, ayer permanecíamos estupefactos ante los cuadros de Manet, Renoir y Cezanne. Ellos representaban lo inconexo y desconcertante de sus creaciones frente a las normas clásicas de la pintura. En la actualidad, se renueva la discusión con la pintura picassiana, resistida y confundida porque, a simple vista, se trata de un arte complicado y mecánico. Sus imágenes rebotan ante la vista y es necesario disponer de una gran dosis de voluntad para comprenderlas. Como antes, también ahora rechazamos de primer intento estas novedades y nos negamos a aceptarlas. Siempre ha ocurrido así. El cubismo, frente a las creaciones de un Leonardo, un Miguel Ángel o un Rafael, aparece como un adefesio, sin significado evidente. No obstante, fuerza es reconocer que supone obra de arte, de un arte incomprendido, pero simbólicamente de gran contenido estético.

Referirnos a la pintura picassiana equivale a tomar un punto equidistante del arte moderno que, con sus formas, ha provocado una revolución intelectual, por romper con moldes y prejuicios sustentados como verdades inalterables que, con repetición del fenómeno operado en la técnica industrial de las ciencias mecánicas, alteraron todos los principios históricos con que el intelecto humano se ha nutrido. No sabemos a ciencia cierta a qué constelaciones nos conducirán estos conocimientos, ya que su evolución obedece a un ritmo persistente y continuado, sin interrupciones. Sabemos que nos tienen reservadas sorpresas insospechadas en cualquiera sea el orden en que se manifiesten y que los campos del arte y de las ciencias ya no tienen límites. Y lo que actualmente nos parece abstracto y complicado, mañana nos resultará comprensible y asequible con claridad meridiana. Que lo que aparece hoy como irreal y caprichoso, con graves defectos estéticos, puede acusar condiciones de

# Civilización y Barbarie

**U**NA feliz casualidad hizo que tomara relación con un incaico, Garbi, que pasó unos años recorriendo Europa y países civilizados para, amargado o escéptico, retornar a sus lares, después de sus observaciones finales en ciudades americanas, vecinas, casi, a su añorada residencia de tribu india.

La circunstancia de ser inquirido por un amigo de la tertulia, que distinguiremos por Cívico, me proporcionó la ocasión de transcribir todo el palique, que estuvo muy interesante, lo que motiva su publicación por estimarlas observaciones sinceras de un ser no contagiado de nuestras rutinas, abulias ni preocupaciones de ciudadanos mellados por corrientes sin reflexión ni análisis concretos.

Se comprenderá que no despreciáramos la oportunidad de inquirir en el nuevo amigo, los motivos que le hacen repeler nuestra civilización, sus progresos, sus luminosos avances en todos los órdenes del saber, y especialmente, en nuestras normas y maneras de enfocar y desenvolver la vida, así como los regímenes adoptados y su aplicación.

Entrados en afectuosa camaradería, se le manifestó nuestra sorpresa, tanto más cuanto que, si millones y millones de civilizados, racionales y cultos seres que pueblan los emporios de esplendores, y progresos, y adelantos, y maravillas del Mundo de hoy, o del nuestro al menos, ciudadanos normales y eufóricos, lo aceptamos y gozamos conformados y libres, como no lo admite un ser de agrestes zonas venido.

CIVICO. — Me desorienta, Garci — le dije — tu decisión en retirada. No me explico que rehuses nuestras venturas, adelantos, progresos en el orden del vivir.

GARCI. — No me placen vuestros mitos, la fácil difusión de sicosis turbadoras, los engaños que involucran vuestra resignación y su carencia de sinceridad...

CI. — Pero, ¿es que realmente has hecho una compulsión imparcial y una observación sensata de nuestro vivir?

GAR. — Casi quince años de los vuestros, pasados en distintos ambientes y medios orientándome, observando, juzgando desde mi albedrío vuestra conducta, cultura, apreciación y conformidad de cómo se administra, rige y actúan los pueblos, los gregarios antes, vuestra adaptación a cuanto se os sirve, creo son suficientes para formar un criterio, adoptar una decisión sobre si me conformo con ello o resuelvo irradiarme, no compadeciéndome de vuestra conformidad de resignados, sino condoliéndome del tiempo invertido, el que me obliga a tomar a chacota vuestros lamentos cuando los formuláis y vuestras protestas sin impulso ni perseverancia, de vez en cuando...

CI. — Caramba, esto es ya una crítica a nuestro vivir, ya bastante grave o seria al menos. ¿Qué le hizo venir a inquirir entre nosotros, para llegar a tal conclusión?

GAR. — En los apartados refugios de nuestras tribus, llegaban de cuando en cuando emisarios vuestros en busca de plumas, pieles, semillas, flores, plantas, etc., que intercambiaban por cosas adecuadas a necesidades nuestras. Eran gentes que llamaban la atención en todo, por el contraste con nuestras maneras y costumbres. Ello despertó mi curiosidad y mis impulsos de ver, palpar, vivir todo aquello lejano y misterioso que para mí resultaba su origen. Llegó un momento en que hablaban de matanzas, crímenes, guerras decían entre ellos, la que por lo monstruoso llamó mi atención y despertó más mi curiosidad y ansias de ver. Había cumplido más de setenta estaciones, esto que vosotros llamáis un año cada cuatro, y me creía capaz de afrontar la audacia de curiosear en vuestros poblados, a pesar de los peligros que involucraba tal decisión. Los míos estimaban un peligroso intento y no me concedieron el aval requerido, pero resuelto a realizar mi compulsión, me escapé, junto con uno de aquellos emisarios que me aceptaron, al parecer complacidos...

CI. — En verdad que ello supone ya una audacia estimable en un joven agreste o salvaje, como debía resultar entonces.

GAR. — Mi voluntad pudo más que la afección de los de mi tribu. Salí provisto de algo que pudiera interesar adonde llegara proporcionándome algunos recursos, según me pareció por lo que de nosotros pedían aquellos visitantes de tarde en tarde. Una cantidad de plumas curiosas de vistosos tonos, unas pieles de animales nuestros y algún tejido realizado por antiguos incaicos, todo lo cual, al llegar al puerto de Valparaíso, había desaparecido de mi alcance. Fué la primera muestra recibida de vuestra ponderada civilización, ya que ello me fué robado por aquellos hombres que me admitieron en su barca, negociantes al fin, quedándome en lo puesto, indumental ya de acuerdo a la nueva modalidad, pues mis vestimentas indias las había guardado al sospechar que mis acompañantes se proponían exhibirme como ejemplar raro, no quedando del indio otra cosa que mi facia, pigmentación, pómulos salientes y demás rasgos, que confié irían disimulándose con el tiempo.

CI. — Realmente, su llegada, despejado de lo que podía serle un medio de desarrollo, fué poco promisor.

GAR. — Ya le digo, fué la primera enseñanza de vuestro proceder de civilizados y racionales, el robo, sustracción o pérdida de lo que podía significar mi ingreso a vuestra cultura. Comprendí que



debía orientarme y valerme de mí mismo. Empecé trabajando en un negocio de baratijas, explotado por un hombre cuyo criterio era sólo ganancia segura y para el que yo resultaba una atracción curiosa. Mis afanes eran captar por todo, seres y cosas, lo que inquietaba el motivo de penetrar en vuestra civilización, cultura y progresos en contraste con lo visto y vivido entre los míos. Procuré valerme de mí mismo y una labor ambulante fué una solución de momento.

CI. — No está mal. Valerse uno mismo y ser libre en sus manejos y actitudes, es un avance y un mérito entre nosotros.

GAR. — Comprendí que, si quería observar entre las grandes ciudades de que tenía noticia, era preciso obtener un aval de vuestra cultura. Traté, pues, de conocer a fondo vuestras lenguas, conocer vuestras letras, indagar en vuestros afanes. Aprendí a leer y escribir según vuestros métodos y normas y el horizonte fué despejándose permitiéndome, siempre valido del trafiqueo ambulante en pequeñas cosas, que me desplazara de ciudad a ciudad, de continente a continente, compulsando costumbres, criterios, maneras y conductas, siempre observando en las masas, pueblos, esos conjuntos-ciudades que, en rigor, no merecen la pena de ser tomados en serio.

CI. — Cómo eso... En nuestros pueblos hay siempre un fondo de superación y un espíritu libre y libertario...

GAR. — Puede... Pero yo no lo capté jamás en perseverancia.

CI. — ¡Oh, Garci!... Te admiro, pero a la vez te compadezco, pues no nos comprendes...

GAR. — Gracias... Pero no envidio vuestros supuestos placeres, ni acepto vuestras intermitentes venturas...

CI. — ¡Pobre Garci!... No supiste comprendernos de momento.

GAR. — Vi en vuestras nutridas ciudades, maneras y costumbres, culturas y conductas, algo que contrasta con lo vivido en mi medio...

CI. — Y ese algo, no mejoraba tu concepto?

GAR. — Todo lo contrario. Contando vosotros con amplios y bellos panoramas, con extensiones de naturaleza vivaz y fecunda, prefería morar en nichos o jaulas rascando el cielo, siempre en pelotones, masas, gregario rebaño; os desplazáis enjaulados, sin gozar de las bellezas de Natura y sus matices, conjuntos, accidentes, líneas, planos, horros de sensibilidad emotivo, y seguís satisfechos en vuestros tugurios de lujo o de miseria, destinando las noches para saturaros de sensualismos bestias y morbosos entre lupanares, lenocinios, prostibulos, borracheras de champán, whiskys y alcoholes, o metidos en ruletas, cabarets, «boîtes» donde el sentido humano desaparece con degeneraciones que la razón rechaza y condena. ¡Vuestra civilización! Luego los destartalados avatares de uniones matrimoniales a base de fraguadores de hijos que molestan a los padres que no saben serlo, engendrados en orgías de vicio, a las madres de maternidad fallida, hijos criados al azar, que recibirán de la calle o de los internados, una formación sin amor ni voluntad. Matrimonios de

conveniencia y especulación pronto convertidos en divorcios, adulterios, prostitución, todo lo cual se enlaza con el hampa ciudadana, los vicios de todas clases, estafas, robos, crímenes, pasiones bajas y cuanto orla vuestra ponderada civilización...

CI. — ¡Oh, Garci!... Al retornar a tus selvas marañosas, anulas tus inquietudes de posibles sugerencias que te libran del estado sometido a pobres medios en bosquedades salvajes y en contacto con las bestias, en soledades agrestes, en reducidos parajes, con tus mismos semejantes, también sujetos a lo esquivo y de reducida visión.

GAR. — Es comprensible este vuestro opinar escuetamente de civilizado. Pero yo, bravo y duro, no tengo el mismo concepto, y me hace gracia vuestra resignación y conformismo.

CI. — Quieres decir que no te interesó lo nuestro, a la vez que significa diferencia de criterio, y que lo civilizado y lo cuerdo no te plugo... Que te sientes más afin con lo bárbaro y salvaje que domina y se afirma en la jungla...

GAR. — ¡Estimado contendiente!... Mejor pienso que se debe a preconceptos morales de toda la nuestra especie... Vuestra civilización lo es de camuflage...

CI. — ¿Conceptos morales, dices?... Si los nuestros no pueden ser superados por estar siempre en progreso.

GAR. — Entonces, serán preceptos en relación con la vida, la eterna supervivencia como una razón de especie, el aprecio que como humanos nos debemos.

CI. — ¡Esa es buena!... Bien sabes que en todo eso nosotros, civilizados, racionales y conscientes, no podemos ser vencidos por nadie, y menos por hordas morando en la selva. Nuestra organización, nuestro vivir en ciudadano, nuestro constante bregar para conservarnos libres, placenteros, plenos de comodidades, confortables, tranquilos y satisfechos, como bien lo habrás notado andando por paseos y avenidas en pleno hervor ciudadano, en nuestras grandes poblaciones en ascensión de lujo, de tráfico inmenso, gozoso de las venturas derivadas de la ciencia que descubre día a día felicidad y contento, empleando el tiempo sobrante en competencias, torneos, estímulos de orden físico para nosotros, racionales, y matizando el ajetreo del trabajo en equipo, que la industria y el comercio, la administración pública y el orden político demandan subrayando todo progreso, nada te dicen mi Garci?... ¿Tanto esplendor y ventura, tu atención no merecen?...

GAR. — Si me diran, ¡oh, Civi, juzgado por mi pensamiento y deduciendo observaciones!... Bien anoté el contraste entre lo aparente o supuesto y la realidad del comportaros y actuar que os hace desconocer vuestra decadencia, de siglos y siglos en ascenso, a pesar o tal vez a causa de tanto saber, cultura, progreso que poco aportan al bienestar común y a la eficiencia y realidad derivada de vuestras revoluciones fugaces proclamando libertad, igualdad, fraternidad y derechos humanos, no realizados en parte alguna.

CI. — Dime, pues, tus dudas o críticas si las merecen.

GAR. — Intentaré complacerte sin aspirar a convencerte, saturado como estarás por los mitos y sicosis ambientes.

CI. — Escucha... Estoyme atento y confía, mi Garci, que tu parangón será difícil abata nuestros progresos.

GAR. — Nosotros, los pobres hijos de la selva, de las hordas y las tribus, indica que satisfechos en bosques y marañas vivir solemos, nos apenas de todos los desvios vuestros que venturas os parecen...

CI. — ¿Desvios, dices?... De verdad que no te entiendo.

GAR. — Si, desvios que de siglos os mantienen sometidos, esclavizados, suspensos en lamentables engaños, en fetichismos abyectos, sicosis de cretinos, mitos, dogmas, tontera a que nosotros, los salvajes, según opináis, no hemos caído nunca a pesar de nuestra ignorancia, nuestro regresismo y la cortedad de alcances que nos adjudicáis... Vosotros civilizados, cuerdos, atentos a todos los adelantos y progresos, sois en verdad inconscientes, moráis en perenne barbarie, a pesar de tanto orgullo, ciencia tanta y progresos...

CI. — ¡Esa sí que es buena!... Si elevamos la vida y el vivir a la quinta esencia, día a día...

GAR. — Día a día, os saturáis de esclavaje, os nutris de pedantismo, os orláis de nulidad, hacéis dejación de vuestro YO y soportáis el domi-

nio de un cretinismo, idiotez y abulia, que se notan por todo, cual si ello fuera toda la felicidad.

CI. — ¿Qué pudo concebir tal cosa de nosotros?

GAR. — Toda vuestra actuación y norma de vida.

CI. — No te comprendo, en verdad.

CI. — Nosotros, hijos de horda tan mal considerada en vuestros medios, habitantes de la selva, integrantes de la tribu, no podemos admitir vuestra conformidad con las matanzas entre pueblos, con la existencia de pandillas de asesinos legales que armáis adrede y mantenéis como matones ociosos y prepotentes. Y nos sentimos doloridos por la inconsciencia que un comportarse con la educación y conducta de vuestros hijos, les suministráis herramientas de matanza, símbolos de exterminio en sus juguetes, formando así su predisposición al mal, y eso, lo que es peor, lo mismo el ignorante que el letrado, el docto que el analfabeto, el rico como el pobre... No aceptamos el parasitismo teológico integrado por docenas de religiones y millares de oficiantes y cultores vagos, que os toman el pelo con sus ritos y sus mitos, con sus historias y burdos cuentos de esoterismos y burlas, que engullís resignados... No necesitamos la fauna de leguleyos, magistrados, políticos y mandones que os imponen conductas, regimenes y os dictan normas fácilmente burlado todo por ellos a vuestra satisfacción...

CI. — Olvidas que la organización y progreso sociales, necesitan de directivas que las respalden y concreten.

GAR. — Ello es, precisamente, la anulación del valor y actuar del hombre como tal, como humano, como entidad valiosa en el conjunto, en la comunidad afectiva si la hubiera. Convirtiéndooos en gregarios, en rebaño, en masa, perdéis toda calidad de positivo valor propio. Y aceptáis todos los sistemas y métodos que os regalan, todos los colores y matices, en procura del menor esfuerzo, cual si uno a uno nada significárais.

CI. — ¿Entonces, todo nuestro tinglado orgánico y métodos de conducta, nada te dicen?

A. ROSELL

(Continuará)



## Humanismo

Mentira la civilización sin entrañas, embuste la sabiduría sin sentimiento.

Para medir el valor real de los pueblos e individuos, no sólo se les mira funcionar el cerebro: se les oye latir el corazón.

M. González Prada

VERSIONES

por DENIS

# EL BURGUES

Un hombre que no tiene una palabra mala ni una acción buena.

**E**RASE un burgués que no lo parecía, que se esforzaba por no parecerlo.

No explotaba a nadie directamente: ya se habían cuidado sus antepasados de ese menester. No tenía campos ni fábricas donde otros hombres trabajaran para enriquecerle. Salvo algunas fincas urbanas, de las que percibía realmente escasas rentas, no era propietario de nada: sólo de acciones, innumerables, en innumerables empresas, nacionales y extranjeras — eso de las fronteras es cosa de la plebe y para la plebe —. Llevaban a cabo la explotación hombres que no conocía, sobre hombres que le eran desconocidos. Sus manos estaban limpias. Y, para él, también su conciencia. Porque hablaba, cuando era pertinente, de conciencia, cosa que, con otras muchas, había llegado a ser baratita, baratita.

Tenia dos hijos — eso de la familia numerosa es también propio de la plebe —, que se preparaban para ser tan burgueses como él, y para parecerlo menos aún que él. Uno estudiaba filosofía, el otro música. No porque tuvieran vocación, uno ni otro, por aquella ni ésta: simplemente porque no les era necesario estudiar nada útil, porque podían permitirse el lujo de estudios desinteresados, que tanto lustre dan cuando no se tiene que vivir de ellos. Para sus dos hijos, como para el burgués, la ingeniería, o la medicina, olían desde lejos a burgués, a profesión que se elige para partir a la caza de dinero. Ellos lo tenían ya cazado. No tenían por qué ensuciarse en quehacer que ya sus abuelos habían realizado, y que ahora no sabían quién realizaba para ellos.

Tenia el burgués también una mujer legítima: la madre de sus hijos, y tal o cual aventurilla por ahí. Otras aventurillas, de la juventud, le habían dado hijos que no quería, y que pronto, con un poco de dinero, no mucho — no era derrochador —, se había quitado de en medio: testigos impertinentes. Todos habían partido, con sus madres, lejos. Temerosas éstas, que al cabo habían conocido al burgués, de que la aventura acabara con ellas en la cárcel: de la cual el burgués parecía tener las llaves, como de no importa qué otros lugares.

La mujer del burgués era como cortada a su medida: casera, nada derrochadora, se contentaba con una sola criada, persona, decía ella, como de la familia. Y era realmente como de la familia, si no para el goce para el trabajo. Nunca por mucho tiempo. Pronto escapaba a buscar familia menos dura. O era echada, antes de que averiguara don-

de se había metido, o precisamente por haberse metido, o porque la habían metido, en enredo inextricable.

Temía la mujer del burgués que sus hijos, ya mayorcitos, cayeran en brazos femeninos que pudieran arrastrarles no sabía a qué camino de perdición. Para evitarlo, les empujaba, pudorosamente — era, como su marido, un modelo de virtudes —, a los brazos de la criada de turno, empujada también, con no menos pudor, a recibirles en ellos: a los dos, no a éste o a aquél. Buscar otra criada para ese menester habría sido excesivo, y absurdo. A veces la combinación, tan bien preparada, daba resultados desagradables, a pesar de haber tomado todas las precauciones de rigor. La muchacha, con los resultados, antes de que éstos fueran manifiestos, partía, bien aleccionada — bien atemorizada —, para no reaparecer, cualquier giro que tomara su vida, y la otra vida que en ella llevaba.

Sospechó una vez, con fundamento, la mujer del burgués, que era obra del burgués lo imprevisto que sucedía. Compartía éste, en efecto, con sus hijos, a escondidas, el lecho de las criadas, y no tomaba precauciones, no podía pensar en tomar precauciones. Ni quería: habrían malogrado todo su placer. Era, para su mujer, aunque la moral no sufría, puesto que todo se hacía en privado, motivo más que sobrado para divorciarse. Pero el pensamiento sólo del divorcio constituía para ella escándalo insufrible. Se contentó con dar a su marido, en privado, en el más absoluto secreto — todo antes de que la moral sufriera —, escándalo memorable. Pronto por él olvidado: en cuanto apareció en la casa otra criada joven, guapa, buscada por la madre para los hijos, buscada por la madre con el noble propósito de que los hijos no tomaran camino de perdición.

Iba el burgués a misa, con su mujer, todos los domingos, y todos los días de fiesta señalada. Y aunque alguna vez, en el trayecto de su casa a la iglesia, que hacía a pie — no tenía coche, que para nada le hacía falta, y porque era enemigo del lujo —, y en la puerta de la iglesia, se olvidaba de dar limosna a los mendigos, con todos hablaba, interesándose por su suerte, deseoso de saber cómo habían llegado a tal extremo de pobreza. Sonriente, como si hablara con un igual, y hasta estrechándoles en alguna ocasión la mano. Era — todo

«Mirad, Sancho — dijo Sansón — que los oficios mudan las costumbres, y podría ser que viéndoos gobernador no conociérais a la madre que os parió».

« QUIJOTE », cap. IV



el mundo lo decía — un cristiano ejemplar. A no importa quién se dirigía como a un hombre no inferior a él; todos eran para él hermanos: que estuvieran en desgracia no les privaba de sus palabras, ni de sus consejos, ni de algo que a su juicio valía mucho más: sus sonrisas, dulces, dulces. No, dulces, no: dulzonas, melosas, casi repugnantes.

Enviaba de tarde en tarde el burgués a los periódicos, que no le negaban sus columnas, como si fueran suyos — tal vez lo fueran, en gran parte, como muchas otras cosas que no parecían suyas —, artículos que la crítica — como si también fuera suya — juzgaba encomiásticamente. Porque hasta la crítica hablaba de ellos. No los prodigaba — no era pródigo en nada —, y había quien se lamentaba de que un pensador como él fuera tan parco en aleccionar a las gentes, tan necesitadas de aleccionamiento. Sólo cuando algo fundamental, para él, estaba en peligro, se decidía a coger la pluma. Sólo cuando había que salvar de una catástrofe inminente a la sociedad en que tan bien se hallaba, trazaba en un folletón — siempre sus trabajos se publicaban en folletón — no una defensa de la sociedad — habría sido demasiado torpe —, sino una deefnsa de los valores supremos: la religión, la moral, el orden, la verdad, en fin, e indicaba el camino que había que seguir para salvarlos. No había más que uno: volver al Espíritu. Lo escribía con mayúscula, para que se destacara, y decía qué era y qué no era el Espíritu. Acaso sabía qué era, y mucho mejor qué no era, por toda su vida, negación permanente del espíritu. Sonaban todas sus palabras, por la negación del espíritu que era su vida, para cualquier lector atento, a hueco. Pero los lectores atentos eran pocos. Podía pasar el burgués, y pasaba, por pensador. No había en sus folletones otra cosa que defensa de lo existente, que le hacía la vida tan fácil, no del espíritu, ni con minúscula, ni con mayúscula. Era su prosa infecta. De fariseo. Del peor de los fariseos. Más que la hipocresía, con ser en ella eminente, brillaba en ella el cinismo. Un cinismo sin nombre. Porque no se veía. Porque engañaba a los ingenuos. Porque hacía creer a los ingenuos que el burgués no era burgués. Porque llegaban a juzgarle desasido de todo y en espera de confundirse con los mejores en comunidad fraternal. Era para ellos un hombre del mañana — de un mañana en que



soñaban sin acertar a dar un paso hacia él —, hundido en el hoy contra su voluntad, y deseoso de libertarse de ese hoy. Todo lo despreciaba, menos el espíritu. Quería ser hermano de los hombres. Aguardaba que los hombres se alzaran hasta él para abrazarles, para ser uno con ellos, para sentir con ellos aquellos valores que defendía, que no eran valores particulares de él, que eran valores de todos.

Si algún crítico se atrevía a señalar la oquedad de las palabras del burgués, no tardaba en encontrarse solo y desarmado. En ningún lugar se encontraba ya hueco en un periódico para él. O tenía que conformarse en expresar su pensamiento en publicaciones de escasa circulación, o que callar. Era como callar decir lo que pensaba en las publicaciones en que habrían tenido cabida sus juicios, redactadas y leídas por unos cuantos, por nadie escuchados: hombres como al margen de la sociedad.

El burgués, que hundida la sociedad, tan agradable para él, por inesperado cataclismo revolucionario, habría renacido de sus propias cenizas para seguir siendo el mismo burgués que no parecía ser, para seguir diciendo las mismas cosas que decía, para seguir siendo el pensador que era, para seguir sonriendo a no importa quién, para seguir viviendo la vida incalificable que vivía, fué al fin retratado, de cuerpo entero, por uno de los críticos de escasa audiencia. Escribió éste, sin saber acaso hasta qué punto retratando a un hombre retrataba a muchos:

«Es un hombre que no tiene una palabra mala, ni una acción buena.»

«Tengamos la alegría de ser rebeldes a las malditas candilejas apestosas de énfasis, acumuladoras de aplausos de gentes bien ce-nadas».

«QUINET», de F. Alaiz

# CIENCIAS y MITOS

La gente dada a la búsqueda de maravillas, siempre está dispuesta a dejarse llevar por la fantasía, mas por no caer en el ridículo de las ciegas creencias y ponerse a tono con el prestigio de la ciencia, no duda en anteponer ésta a las conjeturas y a las adivinaciones. Así ya tenemos un catálogo de **ciencias conjeturales**, que nada o muy poco tienen que ver con las ciencias experimentales y aplicadas. Mientras éstas se universalizan y adquieren categoría para extender el conocimiento y hacer lucubraciones o hipótesis que pretenden entrar en lo oculto, no dejan el ambiente nebuloso, donde se establecen grados, jerarquías de iniciación, hasta llegar a la consagración magistral.

Decir ocultismo significa fantasía imaginativa, en la que descuellan los temperamentos crédulos, los débiles mentales, y prolifera substancialmente la fauna abundante de los charlatanes y de los que medran profesionalmente con sus oráculos, sus profecías, sus prevenciones y sus «enseñanzas».

Enumerar todas las ramas de este árbol a cuya sombra se cobijan los ingenuos, los cándidos y los obsesos, para escuchar las mágicas palabras de los taumaturgos, equivaldría a un estudio largo y no exhaustivo de las doctrinas espiritualistas, de su origen, de su persistencia y de sus proyecciones sociales irracionales, que retardan el triunfo de lo razonable en la convivencia y mantienen la fe en lo «sobrenatural» o «superhumano», donde se pierde el hombre que divaga siempre y nunca realiza lo concreto en su modesto plano biológico.

Las mayores extravagancias e insensateces se acumulan en ese mundo del ocultismo y no hay elemento que no haya sido aprovechado por los descubridores de la luz interior o esotérica. Esta claridad de los iniciados, cuando se transmite al vulgo por los medios exotéricos, suele dar los frutos de un empirismo pueril, de ensueños fantásticos y de las siempre necias supersticiones.

Por más que se intente dar un cariz científico a todo ese tratado de divagaciones absurdas o de hipótesis más o menos razonadas, ellas no pueden pasar de la calificación de «artes adivinatorias».

Las pretensiones de la metapsíquica son aceptables cuando ellas encuadran en las ciencias incipientes de la psicología, psiquiatría, biología y sociología y en sus métodos de investigación humana y no divina. En cuanto se desvían de lo concreto y se pierden en lo conjetural, ya se hallan en pleno delirio mágico.

Astrología, teosofía, espiritismo y todos sus innumerables derivados no pueden ser sino reacciones contra el progreso del materialismo científico que penetra paulatinamente en los enigmas del universo y desgarrar los velos del ocultismo para

dar al hombre un concepto puramente racional con que mejorar su vida individual y social.

Son muchos los que tienen interés en que perdure la creencia en lo maravilloso. Si la especie humana puede llegar a la cumbre de su raciocinio, por medio de la ciencia y su técnica, todos los magos están llamados a la desocupación. Y por extensión universitaria verdadera, se llegaría a prescindir también de todos los que cultivan y viven de las creencias. Y aún más, los políticos y sus salvadores gobernantes serían declarados innecesarios, con todo su régimen de esbirros y de soldados. La autoridad caería en el más absoluto desprestigio y ya nada sería confiado al engaño y a la fuerza de sus servidores.

Aunque éste ya sea un tema aparte, se alude a él para proyectar una tendencia libertaria del hombre hasta llegar a la comprensión anárquica de la vida. Y ante esta concepción ¡cuán ridículas e ineficaces resultan todas las artes adivinatorias!

De todos los elementos se ha valido el hombre para cimentar su poder de engañador o su sumisión de engañado: los astros, los muertos, las aves, las manos, los intestinos, el ombligo, la membrana amniótica, el himen, la fisionomía, las cartas, y mucho más, son «libros de revelación» para el que sabe leerlos. En las anécdotas de tales sistemas de **abracadabra** (espíritu, padre de la palabra), o de **agla** (sigla de las voces hebreas **athah, gabor, leelam, adonal**) que quiere decir: «Eres poderoso, eterno, Señor»; se descubrirá siempre el aderezo místico, espiritualista y divino en que la razón razonante queda excluida para dejar cómodo espacio a la credulidad.

Los que no quieren aparecer como supersticiosos suelen desechar teóricamente lo grotesco de la adivinación y se desviven por el estudio práctico de otras manifestaciones del espíritu invisible. Son paladines ardientes del dualismo y lucubran siempre entre cuerpo y alma. Admiten, por ejemplo, la grafología, y la llaman ciencia conjetural. Este arte adivinatorio está corrompido como todos los de su clase. Sin negar en absoluto que los rasgos de la escritura puedan revelar algo del carácter del que escribe, se ha de tener presente que el individuo, hecho a la simulación, puede falsear perfectamente la grafía y más si sabe que será sometida a examen. Por muchos elementos de juicio que aporte la grafología, todavía le falta mucho para llegar a ser considerada como ciencia y menos como exacta.

Las conjeturas espiritualistas, en cuanto no se separen de lo material innato y no sostengan la existencia incomprensible de poderes metafísicos, de orden divino, son aceptables, pero nos parece insensato que, teniendo el hombre un problema inmediato, pierda el tiempo en divagaciones ultra-

Estampa odiosa

# NARCISA

**Q**UIEN mata sin otra arma que la lengua y lo hace con premeditación, disfrutando su gozo en este juego, por más que al dictado de la verdad obre, bajeza de sentimiento acredita. Hay muchas maneras de matar y no siempre chorrea hacia fuera la sangre: la que cae por dentro anega el alma y no escandaliza.

Esta mujer ha matado incruentamente sin arma blanca ni de fuego: con la lengua. Ha hecho una muerte horrenda con la verdad revelada. Como su crimen no está catalogado en el Código, vésele campar por sus respetos. Sobran leyes —aseveración de Spencer— y falta la que castigue el crimen espiritual, cuando se levanta una verdad percutiente que asesina.

★

Al tener Narcisa noticia de su drama, sintió como si le apretaran con una llave maestra el corazón y que todo entero se le anochecía. Olvidó el mandado que iba a hacer y entró en su casa acezando. Estaba por dentro inflamada. ¿Se apaga la sed que produce la desgracia con el conocimiento de los detalles? Narcisa, muchacha imaginativa, de las que a tientas leen cuanto cae en sus manos, ya no tuvo cabeza más que para cerciorarse. Cerciorarse que es hacerse tiras, obedeciendo a

terrenas, metapsíquicas o cósmicas, que retardan o distraen el planteo para vivir mejor en este planeta que hollamos infelices y angustiados sin poder ubicarnos cómodamente en él.

El primer obstáculo a la expansión natural del hombre lo hallamos siempre en las restricciones autoritarias, que impiden, como fieros cancerberos, dar luz y aire al pensamiento y al sentimiento. ¡Que todo se discuta, que todo se propague, que nada quede en la penumbra o en lo oculto tenebroso, que la crítica se ejerza sin cortapisas, con todos los medios de que dispone la libre circulación de las ideas y del conocimiento, que no haya capillas ni sectas, ni iglesias, que no haya fronteras, que la experiencia universal se manifieste ante las tradiciones o ante las novedades!

Mientras esto no ocurra, y quizá jamás lo verá la sociabilidad, seremos relapsos, incrédulos, y nos negaremos a aceptar cualquier proposición indemostrable que no tenga consenso universal.

Primero lograr el equilibrio del hombre social a fin de que pueda vivir y prosperar; después vendrá, si es que viene, todo lo que la imaginación y la metafísica puedan proporcionar al análisis exhaustivo del raciocinio. Nada más ni nada menos.

COSTA ISCAR

un estúpido masoquismo. Acercóse ansiosa a la madre que trajinaba y le espetó esta pregunta:

—Mi verdadera madre ¿quién es y dónde se encuentra? ¿Quién es y dónde se encuentra mi padre? ¿Por qué usted se tiene tan guardado el secreto?

—¿Eh?

—La «Golosa» me lo ha dicho.

—¡Cazcalera, andorrera, puta!

La «Golosa» tiene un hijo mozo, vagamente enamorado de Narcisa, a su vez enamorada de otro. Quizá el hijo no toma el desaire tan a pechos como la madre. «A ésa — ¡mialas! —, más que ría por fuera la tengo de hacer llorar por dentro. Y tal fué que la apuñaló, anocheciendo, con el arma que más daño hace.

Sin decir ¡agua va! volcó sobre la muchacha el tiesto de las puercas heces humanas y la caló toda. «Hija de tu pretensa madre, no; de su hija sin honra, quien desocupado el vientre tomó las afusas y aún no ha vuelto. Por si en cuenta te lo pide tu padre, cuyos son tus ojos, no hables mal de Mahoma, ni mientes la soga en casa del ahorcado en presencia de tu abuela, que tu madre se dice. Siquiera lo que viene de mi mata trasciende a limpio...»

★

Malos pensamientos de la vieja. Planes de la joven descaminados. Obsesión que impide los movimientos del alma hacia lo noble. Consulta con la almohada, a la que se obedece sólo cuando aconseja a siniestras. Pravas ideas en atroz zarabanda. Perdimiento de la cabeza. Pródromo de locura. Y los genios malignos triunfantes azotando la prensa para que el baile no cese.

(La anciana, sentada en un banco de la cocina cerca del hogar, con las manos cruzadas sobre el halda y la cabeza hundida en el pecho, está como petrificada, al escucho de sus revueltos pensamientos. No hay otra luz que la débil de una bujía que cuelga de un cordón, tan sucia de las moscas que apenas alumbraba, un caldero pendiente del llar encima de unos tueros que hacen humo).

Habla a voces la vieja:

— ¿De qué sirve empollar, si las crías huyen así que pueden valerse de las alas? La hija en seguimiento del hombre falso y la nieta....

Si, señora; la nieta por una verdad infame, digna de ser mentira.

PUYOL



# El soberano y los educadores

**A**l hablar del soberano, hablo del individuo, del hombre. No hay otra soberanía efectiva y natural. Las demás son postizas, falsas y antinaturales: artificiosos inventos que en nombre de la moral, de la ley o de la conveniencia de Iglesias o partidos, pusieron en circulación los que pretendieron sojuzgar a los pueblos constituyéndose en jefes.

Y soberano no es rey, que un rey no es un hombre libre, sino un esclavo de mil ideas diversas de mil voluntades extrañas. Soberano es el individuo que, teniendo conciencia de su valor, ni acepta mansamente que los déspotas lo hundan en la condición de esclavo, ni consiente que las masas le obliguen a pertenecer a la clase de los amos. Posición rara y difícil, pero única posición anárquica, porque no existe otra en la que se pueda conservar la soberanía, ni en la que se pueda saborear el goce de los goces: sentirse soberano en lo más íntimo de la conciencia y esforzarse en conservar la soberanía sin tener en cuenta que de la dignidad se ha hecho mercancía y que en la gran feria de las vanidades se entregan los chalanes a la compra de hombres sobre los que encaramarse para brillar.

Y no es solamente en la plaza pública donde, para vergüenza de la especie, los que quieren brillar se entregan al chalaneo, vociferando cada uno las propiedades milagrosas de su bálsamo y vituperando de mil groseras formas al competidor. En la prensa, que debería ser modelo de bien decir y mejor pensar; en la tribuna, donde sería necesario que las palabras tuviesen el son puro, claro y limpio que tiene la belleza, ya que la bondad es su mejor atributo y la pureza es el encantador e ingenuo adorno con que los nobles pronuncian sus arengas; en el libro, que en tiempos no lejanos recogió los mejores corazones y los pensamientos profundos y alados con que el genio nos deleitó; en las academias que, apartadas del fragor de las batallas, habrían de ser refugio de estudiosos y pensadores, también se chalanea, también se conspira contra el soberano, dedicándose todos a mutilar al hombre para encerrarlo en los estrechos límites que toleran al pensamiento sectas, religiones, partidos o grupos.

Existe una clase, posiblemente la única bien definida dentro de nuestra especie, porque va marchitándose en ella la virilidad creadora, que es la encargada de mutilar a los individuos podando su inteligencia de todo brote de rebeldía, de independencia, de originalidad. Es la clase a la que pertenecen los que a sí mismos se llaman pomposamente educadores con objeto de que no se les descubra que en la educación, que los amos

pagan y ordenan, hallaron el codiciado pesebre en que satisfacer sus apetitos.

Cada educador que sirve a su amo, por lo cual odia toda manifestación de tiranía, trae bajo el brazo el decálogo que le indica la norma a seguir. En aquel están escritos los mandamientos de un dios cruel y en éste las leyes de un gobierno despótico; en el uno los órdenes de un partido atrabiliario y en el otro las imposiciones de una secta estúpida. Y mandamientos, leyes, órdenes e imposiciones, que son conjuras contra el soberano, contra el individuo que quiere ser libre, es decir, los torcedores de las voluntades individuales, los domesticadores de hombres.

Porque ¿qué es y qué significa educar, qué equivale a doctrinar, sino hacer depender la vida de una doctrina, obligando a que el curso del vivir quede sujeto a un proyecto que es casi siempre un prejuicio? Educar es imponer a un sujeto extrañas soberanías, transformando al individuo de soberano en súbdito, de señor en esclavo, de dueño de sus destinos en siervo de sus creencias.

Quien habla de educación pronuncia, sin nombrarla, la palabra disciplina. Son sinónimas, hijas de la misma madre. Y a tan augusta familia, como nacida del mismo infecundo vientre, disciplinar y domesticar son tres hermanas gemelas, de las cuales la primera tiene por objeto y fin arrancarle al hombre lo que en él hay de valor; su afán de originalidad, sus justas ansias de independencia, su sueño eterno de autonomía, ayudándole en la tarea las otras dos al preocuparse de que el individuo ame de grado o por fuerza, lo uniforme, lo regular, lo servil, transformando la mentalidad de tal suerte que el gusto de libertad del soberano, del hombre, haya sido reemplazado por el antinatural de sentirse, a gusto, esclavo. Porque se educa para el ejercicio de la autoridad y para que sea aceptada mansa y resignadamente la castración de que ha de hacerse víctima a todo doméstico, ya que el ejercicio de



la libertad, función natural de todo organismo sano, no necesita de educación previa.

Los primeros regimientos que forman los déspotas cuando se horcajan sobre los pueblos, son los de los educadores, dándoles amplios poderes para que, como buenos mercenarios, se entreguen al saqueo de conciencias, al rompimiento de voluntades, para entregar a los hombres, vencidos y humillados, en manos del dictador. Y para llevar a cabo tan infeliz tarea, ocupan posiciones desde las cuales es fácil hacer pasar la impudicia por virtud, sin que los amos se preocupen grandemente del caudal de ciencia que sus servidores puedan poseer, sino de la mano dura con que han de forjar en el yunque del dolor las mentalidades esclavas que abominarán de su propia libertad, de su augusta soberanía, para proclamar como soberano de la vida, por envenenamiento de sus conciencias, a cualquier dios o a cualquier déspota.

Por eso fué considerado como axioma pedagógico el infame proverbio de la **letra con sangre entra**, abrazándose a él todos los educadores de todas las escuelas filosóficas, religiosas, políticas y sociológicas que vieron con malos ojos al hombre soberano, y por eso se aumentó el dolor en la tierra, ya que los que debieron ser enseñadores de verdades para hacer grato el vivir, se dedicaron, impiadosos, a martirizar a la humanidad.

Porque distingamos: educar es constreñir, obligar, sujetar y moldear; enseñar es ayudar. Los déspotas educan; deformando la personalidad; los hombres libres enseñan, procurando que no sufra menoscabo la individualidad. Los unos, al destilar odio sobre los corazones, hacen doloroso el vivir; los otros, al hacer que renazcan en los hombres la esperanza y la alegría, de los corazones yertos extraen jugos de amores. Por eso los déspotas, al educar, quitan, roban y mutilan; y los

hombres libres, al enseñar, dan. Con los hombres educados, vale decir, deformados; se empreñan las guerras contra el soberano; con los que conservan intactos sus instintos vitales de libertad, por lo cual se niegan a formar parte del rebaño, se llevan a cabo las revoluciones que transforman la vida.

Todo educador es un hombre cruel que siembra a manos llenas el dolor. Posiblemente sean los educadores los únicos hombres crueles. Cruel fué Ignacio de Loyola; crueles, Calvino y Lutero; friamente cruel fué Robespierre; ¡Platón estuvo más allá de toda dureza, de toda inflexibilidad, de toda crueldad! Todos los que obraron y obran en nombre de una divinidad, llámese ésta Dios, Sociedad o Estado, fueron y son crueles. Aman a su dios; desprecian al soberano. Friamente cortarían todas las cabezas si supiesen que en ellas existían pensamientos originales, porque todo lo original tiene olor a pecado, a irreverencia, a delito, a insurrección, a rebeldía.

Y, sin embargo, únicamente en lo original tiene manifestación cabal la vida, y lo original no es jamás el producto del pensamiento de la Iglesia, del partido o de la secta, ya que las instituciones no piensan: lo original es lo personal, lo individual, lo que descubre, inventa o crea el soberano, el individuo en libertad. El subordinado, el domesticado, el educado, no puede hacer otra cosa más que aceptar la regla moral; ni se levantará contra su jefe, ni abominará nunca de su secta, ni se asomará al balcón del mundo para contemplar con sus ojos la vida ni se entretendrá en comprobar si suena a falsa la religión que profesa. Esta, que es labor del hombre, la prohíben los educadores. Como el fraile, en donde ven una luz, soplan.

MIGUEL JIMENEZ IGUALADA

## LA VIDA EN SOCIEDAD

*"Cuanto más leyes hay más mala es la República"*

Montesquieu

## Parábolas de Han Ryner

# El manantial

**E**N su vejez, el azar de sus andanzas hizo venir de nuevo a la tierra griega al filósofo Psicodoro. Por lo tanto, su renombre habiendo esparcido la noticia de sus viajes y proclamado su sabiduría, muchos hombres fueron a verlo. Algunos lo acompañaban por todas partes, haciéndose, un poco a pesar de su voluntad, discípulos suyos. Otros, le escuchaban curiosos durante una hora, un día o una semana; luego se alejaban, levantando la cabeza de piedad o de admiración.

La mayoría, al volver a sus casas, declaraban que las palabras de Psicodoro eran incomprensibles como oráculos y que, aun mejor que Foibos, el filósofo merecía el nombre de Tortuoso. Y los ingeniosos griegos que aman los enigmas, acudían para escuchar al sabio y para ensayar de abrir sus cerradas palabras.

Pues no daba directamente consejos para la conducta de la vida o no decía verdades prácticas. Pero, cual un poeta o como un anciano inclinado hacia los niños, contaba fábulas y mitos. Lo más a menudo omitía de despojar la lección de su envoltura ingeniosa y muchas sólo escuchaban los relatos que les divertían.

Y, si se le interrogaba, su respuesta comenzaba casi siempre con esta recomendación:

— Escuchad una parábola:

Un día, entre los que escuchaban, se encontraba otro filósofo. Sentado cerca de Psicodoro, Licón, con la cabeza inclinada, escuchaba con seriedad, y mientras tanto, la punta de su bastón dibujaba en el suelo misteriosos signos. Al centro de aquellas líneas se veía una figura que parecía la del orador, pero tenía un dedo sobre sus labios cerrados.

Cuando Psicodoro calló, Licón, el viejo sabio que muchos creían mudo, preguntó:

— ¿Por qué hablas?

Y sin esperar la respuesta, continuó:

— Nada tan inútil como la palabra. Y nada, a veces, tan malo. Las palabras que tú dices, son para las orejas vecinas, ruidos extraños y vanos. El sabio habla a los hombres, con las palabras de su lengua, idioma que ellos no comprenden. Sus palabras tienen un sentido lleno y noble; pero el espíritu de la mayoría de los hombres, recipiente de cuello estrecho, solamente deja penetrar los sentidos cuando han sido ya vaciados de su contenido. Y en la vasija infame fermentan fetideces tales que lo que en ella cae se vuelve podredumbre. Más de una vez, ¡oh, Psicodoro!, las máximas que tú noblemente habías dicho, las he oído yo repetir para justificar o glorificar gestos viles. Y ya tiemblo por haber osado también yo algunas



palabras. Pues tal vez el noble precepto había contribuido a determinar el gesto vil.

— Como el rayo de sol y la gota de rocío, alimento y miel en las venas de la higuera, se vuelven veneno en las flores de la cicuta. Numerosos rayos y numerosas gotas caen así, inútiles, sobre el fango o encima de las rocas. Sin embargo ¡oh, Licón!, no podrás persuadir al sol que deje de brillar y no podrás lograr que el rocío para siempre se desequie.

— Créeme, Psicodoro. Ven a mi soledad en la que los pensamientos imitan de las flores su silencio. Miraremos juntos o cada uno a su vez, las mismas cosas. Cuando nuestros ojos se encontrarán, cada uno amará la belleza de la mirada amiga. Pero nuestras lenguas se quedarán inmóviles en la feliz humedad de la boca; y, si la emoción se vuelve demasiado fuerte, nuestras manos se apretarán.

— No iré yo hoy a tu soledad, dijo Psicodoro. Licón se levantó, pues, para partir solo; pero Psicodoro lo detuvo con un gesto y con estas palabras:

— Antes de que te alejes, ¡oh, muy sabio Licón!, escucha una parábola:

..

Me había sentado aquel día al lado de un manantial abundante y claro, que cantaba como una jovencita. Algunos pasos más lejos, el suelo faltaba ante el arroyuelo, pero la cascada era un salto de alegría.

Y yo llegaba de las comarcas inferiores. Así es que dije a la fuente lo que había visto en el llano. La avidez de los hombres había dividido al noble río en rectilíneos canales; y de su transparencia ligera, hacían una fealdad fangosa y pesada, que se arrastraba. Ignoro si el manantial oyó mis tristes advertencias. Pues su aparente



respuesta fué la continuidad de su movimiento generoso y su canto.

Algunos años más tarde, volví a pasar por aquella comarca. Y vi en el llano un espectáculo nuevo.

Subí a decir al manantial lo que había visto.

— ¡Oh, manantial!, exclamé, detente. Termina con tu inútil labor. Pues ya por el llano ni siquiera pasas.

El ruido del agua saltando por entre los guijeros parecía reírse de mí.

— ¡Detente, oh, manantial! De tu vida que mana han hecho unos dementes una muerte inmóvil. En el medio del valle, tu río, chocando con un dique espeso y alto, se vuelve un pantano pestilente. ¡Detente, oh, manantial!, pues te transforman, fuente vivificante, en sembradora de enfermedades y muertes.

Pero el manantial continuaba fluyendo acompañado con la misma canción alegre.

— ¡Oh, manantial, detente! Pues el mejor día te llevarás, debido a la acumulación de tus aguas, al dique que los hombres edificaron con piedras y con su locura. Derribado el obstáculo ante tí, te verás impotente para retener la caída fogosa y, en vez de un río fecundante, lanzarás por las llanuras la inundación y la destrucción. ¡Oh, manantial!, tú, cuyas aguas son una risa, detén la risa de tus aguas, pues terminarías por hacer llorar hasta a los pobres Efimeros.

El manantial, sin responderme, continuaba fluyendo.

Yo me alejé, entristecido por su obstinación y por la locura de los hombres.

Muchos años más tarde volví a pasar de nuevo por allí. La comarca había aún cambiado de as-

pecto. El dique había desaparecido. Una ciudad bañaba sus límites fluviales en el magnífico y abundante río. Y el pueblo bebía las aguas que llevaban, como las mujeres llevan sus joyas, colores chispeantes y metálicos. Muchos eran los hombres que morían como en un combate; pues, más arriba de la ciudad, había, entre las curtidurías, yo no sé qué otras fábricas que adulteraban con venenos y bárbaros colores a las aguas hasta entonces sanas y claras.

Y por última vez me decidí a subir hasta el manantial, gritándole, con desesperados acentos:

— ¡Oh, manantial! Inocente matador, has de saber que la locura y la avidez de los hombres hacen de tí un envenenador.

Pero el manantial continuó fluyendo entre alegres y felices ruidos.

..

Psicodoro se calló. Licón, sin decir nada, hizo unos pasos para alejarse. Pero Eubulo, el más amado y el mejor de los discípulos, dijo:

— El manantial debía dar el agua que vivifica. Lo que los otros hacían de sus regalos no dependía de él.

— Escucha, exclamó Psicodoro. Oyes, Licón: ocurre que una palabra es comprendida por alguien. Ves: puede haber un hombre que al manantial suba para beber frescura y pureza. Pero aquéllos a quienes mis aguas hacen mal, otras aguas también los matarían. El que se obstina en residir en la llanura está destinado a ser envenenado.

(Selección de W. MUÑOZ)



El pueblo no me lee pero sin leerme me entiende

COMTE

# MICROCULTURA



939. — La termoelectricidad fué descubierta por Juan Toms Seebeck, fisico alemán, en 1821.

940. — Las posibilidades de desarrollar cáncer en el pulmón son 1 en 10 si se fuman por lo menos dos paquetes de cigarrillos diarios; 1 en 36 si se fuma menos de un 1 paquete diario; y 1 en 270 si no se fuma.

941. — Un « geodesta » es un profesor de geodesia.

942. — Las mujeres est n más predispuestas a desarrollar cáncer que los hombres, pero su oportunidad de que ello ocurra disminuye con los años.

943. — La « helmintolog a » es la parte de la zoolo a que trata de los gusanos.

944. — En vez de suprimir las guerras, se han creado ahora « orejas electrónicas » para la soldadesca a fin de crear un silencio artificial entre los estruendos del combate.

945. — El 16 de abril de 1822 murió desterrado el famoso pintor Goya, en Burdeos.

946. — Los hombres de ciencia utilizan ahora una técnica similar a las colisiones de meteoritos en el espacio a fin de producir aleaciones de metales, una vez consideradas como imposibles de realizar.

947. — El « segador » es un arácnido, de patas muy largas.

948. — Durante siglos, todos los años las cigüeñas han volado desde Africa hasta el distrito de J rez, al sur de España, a fin de construir sus nidos y criar sus pichones.

949. — Se entiende por « esplénico » lo relativo al bazo.

950. — La obesidad en los infantes es a menudo un signo de futura obesidad.

951. — La « hipotecnia » es la ciencia que trata de la crianza y educación del caballo.

952. — Ha sido ya puesto en evidencia total que nuestro cerebro es también un generador de electricidad.

953. — El doctor J. F. Blumenbach, antropólogo alemán, describiendo cierto tipo de cráneo de mujer (datando de miles de años) en Georgia, lo llamó « caucásico », enriqueciendo la nomenclatura cientifica con el nombre de « rozo caucásica ».

954. — La frase « no se pueden hacer tortas sin partir huevos » es de Robespierre, significando que no es posible evitar la destrucción si se quiere establecer un nuevo orden de cosas.

955. — Vagan por el espacio partículas más veloces que la luz!, que son núcleos de átomos y electrones, dotadas de velocidades que sobrepasan a los trescientos mil kilómetros que la luz recorre en un segundo.

956. — En enero de 1520 con las naves « Victoria » y « Santiago » inicia Magallanes la exploración del Río de la Plata buscando una salida al Mar del Sur (Pacífico).

957. — En Amman, la capital jordana la población aumentó de treinta mil (1948) a unos doscientos mil habitantes.

958. — El químico francés Antonio Lorenzo Lavoisier, descubridor del oxigeno creyó que todos los ácidos tienen cierto componente al que llamó « oxigeno » (de las voces « oxus », que quiere decir ácido y « gennao », que significa engendrar.

959. — El 3 de octubre de 1929 se adoptó definitivamente el nombre de Yugoslavia.

960. — La glándula nasal de los cormorones actúa como ri n n accesorio.

961. — Una colmena de abejas en verano puede contener sesenta mil abejas.

962. — Se entiende por « desdoro », deslute, mancilla en la virtud, reputación o fama.

963. — Puede ser necesario devanar cincuenta mil capullos de gusanos de seda para obtener un kilo de hilo de seda.

964. — Edulcorar significa endulzar una sustancia de sabor desagradable o insipida.

965. — Informes recientes indican que los hombres de las regiones árticas no consumen más calorías que los de las zonas templadas.

966. — El bulevar de los Pirineos de la ciudad de Pau fué construido por el ingeniero francés Teófilo Sentilhes.

967. — Una nueva lámpara eléctrica consume una peque nima cantidad de electricidad, pero suministra una intensa luz concentrada por medio de un vidrio amplificador.

968. — La sentina es la cavidad inferior de la nave, que est  sobre la quilla.

969. — Las alergias no se heredan, pero sí la tendencia a desarrollar una de ellas.

970. — El « cardario » es un pez del género de las rayas.

971. — En la región del casquete escandinavo los glaciares se encuentran en recesión a una velocidad de varios cientos de metros por año.

972. — La novela « Hijuna » fué escrita por Carlos Sepulveda Leyton, escritor chileno.

973. — Cuando dos cuerpos metálicos en apariencia chatos, muy bien pulidos, se colocan cara a cara, en realidad se tocan sólo en tres puntos.

974. — La Sinfonía Triunfal fué compuesta por Federico Smetana, compositor y pianista checo.

975. — El colesterol, la sustancia semejante a la grasa que se encuentra en la sangre, est  presente en alimentos de origen animal, tales como huevos, carne vacuna, porcina y de pescado, manteca y leche.

976. — El río Ebro (España) es el mayor de los ríos europeos que desembocan en el Mediterráneo.

977. — El 17 de octubre de 1856 inventó Bassener el proceso de la fabricación del acero.

978. — La « carcinomatosis » es el cáncer extendido a través del cuerpo.

SUNO

## POETAS DE AYER Y DE HOY

### A mi España

Todo cantaba allá en la tierra mía,  
canciones de alegría. ¡Eterno sol...!  
Poema embriagador que no moría.  
Tristeza de hoy. Canciones de algún día.

Este sol que tú tienes. ¡Sol de España!  
Que enmorenece al hijo de tu ser  
y embellece a las hembras con tal maña,  
que doquiera que vaya lleva España,  
su belleza que hace estremecer.

Nada aquí me recuerda de tu suelo,  
ni el color de las flores,  
ni del fruto el sabor;  
ni ese claro y limpio cielo  
que invita a la vida  
y obliga al amor,  
Esas fiestas sencillas y alegres  
que dan al artista, poesía y color.  
Y ese llanto escondido, que es risa  
por quien no comprende tu oculto dolor.

Si ríes te quiero, porque eres bella.  
Si lloras admiro tu macho llorar.  
Sangre roja surge de cien mil heridas,  
y aguardas serena, un día tras día,  
que lleguen los hijos, que te han de vengar.

¡Y allí en tierra extraña, casi maldecidos  
tus hijos España, mueren de dolor!  
Son incomprensidos, como tú lo has sido.  
Crean que es locura. su exceso de amor.

¡No volverán todos. los que te dejaron!  
¡Muchos han caído para siempre ya!  
¡Extranjera tierra les sirve de tumba,  
si un recuerdo levan, el tuyo será...!

¡La tragedia pasa en forma de guerra,  
y absorbe la tierra con su horrible hazaña!  
Todo el mundo llora... ¡Ah! ¡Mas nadie recuerda  
de que la primera, fuiste tú, España...!

Tú fuiste la primera y tú serás la última.  
En el nuevo concierto, no puedes figurar.  
Pero tus hijos, Madre, no han de abandonarte,  
y de cerca o de lejos, siempre te han de adorar.

.....  
¡Estoy lejos de ti y lo deploro!  
Me encuentro solo, y muchas veces lloro.  
y el llanto es bálsamo, para mi triste ser!  
Dichoso aquel, que llora cuando puede,  
y sabe porque llora, alguna vez...!

F. TOSQUELLAS ALBERT



# Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es él guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

## INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

### OBRAS EN ESPAÑOL

«Justicia», L. Reymont, 3,— NF. — «Manual del aspirante cinematográfico», 1,50. — «El Mar», Michelet, 3,50. — «La música en España», A. Salazar, 15,—. — «Muelle de las brumas», Mac Orlan, 5,—. — Manual del fabricante de bolas de sebo», 2,—. — «Manual de Lechería», 2,—. — «Adelgace con inteligencia», Hauser, 5,50. — «Cuadro hemático del cáncer», Gruner, 4,—. — «Fundamentos de la caracterología», L. Klages, 9,50. — «Cómo curé mi tuberculosis», Hevia, 1,50. — «El autoanálisis», K. Horney, 7,80. — «Vida del diabético», Cañadell, 5,60. — «Ulcera gástrica», 2,25. — «Colitis», 2,25. — «Alergia alimenticia», 2,25. — «Corazón», 2,25. — «Tuberculosis», Vander, 5,—. — «La historia tiene la palabra», Teresa León, 1,50. — «Pablo Iglesias», Isaac Pacheco, 1,50. — «Frente al mañana», S. Albornoz, 1,50. — «José Mazzini», B. King, 5,25. — «Los mejores cuentos», 3,75. — «Memorias de la duquesa de Abrantes», 1,50. — «Mercurial eclesiástica Montalvo», 2,50. — «Madres famosas», Chandler, 5,—. — «Murillo», P. Gargol, 2,50. — «Elementos de Psicología», Titchener, 3,—. — «Emen Hetan», R. J. Sender, 4,—. — «La familia Cardinal», L. Halévy, 2,10. — «Los falsos redentores», G. Piovene, 8,—. — «Desde el fondo de la tierra», L. Castro, 9,50. — «La amargura de la Patagonia», R. Darío, 7,50. — «Felicidad», K. Mansfield, 1,20. — «La gente alegre», J. Ohnet, 2,50. — «El humanisferio», J. Dejacque, 1,50. — «Historia de San Michele», Axel Munthe, 7,—. — «Historia de la literatura rusa», Wallisewski, 7,50. — «El intelecto helénico», P. Gener, 4,50. — «Italia fuera de combate», I. Herrera, 2,—. — «Ideario de Quevedo», Astrana Marin, 6,50. — «Obras escogidas de Heine», 8,50. — «Poesías de Plácido», 3,80. — «Pensamiento vivo de Nietzsche», H. Mann, 6,50. — «Imitación de Cristo», Kempis, 7,50. — «Plumero salvaje», Sambiancat, 3,—. — «Puerto cholo», M. Puga, 3,50. — «Realización del hombre», Stieben, 0,75. — «Perspectivas culturales en Sudamérica», E. Reljis, 3,—. — «Del presente y del futuro», P. Gener, 3,—. — «Pensamiento vivo de Schopenhauer», T. Mann, 4,20. — «Problemas sociales de derecho penal», P. Folz, 5,50. — «Pasión de Justicia», I. Pavon, 2,60. — «Profeta del hombre», Cordero, 4,50. — «La novela de Roger de Flor», 3,60. — «Reivindicación de la libertad», Ernestan, 1,50. — «Rojo y negro», Stendhal, 3,75. — «La reina Margarita», Dumas (2 tomos), 5,—. — «Reconstrucción de Europa», P. Benoit, 3,40. — «Sorolla», Pantorba, 2,50. — «Versos de Rafael de León», 9,—. — «Don Segundo Sombra», Guiraldes, 3,—. — «Sombras del mal», D. Macardle, 3,50. — «Epistolario amoroso», 5,—. — «Titanes de la oratoria», 5,—. — «Sehilla», Turgueniev, 1,50. — «Sinfonía de los siglos», Figola, 1,50. — «Teatro de Jacinto Benavente», 3,50. — «El tema de nuestro tiempo», Gasset, 3,75. — «Tolledo», F. del Valle, 1,—.

### LIBROS EN FRANCES

«La bible d'un anarchiste», R. Wagner, 2,50. — «Satan et l'amour», R. Gagey, 7,50. — «Superstitions politiques», H. Dagan, 4,40. — «Hommage à Georges Eekhoud», He. Day, 1,80. — «Servitude volontaire», E. de la Boetie, 3,30. — «L'inevitable révolution», un Proscrit, 3,20. — «Prêtres et moines», G. Dubois, 5,—. — «Le cooperatisme», 3,—. — «Anthologie de l'objection de conscience», H. Day, 3,30. — «La flagellation et les perversions sexuelles», Lorulut, 6,50. — «L'Emancipation sexuelle de la femme», M. Pelletier, 1,ñ. — «Tino Costa», Arbo, 7,20. — «Qu. aux fleurs», Salvy, 1,90. — «Science et matérialisme», Letorneau, 2,—. — «Socialisme révolutionnaire», 1,80. — «Les mistères des couvents de Naples», Princesse Forno, 4,—. — «Catechisme positiviste», A. Comte, 2,—. — «Faust», Goethe, 2,50. — «La cité future», Tarbourden, 4,—. — «Gargantua et Pantagruel», Rabelais, 4,—. — «Pour assurer la paix», P. Besnard, 2,—. — «Superstitions politiques», H. Dagan, 4,40. — «Mandatelli Lassus», L. Gaileani, 2,—. — «Recherches sur les forces inconnes», Barbedette, 1,—. — «Les bandits tragiques», V. Meric, 2,90. — «Dálnés de la guerre», Monolin, 2,—. — «Un drame politique», M. Dommanget, 2,40. — «Armoires frigorifiques», Degoix, 5,80. — «La ceramique», Giacomotti (2 tomes), 3,80. — «Jours d'Exil», Courderoy (3 tomes), 9,—. — «Cours d'économie politique», Gide, 6,—. — «Errico Malatesta», Fedeli, 2,20. — «L'Incubation artificielle», Paulau, 3,10. — «Traité du paysage», Floury, 1,—. — «Sociologie générale», Dupreel, 6,70. — «Zola», A. Zevaes, 2,50. — «L'Heredité Psychologique», Ribot, 2,—. — «L'Amour heureux», Dubal, 0,80. — «La physiologie morale», Hill, 1,—. — «L'Hipnotisme à distance», Jagot, 2,—. — «La grande metamorphose», Gille, 1,50. — «Les grandes Jorasses», Frendo, 2,—. — «Chauffage Central», Bouroier, 5,40. — «Bahia de tous les Saints», Amado, 3,40. — «Les camps d'internement en Grece», 4,50. — «Histoire de la Coopération en France», Gaudmont (2 tomes), 15,—. — «La révolution inconnue», Voline, 3,50. — «La Révolution sociale», 2,50. — «Contes d'un rebelde», Delvadés, 1,—. — «L'Amour libre», C. Albert, 3,50. — «L'Etat de siège», Camus, 5,50. — «William Gorwin, philosophe de la liberté», 1,80. — «Histoire des Temps modernes» (3 tomes encuadernados), 6,75. — «Pour vaincre», B. de Ligt, 1,50. — «Vie de Franklin», Mignet, 1,50. — «Histoire de Charles V», Robertson (2 tomes encuadernados), 5,50. — «Essai sur l'imagination créatrice», Ribot, 1,50. — «La coutume ouvrière», M. Leroy (dos tomes), 5,—. — «L'Evolution des idées générales», Ribot, 1,50. — «La vie amoureuse de Casanova», 6,50. — «Serenades sans guitare», Villeboeuf, 7,50. — «Juan de Mairena», Machado, 6,90. — «Les caractères», La Bruyère, 5,60. — «Mauvaise graine», M. Azuela, 2,50. — «Anglais, Français, Espagnols», S. de Mada-riaga, 5,20. — «Le sang plus vite», V. Garcia, 3,75

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a F. Olaya. — Servicio de Librería del Movimiento. — 4, rue de Belfort - TOULOUSE (Haute-Garonne)  
GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)





# GENIIT

*sociología*  
*ciencia - literatura*

## 9 Sumario

**Plácido Bravo:** Del Estado y sus instituciones. — **Carlos M. Rama:** Paralelo entre la revolución española y la revolución cubana. — **Francisco Hernández Urbina:** La democracia en el verso. — **Campio Carpio:** Alianza de la Libertad en el marco de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio. — **Selección de W. Muñoz:** Los Efimeros. **J. Ruiz:** Ideas sobre educación. — **Floreal Ocaña:** Einstein y Heisenberg ante la realidad del indeterminismo. — **Miguel R. Valdívieso:** Un ángel sin alas. — **Denis:** El Pobre. — **Albano Rosell:** Civilización y Barbarie. — **Suno:** Microcultura. — **Campio Carpio:** Poesía del destierro (folletón encuadernable).



4 P 5523  
130

OCTUBRE - 1961

REVISTA MENSUAL

PRECIO : 1,00 NF

## Nuestra portada

Una amiga de los trabajadores, un alma exquisita repleta de ciencia cuya vocación no le impide pensar en las causas justas, en la lucha liberadora del hombre. Antes al contrario, vuelca toda su ciencia, su persona y su autoridad, contribuyendo con todo su peso en la lucha común, civilizadora y redentora.

Bautizada con el nombre de Alice Lardé de Venturino, en el Nuevo Mundo se la denomina la Madame Curie de América.

Es Miembro de Honor y Corresponsal de las Sociedades de Geografía y de Geología de Francia; Academia de Ciencias de Córdoba e Hispano-América, de Ciencias y Letras de Cádiz, Sociedad Científica de Chile, Institutos Histórico y Geográfico del Brasil, Sociedad Geográfica de Bolivia, de Guatemala, Ecuador, Colombia, etc., etc.

Pero es más, es amiga de los trabajadores, de los oprimidos, de los explotados, de los españoles. Y lo es, con muchísimo orgullo de nuestra revista CENIT, a la cual ha dedicado dos de sus 25 obras conocidas con la siguiente inscripción, hecha de su puño y letra: «A la revista CENIT. Con elevada simpatía. Mucho agradeceré que ésta mi esforzada obra en dos tomos sea en ella comentada. La autora.»

Deferencia tan grande CENIT lo agradece mucho en nombre de sus lectores.



### REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

*Redacción:*

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

*Colaboradores:*

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,  
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert  
Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio,  
Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman,  
J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina,  
Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán  
Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamoeret,  
A. Prudhommeaux

*Precios de suscripción.* — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros: « CNT », hebdomadaire, C.C.P. 1197-21,  
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)



# CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XI

Toulouse, Octubre 1961

Nº 130



## Del Estado

//////////  
**T**ODA institución, no importa con qué fines creada, que se mantiene a base de sinuosidades demagógicas o con disfraces de reglamento, es pura filfa. Y tan detestable, en todo caso, como lo eran las bandas de filibusteros que operaron siglos antes. Ninguna de ellas se impusiera, mantuviera y medrara, sin el apoyo de otras más expeditivas y draconianas. Hemos aludido a las que se sirven de la vil prostitución, la mordaza infame y del siniestro asesinato como armas idóneas en sus combates.

Esto parece axiomático. Ahorro de ejemplos, si así es.

Ahora bien, de las estatuidas, patrocinadas y alentadas por el Estado, ¿cuáles de entre ellas no llevan este marchamo, y van acompañadas ceremoniosamente por estas amas de crianza?

¡Vaya apuros para indicarlas! Mucho más fácil el fortuito hallazgo del mirlo blanco.

En cambio, las otras, las del cortejo de marras, lo peregrino sería intentar enumerarlas. ¿Cuántas son, si son tantas? Astillas del mismo palo, pues ¿qué es el Estado sino la suprema institución del infundio, el consorcio que monopoliza el despelajo y el gran trust de la fuerza al servicio del delito o desafuero?

Los libertarios, en el solfeo y delecto tenaz de tales instituciones, llevamos la batuta, y hasta la palma nos han otorgado; títulos vitalicios a los que no renunciamos. Las hemos indicado con persistencia, las explicamos con lucidez, combatido con acritud y hasta en el índice pro-

hibitivo de la Revolución las hemos puesto.

Y esto ¿para qué? Simplemente: Porque deseamos que las nuestras, las populares y libertarias — aquellas de armonía y fraternidad, basamentadas en la libertad; aquellas de equidad y justicia, fundamentadas en el apoyo mutuo — puedan arraigarse, desarrollarse y fructificar.

Conste que no hablamos de imponer la libertad sino de desentronizar la tiranía. Matiz de capital importancia. La tiranía de los hombres mediante la imposición de instituciones malévolas. Ni siquiera de imponer impuesto moral de gratitud a los liberales. No sea que nos ocurriese como a Don Quijote en la

## Y SUS

//////////  
desventura que tuvo con Ginés de Pasamonte.

Tampoco se trata de implantar el reino del amor, o decretar el imperio del apoyo mutuo, sino de impedir el desenfrenado expolio a que se dedican tan descarada e impunemente los hombres de estado voraz, secundados por la gitanería burocrático-institucional. Creo que hay un margen entre aquellas órdenes y estos deseos. No somos tan Crisóstomos como para mendigar, menos forzar, el amor de la singular pastora Marcela. Amor que se compra, se prostituye. Amor que se fuerza, se viola. Pero si tratamos de impedir el desamor de una princesa cualquiera, caprichosa y en celo, ávida de goces y perlas; que para ello obliga a mendigar el mendrugo a mil labradores de sus feudos. ¿Dónde está la incongruencia?

¿Que las instituciones son imagen y semejanza de quienes las

componen? Cierzo. Pero jamás a medida de quienes las soportan o las sufren.

Hacer feliz a un hombre quizá no sea tarea íntegra de otro, mas si hacerle más suave su desgracia, aminorándole un tanto su voluminoso fardo.

Cuando el hombre no quiere ser libre son vanos cuantos intentos se hacen. Pero, a fuer de sinceros, ¿cuántos hay de tal catadura? Sin embargo, reconocemos que los hay por millones que no saben, y muchos millones más que aun sabiendo no pueden, y entre éstos yo, vosotros y ellos; y esto por amor de estas instituciones de forajidos que no nos dejan aprender y menos permiten poder.

Seamos cautos en la selección de ideas, pródigos en la siembra, tenaces en la fertilización del suelo y cuidadosos en el cultivo de la planta, si queremos de veras asegurar ópimas cosechas. De acuerdo. Pero ¿y si nos niegan hasta el suelo que pisamos, o nos conceden pequeños eriales o mínimas estepas y nos niegan las herramientas? ¿Y si después de tantos esfuerzos sobreviene la langosta o el pedrisco para cercenar las espigas de nuestras forzadas mieses? ¿Qué habremos hecho? Y a esto se dedican precisamente, cronológica y específicamente las tales instituciones.

Entre el Apóstol sembrador en no importa dónde y el Arcángel exterminador de no importa qué, hay cabida para el hombre enterizo. Y es de esta hombría equilibrada y serena, término medio entre lo santísimo y lo satánico, de la que esperamos la luz.

PLACIDO BRAVO

//////////  
**instituciones**

Sin justificar despotismo de ninguna clase

# Paralelo entre la revolución española

— I —

**E**N muchos aspectos la reciente revolución cubana recuerda a la breve revolución española de 1936-1939.

No en vano Cuba fué parte del territorio español hasta 1898, y separada por el Tratado de París de aquella fecha, ha seguido recibiendo hasta nuestros días un flujo continuo de emigrantes hispanos, especialmente gallegos y asturianos. Se podría afirmar, sin temer errar en el juicio, que Cuba es la realización americana más completa que el genio hispánico ha construído en la zona tropical.

Quien visita la isla antillana, conociendo anteriormente España, evoca casi cotidianamente el mundo de las ciudades andaluzas (Cádiz y Huelva especialmente), y el archipiélago canario. Ese hispanismo subyacente de Cuba — que ahora con la revolución resucita, al desembarcarse el país de la costra de que le recubriese el dominio imperial de los norteamericanos a partir de 1898 — es un rasgo que impregna la psicología colectiva popular, y aún con mayor razón los grandes sucesos de los últimos años.

Cuando Richard Nixon imperialmente creyó que: «Quitándole la cuota de azúcar pondremos a Cuba de rodillas», la respuesta de la pequeña Cuba fue digna del romancero castellano o de los episodios galdosianos: «Patria o muerte». Antes todavía, cuando los 82 patriotas del «Gramma», (instruídos por el muy español coronel Bayo), llegaron a la costa cubana, y después de grandes penurias consiguen solamente 12 hombres ascender a la cumbre del monte Turquino, la primera preocupación fue anunciar por radio su presencia a toda Cuba. «Es una osadía innecesaria», le dijeron a Fidel Castro. «No importa, contestó éste, lo importante es que el pueblo sepa que cumplimos con sus esperanzas, que llegamos aquí y que no descansaremos hasta que triunfemos.»

Ya iniciado el proceso revolucionario, que como siempre sucede alarma a timoratos y espanta a los seudo-izquierdistas, el doctor Fidel Castro rompe relaciones con el gobierno franquista, ataca personalmente al generalísimo Franco en la histórica sesión de la asamblea general de la ONU de New York, y entrega los bienes de los Centros Gallego y Asturiano de La Habana (incluyendo sus valiosos edificios) a los refugiados republicanos españoles en Cuba.

Es importante consignar que estas actitudes no significaron alejamiento de la cultura española, sino que al contrario, hoy puede afirmarse que Cuba vuelve a sus raíces ibéricas y latinoamericanas para reencontrarse como nación. El mismo Fidel Cas-

tro, por lo demás hijo de un inmigrante de la provincia de Lugo, cuando se iniciaron las ediciones oficiales de la Imprenta Nacional (en los talleres del franquista «Diario de la Marina»), y esto lo hemos dicho en otra ocasión, eligió como obra inicial «Don Quijote de la Mancha», su libro de cabecera, y seguramente la más grande obra de la lengua.

En otros planos, el día 26 de noviembre de 1960, en el único país donde un gobierno participó oficialmente en los actos conmemorativos de la muerte de Buenaventura Durruti fue en La Habana, donde se evocó la gesta popular española en un acto en que intervinieron junto a los libertarios españoles refugiados, representantes del Ejército Rebelde Cubano.

— II —

Entrando al estudio de las grandes líneas históricas de las dos profundas revoluciones sociales del siglo XX en los pueblos de lengua española, señalemos que — como siempre sucede — hay paralelos o coincidencias, como hay situaciones diferentes resultantes de tradiciones políticas diferentes, o de disímiles estructuras sociales nacionales.

En primer lugar señalemos, como una pauta ordenadora, las líneas a nuestro juicio paralelas fundamentales, a saber:

1) Ambas revoluciones sociales son «revoluciones contra todos», que vivieron o viven de milagro, desafiando a los poderes más poderosos de sus respectivas épocas. En efecto, la España Popular debió luchar aislada, frente a la máquina bélica fascista (a la que el resto del mundo para vencerla le llevó seis duros años) sin el apoyo de las «democracias occidentales», e incluso con el retaceado apoyo de los pueblos engañados por la propaganda interesada de las burguesías locales. Los seis millones y medio de cubanos, están desafiando nada menos que a los Estados Unidos, a quien le han expropiado mil millones de dólares en plantaciones, fábricas, Bancos, empresas, etc., a sólo diez minutos de avión de las bases de la Florida, y en el corazón del Mar Caribe («mar americano»). Estados Unidos, que lo mismo que las oligarquías latinoamericanas, no puede permitir esta insurrección en su área de influencia, realiza un colosal esfuerzo de propaganda para engañar a los pueblos y aislar a los cubanos, para facilitar su liquidación militar por los facciosos y batistianos.

2) La fuerza de estas dos revoluciones es que son profundamente populares. Estas no son revoluciones hechas por un puñado de revolucionarios.

# y la revolución cubana

«En Cuba como en España la Revolución Social fué llevada adelante por fuerzas independientes del stalinismo».

C. M. RAMA

rios profesionales, o impuestas a una población indolente y desinteresada. Por algo en España se batieron durante tres largos años y Madrid ha quedado como el símbolo de las ciudades invictas de las guerras populares. En abril de 1961 ha quedado demostrado que no es literatura el lema que lucen los edificios de Cuba: «Aquí lucharemos hasta vencer o morir». Como que se trata de revoluciones populares, los pueblos van delante de los gobiernos. Cuando en Cataluña la Generalidad expedía un decreto de colectivización hacia tiempo que la empresa ya funcionaba en manos de su sindicato. En La Habana, cuando en octubre de 1960 el gobierno ordenó nacionalizar las empresas yanquis hacía tiempo que los obreros y campesinos habían tomado posesión de esos bienes. A los antiguos dueños no les fue posible sacar una máquina, ni matar una vaca, ni extraer un depósito bancario de ninguna empresa, por razón del control popular espontáneo.

3) Solamente en España y Cuba han derrotado los pueblos a los ejércitos profesionales. En España los militantes sindicales, casi a mano limpia, tomaron cuarteles y dominaron guarniciones, y en Cuba un ejército modernísimo de 30.000 hombres, armado por los americanos (incluso con cohetes) se quebró ante el empuje de los guerrilleros (la típica guerra española). Ahora en Cuba, como en España durante los gloriosos años de 1936 a 1939, no hay ejército sino milicias, y en cada casa los hombres del pueblo muestran con orgullo su armatrazadora con su dotación de municiones.

4) En ninguna parte de América, luce tan directamente como en Cuba la espontánea dignidad del hombre. Como en España hay una igualitaria democracia de hombre a hombre, de «cada uno es la majestad de sí mismo», «cada uno es el caudillo de su propia cabeza», como decían en la Edad Media los castellanos. De esto en Cuba participan todos, inclusive los negros (prácticamente mezclados desde hace tiempo) y los recientes visitantes franceses como J. P. Sartre, R. Dumont, F. Sagan lo han reconocido.

La « democracia directa » es un hecho actualmente a través de un tejido denso de comités, asambleas de empresas o cooperativas, comisiones de control, milicias populares, sindicatos, centros sociales-obreros, asambleas de granjas del pueblo, escuelas, brigadas de alfabetizadores, brigadas juveniles, centros estudiantiles, colegios profesionales, etc., etc. Quienes no encuentran en estos momentos en Cuba un lugar de responsabilidad y de trabajo, y a través de él ejerzan su voluntad y opinión, son solamente los contrarrevolucionarios.

El poder no está ya en los expropiados burgueses, ni en sus huidos políticos, sino en el pueblo en armas, en los quinientos mil milicianos armados con armas automáticas, reclutados en forma voluntaria entre los hijos del pueblo.

5) La estructura social de ambos países también es similar, y por esa razón muchos de sus problemas son comparables. Países agrarios, productores de artículos para países industrializados, y sometidos a potencias inversoras capitalistas, el espinazo social de ellos está constituido por un campesinado rebelde tradicionalmente, a pesar de su ignorancia analfabeta. La fuerza combatiente de españoles y cubanos, arranca de problemas sociales diferidos desde hace siglos, de una casi esclavitud bajo los latifundistas, y de una secular omisión en el reparto de los bienes de la cultura y del ingreso mínimo. No es extraño que domine el genio de la improvisación, de la invención espontánea y popular. Como en España, hoy en Cuba, faltan planes, se carece a menudo de perspectiva racional en las revisiones, y todo se hace sobre la marcha, precipitadamente, pero siempre dando soluciones novedosas, inesperadas, y en que las deficiencias técnicas son suplidas por el entusiasmo, el calor humano, y hasta el sacrificio.

6) En profundidad la revolución social cubana, como la ibérica, cala más hondo que otras muchas que llevan años de presunto funcionamiento. La tierra se ha expropiado, pero no para parcelarse en retazos (como sucede en China, por ejemplo), sino para reagruparse en cooperativas o granjas del pueblo, en las cuales como en las colectividades aragonesas o valencianas, incluso tiende a desaparecer el dinero, y la distribución se practica sobre una base igualitaria. En las ciudades el funcionamiento de las empresas industriales y comerciales es asegurado por los mismos obreros, técnicos y empleados reunidos en comités, unidos naturalmente en organismos técnicos centrales. No estamos, como tampoco se estuvo en España, ante un centralismo político monolítico que sofoca la iniciativa popular.

7) Es muy importante consignar que ambos países la revolución social fue llevada adelante por fuerzas independientes del stalinismo. En España las centrales sindicales, el Partido Socialista o el POUM (en Cataluña), y en Cuba el Movimiento de 26 de julio y el Directorio Revolucionario, llevaron el peso de la lucha, y afrontaron la renovación revolucionaria.

Pero aun siendo en estas revoluciones socialistas minúsculos los partidos comunistas, sin embargo, la única ayuda útil de ambos casos es, de-



bemos reconocerlo, la proporcionada por la Unión Soviética, y esto obliga a situaciones políticas complejas que no pueden ignorarse.

8) Una situación igualmente compleja, la provoca el hecho de que una de las fuerzas básicas de la contrarrevolución, en ambos casos, es el clero católico. Incluso es el mismo clero, porque la casi totalidad del sacerdocio que ejerce en Cuba es de origen español, y formado en aquella Iglesia que Miguel de Unamuno definía como « de cristazo limpio », militante y ultrarreaccionario y siempre al servicio de los latifundistas, los inversores extranjeros y el ejército.

— III —

Las diferencias son interesantes de destacarse porque de su manejo resulta la elucidación de muchas cuestiones.

a) En primer término España es un viejo país, de sólidas tradiciones culturales, y de una sociedad más rigidamente estructurada. En cambio Cuba, como típico país nuevo, tiene una estructura más dinámica, tradiciones menos estables, y hasta es posible que se encontrara más aislada de las grandes líneas culturales contemporáneas. Las consecuencias se traducen en hechos diversos. Por ejemplo, a favor de España está la existencia de un sólido movimiento obrero arraigado desde hace un siglo, así como un movimiento de extrema izquierda original, con una literatura y realizaciones tras de sí dignas de tenerse en cuenta. En Cuba, donde faltaban esos hechos en 1959, sin embargo se ha beneficiado de una mayor audacia en la estrategia revolucionaria, y no se ha sentido atada por la preocupación legalista (tan española), sobrepasando la fatal dualidad de poderes que caracterizara a España entre 1936 y 1939.

b) Además la revolución cubana está basada en la experiencia histórica de las revoluciones sociales, y en especial de la Revolución Española. Esto es lo que no tuvieron en cuenta los norteamericanos cuando intentaron en abril de 1961 un golpe al estilo de Guatemala. Eso se hizo una vez y no se puede hacer más. Los observadores inteligentes lo han comprendido. Huberman y Swzeey en su libro « Anatomía de una revolución » terminan la obra recordando a la República Española. Todos la recordamos. Por eso no tiene sentido decirles a los cubanos: «Ustedes van a la ruina, porque tal cosa nos pasó a nosotros». Ya lo saben, y todos — esperamos que incluso los españoles — han aprendido sobre su experiencia histórica.

c) El cuadro internacional hoy también es distinto del de 1939. Con la independencia de Asia y Africa, y la ruina causada por la Segunda Guerra Mundial, el capitalismo privado ha entrado en la etapa definitiva de su liquidación. Las fuerzas antagónicas son más variadas y complejas. Cuba, al contrario de España, no está aislada, y lo que es importante, no depende de una sola ayuda. Incluso se integra en el campo de los países no-comprometidos, junto a la India, Yugoslavia, Indonesia, etc. El mundo latinoamericano, que estaba dormido, ha comenzado a manifestarse, con

toda la potencia de sus pueblos, a favor de los cubanos.

d) Hay factores circunstanciales no desdeñables. El equipo que tiene la responsabilidad máxima en la revolución cubana se ha forjado en la lucha contra Batista, y se presenta compacto contando además con un líder de la calidad de Fidel Castro. Su juventud, su inexperiencia, se compensan con su audacia, formación intelectual sólida, y la falta de tensiones dentro del mismo equipo. Basta compararlo con los gabinetes republicanos, heterogéneos hasta el absurdo, plenos de luchas suicidas, y donde los verdaderos revolucionarios estaban ineludiblemente en franca minoría.

Todo explica entonces que Cuba tenga derecho a llegar más allá que España, y que quepa la esperanza de que se consolida su experiencia revolucionaria.

— IV —

Entiendo que corresponde reclamar a los españoles, especialmente a los refugiados, una mayor comprensión para el problema cubano.

La primera manera de ayudar a un tercero, es tratar de comprenderlo. Los cubanos son diferentes de los españoles, pero también nos resultan distintos para los latinoamericanos. Por ejemplo, para los chilenos, argentinos y uruguayos del paralelo 35 sur, a quienes no dejan de sorprendernos estos andaluces del trópico que son los cubanos.

En segundo lugar, abríles un crédito de confianza y esperanza. Como hicimos muchos, hace treinta años, por los españoles. En aquel tiempo vivimos pendientes de las noticias de España, haciendo lo que estaba a nuestro alcance por el éxito del pueblo ibérico, discutiendo y peleando hasta con nuestros amigos por asumir su defensa. Confiando en ellos, y procurando no crearles más problemas que los que ya tenían de por sí.

A los amigos de Cuba, que lo fuimos y somos de España, nos duele, y mucho, encontrar en la prensa de los refugiados ataques a quienes en estos momentos se están batiendo, a hombres que — como ayer los españoles — están viviendo las tensiones de un proceso revolucionario. Naturalmente que los cubanos cometen errores, y cometerán mayores en el futuro. ¿Pero puede negarse la solidaridad porque quien combate se equivoca?

Además, y esto parece que no lo han reflexionado bastante los amigos españoles cegados por «su» revolución (y también por su derrota), en Cuba tal vez se está jugando el futuro de España. Esto ya lo ha entendido Franco, que financia, sostiene y colabora activamente con la contrarrevolución, ya sea a través del clero falangista, ya de los agentes cubanos a su servicio, e incluso en cada uno de los países latinoamericanos.

Los refugiados españoles se batieron por los franceses, ingleses y americanos en 1939-1945 pensando — y su idea era legítima — que los aliados devolverían la libertad a España y expulsarían al último de los jefes del fascismo. No sucedió

LUZ EN EL  
PRISMA

# La democracia en el verso

Oswaldo Escobar Velado, salvadoreño de nacimiento, pertenece a la más robusta y última promoción de poetas de América Central. Lo conocí en San Salvador, precisamente en los días en que su «bravo pueblo» expulsaba — del Poder y de la Patria — al cenicalo general Maximiliano Hernández Martínez, autor del fusilamiento de veintidós mil campesinos salvadoreños y de los jóvenes líderes Zapata, Luna y Farabundo Martí...

Escobar Velado, al comprender la necesidad de alzaprimar el valor y trascendencia del movimiento popular y democrático de entonces, cantó, en versos formidables, la histórica gesta del 2 de abril de 1944. Recuerdo, emocionadamente, cuando le oí leer su notable poema «Treno al Pueblo», el mismo que fué premiado más tarde en un concurso nacional. Ya en los corrillos salvadoreños, el joven poeta ostentaba el medallón de ser el estro más calificado de su generación, juicio que me consta haberlo visto transformarse en una auténtica consagración. Después, por culpa de todos y descuido de nadie, él emigró a Guatemala, mientras otros nos refugiábamos en México, desde donde supe de sus constantes progresos y triunfos en las letras y en abono de la Democracia, hechos que me permitieron hacer amplias referencias entre españoles republicanos y centroamericanos residentes en la imponderable tierra de Juárez, Zapata y Cárdenas...

Ahora, instalado yo en Venezuela, con señalada reverencia recojo y difundo el poema, «Jinete de América», con que el panista Escobar Velado traza, en majestrosas líneas y con acento histórico-democrático, la excelsa figura del perinclito General del Continente, Simón Bolívar. Leamos:

## « JINETE DE AMERICA »

(Laureado en los Juegos Florales de El Salvador)

### PRIMERA VISION

Y su caballo blanco de relámpagos  
da un relincho de nieves coronado.

Los Andes estremecen sus vértebras sonoras  
y es que un jinete llega más allá de la noche,  
para encender el alba de estos pueblos heridos.

Es que un jinete viene al corazón de América,  
a preguntar qué se hizo la bondad de su espada  
y dónde está su sueño sembrado para todos,  
la igualdad de los hombres que proclamó su lucha,  
la milpa para el indio umbilical de América  
y la mesa y la casa para todos los hombres.  
Jinete milagroso venido de los siglos,  
venido de su muerte perennemente viva,  
llegado desde el sitio donde el águila nace,  
formado en las tormentas más altas de Los Andes,  
crecido en la ternura sublime de los poetas,  
nutrido con la arena substancial de los genios,  
sembrador de naciones y victorias sonoras,  
iniciador de ríos, constructor de volcanes.

asi, y posiblemente por este hecho la masa de los refugiados desde entonces ha entrado en franco pesimismo.

Pero si Cuba, y tras ella otros países latinoamericanos adoptan regimenes netamente antifascistas ¿cuál será la situación de España, aislada de los países de su lengua En Cuba están actuando, codo con codo con los cubanos, argentinos, guatemaltecos, mexicanos, españoles. Esta fraternidad tendrá que ser más inolvidable que la citada de 1939-1945.

¿Cuba — la más española de las naciones latinoamericanas — no podrá ser la base de la reconquista de España para su pueblo?

CARLOS M. RAMA

En él las selvas nuestras injertaron sus pumas;  
por eso los caciques le heredaron sus flechas.  
Este es mi canto, amigos, para Simón Bolívar.

### SEGUNDA VISION

Desciende de los Andes, baja de su caballo  
y se pierde entre el pueblo.  
Lo miro allí sentado en el banco de un parque  
como un hombre cualquiera.

No luce la casaca que llevó en Carabobo.  
Quiere ser un anónimo, para hablar claramente.

— Padre Bolívar ¿tú de nuevo entre nosotros?  
danos la estrecha clara que en Junín escondiste.

Y el héroe responde:

— La Historia camina y nadie la detiene,  
ya llegará la aurora de una mañana clara,  
el ruiseñor del alba vendrá con nuevos cantos,  
se llenarán los pueblos de alegría fecunda  
y, desde el Aventino eterno en que reposo,  
hoy nuevamente juro; y no tendré descanso  
hasta salvar al hombre de las garras del Norte.

### SONETO INTIMO A BOLIVAR

Bolívar, te regalo mi camisa  
y te invito a mi mesa de hombre triste  
mesa sin pan, sin lámpara y sin risa,  
nacida del dolor que tú sentiste.

En esta casa ajena ya no hay brisa  
y hasta el dorado sol casi no existe,  
y aquí en mi patria amarga sin sonrisa  
estoy en el exilio que tuviste.

Pero tengo esperanza de que vengas,  
que nuestra justa lucha la sostengas,  
para llenar al hombre de alegrías.

Entonces, en la Patria que soñamos  
todos los que luchamos, te esperamos,  
te veremos nacer todos los días.

POR FRANCISCO HERNANDEZ URBINA

# Alianza de la Libertad en el marco de la Asociación

**AVE, LIBERTAS, MORITUR TE SALUTAN!**

**T**AL podría decir el hombre de nuestro siglo en los momentos más trágicos de su existencia. Pero antes de entregar «su cuello a la horca, su cuerpo a la hoguera» como la simbolizara el gran lusitano, príncipe de los poetas latinos, ha preferido quemar los cartuchos de la cooperación, del apoyo mutuo, de la solidaridad, como un último llamado al fondo del alma, a su antecedente telúrico, como refugio en la historia del tiempo. Porque, considerado a la distancia, en esta maraña de problemas que vive la humanidad, el Tratado de Montevideo que dió cuerpo a la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, incorporó al lenguaje un nuevo concepto de la economía por su contenido de libertad, en el limpio juego de la democracia que pareciera haberse perdido para siempre en el trato de relaciones materiales.

No se tiene noticia cierta de que otra asociación entre naciones haya estado animada por tan elevado espíritu de cooperación, suscrito en la letra escrita y con toda la amplitud como lo expresan el término. En ese tratado se deja formal promesa de tácito y mutuo acuerdo conducente a fortalecer las economías nacionales, crear condiciones para actividades productivas en el seno de la organización y modalidades de comercio recíproco, compromisos de libre iniciativa que no afecten los derivados de los instrumentos internacionales que rigen su comercio. Y van más lejos al extender ese compromiso legalmente aceptado por vía legislativa al establecimiento, en forma gradual y progresiva a un mercado común, como primer paso para una progresiva complementación e integración de las economías de los países signatarios y los de los países americanos ausentes que voluntariamente quieran ingresar a la organización, basadas en una efectiva y auténtica reciprocidad de beneficios.

Sin embargo, con ser tan amplia en su espíritu, la iniciativa quedaría trunca y sin ejecución práctica si dejara encuadrada en los límites del simple trueque o intercambio de productos entre las naciones, desgravados de impuestos y sobrecargos más o menos uniformes. Sería un camino interrumpido a la media vuelta, si no se perfecciona su mecanismo, dotándolo del instrumento ejecutor, para que tan bello ideal no deba convertirse en letra muerta de leyes simbólicas.

La movilidad de su articulado, tan elástico y de amplias proporciones que lo convierten en materia viva de aplicación inmediata, está reclamando la mano del hombre para domesticarlo, acomodándolo a las circunstancias particulares del momento histórico que se agigantan en razón de las necesidades crecientes de las poblaciones de los países asociados, de América entera y del mundo por relación, para ponerlo en marcha.

El tiempo ya ha superado, para los pueblos americanos, la barrera del miedo. El milagro que esperamos, equivale a una revolución en el panorama económico de estos pueblos que surgen del mestizaje como una promesa. Identificados con las responsabilidades que les conciernen como representantes de nuestro siglo convulsionado, abrigan

MANIFIESTO  
DE LA ALIANZA PARA LA LIBERTAD

*PERSUADIDOS de que la ampliación de las actuales dimensiones de los mercados nacionales es de necesidad vital para el futuro de las comunidades americanas, se torna inmediata la eliminación de las barreras que obstaculizan el desarrollo económico para permitir un mejor nivel de vida para sus pueblos.*

*CONSCIENTES de que ese mayor desarrollo económico debe ser alcanzado mediante el máximo aprovechamiento de los factores de producción disponibles y de los que armónica y recíprocamente puedan crearse a base de este entendimiento, deben coordinarse los planes ejecutivos, dentro de normas que contemplen debidamente los intereses de todos y cada uno, y preparen convenientemente, a través de medidas adecuadas comunes, para integrar una economía libre.*

*CONVENCIDOS de que el fortalecimiento de la economía común contribuirá al incremento de la riqueza y bienestar tanto de los países americanos como del resto del mundo, se hace imprescindible agotar los recursos humanos y materiales entre las naciones que conduzcan a la consecución de este ideal.*

*SEGUROS de que sólo mediante el esfuerzo, producto del trabajo creador, en un ambiente de libertad, de equidad y reciprocidad podremos elaborar las condiciones propicias que, sin perturbaciones productivas ni alteraciones artificiales permitirán*

la confianza de superar las dificultades de su desenvolvimiento, poniendo en ejecución toda la voluntad de sacrificio indispensable en pos de los bienes que el rendimiento del trabajo promete para el futuro.

De tal modo esperan realizar operaciones comerciales aun en su contenido materialista, que beneficien a compradores y vendedores, a fabricantes y consumidores por igual. La asociación que de ese modo concibe esta modalidad de intercambio de productos entre las naciones, rompe la rutina de considerar las fronteras infranqueables, rebasadas por el avión. Es éste el primer paso para abrir las puertas de América en perspectiva de un mundo abierto. De un mundo de productores y consumidores libres en un continente que aspira a solucionar el problema común de sus economías quebrantadas en procura de una ciudadanía americana común.

Frente a una desesperada acometida del tercer mundo asiático, desesperado por el hambre y que constituye una amenaza latente que obliga al hombre a pensar en su destino futuro inmediato y una concurrencia africana como consumidor por un lado y exportador a breve plazo por el otro, se agrega el poder invasor del totalitarismo que obliga a apuntalar nuestras murallas. Nuestra América lo está comprendiendo y es por ello que tiene prisa en coordinar sus recursos de producción, regular el consumo en un orden equitativo, garantizar un mercado, sin subvenciones artificiales, sin beneficios particulares, en estrecha cooperación.



# Latinoamericana de Libre Comercio



*llevar a los confines el programa revolucionario a que nos conduce el avance incontenido de la economía moderna, debemos conducir a su último término esta expresión de voluntades que nos une y confunde en una aspiración común.*

**CIERTOS** de que toda acción destinada a la consecución de tales propósitos originará otros estímulos para el mejoramiento y expansión común de una actividad creciente, tendremos que volcar en este crisol de voluntades cuanto comporte a la institución de una actividad libre de productores y consumidores libres.

**DECIDIDOS** a perseverar en los esfuerzos comunes en favor de cuanto importe desarticular los obstáculos, dejando el camino abierto a todas las iniciativas que conduzcan a una liberación integral de los pueblos, las cosas e instituciones de la asociación, que sirve de principio la coordinación de sus economías y le seguirá una ciudadanía común, con los derechos y garantías locales de su fisonomía personal, nos comprometemos a inclinar nuestro pensamiento y acción a esta trascendental iniciativa.

**ANIMADOS** de tal propósito, que constituye una de los episodios continentales de mayor resonancia de los últimos tiempos y que puede conducirnos a la transformación económica y social del mundo, con nuevos principios canalizados por nuevos rumbos de igualdad, nos decidimos a corregir cualquier defecto que los dificulte y a ensanchar, armonizar, patrocinar cuanto conlleva a perfeccionar esta alianza de la libertad.

El momento que vivimos obliga a hacer del dinero una herramienta de trabajo al servicio de la revolución.

## MOVILES DE ACCION CONJUNTA

La afluencia norteamericana de cosas y artículos de uso doméstico en el mercado de Latinoamérica, que impone su ley por imperio de la oferta y la demanda, máxime cuando interviene la industria pesada en los países de baja extracción económica, que desarticula los balances de pago, han llevado a los integrantes de la Asociación a coordinar su pensamiento hacia un intercambio de productos a iguales valores de producción en cualquiera de ellos, con sólo las diferencias de los gastos de transportes.

En esta circunstancia, los Estados Unidos de Norteamérica han permanecido ausentes de la Asociación porque su economía, tanto por el volumen cuanto por la variedad de productos domina un gran sector del panorama mundial y es el contrafuerte de su política defensiva. Pero su forma de actuar, como rectora de la riqueza material de objetos y bienes de uso, es probable que tenga que acomodarse a condiciones de cooperación más estrecha con las naciones del continente. La lucha que el mundo presencia en este instante, no es sólo de orden político o geográfico, sino que interrumpe el curso de la sangre de todo el organismo social. Y el hombre tiene que remodelar su mentalidad, recurriendo al ingenio, para sobrevivir.

El número y cantidad de bienes de uso para uti-

lizar individualmente ya no cuentan. Con ser monumentales y deslumbrantes a los ojos del mundo humano, los castillos medioevales representan hoy un presente griego o un elefante blanco que nadie compraría sin riesgo de arruinarse económicamente. Por muy adinerado que sea, el hombre de hoy prefiere desenvolver su vida hogareña en el espacio reducido de un departamento confortable, rodeado de cosas íntimas al alcance de la mano. La igualdad y en algunos casos la bondad dulcificó caracteres belicosos, y amo y esclavo se encontraron y reconocieron porque no se distinguen en etiqueta, en cultura y en capacidad de desenvolvimiento ordinario. De esa suerte la hacienda de las naciones tiene que acomodarse a las nuevas necesidades humanas, llenando los huecos de la experiencia o los ensayos realizados por otros, con ideas sanas y principios de liberación.

Las exportaciones de productos ayer han capitalizado grandes naciones como Inglaterra, los Estados Unidos de Norteamérica y actualmente el Canadá. Hoy aparecen ya como dominando algunos de estos flancos, bloques de naciones europeas como Rusia, Alemania, Italia e Inglaterra y países asiáticos y africanos que necesitan abrir nuevos mercados, básicos para su existencia. Pero, tanto unos como otros, realizan una política económica de concurrencia, de competencia individual como naciones y no de cooperación. Si ideal ha residido en llevar los productos o artículos a los lugares donde la necesidad los reclamara primero, o donde pudieran entrar a bajo precio, en perjuicio del competidor, recurriendo a los procedimientos comerciales usuales a que es tan prolifera la mentalidad humana. La cuestión no reside en volcar productos elaborados por mano esclava en mercados divididos por bloques políticos, sino en crear productores y consumidores libres para el afianzamiento de la libertad en el mundo.

El caso que se nos presenta hoy es bien distinto. La zona libre de cooperación productiva y comercial es una magnífica oportunidad para los 200 millones de productores y consumidores de Latinoamérica. Está canalizada por derroteros nuevos de la ciencia económica, porque no se trata de competir en ningún mercado, sino de crear nuevos mercados de consumo, de producir más y mejor a menor precio y de tener más cantidad de cosas a precios tan asequibles que están al alcance de todos en el área de la Asociación y, por ese mismo mecanismo, una vez saturada la necesidad de asistir a cuantas otras comunidades lo reclamen.

Ningún país que se disponga a acomodar su economía a las normas democráticas y de auténtica cooperación libre, puede estar alejado de la Asociación. Lo que sirve como instrumento en beneficio de ocho naciones, puede extenderse a cien. No se trata en este caso de enriquecer económicamente determinada comunidad en perjuicio de otras, sino de que todas en conjunto resulten beneficiadas por igual, a costa del mismo sacrificio, pero ni mayor ni menor. El ingreso es voluntario. De aquí en adelante no se podrá decir que existen naciones poco o muy desarrolladas. Las naciones integrantes de la Asociación son depositarias de toda la fortuna originaria por su trabajo creador.

La agricultura es el baluarte económico de los países continentales y se presta cómodamente para integrar una economía con todas las comunidades, con sólo eliminar protecciones y superando las políticas autárquicas tradicionales.

#### DISPOSICION LEGISLATIVA DEL TRATADO DE MONTEVIDEO

La Asociación Latinoamericana de Libre Comercio creada por este tratado responde, en sus grandes lineamientos, a las siguientes necesidades creadas por la vida de la comunidad y del grado actual de civilización resumidas en este articulado:

10. — «...reciprocidad de concesiones con objeto de expandir, diversificar el intercambio y promover la progresiva complementación de las economías de los países de la zona.»

11. — «...medidas adecuadas de carácter no restrictivo para impulsar el intercambio a los más altos niveles posibles.»

12. — «...comercio de todos los productos incorporados en el programa de liberación, procurarán, en la medida de su alcance, corregir esas desventajas.»

14. — «...asegurar una continua expansión y diversificación del comercio recíproco, incorporar en las listas nacionales el mayor número posible de productos que ya sean objeto de comercio y asegurar a esas listas un número creciente de productos que aun no forman parte del comercio recíproco.»

16. — «...realizarán esfuerzos para promover una gradual y creciente coordinación de las respectivas políticas de industrialización, patrocinando con ese fin entendimientos entre representantes de los sectores económicos interesados.»

17. — «...armonizar los tratamientos que se aplicarán a las materias primas y a las partes complementarias en la fabricación de tales productos.»

19. — «...cualquier ventaja, favor, franquicia, inmunidad o privilegio que se aplique a una parte, será inmediatamente e incondicionalmente, extendida al producto similar originario o destinado al territorio de las demás partes.»

20. — «...los capitales procedentes de la zona gozarán en los territorios de cada parte de tratamientos no menos favorables que aquellos que se concede a los capitales provenientes de cualquier otro país.»

21. — «...En materia de impuestos, tasas y otros gravámenes internos, los productos originarios del territorio de una parte gozarán en el territorio de la otra de tratamientos no menos favorables que el que se aplique a productos similares nacionales.»

27. — «...procurarán coordinar sus políticas de desarrollo agrícola y de productos agropecuarios con el objeto de lograr el mejor aprovechamiento de sus recursos naturales, elevar el nivel de vida de su población rural y garantizar el abastecimiento normal en beneficio de los consumidores.»

46. — «...gozará de completa personería jurídica y especialmente para contratar, adquirir bienes muebles e inmuebles indispensables para la realización de sus objetivos y disponer de ellos, demandar en juicio y conservar fondos en cualquier moneda y hacer las transferencias necesarias.»

47. — «...gozará de las inmunidades y privilegios diplomáticos necesarios para el ejercicio de sus funciones.»

51. — «...Los productos importados o exportados gozarán de libertad de tránsito dentro de la zona.»

52. — «...Ninguna parte podrá favorecer sus ex-

portaciones mediante subsidios u otras medidas que puedan perturbar las condiciones normales de competencia dentro de la zona.»

54. — «...Las partes contratantes empeñarán sus máximos esfuerzos en orientar sus política hacia la creación de condiciones favorables al establecimiento de un mercado común latinoamericano.»

61. — «...para la mejor consecución de los objetivos del tratado y, si fuera oportuno, para adaptarlo a una nueva etapa de integración económica.»

#### OBJETIVOS NO ENUNCIADOS DE LA INSTITUCION

La amplitud de conceptos y principios emergentes del articulado, van mucho más lejos que su letra. Como paso inmediato, todas mercancías en tránsito entre las naciones estarán liberadas de gravámenes aduaneros y gozarán del mejor trato de paso y simple control en todo el territorio americano. Para que el ideal tenga simple aplicación, sin prescindencia directa y particular de las autoridades gubernamentales, la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio queda investida de facultades para asumir mediante un Consejo de Administración, compuesto por tantos miembros como naciones integrantes, la plena responsabilidad de la economía nacional de cada una de ellas.

Este Consejo de Administración creará el mecanismo funcional automático, como órgano supervisor del cumplimiento de las obligaciones de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, con la creación de un

#### Banco Interamericano de Libre Comercio — Bilco

por el que se canalizarán todas las operaciones de exportación e importación de y para cada uno de los países asociados. Este Banco tiene que servir de ejecutor de la revolución sin sangre que las naciones adheridas pretenden realizar en el ámbito internacional. Su misión será la de administrar, coordinar, fomentar, crear y distribuir equitativamente los bienes de fortuna provenientes del trabajo de sus hijos, con arreglo a las normas más estrictas de la libertad, igualdad y fraternidad, de las que hace divisa y escudo.

El Banco Interamericano de Libre Comercio contabilizará todas y cada una de las operaciones realizadas entre los países contratantes. Su capital estará constituido con el aporte del valor de un dólar, en las monedas de cada uno de las distintas naciones integrantes. Cada uno de los países que en momento dado quiera ingresar a la institución, aportará como cuota de ingreso el mismo equivalente. Si en momento oportuno es necesario el aumento del capital por obligaciones a adquirir, el Consejo de Administración, cuyos miembros reciben autoridad directa de sus respectivos gobiernos por vía de la Asociación, resolverá en cada ocasión sobre el particular.

El dinero recaudado para el fondo de capital del Banco en las monedas de los países respectivos, será traducido al valor del dólar en el día de iniciarse las operaciones del Banco. Para que el dólar resultante quede paralizado y sin oscilaciones, que perjudiquen o beneficien a cualquiera de los asociados, se traducirá simultáneamente a un signo monetario que emitirá el propio Banco y bajo el cual se contabilizarán todas las operaciones. Ese signo monetario podrá denominarse **Procónsul**. Es decir, una unidad de cambio segura, permanente, a recaudo de las especulaciones de bolsa y del agio-

taje. El **Procónsul** tiene que ser nuestro agente financiero, cónsul, diplomático, gobernador y embajador y franco tirador ante todas las naciones libres del mundo y pasarse por todos los Tesoros y cancillerías como representante auténtico de una comunidad democrática en toda la extensión del término.

Su misión es la de servir de medio de cambio, no de medio de riqueza representativa de fortuna individual, y tiene que administrar justicia inflexible para todos, sin perjudicar a ninguno. Su valor mecánico representativo será el resultante de

a) sumando las entradas brutas de todas las ganancias por los diversos conceptos y categorías derivadas del trabajo o renta bruta de cada una de las naciones asociadas y dividida por el número de habitantes, del que resultará un coeficiente, traducido luego al valor de una moneda uniforme: dólar, pongamos por caso;

b) sumando cada uno de esos coeficientes y dividiéndolo por el número de países integrantes de la Asociación.

De tal modo, el valor representativo del **Procónsul** será real y cabal de la riqueza de cada uno y de todos los países que componen la colectividad a la vez. Para que el valor sea más exacto todavía, cada año calendario las naciones respectivas establecen su balance estadístico-económico de la actividad desarrollada y repitiendo la misma operación se va practicando el ajuste del valor representativo del **Procónsul**. Tengamos presente que el **Procónsul** es una divisa negociable sólo en los países asociados.

Supongamos que el término medio de la renta de 4 determinados países en sus propias monedas y traducidas a dólares es en

Argentina, por habitante, de .....	m\$.n. 300,— igual	U\$S. 3,60
Chile, representa .....	» 250,— »	» 3,05
Uruguay, representa .....	» 290,— »	» 3,45 U\$S. 10,10

El valor del **Procónsul** tendría que representar U\$S. 3,366.

Si por acaso se incorporara a la Asociación los EE.UU. de N. A. que naturalmente tienen un nivel de vida más elevado, cuyo término medio se cifrará en U\$S. 5,—, el valor del **Procónsul** tendría que ser de U\$S. 3,775 contra el anterior de dólar 3,366. Y parecería que cada norteamericano, con venir con ese mayor índice económico salvaría del pauperismo a las demás naciones. Pero, en rigor no es así, porque con sus U\$S. 5,— que aporta al valor común, ésta valoriza sus propios productos que absorberán los demás otros países y no olvide que el **Procónsul** viene a fijar su propia proclama revolucionaria frente a la economía estatificada y a establecer residencia en el mundo de la producción con la bandera de la libertad como ninguna otra moneda en ningún otro régimen que escape al valor del trabajo como medida.

El **Procónsul** respaldará todas las operaciones del Banco Interamericano de Libre Comercio como dueño absoluto, olvidado de lo que ocurre en el mundo de las finanzas especulativas. Para la institución cada partida de trigo que pase de un país a otro, cada partida de carbón o cargamento de hierro y viceversa, es objeto de un débito y un crédito automáticos traducidos sus valores a **procónsules**. Hasta tanto el país deudor no compense igualdad de valores con otros productos al país acreedor, se irá perjudicando con un interés fijo del 5 % que abonará el deudor.

Como el Bilco (Banco Interamericano de Libre Comercio) les agente financiero cuando el país respectivo solicite un préstamo en cualquier moneda o necesite fondos de su crédito en **procónsules**, Bilco con su moneda comprará a la cotización de la calle la que la nación asociada le requiera para su desenvolvimiento.

### PROGRAMAS DE LARGO ALIENTO

Bilco aspira a reorganizar la vida económica de todos los países voluntariamente asociados, en un medio cooperativo de manera tal que pueda asegurar un crecimiento progresivo de riqueza. Espera que las naciones integrantes de la comunidad, permitan que cada operación de exportación que realicen a sus asociados, se retenga un 10 % del

monto, destinado a préstamos a largos plazos a los miembros respectivos para emprender obras de auténtico progreso que levanten el nivel medio de vida de cada uno de sus habitantes, como por ejemplo: explotación de los recursos naturales de las naciones, fomento de nuevas industrias, abriendo canales o túneles para regadío en zonas de secano o vías de tren. Intensificación de la explotación minera boliviana (metalífera, carbonífera y petrolífera). Reorganización agrícola y ganadera del Beni y Santa Cruz. Explotación y aprovechamiento total de las posibilidades de riqueza que encierra el Amazonas en todo su trayecto. Intensificación de la siderurgia brasileña de manera que pueda abastecer a buena parte del mercado interregional de hierro y eventualmente acero, maquinaria determinada y demás. Fomento del cultivo de cereales en la República Argentina mediante la apertura de un túnel a través de la cordillera de los Andes a la altura de Mendoza con entrada de agua entre Valparaíso y Santiago para regar la pampa y asegurar una permanente producción para el mercado brasileño, boliviano y paraguayo. Ofrecer al Paraguay y Bolivia los elementos necesarios para producir más y mejor, elevar su standard de vida permitiéndole entrada libre a lo largo y ancho de los mares y ríos navegables del hemisferio. Echar mano de los recursos naturales al alcance del hombre mediante la intensificación de la cría de ganadería en todos los países asociados, conforme con el ambiente, posibilidades y variedades. Poner en marcha el humilde y grande contingente indígena que a través de la cordillera y hasta México es improductivo como trabajador y nulo como consumidor. Abrir escuelas e institutos de enseñanza a través del suelo de los países asociados, sacando de los cuarteles a los soldados y destinarlos a la construcción de pueblos y caminos donde sea necesario, capacitándolos para la vida mejor a que están destinados. Explotación de la fauna marina en el litoral Atlántico y Pacífico y siembras ictícolas en ríos y lagos para la producción de alimentos frescos y secos. Campaña de integración a la vida rural del indígena peruano, boliviano, ecuatoriano. Restauración de las flotas de navegación y aeronavegación de los países respectivos para transportes de productos y personas. Reequiparación de ferrocarriles y puer-



tos, de manera tal que los productos o artículos de uso o consumo originarios de un país determinado tengan exactamente el mismo precio en el pueblo de destino con la sola diferencia de los gastos de transporte. Producción frutícola, reorganización textil, abastecimiento de combustibles y lubricantes.

Bilco, con sus recursos propios y los de sus asociados, garantizará, en la medida de sus posibilidades, que son inmensas, préstamos que se contraigan en cualquier moneda y con naciones o grupos de naciones ajenas a la comunidad, acomodando la contabilización de modo que no constituya una carga pesada para el país a donde se destine el préstamo. Si no facilitándole todo el apoyo necesario por ser un beneficio común, una unidad de la cooperación. Bilco aspira a ser administrador del trabajo de cada habitante, estimulándolo para que lo realice alegremente, con el menor esfuerzo y el mayor rendimiento.

#### DISPOSICIONES GENERALES

Bilco no financia sino sus propias operaciones. No opera en cambios. No acepta dinero que no provenga de sus asociados. No especula con su capital ni con sus recursos.

Estará constituido por un Consejo de Administración integrado por los mismos miembros de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, cuyas funciones se complementan, debiendo acomodar el mecanismo a su mejor y más exacto

cumplimiento. Los miembros permanecerán dos años en el desempeño de sus funciones y su remuneración será adecuada al rango y categoría correspondientes. Al término de su mandato, podrán ser reelegidos y desempeñar funciones en distintos países de la comunidad para mayor entrelazamiento de relaciones afines.

El Consejo de Administración tendrá su asiento en lugar fijo y deliberará por mayoría de votos, sin influencias políticas o económicas de personas, naciones o bloques de naciones que conspiran contra el funcionamiento y ejemplar desempeño de la misión confiada. Cualquier interferencia obligará a la separación inmediata por vía del país asociado que lo designara.

América tiene por delante un instrumento único para realizar tan bello ideal y los integrantes de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio la oportunidad de presentar al mundo un programa de cooperación, de buen entendimiento que en favor de la libertad inspiró esta iniciativa singular. Conscientes del momento que vive la humanidad, sacudida por el reflujo totalitario oriental y su política económica de avasallamiento, los miembros de la Asociación han perdido el miedo a las palabras. Y saben que no hay tiempo que perder. O procedemos a hacer nuestra propia revolución social bajo los predicados de la libertad, animándola allí donde flaquea, estimulándola ante la duda, completándola en sus imperfecciones, o pereceremos.

**CAMPIO CARPIO**



## A los aguiluchos de la libertad

Aguiluchos nacidos del trabajo  
que supisteis volar tan alto un día  
y arrojaros osadamente abajo,  
de la cumbre ríscosa en mar bravía;

que sembrasteis los surcos a destajo,  
con semillas fructuosas de anarquía,  
en el Ebro, el Genil, el Segre, el Tajo  
que lloran hoy del pueblo su agonía:

Si gélido se opone el viento fuerte  
de oscuro firmamento proceloso  
que al monte y la llanura infesta y daña

con el opio fascista de la muerte,  
sea el vuelo más alto y vigoroso,  
capaz de libertar la nueva España.

**COSME PAULES**

## Parábolas de Han Ryner

# LOS EFIMEROS

**R**ECOSTADO en la pradera, a orillas de un arroyo, Psicodoro era feliz, pesadamente dichoso como lo es un ebrio a causa de un vino generoso. Gozaba, cosa rara en él, de una hora de entusiasmo ingenuo. A veces pensaba, dulcemente emocionado, en la belleza de las cosas; más a menudo se enorgullecía, banal, de la grandeza del hombre e, igual que un imbécil elogia la gloria de su patria, cantaba interiormente al género humano, a todas sus invenciones de ingeniosos instrumentos y a la sutil habilidad en que a veces, cual triunfantes cazadores, captamos en su huida una verdad o la sombra de una verdad.

Y he aquí cómo un vuelo de efimeros vino a posarse, ligero, medio levantado aún, encima de la inmovilidad alegre del filósofo. Y escuchó hablar a los que estaban sobre su cabeza.

Uno de ellos zumbaba:

—Detengámonos un momento sobre este mundo sin vida y estudiémosle.

—El detalle me deja indiferente, replicó alguien. Lo importante para mí, es el saber que estas masas potentes, los mundos, mueren también. Lo cual consuela. ¿Por qué nos rebeláramos en lo sucesivo contra una ley reconocida como universal?

—Eso es desolador, silvó desdeñosamente un sabio alzando el nacimiento de sus alas. ¿Si todo muere, por qué algo nace? La muerte no es un fin; es una detención eterna y sin motivo. Por consiguiente, ¿por qué la marcha?

—¡Gloria a mí! ¡Gloria a mí! exclamó un recién llegado.

Gritaba muy fuerte y el orgulloso estremecimiento de sus alas era una ruidosa fanfarria triunfal. Todos se le acercaban para escucharle.

—Acabo, dijo, de hacer el mayor descubrimiento de todos los siglos. Sabéis que los mundos mueren, o al menos parecen morir. Pero tienen, como nosotros tenemos, un alma inmortal. O mejor dicho no, esas masas son muy pesadas para ser movidas por ese muelle noble y delicado, que es un alma. Su vida es la expresión de un genio que puede a veces ausentarse, pero que pronto, después de diez o doce siglos tal vez, vuelve para animarlos, siempre y cuando un efimero pronuncie las potentes palabras que mandan a los genios.

—Lo que está muerto bien muerto está, afirmó el sabio que tenía la costumbre de hablar desdeñosamente alzando el nacimiento de sus alas.

—Vais a ver, replicó el taumaturgo.

Pero los sabios están demasiado seguros de que los límites de su comprensión son los límites de las cosas. Se aferran a sus métodos y saben, sobre todo, no mirar mucho. Este declaró:

—Lo vería y no podría creerlo. Un ignorante

puede dejarse engañar por una alucinación; pero, un sabio sabe que no existe el milagro científico.

Y se alejó, seguido por algunos. Este grupo de espíritus serios voló hacia la pierna derecha de Psicodoro, y el filósofo ya no oyó sus murmullos.

Otros, estremecidos, sedientos de misterio, suplicaron al narrador interrumpido:

—Maestro, habla. ¿Qué es lo que has visto?

Y él, temblando como un visionario que acaba de ver:

—Me encontraba al otro lado de la inmensidad verde del universo (su ala, de un largo gesto giratorio, designaba toda la pradera), allí donde el río Océano que, como sabéis, le da la vuelta (su ala tendida, rígida, indicaba un punto del arroyo). Encontré un mundo muerto muy parecido a éste en que nos encontramos ahora. Y pronuncié encima de él las palabras mágicas que me enseñó un gran mago. Y vi como el mundo inerte se levantaba de repente, resucitado por la potencia del verbo... Miradle, allá a lo lejos, cómo camina con un movimiento que nuestros señores los sabios tal vez determinen la ley.

Y prosiguió:

—Vais a ver cómo resucito a éste, ahora.

Cuán solemne se volvió su zumbido:

—En nombre de la potencia irresistible de los efimeros, solos seres razonables, sola conciencia creada en los universos; en nombre de la todopoderosidad de Dios que nos hizo a su imagen: ¡oh mundo inmenso!, pero inferior a los frágiles pensadores que nosotros somos, obedece; levántate y marcha.

La pretensión del insecto arrancó a Psicodoro una sonora carcajada.

—¿Oís el trueno de su resurrección? dijo el inspirado.

Y todos:

—Es verdad. Lo hemos oído. Y lo vemos también. La materia inerte, puede revivir, merced a las mágicas palabras de los efimeros.

Alguien, que debía ser un poeta, tomó la palabra, para cantar la nueva conquista de la ciencia. En ritmos que parecieron raros a Psicodoro, empezó diciendo:

—Nuestros padres veían luces nebulosas; nosotros estamos deslumbrados por la gran luz dichosa. Este siglo es grande y fuerte.

Y toda la generación fuerte y grande cayó, moribunda, a los pies de Psicodoro, mundo resucitado.

(Selección de W. Muñoz)

NOTA. — Son los efimeros (del griego «epi», sobre, y «hemera», día), unos insectos que viven muy pocos días. — V. M.

Próximo artículo: Los Arraigados.

# Ideas sobre educa- ción



— X —

**R**ETROCEDAMOS ahora al siglo dieciseis, donde pasamos por las entusiastas actividades culturales que promovió la Reforma y la contra-Reforma; por las esperanzas frustradas que sobre este particular tuvieron lugar debido a las luchas entre varias sectas dentro de un mismo Estado y a las querellas entre países que sostenían y apoyaban concepciones opuestas y que dieron lugar a la calamitosa Guerra de Treinta Años, y por fin al estado en que este derroche de energías dejara a los pueblos para que, de forma sosegada, pudieran prestar atención a la enseñanza. Como hemos dicho antes, a pesar de tanto desastre moral y material en los centros y personal docente, la llama quedaba prendida aún, si bien con tenue resplandor y tal vez por esto los reformadores de final de siglo dieciseis y comienzos del diecisiete se conformaron con dejar los problemas de la educación sin tocar y se dedicaron a los detalles de métodos.

En este sentido, en la cuestión teórica de la educación, hubo varios hombres que llevaron ideas e innovaciones nuevas a los métodos de enseñanza conocidos, pero sólo unos cuantos dejaron huellas de sus trabajos bien en los que les continuaron o de una forma permanente en la enseñanza en sí.

Wolfgang Ratke (1571-1635), adquirió fama de innovador cuando en 1612 presentó a la Dieta Imperial en Alemania un Memorial en el que presentaba un método hábilmente desarrollado por el cual se podían enseñar los idiomas de una forma más rápida y eficiente que con ninguno de los existentes hasta la fecha; exponiendo al mismo tiempo un esquema para las escuelas donde todas las asignaturas se enseñarían en alemán, así como las demás lenguas. Propuso a la Dieta buscara el medio de introducir en todo el Imperio de una forma pacífica y eficiente un idioma uniforme, encaminando la estructura del gobierno y de la religión en este sentido también. Más tarde publicaría una « Elucidación » de su esque-

ma haciendo resaltar que los principios de educación deberían estar basados en la lengua materna. Las aspiraciones de Ratke tuvieron eco en toda la extensión del Imperio y sus contemporáneos reconocieron la necesidad de una revisión en los métodos existentes. En 1614 Ratke fué invitado a reformar el sistema de educación de la ciudad de Augsburgo, pero sus cualidades de organizador no igualaban a sus cualidades de teórico y aquí no tuvo gran éxito. No obstante Ratke gozó de gran reputación e inspiró a muchos de sus contemporáneos y a otros de generaciones posteriores. En él se hallan ya enunciados los principios realistas de que no debe haber estudio de palabras sin el conocimiento de las cosas que éstas representan. La enseñanza debe seguir el orden y el curso de la naturaleza, y debe proseguirse siempre por la investigación personal, el experimento y el análisis.

Otro de los educadores que influenciaron en las corrientes docentes de la época fué J. H. Alsted (1588-1638) que fué maestro en la escuela superior de su pueblo natal Herborn. Alsted publicó su obra maestra « Enciclopedia Universal » 1630. En este libro muestra un interés verdadero en los trabajos de la enseñanza así como unos conocimientos profundos en los conceptos teóricos y progresivos de la educación. Aboga por el reconocimiento de la importancia de las escuelas vernáculas que deberían de existir en todas partes.

«El maestro — decía debe estar revestido de paciencia, de humildad y prudencia, y su objetivo debe ser inculcar la piedad, los buenos hábitos y conducta, así como a enseñar a leer y a escribir. Los niños deben empezar la escuela vernácula a los cinco años, pero chicos y chicas no deben sentarse juntos en clases mixtas...» La opinión de Alsted sobre la capacidad de las niñas no es nada elevada que se diga, si bien consideraba que algunas mujeres nobles podrían dedicarse al estudio como un pasatiempo.

Los trabajos de estos hombres no tuvieron el temple debido para resistir los envites del tiempo, pero como hemos dicho antes sirvieron de bases a otros trabajos que aun en nuestros días son fuerzas vivas cuyas manifestaciones en gran parte esperan la evolución de nuestras concepciones sobre la educación para tomar asiento entre ellas.

## EL GRAN COMENIUS

El más grande de estos trabajadores de la enseñanza, en la práctica y en la teoría, pero principalmente en ésta última, fué J. Amos Comenius, que nació en Nivnitz, Moravia. Su amor a la educación nos dice que se reveló por la pobreza de la que él había recibido. La familia de Comenius pertenecía a una secta religiosa que se denominaba «La Unidad de los Hermanos Bohemios», reminiscencia de sectas independientes que aparecieron en la Europa central en los siglos catorce y quince y que fueran consideradas por el papado como heréticas. Esta vivía en la parte montañosa de la Moravia y si no eran católicos tampoco eran protestantes luteranos, sino que



minara Juan Ramón Jiménez, consigue aquí expresar cuánto de profundo tiene su obra poética, al darse así, con tal facilidad técnica, en todo cuanto entendemos por técnica de la poesía moderna, que no han conseguido, sino parcialmente, algunos de sus contemporáneos. Con esa facilidad tan suya ha logrado méritos brillantes, provocando esa belleza que llevó improvisadamente, en forma inesperada, tal vez insensata, pero más plétórica de auténtica vida. Esa pasmosa facilidad no siempre se traduce en éxito permanente en poetas jóvenes. Producto de un suelo ubérrimo y propicio al abrazo del hombre como es la huerta levantina, donde el verdor tiene tonalidades de morería, la obra de Miguel Hernández ha adquirido nobleza de forma y contenido. Su sensibilidad no puede conceptuarse como cursilería, sino como fuerza silvestre; su exuberancia nos presenta un hombre frente a un paisaje brusco y escueto, pero no obstante profundamente tierno.

En arranque de poeta verdadero, su estro de versificador tremendo consigue versos, empleando tan sólo sílabas y acentos, como creaciones de un sonámbulo. Y sin retórica ni ampulosidad, lo mismo que Vallejo, nos magnifica al agua y el sudor, producto del trabajo, en esa noble dignidad que «En el mar halla el agua su paraíso ansiado y el sudor su horizonte, su fragor, su plumaje. El sudor es un árbol desbordante y salado, en voraz oleaje. Cuando los campesinos van por la madrugada a favor de la esteva removiendo el reposo, se visten una blusa silenciosa y dorada de sudor silencioso». La mentira hermosa «la belleza delirante, el adorno esencial, la embriaguez, el embuste poético, son cualidades morunas que los andaluces y levantinos están obligados a no falsear ni perder nunca, porque son su fuerza, su profundidad, su metafísica». En Miguel Hernández todas estas acepciones representan sensualidad y lujuriente apetito por las cosas, sin fugacidad y con encanto y alegría terrenales, con materialidad de carne y pulpa.

«En el sabor del tiempo queda escrito» en palabras como en mármoles y en el tiempo ese vigor tan íntimo de la poesía moderna que encuentra en Juan Ramón Jiménez un cultor de intensa potencialidad e intensidad, sin confusión ni equivocación. Obra artística de sana fortaleza puede catalogarse la poesía de Miguel Hernández, delicada y expresiva, viril y esencialmente humanística. «Un día iré a la sombra de tu pelo lejano», dice en la canción del esposo soldado, evocando en tono tierno y con aire misterioso, con su pasión tan sin vanidad y emotiva que «tu corazón y el mío naufragarán, quedando una mujer y un hombre gastados por los besos». Dentro de tan difícil y cerrado recinto del arte, fué la poesía la que mejor cumplió con su misión mientras

Y a lo lejos...  
deslizas silencioso tu silueta  
en remolinos grises y te pierdes  
en un tirabuzón de polvareda.

PEDRO GODOY

LOS PASOS LEJANOS

Mi padre duerme. Su semblante augusto  
figura un apacible corazón;  
está ahora tan dulce...  
si hay algo en él de amargo, seré yo.

Hay soledad en el hogar; se reza;  
y no hay noticias de los hijos hoy.  
Mi padre se despierta, ausculta  
la huída a Egipto, el restañante adiós.  
Está ahora tan cerca;  
si hay algo en él de amargo, seré yo.

Y mi madre pasea allá en los huertos,  
saboreando su sabor ya sin sabor.  
Está ahora tan suave,  
tan ala, tan salida, tan amor.  
Hay soledad en el hogar, sin bulla,  
sin noticias, sin verde, sin niñez.  
Y si hay algo quebrado en esta tarde,  
y que baja y que cruje,  
son dos caminos blancos, curvos.  
Por ellos va micorazón a pie.

CESAR VALLEJO



LITERATURA EXPATRIADA

La vida de la cultura mundial ha adquirido en los últimos años contornos dramáticos. Este fenómeno, que tiene su raíz en la multiplicidad de los problemas que agitan al hombre moderno, son un signo evidente del gran desequilibrio social. En ambientes de bonanza, su ministerio se desarrollaba en un marco bien distinto. El individuo abocado a esta disciplina, poeta o escritor, pintor o músico, podía confiar en la seguridad futura. Al calor de esa quietud, plasmaba sus sentimientos, labrando su bienestar moral. La obra de arte surgía resplandeciente, en su pureza y, producto de mente sana, adquiría figura corpórea por la eternidad. Pero dos guerras que, como terrible volcán sacudieron los cimientos de la sociedad humana, trastocaron hasta los

resortes más íntimos de la personalidad. Los factores originados por ese estado de violencia, que desde entonces vive el mundo, cortaron los tejidos sensibles del intelecto. Y el hombre, de pronto, se vió desplazado de su medio, estableciendo un paréntesis de larga distancia para hacerse una confesión. Encariñado con sus costumbres y las personas que le rodeaban, tuvo necesidad de recapacitar, de concentrarse en sí mismo, para establecer un balance de su pasado y futuro, midiendo todas las consecuencias desfavorables conducentes a la prosecución de su vida física y estética. Los nacionalismos e idealismos exóticos le trataron despiadadamente, a él, débil criatura, que sólo había pensado en la belleza y en la bondad ilimitadas para con todos los hombres, arrojándolo cual brizna sobre el cráter de este volcán tremendo, en que la cultura está tristemente consumiéndose. Hombres e instituciones, en los años que median desde el comienzo del siglo, fueron cercenados como sacrificio en honor de ese dios terrible. El espanto y el temor a la muerte, obligaron a deambular a millones de seres a través de una tierra inhóspita que no le pertenece, llevando a sus espaldas la pesada cruz de una fatiga sin precedentes, representada por la decepción de la lucha estéril y la incertidumbre del porvenir que el destierro impone, infinitamente más doloroso que la muerte misma.

El arte se ha desterrado, presa de esa destrucción colectiva, sistemáticamente organizada, con todas las consecuencias que el sufrimiento y la humillación entrañan para el hombre sensible, privado de su libertad y quebrando su espíritu. Es así cómo el momento que vivimos no cuenta con un poeta auténtico, que traduzca en versos el dolor inmenso de esta derrota humana que constituye la masificación del individuo, la gigantomanía del estatismo que regula las acciones de la vida normal, el desprecio por cuanto entraña elevación intelectual sobrepuesta a los conflictos sociales, la pulverización de naciones enteras y la existencia dirigida a paso marcial. En literatura apenas si encontramos una que otra inquietud, deficientemente lograda, como simples escarceos de tanteo. La condena a trabajos forzados lleva en sí los gérmenes de una destrucción incuestionable. Y como todos los mortales, el artista se siente morir, desfallece en lenta agonía. Descuartizadas sus ilusiones, o lanzadas violentamente hacia un destino sin horizontes, enfrenta los elementos básicos que conspiran contra la historia y la civilización, en desmedro de la obra de arte. Tales los sufrimientos que las instituciones han impuesto a los hombres. Anulada la victoria de la personalidad, del genio humanizado, del amor que los bienes fecundaran en la bondad y la ternura, el arte se ve mutilado. Y en sus aspectos más la-

«que se siente» perseguido por la sombra del último descanso», con una pena profunda que le sale al encuentro. Y «ni a sol ni a sombra vivo en sosiego». Con pena en la paz y en la batalla, umbrío casi bruno, con cardos por corona, le azuzan sus leopardos y se considera más apenado que ninguno, en el perfil de la tierra, sobre «el cielo raso donde un arado en paz descansa», con sus huesos hechos a los dolores, con «serenidad de sufrimiento» ni fragilidad «alrededor del llanto».

«¡Cuánto penar para morirse uno!», dirá contemplando como «por una senda van los hortelanos, que es la sagrada hora del regreso, con la sangre injuriada por el peso de inviernos, primaveras y veranos. Vienen de los esfuerzos sobrehumanos y van a la canción, y van al beso, y van dejando por el aire impreso un olor de herramientas y de manos. Por otra senda yo, por otra senda que no conduce al beso aunque es la hora, sino que merodea sin destino», yéndose la mala virtud que lo rodea, con su «juventud como la luna a la aldea». Así esparce, en este universo borroso de la existencia, su emoción angustiada observando como pasa el amor «romero, grama juncia: ven que romero y grama son mi asedio y la juncia mi límite y mi amparo. A tu boca, tan breve se pronuncia, se le va a derramar lo menos medio beso que a tu risa le preparo».

Fugitivo en sus quebrantos, extiende la mirada y prorrumpe en elegías a sus semejantes. «Tú no eres tú, mi hermano campesino; tú eres nadie y tu ira, facultada de manejables arcos acerados. A tu manera faltas sosegada, a tu amor y destino, veterana asistencia de los prados. Pides la expropiación de la sonrisa y la emancipación de la corriente ¡lo imposible! del río. Dejas manca en los árboles la brisa, al ave sin reposo ni morada, con el hacha y el brío. Inficionado de ambición, malgastas fraternales carmines, buscas el bienestar con malestares. Bate las tierras hermosuras vastas de los verdes lugares, a bocados, tu hazada temerosa. Tu puño los viñedos ya no ordeña, y el visco de su leche se derrama. ¡Recién nacer en estas malas brisas que corren por el viento dando lo puro y lo mejor por nulos! ¡Volver al apasionamiento de los rulos! Sentir a las espaldas del pellejo, el latir de las vidas, el reflejo de la vida del vino y la palpitación de los tractores», le dice con unción. ¡Apiádate! «Adámate de amor por tus labores. El encanto del campo está seguro. En nombre de la espiga te conjuro: ¡siembra el pan con esmero! Día vendrá en un cercano venidero en que revalorizada la esperanza, buscando la alianza del cielo, y no la guerra. ¡Tierra de promisión y de bonanza volverá a ser la tierra!»

El «sorprendente muchacho de Orihuela», como le deno-

perdono a la muerte enamorada, no perdono a la vida desatenta, no perdono a la tierra ni a la nada. En mis manos levanto una tormenta de piedras, rayos y hachas estridentes sedienta de catástrofes y hambrienta. Quiero escarbar la tierra con los dientes, quiero apartar la tierra parte a parte a dentelladas secas y calientes. Quiero minar la tierra hasta encontrarte y besar la noble calavera y desamordazarte y regresarte. Volverán a mi huerto y a mi higuera: por los altos andamios de las flores pajareará tu alma colmenera de angelicales ceras y labores. Volverás al arrullo de las rejas de los enamorados labradores. Alegrarás la sombra de mis cejas, y tu sangre se irán a cada lado disputando tu novia y las abejas. Tu corazón ya terciopelo ajado, llama a un campo de almendras espumosas mi avariciosa voz de enamorado. A las aladas almas de las rosas del almendro de nata te quiero, que tenemos que hablar de muchas cosas, compañero del alma, compañero».

Obsérvase dentro de la modalidad particular de esta composición, aparte de la singularidad que la caracteriza dentro del poema moderno, un amargo fondo de tristeza que condice con su temperamento poético y un sentimiento lírico que, por su contenido humano, se distingue de sus contemporáneos. El motivo, bien sencillo ciertamente, está enchido de emoción, sin retórica, con esa modestia que traspunta del poema. Probablemente sea aquí donde Miguel Hernández encontró su inspiración, aun cuando los temas que le sirvan de marco expresivo sean comunes todos ellos entre sí. Su estilo sobrio y armonioso, delicadamente sensible, como que es el huerto, la novia y la azucena quienes la arrancan las estrofas más íntimas, le sumergen en el mar vaporoso de su mundo poético. Cantor del surco y la semilla, de la lluvia y la dulce mies en sazón, él mismo habría de confesar con su melancolía que es un «enterrado vivo por el llanto, una revolución dentro de un hueso, un rayo soy sujeto a una redoma», que en tales afanes se va agotando, agonizando por el peso del idealismo.

Lo mismo que a César Vallejo, esa preocupación le sobrecoge y a ella se somete, temeroso de no poder salir de sus brazos tentaculares que le aprisionan cual tenazas tamañas. Sin atreverse a dar un salto para salvar la muralla, la idea de la muerte predomina en él con el peso de todos los siglos. Cansado de una lucha sorda que lleva en la sangre, como herencia telúrica, en un leve descanso dirá que «fatiga tanto andar sobre la arena descorazonadora de un desierto, tanto vivir en la ciudad de un puerto si el corazón de barcos no se llena. Angustia tanto el son de la sirena oído siempre en un anclado huerto, tanto la campana da por el muerto que en el otoño y en la sangre suena

mentables, aparece en nuestro siglo como primitivo relapso de un momento histórico que la cultura eterna había olvidado.

Ubicado en el centro de ese cataclismo, cuyo final espera con ansiedad, contempla el hombre cómo más allá de los vientos y los mares sucumben los restos de una civilización que parecía indestructible; de escuelas y sistemas filosóficos que alumbraron como astros de primera magnitud las esferas del entendimiento durante siglos; de principios fundamentales que rigieron la vida organizada como elementos, producto del raciocinio y de la especulación lógica del genio, para comunicarnos por medio de los sentidos la profecía que vino del tiempo, a través de las nubes, de la circunferencia terrestre, de la luz del día, como un mensaje de resurrección, que desde más lejos aún que las edades heroicas, desde las cavernas en que la figura humana era apenas un guiñapo, pasó por todas las inclemencias de una lucha titánica para defenderse de fieras y reptiles y creó civilizaciones como la babilónica, egipcia, caldea, después de trasponer todas las vallas del oscurantismo que germinaba en la barbarie, y mismo así fecundó la semilla de la ciencia especulativa de donde nacieron el arte bizantino, el asombro creador griego, el sentimiento cristiano, las corrientes renacentistas y ese compacto núcleo de pensadores que, a un paso de nosotros, idealizó el movimiento de la tierra que culminó en la revolución francesa.

El ascenso, con tanta lentitud, pero seguro, nos abrió las puertas del mundo. Si hoy palpamos nuestro cuerpo, sentimos latir el corazón, hablamos y nuestra voz se escucha, a nuestro pretérito lo debemos; si el alma tiembla al dolor, la luz de los ojos nos guía, y el instinto protege nuestros pasos, es porque aquellos hombres desarrollaron nuestras facultades y su sacrificio durante tantas generaciones estaba atentamente conducido al logro de nuestra actual perfección, física e intelectual; si comprendemos el lenguaje del libro, del mármol que palpita, del puente que abre nuevos caminos, de la rueda y la palanca, del monumento y de la obra plástica, es porque de ellos recibimos los fundamentos imprescindibles para la realización y contemplación de obra tan magnífica; y si comemos pan, nos asombramos con los descubrimientos científicos, gozamos de tales beneficios y nos admiramos a nosotros mismos de ser hombres que aspiramos a vivir en plena libertad, por la libertad misma de nuestros descendientes, es porque de ellos recibimos las luces de la inteligencia.

Colocado el hombre moderno en la ruta del tiempo que se acorta, pronto olvida su papel dentro de la naturaleza. Víctima del cansancio y agobiado por penurias lacerantes,



flaquea su fe, cual huérfano en piélago infecundo, vencido bajo el peso del crimen, sin recordarse de su origen combativo, de lucha permanente a través de las edades, y renuncia mansamente al disfrute de los bienes eternos, ante el pánico que impone la certidumbre del fusilamiento. En la frialdad del muro de los lamentos es sacrificada la cultura que el hombre representa, en la ecuménica tragedia del exterminio que atenaza las gargantas y paraliza los órganos sensitivos. De todas las catástrofes experimentadas por la especie humana, la presente no tiene antecedentes históricos porque responde al renunciamiento, a la derrota, al abandono del campo de batalla, librado desde entonces a las furias de la barbarie. La sangre corre a torrentes en toda la órbita recorrida por el sol, pero sin hacer saltar los eslabones de la cadena que le aprisiona, sino para remarcarlos aún más y sellar así nuestra esclavitud. Y llegando aquí nos encontramos en presencia de una despedida desgarradora, con sus aullidos de espanto, como surgidos de la primitiva organización mental de las bestias que buscaban el justificativo de la victoria a dentelladas. Mas el individuo, que en la esencia destructiva es un esclavo irredento sin posible retorno, porque fué arrojado a las llamas de la contienda en una vorágine desesperante, permanece atadas sus manos y pies, sin defensa.

El pensamiento revolucionario que encarnó el liberalismo en el siglo pasado, y se transmitió al proletariado en nuestros días, sufrió en sus convicciones los golpes más rudos. De un lado, la confianza a la absoluta e inmanente independencia del ser humano para actuar libre de obstáculos extraños, obedeciendo sólo al determinismo espiritual, en tanto las condiciones sociales y económicas eran cercenadas por férrea disciplina de la desigualdad social. Del otro, la conducta que, por principio, debía responder al imperativo pleno de la libertad en toda su conciencia, desembocó en la tiranía, que no solamente es producto de la reacción, sino de todos los demás factores sociales y económicos juntos. En esencia, los mismos fenómenos que provocaron el derrumbe del mundo antiguo. El poderío del estatismo, que juzga al hombre como conjunto, multitud, muchedumbre, anula e impide la libre iniciativa. El régimen dicta las normas y los procedimientos; el volumen, la masa cuantitativa, no cualitativa, obedece y ejecuta, haciendo tabla rasa de los valores individuales. Falto de fe, sin relación de continuidad, es una perfecta negación del porvenir, si el mundo no ofreciera, aunque remota, una segunda primavera humana.

El hombre se somete al tiempo y al medio circunstancial. Obedece a sus consecuencias con naturalidad primitiva.

en poesía, dió origen a una renovación espiritual en conceptos y sentimientos. De allí arranca el crédito adquirido por la literatura moderna española, con valores de positiva elocuencia y sensibilidad que la caracteriza con rasgos propios. Desde entonces el destino, trágicamente sangriento que envolvió las aspiraciones de todo un pueblo, lamenta aquel movimiento que no ha podido repetirse en suelo ibérico. Sus animadores corrieron la suerte más distinta, desde el fusilamiento, hasta la consunción en las cárceles. O tuvieron que seguir el camino del destierro a donde llevaron las armonías de su luminosa imaginación. Desde entonces aquel ciclo llenado por una juventud que prometía un segundo siglo de oro para la literatura castellana, quedó truncado. Con él desapareció el entusiasmo y la fuerza avasalladora de contenido artístico, cuyos destellos en lejanas tierras resisten a la violencia de las privaciones.

Miguel Hernández había contraído el compromiso de reivindicar, con su generación, lo artificioso de la poesía española del último siglo. Hijo de su tiempo, como discípulo de sí mismo, encontró la piedad los brazos afectuosos, extendidos a los confines para cerrarse temblorosos en la recogida paz de los campos donde el hombre, inclinado sobre la herramienta, dialoga con la débil semilla. Y donde el fruto eburneo desde entonces piensa en aparecer con las riquezas de la abundancia que es fortuna del espíritu humano. El ha visto en la vida incesante de la tierra que cultiva «un olor a madre que enamora, mientras la azada mía el aire dora y el regazo le deja pechiabierto. Debajo de mis pies siento un abrazo, que espera francamente que me vaya a él, dejando estos ojos que dan pena» echándose a su «regazo íntimo y amoroso» donde halla tanta delicadeza la azucena y donde la mariposa y la abeja durmieron larga jornada.

De su riqueza, como continuador de tan bella tradición entre sus contemporáneos, dice la elegía a su querido Sijé: «Yo quiero ser llorando el hortelano de la tierra que ocupas y estercolas, compañero del alma, tan temprano. Alimentando lluvias, caracolas y órganos mi dolor sin instrumento, a las desalentadas amapolas daré tu corazón por alimento. Tanto dolor se agrupa en mi costado, que por doler me duele hasta el aliento. Un manotazo duro, un golpe helado, un hachazo invisible y homicida, un empujón brutal te ha derribado. No hay extensión más grande que mi herida, lloro mi desventura y sus conjuntos y siento más tu muerte que la mía. Ando sobre rastrojos de difuntos, y sin calor de nadie y sin consuelo voy de mi corazón a mis asuntos. Temprano levantó la muerte el vuelo, temprano madrugó la madrugada, temprano estás rodando por el suelo. No

vista de los profanos. La tragedia del hombre moderno, que aspira a elevarse, independizarse y actual por propia iniciativa, tropieza con tales murallas, dentro de las que se oculta la sabiduría, que exige fuerzas inauditas para escalarlas. Miguel Hernández se debe a sí mismo en su formación espiritual, y la tenacidad que puso en ello resultó de su firme carácter. Circunstancias particulares ante un estado de violencias, en el que la fuerza ahoga en sangre la razón e impone su voluntad a tiros, ahogó en una mazmorra española el cuerpo enjuto, acallando así la voz humana de un alma grande que, a través del verso, expresó en melodías las emociones de una generación, en el más refinado tormento que a su amigo García Lorca.

Hombre delicado, de modales sencillos, dentro de su humildad tan característica en el poeta, llevaba a espaldas el triunfo de la muerte, en un estado de melancolía que le remachaba a la historia, sin poder cambiar el rumbo de la tragedia. Esa angustia del pasado le había tornado líricamente sentimental. Formado en la escuela clásica de la literatura española romántica hasta las mínimas descripciones, sus primeros ensayos poéticos pueden estimarse como reliquias. Las estrofas de menor vuelo, que datan de la tercera década del siglo denuncian ya una figura de contornos singularísimos dentro de la poesía contemporánea, y tan así que las publicaciones literarias de mayor prestigio las reproducen por la novedad que encierran con su gran contenido humano. Pronto su nombre será repetido y estimado con cariño, y el fugaz triunfo que truncó su temprana desaparición, le colocaría entre los cinceladores del soneto castellano, como uno de sus cultores más delicados de este género poético con que cuenta nuestra lengua.

Educador de sí mismo, asimiló hasta en sus últimas gotas el sabor del verso y supo encontrar en su jugo la frescura y lozanía que eternizó a Góngora y elevó a la gloria a Garcilaso y al Arcipreste de Hita. De ellos recibió la riqueza creadora de un lirismo que las generaciones admiran como modelos de ternura. Estas condiciones intelectuales de que se había nutrido a través de ininterrumpidas lecturas, de las que sacaría tanto provecho íntimo, formaron su vigorosa personalidad para situarlo entre las figuras de mayor alieno de su promoción literaria. Por su fondo de humanidad y la limpieza de su verso, la poesía contemporánea de aquella generación española, que ya impuso su sello personal como la más singular en lengua latina de los últimos tiempos, veía en él al poeta destinado a cantar la gesta heroica de un pueblo resueltamente decidido a incorporarse a los más altos destinos de la civilización. La influencia de su verso, y la conducta del hombre que se confunde

va. Si no fuera posible olvidar y reiniciar el camino de la lucha por la existencia, su destino desembocaría en un suicidio apocalíptico. La naturaleza, sabia en sus detalles, impone a su reino más perfecto, igual condición que al vegetal. A mucho que le cercenen, siempre retoña. Con ese brote habrá que resucitar la vida del eterno idealismo, con sus ideas y sentimientos. Reanudar el diálogo con el mundo moral. Saturar los tejidos cortados y reactivar el movimiento de la sangre.

Sólo en este siglo trágico aprendimos la gran verdad desgarradora. Para ello tuvimos que atravesar el camino espinoso de la historia, cuyas perspectivas de rehabilitación, como obedeciendo a una caprichosa interpretación del tránsito por la vida, pertenece ya a una fase anticuada, porque el hombre no es un producto negativo permanente, sino positivo, aunque los agoreros de la historia, Spengler, Toynbee, igual que Nietzsche anteriormente, concibieron su movimiento civilizador catalizado por periodos, como testimonio irrefutable de su propia condición. Los errores históricos condujeron a este estado de espera, desarticulando la naciente burguesía revolucionaria que posibilitó, en el campo del pensamiento, el desarrollo de las ideas especulativas, tronchando el vigor potencial del proletariado que simultáneamente apareció en el campo ideológico como una promesa redentora. El tiempo, dice Ventila Horia, «es tan sólo el receptáculo visible de nuestros pecados, el vehículo que lleva a los hombres hacia el límite de la historia, allí donde el fin del mundo coincide con el aniquilamiento de los pecadores, con la resurrección de los muertos y con el triunfo definitivo de la eternidad», pero no un obstáculo infranqueable de muralla elevada al cielo, cuyas puertas sólo puede forzar el destino. «Cada individuo, cada miembro de la aldea, o de la nación», sabe que «el tiempo no es sino el elemento que hace posible» la permanencia «como el mal en el mundo cristiano hace posible la bondad y de ningún modo la esencia destructiva que hoy nos aterra a nosotros, ciudadanos de una era eminentemente histórica» de la cual se abren cauces nuevos hacia lo que podemos ser.

★

#### GREGORIO OLIVAN Y LA POESÍA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA

La generación anterior, que inició el contacto universal con el arte, fué preparando este movimiento de alcances singulares que había de manifestarse luego como una consecuencia lógica, no en dos o tres poetas o escritores, sino en una veintena, cada cual más identificado con su pasado,

pero también con el presente. La realidad brutal de los hechos aminoró un tanto la evolución de ese movimiento intelectual que se puso a la cabeza de la juventud, y clamó en Europa por una ayuda sin fronteras ni preconceptos políticos o religiosos, sino con esa amplitud de las almas generosas habituadas a tratar con mano ancha y fraterna todas las cuestiones vinculadas a la existencia. El mundo no habrá respondido en la medida que el mensaje reclamaba, porque la convulsión revestía caracteres generales y el miedo y el terror pánico que había de adquirir en trascurso de meses signos de verdadera catástrofe, pero escuchó la voz nueva que traía acentos de eternidad.

Lo que ha ocurrido después es tanto más triste cuanto que aún no se le ha puesto remedio y los vientos son cada vez menos propicios al encuentro de ese clima de libertad tan necesario para la creación de la obra de arte. La nueva literatura española, que arranca de principios del siglo con cuatro nombres sobresalientes por su obra profunda, entre los que hay que mencionar a Pérez Galdós, Miguel de Unamuno, Pío Baroja y Antonio Machado, fué extendiendo su campo de acción hasta iniciar un movimiento renovador en el ambiente cultural peninsular que recién actualmente se plasmó con rasgos definidos. No interesa para el caso determinar si todos o alguno de ellos ha cumplido adecuadamente su cometido. La verdad es que cada cual introdujo una nueva modalidad en la novelística y a medida que se iban acercando al pueblo dolorido, estaba más cerca de sí mismo, como parte de ese mismo sentimiento. Los nombres de contemporáneos son innumerables y cada uno de ellos ha tratado de colocarse en la línea que el tiempo obligaba a situarse y, su riqueza tanto de fondo como de forma, aún no está suficientemente divulgada para que pueda apreciarse la profundidad de emociones con que cuenta la literatura de la época.

Desaparecidas aquellas figuras representativas del movimiento literario iniciado entonces, la nueva generación presenta los valores más auténticos con que ha contado la poesía española. Si el desastre iniciado en 1936 tuviera otra solución, es muy probable que los grandes rumbos a esperarse de los poetas inmigrados se hubiera acercado más al sentimiento español, en desmedro del cosmopolitismo que, por contacto con otros pueblos, pone notas nuevas en su producción poética. Sin entrar en particularidades preferenciales con respecto a cual sería el mejor camino a seguir, es indudable que la poesía española actual ha de encontrarse fuera de España. Sin dejarse llevar por un sentir exclusivamente españolista a la manera antigua, la actual poesía piensa en el mundo poéticamente, ensanchan-

que vuelvan a darte amparo  
porque roen tus entrañas  
los invasores milanos...  
y te escupen en los ojos  
— tus ojos grandes y zarcos —  
las bocas que te escupieron  
metralla sobre tus campos.  
Atrás te quedas, España,  
llorando, siempre llorando,  
por una traición que a dios  
pone blasfemia en los labios.  
Y, cuando nadie te escucha,  
cuando nos hacemos gamos  
para correr nuestro miedo  
sin saber donde ocultarlo,  
un loco — loco gigante —  
volvía sobre sus pasos  
hiriendo a gritos la noche  
y tendiéndole los brazos:

— Yo no me voy: Yo me quedo,  
que mi madre está abajo  
y siento que hijos de mala  
madre la están deshonrando,  
que he perdido la razón  
por no poder aguantarlo.

La razón de mi locura,  
cobardes... está allá abajo.

GREGORIO OLIVAN



### HUYENDO DEL DESTINO POR LOS CAMINOS DE SU PROPIA SANGRE

De Miguel Hernández sabemos que ha nacido en una ciudadela española, igual que tantos otros poetas de su raza. Las fechas de su nacimiento y muerte constituyen meros detalles, sin contenido histórico en cuanto a los valores de su arte por lo que tienen de eternidad. Producto de una vida azarosa y llena de privaciones, dentro de una civilización de ricos y pobres, ha formado su acervo intelectual sojuzgado por los apremios económicos que impiden la contemplación de los ojos y el desarrollo de los otros sentidos en los tesoros artísticos que las sociedades modernas encierran en museos y universidades, para ocultarlos a la



que debemos repartir entre todos los habitantes de nuestro dolorido suelo en la profusión universal que la cultura impone. Igual que los dolores del mundo nos son comunes, así se va extendiendo el concepto de humanidad y libertad por todos los derroteros. Se explica de ese modo que la causa ibérica en su aspecto liberador haya contaminado las conciencias con emociones de noble ternura y llegara a conmover los corazones más sensibles, sin límites de fronteras. Cada época trata de dar a sus generaciones nuevos afanes renovadores de creación, de formas y expresiones artísticas en el interés de acercarnos cuanto más a una perfección civilizadora.

En la poesía contemporánea hay una gran sobriedad de medios de expresión, que muestra el pensamiento en toda su belleza y profundidad, sin interesarle la anterior originalidad de la extravagancia. Si ciertamente la forma poética es la que distingue a una figura, no puede incurrirse en buscar en lo clásico sino aquello fundamental, que no denigre o aminore la fuerza constructiva de lo nuevo. Antes que volver al terreno de las imitaciones, la poesía actual trata de incrustarse en el fondo y no la forma, imprimiéndole contenido mediante imagen o figura y no efectivismo plástico. Los tiempos que corren obligan a una acción a tono con los acontecimientos y el arte no puede escapar a la regla, volviéndose medulosa y dinámica para hacer palpar el alma de los seres y las cosas. De ahí que reclame libertad de expresión para que brote el verso en ambiente apropiado, teniendo sólo por dictador el torrente de la fantasía. El poeta, dice Oliván, tiene menos recursos que el pájaro. No puede cantar entre hierros cuando aherrojaban su pensamiento, ni puede ser siervo. Ha de cantar sin trabas y sin estorbos, sin esclavizar ni vender su pluma a ideas o sentimientos ajenos.» Su ley está en hacer poesía, que es la misión para que fué elegido, expresándose en ese lenguaje difícil, mas no complicado, de lo bello.

★

### ATRÁS TE QUEDAS, ESPAÑA

Atrás te quedas España,  
entre tus hierros esclavos,  
bajo la huella serosa  
de las zancas de tus amos.  
Atrás te quedas cautiva,  
los ojos llenos de llanto  
porque se te van los hijos,  
hijos de tu primer parto.  
Atrás te quedas y gritas



do la superficie peninsular a los cuatro extremos del globo, a los que hace llegar esa cuerda dolorida del destierro, que fué de incitación al combate hace tres lustros. De la profundidad que hay en toda esa producción que veinte literatos difunden por tierra extraña, habla elocuentemente la influencia que su contacto ha tenido en sus contemporáneos de todos los países que han aceptado o no emigrados.

De generación maldita trata a ésta, olímpicamente, Gregorio Oliván, en su «Romancero de la Libertad», que hicieron conocer las prensas francesas, porque «cabe ser un gran poeta en la calma, pero luego de haber doblado el cabo de las tormentas. La sabia y la miel exigieron antes el aguijón y el sol». La poesía épica, que así hubo de ser la nuestra, fué siempre política, social o religiosa desde Homero a nuestros días. Las grandes convulsiones sociales o nacionales, las revoluciones, se hicieron y prepararon con versos tanto como con armas. «Ningún hombre verdadero cree ya en esa zarandaja del arte puro, arte por el arte mismo. En este momento dramático del mundo el artista debe reír y llorar con su pueblo... La creación poética es un misterio indescifrable como el misterio del nacimiento del hombre.» «Ni el poeta ni nadie tiene la clave del secreto del mundo, dice García Lorca. «Quiero ser bueno y, siendo bueno con el amo y el filósofo, creo firmemente que si hay un más allá tendré la agradable sorpresa de encontrarme en él. Pero el dolor del hombre y la injusticia constante que mana del mundo, y mi propio cuerpo y mi propio pensamiento, me evitan trasladar mi casa a las estrellas. Yo soy español integral, y me sería imposible vivir fuera de mis límites geográficos; pero odio al que es español por ser español nada más. Yo soy hermano de todos y execro al hombre que se sacrifica por una idea nacionalista abstracta, por el solo hecho de que ama a su patria con una venda en los ojos.»

Este, que podría ser el testamento del poeta granadino, encierra el sentido universal de la poesía emigrada, que es la síntesis de ese dolor traído desde lejos con perspectivas de emancipación como bagaje inmigratorio, seguido de «un proceso duro, nacido bajo el signo de la protesta y del combate; sus supervivientes nadan a la desesperada en océanos de hostilidad, tratando de reunir los maderos para construir la almadía que les permita seguir su crucero heroico», dice Oliván. Esa es la situación actual desde el punto de vista particular, por falta de amparo y efecto, esparcidos en una siembra «rala y perversa por los más apartados recovecos del mundo. Sus poetas tratan aún de dominar con sus cantos tantas y tantas tempestades ensordecedoras.» Errabundos, perseguidos «por la fuerza de la fatalidad y del mal que tratan de amordazarle; pero tan enriquecida es

por la experiencia, el dolor y la sensación de la injusticia, que su voz será la más humana e inmortal del genio ibero.»

La poesía peninsular vive, «aunque con la grandeza nostálgica de una jota que se pierde a la tarde en el monte. La unidad poética está en suspenso ya que no la fuerza creadora. El poema del Cid y el Romancero no carecieron de esa unidad.» Producto de lo popular, el romance tan completo y perfecto que caracteriza a la poesía española, pero que no se había repetido en su literatura después de la Reconquista, con los acontecimientos de la guerra civil, adquirieron «un conjunto más coherente, más vivo y épico que el que produjo la lucha contra los árabes. Porque ésta nos dió espacios de reposo, de convivencias con el enemigo, de floreo literario y asimilación y trasfusión de influencias. Por el contrario, de 1936 a 1939 no nos queda el tiempo de respirar y nuestra obra poética es un grito colectivo de guerra, de vindicta; dramático hasta cuando hace humor: violento y a la cadencia del tiro de los cañones. El romancero de la guerra no tiene equivalente en nuestra literatura ni en las ajenas y de su vitalidad, significación y valor poético no se han percatado todavía los críticos», concluye Gregorio Oliván.

La intervención del pueblo colectivamente en esta contienda, arrancá las más variadas tonalidades, expresadas de distintas formas, pero todas ellas espontáneas y humanas, que hacen fracasar «todas las teorías formalistas, proclamando que la poesía es, ante todo, sentir hondo. Ella es también la sola popular, la que se graba en el alma de las gentes, se repite de boca en boca por tradición y sigue así, inmortal, el errar de las generaciones.» Antonio Machado, que no aceptaba un arte para masas y se reservaba la libertad y el derecho de ubicar cada cuestión dentro de sus propios términos, ha significado «la democracia española está en el pueblo; escribiendo para el pueblo, se escribe para los mejores.» Existe en España un hombre del pueblo, que «es al menos el hombre elemental y fundamental, el que está más cerca del hombre universal y eterno. El hombre masa, no existe; las masas humanas son una invención de la burguesía, una degradación de las muchedumbres de hombres.» La aclaración es tan voluminosa como esencial, dice Guillermo Torre: la masas, las que han dictado todo el arte inferior en España y en todos los demás países, son los rebaños de la burguesía y de la aristocracia degenerada, tanto como del populacho gregario. Aún más, posee sobre las mismas una gran ventaja: la de ser rigurosamente intensa culturalmente, la de no estar averiado por el mal gusto y los convencionalismos. Si no experimentó apetencias de

cultura es porque nadie se había cuidado de ponerlo en condiciones de ello.»

El hombre masa no existe para los españoles y esto forma parte de su propia personalidad. Aunque el concepto pueda aplicarse adecuadamente a cuanto alcanza volumen y materia, añadía Antonio Machado, no sirve para ayudarnos a definir al hombre, porque esa noción fisicomatemática no contiene un átomo de humanidad.» Cuando se le preguntó al poeta si debía escribir para el pueblo o permanecer encerrado en su torre de marfil, contestó: «Escribir para el pueblo. ¡Qué más quisiera yo! Deseoso de escribir para el pueblo, aprendí de él cuanto pude, mucho menos, claro está, de lo que él sabe. Escribir para el pueblo es escribir para el hombre de nuestra raza, de nuestra tierra, de nuestra habla, porque escribir para el pueblo nos obliga a rebasar las fronteras de nuestra patria y es escribir también para los hombres de otras razas, de otras tierras, de otras lenguas. Escribir para el pueblo es llamarse Cervantes en España, Shakespeare en Inglaterra, Tolstoi en Rusia. Es el milagro de los genios de la palabra. Tal vez alguno de ellos lo realizó sin saberlo, sin haberlo deseado siquiera. Día llegará en que sea la más suprema y consciente aspiración del poeta.»

Estos conceptos del pensamiento español han sido los que predominaron en la lucha civil aún sin liquidar. Llevado hasta los más lejanos rincones del mundo por boca de la nueva poesía, van dejando un fondo de liberación en otros pueblos amigos, identificados ya con nuestra causa, que es la suya propia. La grandeza de conceptos y el contenido de solidaridad humana ha concretado un ideal que es el que fluye de esta contienda en que está envuelto el mundo, idea que no pertenece a ninguna exclusividad sino a todos los hombres. Los acontecimientos posteriores que degeneraron en la última guerra, no han arrancado testimonios de vigor tan íntimo como la liberación española. Probablemente se deba el hecho a la circunstancia de tratarse de una guerra con todas las consecuencias terribles de la capitulación inevitable para una de las partes, donde la vida en su totalidad estaba hipotecada al minuto siguiente. Lo constatable es que aún aquellos poetas que traían sus balbuceos con el estruendo de las bombas de cinco toneladas en ningún pueblo de la Europa derrotada ha surgido con la fuerza que la inmigración española. Es que los pueblos se percatan de qué lado se encuentra la justicia y no hay causa más noble que reclame la explosión de todos los entusiasmos y las más íntimas emociones.

La poesía moderna, más que la antigua es, en general, abundante en estos manantiales de amor hacia el prójimo,

conservaban un sistema eclesiástico muy particular. Así el joven Comenius en sus primeros años fué educado en el seno de una familia de artesanos y de una comunidad profundamente religiosa. Después de unos años en una pobre escuela de aldea, a la edad de quince años fué a estudiar latín a la escuela de segunda enseñanza de Prerau, donde si bien no se imponía régimen más severo que en cualquiera otro centro docente de la época, seguía la disciplina atávica de los viejos sistemas, la cual resentía el joven Comenius que los otros alumnos por ser mayor que los demás y hallarse, por tanto, más preparado para reconocer la pérdida de tiempo que representaba el someter a los jóvenes a la ruda tarea de aprender idiomas sin los libros de textos apropiados, y al burdo plan de confiar a la memoria infinitas reglas gramaticales. A la edad de dieciocho años pasó Comenius a la universidad de Herborn, llevando ya consigo, después de la lección que había recibido en la escuela de Prerau, la intención de trabajar en el mejoramiento de la enseñanza de la lengua. El memorandum que Ratke envió a la Dieta Imperial proponiendo la reforma de la instrucción de la escuela, pondría las ideas de Comenius en efervescencia ya que este escrito produjo en él bastante influencia. Volvió a su país natal a la edad de veintidós años y mientras estuvo a cargo de la escuela de su secta en Prerau, hizo sus primeros ensayos en la renovación de la educación, escribiendo un texto de gramática basado en los métodos de Ratke. Después de esta fecha vendrían años de intranquilidad tanto para él como para la Iglesia a que pertenecía. La Guerra de Treinta Años, que empezó en 1618, llevó la calamidad a la causa protestante en Bohemia, y al final, habiendo sufrido represión y martirios, el resto de los Hermanos sería empujado al exilio permanente en Polonia.

En todo ese tiempo, desde 1618 a 1628, de intranquilidad y persecución constante, Comenius no permaneció un momento inactivo, siempre atareado en sus estudios sobre educación, pues sólo el año anterior de su partida para Polonia había preparado un trabajo con la esperanza de que pronto se restablecieran en su país natal su Iglesia y las escuelas. Los años que pasó en Polonia, favorecieron sus aspiraciones, pues bajo la presión de la pobreza, no tuvo más remedio que dedicarse a la enseñanza y reorganización de algunas escuelas, y esto le serviría como ejercicio mental para la obra que daría a luz para guía y enseñanzas de aquéllos que se dedicaban a la noble tarea de los trabajos docentes. Esta obra se llamaría « El Gran Didáctico », terminada de escribir en checo en 1632 y que no se publicaría hasta 1657. El libro comprende un trabajo sobre la educación en casa en los seis años primeros de la vida; seis, sobre la educación que se ha de dar en la escuela vernácula desde la edad de seis años hasta los doce, y una introducción al estudio del latín.

Empecemos exponiendo las ideas de Comenius en la primera parte de su trabajo, que trata como hemos dicho de la educación elemental y que por

no estar desarrollado entre sus contemporáneos el interés general en la instrucción primaria, no se le prestó atención.

Comenius reconoce la tremenda influencia que la infancia recibe en el hogar y exhorta a los padres a que entrenen a sus hijos en la fe, la piedad, en la moral y en el conocimiento de los idiomas y de las artes. Y dice: «Cualquiera que tenga en casa jóvenes ejercitándose en estos tres sentidos, posee un jardín donde se siembran, se riegan, se desarrollan y florecen plantitas celestiales». Pero advierte a continuación, en caso de que se llegue a la conclusión de que a los niños ha de dejárseles crecer sin guía ni cuidado de ninguna clase, de que «no debe de creerse que la juventud puede ser entrenada en la manera descrita, de una forma espontánea y sin la asidua aplicación del trabajo. Pues si un nuevo brote es designado para que llegue a ser un árbol, éste requiere ser plantado, regado y cercado para darle protección, y apuntalarlo; si un pedazo de madera es designado para hacer de él un objeto cualquiera, éste requiere ser sometido al hacha, al cepillo, etc., si un caballo, un buey, un burro o un mulo debe someterse a entrenamiento para que pueda rendir servicio al hombre, y por tanto si el hombre mismo necesita de la instrucción en lo que respecta a sus acciones corporales, como el comer, beber, correr, hablar, coger con la mano y trabajar : ¿Cómo, yo imploro, estos deberes, mucho más elevados y remotos de los sentidos, tales como la fe, la virtud, el juicio y el conocimiento, pueden alcanzar a uno espontáneamente

Contrariamente a muchos de sus contemporáneos, Comenius aceptaba las escuelas como el mejor medio donde el niño puede hallar más incentivo para desarrollar sus facultades intelectuales; aludiendo a la incompetencia de los padres para poder dedicarse a la educación de sus propios hijos bien por incapacidad o por tener que atender a los deberes domésticos, y al ambiente favorable que hallan los pequeños entre sus contemporáneos que les lleva a aprender los unos de los otros sin antagonismo y sin complejo, que diríamos hoy.

«Como quiera que muchos padres son incompetentes para instruir a sus hijos, o por razones de tener que llevar a cabo los deberes y asuntos familiares, incapaces; mientras que otros consideraran tal instrucción de menor importancia, ha sido instituido, desde la antigüedad remota, con prudente y acertada determinación, de que en cada estado el joven sea entregado a la instrucción junto con el derecho de castigo, a las personas sensatas, justas y piadosas.

»Tales personas eran llamadas pedagogos (guías, no conductores de niños), maestros, preceptores y doctores. Y los lugares destinados para tales ejercicios eran llamados colegios, gimnasios y escuelas (retiros de recreo o lugares de distracción literaria). Siendo designada con este nombre para indicar que la acción de enseñar por sí misma, y en su propia naturaleza, es complaciente y agradable; un mero pasatiempo y un deleite mental.»

«Aunque los padres puedan prestar un gran servicio en todas estas cosas, no obstante los ni-



ños de su misma edad prestan mayor servicio aún; cuando uno cuenta una cosa a otro, o cuando juegan juntos, pues los niños de casi la misma edad y progreso, de iguales maneras y hábitos se instruyen más eficazmente entre ellos, ya que los unos no sobrepasan a los otros en profundidad de invención; entre ellos no existe ni presunción de superioridad del uno sobre el otro, o fuerza tímida, miedo, sino amor, candor, libre interrogatorio y respuestas, en todas las cosas. Todo esto falta en nosotros, sus mayores, cuando queremos relacionarnos con los niños, y este defecto forma un gran obstáculo para nuestras libres relaciones con ellos.»

Comenius recomendaba el que los niños no fueran sacados del cuidado de la madre para ser entregados a los preceptores antes de los seis años. Las razones que aducía eran entre ellas que la edad infantil requiere mayor vigilancia y cuidado que un preceptor, al tener varios niños bajo su custodia, puede prestar, por ello debería esperarse hasta el final del año sexto o principios del séptimo, siempre y cuando que en casa no se cometieran errores durante estos primeros años. En « El Gran Didáctico » dedica un capítulo a las madres dándoles ideas sobre el cuidado e instrucción de los niños durante el tiempo que él cree deben estar bajo su custodia:

«Mostraré — dice — de una forma general, cómo deberían los niños ser instruidos durante los primeros seis años: 1.—En el conocimiento de las cosas. 2.—En las labores y actividades. 3.—En el hablar. 4.—En la moral y virtud. 5.—En la piedad. 6.—Visto que la vida y una salud fuerte constituyen la base de todas las cosas con relación al hombre, deberá enseñarse, por encima de todo, cómo por la diligencia y el cuidado de los padres, puede preservarse a los niños sanos y saludables.»

Para poner en práctica todo esto recomienda que los padres deben prestar atención para que la vida de los niños se desenvuelva siempre en una atmósfera de placer y armonía; en su primer año envolverlo en el ambiente de cantos, aire libre, e incluso mimos y caricias, todo esto, desde luego, prodigado con circunspección. En el segundo año, tercero y cuarto, ha de espoléarse el espíritu con juegos agradables, corriendo y jugando con ellos, con la música u otro espectáculo atractivo como dibujos, etc., así como cualquier ocupación que contribuya a ejercer la vista, el oído o cualquiera otro de los sentidos. Comenius sigue las ideas de otros teóricos y se anticipa a las de muchos más cerca de nosotros o mejor dicho de nuestros tiempos cuando dice:

«Considerando que los niños tratan de imitar lo que ven de los otros, debe permitírseles manejar todo, excepto aquello que pueda causarles daño, tales como cuchillos, hachas, cristales, etcétera. Cuando esto no sea conveniente, en lugar de instrumentos auténticos, deben tener juguetes hechos para su uso, por ejemplo, cuchillos de plomo, espadas de madera, arados, carritos, trineos, molinos, edificios, etc. Con éstos siempre podrán ellos divertirse; de esta manera conservando sus

cuerpos en buena salud, ágiles sus inteligencias, vigorosos los miembros del cuerpo... Ellos gozan construyendo casitas y erigiendo paredes de arcilla, de trozos de madera o de piedra, desarrollando de esta forma un instinto arquitectónico. En una palabra, no importa en qué juego hallen placer los chicos, con tal que no les sea perjudicial, debe dárseles ánimo en vez de coartárseles, pues la inactividad es más perjudicial tanto para la mente como para el cuerpo que cualquier cosa en que puedan ocuparse.»

Como hemos dicho antes, aquella parte del libro que trataba de la educación elemental no tuvo gran acogida en aquellos días; pero la que trataba de la enseñanza del latín, tuvo un éxito enorme, dándose el caso de que en un corto lapso de tiempo fuera traducida a casi todos los idiomas más importantes de Europa, llegando así a ser libro de texto por excelencia de latín, pues no sólo estaba ordenado para que los estudiantes hallaran la enseñanza de esa lengua clásica fácil y agradable, sino porque estaba concebido de forma en que reflejaba también nuevos cauces y principios de enseñanza.

Más tarde, y como complemento a los libros que trataban del sistema teórico de la educación, se dedicó Comenius a escribir sobre el contenido de ésta. Aquí iba a dedicarse no al estudio de las palabras sino de las cosas, preparando una serie de ejemplos que pusieran de manifiesto las ideas fundamentales que tuvieran relación con la naturaleza, con el arte y con Dios, de tal forma que el conocimiento de una disciplina condujera al estudio de otra y que el conjunto de todas ellas constituyeran un todo en el concierto de la vida del hombre. Este libro se llamaría «Janua Rerum» (Puerta de los Fenómenos) en el que establecería que la parte más esencial del objetivo de la educación, es la adquisición de un conocimiento universal «que de una anatomía real del universo; diseccionando las venas, los miembros de todas las cosas de tal manera que nada quede por ver, y que cada parte aparezca en su propio lugar y sin confusión.» «Ahora — dice en otro lugar — no debe imaginarse que nosotros exigimos un conocimiento exacto y profundo de todas las artes y ciencias de todos los hombres. Esto de por sí no sería beneficioso, ni debido a lo efímero de la vida podría ser alcanzado por nadie. Son los principios, las causas y fines de los principales factores del mundo los que queremos que aprenda todo el mundo. Pues debemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para que ni un solo hombre en su viaje por la vida encuentre una cosa que le sea tan desconocida como para no poder dar una somera opinión sobre ella y pueda someterla a su voluntad sin grandes errores.»

Comenius consideraba la educación patrimonio universal, y no el dominio de unos cuantos seres privilegiados o clase destinada a gobernar tanto en la vida civil como religiosa. «No solamente los hijos de los ricos y de los poderosos — decía — sino todos por igual, niños y niñas, nobles y no nobles, ricos y pobres, en todos los pueblos y ciudades, en aldeas y caseríos, deben ser enviados a

Decíamos ayer

# Einstein y Heisenberg

## ante la realidad del indeterminismo (1)

### III



WERNER HEISENBERG es el llamado a demostrar a todos sus semejantes que lo duden la validez de la fórmula que establece la nueva ley de la naturaleza que, en realidad (siempre existió, pero que, de un golpe, acaba con el principio religioso y metafísico de **causalidad** y con la vieja y clásica ley física **determinista** supuesta por Galileo, y que formularon los físicos desde Laplace hasta nuestros días. Los disconformes con la teoría de Heisenberg —y demás eminentes colaboradores científicos— es con él que tendrán que discutir en el terreno físico-matemático sin andarse por ramas filosóficas ni metafísicas tras las que se esconden, a menudo, la insuficiencia científica, la Hipocresía, la Mediocridad y la Maldad, características que abundan en las corrientes religiosas.

Werner Heisenberg es el primero que puede explicar los nuevos conceptos de la ciencia atómica y probar la verdad de la fórmula unificadora del

(1) Véase CENIT Nos. 128 y 129.

la escuela.» Con su espíritu enciclopédico o pan-sófico escribió sobre el origen de todas las cosas en un sentido pedagógico y consistente, y a las ya muchísimas ideas expresadas en sus métodos que vendrían con el tiempo a tomar carta de naturaleza en nuestras escuelas, vendrían a agregarse las expuestas en su libro «Orbis Pictus Sensualium», o Mundo Ilustrado, cuya importancia no se limitaría a que fuera el primer libro de texto de esta naturaleza, sino a que de una manera consistente desarrollaba los temas y por un proceso inductivo llegaba a un conocimiento generalizado de las cosas.

En fin, leyendo a Comenius llegamos a la conclusión de que bien tomado desde el punto de vista de sus escritos teóricos o por la forma en que enfocó los problemas de la escuela, es uno de los hombres que ha hecho mayor impacto en la historia de la educación, por lo que no creo exagerada la apología que hace de él uno de sus biógrafos. «Comenius es el más tolerante, el más sagaz, el más comprensivo, y además el más práctico de todos los escritores que han emborrinado papel sobre el tema de la educación; el hombre cuyas teorías han sido puestas en práctica en toda escuela que es conducida por principios racionales que incorpora las tendencias materialistas de nuestros «modernos» instructores, mientras evita la pobreza de su celo reformados.»

J. RUIZ

Universo que enunció Einstein, su precursor. Siendo Heisenberg una verdadera autoridad en la ciencia física sus hallazgos y conclusiones científicas merecen crédito. Fué el autor de las famosas relaciones de incertidumbres consideradas, por muchos científicos, el fundamento de la explicación física atómica y nuclear. Y llegó a la conclusión que ésta se estuvo edificando sobre bases falsas. A este mismo resultado se ha llegado con respecto al **determinismo** dado que en la Ciencia no existe una verdad aislada y opuesta a otra verdad, pues todas han de armonizar para reconocer así lo verdadero.

Werner Heisenberg y Wolfgang Pauli, su más cercano colaborador, hacia tiempo que a Einstein le hicieron serias objeciones científicas. No fueron del dominio público, pero las conocieron en los medios científicos. Heisenberg aceptaba la teoría de Einstein sobre el «campo unificado», pero se apartó en cierto sentido de sus ideas al basar sus estudios en el principio de **indeterminación** que lleva su nombre. Ateniéndonos a los resultados obtenidos consideramos que el Tiempo ha dado la razón a Heisenberg.

Recordamos que Einstein, poco antes de fallecer, había declarado que el tiempo que le quedaba de vida lo dedicaría enteramente al descubrimiento del «campo unificado», y adelantó que «los nuevos conocimientos permitirían prescindir de la ley de la relatividad». ¡Lo manifestó su autor! La muerte lo sorprendió dedicado, afanosamente, a encontrar un nivel matemático que le permitiera dar uniformidad al universo planetario y galáctico con respecto al universo atómico. Le faltó tiempo para lograr el descubrimiento que ha podido hacer Heisenberg. Y si hoy viviera Einstein, dado su pensamiento postrero, no siendo dogmático, como todo hombre de ciencia, probablemente aceptaría el **indeterminismo**, el «principio de inseguridad».

Como dato curioso referimos que estos dos eminentes científicos desde hacia años trabajaban sobre el mismo asunto. A causa de la segunda guerra mundial Einstein dejó Alemania y fué a residir en EE. UU. Heisenberg continuó viviendo en territorio alemán dirigiendo el Instituto Guillermo II para la Física. Y es interesante recordar que estuvo muy cerca de fabricar la bomba atómica antes que los norteamericanos. Estos aprovecharon el cortísimo adelanto que Einstein le llevaba en los estudios de física nuclear, y que significó la derrota de Hitler.

Más de una vez hemos pensado si Heisenberg retrasó sus estudios e investigaciones durante la última guerra mundial para evitar que Hitler utilizara la energía atómica para triunfar. Nos hace pensar así el hecho que hoy mismo está retrasan-

do publicar la fórmula que estamos comentando. Alrededor de la misma se hace gran silencio. ¿Preocupa a los sabios atómicos qué podrá lograrse con su conocimiento? Seguramente. Quisiéramos que así fuera: que Heisenberg y los demás científicos, cuantos trabajan en el campo de la física nuclear, no dieran armas tan terribles a los Estados, que no olvidaran la experiencia que vivieron con el sabio y humanista Einstein: que la fórmula de la energía atómica, que éste obtuvo reuniendo las teorías del movimiento mecánico, la luz y la energía se utilizó, particularmente, para fabricar bombas atómicas y artefactos bélicos capaces de aniquilar todas las especies biológicas que existen en el planeta Tierra.

Malas aplicaciones, peores que las hechas sobre ciudades japonesas en 1945, podrán hacerse utilizando la fórmula de Heisenberg que puede aprovecharse, enteramente, como todo lo que se debe al ingenio del hombre, en bien del género humano. Pero desde el punto de vista científico puro consideramos que, en general, la Física está contribuyendo, extraordinariamente, a un mayor conocimiento de cuanto nos rodea, al descubrimiento de mucho de lo inadvertido y de lo ignoto.

La Ciencia desmintió que la Tierra sea plana y que ocupe el centro del sistema planetario, como se creyó durante mucho tiempo. Desoyó las voces interesadas de las distintas ideologías que en todas las épocas pretendieron detenerla o que «hablara» de acuerdo con los intereses particulares de los que detentaban la riqueza y el poder religioso o político. Así la Ciencia tuvo sus héroes y sus mártires, pero sin ceder a los mezquinos egoísmos continuó dejando atrás lo erróneo y lo falso. En la época contemporánea desechó la antigua y falsa idea del átomo, lo «imposible» de los viajes interplanetarios e intergalácticos, el viejo concepto de la invariabilidad de la herencia biológica, etc., etc., y los materialistas defensores de los determinismos rígidos tendrán que empezar a pensar en abandonar unas de sus ideas y en modificar otras si la Física prueba, repetimos, que en la naturaleza no hay determinismo, ni continuidad, ni causalidad.

★

### LA CIENCIA Y LAS CONTIENDAS IDEOLÓGICAS

Muchas son las ideas y las corrientes filosóficas que se enfrentan en el mundo, pero la Ciencia, que es insobornable y no es dogmática, ante ninguna se detiene. Compréndase el alcance de nuestras palabras: sería perder el tiempo, miserablemente, por ejemplo, detenerse a discutir si la Física es «espiritualista» o materialista. Como todas las ciencias, con sus estudios y descubrimientos va diciendo que es: Física, pura física. Y basta con eso para que sus verdades resplandezcan, nos iluminen y acaben con todos los sofismas.

Ante la Ciencia y la Cultura buena las Religiones y todos los dogmas teológicos acaban batiéndose en retirada. Y van cayendo y perdiendo todas sus posiciones: hasta las consideradas más sólidas que, a los ojos del bulgo, parecían indestruc-

tibles. Y no lamentamos que cuanto ostenta categoría dogmática, de «verdad» improbable dicha por unos u otros «dioses», desaparezca: lo lamentable, lo que sentimos de veras es que algunos deterministas en su afán de derrotar, como sea, por todos los medios, pronto y totalmente a las ideas metafísicas y religiosas, y asimismo nuestra concepción natural sobre la voluntad humana, llamándonos religiosos, usen «verdades» no comprobables en las que predominan los elementos psicológicos agresivos, que son negativos, que no pueden ser convincentes.

Servirse, de ciencias determinadas, caprichosamente, deformando conceptos científicos, inventando o imaginando otros, inverificables, para «vencer» en la lucha de ideas, no ha dado el triunfo a los religiosos, ni lo dará a los defensores de los determinismos rígidos. Por otra parte, «vencer no es convencer». Nada ganan, por ejemplo, un médico y un escritor, partidarios del determinismo mecanicista, al coincidir diciendo en publicaciones libertarias lo que no es cierto: que la Fisiología explica ya, en el presente, hasta los más mínimos detalles de todos los actos y movimientos del hombre, su comportamiento, su psiquis toda. La ofuscación que produce la tesis del mecanicismo, siempre repitiéndose y moviéndose en el mismo sentido, no les deja ver siquiera que es la Psicología y no la fisiología la que estudia y trata la conducta humana.

Los estudios de la Fisiología y los de la Biología se relacionan con los de la Psicología, pero constituyen tres ciencias independientes que no han de confundirse ni una puede sustituir a las otras. Y ni entre las tres juntas —ya no sólo la Fisiología— «conocen hasta los más mínimos detalles sobre el mecanicismo de las acciones del hombre». Son innegables y necesarias las relaciones de la Fisiología y de la Biología, como así de otras ciencias, con la Psicología, pero es ésta, únicamente, la que se especializa en el estudio de las situaciones peculiares que vive el sujeto en la vida social, la serie compleja de dinamismos psicológicos, de inter-acciones e inter-relaciones entre aquél y el ambiente que lo rodea, su capacidad de relación, de acatar o infringir costumbres y leyes que contrarían sus necesidades primordiales, su forma de pensar y de sentir, su iniciativa y su acción. Por eso afirmamos que no puede hablarse de la «fisiología de la conducta», de modo integral, absoluto, como han hecho los escritores aludidos. ¡Ni siquiera se es fisiólogo el que se dedica, en el presente, al estudio del comportamiento del hombre!

Un fisiólogo nos hablará de las funciones del riñón, del hígado, de los ojos, del corazón, del cerebro, etc., etc., pero no de la vida psíquica que es referirnos al funcionamiento de uno, de varios o de todos los órganos del sujeto sino, mayormente, a las aspiraciones de la personalidad, a la totalidad de la existencia humana que implica actividades morales, sociales y mentales que podemos denominar superiores.

Estamos seguros que los defensores de la rigidez determinista cambiarían de parecer si dieran al medio ambiente el justo y verdadero valor que



tiene, por contener todos los factores exógenos que influyen en la dinámica psíquica, si comprendieran que representa la mayor parte de cualquier situación vivida por el individuo humano. Porque el medio circundante —que no lo estudia el fisiólogo como tal— es, en realidad, un campo amplio de reacción con múltiples factores fuera del sujeto que hemos de tener en cuenta en todas las circunstancias y situaciones psicológicas que éste vive.

Acabamos de hacer una síntesis de lo que trataremos en varios artículos sobre la psicología y la conducta humana. Consideramos que con ellos probaremos cuanto hemos señalado más arriba; que mal informados algunos **deterministas** cometen errores tan enormes como el dejar a la Psicología sin su propio campo de estudio, de investigación y de experimentación.

Ahora sólo nos proponemos patentizar que la mentira y lo falso pueden combatirse dentro de los límites estrictos de la verdad conocida o «presentada» gracias a determinados indicios. Los religiosos ni una señal pueden presentarnos de la existencia de «Dios», ni del «infierno», etc., y menos las pruebas materiales completas de que existen, y de que el primero «creó» el Cosmos. Este mismo concepto de cómo demostrar lo verdadero, lo existente nos lo presentarán los **deterministas mecanicistas** al defender la existencia de la **voluntad**. Por eso no lo eludimos. Seamos claros: la existencia de una cosa se prueba viéndola, tocándola, y si se trata de funciones en el cuerpo humano registrándolas, comprobando que operan, que actúan, aunque no comprendamos cómo y por qué funcionan con cierta intensidad en determinado sentido y momento.

En cierto modo éste fué el caso de la fuerza de gravedad que operaba, que actuaba, sin conocerla el hombre hasta que Newton estableció la ley, y es también el de la voluntad. ¿Qué es distinto? Pues bien, hasta nuestros días se han contado sólo

cinco sentidos en el hombre, y sabemos que éstos intervienen, grandemente, en el éxito de todas sus actividades. Pero recientemente en tendones, articulaciones y músculos se han encontrado órganos sensoriales que indican «la posición de las extremidades y la progresión del movimiento» señalándose, pues, la existencia en el hombre de **varios sentidos más**. A uno de éstos se le llama **sentido kinestésico**, sentido del movimiento, sentido muscular que lo comprobamos al descender o subir por una escalera, midiendo con exactitud sorprendente la altura de los escalones, sin tropezar con ellos ni perder el equilibrio, apreciando o calculando el peso que sostenemos con una o con las dos manos, dando saltos de altura o de longitud, etc. ¿Cuántos sentidos tenemos? Es una incógnita todavía. ¿Hemos de negar que existen porque no podemos dar una prueba completa de cada uno? Lo importante es que lo presentimos por ciertos indicios que no podemos desechar. Por otra parte, los fenómenos telepáticos no pueden explicarse ni probarse todavía científicamente, pero ¿quién puede negar que existen, que se manifiestan, que lo prueba su misma operabilidad, el registro de esas manifestaciones o funciones psíquicas que podemos denominar respuestas telepáticas?

En las contiendas ideológicas nos basamos en la Ciencia y en elementos de nuevas verdades próximas a descubrirse. Nada tiene de «religioso» —como nos han dicho— «crear» lo que **sentimos** operar, funcionar en nosotros mismos, y que nos hace estudiarlo para lograr conocerlo y explicarlo. Con más razón nos situamos en el terreno del **indeterminismo** —frente al **determinismo**— que nos ha llevado al descubrimiento de la ley de la naturaleza, según la fórmula de Werner Heisenberg, y por el que, a nuestro entender, abogan la Astronomía, la Física y la Química de nuestros días.

Floreál Ocaña

México, 1961.

## ACTUALIDAD

Da un paso para vivir mejor. En seguida que-rrás dar otro, y en seguida otro. No tendrás ya pensamiento para nada más. La pobreza es el mal, sí, el mal absoluto, pero hemos de salir de ella todos, no tú y yo. Cuando se quiere salir de la pobreza ya no se es hombre.»

DIONISIOS, 1947

# Un ángel sin alas

por Miguel  
R. Valdivieso

*(Sale comedor de un humilde hogar latino. En un rincón de la irregular estancia está la cocina, tras unas cortinas de cretona a medio descorrer. Al otro lado, de frente, un balcón ruinoso — en el que se ven tendidas diversas prendas, viejas y remendadas — que da a una estrecha calleja de barriada miserable. Hay en la estancia dos puertas solamente: la de entrada al piso y otra de algún dormitorio)*

## ESCENA I

### LA MADRE Y ROSARIO

**LA MADRE.** — Las golondrinas chirrían como pestillos del aire.

**ROSARIO.** — Y la primavera se aprieta en mi carne y aletea por mis senos.

**LA MADRE.** — Cuida que tus palabras sepan sólo a juncia.

**ROSARIO.** — Concluiré estas rosas en las servilletas de hilo de mi boda... Tarda Angel. Si nos pilla la noche sin él caeremos en redondo sobre las manos del miedo.

**LA MADRE.** — El ángel me trae loca...

**ROSARIO.** — ¿Y a quién no? Mujer ha de ser una para aguantar las espinas que aguantamos. Ganas de tener marido para hincárnoslas aún más.

**LA MADRE.** — Ganas de tener hijos para hallar la amargura siempre a flor, en la yema de los dedos y a la puerta de los ojos.

**ROSARIO.** — Los hijos son espigas con granos de ingratitud.

**LA MADRE.** — Los esposos de agua clara no están a la vuelta de la esquina, Rosarito.

**ROSARIO.** — Llámeme ajeno y déme una hebra de seda roja, que estas rosas que bordo no podrán tener otro color.

**LA MADRE.** — No barruntas la presencia de la sangre, ni esperes bajo el cielo claro que te llueva, porque ¿quién no encuentra en esta vida lo que teme?

**ROSARIO.** — ¿A qué llama usted cielo claro? Y, además, ¿qué tenemos nosotras, las mujeres?

**LA MADRE.** — Lo que esperamos.

**ROSARIO.** — ¿Y qué esperamos en esta vida, sino alegrías?

**LA MADRE.** — Las alegrías se esperan en la boca. En el alma asustada esperamos el dolor.

**ROSARIO.** — ¡Quién pudiera escapar a los gritos del alma!

**LA MADRE.** — ¡Quién pudiera mecerse en el reposo de la muerte!

**ROSARIO.** — ¡Ay, calle! Desearse la muerte es ofender a Dios.

**LA MADRE.** — Más se le ofende con una vida como ésta... Y mira cómo todo el mundo la desea.

**ROSARIO.** — Yo no la deseo, me viene sola...

**LA MADRE.** — No hay vida que no venga porque una no lo busque.

**ROSARIO.** — Dígale usted todo eso a Manolita, que vive tan contenta con sus carnes y sus amores.

**LA MADRE.** — Manolita es un saco de harina.

**ROSARIO.** — ¡Pues quién fuese harina de su clase! ¡Y quién tuviera un novio que hiciera con una panes sin levadura!

**LA MADRE.** — Cada cual nace para lo que nace. Yo tuve un marido que, de haber nacido objeto se hubiera quedado en mango de escoba: por eso soy lo que soy. Y no me digas que yo no tenía materia para hacer a un hombre feliz.

**ROSARIO.** — Con un hombre que vuelve a las tantas, envejeceré, madre, de tanto esperar. No sé, no sé qué va a ser de nosotros.

**LA MADRE.** — Será lo que tú te propongas...

**ROSARIO.** — Y él será quien mande.

**LA MADRE.** — Y tú quien le despiertes las ganas de mandar lo que quieras que te mande.

**ROSARIO.** — Si el conociera los senderillos de mi sangre yo misma pasaría con él atada a sus pisadas.

**LA MADRE.** — Deberá conocerlos.

**ROSARIO.** — El sólo conoce lo que nos traerá a mal traer.

**LA MADRE.** — ¡Hija! No volvamos a las mismas. No esperes lo que no quieras.

**ROSARIO.** — Y si no quiero esperar lo que temo, ¿qué puedo hacer?

**LA MADRE.** — Persignate. Eso es. Y ahora, échate a la calle a ver si lo ves...

**ROSARIO.** — ¿Ve usted, madre? ¿Ve usted? Usted calla, pero también barrunta y no puede escapar de los brazos del miedo. ¿Qué teme usted?—

**LA MADRE.** — Calla.

**ROSARIO.** — ¡Ay, ay ay! Una mujer es siempre una candela prendida en los negros carbones del espanto.

**LA MADRE.** — Una mujer es lo que es.

**ROSARIO.** — Un castigo para una misma.

**LA MADRE.** — El grito limpio de un macho.

**ROSARIO.** — ¡Quién fuera macho para amarse como una quiere!

**LA MADRE.** — No debe el yunque soñar con ser martillo a la par que yunque.

**ROSARIO.** — Pues eso somos las mujeres, martillo y yunque. Ahí se queda usted, madre... Voy a ver si lo veo venir en el aire fino de la tarde... (Sale).

## ESCENA II

LA MADRE y, luego, LA VECINA

**LA MADRE.** — A ver si viene en el viento, como las hojas secas de mi invierno... ¡Ángel! Hijo mío... Aunque tu novia te espere, yo siempre te he esperado a solas... Y si a solas te veo venir, se me encenderá el amor en la sangre y te ofreceré el perfume de mi tierna adoración... Tú eres su novia, muchacha, la novia que el hijo de mi vientre desmenuzará con sus amores en las horas inmensas de la madrugada; pero él es mi hijo, hecho en jirones de dolor, del dolor de mi ser, y tengo que vivirlo, penando o como sea, igual que el árbol viejo vive en el nuevo fruto. El es mi hijo y en un delirio de ternura se me va la existencia tras él, y mis ojos han hecho de su forma un ángel poderoso y bien plantado.

**LA VECINA.** — (Entrando). Déjeme usted entrar un ratito, señora.

**LA MADRE.** — ¿Que vendrá usted a decirme de parte del miedo?

**LA VECINA.** — Que el corazón lo tengo en un puño.

**LA MADRE.** — ¿Y quién no lo tiene? Ande, siéntese, descanse.

**LA VECINA.** — ¿Descansar? Ni en las entrañas de la muerte podré tener ya descanso.

**LA MADRE.** — Entonces, ¿qué quiere? ¿Añadir miseria a mi amargura?

**LA VECINA.** — Hablar de la mía para consuelo de la suya.

**LA MADRE.** — El consuelo de las madres está en el perdón de los hijos.

**LA VECINA.** — Antes de haber nacido, yo había perdonado al mío, como usted puede perdonar al suyo.

**LA MADRE.** — A mí... nada me ha hecho que tenga que perdonarle.

**LA VECINA.** — Si, ahora dígame usted que su hijo es un santo.

**LA MADRE.** — Mi hijo es un hombre.

**LA VECINA.** — También lo es el mío y mejor le hubiera valido librarse de las malas compañías.

**LA MADRE.** — ¡Vaya consuelo que viene usted a traerme en esa boca sin alientos!

**LA VECINA.** — ¿Los tiene mi corazón? ¿Y acaso los tiene el suyo? ¡Vamos, vecina, abra los ojos y mire al campo rotundo de la realidad! Vea verde donde hay verde y negro donde pisan las tinieblas. Sacúdase ese polvo de chochez que le impida ver la suciedad de su covacha. Limpie la miseria de sus ojos para ver la miseria de su casa. Tiemble sin rodeos cuando sea menester y llame al cerdo por su propio nombre, que mientras pisemos por donde estamos pisando no nos saltará a la cara más que la imbecilidad de sentirnos engañados.

**LA MADRE.** — ¿Qué ha hecho mi Ángel que su Jacinto no haya hecho? Si mi hijo salió como dice la gente que me ha salido, que me

enseñen otro mejor y quemaré la sábana santa donde canté a la vida un himno de fecundidad.

**LA VECINA.** — Que le enseñen... que le enseñen... ¿Quién le va a enseñar a usted nunca nada? Lo único que la gente podrá hacer es lo que conmigo han hecho: señalarme con el dedo de la acusación y gritarme: ¡Esa es la madre, ésa es la madre del delincuente!

**LA MADRE.** — Calle... calle.

**LA VECINA.** — Yo, a usted, ¿qué le he dicho? ¡Ay, señora, vecina, recuerde que no hay quien mande callar que no haya oído demasiado!

**LA MADRE.** — Bueno, vecina, señora, ¡y qué! ¿Qué quiere que yo le responda? ¿Quiere usted que yo saque a mi boca la maldición de saber lo que sé? ¿Quiere usted que al decirlo, yo misma me empine sobre mis pies para golpear mi propio vientre? No. ¿Qué dice la gente, que un día serán prendidos? ¿Es que no lo están ya? ¿Es mayor la pena de saberlos en manos de la justicia que la de verlos perdidos en las de la impiedad?... Ya lo he dicho. ¿Ve usted? Ya he gritado con esta boca mía que mi hijo es un delincuente... ¿Y qué es mi hijo? ¿Qué son nuestros hijos, qué hicieron para ser perseguidos como lobeznos ante corderos hambrientos? ¿Que han asesinado? Pues si asesinaron, en el mismo asesinato habrán muerto. ¿Que han robado? Así se habrán arrancado de sus vidas algo más precioso que la miseria que llegaron a robar. ¿Que han escandalizado a la sociedad con vaya usted a saber qué degeneraciones? ¡Pobres, pobres, pobres de ellos! ¿Es que no tienen bastante con la daga cruenta de saberse lo que son? ¿Qué hicieron que las leyes puedan castigar menos que a aquéllos que las dictaron? ¿Qué, dígame, qué?

**LA VECINA.** — Lo único que sé es que el aire huele a duelo.

**LA MADRE.** — El aire huele a miseria. Y la miseria es una centella que corre en todas direcciones, en estos lugares nuestros de viejos maderos y sucias cretonas y en las salas de los grandes hombres.

**LA VECINA.** — Lo único que puedo decirle es que la sangre se me hiela bajo esta piel harta de sudar dolor.

**LA MADRE.** — Dolor que suda una madre sólo puede ser comparable al dolor de Dios.

**LA VECINA.** — Sólo veo que un ramo de flores negras pone un temblor de corolas bajo el viento de mi desesperación.

**LA MADRE.** — Nuestra desesperación es un perro que llama a la muerte queriendo esparlarla.

**LA VECINA.** — Sólo sé que veo lo que no quiero ver.

**LA MADRE.** — Que la sangre de nuestros hijos cubra, si es posible, el monte horrendo de nuestra pena. ¡Ay, vecina, qué consuelo de sauce sobre su imagen! ¿Ve usted, mujer, ve usted? Váyase a regar sus siemprevivas y alégrese oyendo pasar por la calle a las golondrinas.



**LA VECINA.** — Si, con estos ojos que una tiene, que miran siempre hacia dentro y solamente ven garras al acecho.

**LA MADRE.** — Pues entonces, rece el rosario, y duérma, vecina, duérma, que durmiendo se sabe poco. Y eso es lo que necesitamos: No saber, no saber, no saber...

**LA VECINA.** — Pero el sabor de lo cierto — pone su huella en la boca — y en la saliva se siente — amargo paso de sombras. — Ignoraremos la pena — con que el mundo se deshaja — y el dolor con que aparecen — entre mil garras, las rosas. — Pero la presencia infame — del rastro de las serojas, — ¿quién la evitará en lo negro — de nuestra muerte hedionda? (Sale, silenciosamente. La Madre se aproxima al balcón).

### ESCENA III

LA MADRE y, luego, EL SACERDOTE

**LA MADRE.** — En el aire se define la primavera con gritos de renuevo. Y en mi corazón, ¿qué invierno cruento amenaza con desolar la amapola de mi amor? ¡Niños! ¡Eh, niños que jugáis a las cuatro esquinas de vuestra infancia insondable...! Oídme cómo os llamo desde mi corazón de madre atribulada para que, al verme penar, reflexionéis en el sitio de vuestras vidas. Mi hijo era uno cualquiera de vosotros aunque yo pudiera verle con aureola de cielo. Como vosotros, corría a la busca de su esquinita exponiéndose a perderla por puro placer. Y mi hijo, que hoy tiene recia voz y se agita como un hombre, por puro placer ha perdido la esquina de sus juegos y el norte de su existencia. Siempre lo dejé entre vosotros, confiado a su Angel Guardián, y el ángel de mi Angel no le pudo sujetar, como yo creía, aquellos pies ligeros que corrieron a la perversidad... El aire da paso a vuestros brotes de vida y la primavera sonreirá, imponiéndose con ternura, bajo el cielo acentuado por el chillido de las golondrinas... Cantad en vuestra rueda el romance de vuestra inocencia, ¡oh, niñitas, niñitas blandas!, ignorando la presencia del lobo de vuestra perversión... Un día, cuando en vuestros corazones sin bridas se despierte la furia de vuestros deseos pisotearéis mil romances de infancia, para hacer hijos de vuestras pasiones que visten el ropaje poético de vuestra sensualidad. Y os dareis, no al hombre, a vuestro hombre, al hombre que la vida trate de ofrecer, sino a una criatura que busque en vosotras el pan de sus concupiscencias. Cantad en esta hora verdeante y florida de vuestra vida y olvidaos del motivo de ser que os trajo hasta aquí. Y mañana, cuando seáis madres, cuando seáis fuentes de carne y el fruto de vuestro vientre dé paso a los gusanos de la corrupción bajo el estigma de vuestra pasada lascivia, entonces me sabréis decir a qué sabe el grito de una madre cuando es zaherida por la presencia del castigo. Y todavía, oídme bien, todavía veréis que la chus-

ma que se ampara en la presunción de ser dueña de la ley, os arroja las piedras de la acusación sobre la carne de vuestros hijos, que será vuestra más preciada carne. No, no penséis en lo que habrá de ser cuando gustéis de lo que sois. Y si sois limpios pétalos de azucena bajo el beso del rocío, ¿por qué temer vuestro enmustecimiento ante la apariencia eterna de vuestra lozania? Cantad, mis niñas, cantad y dejad que se imponga dentro de vosotras, incontenible y fiera, la pasión arrolladora de vuestra carne.

**SACERDOTE.** — (Fuera) ¡Ave Maria Purísima!

**LA MADRE.** — Sin pecado concebida. El perro no aulla, pero a la puerta está el sacerdote. ¿Qué le trae por aquí, padre?

**SACERDOTE.** — (Entrando). Las tareas que por el Señor me son encomendadas.

**LA MADRE.** — Pues haga lo que tenga que hacer sin miedo, que a fuerza de tanto temer será el miedo lo que tema de mí.

**SACERDOTE.** — Dios bendiga esta casa.

**LA MADRE.** — Deseo mejor que relumbre la luna en el alma de los galápagos...

**SACERDOTE.** — Deseo la paz de Dios.

**LA MADRE.** — Y yo le digo que está bien, padre, que haga Dios con su paz lo que le parezca. Pero no me hable de soles cuya lumbre no veo ni siento, ni me hable de presencias que me abandonan. Tome un tazón de café, rece unos «Ave-Marias», écheme su bendición y vaya usted con Dios, padre, que me duele mi vida con apreturas de muerte y más quisiera estar bajo tierra que oyendo ese jolgorio de primavera...

**SACERDOTE.** — Alma descarriada. ¿Por qué muerdes de tal manera la mano de amor que se te tiende?

**LA MADRE.** — Porque es demasiado tarde.

**SACERDOTE.** — Nunca es tarde para Dios.

**LA MADRE.** — Pero es tarde para una. Y lo que viene usted a decirme lo siento ya en mi alma como una horrenda punzada que nunca termina.

**SACERDOTE.** — Vengo a decirle lo que Dios ya tiene dicho: Que bienaventurados son los que sufren...

**LA MADRE.** — ¿A causa de negarlo, padre? ¡Vaya ventura la nuestra! Que si hemos de ganar el cielo penando con estas miserias, más nos hubiera valido no venir a este mundo. Y si Dios ha dicho que la bienaventuranza nos será dada en otra parte, dígame usted, que es su embajador, que lo menos que aquí podemos esperar es que se nos pague al contado... Y si he de tomar por pago esta pena que me azota por dentro y por fuera, ¿a dónde he de mirar para encontrar la clave de mis culpas, padre, a dónde?

**SACERDOTE.** — Hable poco y con reverencia. Y trate de encontrar, en lo que ha dicho, la respuesta a su pregunta.

**LA MADRE.** — Horrenda es la respuesta que me ha dado la vida. (Continuará)

VERSIONES

por DENIS

# EL POBRE

**E**RASE un pobre muy pobre, contento de su pobreza, gozoso de su pobreza. No había dado nunca un paso, ni estaba dispuesto a darlo, para salir de ella. Conocía todos los caminos por donde de ella se sale. Le parecían malos caminos. Aunque le hubieran parecido buenos, no los habría seguido. Era, para él, el estado de pobre, el estado ideal. No sentir otras necesidades que las elementales: ¿dónde encontrar dicha mejor? Hasta cuando esas necesidades no podían ser satisfechas, sufría poco. Porque el dolor físico está como hecho a la medida del hombre. No así el dolor moral. Cuando nos alcanza hace de nuestra vida no se sabe qué.

Sabía que en la riqueza le esperaba este dolor. Tal vez era egoísta su gozo de ser pobre. Quería ser de los que pueden despreciar, no de los que pueden ser despreciados. No ignoraba que el rico desprecia al pobre, y pocas veces, o ninguna, el pobre al rico. Pero una cosa es eso que está ahí, y otra la realidad. Desprecia el rico al pobre, y no el pobre al rico. Puede el pobre despreciar al rico, no el rico al pobre. A eso se atenia. Podía él, por pobre, despreciar a los ricos. No podían los ricos, por ricos, despreciarle a él. Aunque le despreciaran. Y aunque él, ocupado en cosas más altas, no los despreciara. Cuando su mirada, de esas cosas más altas, se volvía hacia ellos, sin querer, el desprecio surgía, inmenso, inmenso, sin punto flaco donde pudiera ser atacado. Fortaleza segura, sobre roca asentada.

No quería figurar, en modo alguno, entre quienes hasta tal extremo podían ser despreciados. La fortuna estaba allí, al alcance de su mano. Sólo tenía que abandonar algunos escrúpulos para alcanzarla. Dejar de lado, a veces, la vergüenza; otras, para caudales mayores, la dignidad. Toda la riqueza del mundo le parecía miserable ante bienes tan valiosos. Ni una vez los puso en balanza. Que fueran a por la riqueza, a cambio de la vergüenza, o de la dignidad, otros. El no iría. El hambre, cuando llegaba, y llegaba con frecuencia, daba experiencia de más calidad que la hartura. Daba experiencia, simplemente. La hartura no la da.

Le era indiferente el vestido — no tenía que ir a parte alguna en demanda de favores —, no se cuidaba de qué llevaría a su boca a la hora de comer. Se contentaba con ir limpio, para él, no para los demás — ¿hay quien merezca que se tenga en cuenta su opinión? —, y con un pedazo de pan, si otra cosa no había. Y hasta sin el pedazo de pan, si tenerlo exigía un paso no recto. Trataba a poca gente, aunque hambriento de sociedad, por ser poca la gente que merecía trato, y circulaba entre sus convecinos con un orgullo — su único

defecto, o acaso su mayor virtud — que no justificaban, para sus convecinos, sus harapos — limpios, pero harapos — y su carencia, no pocos días, de lo indispensable para mantenerse.

Trabajaba solamente cuando el trabajo le era agradable, como si fuera quién para elegir el trabajo — palabras de sus convecinos —, y tenía — según sus mismos convecinos — otras muchas costumbres no menos irritantes. No le perdonaban, sobre todo, su orgullo, aquel juzgarse más que ellos, ni que mirara, cosa frecuente en él, como si no los tuviera delante, como si estuvieran lejos, muy lejos.

Era orgulloso, realmente. Nadie, para él, era más que él: todos eran menos que él. Todos, y particularmente los muy en alto colocados. Los veía, a los muy en alto colocados, insignificantes. Pero, en cuanto encontraba un hombre, de súbito, sin que se trocara en humildad, su orgullo desaparecía. Se juzgaba frente a un igual. Y todo su rostro sonreía, con gozo parejo al que le proporcionaba la pobreza.

Silencioso, habitualmente, se volvía entonces comunicativo. Y eran sus palabras, para aquel a quien las dirigía, como caricias. Derramaba sobre él su cordialidad, río caudaloso.

Se hizo así, poco a poco, de varios amigos. Dignos de serlo. Que no compartían sus opiniones: que las combatían. Con no menos fuego que ponía él en defenderlas.

—La pobreza es el mal — le dijo un día uno de ellos —. El mal absoluto. No hemos de tender a otra cosa que a salir de ella. En la pobreza somos hombres disminuidos. Apenas hombres. Constantemente preocupados por pequeñeces. Sin tiempo para pensar en nada valedero.

— Al contrario, al contrario — repuso él —. Sólo se piensa en lo valedero cuando todo nos falta. Da un paso para vivir mejor. En seguida querrás dar otro, y en seguida otro. No tendrás ya pensamiento para nada más. La pobreza es el mal, sí, el mal absoluto, pero hemos de salir de ella todos, no tú y yo. Mira alrededor tuyo. Cuando se quiere salir por sí de la pobreza, ya no se es hombre. Ni disminuido. Se ha dejado a un lado la hombredad. Se salta por encima de todo, una vez ese camino emprendido. Y todo aquello por encima de lo que se salta, es respetable. Se va hacia la busca del respeto — del respeto que da la riqueza: excúsame decir qué vale ese respeto — a costa de no merecer respeto.

Hizo aquí el pobre una breve pausa, como esperando respuesta. El amigo no la tenía a punto. Continuó él:

— Yo creo que han equivocado el camino los que proclaman el bienestar para todos. Podía estar ya ahí ese bienestar, con lo que poseemos. Que no esté invita a meditar. Tardaba, por razones que no he

de enumerar, el bienestar para todos. Y cada cual ha pensado, más que nunca, en el bienestar para sí, más fácil que el bienestar para todos. Se han multiplicado así los venturosos — no les envidio su ventura —, los contentos de su salida de la pobreza. A los que otros, en multitud, imitan, o quieren imitar. Estando ya ahí, a la mano, el bienestar para todos, no está menos lejos que en cualquier otro tiempo. Sé que no habría sido un programa proclamar la pobreza para todos. Pero habríamos llegado, con él, más adelante. La pobreza, tan mala, es escuela de hombres. Renunciar a lo que se tiene, exige grandeza. Tal vez la grandeza habría encontrado más imitadores que la ventura, jamás envidiada por la grandeza, ni perseguida. Y tal vez, sin perseguirla, la grandeza habría llegado a la ventura, no para ti ni para mí: para todos.

No vino, en otra breve pausa, respuesta alguna de su amigo, y el pobre prosiguió:

— El pobre, aun no contento de su pobreza, comparte contigo su pan. Dejemos de lado sus defectos. Los tiene, en montón. No más que el rico, aunque se vean más. Oculta los de éste la educación, que no pocas veces los aumenta, aun ocultándolos. Los de aquél se muestran al desnudo. Hay que mirar siempre más allá de las apariencias, si se quiere ver. El venturoso no comparte jamás su pan con nadie. Lo da, en todo caso, de limosna. Antes de darlo lo ha hecho amargo. Entre gentes que comparten su pan se va a todas partes. Habríamos llegado, con la pobreza para todos, a compartir nuestro pan: al bienestar para todos, que está ahí. Sobre el pan y sobre todo. Ni tenemos el pan, ni tenemos lo demás que sobra. Porque, con el bienestar para todos, los que han ido al bienestar para sí temen perderlo. Y queman el pan, y queman todo lo que sobra, para no perderlo. No se sale del mal de la pobreza sino para ir a mal mayor: a mal más absoluto que el mal absoluto de la pobreza. Aun-

que se llame ventura. Nada que se asiente en el prójimo es ventura. Tiene ésta sus raíces en otra tierra. No sospechada por los venturosos. Tener todo a la mano, cuando a otros falta, es miseria. Con ninguna comparable. Comer yo cuando mi vecino no come, es miseria mía, más que suya. Puede él sufrir, no sufrirá como yo, si soy hombre. Pasa, cuando come, su dolor. Queda el mío, dentro, y para siempre. El dolor físico, aunque se muera de él, es infimo frente al dolor moral, aunque de él no se muera. Y si no siento el dolor moral que la miseria de otro trae aparejado, ¿qué soy? No me digas que lo diga.

Abrumado, miraba el amigo al pobre como si nunca lo hubiera visto. Había en su mirada, con la confusión, una admiración que llegaba casi al éxtasis. Era algo, aquello que tenía ante sí, de que no tenía idea, ni podía formársela. Era el pobre un hombre como los demás, al parecer. Veía que ese parecer era engañoso. Sin aludir, había aludido a la renuncia, hecha cuando joven, de sus bienes, tal vez escasos, pero que no tocó. Sin referirse a sí mismo, había hablado de la grandeza que eso suponía. Y cómo esa grandeza, imitada — ¿por qué no habría de ser la grandeza imitada? —, habría traído la ventura no perseguida, por perseguida no lograda, ni por aquellos que la juzgan lograda. Porque no es ventura lo asentado en desventura ajena. Salvo para quienes el pobre no quiso decir que eran. Que nada son. Mucho, mucho menos que hombres disminuidos. Con todo a su alcance. Con todos los goces y todos los caprichos satisfechos.

— Quiero, quiero seguir tu filosofía — dijo al fin el amigo al pobre.

— Nada de filosofía — replicó éste, sonriendo, y puesta la mano sobre el hombro de su amigo, — caricia de hombre.

Y añadió, con su voz más cristalina:

— Deseo poco, y lo poco que deseo, lo deseo poco.

## Samblancat, Tiñena, Batlle

### LOS LECTORES ESCRIBEN

A propósito del artículo de Samblancat publicado en el núm. 127, según el cual Batlle fué asesinado por los fascistas, Felipe Tiñena nos comunica que hay un error, que José Batlle está en vida hospitalizado hace ya años en San Juan (Perpiñán).

Aclaración que damos para satisfacción de todos.



# Civilización y Barbarie

(Continuación)

GAR. — Sí, mucho, pero lamentable y denigrante para vuestras pretensiones de libres, comprensivos y humanos, lo que es contradictorio en todo vuestro ciudadano comportarse. Os acusa vuestro vivir de frivolidad, tontería, pueril, de inercia, superficial y voluble, que os hace apreciar y aceptar todas las naderías y apariencias, las retóricas y groserías de vagos, como grandes cosas, incapaces de vitalizar lo espiritual y emotivo verdadero como valores efectivos de dignidad del hombre en el superarse a que debe aspirar. Y así os engullis un cine patológico, una televisión de negocio y tontera, un teatro sádico y sensual, lo mismo que unas diversiones totalmente adecuadas para anular vuestra mente y vuestro carácter de pensantes.

CI. — No llego a comprender cómo puedes referirte de inadecuado en nuestras manifestaciones de pasatiempo. En nuestras ciudades, en nuestros regímenes, en nuestras conductas y apreciaciones cívicas, todo marcha regular, unido...

GAR. — Menos cuando se trastoca en convulsiones de caudillos, jefes, paranoicos entes, pandillas ambiciosas que alteran todos los valores ponderados y fuleros.

CI. — Si te refieres a casos aislados, esporádicos, ambiciones de dictadores, bien pudiste ver que no perduran.

GAR. — Sí, perduran y se afianzan en monarquías o repúblicas, en democracias o reinados, pues todos se sostienen y os engañan con los mismos elementos de falacia y de idiotez masiva. Rusia es un ejemplo de casi medio siglo. ¿Cuáles son los valores morales y humanos que os sirven de ligamen y os nutren de vanidad pedante?

CI. — Sigo no adivinando a do quieres conducirme.

GAR. — El ser humano reclama, necesita, debe procurársele dignidad, perfección, mejora en lo material y mental, en lo ético y síquico y, ¿cómo lo lograréis vosotros?

CI. — Oh, en eso nada puedes reprocharnos. En lo físico, un deportismo amplio y ordenado nos avala. En lo material, la industria y el trabajo nos afirman. En lo intelectual, la ciencia, el progreso constante, los adelantos todos son tan evidentes, que pronto no habrá secretos para nosotros ni en los siderales espacios que conquistamos sin alardes.

GAR. — Y todo esto en contradicción con lo que debería ser, logrando así convertir a seres y cosas en idiotas y cretinos sin ver que os tienen conformados y regidos, tanto al docto como al ignorante, así al rico como al pobre, en instrumento de rutina, de ocio, de pasiones, de inepticia y de engaños patológicos que, como pretendidos civi-

lizados y sabios resultáis una ironía sarcástica y grosera con vuestras venturas de feria.

CI. — Si no presentas pruebas, mi Garci, créere que de lo nuestro, de la civilización y avances presentes, nada has captado ni comprendido para formar un juicio exacto.

GAR. — Aceptáis el militarismo como un valor y le destináis riquezas enormes, siendo así que es la destrucción de pueblos y la perenne amenaza de crimen y muerte... Admitis religiones y dogmas fraguados con historietas para eunucos mentales, en contra de las realidades de la Naturaleza y de la Ciencia verdaderas, y les adjudicáis valor invirtiendo riquezas también que serían mejor empleadas para el bien común... Os dejáis llevar por supuestas virtudes de torneos y competencias en «misses», «estrellas», «astros», deportes de idiota realidad que a nada conducen ni crean de útil y fecundo, sino a la forja de pasiones estériles, fanatismos cretinos y negocios de especuladores sin escrúpulos... Y todo esto lo mismo en vuestras repúblicas que en las monarquías, en los regímenes totalitarios que en las democracias y reinados, porque todo ello es necesario a los mandones de cualquier color, dado que significa la anulación de la voluntad del individuo, es la idiotez masiva elevada a la quintaesencia de la estulidez, el aniquilamiento mental del sujeto, convertido en bloque, gregario, rebaño, estulticie que nada tiene que ver con el destino y perfección, dignidad y valor del ser humano... Vosotros, civilizados, cultos, racionales y libres, esclavos sois del dinero y cuanto lo representa en fiducia o mental, en guarismos o inmuebles, el dinero, ese virus putrefacto, contagioso y fatal, esa cosa sucia y vil que a todos os tiene opresos para su captación que buscáis en juegos y loterías, en robos y estafas... El dinero, eso que dilapidáis en cabarets y timbas, tugurios y casinos de lujo y de miseria, o en distracciones y fiestas de orates, ya contemplando, miles y miles de vosotros, cómo dos brutos en bestial y salvaje lucha, se rompen las narices; a cómo dos docenas de bipedos con la mentalidad en sus patas, corren y cocean tras de una pelota; o bien, saturados de imbecilidad y especulación egoísta y avara ante las corridas de unos pingos, procuráis acrecentar ese dinero corroyente; o ante unos disfrazados chulos, torturando a un pobre toro, lucen su cruel y sádico morbo; todo ello cual si fuera algo espiritual y honesto, imentras estos miles y miles de idiotas civilizados y cultos ricos y pobres, inteligentes y burdos, todo masa, pueblo, grey, desconocen las bellezas cambiantes de Natura, de sus contornos, de sus lares... Esa es vuestra cultura, racionalidad, vida de seres superiores, la que en nuestros medios sería apreciada como cosa repudiable, indigna de seres con pensamiento equilibrado y vo-

# MICROCULTURA



979. — El « aguín » es un arbusto de la familia de las coníferas.

980. — Los « Setenta » fueron un conjunto de sabios que tradujeron al griego la biblia hebrea.

981. — La « sevicia » es la crueldad excesiva.

982. — La « auxanología » es la ciencia del desarrollo o del crecimiento.

983. — La provincia de Shan-Si, al norte de China, es la región más rica del mundo en carbón mineral.

984. — La « bataria » es una planta herbácea del Perú.

985. — El 8 de mayo de 1502 salió Cristóbal Colón de Cádiz, en su último viaje.

986. — El servilismo es la ciega y baja adhesión a la autoridad de uno.

987. — El 2 de abril de 1811 fusilaron al revolucionario Chileno Figueroa.

988. — El « beori » es el tapir americano.

989. — La afonía es la falta de sonoridad en la voz humana.

990. — Gravesande en 1742 descubrió el helióstato.

991. La « bilina » es el constituyente principal de la bilis.

992. — El « caburé » es un ave de rapiña, originaria de Paraguay y Argentina.

993. — El 26 de mayo de 1831 fusilaron en Granada a Mariana Pineda.

994. — Se entiende por « similitudinario » a lo que tiene similitud con otra cosa.

995. — La hermosa ópera «Los amigos de Salamanca»

luntad consciente y sensata. Nosotros, los bárbaros según vuestro opinar, no podemos admitir ser anulados como entes vitales, como lo admitís y os enorgullecéis vosotros... He aquí cuanto nos separa, y lo que me obliga al retorno de mi mundo natural y digno, que sólo tomo una invasión vuestra para contagiarnos vuestros errores, desventuras y resignaciones de míseros entes. La tememos, pero nos defiende la muralla arbolada y fecunda, tupida y bella, que ampara nuestras solanas y claros; refugia sano de seres libres y puros.

Ni que decir tiene que terminamos el palique por estimar inútil continuarlo, ante las réplicas y observaciones de Garci, el incaico, incapaz de asimilarse nuestras vidas de civilizados, nuestras razones en perenne regresión.

Cuántos alegatos, no obstante, nos dejaron suspensos y cabizbajos, sin ganas de otra embestida, las réplicas del inca.

Cabe, si, de nuestra parte, comprender que es necesario averiguar dónde empieza y lo que es civilización y barbarie.

ALBANO ROSELL

Montevideo, julio 1961.

fué compuesto por Francisco Pedro Schubert, compositor austriaco.

996. — El « boabad » es un árbol de Africa tropical, perteneciente a la familia de las bombáceas.

997. — El 8 de agosto de 1829 se probó la primera locomotora en los Estados Unidos.

998. — En 1587 fué decapitada la reina de Escocia, María Stuardo, sobre la cual es escritor austriaco Stefan Zweig, escribió una biografía.

999. — En 1810 nació en Zelazowa Wola el gran e inmortal pianista polaco Federico Chopin, que también fué notable compositor; pasó una temporada en la isla de Mallarco acompañado de la escritora francesa George Sand, con la que tuvo tormentosos e infelices amores; murió de tuberculosis en 1849.

1000. — En 1828 nació en Nantes el gran escritor Julio Verne, uno de los más grandes novelistas imaginarios de todos los tiempos y el creador de la novela científica.

1001. — Según estadísticas los habitantes de España llegaron a 30 millones en 1960 y llegarán a 33 en 1970.

1002. — El 4 de marzo de 1838 murió José Cañas, libertador de esclavos en Centro América.

1003. — Se produce ya en gran escala cuarzo sintético mediante un proceso conocido como cristalización hidrotermal.

1004. — La «ornitomanía» consiste en la adivinación por el vuelo y canto de las aves.

1005. — El 1 de septiembre de 1945 el Japón se rindió a los aliados en la devastadora II Guerra mundial de los Estados.

1006. — Los «quijones» son una planta herbácea anual, de la familia de las umbelíferas.

1007. — La ópera «La Noche de San Germán» fue compuesta por Gastón Sarpette, compositor francés.

1008. — Se entiende por «sesquíaltero» a cosas que contienen la unidad y una mitad de ella.

1009. — El oropel es una lámina de latón, muy batida y adelgazada, que imita al oro.

1010. — Las flores amarillas y anaranjadas tienen a menudo cierta fosforescencia, y puede comprobarse esto en noches en que la atmósfera esté muy clara.

1011. — El ricino es una planta medicinal que crece espontáneamente en las selvas de la India y la América tropical.

1012. — En 1578 el belga Gerardo Mercator, publicó una colección de mapas poniendo en la tapa la figura legendaria del gigante Atlas, y desde entonces se llama «Atlas» a la colección de mapas.

1013. — Andorra tiene una superficie de 452 kilómetros cuadrados y se estima que su población es de unos diez mil habitantes.

1014. — Excepto los mares interiores, como el Caspio, todos los mares tienen el mismo nivel.

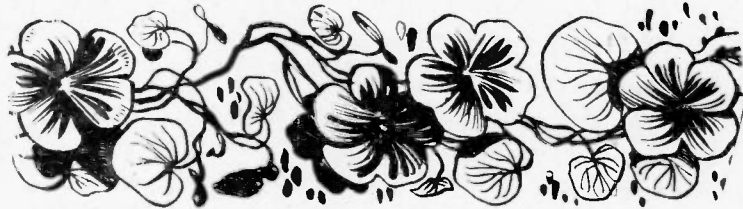
SUNO

## POETAS DE AYER Y DE HOY

### A los jóvenes dolorosos

¡Oh, joven doloroso, joven triste  
que sufres como yo del mal de España  
y que una negación honda, en tu entraña  
tienes clavada contra lo que existe!  
Tu virgen corazón vibra de saña,  
de santa saña porque no tuviste  
lo que pidió tu amor cuando naciste:  
de España, una idea y una hazaña.  
La general ineptia fué el veneno  
que atosigó tu voluntad vehemente,  
y de asco y de dolor yo te sé lleno.  
Mas el futuro es nuestra y esa gente  
que hizo nuestra desgracia, se va al cieno.  
Hermano, aquí va un ósculo en la frente.

BASTERRA



### Cuestión Bizantina

¿La playa es orilla  
de la mar o de la tierra?  
Conseja bizantina.  
La orilla del bosque  
¿es su límite o del llano borde?  
¿Qué frontera separa  
lo tuyo de lo mío?  
¿Quién acota la vida?  
¿Vives hoy o mañana?  
Raíz, tallo, flor y fruto  
¿dónde empiezan y acaban?  
El mantillo  
¿es orillo  
del ramaje muerto,  
del renuevo  
o del retorcido  
helecho nuevo?  
Cuestión bizantina.

Importa la orilla,  
dormir en ella.  
(no somos tú y yo,  
sino el hilo impalpable  
que va de tu presencia  
a la mía).  
Límites y fronteras  
se agostarán un día.  
Sin orillo ni orilla  
¿qué más da de quién sean  
los cachones, la arena?  
La playa es orilla  
de la mar y la tierra,  
nunca frontera:  
Nada separa  
Nada se para.  
Palabra.

MAX AUB



# ACUSE DE RECIBO

## PUBLICACIONES :

- «Solidaridad Obrera», París.
- «L'Adunata dei Refrattari», New-York.
- «Voluntad», Montevideo.
- «El Sol», Alajuela.
- «La Gaceta», México.
- «Umanità Nova», Roma.
- «Negro sobre Blanco», Buenos Aires.
- «Boletim Informativo do Clube Positivista», Rio de Janeiro.
- «Volontà», Génova.
- «Regeneración», México.
- «Le Contrat Social», París.
- «Le Mouvement Social», París.
- «Foc Nou», París.
- «Jugoslavia Fervojisto», Beograd.
- «Aus Zeit und Ewigkeit», Deutschland.
- «L'Agitazione del Sud», Palermo.
- «Solidaridad», Montevideo.
- «Gacetilla austral», Montevideo.
- «UGT», Perpiñán.
- «Seme Anàrchico», Torino.
- «Acción Libertaria», Buenos Aires.
- «Revista Internacional del Trabajo», Ginebra.
- «Fortuna», Roma.
- «Livres et Revues d'Italie», Roma.

## LIBROS Y FOLLETOS :

- «Requiem por un campesino español», por R. Sender.
- «Paseo Humorístico a través de las Religiones», N. Simón.



# CENIT

sociología  
ciencia - literatura



- Plácido Bravo : Hoja por hoja.
- Selección de W. Muñoz : El pensamiento vivo de Antonio Zozaya.
- Eusebio C. Carbó : Afán de ver claro, sinceridad y convicciones.
- R. García : Opresión y revolución.
- Floreal Ocaña : Valor de la duda y del ser.
- V. M. : ¿Qué es el amor?
- A. E. Lysenko : La anarquía.
- Selección de W. Muñoz : Los arraigados.
- Miguel R. Valdivieso : Un ángel sin alas.
- Denis : El ladrón.
- Suno : Microcultura.
- Campio Carpio : Poesía del destierro (folletón encuadernable).

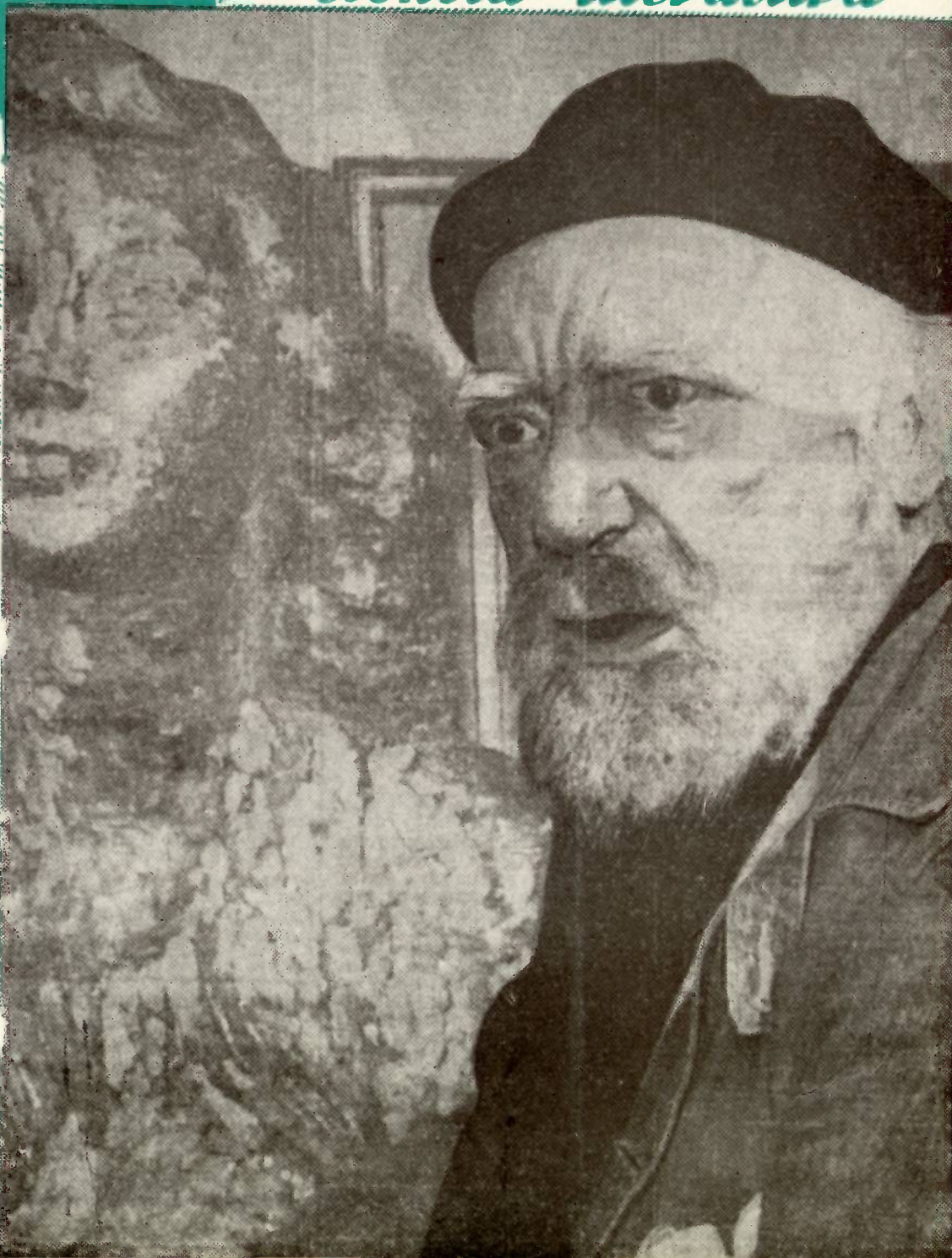
# 131

NOVIEMBRE - 1961

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF

4 P 5528





# Nuestra portada

## AUGUSTUS JOHN

Consideramos que la figura de Augustus John, gran pintor inglés que acaba de fallecer, rodeado del afecto y la admiración de todos los hombres de izquierda de la Gran Bretaña, merece que CENIT le dedique unas líneas e incorpore su imagen a la galería de retratos que constan en sus portadas.

Augustus John fue gran amigo de la España revolucionaria. En 1936 no vaciló en sumarse a los que defendían y hacían cuanto les era posible por vencer la oposición de las clases pudientes, con fabuladas, en torno a Chamberlain y Eden, contra la causa del pueblo español en su lucha contra el fascismo. Después se sumó a todos los actos de protesta de los exilados contra la dictadura franquista.

No faltó jamás su concurso y su presencia en cuantas manifestaciones se organizaron en Inglaterra, sea contra el fascismo, sea contra la guerra. A los 83 años, poco tiempo antes de morir, aún formó el cuadro junto a Bertrand Russell, Alex Confort y todos los pacifistas y antifascistas ingleses, contra los ensayos nucleares, desfilando por las calles de Londres.

Este artista, celebrado y admirado por el público y la crítica, fue un gran rebelde, un inconformista, un anarquista, en su actitud y en su pensamiento, que no escondió ni disfrazó en ningún momento de su vida.

CENIT se honra, honrándole.



### REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

#### *Redacción:*

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

#### *Colaboradores:*

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,  
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert  
Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio,  
Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman,  
J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina,  
Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán  
Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet,  
A. Prudhommeaux

*Precios de suscripción.* — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros : « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,  
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)



# CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XI

Toulouse, Noviembre 1961

Nº 131

## HOJA POR HOJA

**G**UIAR al ciego hacia fatal precipicio, a sabiendas, pero narrándole iluminado paraíso, y aun para él visible, es una monstruosidad maquiavélica. ¿Convenido?

Despojar al octogenario, inválido y sufrido de sus dos preciosas muletas y de sus cuatro ochavos miserios, a cambio de amuletos y boletos de la fraudulenta lotería celestial, ¿es, o no es, una malvada superchería?

Y, ¿puede verse chanza más cínica que observar el zancadilleo del cual es víctima el tierno infante en sus primeras tentativas pedestres, juego al que tantos adultos se entregan desterrillándose de risa?

Todo esto que explícitamente digo, tú también, amigo lector, lo habrás visto, y puede que hasta lo hayas sufrido.

Pues sí. ¿Qué me dices del tríptico esculpido en el frontispicio de aquel edificio?

Yo lo he visto grabado en cuarteles y cárceles, palacios y hospicios. Infundio y escarnio: he ahí las características de nuestro malhadado siglo.

..

Mas pese a tal — Libertad, Igualdad, Fraternidad — sigue en pie. Esta divisa, que tanto enalteciera a la Revolución gala del XVIII siglo a los ojos de los pueblos oprimidos, pervive. Legada por ella, y por ella malparada, después de varias generaciones extintas, prosigue erguida y resplandeciente su camino, aunque tras varios intentos costosos para plasmarla, los felices usufructuarios no hayan aparecido.

Pero ayer como hoy sigue la

trilogía siendo viva. Porque es poema inspirativo y lírico para el poeta artista, y acabada síntesis para el sociólogo científico. Y es compendio positivo del historiador objetivista, como es suprema teoría de filósofo esclarecido. Todo pueblo lucha para concretar tal símbolo; y, asimismo, todo tirano, en la empecinada persecución de este espectro, se distingue.

Recientemente decía un célebre biólogo que las tres importantes y primordiales vísceras del organismo humano — cerebro, estómago y corazón — representaban lo que al cuerpo social son los tres conceptos apuntados.

Magnífico hallazgo comparativo, en efecto.

Cerebro adogalado por el dogma sólo puede incubar desatinados pensamientos. Si aprisionado por el miedo se halla, cuanto de él puede esperarse lleva el sello de la desesperación o el marchamo de la sumisión. Si inculto e ignaro, condenáronle injusticias ¿qué sacará? Ideas mezquinas, trilladas y estériles. La igualdad es, entonces, mitológica.

En cuanto al estómago, repre-

to o vacío, cierto es que no piensa, pero induce, según se halla, a pensamientos de diferente índole. Estómagos enfermizos y encogidos codeándose con otros ulcerosos por ahitos, no pueden fraternizar ni armonizar como desearan los jerarcas eclesiásticos de nuestro siglo.

La felicidad del hombre en sociedad no se comprende sin la fraternidad como vínculo. Pero la ciudadanía fraternal y libre, la camaradería justa y equitativa, y la hermandad espiritual que pretendieron hacer reinar — cada uno en su tiempo, a su modo y lugar — los jacobinos, los bolcheviques y los de Cristo, de todas ellas, ni la sombra hemos visto.

¿Por qué no las hemos visto?

Trataremos de averiguarlo en otro capítulo.

Hoy finalizo con la fórmula sintética brindada por el biólogo referido aunque, debido a mi desfallecida nemomía y a lo congestionado de mi archivo, su nombre no cite.

Decía: Libertad + Igualdad = Fraternidad.

¿Y, qué es, más que esto la Anarquía?

PLACIDO BRAVO

«El palacio domina a los hombres.

La fragua el hierro, retorcido como un condenado».

F. ALAIZ en «Quinet»

Los grandes pensamientos  
vienen del corazón.  
Vauvenargues

Es hermoso ser joven: pero también es hermoso doblar la cumbre de la vida adquiriendo la razón que nos hace más sabios, la austeridad que nos hace mejores.

Lamartine amaba a la juventud... que no duraba siempre. Los antiguos, queriendo simbolizar la belleza, no pintaron a un niño, sino a Marte, a los treinta años. Al representar al vigor esculpieron a Hércules a los cuarenta. La razón fué encarnada en Homero con la belleza de la senectud.

Recordad vuestra hermosa juventud y esperad la luminosa vejez. Abrazad a los rosados niños y descubridlos ante los encanecidos padres. La juventud eterna sería una promesa incumplida; perdamos el cendal de la inocencia para adquirir la púrpura de la racionalidad.

Yo idolatro a los niños. La primera razón... porque no son hombres. Después, porque conservan en su frente el sello del infinito de donde proceden, como los octogenarios el de la eternidad a que van a volver.

La existencia es un punto entre dos espacios eternos; una luz entre dos infinitas tinieblas.

Todo árbol cercenado es una acusación; porque todos llevamos en nosotros algo de ese instinto inconsciente que hizo consagrar el pino a Cibeles y a Júpiter la encina.

En ninguna parte como en el bosque nos sentimos a solas con lo absoluto, y sólo en sus impenetrables umbrias sentimos palpitar en torno nuestro la fecundidad de la Naturaleza madre y escuchamos el rumor misterioso de la renovación universal.

La vida es eso: evolución, renovación, lucha, progreso, venturas que alborean y dolores que pasan.

Comer, beber, gozar, dormir: tal es la moderna obsesión. Pero cuando todos los hombres se hayan revolcado en su lecho de puercos ahito, ¿qué quedará de esos grandes conceptos, de esas generosas y nobles ideas, sin las cuales el mundo es cloaca, la Naturaleza infame triclinio y la vida grosero espasmo, que destruye y agota las causas mismas del vivir?

¿Que la dicha es un ensueño imposible? Dejadnos esa ansia de lo absoluto, que es el resorte de la vida; permitidnos que alcemos la mirada a la felicidad, como la alza el minero

al jirón del cielo, lleno de luminarias y esmaltes, desde el fondo subterráneo.

Proyectar es vivir para el hombre que piensa, esperar es alentar para el ser que siente. Quitadnos con la perspectiva del futuro el recuerdo de lo pasado, y ese presente tan precioso no valdrá la pena de vivirse. ¡Proyectar! ¡Sí, eso precisamente es lo que distingue al hombre del bruto!

Cuando todo se haya alcanzado, cuando toda perfección se haya conseguido, cuando el hombre convertido en dios mitológico nada tenga ya que esperar, el mundo habrá tocado a su fin, será, sin el llamamiento del porvenir, un arca vacía y un arpa sin acordes, y el frío del corazón de los hombres habrá apagado el calor de los astros.

No: no vale la posesión lo que el deseo ni equivale el año vivido al que desea vivir. La juventud es bella porque es un alcázar de proyectos, un sembrado en que sólo la esperanza florece. El amor se marchita al hacerse carne y el poeta lo ha dicho: animalia post coitum tristia.

La evolución social implica eso: un mayor predominio de la inteligencia sobre la fuerza, alma mater de las sociedades primitivas, una emancipación para los humildes del trabajo manual por la aplicación del intelecto, dándoles un nuevo estado de idea, de conciencia y de vida. En el desenvolvimiento de la ley del progreso, jamás la historia ha discernido el triunfo a las máquinas, sino a los hombres.

Para que el proletariado triunfe, necesita intelectualizarse. La victoria es de los más adaptados y el medio lleva, de cada vez más, impreso el sello de la inteligencia del hombre.

Viendo un cielo plomizo, alegraba a Emerson el recuerdo de su rincón a la lumbre. Tal vez para dominar las más hondas melancolías es preciso sufrir las inclemencias de la Naturaleza irritada, como aquel prisionero de Tolstoi, que aprende a saborear el placer de vivir descalzo y hambriento a través de la estepa.

La juventud tiene algo más que hacer que conquistar puestos, asegurar prebendas, mirar por el día, que acaso no llegue, de mañana. Para

ella deben ser los lugares de peligro, los enardecimientos impersonales, los no superados altruismos. Una juventud sirviendo de viejo pedagogo y meditando en los peligros del porvenir, buscando fórmulas de concordia y arreglos de intereses, es algo marchito y sin fragancia, caduco al nacer, vacilante en el umbral de la vida y trémulo y encorvado en la cuna.

Los jóvenes son aquellos que, aun teniendo la piel arrugada y los cabellos grises, conservan el entusiasmo por las ideas, el desprecio a las componendas egoístas y la visión luminosa y ardiente de las cosas del porvenir.

Lo que me inspira compasión en las calles no son las ramera. Son los hombres que van buscando el amor de un duro, porque no saben merecer el que no se paga con dinero.

Los que emigran no son nunca los incapaces. Esos se resignan y mueren acurrucados en los tugurios, escondidos en los más ocultos parajes, más temerosos que de la muerte, de la rebelión. Son los fuertes los que formulan la protesta viril, los que desprecian al fabulista que les habla de las falsas grandezas de las naves que van y tornan; porque ellos jamás piensan volver a esa tierra que les niega sus frutos, al fondo de esa sociedad que se interpone entre el surco y el troje para apoderarse de la semilla, a la comunidad de unos hombres que no sienten piedad de los niños que tienen hambre ni de las madres que les aprietan contra su seno para que no les vean llorar.

No se si ha sido Bebel quien ha dicho que el criado doméstico es de peor condición que el esclavo que trabaja en las minas. Una criada no tiene derecho al pudor. Se la supone siempre una corruptora de nuestros hijos. Y son ellos a veces los que abusan de su soledad y desamparo, y la acechan, la persiguen, la rinden, y por último, la abandonan, riendo de su cobardía como de una preciosa hazaña. La infeliz se encanalla o muere.

La belleza de la Naturaleza se ha cantado en todos los tonos; pero en ella no se encuentra sino por accidente la línea recta, la más noble y grandiosa, ni es posible hallar la armonía simétrica. La selva virgen es siempre menos hermosa que el bos-

# de Antonio Zozaya ★

que cultivado, sea cualquiera el parecer de Ruskin. La hembra salvaje es menos hermosa que la mujer civilizada, y el Partenón tiene más grandiosidad que la caverna del gorila. Sin embargo, la Naturaleza no es antiestética. Es sencillamente indiferente a los conceptos evolutivos que de ella y de las ideas forman los hombres.

Hay que volver a la Naturaleza, seguir el precepto de Lucrecio, escuchar el grito de los nuevos apóstoles de la humanidad. Pero sépase bien: hay que volver a la Naturaleza del hombre, no a la del bruto. En ella residen los gérmenes de toda verdad con la razón, de toda belleza con el instinto, de toda justicia con el imperativo categórico. Y en esa naturaleza humana tan calumniada, pero tan invencible, encontraremos energías para luchar contra toda regresión imposible al fanatismo y a la opresión despótica, y contra todo naturalismo brutal que quiera, en nombre del progreso, hacernos regresar a la edad del oso de la espelunca.

En la vida, la decadencia inferioridad mental femenina no se ve por ninguna parte. Gobernados estamos por los hombres y no pueden hacerle peor. Las mujeres dan menor contingente al crimen, al suicidio, al alcoholismo y a la barbarie.

Es preciso no haber visto niños y niñas para ignorar que éstas son siempre más reflexivas y más discretas. Es menester no haber observado obreros y labriegos para ignorar que hay más brutalidad, pero mucha más en ellos que en sus mujeres. Es necesario vivir fuera del mundo, para desconocer que allí donde se reúnen personas cultas, parten del sexo femenino todas las voces de tolerancia, todos los rasgos de perspicacia, todos los arranques de dignidad y de pundonor, que no suponen el más despreciable de los talentos.

Y en punto a pequeñeces... Llena llevo el alma de heridas; ninguna de ellas ha sido abierta por la bendita mano de una mujer. Hasta cuando alguna me ha parecido repulsiva, he encontrado tras ella la odiosa sombra de un corruptor o de un consejero, de un amante o de un cortesano, de un mal padre o de un mal marido, de un rastacuero o de un confesor.

Todos los días vemos amantes des-

pechados que acuchillan a sus queridas, maridos que golpean a sus esposas, padres sin freno que martirizan a sus hijas. Todas las personas nobles claman en vano pidiendo un poco más de misericordia, de piedad, de respeto, de enaltecimiento y dignificación para la mujer.

La acusación más grave que se hace a la mujer para justificar su vil estado de dependencia, no es, como se viene creyendo, su menor desarrollo intelectual, no es su ineducación, no es siquiera su propensión a la fatiga y a la pereza; es su supuesta incapacidad para todo sentimiento impersonal, para toda delicadeza afectiva. Se la supone dispuesta a la sensible, a la emotividad de escaleras abajo. Jamás a la emoción pura y sincera que producen las grandes ideas y el ansia de perfeccionamiento y mejora. Ella se deslumbra ante el colorín; ella sólo sabe ver a Dios en el templo, a la patria en la bandera y los uniformes, a la verdad bajo las mucetas, a la caridad en los festivos. Se la equipara al triste salvaje a quien deslumbran los espejuelos, pero que es incapaz de admirar la belleza del color y la línea; a la lugareña que prefiere las toscas bayetas a los más finos y hermosos brocados. ¿Es ocasión para la mujer de prestar solidez a esa falsa creencia, dejándose deslumbrar por lo cursi, lo aparatoso, lo falso, por el valor de relumbrón, el patriotismo de zarzuela y la coquetería de villorrio?

El origen de la tiranía reside en el cuerpo social; está en el criterio fundamental erróneo que da a un hombre facultad para disponer de la vida de otro y considera que el dolor es la fuente de vida.

Todos llevamos dentro un tirano porque hemos sido amamantados en unas enseñanzas sombrías, que, divorciando el cuerpo del alma, han erigido la expiación en bienaventuranza, la crueldad en pedagogía, la persecución en obra piadosa, en medicina el látigo y en escuela de ciudadanos la lucha de fieras. Y de esta manera, no pudiendo romper ese círculo metafísico, volvemos siempre al punto de partida, como en los corsi e ricorsi de Vico, pasando alternativamente por el progreso y por la barbarie, por la libertad y por la servidumbre.

Renegar... ¿de qué? El vil apóstata, el necio, reniega; el sabio sinteiza y adivina el mismo ideal bajo su madre nos besó en la mejilla; jóvenes, una mujer abrasó en pasión nuestros labios; hombres, posan sobre nuestra frente los niños su boca encendida. Y quedan los amores, aunque pasen los besos. Y toda idealidad es un ósculo que se graba en nuestro cerebro, una chispa de ese fuego absoluto a que todos llevamos un haz para alumbrar a las generaciones que vienen.

La pasión por la Libertad, por la emancipación de los hombres de carne, por la evolución que ha de realizarse y se realiza, cuenta también sus perseguidos y sus ascetas. ¿No es cierto sombrá augusta, que con mano piadosa y febril restañaste la sangre de mi progenitor en las barricadas?

Sacrificarse por la verdad eterna... ese es el don de los elegidos, de aquellos que escuchan en todo silencio el compás del eterno ritmo y en toda discordancia la cadente armonía y el supremo compás de lo que nunca muere.

Belleza analizada es belleza perdida. El Arte es el misterio; no rasguemos sus nieblas si queremos que permanezcan en nuestras copas gotas del bálsamo inmortal que hizo venturoso a Salomón.

Guyau, un tierno pensador, aniquilado en germen, presintiendo su muerte prematura, describió con acentos patéticos la caída del viajero agotado sobre la arena del desierto. Está ya resignado a la muerte y al abandono; no puede resistir las pequeñas sacudidas de la marcha ni de la vida y, tendido sobre la tierra abrasadora, nublados ya sus ojos por la fiebre, el mismo pide a sus compañeros que le olviden, que marchen sin él hacia el fin lejano, hacia el misterioso horizonte sin medida, que oculta las misteriosas regiones que él ya no verá (1).

Una selección de V. Muñoz

(1) Este último pensamiento del estoico español Antonio Zozaya refleja su propia vida. Como Guyau en sentido figurativo, ante el desaparecer del fenecer, Zozaya cayó para siempre en Méjico, en la ruta que, continúan su camino otros idealistas y visionarios. Ha sido Antonio Zozaya, figura liberal por excelencia, una de las personas más ilustres de la emigración española causada por la victoria del totalitarismo fascista en el solar ibérico. Es de esperar, que llegado el momento oportuno, sean editadas sus obras completas, verdadero pan espiritual para todos los amantes de lo bello. — V. M.



# Afán de ver claro, sinceridad y convicciones

(INEDITO)

**S**E esfumaría en nosotros una de las características fundamentales del anarquismo si consintiéramos que por alguien — desde arriba, desde en medio o desde abajo — nos fueran impuestos determinados juicios o siquiera la forma en que hemos de traducir al lenguaje nuestro pensamiento.

Ni lo uno ni lo otro. Ambos extremos son igualmente negativos. Lo mismo el uno que el otro reducen al infinito atributos que deben mantenerse íntegros. El nacimiento de nuestras tendencias, al tomar forma en un cuerpo de doctrina, es trasunto de una reacción vigorosa contra el sentido abiertamente liberticida de tales métodos.

A p a s i o n a d o s defensores de unas autonomías que consideramos sagradas, por lo mismo que sin ellas pierde su sentido más estimable la vida, recabamos la facultad ilimitada, lo mismísimo en la forma que en el fondo, de expresar a nuestra guisa, unas veces en tono que araña y otras veces en tono que acaricia, nuestros sentimientos y nuestras voliciones. Renunciar a ella sería renunciar a nosotros mismos.

Si en algún caso esa facultad ha de ser frenada, es el mismo que la ejercita el llamado a decidirlo. Y el freno, en todo caso, ha de ponerlo el mismo que piensa, que habla, que escribe. Si son otros quienes lo hagan, naufraga el derecho por completo y crujen los resortes destrozados de la personalidad.

¿No es éste acaso el mal que a todos nos aqueja? ¿No es ésta una de las abominables realidades que sirven de estímulo poderoso a todas las revueltas?

Sin el grado de jurisdicción que es necesario para manifestar sin ambages ni rodeos nuestras disconformidades con aquello que nos desagrada — en las palabras o en los hechos — que nos molesta, que nos hiere, o de aplaudir aquello que nos atrae y nos emociona, sea por sus bondades, sea por su belleza, sea tan sólo porque coincida con nuestras opiniones o con nuestros afectos, ¿qué importancia podría serle atribuida al dere-

cho? ¿Qué quedaría en pie de esa entidad moral — punto de arranque y medida exacta de los valores sociales humanos — que llamamos individuo?

¿En nombre de qué principios desconocidos, o de qué ética incomprendible, o de qué concepto más o menos racional de las necesidades del presente — inseparables de los avances hacia el futuro — puede pretender nadie aquellas uniformidades en el sentir y en el pensar que denuncian las manifestaciones más despreciables y más rotundamente negativas del gregarismo?

¿Es que alguien descubrió la posibilidad maravillosa de someter a compás o de vaciar en un molde único las sensaciones — variadas al infinito — de que el hombre es registro?

\*\*

Somos anarquistas. Es posible que jamás haya convenido tanto como en esta hora repetirlo. Y sentimos el deber ineludible — deber que concuerda con nuestro derecho y aumenta su fuerza — de pasar revista a todo aquello que, directa o indirectamente, ponga en tela de juicio las bondades y los aciertos del anarquismo como doctrina de transformación social.

Y si dejamos cumplido ese deber cuando se trata de los adversarios, con tanto mayor motivo hemos de hacerlo tratándose de los amigos. De lo contrario, los de la acera de enfrente tendrían razón sobrada al afirmar que nos confundimos con los demás en el empleo arbitrario de dos pesas y dos medidas.

Es justo, es lógico, es humano y es santo — además de ser fecundo — que todos los errores sostenidos en público sean impugnados públicamente. Es saludable evitar en lo posible que nadie dogmatice tonterías peligrosas sin una réplica, o presente como nuevos unos cuantos anacronismos mandados retirar de la circulación hace ya mucho tiempo. Y tan sólo podrá manifestarse disconforme con ello quien tenga de la libertad un concepto muy menguado, que es el que predomina generalmente fuera del campo anarquista.

Recordaremos, en sucesivos artículos, las «Crónicas demoleadoras», sin bálsamos ni perfumes,

de Prat. Y el nervudo «Lombroso y los anarquistas», de Mella. Y la impugnación, no muy reverente que digamos, de Kropotkin a la «Teoría de lo incognoscible», de Spencer. Y las impetuosas diatribas de Faure en «El dolor universal». Y la causticidad hiriente de Grave en «La sociedad moribunda y la anarquía».

Es preciso que lo hagamos. Es el modo más seguro de demostrar que los maestros hicieron ayer lo mismo que los discípulos hacen hoy en marcha hacia el mañana, y que no es cierto, como afirman algunos individuos en base a concepciones trasnochadas por completo, que con el tono de sus críticas se confundieran con aquellos a quienes combatían. Es el modo más viable de establecer el necesario contraste entre un modo que refleja las inquietudes vivas de cuantos luchan por una transformación completa y ciertas poses totalmente huecas y de dudoso gusto.

\*\*

Hemos sostenido repetidamente — y es oportuno decirlo una vez más — que a la crítica se lo debemos todo nosotros. ¡Incluso nuestra justificación revolucionaria!

¿Cómo poner en duda que su valor sea tanto más prometente cuanto más completo se niegue a reconocer límites? ¿Qué valor tienen los cantos más encendidos al individuo, si no se afirma en términos categóricos su derecho a producirse como quiera, como pueda, como sepa, como lo dicten sus impresiones a la hora en que habla o escribe o acciona, o su temperamento, sin más tope que el respeto a sus semejantes... siempre y cuando éstos le respeten?

¿En qué forma pueden coonestarse aquellas interdicciones y aquellas cuadrículas que merman a todas luces la sustantividad del individuo, si ha de sostenerse luego — en contradicción estruendosa — que no debe inclinarse más que ante su razón ni obedecer otro mandato que el de su conciencia?

¿Qué es la conciencia? ¿Es acaso una entidad misteriosa al margen del temperamento, de la razón misma, de las sensacio-

Voces  
de España

# Opresión y revolución

«En nuestros días, toda tentativa por embrutecer a los seres humanos encuentra a su disposición medios poderosos. En cambio, una cosa es imposible, aunque se dispusiera de la mejor de las tribunas, a saber: difundir ampliamente las ideas claras, razonamientos correctos, concepciones razonables.»

Simone WEIL (1)

## EL PEOR DE LOS MALES: LA EXPLOTACION

**M**ARX dice, en una de sus obras, que las exigencias materiales de los proletarios son la expresión concreta de su apetencia de valores más altos. Bajo esas exigencias late el deseo de ser verdaderamente hombres.

Esta afirmación, evidente, significa que el hombre aspira a vivir en una libertad concreta, en posesión de su destino y de los medios que le ayuden a desarrollarlo.

Todo esto nos sugiere que las estructuras sociales pueden estudiarse bajo el patrón de estas dos dicotomías conceptuales: una es Bienestar-Miseria; la otra, Libertad-Opresión. Normalmente se ha utilizado la primera. Pero puede uno también servirse — y quizá sea más correcto — de la segunda. Por dos motivos, la segunda es mucho más amplia, incluye los valores eco-

(1) *Las ideas de Simone Weil, Sartre, Merleau-Ponty y el propio Marx me ayudaron, sobre manera, en la elaboración de este trabajo. He elegido esta indicación, para no «oprimir» al lector con excesivas citas.*

nes? ¿La monta en cada caso el individuo a su capricho? ¿Qué puede contra sus dictados una voluntad que es determinada por ella?

Nosotros, dicho sea francamente, pensamos que escribir para el público es algo más serio y más responsable que alinear palabras sobre el papel, sin otro afán que el de singularizarse.

Determinadas circunstancias aconsejan hablar de ello. Y hemos de hacerlo.

EUSEBIO C. CARBO

nómicos, y también los superiores (partiendo, así, de una concepción más coherente e integral del hombre); la miseria, por otra parte, es uno de los múltiples casos de opresión: se trata de la opresión económica. El otro motivo: si preguntamos al hombre qué quisiera él evitar, a toda costa, con su impulso más profundo y verídico, sin duda que respondería — si no ha falseado sus impulsos — que no desea la opresión en ninguna de sus formas.

De todos modos, puesto que la injusticia mata la libertad y una libertad real excluye toda injusticia (por ser ésta opresiva), es fácil ver que, en el fondo, está mal planteada la disyuntiva «¿justicia o libertad?»

Y he aquí un hecho. Una mirada, intelectualmente honesta, a la política de todos los siglos, especialmente a la del nuestro, nos dice que ésta nunca se llevó a cabo sin opresión. Las revoluciones se han sucedido sin número. Pero todas — incluso las legítimas — han terminado oprimiendo. Las relaciones sociales son productoras de opresión.

Este hecho — como veremos después — obliga a hacer un estudio serio del mecanismo social y del político, en vez de reaccionar con aspavientos o con discursos insustanciales. Marx — lo veremos en seguida — fué el primero que intentó descubrir el enigma social para diagnosticar su remedio definitivo: se inició entonces, el estudio científico del problema — el único que se requería —.

La explotación es tan universal, en espacio y tiempo, que ella define la estructura de cada época, cuya forma se entiende a partir de la manera cómo, en la historia, pueden apreciarse tres grandes épocas: una, de opresión armada; otra, posterior, de explotación capitalista; y, en nuestros días, se trata de servidumbre funcional y burocrática (2).

(2) *no se excluyen estas tres formas; pueden coexistir; pero siempre existe el predominio de una de ellas: a partir de ese relieve de cada una, he efectuado la división de épocas, excesivamente amplia, pero de gran utilidad metódica.*

La Revolución Francesa empezó defendiendo la igualdad, libertad y fraternidad y terminó — dice muy graciosamente Marx — en Artillería, Infantería y Caballería. La rusa ha terminado también oprimiendo, con la explotación burocrática del Estado: en nuestros días, lo económico está subordinado al Poder.

Dos factores objetivos promueven la opresión: los privilegios y el poder. Normalmente, se clama contra los primeros, sin advertir que el poder es radicalmente opresivo. Así, sucede que se están dirigiendo las críticas contra una sola de las fuentes de opresión.

1. Se da el privilegio: a) no sólo cuando alguien dispone de la ley y de los resortes de toda índole para hacer lo que le viene en gana y explotar a los demás: cuando la propiedad privada, por ejemplo, entra en el Derecho; b) también se da en circunstancias más onestas: en el campo religioso, por ejemplo, y en el científico; en cuanto los ritos — nos referimos a los decisivos, relacionados con la salvación — son conocidos y manejados por unos pocos (los que han alcanzado su secreto), ha nacido ya el monopolio y la explotación sobre los no iniciados en ese secreto: su hambre sobrenatural y su desconocimiento ponen la base para el abuso de los hierofantes, de los ministros sagrados; c) en la ciencia — si se dan las mismas circunstancias — surge el monopolio científico y la consiguiente explotación; d) lo mismo habría que añadir respecto al monopolio de las armas: pensemos un momento qué ocurriría si una de las dos potencias — Rusia, Norteamérica — dispusiera de una superioridad armada — o atómica, da lo mismo.

2. Lo que Marx aplicó al poder capitalista, habría que aplicarlo a todo poder: éste oprime tanto a los que lo ejercen como a los que lo sufren — tanto a los poderosos como a los débiles —; el poder, por otra parte, se nutre de su propia contradicción: si quiere pervivir debe limitar su dominio, ya que su mecánica opresiva tiende a aniquilar los objetos (los que obedecen), en cuyo caso ya no sería poder. Lue-

go interviene el factor de la rivalidad entre los que dominan: para superarse unos a otros, deben intensificar el manejo de los subordinados. Esta extraña auto-destrucción del poder se da de un modo evidente en el régimen capitalista — como vió agudamente Marx —. Pero ello es propio de todo poder: se da allí donde alguien **manda** y otros obedecen, donde alguien **tiene** y otros no, donde alguien **sabe** y otros ignoran... Su contradicción radica en que no existe proporción entre el afán de dominio y los medios de que se dispone, desembocando, por eso, en el abuso de los medios — limitados — para un fin ilimitado. Marx tenía razón cuando afirmaba que el Estado — por el simple hecho de serlo — no puede dejar de triturar hombres.

¿Se puede luchar contra ese estado de cosas? Sí, desde luego. Pero conviene no perder la lucidez, a la hora de hacer la revolución. Marx propuso — como solución — una idea que ya encontramos en Aristóteles: la opresión terminará en el momento en que la producción se logre con «esclavos mecánicos». Aparte de que los «esclavos mecánicos» pueden, a su vez, esclavizar a sus **dueños**, se ignora — al proponer esta solución — que lo que se ventila no es sólo el **anhelo de bienestar del hombre** sino, además, una **lucha de poder**. La sugerencia de Aristóteles y Marx sería verdadera, si el hombre no sobrepasara los valores biológicos.

A mi juicio, el **afán de poder** decide más, en la historia, que el **anhelo de bienestar**: éste también interviene en las revoluciones, pero como resorte utilizado por los políticos que — al final — resultan tramposos y terminan engañando: los débiles y miserables han sido siempre la «cucaña» de las revoluciones.

Sartre hizo una crítica filosófica del marxismo. No nos interesa, si atendemos al estudio de la **posibilidad** de la revolución. La crítica de Sartre va, estrictamente, contra el marxismo stalinista, pero éste se apoya en lo más deleznable de Marx: su **hegelianismo al revés**, cuando lo verdaderamente valioso en Marx, es su estudio del **mecanismo social** — único medio serio para emprender la revolución que lleve a una sociedad sin opresión —.

Por lo demás, tiene razón Sartre cuando afirma que el **materialismo**, al negar la metafísica,

niega sus propias afirmaciones. El empleo de la noción de **causa** también es bastante confuso. El marxismo, como filosofía, está — en efecto — falto de rigor, es más mito que pensamiento riguroso. Y es, en cuanto ideología, «doctrina de movimientos primarios». Pero esto último podría aplicarse también a innumerables trabajos — materialistas o no materialistas — que se escriben sin rigor alguno, pero que son muy aptos para mover esos «movimientos primarios».

La crítica de Sartre tiene sin cuidado a los interesados en la revolución: en cambio, si les interesa — debe interesarles — la investigación de Marx sobre el mecanismo social.

Claro que toda investigación lleva implícito un esqueleto ideológico: Freud y Marx trabajaron siempre sujetos sus entendimientos a concepciones determinadas, con los errores del siglo. Cuando Marx, al creer descubierto el mecanismo social, emprende la aplicación del remedio, falla: porque su concepción del hombre es incompleta e incoherente. Y aquí sí tiene razón Sartre: a la revolución hay que apoyarla en una descripción, lo más exacta posible, de la naturaleza, de las relaciones del hombre con ella y de los hombres entre sí.

En los escritos de Marx hay dos concepciones bien diferentes. Una de ellas es una especie de **hegelianismo al revés**: hay que plantar a la Dialéctica sobre sus pies — escribía Marx; esta concepción fué, además, teñida con acento religioso y utópico. Pero, en sus obras, existe asimismo un **materialismo de carácter simplemente técnico**, no **religioso**, ni **ideológico**: consistió en relacionar lo social con la materia; Marx pensó que existe una **materia social**, que lo social se rige por leyes parecidas — si no iguales — a las de la materia física: las leyes mecánicas; éstas son la expresión de una **necesidad**. Necesidad, aquí, no es sinónimo de naturaleza; entonces no podríamos evitar la opresión; significa que los fenómenos sociales, que les están sujetos, actúan como la inercia y la gravedad.

La necesidad no sólo se da en lo físico y en lo biológico; también en lo moral y psicológico; por tanto, también en lo social. «Todo lo real — dice Weil — está sometido a la necesidad». Pero se trata de una **necesidad característica**, en cada caso. «Marx tuvo razón al comenzar estable-

ciendo la realidad de una **materia social**, de una **necesidad social** cuyas leyes al menos hay que vislumbrar antes de atreverse a pensar en los destinos del género humano».

Ese mecanismo social Marx lo veía, por ejemplo, en las **morales profesionales**, las cuales se orientan sobre este **truco**: cada grupo, para evitar la molesta disyuntiva del bien y del mal y llevado por una extraña necesidad, se arma de esta convicción: **inexorablemente yo debo obrar de tal modo**. Cuando se les dice, por ejemplo, a los hombres que el que obedece nunca se equivoca, se contribuye a esta moral profesional: un jornalero tenderá siempre a pensar que él jamás obrará mal si obedece a su amo; «es natural» — viene a decirse interiormente como una justificación —. Con esta moral profesional, regida por un mecanismo extraño, se imposibilita la reivindicación de los interesados frente a la opresión de los que les dominan. La moral profesional no proviene de la índole de los sujetos, sino de algo objetivo que hace exclamar a sus propias víctimas: «es natural que...» No sería suficiente decirles: rebeláos, pues, al instante, ganados por la necesidad del mecanismo, volverían a la situación del comienzo. Habría además, que descubrirles el peligro de la situación **objetiva**.

Hay morales de grupo que contagian a toda la sociedad, cuando ese grupo participa en todos los estratos sociales. Así, la sociedad puede estar regida por una moral militar, bancaria, industrial, burocrática, etc., según el predominio de cada grupo. Este influjo de la moral profesional llega hasta los intelectuales, hasta el mismo pensamiento. Y todo esto se siente como natural. Así — según refiere Weil — los que redactaron el código penal francés consideraron el robo — a tono con la moral profesional de la época — como el mayor de los delitos, castigándolo con más severidad que la violación de los niños. Aquellos señores tenían hijos, pero «al redactar el código, sólo eran, sin saberlo, órganos del reflejo social».

Marx cayó también en este mecanismo de la moral de grupo: la moral del proletariado (es bueno todo lo que éste refrenda con su acción revolucionaria); llegaría un momento en que la moral proletaria influiría tanto en la sociedad que ya no habría sino



una forma de existencia proletaria.

El mecanismo de las morales profesoriales —incluida la proletaria— es el de creer que lo necesario es lo bueno y lo justo. Este mecanismo determina, en buena parte, el comportamiento de los políticos.

Las relaciones entre los hombres son extrañas: existe una especie de **inercia** que impide el equilibrio y la consecución del bien. La opresión es favorecida por ese mecanismo social: el de la **fuerza**. Sólo si sabemos por qué surge la opresión, podemos saber cómo puede desaparecer.

Para analizar la conexión intrínseca entre la opresión y las relaciones humanas que la producen, Marx se sirvió del principio de Lamarck: «la función crea el órgano».

La opresión —viene a decir Marx— es un **órgano** de lo social, y no una simple **usurpación** del poder o de los privilegios.

Marx trasladó al orden social el principio utilizado por Lamarck en la Ciencia; cada necesidad, al funcionar en un intento por encontrar satisfacción, crea su órgano adecuado. Así como hasta ahora las fuerzas productivas crearon un **órgano opresivo**, puede llegar un momento en que inventen un **órgano liberador**.

La producción es un mecanismo. Marx creyó haber descubierto sus leyes y su movimiento; por eso, creyó también haber hallado el remedio. Así sería, en efecto, si para descubrir la esencia del mecanismo social, en vez de utilizar el principio de Lamarck, hubiese utilizado el de Darwin: «el órgano no es efecto sino causa de la función».

Para Darwin, el **órgano** se adapta —por medio de la **función**— a las **condiciones de la existencia** (medio natural, posibilidades, instrumentos, competencia de otros...) Traslademos este principio al terreno social: los esfuerzos individuales —el **órgano**— son encauzados hacia el progreso gracias a la **función**, sin la cual serían caóticos e incoherentes. En el encuentro de los esfuerzos individuales con las condiciones de existencia, la **función** «elimina las estructuras no viables, no como una **tendencia misteriosa** sino como **condición de existencia**».

Un anticipo del principio de Darwin lo encontramos ya en Anaximandro que lo expresó de un modo ingenuo: «Explica —di-

ce Plutarco(3)— que los hombres, al comienzo, nacieron en el interior de los peces y después de haber sido nutridos como los escualos y haberse convertido en capaces de protegerse, fueron finalmente arrojados y tocaron tierra».

De los esfuerzos personales ha de partir el progreso; esos esfuerzos, para no ser inútiles, se sirven de la **función** en su manejo de la materia social: medio, instrumentos, posibilidades, competencia y rivalidad. ¿Hasta qué punto es esto posible? ¿Hasta qué punto los esfuerzos individuales pueden influir en la materia social?

«Habría que definir, a título de límite ideal, las condiciones objetivas que permitirían una organización social absolutamente pura de opresión: después buscar por qué medios y en qué medida se pueden transformar las condiciones efectivamente dadas, para acercarlas a este ideal; encontrar cuál es la forma menos opresiva de organización social para un conjunto de condiciones objetivas determinadas; en fin, definir en este terreno el poder de acción y las responsabilidades de los individuos considerados como tales» (S. Weil).

Marx tuvo la intuición genial de que era **necesaria** una ciencia social y que ella sólo era posible si se descifraba el enigma social —siempre opresivo—. En la realización falló, al aplicar el principio de Lamarck.

Para Marx, la misma **materia social** —las fuerzas productivas(4)— crea su propio órgano de solución. El mismo capitalismo —por ley inexorable— produciría su propia destrucción: se crearían, así, las condiciones requeridas para que las fuerzas productivas se equilibren, posibilitándose la subida, al poder, de los débiles, con lo cual terminarían las luchas de clases y ya no habría opresión.

Marx atribuía a la materia social —a ese mecanismo anónimo— la solución (la redención de los oprimidos). Suponía que la materia social —algo amorfo

(3) «El pensamiento antiguo», de Rodolfo Mondolfo. Pág. 45.

(4) Es otra limitación —impuesta por el industrialismo del siglo XIX— creer que la materia social está constituida sólo por las relaciones productivas: Marx posee, en su pensamiento, numerosas huellas burguesas. Pero, al revés que los burgueses, Marx sufría por la debilidad y la miseria de los oprimidos.

y regido por la inercia— era capaz del bien: que el mismo mecanismo, productor de opresión, podía ser productor del paraíso. Partía de dos convicciones burguesas: que el **bien** es la **producción** y que el **progreso** de la **producción** es la **ley** y el **móvil** de la **Historia**.

Otra intuición de Marx es que la materia social está regida por la **fuerza**. Magnífico punto de partida para una investigación sin engaños previos; pero no la desarrolló bien. La **fuerza**, en lo social, es una **relación**; supone, por tanto, dos términos: el que la utiliza y el que la padece.

Las revoluciones lo único que han hecho ha sido cambiar el primer término —los opresores— sin lograr que desapareciera el segundo —los oprimidos—. Marx pensó la fuerza como económica solamente; se trataba, para él, efectivamente, de fuerzas económicas. Y pensó que, al subir al poder los proletarios —debajo de los cuales no existen inferiores—, ya no habría dominados ni oprimidos; olvidó que la **fuerza** es una **relación**: ¿cómo los débiles pueden ser fuertes, ¿cómo pueden tener el poder sin dominados que obedecen?

La masa humana es una «cucaña» en la que unos escaladores pueden derribar a otros: los escaladores son algo exterior a ella; ningún escalador puede, por tanto, prometerse la posesión definitiva de la cucaña. La masa humana es muy dócil y se entrega enseguida: de lo contrario, habría existido menos la opresión.

## EL ENIGMA SOCIAL

El resorte que gobierna al mecanismo social no se agota en el factor **economía** —como creen los marxistas—; el factor **fuerza** es más amplio, ya que explica fenómenos que no caben en las razones económicas: la destrucción que conlleva la guerra, la obediencia automática que no se debe a impulsos vitales sino a otros más extraños; la «emoción del mando» (que decía Nietzsche) tampoco queda explicada con el factor económico.

Si nos preguntamos de **dónde** proviene la **fuerza**, cuál es su **fuerza**, estamos tocando el centro del problema. ¿Qué es lo que hace que una inmensa mayoría esté obedeciendo, siempre de rodillas, mágicamente encantada por el más simple gesto de la faz de los amos? ¿A qué se debe esa obediencia, probada por mil re-

nuncias y por la muerte, con que la **mayoría** ejecuta los deseos de la **minoría**?

Evidentemente, la fuerza no está en el **número**: normalmente, la opresión la padecen los **más numerosos**, la **masa**. (Por otra parte, la masa —por el hecho de serlo— carece de poder, ya que sus miembros están simplemente yuxtapuestos: no son capaces de una acción dirigida y eficaz. Podría afirmarse —con S. Well— que el pueblo está sometido, no a pesar de que es número, sino precisamente porque es número. La masa está gobernada por un **demonio** que disuelve lo individual, por tanto, la responsabilidad, la lucidez y la libertad: ese demonio contribuye a la estúpida **docilidad** con que las masas obedecen siempre a sus amos, que se renuevan sin cesar).

La fuerza está en el **engaño**.

En el pensamiento, pues, está el origen del mal; en él, por tanto, debe estar el origen de la sanación. En efecto, el pensamiento ha estado, en gran medida, al servicio de la opresión y de la reacción: ha inventado categorías intelectuales y axiológicas que favorecían el **status** indefinido de la debilidad y de la impotencia. Incluso lo sobrenatural ha sido puesto por los hombres al servicio de un quietismo reaccionario.

Pero el pensamiento es también subversivo y revolucionario. El Cristianismo lo probó de manera evidente: su revolución fue bien rápida, pues a los débiles e impotentes se les predicaba su igualdad y, a veces, su superioridad con respecto a los fuertes y poderosos; esa convicción les capacitaba para ser fuertes en su debilidad; ésta es la versión social del otro hecho, paralelo, que es de índole espiritual y es lo que —en esencia— define al Cristianismo: la fuerza **sobrenatural** de la debilidad.

No es que reduzcamos la revolución a esto sólo. Pero lo previo está en eso. El pensamiento debe siempre estar alerta. (Cuando analicemos el **trabajo** —estado ideal del hombre en sus relaciones con la naturaleza— veremos que, también él, debe estar bien presente, para evitar que el hombre sea victimado en tan noble y esencial quehacer).

En cuanto el engaño proviene del pensamiento, estamos ante un problema **intelectual** que nos lleva a una crítica del idealismo y de la «filosofía burguesa».

En cuanto el engaño es **manejado** hábilmente por los políticos,

estamos ante un problema **ético o moral** que nos lleva a una crítica de la política como magia.

#### PENSAMIENTO Y OPRESION

«Los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo; pero la cuestión es cambiarlo» —decía Marx contra los pensadores—. Pero esas palabras sólo valen para «ciertos» filósofos, pues —como señala Aranguren— «toda **theoria**, además de ser **praxis**, es, a la vez, **poiesis**, al menos incoativamente» (5).

El pensamiento se hizo cómplice de la opresión, en cuanto le sirvió de justificación ideológica. Quizá los propios filósofos no querían servir a los opresores, sino a un afán de explicar el mundo y la existencia; pero los burgueses y capitalistas —dueños de todo poder— se apoderaron hasta del pensamiento: ciertas filosofías les venían al pelo, aquellas, sobre todo, que hablan de la dignidad humana y de la primacía del hombre sobre la naturaleza. El idealismo —para el cual la naturaleza existe, de verdad, por el pensamiento del hombre— implica la subordinación de las cosas y de la naturaleza al hombre (6); pero para el burgués, el esclavo y el servidor son cosas, son naturaleza: si son algo, es simplemente por la mirada y la dignación del señor.

Existe, así, una ilusión de «sobrenaturalidad» en los opresores y una ilusión de «naturaleza» en los oprimidos. Ambas ilusiones se condicionan recíprocamente: cada una se alimenta de la otra: el **oprimido** no se cree capaz de ningún derecho, mientras el superior descansa sobre derechos y privilegios.

Para poner remedio a esta injusticia, nace la revolución. La distinción de Sartre entre rebelde y revolucionario nos sirve para distinguir a los verdaderos autores de la revolución de sus impostores. Mientras el rebelde lo

(5) *Significa esto que el pensamiento no sólo es un mundo de acción — como cualquier otro —, sino que, además, posee carácter modificador. Esto es más verdadero aún en el pensamiento ético, cuyo destino esencial va encaminado a regir la acción.*

(6) *Este idealismo — utilizado por la burguesía — es un idealismo previamente falseado por ella. El sistema filosófico que lleva ese nombre posee una profundidad que no se agota en el aspecto manejado por los burgueses.*

que intenta es **arrebatar** los privilegios para gozarlos él frente a los nuevos desheredados, el revolucionario lo que se propone es **destruir** tales derechos y privilegios —tal injustificada sobrenaturalidad— como único medio de igualar a los hombres. Si las revoluciones se suceden sin cesar es porque —en realidad— sólo se dan rebeldes y no auténticos revolucionarios. Sólo el cristianismo —no traicionado— y el marxismo —no falsificado— son subversivos para el pensamiento que sustenta tal diferencia de categorías en los hombres... Pero en la historia, está bien patente el poder de los opresores: lograron nada menos que poner a su servicio al propio Cristianismo; y, en nuestros días, podemos comprobar cómo muchos burgueses y capitalistas se sirven del **Marxismo**. Evidentemente, su poder es omnimodo.

El idealismo habla también de seres «suprasensibles». La burguesía «explotó» la existencia de lo trascendente e incognoscible en beneficio de su dominio: Dios, la muerte, y otros entes supraempíricos vienen a ser unos **dictadores ideales** que inhiben la acción y producen miedo (7).

Contra este idealismo opresor ya protestó Epicuro. Para destruir el **temor** que reduce e impide el placer y la felicidad, Epicuro propone cuatro remedios liberadores: el **cuadrifármaco**, que dice R. Mondolfo. Seríamos felices «si no nos turbase el **pensamiento de las cosas celestes** y el de que la **muerte** significa algo para nosotros, y el no conocer los límites de los **dolores** y de los **deseos**». (El subrayado es mío). Dos de los factores que oprimen son: los dioses y la muerte. Epicuro reduce los dioses a divinidades ajenas a los hombres («El ser bienaventurado e inmortal no tiene molestias ni las produce a los otros, ni es poseído por iras o benevolencias»). La muerte se queda en un puro hecho físico que no altera el ritmo placentero del vivir («Es insensato aquel que dice temer la muerte, no porque le dolerá cuando haya sobrevenido, sino porque le duele al preverla; pues lo que no turba hallándose presente, en vano nos duele su espera»).

(7) *Habría que hacer aquí la misma salvedad de antes: la trascendencia es dictatorial en manos de la burguesía. Pero un pensamiento honesto puede probar que los seres trascendentes pueden ser fuente de acción positiva.*

El idealismo contribuye a la opresión. Pero, cuidado. El materialismo puede, asimismo, colaborar en la misma dirección. Con la concepción materialista existe el peligro de que la revolución se quede a medio camino. El materialismo dialéctico piensa que el proletariado es cosa y que, destruyendo los privilegios de los amos, debe convertir a éstos también en cosas. Naturalmente esto no basta: pues, desde el momento en que se concibe al hombre como cosa, se hace el juego a los opresores. Aquí surge la necesidad de insertar la libertad: no basta igualar a los hombres; hay que proyectar y construir un futuro con el que el hombre —no siendo cosa— esté en paz con las cosas y con los demás hombres, en el que el hombre sea libre (8). Se requiere, para ello, que el revolucionario posea libertad.

Sartre ha sabido ver la «aparente» contradicción que puede haber en el revolucionario, el cual debe ser libre para poder ser libre. Se trata de una libertad con distinto sentido en el comienzo y en el final: hay que ser libres para poder ser liberados.

Libertad ¿para qué? —pregunta Lenin—. Para iluminar la si-

(8) «Pero justamente, el mito materialista perderá todo sentido en una sociedad sin clases, donde ya no habrá superiores ni inferiores.» Sartre.

tuación y poder distanciarnos de ella, único medio de transformarla— responderá Sartre.

Puesto que la injusticia es un modo de oprimir y explotar, resulta falsa la disyuntiva o justicia o libertad; la libertad supone la ausencia absoluta de la injusticia. Por otra parte, una situación justa no se alcanza sin libertad —según acabamos de ver con Sartre—. Justicia y libertad, pues, se implican.

La expresión más exacta de la libertad del revolucionario viene dada en la acción. Si se examina bien la acción revolucionaria, se ve confirmado el principio de Darwin, aplicado a la revolución. En efecto, una auténtica acción excluye, por definición, la posición idealista que niega la dureza de las cosas y la materialista que reduce la subjetividad a materia, a factor mecánico de un determinismo universal. La acción revolucionaria es el encuentro de las subjetividades y de los esfuerzos individuales con la materia que se intenta transformar.

Esta acción es, por esencia, violenta. Esto plantea un problema: la violencia oprime y, sin embargo, es necesaria a toda revolución, la cual —a su vez— lo que intenta es suprimir toda opresión, estableciendo la justicia, poniendo a cada uno en su sitio justo.

¿Podría hablarse de una violencia que no fuera una simple revancha, ni un estricto ajusticiamiento (entonces la revolución terminaría en dictadura), sino una especie de versión técnica de la justicia? Esta incluiría, en su acción, la destrucción de los privilegios y del poder explotador, acomodando a las personas en una verdadera igualdad, eliminando toda distinción de clases. No veo inconveniente en que los cristianos pudieran colaborar a este tipo de violencia.

La desaparición de clases y castas es el anhelo profundo de los hombres más puros. Sólo supesta esa desaparición —como dice F. de Castro—, podría ser cada hombre distinto de los demás, podría realizar su más auténtica vocación individual. Los hombres, en efecto, no podremos jamás ser iguales: pero eso no significa que hayan de acotarse previamente —como si hubiéramos nacido, ya, con méritos y deméritos— los medios de que disponemos para ser hombres. Y es eso precisamente lo que hace la distinción de clases: yo, por haber nacido dentro de esta clase, no puedo disponer de ciertos medios que acapara la otra clase, pero que me son tan necesarios a mí como a los demás.

R. GARCIA

(Continuará)

## Publicaciones recibidas

«El Sol», Alajuela.  
 «Resistenza», Torino.  
 «L'Ecritoire», Ginebra.  
 «España Libre», Nueva York.  
 «La Voie de la Paix», Auberville s-Mer.  
 «Solidaridad», París.  
 «Organización Obrera», Buenos Aires.  
 «Volontà», Génova.  
 «La Protesta», Buenos Aires.  
 «Umanità Nuova», Génova.  
 «Boletim Informativo do Clube Positivista», Río.  
 «Solidaridad», México.  
 «Cuadernos», París.  
 «Notre Route», París.  
 «Elevación», Mar del Plata.  
 «World Labour», London.

### LIBROS RECIBIDOS:

«Les temps noirs», por J. Pignero.



# Decíamos ayer **Valor de la duda y del ser**

## La psicología y la conducta humana

## IV

La Fisiología no puede explicarnos «todos, absolutamente todos los procesos y fenómenos psicológicos del individuo humano» como afirman, gratuitamente, un médico y un escritor partidarios del **determinismo** clásico. Estos podrían admitirlo también si tuvieran en cuenta que el **contenido** y el **sentido** de un conflicto psicológico que vive un sujeto corresponde al psicólogo — y no al fisiólogo — investigararlo, estudiarlo y tratarlo. Además, tener **conciencia** de una situación el **comprender** la relación del individuo humano con el mundo, significando, pues, **comprensión**, acto fundamental de la psicología y no de la fisiología. Y cuando un psicólogo estudia el simpático y el parasimpático y la descarga de adrenalina, concomitante de la emoción, es para relacionar — ésta u otras funciones fisiológicas — con la personalidad global del hombre.

Una personalidad no cambia por el funcionamiento de uno u otro órgano o de varios órganos; la hacen cambiar hondas necesidades psíquicas aunque influyen, al mismo tiempo, pero en menor grado, necesidades corporales. La personalidad tiende a permanecer, se resiste a la desaparición, pero el sujeto normal la cambia por otra personalidad, que se desarrolla con distintas características, por la **coacción** — más que por llamadas causas — de nuevos **determinismos** psicológicos formados por él mismo o por situaciones vitales producidas por sus semejantes que lo rodean. Aunque en verdad siempre intervienen factores endógenos, predominando los exógenos, es decir, los factores ambientales externos.

Lo difícil del cambio de personalidad lo comprobamos al constatar que sólo ocurre cuando el individuo humano siente la necesidad suprema de cambiar un determinado estado de cosas, por dar otro sentido a su existencia, a un aspecto vital de la misma, o a la vida social. Para alcanzar los fines que persigue entra en acción aprovechando sus nuevos grandes deseos y el intenso calor de sus sentimientos y emociones. Y las nuevas tendencias de su nueva personalidad arraigan y se fortalecen a condición de formar nuevos hábitos. De éstos, que han de continuar fortaleciéndose con buena educación y mejor cultura, depende el sostenimiento, conservación y mejoramiento o superación de las tendencias.

Con los niveles psicológicos superiores que el hombre alcanza ha mejorado la naturaleza misma de los instintos de nutrición y defensa, que son permanentes, que lo acompañan hasta el fin de sus días y fortalecido, además, la ley de supervivencia. Pero los instintos que se adquieren,

que señalan la superioridad del hombre civilizado sobre su congénere primigenio, pueden desaparecer, morir si no constituye los hábitos correspondientes que los sostengan. Es pues, realidad biológica, fisiológica, pero mayormente psicológica que para que un instinto permanezca en función o sobreviva ha de reforzarse con un hábito, lo que quiere decir, en todos los casos, que el sujeto lo adquiere y lo sostiene gracias a reacciones psíquicas oportunas o permanentes. Resultando, pues, que son las peculiaridades afectivas y culturales las que más influyen en la orientación de la vida humana.

No vamos a extendernos en más consideraciones sobre las diferencias y las relaciones existentes entre la Psicología y la Fisiología, porque ya las hacemos en otros trabajos. Es sabido que relacionándolas han podido desarrollarse nuevos conceptos psicológicos dinámicos. Ignoramos si de esto se han enterado algunos **deterministas** que en esta hora continúan hablándonos, estrictamente, de la «fisiología de la conducta». Hacemos sólo observaciones que consideramos fundamentales y simples, al mismo tiempo, por lo comprensibles: que no corresponde al fisiólogo investigar y estudiar por qué, por ejemplo, un sujeto adquiere una u otra personalidad, hace o no abdicación de su **voluntad** y de su dignidad, o posee tal o cual singular individualidad. El psicólogo es el que considera al individuo humano como un todo funcional y dinámico con peculiar estructura moral y mental persiguiendo que éste se mantenga humano gozando del mejor equilibrio psíquico.

«Nadie sabe lo que es la «psiquis» y es imposible determinar el alcance de la psiquis en la naturaleza. Por eso una verdad psicológica es una cosa tan normal y buena como una verdad física que se limita a la materia como aquella a la psiquis.» Estas palabras de C. G. Jung, célebre médico y eminente psicólogo, fallecido recientemente, son una respuesta contundente, de oposición absoluta, a los **deterministas** que afirman que todo lo relativo a la «psiquis» se conoce y se explica por medio de la Fisiología, por las funciones automáticas normales de carácter endógeno, es decir, interno.

Cuando aceptamos una verdad es porque se han agotado todas las experiencias, comprobándose muchas veces, de todas las maneras y en todos los sentidos, constatando que armoniza con todas las verdades conocidas que la rodean sin contradecirse y sin despertar más dudas. Pero ni lo expresado por Jung ni lo defendido por los fisiólogos del **determinismo** reúnen, a nuestro entender, estas condiciones. Por consiguiente, no podemos utilizar, cien por cien, el pensamiento del

precitado gran psicoanalista en favor de nuestra tesis frente a los que pretenden que el comportamiento humano es explicado ya, completamente, por la Fisiología. No se sabe todo lo que se refiere a la «psiquis»; pero hoy se sabe más que ayer, y cada día se sabrá más sobre ésta. Por otra parte, no se ha probado que «es imposible — como dice Jung — determinar el alcance de la psiquis en la naturaleza.»

Tan gratuita consideramos esta afirmación de Jung, como la que expone lo contrario con el mismo carácter absoluto. Alguien nos ha dicho que los conceptos de Jung debiéramos interpretarlos como emitidos de acuerdo con los conocimientos actuales. En parte así es en efecto. Sin embargo expone el concepto «imposible», que opinamos hemos de barrerlo de todas las áreas científicas y de la investigación particularmente cuando nos referimos al estudio y conocimiento de la vida psíquica del ser humano. Admitir «imposible» es tanto como poner frenos al desarrollo de la actividad humana, significa detenerla, anularla, impedir, en fin, que el «espíritu» investigador se dirija hacia uno u otro sentido del Universo desconocido. Es pedir un verdadero imposible: no reconocer que existe la curiosidad, que es dirección del pensamiento, afán irreprimible de inquirir, de conocer y saber, que ha crecido y sigue creciendo en cada individuo humano conforme adquiere más y más cultura.

Háblese de ignorancia y de dificultades en la adquisición de nuevos conocimientos, de insuficiencia científica para explicarnos cosas que no comprendemos por qué ocurren sin contar otras muchas que ni sabemos están sucediendo en nosotros mismos y en nuestro derredor; pero para obtener victorias científicas, tecnológicas y de toda clase y orden hemos de partir del principio que «todo es posible». Pensemos que desde el hombre de las cavernas hasta nuestros días siempre se ha luchado por cosas que parecían «imposibles» de descubrir, de inventar y de realizar.

Ni el conjunto de cuanto hoy se conoce, y menos alguien en particular, ha probado que exista un «imposible» o límite para el conocimiento humano como no sea la posibilidad remota que el hombre llegue a dominar todas las combinaciones «posibles» con todos los materiales cósmicos. Esto parece poco o nada verosímil; pero mientras el individuo humano no cese de hacer descubrimientos y nuevos inventos es inadmisiblemente hablar de «imposibles», y menos que nunca en los tiempos que vivimos que vemos iniciarse, vertiginosamente, el aprovechamiento de la energía atómica, de la cibernética, etc., etc.

Sobre la «psiquis» y todo lo ignorado o inadvertido conoceremos más mañana y cada día que transcurra. Esta es la más fundamental realidad psicológica o idea-motor que admitida o no por el investigador lo mueve a estudiar, a experimentar y a descubrir nuevas verdades. De faltar la curiosidad y el «espíritu» de investigación, de búsqueda, tenaz, infatigable y la heroica audacia científica-humana cuánto de lo que conocemos permanecería ignorado y cuánto quedaría sin ser descubierto!

Miles de ejemplos podemos dar de «imposibles» que dejaron de serlo. El «sueño» de comunicarse a través del espacio, de volar más alto que las aves, de realizar viajes submarinos, de combatir terribles enfermedades, que hoy ya son vencidas quedando otras por vencer, etc., etc. Uno de los ejemplos más aleccionadores es el del átomo. Hasta hace muy poco tiempo, relativamente hablando, la inmensa mayoría de los científicos, de los filósofos y la generalidad de las personas en todo el mundo aceptaban, como verdad exactísima, absoluta la idea del átomo simple, compacto, indivisible e inmutable, destinado a permanecer eternamente igual a sí mismo; que los átomos de un mismo elemento poseen una masa igual y son, entre sí, exactamente iguales, y que los átomos de elementos diferentes no pueden ser trasmutados en otros átomos distintos. Sin embargo, gracias a los hombres que estudian, incansablemente, sin pensar en «imposibles», hoy conocemos la verdad que ha permitido iniciar la «Era Atómica»: que el átomo es una estructura formada por partes, que su mayor volumen es vacío (?) y que, por lo tanto, no es compacto, puede ser dividido en partes y ser transformado, asimismo, en un átomo de sustancia distinta por medio de determinadas sustracciones y adiciones.

Como ocurrió con el átomo está sucediendo en esta hora con los maestros y profesores de todos los grados en la enseñanza que siguen enseñando la formación de nuestro Sistema Solar de acuerdo con lo que continúa escrito en los libros de geografía y en los diccionarios de todos los países, en todos los idiomas, siendo falso: que una estrella se rozó con nuestro Sol y éste desprendió glóbulos de polvo y gases que formaron los planetas que lo rodean. Pero según el estudio Haro-Minkowski sobre los glóbulos nebulares que explican la formación normal de las estrellas o astros, en general, presentado a la reunión organizada por la Sociedad Astronómica Americana celebrada en Méjico en agosto de 1960, a la que asistieron 150 astrónomos, queda desechada la hipótesis de que nuestro sistema planetario se formó en virtud de un accidente, de una colisión excepcional y que los habitantes del planeta Tierra consideraríamos como muy afortunada.

Este nuevo descubrimiento astronómico lo comentamos recientemente. Lo señalamos porque queremos hacer constar que tanto Minkowski, sabio norteamericano, como Guillermo Haro son famosos por sus investigaciones científicas. Y sus extraordinarios hallazgos no van a merecernos menos crédito que merecen a todo el mundo científico. Haro es un eminente astrónomo mejicano, director en Méjico de los Observatorios de Tacubaya y Tonantzintla, miembro de la Royal Astronomical Society de los Estados Unidos y a mediados de septiembre de 1961 se le ha hecho un honor internacional en reconocimiento de sus grandes esfuerzos científicos: reunidas las delegaciones astronómicas de 40 países ha sido nombrado vicepresidente de la Unión Astronómica Internacional en votación efectuada en Berkeley, California.

Hemos expuestos dos de los hechos o descubri-

Poetas, filósofos, científicos opinan...

# ¿QUE ES EL AMOR?

Aquí con un mendrugo, entre el gayo ramaje,  
Un ánfora de vino, un manojo de versos,  
Y tú conmigo sola, cantando entre el bosque,  
Para mí es un paraíso el yermo más salvaje.

OMAR-AL-KHAYYAN

★  
El amor es en Francia una comedia, en Inglaterra una tragedia, en Italia una ópera seria, y en Alemania un melodrama. — Margarita Blessington.

★  
Ama el hombre poco y a menudo, mientras que la mujer ama mucho y raramente. — Basta.

★  
Nuestro primero y último amor es el amor hacia uno mismo. — Bovee.

★  
¡Cuán sabios son los que aparecen tontos en amor! — Josua Cooke.

★  
El amor es un océano de emociones, enteramente rodeado de gastos. — Dewar.

★  
Todos nacemos para amar... El amor es el principio de la existencia y su solo fin. — Disraeli.

★  
Si quieres ser amado, ama y sé propenso al amor. — Franklin.

mientos científicos más importantes de nuestros días que ponen de relieve el valor de la duda y del ser psíquico, que ha permitido al Hombre triunfar en la lucha contra «imposibles». Y no ha de dolernos abandonar ideas viejas y «verdades» de ayer que han dejado de serlo hoy o que nunca fueron tales verdades como las que se referían al átomo y a la formación de nuestro sistema planetario. No importa cómo se denominen: atómica, física, astronómica, determinismo y ley de causalidad que, al parecer, la ciencia está probando que no existen en la naturaleza, etc., etc. Por encima de todo lo que fué o se creyó verdadero está la verdad nueva comprobable.

FLOREAL OCANA

ERRATAS: En el primer trabajo sobre «El indeterminismo y el ser», publicado en el número 128 de CENIT, en la página 3451, columna primera, línea nueve, donde dice: «...la obra tenidos por verdaderos», ha de decir: la hora tenidos por verdaderos. Y en la línea 51, donde dice: «... lo estético, característica del mecanismo», ha de decir: «lo estático característica del mecanismo».

En la página 3452, columna segunda, línea primera, que dice: «... corpuscular u ondulatoria halló que la oposición, y», ha de decir: «...corpuscular u ondulatoria halló que la posición y.»

★  
Toda la humanidad ama a un ser amoroso. — Emerson.

★  
Desean los jóvenes: amor, dinero y salud. Años más tarde prefieren: salud, dinero y amor. — Paul Gerald.

★  
El hombre empieza por amar al amor y termina por amar a una mujer. La mujer empieza por amar a un hombre y termina por amar al amor. — Remy de Gourmont.

★  
El amor es un conflicto entre reflejos y reflexiones. — Magnus Hirschfeld.

★  
La razón del porqué los amantes nunca se cansan de estar juntos estriba en que siempre están hablando de ellos mismos. — La Rochefoucauld.

★  
Quien no ama al vino, a la mujer y a la canción es un solemne tonto durante toda su vida. Lutero.

★  
El amor es tan fuerte como la muerte. — Salomón.

★  
A menudo el amor es el fruto del matrimonio. — Molière.

★  
El amor es una grave enfermedad mental. — Platón.

★  
Mejor es el amor cuando está regado con las lágrimas. — Walter Scott.

★  
Mejor es haber amado y no haber sido amado, que nunca haber amado. — Tennyson.

★  
El hombre ama al género y la mujer al individuo. — María Lacerda de Moura.

★  
En su primera pasión la mujer ama a su amante, pero en las otras lo que ama es el amor. — Byron.

★  
No existen mujeres feas, sólo hay mujeres que no saben ser bonitas. — La Bruyère.

★  
Honra a la mujer. La mujer es la guirlanda florida que embalsama de perfume nuestra vida en la tierra. — Schiller.

★  
Hay en los celos más amor propio que amor. — La Rochefoucauld.

V. M.  
(Continuará)



Como poeta de provincia, que tanto le agrada, Pedro Godoy ha traído al asfalto la nostalgia de los ranchos que circundan la solitaria estación ferroviaria al descenso de la tarde, de la gente pueblerina que muy poco sabe de las complicaciones ciudadanas expresa sus emociones ante el hecho doméstico de menos importancia, pero metafóricamente, con profunda orientación de conciencia, alternada con opiniones y exhortaciones de virtud. El hombre del campo pervive a través de la tradición y de las costumbres que va formando en su mundo de actividades, sin hundirse en los problemas y logra un cuadro de armonías, de amplios contornos, que le sitúan como figura singular dentro de la vida en que se desenvuelve. Pedro Godoy ha aceptado ese sentimiento de un determinismo histórico, en el cual se incrusta filosóficamente, trazando un panorama imaginativo, si de abstracciones, con arte verdadero. Su poesía, que de proletaria propiamente dicha apenas si guarda algunos rasgos, porque el arte es eterno y abarca todos los estados de conciencia, ajeno a los problemas sociológicos o políticos, para ser arte con su contenido de humanidad, que es su gloria y triunfo, se sumerge en el idealismo, que es el fin de toda literatura. Porque la poesía constituye la expresión de la ternura, el querer a la vida y a las cosas, que es cuanto resulta objeto de admiración. El poeta, adivinador de las conclusiones audaces, cultiva el noble sentimiento, admira las formas y eleva a belleza las ideas estéticas.

De tal modo es que, respondiendo a esa invasión idealista, que alumbra con pinceladas de estrofas, irrumpe en la tarde campesina. «Persiguiéndome vienen las sombras... los millares foquitos de invisibles luciérnagas picotean los yuyos. Hay un vaho fecundo que sube hacia arriba de la naturaleza. El pesado silencio me adormece; está toda la pampa detrás de mis suspiros. Me alquilé trabajando como peón caminero y voy rumbo a las carpas canturreando bajito, orillando el arroyo, de chambergo y bombacha, entre olor a zorrino. Me encontraron los teros, y estridentes activan alcahuetes denuncias. Allá lejos, lentamente bosteza rondando la lechuga. Hace justo diez días que salí, en procura sedienta de extensión y silencio y me siento ya otro; mi organismo más fresco, más calmado de nervios, y el color amarillo que me dió la ciudad se me borra de nuevo. Arreando nubarrones, pasa el viejo resero del viento, renegando; aquí salta un chillido, por allá un rebencazo. Un candil a lo lejos pestañea y parece su ojo — que yo todo contemplo con el lente aumentado del lirismo — una flor dibujada en el negro pañuelo de esta noche de marzo por candorosos dedos. ¡Ya me vieron los perros con instinto de gendarme, y ladrando, en tropilla, se vienen a mi encuentro!

sonaba en todo el ámbito español la dura voz de la guerra, que ha escrito tantas páginas de relieve hoy incluso en todas las antologías modernas del mundo entero, por su emoción cálida, su sentimiento altruista, su incomparable reventar de futuro como ni en la literatura rusa tenemos ejemplos similares.

La pesadumbre, que arrastraba sobre su vida tormentosa, llena de preocupaciones pesimistas, experimentó un vuelco total al producirse aquella gesta liberadora que aún permanece en crisol. Cual movido por un resorte, se operó bruscamente en Miguel Hernández y en César Vallejo, un renacer, sintiéndose otros hombres y otros poetas. Ante un pueblo cargado de emociones, que estalló en esperanzas, también Miguel Hernández abrió los ojos al mundo, a la vida, al futuro. Rompiendo las cadenas de un pasado secular que le aprisionaban, el pueblo se encontró dueño de sus propios destinos, con la victoria en sus manos en afán de eternizarla. El poeta, haciendo abstracción de cuanto había escrito, revienta en un lirismo nuevo, con otro vigor más recio. Sus estrofas resuenan en el espacio nacional y es la generación del futuro la que alimenta ese fuego vivificante de una fuerza redentora que se planta insumisa en los planos del mundo.

«Miguel Hernández es uno de los poetas que más plenamente han vivido el peligro y la intemperie de la guerra. Conoce todo su alcance trágico y también la gozosa de sufrir por causa tan noble.» Sus poemas de entonces tienen fatalmente los rasgos, signos y gritos auténticos propios de aquella hora. Es por eso que el brutal vencedor no ha tenido la magnanimidad de disculpar el poeta. Por el contrario, hincó sus colmillos en las flácidas carnes del incorregible soñador y, con morbosidad clínica, observaba cómo paulatinamente iba cediendo su organismo, minado por el virus y el hambre. Una civilización que mata poetas, es abominable; un régimen que teme a la poesía, representa la institución más cruel conocida en los anales de la historia de la humanidad.

Asociado por afinidad espiritual con los poetas Alberti, Aleixander y Altolaguirre, al calor de Antonio Machado, Serrano Plaza, León Felipe y Juan Ramón Jiménez, Miguel Hernández contribuyó al renacimiento de aquel núcleo que antes había contado en García Lorca un valor de condiciones excepcionales. La obra desarrollada por ese conjunto de poetas. Ampliado posteriormente con el concurso de escritores, profesores y pintores, marcó un periodo singular en las letras castellanas. El viejo romance, de amplia tradición española desde los primeros tiempos de su historia, apareció reverdecido con nuevos retoños, todos ellos dignos de

encerrarse en las más delicadas antologías. Tan fácil de amoldarse a los motivos más variados, desde Emilio Prados hasta Antonio Machado todos han cultivado el romance para cantar la magnificencia de aquel acontecimiento, y con superioridad de perfección y altos relieves poéticos. En este género se han expresado todas las emociones que la contienda arrancaba. Y desde los acmpos donde la espiga doblaba su cerviz en reverencial saludo a los heroicos combatientes, y desde los olivares andaluces rebosantes de la verde bellota que representará la riqueza mayor de un pueblo volcánico que abría sus alas al mundo; y desde el dulce oro del levante y las velas a todo viento de los barcos pesqueros que bordean el Mediterráneo, el Atlántico y el Cantábrico, el romance salió de las trincereras para llevar la buena nueva de un mundo nuevo que aparecía a la faz del universo con una melodía extraña, desconocida para la cultura europea, y una potencialidad ejemplar, en versos cual otros no conocen los tiempos modernos.

Engolfado enteramente en aquella vorágine, lo artificioso y metafísico de la poesía, como la construcción obligada a formas de contenido netamente simbolista, adquirió vida corpórea frente a las bondades inmanentes de un pueblo que hervía por hacer conocer sus verdades, sus dolores, sus emociones y preocupaciones acumuladas durante muchos siglos. Sin ocasión de expresar sus penas ni alegrías, aquel hecho singular presentaba ocasión para proyectarse hacia el futuro y gritar su verdad en pos de su libertad. El arte cumplió su misión en aquella oportunidad, con honradez y nobleza, con verdadera emoción y unción de obra terminada. Miguel Hernández fué así un miliciano más de vientos, auroras y horizontes.

MIGUEL HERNANDEZ

## RECOGED ESTA VOZ

### I

Naciones de la tierra, patria del mar, hermanos  
del mundo y de la nada:  
habitantes perdidos y lejanos,  
más que del corazón, de la mirada.

Aquí tengo una voz enardecida,  
aquí tengo una vida combativa y airada,  
aquí tengo un rumor, aquí tengo una vida.

Abierto estoy, mirad, como una herida.  
Hundido estoy, mirad, estoy hundido  
en medio de mi pueblo y de mis males.

Un psicano, vulgar campesino descuidando sus toscas palabras. Que no sirvo al ambiente lamido de esta briosa ciudad complicada. ¡Pero taura! Muy hombre. Sincero. Con un Yo como el sol: de una cara. Sin revés y derecho. Seguro. ¡De una sola palabra! Así, sin lugar a equivocaciones, conquistó Pedro Godoy la capital argentina con el primero de sus libros que en tan modesta, como pletórica edición, lanzó al vuelo porteño el espíritu inquieto de Antonio Zamora, adalid en entusiasmos de aquella generación.

En estas estrofas tan personales que hasta entonces no habíamos escuchado, está plásticamente representado Pedro Godoy. Desde entonces, olvidado de sí, sólo vive para su poesía, donde inmortaliza al árbol arrancado por la tormenta, al vendededor de diarios, a la niña que solloza en la ventana y a cosas o personas tan institucionales como el tranvía, el barrendero de las calles o el lustrabotas. Y en estas cosas y sentimientos tan objetivamente normales, y de ordinario desapercibidas por lo comunes, el poeta sabe descubrir el secreto, la magia de donde brota la nota musical traducida en una figura o sencillamente en una imagen. Tanto en los objetos como en las personas, el poeta no encuentra jamás el sentido jocoso o la mofa como de primera intención podríamos imaginarnos, sino ese sexto sentido de lo bueno, de lo humano, fuera de lo ordinario, de lo que como tal comúnmente se entiende. A tropezones con los habitantes de la ciudad, entre los que se encuentra aprisionado, urga e investiga en cada ambiente, en cada gesto o actitud, y deja que su imaginación contruya el análisis de rigor, pensando en cuanta felicidad malograda se hunde el espíritu del hombre. Con su humildad multitudinaria, de ese acervo reventón de cosa sencilla y de simpleza, está saturada su poesía, del mismo modo que en otras estrofas de sin igual musicalidad otrora cantara el sin igual Guerra Junqueiro.

Formado Pedro Godoy en un ambiente de libertad, sin el cual todo poeta muere, encontró en la carrera de las paralelas del ferrocarril, en la extensión de los horizontes de mieses florecidos y el mugido de las tropillas, todo lo que necesitaba su estro inconfundible. De ahí que sus poemas revisten esta otra faz, no menos particular, de independencia, de soltura que a ratos se convierte en himno. Dos condiciones singulares se encuentran en sus versos, no similares a ninguno de sus contemporáneos. Tal vez exista una leve semejanza con Fernán Silva Valdés y ésto sólo en algunos poemas. En lo demás, es tan personal que una autoridad de la reputación de Carmelo M. Bonet expresó que no había encontrado un ripio en su poesía, pese a lo difícil que resulta en nuestro tiempo evitar la imitación, siquiera en infimo grado.

del sufrimiento, estoy triste  
hasta la cabeza, y más triste hasta el tobillo,  
de ver el pan, crucificado, al nabo,  
ensangrentado,  
al cereal, en general, harina,  
a la sal, hecha polvo, al agua, huyendo,  
al vino, un ecce-homo,  
tan pálida a la nieve, al sol tan ardido.

Como, hermanos humanos,  
no deciros que ya no puedo y  
ya no puedo con tanto cajón,  
tanto minuto, tanta  
inversión, tanto lejos y tanta sed de sed.  
Señor ministro de salud: ¿qué hacer?  
¡Ah, desgraciadamente, hombres humanos,  
hay hermanos, muchísimo que hacer.

★

#### PASION Y PAISAJE EN EL VERSO DE PEDRO GODOY

Como cónsul de la provincia, Pedro Godoy llegó a Buenos Aires profetizando el tiempo a través de las inquietudes campesinas. Por credencial trajo los poemas de su libro «A cara o cruz», a cuyo frente aparece, a modo de saludo y, como pidiendo permiso para entrar en la ciudad, el poema que le acredita como «Poeta de provincia, mis espuelas encima del asfalto, escriben una rúbrica campera como la goma mordaz de los neumáticos va borrando tras mío... Como buen campesino abono el hospedaje ciudadano, con flamantes monedas de entusiasmo, sin reparar en gastos, con largura, a la moda del campo. Porque pensar en el mañana nunca fué patrimonio de los gauchos! He llegado de afuera con la pluma empapada en tinta de entusiasmo; un fardo de recuerdos a la espalda y un gajo de bondad entre los labios. Distraído, andariego, rebelde, desconfiado, soy un rudo cantor que tiene mucho de gringo y de paisano. Por hombra, por despecho, canto. Soy de los pies a la cabeza todo un desgarrante grito proletario».

Así, sin más reverencias, elocuentemente sincero y con estrofas tan armoniosamente logradas, después de presentar sus plenipotencias, por si quedara alguna duda acerca de su auténtica personalidad, acentúa todavía «¡Sí! Ya sé que soy áspero, rudo, como gato nacido en las pajas. Receloso, taimado y arisco como el puma que sale de caza. ¡Sí! Ya se que son torpes mis gestos y mis manos callosas y vastas.

Herido voy, herido y malherido,  
sangrando por trincheras y hospitales.

Hombres, mundos, naciones,  
atended, escuchad mi sangrante sonido,  
recoged mis latidos de quebranto  
en vuestros espaciosos corazones,  
porque yo empuño el alma cuando canto.

Cantando me definiendo  
y definiendo mi pueblo cuando en mi pueblo imprimen  
su herradura de pólvora y estruendo  
los bárbaros del crimen.

Esta es su obra, ésta:  
pasan, arrasan como torbellinos,  
y son ante su cólera funesta  
armas los horizontes y muerte los caminos.

El llanto que por valles y balcones se vierte,  
en las piedras diluvia y en las piedras trabaja,  
y no hay espacio para tanta muerte,  
y no hay madera para tanta caja.

Caravanas de cuerpos abatidos.  
Todo vendajes, penas y pañuelos:  
todo camillas donde a los heridos  
se les quiebran las fuerzas y los vuelos.

Sangre, sangre por árboles y suelos,  
sangre por aguas, sangre por paredes,  
y un temor de que España se desplome  
del peso de la sangre que moja entre sus redes  
hasta el pan que se come.

Recoged este viento,  
naciones, hombres, mundos,  
que parte de las bocas de conmovido aliento  
y de los hospitales moribundos.

Aplicad las orejas  
a mi clamor de pueblo atropellado,  
al ¡ay! de tantas madres, a las quejas  
de tanto ser luciente que el luto ha devorado.

Los pechos que empujaban y harían las montañas,  
vedlos desfallecidos, ni leche ni hermosura,  
y ved las blancas novias y las negras pestañas  
caídas y sumidas en una siesta oscura.



Aplicad la pasión de las entrañas  
a este pueblo que muere con un gesto invencible  
sembrando por los labios y la frente,  
bajo los implacables aeroplanos  
que arrebatan terrible,  
terrible, ignominiosa, diariamente,  
a las madres los hijos de las manos.

Ciudades de trabajo y de inocencia,  
juventudes que brotan de la encina,  
troncos de bronce, cuerpos de potencia  
yacen precipitados en la ruina.

Un porvenir de polvo se avecina,  
se avecina un suceso  
en que no quedará ninguna cosa:  
ni piedra sobre piedra ni hueso sobre hueso.

España no es España, que es una inmensa fosa,  
que es un gran cementerio rojo y bombardeado;  
los bárbaros la quieren de este modo.

Sera la tierra un denso corazón desolado,  
si vosotros, naciones, hombres, mundos,  
con mi pueblo del todo  
y vuestro pueblo encima del costado,  
no quebráis los colmillos iracundos.

## II

Pero no lo será: que un mar piafante,  
triunfante siempre, siempre decidido,  
hecho para la luz, hecho para la hazaña,  
agita su cabeza de rebelde diamante,  
bate su pie calzado en el sonido  
por todos los cadáveres de España.

Es una juventud: recoged este viento.  
Su sangre es el cristal que no se empaña,  
su sombrero el laurel y el pedernal su aliento.  
Donde clava la fuerza de sus dientes  
brota un volcán de diáfanos espadas,  
y sus hombres batientes,  
y sus talones guían llamaradas.

Está compuesta de hombres del trabajo:  
de herreros rojos, de albos albañiles,  
de yunteros con rostros de cosechas.

y la función de la yerba purísima, el dolor  
dos veces  
y el bien de ser, dolernos doblemente.

Jamás, hombres humanos,  
hubo tanto dolor en el pecho, en la solapa, en la cartera,  
en el vaso, en la carnicería, en la aritmética.  
Jamás tanto cariño doloroso,  
jamás tan cerca arremetió lo lejos,  
jamás el fuego nunca  
jugó mejor su rol de frío muerto.  
Jamás, señor ministro de salud, fué la salud  
más mortal  
y la migrana extrajo tanta frente a la frente.

Y el nuble tuvo en su cajón, dolor,  
el corazón, en su cajón, dolor,  
la lagartija, en su cajón, dolor.

Crece la desdicha, hermanos hombres,  
más pronto que la máquina, a diez máquinas, y crece  
con la res de Rousseau, con nuestras barbas;  
crece el mal por razones que ignoramos  
y es una inundación con propios líquidos,  
con propio barro y propia nube sólida.  
Invierte el sufrimiento posiciones, da función  
en que el humor acuoso es vertical  
al pavimento,  
el ojo es visto y esta oreja oída,  
y esta oreja da nueve campanadas a la hora  
del rayo, y nueve carcajadas  
a la hora del trigo, y nueve sonos hembras  
a la hora del llanto, y nueve cánticos  
a la hora del hambre, y nueve truenos  
y nueve latidos, menos un gríto.  
El dolor nos agarra, hermanos hombres  
por detrás, de perfil,  
y nos alcea en los cinemas,  
nos clava en los gramófonos,  
nos clava en los lechos, cae perpendicularmente  
a nuestros boletos, a nuestras cartas;  
y es muy grave sufrir, puede uno orar...  
Pues de resultas del dolor, hay algunos  
que nacen, otros crecen, otros mueren,  
y otros que nacen y no mueren, otros  
que sin haber nacido, mueren, y otros  
que no nacen ni mueren. (Son los más).  
Y también de resultas

tre todos y hace participe Vallejo de esta laudatoria oración a cuantas comunidades aspiren a la resurrección que aquí representó. Si caes, es un decir, temblará la tierra, se detendrá el sol, no se escuchará el canto del pajarillo ni la risa de los niños, ni sonreirán las mujeres, ni las flores abrirán su cáliz a la luz, ni la gracia áurea de la alegría endulzará los acíbares del hombre. Si cae, dijo el poeta, fusilarán al firmamento y herirán al aire y a la aurora. Y la voz del profeta ha resonado en el tiempo. Los acontecimientos demostraron cómo después de España, el luto y el llanto asolaron la tierra donde no cantó al ruiseñor y la alondra, en vano, presa del espanto, buscó un rincón donde refugiarse. Los hombres fueron sacrificados y las madres derramaron lágrimas de sangre sobre las losas de los sepulcros. Valles y montañas fueron coronados de cruces, y las aldeas saltaron a pedazos, calcinadas por el fuego de las explosiones.

«César Vallejo, el acento con que amas, el verbo con que escribes, el vienteillo con que oyes, sólo saben de tí por tu garganta. ¿Por qué la cuerda, para qué la cadena, si existe el hierro por sí solo? Póstrate, por eso, con indistinto orgullo, con tálamo de ornamentales áspides y exagonales ecos. Restitúyete al corpóreo panal, a la beldad; arma los floridos corchos, cierra ambas grutas al ceñudo antropoide; repara, en fin, tu antipático venado; tanta pena. Que no hay cosa más densa que el odio en voz pasiva, ni más misera ubre que el amor. Que ya no puedo andar, sino en dos harpas. Que ya no me conoces, sino porque te sigo instrumental, prolijamente. Pues el afecto que quiébrase de noche en mis bronquios, lo trajeron de día ocultos deanes y, si amanezco pálido, es por mi obra; y si anochezco rojo, por mi obrero. Ello explica, igualmente, estos cansancios míos y estos despojos, mis famosos tios. Ello explica, en fin, esta lágrima que brindo por la dicha de los hombres. Parece mentira que así tarden tus parientes, sabiendo que ando cautivo, sabiendo que yaces libre».

CESAR VALLEJO



### LOS NUEVE MONSTRUOS

Y, desgraciadamente  
el dolor crece en el mundo a cada rato,  
crece a treinta minutos por segundo, paso a paso,  
y la naturaleza del dolor, es el dolor dos veces  
y la condición del martirio, carnívora, voraz,  
es el dolor, dos veces,

Océanicamente transcurren por debajo  
de un fragor de sirenas y herramientas fabriles  
y de gigantes arcos alumbrados con flechas.

A pesar de la muerte, estos varones  
con metal y relámpagos igual que los escudos,  
hacen retroceder a los cañones  
acobardados, temblorosos, mudos.

El polvo no los puede y hacen del polvo fuego,  
savia, explosión, verdura repentina:  
con su poder de abril apasionado  
precipitan el alma del espliego,  
el parto de la mina,  
el fértil movimiento del arado.

Ellos harán de cada ruina un prado,  
de cada pena un fruto de alegría,  
de España un firmamento de hermosura.  
Vedios agigantar al mediodía  
y hermosearlo todo con su joven bravura.

Se merecen la espuma de los truenos,  
se merecen la vida y el olor del olivo,  
los españoles amplios y serenos  
que mueven la mirada como pájaro altivo.

Naciones, hombres, mundos, esto escribo:  
la juventud de España saldrá de las trincheras  
de pie, invencible como la semilla,  
pues tiene un alma llena de banderas  
que jamás se somete ni arrodilla.  
Allá van por los yermos de Castilla  
los cuerpos que parecen potros batalladores.  
Todos de victorioso desenlace,  
diciéndose en su sangre de generosas flores  
que morir es la cosa más grande que se hace.

Quedarán en el tiempo vencedores,  
siempre de sol y majestad cubiertos,  
los guerreros de huesos tan gallardos  
que si son muertos son gallardos muertos:  
la juventud que a España salvará, aunque tuviera  
que combatir con un fusil de nardos  
y una espada de cera.



### MENSAJE DE CESAR VALLEJO A LOS HOMBRES Y A LOS PUEBLOS

En este estado animico en que está sumergido, Vallejo hace ostentación individual de disponer de su libertad, sin interesante cuanto le rodea, cual si su existencia le perteneciera como ejemplar único de la creación y no tuviera que rendir cuentas a ningún poder natural de sus actos. En esa rebeldía pasiva quema brutalmente y a capricho los restos de sus energías debilitadas, como un reto a la sociedad dentro de la que gime y padece, cuya conducta le es indiferente, hostil y aborrecible, de igual modo que si todos los dolores y pesares de la humanidad se desplomaran sobre su alma enfermiza y contristada.

Sin lograr hurtarse a esa preocupación, prosigue la ruta de los poetas gimebundos, acaparadores de llantos y lamentos, igual que Miguel Hernández. De ahí que su poesía sea el producto de una escuela ya olvidada, que en el siglo pasado, y hasta principios del presente, marchitó tanto rosa creada por la alegría y la virtud. Para colmo de desdichas, en este estado soporifero del que saldría poco después, el poeta da con sus huesos en la cárcel, acusado de incendiario, elemento subversivo, enemigo de la sociedad, echando sobre él todos los epitetos que el lenguaje criollo aplica a los disconformes y rebeldes. Sus tres primeros libros son la expresión cabal de una raza indígena condenada «por la conquista a dolor incesante» y construye la poesía de «varias generaciones que no habian hallado durante siglos y qué, con este hombre flaco y solitario, decian su primera voz de lamentaciones y blasfemias». Tanto en Trilce como en Los Heraldos Negros hay la amargura andina vuelta piedra «y roca en sus cordilleras vertebradas, con sus indios vueltos piedra también, de donde puede salir y alumbrar algún día, definitivamente, su sangre como una antorcha derramada». Aquí se agranda su personalidad con legitima voz peruana que tradujo el paisaje del hombre en un lenguaje poético con expresiones propias de aquello que conocemos como de procedencia criolla. En gráficos giros personales, debajo de su piel seca y oscura, de su triste hermetismo, arde en este producto autóctono la silenciosa rebeldía del indio contra el conquistador y los conquistadores de la tierra y sus riquezas. Su protesta no resuena por lo negativa, pues que no es enfocada con sentido de liberación, sino simplemente como hecho concreto de existencia, de permanencia, en el reencuentro del mundo ideal que los cielos reservaron para el sindicato de profetas santificados. La más grande virtud que acusa reside en la disconformidad, en el desprendimiento de convencionalismos

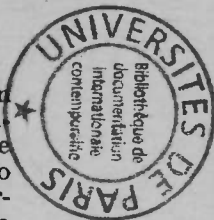
ibérico se libraba la batalla del mundo y, comprendiéndolo así, fué como aquel periodo congregó tal número de visionarios en sus filas combatientes. La raza, la religión, la nacionalidad quedaron fusionadas allí en un abrazo de lágrimas y de sangre.

¡Cuánta verdad encerraba aquella determinación sin paralelo, al grito de libertad herida! Es así que los «Poemas de la guerra de España» son la revelación de un hombre libre y sensible, frente a la materialización del arte y la literatura, que eternizan la obra de este escritor. El mestizo, color de bronce y perfil cortado a pico, futuro cantor del Anahuac, de Yucataán y Potosí, de tierno y ancho corazón, pronunció en España su oración postrera: «Id e instruid a todas las gentes, y a todos se ha de lograr para la libertad de todos», queriendo con anchura y largueza, como José Martí, «a lo que tiene de más cerca, no porque lo suyo sea superior a lo ajeno ni más fino o virtuoso, sino porque el influjo del hombre se ejerce mejor y más naturalmente en aquello que conoce y de donde viene», en ese estruendo postrero de imágenes que brota de sus estrofas.

En «España, aparte de mí ese caliz», se encuentra al «hombre en completo dominio, en equilibrio absoluto. Así como en los «Poemas Humanos» representa el paisaje del hombre, con sus dudas, su dolor y ansiedades, en aquel libro «está la plenitud, la voz honda y cálida, la humana protesta, el corazón abierto de César Vallejo», como consigna César Miró. «Si cae España, digo, es un decir, si cae España, de la tierra para abajo, ¡niños, cómo vais a cesar de crecer!, ¡cómo va a castigar el año al mes!, ¡cómo van a quedarse en diez los dientes, en palote el diptongo, la medalla en llanto! ¡Cómo va el corderillo a continuar atado por la pata al gran tintero! ¡Cómo vais a bajar las gradas del alfabeto hasta la letra en que nació la pena! Niños, hijos de los guerreros, entre tanto bajad la voz, que España está ahora mismo repartiendo la energía entre el reino animal, las florecillas, los cometas y los hombres. Bajad la voz, que está con su rigor, que es grande, sin saber qué hacer y está en su mano la calavera hablando y habla y habla». «Bajad la voz, os digo; bajad la voz, el canto de las sílabas, el llanto de la materia y el rumor menos de las pirámides, y aun el de las sienas que andan con dos piedras. Bajad el aliento, si el antebrazo baja, si las férulas sueñan, si es la noche, si el cielo cae en dos limbos terrestres, si hay ruido en el sonido de las puertas, si tardo, si no veis a nadie, si os asustan los lápices sin punta, si la madre España cae, digo, es un decir, salid, niños del mundo; id a buscarla...»

Rendido ante el homenaje a este pueblo, comparte en-





ni ternura en el trato, ni fraternidad en el convivir. Y en lugar de acercarnos al coro ideal, al que desde hace tantos años los poetas y profetas pretenden en vano acercarse para entonar juntos, fervorosamente abrazados, el himno del futuro, por el contrario nos separa, nos divide y martiriza en los más variados y refinados tormentos. Y no sólo nuestro cuerpo que sufre padecimientos; no son únicamente los tejidos y tendones cortados, ni los huesos que crujen, ni las vísceras arrancadas, sino también el alma truncada en este diluvio de horrores.

«Nos van cobrando todos el alquiler del mundo» cual si residieramos en un planeta que no nos pertenece, de igual modo que si nosotros mismos no nos perteneciéramos y la existencia constituyera una hipoteca a favor de los usureños del universo. Por eso la poesía de Vallejo, antes seca y duramente retorcida por el sufrimiento primitivo, como residuo de un instinto animal «que se deshace en un grito alegre y dolorido, casi salvaje», lo mismo que en Miguel Hernández, se vuelve ardorosa e iracunda, en ese su estilo plomizo y apretujado, compacto y duro cual materia inerte. Es la única forma de hacer sentir el rigor del sentimiento, de la palabra. Todo él denuncia, en su físico nervudo y las manos enclavijadas cual las del nazareno, y en sus ojos profundos, auscultadores del destino y en su frente apostólica de creyente, la firmeza de la imagen y la figura. La palabra afluye precipitadamente y la frase es cortante y desgarradora como la de los precursores del cristianismo, de quienes parece haber heredado el ascendiente cósmico, la fe en esa religión de la poesía, que descubre los orígenes del arte y el fanatismo del creyente, de que son testimonio las líneas desesperadas de sus cejas, la figura esquelética de su cuerpo, su tez calcinada por soles y tormentas y su carácter profundamente taciturno.

El drama ibérico descubrió a Vallejo, como a Miguel Hernández y a la poesía española moderna, el camino de la tierra prometida. Allí se encontraron con los hombres que ofrendaron, voluntariamente, en holocausto de la victoria, vidas y fortunas sin medida. A las trincheras de todos los frentes afluyeron poetas y artesanos, pensadores y soñadores de todas las ideologías, portando los estandartes de la fe, desde los más remotos países del mundo. Jamás en la historia contemporánea se ha visto fenómeno ni medianamente parecido. Cada uno fué guiado por la estrella de una convicción profunda, porque se estaba cerrando el ciclo de la edad moderna. Después de España estaba el diluvio, la noche negra del prejuicio, del crimen sin causa ni reparación, de la barbarie desenfrenada que degolló tantos millones de vidas inocentes en una orgía de horror. En suelo

y modalidades, si bien con ese fondo insondable del escepticismo melancólicamente fatalista, similar a «esos golpes sangrientos y a las «crepitaciones de algún pan que en la puerta del horno se nos quema», que la empañan y restan forma, bríos y color. La privación de la libertad de este hombre angustiado le coloca en el cruce de dos caminos y decide huir del país, del continente, porque no podía hacerlo para otro planeta. Esa expatriación le permitió encontrar su propio destino.

Luto y llantos, albores de crueldad, canturreo de místicos bronces, funerales de lúgubres vinos, rumores de crepites ante «fríos óleos de luna muriente en blanco pan-teón de cautiverio, mientras los años van curvando como guadañas su ruta veloz» y arrastra al fondo del abismo el festín de rosas que la naturaleza delicadamente creó para adorno de la alegría y el candor universales; el deseo de dormir eternamente a la sombra de «nuestros labios difuntos», de un «convite heroico de luceros», quebrados en «el mortero de cosas de este mundo», dejaron su camino recorrido y allí se quedaron en el tiempo olvidado. Quien prosigue la ruta aquí truncada es otro poeta que, sintiendo la necesidad de marchar al compás de su tiempo, se esfuerza por abandonar el marco expresivo de su poesía. Antes había pretendido representar una generación literaria vacía de ideas, que se expresaba en un lenguaje cabalístico con «las posaderas sentadas para arriba». Ahora, identificado con el ambiente europeo, en el que profundizó sus raíces, se hunde en el hombre y en su futuro humano. Y «aprichoso y extraño, juega con los ritmos y las formas en versos asimétricos y asonantados, si de nebulosas imágenes como la «tarde cocinera» que «se detiene ante la mesa donde tú comiste, y muerta de hambre tu memoria viene sin probar ni agua, de lo puro triste», en cambio se presenta enérgico y contumaz, retando a su arte y a su generación que va de «crepúsculo en crepúsculo, vibrando ante la caja sonora de una herida que a vosotros no os duele», que «os transfiguráis y, creyendo morir, percibís la sexta cuerda que ya no es vuestra. Así justifica en los Poemas Humanos su última voluntad poética, que «no tiene antecedentes, ni tiene pasado». El poeta está «muriéndose y tiene urgencia en cumplir con una tarea impuesta», naciendo a la poesía en un mensaje angustioso que desea entregar a los hombres.

Aquí se define César Vallejo en toda su grandiosidad como adelantado y precursor, no conociendo la literatura moderna «una similar capacidad de ese dolor, esa angustia que no es falsa y metafísica del flamante existencialismo, ultimamente explotado con hiriente espíritu utilitario» y totalitario, como afirma Adoum. El mensaje del poeta está

en él y constituye uno de los rasgos más netos y claros del indigenismo como producto orgánico y espontáneo ajeno a la nostalgia literaria de los pasadistas, trasladados a la conciencia universal. Probablemente no sea fácil comprender en toda su intensidad esta poesía «que no está al alcance de todo el mundo, por lo desconcertante y subjetiva», como el arte de Picasso, pero testimonia al hombre en su paso por la tierra como agente y elemento creador, que lleva al poema los elementos del suelo en que nació «y las expresiones de su pueblo», interponiéndose ante la gloria inmarcesible de González Prada y Rubén Darío, si en otros metros y rimas, con ese mismo fervor de universalidad.

¡Hasta cuándo estaremos esperando lo que se nos debe! ¡Y en qué recodo estiraremos nuestra pobre rodilla para siempre! ¡Hasta cuándo la cruz que nos alienta no detendrá sus remos! ¡Hasta cuándo la duda nos brindará blasones por haber padecido! Ya nos hemos sentado mucho a la mesa, con la amargura de un niño que a media noche, llora de hambre, desvelado. ¡Y cuándo nos veremos como los demás, al borde de una mañana eterna, desayunados todos! ¡Hasta cuándo este valle de lágrimas, a donde yo nunca dije que me trajeran! De codos, todo bañado en llanto, repito cabizbajo y vencido: Hasta cuando la cena durará. Hay alguien que ha bebido mucho, y se burla, y acerca y aleja de nosotros, como negra cuchara de amarga esencia humana, la tumba».

En tanto otros poetas pulen versos de estilo delicado, pero fríos de alma, Vallejo se ve obligado a deformar hasta el idioma, inventando «expresiones y palabras que pudieran dar una idea de lo que estaba en sus huesos». «Me viene, hay días, una gana ubérrima, política, de querer, de besar al cariño en sus dos rostros, y me viene de lejos un querer demostrativo, otro querer amar, de grado o fuerza, al que me odia, al que rasga su papel al muchachito, a la que llora por el que lloraba, al rey del vino, al esclavo del agua, al que ocultóse en su ira, al que suda, al que sacude su persona en mi alma. Y quiero, por lo tanto, acomodarle al que me habla, su trenza sus cabellos, al soldado; su luz, al grande; su grandeza, al chico. Quiero ayudar al bueno a ser un poquito malo y me urge estar sentado a la diestra del zurdo, y responder al mudo, tratando de ser útil en lo que puedo, y también quiero muchísimo lavarle al cojo el pie y ayudarle a dormir al tuerto próximo».

Y en esas estrofas desarticuladas, extrañas, oscuras, está la raíz de su obra futura y, pese a la «arquitectura de sus líneas, la honda raíz humana del hombre que no olvidó jamás». «¡Amadas sean las orejas, Sánchez, amadas las

personas que se sientan, amado el desconocido y su señora, al prójimo con mangas, cuello y ojos! ¡Amado sea aquél que tiene chinches, el que lava el zapato roto bajo la lluvia, el que vela el cadáver de un pan con dos cerillas, el que se coge el dedo con la puerta, el que no tiene cumpleaños, el que perdió su sombra en un incendio, el que parece un hombre, el pobre rico, el puro miserable, el pobre pobre!»

De su responsabilidad estética, él mismo diría «que hoy más que nunca quizás sienta gravitar sobre mí una hasta ahora desconocida obligación sacratísima, de hombre y de artista: ¡la de ser libre! Si no he de ser hoy libre, no lo será jamás. Siento que gana el arco de mi frente su más imperativa fuerza de heroicidad. Me doy en la forma más libre que puedo y ésta es mi mayor cosecha artística». Esa libertad de los Poemas Humanos ha de expresarse sin mutilaciones en sus himnos a los voluntarios de la República Española, al hombre de Extremadura, a los héroes republicanos, al invierno en la batalla de Teruel y en redoble fúnebre a los escombros de Durango que, con «España, aparte de mí ese cáliz», culmina aquí su obra y su gloria.

En la poesía de Vallejo encontramos ahora la forma dramática, oculta en adormecida ternura, patéticamente dominante por su contenido humano que rebasa los límites de la austeridad, porque el genio actúa de agente entre el individuo y el medio. Vallejo representa en sí mismo los dolores humanos. Su voluntad pretende adquirir la liberación de un cautiverio que le tiene aherrojado entre cadenas. Por eso resiste con fuerza ciega y en las peores condiciones, soldado en las filas del porvenir. Si su cuerpo flácido ced epaulatinamente, en cambio, el cerebro vuela cada vez más alto. Y, a medida que los años trascurren, el poeta se afirma y es más dueño de su arte. En tanto el mundo se desborda en asesinatos crudelísimamente fantásticos, donde los hombres se sacrifican a millares cada día, él reacciona con violencia, asustado frente a tan pavoroso drama, con estremecimientos de agonía. Es entonces cuando comprende, y se agita y discute, atacando, ante el horizonte que se cierra y las nubes de la noche que ponen luto en las aïmas y lágrimas en los ojos.

De bien poco sirve el conocimiento de la Historia y de todas las ciencias intelectuales si su seca interpretación no logra estallar las venas, si tenemos el alma gélida y permanecemos impasibles, en actitud negativa. Todas las investigaciones empíricas y descubrimientos de una civilización que levanta monumentos al crimen y abomina de las virtudes espirituales, suponen una interpretación horrorosamente nefasta, ya que ni siquiera pone amor en la justicia,

# LA ANARQUIA



**D**ADOS los estudios hechos acerca del Estado, concluimos que su aspecto militar le da una seguridad física, externa o colectiva; del mismo modo, el aspecto religioso le confiere una seguridad espiritual; el aspecto pedagógico, una seguridad interna, individual e intelectual. El aspecto financiero, el económico, el político, el jurídico y el ético y estético, de igual manera, confieren al Estado seguridades específicas que, después de todo, son manifestaciones de poder. La síntesis de estas seguridades todas, la síntesis de todos esos poderes es el Estado.

Siendo así, para combatir al Estado tenemos que crear un organismo o una entidad que le sea «directamente proporcional cuanto a su «multiplicidad de aspectos e inversamente proporcional», por lo que toca a su unidad de fines». La finalidad de este organismo ácrata que combatirá al Estado y lo sustituirá, en el advenimiento de la anarquía es la constante e indivisible redención humano-social.

El análisis y síntesis de esta entidad seguirán el mismo mecanismo, la misma estructura y la misma dinámica estatales; no obstante, sus principios básicos y, consecuentemente, su finalidad, serán opuestos a los del Estado.

La concomitancia o simultaneidad entre lo analítico y lo sintético, en el mundo ácrata, es de imperiosa necesidad; por cuanto en una entidad, en un todo, nunca podemos separar de modo radical la fracción del entero, sin destruirle la integridad o la individualidad misma. Ambos forman un todo indivisible, en su esencia y en su finalidad.

Los principios básicos de este organismo anarco-humano-social de combate al Estado son los siguientes:

- 1 — Humanismo.
- 2 — Pacifismo.
- 3 — Laicismo.
- 4 — Libertad.
- 5 — Federalismo.
- 6 — Anti-estatismo.
- 7 — Comunismo libertario.

Cada uno de estos principios básicos es común a toda estruc-

tura anarco-social. La síntesis de estos «principios básicos» constituye la «entidad moral» de la Anarquía. ¡Profundamente humana y bella es esta moral! En realidad todos estos principios básicos son cultivadores de la libertad y valorizadores del hombre, como entidad libre y que piensa.

Lamentablemente, los anarquistas se quieren identificar, unos con otros, no por medio de su flagrante «unidad de fines», de su unidad anímica, interna o final; sino, por otro lado, por el lado formal, por los aspectos exteriores, por las modalidades de lucha, como si todos los hombres debieran tener la misma altura, el mismo peso, el mismo color, en fin, tener los mismos atributos. Estos anarquistas, según las normas clásicas de organización obrera o social, defienden subjetivamente una «unidad de aspectos» para una consecuente «unidad de fines».

«Como quiera que las comunidades se convertían en prestamistas de la corona, se convertían ipso facto en acreedores del rey. Este, agobiado por las deudas, caía en una especie de dependencia.»

JOSE PEIRATS

« La Sión Hispánica »

(Folleto recientemente aparecido).

Esta terrible e ingloriosa lucha es la que se viene trabando, desde ha muchos años, dentro de nuestras organizaciones libertarias o anarquistas, dogmatizándolas, limitándolas e inhibiéndolas; tal vez como consecuencias de reflejos atávicos o de reflejos de las luchas que existen fuera del mundo anarquista. Lo que importa es la «unidad de fines», mientras que la «unidad de aspectos» o el ritual ácrata (las formas exteriores por las cuales un individuo se identifica como anarquista) debe acomodarse al temperamento de cada uno de ellos. ¡Este sentido social de organización ácrata (unidad de aspectos y unidad de fines) es de naturaleza típicamente suicida! ¿No son así los partidos políticos? ¿Las religiones? ¿No sería eso la negación de nuestros propios principios básicos y de nuestra linda filosofía de vida? ¿No pretenden las dictaduras condicionar estúpidamente todos los seres humanos dentro de una misma «unidad de pensamiento y acción»? ¿No nos parece eso un contrasentido?

Lo que debe unir a los ácratas no son sus aspectos exteriores, sino sus objetivos finales y su sentir interior... Eso no es fácilmente posible. Es una cuestión de criterio, de método y de tiempo.

Los organismos ácratas deben en primer lugar obedecer a un criterio étnico-geográfico y no a un criterio meramente continental, regional y mucho menos aún nacional. No importa que no exista solución de continuidad territorial. Huir de este criterio étnico - lingüístico - geográfico es ser mesiánico, es ser utopista y hasta «dirigista» o centralista, pues si los pueblos de una federación ácrata no se entienden entre sí, debido a los insuperables obstáculos idiomáticos, es cierto que tendrán necesidad de intérpretes e intermediarios o cosa equivalente, y la acción directa del hombre del pueblo, individualmente considerada, sufriría enormes restricciones.

A. E. LYSENKO





## Parábolas de Han Ryner

# LOS

**P**SICODORO, filósofo griego, habiendo perdido a la mujer que amaba, decidió vivir en su sucesivo errante, alejado de todos y de todo. Sin otro equipaje que un viejo manto sobre sus hombros y un rústico bastón en la mano, emprendió la marcha.

Durante todo el día caminó al azar. Cuando tuvo hambre comió lo que encontró a su alcance. A menudo, alguien protestaba, por no tener necesidad de este alimento, pero por pretender ser propietario. Psicodoro no oía los gritos. A veces, el amo de la comida zarandeaba al filósofo que, al despertar de su ensueño, golpeaba con su bastón. Pero venían corriendo los esclavos. Y se agarraba al audaz que consideraba el hambre como una razón para comer. Se le arrastraba hasta los tribunales. Psicodoro sabía que las orejas de los jueces, tapadas por la estopa de las leyes, no pueden escuchar, y por lo tanto, enmudecía ante las preguntas que se le hacían. Casi siempre, lo dejaban ir de nuevo, pues creían que estaba loco. Otras veces, lo encerraban por algunos días en las cárceles. Al atardecer, Psicodoro se acostaba al mismo tiempo que el sol. Cuando estaba libre, su lecho era la cuneta de una carretera o el fondo de un torrente sin agua.

Psicodoro caminó tres años, sin siquiera detenerse voluntariamente durante el día y sin pronunciar una palabra. Es probable que sólo veía entre los objetos exteriores, aquellos que eran más extraordinarios, y su espíritu los traducía en símbolos de eternidad. Y, cuando las cosas le daban un pensamiento más bello que ellas mismas, no miraba más a las cosas.

Cuando Psicodoro hubo caminado tres años, se encontró en la cúspide de una montaña muy grande, y miró desde ella hacia abajo, a su alrededor. Pues hacia las alturas subían los clamores de extraños gritos de querellas, que hacían pensar en el ramaje de una selva azotada por la tempestad.

Singular era el lugar donde se encontraba Psicodoro. La montaña formaba un círculo casi perfecto y su cresta igual no estaba cortada por ninguna garganta. En la profunda llanura circular, unos hombres, altos como robles, alocadamente se balanceaban, entre vastos clamores.

El filósofo descendió hacia aquellos gigantes y vió con asombro que sus pies se hundían en la tierra. Como algunos estaban en el borde de un precipicio, se dió cuenta que cada pie tenía largas y sinuosas raíces. Observando que aquí había algo

verdaderamente nuevo, algo que comprender, Psicodoro se detuvo en este país.

A pesar de su talla gigantesca y de sus desarraigables prolongaciones subterráneas, los habitantes de la llanura eran bien hombres y no árboles. No tenían ramaje, hojas o flores. Su desnudez permitía ver que no estaban recubiertos por cortezas, sino con una piel fina y blanca como la de los bárbaros del norte. Tenían una cabeza y dos brazos. Su cuerpo, en su enormidad, era de proporciones armoniosas y sus poses variaban, flexibles y ondulantes, como las actitudes de los luchadores. De cuando en cuando se sentaban. Al anochecer, solamente sus piernas seguían erguidas como dos troncos gemelos, mientras que el viento del sueño plegaba sus rodillas y los acostaba de espaldas. Pero, además del poder de cambiar de sitio, carecían de otro bien que antaño pareció precioso a Psicodoro: los Arraigados no tenían sexo.

La naturaleza había negado a estos hombres el poder de procrear, porque los había hecho inmortales. El filósofo adivinó pronto este privilegio y no se sintió envidioso por ello. Pero se quedó allí, observando y estudiando su lenguaje. Pues tenía una duda sobre ellos y quería conocer sus pensamientos:

—Quizás son los más sabios de los hombres, y así podrán decirme que ha sido de mi bien amada y en qué lugar podré encontrarla.

Cuando comprendió algunas de sus palabras, Psicodoro se dió cuenta que la selva era ignorante y grosera como todos los pueblos. Preferentemente, se hizo amigo de los Arraigados que el destino había aislado. Pero vió que en éstos era más rara la ignorancia, absurda como la locura y no ya como la tontería; y se enorgullecían por sus pensamientos ingeniosos y frágiles.

Sin embargo, Psicodoro no se alejó de ellos aún. Pues se dijo:

—Yo tengo la angustia de la duración del tiempo; ellos tienen la angustia del espacio. Las tonterías y las locuras que dicen sobre el mundo extendido, corresponden sin duda a nuestros errores sobre el mundo que persiste. El tiempo y el espacio son dos hermanos gemelos semejantes uno a otro. Tienen por padre a la Inmensidad y su madre dice: «Soy la Eternidad».

Y la sonrisa con la cual indulgente escuchaba a los hombres inmóviles, era también una crítica para los hombres que caminan.

••

Pues entre aquellos gigantes que a sí mismos se clasificaban de sabios, los había que multiplicaron las negaciones audaces o tímidas, diciendo:

# ARRAIGADOS

—Nada hay más allá del horizonte.

O bien:

—Tengamos cuidado en no afirmar o negar lo que nuestros sentidos no pueden comprender. ¿Es todo el universo la llanura que habitamos y el muro de las montañas se levanta entre el ser y la nada? Carecemos de medios para saberlo. No nos ocupemos de lo incognoscible y trabajemos metódicamente en la ciencia del mundo visible.

Pero a pesar de todo, el pueblo, decía:

—El sol se levanta en el vacío, pero desciende en la plenitud de otro mundo. Primero nos ilumina. Da luego luz a otros seres. El oriente está desierto. El occidente contiene dos mundos: un país de húmedas delicias en el cual la tierra es generosa, y otros país, de tormentos y de sequías. En el uno, hombres más felices que nosotros hunden en la tierra sus alegres raíces. En el otro, los malos sufren, pues la tierra reseca ofrece escasos alimentos.

Y el pueblo creía aún:

—Es el mismo sol el que viene todos los días. Después de haber dado su luz al paraíso y al infierno, da un brusco salto, a través de la Nada, encima de la cúspide de la montaña oriental.

Algunos hasta sospechaban, opinando así:

—Es posible que la Nada que atraviesa el sol de la mañana no sea nada, sino un caos, una masa en donde las cosas son indiscernibles, nada en la forma, es cierto, pero en donde la materia se agita inarmónica e infinita.

Pero los sabios audaces rectificaban:

—Nada existe más allá de nuestro propio conocimiento.

Y los sabios cuyo pensamiento es cobarde:

—Solamente nos es dado conocer lo que conocemos.

Luego unos decían:

—Lo cierto es que...

Y los otros:

—Lo más probable sea que...

Al fin, todos los sabios proseguían en coro:

—Lo que no tiene raíces no podría durar. El sol que se desplaza, nace y muere como el perro que corre o el pájaro que vuela. Y el sol de hoy es la podredumbre del sol de ayer.

Pero la podredumbre arraigada se irritaba contra semejantes palabras. Presentía, a pesar de toda su ignorancia, que el sol no muere cada tarde.

Y Psicodoro se decía:

—Tu recuerdo, bien amada desaparecida, es un sol que para mí se ha ido, pero que atraviesa otras tierras. Y las duraciones occidentales no son ni eliseas ni infernales; pero, difieren poco de los tiempos del este, y de los tiempos del norte, y de los tiempos del mediodía.



Y así fue como el sabio Psicodoro tuvo una locura. Quiso decir a los Arraigados turbados por la angustia del espacio, la verdad liberadora. Se colocó, cual orador ridículamente pequeño, delante de la multitud de los gigantes, y gritó:

—Escuchad mi palabra. Yo vengo del otro lado de la montaña y conozco lo que allí ocurre.

Todos jadeantes escucharon. Y continuó:

—Los límites son apariencias. Más allá de las montañas, la vida continúa, no muy diferente de lo que es aquí.

Psicodoro no comprendió de pronto lo que ocurría. Pero su instinto, más rápido y seguro que el pensamiento, lo empujó hacia una carrera desorbitada. Cuando tembloroso miró hacia atrás, vio a toda la selva azotada por un colérico huracán. Malignos clamores pedían a gritos la tortura del profeta que se atrevía a decir verdades tan sencillas. Los brazos se extendían tratando de agarrarlo. Y aquellos furiosos gritaban que lo desconocido no podía ser otra cosa que la Nada maravillosa o terrorífica.

..

Perseguido por los gritos y por las piedras, Psicodoro corrió hacia la montaña. Logró franquearla y así, llegar al país donde los hombres caminaban como él y conocían la verdad sobre el espacio próximo. De pronto vio a dos enanos que se le parecían. Y escuchó sus palabras, porque hablaban en un dialecto griego, que lo emocionó con deliciosos recuerdos. Pero enseguida sus labios dibujaron una sonrisa de dolor intelectual y de desprecio. Pues uno de los hombres decía:

—Después de la muerte no hay nada.

Y el otro replicaba:

—Después de la muerte, recibimos por nuestras buenas acciones, maravillosas recompensas o terribles castigos.

Y Psicodoro, refugiado en la sabiduría del silencio, cruzó de largo, sin tratar de enseñar a estos hombres la sencillez hiriente de la Verdad.

(Selección de W. Muñoz)

Próximo artículo: «El niño lisiado».

# Un ángel sin alas

por Miguel  
R. Valdivieso

(Continuación)

**SACERDOTE.** — La vida es un relumbrante misterio.

**LA MADRE.** — Un misterio con espuelas de salitre... Un misterio que cabalga sobre nuestro ser sacándonos la sangre a borbotones por los chorros del dolor.

**SACERDOTE.** — ¡Tu hijo será prendido!

**LA MADRE.** — ¿Y eso qué es, padre, consuelo o mal agüero?

**SACERDOTE.** — Advertencia.

**LA MADRE.** — Mejor sería que dijese usted a las gentes que la miseria es un ponzoñoso estado de degeneración.

**SACERDOTE.** — Mujer: ¿no te hablan más que yo mi silencio y mi paciencia?

**LA MADRE.** — Hay tantas voces aquí dentro que no puedo oír los silencios.



**SACERDOTE.** — Desciende de tu ira...

**LA MADRE.** — Suba usted al monte de mi dolor y verá cómo descender es arrojarse al abismo. ¡Mi hijo será prendido! ¿Y qué quiere decir eso? ¿que lo han de ajusticiar? Pues que sea, como usted dice, lo que Dios quiera... Uno más, ¿qué más da?

**SACERDOTE.** — Calle ese corazón repleto de blasfemias.

**LA MADRE.** — No puedo callar. ¡Van a matar a mi hijo! Van a asesinar al cadáver de mi vida. ¿Se da usted cuenta, padre, que ni yo misma sé lo que para él será mejor? Si escapa de sus perseguidores, ¿a dónde irá a parar? ¿No hay otras garras que lo sujetan a las profundas prisiones de su alma? ¿Perdona la justicia que no vemos lo que a pesar suyo la justicia de los hombres tuviera que perdonar?

**SACERDOTE.** — Cuando el hombre arrepentido mira a Dios, Dios perdona.

**LA MADRE.** — Calleemos, padre, calleemos. Hablemos de lo que vemos. Y lo que vemos es que mi hijo está acorralado, como lo están su corazón de usted y el mío, por enemigos que pululan dentro de su alma y por los que corren por esas calles de María Santísima... ¿No era eso lo que quería decirme? Lo sé porque mi vida corre la suerte del hijo que en mala hora parí. Lo sé con mi conciencia entre cuchillos y el corazón sobre brasas, y mi mente envuelta en el espanto... Y ahora, salga... Salga a la calle, que aquí viene la novia con su esperanza temblando.

ESCENA IV

LA MADRE, EL SACERDOTE Y ROSARIO

**ROSARIO.** — (Entrando) Buenas, Padre. ¿Sabe usted algo de Angel?

**SACERDOTE.** — ¿Arreglando para la boda?

**ROSARIO.** — Disponiéndome para el duelo, Padre.

**SACERDOTE.** — No hay que ser pesimistas.

**ROSARIO.** — No he visto lo que quería, pero en los ojos duros de las gentes he hallado lo que sé: Que al Angel se nos lo llevan. Que a mi novio lo van a matar.

**SACERDOTE.** — ¡Locas, locas, insensatas! ¿De dónde sacáis tanto terror?

**ROSARIO.** — De sentir la tierra del cementerio en nuestras bocas.

**LA MADRE.** — De ver unas tapias blancas tendiéndonos los brazos para arrebatarnos lo que nos pertenece.

**SACERDOTE.** — Confiad en Dios.

**ROSARIO.** — ¡Ay, Padre! ¿no es más fácil guardar el sol en un tarrito de esencia que confiar en lo que nos dejó de su mano? (De muy lejos se oye una detonación).

**LA MADRE.** — (Se asoma al balcón). ¡Bastardos de podre y hueso! ¡Chusma al amparo de unos libros! ¡Hijos de putaaa...! ¿Quereis tirar primero a mis entrañas que dejarme oír el bramido de la fiera que desgarré al hijo de mis carnes? Hacedlo si queda un poco de caridad entre las líneas mugrientas de vuestras leyes. Hacedlo con la seguridad de que obtendréis mi bendición. (Se oye otro disparo). Seguí rugiendo tras él sin acordaros de mí, de mí, que soy la causa de sus delitos, de mí, que soy la raíz de su maldad. ¡A mí, a mí, la primera...!

**SACERDOTE.** — Señora, por piedad.

**ROSARIO.** — Nuestras carnes doblan como campanas a la madrugada. Nuestras fuerzas se vierten como agua de cántaros rotos. Nuestra razón no tiene dónde apoyarse porque se quieren llevar a nuestro amor. Vaya, madre, vaya usted hacia el barrio de la Salud. Angel vendrá por allí. Y si hay piedad en la tierra, que la tengan esas gentes con nosotras y que viva nuestro Angel.



**LA MADRE.** — (Precipitándose hacia la puerta, sale). ¡Correría tres veces al Calvario a clavarme tres veces en tres cruces antes de ver muerto el fruto de mi amor!



## ESCENA V

## SACERDOTE Y ROSARIO

**SACERDOTE.** — Ten misericordia, Dios. y que la muerte no lo pille antes de obtener la absolución.

**ROSARIO.** — Rece usted para que viva y vuelva a entregarme su bien.

**SACERDOTE.** — Rosarito, hija, ¿qué estás diciendo?

**ROSARIO.** — ¡Ay, Padre! Que si fuera usted novia y tuviera los carbones de sus carnes dispuestos a prender en las llamas del encuentro... Si usted fuese mujer, ya rezaría por sentir, como yo he sentido, el agua tibia de haber conocido varón. Pero cada cual busca lo suyo: usted, un alma, porque es sacerdote de Dios... Y yo busco a mi marido porque soy su mujer.

**SACERDOTE.** — ¿Qué dices, loca?

**ROSARIO.** — Lo que oye: su mujer... Nos juntó un poder inmenso — en dormitorios de hierba. — La luna alumbraba arriba — con una caricia inmensa. — Yo era bordón en sus manos — por atajo de estrellas — y todo el campo vivía — con claro ritmo de fiesta. — Yo era arrullo hecho de carne — bajo el pie de su conciencia — y en su mirada me ví — como ángel en la floresta. — Quise gritarlo a los aires — poniendo en mi voz la menta — que bebí de sus amores — aquella noche primera. — Mas vino el viento clamando — con furor, y la tormenta — me pilló cuando intentaba — echar mis nardos afuera.

**SACERDOTE.** — ¿Y sabías que Angel era un delincuente?

**ROSARIO.** — Sabía que la sangre me hervía cuando me miraba.

**SACERDOTE.** — ¿Sabías que caminaba por lugares de impiedad?

**ROSARIO.** — Sabía que mi vida obedecía a los gestos de su cabeza de sol.

**SACERDOTE.** — Dios se apiade de vosotras. (Sale haciéndose cruces).

**ROSARIO.** — (En el balcón). La piedad duerme en la vida como un jazmín en las fauces de un volcán. (Se oye otro disparo lejano). Y mi corazón desmaya — ante el grito que, en el campo, — salta buscando una vida — para herirla en el costado. — La justicia pide sangre — sin hacernos ningún caso — a las mujeres que somos — delirios de un mismo ramo. — Malditas. Somos malditas — porque a las tantas clamamos — por algo que acaso Dios — hace tiempo hubiera dado. (Desde la calle suben voces amortiguadas por el calor de las golondrinas).

**VOCES.** — ¡A él! ¡Al asesino! ¡Matadle! ¡Al impio, al impio...!

**ROSARIO.** — Llleven piedras por los aires estrechos de vuestras almas. Acusad con saña a mi amor y yo os maldeciré, como os maldigo, desde el balcón de mi desprecio, a vosotros, los que buscáis la muerte de mi vida. ¡Ay, dónde hallara yo el refugio que te librara de esa cólera bastarda! ¡De qué clase de piedra pudie-

ra yo hacer una torre a tu desesperación! Si mi sangre sirviera para pagar el precio de tu culpa, hasta la última diera, porque te amo, Angel, Angel, Angel... (Angel, que ha entrado poco antes, espera, absorto a Rosario, quien permanece de cara al balcón).

## ESCENA VI

**ANGEL.** — (Enterro, viril, pero profundamente tierno): Rosario, amor mío...

**ROSARIO.** — (sobresaltada): Dolor mío y de tu madre, ¿de dónde vienes?

**ANGEL.** — De burlar a mis perseguidores.

**ROSARIO.** — Lástima que no hubieras sabido burlarlos cuando te perseguían dentro de tu alma. ¿No has visto al señor cura?

**ANGEL.** — He venido por el terrado, como un ángel de verdad.

**ROSARIO.** — Pobre ángel mío. Pobre ángel sin alas. ¡Cuánto daría de mi vida para que pudieras volar al abrigo de esta tempestad de términos!

**ANGEL.** — ¿Y mi madre, dónde está?

**ROSARIO.** — Salió a tu encuentro, a ver si te veía por el Barrio de la Salud.

**ANGEL.** — No debió salir de aquí.

**ROSARIO.** — Lo que no debió fué haberte parido.

**ANGEL.** — Ve, Rosario, y búscala. Es necesario que la vea cuanto antes. ¿Por qué no me esperó en casa?

**ROSARIO.** — Porque no tenía otro cuerpo que te aguardase en tanto que el primero te buscaba.

**ANGEL.** — Acabarán sabiendo que estoy aquí.

**ROSARIO.** — ¿Nadie te ha visto entrar en el pueblo?

**ANGEL.** — Yo no he visto a nadie, sino a niñas que jugaban a la rueda.

**ROSARIO.** — ¿Qué ha sido de Jacinto?

**ANGEL.** — Lo dejé en el monte solo, — como a un Cristo abandonado, — y era una fuente de sangre — sobre unos lirios morados. — Lo dejé mirando al cielo — sin poder abrirse paso — por la fronda que, allá arriba, — de su sangre fué tomando — un rojo-púrpura, intenso, — para hacerle su sudario. — ¡Ay, si su madre lo viera — por sus besos suspirando — queriendo correr a ella — para dormirse en sus brazos! — ¡Ay, cómo la llamaba, con un bramido arrancado — del niño que, en su inconsciencia — vivió siempre dormitando! — ¡Ay, cómo amó a su madre — cuando se vió acorralado — por la pena y por las balas — y el frío del desamparo! — Entonces yo vi en su muerte — mi destino reflejado y lo amé profundamente — a la puerta de su ocaso. — Corre y búscame a mi madre — y vuelve con ella, Rosario, — que quiero decirlo luego — quién soy yo, qué muero tanto... (Rosario sale apenadísima, desconcertada. Angel oye los gritos de sus perseguidores. Se acerca al balcón, sin asomarse, y magnífico, grita a las gentes). Pegad co- ces. pegad tiros, pegad doscientas mil puñala-

das. No me vereis en vuestras manos de polvo porque yo mando en mi sangre y de ella me voy a hacer un torrente para bañar mis pies cansados de mis lóbregos caminos. Me culpáis con la acusación de vuestra culpa y yo os maldigo con la maldición de mis delitos. Hacedis cordeles con vuestra piel para ceñirlos a mi cuello, pero mi cabeza sólo caerá tronchada ante el cuchillo de mi maldad. ¿No desmayáis de cansancio cuando correis a la busca de mi muerte? Pues la vereis vosotros como un trueno, porque entre vosotros se hizo y de vosotros fué formada y a vosotros se os dará desmesuradamente. Y maldecireis vuestra participación en mi condena, el gesto de vuestra necia arrogancia y el momento en que os ensañasteis contra el delincuente, ¡oh, gentuza, gentuza podrida por vuestro propio legalismo! Pero mi vida no se retorcerá en vuestras manos, no, porque aunque no tengo alas para escapar con ellas de vosotros, tengo el coraje de mi perversión para acabar mi carrera en mis manos. Porque yo me hice en mis manos, como dios de mi enorme vida. Y yo acabaré a solas con la misma impostura en que por mi fui formado. (No han dejado de oirse, abajo, extraños, los gritos. La noche fué cayendo dulcemente). La casa. Mi casa. Estoy en el nido de vuestras miserias. Aquí me hice hombre: hombre. En las sombras de la pobreza encontré otro sitio para mis sombras. En el balcón que absorbe los anuncios de mi muerte aprendí a contemplar el horroroso perfil de vuestras vidas... Y ahí están simbolizadas. Trapos, trapos. Trapos lavados y relavados, cosidos y recosidos, doblemente trapos. Trapos de inmundicia para vuestras inmundicias. Trapos sin calor para el frío de nuestra alma. Trapos que desnudan. Trapos que traicionan nuestro falso pudor. Mi casa. Esta es casa de ángeles maniatados. Esta es la casa de un ángel sometido a una horrible esclavitud. Mis pasiones han hecho de mí lo que soy. ¿Y quién soy yo? ¿Un asesino? ¿Un ladrón? ¿Un degenerado sin derrotero? ¿Qué más da! Lo uno me hizo ser lo otro, y no aumentó la perversión mi espantosa soledad. Y, decidme, decidme vosotros, los que buscáis mi vida para pisotearla, ¿no estais en algún modo sujetos a los cepos de mis pasiones? ¿No os sentís subyugados por un recóndito e imperioso deseo de moveros en lo culto? ¿No os injurian las voces de vuestras podridas conciencias? ¿La carcajada del ridículo, de vuestra íntima burla, de vuestro insondable pavor, no se abre ante vosotros, enemigos que deseais la brevedad de mis días para tratar de satisfacer en vano vuestra insaciable sed de justicia? ¿Os sentireis más ligeros con mi muerte entre vuestros dedos crispados? Pues no, no os dejaré en la suavidad de vuestra falsa justificación, sino que me aniquilaré, con el peso de mi castigo, para extinguir vuestras posibilidades de paz. Y si mio fuese el cielo, en piedra lo convertiría y en pedruscos lo desharía para descargar mi odio infinito sobre vosotros... (Entran agitadísimas, La Madre y Rosario).

## ESCENA VII

## ANGEL, LA MADRE Y ROSARIO

**LA MADRE.** — Hijo de mi pecado. Pecado de haber amado a espaldas del amor. Estrella derrotada de mi vida. Sombra sin frescura. Mi hijo.

**ANGEL.** — (Dejándose abrazar, mansamente, por la madre). ¿Por qué acaricias la carne de tu tormento? ¿Por qué esgrimes la espada de tu cariño para herirme aún más?

**ROSARIO.** — Te van a prender, Angel. ¡Ay, quién pudiera huir contigo allí donde el temor fuera un puñado de hortigas quemadas!

**ANGEL.** — Huiremos, huiremos en andas del amor. Echenos, madre, la bendición de Dios antes que la muerte tenga la plenitud de su nombre en mi existencia.

**LA MADRE.** — Eso debe hacerlo Dios mismo si es que acertamos con la puerta de su morada... ¿Y, vive Dios en parte alguna?

**ROSARIO.** — Angel, amor... Por la bendita memoria de tu padre, ahuyenta a la muerte con un gesto de hombría... Dile que no y guárdete en mi hueco de esperanza.

**ANGEL.** — No, Rosario... Huele. Huele bien. El aire huele a muerte, a mi muerte, con vahidos profundos de tierra sedienta. Y quiero que sepais que si he de acabar, si la justicia de los nombres pide sangre, mi sangre correrá, pero seré yo, yo, quien la haga correr saltando a chorros a mi costado.

**ROSARIO.** — Irás al infierno y tu cuerpo será sepultado entre los herejes, no.

**ANGEL.** — Saldré del infierno. Y mientras sea la tierra la que me tenga, ¿qué importa? El cielo se amparará de ella. ¡Pero quién pudiera, al borde del abismo, dar el paso definitivo con el alma impregnada de ternura!

**ROSARIO.** — ¿Qué me queda en mis manos que darte? Si no eres tú quien la crees cómo podré tener para ti la sonrisa imperecedera?

**LA MADRE.** — ¿Habré de deciroslo yo? Andad, antes de que venga esa gentuza, entrad y reposad a solas, mis hijos, en el lecho que mantuvo tantos años el cuerpo de mis desventuras. Es vuestro.

**ROSARIO.** — Madre.

**LA MADRE.** — ¿Qué le hace a la cadena un eslabón de más o de menos? ¿Qué le importa al tallo de la rosa una nueva espina? ¿Qué dirá la eternidad con un día de más si en la eternidad de nuestros actos no hay medida? Si el pecado tomó las riendas de nuestros caballos de pasión, ¿por qué tratar de frenar caballos desbocados?

**ANGEL.** — (Cogiendo a Rosario del talle van juntos, dulce, líricamente, hacia la alcoba). El campo lo supo todo — bajo las sombras del cielo: — que tú y yo nos desposamos — entre las manos del viento. — Nos vimos los dos prendidos con un alfiler, por dentro, de sangre y amor quebrado — por tu boca y por aliento. — Y eras tú, niña, en mis brazos — un jazmin todo de negro; — una lucecita amarga, — un suspiro en el desierto. — ¿Te acuerdas de

aquella ropa — que vestimos en silencio? — Tú eras mi dueña, y yo tuyo, — y los dos nos vimos presos — en las cárceles del alma — que son prisiones de dentro. — Víctima tú de mi pena — quejido de mi silencio, — déjate querer, hallada — por mis amores, de nuevo, — y yo te daré, Rosario, mi corazón con un beso. (Entran en la alcoba. Más vigorosos se oyen gritos en la calle).

**VOCES.** — ¡En la casa! ¡Está en su casa! Con su madre y con su novia. Mil duros a quien lo entregue vivo o muerto. ¡A él, al delincuente!

**LA MADRE.** — Hijo, ahí están para prenderte, pero aquí estoy yo para salvarte. ¿Cuál será el sentir de Dios si Dios mira desde el cielo? ¿Será él como una madre partida y doblegada a la realidad del error de nuestros hijos? Dios, Dios... Yo no te desafío; pero si a tus oídos alcanzan mis voces de madre aterrada, si estás oyendo la desmesurada pulsación de mi voz, que es lamento de mi alma, ¿querrás Tú abrir una puertecita a mi pobre Angel? ¿Querrás Tú darle un refugio?... Silencio. Sólo me responde el silencio... ¿Cuál es tu modo de hablar, Señor de la Vida? ¿Dónde puede oírse tu voz? Yo quiero hacerme nuevos oídos para entenderte en cada una de todas estas desventuras. Háblame si es que estás callado o permíteme entenderte si nunca has dejado de hablar, por este amor que Tú has tallado en mi corazón de madre, te lo suplico... (La vecina entra, enajenada, como un fantasma).

#### ESCENA VIII

##### LA MADRE Y LA VECINA

**VECINA.** — La tórtola, en el aire, es feliz volando sola.

**LA MADRE.** — ¡Ay, vecina! ¿Qué han hecho de su Jacinto?

**VECINA.** — Me lo han cortado, señora, — a raíz, y, sobre el monte, — lo han dejado desangrando — con la estrella de su norte... — Yo ya no tengo un Jacinto — que huele como los hombres — nacido de estas entrañas — que me han abierto de golpe. — Yo ya no tengo qué hacer — en esta tierra salobre — donde la hierba se seca — cuando nace... Ya es de noche — para mis ojos con álbis, — de tanto decir su nombre.

**LA MADRE.** — ¿Y habremos de sucumbir al destino como los escarabajos bajo las pisadas de los asnos? Te han asesinado, vecina. Te han quitado lo mejor de tu vida. Y aún te quedas adormecida, sin arañar con tus garras el rostro de tu presente. Rasga tus vestidos. Rasga tus carnes. Rasga el monte de tu vientre. Rómpele como se rompe la tormenta descargando sus rayos de enojo. Vecina, que el sacrificio cruento de un hijo basta para sumir la existencia en tinieblas...

**VECINA.** — Murió en su pecado. ¿No es por eso por lo que clama la justicia? Y si la justicia se apacigua lamiendo la sangre de mi negra ovejuela, ¿qué he de hacer sino negarme a

la vida con todo el impulso que ella misma me da? ¿Quiere usted que me vuelva golondrina? ¿O acaso desea usted que vaya por los terrados publicando que la sangre que se bebe el monte es la sangre de mi hijo?

**LA MADRE.** — Somos un poco más que nada para poder aumentar nuestra triste pequeñez, pero, con ello, ser madre supone tener un cuchillo clavado en la inmensidad de tal insignificancia. Y yo me revelo, yo me alzo contra todo y contra todos. Yo le digo que no al destino y lo que esté escrito lo tacharé con mis manos llenas de sangre... ¿Sabe usted? Mi hijo no se dejará tocar por las zarpas de la ley.

**VECINA.** — ¿Y si al escapar de esa ley, cae en otra?...

**LA MADRE.** — Entonces, que tome la postura que, como hijo mío le corresponde...

**VECINA.** — Mi hijo ya duerme en el monte y un caracol de ternuras infinitas pasea por el albo horizonte de su frente...

**LA MADRE.** — Mis pies no se detendrían hasta hallarlo en mis propios brazos.

**VECINA.** — Pero ese monte está entre muchos otros montes y nadie sabría decirme cuál es. No en todos se clavan cruces. Nadie conoce ese monte porque todos están cegados por una falsa, por una odiosa inccencia.

**LA MADRE.** — Desmenuzaría yo las montañas por dar con la tierra que se bebe lo que pertenece a mi rey.

**VECINA.** — La gente te detendría abajo, en la calle miserable de tu vida y te gritaría: «¡Está loca! Aún quiere arrancarle a la tierra lo que la tierra le exigió como precio de impiedad, loca, loca loca!» (Sale).

#### ESCENA IX

##### LA MADRE Y ANGEL

**LA MADRE.** — Hijo, hijo. Ven a los brazos de tu madre. La justicia pregunta por tí y yo quiero devolverte a la eternidad. Nadie destruirá el nardo donde puse lo mejor de la savia de mi vida. Ni tú mismo, corazón mío, correrás con la suerte de disponer de lo tuyo. Si no puedo ganarte el cielo, te evitaré por lo menos la eternidad del infierno. Ven, hijo, ven. Que vienen los hombres justos.

**ANGEL.** — (Saliendo de la alcoba). Que venga el justo a decirme — cómo blanquea la nieve, — cómo se envuelve la luna — en el pañuelo de siempre, — cómo palpita el rocío — en la hierba limpia y verde, — y dónde está la pureza — de mi azucena de muerte. — Que venga en la luz dormida — el tirano, con sus huestes — a acusarme de ser causa — de hacerle sombra al oriente.

**LA MADRE.** — Escapa. Que están a la puerta.

**ANGEL.** — La salida está en mi mano. Mírala (Muestra una navaja ensangrentada). Aquí tengo, sin cauces, la vida que quise hacer mía en un pacto de amor perdurable.

**LA MADRE.** — Mis ojos no ven más que un



crepúsculo espantoso, Angel. ¿Qué has vuelto a hacer con tus manos perversas? ¿Fué así como te parió la virtud sempiterna de mi vientre? ¡Asesino de mi vida! ¿Dormiste a tu pobre novia, a tu mujer, con un abrazo de muerte?

**ANGEL.** — Dormitaba a mi vera con dolor de despertar.

**LA MADRE.** — Y has cortado el tallo de su esperanza con la navaja de tus villanías.

**ANGEL.** — Es la navaja de nuestros antepasados.

**LA MADRE.** — ¡Oh, maldición, maldición! ¡Oh, cielo sin razón de cielo y amor sin razón para comprender! ¡Oh, ternura que me devora y furia que me entenece...! ¡Oh, poder de vivir la agonía de mi locura! ¡Oh, sangre! ¡Ay, hijo! ¿Y qué vas a hacer ahora?

**ANGEL.** — Preguntarte, madre si tú crees que hay perdón para tí.

**LA MADRE.** — Te diré que sí. ¿Y luego?

**ANGEL.** — Correrás, con Rosario, sus mismos caminos de sombras.

**LA MADRE.** — Insensato. Corazón mío.

**ANGEL.** — Madre.

**LA MADRE.** — Hay una rosa en el valle. Que no sea quimera, Dios. Cayó la noche... ¿Quién prepara la cena de los niños que jugaron a las esquinas y a la rueda? El aire muerde mi entraña con olor de madreselvas. Anda, Angel, dame la navaja cuya hoja debiera mil veces haber herido el corazón de quien la arrancó de las piedras de las minas.

**ANGEL.** — No: ¡antes atravesaré con un impulso de amor desesperado tu querido corazón...!

**LA MADRE.** — ¿Dónde concluirás tu carrera?

**ANGEL.** — ¡No temas a tu muerte! ¡Y aún menos cuando la muerte viene con la mano de tu hijo!

**LA MADRE.** — ¡No temo a mi muerte! ¡Temo a la tuya! ¿No sabes que si me hieres con tu navaja no me hieres tanto como me has herido con tu vida? ¿No ves que me quieres quitar toda posibilidad de ayudarte?

**ANGEL.** — ¿Qué puedes hacer ya que me libre de mi mismo? ¿Qué puedes evitar en el desenlace de mis villanías si en vano tu amor pudo impedir mi caída en la impiedad? ¿Por qué no pagué la culpa antes de haber nacido?

**LA MADRE.** — ¡Déjame mecerte en mis brazos! ¡Déjame quererte un poco más! ¡Déjame cantarte la copla del ruiseñor de oro! Deja que bese tus párpados y que pueda quedarme arrobada en tu sonrisa de niño...

**ANGEL.** — ¡Ay, madre, calla! No me ofrezcas lo que más me incita a verte acabar junto a mí... ¡Ahora, en tu cariño puedo percibir, para tortura de mi alma, el terrible sufrimiento que te devora! Por eso quiero ser yo, madre, quien te ayude a escapar por esta puerta, ¿sabes?, por esta puerta... (Levanta el brazo blandiendo la navaja ensangrentada).

**LA MADRE.** — ¡Hijo mío!, por amor a ti mismo y por mí: ¡detente!

**ANGEL.** — (Con el brazo libre sostiene a su madre quien se mantiene con dulzura inaudita a su lado, y al sentir el tierno contacto de ella, deja caer el brazo derecho, con la navaja mientras inclina su cabeza sobre la de la mujer. Sin esfuerzo, se deja quitar la navaja. Llamaman brutalmente a la puerta. En un arrebato de desesperación se precipita al balcón y, con actitud de arrojarle a la calle, levanta su cabeza al cielo). ¡Eh, cielo de los cielos: lugares invisibles que sois morada de Dios! ¡Abrios si os podéis abrir, porque habla un hombre! ¡No, un hombre no, un asesino! Y tú, Espíritu Eterno, seas lo que seas, oye lo que te dice este villano: Si eres magnífico en piedad y en misericordia ten de todo ello un poco para mí! Mi villanía es más poderosa que yo mismo, pero no puede serlo más que Tú. ¡Dilo, dime, si tales palabras corresponden con tu rango y tu sentir, que hoy me tendrás contigo en aquel lugar que la gente llama el paraíso!

**LA MADRE.** — (En el colmo de la desesperación, sin comprender al hijo, corre decididamente hacia él y enloquecida por su propia acción, hiende la navaja en su espalda, impidiendo que Angel caiga a la calle). — Me toca a mí librarte del mismo infierno por el pecado de disponer de tu vida! ¡Y a mí me toca impedir ver pisoteado tu orgullo! ¡Cuando Dios está lejos, quien manda en la vida de un hijo es su madre!

**ANGEL.** — (Agonizando en los brazos de la madre, cerca del balcón). Pero ya no era necesario, madre... En mi corazón de impío acababa de oír una clara respuesta... Pero está bien, ¡has hecho bien! mi pobre vieja. Me gusta verte a mi lado ahora que se me va la vida en sangre, como lo estabas cuando la vida me venía a chorros de tus senos... ¡Madre, madre: ¿sabes que el cielo está ahí, al lado, muy cerquita...? (Muere.)

**LA MADRE.** — (Lírica, liberada.) ¡Ay, cielo que sólo está — siempre pendiente del alma, en el cuendo de mi mano, en un lugar de mi entraña! — ¡Cielo blanco que esconde — entre un celaje de ramas! — ¡En un vuelo de ilusiones, — o en un perfume de albahaca! — Tal cielo es un duendecillo — que muerde toda esperanza — y pregunta al cielo mismo — quién lo habrá en el agua... (Permanece, postrada, con el hijo en sus brazos. La puerta de la calle se abre y entran gentes que permanecen en una absoluta penumbra, como sombras). ¡Tiradme piedras por dentro! — ¡Mordedme esta carne vieja! ¡Abridme más las entrañas — con la denuncia certera! ¡Justicia de hierro tierno, — ley de polvo, ley de arena — ensáñate con la muerte — que me corre por las venas! — El hijo de mis caricias — viene a ser flor, en la ausencia, — porque yo, que lo he parido, — vuelvo a entregarlo a la tierra...

**VOCES.** — ¡Hiena! ¡Maldita! ¡Bruja de mil demonios! ¡Suelta la navaja! ¡Entregate a la justicia!

**LA MADRE.** — ¡Estoy en las manos de mi

propia perdición! ¿Qué más podréis hacer sobre mi cuerpo que anhela volverse polvo? ¡Ahí tenéis la navaja que haga vertir mi sangre donde corre ya sin fuerza la sangre de mi pobre impío! ¡Herid con fuerza, que os espero con una sonrisa de imponente gratitud! Y debéis saber que estoy contenta, contenta, porque mi crimen y mi dolor retumbarán en vuestras conciencias mientras os mantengáis en los patinillos hediondos de vuestras vidas! Me alegra saber que una espina, amarga, ponzoñosa, quedará prendida en las carnes pringosas de vuestros propios delitos... Y he burlado vuestra justicia con el poderío de mi mano, despojándome yo sola de lo que a mí me pertenecía... A mi Ángel no lo pudisteis cazar en el monte, como a un conejo; ni lo tendréis ya, para sacrificarlo, en el garrote vil o en el altar de vuestras disposiciones. ¡Lo sacaréis de aquí como a un caballero, en vuestros hombros, e inclinareis vuestras cabezas ante la quietud dulcísima de su gesto definitivo!

**UNA VOZ DE ANCIANA.** — ¡La vida es de Dios, maldita!

**LA MADRE.** — La de mi hijo era mía... ¡Y cuando Dios está ausente...!

#### ESCENA X

LA MADRE, EL SACERDOTE, GENTES

**SACERDOTE.** — (Adelantándose de entre las sombras, se hace cruces). ¡Dios no se ausentó jamás...! ¡Insensata! ¡Y tu hijo irá al Infierno!

**LA MADRE.** — ¡Si Dios no se ausentó, El dispondrá lo que sea! ¡El dará la última orden! ¿Pueden nuestras opiniones y vuestras creencias cambiar sus designios? ¡Si Dios está cerca, que mire y vea lo que hay en nuestras manos, en las mías y en las vuestras! ¡Muerte! ¡Muerte! ¡Y la muerte, ¿cabe acaso en su mirada? ¡No! ¡Mi hijo no irá al infierno! ¡Ya lo estaba en las garras de sus delitos! ¿no lo visteis retorcerse en la quemazón de sus pecados? ¿No

sentisteis sus propias quemaduras cuando lo acusabais y lo perseguiais para lograr su completa perdición? ¡Ahora mi hijo está libre, libre, con alas nuevas de gloria! ¡Dios se las ha debido dar si es que está cumplida su justicia!

**UNA VOZ DE ANCIANA.** — ¡Estás loca, el dolor te enloquece! ¡Haced callar esa boca!

**LA MADRE.** — ¡Esta boca no callará ya nunca! ¡Porque si no la oís más desde este balcón gritándoos cada día, la tendréis clavada en el centro de vuestras conciencias...! ¡La oiréis al rayar la aurora, mezclada con el canto de los gallos; a medio día con el machacar de vuestros almireces; de tarde, cuando las campanas anuncien el ángelus y en medio de la madrugada, cuando os ladren, con luna, los perros de los cortijos... Me complazco en mi venganza a la par que el dolor taladra mi ser de arriba abajo, de derecha a izquierda, porque en mis manos he muerto con lo mejor de mi existencia: mi hijo: (Canta, con inmensa ternura.) Duérmete ya, mi vida, duerme — que a tu lado está tu madre, — velando tu sueño limpio — de nardo tierno y fragante. — Duérmete con alegría — de pájaro entre el follaje — de una existencia florida... — ¡Duerme en la luz de mi sangre! — Y cuidaré que tu noche — te prenda, como a un diamante — en una corona eterna — para tu cabeza de ángel. — La tarde cayó y ya, nunca — volverá a caer tu tarde — con los niños que te han visto — volar al fin, por el aire... — La plaza ya está desierta, — y vacías, en las calles, — se preguntan las esquinas — si habrán gentes que las guarden. — Duérmete por vez postrera, — entre mis brazos de alambre, — sin ojos que te persigan, — sin dedos que te señalen, — sin fusiles que te apunten, — ni gentuza que te ladre. — Porque quien cuida tu sueño — con manos de amor radiante, — es una rosa sin sombras — que ha prendido ya en tu madre. — (Inclina su cabeza para dejarla, muy dulcemente, sobre la inmóvil cabeza del hijo.)

FIN



VERSIONES

por DENIS

# EL LADRON

**E**RASE un ladrón escrupuloso, escrupuloso por escrupuloso ladrón.

Nadie habría dicho que era un ladrón. Lo mismo para la comadre de la esquina que para el ministro encargado de que no haya ladrones, un ladrón es hombre ineducado, malcarado, sin principios. No se asusta a los niños, desde la infancia de la humanidad, diciéndoles que viene el ladrón — a veces se les dice que viene el coco, pero ellos saben que coco quiere decir ladrón —, sino por esa idea común a las comadres y a los ministros. Y a no importa quién.

Ni comadres, ni ministros, ni no importa quién habría tomado por ladrón al ladrón de esta historia. Hombre cortés, como pocos, simpático, y si no de principios con maneras que los sustituían, acaso con ventaja.

Su trato — cuantos lo trataban daban fe de ello — era agradable, extremadamente agradable. Generoso — en algo se había de parecer a los ladrones que han logrado fama —, siempre tenía su bolsillo abierto para una necesidad conocida: de amigo o de extraño. Bastaba que de ella se le hablara para que se apresurase a remediarla.

No le había hecho el peligro, si es que peligro había en el ejercicio de su profesión — llamaba a su trabajo profesión —, egoísta, Como no juzgaba de los demás lo que los demás poseían, tampoco juzgaba suyo lo por él poseído. Ladrón ejemplar, si no fuera excesivo unir esas dos palabras.

No era corredor de mujeres, otra cualidad que le distinguía de los ladrones tal como los ladrones son para las comadres, para los ministros y para no importa quién. Hacía una vida discreta, parecida a la de mil gentes discretas. Se levantaba a mediodía, como un rentista — un rentista se creía que era —, pasaba la tarde en el café, con los amigos, iba al teatro — nunca al cine: le daban náuseas los ladrones de cine, tan finos (no había en él prenda de más precio que la fineza) — y después, a altas horas de la noche, o a pri-

meras horas de la madrugada, cuando todos, o casi todos los habitantes de la ciudad estaban entregados al sueño, dedicaba unos momentos, sólo unos momentos a su trabajo.

Le bastaban esos momentos de esfuerzo para vivir como vivía: desahogadamente. Y para tener a disposición de otros, menos afortunados, ayuda nunca regateada. Alguna vez seguida de consejo amistoso, sin otro fin que el de ayudarles también a vencer las dificultades. Daba el consejo después de la ayuda: nunca antes. Era fino, y delicado, aunque ladrón. Y jamás aconsejaban le imitaran: no era vanidoso.

Por fino y delicado, era ladrón. No había recurrido a este medio extremo de ganarse la vida si no tras haber ejercido múltiples profesiones. Sus escrúpulos, en todas, le llevaron a abandonarlas. Acabó por hacer lo que en todas tenía que hacer, y sólo así tranquilizó su conciencia. Nada aborrecía tanto como la hipocresía. Descubrir el modo de hacer francamente, y con riesgo, aquello que antes tenía que hacer hipócritamente, y sin riesgo, le salvó del menosprecio para sí mismo. A pocos juzgaba capaces de seguir camino tan recto (el lenguaje es difícil). Ni les hablaba de él. Aconsejar se haga lo que hacemos es de una inmodestia ofensiva.

Para las tareas poco delicadas de su profesión — en todas las profesiones hay tareas poco delicadas: lo sabía por experiencia — tenía un ayudante. Siempre lo había tenido en sus otras profesiones. Ladrón, como él, tampoco parecía ladrón. Seguía las indicaciones de su patrono — que no era patrono, que era asociado: compartían enteramente los beneficios — como un obrero sigue las de su contramaestre, más patrón de él, sin serlo, que el ladrón de su ayudante.

Esperaba éste al ladrón, con los útiles propios para su trabajo, en la puerta del teatro. El ladrón durante el día, había trazado el plan, sin ponerse a trazarlo: mientras charlaba con sus amigos en el café, o en tanto que tal o cual actor gritaba en la escena el furor de alguna pasión. No había otro teatro para él que el grande: nada de frivolidades. La vida es cosa seria, no cómica. No hay risa que valga ante ella, salvo la del humorismo, que no es cómica, que se eleva a las cumbres más altas de lo trágico, que está a tono con la seriedad de la vida.

Embebido en la pasión que había llevado a las tablas cualquiera de sus autores preferidos, percibía, sin proponérselo, indudablemente por hábito profesional, una dama que podía lucir menos joyas de las que lucía, o un ricacho a quien nada podía importar encontrarse al día siguiente con unos cuantos billetes menos. Y ya estaba trazado el plan. Terminada la representación del drama, se dirigía, con su ayudante, al domicilio de





la dama o del ricacho. Conocía esos domicilios, como los de quienquiera a quien sobraba algo. No había tenido otro quehacer, durante los primeros tiempos de su nueva profesión, que el de adquirir ese conocimiento. Y al día siguiente, la dama echaba de menos las joyas que podía prescindir de lucir, o el ricacho tal o cual cantidad que llevaba consigo o que había depositado en un mueble de su despacho. En este caso, la duda de haberla perdido no era admisible: el mueble, por los cuidados del ayudante del ladrón, no era ya el mismo mueble.

Acudió el ladrón una noche al estreno de un drama de autor contemporáneo. No esperaba gran sorpresa en las tablas. Fue, más que al estreno, a la busca de caza. Llevaba una semana sin trabajar — podía permitirse frecuentemente tales descansos — y en los últimos días había tenido que acudir en socorro de no pocas gentes. Avisó antes a su ayudante, para que le esperara como de costumbre, y una vez sentado en su butaca paseó la mirada en torno para ver a quién podría visitar horas más tarde. No perdió mucho tiempo en la elección. La tenía ya hecha cuando se levantó la cortina.

Contra lo que esperaba, le sorprendió el suceso llevado a la escena. El protagonista era un ladrón, no como él, pero sobre el cual el autor volcaba todas sus simpatías. Reacción frecuente, aunque no frecuentemente observada: se elogia aquello que no se es, o que no se cree ser.

Era el dramaturgo muy rico. Abandonó el ladrón la caza ya elegida, y pensó rendir al hombre que con tanta simpatía se inclinaba sobre un ladrón. Acaso escribiría, por el hecho, otro drama en que el ladrón saliera malparado. Sonrió ya, imaginando el drama todavía no escrito. Sonrió, a poco, nuevamente, imaginando que el dramaturgo le sorprendía. Escena no cómica: humorística. Como a él le gustaban. Con toda la seriedad de la vida.

Fué real lo imaginado. El mueble donde, sin duda, el dramaturgo guardaba el dinero, se resistía. El ayudante del ladrón, poco acostumbrado a resistencia pareja, se lanzó sobre él, como sobre un enemigo, dispuesto a vencerle. Gritó el mueble, al ser violado, como una moza de otro tiempo en igual trance. Y el grito del mueble hizo aparecer, no se sabía por dónde venido, al dramaturgo.

— ¡Hombre, hombre! — exclamó.

— Excuse usted que le hayamos despertado — dijo el ladrón.

— Excusados, excusados — se apresuró a decir el dramaturgo, un poco temeroso ante dos hombres capaces de quién sabe qué.

— ¡Tiene usted unos muebles tan antiguos! — dijo dulcemente el ladrón —. ¡Buen gusto, buen gusto! No lo habría sospechado. ¡Es tan difícil no dejarse arrastrar por lo moderno!

El dramaturgo miraba al ladrón con asombro que crecía, que se desbordaba.

Balbuocé, por fin:

— Yo tampoco habría sospechado encontrar un ladrón como usted. Me pide excusas por haberme despertado, no por lo que aquí le ha traído.

— No se piden excusas de ejercer la profesión que se tiene.

— ¡Profesión, profesión; ¿Llama usted profesión a...?

— A mi profesión. He llegado a ella tras haber ejercido otras semejantes.

— ¿Semejantes?

— Sí, semejantes. No se trata, en todas sino de traer a nuestro bolsillo el dinero que está en otros bolsillos. Se hace eso por mil procedimientos, nunca limpios. Y, además de no limpios, hipócritas. Por horror a la hipocresía, he acabado en ladrón.

— ¿Por horror a la hipocresía?

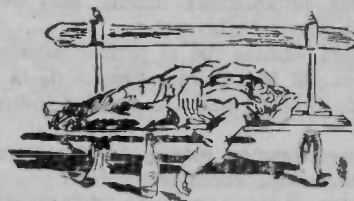
— Sí, por horror a la hipocresía. Soy abogado. Lo fui poco tiempo. No está en mi carácter enredar siempre a las gentes. Monté, al dejar de ser abogado, un negocio.

— No diga usted nada más.

— No es preciso, no, decir nada más. Intenté después muchos otros modos de ganarme la vida. Constantemente llegaba al mismo resultado. Si quería salir adelante, tenía que hacer mío el dinero en poder de otros. Pero con astucia. Mintiendo. En una palabra, hipócritamente. No pude más. Tenía que salvarme del desprecio que nacía en mí para mí mismo.

— Y...

— Y por fin hago, con franqueza, lo que siempre hice con engaño.

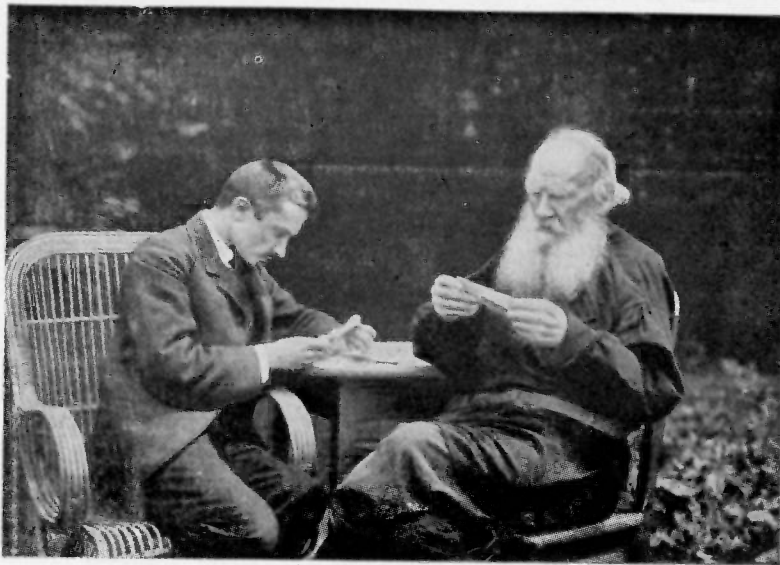


# MICROCULTURA



1015. — Se llama satélite a los cuerpos celestes opacos que solamente brillan por la luz que reciben y reflejan del sol y que giran alrededor de los planetas.
1016. — La ciudad de Venecia está edificada sobre tres islas del Adriático y separada del mar por una larga faja de tierra llamada el Lido.
1017. — Muchos ríos, como el Guadiana en España, presentan la particularidad de perderse en un sitio cualquiera de su curso.
1018. — El nombre de Groenlandia o «país verde» le fue dado por Enrico el Rojo, su primer colonizador (1007).
1019. — La Tierra tiene un satélite, la Luna; Marte dos, Júpiter nueve, Saturno diez, Urano cuatro y Neptuno uno.
1020. — En 1903 falleció Gaspar Núñez de Arce, poeta español, autor de «Gritos de Combate», «El vértigo», «La pesca», etc., verdaderos joyeles de la literatura castellana.
1021. — Medusa, según la mitología (historia de los dioses paganos) era una de las tres Gorgonas, hermanas que tenían una cara horrible y una cabellera de serpientes.
1022. — Murió en 1899 el orador español Emilio Castelar, quien conquistó su popularidad la primera vez que habló en público (1854).
1023. — El platino, que los conquistadores españoles llamaron «oro blanco» fue descubierto por los indígenas de América del Sur.
1024. — Juan Jacobo Rousseau nacido en Ginebra, autor de «Julio o la Nueva Eloisa», «Emilio», «El contrato social», «Confesiones», etc., fue uno de los precursores de la revolución francesa (murió en 1778).
1025. — La boca es la puerta de entrada de gérmenes infecciosos que ocasionan trastornos en todo el organismo.
1026. — El diplodoco, animal antediluviano, forma parte del grupo de los dinosaurios, reptiles que vivían en la tierra en épocas remotísimas (media más de diecisiete metros de largo y era herbívoro).
1027. — Enrique Montes fue el primer español que viajó por las tierras del Plata, pues desertó de la expedición de Juan Díaz de Solís; respetado por los indios vivió numerosos años.
1028. — La investigación médica ha demostrado que la glándula tiroides actúa como termostato.
1029. — En 1910 el suizo Gockel subió en globo a cuatro mil quinientos metros de altura.
1030. — Francisco Chambrelent fue un gran amante de los árboles en Francia, ayudó a la forestación de las Landas.
1031. — Existen ya ascensores electrónicos que trabajan sin ascensorista y son mucho más seguros, rápidos y eficientes que los manejados por el hombre.
1032. — El 10 de enero de 1920 empezó a actuar la Sociedad de Naciones en Ginebra.
1033. — En 1934 fue decapitado en Alemania el comunista holandés Marino van der Lubbe, a quien se acusó de haber sido el autor del incendio que destruyó el edificio del Reichstag, En Berlin.
1034. — Un «enante» es una hierba de la familia de las umbelíferas.
1035. — En enero de 1939 cayó Barcelona en poder de una soldadesca asesina, iniciándose así el epílogo de la segunda república española.
1036. — El 2 de enero de 1937 desapareció en el Pacífico la aviadora Amelia Earhart.
1037. — A principios de 1957 murió la eximia poetisa chilena Gabriela Mistral, la que escogió su seudónimo (su verdadero nombre era Lucila Godoy Alcayala) por admiración al poeta francés Federico Mistral.
1038. — Según H. G. Wells, 6 000 años antes de Jesucristo existían ya comunidades civilizadas en el valle del Nilo.
1039. — La floricina es un glucósido amargo, extraído de la corteza del manzano y del peral.
1040. — La «geoponía» es sinónimo de agricultura.
1041. — Bayle en 1684 describió la afinidad química.
1042. — Se entiende por «harbar» hacer una cosa de prisa y atropelladamente.
1043. — El 29 de septiembre de 1864 nació el escritor español Miguel de Unamuno.
1044. — Un gabejo es un haz pequeño de paja o leña.
1045. — En 1876 nació el famoso escritor norteamericano Juan G. London, universalmente conocido por su seudónimo de Jack London.
1046. — El 10 de enero de 1941, Rusia (Stalin) y Alemania (Hitler) firmaron un pacto de amistad, estando el mundo en plenas hostilidades.
1047. — El «sen» es un arbusto del Levante, de la familia de las leguminosas.
1048. — El 12 de enero de 1945 la soldadesca nazi retrocedió cincuenta kms. en Bélgica, iniciándose así el principio del fin para la aventura sangrienta del «nacional-socialismo».
1049. — El 12 de febrero de 1541 el español Pedro de Valdivia fundó la ciudad de Santiago, hoy capital de la República de Chile.
1050. — La «dendografía» trata de los árboles.
1051. — Los plásticos están siendo mejorados al incorporarles grasas animales modificadas químicamente.
1052. — La «olomina» es un pececillo no comestible, muy abundante en ríos y arroyos de Costa Rica.
1053. — Algunas aplicaciones del ácido fosfórico comprenden fertilizantes, detergentes sintéticos, suplementos alimenticios para animales, alimentos y bebidas, limpiadoras de metales, etc.
1054. — La ópera «La Samaritana» fue compuesta por Ignacio Javier de Seyfried, compositor austriaco.
1055. — El análisis de laboratorio del contenido de sodio de los plátanos mostró que esta fruta se adapta bien a la dieta pobre en sodio requerida por pacientes con enfermedades cardíacas, congestivas y cirrosis.
1056. — Se entiende por «peaje», derecho de tránsito.

## CRITICA DE AYER Y DE HOY



«He estado hoy en tres exposiciones: la de los simbolistas, la de los impresionistas y la de los llamados neoimpresionistas; he mirado todos los cuadros con mucho cuidado y concienzudamente, pero todos me han producido igual estupor. La más comprensible de las tres exposiciones me pareció la de los impresionistas. Sin embargo, allí vi obras de cierto Camilo Pizarro, cuyo dibujo era tan indeterminado, que no había modo de saber hacia qué lado estaban vueltas una cabeza o una mano. Los asuntos eran, generalmente, « efectos »: «Efecto de niebla, Efecto de tarde, Sol poniente». En el color dominaban el azul y el verde intensos. Cada cuadro tenía su color especial del que estaba, por decirlo así, inundado. En la «Niña que guarda ocas», el color especial era el verdin, y por todas partes había manchas de ese color: en el rostro, en el pelo, en las manos, en los vestidos. En la misma galería había otros cuadros de Puvis, de Chavannes, de Manet, Monet, Renoir, Sisley, Redón, todos impresionistas. Uno de ellos había pintado una cara toda azul. He visto también una acuarela de Pizarro hecha con manchitas de todos los colores. Es imposible distinguir el color general ni acercándose ni alejándose del cuadro.

Después vi a los simbolistas. Traté primeramente de examinar sus obras sin pedir explicaciones, deseando comprender por mí mismo lo que significaban. Pero son obras incomprensibles. Una de las primeras cosas que atrajeron mis miradas, fue un alto relieve en madera ejecutado con torpeza increíble y que representaba a una mujer desnuda que hace brotar con sus manos torrentes de sangre de su seno. Corre la sangre y se convierte poco a poco en un líquido de color violáceo. Los cabellos bajan primero, luego vuelven a subir y se convierten en un árbol. La cara es toda amarilla, menos los cabellos que son negros.»

LEON TOLSTOI



# Bajo el signo de ESTUDIO Y RECREO

CÉNIT ofrece a sus lectores las obras siguientes :

## EN CASTELLANO:

«El origen del hombre», Darwin .....	1 20
«Hombres y dioses», Saint-Victor .....	3 00
«José Mazzini», Bolton King .....	5 00
«La campana de Nagasaki», Dr. P. Takashi ..	3 30
«La cantera», T. Yáñez .....	2 00
«La CNT en la revolución española t. I y III. J. Peirats (el tomo) .....	9 00
«La cosecha del dragón», U. Sinclair .....	3 40
«La chica de Agen», E. Roberts .....	4 20
«La edad del hombre», J. M. Sarobe .....	4 00
«La mujer en el mundo antiguo», R. Signorelli	4 00
«Languidez», Alfonsina Storni, .....	2 59
«La patria», Emile Faguet .....	1 75
«La reconstrucción de Europa», P. Lenoir .....	3 25
«Los dientes del dragón», U. Sinclair .....	10 50
«Los fundamentos de la ciencia económica mo- derna», Viterbo .....	5 00
«Los fundamentos de las neurosis de la infancia», F. Hamburguer .....	7 00
«Los fundamentos de la Geografía económica de América», Santillán .....	7 00
«Los fundamentos del cooperativismo», F. C. Be- nedicente .....	7 00
«Los fundamentos del nuevo derecho», Cabanellas « Los principios del pensamiento correcto », C. H. Patterson .....	5 50
«Los siete pecados», (Antologías) .....	7 00
«Los titanes del epistolario amoroso» (anaconda)	6 00
«Luis Vives», A. Lange .....	5 00
«Manual de lechería», Bouret .....	4 00
«Manual del fabricante de velas de sebo» .....	1 75
«Más allá de los Montes Urales», J. Scott .....	2 00
«Mascarilla y trébol», A. Storni .....	3 50
«Método de inglés», F. T. D. .....	3 00
«Mi amiga Flicka», O'Hara .....	1 00
«Misión presidencial», U. Sinclair .....	3 40
«Novísimo arte de tocar la guitarra» (Bouret) ..	8 40
«Obras completas», Barret (3 tomos) .....	1 50
«Principios metafísicos del Derecho», Kant .....	22 00
«Progreso y evolución» .....	4 25
«Psicología de la forma», W. Kohler .....	6 00
«Psicología y educación», R. Reyes .....	7,50
«Senilia», I. Turgeniev .....	3 10
«Sinfonía de los siglos» (poesías), F. S. Figola ..	1 50
«Socialismo liberal», C. Roselli .....	2 00
«Stuart Mill», H. Taine .....	5 25
«Teatro completo», R. Facheco .....	5 00
«Trabajos», G. Navel .....	3 25
«Traición y unidad del idioma», A. Herrero .....	2 50
«Tratado de la creación», C. Lugo .....	5 00
«Tratado del Canal de Panamá», D. A. Porra .....	3 00
«Una clara llamada», U. Sinclair .....	8 40
«Un árbol crece en Bâoklin», Betti Smith .....	7 00
«Voltaire», A. Labriola .....	5 00
«Walt Whitman», Luis Franco .....	5 00

## EN FRANCES

«Anthologie de l'objection de conscience», H. Day ..	3 30
«A toutes fins inutiles», L. Champion .....	1 50
«Aux orties», H. Ryner .....	7 50
«Bahia de tous les saints», Amedo .....	3 40
«Bertra», J. C. Mathieu .....	2 40
«Bulles bleues», Maeterlinck .....	2 40
«Caractères», La Bruyère .....	2 00
«Ciel plein d'étoiles», Barbedette .....	1 40
«Contes d'un rebelle», M. Devaldès .....	1 00
«Coopératives et syndicalisme», C. Mutschler .....	1 50
«Cours d'économie politique», Gide .....	6 00
«XVIII siècle», E. Henriot .....	2 60
«Discours de la servitude volontaire», La Boétie ..	3 30
Durolle, F. Planché .....	1 50
«Entre Austerlitz et Orsay», P. V. Berthier .....	0 50
«Ethique», Spinoza .....	2 40
«Face au public», H. Ryner .....	3 00
«Faust», Goethe .....	2 50
«Feu la Liberté», Gignoux .....	1 50
«François Villon», G. Las Vergnas .....	3 50
«Grimaces humaines», Bracco .....	2 50
«Hommage à Eekhoud», H. Day .....	1 80
«J'ai mon Eliacin», H. Ryner .....	7 00
«Jeanne d'Arc», H. Ryner .....	4 50
«Jusqu'à l'âme», H. Ryner .....	4 50
«La céramique», Giacometti .....	2 80
«La cité future», Tabouriech .....	4 20
«La closerie des génets», F. Soulié .....	2 50
«La Commune de Paris», Balkanski .....	0 75
«La coopération nouvelle», Foissón .....	1 50
«La face nord», E. Freudo .....	1 50
«La grande méthamorphose», Gille .....	1 50
«La honte du siècle», Abbé Cassis .....	6 00
«La meute du Tsar», Tolstoi .....	3 00
«La mort de Han Ryner», Maurelle .....	4 00
«L'amour heureux», Déral et Dubal .....	3 00
«L'amour libre», C. Albert .....	3 60
«L'amour plural», Han Ryner .....	3 00
«La nouvelle classe dirigeante», D'Jlas .....	4 00
«La physiologie morale», Chaterton .....	3 40
«La question sociale», Deschanel .....	2 50
«La tétralogie», Wagner .....	2 50
«La tour des peuples», H. Ryner .....	4 50
«L'autre monde», Maeterlinck .....	1 80
«La véritable révolution sociale», Faure .....	2 50
«La vie de Pizarro», Baudin .....	3 00
«La vie d'une femme», Bouhetier .....	3 00
«Lectures dramatiques», Kemp .....	2 00
«Le cycle éternel», Barbedette .....	1 40
«Le droit de guérir», Gastin .....	1 90

Pedidos a M. CELMA (S. L.) 4, Rue Belfort 2<sup>ème</sup> - Toulouse (H.G.)





# CENIT

— sociología —  
— ciencia — literatura



**Plácido Bravo:** Hoja por hoja.

**Alice Lardé de Venturino:** La transformación electrónica también explicaría otros fenómenos humanos de vital importancia.

**Juan Lazarte:** La guerra y sus causas.

**V. Muñoz (selección):** Poetas, filósofos, científicos opinan...

**Eugen Relgis:** Dos civilizaciones.

**R. García:** Jack London.

**R. G.:** Opresión y revolución.

**Han Ryner:** El niño lisiado.

**Denis:** El viejecillo.

Microcultura.

**Campio Carpio:** Poesía del destierro (folletón encuadernable).

# 132

DICIEMBRE - 1961

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF



4/P 5523



## Nuestra portada

Es ella la reproducción del cuadro de un gran pintor americano, Henry Peters Gray. La belleza de la figura femenina, contrasta violentamente con el aparato terrible y sombrío del águila, símbolo de violencia y de muerte.

Titúlase el cuadro «The Birth of Our Flagg» y en él Gray, uno de los grandes pintores del siglo XIX en Norteamérica, sigue las huellas de los que eran entonces maestros reconocidos de la pintura francesa y mundial.

El joven arte americano engarzaba en la mejor tradición pictórica de la época, dando a esta alegoría su valor de arte y de símbolo.

Todos los detalles de este desnudo son deliciosos de pudor y de gracia, evocando la vida, la belleza, la salud, con fuerza y sensibilidad.

El águila es otro milagro de expresión y de energía. La ferocidad de la mirada, la majestad dominadora de las alas extendidas, evocan imágenes trágicas y grandiosas. Y el fondo de nubes y de rocas, crea el clima romántico, de acuerdo con el gusto de aquellos días.

Hemos querido brindar a los lectores de CENIT esta reproducción, por estimarla digna de figurar en la colección de nuestra Revista.



### REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

*Redacción:*

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

*Colaboradores:*

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,  
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert  
Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio,  
Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman,  
J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina,  
Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán  
Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamoret,  
A. Prudhommeaux

*Precios de suscripción.* — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros : « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,  
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)



# CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XI

Toulouse, Diciembre 1961

Nº 132

## Hoja por hoja

CADA vez que algún amigo, con plausibles y aun loables propósitos, trata de enmendar la plana de algún teórico ácrata considerado como clásico, iluminando textos oscuros, aclarando teorías — señalando juicios arcaicos, transfigurados en prejuicios al adoptarlos los hombres de hoy; o, simplemente, si guiado por noble y empeñado afán, intenta señalar equívocos tácticos del anarquismo militante, indica errores históricamente considerados, presentando enmiendas y soluciones originales, a fuer de atrevidas o apriorísticas; entonces, infalible e intempestivamente surgen las jaurias de adversarios de toda laya entonando sendos hossanas. Y bajos, no vacilan en sembrar cizañas, exacerbar pasiones, despertar egocentrismos, en fin, en crear climas propicios a la discordia y al cisma.

Pues bien, pese a esta nefasta coincidencia, soy del parecer que no podemos renunciar, ni siquiera

temporalmente, al laudable y saludable ejercicio que es la crítica, tanto de lo extraño cuanto de lo propio.

Entre nosotros, y pocos podrian decir otro tanto, no caben exclusivismos ni veneraciones, pues que no hay ortodoxias que respetar ni jerarquías que temer, y sin dogmas rígidos ni patriarcas todopoderosos bien podemos permitirnos razonar y articular cuanto nos venga en gana sin incurrir en herejía ni temer el excomulgo.

Ahora bien, habida cuenta de ciertos precedentes y de la acritud empleada por ciertos críticos, la ponderación y la serenidad se imponen. No como medidas restrictivas. No se pueden excluir siquiera la vehemencia o la ironía propia de cada temperamento, pero debe condenarse el abrupto o la capciosidad de todo lenguaje. Y no por temor de dar al lobo carne de nuestras enjutas nalgas. Pero si las barbas, repito, no implican reverencias mínimas, hay canas que merecen sumo respeto.

De la luz, la claridad y la enmienda, siempre he sido partidario acérrimo. Pero en ocasiones resulta que las velas y las hachas encendidas deslumbran el autor y dejan a los demás en las tinieblas. Que las oscuridades que pretendemos aclarar suelen ser sombras que siguen lógicamente a todo cuerpo, y entonces, so pretexto de eludir las, sepultamos al cuerpo quedándonos a dos velas. En fin, y esto por supuesto, no vayamos a enmendar entuertos que se nos antojan propicios, cuando a lo sumo son efectos de retorcidos derechos ajenos.

Ejemplo, ciertos dilemas que nos proponen, sin ponerse como tales. Puesto en un brete: escoger entre lo malo y lo peor, no os extrañe que el anarquista positivista se salga por la tangente, o se suba por los cerros del Himalaya, entre perspicativo e indignado.

Cuando Nerón condenó a su maestro Séneca a la última pena, dejéle la puerta abierta de un simulado honor, mediante el suicidio. Más tarde, los cristianos y bolcheviques han perfeccionado tan honroso invite. Pues bien, en vez de la sumisión del filósofo cordobés ante dilema tan estúpido, no os extrañe que un anarquista de temple hubiese respondido al emperador en regida.

Especulando excesivamente se está cuando se cita la fórmula totalitaria del «todo o nada» como panacea atribuible al anarquismo.

La realidad es bien distinta.

Entre el tradicionalista, conservador a ultranza, que con el afán de conservarlo todo acaba por dejar escapar cuanto de valioso podía retener; y el pseudo revolucionario bolchevique que con idéntico deseo aunque parezca inverso, acaba por echarlo todo a perder, nos hallamos los anarquistas. Los que partiendo de algo positivo, que valga, queremos llegar a más y mejor, y no llegar a menos y acabar peor, como les viene sucediendo a ciertos liberaloides o socialdemócratas que, sin escrúpulos de nada se avienen a todo.

Yo no sé si habré definido algo para los demás, aunque para mí está muy claro.

Plácido BRAVO

# La transformación electrónica también explicaría

**E**L maravilloso intercambio electrónico de un cuerpo al otro, también explicaría el hecho del por qué el hombre y la mujer no pueden olvidar a las personas con las cuales tuvieron relaciones íntimas, puesto que su ser, entero quedó saturado de los elementos vitales de aquéllas, que confundidos con los propios, proseguirán «vivos», «enraizados», en parte, en sus individuales tejidos celulares orgánicos. Aunque un gran porcentaje de los mismos haya logrado salir al exterior, siempre quedará una suma de ellos mezclados entre la propia savia de su ser.

Así, el hombre, en el momento de la posesión, expelle con poderosa intensidad sus fluidos eléctrico vitales y demás sustancias orgánicas suyas. El cuerpo de la mujer, como un receptáculo asombrosamente preparado para ello, los absorbe no sólo por medio de sus órganos sexuales sino también por los ojos, la boca, fosas nasales, oídos, cabellos, etc., lo mismo que por todos sus poros al grado de que aquellos torrentes de partículas eléctricas vivientes varoniles en movimiento, penetran avasallantes dentro del organismo femenino, incorporándose de inmediato a los propios elementos que constituyen a ésta.

Dichos flúidos exhalados por el organismo entero del varón y del de la mujer que se aman intensamente o se tienen más o menos cariño, mezclanse, intercambiándose entre sí y saturando a ambos de especiales olores y energías extrañas que revélanse más adelante.

Estas manifiéstanse después de satisfechos tales desahogos corporales, por una sana tranquilidad espiritual y capacidad y entusiasmo para realizar cualquier trabajo por arduo que sea. Ya está bastante comprobado de que cuando por una u otra causa no se pueden desahogar, mediante las funciones de la especie, los elementos perturbadores corporales, los seres tórnanse irascibles y no pueden concentrar el pensamiento para efectuar sus labores intelectuales. Por el contrario, el pleno desfogue de aquellos suprime las riñas entre los cónyuges, vuélvelos amorosos o tolerantes, aunque sea temporalmente, ya que ello los dota de profunda tranquilidad física y espiritual y la mente queda despejada y serena, permitiéndole su funcionamiento normal.

En lo que se refiere directamente a la mujer, como dijimos antes, por ser ésta el vaso receptor de las saludables sustancias varoniles derramadas en ella en cantidades superiores, tendría la posibilidad de que en sus propios tejidos celulares injertáranse con dominante imposición los aludidos materiales humanos.

Y pensamos que el tal injerto produciríase de la siguiente manera: los torrentes de partículas eléctricas dotadas de velocidad inmensa, expelidas por ambos cuerpos en ascendente recalentamiento, serían en principio los de la Electricidad Errátil

demasiado superestancada en los mismos. Pero una vez penetraran los dichos corpúsculos del hombre, por ejemplo, en el organismo de la mujer, produciríase, a causa de la violenta intromisión de los mismos, algo así como un «bombardeo» atómico. Los átomos de tal modo «bombardeados» sufrirían en forma particular, su parcial desmembración. Es decir, perderían uno, dos o más electrones. Ello vendría a provocar su transformación, cambiándose por otros átomos de diferente cualidad y capacidad. De ahí que convertiríanse, en un momento dado, en gases, olores, sudores, sustancias secretivas de diferentes indoles, etc., observados en los culminantes momentos de amorosidades espíritu-carnales. En dicha ocasión los electrones varoniles entrometidos, serían captados por los núcleos atómicos más poderosos y que se hubiesen visto desposeídos de los suyos, entronizándose en ellos. Algunas de las nombradas partículas andarían locas, de aquí para allá, hasta encontrar su verdadero acomodo. El injerto quedaría de inmediato producido, continuando su proceso de transmutación en el organismo femenino, que por tal causa sufriría también en forma integral, mutaciones transcendentales psíquicas y orgánicas.

Así, pues, la Electricidad y sus derivados segregados por el hombre con doble intensidad y cantidad en los instantes de la copulación, volvemos a repetirlo, impregnarían dotando de elementos nuevos al organismo femenino. Estos, combinaríanse con los de la mujer, es decir, entrarían en la composición de sus propias células, manteniéndose, en forma persistente, en su propia constitución.

Basándonos en tales inducciones, podríamos deducir asimismo y explicarnos el por qué los niños heredan del padre cualidades y defectos, aunque no vuelva a tener éste ninguna otra ingerencia en la gestación, desarrollo y crianza de su descendiente. Además de entrar en juego el espermatozoo y el óvulo que no serían más que millares de particulillas negativas y positivas armoniosamente combinadas en átomo y moléculas de diversos tipos y propiedades entre los cuales encontraríanse los corpúsculos representativos de cada uno de los respectivos órganos que han de constituir al nuevo ser en gestación, la futura madre contaría también con las vigorosas irradiaciones eléctrico-corpúsculares corporales que le transfundió el varón en su total organismo en el instante de la posesión.

¡Es de ahí, que por el idéntico fenómeno de inducción, es decir, de la transfusión e incorporación de los sutiles materiales eléctrico-masculinos de que hablamos, en el cuerpo femenino, que también podríamos aclarar el hecho, aún más asombroso, del por qué el hijo de un segundo esposo, a veces hereda algunas de las características físicas o morales del cónyuge anterior!

Lógico es, de que si la mujer quedó saturada con los productos orgánicos de su primer compañero, sufre la combinación de éstos con las subs-

# otros fenómenos humanos de vital importancia

tancias que la constituyen y han pasado a ser un acervo común del organismo suyo, no pudiendo desligarse ipso facto de aquéllos, al hacer vida conyugal con otro hombre y quedar por él encinta, el fruto de ambos sea, **indirectamente**, el resultado de una mezcla de las substancias vitales de tres individuos: de la madre, del primer consorte y del padre legal del niño. Y ello sucedería así, por cuanto la mujer permanecería **infectada**, podría decirse, con los materiales eléctrico-vitales del esposo anterior y no podrá librarse de éstos fácilmente. Para que pudiera efectuarse el proceso de «liberación» o «limpia» de aquellos elementos incorporados a sus propios tejidos orgánicos, necesitaría que el cuerpo suyo sufriera, integralmente y en forma absoluta, la vigorosa «inundación» de flúidos varoniles nuevos. De esta forma, poco a poco iríanse eliminando, con la renovación electrónica sistemática de que hablamos, aquellos agentes de gravitación que resultarían desplazados y expulsados por las avalanchas posteriores de los flamantes corpúsculos varoniles del nuevo marido, especialmente si ella le ama de verdad y son ambos de baterías complementarias.

Sin embargo, este proceso de «infección» orgánica, duraría en la mujer mucho tiempo, hasta que paulatinamente, como acabamos de expresar, con la renovación de sus células y consiguiente eliminación de substancias masculinas primeras, fueran desapareciendo en su totalidad las huellas orgánico-vitales impregnadas y su pertinaz influjo. Es de allí que constátase que una mujer, aunque esté separada de un hombre con el cual ha hecho vida marital durante varios años y aunque ya no le ame, siempre sigue sintiéndose atraída por él en más o menos grados. Ese también es el quid del por qué las viudas y viudos viven recordando y suspirando por sus respectivos consortes, aunque hayan contraído segundas nupcias. Por lo que hemos podido observar respecto a la forma violenta en que el hombre se enamora de la mujer amada, a la que muchas veces no puede hacer suya o tiene la dicha de lograrlo, es más que probable que él también sufra la efectiva saturación de los flúidos eléctricos femeninos. Los electrones en fuga traspásanse de uno al otro cuerpo y, como es natural, el varón no podrá librarse de esta regla. Mientras los dos coparticipes permanezcan fusionados en la vida común mediante el acto biológico, tendrán que transmitirse recíprocamente con doble intensidad sus respectivos corpúsculos electromagnéticos en huida. De ahí la mutua influencia de dos seres que se aman o tienen efectivos contactos carnales. El hombre «satura» con sus productos a la compañera suya y viceversa; sobre todo, cuando ambos sienten similares y profundas atracciones bio-psicológicas que propician el integral desahogo de sus organismos. A ello deberíase el hecho de que tanto el hombre como la mujer

después de convivir largo tiempo manifiestan intercambiadas cualidades y defectos que mutuamente se han ido transmitiendo.

Tan debe ser así el intercambio que en muchos casos, —según informaciones de los propios afectados que son personas de reconocida seriedad— se ha visto que cuando la mujer encuéntrase en **alteración** corporal debido al embarazo, el causante de eso, es decir, el hombre, padece nerviosidades y por ello también sufre dolores en las caderas, mulas, cabeza, mareos y a veces se llena la cara conjuntamente con la de aquélla, de **paños**, esas manchas color café claro u oscuro que son la desesperación de muchas de las futuras madres. Las angustias y sufrimientos de la mujer amada se reflejarán con violencia en la psiquis del varón.

Otra comprobación somamente evidente e infalible, respecto de la transmisión de partículas eléctrico-vitales individuales de un cuerpo al otro, la tenemos en los ancianos que tiene relaciones maritales con jovencitas. **En tanto ellos rejuvenecen y llénanse de vida extraordinaria y de pujantes energías, éstas van languideciendo; avejentándose en forma rápida y contundente.** No comprenden unos ni otras, la clave del enigma. Sin embargo, nosotras creemos que son los flúidos eléctrico-vitales intercambiados entre ambos, en sucesivos torres de partículas negativas y positivas animadas de velocidad inmensa, escapadas de sus respectivos organismos en recalentamiento durante los contactos y desahogos íntimos, los que operan tan asombrosos milagros, hasta ahora inexplicables.

Los hombres de larga edad y los ancianos, al recibir en sus organismos las permanentes transfusiones de elementos vitales femeninos, **que les renueva sus ya gastadas células** y transfúndeles materiales nuevos, henchidos de energías pujantes, llénanse de vigorosas fuerzas primaverales, mientras que las muchachas o niñas **son saturadas por entero con elementos orgánicos seniles o desvitalizados. Dichas substancias varoniles acopladas en sus propios tejidos corporales, necesariamente han de contaminarlas, acarreándoles —como se ha comprobado— por reemplazo tremendo de sus pujantes energías en plena floración, por otras desgastadas y débiles, la prematura y dolorosa vejez.**

Esta transfusión de radiaciones eléctricas constituidas de partículas en fuga hacia todos los rumbos, de un cuerpo al otro, de que hablamos, también explicaría la transmisión del pensamiento y del «mal de ojos»; los contagios colectivos o individuales de numerosas enfermedades reales o reflejas, lo mismo que los de orden psíquico y moral como el dolor, la risa, el heroísmo, la alegría, la indignación, la cólera, el bostezo, la fiebre histérica de ciertos bailes, los actos de coraje, pesimismo, belicosidad, crímenes o suicidios colectivos. Las ondas eléctricas individuales contagiadas en desplazamiento y movimiento sucesivo, saldrían



de un cuerpo para transmitirse en otro y de éste al subsiguiente que a su vez haría lo similar con los vecinos, en una cadena sin fin de acciones, reacciones e interacciones entre los mismos.

También en dicho fenómeno transfusivo intercorporal, tendríamos la explicación del por qué de la influencia nefasta que sufren algunos médicos y enfermeras de las casas de orates o familiares de éstos, que debido al contacto diario con los mismos padecen a la larga, por transfusión de elementos electro-vitales cerebrales desequilibrados de especiales enfermos, efectivos trastornos mentales. Estos hechos están rigurosamente comprobados y al respecto creemos, que con el objeto de evitar tan tremendos daños, sería conveniente escoger par la atención de los dementes, a personas que no experimenten en sí el pertinaz y avasallador influjo de los flúidos eléctrico-vitales encefálicos y corporales que irradian en forma vigorosa determinados seres, en especial los locos.

Conociendo ya la poderosa influencia y atracción psíquico-orgánica que en grados ascendentes o lo contrario, ejercen con sus respectivos campos magnéticos y las partículas eléctricas que viven expeliendo en radiaciones continuas los seres humanos, unos con relación a los otros, deberíase estudiar quién es el más apto para atender a éste o al otro enfermo sin sufrir sus perniciosos influjos. Es decir, habría que seleccionar científicamente al parsonal, para evitarles daños a los mismos.

Ahora bien; en la imposibilidad de dar a conocer en forma detallada, en una simple síntesis, otros muchísimos aspectos interesantísimos relacionados con la Electricidad en los fenómenos psíquico-orgánicos de que tratamos, terminaremos exponiendo de que todos los estudios respectivos de los fenómenos cosmológicos, biológicos y psíquicos, que también engloban en los primeros, tendrán que basarse, en el futuro, para bien del género humano, en la Electricidad y sus específicas transmisiones, es decir, como **fenómenos eléctricos**.

Además, diremos, de que si el Hombre es una organización viviente compuesta de congregaciones armoniosas de agrupamientos específicos de partículas eléctricas positivas y negativas condensadas en átomos de diferentes tipos, modalidades y propiedades, simples o complejos, maravillosamente combinados en moléculas y células que viven

en perenne acción, reacción e interacción, existe la posibilidad de que las enfermedades suyas, incluso las mentales, débense al desvitalizamiento, metamorfosis o desequilibrios fundamentalísimos, de ciertos grupos de partículas positivas y negativas atómicas que integran a determinadas porciones celulares orgánicas. Por consiguiente, es lógico pensar que la curación de las aludidas obtendriase al lograr que se produzca el restablecimiento del equilibrio de las mismas o la substitución de las células dañadas. Ello conseguiríase merced a la transfusión de nuevas partículas eléctrico-vitales sea por medio de alimentos especiales que condensan en sí partículas de uno o de otro tipo de electricidad, negativa o positiva, **por separado**, o neutrones que es la combinación de ambas, en más o menos cantidades, o mediante la aplicación rigurosamente científica directa de corrientes eléctricas suaves o proporcionadas, de uno o de otro signo, que provoquen la exacta reacción y equilibrio molecular y celular deseada. Es decir, utilizando para ello la sistematizada **electroterapia**.

Habría que pensar también que a semejanza de todo cuanto forma a la Naturaleza, los microbios que se desarrollan dentro del organismo humano estarían constituidos de partículas eléctricas negativas o positivas o de ambas a la par y que éstos bien podrían penetrar en el cuerpo por diferentes conductos, ya organizados como tales o como **simples particulillas negativas, positivas o neutras**, que al injertarse en las células humanas y absorberlas e incorporarse a sí propias, los corpusculillos constitutivos de las sustancias que forman el tejido celular, afines a ellas en sumas cuantitativas, crearían tal o cual virus o microbios productores de las variadas enfermedades que destruyen a los seres humanos. Si ello fuese así, existe también la posibilidad de poderlos expulsar del organismo en el cual se hubiesen introducido o creado, disgregándolos mediante chorros eléctricos de determinado tipo de electricidad, negativo, positivo o neutro. Esta será la nobilísima tarea que tendrán que realizar, mediante estudios profundos y experimentaciones sucesivas y conscientes, los sabios, investigadores y especialistas del futuro para gloria de la Ciencia y de la Humanidad.

Alice Lardé de Venturino

**Alaiz en « Quinet »:**

«...Por eso desprecio a los redentores tan aficionados a manejar la vida colectiva mientras su vida privada es un desierto, una caverna o una cuadra, aunque esté decorada con tapices y estatuas.»

●  
« Quinet » es un libro profundamente humano y de altas enseñanzas cívicas y universales. Un ejemplar de esta obra es el mejor obsequio de fin de año que puede hacerse al amigo, al hijo, al novio.

Precio del mismo: 5 NF.

Pedidos a nuestro Servicio de Librería.

# La guerra y sus causas



Los pacifistas del mundo no pudimos impedir la guerra de 1941 ni la de 1939 y probablemente no podremos detener la que puede venir si los pueblos no se levantan contra su preparación en un final esfuerzo de acción y conciencia libre.

Sabemos que nuestro pensamiento representa la buena causa y triunfará. De cualquier modo, una vez más, arrojamos la semilla y cuando el tiempo sea propicio y la tierra esté preparada, la semilla dará sus frutos y la humanidad podrá vivir en paz sin el espectro terrible de la guerra y destrucción nunca soñada.

Siendo el movimiento pacifista de carácter humano objetivo y científico tenemos la misión de estudiar las causas que provocan las guerras en las sociedades modernas e ir formando en los hombres una conciencia pacifista, que no se pierda nunca y oponga a cualquier intento destructor que ya está actuando en todos los aspectos culturales.



## LAS CAUSAS PSICOLOGICAS

Comunismo y Capitalismo son abstracciones en que creen millones de hombres. Trataremos de aclararlas y luchamos por la disolución de las grandes concentraciones de poder y la exclusión progresiva de hombres, mujeres y masas del planteamiento y solución de los problemas internacionales desde un punto de vista, para impedir que una reorganización del mundo nos conduzca a la esclavitud.

El hombre es un animal racional cuya civilización tiene poco tiempo. Hace apenas cien mil años que salió medio erguido de las cavernas, descendiendo de los carnívoros lejanos y teniendo por ascendientes antropoides salvajes ya desaparecidos. Vale decir, que sus instintos son netamente animales. El ciudadano de esta época es el heredero directo de tales antecesores. Tenemos, pues, instintos de agresión y de destrucción a la par que otros de conservación y apoyo mutuo. Según se impongan unos u otros, seremos sociales o antisociales, colectiva o individualmente. La disposición a la guerra está formada y es un producto de los instintos de destrucción, agregado a las normas culturales que los desarrollan.

«Los seres humanos que actualmente llegan al mundo —dice Freud— traen incorporada a su organización hereditaria una disposición parcial a convertir instintos egoístas en sociales, mecanismo que entra en juego ante leves estímulos interiores... Otra parte de esta conversión instintiva debe ser realizada espontáneamente en el curso de la vida, de modo tal que el individuo humano no sólo

se encuentre bajo la influencia de su ambiente cultural, sino también bajo el nivel del desarrollo cultural de sus antepasados... Pero estas transformaciones instintivas pueden ser anuladas por las influencias de la vida» (1).

El mismo autor añade, también, que serán inútiles los propósitos para eliminar las tendencias agresivas del hombre. «Hay gente que mantiene la unión por el odio contra los ajenos»... «No se puede eliminar del todo las tendencias agresivas humanas; se puede intentar desviarlas al punto que no necesiten buscar su expresión en la guerra». «Si la disposición a la guerra es un producto del instinto de la destrucción, lo más fácil será apelar al antagonismo de este instinto: al Eros. Todo lo que establezca vínculos afectivos entre los hombres debe actuar contra la guerra. Esos vínculos deben ser de dos clases. Primero, los lazos análogos a los que nos ligan a los objetos del amor, aunque desprovistos de fines sexuales. La otra forma de vinculación afectiva es la que se realiza por identificación. Cuando establece elementos comunes importantes en la vinculación de los hombres despierta tales sentimientos de comunidad, identificaciones. Sobre ella se forma en gran parte la estructura de la sociedad humana». (2).

Los psicólogos están de acuerdo en que el niño trae de sus antepasados instintos fuertes de lucha, tendencias que la educación y la sociedad han de tener principalmente en cuenta. Decíamos que el instinto combativo lleva a la guerra, pero podría ser canalizado hacia el deporte. Se realizaría así lo esencial de la satisfacción primitiva, pero sin los efectos de brutalidad primaria. Mas esto tampoco es suficiente en la hora actual, pues los deportes por deformación de factores nacionales y sociales se han convertido en base y esencia de odios entre partidos, clubs, pueblos o naciones.

La infección histórica nacionalista ha logrado canalizar ciertos instintos brutales hacia su sector, sus mitos y prejuicios, y el deporte que teóricamente pudo ser una salida satisfactoria, hoy se convierte en una nueva fuente de cultivo de las fuerzas animales y feroces por su finalidad.

El psicólogo y el educador no pueden actuar libre y científicamente sobre la mentalidad del niño, pues la educación impartida por el Estado sólo



atiende a sus propios intereses (los estatales) y sus fines económicos y políticos que son depredadores; así que la educación primaria y secundaria en todos los países del mundo hoy se encuentra desvirtuada y no sirve para hacer conciencias y mentes pacíficas, sino guerreristas.

Esos ejemplos los vimos agigantados en el nazismo, el fascismo, el comunismo ruso, y el nacionalismo en general de todas las repúblicas llamadas democráticas. No hay por lo pronto esperanza de que sean eliminadas muchas causas instintivas en el mundo de hoy la tomaron los Estados y la desarrollan en lo más malo y contrario al género humano. La educación alimenta los instintos de odio entre hombres o pueblos y solamente una gran revolución que transforme la estructura social podrá modificar con el tiempo la psicología mental de los futuros niños, pues la de los actuales ya está envenenada por juguetes, historia y fiestas patrioterías. Frente a los peligros de los instintos depredadores, hay que levantar la otra forma de los instintos afectivos y unirse por lo que de común tengan los hombres, pero de todos modos, hay que limitar las tendencias instintivas.

La cultura es el fortalecimiento del intelecto que domina en gran parte la vida instintiva y que interioriza las tendencias agresivas. La cultura es negada por la guerra.

★

Existen en los hombres impulsos emocionales de índole conservador que fácilmente toman carácter belicoso. El mismo Freud anotaba que los «pueblos obedecen mucho más a sus pasiones que a sus intereses; a lo más utilizan sus intereses para racionalizar sus pasiones; aducen sus intereses para poder fundamentar la satisfacción de sus pasiones. Porque las colectividades se menosprecian, se odian, se aborrecen, en el fondo, aún en épocas de paz».

La resistencia inconsciente es formidable y no puede ser vencida por la razón en las masas y en las muchedumbres que actúan inconsciente e irracionalmente. «Las creencias irracionales arraigan en lo emotivo; se sienten como verdaderas; el fenómeno de creer puede definirse como conocer visceralmente».

El factor emocional es incontrarrestable en las masas y en los hombres que se pierden en las masas. Por un mecanismo conocido mas no explicado, las masas actúan inferiormente y se dejan sugestionar produciendo un tipo inferior de respuestas.

El factor irracional en la psicología colectiva es el más importante en determinados estados pasionales. El contagio mental se establece fácilmente y las aberraciones mentales ocasionadas por la explosión de impulsos guerreros dominan el campo consciente e inconsciente de las masas.

La cultura nación-Estado-capitalismo no sólo no puede modificar la naturaleza humana, sino que hace imposible cualquier abertura de brecha en la irracional psicología colectiva, pues ella es guerrera.

¿Se puede liquidar el factor emocional? No. Hay que aminorarlo. No hay que falsificarlo. Hay que impedir que se desarrollen falsas emociones, como hacen diariamente, con sus doctrinas propagandísticas.

Los jefes arrastran los pueblos a la guerra no sólo por el engaño o la astucia sino que consultan muchos aspectos de la naturaleza humana, y el entusiasmo con que actúan las masas demuestran que tienen éxito. El sector irracional e inconsciente tiene más importancia que los procesos colectivos conscientes y racionales y hay que contar que en la mayoría de los casos triunfan los primeros.

Se presenta ante nosotros, los pacifistas, una larga labor a desarrollar, la autodefensa mental, pero tal labor apenas la empieza un núcleo de pensadores y no llega a la calle. Resta el enfoque exacto de la realidad; esto también puede colaborar en la dirección de una correcta higiene mental contra la guerra.

★

La abolición de la dominación exterior ha marcado históricamente un camino del aumento de la libertad en los hombres, pero esto mismo no fué mucho. La esclavitud institucional actual terminó con las supuestas ventajas «seguras» de una lucha por las libertades y las dictaduras modernas de cualquier clase que sean a través del Estado liquidaron las esperanzas de los hombres en las instituciones liberales o conservadoras.

La estructura social no sólo es un factor importante de guerra sino que contribuye a crear una naturaleza guerrera. «Las inclinaciones humanas más bellas, así como las más repugnantes no forman parte de la naturaleza humana, fija y biológicamente dadas, sino que resultan del proceso social que crea el hombre. En otras palabras, la sociedad no ejerce solamente la función de represión, sino que posee también una función creadora. La naturaleza del hombre, sus pasiones, angustias, son un producto cultural; en realidad, el hombre mismo es la creación más importante y la mayor hazaña de ese incesante esfuerzo humano cuyo registro llamamos historia» (4).

La estructura económica, como veremos más adelante, en la determinación del carácter del hombre para la guerra es de suma importancia; el capitalismo lleva a la guerra y es el mismo fruto de los sentimientos depredadores. La economía lo modela para la guerra no sólo porque lo engaña, sino porque lo sitúa en una situación de inseguridad. Y la guerra, conquistas, etc., son esgrimidas, en última instancia, para la seguridad del hombre y su familia. Las masas que fueron de la última guerra estaban convencidas —en ambos lados— que conseguirían la seguridad. La realidad de la postguerra les demostró que no la tuvieron en ningún lado. El hombre moderno aún en sociedad vive demasiado aislado, le falta la solidaridad que fué buscando a través del movimiento obrero mundial y que no encuentra en los diferentes nacionalismos o Estados. Se siente víctima de un sentimiento de impotencia que lo impulsa a renunciar a su libertad y refugiarse donde le



ofrezcan cualquier seguridad y ésta encuentra una ilusión en el poder del Estado, en el Estado fuerte; el poder atrae en primer término a los inseguros, a los impotentes y a los aislados, pero se constituye sentimentalmente a base de otros temperamentos.

Creer que todo el mundo quiere o busca la libertad es un grave error. Los modernos estudios psicológicos demuestran que hay momentos en que el hombre no la quiere, y estos estados, de individuales se tornan colectivos y se forma el verdadero substratum de las dictaduras.

Cualquiera que fuera la causa: aislamiento, inseguridad, impotencia, desocupación, etc., un proceso de pérdida de libertad se hace voluntario y toma las características orgánicas de sumisión. Sumisión universal, ya que niega la individualidad ética de la persona y sus valores. Naturalmente que esto no es un fenómeno exclusivamente político. En todas las religiones la relación con Dios es de completa sumisión. En el Estado moderno la relación con el Estado es de completa sumisión. Pero la sumisión no lo es sólo por sí misma, sino por sus consecuencias. Si el hombre se somete completamente se salva, en las religiones; en los credos políticos la sumisión incondicional al jefe trae una ayuda. Se sacrifica la vida a la Religión al Dios, al Líder, al Partido, a la Nación, etc., y a una serie de ídolos modernos sólo diferente de los antiguos en sus representaciones artísticas. Sacrificarse es aceptar ciegamente cuanto en nombre de tales mitos se hagan. Se humilla al hombre, se destruye su personalidad; se pierden libertad e integridad del yo individual y al final está condimentado para la guerra. «Sin embargo —dice From—, la sumisión no es el único método para evitar la soledad y la angustia. Hay otro método, el único que es creador y no desemboca en el conflicto insoluble; la relación espontánea entre los hombres y la naturaleza, relación que une al individuo con el mundo sin privarlo de su individualidad». (5)

Existen en el alma humana mecanismos por los cuales se desplazan los hombres hacia la esclavitud, estado que ha sido constante en la historia. «El primer mecanismo de evasión de la libertad que trataremos es el que consiste en la tendencia a abandonar el yo individual propio para fundirse con algo o alguien exterior a uno mismo, a fin de adquirir la fuerza de que el yo individual carece, o para decirlo con otras palabras, la tendencia a buscar nuevos vínculos secundarios como substitutos de los primarios que se han perdido», alimentos esenciales, como se comprende, del autoritarismo y del estatismo.

«La anulación del yo individual y el intento de sobreponerse, por ese método a la intolerable sensación de impotencia constituyen tan sólo un aspecto de los impulsos masoquistas. El otro aspecto lo hallamos en el intento de convertirse en parte integrante de alguna más grande y más poderosa entidad exterior a la persona, sumergiéndose en ella. Esta entidad, puede ser un individuo, una institución, un dios, la nación, la conciencia o una compulsión psíquica. Al transformarse en parte de un poder, sentido como inmovi-

ble, fuerte, eterno y fascinador el individuo participa de su fuerza y gloria. Entrega su propio yo y renuncia a toda la fuerza y orgullo de su personalidad; pierde su integridad como individuo y se despoja de la libertad; pero gana una seguridad que no tenía y el orgullo de participar en el poder en que se ha sumergido... «El significado de su vida, la identidad de su yo, son determinados por la entidad total en la que ha sumergido su personalidad en virtud de este proceso.» (6)

El poder organizado en Estado convierte al ser humano en una cosa o su engranaje. El yo pierde su propiedad consciente y marcha por todos los caminos y direcciones que le traza el poder... Se hace del hombre lo que se quiere. Unas veces este poder es fruto de la burocracia; otras, de las dictaduras en cuya cabeza se encuentra un líder...

El dominio sobre las personas aniquila la personalidad, por ausencia de la libertad interior como expresión libre y natural de la naturaleza humana. La persona pertenece y obedece a la voluntad de un tercero, es un objeto pasivo y se ha convertido en un medio.

Se les hace creer a los hombres que sirven a altos fines, pero, en realidad se han transformado en cosas, para lo bueno o para lo malo, generalmente en malas cosas como ocurre con la guerra, donde los hombres todos, rojos o blancos, democráticos o comunistas, sirven de medio material humano arrojado a la destrucción con literatura de todos los matices, que sirven de consuelo al mismo tiempo que las palabras altisonantes disciplinan la obediencia y mantienen firmes las creencias suicidas.

La transformación en autómatas idénticos a las muchedumbres de autómatas en que vive en las naciones modernas, aporta un consuelo y tranquilidad aparente, que posteriormente requerirá nuevas conformidades automáticas, pero cuya nota auténtica es la pérdida de la personalidad, pues el individuo voluntaria o involuntariamente ha dejado de ser él mismo.

Paralelamente con esta gente que renuncia a la individualidad y a sus valores coinciden los tipos humanos llamados de carácter destructivo o autoritario con deseo de poder obsesivo, impulsos desordenados que son origen sadomasoquistas.

Convivimos diariamente con una multitud de hombres de mentalidad patológica de carácter hereditario, verdaderos psicópatas cuya sed de poder se encuentra correspondida por la estructura estatal y autoritaria de las sociedades modernas y antiguas, grandes neuróticos afectados de cesarismo con sueños de grandeza y la creencia en ser hombres predestinados a llevar a sus pueblos a grandes y brillantes destinos, por Dios unas veces, otras por la naturaleza, el destino, la patria... «Los apetitos animales quedan en libertad, los hombres son tratados como ganados. El individuo queda ahogado en el grupo, la vida humana pierde su valor y se eliminan los derechos y la dignidad del individuo. El cuadro de la vida psíquica del hombre «se ha nublado»... Han degradado al hombre en forma desconocida hasta ahora, le han privado de su humanidad y han hecho de él una cosa. Su descenso premeditado desde el

nivel humano constituye su elevación crucial y revolucionaria», expresa Erick Kahler (7).

Por otra parte, aparecen en su medio los dictadores, todos legales, que convierten a través de las instituciones históricas a los hombres en medio de su patología masoquista.

Sean sádicas o masoquistas, las masas pierden la individualidad y la libertad, y las instituciones amóldanse a una terrible patología social de la cual no salen ni saldrán más a pesar de las revoluciones (conservadoras) y de los mitos revolucionarios engendradores en todas partes y en todas las edades de las dictaduras y guerras, que no tienen otras determinaciones finales que la pérdida de las libertades individuales, «de la libertad positiva y como realización del yo, que implica la afirmación del carácter único del individuo», según cita de P. L. Bernard.

La importancia social de los tipos patológicos está probada históricamente y afirmada en los contemporáneos por los movimientos nazistas, fascistas, otras dictaduras y preparación de la guerra atómica.

Padecemos una gran cantidad de psicópatas y millones de neuróticos en todas las esferas: Ejército, Aviación, ministros y presidentes, diplomáticos, que no sólo dificultan el funcionamiento de las instituciones sino que las orientan definitivamente hacia lo antisocial, desde el poder.

En el juego de los partidos, en las democracias y en las dictaduras los altos puestos los ocupan los más fanáticos, los más definidos afirmadores del credo triunfante y es entre esta gente donde se encuentra el mayor porcentaje de psicópatas; parece como si la inmensa marea social los hubiera juntado en los puestos de las altas esferas directoras y en las bajas de los manicomios y casas de salud. Fuera de la Eugenesia y de una Higiene Mental profunda y extrema, por ahora no queda más remedio que aplicar tests de normalidad y estabilidad afectiva para los puestos públicos y dirigentes, como primer medida higienizadora del medio que actuará sobre la formación de la conducta humana, proyectando al mismo tiempo para las escuelas una enseñanza pacifista.

#### LA DEFORMACION DE LA OPINION PUBLICA

La conservación de los estados de dominio y psicológicos autoritarios individuales y colectivos implica la formación de una opinión pública «ad hoc». La opinión pública está completamente deformada por un sistema institucional estatista dictador e irracional. No vamos a entrar en su deformación psicológica, ni en la propaganda por radio, periódicos, discursos, etc., pues para ello carecemos de espacio: iremos solamente a analizar algo de la historia. Ya sabemos que en todas las naciones la historia propia es «la mejor y más importante del mundo», que sus héroes son los mejores y más grandes del mundo y de todos los tiempos, de ser posible. Tomo este aspecto, pues en él descansa uno de los fundamentos del nacionalismo moderno. El mal es viejo. Los griegos deificaron algunos de sus más grandes hombres y se formaron mitos. En todas partes «los héroes

nuestros, que elegimos en la historia, los despojamos gradualmente de sus cualidades sin valor, antisociales, y de sus defectos de carácter, actuación, y en lugar de estas imperfecciones los revestimos con una selección de cualidades que admiramos», dice Bernard. (8)

Se nos ha educado con el error de no ver a nuestros héroes de la historia como seres corrientes. No tienen defectos, son perfectos, los hemos idealizado. Esto hace que también se idealice a los caudillos revolucionarios, a los movimientos religiosos y a toda clase de héroes. Esta idealización equivocada no nos deja ver las cosas naturalmente, como son, y adquirimos un criterio falso y enemigo de nuestros semejantes y de otros pueblos, y damos las bases para la eliminación de un verdadero pensamiento científico y preparamos largamente el uso de estas cosas para las malas sugerencias de la evolución progresiva del Estado y la consiguiente dictadura.

La supresión de la enseñanza de la Historia en la enseñanza secundaria y primaria, no traería a la humanidad ningún daño. Las deformaciones son muy malas, nos impiden conocer la verdad y ver la realidad; no se conocen las personalidades históricas ante montañas de papeles que traducen puras mentiras aceptadas por el criterio de autoridad. En la actualidad, una gran medida pacifista sería limitar el empleo de los métodos históricos, que, además, en América del Sur todos son belicosos. «Ningún hombre es perfecto de carácter y mucho menos es igualmente perfecto en todos los aspectos del desarrollo de su carácter».

La deformación de la opinión pública empieza en las escuelas primarias, sigue en las secundarias y no termina en las universitarias, para caer más tarde en manos absolutas del Estado en su propaganda política y «pro domo sua»...

Hemos asistido en los últimos años a las propagandas organizadas, técnicas y sugestivas de las dictaduras, con sus oficinas científicas de propaganda radical, prensa gubernamental (los mejores diarios), literatura y oradores, manifestaciones, conferenciantes alquilados, etc., etc.; folletos, cine y demás, y comprobado sus éxitos. La opinión pública (por lo menos, de la mayoría) seguía la dictadura gubernamental, las muchedumbres mareadas, hipnotizadas, concurrían fanáticamente a los actos y leían todo cuanto se les presentaba favorable al héroe... Hoy todos los Estados del mundo la practican. No sólo poseen oficinas de la difusión, sino ministerios. Esta es una presión eficiente del medio sobre la mentalidad del individuo y su conducta. Toda conducta al final es conducta del individuo y sobre éste actúan...

JUAN LAZARTE

(1) Freud, Segismundo. Obras completas, t. XVIII, pág. 289.

(2) Ibidem, op. cit., pág. 331.

(3) Numerosos congresos pacifistas llamaron la atención sobre cómo ha de ser en lo posible una educación racionalista, llegando a sintetizarse en los siguientes postulados: «1) Suprimir los juguetes de inspiración belicosa; 2) enseñar idiomas extranjeros en las escuelas primarias; 3) tener libros de historia de la civiliza-

## Poetas, filósofos, científicos opinan...

### ¿Qué es el amor?

Los hombres mueren de hastío y el olvido los entierra. — La Bruyère.

El amor que nace súbitamente es el más largo de curar. — Haneman.

La multiplicidad de afectos ensancha el corazón. — E. Armand.

El amor es una tontería hecha por dos. — Clyde.

El día que has pasado sin amar es el más inútil de tu vida. — Omar-AL-Khayyam.

El amor y la amistad se excluyen mutuamente. — Corneille.

Es más fácil encontrar un amor apasionado que una amistad perfecta. — La Bruyère.

Los corazones están hechos para ser rotos. — Oscar Wilde.

Es natural condición de mujeres desdeñar a quien las quiere, y amar a quien las aborrece. — Cervantes.

Sólo los corazones se dan ellos mismos. — Glasworthy.

En amor, las disputas parecen valer más que el elogio. — Marivaux.

ción y no de guerra; 4) tener films especiales para los niños; y 5) tener una educación obligatoria cívica, ética y social en las escuelas de adolescentes, a fin de que se consideren no solamente ciudadanos de su propio país, sino también ciudadanos del mundo».

El comité político de la UN aprobó por unanimidad una moción en que se condena toda propaganda que pueda provocar la guerra e impedir la difusión de las informaciones de los deseos de paz de todos los pueblos, presentado por Francia, Canadá y Australia. La URSS presentó un proyecto para la adopción de medidas eficaces para abolir el soborno directo o indirecto en los organismos de prensa e informaciones y luchar efectivamente contra los órganos periodísticos y agencias que incitan a las guerras y agresión. Un contralor sobre informaciones que hoy obedecen al Estado o a intereses imperialistas.

(4) Erick From. El miedo a la libertad, pág. 33.

(5) From, E. El miedo a la libertad, pág. 47.

(6) Ibid, op. cit., pág. 148.

(7) Kahler, E. Historia universal del hombre, pág. 325.

(8) Bernard, L. L., Psicología social, pág. 171.

Las mujeres se casan para entrar al mundo, los hombres para salir de él. — Taine.

El amor compadece, y compadece más cuanto más ama. — Unamuno.

El que nunca ha amado, no puede ser bueno. — Esquilo.

No existe más que una especie de amor, pero de él hay mil copias diferentes. — La Rochefoucauld.

Lo primero que hace una mujer, cuando quiere que un hombre la alcance, es echar a correr. — Montaigne.

El amor es un cañamazo dado por la naturaleza y bordado por la imaginación. — Voltaire.

El amor, para los hombres, no es más que un episodio; para las mujeres, es la historia de toda su vida. — Mme de Stael.

El amor crea en la mujer una mujer nueva; la de la vispera ya no existe al día siguiente. — Balzac.

A veces las lágrimas son la extrema sonrisa del amor. — Sthendal.

En el origen de todas las grandes cosas hay una mujer. — Lamartine.

### ¿Qué es la vida?

La vida es la transformación, lenta o brusca, mas incesante, de toda la materia cósmica y de la fuerza que la anima. — Herschell.

No espero pasar por esta vida más que una sola vez. Por lo tanto, cualquier bien que yo pueda hacer, cualquier bondad de mi parte hacia no importa qué criatura viviente, he de hacerla ahora. No he de diferir esto para el mañana, pues quién sabe si por este camino pasaré otro día. — Wilde.

Mirándolo bien, la vida es sólo el día en que vivimos. — Burns.

Una vida: un pequeño destello de Tiempo entre dos Eternidades. — Carlyle.

Nadie debe desesperarse mientras pueda respirar (mientras hay vida hay esperanza). — Erasmo.

¿Amas a la vida? Entonces no malgastes el tiempo, materia prima de la vida. — Franklin.



La vida es una tragedia para los que sienten y una comedia para los que piensan. — La Bruyère.

Una vida inútil y sin sentido es una prematura muerte. — Gœthe.

Cada día es una sucesión de días. Caminamos a través de nosotros mismos, encontrando a ladrones, fantasmas, gigantes, ancianos, jóvenes, viudas, cuñados. Pero siempre encontrándonos a nosotros mismos. — James Joyce.

La vida es lo mismo que una fábula: lo que importa no es lo extensa que pueda ser, sino lo hermosa que sea y el deleite que cause. — Séneca.

Nuestra máxima debería ser: vivir y dejar vivir. — Schiller.

La vida es sólo una breve sombra que pasa. — Shakespeare.

¡Ojalá pudiéramos vivir todos los días de nuestra vida! — Swift.

Dejemos que nuestras vidas dancen en los límites del Tiempo como el rocío parece columpiarse en las extremidades de las hojas. — Tagore.

Conocen los hombres demasiado temprano a la vida y las mujeres demasiado tarde. — Wilde.

Cuando un hombre bueno y noble ha vivido a nuestro lado no nos es nunca arrebatado completamente. Deja tras él un vestigio luminoso semejante a esas estrellas apagadas que se ven desde la tierra después de muchos siglos. — Carlyle

Para realizar grandes cosas, debemos vivir como si nunca hubiéramos de morir. — Vauvenargues.

La educación es la ciencia de la vida, es el arte del buen vivir. — Laboulaye.

Vivir es hacer; para quien no hace nada de su existencia, la existencia es nada. — Mme Guizot.

La vida debe tener su corriente; el agua que no corre se corrompe. — Lamartine.

El trabajo tiene, entre otras ventajas, la de acortar los días y prolongar la vida. — Diderot.

El atardecer de la vida trae consigo su lámpara.

Con la misma indiferencia que corren las aguas por los ríos y pasa el viento por el desierto, así un nuevo día se ha ido de mi existencia. Hay dos días por los cuales mi corazón jamás ha languidecido: ése que no ha llegado aún, y ése que ya pasó. — Omar-A-Kayyam.

Trázate tal norma de vida, que puedas seguirla lo mismo cuando estés solo que en compañía. — Epicteto.

La mejor señal de haber nacido con grandes cualidades es carecer de envidia. — La Rochefoucauld.

Estamos en este mundo para cumplir una determinada obra; cada uno de nosotros posee sus capacidades y sus aptitudes; las hemos recibido para el bien de la sociedad tanto como para nuestro propio bien; por eso no debemos ocultarles. — Jules Simón.

Lo terrible no consiste en vivir demasiado, sino en ver pasar en torno nuestro, madre, mujer, amigos e hijos. La naturaleza hace y deshace estos tesoros con toda indiferencia y, al final, nos encontramos que sólo hemos amado y besado sombras, pero qué adorables algunas. — Anatole France.

¡Ah! Qué mal vive aquél que sólo vive para sí. — Musset.

Sólo hay un modo de encontrar la vida feliz, y es buscando el bien y la verdad. Estaréis contentos de la vida si hacéis de ella buen uso. — Renán.

La costumbre de vivir para nosotros nos hace cada día más incapaces de vivir para el prójimo. — Vigny.

En la vida existen cuatro cosas viejas que son buenas: viejos amigos para conversar, leña vieja para calentarse, añejos vinos para beber y viejos libros para leer. — Faguet.

O es perpetua renovación o es una lánguida muerte nuestra vida. — Rodó.

No debemos lamentar nunca el tiempo que hemos empleado en proceder bien. — Joubert.

Cada persona lleva en su rostro la idea que tiene de la vida. Los que no tienen ideal alguno, recuerdan las antorchas apagadas. — Teixeira de Pascoaes.

El amor a la vida es casi lo contrario del amor a una larga vida. — Nietzsche.

El artista debe amar a la vida y enseñarnos lo que es bello. Sin él, lo dudáramos. — Anatole France.

La vida es una operación que se hace hacia adelante. Se vive desde el porvenir, porque vivir consiste inexorablemente en un hacer. — Ortega y Gasset.

El saber sufrir demuestra experiencia en la ciencia de la vida. — Mme de Maintenon.

El hilo de la vida se aflojaría si no fuese bañado por algunas lágrimas. — Pitágoras.

Platicando con  
un japonés

# Dos civilizaciones

— ¿Sabes, amigo Kano, qué es el azar?

— El azar — me contestó pausadamente y profundizando — es un hada ciega que sabe disfrazarse a menudo de sagaz pastor del gran rebaño humano, en su marcha a tientas a través de la noche tempestuosa de la vida... Señala la ruta ancha y lisa, rodea los peñascos y los precipicios, y conduce mansamente hacia las quimeras de la felicidad. Pero, con más frecuencia, esta hada lleva el vestido abigarrado, con mil formas, del momento y del capricho. Viene a tu encuentro, te detiene y te abandona luego, perturbado, vacilante, o te encanta con su sonrisa, y la sigues confiado. Hace desvanecer la más tenaz voluntad, abre perspectivas nuevas y alienta lágrimas, extiende en demasía el velo enlutado de anhelos frustrados...

— ¡Basta! — le interrumpí yo —. Me parece que estás expresándote de una manera muy solemne en una casualidad tan mezquina. Mira aquí — y le alcancé una revista ilustrada olvidada por alguien sobre la mesa del café, y abierta a la página que llevaba el título: «El arte europeo en el Japón», con algunas fotos de actores japoneses que interpretaron papeles en obras clásicas de la dramaturgia europea. Kano las contempló, estupefacto. Luego, una risa surgió, irrefrenable, extendiéndose sobre toda su cara ancha y pálida. Pero pronto volvió en sí, pensativo. Le oprimía una amargura entremezclada con pena y angustia; parecía que otras imágenes hubieran reemplazado las fotografías.

...Por la abertura de la cortina de terciopelo, la fina silueta de la célebre Sada Yakko aparece en el ropaje de larga cola que lleva la «Tosca» de Puccini. La señorita Kinugawa, adornada con las trenzas de la rubia Margarita, levanta sus ojos de almendra hacia el semblante melencólico de un Fausto alto y flaco, tratando de expresar el supremo instante de la felicidad. El expansivo Ichigawa se empeña en mostrar la cruel tozudez de Shylock, en

**Las mujeres son las flores de la vida, como los niños son sus frutos.** — B. de Saint Pierre.

★

**Para los venturosos la vida entera es harto breve; para los desdichados, una sola noche es una eternidad.** — Luciano.

★

**La vida es tan rica en situaciones diferentes, que no cabe encerrarla dentro de un único perfil moral.** — Ortega y Gasset.

★

**Así como un día bien empleado nos procura un buen sueño, una vida bien vivida nos proporciona un muerte tranquila.** — Anatole France.

★

(Una selección de V. Muñoz)

la actitud recogida de un monje budista. A Marco Antonio le sacaron del quieto mausoleo de la antigua gloria romana y, envuelto por el señor Togi en una toga larga, desenrolla un papiro, con la mirada melancólica y el gesto de un tigre que se arroja sobre su presa. Y Kato, el gran trágico, colocándose en la coronilla un arco de laureles y estirando ante su público los anchos pliegues de la púrpura imperial, se yengue en la actitud marcial de Julio César, que parece, empero, haber padecido en la más dura esclavitud.

Y el amigo Kano estalló, con hondo trémulo en su voz:

— ¡No! Por más que ame mi maravilloso país, siempre me entristecen y me apenan tales intentos ridículos de imitar a los artistas europeos. Creo que los actores japoneses, pese a sus dotes dramáticos, pese a las aparentes transposiciones animicas, nunca lograrán expresar la verdadera significación de una obra de teatro europeo. Se opone la naturaleza misma de la raza. Su rostro, con la sonrisa enigmática y la melancolía de los ojos ovalados; la movilidad expresiva de su fisonomía, sus ademanes rápidos, las flexibles actitudes de su cuerpo delgado y a veces bajito — todas esas peculiaridades no cuadran con las vestimentas y las máscaras europeas. Y qué decir del alma y la mentalidad específica... Cuando aparecen así en el escenario, en un teatro europeo o nacional, parecen más bien muñecas, títeres o maniqués que traicionan en cada movimiento su artificialidad.

¡Ah, el Occidente! Palabra que denomina el gigantesco hervidero de los egoísmos e intereses; el irrefrenable afán de poder, celebridad y novedad... El occidentalismo es la espuma policroma y fascinante en la superficie de un pantano en el que están fermentando los productos intelectuales superrefinados durante algunos milenios. Es la borra de los sentidos pervertidos por el pensamiento; es un sol eléctrico que encandila al extranjero que trata de descubrir sus secretos... Es un conjunto de quimeras, de espejismos que se renuevan sin cesar. Es una fuerza demoníaca, un torbellino de codicias y pasiones, que quiere y quiere siempre, que escudriña, desgarrar y muerde, que destruye, reconstruye para volver a destruir, que corre adelante, como un poseso de «amok», siempre adelante, matando y matando...

¡La civilización europea! ¡El Occidente! palabra mágica, palabra de orden que impulsa a los misioneros hacia regiones «salvajes», vírgenes, todavía apartadas del contacto con lo que se llama «progreso y bienestar», es decir, la superproducción que los países occidentales tienen que exportar, forzosamente, para no ahogarse en sus propias riquezas.

Como un pulpo, esta civilización extiende sus innumerables tentáculos sobre mares y océanos. Detiene su estancada abundancia, para encontrar

fuentes más ricas y saludables para ella misma. Cree que aparta las tinieblas de la ignorancia y los estragos de la miseria. Por más que gimen y se rebelan los pueblos esclavizados, sus «benefactores» imaginan que la humanidad está prosperando por el recto camino de su cultura. Ellos no saben lo que es la sencillez, ni la quietud, ni el silencio de la comunión con mundos superiores; no saben nada del grande y puro amor; ignoran o desprecian los verdaderos ideales creadores del espíritu y del alma...

Así, nosotros también, los japoneses, engañados por los falsos misioneros y por los aventureros de la política, cegados por las perspectivas grandiosas de la ciencia y de la técnica, hemos abierto las puertas de nuestro país. Embriagados por las primeras gotas del nuevo elixir, nos hemos empeñado locamente en imitar la civilización occidental. A menudo hemos logrado superarla en la carrera de las competiciones. Construyendo laboratorios, hemos forjado también muchos cañones y acorazados. Quien conoce la situación actual en nuestro país, lamenta la corrupción de las antiguas costumbres y la miseria de las muchedumbres. El mal está corroyendo las raíces de nuestro pueblo, de esos hombres sobrios, tenaces y trabajadores que ahora se dan cuenta de que fueron felices una vez...

Lo que sobrepasa al mal difundido por la civilización occidental en tantos países «atrasados», es el hecho de que los pueblos están alterando sus peculiaridades étnicas y éticas, su personalidad genuina, que es la palanca de resistencia en el entrevero inexorable de la existencia sobre esta tierra. Pronto, la humanidad llegará a ser, de este modo, un inmenso ejército armado hasta los dientes. Su vida sería entonces una lucha ininterrumpida en un laberinto de usinas y fortalezas. Sería la degeneración de la inteligencia, el embrutecimiento colectivo en la última etapa de la evolución humana, el agónico fin de nuestra especie...

Y volviendo a contemplar con amarga sonrisa

las reproducciones fotográficas, Kano concluyó con esta invocación:

— No, mis queridos compatriotas, no os empeñéis en desnaturalizar nuestra estirpe. Dejad de lado los héroes de la civilización europea, por más «interesantes» que os parezcan. Esos corresponden a otros pueblos, ya que son productos de la cultura occidental... Y tú, menuda y grácil Sada Yakko, envuélvete en el kimono florido de tu cielo y juega junto con las encantadoras geishas; canta con voz de ruseñor las dulces melodías de nuestro pueblo, acompañada por el hondo vibrar de las samisas y las delicadas bivas. O muéstranos cómo sabes morir, tan conmovedora, cuando lo exige la devoción familiar. Muéstranos cómo se desprende el alma, volando hacia los reinos eternos... Y tú, bella musme Kinugawa, sé una Margarita niponesa y, al lado de otro Fausto, de nuestro país, sabrás enseñar a la multitud de espectadores lo que es el amor intachable en un mundo de maldades y codicias... En vez de envenenar el alma con las especulaciones del Dinero, tú, Ichigawa, disfrázate de valiente daimio que aprecia el honor más que el oro... Y a nosotros, Togi y Kato, colocáos las máscaras cruentas de los samurais, blandiendo las espadas para demostrar lo que es la lealtad, el verdadero heroísmo y la bondad equitativa. Y cuando llevéis el amplio talar de los bonzos, hablad al pueblo sobre la sabiduría que revela la verdad con sencillas palabras; o, si le gustan más los cuentos, podéis cantar a los oyentes con las leyendas de sus antepasados... Conservad en este pueblo nuestro un corazón puro y digno. Y, si os impulsa un sentimiento de vagancia y curiosidad, id también a los países agitados y abrumados del Occidente, para enseñar a los escépticos europeos, si es posible eso, cómo llora y cómo ríe el alma misteriosa del Oriente... (1)

EUGEN RELGIS

(De un libro en preparación : « Sol Naciente » (Oriente y Occidente).

«Aprendemos más a base de escarmientos que a base de censura, más porque nos enmendamos que porque nos corrigen: El que prueba un grano de mostaza conoce mejor su sabor que a aquel a quien le enseñan un elefante cargado de ella.»

(Del libro «Los objetivos, los obstáculos y los medios», por J. Salas Subirat. Precio 6 NF. Pedidos a nuestro Servicio de Librería).



dad civilizadora. Cada cual ha podido sobrellevar las peripecias del cambio fundamental de experimentación, y muy pocos se han considerado vencidos en su espiritualidad en el nuevo lugar de residencia. Hablando con la mismas palabras de euforia, los ideales que inspiraron su vocación establecieron una corriente cultural cuyos resultados estamos experimentando en el enriquecimiento de la literatura americana. El ensañamiento de un barbarismo atávico y fanáticamente jesuítico, que pone luto en la historia de la civilización, obligó a reconcentrarse en sí mismos y adquirir la confianza en los valores eternos de la esperanza y la sana rebeldía, volcados en el torrente sanguíneo americano con la esencia más íntima de la creación humanística desde Cervantes y Lope hasta Calderón, y en tanto España territorial, como centro de cultura, sufre las consecuencias de la brutalidad del vencedor, cada uno de estos poetas y escritores, guiados por el instinto poético, escriben las páginas más viriles de nuestra lengua en este período histórico, alcanzando las estrellas con la musa del ingenio.

Por la reciedumbre de pensamiento y emotividad que imponen a su obra, y el aliento vigoroso que infunden, se equiparan a las literaturas de todos los tiempos, porque su pecho es grande como el universo de sus ideales; su realismo valientemente atrevido, su esencia profundamente humana, con voces de heroísmo que resuenen en todas las constelaciones.

Actualmente ya no puede hablarse de estos artifices en sentido particular, como pertenecientes sino a una cultura continental que va adquiriendo caracteres cada vez más firmes y sólidamente constructivos. Porque tanto en poesía como en filosofía y literatura estos elementos se han cosmopolizado, identificándose con el nuevo ambiente. Los antiguos moldes surrealistas o altruistas que constituían una modalidad particular antes del destierro, fueron alterados por sentimientos artísticamente delicados en emociones expresadas al unísono de sus contemporáneos americanos, con emociones que no exprimen el libro, sino el ingenio, a través del pensamiento, con rasgos clásicos, a veces tan humanos, que dejan atrás el tiempo y la historia.

Este trasplante, tan doloroso para el espíritu sensible de todo verdadero artista, ha tenido la virtud de diversificar la cultura ibérica, de bifurcar su linaje y poder creadores, hacia otros mundos, chorreando la sangre y las verdades que hasta trágico experimento se desconocía igual en potencia dentro del mundo europeo contemporáneo. Las emociones despertadas, que arrancan de las páginas maestras de la gran literatura clásica, dieron nacimiento a una obra de conjunto con perfiles de eternidad. Y no sólo den-

Encontramos ese dejo de querencia, ambición generosa de apretar el recuerdo entre nuestra imaginación y hacerlo universo, con espíritu viviente, en la gran mayoría de sus composiciones. Pareciera abrigar el propósito de infundirle alma a los motivos y por ello es que deslumbra con su atracción. Identificado con esos motivos tan suyos, que confiadamente va dibujando con sentido moral, se hunde en el tráfago de la metáfora, abasteciéndose así de imágenes su inspiración insatisfecha. Y, sin pretenderlo, pone en ello una firme voluntad, inquebrantable, que da a su poesía los tintes de la originalidad. «Gallardetes, sonrisas, colores, estallidos de bombas, jarana, voladones de seda punzó, algazara, bulianga... Retozar en el prado tres días entre lindas morochas rosadas, que tan sólo a reír aprendieron. ¡Disfrázarnos de novios la cara inocente de toda injuria. Y, entre bombas, banderas, rosadas, encontrarnos de nuevo pilletes caminando detrás de la banda! Alegría de verme paseando entre caras ya casi olvidadas, mi poncho doblado en el hombro y una boina ladeada!» O bien, rematando el paisaje, redondeando su emoción, se expresa en aquel «Visto criollo, te quedas sumergido en tus cosas; la cabeza inclinada, silencioso, las horas. Yo bien se que pasaste tu diablura amorosa: veleidades o ilusiones de gloria. Martín Fierro... Moreira...! Qué figuras grandotas en las ruedas paisanas mientras llega la aurora. Viejo triste que cruzas jineteando recuerdos de mocito que ansiaba ser cantor, guitarrero, profesor en facones y en la taba maestro. Has traído de entonces, a los tiempos modernos de rodeos avícolas, solamente los cuentos... la melena con liendros bajo el sucho chambergó y ese hachazo en la cara que te dió un forastero por cuestión de polleras en un baile del puesto! Nada queda de tus hazañas, abuelo!».

Cultivado al calor de las ideas que representó la generación del 80, Pedro Godoy se embebió en aquella cultura empírica de la tradición, que hasta entonces apenas si poseía una formalidad literaria. El campo era vasta llanura con lejanos horizontes y su espiritualidad descansaba en cuanto constituían fuente de riqueza. Espiritualmente, el país estaba por formarse, y cuanto representaba como elemento estético se traducía en los consejos y dichos de «Martín Fierro». Los animadores de aquella promoción, trazaron un nuevo panorama literario dentro del pensamiento libre, sin cuya anchurosa amplitud todo arte no es tal. Después de atravesar por los azares de una política belicista, con alteraciones por levantamientos y montoneras, la fuerza de la sangre no había aflorado al rostro nacional. Fue preciso comprender el establecimiento de una conciencia, que desde entonces cruzó el suelo; confeccionar un balance de revalorizaciones,

agrupando los sentimientos afines y constituir una fuerza militante que diera contextura al arte, la poesía y las ciencias sociales. Desde entonces, aquella orientación estableció una lucha vigorosa contra el pasado, con tales contornos que no hubo problema que resultara ajeno a las generaciones que le sucedieron.

Esas agrupaciones, que tenían por objeto la dignificación de un arte y ciencia verdaderamente de raíces nacionales, volcó su corazón en una labor fecunda, al punto que de allí arranca el sentimiento nativo. Pedro Godoy, que de aquella generación privilegiada por lo que representó, encontró en su atmósfera los recuerdos y las enseñanzas de su pasado telúrico, ha volcado briosamente la inspiración criolla, con la universalidad de las corrientes modernistas. Su gracia y colorido nos viene de los cuadros que trazaron aquellos hombres del pasado, con un espíritu de relato juvenil, sin adulteraciones ni invenciones peregrinas, sólo determinadas a establecer una conciencia. Que su arte no se distinga como auténtico dentro del ámbito del país, en modo alguno descredita las dotes particulares que le caracterizan como uno de sus grandes poetas. Las corrientes idealistas, como las escuelas literarias, ya no se determinan por un localismo. Su mundo es tan ancho y lejano, que forzosamente nos contaminamos cuando pretendemos ser originales. Y es que América en general tiene una misma conformación física y vegetativa. Su vida de relación tiene tanto de común entre sí que adquiere las características de un solo país, por su origen y tradiciones. A no ser por las diferencias climatológicas y la figura del suelo, desde el punto de vista étnico, su mundo vibra al unísono. De tal modo, hoy día resulta difícil establecer diferenciaciones entre una y otra literatura, a no ser por rasgos localistas particulares, que enfocan la vida y el movimiento sólo en una mínima parte de su universo.

Las corrientes intelectuales de una época, surgidas en determinado lugar, se bifurcan a todos los rumbos, y de ahí el gran mérito y éxito de la ilustración. Los ombres ya no son representativos sino dentro de la esfera mundial. Los diversos campos de cultura, confluyen a un solo punto representado por el amor al progreso y a cuanto nos rodea. Tanto las instituciones como todos los problemas que agitan al hombre se han cosmopolizado y sólo un mayor interés por la ciencia y las formas superiores y libres del arte y la literatura, que constituyen el movimiento homogéneo de las culturas, brotan, si con vida independiente, unidas en la espiritualidad. El perfeccionamiento de las colectividades, que apasiona e incita al cultivo de las manifestaciones intelectuales, traduce la vida que pasa en nuestra época de ele-

naje considerable con el exilio. La última generación, que surgió con el estallido de la guerra, aun cuando sus valores no están perfectamente definidos, establece un cierto paralelo con la denominada del 98 por los contornos que abarca el desenvolvimiento nacional. El propósito de inmortalizar en estrofas un agesta que viene de antes de los tiempos del moro y guarda unidad continua con el espíritu liberador que se ha propuesto la conciencia española, no tiene equivalente legítimo en otras literaturas, tanto por su cohesión como por la vitalidad significativa y valor poético impreso a tal resolución determinante.

Continuadores de la noble tradición literaria seguida por Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas y León Felipe, los nuevos poetas alcanzan su plenitud, luchando por la perfección poética dentro de su propio estilo, situándolos entre los reformadores de la poesía moderna. Aleccionados por esa inspiración, algunos de ellos sacrifican la pureza de la obra, movidos por los estímulos del combate, pero en conjunto alcanzan una eficaz perfección clásica, redescubriéndose así valores capaces de eternizar al hombre actual en su afán de escribir la obra completa que designe un período de tiempo y espacio. Optimistas, aun cuando la angustia del pensamiento contemporáneo descienda errabunda, aplanada por las consecuencias de las dos guerras, encuentran en la palabra el instrumento riguroso y completo de la pulcritud. Transfigurados por la trasplantación a un clima distinto del originario, este movimiento ha experimentado un compás de espera con todos los sinsabores de la aclimatación. Mas el deseo de imponerse a las consecuencias de una huida histórica, escapando a los bombardeos, pronto encontró campo de actividad, retomando las riendas abandonadas. La cultura ibérica, que de este modo se salvó milagrosamente de ser aniquilada por las bandas feroces del salvajismo internacional, pudo seguir las huellas más puras de la tradición que desde el siglo de oro venía lentamente descubriendo sin cesar los valores más finísimos del genio. Con Cernuda, Rafael Alberti y Nicolás Guillén, la poesía española completa su ciclo evolutivo de liquidación vanguardista, iniciando el retorno a las puras fuentes del lirismo, inspirada por la influencia de Góngora, en su largo recorrido hasta las variaciones de Herrera y Garcilaso, tan disímiles entre sí, pero tan completos en esencia.

Continuadores y renovadores, aun siendo tantos, encuentran en tierras americanas campo propicio para el desarrollo de sus especulaciones. La creación de formas y modalidades, prosigüe, olvidando ya el pasado, los mismos rasgos de belleza y de pensamiento con expresión de continui-

razón que late para seguir maldiciendo al cobarde más cobarde que la historia de los pueblos ha parido, hijo de madre. Allí cayó en la cuneta para no más levantarse». «Viajero, si vas a España y te acercas por levante busca una casa labriega perdida en los olivares. Con el humo del hogar se inciensan de paz los árboles y un gallo peleador luce al metal del plumaje cantando, cual yo cantaba, arma al brazo en el ataque. Si vas a España, viajero, vete a encontrar a mi madre y dile que llegué a Francia y que he logrado salvarme. Ne le digas a mi vieja que me has visto agonizante y, si más te preguntara, dale un beso de mi parte y apriétale bien los labios para obligarla a que calle. No le digas que me has visto, tirado aquí, desangrarme, sin que mi aliento postrero se pare a recoger nadie. Dile que abra bien los brazos y los cierre contra el aire, que allí me encontrará siempre espíritu para abrazarle. Dile que no llore ya; dile que ya no trabaje, que para aguardar la muerte con esperarla es bastante, y dile... ¡no puedo más!, dile... que... España ¡es muy grande!»

En términos, si no tan dramáticos, igualmente emotivos, se ha expresado la generación que parte de García Lorca, Angel Lázaro, Alejandro Casona, Rafael Alberti, Emilio Prados, Vicente Aleixandre, Manuel Altolaguirre y José Gaos, con esa voz portentosa del pasado histórico literario español, conducido a presencia de los tiempos modernos. Cada uno de estos poetas ha dejado profundas huellas dentro de aquel movimiento propiamente español, más que hoy puede conceptuarse cosmopolita, y con rasgos propios Rafael Alberti y Vicente Aleixandre, emotivo y delicadamente plástico el primero como metafísico y complicado, si también poeta en verdad, el segundo. Discípulos muchos de ellos de León Felipe, Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado, en la diversidad de sus facetas cada cual fué formándose su propio vocabulario expresivo para volcar su poesía sobre la periferia ibérica. Con Cernuda, Latorre y Miguel Hernández, jamás en España se ha conocido un movimiento literario uniforme similar, equivalente a una resurrección espiritual que hasta la desarticulación producida en 1939 prosiguiera influenciando las nuevas generaciones, cuyos últimos componentes fueron Antonio Agraz, Lucía Sánchez Saornil, Quiroga Pla, Garfías, Viñuales Giner, Rejanos, García Pradas, Ricardo Gullón y otros, sucesores directos de los mejores maestros.

Así en Emilio Prados, cuyo «Llanto de la Sangre» representa las puras tradiciones del romance castellano, hasta los «Romances de «CNT», de Antonio Agraz, la nota es equivalente al esfuerzo por identificarse con lo popular e inundar de vida la sangre ibérica, que experimentó un dre-

cuencia avasalladora, donde la palabra adquirió los contornos de instrumento moral como nunca hasta hoy experimentó la historia del hombre. Cuando resulte extraño a esta premisa, necesariamente se desenvuelve en el reducido círculo de una actividad desapercibida. Del mismo modo que toda fuerza ha de expresar su expansión y empuje, así el arte ha de manifestarse en ámbito sin contornos, eufóricamente, libremente, universalmente. Los motivos son comunes a toda colectividad. Sólo pequeños detalles nos distinguen, perceptibles apenas en formas de expresión o por rasgos típicos de nuestra apariencia física. La luz que brota de nuestros ojos, el rictus de nuestro semblante, la seriedad, placidez o candidez que trasciende de nuestra persona, son comunes a la contemplación y a la emoción. El pensamiento que sugiere un carácter, con sus tormentas interiores, que sólo el arte logra traducir o descubrir en una figura o metáfora, constituyen el gran secreto de la belleza estética, cuando el artista está animado por la violencia avasalladora de la inspiración.



### ROMANCE DE LOS VIENTOS

**Pedro Godoy**

Viento del río mojado,  
viento sobón, del invierno.  
Arrebujado en pañales  
de atardeceres enfermos.

Fria humedad que nos lleva  
muy cautamente a los viejos.

Tras el tul de la neblina  
los enlutados cortejos;  
un cajón con seis manijas  
y un sacudón sin quererlo.



Nací con el viento norte  
zumbón y pegajoso.  
Por eso soy inquieto,  
desobediente, loco.

¡Oh, viento de lujuria,  
oh, viento de los trópicos!





¡Oh, viento de la selva  
que con pincel morboso,  
va dibujando faldas  
delante de nosotros!

Que corres por los campos,  
desenterrando brotos.  
Bailando en remolinos  
sobre arenales solos.  
Desabrochando incendios,  
allá, por los rastros,  
acuarelas la noche  
de cárdenos pimpollos.

★

Oeste,  
viento nochero;  
color trigueño, de pajas.  
Deslumbre de poblaciones  
sobre la noche toldada.  
Superstición de lechuzas  
y vozarrones de hombrada.  
Con angustia de malones  
y arrastrar de las tacuaras,  
un fiero tropel de potros,  
y en cada potro una rabia.

Crespo viento de revuelta  
y toques a degollada.

Viento que llega furioso  
desde el fondo de la pampa.  
Viento de mil colorados  
acampando en la Tablada,  
con sus barbas renegridas  
y apuraditas las dagas.

Rojo viento de tragedia  
bajo la noche estrellada.

Descendiendo de los Andes  
tumbas pueblos a pechadas.  
Hecho ciclón endiablado  
en la belleza fantástica  
de un zapateo de estrellas.

critores españoles fuera de sus fronteras es tan asombrosa que recién tanto europeos como americanos se percataron de la inmensa fortuna creada por la península.

Pareciera que antes que una huida en procura de refugio, fuera más bien una invasión, por las proyecciones que ese aluvión artístico ha adquirido en los respectivos pueblos, repitiéndose así el fenómeno originario que se operó inmediatamente a la conquista de América. En aquel entonces los españoles trajeron voluntariamente con sus abominables prejuicios, la cultura española en cuanto tenía de creadora y fructificadora. Si verdaderamente aquella avalancha adquirió importancia sólo de orden preponderante en algunos pueblos, al punto de seguir siempre las huellas del progreso literario alcanzado por la península, tanto inmediatamente a la conquista como con posterioridad a la independencia, la expedición intelectual que se vió obligada a huir de la barbarie en 1939, tiene significación mucho mayor porque trae los planos, fórmulas y estilos hechos, para plasmarlos en suelo americano. De lo que resulta que la cultura de estos países que han acogido el arte y los artistas españoles prosigue a su vez la obra civilizadora que lo cavernario en España no ha querido. Siempre la tiranía tuvo miedo a toda inquietud de libertad. Las patas del caballo no sirven sino para colocarle herraduras. Resultado de ello es que América encuéntrase en el camino de tener que colonizar a España. Veamos el panorama triste que presenta en las circunstancias actuales, pisoteada su conciencia por negreros y verdugos, que ante la impasividad internacional, fusilan, degüellan y desuellan hombres, componentes de esa juventud que no pudo lanzarse a través del Pirineo o del mar insondable.

Generación heroica, la que purga culpas de querer ser libre en las mazmorras y cuyo destino no es menos azaroso que al ejército de milicias de la cultura que dejan en suelo de distintos continentes, diseminados en versos, cuentos, ensayos, composiciones pictóricas, químicas, físicas; el saber acumulado con la angustia de la inmigración, en un destierro forzoso, frente a la indiferencia de los rectores del mundo. Cada uno de ellos, traza planes para el porvenir, especulando con un futuro remoto aparentemente, pero seguro, de liberación, que permita retornar a la vida pasada en la añoranza, tejer el hilo de la felicidad. Los otros, que no saben sino hacer versos, expresan las mismas o parecidas emociones en forma poética, como Gregorio Oliván, describiendo el éxodo... «Camino de Francia va el hospital ambulante. Hombres sin brazos, sin piernas, mapa de horrores de carne dondó el gusano de hierro de la metralla hizo avance y, solo entre tanto muerto, vivo, un co-

ye la sustracción del cuerpo y del alma humanos, utilizados con fines inconfesables, ajenos a la voluntad y control de los sentidos. La explotación despiadada en nombre de ideologías salvajes que levantan a los vientos banderas ensangrentadas y monumentos a la impudicia y la mentira; el triunfo del cobarde que convierte el egoísmo en virtud y la pérdida total de su yo, con todo el sufrimiento, presenta motivos épicos para construir la futura obra de arte, tarea a la que corresponde abocarse sin demora para redimir al individuo antes que las horas desciendan lentamente sobre la armadura de la existencia, envolviéndonos en la oscuridad de la noche, donde la luz no resplandece y los ojos se cierran, cansado el cerebro y rotos de fatiga, para no abrirse jamás.

Tamaño desventura apenas si logró hasta aquí estremecer de espanto la corteza de la comunidad social. El arte y la literatura huyen, despavoridos, y recorren la tierra cubierta de cadáveres, de ríos de sangre y llantos. Por ello, hasta aquí no arrancó al sentimiento otras emociones más edificantes. Apenas si una filosofía de feria, conocida como existencialista, que explota un sistema especulativo de moda, araña apenas la piel del problema, sin enfrentarlo y menos con propósitos de solucionarlo. Golpea a las puertas de todos los vecinos, cuyas casas arden, sin atreverse a prestaries auxilio. Su propósito reside en el espectáculo, cual si la humanidad estuviera presenciando una escena de circo, en el que, inevitablemente, cada uno de los espectadores, va siendo, con regocijo, devorado por las fieras. Y en tanto, perdemos algo cada día, para quedarnos cada vez más solos, envueltos en la maraña de tanta confusión, únicamente al amparo de la bóveda celeste.

#### EL TRAGICO DESTINO DE LA POESIA CONTEMPORANEA

Guillermo de Torre significa que no será aventurado adivinar cómo quedará registrada por los críticos del futuro la literatura que se produzca en los años venideros. «Ostentará un rótulo idéntico en las historias literarias de todos los países» bajo el denominativo de literatura del destierro. La «única literatura del porvenir inmediato es la del destierro», pues que si el hombre no resuelve el propio problema de la libertad para reintegrarse a su destino social con toda la responsabilidad presente y futura, «si nos sintiéramos pesimistas, podríamos augurar que mañana todas las literaturas estarán en la emigración». Literatura desterrada es la española, que va tomando carta de ciudadanía en todo el mundo civilizado. La lista de poetas y es-

Con chaparrones a baldes,  
tras la seca prolongada.

Eres rudo... ¡pero taura!

CESAR VALLEJO

★

#### CONSIDERANDO EN FRIO, IMPARCIALMENTE...

Considerando en frío, imparcialmente,  
que el hombre es triste, tose, y sin embargo,  
se complace en su pecho colorado;  
que lo único que hace es componerse  
de días:  
que es lóbrego mamífero y se peina...

Considerando  
que el hombre procede suavemente del trabajo  
y repercute jefe, suena subordinado;  
que el diagrama del tiempo  
es constante diorama en sus medallas  
y, a medio abrir, sus ojos estudiaron,  
desde lejanos tiempos,  
su fórmula famélica de masa...

Comprendiendo sin esfuerzo  
que el hombre se queda a veces, pensando,  
como queriendo llorar,  
y, sujeto a tenderse como objeto,  
se hace buen carpintero, suda, mata  
y luego canta, almuerza, se abotona...

Considerando también  
que el hombre es verdad un animal  
y, no obstante, al voltear, me da con su tristeza en la cabeza...

Examinando, en fin,  
sus encontradas piezas, su retrete,  
su desesperación, al terminar su día atroz, borrándolo...

Comprendiendo  
que él sabe que le quiero,  
que le odio con afecto y me es, en suma, indiferente...

Considerando sus documentos generales y mirando con lentes aquel certificado que prueba que nació muy pequeño...

le hago una seña,  
viene,  
y le doy un abrazo, emocionado.  
¡Qué más da! Emocionado... Emocionado...

★

### EL DRAMA PAVOROSO DE LA CULTURA UNIVERSAL

Romain Rolland, el discípulo más completo del ideal tolstoiano, ha sabido presentar en su grandeza moral esa confianza en el hombre, a través de las vidas de los grandes precursores de la humanidad moderna. Obedeciendo a un imperativo moral, hizo abstracción de los factores negativos que condicionan, en los terrenos político y económico, el desarrollo de las corrientes idealistas. Encadenados entre sí, los problemas vitales que sacuden el alma, fueron tratados con dureza en cuanto obstruyen los caminos de la cultura, víctima inmolada en el altar del interés ganancial. Francia, en la generación inmediata posterior a la primera « guerra púnica » volcó sus sentimientos en lo que parecía un renacimiento de la civilización europea. Un movimiento intelectual de vastos alcances, que abarcó a toda Europa, puso de relieve el deseo vehemente de auspiciar una reconquista de los valores perdidos. Producto de aquel espíritu genial, que inmortalizó las figuras del arte más sobresaliente de los últimos tiempos para traernos su mensaje de fraternidad, fueron Ernest Glaeser, Stefan Zweig, Thomas Man, Leonard Frank, Arnold Zweig, Erich Maria Remarque, Henri Barbusse que, dentro del campo de la literatura dieron cuerpo a un movimiento trascendental de la nueva cultura europea. La obra de estos escritores iniciaba la recuperación de la bondad que se había salvado de la consunción en las trincheras. El alma humana había surgido de allí, despedazada, pero resuelta a poner un punto final a tamaña catástrofe. Su influencia abarcó los más diversos campos intelectuales, puesto que, con Louis Aragon y Apollinaire, dulcificó en poesía el mundo renaciente y en las artes plásticas inspiró las creaciones que, partiendo de aquella convalescencia, entablaron animado debate entre las ideas estéticas.

La consecuencia de factores negativos, disociados de la conducta general, anulaban en parte aquel esfuerzo juvenil en cuanto de sano y provisorio en él había. La precipita-

nocimiento espiritual y la libertad de remontarse, desde lo más íntimo de los sentimientos hasta el lejano empyreo, de modelar la conciencia e infundirle nueva vida para admiración de la posteridad, está su victoria y su triunfo.

«El Cero y el Infinito» y «La Hora Veinticinco» son los dos documentos más trágicos de esta civilización que redujo a cero al individuo. Es decir, a uno menos uno, equivalente a nada, a lo que no existe. Porque desprovisto de cuerpo y de alma actúa como máquina, huído ya del dolor, sin que interese el día o la noche, si procede bien o mal, si adora o mata. Rotos los resortes del control sensitivo, los personajes son elementos arrancados de ultratumba, movidos por acciones mecánicas que obedecen a las fuerzas del enemigo. Su cuerpo, despojo de lo que fueron, ya no les pertenece, ni la tierra que pisan, el oxígeno, el sentir ni el mirar. Pero son dos realidades lacerantes, alucinadas, atrocemente escalofriantes, símbolos de una época despreciable por su crueldad, en que hasta el tiempo conspira contra la carne gimiente. Arrancados del estado social, cuyos estratos representan, su conducta destructiva va cavando la sepultura de los hombres y de las instituciones.

Tales obras son los embajadores de la angustiada pesadumbre del ciudadano modesto, que no toma partido en las contiendas y, por lo tanto, víctima propiciatoria elegida para el sacrificio. La sociedad moderna se alimenta de carne muerta. Si no encuentra víctimas para sus orgías por los rasgos combativos que presenten — que le proporcionen motivos realistas para el espectáculo, como lo hicieron con el nazareno — las tomarán del montón anónimo, exista motivo o no para la inmolación. El caso es arrojar carne a las fieras, para alimentar el morbo del bajo instinto animal. Esos dos libros, cada uno en su lugar de residencia, simbolizan nuestro mundo presente, con todos sus horrores y tormentos. Mas no es de este cuadro de horrores donde el hombre puede cifrar el porvenir. La obra, no por plástica puede ser constructiva. Nuestro mañana tendrá que hacer un gran esfuerzo de voluntad para olvidar, para cerrar las páginas de la historia de tanto padecimiento y utilizar otros materiales más eficientes para construir el nuevo arte, recurrir a otros expedientes imaginativos, porque la misma representación del hombre, vuelto al revés, no logra volverlo a la realidad humana.

La inmensidad de contornos de la tragedia no arrancó otras páginas tan dramáticas. El tema es amplio y presenta multitud de facetas, visto desde cualquier ángulo de la tierra. El desastre moral, cuyas responsabilidades alcanzan a toda la sociedad, degeneró en descenso vertical hasta al relajo, asociado con el crimen horrendo, como lo constitu-



tra organización racional. Tanto Ghiorgiu, como Kœestler y Walter Jens nos presentan ese mundo irreal por lo verídico, fantástico por lo doloroso, falaz por la crudeza de las acciones, mentiroso porque parece increíble que el hombre haya tenido que descender a tal punto, y porque tal sea su resistencia física y moral para soportar tamaño martirio, sin una causa ni principio que compense ni remotamente tales sacrificios.

El ideal cristiano ofreció por boca de sus evangelistas la salvación de los pecadores. Quien hiciera acto de contricción podía lavar su alma siguiendo la nueva doctrina. Había allí una esperanza de salvación, y está visto que la débil figura del hombre aspira a interpretar su conciencia y convertirla en aliada, al confiarle sus secretos más íntimos. Habría en ese ideal de superación motivos harto valerosos para ofrendar la vida en martirio. Mas en nuestros días, el aborrecible materialismo, enarbolado como falso ideal, sigue en derrota delante del individuo. Por obra de un determinismo egoísta, al que ciegamente obedece, después de negar los valores históricos, arrasa con los restos normales de la personalidad para cargarla de cadenas. En cualquiera de ambos campos de la lucha, las características de ese destino crudelísimo son idénticas, pues que todo consiste en ubicar los factores, en una u otra posición, según el punto geográfico en que se encuentren. El martirio se exige de diferentes modos, pero obedeciendo al único denominador común de someterse a la inflexibilidad de las disposiciones o a la crucifixión, tributo que el raciocinio debe pagar por el delito de imaginarse un mundo mejor para el porvenir.

La cultura se encuentra asediada por dos ejércitos enemigos que la atacan desde extremos opuestos, y no para su salvación, sino para su destrucción. Ambas fuerzas se complementan, pues que están determinadas a un mismo fin. Los colores de sus banderas son distintos, pero su acción está unificada y perfectamente planificada de mutuo acuerdo. Políticamente no está lejano el día en que lleguen a confundirse y fusionarse, porque tal es el destino de dos enemigos poderosos que, midiendo sus fuerzas, antes que aniquilarse, optan por una transacción comercial para repartirse amigablemente el botín. Desarmado y entre dos fuegos, el genio creador tiene que resistir las embestidas y soportar a pie firme, con todo el altruismo y valor ecuménico que cumplidamente lo está haciendo al avance victorioso de los bárbaros. Su única resistencia descansa en la imaginación, en el juego multiforme de las especulaciones, factores que el enemigo no tiene capacidad para medir ni juzgar. En esa cualidad, que representa el dominio del co-

ción de los acontecimientos, que se fueron sucediendo con ininterrumpida relación de continuidad, obedeciendo a un plan estratégico previamente establecido, detuvieron el avance de aquel movimiento, mas no alcanzaron a aniquilarlo, pese a la gran tragedia posterior que envolvió en el conflicto a toda la población mundial. La situación, tal cual la palpamos en estos instantes, nos impide restablecer contacto con el alma rusa, que a principios del siglo trajera a la vida intelectual europea ese inmenso caudal de ternura de que son testimonios elocuentes la profunda obra literaria de sus escritores y poetas. Desterrador en una tierra dividida por fronteras convencionales, separados de nosotros por una barrera de alambres de púas electrificados, ignoramos la suerte de Fedor Gladkov, Alejandro Serafimovicht, Alexis Tolstoi y toda una generación de contemporáneos que, cultivados en las grandes virtudes de un Nicolai Gogol, Antón Chejov, Joan Turguienev, Fedor Dostoiewski, Máximo Gorki, León Tolstoi, Alejandro Puchskin, Iván Gontcharov y cien más, remozaron con una labor sin precedentes, por la cantidad y la calidad de su obra, la literatura mundial, que un país lejano, como procedente de los confines de la tierra, que gemía y gozaba de la vida, experimentaba quebrantos y su corazón latía al mismo ritmo del nuestro, con los mismos sentimientos, emociones e inquietudes.

En relación de ideas, otro movimiento de enorme pujanza se inicia del otro lado del mar. Al calor de esas corrientes es esta vez en tierras lejanas de América donde los discípulos del viejo humanismo europeo actúan con libre independencia, herederos de las civilizaciones autóctonas, identificados con los principios morales eternos. La cultura humanística había logrado extenderse y fructificar en suelo virgen, siguiendo las rutas de la civilización. Una promesa, por el espíritu vigoroso que recibieran de la revolución con ardor de independencia, fué malograda por los hechos trágicos que volcaron esa actividad artística en el gran conflicto de los últimos años. Habiendo experimentado en propia carne las consecuencias de la primera guerra, en contacto con los combatientes europeos, habían comprendido la necesidad de reivindicar la memoria y el martirio de sus padres y hermanos. Obedeciendo a ese imperativo moral, comprendieron que únicamente por el esfuerzo creador los pueblos pueden sobrevivir y alcanzar la eternidad. Y, por contacto con los secretos de la belleza y del arte, descubrieron la verdad y los fundamentos de la libertad que sus abuelos dejaron jurídicamente grabados en las páginas de la revolución.

Así han surgido a la actuación figuras de tanto relieve

como Romulo Gallegos, Waldo Frank, Ricardo Guiraldes, Upton Sinclair, Mariano Azuela, Ricardo Rojas, John Steinbeck, José Carlos Mariátegui, Mac Leist, Baldomero Sanín Cano, Sinclair Lewis, delante de toda la generación de animadores que había comprendido y vislumbrado un mundo futuro para el disfrute y la satisfacción del trabajo liberado. Tanto en literatura, como en pintura y arquitectura, los habitantes de los páramos y las cordilleras asistían al milagro de la resurrección del espíritu por obra de cultura, que había inundado a raudales la feracidad intelectual, aportando al acervo del universo los valores arrancados a la tradición, volcando en esa labor artística las pasiones más caras del alma.

El drama de un pueblo termina consternando a toda una colectividad. Confundidos en el dolor, el hombre americano comprendió en sus alcances las proyecciones de la contienda en igual medida que la necesidad de arbitrar recursos para impulsar los destinos de la civilización humana, en contraposición con el materialismo frío y egoísta de los tiempos en que la tristeza puso negro crespón sobre las conciencias. Prescindiendo de los viejos cánones, contrapuso, en una obra de arte que volcó en el torrente intelectual de las comunidades más exigentes en materia artística, los principios inalterables de la condición estética. No obstante, invadido el continente por la violencia de los acontecimientos, propagados por agentes endémicos, la creación del genio ha sido crudamente martirizada. La realidad palpable en otros países, más allá del océano, ha ejercido una presión gradualmente similar. Y los hombres que del arte habían hecho un culto fueron sometidos al rigor de la ley, inflexible en cuanto a los preceptos de la moral, porque todo producto de la inteligencia invariablemente conduce a ese destino. El desarrollo intelectual experimentó las consecuencias del atavismo histórico. Fuerzas primitivas que permanecían agazapadas entre las malezas del instinto animal, surgieron en acción amenazante y belicosa. Haciendo abstracción de cuanto implica un respeto a los valores de la conciencia, no resultó difícil aplastarlos, trabando su libre desenvolvimiento. Abiertas así las venas del cuerpo social, la cultura fenece lentamente, en perjuicio de la riqueza intelectual y la gloria de las naciones y los hombres.

El cataclismo adquirió contornos universales. De un lado dictaduras bramantes que, abjurando de cuanto hay de eterno en las civilizaciones que nos precedieron, por estimarlo fuera de época y del tiempo en que el ser humano es traducido en elemento mecánico, impone la condición de crear una obra de arte simetida a normas y regímenes. Lo que se aparte de ese imperativo es lapidado con ferocidad

salvaje. El razonamiento de que la obra de cultura es producto de épocas, pero tiene aplicación en cualquiera de ellas con tal de que su fondo presente los rasgos fundamentales de la perfección, es un absurdo. De otro lado, aunque menos virulenta, la acción se dirige por conductos de convencionalismos distintos que la política militante encauza hacia clases y preconceptos. Y lo que debería responder en absoluto a simples reglas de arte, evoluciona tristemente en dirección contraria. Sólo así se explica que una civilización con tan pesada carga intelectual como arrastra su historia milenaria a través de los tiempos, desemboque en creaciones banales que inundan el consenso del hombre moderno, despreocupado desde entonces tanto por sus asuntos personales, incluso su indumentaria espiritual, como por los de su ciudad o aldea y los de su propio lugar en la naturaleza.

La regla no tiene aquí excepciones puesto que guarda estrecha relación de continuidad en cualquier esfera del mundo social. Los documentos conocidos de uno y otro extremo de la tierra, hoy dividida en dos zonas de influencia, adolecen de los mismos defectos, según el punto en que se ubiquen. Lapidada la literatura como arte de función social y moral, prolifera una creación periodística de corte policiaco, cuya aventura es la misma de siempre, con los argumentos más desastrosos y procaces. Existiendo un plan preconcebido de alimentar las mentalidades pobres para que no se deriven hacia los sanos preceptos del altruismo, que automáticamente provocan un estado individual de independencia, los tiempos modernos alimentan con tal levadura los bajos sentimientos morales. Es indudable que no puede hablarse con respeto de una obra de arte ni algo parecido, porque implica un retroceso en el curso normal de los tiempos, que conduce a la presente generación por los mismos pasos del primitivismo ancestral, como de regreso a las cavernas.

El hombre sensato no puede ver con pasividad este avance de la barbarie escalofriante, sin pensar que hasta el don de la palabra se menosprecia y la luz de la inteligencia se apaga para resucitar el grito ululante de las fieras en la profunda noche del oscurantismo. Tres libros aparecidos después de la última catástrofe, ponen duda sobre la conciencia humana. «La Hora Veinticinco», «El Cero y el Infinito» y «El Mundo de los Acusados» son una real y cabal interpretación de la inmensa tragedia de nuestro siglo dolorido. Si el alma del individuo careciera de otros recursos, poderosos por fortuna, como para enfrentar el caos y sobrecoarse a reparo de la tormenta, habríamos pensado en un suicidio colectivo al que fatalmente se inclina nues-

Vidas apasionadas

# Jack London

Una fabulosa historia de Jack London, novelista y aventurero de fama mundial, cuya personalidad, formada de los rasgos más contradictorios y de la más asombrosa combinación de genio y locura, hizo de su vida, algo más fantástico que cualquiera de sus novelas.

El día 12 de enero de 1876 nació Jack London, hijo de Flora Wellman y del profesor Chaney, nombre que sólo llevó unos meses, pues su padre lo abandonó antes de nacer, y solamente cuando su madre contrajo matrimonio con el viudo John London, llevó el nombre que le iba a hacer famoso.

Años más tarde Jack London solía afirmar que él no había tenido niñez, y que sus primeros recuerdos, eran de una vida atormentada, por la pobreza crónica, sin embargo cariño no le faltó. Si bien es cierto que Flora, su madre, carecía de instinto maternal, en cambio Elisa la mayor de las dos hijas de London, cobró profundo afecto al muchacho y se encargó de su crianza. Elisa tenía entonces ocho años, y ya era una personita seria y responsable y no flaqueó nunca en su sagrada misión hasta el día de la muerte de Jack. Además, una vecina negra, la señora Jeny Sentis, que acababa de perder a su hijo, hizo de nodriza, de madre adoptiva y amiga de Jack, quien desde sus primeros días estuvo muy bien cuidado entre Elisa y mamá Jeny.

A pesar de todo no puede negarse que su niñez fué muy dura. A los once años, debido a la prolongada cesantía de su padastro, cayó sobre sus hombros la responsabilidad de atender a la manutención de la familia. Levantábase antes del alba a repartir diarios, trabajo que reanudaba por las tardes a la salida de la escuela. Los sábados trabajaba ayudando al distribuidor de hielo y los domingos día y noche pasaba las bolas en una boquera pública. Aprendió a conocer la vida riñendo con los demás repartidores de diarios, presenciando peleas en las tabernas, y mezclándose entre la muchedumbre del muelle de San Francisco, entre balleneros del Artico, cazadores de los mares del Sur, contrabandistas de opio, juncos chinos y en negrecidos vapores de carga.

Su pasión de los libros, insaciable en él desde muy temprano, la compartía en la contemplación del gran amor de toda su vida: el mar.

A los trece años vióse Jack obligado a abandonar la escuela para dedicarse a trabajar y durante un año estuvo barriendo tabernas, y haciendo trabajos parecidos. No había cumplido aún los quince años, cuando obtuvo un empleo permanente en una fábrica de conservas, a razón de diez centavos de dólar por la hora. La jornada más corta era de diez horas y en ocasiones trabajaba hasta dieciocho o veinte por día. En el transcur-

so de aquellos duros meses, cuando el cansancio no le dejaba ni siquiera abrir un libro por las noches, solía preguntarse si la vida no tenía más objeto que matarse trabajando como una bestia de carga.

En cuanto se enteró que French Frank, viejos pirata, deseaba vender por trescientos dólares su balandro, la «Razle Darke», Jack concibió un plan y voló a confiárselo a mamá Jeny, empleada entonces como niñera, y le pidió prestado el dinero, y ella le dijo que cuanto tuviera estaba a su disposición.

Aquella noche Jack tomó parte en su primera invasión a los criaderos de ostras. Al amanecer el nuevo patrón regresó a toda prisa para aprovechar temprano el mercado de Oakland, vendió sus ostras y comprobó que en una sola noche había ganado tanto como en tres meses de trabajo en la fábrica de conservas.

A medida que transcurrían las semanas fué granjeándose el respeto de los rudos piratas de ostras. Era un chico sociable. Cuando los amigos se emborrachaban, cosa frecuente entre aquella catterva de inveterados bebedores, el neófito de quince años, ansioso de probar que era tan hombre como cualquiera bebía en competencia con todos ellos. Pero de tanto en tanto iba a la biblioteca de Oakland, escogía un buen lote de libros, se encerraba con llave en su camarote, para evitar la burla de sus palurdos compañeros, y tendido en la litera, se pasaba las horas muertas devorando un libro tras de otro.

Cierta madrugada hallándose completamente ebrio, trató de trepar a bordo del balandro, y cayó al agua. Entontecido por las brumas del alcohol, concluyó que morir ahogado sería una espléndida culminación de su vida, tan corta pero tan llena de emociones. Peramneció de espaldas bajo el resplandor de las estrellas, viendo alejarse las luces familiares del puerto, y despidiéndose de ellas con tristes adioses. Pero el agua fría le despejó la cabeza, y pensó entonces que mejor sería no morir. Un pescador griego que regresaba a Vallejo, lo izó inconsciente a bordo. Con esto puso fin, por muchos años, a la funesta costumbre de borracheras desmedidas.

Cuando tenía 17 años, y era un mozo, fornido, corpulento y audaz, ansioso de conocer el mundo, se alistó en la goleta «Sofia Sutherland», que iba a la caza de focas en Corea, Japón y Siberia, y fué su consagración como marino. En tierra acompañó a los demás marineros en sus consabidas visitas a las tabernas, se emborrachó ruidosamente, como ellos, despilfarró el dinero, y en general se comportó como un viejo lobo de mar.

El pánico financiero de 1893, había sumido el país en profunda depresión y Jack no pudo encontrar otro empleo que el de ayudante en una fá-



brica de cerveza con el jornal de un dólar por diez horas de trabajo. A los 17 años, con apenas una educación elemental, tomó parte en un concurso literario, del diario «Call» de San Francisco, con su relato «Un tifón frente a la costa del Japón» y se ganó el primer premio, de 25 dólares.

Luego de varios meses en la fábrica, cambió de trabajo, y se fué a la planta de tranvías de Oakland y el intendente lo contrató a 30 dólares al mes, con un solo día de descanso mensual y consistía su trabajo en pasar carbón a las obreras encargadas de alimentar las calderas. Tenía que hacerlo tanto para el turno del día como el de la noche y esto lo forzaba a trabajar furiosamente a fin de adelantarse a los trabajadores del día y acumular así la provisión necesaria de combustible para las que trabajaban de noche. Era aquella una jornada asesina de trece horas.

Por fin uno de los fonderos se compadeció de su situación y le informó que siempre habían dispuesto de dos operarios, uno para el turno de día y otro para el de la noche, y que a cada uno de ellos les habían pagado a 40 dólares. Al presentarse Jack en demanda de empleo, el intendente, había despedido a los dos trabajadores, para contratarlo a él y darle el trabajo de ambos. Pocos días después un diario de Oakland, anunció que uno de aquellos hombres, cuyo puesto había ocupado Jack sin saberlo, casado y con tres hijos, se había suicidado por no haber encontrado trabajo. Jack disgustado tiró la pala y renunció al asesino empleo.

En abril de 1894 el desempleo había asumido proporciones alarmantes, y Jack salió, en un tren de parados que iban a Washington, a pedir al Congreso trabajo a los parados. Pero en Omaha, los ferrocarriles se negaron a llevarlos más lejos, y Jack continuó rumbo al Este y para mediados de verano había llegado a Nueva York. Por las mañanas recorría las calles mendigando comida y las tardes las pasaba en el parque. Su cena eran dos o tres vasos de leche helada a 1 centavo. Como dormía a campo raso, un policía lo detuvo, fué arrestado por vagancia y conducido a la cárcel. A la mañana siguiente fué condenado con otros 15 a un mes de trabajos forzados. Vió a presos que eran víctimas de ataques a puñetazos, otros que enloquecían, algunos a quienes se les arrojaba escaleras abajo, y varios que fueron muertos a latigazos por sus verdugos.

Conoció a centenares de hombres, oyó la historia de sus vidas, comprendió su forma de pensar y de sentir y, cuando por fin se le concedió la libertad, cogió un tren de carga que iba rumbo al Oeste y así empleó varios meses en regresar a San Francisco, cogiendo otros trenes como aquél.

Jack London gozaba de buena salud vigorosos músculos y un estómago capaz de digerir aldabas. Se veía envuelto en una continua lucha por la vida venciendo por puro dominio de la fuerza, pero había oído la historia de muchas vidas que comenzaron casi lo mismo que la suya, pero que no llegaron a ninguna parte. Habiendo resuelto vivir de la inteligencia, resolvió ingresar en la Universidad de Berkeley en California.

Tenía 19 años cuando empezó a su primer año de

Universidad, vistiendo un traje bastante estropeado, de una talla que no era la suya, y camisa de lana. Allí conoció a Eduardo Aplegarth, hijo de una culta familia inglesa domiciliada en Oakland. Aplegarth le presentó a su hermana Mabel, de quien se enamoró Jack con toda la rapidez y espontaneidad de su naturaleza fogosa. Mabel era una criatura etérea, de grandes ojos zarcos y una espléndida cabellera rubia. Tenía una voz de exquisita dulzura y una risa musical que hechizaron a Jack.

Más tarde Jack se afilió al partido socialista de Oakland, de reciente fundación, y fué arrestado por haber hecho una arenga en la plaza pública sin permiso de la autoridad. Este incidente hizo que se le cerraran las puertas de muchas casas, pero los Aplegarth siguieron recibéndolo y aun que a Mabel causó gran desazón aquel arresto, su amistad no se alteró. Sin embargo su situación era desesperada, y los sábados y domingos trabajaba en podar los céspedes, sacudir tapices y hacer comisiones, y después de las clases se quedaba a barrer los pisos y fregar los retretes.

Dándose cuenta que era una lucha sin esperanza, en el verano de 1896 viéndose como en un callejón sin salida, la casualidad le abrió un camino: el descubrimiento de oro en el Klondike en Alaska hacia donde marchó.

En junio regresó Jack a casa. Llegaba sin un céntimo, no había sacado de las minas de Alaska ni una onza de oro, pero estaba destinado a ganar más dinero con la fiebre del oro que cualquiera de los ambiciosos que denunciaron las minas en las quebradas de Bonanza.

Mabel y Eduardo Aplegarth le dieron una comida de bienvenida. Después de 16 meses de ausencia encontró a la joven más bella y atractiva que nunca.

Una vez que los demás invitados se hubieron despedido, Mabel amortiguó las luces, tomó a Jack de la mano, y lo condujo al piano para cantarle las canciones que le había cantado cuando se conocieron, y él no podía equivocarse al reconocer en aquellas sentimentales canciones, una confesión de que era correspondido, pero no se atrevía a hablar hasta que pudiese ofrecerle algo más que ropa de segunda mano y hambre.

Comenzó a escribir con verdadera desesperación, mientras trabajaba al mismo tiempo en lo que podía. Cierta día recibió una carta de una revista del Este llamada «El Gato Negro». Era del director que le remitía un cheque de 40 dólares por uno de sus escritos.

En julio de 1899 alcanzó la verdadera categoría de escritor profesional, sus cuentos y artículos aparecieron en cinco periódicos distintos, a la edad de 23 años, y sólo nueve meses de trabajar de la pluma. Antes que terminara aquel año, se le ofreció la gran oportunidad. Había escrito una extensa narración titulada «Odisea en el Norte», que había tenido la audacia de remitir al «Atlantic Monthly», a la sazón la revista literaria más presuntuosa, exigente e inaccesible del país; pero el director le alabó y le ofreció 120 dólares por él. La casa editorial asociada al «Atlantic Monthly»

convino en publicar en la siguiente primavera un libro de sus cuentos.

Algunas noches después, Jack se encontraba en su cuarto rodeado de manuscritos, libros y notas para un centenar de cuentos futuros y faltaban pocas horas para el nacimiento del siglo XX. El reloj anunció la medianoche y el joven sacó la bicicleta y emprendió en la obscuridad el camino de 655 kilómetros para ir a San José, donde vivía entonces Mabel. ¿Qué mejor manera de iniciar el siglo, que casarse con la mujer amada

La señora Aplegarth, nunca había querido tener a Jack por yerno, pero cuando éste le mostró el primer ejemplar de «Odisea en el Norte» cambió de opinión, y accedió al matrimonio pero con una condición: que Jack prometiera no separarla jamás de su hija.

Fué esta exigencia motivo de disputa entre el pretendiente y la presunta suegra, y Mabel permaneció neutral, pues la madre la dominaba por completo, y Jack por su parte no quiso inclinarse y el compromiso de matrimonio quedó en el aire.

En febrero, ocurrió un incidente que habría de poner término a esta situación tan penosa. Fred Jacobs, amigo de Jack, murió repentinamente y en el entierro Jack conoció a Besie Madern, linda muchacha irlandesa que, había sido la novia de Fred y con ella había tenido una vieja amistad Mabel, quien pidió a Jack hiciera lo posible por aliviar el dolor de la infortunada joven. De ahí a poco las visitas de Jack a Besie se hicieron más frecuentes y los domingos solían pasearse por los bosques. Resolvieron casarse a propuesta suya que ella aceptó, estaban convencidos de que podrían formar un hogar sólido y tener una familia ideal.

Parece como si el matrimonio le hubiera traído suerte, puesto que en la primavera Jack logró al fin que la revista «Mc Clues» le aceptara tres cuentos por los cuales le pagaron 300 dólares. Poco después su primer libro de cuentos «El hijo del lobo» que encontró una acogida favorable de la crítica, en vista de ello Mc Clue convino en enviar a Jack un cheque mensual de 125 dólares durante cinco meses, para que pudiera dedicarse a escribir una novela.

Así escribió «La gente del abismo», obra descriptiva clásica, sobre los desheredados de la suerte, a la cual siguió «La llamada de la selva» y «El lobo de mar». Jack envió la novela «La llamada de la selva», al «The Saturday Evening Post», que la aceptó en una carta muy elogiosa acompañada de un cheque de dos mil dólares.

Besie le había dado dos hijitas, y Jack London se sentía feliz, pero también frecuentaba su casa, una joven Charmian Kitredge, que no era bonita pero su postura era arrogante y provocativa. Era instruída, nada convencional en su forma de pensar, era muy hábil pianista, y poseía un gran valor físico.

No tardó mucho en llegar lo inevitable, y una tarde Jack se aproximó a Besie y le dijo: Besie te voy a dejar. ¿Es que vas a regresar a Piedmont? No, es que te voy a dejar... que me voy a separar de ti...

Durante los dos primeros años Jack y Charmian observaban mucha discreción en sus relaciones, y

por temor al escándalo que se armaría, si se conocía la causa de la separación, se veían una o dos veces por semana y cuando no podían estar juntos se escribían un torrente de cartas.

Charmian se hallaba honradamente convencida de que Jack no podría ser feliz en su matrimonio con Besie y que era ella la esposa que él necesitaba, alguien que lo comprendiera, lo sostuviera, lo apoyara, alguien en fin que pudiera vagar, aventurarse y arriesgar con él, sin amarrarlo a la monótona rutina de la casa.

El 22 de abril de 1907 Jack levó las anclas con el «Smart», un yate, con el fin de hacer un viaje alrededor del mundo, iban él, Charmian, un tío de ella, Roscoe Eames, Martin Jhonson, un estudiante, Herbert Stoltz y un camarero japonés y ninguno de ellos, salvo el propio Jack, no sabían siquiera arriar una vela.

Visitaron las islas Hawai, de Fidji, las Salomón, pero enfermó y tuvo que hospitalizarse en Sidney, Australia donde pasó cinco meses de convalecencia y vendió el «Snark» por tres mil dólares, que le había costado unos 20.000 dólares.

De regreso a San Francisco después de andar dos años errante por el mundo, dijo a los periodistas: «Estoy cansado hasta lo indecible y he vuelto para descansar de verdad».

Empezó a trabajar en «Aurora espléndida», novela audazmente concebida que tiene por escenario la Alaska y San Francisco, vendió el mejor de sus cuentos de boxeadores: «Un trozo de carne». Cuando se editó «Aurora espléndida» millones de personas se encantaron de su lectura y volvió a ser el favorito del público.

Seguro de que no había perdido nada de su capacidad creadora y deseoso de celebrar dignamente la próxima maternidad de Charmian, Jack comenzó a poner en obra otro de sus grandiosos sueños: la casa en que pensaba pasar el resto de sus días, y para la cual escogió un sitio magnífico en un desfiladero de Hill Ranch, un proyecto de casa con la enormidad de 23 habitaciones y a la que pondría de nombre la «Casa del lobo».

Escribió «John Barleycom», novela autobiográfica que tuvo millones de lectores. «John Barleycom» fue uno de los factores que ayudaron a imponer en 1919 la prohibición de bebidas alcohólicas en los Estados Unidos.

Mientras más estudiaba la agricultura en California más antieconómica le parecía. Tanto él, como su hermanastra Elisa, tenían invertidos todos sus recursos en métodos científicos de labranza.

Sembró en sus campos algarrobos y ciento cuarenta mil eucaliptos, una madera dura que según Jack tendría mucha demanda en la construcción. Compró caballos, ganado vacuno, cerdos y cabras todos de pura raza, su plan consistía en vender parte de estos ganados, después de algunos años de selección rigurosa a los granjeros vecinos a precios muy bajos.

Ganaba unos setenta y cinco mil dólares anuales con sus escritos, pero gastaba más de cien mil. Todo cuanto tenía estaba fuertemente empeñado, hasta su propio porvenir, todo y explotando a los trabajadores pues de él dependían una serie cada vez más creciente de parientes, parientes de

sus parientes, amigos y amigos de sus amigos, holgazanes y parásitos de todas clases.

Para el mes de agosto de 1913 Jack London había gastado ochenta mil dólares en la «casa del lobo» ya casi terminada, y el día de la inauguración el 19 de agosto, un campesino despertó a las gentes al grito de «fuego» y a los pocos minutos llegó Jack anhelante, con el cabello revuelto. Detúvose de pronto en el altozano donde tantas veces se había sentado con los obreros italianos a cantar y beber vino y tenía ahora a la vista un infierno rugiente. Nada podía hacer, sino estar ahí de pie dejando rodar sus lágrimas, contemplando cómo desaparecía en humo, uno de sus más grandes sueños.

Cuatro días estuvo en causa postrado, abatido, luchando con la amargura que le producía el convencimiento de que la «casa del lobo» había sido intencionalmente incendiada por alguna persona que le debía favores.

Lo primero que hizo cuando se levantó de la cama fue ir a caballo a ver el esqueleto de magnífica piedra roja que se proyectaba contra el cielo azul de Sonora. Debía más de cien mil dólares, y ahora la mayor parte de esa suma era una pérdida total; la idea del trabajo creador que debía realizar para el pago de esa deuda era como una losa que le oprimía el cerebro.

Volvió a la anterior rutina. Todo estaba como siempre había estado pero ahora lo veía desde un ángulo muy diferente. Llamó a la gratitud de los centenares de hombres y mujeres que en total, habían recibido de él, más de cincuenta mil dólares, sólo recuperó cincuenta.

Por primera vez preguntó si sus amigos no se estaban burlando de él. Sus pensamientos se hicieron cada vez más amargos y sombríos. Sin embargo, en ese año de 1913 llegó al apogeo de su carrera. Cuatro novelas suyas, se publicaron en forma de folletines en las revistas, mientras que en forma de libro, aparecieron otras cuatro, entre ellas dos de las más famosas que escribió: «John Barleycorn» y «Valle de la luna». Estos éxitos extraordinarios hicieron que entre los editores se le reputara no ya como un simple escritor de moda, sino como una de las grandes fuerzas literarias del país.

Pero su salud iba decayendo a diario. Aquella máquina poderosa que era el cerebro de Jack London, después de haber producido 41 libros en catorce años, comenzaba a fatigarse y a perder pre-

cisión. Durante toda la vida, si se exceptúan las orgías de la juventud cuando era pirata de ostras, había sido capaz de beber, lo mismo que prescindir del alcohol a voluntad, pero ahora la cosa era distinta. Encerrado en un horrible círculo vicioso, la enfermedad lo hacía beber y la bebida lo enfermaba, antes la gente lo veía beber, ahora lo veía bebido. La única fuente de paz y alegría para él, era la finca de campo.

En su mente apuntaba ya una nueva idea, la extensión de su proyecto de granja modelo. Estos planes tropezaron con mala suerte desde el primer momento. Toda su colección de cerdos finos pereció. El toro semental ganador de premios, y fundamento de su rebaño, se desnucó. El rebaño de cabras de Angora fué barrido por una epidemia. El caballo semental de raza Shire, ganador de la cinta azul, a quien Jack London amaba como si fuese un ser humano, lo hallaron muerto.

Derrotado. Estaba derrotado y bien lo sabía, pero no iba a confesarlo a los cuatro vientos. El arte de escribir, que le infundía vida como la sangre en las venas y el aire en los pulmones, le parecía ahora un veneno.

Cuando terminó «Tres corazones», escribió: «Este cuento es una celebración. Al terminarlo cumplo 40 años de edad, ajusto 50 libros de mi pluma y completo 16 años de estar en este oficio de escribir».

Lo que nadie sabía, fuera de Elisa, es que le torturaba el temor de enloquecer. Sentía la cabeza demasiado cansada para trabajar, y sin embargo debía escribir todos los días, para poder pagar sus deudas. Temía que el cerebro no resistiera aquel esfuerzo y muchas veces suplicaba, «Elisa, si me vuelvo loco, prométeme que no me enviarás a un manicomio».

El martes 21 de noviembre de 1916, terminó sus planes para salir a Nueva York al día siguiente y se fué a acostar. A la mañana siguiente el sirviente japonés, se presentó con expresión de terror en la habitación de Elisa. En el dormitorio encontró a Jack inconsciente, en el suelo había dos tubos vacíos, en la mesa un papel con números, era el cálculo de una dosis mortal de morfina. Jack murió aquella noche.

Así murió el genial escritor, que con sus obras deleitó a generaciones de lectores del mundo entero y que hizo de su vida algo más fantástico que cualquiera de sus novelas.

R. GARCIA

«Vivo mi vida; cultivo  
mi psiquis con fuerzas nuevas  
y, cuando la Explotación  
quiera echarme otra cadena,  
una voz me bastará  
para mandarla... a la...»

« Romancero de la Libertad »

GREGORIO OLIVAN



# Opresión y revolución

(Continuación)

## LA POLITICA, COMPLICE DE LA OPRESION

No sólo la política, también la religión puede ser cómplice opresivo. El peligro de la religión institucionalizada consiste en que puede dar lugar a la opresión. Ya aludimos a este hecho. Aquí la explotación y el poder no sólo se ejercen de un modo directo —por dependencia de unos con respecto a otros, a través de una especie de monopolio religioso— sino también a través de la sugestión.

En «El séptimo sello», se puede apreciar esta segunda manera de oprimir —mágicamente— a los fieles. Después de una larga procesión, donde los penitentes, obsesionados por la muerte, se infligen toda clase de mortificaciones y dolores físicos, el sacerdote aprovecha la extenuación física y psicológica para procurarles un miedo horrible al Juicio. En ese momento —tan magníficamente logrado por I. Bergman— el sacerdote se ha adueñado de las multitudes, a través de la sugestión. Eso sucedió en la Edad Media. Pero puede darse en cualquier tiempo. En nuestros días van surgiendo también —dentro del cristianismo— métodos de atracción y conversión que dañan a la misma religión que intentan propagar. A través de resortes psicológicos magníficamente conocidos y manejados, se priva de la libertad a los participantes que —mecánicamente— terminan aumentando el número de sus pecados, algunos llorando, todos poseídos por una exaltación religiosa.

La Política dispone aun de más medios para oprimir. Pero uno de sus resortes más utilizados es la magia. Los totalitarismos son un ejemplo bien patente.

Algunos gobiernos «atemorizan» a los subordinados con los medios que todos conocemos, porque saben muy bien que, cuando se hace sufrir —y tener miedo— a la masa, se la domina fácilmente. El «engaño» es otro medio, el que más resultado suele dar: en este resorte puse la clave del enigma social; sólo él, utilizado mágicamente, explica que

la masa —la mayoría— sea siempre manejada y oprimida por la minoría. Normalmente, la política lleva, además, implícito un comportamiento muy propenso a oprimir: cosifíca a las personas. Georges Luckas piensa —con razón— que toda política es impura.

Esta política negativa —cómplice de la opresión— utiliza lo que Marx Weber llama «moral del corazón» (9) —nutrida de sentimentalismo y exaltaciones—. En parte, la democracia ha abusado de esa moral, con los famosos slogans que utiliza: uno de ellos es la igualdad —palabra mágica, pero cuyo auténtico significado apenas se conoce—. Esta política tiende a halagar los movimientos primarios. Incluso utiliza el obsequio y el favor para atraer...y luego tiranizar.

Existe, sin embargo, una política positiva: la política como verdadera acción, apoyada en la «moral de la responsabilidad». Con este tipo de política, como acción verdadera, no como magia, identifico yo la democracia.

Pensemos un momento que no sólo el hombre es un ser en devenir; también lo es la sociedad. Un mundo en devenir requiere —como dice tan justamente Guardini— ser dirigido. Más aún, cuando se trata de la sociedad: en ella precisamente las transformaciones son más violentas y expuestas al desorden. Esta misión, llena de responsabilidad, corresponde no a los héroes, sino a los políticos. Por eso, no sigo la opinión de quienes creen que la revolución es sólo una cuestión social y no política. (Claro que la política que defiende aquí no se confunde con la «ideología» política: la política como ideología puede ser una superestructura; la política como acción, no.)

Esta concepción de la política coincide con la auténtica democracia. Esta no significa —como viene repitiéndose superficialmente— el gobierno del pueblo

(9) Tomo de Marx Weber sólo la acuñación. El sentido no coincide estrictamente. Para Marx Weber, en la política, no basta la «moral del corazón» — una especie de moral romántica —; se requiere otra, de que hablaremos a continuación.

por el pueblo. Esto es absurdo: el pueblo —la masa— no puede ser gobernada más que por una minoría. Ahora bien, si la política de esa minoría es verdadera y responsable, ipso facto se consigue la democracia. Veamos cómo.

El verdadero político sabe que el progreso y la acción no dependen sólo de él, sino que descansan en la relación que cada ciudadano asume con los asuntos públicos: todos, cada uno en su puesto y misión, toman parte y deciden el devenir de la res pública. Entonces se trata —en la verdadera política— de poner en su sitio justo a cada uno, en lo que cada uno es capaz de hacer. La política fracasa si no cuenta con la colaboración de todos, aunque posea la mejor de las constituciones. La labor precisa del político, lo que le pone por encima de la masa, es saber penetrar en la realidad social, en los hechos y su interdependencia, en las posibilidades de acción, y encomendar con responsabilidad las misiones a los individuos competentes. El verdadero político es un auténtico conductor.

Naturalmente, esta democracia excluye el gobierno que —durante tanto tiempo— se vino ejerciendo en nombre de un derecho divino; también excluye los totalitarismos. En ambos casos, el pueblo —asustado— veía anulada su acción, su participación en el bien público que, en realidad, no era público sino privado (encomendado siempre a los intereses de los tiranos).

Pero habría que guardarse también de que la palabra «pueblo» fuera el símbolo mágico de nuevas tiranías.

La verdadera democracia significa no que el pueblo se gobierna a sí mismo, sino que todos decidimos el devenir de la «res pública».

★

## NI OPTIMISMO NI PESIMISMO

Del examen realizado al comienzo, parecería que sólo podría deducirse el pesimismo.

¿Pero es mejor el optimismo? En modo alguno, pues lleva al engaño.

La posición justa es hacer lo que se pueda —de lo contrario se colabora a favor de la opresión—, pero sin engañarse, no perdiendo nunca lo que podríamos llamar el sentido de las posibilidades.

Lo primero que habría que dilucidar, es la meta de la revolución. ¿Hemos pensado que, siempre, se le asigna —como meta— una usurpación del poder, de la riqueza y de los privilegios a los que ya los poseían?

Pero no es esa su meta, quizá sí una etapa previa y necesaria (aunque esa etapa no debe consistir precisamente en «usurpar» sino en «destruir»). La revolución no debe terminar siquiera en un capitalismo popular.

La revolución debe proponerse que desaparezca la enajenación del hombre: que el hombre sea hombre, ya por una vez. Esto lo entrevió Marx. Pero luego, la revolución fué manejada para diversos fines, muy distintos al auténtico. Una de sus desviaciones más nocivas se la impuso Stalin. Hoy, la rivalidad con otras potencias le obliga a sacrificar el esfuerzo de los obreros, cuya defensa es su única razón de ser.

La meta de la revolución es, ni más ni menos, ésta: lograr el pacto del hombre con la naturaleza. El cual se logra en el trabajo. (La revolución debe ir provista de una concepción del trabajo.) En nuestros días se tropieza con una gran dificultad: la enajenación de las máquinas.

★

#### DOS PALABRAS SOBRE ESPAÑA

Por eso, los países —como España— en los que predomina el trabajo agrario son los llamados a presentar el modelo de la revolución. En ellos, la industria y la técnica también son necesarias y deben ser asimiladas en gran escala: pero ya no tendrían el carácter de máquinas —monstruos que oprimen y enajenan—, sino el de herramientas —prolongación de las máquinas del hombre—.

Naturalmente, también se dan, en nuestro país, obreros de la industria y de la burocracia. Con las tres clases de obreros hay que contar. Así se podrá luchar contra nuestro triple capitalismo: industrial, bancario y latifundista. ¿Cuál de estos capitalistas es el más grueso, el que más obreros oprime? Es una cuestión que dejo abierta, por no disponer de

datos estadísticos. A primera vista, parece que predomina el problema agrario. Y, desde luego, el capitalismo más inhumano es el latifundista: y el más anacrónico (10).

Los esfuerzos de todos los obreros han de organizarse políticamente para que sean eficaces. Los sindicatos y el partido político son los dos medios. En nuestro país, por no ser viables los partidos, sólo resultan adecuados unos auténticos sindicatos.

Estoy de acuerdo con I. Fernández de Castro en que esos esfuerzos deben ser dirigidos por las agrupaciones industriales de la ciudad, ya que las fuerzas campesinas y agrarias están tan dispersadas y poseen menos cohesión (11).

De acuerdo también con Aumente—frente a Fernández-Santos— en que no hay que esperar a que se cumplan las etapas de la Dialéctica. El que en España no se haya dado la gran fase industrial —ésta es la objeción de Fernández-Santos a la revolución social en España— quizá disminuya la dificultad de la revolución: el enemigo está menos armado.

Si esa dialéctica determinista

(10) *Redactado este trabajo, ha aparecido en el «Ya» un artículo de monseñor Herrera, publicado en «L'Osservatore Romano». En él se refiere a la falta de conciencia social de los españoles: «La quiebra más honda del catolicismo hispano es la deficiente formación de la conciencia social.» Afirma que «el problema agrario es hoy el más grave de la vida nacional». En las tierras de Andalucía, Extremadura y parte de la Mancha anida la mejor esperanza y el mayor peligro.*

*El obispo de Málaga abriga la esperanza de que, en los próximos diez años, se reformen las estructuras campesinas. Los ensayos que se realicen en España serán una «preciosa experiencia» para «iniciar la reforma agraria — también inaplazable — en el continente americano».*

*Por lo pronto, el Estado ya ha advertido el problema y se dispone a poner remedio. La jerarquía eclesiástica andaluza está en la misma línea. Sería de desear que los señores andaluces — y no andaluces — accedieran espontáneamente a estas reformas que presentan como inexorables.*

(11) *La obra en que expone esta idea — «Teoría sobre la revolución». Ediciones Taurus — es el estudio más serio que se ha hecho en España, en los últimos años, sobre el tema.*

fuera cierta y hubiera que respetarla, ¿que sería entonces de los pueblos afroasiáticos que han saltado de un estadio de vida casi primitivo a un plano en el que la técnica más refinada define a la civilización? ¿Esos países se han saltado los procesos intermedios: hicieron bien; pues, de lo contrario, el Occidente capitalista que los «coloniza» tendría de su parte a la situación objetiva.

No entiendo como no se revisa ya de una vez, ese fetiche de la dialéctica determinista, que —cuando es respetado— hace el juego a la opresión, al retrasar los acontecimientos.

Un factor muy importante es que los capitalistas cristianos españoles lleguen a ser consecuentes con su cristianismo. Sus filas están llenas de usurpadores descarados y ladrones bienintencionados. Yo he visto en misa a un cacique andaluz: su compunción espiritual denotaba que la conciencia no le remordía. ¿Puede llegarse a algo peor? En este sentido los que dirigen la religión tienen una misión mínima y bien definida: recordar a estos cristianos de manga ancha su deber, meterles en el alma la conciencia y el remordimiento. Si este estado de cosas sigue así, el cristianismo engendrará —dentro de sí mismo y por ley inexorable— un cristianismo de izquierdas, al menos como actitud.

También fuera del Cristianismo se dan inconsecuencias. Existen capitalistas, con todas las agravantes, que se presentan ante los demás como revolucionarios y defensores del proletariado (de palabra sólo, claro).

Luckas alude —al hablar de la filosofía burguesa— a un tipo de hombre con gesto revolucionario y contenido reaccionario. Pues bien, esta confusión también se da en la conducta. Contra esa confusión del pensar y de la conducta, cómplice de la reacción, hay que luchar a toda costa.

★

#### EL IDEAL Y LAS LIMITACIONES

El ideal al que hay que aspirar es una situación en la que no exista ninguna enajenación. Para ello no habría que considerar la producción y el trabajo en términos de rendimiento, sino que habría que procurar desarrollarlos como la máxima conjunción posible entre pensamiento y acción (procurar que ninguno de estos dos términos anule al otro).

Las dos limitaciones de este

ideal son: en primer lugar, la **indole misma de la producción moderna**. Según el propio Marx, en ella «se trastrueca la relación entre el sujeto y el objeto» y se da «la subordinación del trabajador a las condiciones materiales del trabajo.» En «El Capital» hay un párrafo que viene muy al caso: «En la fabrica existe un mecanismo, no sujeto a los trabajadores, que los asimila como engranajes vivientes. La separación entre las fuerzas espirituales que intervienen en la producción y en el trabajo manual, y la transformación de aquéllas en fuerza del capital sobre el trabajo, encuentra su coronación en la gran industria fundada sobre el maquinismo. Así, el destino individual del trabajador desaparece como una nada ante la ciencia, ante las formidables fuerzas naturales y el trabajo colectivo, que son incorporados al conjunto de las máquinas y constituye con ellas el poder de la lucha.» Todas las fuerzas están en manos del capital, frente al peón. Fundándonos en sus propias afirmaciones, habría que confesar que el proletariado no libera, ni es la clase dominante, sino engranaje de las máquinas.

La **técnica** es el gran hallazgo ambiguo de nuestra civilización. Marx —ya lo apuntamos antes— puso su esperanza en que la producción se emanciparía de ese mecanismo oprimente con los esclavos mecánicos, con una técnica que no exigiera mucho esfuerzo del hombre. ¿Podemos esperar eso de la técnica?

Dice Haecker que existe una analogía curiosa entre la creación del hombre, por parte de Dios, y la creación de la máquina, por parte del hombre: los dos seres creados tienen capacidad de independizarse de su creador. Pero con una diferencia: el hombre puede retornar. La máquina, en cambio, por ser mecánica y autómatas, no puede: la materia y la causalidad no son capaces de reversibilidad; la máquina, más bien, tiende cada vez más, a la independencia.

Al servir a la máquina que posee su lógica y causalidad propias, el hombre siente nacer en sí necesidades artificiales, extrañas, que van desplazando a las auténticas —naturales y sobrenaturales—. Y así —continuando esa lógica implacable— la máquina no sólo roba al hombre el poder de realizar y plasmar sus intenciones vitales (esto es, lo que le proporcionaba la «herramienta» como prolongación de la mano del hombre), sino que, ade-

más, esteriliza el centro fecundo donde nacen esas intenciones, por tener que servir a la máquina.

La segunda limitación, bien grave por cierto, es la **indole de los hombres**. Hay en ellos —cada uno puede apelar a su propia experiencia— un deseo puro del bien que coexiste con una fuerza gravitatoria que tira en dirección contraria. De esto habló Platón. La experiencia de San Pablo es también de carácter universal: no puedo lograr lo que deseo, sino que vengo a hacer aquello precisamente que no quiero. Nuestro pensamiento desea el bien, pero le falta fuerza gravitatoria: el error de los idealismos ha sido creer que la tenía. La gravedad nos lleva en dirección contraria al bien: el error de los materialismos ha sido creer que esa fuerza gravitatoria se encuentra, finalmente, con el bien.

El hombre es un ser tan extraño y contradictorio que, dejando a sus propias fuerzas, aniquilaría a sus semejantes. Tucídides ya lo expresó con una claridad admirable: «Creemos con respecto a los dioses, según la tradición, y sabemos con respecto a los hombres, por una experiencia indudable, que siempre cada uno —por una necesidad de la naturaleza— oprime allí donde puede.» Con esta contradicción del hombre hay que contar a la hora de la revolución. Marx lo tuvo en cuenta: advirtió que el hombre desea la justicia y, al mismo tiempo, está sometido a la necesidad y a la fuerza.

El anhelo más intenso de los hombres ha consistido en buscar el modo de conseguir el bien y de alejar el mal. Mientras unos se sirvieron de las morales de grupo —toda profesión que realiza, con perfección, su mecanismo es inasequible al mal—, otros siguieron pensando que la naturaleza humana es esencialmente flaca y que ese problema no se resuelve tan fácilmente, aparte de que esas morales se apoyan en la mentira y en el engaño —oprimen—.

¿Es que el bien y el mal no significan nada?

Sí significan. El bien existe. Ese bien es absoluto y es asequible a pesar de nuestra flaqueza: es demasiado intenso el deseo que se posee de él para que no exista o para que fuera sólo relativo. He aquí el punto en que Platón, el Cristianismo y Marx —los tres pensamientos más importantes de Occidente— vienen a encontrarse. Los tres arrancan de esta convicción (12).

Las diferencias surgirán cuando se investigue el modo de conseguir el bien y la justicia. Platón sigue siendo —por una intuición genial— afin al cristianismo: la flaqueza se vuelve capaz del bien a través de una ayuda superior y trascendente. Marx pensó que la materia social, a través de su propio mecanismo —germen de opresión— podría expulsar su inercia venenosa y alcanzar la justicia y el bien: el choque y la lucha de las fuerzas sociales posibilitaría el acceso del proletariado al poder; se tendría así una clase única: sin morale de grupos (sin opresión).

★

#### OTRA VEZ, EL IDEAL

Si intentamos la descripción de un estado social que fuera el ideal, habría que fundamentarlo en una justa concepción de la **producción — del trabajo, mejor —**.

Pero la **producción**, a su vez, puede ser enjuiciada y valorada según el «rendimiento» (como quiere Marx) o según el «bienestar» que produce también ser valorada según la intervención, que en ella se dé, de la relación entre pensamiento y acción. Reduciendo el problema a términos más expresivos: la producción puede valorarse con la dialéctica **deseo-satisfacción**, también con la de **pensamiento-acción**.

Si el hombre trabaja y produce según la dialéctica **deseo-satisfacción**, hace el juego al capitalismo, porque ¿quién certifica que el hombre —por lo menos ciertos hombres— ya tienen bastante? El capital conseguido nunca satisface: he aquí el problema. Al persistir el Capitalismo, es muy difícil evitar la miseria de sus víctimas. Pero supongamos que se llegara a una situación sin pobres ni miserables: si la producción se centra en el **deseo-satisfacción**, al dejar margen de acción al insaciable capitalismo, se contribuiría a una situación opresiva, de hombres débiles y dominados, ya que el capitalismo, por definición, supone la **objetización y cosificación** de los sujetos humanos y reduce las relaciones personales a relaciones mercantiles.

(12) *Este encuentro entre pensadores tan distímiles sólo es posible si se contemplan los fenómenos, las conductas y el pensamiento con cierta capacidad de síntesis. Esta busca siempre, en las cosas, lo último, más allá de las contradicciones.*



En cambio, si se persigue la máxima intervención del pensamiento en el trabajo y en la producción, consiguiendo una auténtica «praxis», se impedirían — por lo menos elementalmente, en una mínima medida — las relaciones de sentido capitalista; sólo así, podría aspirarse a una situación libre de enajenación.

Es fácil ver que ni el idealismo — cómplice ideológico de la opresión — ni el materialismo — que suprime el pensamiento autónomo y la libertad — nos sirven. Habría que buscar, como dice Sartre, un realismo que no fuera materialista. Esto nos permitiría naolar del realismo cristiano. Aunque este tema lo dejamos abierto para otra ocasión, quiero nacer una breve digresión sobre mi personal y reciente punto de vista acerca de la relación del cristianismo con el «cuidado temporal» de los hombres. El Estoicismo puede aportarnos una imagen interesante: la patria universal y única, en que vivimos los hombres. El hombre de la Estoa se sentía cosmopolita — no conocía fronteras — porque consideraba a todos los honores partícipes de la Razón — Todo Razón Común — Koinos Logos —: todos iguales, todos con los mismos derechos.

A este cosmopolitismo estoico habría que dotarlo de un acento personalista: que los habitantes de esa ciudad universal fueran libertados y que el Todo que la rige fuera una Razón personal. Si la Ciudad terrestre es — como quiere el Cristianismo — conato e imagen de la celeste, la solución parece clara: seamos fieles a la Ciudad terrestre, cumplamos con nuestra ciudadanía; porque, sólo siendo fieles a lo temporal, podemos los hombres conquistar lo eterno y lo sobrenatural.

El trabajo — como síntesis de pensamiento y acción — es la situación que mejor define al hombre como ser en el mundo.

Con el trabajo así concebido, se conseguirán algunas ventajas notable: el hombre controlaría su intervención en la materia; conocería, hasta cierto punto, los secretos de la técnica — cuestión importante, dados los peligros de ésta —; sería autónomo en sus relaciones con los demás en la coordinación de esfuerzos (la coordinación es muy propensa a la opresión); se podrían abolir, con más facilidad, los abusos y los privilegios; y se conseguiría que la colectividad no fuera un ser superior, sino la

simple aunación de las voluntades individuales.

Que las fuerzas sean siempre dirigidas, en lo posible, por el pensamiento. He aquí la única manera de que los débiles puedan ser operantes: no conviene confiarse a la Evolución o al Determinismo de los sucesos y de la materia social. Esto mismo puede expresarse de otra forma: Que el hombre sea responsable en todos sus quehaceres. Su responsabilidad no debe limitarse a evitar las situaciones frívolas. Debe adquirir consciencia de las posibles consecuencias de la acción, para impedir las que sean nocivas. La responsabilidad es exigida en proporción a los peligros. Por eso, ninguna época como la nuestra, debe poseer el *ethos* de la responsabilidad.

He aquí el ideal. Pero no confundamos el ideal con la utopía. Mientras el ideal tiene relación con lo real y posee carácter dinámico, pudiendo ser el punto de referencia de los quehaceres actuales, la utopía se caracteriza por su contradicción con la realidad y con el presente.

He aquí el ideal, repito. ¿Cómo se llega a él? ¿Cómo se alcanza? Por la revolución.

R. G.

## Acuse de recepción

Publicaciones recibidas en este mes:

- «Ibérica», de Nueva York. Directora, Victoria Kent.
- «La Humanitat», de México. Director, Francesc Aguirre.
- «Pour la Paix», de Bruselas. Responsable, Henriquez.
- «Cahier des Amis d'Han Ryner». Paris. Responsable, Luis Simón.
- «L'anarchosyndicaliste», Nantes. Responsable, Serge Mahe.
- «Solidaridad», de Paris. Director, J. Ferrer.
- «Voluntad», de Montevideo. Director, R. E. Romero.
- «Seme anarchico», de Torino. Director, Garinei.
- «Défense de l'homme», de Cannes. Director L. Dorlet.
- «Le Montagnard», de Paris. Director, Vinatrel.
- «Volontà», de Génova. Redactor responsable, Turroni.
- «Est et Ouest», de Paris. Director, C. Harmel.
- «Le Monde Libertaire», de Paris. Director, M. Laisant.
- «L'Anarchie», de Paris. Secretario, R. Beaulaton.
- «Buiten de Perken», de Holanda. Redactores, A. y R. de Jong.
- «Cuadernos», de Paris. Director, J. Gorkin.
- «Le Contrat Social», de Paris. Publication del I.H.S.
- «Informe de la F.L.A. al V Congreso», Argentina.
- «Umbral», de Montreal.
- «Horizontes», de México. Director, P. Foix.
- «Nigra Flago», del Japón.

Libros y folletos:

- «El mundo nuevo», por P. Besnard (Ediciones CNT).
- «La revolución», por G. Landauer (Editorial Proyección).
- «Présence du syndicalisme libertaire», por L. Mercier.
- «Niki o la historia de un perro», por T. Dery (Ed. Proyección).

## Parábolas de Han Ryner

# El niño lisiado

**B**AJO la brasa de un cielo incendiado, encima de la carretera ardiente como un metal enrojado, el niño, esforzándose en caminar con una especie de dolorosa danza que no avanzaba casi, posando y levantando vivamente sus pobres manos, posando y levantando vivamente los pobres muñones de sus piernas. El espectáculo de su sufrimiento me hizo derramar lágrimas de piedad por él, lágrimas de vergüenza y de cólera contra los hombres que así abandonaban al enfermo.

Le pregunté:

—¿Adónde vas así, pobre amigo mío?

—Al pueblo señor.

—¿Al pueblo? ¡Pero si está a dos leguas! ¡No llegarás nunca! ¿Quieres que yo te lleve?

Al oír esto, saltó como un sapo, apresurado por alejarse de mí.

—No, señor —rechazó huraño—, ya sabré yo llegar solo.

—¿Por qué te niegas a recibir la ayuda que se te ofrece amistosamente?

Su temor tomó ahora un tono humilde, hipócritamente dulce. Hábil, hizo entrar en juego su interés:

—Dése cuenta, señor, estoy lleno de polvo y os mancharía.

Sin más respuesta que una sonrisa, me bajé y lo levanté con cuidado. El se quiso librar de mí, desesperado.

—¡No quiero!, ¡No quiero!, ¡No me deje caer!

—¡Pobre niño!, ¿has encontrado, pues, a gente mala?

—¡Sí! Sólo he encontrado a gente mala... Todos son malos.

Su voz se volvía áspera y colérica.

Cuando lo apreté contra mi pecho, me arañó con sus miedosas manos. Pero yo besé su carita linda y delgada. Resignado y conmovido, sonrió por fin.

Caminé por mucho tiempo con mi fardo ligero que, poco a poco cesaba de ser un animal capturado y salvaje, para volverse un pequeño ser de dulzura, de confianza asombrada y de reconocimiento, a no haber cálculo ni miedo en su sonrisa, sino solamente alegría y amor.

★

A un recodo de la carretera, un rápido coche de caballos, veloz y violento como el sol, se lanzó sobre nosotros. No tuve tiempo para apartarme. Pero el grito del niño, detuvo bruscamente a los caballos, cuyos humeantes resoplidos invadían nuestras caras.

Enseguida, de un salto me puse a salvo en la cuneta. el cochero, con el látigo levantado, gritó:

—Idiota, has asustado a mis caballos!

Depositando el niño en tierra para recibir yo solo el latigazo, agarré instintivamente una gruesa

piedra, la cual tenía en mis dos manos, esperando con impaciencia, el latigazo que desgarrando mi carne, me hubiera permitido apedrear aquel bruto.

Y mientras que el cochero me miraba con ojos de bestia furiosa, los caballos tenían unos ojos muy humanos, brillantes de pensamientos simpáticos.

Decían de mí, los hermosos y humanos ojos de los caballos:

—¡Qué animal tan feliz! ¡Solamente lleva la carga que quiere!... ¡Qué animal tan valiente! ¡Lleva voluntariamente a quien no puede caminar! ¡Puede vengarse de los latigazos!

El esperado latigazo cayó, cimbreado, sobre un pobre animal encerrado en las varas del coche.

Partió el coche pues jadeante, mientras que por la portezuela una cabeza hinchada se mostraba.

—¡Imbécil!, me gritó horriblemente enrojada, con sus dos gruesos ojos adelantados, cual dos bolas que van a desprenderse y rodar por el suelo, con su enorme boca torcida grotescamente.

Y luego, dirigiéndose al cochero:

—¡Podías haber aplastado a esos idiotas, en vez de darme semejante sacudida!

El pasajero me pareció menos digno de respuesta que su cochero, pues ni siquiera lancé la piedra contra la jaula rodante de aquel chacal. Pero se me escapó una risa de desprecio que me fue profundamente dolorosa.

★

Derramando luego lágrimas, emprendí de nuevo la marcha con mi querido fardo, que contra mí se apretaba tembloroso.

Me di cuenta que había tenido tanto miedo por mí como por él y, desde entonces, amé tanto a su corazón como a su abandono. Abracé, maternal, al pequeño huérfano. ¡Cuán dulce me fue el beso que me devolvió y el tuteo amistoso con que me trató:

—¿Por qué lloras?

—Lloro avergonzado de los hombres.

—¿Verdad que para ti soy muy feo?, interrogó con la coquetería de las mujeres, de los enfermos, de todos los débiles.

—No, amigo mío. Tu cara es tan hermosa como la aurora visible. Pero esos insolentes, esos brutos, son feos como...

Mi voz se encolerizaba. Y dijo el niño, para apartar de mi espíritu el pensamiento triste e irritante:

—Escucha como canta ese mirlo.

Y los dos escuchamos. Porque, en aquel momento, éramos los dos buenos, en comunión con la buena naturaleza, comprendimos el lenguaje silvado del mirlo.

El pájaro, decía, burlón:

—¡Qué tontos son los hombres! Tienen coches que sirven para los que pueden caminar y, ¡dejan

**E**RASE un viejecillo silencioso, siempre vestido como para un duelo.

Todos los buscadores de libros viejos le conocían, y ninguno sabía como se llamaba ni quién era. Jamás cruzaba la palabra con ellos, aunque hacía años se encontraba con ellos en los mismos lugares; jamás tomaba parte en sus disputas, no pocas veces acaloradas; jamás intervenía en sus conversaciones, interminables, interminables. Les saludaba, al llegar, y al partir, y nada más. Cualquiera que fuese el problema que debatieran, y no había problema que no trataran de dilucidar, le era indiferente. Ni miraba a los disputadores, cuando uno u otro alzaba la voz. Parecía vivir en otro mundo. Ni la política, tema frecuente de las disputas, ni la literatura, sobre la cual todos tenían algo que decir, ni la filosofía, en la que algunos, alguna vez, se adentraban, le hacía salir de su silencio.

Después del saludo, al llegar, guardaba en un estuche dos lentes que traía, sacaba de otro estuche otros, se los colocaba, luego de haberlos limpiado lentamente, y empezaba a consultar libros mil veces ya por él consultados. Pasaba así una hora, o dos, o tres, y partía, con otro saludo, breve, y como a la fuerza arrancado.

Casi siempre, cuando partía, el problema que los buscadores de libros trataban de desentrañar era el del viejecillo, como todos le llamaban. Raras, rarisimas veces le habían visto adquirir un libro. Los libreros mismos no sabían qué le interesaba. Ni hablaba de autores, ni de materias. Buscaba, buscaba incansablemente, y cuando, de tarde en tarde, elegía algo, era imposible, por lo que elegía, conocer sus preferencias, ni si tenía preferencias.

Se supo, al cabo de años, por un librero que había dejado de serlo, y que no sintiéndose a gusto lejos de los libros comenzó a frecuentar las librerías semejantes a la suya, que había buscado en otro tiempo el viejecillo, cuando aun no era viejo: sólo historias referentes a la nobleza de un país vecino; ninguna otra cosa tenía interés para él.

— Trazaba entonces su árbol genealógico — aclaró el antiguo librero —. Llegó a no faltarle, para complementarlo, más que un dato. Sin duda no lo ha encontrado todavía, y lo busca.

Corrió de boca en boca, entre los libreros y entre los buscadores de libros viejos, lo en otro tiempo buscado por el viejecillo. Curiosos, unos y otros le ofrecieron ayuda en su búsqueda. Un poco divertidos, por lo que sabían, y adivinando, por lo que sabían, diversión mayor. Sería graciosa, indudablemente, la historia del viejecillo. Ese dato no

a los lisiados arrastrarse por la tierra abrasadora!

Y otro mirlo respondió, aun más burlón:

— ¡Qué inteligentes son los hombres!, ¡Qué inteligentes! Sólo ellos tienen la razón. Entre ellos los hay que consienten a ser esclavos de otros hombres, a ser siervos voluntarios. Pero no vayáis a creer que tienen la ingenuidad de socorrer, ¡oh no!, a los débiles y a los enfermos; hacen el trabajo de quienes podrían trabajar y sostienen a los que podrían sostenerse a sí mismos.

(Próximo artículo: El árbol preferido)

## Versiones por Denis

# EI

encontrado, ese dato que impedía el trazado completo de su árbol genealógico, debía ser cómico, cómico.

Contento, el viejecillo, del interés que le mostraban los libreros y los visitantes habituales de las librerías, habló un día, en una de éstas, más que en los muchos años que libreros y buscadores de libros le conocían.

Tenía trazado, en efecto, su árbol genealógico, y sólo le faltaba un dato para completarlo, como había dicho el antiguo librero. Había buscado antes libros que le permitieran trazar el árbol; buscaba ahora unas memorias donde sabía de fuente fidedigna estaba el dato que le faltaba. Llevaba más de diez años buscándolas. Inútilmente. Había escrito a libreros de todo el mundo. Ninguno tenía noticia de ellas. Había viajado por todo el país en su busca. En vano. Desesperaba ya de encontrarlas. Su vida hacia el ocaso, y temía morir sin dejar a sus descendientes, completa, la tarea a que había dedicado gran parte de su existencia.

— Se trata — dijo, finalmente — de uno de esos libros de corta tirada que nadie lee, excepto el autor y sus familiares, y que nadie sabe a dónde van a parar los otros escasos ejemplares. Si los traperos fueran gente letrada, nos ayudarían mu-





# viejecillo

cho a los hombres como yo. Y a los eruditos. Porque a ellos, sin duda, van a parar esos libros.

— ¿Y no teme usted — le preguntó el librero — encontrar en esas memorias algo desagradable? Casi siempre, cuando se hurga en el pasado, se tropieza con sorpresas que hacen subir los colores al rostro. Tal antepasado fue un bandido, tal antepasado gustó demasadamente de hacer sacrificios a Venus, buscándose para cada uno distinta compañía.

— ¿Temer? — repuso el viejecillo —, ¡Al contrario, al contrario!

— ¿Al contrario? — interrumpieron todos a la vez.

— Sí, al contrario. Duele hallar algo así en nuestros padres, o de nuestros abuelos, cuando aun viven. Después de muertos, tampoco. Del antepasado bandido nos puede venir la fortuna, de los sacrificios a Venus de la antepasada el ser descendiente de un noble, que es mi caso.

No le interrumpieron ahora, ni el librero ni los otros, sorprendidos, y el viejecillo prosiguió:

— El autor de las memorias que busco, que se refugió en nuestro país al estallar una revolución en el suyo, ha reunido en ellas, por los informes que tengo, además de sus aventuras particulares, las de algunos aristócratas refugiados aquí como él. De uno de estos aristócratas, que no era su marido, tuvo mi bisabuela un hijo: hijo único. Se cuenta eso, con todos sus pormenores, en las memorias que tanto me interesan, y sólo en esas memorias. Es el dato que me falta para completar mi árbol genealógico, que he trazado investigando, hasta los tiempos más remotos, los orígenes de mi bisabuelo, de mi verdadero bisabuelo, no del marido de mi bisabuela, que era un infeliz, que forzosamente tenía que ser un infeliz.

No sabían, los oyentes del viejecillo, si reír o insultarle. Optaron por seguir escuchándole, con toda seriedad, para ver hasta dónde llegaba su ridiculez.

— Todo el mundo sabía — añadió el viejecillo — que mi abuelo no era hijo del marido de mi bisabuela. La tradición nos ha transmitido ese saber de todo el mundo; y también el nombre del padre de mi abuelo; pero no hay ningún documento que de fe de ello. Sólo dan fe de ello las memorias que desde hace tantos años busco. Soy descendiente de un noble y no puedo pregonarlo. Nadie, nadie en el mundo ha vivido tragedia parecida. Crecerá mi honor el día que pueda lanzar a los cuatro vientos mis orígenes.

Todavía, años después, seguía el ridículo viejecillo, ahora casi una sombra, buscando las memorias que, por la prueba de un deshonor de su bisabuela, habían de hacer crecer su honor. Ni libros ni buscadores de libros rompían el silencio en que volvió a sumirse. Nunca más le interrogaron.

Les parecía hombre no merecedor ni de burla. Nada, salvo terminar su árbol genealógico, le interesaba. Le dejaron al margen, como si no existiera. Y ellos eran ahora los que ni le miraban cuando llegaba o se iba. Ni un momento interrumpían su charla, sobre política, literatura, filosofía o historia. Sobre la suerte del mundo, las más de las veces. Si no se salvaba, no era por falta de ocuparse ellos de él.

Un día, precisamente en la librería en que había dado a conocer sus cuitas, y en ocasión en que la tertulia de habituales era numerosa, el viejecillo se lanzó sobre un montón de libros entrados aquella mañana. La viuda de un general se había apresurado a deshacerse de la biblioteca de éste, muerto la semana antes. Libros, todos, de memorias: de otros generales, de políticos, de diplomáticos. Presintió el viejecillo, al ver aquellos libros, que había llegado la hora tanto tiempo por él esperada. Revolvía los volúmenes impacientemente, ajeno a todo, como si estuviera solo en un desierto. De pronto, dió un salto, fuera de sí, con un libro en la mano. Sin dejar de sar saltos, lo hojeó, una y otra vez, con una prisa rara en él, hombre apagado.

No dejó, durante largo rato, de saltar, hojeando el libro. Era algo de una comicidad sin límites. Luego, con el libro abierto, fue visible que quería hablar y no podía, que no le dejaba la emoción articular palabra. Por fin, gritó, más que dijo:

— ¡Ya está, ya está! ¡Aquí está, en esta página! ¡Miren, miren ustedes! ¡Aquí está, claro e indubitable. No son palabras del autor del libro. Es testimonio de mi bisabuelo. Al partir para su país, dijo al autor del libro: «Cuida de mi hijo, tú que quedas aquí, tú que te has hecho aquí un hogar». Y el autor del libro cumplió el encargo. El fue quien vigiló la educación del mi abuelo. ¡Miren, miren ustedes! ¡Aquí está, aquí está!

No rieron los que le oían. Creyeron, aun conociendo su historia, que el viejecillo había perdido el juicio, cosa siempre triste.

Este cerró el libro, y, sin preguntar al librero cuanto valía, se dirigió hacia la calle, saltando de nuevo.

Ya en la puerta, con voz que no habría podido creerse suya, exclamó:

— ¡Mi bisabuela fue una gran mujer, una gran mujer!

## Vida de CENIT

Nuevos recargos han venido a sumarse a los muchos pagos que tiene que efectuar la revista. Desde el año 59 hasta la fecha cada número nos cuesta el 23 por 100 más.

Rogamos a todos los suscriptores y paqueteros se pongan al corriente de pagos, pues queremos establecer el presupuesto anual y para ello nos es indispensable el cierre de cuentas. Todo con el fin de evitar aumentos en el precio, o de aumentar lo estrictamente justo e indispensable.

Quedará sumamente agradecida

LA ADMINISTRACION

Utilizad el Mandat-Cheque que incluimos en este número.

# MICROCULTURA



1057. — La atmósfera de la luna contiene sólo pequeñas cantidades de materia, que se calcula oscila de diez a cien toneladas; en consecuencia, resulta en extremo vulnerable a la contaminación.

1058. — Enrique Cavendish, físico y químico inglés, en 1781 descubrió la composición del agua.

1059. — En Suiza se ha inventado y desarrollado un proyector de televisión capaz de producir enormes imágenes de color en una pantalla de cuatro metros de ancho por tres metros de alto.

1060. — El 7 de enero de 1715 murió Fenelón, literato de Cambrai.

1061. — Las naciones del «Mundo Libre» producen al año treinta mil toneladas de uranio.

1062. — Se calcula que para 1970 entrar  en servicio el primer barco de propulsión nuclear para pasajeros y carga.

1063. — Un «salisp n» es una embarcación peculiar del sur del archipiélago filipino.

1064. — Se entiende por «pazuato» al simple, que se pasma y admira por lo que ve y oye.

1065. — Se podrian fabricar automóviles en masa, movidos por turbina a gas.

1066. — Para 1975 se calcula que en Francia habrá ochocientos setenta y cinco mil más mujeres que hombres.

1067. — El «rezago» es el atraso o residuo que queda de una cosa.

1068. — El suero de Yersin es el usado para luchar contra la terrible peste bubónica, cuyo microbio fué descubierto por el médico suizo Alejandro Juan Yersin, en 1894.

1069. — Las «nuraghi» de Cerdeña son admirables ruinas prehistóricas.

1070. — Cuatro seres semejantes a caracoles que se suponian extinguidos hace trescientos millones de años, fueron sacados del Oce no Pacifco por el barco de estudios norteamericano Vema.

1071. — El 4 de marzo de 1959 cayó en Ravena, Italia, un meteorito de casi dos kilos y medio, en un campo próximo a dicha ciudad.

1072. — El Rhodnius, minúsculo bicho sudamericano, puede resistir doscientas cincuenta mil veces más radiación que el hombre.

1073. — En 1815 murió Federico Antón Mesmer, médico alemán que se hizo c ebre por su teoría del «magnetismo animal».

1074. — En 1827 murió el c ebre físico e inventor italiano Alejandro Volta.

1075. — El 5 de marzo de 1953 desapareció «oficialmente» el dictador José Stalin, habiendo dudad sobre s. murió en tal fecha, si efectivamente murió, si su deceso fué natural o «purgado», etc.

1076. — Se calcula que entre un cuarto y un tercio de las sustancias nutritivas que se ingieren diariamente de-

ben ser tomadas en la primera comida, que generalmente es el desayuno.

1077. — Se entiende por «educir» sacar una cosa de otra.

1078. — En Alaska, pescadores comerciales están empleando una embarcación impulsada a chorro que se cree es la primera de su tipo en el mundo.

1079. — Senticar es sinónimo de espinar.

1080. — Se calcula que en el mundo hay unos diez millones de leprosos.

1081. — El 6 de mayo de 1758 nació el revolucionario francés Robespierre.

1082. — El valor nutritivo de una proteina está determinado principalmente por la cantidad y proporción de sus aminoácidos esenciales.

1083. — Una aleación de hierro, cobre y niquel ha sido empleada para producir imanes permanentes del diámetro de un cabello humano.

1084. — Al tiempo de siete años se le llama «septenio».

1085. — El empleo de pinturas a base de plomo es un peligro constante para la salud.

1086. — Se est  planeando un intenso ataque contra la lepra en las tres Américas.

1087. — El «camuro» es una planta venezolana que produce frutos con cuya corteza se hacen vasijas.

1088. — El «destral» es un hacha pequeña que se maneja con una sola mano.

1089. — En 1084 falleció Manuel Kant, filósofo alemán, autor, entre otras, de las famosas obras «Crítica de la razón pura», «Crítica de la razón pura práctica» y «Crítica del juicio».

1090. — Los esquimales pertenecen a varios grupos diferentes, pero son considerados como miembros de un solo pueblo, esparcido por las regiones árticas.

1090. — Los escoceses han anunciado (en Glasgow) el invento de un aparato que diagnostica bultos y masas en el abdomen.

1092. — La «inviolabilidad de las misiones diplomáticas» fué impuesta por Julio César.

1093. — Las rápidas calculadoras electrónicas han confirmado una teoría de 80 años que considera que el balanceo circular de los polos terrestres ocasiona pequeñas mareas oceánicas.

1094. — El origen de las campanas en los barcos se remonta a una tradición de la Edad Media que ha perdurado hasta nuestros días.

1095. — Tres hombres de ciencia japoneses informan sobre una sencilla prueba sanguínea que permite detectar un desarrollo canceroso en el organismo humano.

1096. — El nombre de esquimales significa «somos hombres».

1097. — La primera plantación agrícola de que se tiene evidencia, fué hecha en la región de Jarmo, en el noreste de Kurdistán, comarca asiática que pertenece en parte a Turquía y en parte a Persia.

## CRITICA DE AYER Y DE HOY

# LAS IDEAS

**L**A idea no se distingue muy claramente, en sus formas debilitadas de la imagen, lo mismo que las formas muy vivas de la imagen no siempre son fáciles de separar de las percepciones. La idea particular es la imagen debilitada o un sistema de imágenes más o menos claras y fragmentarias... La idea abstracta y general se destaca poco a poco de la experiencia y de la actividad. En los seres de espíritu primitivo, en los salvajes, en los niños, en todos nosotros cuando se trata de cosas que conocemos poco y de prácticas nuevas, se sorprenden los rudimentos bastos e imperfectos de la idea general. Un niño de ocho meses se complace en distraerse con una caja de hojalata en la cual mete todo lo que cabe y pretende meter cuanto tiene. Este acto de meter un objeto dentro de otro le seduce. Ha observado que varios de los objetos que caen en sus manos, como un cubo, un carrito, un frasco, una trompeta, etc., le ofrecen la propiedad de poder contener otros objetos. Así, cuando se le da o encuentra un objeto que no conoce, lo palpa, lo examina por todos lados y busca una abertura. Aquí advertimos la formación de una costumbre general, a la cual corresponde un estado de espíritu que se aproxima mucho a lo que llamamos una idea general, muy sencilla, por otra parte, y bastante grosera. Una observación de Taine nos muestra cómo esta tendencia, este hábito general, se asocia a una palabra. Se enseñaba frecuentemente a una niña la copia de un cuadro de Luini

que representa a un niño Jesús completamente desnudo, diciéndole: «He aquí el bebé». La niña concluyó, cuando en otra habitación, en otro departamento, se le decía, hablándole de ella misma: «¿Dónde está el bebé», por volverse a los cuadros y a los grabados, fuesen cuales fuesen. Bebé significaba, pues, para ella, alguna cosa general, lo que para ella había de común en todos los cuadros y todos los grabados, es decir, si no me equivoco, «algo abigarrado en un cuadro brillante».

Estos ejemplos, que se podrían multiplicar o variar indefinidamente, pueden dar una idea de la manera como se forman los hábitos abstractos del espíritu. Hay reacciones semejantes provocadas por las cualidades generales que encontramos en ciertos objetos; estas reacciones dejan en nosotros un hábito correspondiente a un estado de alma que llamamos idea general. La idea general no es esencialmente una copia de las impresiones; sin embargo, corresponde frecuentemente a una especie de imagen más o menos vaga y borrosa que puede llegar, a lo que parece, y yo estoy tentado a creerlo, fundándome en mi experiencia personal, hasta la representación abstracta, hasta un extracto muy poco concreto de las percepciones o de las imágenes. Pero el funcionamiento del espíritu exige con frecuencia, para que su estudio se facilite, que las ideas abstractas y generales se unan a imágenes bastante clara y a reacciones precisas y fáciles de reproducir.

F. PAULHAN



SERVICIO DE LIBRERIA

Obras baratas, de ESTUDIO unas, de RECREO otras

EN CASTELLANO

«Problemas sociales de Derecho Penal», .....	5 00
«Problemas y cintarazos», J. Peiró .....	3 00
«Prosas», Berceos .....	2 50
«Psicoanálisis del hombre», G. Richard .....	3 00
«Psicoanálisis y Religión», E. Fromm .....	6 00
«Pueblos y Razas», Antología .....	6 50
«Puerto Chol», M. Luya .....	4 00
«¿Qué es el arte?», Tolstoi .....	1 20
«¿Qué es la sociología?», Bouglé .....	2 00
«Quinet», Alaiz .....	5 00
«Racismo, Nacionalismo», Ribe .....	2 00
«Raíces al cielo», Rojas .....	3 50
«Rebeca», D. Maurier .....	1 80
«Régimen político y de convivencia en España», A. Zamora .....	4 00
«Reivindicación de la libertad», G. Ernestán .....	1 00
«Resplandor en el cielo», Waldick .....	7 00
«Retorno al amanecer», V. Baum .....	2 00
«Ricardo», E. Castelar .....	1 20
«Robespierre», Korngald .....	5 60
«Rojo y Negro», Stendhal .....	5 00
«Romance del amor», R. de León .....	9 00
«Romeo y Julieta», Shakespeare .....	1 00
«Rosas de la tarde», V. Vila .....	2 50
«Shopenhauer», T. H. Rileot .....	4 50
«Se alquila», J. Galsworthy .....	6 80
«Seis cuentos de un conocido», Castelmar .....	3 60
«Selma Lagerloff», A. Jansen .....	3 50
«Shakespeare», G. Landauer .....	12 00
«Silvia», Gerard de Nerval .....	1 50
«Sinónimos Castellanos», Roque Barcia .....	5 00
«Stefan Zweig», F. M. Zweig .....	4 50
«Stendhal», S. Zweig .....	1 20
«Teatro», Cervantes .....	7 50
«Teatro», Feijoo .....	4 50
«Teatro argentino»-(dos vol.) .....	16 00
«Teatro completo», R. González Facheo (dos to- mos) .....	10 00
«Teoría de la acción», J. A. Dos Reis .....	2 00
«Testimonio sobre la Revolución Cubana», A. Sou- chy .....	1 40
«Traición por traición», E. Zamacois .....	1 20
«Tratado del encadenamiento de las ideas», Cour- not .....	7 50
«Tratado de los deberes», Cicerón .....	3 00
«Tres camaradas», E. M. Remarque .....	3 50
«Tres maestros», S. Zweig .....	1 20
«Trust y Carteles», R. Lewinson .....	5 60
«Una hija de las nieves», J. London .....	6 00
«Un hombre se asoma a su pasado», C. Weyer .....	5 00
«Veinte años de lucha y experiencia», D. A. Po- rras .....	4 20
«24 horas de la vida», S. Zweig .....	1 20
«Viaje al Congo», A. Gide .....	4 00
«Verbo de admonición», V. Vila .....	2 50

EN FRANCES

«Juan de Mairena», Machado .....	6 00
«Juan Maragall», Corredor .....	3 40
«La mécanique de la vie», Le Dantec .....	2 00
«Le guide des convenances», Plusieurs .....	3 40
«Le jardin d'Epicure», A. France .....	4 50
«Le jardin des supplices», O. Mirbeau .....	2 50
«Le militarisme», G. Ferrero .....	3 50
«L'Enéide», Delille .....	5 00
«L'envers du journal», Gide .....	3 00
«Le paradis perdu», Delille .....	5 00
«Le sang plus vite», Garcia Calderón .....	3 75
«Les armoires frigorifiques», Degolx .....	5 80
«Les bandits tragiques», V. Méric .....	2 90
«Les Chouans», H. de Balzac .....	2 00
«Les damnés de la guerre», R. Mondin .....	2 00
«Les derniers jours de Pékin», P. Loti .....	2 00
«Les fleurs du mal», Baudelaire .....	3 10
«Les géorgiques», Delille .....	5 00
«Les influences ancestrales», F. Le Dantec .....	3 40
«Les maximes», La Rochefoucauld .....	2 00
«Les mystères des couvents», Princesse de Torino .....	4 00
«Les sorcières de Salem», A. Miller .....	5 50
«Les trois règnes de la nature», Delille .....	5 00
«Le suaire de Turin», Abbé Turmel .....	1 50
«Le théâtre d'Ibsen», Lourrié .....	2 00
«Le tourment du passé», A. Breton .....	4 00
«Lettres inédites sur l'inquiétude moderne» .....	2 50
«L'évolution des idées», Ribot .....	3 00
«L'imagination», Delille .....	5 00
«L'incubation artificielle», G. Paulan .....	3 10
«Livre blanc sur les camps d'internement en Es- pagne» .....	4 50
«Livre blanc sur les camps d'internement en Grè- ce» .....	4 50
«L'Unité coopérative», Fournière .....	1 50
«Mandateli Lassus», Galleani .....	2 00
«Manuel d'économie», G. Delarche .....	3 00
«Manuel du Bâtiment» .....	4 00
«Marceline Desbordes», S. Zweig .....	1 20
«Mauvaise graine», M. Azuela .....	2 50
«Mécanique de la vie», Le Dantec .....	1 00
«Miettes de mon enfance», Rictor .....	1 00
«Miséricorde», Galdos .....	1 00
«Notre Dame de Paris» (2 vol. 2 50 x 2 00), Vic- tor Hugo .....	5 00
«Notre destinée et nos instincts» .....	5 25
«Ovres» (jours d'exil), Cœurderoy .....	9 00
«Pensées», Pascal .....	9 00
«Pour assurer la paix», Besnard .....	2 60
«Pour vaincre sans violence», B. de Ligt .....	1 50
«Prêtres et moines», Dubois .....	5 00
«Procesos subversifs», Faure .....	5 00
«Quais aux fleurs», Salvy .....	5 00

Pedidos a M. CELMA (S. L.) 4, Rue Belfort 2ème - Toulouse (H.G.)